OBRAS ESCOGIDAS

J. V. Stalin

Edición: Nentori, Tirana 1979.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: http://bolchetvo.blogspot.com/



EL NOMBRE Y LA OBRA DE J. V. STALIN SON INMORTALES

El 21 de diciembre próximo se cumplen 100 años desde el día en que nació J. V. Stalin, gran revolucionario y gran pensador marxista-leninista, discípulo, colaborador y fiel continuador de la obra de Lenin, destacado dirigente del proletariado mundial e íntimo y querido amigo del pueblo albanés.

El nombre y la obra de J. V. Stalin son inmortales. Los ataques y las calumnias de los enemigos burgueses y revisionistas nunca podrán deslucir sus méritos históricos a los ojos del pueblo soviético, del proletariado internacional y de los pueblos del mundo.

J. V. Stalin se alinea junto a nuestros grandes clásicos, C. Marx, F. Engels y V. I. Lenin. El defendió magistralmente y con singular resolución los principios fundamentales del marxismo-leninismo, los enriqueció y desarrolló aún más en las nuevas condiciones históricas. La obra de J. V. Stalin es un valioso tesoro siempre actual, una poderosa arma en manos del proletariado mundial en la lucha por el triunfo de la revolución, del socialismo y del comunismo.

Al lado de Lenin, J. V. Stalin combatió por el triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre, para fundar y edificar el primer Estado socialista en el mundo. A lo largo de 30 años consecutivos, organizó y dirigió, a la cabeza del Partido Bolchevique y del Estado soviético, la lucha para materializar el genial plan leninista para edificar la sociedad socialista, defender y consolidar incesantemente la dictadura del proletariado, en encarnizada lucha contra los enemigos externos e internos de la Unión Soviética, contra los oportunistas y los revisionistas de toda laya, trotskistas, bujarinistas, nacionalistas burgueses, etc. La edificación del socialismo en la Unión Soviética bajo la dirección de J. V. Stalin constituye una rica experiencia, de la cual los marxista-leninistas han aprendido y siempre aprenderán.

J. V. Stalin nos da un brillante ejemplo de combatiente resuelto contra los enemigos de la clase, el imperialismo y la reacción, en defensa de las conquistas de la revolución, de la dictadura del proletariado y de la patria socialista. Como gran estratega, dirigió la Gran Guerra Patria del pueblo soviético y la condujo a una victoria de importancia histórica mundial. Bajo su dirección, el ejército soviético sostuvo el peso principal de la Guerra Antifascista y dio una decisiva contribución al desbaratamiento del fascismo y a la liberación de los pueblos avasallados.

J. V. Stalin pertenece a todo el comunismo internacional, al proletariado y a los trabajadores del mundo entero. Como gran internacionalista proletario y eminente dirigente del movimiento comunista internacional, ha jugado un gran papel engrandeciéndolo y fortaleciéndolo, en la bolchevización de los partidos comunistas y en la elaboración de una estrategia y táctica correctas, revolucionarias, lo que condujo a la formación del campo socialista y al desarrollo del movimiento revolucionario y de liberación de los pueblos.

A él corresponde el mérito histórico de haber descubierto y denunciado la traición de la dirección revisionista yugoslava, que fue la primera variante del revisionismo moderno en el poder. Contrariamente a los intentos de los revisionistas soviéticos, chinos y demás de rehabilitar al revisionismo yugoslavo, la vida ha confirmado enteramente la valoración de Stalin, según el cual el titismo ha sido y sigue siendo una agencia del imperialismo, cuyo objetivo es dividir el movimiento comunista, sabotear la revolución y minar la lucha de liberación de los pueblos.

J. V. Stalin era un íntimo y querido amigo del pueblo albanés. En los ardorosos años de la Lucha de Liberación Nacional el nombre y la obra de J. V. Stalin se convirtieron para nuestro pueblo en un símbolo de lucha y de victoria sobre los ocupantes fascistas y los traidores del país; miles de guerrilleros albaneses, con su nombre en los labios, combatieron heroicamente y dieron su vida por la liberación de la Patria. En los difíciles momentos de los primeros años después de la Liberación J. V. Stalin, como un verdadero internacionalista, dio al pueblo albanés una importante ayuda para la defensa de sus derechos en la arena internacional, para la restauración del país devastado por la guerra, para la edificación y la defensa del socialismo.

J. V. Stalin ha sido y sigue siendo un gran marxista-leninista. Su obra, independientemente de las calumnias de los revisionistas soviéticos, titistas, chinos y eurocomunistas, es y será también en el

futuro bandera de lucha y de victoria para el proletariado mundial y terror para los enemigos de la revolución, del socialismo y de la dictadura del proletariado. La campaña contra J. V. Stalin, emprendida por los revisionistas jruschovistas en su tristemente célebre XX Congreso, como ha recalcado hace tiempo nuestro Partido, no tenía otro objetivo que repudiar el leninismo, abrir paso a la restauración del capitalismo en la URSS y otros países, golpear a las verdaderas fuerzas revolucionarias marxista-leninistas, hacer degenerar a los partidos comunistas y sabotear la revolución. Marchando en este camino, la camarilla revisionista de Jruschov y Brezhnev liquidó las conquistas de la Revolución Socialista de Octubre, la luminosa obra de V. I. Lenin y J. V. Stalin y transformó la Unión Soviética de centro de la revolución mundial en un Estado socialimperialista.

Nuestro Partido ha considerado y considera la defensa de J. V. Stalin y de su obra como una importante cuestión de principios. Defender a J. V. Stalin significa defender al marxismo-leninismo, la revolución, el socialismo, la dictadura del proletariado, ser combatiente resuelto contra el imperialismo, la burguesía internacional y toda suerte de revisionismo, defender la causa de la libertad y la independencia de los pueblos, mantener en alto la bandera del internacionalismo proletario.

Extracto de la decisión del Comité Central del Partido del Trabajo de Albania para conmemorar el centenario del nacimiento de J. V. Stalin

Tirana, 20 de marzo de 1979.

PREFACIO

Esta recopilación de obras escogidas de J. V. Stalin, comprende algunos de los trabajos más importantes del autor.

J. V. Stalin, en tanto que teórico y gran pensador marxista-leninista, en sus numerosas obras defendió el leninismo de manera magistral y en base a los principios; defendió y enriqueció aún más la doctrina marxista-leninista sobre la dictadura del proletariado, sobre la lucha de clases, sobre el partido marxista-leninista de la clase obrera y su papel dirigente, sobre el imperialismo, sobre la cuestión nacional, sobre los problemas de la edificación del socialismo y del comunismo, etc.

Las obras incluidas en la presente recopilación, vienen dispuestas por orden cronológico a excepción de los dos primeros escritos dedicados a V. I. Lenin.

En su discurso «Con motivo de la muerte de Lenin», en el II Congreso de los Soviets de la Unión Soviética, J. V. Stalin, en nombre del Partido Bolchevique, hizo el solemne juramento de guardar como algo sagrado las recomendaciones de V. I. Lenin y llevarlas a la práctica; en tanto que en el discurso «Lenin» pronunciado en la velada dedicada a la memoria de Lenin, celebrada en enero de 1924, expuso algunas de las virtudes de V. I. Lenin en tanto que gran pensador y gran estadista revolucionario.

«Los fundamentos del Leninismo» es una obra capital, dedicada a argumentar teóricamente el leninismo como desarrollo ulterior del marxismo de La época del imperialismo y de las revoluciones proletarias.

J. V. Stalin habla de La dictadura del proletariado y de sus tareas históricas y remarca que la cuestión de la dictadura del proletariado es la cuestión fundamental del marxismo-leninismo.

J. V. Stalin analiza de manera completa y armónica el fundamento de la estrategia y la táctica revolucionarias del leninismo.

En dicha obra se encuentra desarrollada, y argumentada la teoría leninista del partido como destacamento de vanguardia, consciente y organizado de la clase obrera, en tanto que la más alta expresión de la organización de clase del proletariado.

Esta obra desempeñó un inmenso papel a la hora de armar al partido con la teoría leninista, en su lucha contra los trotskistas y todos los demás enemigos del bolchevismo que a su vez eran enemigos del pueblo.

En el trabajo «La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos», está sintetizada teóricamente la experiencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre, está argumentada y desarrollada aún más la teoría de Lenin acerca de la victoria del socialismo en un solo país. Asimismo, «El carácter internacional de la Revolución de Octubre», y otros escritos, revelan la trascendencia histórica mundial de la Gran Revolución Socialista de Octubre, que marca un viraje radical desde el capitalismo al comunismo en la historia de la humanidad y la victoria del marxismo-leninismo sobre la social-democracia.

Por primera vez en el año 1926 se despliega la lucha del Partido Bolchevique por aplicar la línea general del Partido y del Poder Soviético, orientada hacia la industrialización socialista. En esa época, en «Cuestiones del leninismo» y otras obras, J. V. Stalin desenmascara las tergiversaciones hostiles realizadas por el grupo de Zinóviev-Kámenev, defiende las resoluciones del XIV Congreso del PC(b) de la Unión Soviética, denuncia los intentos de la «nueva oposición» de propasar en el Partido la desconfianza en la victoria del socialismo en la U.R.S.S. J. V. Stalin desenmascara los esfuerzos de los trotskistas y los zinovievistas por sustituir el leninismo por el trotskismo.

En esta obra, al analizar las características y la amplitud de las tareas de la revolución proletaria, J. V. Stalin desarrolla todavía más la teoría de la dictadura del proletariado en tanto que cuestión principal de la revolución proletaria, como continuación de la lucha de clases bajo formas nuevas, como una forma peculiar de la alianza de clase del proletariado con el campesinado y las demás capas no proletarias de los trabajadores, dirigidas por un solo partido - el partido comunista. J. V. Stalin hace un énfasis especial en la necesidad de salvaguardar y reforzar los órganos de la dictadura del proletariado en las condiciones de la existencia del cerco capitalista y del peligro de la intervención. J. V. Stalin presta una gran atención a la cuestión del partido comunista y a su papel dirigente en el sistema de la dictadura del proletariado.

En el informe «Una vez más sobre la desviación socialdemócrata en nuestro Partido», presentado al VII Pleno ampliarlo del Comité Ejecutivo de la

Internacional Comunista, J. V. Stalin defiende y desarrolla la doctrina marxista-leninista sobre el Partido en tanto que la principal fuerza dirigente y orientadora del Estado Soviético; en él desenmascara las «teorías» hostiles de los líderes del bloque trotskista-zinovievista y su actividad de zapa en el PC(b) de la Unión Soviética y en la Internacional Comunista.

Cuando la consolidación de la economía socialista de la U.R.S.S., hizo que estallara con gran dureza la lucha de los Estados imperialistas contra la Unión Soviética y la de los elementos capitalistas existentes en el interior de país; cuando contra el Poder Soviético «se creó una especie de frente único, en él que se encontraban desde Chamberlain hasta Trotski», en el informe «Una vez más sobre la desviación socialdemócrata en nuestro Partido» y en otros trabajos, J. V. Stalin desarrolla una serie de cuestiones ligadas a la teoría y la práctica de la industrialización socialista, a la construcción del socialismo en la U.R.S.S., a la vez que subraya la unidad, la relación indivisible existentes entre las tareas nacionales y las internacionales de la revolución socialista, defiende la línea del Partido en las condiciones del peligro de una nueva agresión y plantea nuevas tareas respecto al fortalecimiento de la capacidad defensiva de la Unión Soviética.

Cuando el Partido inició la ofensiva contra los kulaks, el grupo enemigo de los capituladores de derecha, encabezado por Bujarin y Rykov, se quitó la careta y se manifestó abiertamente contra la política del Partido. En esos momentos, en sus discursos «Sobre el peligro de derecha en el PC(b) de la U.R.S.S.», «Sobre la industrialización del país y la desviación de derecha en el PC(b) de la U.R.S.S.», y en otros escritos, J. V. Stalin pone al desnudo la esencia contrarrevolucionaria y a favor de los kulaks de la desviación derechista, desenmascara la actividad de zapa de los capituladores de derecha y de la organización antisoviética clandestina trotskista y señala la necesidad de desplegar una lucha intransigente en dos frentes, concentrando el fuego sobre la desviación derechista. En estos escritos, J. V. Stalin argumenta la necesidad indispensable de desarrollar a rápidos ritmos la industria, en tanto que base de la edificación socialista y de la defensa del país, plantea la tarea de formar nuevos cuadros, salidos de las filas de la clase obrera y capaces de dominar la ciencia y la técnica. J. V. Stalin subraya la necesidad imperiosa de desarrollar al máximo la crítica y la (auto crítica, en tanto que método bolchevique de educar a los cuadros, en tanto que fuerza motriz del desarrollo de la sociedad soviética.

En los años 1929-1930, cuando el partido bolchevique despliega la ofensiva general del socialismo en todos los frentes e imprime un viraje decisivo a la política - el paso de la política de restricción de los kulaks a la política de liquidación de los kulaks como clase, sobre la base de la colectivización total - y cuando el Partido resuelve la tarea histórica más difícil de la revolución proletaria después de la toma del Poder - la tarea de poner a millones de haciendas campesinas individuales en el camino de los koljoses, en el camino del socialismo. J. V. Stalin en el discurso «Sobre la desviación derechista en el PC(b) de la U.R.S.S.» y en otras obras, hace un análisis de los cambios que se habían producido en las relaciones de clase en la U.R.S.S. y en los países capitalistas, argumenta la necesidad de la ofensiva del socialismo contra los elementos capitalistas de la ciudad y del campo, y, en relación con esto, el estallido de la agudización de la lucha de clases. J. V. Stalin desenmascara la fraccionalista actividad antipartido del grupo de Bujarin, su doblez, sus cambalaches secretas con los trotskistas para organizar un bloque contra el Partido. J. V. Stalin subraya que el peligro principal en aquel período era la desviación derechista y la actitud conciliadora hacia ella, desenmascara a los capituladores de derecha como enemigos del leninismo, como agentes de los kulaks, pone de relieve la esencia liberal burguesa y antirrevolucionaria de la «teoría» oportunista de derecha de la integración pacífica de los kulaks en el socialismo. En el combate contra los oportunistas de derecha, J. V. Stalin continúa la defensa y el desarrollo de la doctrina marxista-leninista sobre el Estado y sobre la dictadura del proletariado.

En el discurso «En torno a las cuestiones de la política agraria de la U.R.S.S.», J. V. Stalin denuncia las teorías burguesas y oportunistas de derecha, las teorías del «equilibrio», las teorías de la «espontaneidad» en la edificación socialista, las teorías de la «estabilidad» de la pequeña hacienda campesina, y demuestra la superioridad de la gran hacienda colectiva en la agricultura. J. V. Stalin define la naturaleza del koljos como forma socialista de la economía y argumenta ampliamente el viraje que supone el paso de la política de limitación y eliminación de los elementos capitalistas del campo a la política de liquidación de los kulaks como clase, sobre la base de la completa colectivización.

El discurso pronunciado en el Pleno del CC del PC(b) de la Unión Soviética en marzo de 1937 «Sobre los defectos en el trabajo del Partido y las medidas adoptadas para liquidar a los elementos trotskistas y otros elementos de doble faz», constituye un claro programa para fortalecer los órganos del Partido y de los Soviets, para elevar la vigilancia política, pertrechando de este modo al partido en su lucha contra los enemigos encubiertos del pueblo, como eran los renegados de la banda bujarinista-trotskista-zinovievista, que tenían como fin la destrucción del Partido y del Estado Soviético, el minar la defensa del país, facilitar la intervención extranjera y preparar la derrota del Ejército Rojo.

En la obra «Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico», que J. V. Stalin escribió en 1938, como parte del «Breve curso de la historia del PC(b) de la Unión Soviética», encontramos una especificación completa, harmónica y sistemática de los fundamentos de la filosofía marxista. Con su definición del materialismo dialéctico como concepción del Partido marxista-leninista, J. V. Stalin demostró el papel extraordinariamente grande que juega la filosofía científica en la lucha de la clase obrera y de su partido para transformar el mundo. En esta obra, están presentadas de una forma clara y sencilla, las características fundamentales del método dialéctico marxista del materialismo filosófico marxista y del materialismo histórico.

El presente volumen incluye extractos del informe pronunciado en el XV Congreso del PC(b) de la Unión Soviética, donde se habla del aparato del Estado y de la lucha contra el burocratismo, así como de la consigna leninista en relación con la revolución cultural.

En los extractos sacados del Informe al XVII Congreso, J. V. Stalin habla del desarrollo de la crisis económica y la agravación de la situación política en los países capitalistas, y advierte que es necesario robustecer la capacidad defensiva del País Soviética, para así rechazar los ataques de los Estados imperialistas.

En el informe al XVIII Congreso en el año 1939, J. V. Stalin hace un profundo análisis de la situación internacional en vísperas de la Segunda Guerra Mundial y traza importantes tareas ligadas a la defensa ante el peligro de la guerra mundial que preparaban celosamente los Estados imperialistas.

A las cuestiones de la economía política del socialismo está dedicada la obra «Problemas económicos del socialismo en la U.R.S.S.», escrita por J. V. Stalin en 1952. En ella, se analizan los problemas del carácter de las leyes económicas en el socialismo, de la producción de mercancías y de la ley del valor en el socialismo, de la supresión de los contrastes entre la ciudad y el campo, entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, así como, de la eliminación de las diferencias entre ellos, de la disgregación del mercado mundial único y de la exacerbación de la crisis del sistema capitalista mundial, de las leyes económicas fundamentales del capitalismo actual y del socialismo, etc.

En esta obra se critica duramente los puntos de vista no marxistas en la cuestión del papel de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción en el desarrollo de la sociedad.

En su obra «El marxismo y los problemas de la lingüística», J. V. Stalin ofrece una sólida base marxista a la ciencia de la lingüística y especifica una serie de problemas del materialismo dialéctico e histórico, enriqueciendo con nuevas tesis, la teoría marxista-leninista del desarrollo de la lengua y de la cultura nacional bajo el socialismo y el comunismo, en particular, y bajo la filosofía marxista-leninista, en general.

Las obras teóricas de J. V. Stalin ocupan un importante lugar en el tesoro del marxismo-leninismo, colocan a J. V. Stalin en las filas de los teóricos marxistas más preclaros.

Casa Editora «8 NENTORI»

BREVEMENTE SOBRE LAS DISCREPANCIAS EN EL PARTIDO.

«La socialdemocracia es la fusión del movimiento obrero con el socialismo».
Carlos Kautsky

¡Qué importunos son nuestros «mencheviques»! Hablo de los «mencheviques» de Tiflis. Han oído decir que en el Partido hay discrepancias y repiten machacones: ¡quieras que no, siempre y en todas partes hemos de hablar de discrepancias; quieras que no, hemos de increpar a diestro y siniestro a los «bolcheviques»! E increpan a más y mejor, como energúmenos. En todas las esquinas, estén entre propios o extraños, en una palabra, venga o no a cuento, vociferan lo mismo: ¡cuidado con la «mayoría», son gente extraña, hombres de otra fe! No contentos con el campo «ordinario» de su actividad, han llevado «el asunto» a las publicaciones legales y han puesto así una vez más de manifiesto su... importunidad[1].

¿De qué se acusa a la «mayoría»? ¿Por qué se «encorajina» tanto nuestra «minoría»?

Veamos la historia.

La «mayoría» y la «minoría» surgieron por primera vez en el II Congreso del Partido (1903). Fue el Congreso en el que nuestras fuerzas dispersas debían agruparse en un partido único y poderoso. Nosotros, los activistas del Partido, ciframos grandes esperanzas en este Congreso. ¡Por fin -exclamamos con alegría- llegaremos a la unificación en un solo partido y podremos actuar con arreglo a un solo plan!... Naturalmente que ya actuábamos antes, pero nuestras actividades eran dispersas y carecían de organización. Ya antes habíamos intentado unificarnos; precisamente para ello convocamos el I Congreso del Partido (1898), y hasta llegamos a «unificarnos» en apariencia, pero esta unidad existía sólo de palabra: el Partido continuaba fraccionado en diferentes grupos, sus fuerzas todavía se hallaban dispersas y necesitaban la unificación. Y el II Congreso del Partido debía agrupar las fuerzas diseminadas y fundirlas en un todo. Debíamos crear un partido único.

Pero de hecho resultó que nuestras esperanzas eran, hasta cierto punto, prematuras. El Congreso no pudo darnos un partido único e indiviso; tan sólo sentó los cimientos de tal partido. En cambio, el Congreso nos mostró claramente que en el Partido existen dos tendencias: la tendencia de «Iskra» (se trata de la vieja «Iskra»[2]) y la tendencia de sus adversarios. De acuerdo con esto, el Congreso se dividió en dos partes: «mayoría» y «minoría». La primera se adhirió a la tendencia de «Iskra» y se agrupó en torno a ella; en cuanto a la segunda, como adversaria de «Iskra», ocupó la posición opuesta.

Así, pues, «Iskra» se convirtió en la bandera de la «mayoría» del Partido y la posición de «Iskra» pasó a ser la posición de la «mayoría».

¿Qué camino seguía «Iskra», qué defendía?

Para comprenderlo, es necesario conocer las condiciones en que «Iskra» entró en la palestra de la historia.

«Iskra» comenzó a salir en diciembre de 1900. Era la época en que se iniciaba la crisis en la industria rusa. El florecimiento industrial, acompañado de diversas huelgas económicas (1896-1898), se vio sustituido paulatinamente por la crisis. La crisis se fue agravando de día en día y vino a

[1] El folleto de J. V. Stalin «Brevemente sobre las discrepancias en el Partido» fue escrito a fines de abril de 1905. Era la respuesta a los artículos de N. Zhordania «¿Mayoría o minoría?», aparecido en «Sotsial-Demokrat»; «¿Qué es el Partido?», publicado en «Mogzauri», y otros. La aparición del folleto de J. V. Stalin «Brevemente sobre las discrepancias en el Partido» no tardó en conocerse en el centro bolchevique del extranjero. El 18 de julio de 1905, N. K. Krúpskaia, en carta al Comité de la Unión del Cáucaso del POSDR, rogaba que el folleto fuese enviado al extranjero. El folleto «Brevemente sobre las discrepancias en el Partido» adquirió vasta difusión en las organizaciones bolcheviques de la Transcaucasia; por él los obreros avanzados conocieron las discrepancias que existían en el Partido y la actitud de V. I. Lenin, de los bolcheviques. El folleto fue editado en la imprenta clandestina de Avlabar de la Unión del Cáucaso del POSDR en mayo de 1905, en georgiano, y en junio, en ruso y armenio, con una tirada de 1.500 a 2.000 ejemplares en cada lengua.

[2] «Iskra» ("La Chispa"): primer periódico clandestino marxista de toda Rusia, fundado en 1900 por V. I. Lenin. El primer número de la «Iskra» leninista apareció el 11 (24) de diciembre de 1900 en Leipzig. Los números siguientes salieron en Munich, desde abril de 1902 en Londres y desde la primavera de 1903 en Ginebra. En diversas ciudades de Rusia (Petersburgo, Moscú y otras) se organizaron grupos y comités del POSDR de orientación leninista-iskrista. En la Transcaucasia las ideas de «Iskra» eran defendidas por el periódico clandestino «Brdzola», órgano de la socialdemocracia revolucionaria georgiana. (Acerca de la importancia y del papel de «Iskra», v. la «Historia del PC(b) de la URSS», págs. 38-49, ed. en español, Moscú, 1947).

obstaculizar las huelgas económicas. A pesar de ello, el movimiento obrero se abría paso y avanzaba: los diferentes arroyuelos se fundían en un torrente, el movimiento adquiría un matiz de clase y poco a poco emprendía el camino de la lucha política. El movimiento obrero crecía con sorprendente rapidez... Lo único que no se veía era el destacamento de vanguardia, la socialdemocracia[3], que introdujera en este movimiento la conciencia socialista, lo uniese con el socialismo y, de tal modo, imprimiera a la lucha del proletariado un carácter socialdemócrata.

¿Qué hacían, pues, los «socialdemócratas» de entonces (se les llamaba «economistas»)? Incensaban el movimiento espontáneo y repetían con toda despreocupación: la conciencia socialista no es tan necesaria para el movimiento obrero, también sin ella éste alcanzara felizmente su meta, lo esencial es el propio movimiento. El movimiento lo es todo, y la conciencia, una nimiedad. *Un movimiento sin socialismo*: a eso tendían.

¿En qué consiste, pues, en tal caso la misión de la socialdemocracia de Rusia? Debe ser un instrumento dócil del movimiento espontáneo -afirmaban-. No es asunto nuestro introducir la conciencia socialista en el movimiento obrero, no es asunto nuestro ponernos al frente de este movimiento: sería ejercer una violencia infructuosa; nuestro deber consiste tan sólo en seguir con atención el movimiento y señalar exactamente lo que ocurre en la vida social: nosotros debemos ir a la zaga del movimiento espontáneo[4]. En una palabra, *la socialdemocracia* era presentada como un *lastre superfluo* en el movimiento.

Quien no admite la socialdemocracia, no debe admitir tampoco el Partido Socialdemócrata. Precisamente por eso los «economistas» afirmaban con tanta obstinación que la existencia de un partido político del proletariado en Rusia es imposible. Que se ocupen de la lucha política los liberales -decían-, esto es mas propio de ellos. ¿Y qué haremos nosotros, los socialdemócratas? Nosotros debemos seguir existiendo como hasta ahora, en forma de círculos dispersos y actuar aisladamente, cada uno en su rincón.

¡*No el Partido, sino el círculo*!, decían ellos.

Así, pues, de un lado, el movimiento obrero crecía y necesitaba un destacamento dirigente de vanguardia, y de otro lado, la «socialdemocracia», representada por los «economistas», en lugar de encabezar el movimiento, se negaba a sí misma e iba a la zaga del movimiento.

Había que exponer públicamente la idea de que el movimiento obrero espontáneo sin socialismo equivale a un vagar en las tinieblas, que si conduce algún día al objetivo, nadie sabe cuándo será ni a costa de qué sufrimientos, y que, por consiguiente, la conciencia socialista tiene una importancia muy grande para el movimiento obrero.

Había que decir también que la portadora de esta conciencia, la socialdemocracia, está obligada a introducir la conciencia socialista en el movimiento obrero, a marchar siempre a la cabeza del movimiento y no contemplar el movimiento obrero espontáneo al margen de él, no ir a la zaga.

Había que expresar asimismo la idea de que la obligación directa de la socialdemocracia de Rusia es reunir los diferentes destacamentos avanzados del proletariado, agruparlos en un partido único y poner fin así de una vez para siempre a la dispersión del Partido.

Y fue «Iskra» la que emprendió precisamente el cumplimiento de estas tareas.

He aquí lo que dice en su artículo programático (v. «Iskra», núm. 1): «La socialdemocracia es la fusión del movimiento obrero con el socialismo»[5], es decir, el movimiento sin socialismo o el socialismo al margen del movimiento es un fenómeno indeseable contra el que debe luchar la socialdemocracia. Y como los «economistas» y los partidarios de «Rabócheie Dielo» se prosternaban ante el movimiento espontáneo, como rebajaban la importancia del socialismo, «Iskra» señalaba: «Separado de la socialdemocracia, el movimiento obrero se empequeñece y necesariamente se aburguesa». De acuerdo con ello, es obligación de la socialdemocracia «señalar a este movimiento su objetivo final, sus tareas políticas, salvaguardar su

---

[3] La socialdemocracia es el destacamento de vanguardia del proletariado. En este destacamento entra todo luchador socialdemócrata, sea obrero o intelectual.

[4] Nuestro «Sotsial-Demokrat» se ha inflamado de pasión por la «crítica» (v. el núm. 1, «¿Mayoría o minoría?"), pero yo debo señalar que dicho periódico define erróneamente a los «economistas» y a los partidarios de «Rabócheie Dielo» (se diferencian muy poco los unos de los otros). La cuestión no reside en que «despreciaban las cuestiones políticas», sino en que iban a la zaga del movimiento y repetían lo que el movimiento les sugería. Hubo un tiempo en que sólo se producían huelgas. Entonces ellos propugnaban la lucha económica. Llegó el tiempo de las manifestaciones (1901), se vertió sangre, soplaron vientos de decepción, y los obreros recurrieron al terror, suponiendo que el terror les salvaría de los tiranos. Entonces los «economistas» y los partidarios de «Rabócheie Dielo» se sumaron también al coro general y declararon, dándose aires de gran importancia: es hora de recurrir al terror, de asaltar las cárceles, de liberar a los camaradas, etc. (v. «Un viraje histórico», «Rabócheie Dielo»). Como veis, eso no significa en manera alguna «despreciar las cuestiones políticas". El autor ha tomado su «crítica» de Martínov, pero sería más útil que conociese la historia.
«Sotsial-Demokrat» («El Socialdemócrata»): periódico clandestino de los mencheviques caucasianos; se publicó en lengua georgiana en Tiflis desde abril hasta noviembre de 1905. Dirigió el periódico N. Zhordania. El primer número de «Sotsial-Demokrat» salió como «órgano del Comité de Tiflis del POSDR»); en lo sucesivo el periódico se denominó «órgano de las organizaciones obreras socialdemócratas del Cáucaso".
"Rabócheie Dielo» («La Causa Obrera»): órgano no periódico de la Unión de socialdemócratas rusos en el extranjero («economistas»). La revista se editó en Ginebra de 1899 a 1902.

[5] Véase: V. I. Lenin, Obras, t. 4, pág. 343, 4ª ed. en ruso.

independencia política e ideológica».

¿Qué obligaciones recaen sobre la socialdemocracia de Rusia? «De aquí se desprende por sí misma -continúa «Iskra»- la tarea que está llamada a realizar la socialdemocracia rusa: introducir en la masa del proletariado las ideas socialistas y la conciencia política de sí mismo y organizar un partido revolucionario, indisolublemente ligado al movimiento obrero espontáneo»; es decir, debe estar siempre a la cabeza del movimiento y su obligación primordial es fundir en un solo partido las fuerzas socialdemócratas del movimiento obrero.

Así fundamenta su programa la redacción de «Iskra»[6].

¿Realizó «Iskra» este excelente programa?

De todos es sabida la abnegación con que llevó a la práctica estas importantísimas ideas. Nos lo demostró claramente el II Congreso del Partido, que por 35 votos reconoció a «Iskra» como órgano central del Partido.

¿Después de esto, no resulta acaso ridículo que ciertos marxistas de pacotilla se pongan a cubrir de improperios a la vieja «Iskra»?

He aquí lo que escribe sobre «Iskra» el menchevique «Sotsial-Demokrat»:

«Ella («Iskra») debía haber hecho un análisis de las ideas del «economismo», impugnar las falsas concepciones, aceptar las verdaderas y llevarlo a un nuevo cauce... *Pero no ocurrió así*. La lucha contra el «economismo» originó otro extremismo: el menoscabo de la lucha económica, una actitud despectiva hacia ella y el reconocimiento de la importancia predominante en favor de la lucha política. *Una política sin economía*: he aquí la nueva tendencia» (v. «Sotsial-Demokrat», núm. 1, «¿Mayoría o minoría?»).

Pero, ¿dónde, cuándo y en qué país ha ocurrido todo esto, honorable «crítico»? ¿Qué hicieron Plejánov, Axelrod, Zasúlich, Mártov, Starovier?, ¿por qué no encauzaron la «Iskra» por el camino de la «verdad», ya que constituían la mayoría en la redacción? ¿Y dónde se hallaba usted mismo hasta ahora, respetabilísimo señor?, ¿por qué no puso en guardia al II Congreso del Partido, que en tal caso no habría reconocido a «Iskra» como órgano central?

Mas dejemos al «crítico».

El caso es que «Iskra» señaló con justeza las «cuestiones palpitantes», siguió precisamente el camino de que yo hablaba antes y aplicó de un modo abnegado su programa.

De manera aún más precisa y convincente ha expresado la posición de «Iskra» Lenin en su admirable libro «¿Qué hacer?».

Detengámonos en este libro.

Los «economistas» se prosternaban ante el movimiento obrero espontáneo, pero, ¿quién no sabe que el movimiento *espontáneo* es un movimiento sin socialismo, «es tradeunionismo»[7] que no quiere ver nada más allá de los límites del capitalismo? ¿Quién no sabe que el movimiento obrero sin socialismo significa estancamiento en el marco del capitalismo, un errar en torno a la propiedad privada, que si conduce algún día a la revolución social, nadie sabe cuándo será ni a costa de qué sufrimientos? ¿Acaso para los obreros es indiferente llegar a la «tierra de promisión» en un plazo próximo o después de largo tiempo, por una vía fácil o por una vía difícil? Está claro que todo el que exalte el movimiento *espontáneo* y se prosterne ante él, independientemente de su voluntad abre un abismo entre el socialismo y el movimiento obrero, rebaja la importancia de la ideología socialista, la proscribe de la vida e independientemente de su voluntad somete a los obreros a la ideología burguesa, pues no comprende que «la socialdemocracia es la fusión del movimiento obrero con el socialismo»[8], que «*todo* lo que sea prosternarse ante la espontaneidad del movimiento obrero, *todo* lo que sea rebajar el papel del «elemento consciente», el papel de la socialdemocracia, *equivale -en absoluto independientemente de la voluntad de quien lo hace- a fortalecer la influencia de la ideología burguesa sobre los obreros*»[9].

Expliquémonos más detenidamente. En nuestro tiempo pueden existir sólo dos ideologías: la burguesa y la socialista. La diferencia entre ellas consiste, entre otras cosas, en que la primera, es decir, la ideología burguesa, es mucho más antigua, está más difundida y ha arraigado más profundamente en la vida que la segunda; con las concepciones burguesas tropezamos en todas partes y en todos los terrenos, en nuestro propio ambiente y en el extraño, mientras que la ideología socialista empieza a dar los primeros pasos, no hace sino empezar a abrirse camino. Huelga señalar que si se trata de la difusión de las ideas, la ideología burguesa, es decir, la conciencia tradeunionista, se difunde con mucha más facilidad y abarca mucho más ampliamente el movimiento obrero *espontáneo* que la ideología socialista, que está dando tan sólo sus primeros pasos. Esto es tanto más cierto cuanto que el movimiento *espontáneo* -el movimiento sin socialismo- de todos modos «marcha precisamente hacia su subordinación a la ideología burguesa»[10]. Y la subordinación a la ideología burguesa significa el desplazamiento de la ideología socialista, por

---

[6] La redacción de «Iskra» se componía entonces de seis miembros: Plejánov, Axelrod, Zasúlich, Martóv, Starovier (seudónimo de A. N. Potrésov) y Lenin.

[7] Lenin: «¿Qué hacer?»

[8] Kautsky: «El programa de Erfurt», edición del CC.

[9] Lenin: «¿Qué hacer?»

[10] Lenin: «¿Qué hacer?»

cuanto ambas se niegan recíprocamente.

¿Cómo -se nos preguntará-, acaso la clase obrera no tiende al socialismo? Sí, tiende al socialismo. *De no ser así, la actividad de la socialdemocracia sería infructuosa*. Pero también es cierto que a esta tendencia se opone, obstaculizándola, otra tendencia: la tendencia a la ideología burguesa.

Acabo de decir que nuestra vida social está impregnada de ideas burguesas, por lo que es mucho más fácil difundir la ideología burguesa que la socialista. No debe olvidarse que, al mismo tiempo, los ideólogos burgueses no se duermen, se presentan a su manera bajo la cobertura socialista y, sin cesar tratan de subordinar a la clase obrera a la ideología burguesa. Y si además los socialdemócratas, a ejemplo de los «economistas», se tumban a la bartola y van a la zaga del movimiento espontáneo (y el movimiento obrero es precisamente espontáneo cuando la socialdemocracia se conduce así), cae por su peso que el movimiento obrero espontáneo seguirá ese camino trillado y se subordinará a la ideología burguesa, por supuesto hasta que largas búsquedas y sufrimientos le obliguen a romper los vínculos que le unen a la ideología burguesa y a emprender la senda de la revolución social.

Esto es precisamente lo que se llama tendencia a la ideología burguesa.

He aquí lo que dice Lenin:

«La clase obrera tiende de un modo espontáneo al socialismo, pero la ideología burguesa, la más difundida (y resucitada sin cesar en las formas más diversas), se impone, sin embargo, espontáneamente más que nada al obrero»[11]. Precisamente por eso el movimiento obrero *espontáneo*, mientras es *espontáneo*, mientras no se ha unido a la conciencia socialista, se subordina a la ideología burguesa y tiende a esa subordinación[12]. *Si esto no fuese así, sería superflua la crítica socialdemócrata, la propaganda socialdemócrata, seria superflua también la «fusión del movimiento obrero con el socialismo»*.

La socialdemocracia está obligada a *luchar* contra esta tendencia a la ideología burguesa y prestar su concurso a la otra tendencia: la tendencia al socialismo. Naturalmente, algún día, tras largas búsquedas y penalidades el movimiento espontáneo también alcanzará el objetivo sin ayuda de la socialdemocracia, llegará al umbral de la revolución social, ya que «la clase obrera tiende de un modo *espontáneo* al socialismo»[13]. Pero ¿y hasta entonces, qué debemos hacer? ¿Cruzarnos de brazos, como los «economistas», y ceder el terreno a los Struve y a los Zubátov? ¿Dar de lado a la socialdemocracia y contribuir así al dominio de la ideología burguesa, de la ideología tradeunionista? ¿Echar al olvido el marxismo y no «fundir el socialismo con el movimiento obrero»?

¡No! La socialdemocracia es el destacamento de vanguardia del proletariado[14], y su deber consiste en ir siempre al frente del proletariado, su deber es «hacer que el movimiento obrero *abandone* esta tendencia espontánea del tradeunionismo a cobijarse bajo el ala de la burguesía y atraerlo hacia el ala de la socialdemocracia revolucionaria»[15]. El deber de la socialdemocracia es introducir la conciencia socialista en el movimiento obrero espontáneo, fundir el movimiento obrero con el socialismo y dar así a la lucha del proletariado un carácter socialdemócrata.

Dicen que en algunos países la *clase* obrera ha elaborado ella sola la ideología socialista (el socialismo científico) y que ella sola la elaborará también en los países restantes, por lo que es completamente superfluo introducir la conciencia socialista en el movimiento obrero desde fuera. Pero esto es un profundo error. Para elaborar el socialismo científico, hay que ir a la vanguardia de la ciencia, hay que estar pertrechado con los conocimientos científicos y saber investigar profundamente las leyes del desarrollo histórico. Pero la *clase* obrera, mientras siga siendo clase obrera, no está en condiciones de ponerse al frente de la ciencia, de hacerla avanzar y de investigar científicamente las leyes históricas: carece de tiempo y de medios para ello. El socialismo científico «puede surgir únicamente sobre la base de profundos conocimientos científicos...» -dice C. Kautsky-. «...Pero el portador de la ciencia no es el proletariado, sino la *intelectualidad burguesa* (subrayado por C. Kautsky). Es del cerebro de algunos miembros de esta capa de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual...»[16].

En relación con ello, Lenin dice: todo el que se prosterna ante el movimiento obrero espontáneo y, cruzándose de brazos, lo contempla desde el margen, el que disminuye constantemente la importancia de la socialdemocracia y cede el terreno a los Struve y a los Zulátov, se imagina que este movimiento elaborará por sí solo el socialismo científico. «Pero esto es un profundo error»[17]. Algunos piensan que los obreros de Petersburgo, en

[11] Lenin: «¿Qué hacer?»
[12] Lenin: «¿Qué hacer?»
[13] Lenin: «¿Qué hacer?»

[14] C. Marx: «Manifiesto». Véase: C. Marx y F. Engels, Obras escogidas en dos tomos, t. I, pág. 34, ed. en español, Moscú, 1951.
[15] Lenin: «¿Qué hacer?»
[16] Lenin: «¿Qué hacer?», donde están reproducidas estas líneas de Kautsky de su conocido artículo publicado en «Neue Zeit»,1901-1902, núm. 3. “Die Neue Zeit» («Tiempos Nuevos»): revista de la socialdemocracia alemana, que se publicó en Stuttgart desde 1883 hasta 1923.
[17] Lenin: «¿Qué hacer?»

las huelgas de los años del 90, poseían una conciencia socialdemócrata, pero eso también es un error. No tenían tal conciencia, ni podían tenerla. Esta (la conciencia socialdemócrata) sólo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países atestiguan que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas, elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales. Los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían por su posición social a los «intelectuales burgueses»[18]. Esto no significa, naturalmente, continúa Lenin, «que los obreros no participen en esta elaboración. Pero no participan en calidad de obreros, sino en calidad de teóricos del socialismo, como los Proudhon y los Weitling (ambos eran obreros); en otros términos, sólo participan en el momento y en la medida en que logran, en mayor o menor grado, dominar la ciencia de su siglo y hacerla avanzar»[19].

Todo esto podemos representárnoslo, más o menos, de la manera siguiente. Existe el régimen capitalista. Hay obreros y hay patronos. Entre ellos se entabla la lucha. Todavía no se ve en parte alguna el socialismo científico. No existía en parte alguna el socialismo científico ni siquiera en la imaginación, cuando los obreros luchaban ya. Sí, los obreros luchan, pero luchan dispersos contra sus patronos, chocan con sus autoridades locales: allí organizan huelgas, aquí van a mítines y manifestaciones, en unos sitios exigen derechos a las autoridades, en otros declaran el boicot, unos hablan de la lucha política, otros de la lucha económica, etc. Pero esto por sí solo no quiere decir que los obreros tengan conciencia socialdemócrata, esto por sí solo no quiere decir que el objetivo de su movimiento sea la demolición del régimen capitalista, que estén tan seguros del derrocamiento del capitalismo y de la implantación del régimen socialista como están seguros de la inevitabilidad de la salida del sol, que estiman la conquista de su dominio político (dictadura del proletariado) como el instrumento indispensable para la victoria del socialismo, etc.

Mientras tanto, se desarrolla la ciencia. El movimiento obrero atrae paulatinamente su atención. La mayor parte de los hombres de ciencia llegan a la idea de que el movimiento obrero es un motín de revoltosos a los que no estaría mal hacer entrar en razón a fustazo limpio. Otros, en cambio, consideran que la obligación de los ricos es dar a los pobres unas migajas, es decir, que el movimiento obrero es un movimiento de mendigos, cuya finalidad estriba en recibir una limosna. Y entre mil hombres de ciencia como éstos puede aparecer quizá uno que aborde científicamente el movimiento obrero, investigue científicamente toda la vida social, siga de cerca la colisión de las clases, preste oído atento a las sordas protestas de la clase obrera y, en fin, demuestre científicamente que el régimen capitalista no es de ningún modo algo eterno, que es tan pasajero como el feudalismo, que tras él debe llegar con toda inevitabilidad el régimen socialista, que es su negación y que sólo puede ser implantado por el proletariado mediante la revolución social. En una palabra, se elabora el socialismo científico.

Naturalmente, si no hubiera capitalismo ni lucha de clases, tampoco habría socialismo científico. Pero asimismo es cierto que esos pocos hombres, por ejemplo, Marx y Engels, no habrían elaborado el socialismo científico sino hubiesen poseído conocimientos científicos.

¿Qué es el socialismo científico *sin movimiento obrero*? Una brújula que, al no ser utilizada, puede únicamente cubrirse de herrumbre, y entonces habrá que arrojarla por la borda.

¿Qué es el movimiento obrero *sin socialismo*? Un barco sin brújula, que aún así llegará a la otra costa, pero que de tener brújula alcanzaría la costa mucho antes y tropezaría con menos peligros.

Unid lo uno y lo otro y tendréis un excelente barco, que a toda marcha se dirigirá derecho a la otra costa y llegará incólume al puerto.

Unid el movimiento obrero con el socialismo y tendréis un movimiento socialdemócrata que se dirigirá veloz por el camino recto a la «tierra de promisión».

Así, pues, el deber de la socialdemocracia (y no sólo de los intelectuales socialdemócratas) es unir el socialismo con el movimiento obrero, introducir en el movimiento la conciencia socialista y dar así al movimiento obrero espontáneo un carácter socialdemócrata.

Esto es lo que dice Lenin.

Algunos afirman que, en opinión de Lenin y de la «mayoría», el movimiento obrero, si no está unido a la ideología socialista, fracasará, no llegará a la revolución social. Pero eso es una invención, una invención de hombres ociosos, que en todo caso sólo podía ocurrírseles a marxistas de pacotilla como An (v. «¿Qué es el Partido?», núm. 6 de «Mogzauri»[20]).

---

[18] Lenin: «¿Qué hacer?»
[19] Lenin: «¿Qué hacer?»

[20] «Mogzauri» («El Viajero»): revista histórico-arqueológica y geográfico-etnográfica; apareció en Tiflis de 1901 a noviembre de 1905. En enero de 1905 «Mogzauri» pasó a ser publicación semanal literario-política de los socialdemócratas georgianos,

Lenin afirma terminantemente que «la clase obrera tiende de un modo espontáneo al socialismo»[21], y si no se detiene más en ello es sólo porque considera superfluo demostrar lo que ya está demostrado. Además, Lenin no se había planteado en modo alguno investigar el movimiento *espontáneo*; sólo ha querido demostrar a los militantes dedicados al trabajo práctico qué deben hacer *conscientemente*.

He aquí lo que dice Lenin en otro lugar, donde polemiza con Mártov:

«Nuestro Partido es el intérprete consciente de un proceso inconsciente». Exacto. Y precisamente por eso es un error pretender que «todo huelguista» pueda adjudicarse el título de miembro del Partido, porque si «toda huelga» no fuera sólo la expresión espontánea de un poderoso *instinto de clase y de una lucha de clases que conduce inevitablemente a la revolución social, sino una expresión consciente* de eso proceso..., entonces nuestro Partido... acabaría de golpe con toda la sociedad burguesa»[22].

Como veis, en opinión de Lenin, también la lucha de clases y los choques de las clases que no pueden ser denominados socialdemócratas, conducen, sin embargo, inevitablemente a la clase obrera a la revolución social.

Si os interesa igualmente la opinión de otros representantes de la «mayoría», escuchad. He aquí lo que dice en el II Congreso del Partido uno de ellos, el camarada Gorin:

«¿Cuál sería la situación si el proletariado fuera abandonado a su propia suerte? La situación seria análoga a lo que ocurrió en vísperas de la revolución burguesa. Los revolucionarios burgueses carecían de toda ideología científica. Y, no obstante, surgió el régimen burgués. El proletariado sin ideólogos, naturalmente, al fin y al cabo, actuaría en el sentido de la revolución social, pero por instinto... El proletariado llevaría a la práctica el socialismo también por instinto, pero no poseería la teoría socialista. Ahora bien, el proceso sería lento y más doloroso»[23].

Las aclaraciones están de más.

Así, pues, el movimiento obrero *espontáneo*, el movimiento obrero *sin socialismo*, inevitablemente se empequeñece y adquiere un carácter tradeunionista; se somete a la ideología burguesa. ¿Puede deducirse de aquí que el socialismo lo es todo y el movimiento obrero nada? ¡Naturalmente que no! Así hablan tan sólo los idealistas. Algún día, al cabo de mucho tiempo, el desarrollo económico llevará inevitablemente a la clase obrera a la revolución social y, por lo tanto, la obligará a romper toda clase de vínculos con la ideología burguesa. La cosa estriba únicamente en que este camino será muy largo y doloroso.

Por otra parte, el socialismo *sin movimiento obrero*, cualquiera que sea la base científica sobre la que haya surgido, no pasará, sin embargo, de ser una frase huera y perderá su importancia. ¿Se puede deducir de aquí que el movimiento lo es todo y el socialismo nada? ¡Naturalmente que no! Así piensan tan sólo los marxistas de pacotilla, para quienes la conciencia no tiene importancia alguna, ya que es engendrada por la propia vida social. El socialismo puede ser unido al movimiento obrero, y convertido, por tanto, de frase huera en un arma afilada.

¿Conclusión?

La conclusión es la siguiente: el movimiento obrero debe ser unido al socialismo, la actividad práctica y el pensamiento teórico deben fundirse en un todo y dar así al movimiento obrero espontáneo un carácter socialdemócrata, pues «la socialdemocracia es la fusión del movimiento obrero con el socialismo»[24]. Entonces el socialismo, unido con el movimiento obrero, de frase vacía se convierte, en manos de los obreros, en una fuerza grandiosa. Entonces el movimiento espontáneo, convertido en movimiento socialdemócrata, marchará a pasos acelerados y por una senda segura hacia el régimen socialista.

Así, pues, ¿cuál es la misión de la socialdemocracia de Rusia? ¿Qué debemos hacer?

Nuestra obligación, la obligación de la socialdemocracia, es hacer que el movimiento espontáneo de los obreros abandone el camino tradeunionista y tome el camino socialdemócrata. Nuestra obligación es introducir en este movimiento la conciencia socialista[25] y agrupar a las fuerzas de vanguardia de la clase obrera en un partido centralizado. Nuestro deber es ir siempre a la vanguardia del movimiento y luchar infatigablemente contra todos los que estorben la realización de estas tareas, sean enemigos o «amigos».

Tal es, en líneas generales, la posición de la «mayoría».

A nuestra «minoría» no le gusta la posición de la «mayoría»: ¡«no es marxista», «está en contradicción radical» con el marxismo! ¿Es así, respetabilísimos señores? ¿Dónde, cuándo, en qué planeta es esto así? Leed nuestros artículos, dicen, y os convenceréis de que tenernos razón. Bien, vamos a leerlos.

Tenemos ante nosotros el artículo titulado «¿Qué es el Partido?» (v. «Mogzauri», núm. 6). ¿De qué acusa el «crítico» An a la «mayoría» del Partido?

bajo la dirección de F. Majaradze. En «Mogzauri», al lado de artículos de autores bolcheviques, aparecían también artículos de mencheviques.

[21] Lenin: «¿Qué hacer?»

[22] Lenin: «Un paso adelante, dos pasos atrás».

[23] Actas del II Congreso del Partido.

[24] Kautsky: «El programa de Erfurt», edición del CC.

[25] que elaboraron Marx y Engels.

«Esta (la «mayoría»)... se proclama cabeza del Partido... y exige la subordinación de los demás... y para justificar su conducta, a menudo inventa hasta nuevas teorías, como por ejemplo: los obreros no pueden *asimilar* (subrayado por mí) con sus propias fuerzas «los altos ideales», etc.»[26].

Cabe ahora preguntar: ¿expone y ha expuesto alguna vez la «mayoría» semejantes «teorías»? ¡En ninguna parte, nunca! Por el contrario, el representante ideológico de la «mayoría», el camarada Lenin, dice con absoluta precisión que la clase obrera *asimila* muy fácilmente los «altos ideales», *asimila* muy fácilmente el socialismo. Escuchad:

«Con frecuencia se oye decir: la clase obrera tiende de un modo *espontáneo* al socialismo. Esto es por entero justo en el sentido de que la teoría socialista determina, con más profundidad y exactitud que ninguna otra, las causas de las calamidades que padece la clase obrera, y precisamente por ello *los obreros la asimilan con tanta facilidad*»[27].

Como veis, en opinión de la «mayoría», los obreros asimilan fácilmente los «altos ideales» que llamamos socialismo.

Entonces, ¿por qué sutiliza de esa manera An, de dónde ha exhumado su extraño «descubrimiento»? El asunto, lectores, estriba en que el «crítico» An se refería a otra cosa completamente distinta. Se refería al lugar del libro «¿Qué hacer?» en el que Lenin habla de la *elaboración* del socialismo, en el que Lenin afirma que la clase obrera *no puede elaborar* con sus propias fuerzas el socialismo científico[28]. Pero ¿cómo es esto? -diréis-. Una cosa es la elaboración del socialismo y otra su *asimilación*. ¿Por qué ha olvidado An las palabras de Lenin que tan claramente hablan de la *asimilación* de los «altos ideales»? Tenéis razón, lectores, pero ¿qué puede hacer An, si le gusta tanto ser «crítico»? Ved qué heroicidad: idear su propia «teoría», atribuírsela al adversario y después bombardear él mismo el fruto de su fantasía. ¡Así se hace la crítica! En todo caso es indudable que An «no ha podido asimilar con sus propias fuerzas» el libro de Lenin «¿Qué hacer?».

Abramos ahora el llamado «Sotsial-Demokrat». ¿Qué dice el autor del artículo titulado «¿Mayoría o minoría?»? (v. «Sotsial-Demokrat», núm. 1).

Muy envalentonado, arremete con gran alboroto contra Lenin porque, en su opinión, «el desarrollo natural (debería decir: «espontáneo») del movimiento obrero no tiende al socialismo, sino a la ideología burguesa»[29]. El autor, por lo visto, no comprende que el movimiento obrero *espontáneo* es un movimiento sin socialismo (que el autor demuestre que no es así), y *tal* movimiento se somete indefectiblemente a la ideología burguesa tradeunionista, tiende a ella, pues en nuestro tiempo pueden existir tan sólo dos ideologías: la socialista y la burguesa, y donde no está la primera, indefectiblemente aparece la segunda y ocupa el lugar de aquélla (¡demostrad lo contrario!). Sí, Lenin dice eso precisamente. Pero al propio tiempo no olvida la otra tendencia inherente al movimiento obrero: la tendencia al socialismo, que solamente hasta cierto momento es velada por la tendencia a la ideología burguesa. Lenin dice explícitamente que «la clase obrera tiende de un modo espontáneo al socialismo»[30], y señala con toda justicia que la obligación de la socialdemocracia es acelerar la victoria de *esta* tendencia, entre otras cosas también mediante la lucha contra los «economistas». ¿Por qué, pues, usted, respetable «crítico», no ha trascrito en su artículo estas palabras de Lenin? ¿Es que no pertenecen al mismo Lenin? No le convenía a usted, ¿verdad?

«A juicio de Lenin...-continúa el autor-, el obrero por su *situación* (subrayado por mí) es mas bien burgués que socialista...»[31]. ¡Vaya una necedad, que yo no esperaba ni siquiera de este autor! ¿Acaso Lenin habla de la *situación* del obrero, acaso afirma que el obrero por su *situación* es burgués? ¿Qué necio puede decir que el obrero es burgués por su situación, el obrero, que está privado de los instrumentos de producción y vive de la venta de su fuerza trabajo? ¡No! Lenin dice algo completamente distinto. El asunto estriba en que yo puedo ser proletario, y no burgués por mi *situación*, pero al mismo tiempo no tener conciencia de mi *situación* y, en vista de ello, someterme a la ideología burguesa. Precisamente así ocurre, en el caso presente, con la clase obrera. Y esto es algo muy distinto.

En general, el autor gusta de emplear palabras vacías, ¡de pronto las lanza sin pensarlo más! Por ejemplo, el autor repite obstinadamente que «el leninismo está en contradicción radical con el marxismo»[32], y lo repite sin comprender a dónde le conduce esa «idea». Convengamos con él por un instante en que el leninismo, en efecto, «está en contradicción radical con el marxismo». ¿Y qué más? ¿Qué se desprende de ello? Helo aquí. «El leninismo arrastró consigo» a «Iskra» (a la vieja «Iskra») -esto no lo niega tampoco el autor-; por consiguiente, también «Iskra» «está en contradicción radical con el marxismo». El II Congreso del Partido, por 35 votos, reconoció a «Iskra» como órgano central del Partido y dedicó

[26] «Mogzauri», núm. 6.
[27] Lenin: «¿Qué hacer?»
[28] Lenin: «¿Qué hacer?»
[29] «Sotsial-Demokrat», núm. 1.
[30] Lenin: «¿Qué hacer?»
[31] «Sotsial-Demokrat», núm. 1.
[32] «Sotsial-Demokrat», núm. 1.

grandes elogios a sus méritos[33]; por consiguiente, tanto este Congreso, como su programa, como su táctica «están en contradicción radical con el marxismo»... Es ridículo, ¿verdad, lectores?

El autor, no obstante, continúa: «En opinión de Lenin, el movimiento obrero espontáneo va hacia la unión con la burguesía...» Sí, sí, el autor indudablemente va hacia la unión con la necedad, y estaría bien que se apartara de ese camino.

Mas dejemos al «crítico». Volvamos al marxismo.

El respetable «crítico» repite obstinadamente que la posición de la «mayoría» y de su representante, Lenin, está en contradicción radical con el marxismo, pues tanto Kautsky como Marx y Engels dicen, según él, ¡lo contrario de lo que sostiene Lenin!, ¿Es así? ¡Veamos!

«C Kautsky -nos informa el autor- escribe en su «Programa de Erfurt»: «Los intereses del proletariado y de la burguesía son hasta tal punto opuestos, que las aspiraciones de estas dos clases no pueden coincidir durante un tiempo más o menos prolongado. En todo país con modo capitalista de producción, la participación de la clase obrera en la política tiene que llevarla *tarde o temprano* a separarse de los partidos burgueses y formar un partido independiente, el *partido obrero*».

Pero, ¿qué se desprende de esto? Tan sólo que los intereses de la burguesía y del proletariado están en mutua contradicción, que «tarde o temprano» el proletariado se separará de la burguesía formando un *partido obrero* independiente (tenedlo en cuenta: *partido obrero* y no partido obrero *socialdemócrata*). ¡El autor supone que Kautsky discrepa aquí de Lenin! Pero Lenin dice que el proletariado, *tarde o temprano*, no sólo se separará de la burguesía, sino que llevará a cabo la revolución social, es decir, derrocará a la burguesía[34]. La tarea de la socialdemocracia -añade- es procurar que esto se lleve a cabo *cuanto antes* y se lleve a cabo *conscientemente*. Sí, *conscientemente*, y no de una manera espontánea, ya que Lenin trata precisamente de esta conciencia.

«...Allí donde las cosas han llegado hasta la formación de un partido obrero independiente -continúa el «crítico», citando el libro de Kautsky-, este partido, tarde o temprano, debe por necesidad natural *asimilar* las tendencias socialistas, si no está inspirado en ellas desde el comienzo mismo; debe, en fin de cuentas, convertirse en partido obrero *socialista*, es decir, en *socialdemocracia*»[35].

¿Qué significa esto? Exclusivamente que el partido obrero *asimilará* las tendencias socialistas. ¿Pero es que Lenin lo niega? ¡De ningún modo! Lenin dice terminantemente que no sólo el partido obrero, sino también toda la clase obrera asimila el socialismo[36]. Entonces ¿qué tontería se le ocurre a este «Sotsial-Demokrat» y a su mentiroso héroe? ¿A qué vienen con absurdos de todo género? Como se dice, han oído campanas y no saben dónde. Precisamente esto es lo que ha ocurrido con nuestro embrollado autor.

Según veis, Kautsky no disiente aquí ni en un ápice de Lenin. Pero, en cambio, todo ello demuestra, con excepcional claridad, la insensatez del autor.

¿Dice Kautsky algo a favor de la posición de la «mayoría»? He aquí lo que escribe en uno de sus notables artículos, en el que analiza el proyecto de programa de la socialdemocracia austriaca:

«Muchos de nuestros críticos revisionistas (seguidores de Berntein) entienden que Marx ha afirmado que el desarrollo económico y la lucha de clases, además de crear las premisas para la producción socialista, también engendran directamente la *conciencia* (subrayado por C. Kautsky) de su necesidad. Y he aquí que esos críticos replican que Inglaterra, el país de mayor desarrollo capitalista, es más ajeno que ningún otro país a esta conciencia. A juzgar por el nuevo proyecto (austriaco), se podría creer que esta... concepción... es compartida también por la comisión que redactó el programa austriaco. El proyecto dice: «Cuanto más aumenta el proletariado con el desarrollo del capitalismo, tanto más obligado se ve a emprender la lucha contra el capitalismo y tanto mas capacitado está para emprenderla. El proletariado *llega a adquirir la conciencia* de la posibilidad y de la necesidad del socialismo. En este orden de ideas, la conciencia socialista aparece como el resultado necesario y directo de la lucha de clase del proletariado. Pero esto es falso... La conciencia socialista moderna puede surgir *únicamente sobre la base de profundos conocimientos científicos...* Pero el portador de la ciencia no es el proletariado, sino la *intelectualidad burguesa* (subrayado por C. Kautsky). Es del cerebro de algunos miembros de esta capa de donde *ha surgido* el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido (el socialismo científico) a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clase del proletariado... De modo que la conciencia socialista es algo *introducido desde fuera* en la lucha de clase del proletariado, y no algo *que ha surgido* espontáneamente *dentro de ella*. De acuerdo con esto ya el viejo programa de Heinfeld[37]

[33] Véase las actas del II Congreso del Partido. En ese mismo lugar aparece la resolución en que «Iskra» es llamada auténtica defensora de los principios de la socialdemocracia.
[34] Véase: Lenin, «Un paso adelante, dos pasos atrás».
[35] «Sotsial-Demokrat», núm. 1.
[36] Lenin: «¿Qué hacer?»
[37] El programa de Heinfeld fue aprobado en el Congreso de constitución de la socialdemocracia austriaca en 1888, en la ciudad de Heinfeld. Este programa, en la exposición de

decía con *todo fundamento* que es tarea de la socialdemocracia *llevar al proletariado la conciencia* de su situación y de su misión...»[38].

¿No recordáis, lectores, análogas ideas de Lenin sobre esta cuestión, no recordáis la conocida posición de la «mayoría»? ¿Por qué el «Comité de Tiflis» y su «Sotsial-Demokrat» han ocultado la verdad, por qué el respetable «crítico», al hablar de Kautsky, no reprodujo en su artículo estas palabras de Kautsky? ¿A quién engañan esos honorabilísimos señores, por qué «mantienen una actitud tan despectiva» hacia el lector? ¿No será porque... temen la verdad, se esconden de la verdad y piensan que también la verdad puede ser escondida? ¡Se parecen al ave que esconde la cabeza bajo el ala y se imagina que nadie la ve! Pero se equivocan, como se equivoca el ave.

Si la conciencia socialista fue elaborada sobre una base científica, si esta conciencia es introducida gracias a los esfuerzos de la socialdemocracia[39] en el movimiento obrero desde fuera, es evidente que todo esto ocurre porque la clase obrera, mientras sigue siendo clase obrera, no puede ponerse a la vanguardia de la ciencia y elaborar con sus propias fuerzas el socialismo científico: carece de tiempo y de medios para ello.

He aquí lo que dice C. Kautsky en su «Programa de Erfurt»:

«... El proletario puede, en el mejor de los casos, asimilar parte de los conocimientos elaborados por la erudición burguesa y adaptarlos a sus fines y necesidades, pero mientras siga siendo proletario, carece de tiempo libre y de medios para elaborar independientemente la ciencia más allá de los límites alcanzados por los pensadores burgueses. Por eso precisamente, el socialismo obrero original debía llevar todos los rasgos esenciales del utopismo»[40] (utopismo: teoría falsa, no científica).

El socialismo utópico de este género adquiere con frecuencia un carácter anárquico, continúa Kautsky, pero «...como es sabido, en todas partes donde el movimiento anarquista (comprendiendo por tal el utopismo proletario. C. Kautsky) ha calado verdaderamente en las masas y se ha convertido en un movimiento de clase, siempre, tarde o temprano, a pesar de su aparente radicalismo, ha terminado transformándose en el *movimiento puramente gremial* más estrecho»[41].

En otros términos, si el movimiento obrero no está unido al socialismo científico, se empequeñece inevitablemente, adquiere un carácter «estrechamente gremial» y, por lo tanto, se somete a la ideología tradeunionista.

«¡Esto es humillar a los obreros, esto es encumbrar a los intelectuales!», claman nuestro «crítico» y su «Sotsial-Demokrat»!... ¡Pobre «crítico», lamentable «Sotsial-Demokrat»! ¡Ellos consideran al proletariado como a una damisela caprichosa a la que no se puede decir la verdad y a la que siempre hay que dirigir cumplidos para que no salga corriendo! ¡No, honorabilísimos señores! Nosotros tenemos fe en que el proletariado manifestará más firmeza de lo que vosotros pensáis. ¡Nosotros tenemos fe en que no se asustará de la verdad! Pero vosotros... ¿Qué podemos deciros? También en este caso os habéis asustado de la verdad y en vuestro artículo no habéis transmitido al lector las auténticas ideas de Kautsky...

Por lo tanto, el socialismo científico *sin movimiento obrero* son palabras vacías, siempre fáciles de echar al viento.

Por otra parte, el movimiento obrero *sin socialismo* es un errar tradeunionista, que algún día, naturalmente, conducirá a la revolución social, pero a costa de largos sufrimientos y dolores.

¿Conclusión?

«El movimiento obrero debe unirse con el socialismo»: «la socialdemocracia es la fusión del movimiento obrero con el socialismo»[42].

Así habla Kautsky, teórico del marxismo.

Hemos visto que lo mismo dicen «Iskra» (la vieja) y la «mayoría».

Hemos visto que en la misma posición se mantiene el camarada Lenin.

Así, pues, la «mayoría» se mantiene firmemente en las posiciones marxistas.

Está claro que «la actitud despectiva hacia los obreros», «el encumbramiento de los intelectuales», «la posición no marxista de la mayoría» y demás perlas parecidas tan profusas en los «críticos» mencheviques, no son otra cosa que palabras altisonantes, pura fantasía de los «mencheviques» de Tiflis.

Por el contrario, veremos que en realidad la propia «minoría» de Tiflis, el «Comité de Tiflis» y su «Sotsial-Demokrat» están «en contradicción radical con el marxismo». Pero de esto hablaremos después. Por ahora dirijamos nuestra atención a lo siguiente.

En confirmación de sus juicios, el autor del articulo «¿Mayoría o minoría?» aduce unas palabras de Marx (?): «el teórico de una u otra clase llega teóricamente a la conclusión *hacia la que la propia clase ha llegado ya en la práctica*»[43].

Una de dos. O el autor no sabe el georgiano o es

principios, contenía diversas tesis que enfocaban acertadamente el curso del desarrollo social y las tareas del proletariado y del partido proletario. Más tarde, en el Congreso de Viena, celebrado en 1901, el programa de Heinfeld fue sustituido por otro nuevo, que contenía tesis revisionistas.

[38] «Neue Zeit», 1901-1902, XX, núm. 3. Este notable artículo de Kautsky ha sido transcrito por Lenin en «¿Qué hacer?».

[39] Y no sólo de los intelectuales socialdemócratas.

[40] Kautsky: «El programa de Erfurt», edición del CC.

[41] Kautsky: «El programa de Erfurt», edición del CC.

[42] Kautsky: «El programa de Erfurt», edición del CC.

[43] «Sotsial-Demokrat», núm. 1.

una errata del cajista. Ni una sola persona letrada dirá «*hacia la que ha llegado ya*». Lo correcto sería decir: «*a la que ha llegado ya*» o «*hacia la que se dirige ya*». Si el autor tiene en cuenta lo último (hacia la que se dirige ya), debo advertir que transmite erróneamente las palabras de Marx; Marx no dijo nada parecido. Y si el autor se refiere a la primera formulación, la frase transcrita por él adquirirá este giro: «el teórico de una u otra clase llega teóricamente a la conclusión *a la que ha llegado ya* en la practica la propia clase». Dicho de otra forma, si Marx y Engels llegaron teóricamente a la conclusión de que el hundimiento del capitalismo y la edificación del socialismo son inevitables, esto significa que el proletariado ¡ha rechazado *ya* el capitalismo *prácticamente*, ha hundido al capitalismo y ha edificado en su lugar la vida socialista!

¡Pobre Marx! ¡Quién sabe cuantos disparates le atribuirán aún nuestros marxistas de pacotilla!

¿Dice realmente eso Marx? He aquí lo que en verdad dice: los representantes teóricos de la pequeña burguesía «*se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a que impulsan prácticamente a los pequeños burgueses* el interés material y la situación social. Tal es, en general, la relación que existe entre los representantes políticos y literarios de una clase y la clase por ellos representada»[44].

Como veis, Marx de ningún modo dice «*ha llegado ya*». Estas palabras «filosóficas» han sido inventadas por el respetable «crítico».

En este caso, las palabras de Marx adquieren un sentido completamente distinto.

¿Qué idea desarrolla Marx en la tesis que hemos transcrito? Sólo que el teórico de una u otra clase *no puede crear* el ideal cuyos elementos no existen en la realidad, que *no puede más* que captar los elementos del porvenir y sobre esta base *crear* teóricamente el ideal al que una u otra clase llega en la práctica. La diferencia está en que el teórico se adelanta a la clase y capta antes que ella los gérmenes del futuro. Esto es, precisamente, lo que se llama «llegar a algo teóricamente».

He aquí lo que dicen Marx y Engels en su «Manifiesto».

«Prácticamente, los comunistas (es decir, los socialdemócratas) son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector *que siempre impulsa adelante*; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su *clara visión* de las condiciones, de la marcha y de los resultados *generales* del movimiento proletario».

Sí, los ideólogos «*impulsan adelante*», ven mucho más allá que «el resto del proletariado», y en ello está todo el quid. Los ideólogos impulsan adelante, y precisamente por ello la idea, la conciencia socialista, tiene gran importancia para el movimiento.

¿Por eso precisamente ataca usted a la «mayoría», honorable «crítico»? Entonces despídase del marxismo y sepa que la «mayoría» está orgullosa de su posición marxista.

La situación de la «mayoría» en el caso presente recuerda mucho la situación de Engels en los años del 90.

La idea es la fuente de la vida social, afirmaban los idealistas. A su juicio, la conciencia social es el fundamento sobre el que se construye la vida de la sociedad. Por eso se les llamaba idealistas.

Era preciso demostrar que las ideas no caen del cielo, que son originadas por la vida misma.

En la palestra de la historia aparecieron Marx y Engels, que cumplieron a maravilla este papel. Demostraron que la vida social es la fuente de las ideas, por lo que la vida de la sociedad es el fundamento sobre el que está edificada la conciencia social. Así cavaron la fosa al idealismo y desbrozaron el camino al materialismo.

Algunos semimarxistas lo comprendieron en el sentido de que la conciencia, las ideas tienen en la vida una importancia insignificante.

Era preciso demostrar la gran importancia de las ideas.

Entonces intervino Engels y en sus cartas (1891-1894) subrayó que las ideas, ciertamente, no caen del cielo, sino que son engendradas por la propia vida, pero, una vez surgidas, adquieren gran importancia, unen a los hombres, los organizan e imponen su sello a la vida social que las ha engendrado: las ideas tienen gran importancia en el movimiento histórico.

«Eso no es marxismo, eso es una traición al marxismo», alborotaron Benstein y sus semejantes. Los marxistas se burlaron de estos gritos...

En Rusia ha habido semimarxistas: los «economistas». Afirmaban que como las ideas son engendradas por la vida social, la conciencia socialista tiene una importancia insignificante para el movimiento obrero.

Era preciso demostrar que la conciencia socialista tiene gran importancia para el movimiento obrero, que sin ella el movimiento no es sino un errar tradeunionista, del que no se sabe cuándo se librará el proletariado y cuándo llegará a la revolución social.

Y entonces apareció «lskra», que cumplió magníficamente tal papel. Salió a la luz el libro «¿Qué hacer?», en el que Lenin subraya la gran importancia de la conciencia socialista. Se formó la «mayoría» en el seno del Partido, que emprendió con firmeza este camino.

[44] Si no tenéis «El Dieciocho Brumario», ved las Actas del II Congreso del Partido, donde se reproducen estas palabras de Marx. Véase: C. Marx y F. Engels, Obras escogidas en dos tomos, t. 1, pág. 250, ed. en español, Moscú, 1951.

Mas entonces intervienen los pequeños Bernsteines y comienzan a alborotar: ¡eso «está en contradicción radical con el marxismo»!

¿Pero sabéis vosotros, pequeños «economistas», qué es el marxismo?

¡Es extraño! -dirá el lector-. ¿De qué se trata? -preguntará-. ¿Por qué Plejánov escribió su artículo crítico contra Lenin? (v. la nueva «Iskra», núms. 70, 71). ¿Por qué censura a la «mayoría»? ¿Acaso los marxistas de pacotilla de Tiflis y su «Sotsial-Demokrat» no repiten las ideas expuestas por Plejánov? Si, las repiten, pero tan torpemente, que repugna oírles. Sí, Plejánov ha criticado. Pero ¿sabéis de qué se trata? Plejánov no discrepa de la «mayoría» ni de Lenin. Y no sólo Plejánov, tampoco Mártov, ni Zasúlich, ni Axelrod. Realmente, en la cuestión de que hemos tratado más arriba, los jefes de la «minoría» no discrepan de la vieja «Iskra». Y la vieja «Iskra» es la bandera de la «mayoría». ¡No os asombréis! He aquí los hechos.

Conocemos el articulo programático de la vieja «Iskra» (véase más arriba). Sabemos que en este artículo está expresada plenamente la posición de la «mayoría». ¿A quién pertenece este artículo? A la redacción de entonces de la «Iskra». ¿Quiénes formaban parte de esta redacción? Lenin, Plejánov, Axelrod, Mártov, Zasúlich y Starovier. De ellos, en la actualidad, sólo uno, Lenin, forma parte de la «mayoría», los cinco restantes dirigen la «minoría»; pero el hecho sigue siendo, no obstante, un hecho: el artículo programático de «Iskra» apareció bajo su redacción, y, por consiguiente, no deberían abjurar de sus palabras, ya que, al parecer, creían en lo que escribían.

Pero, si se quiere, dejemos a «Iskra».

Veamos lo que escribe Mártov:

«De tal manera, la idea del socialismo surgió por vez primera no entre las masas obreras, sino en los despachos de los hombres de ciencia salidos de la burguesía»[45].

Veamos lo que escribe Vera Zasúlich:

«Hasta la idea de la solidaridad de clase de todo el proletariado... no es ya tan sencilla como para engendrarse por sí sola en la cabeza de cada obrero... El socialismo... tampoco nace, ni mucho menos, en las cabezas de los obreros «por si solo»... La teoría socialista fue preparada por todo el desarrollo tanto de la vida como del conocimiento... y creada por una mente genial dotada de este conocimiento. Y el comienzo de la difusión de las ideas del socialismo entre los obreros se debió también, en casi todo el continente europeo, a los socialistas que habían recibido instrucción en los centros de enseñanza para las clases superiores»[46].

Oigamos ahora a Plejánov, que con tales aires de importancia y en tono tan solemne ha escrito contra Lenin en la nueva «Iskra» (núms. 70, 71). La cosa ocurre en el II Congreso del Partido. Plejánov polemiza con Martínov y defiende a Lenin. Reprocha a Martínov, que, agarrándose a una frase de Lenin, pasó por alto el libro «¿Qué hacer?» en su conjunto, y prosigue:

«El procedimiento del camarada Martínov me recuerda a un censor que decía: «dadme el «padrenuestro», permitidme arrancar de él una frase y os demostraré que su autor debía ser ahorcado». Pero todos los reproches dirigidos contra esta malhablada frase (de Lenin), y no sólo por el camarada Martínov, sino también por otros muchísimos, se basan en un malentendido. El camarada Martínov cita unas palabras de Engels; «El socialismo moderno es la expresión teórica del movimiento obrero moderno». El camarada Lenin también está de acuerdo con Engels... Pero las palabras de Engels son una tesis general. La cuestión estriba en quién formula por primera vez esta tesis teórica. Lenin no escribía un tratado de filosofía de la historia, sino un artículo polémico contra los «economistas», que decían: debemos esperar a ver a qué llega la clase obrera por sí sola, sin ayuda del «bacilo revolucionario» (es decir, sin la socialdemocracia). A esta última se le prohibía decir nada a los obreros, precisamente porque es el «bacilo revolucionario», es decir, posee conciencia teórica. Pero si elimináis el «bacilo», queda sola la masa inconsciente, en la que la conciencia debe ser introducida desde fuera. Si quisierais ser justos con Lenin y leyerais atentamente todo su libro, veríais que eso es precisamente lo que él dice»[47].

Así hablaba Plejánov en el II Congreso del Partido.

Y ese mismo Plejánov, instigado por esos mismos Mártov, Axelrod, Zasúlich, Starovier y otros, unos meses después interviene de nuevo y, aferrándose a esa misma frase de Lenin que *defendiera* en el Congreso, declara: Lenin y la «mayoría» no son marxistas. Él sabe que si se arranca una frase del mismo «padrenuestro» y se la interpreta por aislado, su autor podría ir a parar a la horca como hereje. Él sabe que esto sería injusto, que un crítico imparcial no procede así, pero, no obstante, arranca esa frase del libro de Lenin; no obstante, procede con injusticia y se denigra públicamente a sí mismo. Y Mártov, Zasúlich, Axelrod y Starovier le hacen coro, publican bajo su redacción en la nueva «Iskra» el artículo de Plejánov (núms. 70, 71) y se cubren así una vez más de ignominia.

45 Mártov, «La Bandera Roja».

46 «Zariá», núm. 4. «Zariá» ("La Aurora»): revista teórica de la socialdemocracia de Rusia; fundada por V. I. Lenin, se publicaba al mismo tiempo que el periódico «Iskra», con una redacción común. La revista se editó en Stuttgart desde abril de 1901 hasta agosto de 1902.

47 Actas del II Congreso del Partido.

¿Por qué han manifestado tal inconsecuencia, por qué estos jefes de la «minoría» se han denigrado a sí mismos, por qué han renegado del artículo programático de «Iskra» que ellos firmaran, por qué han renegado de sus propias palabras? ¿Se ha visto alguna vez semejante falsedad en un partido socialdemócrata?

¿Qué ha sucedido, pues, en los pocos meses transcurridos entre el II Congreso y la aparición del artículo de Plejánov?

Se trata de lo siguiente. De los seis redactores, el II Congreso eligió redactores de «Iskra» sólo a tres: Plejánov, Lenin y Mártov. En cuanto a Axelrod, Starovier y Zasúlich, el Congreso los llevó a otros puestos. El Congreso, naturalmente, tenía derecho a ello, y todos estaban obligados a someterse a él: el Congreso es el intérprete de la voluntad del Partido, el órgano supremo del Partido, y quien va contra sus decisiones, pisotea la voluntad del Partido.

Ahora bien, estos obstinados redactores no se sometieron a la voluntad del Partido, a la disciplina del Partido (la disciplina del Partido es la voluntad del Partido). ¡Resulta que la disciplina del Partido ha sido ideada para simples militantes como nosotros! Ellos se revolvieron airados contra el Congreso, porque no los eligió redactores, se colocaron al margen, arrastraron consigo a Mártov y formaron la oposición. Declararon el boicot al Partido, se negaron a efectuar el trabajo de partido y empezaron a amenazar al Partido: elegidnos para la redacción, para el Comité Central, para el Consejo del Partido; si no, provocaremos la escisión. Y comenzó la escisión. Así pisotearon una vez más la voluntad del Partido.

He aquí las exigencias de los redactores en huelga:

«Se restablece la vieja redacción de «Iskra» (es decir, dadnos tres puestos en la redacción).

Se da entrada en el Comité Central a un determinado número de miembros de la oposición (es decir, de la «minoría»).

Se asignan en el Consejo del Partido *dos puestos* a los miembros de la oposición, etc.

Presentamos estas *condiciones* como las únicas que *aseguran* al Partido la posibilidad de evitar un conflicto que pone en peligro la propia existencia del Partido» (es decir, satisfaced nuestras demandas; si no, provocaremos en el Partido una gran escisión)[48].

¿Qué les contestó el Partido?

El Comité Central, representante del Partido, y otros camaradas les declararon: no podernos ir contra el Congreso del Partido; las elecciones son asunto del Congreso; sin embargo, nosotros intentaremos establecer la paz y la concordia, aunque, a decir verdad, es vergonzoso luchar *por los puestos*; vosotros queréis escindir el Partido *por los puestos*, etc.

Los redactores en huelga se sintieron ofendidos, su situación se hizo embarazosa -en realidad, resultó que habían emprendido la lucha por los puestos-, arrastraron a su lado a Plejánov[49] y dieron comienzo a su heroica empresa. Necesitaban *hallar* una «*discrepancia*» más «*importante*» entre la «mayoría» y la «minoría» y demostrar así que no luchaban por los puestos. Buscaron, buscaron y encontraron en el libro de Lenin un lugar que, arrancándolo del texto e interpretándolo aisladamente, en realidad podía servirles de agarradera. Feliz idea -pensaron los jefes de la «minoría»-: Lenin es el dirigente de la «mayoría», denigremos a Lenin e inclinaremos así al Partido a nuestro lado. Y entonces comenzaron las disquisiciones de Plejánov acerca de que «Lenin y sus adeptos no son marxistas». Cierto, todavía ayer defendían esa misma idea del libro de Lenin contra la que hoy arremeten, pero así son las cosas: al oportunista se le llama precisamente oportunista porque los principios no gozan de su favor.

He ahí por qué se denigran a sí mismos, he ahí el origen de la falsedad.

Pero esto no es todo.

Pasó cierto tiempo. Los jefes de la minoría vieron que, fuera de unos cuantos ingenuos, nadie hacía caso de su agitación contra la «mayoría» y contra Lenin; vieron que los «asuntos» les iban mal y resolvieron cambiar una vez más de careta. Ese mismo Plejánov, esos mismos Mártov y Axelrod

[48] Comentarios a las Actas de la Liga.

[49] Posiblemente el lector preguntará cómo pudo ocurrir que Plejánov se pasara a la «minoría», el mismo Plejánov que era partidario acérrimo de la «mayoría». Se trata de que entre él y Lenin surgió una discrepancia. Cuando la «minoría» se enfureció y declaró el boicot, Plejánov mantuvo el punto de vista de que era necesario ceder en toda la línea. Lenin no estuvo de acuerdo con él. Plejánov comenzó paulatinamente a inclinarse a la «minoría». Las divergencias entre ellos fueron en aumento y por último, la cosa llegó a que un buen día Plejánov se convirtió en adversario de Lenin y de la «mayoría». He aquí lo que escribe Lenin acerca de esto:
«...Unos días después fui, en efecto, a ver a Plejánov con un miembro del Consejo, y nuestra conversación con Plejánov tomó este cariz:
- ¿Sabe? A veces hay mujeres tan escandalosas (es decir, la «minoría») -dijo Plejánov-, que es necesario ceder ante ellas para evitar histerismos y un ruidoso escándalo en público.
- Tal vez -repuse-, pero hay que ceder de forma que uno conserve la fuerza suficiente para no permitir un «escándalo» aún mayor» (v. los Comentarios a las Actas de la Liga, pág. 37, donde se transcribe la carta de Lenin). Véase: V. I. Lenin, Obras, t. 7, pág. 177, 4ª ed. en ruso.
Lenin y Plejánov no llegaron a un acuerdo. A partir de ese momento se inició el paso de Plejánov a la «minoría».
Hemos sabido de fuentes fidedignas que Plejánov abandona también la «minoría» y ha fundado ya su propio órgano, el «Dnievnik Sotsial- Demokrata». «Dnievnik Sotsial-Demokrata» (“Diario del Socialdemócrata»): revista editada no periódicamente en Ginebra por G. V. Plejánov desde marzo de 1905 hasta abril de 1912. Publicaron 16 números. En 1916 apareció otro número de la revista.

han presentado el 10 de marzo de 1905 en nombre del Consejo del Partido una resolución en la que, entre otras cosas, se dice:

«¡Camaradas! (se dirigen a la «mayoría»)... Ambas partes (es decir, la «mayoría» y la «minoría») han expresado reiteradamente su convicción de que las discrepancias en el terreno de la táctica y de la organización no son de tal carácter que hagan imposible el trabajo en el marco de una organización única del Partido»[50], por lo cual, dicen, reunamos un tribunal de camaradas (integrado por Bebel y otros) y ventilemos nuestro pequeño litigio.

En una palabra, las discrepancias en el Partido no son más que rencillas, en las que debe entender un tribunal de camaradas, pero nosotros, dicen, constituimos un todo único.

Pero, ¿cómo es esto? A nosotros, «no marxistas», se nos llama a las organizaciones del Partido, nosotros constituimos, según ellos, un todo único y demás cosas por el estilo... ¿Qué significa esto? ¡Esto es una traición al Partido por vuestra parte, jefes de la «minoría»! ¿Acaso se puede colocar al frente del Partido a «no marxistas»? ¿Acaso los «no marxistas» pueden estar en el Partido Socialdemócrata? ¿O tal vez también vosotros habéis traicionado al marxismo y por eso habéis cambiado de frente?

Mas sería ingenuo esperar respuesta. El problema es que estos notables jefes tienen en el bolsillo unos cuantos «principios», y cuando necesitan uno cualquiera, lo sacan. Como suele decirse, ¡cambian de opinión como de camisa!...

Tales son los jefes de la llamada «minoría».

Es fácil imaginarse cuál debe ser la cola de tales jefes: esa, por llamarla de algún modo, «minoría» de Tiflis... La desgracia consiste, además, en que la cola, en ocasiones, no obedece a la cabeza y cesa de subordinarse. Por ejemplo, mientras los jefes de la «minoría» consideran posible la reconciliación y llaman a los militantes responsables del Partido a la concordia, la «minoría» de Tiflis y su «Sotsial-Demokrat» continúan declarando rabiosamente: ¡entre la «mayoría» y la «minoría» «la lucha es a vida o muerte»[51] y debemos exterminamos unos a otros! Cada uno va a lo suyo.

La «minoría» se queja de que les llamamos oportunistas (sin principios). Pero ¿cómo llamar a esto más que oportunismo, si reniegan de sus propias palabras, si van de aquí para allá, si eternamente titubean y vacilan? ¿Es posible que un verdadero socialdemócrata cambie a cada paso de convicción? No se cambia tan a menudo ni de pañuelo.

Nuestros marxistas de pacotilla repiten con terquedad que la «minoría» tiene un carácter auténticamente proletario. ¿Es así? Veamos.

Kautsky dice que «para el proletario es más fácil compenetrarse con los principios del Partido; el proletario tiendo a una política de principios, que no depende del humor del momento, de intereses personales o locales»[52].

¿Y la «minoría»? ¿Tiende también a seguir una política que no dependa del humor del momento ni de cosas por el estilo? Al contrario: vacila sin cesar, titubea eternamente, odia una política firme, de principios, prefiere no atenerse a los principios, se deja guiar por el humor del momento. Ya conocemos los hechos.

Kautsky dice que al proletario le gusta la disciplina del Partido: «El proletario no es nada mientras continúa siendo un individuo aislado. Toda su fuerza, toda su capacidad de progreso, todas sus esperanzas y anhelos los extrae de la *organización*...». Precisamente ésta es la razón de que no se deje llevar ni por el interés personal, ni por la gloria personal, «cumple su deber dondequiera que lo coloquen, sometiéndose voluntariamente a la disciplina, de la que está penetrado todo su sentir, todo su pensar»[53].

¿Y la «minoría»? ¿Está igualmente penetrada de disciplina? Al contrario, desprecia la disciplina del Partido y se ríe de ella[54]. El primer ejemplo de infracción de la disciplina del Partido lo han dado los jefes de la «minoría». Recordad a Axelrod, Zasúlich, Starovier, Mártov y otros, que no se sometieron a la decisión del II Congreso.

«Otra cosa muy distinta es lo que ocurre con el intelectual» -continúa Kautsky-. Con gran trabajo se somete a la disciplina del Partido, y aún esto forzosamente, que no de buen grado. «Reconoce la necesidad de la disciplina únicamente para la masa, pero no para los espíritus selectos. Él, naturalmente, se cuenta entre los espíritus selectos... Un ejemplo perfecto de intelectual enteramente penetrado de espíritu proletario, que... trabajaba fuese cual fuese el puesto para el que se le nombraba, se sometía por entero a nuestra gran causa y despreciaba las lamentaciones plañideras... que con frecuencia escuchamos de los intelectuales... cuando les ocurre que se quedan en «minoría»; un modelo perfecto de intelectual de ese tipo... era Liebknecht. Debe citarse también aquí a Marx, que nunca trataba de abrirse paso hacia el primer puesto y se sometió de manera ejemplar a la disciplina de partido en la Internacional, donde más de una vez quedó en minoría»[55].

¿Y la «minoría»? ¿Se ha manifestado en ella de

[50] «Iskra», núm. 91.
[51] Véase: «Sotsial-Demokrat», núm. 1.
[52] Kautsky: «El programa de Erfurt», edición del CC.
[53] Véase: Lenin, «Un paso adelante, dos pasos atrás», en la que se reproduce estas palabras de Kautsky.
[54] Véase las Actas de la Liga.
[55] Véase: Lenin, «Un paso adelante, dos pasos atrás», en la que se reproduce estas palabras de Kautsky.

algún modo el «espíritu proletario»? ¿Se parece su conducta a la conducta de Liebknecht y de Marx? Al contrario: hemos visto que los jefes de la «minoría» no sometieron su «yo» a nuestra sagrada causa, hemos visto que precisamente estos jefes se entregaron a «lamentaciones plañideras cuando quedaron en minoría» en el II Congreso, hemos visto que después del Congreso fueron ellos precisamente los que lloraron la pérdida de los «primeros puestos» y precisamente por esos puestos fraguaron la escisión del Partido...

¿Es ése vuestro «carácter proletario», honorables mencheviques?

Entonces, ¿por qué en algunas ciudades los obreros están a nuestro lado?, nos preguntan los mencheviques.

Si, es verdad, en algunas ciudades los obreros están al lado de la «minoría», pero esto no demuestra nada. Los obreros van también tras los revisionistas (los oportunistas de Alemania) en algunas ciudades, pero esto no quiere decir que la posición de los revisionistas sea proletaria, esto no quiere decir que no sean oportunistas. En cierta ocasión hasta el cuervo halló una rosa, pero eso no significa que el cuervo sea un ruiseñor. No en vano se dice:

Encuentra una rosa el cuervo
Y ya se cree ruiseñor.

* * *

Ahora está claro *sobre qué base* surgieron las discrepancias en el Partido. Como se ve, en nuestro Partido se han manifestado dos tendencias: la tendencia de la *firmeza proletaria* y la tendencia del *titubeo intelectualista*. Y el exponente de este titubeo intelectualista es precisamente la actual «minoría». ¡El «Comité» de Tiflis y su «Sotsial-Demokrat» son esclavos sumisos de esta «minoría»!

Aquí está el quid de la cuestión.

Cierto, nuestros marxistas de pacotilla gritan a menudo que están contra la «psicología intelectualista» e intentan acusar de «titubeo intelectualista» a la «mayoría», pero esto recuerda el caso del ladrón que, después de haber robado el dinero, se puso a gritar: «¡Al ladrón!».

Además, ya se sabe que cada uno habla de lo que lo duele.

Se publica de acuerdo con el texto del folleto editado en mayo de 1905 por el Comité de la Unión del Cáucaso del POSDR. Traducido del georgiano.

EL MARXISMO Y LA CUESTIÓN NACIONAL.

El período de la contrarrevolución en Rusia no ha traído solamente «rayos y truenos», sino también desilusión respecto al movimiento, falta de fe en las fuerzas comunes. Cuando creía en un «porvenir luminoso», la gente luchaba junta, independientemente de su nacionalidad: ¡los problemas comunes ante todo! Pero cuando en el espíritu se insinuaron las dudas, la gente comenzó a dispersarse por barrios nacionales: ¡que cada cual cuente sólo consigo! ¡El «problema nacional» ante todo! [56]

Al mismo tiempo, se producía en el país una seria transformación en la vida económica. El año 1905 no pasó en vano: los restos de la servidumbre en el campo sufrieron un nuevo golpe. Las cosechas buenas que siguieron a los años de hambre y el auge industrial que se produjo después, hicieron avanzar al capitalismo. La diferenciación en el campo y el crecimiento de las ciudades, el desarrollo del comercio y de las vías de comunicación dieron un gran paso adelante. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere a las regiones de la periferia y no podía por menos de acelerar el proceso de consolidación económica de las nacionalidades de Rusia. Estas tenían necesariamente que ponerse en movimiento…

Contribuyó también al despertar de las nacionalidades el «régimen constitucional», instaurado durante este período. El aumento de los periódicos y de la literatura en general, cierta libertad de prensa y de las instituciones culturales, el desarrollo de los teatros populares, etc. contribuyeron, sin duda, a fortalecer los «sentimientos nacionales». La Duma, con su campaña electoral y sus grupos políticos, dio nuevas posibilidades para reavivar las naciones y un nuevo y amplio campo para movilizarlas.

La ola del nacionalismo belicoso levantada desde arriba y las numerosas represiones desencadenadas por los «investidos de Poder» para vengarse de la periferia por su «amor a la libertad», provocaron, como reacción, una ola de nacionalismo desde abajo, que a veces llegaba a ser franco chovinismo. El fortalecimiento del sionismo[57] entre los judíos, el creciente chovinismo en Polonia, el panislamismo entre los tártaros, el recrudecimiento del nacionalismo entre los armenios, los georgianos y los ucranianos, la propensión general de las gentes de espíritu pequeñoburgués al antisemitismo, son hechos conocidos por todos.

La ola del nacionalismo avanzaba más y más, amenazando envolver a las masas obreras. Y cuanto más decrecía el movimiento de liberación, más esplendorosamente florecía el nacionalismo.

En este momento difícil, incumbía a la socialdemocracia una alta misión: hacer frente al nacionalismo, proteger a las masas contra la

[56] El artículo «El marxismo y la cuestión nacional» fue escrito a fines de 1912 y comienzos de 1913 en Viena; en este mismo año se publicó por primera vez, con la firma de K. Stalin, en los números 3, 4 y 5 de la revista «Prosveschenie», con el título «La cuestión nacional y la socialdemocracia». En 1914 el artículo de J. V. Stalin fue publicado en folleto aparte, bajo el título de «La cuestión nacional y el marxismo», por la editorial «Pribói» de Petersburgo. El folleto fue retirado de todas las bibliotecas y salas de lectura públicas por disposición del ministro del Interior. En 1920 el trabajo fue reeditado por el Comisariado del Pueblo de las Nacionalidades en la «Colección de artículos» de J .V. Stalin sobre la cuestión nacional (Editorial del Estado, Tula). En 1934 incluyóse el artículo en el libro de J. Stalin «El marxismo y la cuestión nacional y colonial», Recopilación de artículos y discursos escogidos. En el artículo «Sobre el programa nacional del POSDR», Lenin, señalando las causas de que la cuestión nacional fuese destacada en aquel período, escribía: «En la literatura teórica marxista, dicha situación y las bases el programa nacional de la socialdemocracia han sido y analizadas últimamente (aquí destaca, en primer término, el artículo de Stalin)». En febrero (nuevo cómputo) de 1913, Vladímir Ilich escribía a A. M. Gorki: «Entre nosotros se halla ahora un maravilloso georgiano que está escribiendo un extenso artículo para «Prosveschenie». A ese fin ha reunido todos los materiales austriacos y otros». Al saber que se pensaba estimar el artículo de J. V. Stalin como artículo de discusión, Lenin se opuso de manera resuelta: «Como es natural, nosotros estamos absolutamente en contra. El artículo es muy bueno. La cuestión es batallona y no cederemos ni una pulgada de nuestras posiciones de principio frente a la canalla bundista» (Archivo del Instituto Marx-Engels-Lenin). Al poco de la detención de J. V. Stalin, en marzo de 1913, V. I. Lenin escribía a la redacción de «Sotsial-Demokrat»: «...Hemos sufrido detenciones dolorosas. Han detenido a Koba... Antes de su detención ha podido escribir un extenso artículo (para tres números de «Prosveschenie») sobre la cuestión nacional. ¡Muy bien! Hay que combatir por la verdad contra los separatistas y oportunistas del Bund y de los liquidadores» (Archivo del Instituto Marx-Engels-Lenin).

[57] Sionismo: corriente reaccionaria nacionalista de la burguesía judía y que tenía partidarios entre la intelectualidad y las etapas más atrasadas de los obreros judíos. Los sionistas trataban de aislar a las masas obreras judías de la lucha general del proletariado.

«epidemia» general. Pues la socialdemocracia, y solamente ella, podía hacerlo contraponiendo al nacionalismo el arma probada del internacionalismo, la unidad y la indivisibilidad de la lucha de clases. Y cuanto más fuerte fuese la oleada de nacionalismo, más potente debía resonar, la voz de la socialdemocracia en pro de la fraternidad y de la unidad de los proletarios de todas las nacionalidades de Rusia. En estas circunstancias, se requería una firmeza especial por parte de los socialdemócratas de las regiones periféricas, que chocaban directamente con el movimiento nacionalista.

Pero no todos los socialdemócratas, y en primer lugar los de las regiones periféricas, acreditaron estar a la altura de su misión. El Bund, que antes destacaba las tareas comunes, empezó a poner en primer plano sus objetivos particulares, puramente nacionalistas: la cosa llegó a tal extremo, que proclamó como uno de los puntos centrales de su campaña electoral la «celebración del sábado» y el «reconocimiento del idish»[58]. Tras el Bund siguió el Cáucaso: una parte de los socialdemócratas caucasianos, que antes rechazaba, con los demás socialdemócratas caucasianos, la «autonomía cultural-nacional», la presenta ahora como reivindicación inmediata[59]. Y no hablemos ya de la conferencia de los liquidadores, que sancionó diplomáticamente las vacilaciones nacionalistas.

De esto se deduce que las concepciones de la socialdemocracia de Rusia en cuanto a la cuestión nacional no están claras aún para todos los socialdemócratas.

Es imprescindible, evidentemente, proceder a un estudio serio y completo de la cuestión nacional. Es necesario un trabajo coordinado e infatigable de los socialdemócratas consecuentes contra la niebla nacionalista, de dondequiera que venga.

1. La nación

¿Qué es una nación?

Una nación es, ante todo, una comunidad, una determinada comunidad de hombres.

Esta comunidad no es de raza ni de tribu. La actual nación italiana fue constituida por romanos, germanos, etruscos, griegos, árabes, etc. La nación francesa fue formada por galos, romanos, bretones, germanos, etc. Y otro tanto cabe decir de los ingleses, alemanes, etc., cuyas naciones fueron formadas por gentes de razas y tribus diversas.

Tenemos, pues, que una nación no es una comunidad racial o tribal, sino una comunidad de hombres históricamente formada.

Por otro lado, es indudable que los grandes Estados de Ciro o de Alejandro no podían ser llamados naciones, aunque se habían formado en el transcurso de la historia y habían sido integrados por diversas razas y tribus. Esos Estados no eran naciones, sino conglomerados de grupos, accidentales y mal vinculados, que se disgregaban o se unían según los éxitos o derrotas de tal o cual conquistador.

Tenemos, pues, que una nación no es un conglomerado accidental y efímero, sino una comunidad estable de hombres.

Pero no toda comunidad estable constituye una nación. Austria y Rusia son también comunidades estables, y, sin embargo, nadie las llama naciones. ¿Qué es lo que distingue a una comunidad nacional de una comunidad estatal? Entre otras cosas, que una comunidad nacional es inconcebible sin un idioma común, mientras que para un Estado no es obligatorio que haya un idioma común. La nación checa, en Austria, y la polaca, en Rusia, no serían posibles sin un idioma común para cada una de ellas, mientras que para la integridad de Rusia y de Austria no es un obstáculo el que dentro de sus fronteras existan varios idiomas. Y al decir esto, nos referimos, naturalmente, a los idiomas que habla el pueblo y no al idioma oficial de cancillería.

Tenemos, pues, la *comunidad de idioma* como uno de los rasgos característicos de la nación.

Esto no quiere decir, como es lógico, que diversas naciones hablen siempre y en todas partes idiomas diversos ni que todos los que hablen uno y el mismo idioma constituyan obligatoriamente una sola nación. Un idioma común para cada nación, ¡pero no obligatoriamente diversos idiomas para diversas naciones! No hay nación que hable a la vez diversos idiomas, ¡pero esto no quiere decir que no pueda haber dos naciones que hablen el mismo idioma! Los ingleses y los norteamericanos hablan el mismo idioma, y a pesar de esto no constituyen una sola nación. Otro tanto cabe decir de los noruegos y los daneses, de los ingleses y los irlandeses.

¿Y por qué, por ejemplo, los ingleses y los norteamericanos no forman una sola nación, a pesar de tener un idioma común?

Ante todo, porque no viven conjuntamente, sino en distintos territorios. La nación sólo se forma como resultado de relaciones duraderas y regulares, como resultado de la convivencia de los hombres, de generación en generación. Y esta convivencia prolongada no es posible sin un territorio común. Antes los ingleses y los norteamericanos poblaban un solo territorio, Inglaterra, y constituían una sola nación. Más tarde, una parte de los ingleses emigró de este país a un nuevo territorio, el Norte de América, y aquí, en el nuevo territorio, formó a lo largo del tiempo una nueva nación, la norteamericana. La diversidad de territorios condujo a la formación de naciones diversas.

Tenemos, pues, la *comunidad de territorio* como uno de los rasgos característicos de la nación.

Pero esto no es todo. La comunidad de territorio

[58] Véase: «Informe de la IX Conferencia del Bund».
[59] Véase: «Comunicado de la Conferencia de Agosto».

por sí sola no determina todavía la nación. Ha de concurrir, además, un vínculo económico interno que suelde en un todo único las diversas partes de la nación. Entre Inglaterra y Norteamérica no existe este vínculo; por eso constituyen dos naciones distintas. Y los mismos norteamericanos no merecerían el nombre de nación si los diversos confines de Norteamérica no estuviesen ligados entre sí en una unidad económica gracias a la división del trabajo establecida entre ellos, al desarrollo de las vías de comunicación, etc.

Tomemos, por ejemplo, a los georgianos. Los georgianos de los tiempos anteriores a la reforma vivían en un territorio común y hablaban un mismo idioma, pero, con todo, no constituían, estrictamente hablando, una sola nación, pues, divididos en varios principados sin ninguna ligazón entre sí, no podían vivir una vida económica común; se pasaron siglos guerreando y arruinándose mutuamente, azuzando unos contra otros a los persas o a los turcos. La unificación efímera y accidental de estos principados, que a veces conseguía llevar a cabo cualquier rey afortunado, sólo abarcaba, en el mejor de los casos, las esferas superficiales, las esferas administrativas, y pronto saltaba hecha añicos al chocar con los caprichos de los príncipes y la indiferencia de los campesinos. Dada la dispersión económica de Georgia, no podía ser de otro modo. Georgia no se reveló como nación hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando la caída del régimen de servidumbre y el desarrollo de la vida económica del país, el desarrollo de las vías de comunicación y el nacimiento del capitalismo establecieron una división del trabajo entre sus distintas regiones, quebrantaron por completo el aislamiento económico de los principados y los unieron en un todo.

Y lo mismo hay que decir de otras naciones que han pasado por la fase del feudalismo y en cuyo seno se ha desarrollado el capitalismo.

Tenemos, pues, la *comunidad de vida económica*, la *ligazón económica* como una de las particularidades características de la nación.

Pero tampoco esto es todo. Además de lo dicho, hay que tener en cuenta también las particularidades de la fisonomía espiritual de los hombres unidos en una nación. Las naciones no sólo se distinguen unas de otras por sus condiciones de vida, sino también por su fisonomía espiritual, que se expresa en las particularidades de la cultura nacional. En el hecho de que Inglaterra, América del Norte e Irlanda, aún hablando el mismo idioma, formen, no obstante, tres naciones distintas, desempeña un papel de bastante importancia la psicología peculiar que se ha ido formando en cada una de estas naciones, de generación en generación, a consecuencia de condiciones de existencia diferentes.

Claro está que, por sí sola, la psicología, o el «carácter nacional», como otras veces se la llama, es algo imperceptible para el observador; pero como se expresa en las peculiaridades de la cultura común a toda la nación, es aprehensible y no puede ser dejada de lado.

Huelga decir que el «carácter nacional» no es algo que exista de una vez para siempre, sino que cambia con las condiciones de vida; pero, por lo mismo que existe en cada momento dado, imprime su sello a la fisonomía de la nación.

Tenemos, pues, la *comunidad de psicología*, reflejada en la comunidad de cultura, como uno de los rasgos característicos de la nación.

Con esto, hemos señalado todos los rasgos distintivos de una nación.

Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura.

Además, de suyo se comprende que la nación, como todo fenómeno histórico, se halla sujeta a la ley del cambio, tiene su historia, su comienzo y su fin.

Es necesario subrayar que ninguno de los rasgos indicados, tomado aisladamente, es suficiente para definir la nación. Más aún: basta con que falte aunque sólo sea uno de estos rasgos, para que la nación deje de serlo.

Podemos imaginarnos hombres de «carácter nacional» común, y, sin embargo, no podremos decir que forman una nación si están desligados económicamente, si viven en territorios distintos, hablan idiomas distintos, etc. Así, por ejemplo, los *judíos* de Rusia, de Galitzia, de América, de Georgia y de las montañas del Cáucaso no forman, a juicio nuestro, una sola nación.

Podemos imaginarnos hombres con comunidad de territorio y de vida económica, y, no obstante, no formarán una nación si entre ellos no existe comunidad de idioma y de «carácter nacional». Tal es el caso, por ejemplo, de los alemanes y los letones en la región del Báltico.

Finalmente, los noruegos y los daneses hablan un mismo idioma, pero no forman una sola nación, por no reunir los demás rasgos distintivos.

Sólo la presencia conjunta de todos los rasgos distintivos forma la nación.

Podría pensarse que el «carácter nacional» no es uno de los rasgos distintivos, sino el *único* rasgo esencial de la nación, y que todos los demás constituyen, propiamente hablando, *condiciones* para el desarrollo de la nación, pero no rasgos de ésta. En este punto de vista se colocan, por ejemplo, los teóricos socialdemócratas de la cuestión nacional R. Springer y, sobre todo, O. Bauer, conocidos en Austria.

Examinemos su teoría de la nación.

Según Springer, «la nación es una unión de

hombres que piensan y hablan del mismo modo». Es «una comunidad cultural de un grupo de hombres contemporáneos, *no vinculada con el suelo*»[60]. (Subrayado por nosotros.)

Así, pues, una «unión» de hombres que piensan y hablan del mismo modo, por muy desunidos que se hallen unos de otros y vivan donde vivan.

Bauer va todavía más allá.

¿Qué es una nación? -pregunta-. ¿Es la comunidad de idioma lo que une a los hombres en una nación? Pero los ingleses e irlandeses… hablan la misma lengua, y no forman, sin embargo, un solo pueblo; y los judíos no tienen lengua común alguna, y, sin embargo, forman una nación»[61].

¿Qué es, pues, una nación?

«La nación es una comunidad relativa de carácter».[62]

Pero ¿qué es el carácter, y aquí, en este caso, el carácter nacional?

El carácter nacional es la «suma de rasgos que distinguen a los hombres de una nacionalidad de los de otra, el conjunto de rasgos físicos y espirituales que distinguen a una nación de otra»[63].

Bauer sabe, naturalmente, que el carácter nacional no cae del cielo; por eso añade:

El carácter de los hombres no se determina sino por su destino»… «La nación no es más que la comunidad de destino», determinada a su vez por «las condiciones en que los hombres producen sus medios de existencia y distribuyen los productos de su trabajo»[64].

De este modo, llegamos a la definición más «completa», según la expresión de Bauer, de la nación.

«*Nación es el conjunto de hombres unidos en una comunidad de carácter sobre la base de una comunida de destinos*».[65]

Así, pues, una comunidad de carácter nacional sobre la base de una comunidad de destinos, al margen de todo vínculo obligatorio con una comunidad de territorio, de lengua y de vida económica.

Pero, en este caso, ¿qué queda en pie de la nación? ¿De qué comunidad nacional puede hablarse respecto a hombres desligados económicamente unos de otros, que viven en territorios diferentes y que hablan, de generación en generación, idiomas distintos?

Bauer habla de los judíos como de una nación, aunque «no tienen lengua común alguna»[66]; pero ¿qué «comunidad de destinos» y qué vínculos nacionales pueden mediar, por ejemplo, entre judíos georgianos, daguestanos, rusos y norteamericanos, completamente desligados los unos de los otros, que viven en diferentes territorios y hablan distintos idiomas?

Indudablemente, los mencionados judíos viven una vida económica y política común con los georgianos, los daguestanos, los rusos y los norteamericanos, en una atmósfera cultural común, y esto no puede por menos de imprimir su sello al carácter nacional de estos judíos. Y si en ellos queda algo de común, es la religión, su mismo origen y algunos vestigios del carácter nacional. Todo esto es indudable. Pero ¿cómo se puede sostener seriamente que unos ritos religiosos fosilizados y unos vestigios psicológicos que van esfumándose influyan en el «destino» de los mencionados judíos con más fuerza que la vida económica, social y cultural que los rodea? Y es que sólo partiendo de este supuesto, puede hablarse, en general, de los judíos como de una sola nación.

¿En qué se distingue, entonces, la nación de Bauer de ese «espíritu nacional» místico y que se basta a sí mismo de los espiritualistas?

Bauer establece un limite infranqueable entre el «rasgo distintivo» de la nación (el carácter nacional) y las «condiciones» de su vida, separando el uno de las otras. Pero ¿qué es el carácter nacional sino el reflejo de las condiciones de vida, la condensación de las impresiones recibidas del medio circundante? ¿Cómo es posible limitarse a no ver más que el carácter nacional, aislándolo y separándolo del terreno en que brota?

Además, ¿qué era lo que distinguía concretamente la nación inglesa de la norteamericana, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, cuando América del Norte se llamaba todavía «Nueva Inglaterra»? No era, por cierto, el carácter nacional, pues los norteamericanos eran oriundos de Inglaterra y habían llevado consigo a América, además de la lengua inglesa, el carácter nacional inglés y, como es lógico, no podían perderlo tan pronto, aunque, bajo la influencia de las nuevas condiciones, se estaba formando, seguramente, en ellos su propio carácter. Y, sin embargo, pese a la mayor o menor comunidad

---

[60] Véase: R. Springer, «El problema nacional», pág. 43, ed. (en ruso) «Obschéstvennaia Polza», 1909.
[61] Véase: O. Bauer, «La cuestión nacional y la socialdemocracia», págs. 1-2, ed. (en ruso) «Serp», 1909.
[62] O. Bauer, obra cit., pág. 6.
[63] O. Bauer, obra cit., pág. 2.
[64] O. Bauer, obra cit., págs. 24-25.
[65] O. Bauer, obra cit., pág. 139.
[66] O. Bauer, obra cit., pág. 2.

de carácter, ya entonces constituían una nación distinta de Inglaterra. Evidentemente, «Nueva Inglaterra», como nación, no se diferenciaba entonces de Inglaterra, como nación, por su carácter nacional especial, o no se diferenciaba tanto por su carácter nacional como por el medio, por las condiciones de vida, distintas de las de Inglaterra.

Está, pues, claro que no existe, en realidad, ningún rasgo distintivo *único* de la nación. Existe sólo una suma de rasgos, de los cuales, comparando unas naciones con otras, se destacan con mayor relieve éste (el carácter nacional), aquél (el idioma) o aquel otro (el territorio, las condiciones económicas). La nación es la combinación de todos los rasgos, tomados en conjunto.

El punto de vista de Bauer, al identificar la nación con el carácter nacional, separa la nación del suelo y la convierte en una especie de fuerza invisible y que se basta a sí misma. El resultado no es una nación viva y que actúa, sino algo místico, imperceptible y de ultra-tumba. Repito, pues, ¿qué nación judía es ésa, por ejemplo, compuesta por judíos georgianos, daguestanos, rusos, norteamericanos y otros judíos que no se comprenden entre sí (pues hablan idiomas distintos), viven en distintas partes del planeta, no se verán jamás unos a otros y no actuarán jamás conjuntamente, ni en tiempos de paz ni en tiempos de guerra?

No, no es para estas «naciones», que sólo existen sobre el papel, para las que la socialdemocracia establece su programa nacional. La socialdemocracia sólo puede tener en cuenta naciones reales, que actúan y se mueven y, por tanto, obligan a que se las tenga en cuenta.

Bauer, evidentemente, confunde la *nación*, que es una categoría histórica, con la *tribu*, que es una categoría étnica.

Por lo demás, el mismo Bauer se da cuenta, a lo que parece, de la endeblez de su posición. Después de presentar decididamente en el comienzo de su libro a los judíos como nación[67], al final del mismo se corrige, afirmando que «la sociedad capitalista no les permite en absoluto (a los judíos) subsistir como nación», asimilándolos a otras naciones. La razón reside, según él, en que «los judíos no poseen un territorio delimitado de colonización»[68], mientras que los checos, por ejemplo, que según Bauer deben conservarse como nación, tienen ese territorio. En una palabra: la causa está en la ausencia de territorio.

Argumentando así, Bauer quería demostrar que la autonomía nacional no puede ser una reivindicación de los obreros judíos[69], pero al mismo tiempo ha refutado sin querer su propia teoría, que niega la comunidad de territorio como uno de los rasgos distintivos de la nación.

[67] O. Bauer, obra cit., pág. 2.
[68] O. Bauer, obra cit., pág. 388.
[69] O. Bauer, obra cit., pág. 396.

Pero Bauer va más allá. Al comienzo de su libro declara resueltamente que «los judíos no tienen lengua *común* alguna, y, sin embargo, forman una nación»[70]. Y apenas al llegar a la página 130 cambia de frente, declarando no menos resueltamente: «*Es indudable que no puede existir una nación sin un idioma común*»[71]. (Subrayado por nosotros.)

Aquí Bauer quería demostrar que «el idioma es el medio más importante de relación entre los hombres»[72], pero al mismo tiempo ha demostrado, sin darse cuenta, algo que no se proponía demostrar, a saber: la inconsistencia de su propia teoría de la nación, que niega la importancia de la comunidad de idioma.

Así se refuta a sí misma esta teoría, hilvanada con hilos idealistas.

2. El movimiento nacional

La nación no es simplemente una categoría histórica, sino una categoría histórica de una determinada época, de la época del capitalismo ascensional. El proceso de liquidación del feudalismo y de desarrollo del capitalismo es, al mismo tiempo, el proceso en que los hombres se constituyen en naciones. Así sucede, por ejemplo, en la Europa Occidental. Los ingleses, los franceses, los alemanes, los italianos, etc. se constituyeron en naciones bajo la marcha triunfal del capitalismo victorioso sobre el fraccionamiento feudal.

Pero allí, la formación de naciones significaba, al mismo tiempo, su transformación en Estados nacionales independientes. Las naciones inglesa, francesa, etc. son, al mismo tiempo, los Estados inglés, etc. El caso de Irlanda, que queda al margen de este proceso, no cambia el cuadro general.

En la Europa Oriental, las cosas ocurren de un modo algo distinto. Mientras que en el Oeste las naciones se desarrollan en Estados, en el Este se forman Estados multinacionales, Estados integrados por varias nacionalidades. Tal es el caso de Austria-Hungría y de Rusia. En Austria, los más desarrollados en el sentido político resultaron ser los alemanes, y ellos asumieron la tarea de unificar las nacionalidades austriacas en un Estado. En Hungría, los más aptos para la organización estatal resultaron ser los magiares -el núcleo de las nacionalidades húngaras-, y ellos fueron los unificadores de Hungría. En Rusia, asumieron el papel de unificadores de las nacionalidades los grandes rusos, a cuyo frente estaba una potente y organizada burocracia militar aristocrática formada en el transcurso de la historia.

Así ocurrieron las cosas en el Este.

Este modo peculiar de formación de Estados sólo podía tener lugar en las condiciones de un feudalismo

[70] O. Bauer, obra cit., pág. 2.
[71] O. Bauer, obra cit., pág. 130.
[72] O. Bauer, obra cit., pág. 130.

todavía sin liquidar, en las condiciones de un capitalismo débilmente desarrollado, en que las nacionalidades relegadas a segundo plano no habían conseguido aún consolidarse económicamente como naciones integrales.

Pero el capitalismo comienza a desarrollarse también en los Estados del Este. Se desarrollan el comercio y las vías de comunicación. Surgen grandes ciudades. Las naciones se consolidan económicamente. Irrumpiendo en la vida apacible de las nacionalidades postergadas, el capitalismo las hace agitarse y las pone en movimiento. El desarrollo de la prensa y el teatro, la actuación del Reichsrat (en Austria) y de la Duma (en Rusia) contribuyen a reforzar los «sentimientos nacionales». Los intelectuales que surgen en las nacionalidades postergadas se penetran de la «idea nacional» y actúan en la misma dirección.

Pero las naciones postergadas que despiertan a una vida propia, ya no se constituyen en Estados nacionales independientes: tropiezan con la poderosísima resistencia que les oponen las capas dirigentes de las naciones dominantes, las cuales se hallan desde hace largo tiempo a la cabeza del Estado. ¡Han llegado tarde!...

Así se constituyeron como nación los checos, los polacos, etc. en Austria; los croatas, etc. en Hungría; los letones, los lituanos, los ucranianos, los georgianos, los armenios, etc. en Rusia. Lo que en la Europa Occidental era una excepción (Irlanda) se convierte en regla en el Este.

En el Oeste, Irlanda contestó a su situación excepcional con un movimiento nacional. En el Este, las naciones que habían despertado tenían que hacer lo mismo.

Así fueron creándose las circunstancias que empujaron a la lucha a las naciones jóvenes de la Europa Oriental.

La lucha comenzó y se extendió, en rigor, no entre las naciones en su conjunto, sino entre las clases dominantes de las naciones dominadoras y de las naciones postergadas. La lucha la libran, generalmente, la pequeña burguesía urbana de la nación oprimida contra la gran burguesía de la nación dominadora (los checos y los alemanes), o bien la burguesía rural de la nación oprimida contra los terratenientes de la nación dominante (los ucranianos en Polonia), o bien toda la burguesía «nacional» de las naciones oprimidas contra la aristocracia gobernante de la nación dominadora (Polonia, Lituania y Ucrania, en Rusia).

La burguesía es el principal personaje en acción.

El problema fundamental para la joven burguesía es el mercado. Dar salida a sus mercancías y salir vencedora en su competencia con la burguesía de otra nacionalidad: he ahí su objetivo. De aquí su deseo de asegurarse «su» mercado, un mercado «propio». El mercado es la primera escuela en que la burguesía aprende el nacionalismo.

Pero, generalmente, la cosa no se limita al mercado. En la lucha se mezcla la burocracia semifeudal-semiburguesa de la nación dominante con sus métodos de «agarrar y no soltar». La burguesía de la nación dominadora -lo mismo da que se trate de la gran burguesía o de la pequeña- obtiene la posibilidad de deshacerse «más rápida» y «más resueltamente» de su competidor. Las «fuerzas» se unifican, y se empieza a adoptar toda una serie de medidas restrictivas contra la burguesía «alógena», medidas que se convierten en represiones. La lucha pasa de la esfera económica a la esfera política. Limitación de la libertad de movimiento, trabas al idioma, restricción de los derechos electorales, reducción de escuelas, trabas a la religión, etc., etc. llueven sobre la cabeza del «competidor». Naturalmente, estas medidas no sirven sólo a los intereses de las clases burguesas de la nación dominadora, sino también a los objetivos específicos de casta, por decirlo así, de la burocracia gobernante. Pero, desde el punto de vista de los resultados, esto es absolutamente igual: las clases burguesas y la burocracia se dan la mano en este caso, ya se trate de Austria-Hungría o de Rusia.

La burguesía de la nación oprimida, que se ve acosada por todas partes, se pone, naturalmente, en movimiento. Apela a «los de abajo de su país» y comienza a clamar acerca de la «patria», haciendo pasar su propia causa por la causa de todo el pueblo. Recluta para sí un ejército entre sus «compatriotas» en interés… de la «patria». «Los de abajo» no siempre permanecen sordos a sus llamadas, y se agrupan en torno a su bandera: la represión de arriba les afecta también a ellos, provocando su descontento.

Así comienza el movimiento nacional.

La fuerza del movimiento nacional está determinada por el grado en que participan en él las extensas capas de la nación, el proletariado y los campesinos.

Que el proletariado se coloque bajo la bandera del nacionalismo burgués, depende del grado de desarrollo de las contradicciones de clase, de la conciencia y de la organización del proletariado. El proletariado consciente tiene su propia bandera, ya probada, y no necesita marchar bajo la bandera de la burguesía.

En cuanto a los campesinos, su participación en el movimiento nacional depende, ante todo, del carácter de la represión. Si la represión afecta a los intereses de la «tierra», como ocurría en Irlanda, las grandes masas campesinas se colocan inmediatamente bajo la bandera del movimiento nacional.

Por otra parte, si en Georgia, por ejemplo, no existe un nacionalismo *anti-ruso* más o menos serio, es, sobre todo, porque allí no hay terratenientes rusos ni una gran burguesía rusa que pudieran dar pábulo a

este nacionalismo en las masas. En Georgia hay un nacionalismo *anti-armenio*, pero es porque allí existe además una gran burguesía armenia que, al batir a la pequeña burguesía georgiana, aún débil, empuja a ésta al nacionalismo anti-armenio.

Con sujeción a estos factores, el movimiento nacional o asume un carácter de masas, creciendo más y más (Irlanda Galitzia), o se convierte en una serie de pequeñas colisiones que degeneran en escándalos y en una «lucha» por cuestiones de rótulos (como en algunos pueblos de Bohemia).

El contenido del movimiento nacional no puede, naturalmente, ser el mismo en todas partes: está determinado íntegramente por las distintas reivindicaciones que presenta el movimiento. En Irlanda, este movimiento tiene un carácter agrario; en Bohemia, gira en torno al «idioma»; en unos sitios, reclama igualdad de derechos civiles y libertad de cultos; en otros, «sus propios» funcionarios o su propia Dieta. En las diversas reivindicaciones se traslucen, frecuentemente, los diversos rasgos que caracterizan a una nación en general (el idioma, el territorio, etc.). Merece notarse que no se encuentra en parte alguna la reivindicación de ese «carácter nacional» de Bauer, que lo abarca todo. Y es lógico: *por sí solo*, el «carácter nacional» es inaprensible, y, como observa acertadamente J. Strasser, «con él no hay nada que hacer en la política»[73].

Tales son, a grandes rasgos, las formas y el carácter del movimiento nacional.

Por lo expuesto se ve claramente que, bajo el capitalismo *ascensional*, la lucha nacional es una lucha entre las clases burguesas. A veces, la burguesía consigue arrastrar al proletariado al movimiento nacional, y entonces *exteriormente* parece que en la lucha nacional participa «todo el pueblo», pero eso sólo exteriormente. *En su esencia*, esta lucha sigue siendo siempre una lucha burguesa, conveniente y grata principalmente para la burguesía.

Pero de aquí no se desprende, ni mucho menos, que el proletariado no deba luchar contra la política de opresión de las nacionalidades.

La restricción de la libertad de movimiento, la privación de derechos electorales, las trabas al idioma, la reducción de las escuelas y otras medidas represivas afectan a los obreros en grado no menor, si no es mayor, que a la burguesía. Esta situación no puede por menos de frenar el libre desarrollo de las fuerzas espirituales del proletariado de las naciones sometidas. No se puede hablar seriamente del pleno desarrollo de las facultades espirituales del obrero tártaro o judío, cuando no se le permite servirse de su lengua materna en las asambleas o en las conferencias y cuando se le cierran las escuelas.

La política de represión nacionalista es también peligrosa en otro aspecto para la causa del proletariado. Esta política desvía la atención de extensas capas del mismo de las cuestiones sociales, de las cuestiones de la lucha de clases hacia las cuestiones nacionales, hacia las cuestiones «comunes» al proletariado y a la burguesía. Y esto crea un terreno favorable para las prédicas mentirosas sobre la «armonía de intereses», para velar los intereses de clase del proletariado, para esclavizar moralmente a los obreros. De este modo, se levanta una seria barrera ante la unificación de los obreros de todas las nacionalidades. Si hasta hoy una parte considerable de los obreros polacos permanece bajo la esclavitud moral de los nacionalistas burgueses, si hasta hoy se mantiene al margen del movimiento obrero internacional, es, principalmente, porque la secular política anti-polaca de los «investidos de Poder» crea un terreno favorable para esta esclavitud y entorpece la liberación de los obreros de la misma.

Pero la política de represión no se detiene aquí. Del «sistema» de *opresión* pasa no pocas veces al «sistema» de *azuzamiento* de unas naciones contra otras, al «sistema» de matanzas y pogromos. Naturalmente, este último sistema no es posible siempre ni en todas partes, pero allí donde es posible -cuando no se cuenta con las libertades elementales- toma no pocas veces proporciones terribles, amenazando con ahogar en sangre y en lágrimas la unión de los obreros. El Cáucaso y el Sur de Rusia nos dan no pocos ejemplos de esto. «Divide e impera»: he ahí el objetivo de la política de azuzamiento. Y en cuanto esta política tiene éxito, representa un mal tremendo para el proletariado, un obstáculo formidable que se levanta ante la unión de los obreros de todas las nacionalidades que integran el Estado.

Pero los obreros están interesados en la fusión completa de todos sus camaradas en un ejército internacional único, en su rápida y definitiva liberación de la esclavitud moral a que la burguesía los somete, en el pleno y libre desarrollo de las fuerzas espirituales de sus hermanos, cualquiera que sea la nación a que pertenezcan.

Por eso, los obreros luchan y lucharán contra todas las formas de la política de opresión de las naciones, desde las más sutiles hasta las más burdas, al igual que contra todas las formas de la política de azuzamiento de unas naciones contra otras.

Por eso, la socialdemocracia de todos los países proclama el derecho de las naciones a la autodeterminación.

El derecho de autodeterminación significa que sólo la propia nación tiene derecho a determinar sus destinos, que nadie tiene derecho a inmiscuirse *por la fuerza* en la vida de una nación, a *destruir* sus escuelas y demás instituciones, a *atentar* contra sus hábitos y costumbres, a *poner trabas* a su idioma, a *restringir* sus derechos.

Esto no quiere decir, naturalmente, que la

[73] Véase su obra «Der Arbeiter und die Nation», 1912, pág. 33.

socialdemocracia vaya a apoyar todas y cada una de las costumbres e instituciones de una nación. Luchando contra la violencia ejercida sobre las naciones, sólo defenderá el derecho de la *nación* a determinar por sí misma sus destinos, emprendiendo al mismo tiempo campañas de agitación contra las costumbres y las instituciones nocivas de esta nación, para dar a las capas trabajadoras de dicha nación la posibilidad de liberarse de ellas.

El derecho de autodeterminación significa que la nación puede organizarse conforme a sus deseos. Tiene derecho a organizar su vida según los principios de la autonomía. Tiene derecho a entrar en relaciones federativas con otras naciones. Tiene derecho a separarse por completo. La nación es soberana, y todas las naciones son iguales en derechos.

Eso, naturalmente, no quiere decir que la socialdemocracia vaya a defender todas las reivindicaciones de una nación, sean cuales fueren. La nación tiene derecho incluso a volver al viejo orden de cosas, pero esto no significa que la socialdemocracia haya de suscribir este acuerdo de tal o cual institución de una nación dada. El deber de la socialdemocracia, que defiende los intereses del proletariado, y los derechos de la nación, integrada por diversas clases, son dos cosas distintas.

Luchando por el derecho de autodeterminación de las naciones, la socialdemocracia se propone como objetivo poner fin a la política de opresión de las naciones, hacer imposible esta política y, con ello, minar las bases de la lucha entre las naciones, atenuarla, reducirla al mínimo.

En esto se distingue esencialmente la política del proletariado consciente de la política de la burguesía, que se esfuerza por ahondar y fomentar la lucha nacional, por prolongar y agudizar el movimiento nacional.

Por eso, precisamente, el proletariado consciente no puede colocarse bajo la bandera «nacional» de la burguesía.

Por eso, precisamente, la política llamada «evolutivo-nacional», propuesta por Bauer, no puede ser la política del proletariado. El intento de Bauer de identificar su política «evolutivo-nacional» con la política «de la clase obrera moderna»[74] es un intento de adaptar la lucha de clase de los obreros a la lucha de las naciones.

Los destinos del movimiento nacional, que es en sustancia un movimiento burgués, están naturalmente vinculados a los destinos de la burguesía. La caída definitiva del movimiento nacional sólo es posible con la caída de la burguesía. Sólo cuando reine el socialismo se podrá instaurar la paz completa. Lo que sí se puede, incluso dentro del marco del capitalismo, es reducir al mínimo la lucha nacional, minarla en su raíz, hacerla lo más inofensiva posible para el proletariado. Así lo atestiguan aunque sólo sean los ejemplos de Suiza y Norteamérica. Para ello es necesario democratizar el país y dar a las naciones la posibilidad de desarrollarse libremente.

3. Planteamiento de la cuestión

La nación tiene derecho a determinar libremente sus destinos. Tiene derecho a organizarse como le plazca, naturalmente, siempre y cuando no menoscabe los derechos de otras naciones. Esto es indiscutible.

Pero *¿cómo*, concretamente, debe organizarse, *qué formas* debe revestir su futura constitución, si se toman en cuenta los intereses de la mayoría de la nación y, ante todo, los del proletariado?

La nación tiene derecho a organizarse sobre la base de la autonomía. Tiene derecho incluso a separarse. Pero eso no significa que deba hacerlo bajo cualesquiera condiciones, que la autonomía o la separación sean siempre y en todas partes ventajosas para la nación, es decir, para la mayoría de ella, es decir, para las capas trabajadoras. Los tártaros de la Transcaucásia, como nación, pueden reunirse, supongamos, en su Dieta, y, sometiéndose a la influencia de sus beys y mulhas, restaurar en su país el viejo orden de cosas, decidir su separación del Estado. Conforme al punto de la autodeterminación, tienen perfecto derecho a hacerlo. Pero ¿iría esto en interés de las capas trabajadoras de la nación tártara? ¿Podrían los socialdemócratas contemplar indiferentes cómo los beys y los mulhas arrastraban consigo a las masas en la solución de la cuestión nacional? ¿No debería la socialdemocracia inmiscuirse en el asunto e influir sobre la voluntad de la nación en un determinado sentido? ¿No debería presentar un plan concreto para resolver la cuestión, el plan más ventajoso para las masas tártaras?

Pero ¿qué solución sería la más compatible con los intereses de las masas trabajadoras? ¿La autonomía, la federación o la separación?

Todos estos son problemas cuya solución depende de las condiciones históricas concretas que rodean a la nación de que se trate.

Más aún; las condiciones, como todo, cambian, y una solución acertada para un momento dado puede resultar completamente inaceptable para otro momento.

A mediados del siglo XIX, Marx era partidario de la separación de la Polonia rusa, y con razón, pues entonces se planteaba el problema de liberar una cultura superior de otra cultura inferior que la destruía. Y entonces el problema no se planteaba solamente en teoría, de un modo académico, sino en la práctica, en la realidad misma…

A fines del siglo XIX, los marxistas polacos se manifiestan ya en contra de la separación de Polonia, y también ellos tienen razón, puesto que en los

[74] O. Bauer, obra cit., pág. 166.

últimos cincuenta años se han producido cambios profundos en el sentido de un acercamiento económico y cultural entre Rusia y Polonia. Además, durante este tiempo, el problema de la separación ha dejado de ser un problema práctico para convertirse en un tema de discusiones académicas, que tal vez apasiona sólo a los intelectuales residentes en el extranjero.

Esto no excluye, naturalmente, la posibilidad de ciertas coyunturas interiores y exteriores en las cuales el problema de la separación de Polonia puede estar de nuevo a la orden del día.

De ello se desprende que la solución de la cuestión nacional sólo es posible en conexión con las condiciones históricas, tomadas en su desarrollo.

Las condiciones económicas, políticas y culturales que rodean a una nación dada constituyen la única clave para la solución del problema de *cómo* debe organizarse concretamente tal o cual nación, de *qué formas* debe revestir su futura constitución. Además, puede ocurrir que cada nación requiera su propia solución del problema. Si hay algún terreno en que sea necesario plantear el problema de manera dialéctica, es precisamente aquí, en la cuestión nacional.

En virtud de esto, debemos declararnos decididamente contra un método muy extendido, pero también muy simplista, de «resolver» la cuestión nacional, que tiene sus orígenes en el Bund. Nos referimos al fácil método de remitirse a la socialdemocracia austriaca y a la sudeslava[75], que, según se dice, han resuelto ya la cuestión nacional y de las que los socialdemócratas rusos deben simplemente tomar prestada su solución. Se parte del supuesto de que todo lo que es acertado para Austria, por ejemplo, lo es también para Rusia. Se pierde de vista lo más importante y decisivo del caso presente: las condiciones históricas concretas de Rusia, en general, y de la vida de cada nación dentro de las fronteras de Rusia, en particular.

Escuchad, por ejemplo, al conocido bundista V. Kossovski:

«Cuando en el IV Congreso del Bund se debatió la cuestión (se refiere a la cuestión nacional. *J. St.*) desde el punto de vista de los principios, la solución de la misma -propuesta por uno de los miembros del Congreso- en el espíritu de la resolución del Partido Socialdemócrata Sudeslavo, encontró la aprobación general»[76].

En consecuencia, «el Congreso adoptó por unanimidad»… la autonomía nacional.

¡Y eso fue todo! Ni un análisis de la realidad rusa, ni un examen de las condiciones de vida de los judíos en Rusia. ¡Lo primero que se hizo fue tomar prestada la solución del Partido Socialdemócrata Sudeslavo, luego «aprobarla» y después «adoptarla por unanimidad»! Así plantean y «resuelven» los bundistas la cuestión nacional en Rusia…

Sin embargo, Austria y Rusia presentan condiciones totalmente distintas. Así se explica por qué los socialdemócratas de Austria, al aprobar el programa nacional en Brünn (1899)[77], inspirándose en la resolución del Partido Socialdemócrata Sudeslavo (con algunas enmiendas insignificantes, es cierto), abordaron el problema de una manera completamente no rusa, por decirlo así, y lo resolvieron, naturalmente, de una manera no rusa.

Veamos, ante todo, el planteamiento de la cuestión. ¿Cómo plantean la cuestión Springer y Bauer, los teóricos austriacos de la autonomía cultural-nacional, esos intérpretes del programa nacional de Brünn y de la resolución del Partido Socialdemócrata Sudeslavo?

«Dejamos sin respuesta aquí -dice Springer- la cuestión de si es posible, en general, un Estado multinacional y de si, en particular, las nacionalidades austriacas están obligadas a formar un todo político; estas cuestiones vamos a darlas por resueltas. Para quien no esté conforme con esta posibilidad y necesidad, nuestra investigación carecerá, ciertamente, de fundamento. Nuestro tema es el siguiente: puesto que dichas naciones están *obligadas* a llevar una existencia conjunta, ¿qué *formas jurídicas* les permitirán *convivir mejor*?»[78]. (subrayado por Springer)

Tenemos, pues, la integridad estatal de Austria como punto de partida.

Y lo mismo dice Bauer:

«Partimos del supuesto de que las naciones austriacas permanezcan dentro de la misma unión estatal en que ahora conviven, y preguntamos cuáles serán, dentro de esta unión, las relaciones de las naciones entre sí y de todas ellas con el Estado»[79].

Nuevamente la integridad de Austria en primer término.

¿Puede la socialdemocracia de Rusia plantear *así* la cuestión? No, no puede. Y no puede porque se atiene desde el primer momento al punto de vista de la autodeterminación de las naciones, en virtud de la cual la nación tiene derecho a separarse.

Hasta el bundista Goldblat reconoció en el II

[75] La socialdemocracia sudeslava actúa en el Sur de Austria.

[76] Véase: V. Kossovski, «Problemas de las nacionalidades», 1907, págs. 16-17.

[77] El Congreso de Brünn de la socialdemocracia austriaca tuvo lugar del 12 al 17 (24-29) de septiembre de 1899. El texto de la resolución aprobada por el Congreso en cuanto a la cuestión nacional es reproducido por J. V. Stalin en el capítulo siguiente del presente trabajo.

[78] Véase: R. Springer, «El problema nacional», pág.14.

[79] O. Bauer, obra cit., pág. 399.

Congreso de la socialdemocracia de Rusia que ésta no puede renunciar al punto de vista de la autodeterminación. He aquí lo que dijo entonces Goldblat:

«Contra el derecho de autodeterminación no puede objetarse nada. Si una nación lucha por su independencia, nadie debe oponerse a ello. Si Polonia no quiere contraer un «matrimonio legal» con Rusia, no somos nosotros quienes hemos de ponerle obstáculos.

Todo esto es así. Pero de aquí se deduce que los puntos de partida de los socialdemócratas austriacos y rusos, lejos de ser iguales, son, por el contrario, diametralmente opuestos. ¿Puede, después de esto, hablarse de la posibilidad de tomar prestado de los austriacos el programa nacional?

Prosigamos. Los austriacos piensan realizar la «libertad de las nacionalidades» mediante pequeñas reformas a paso lento. Proponiendo la autonomía cultural-nacional como medida práctica, no cuentan para nada con cambios radicales, con un movimiento democrático de liberación, que ellos no tienen en perspectiva. En cambio, los marxistas rusos vinculan el problema de la «libertad de las nacionalidades» con probables cambios radicales, con un movimiento democrático de liberación, no teniendo razones para contar con reformas. Y eso hace cambiar esencialmente la cuestión, en lo que se refiere a los probables destinos de las naciones en Rusia.

«Naturalmente -dice Bauer-, es difícil creer que la autonomía nacional haya de obtenerse como fruto de una gran decisión, de una acción enérgica y audaz. Austria marchará hacia la autonomía nacional paso a paso, por un proceso lento y doloroso, a través de una dura lucha, como resultado de la cual la legislación y la administración se encontrarán en un estado de parálisis crónica. Sí, el nuevo régimen jurídico del Estado no se creará por medio de un gran acto legislativo, sino de una multitud de leyes aisladas, promulgadas para determinados territorios y para comunidades determinadas»[80].

Y lo mismo dice Springer:

«Sé muy bien -escribe Springer- que las instituciones de este género (los organismos de la autonomía nacional. *J. St.*) no se crean en un año ni en diez. La sola reorganización de la administración prusiana exigió largo tiempo… Prusia necesitó dos decenios para establecer definitivamente sus principales instituciones administrativas. Por eso, nadie debe pensar que yo ignoro cuánto tiempo y cuántas dificultades le costará a Austria»[81].

[80] O. Bauer, obra cit., pág. 422.
[81] R. Springer, obra citada., págs. 281-282.

Todo eso es muy preciso, pero ¿pueden acaso los marxistas rusos no vincular la cuestión nacional a «acciones enérgicas y audaces»? ¿Pueden ellos contar con reformas parciales, con una «multitud de leyes aisladas», como medio para conquistar la «libertad de las nacionalidades»? Y si no pueden ni deben hacer esto, ¿no se deduce claramente de aquí que los métodos de lucha y las perspectivas de los austriacos y de los rusos son completamente distintos? ¿Cómo, en esta situación, es posible limitarse a la autonomía cultural-nacional, unilateral y a medias, de los austriacos? Una de dos: o los partidarios de la solución prestada no cuentan con «acciones enérgicas y audaces» en Rusia, o cuentan con ellas, pero «no saben lo que hacen».

Finalmente, Rusia y Austria se hallan ante tareas inmediatas completamente distintas, razón por la cual también es distinto el método que se impone para la solución de la cuestión nacional. Austria vive bajo las condiciones del parlamentarismo; sin parlamento, no sería posible el desarrollo de aquel país en las circunstancias actuales. Pero en Austria la vida parlamentaria y la legislación se paralizan completamente, no pocas veces, a causa de graves choques entre los partidos nacionales. Así se explica la crisis política crónica que desde hace largo tiempo viene padeciendo Austria. Esto hace que la cuestión nacional sea allí el eje de la vida política, un problema de vida o muerte. No es sorprendente, por tanto, que los políticos socialdemócratas austriacos se esfuercen en resolver, ante todo, de un modo o de otro, el problema de los choques nacionales; en resolverlo, claro está, sobre la base del parlamentarismo existente, por métodos parlamentarios.

No ocurre así en Rusia. En primer lugar, en Rusia «no tenemos, gracias a Dios, parlamento»[82]. En segundo lugar -y esto es lo fundamental-, el eje de la vida política de Rusia no es la cuestión nacional, sino la agraria. Por eso, los destinos del problema ruso, y, por consiguiente, también los de la «liberación» de las naciones, están vinculados en Rusia a la solución de la cuestión agraria, es decir, a la destrucción de los restos feudales, es decir, a la democratización del país. A ello se debe que en Rusia la cuestión nacional no se presente como una cuestión independiente y decisiva, sino como parte del problema general y más importante de liberar al país de los restos feudales.

«La esterilidad del parlamento austriaco -escribe Springer- se debe precisamente a que cada reforma engendra dentro de los partidos nacionales contradicciones que destruyen su cohesión; por eso

[82] «No tenemos, gracias a Dios, parlamento»: palabras pronunciadas en la Duma de Estado por V. Kokóvtsev, ministro zarista de Hacienda (más tarde, primer ministro), el 24 de abril de 1908.

los jefes de los partidos rehúyen cuidadosamente todo lo que huele a reforma. En Austria, el progreso sólo es concebible en el caso de que a las naciones se les concedan posiciones legales imprescriptibles que les releven de la necesidad de mantener en el parlamento destacamentos de lucha permanentes y les permitan entregarse a la solución de los problemas económicos y sociales»[83].

Y lo mismo dice Bauer:

«La paz nacional es necesaria ante todo para el Estado. El Estado no puede en modo alguno tolerar que la legislación se paralice por una estúpida cuestión de idioma, por la más leve querella entre las gentes excitadas en cualquier zona plurilingüe, por cada nueva escuela»[84].

Todo esto es comprensible. Pero no menos comprensible es que en Rusia la cuestión nacional está situada en un plano completamente distinto. No es la cuestión nacional, sino la cuestión agraria la que decide el destino del progreso en Rusia; la cuestión nacional es una cuestión subordinada.

Tenemos, pues, un planteamiento distinto de la cuestión, distintas perspectivas y distintos métodos de lucha, distintas tareas inmediatas. ¿Acaso no es evidente que, en esta situación, sólo hombres aficionados al papeleo, que «resuelven» la cuestión nacional fuera del espacio y del tiempo, pueden seguir el ejemplo de Austria y tomar prestado su programa?

Repito: condiciones históricas concretas como punto de partida y planteamiento dialéctico de la cuestión como el único planteamiento acertado: ésa es la clave para la solución del problema nacional.

4. La autonomía cultural-nacional

Más arriba hemos hablado del aspecto formal del programa nacional austriaco, de los fundamentos metodológicos en virtud de los cuales los marxistas rusos no pueden simplemente tomar ejemplo de la socialdemocracia austriaca y hacer suyo el programa de ésta.

Hablemos ahora del programa mismo en su aspecto sustancial.

Así, pues, ¿cuál es el programa nacional de los socialdemócratas austriacos?

Este programa se expresa en dos palabras: autonomía cultural-nacional.

Ello significa, en primer lugar, que la autonomía no se concede, supongamos, a Bohemia o a Polonia, habitadas principalmente por checos y polacos, sino a los checos y polacos en general, independientemente del territorio y sea cual fuere la región de Austria en que habiten.

[83] R. Springer, obra citada., pág. 36.

[84] O. Bauer, obra cit., pág. 401.

Es ésta la razón de que tal autonomía se denomine *nacional* y no territorial.

Ello significa, en segundo lugar, que los checos, los polacos, los alemanes, etc., diseminados por los distintos confines de Austria, considerados individualmente, como personas distintas, se organizan en naciones íntegras y entran, como tales, a formar parte del Estado austriaco. Y así Austria no será una unión de regiones autónomas, sino una unión de nacionalidades autónomas, constituidas independientemente del territorio.

Ello significa, en tercer lugar, que las instituciones nacionales de tipo general que han de ser creadas con estos fines para los polacos, los checos, etc. no entenderán en los asuntos «políticos», sino solamente en los «culturales». Las cuestiones específicamente políticas se concentrarán en el parlamento (Reichsrat) de toda Austria.

Por eso, esta autonomía se denomina, además, *cultural*, cultural-nacional.

He aquí el texto del programa aprobado por la socialdemocracia austriaca en el Congreso de Brünn de 1899[85].

Después de indicar que «las disensiones nacionales en Austria impiden el progreso político», que «la solución definitiva de la cuestión nacional… es, ante todo, una necesidad cultural» y que esta «solución sólo es posible en una sociedad auténticamente democrática, constituida sobre la base del sufragio universal, directo e igual», el programa continúa:

«*La conservación y el desarrollo de las particularidades nacionales*[86] de todos los pueblos de Austria sólo es posible sobre la base de la plena igualdad de derechos y de la ausencia de toda clase de opresión. Por tanto, debe ser rechazado, en primer término, todo centralismo burocrático del Estado, lo mismo que los privilegios feudales de los territorios.

En estas condiciones, y solamente en estas condiciones, se podrá establecer en Austria el orden nacional en vez de las disensiones nacionales; precisamente sobre la base de los siguientes principios:

1. Austria debe ser transformada en un Estado que represente una unión democrática de nacionalidades.

2. En lugar de los territorios históricos de la Corona deben formarse corporaciones autónomas nacionalmente delimitadas, en cada una de las cuales

[85] Por dicho programa votaron también los representantes del Partido Socialdemócrata Sudeslavo. Véase: «Debates sobre la cuestión nacional en el Congreso de Brünn del Partido», 1906; pág.72.

[86] La traducción rusa de M. Panin (v. el libro de Bauer, traducido por Panin), en lugar de «particularidades nacionales» dice «individualidades nacionales”. Panin traduce erróneamente este pasaje, pues en el texto alemán no existe la palabra «individualidades», sino «nationalen Eigenart», es decir, *particularidades*, lo que dista mucho de ser una y la misma cosa.

la legislación y la administración se confíen a cámaras nacionales elegidas sobre la base del sufragio universal, directo e igual.

3. Todas las regiones autónomas de una y la misma nación forman en conjunto una unión nacional única, que resuelve sus asuntos nacionales de una manera absolutamente autónoma.

4. Los derechos de las minorías nacionales son garantizados por una ley especial promulgada por el Parlamento imperial».

El programa termina con un llamamiento a la solidaridad de todas las naciones de Austria[87].

No es difícil advertir que en este programa han quedado algunas huellas de «territorialismo», pero en términos generales es la formulación de la autonomía nacional. No en vano Springer, el primer agitador en pro de la autonomía cultural-nacional, lo acoge con entusiasmo[88]. Bauer lo aprueba también, calificándolo de «victoria teórica»[89] de la autonomía nacional; únicamente, en interés de una mayor claridad, propone sustituir el punto 4 por una formulación más precisa, que hable de la necesidad de «constituir la minoría nacional dentro de cada región autónoma como una corporación de derecho público», para regentar los asuntos de las escuelas y otros asuntos culturales.

Tal es el programa nacional de la socialdemocracia austriaca.

Examinemos sus fundamentos científicos.

Veamos cómo fundamenta la socialdemocracia austriaca la autonomía cultural-nacional, por la que aboga.

Dirijámonos a los teóricos de esta última, a Springer y Bauer.

El punto de partida de la autonomía nacional es el concepto de la nación como una unión de personas, independientemente de todo territorio determinado.

«La nacionalidad -según Springer- no guarda la menor relación sustancial con el territorio; la nación es una unión autónoma de personas»[90].

Bauer habla también de la nación como de una «comunidad de personas», a la que «no se otorga una dominación exclusiva en ninguna región determinada»[91].

Pero las personas que componen una nación no siempre viven agrupadas en una masa compacta; frecuentemente se dividen en grupos, y en esta forma se incrustan en organismos nacionales ajenos. Es el capitalismo el que las acucia a ir a diversas regiones y ciudades a ganar su pan. Pero al entrar en territorios nacionales ajenos, formando en ellos minorías, estos grupos sufren a consecuencia de las trabas que las mayorías nacionales del sitio en que residen ponen a su idioma, a sus escuelas, etc. De aquí los conflictos nacionales. De aquí la «inutilidad» de la autonomía territorial. La única salida de esta situación, a juicio de Springer y de Bauer, es organizar las minorías de una nacionalidad dada, dispersas por las diversas regiones del Estado, en una sola unión nacional general, común a todas las clases. Sólo semejante unión podría defender, a juicio de ellos, los intereses culturales de las minorías nacionales, sólo ella sería capaz de poner fin a las discordias nacionales.

«De esto se deduce -dice Springer- la necesidad de constituir las nacionalidades, de dotarlas de derechos y deberes»[92] … Por cierto, «una ley se promulga fácilmente, pero ¿tendrá la eficacia que de ella se espera?»… «Si queréis crear una ley para las naciones, lo primero que tenéis que hacer es crear estas naciones»[93]… «Sin constituir las nacionalidades, es imposible crear el derecho nacional y eliminar las disensiones nacionales»[94].

Bauer se manifiesta en el mismo sentido cuando formula como una «reivindicación de la clase obrera» «la constitución de las minorías en corporaciones de derecho público, basadas en el principio personal»[95].

Pero ¿cómo han de organizarse las naciones? ¿Cómo ha de determinarse cuándo un individuo pertenece a ésta o a la otra nación?

«La nacionalidad -dice Springer- se determina por medio de certificados nacionales; cada individuo que viva en una región dada estará obligado a declarar a qué nacionalidad pertenece»[96].

«El principio personal -dice Bauer- presupone que la población se dividirá por nacionalidades sobre la base de la libre declaración de los ciudadanos adultos», para lo cual «deben organizarse censos nacionales»[97].

Y más adelante:

«Todos los alemanes -dice Bauer- domiciliados en regiones nacionalmente homogéneas y todos los alemanes inscritos en los censos nacionales de las regiones mixtas, constituirán la nación alemana y elegirán un *consejo nacional*».

---

87 Véase: «Verhandlungen des Gesammtpartcitages» Brünn, 1899.
88 R. Springer, obra cit., pág. 286.
89 O. Bauer, obra cit., pág. 549.
90 R. Springer, obra cit., pág. 19.
91 O. Bauer, obra cit., pág. 286.
92 R. Springer, obra cit., pág. 74.
93 R. Springer, obra cit., págs. 88-89.
94 R. Springer, obra cit., pág. 89.
95 O. Bauer, obra cit., pág. 552.
96 R. Springer, obra cit., pág. 226.
97 O. Bauer, obra cit., pág. 368.

Otro tanto hay que decir de los checos, los polacos, etc.

«El *consejo nacional* es -según Springer- el parlamento cultural-nacional, llamado a fijar los principios y aprobar los medios necesarios para velar por la enseñanza nacional, la literatura nacional, el arte y la ciencia, la organización de academias, museos, galerías, teatros», etc.[98].

Tal es la organización de una nación y su institución central.

Formando tales instituciones, comunes a todas las clases, el Partido Socialdemócrata Austriaco aspira, en opinión de Bauer, a «convertir la cultura nacional… en patrimonio de todo el pueblo, y de este modo -el único posible- *unir a todos los miembros de la nación en una comunidad nacional-cultural*»[99]. (subrayado por nosotros.)

Podría pensarse que todo esto sólo guarda relación con Austria. Pero Bauer no está conforme con ello. Afirma resueltamente que la autonomía nacional es también obligatoria para los demás Estados constituidos, como Austria, por varias nacionalidades.

«A la política nacional de las clases poseedoras, a la política de la conquista del Poder en un Estado multinacional, el proletariado de todas las naciones contrapone -según Bauer- su reivindicación de la autonomía nacional»[100].

Y luego, sustituyendo imperceptiblemente la autodeterminación de las naciones por la autonomía nacional, prosigue:

«Y así, la autonomía nacional, la autodeterminación de las naciones, se convierte inevitablemente en el programa constitucional del proletariado de todas las naciones que viven dentro de un Estado multinacional».[101]

Pero Bauer va todavía más lejos. Está profundamente convencido de que las «uniones nacionales» comunes a todas las clases, «constituidas» por él y por Springer, habrán de servir de prototipo para la futura sociedad socialista. Pues sabe que «el régimen social socialista… desmembrará a la humanidad en comunidades nacionalmente delimitadas»[102], que en el socialismo se realizará la «agrupación de la humanidad en comunidades nacionales autónomas»[103], que, «de este modo, la sociedad socialista presentará, indudablemente, un cuadro abigarrado de uniones nacionales de personas y de corporaciones territoriales»[104] y que, por tanto, «el principio socialista de la nacionalidad es la síntesis suprema del principio nacional y de la autonomía nacional»[105].

Creemos que es suficiente.

Tal es la fundamentación de la autonomía cultural-nacional en las obras de Bauer y Springer.

Ante todo, salta a la vista la sustitución absolutamente incomprensible y no justificada, en modo alguno, de la autodeterminación de las naciones por la autonomía nacional. Una de dos: o Bauer no comprende lo que es autodeterminación o lo comprende y, por una u otra razón, restringe deliberadamente este concepto. Pues es indudable: a) que la autonomía cultural-nacional implica la integridad del Estado compuesto por varias nacionalidades, mientras que la autodeterminación se sale del marco de esta integridad; b) que la autodeterminación da a la nación toda la plenitud de derechos, mientras que la autonomía nacional sólo le da derechos «culturales». Esto, en primer lugar.

En segundo lugar, cabe perfectamente dentro de lo posible que en el futuro concurran tales circunstancias interiores y exteriores, que esta o la otra nacionalidad se decida a salirse del Estado multinacional de que forma parte, por ejemplo, de Austria (¿acaso en el Congreso de Brünn los socialdemócratas rutenos no se declararon dispuestos a unir en un todo las «dos partes» de su pueblo?[106]). ¿Qué hacer, en tal caso, con la autonomía nacional «*inevitable para el proletariado de todas las naciones*»? ¿Qué «solución» del problema es ésta, que encaja mecánicamente a las naciones en el lecho de Procusto de la integridad de un Estado?

Prosigamos. La autonomía nacional está en contradicción con todo el curso del desarrollo de las naciones. Da la consigna de organizar las naciones. Pero ¿pueden las naciones soldarse artificialmente, si la vida, si el desarrollo económico desgaja de ellas a grupos enteros y los dispersa por diversos territorios? No cabe duda de que en las primeras fases del capitalismo las naciones se cohesionan. Pero asimismo es indudable que en las fases superiores del capitalismo comienza un proceso de dispersión de las naciones, un proceso en el que se separa de las naciones toda una serie de grupos que salen a ganarse el pan y que acaban asentándose definitivamente en otros territorios del Estado. De este modo, los grupos que cambian de residencia pierden los viejos vínculos y adquieren otros nuevos en los nuevos

[98] R. Springer, obra cit., pág. 234.
[99] O. Bauer, obra cit., pág. 553.
[100] O. Bauer, obra cit., pág. 337.
[101] O. Bauer, obra cit., pág. 333.
[102] O. Bauer, obra cit., pág. 555.
[103] O. Bauer, obra cit., pág. 556.
[104] O. Bauer, obra cit., pág. 543.
[105] O. Bauer, obra cit., pág. 542.
[106] Véase: «Debates sobre la cuestión nacional en el Congreso de Brünn», pág. 48.

sitios, asimilan, de generación en generación, nuevos hábitos y nuevos gustos, y, tal vez, también un nuevo idioma. Y se pregunta: ¿es posible fundir en una sola unión nacional a estos grupos, disociados unos de otros? ¿Dónde están los aros mágicos con los cuales pudiera unirse lo que no tienen unión posible? ¿Sería concebible «cohesionar en una nación», por ejemplo, a los alemanes del Báltico y a los alemanes de la Transcaucasia? Y si todo esto es inconcebible e imposible, ¿en qué se distingue, en este caso, la autonomía nacional de la utopía de los viejos nacionalistas, que se esforzaban en volver atrás el carro de la historia?

Pero la unidad de una nación no se desmorona solamente por efecto de las migraciones. Se desmorona también por causas internas, por efecto de la agudización de la lucha de clases. En las primeras fases del capitalismo aún podía hablarse de la «comunidad cultural» del proletariado y la burguesía. Pero, con el desarrollo de la gran industria y con la agudización de la lucha de clases, esta «comunidad» comienza a esfumarse. No es posible hablar seriamente de «comunidad cultural» de una nación, cuando los patronos y los obreros de la misma nación dejan de entenderse unos a otros. ¿De qué «comunidad de destinos» puede hablarse cuando la burguesía está sedienta de guerra y el proletariado declara la «guerra a la guerra»? ¿Se puede, con estos elementos antagónicos, organizar una unión nacional única y común a todas las clases? ¿Es posible, después de esto, hablar de la «unión de todos los miembros de la nación en una comunidad nacional-cultural»[107]? ¿No se desprende claramente de aquí que la autonomía nacional se contradice con toda la marcha de la lucha de clases?

Pero admitamos por un momento que la consigna de «¡organizad la nación!» sea una consigna viable. Todavía podría uno comprender a los parlamentarios nacionalistas burgueses, que se esfuerzan en «organizar» la nación con objeto de obtener más votos. Pero ¿desde cuándo los socialdemócratas se dedican a «organizar» naciones, a «constituir» naciones, a «crear» naciones?

¿Qué socialdemócratas son esos que, en una época de la más intensa agudización de la lucha de clases, se ponen a organizar uniones nacionales comunes a todas las clases? Hasta ahora, la socialdemocracia austriaca, como todas las demás, tenía una sola misión: organizar al proletariado. Pero, por lo visto, esta misión está «anticuada». Ahora Springer y Bauer señalan una misión «nueva», más sugestiva: la de «crear», la de «organizar» la nación.

Por lo demás, la lógica obliga: quien acepta la autonomía nacional tiene que aceptar también esta «nueva» misión; pero eso equivale a abandonar las posiciones de clase, a pisar la senda del nacionalismo.

La autonomía cultural-nacional de Springer y Bauer es una sutil variedad del nacionalismo.

Y no es, ni mucho menos, fortuito que el programa nacional de los socialdemócratas austriacos imponga la obligación de velar por «*la conservación y el desarrollo* de las particularidades nacionales de los pueblos». ¡Fijaos bien en lo que significaría «conservar» tales «particularidades nacionales» de los tártaros de la Transcaucasia como la autoflagelación en la fiesta del «Shajsei-Vajsei» o «desarrollar» tales «peculiaridades nacionales» de los georgianos como el «derecho de venganza»!...

Este punto estaría muy en su lugar en un programa rabiosamente burgués-nacionalista, y si figura en el programa de los socialdemócratas austriacos es porque la autonomía nacional tolera puntos semejantes y no está en contradicción con ellos.

Pero la autonomía nacional, inservible para la sociedad presente, lo es todavía más para la futura, para la sociedad socialista.

La profecía de Bauer de «la desmembración de la humanidad en comunidades nacionalmente delimitadas»[108] queda refutada por toda la trayectoria del desarrollo de la humanidad moderna. Las barreras nacionales, lejos de reforzarse, se desmoronan y caen. Ya en la década del 40, Marx decía que «el aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día» y que «el dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía[109]. El desarrollo ulterior de la humanidad, con el crecimiento gigantesco de la producción capitalista, con la mezcolanza de nacionalidades y la unificación de los individuos en territorios cada vez más vastos, confirma rotundamente la idea de Marx.

El deseo de Bauer de presentar la sociedad socialista bajo la forma de «un cuadro abigarrado de uniones nacionales de personas y de corporaciones territoriales» es un tímido intento de suplantar la concepción de Marx del socialismo por la concepción, reformada, de Bakunin. La historia del socialismo revela que todos los intentos de este género llevan siempre en su seno los elementos de una bancarrota inevitable.

Y no hablemos ya de ese «principio socialista de la nacionalidad» ensalzado por Bauer y que es, a juicio nuestro, la sustitución del principio socialista de la *lucha de clases* por un principio burgués, por el «*principio de la nacionalidad*». Si la autonomía nacional arranca de un principio tan dudoso, necesario es reconocer que sólo puede inferir daño al movimiento obrero.

107 O. Bauer, obra cit., pág. 553.

108 Véase el comienzo de este capítulo.

109 Véase el II capítulo del «Manifiesto del Partido Comunista» de C. Marx y F. Engels (C. Marx y F. Engels, Obras escogidas en dos tomos, t. I, pág. 39, ed. en español, Moscú, 1951).

Es cierto que este nacionalismo no se transparenta tanto, pues se enmascara hábilmente con frases socialistas; por eso es tanto más dañoso para el proletariado. Al nacionalismo franco siempre se le puede batir: no es difícil discernirlo. Es mucho más difícil luchar contra un nacionalismo enmascarado y no identificable bajo su careta. Protegido con la coraza del socialismo, es menos vulnerable y más vivaz. Como vive entre los obreros, emponzoña la atmósfera, sembrando ideas dañinas de desconfianza mutua y de aislamiento entre los obreros de distintas nacionalidades.

Pero el daño que causa la autonomía nacional no se reduce a esto. No sólo prepara el terreno al aislamiento de las naciones, sino también a la fragmentación del movimiento obrero unido. La idea de la autonomía nacional sienta las premisas psicológicas para la división del partido obrero unido en diversos partidos organizados por nacionalidades. Tras los partidos se fraccionan los sindicatos, y el resultado es un completo aislamiento. Y así, un movimiento de clase unido se desparrama en distintos riachuelos nacionales aislados.

Austria, cuna de la «autonomía nacional», nos proporciona los más deplorables ejemplos de este fenómeno. El Partido Socialdemócrata Austriaco, en otro tiempo unido, comenzó ya en 1897 (en el Congreso de Wimberg[110]) a fraccionarse en distintos partidos separados. Después del Congreso de Brünn (1899), en que se aprobó la autonomía nacional, el fraccionamiento se acentuó todavía más. Por último, la cosa ha llegado hasta el punto de que, en vez de un partido internacional unido, hoy existen seis partidos nacionales, de los que uno, el Partido Socialdemócrata Checo, no quiere incluso tener la menor relación con la socialdemocracia alemana.

A los partidos están vinculados los sindicatos. En Austria, lo mismo en unos que en otros, la labor principal pesa sobre los mismos obreros socialdemócratas. Había, pues, razones para temer que el separatismo en el seno del partido llevase al separatismo dentro de los sindicatos, que éstos se fraccionasen también. Y así ha ocurrido, en efecto: los sindicatos se han dividido también por nacionalidades. Y ahora las cosas llegan no pocas veces al extremo de que los obreros checos rompan una huelga sostenida por los obreros alemanes o luchen en las elecciones municipales junto a la burguesía checa contra los obreros de nacionalidad alemana.

De lo expuesto se desprende que la autonomía cultural-nacional no resuelve la cuestión nacional. Lejos de ello, la exacerba y la embrolla, abonando el terreno para escindir la unidad del movimiento obrero, para aislar a los obreros por nacionalidades, para acentuar las fricciones entre ellos.

Tales son los frutos de la autonomía nacional.

5. El bund, su nacionalismo y su separatismo

Hemos dicho más arriba que Bauer, reconociendo que la autonomía nacional es necesaria para los checos, los polacos, etc., se declara, no obstante, contrario a esta autonomía para los judíos. A la pregunta de «¿debe la clase obrera reivindicar la autonomía para el pueblo judío?», Bauer contesta que «la autonomía nacional no puede ser una reivindicación de los obreros judíos»[111]. La causa reside, a juicio de Bauer, en que «la sociedad capitalista no les permite (a los judíos. *J. St.*) subsistir como nación»[112].

Resumiendo: la nación judía está dejando de existir; por tanto, no hay para quién reivindicar la autonomía nacional. Los judíos van siendo asimilados.

Esta opinión acerca de los destinos de los judíos como nación no es nueva. Marx la expresó ya en la década del 40[113], refiriéndose, principalmente, a los judíos alemanes. Kautsky la repitió en 1903[114], refiriéndose a los judíos rusos. Ahora la repite Bauer con relación a los judíos austriacos. Con la diferencia, sin embargo, de que él no niega el presente, sino el futuro de la nación judía.

Bauer explica la imposibilidad de que los judíos subsistan como nación por el hecho de que «los judíos no poseen un territorio delimitado de colonización»[115]. Esta explicación, acertada en principio, no expresa, sin embargo, toda la verdad. La razón estriba, ante todo, en que los judíos no tienen una capa de población extensa y estable ligada a la tierra y que cohesione de un modo natural a la nación, no sólo como su osamenta, sino también como mercado «nacional». De los 5 ó 6 millones de judíos rusos, sólo un 3 ó 4% se halla vinculado de un modo o de otro a la agricultura. El 96% restante trabaja en el comercio, en la industria, en las instituciones urbanas, y, en general, habita en las ciudades y, además, diseminado por toda Rusia, sin constituir la mayoría ni en una sola provincia.

De este modo, incrustados como minorías nacionales en territorios de otra nacionalidad, los judíos sirven principalmente a naciones «ajenas» como industriales y comerciantes y también ejerciendo profesiones liberales, adaptándose de un modo natural a las «naciones ajenas» en cuanto al idioma, etc. Todo esto, sumado a la creciente mezcolanza de las nacionalidades, peculiar de las

[110] El Congreso de Viena (o de Wimberg, por el nombre del hotel de Viena en que celebró sus sesiones) del Partido Socialdemócrata Austriaco tuvo lugar del 25 al 31 de mayo (6-12 de junio) de 1897.

[111] O. Bauer, obra cit., pág. 381-396.

[112] O. Bauer, obra cit., pág. 389.

[113] C. Marx, «Sobre la cuestión judía», 1906.

[114] C. Kautsky, «La matanza de Kishiniov y la cuestión judía», 1903.

[115] O. Bauer, obra cit., pág. 388.

formas desarrolladas del capitalismo, conduce a la asimilación de los judíos. La abolición de las «zonas de asentamiento» no hará más que acelerar esta asimilación.

Por esta razón, la cuestión de la autonomía nacional reviste, en lo que a los judíos rusos se refiere, un carácter un tanto peregrino: ¡se propone la autonomía para una nación cuyo futuro se niega y cuya existencia necesita todavía ser demostrada!

No obstante, el Bund se colocó en esta posición peregrina y precaria, al adoptar en su VI Congreso (1905) un «programa nacional» en el espíritu de la autonomía nacional.

Dos circunstancias indujeron al Bund a dar este paso.

La primera circunstancia es la existencia del Bund como organización de los obreros socialdemócratas judíos y solamente judíos. Ya antes de 1897 los grupos socialdemócratas que trabajaban entre los obreros judíos se propusieron el objetivo de crear «una organización obrera específicamente judía»[116]. En 1897 crearon esta organización unificándose en el Bund. Ocurrió esto en la época en que, de hecho, la socialdemocracia de Rusia no existía aún como un todo. Desde entonces, el Bund ha ido creciendo y extendiéndose continuamente, destacándose cada vez más sobre el fondo de los días grises de la socialdemocracia de Rusia… Pero he aquí que llegan los años del novecientos. Comienza el movimiento obrero de masas. Crece la socialdemocracia polaca y arrastra a la lucha de masas a los obreros judíos. Crece la socialdemocracia de Rusia y se atrae a los obreros «bundistas». El marco nacional del Bund, carente de una base territorial, comienza a hacerse estrecho. Ante el Bund se plantea el problema de disolverse en la ola internacional general o defender su existencia independiente, como organización extraterritorial. Y el Bund opta por lo segundo.

Así se crea la «teoría» del Bund, como «único representante del proletariado judío».

Pero justificar esta extraña «teoría» de una manera más o menos «sencilla» resultaba imposible. Era necesario encontrar una base «de principio», una justificación «de principio». La autonomía cultural-nacional resultó ser esta base. Y el Bund se aferró a ella, tomándola prestada de la socialdemocracia austriaca. Si los austriacos no hubiesen tenido semejante programa, el Bund lo habría inventado para justificar «en el terreno de los principios» su existencia independiente.

De este modo, después del tímido intento hecho en 1901 (IV Congreso), el Bund adopta definitivamente el «programa nacional» en 1905 (VI Congreso).

La segunda circunstancia es la situación especial de los judíos como minorías nacionales en las regiones con mayorías compactas de otras nacionalidades. Ya hemos dicho que esta situación mina la existencia de los judíos como nación, situándolos en el camino de la asimilación. Pero esto es un proceso objetivo. Subjetivamente, en las mentes de los judíos provoca una reacción y plantea el problema de las garantías para los derechos de la minoría nacional, de las garantías contra la asimilación. Predicando la vitalidad de la «nacionalidad» judía, el Bund no podía por menos de situarse en el punto de vista de las «garantías». Y, una vez adoptada esta posición, no podía por menos de aceptar la autonomía nacional, pues si el Bund había de acogerse a una autonomía cualquiera, ésta no podía ser otra que la nacional, es decir, *cultural-nacional*: la carencia de un territorio definido e íntegro no permitía ni hablar de una autonomía político-territorial para los judíos.

Es significativo que el Bund subrayase desde el primer momento el carácter de la autonomía nacional como garantía de los derechos de las minorías nacionales, como garantía del «libre desarrollo» de las naciones. Y tampoco es casual que Goldblat, el representante del Bund en el II Congreso de la socialdemocracia de Rusia, formulase la autonomía nacional como «instituciones que les *garanticen* (a las naciones. *J. St.*) plena libertad de desarrollo cultural»[117]. La misma proposición presentaron a la minoría socialdemócrata de la IV Duma los partidarios de las ideas del Bund…

Así fue como el Bund adoptó la peregrina posición de la autonomía nacional de los judíos.

Más arriba hemos analizado la autonomía nacional en líneas generales. Este análisis ha puesto de manifiesto que la autonomía nacional conduce al nacionalismo. Más adelante veremos que el Bund ha llegado a ese mismo final. Pero el Bund enfoca, además, la autonomía nacional en un aspecto especial, como *garantía* de los derechos de las minorías nacionales. Examinemos también la cuestión en este aspecto especial. Ello es tanto más necesario por cuanto la cuestión de las minorías nacionales, y no sólo de las judías, encierra para la socialdemocracia una gran importancia.

Tenemos, pues, «*instituciones que garanticen*» a las naciones «plena libertad de desarrollo cultural».

Pero ¿qué «instituciones» son ésas «que garantizan», etc.? (Subrayado por nosotros. *J. St.*)

Ante todo, el «consejo nacional» de Springer-Bauer, algo por el estilo de una Dieta para asuntos culturales.

Pero ¿acaso pueden estas instituciones garantizar la «plena libertad de desarrollo cultural» de la nación? ¿Acaso puede una Dieta para asuntos culturales garantizar a la nación contra las represiones nacionalistas?

---

116 Véase: «Formas del movimiento nacional», etc., redactado por Kastellanski, pág. 772.

117 Véase «Actas del II Congreso», pág. 176.

El Bund entiende que sí.

Pero la historia dice lo contrario.

En la Polonia rusa existió en un tiempo una Dieta, una Dieta política, y ésta, naturalmente, se esforzaba por garantizar la libertad de «desarrollo cultural» de los polacos, pero no sólo no lo consiguió, sino que -por el contrario- ella misma sucumbió en lucha desigual contra las condiciones políticas generales imperantes en Rusia.

En Finlandia existe desde hace largo tiempo una Dieta, que también se esfuerza por defender a la nacionalidad finlandesa contra los «atentados». Pero si puede hacer mucho en este sentido, es cosa que está a la vista de todo el mundo.

Naturalmente que no todas las Dietas son iguales, y con la Dieta democráticamente organizada de Finlandia no es tan fácil arreglárselas como con la Dieta aristocrática polaca. Pero *lo decisivo* no es, sin embargo, la Dieta misma, sino el orden general de cosas reinante en Rusia. Si hoy existiese en Rusia un orden de cosas político-social tan brutalmente asiático como en el pasado, en los años en que fue abolida la Dieta polaca, a la Dieta finlandesa le iría mucho peor. Por otra parte, la política de «atentados» contra Finlandia se acentúa, y no se puede decir que esta política sufra derrotas…

Y si así se presentan las cosas tratándose de instituciones antiguas, formadas en el transcurso de la historia, de Dietas políticas, menos han de poder garantizar el libre desarrollo de las naciones Dietas jóvenes, instituciones jóvenes y, además, tan débiles como las Dietas «culturales».

La cuestión no estriba, evidentemente, en las «instituciones», sino en el orden general imperante en el país. Si en el país no hay democratización, no hay tampoco garantías para la «plena libertad de desarrollo cultural» de las nacionalidades. Con seguridad puede decirse que cuanto más democrático sea el país, menos «atentados» habrá a la «libertad de las nacionalidades» y mayores serán las garantías contra esos «atentados».

Rusia es un país semiasiático, y por eso la política de «atentados» reviste allí, no pocas veces, las formas más brutales, formas de pogromo. Huelga decir que en Rusia las «garantías» han sido reducidas al mínimo.

Alemania es ya Europa, con mayor o menor libertad política. No es de extrañar que allí la política de «atentados» no revista nunca formas de pogromo.

En Francia, naturalmente, hay todavía mayores «garantías», pues Francia es un país más democrático que Alemania.

Y no hablemos ya de Suiza, donde gracias a su elevada democracia, aunque burguesa, las nacionalidades viven libremente, lo mismo si son minoría que mayoría.

El Bund sigue, pues, un camino falso, al afirmar que las «instituciones» pueden por sí solas garantizar el pleno desarrollo cultural de las nacionalidades.

Podrá objetarse que el mismo Bund considera la democratización de Rusia como condición *previa* para la «creación de estas instituciones» y para las garantías de la libertad. Pero eso es falso. Por el «Informe de la VIII Conferencia del Bund»[118] se ve que éste piensa conseguir esas «instituciones» *sobre la base* del actual orden de cosas vigente en Rusia, por medio de una «reforma» de la *comunidad judía*.

«La comunidad -dijo en esta Conferencia uno de los líderes del Bund- puede convertirse en el núcleo de la futura autonomía cultural-nacional. La autonomía cultural-nacional es la forma en que las naciones se sirven a sí mismas, la forma de satisfacer las necesidades nacionales. Bajo la forma de la comunidad se alberga el mismo contenido. Son eslabones de la misma cadena, etapas de la misma evolución»[119].

Partiendo de esto, la Conferencia acordó que era necesario luchar «por la *reforma* de la comunidad judía y por transformarla *legislativamente* en una institución laica», democráticamente organizada.[120] (Subrayado por nosotros. *J. St.*)

Está claro que el Bund no considera como condición y garantía la democratización de Rusia, sino la futura «institución laica» de los judíos, que ha de obtenerse mediante la «reforma de la comunidad judía», por vía «legislativa», digámoslo así, a través de la Duma.

Pero ya hemos visto que, por sí solas, sin un orden de cosas democrático vigente en todo el Estado, las «instituciones» no pueden servir de «garantías».

Ahora bien, ¿qué ocurrirá bajo un futuro régimen democrático? ¿No serán también necesarias, bajo la democracia, instituciones especiales, «instituciones culturales que garanticen», etc.? ¿Cómo se presentan las cosas, a este respecto, en la democrática Suiza, por ejemplo? ¿Existen allí instituciones culturales especiales por el estilo del «consejo nacional» de Springer? No, *no existen*. Pero ¿no sufren por ello los intereses culturales de los italianos, por ejemplo, que constituyen allí una minoría? Al parecer, no. Y la cosa es lógica: la democracia en Suiza hace superfluas todas esas «instituciones» culturales especiales, que, según se pretende, «garantizan», etc.

Por tanto, impotentes en cuanto al hoy y superfluas en cuanto al mañana, así son las *instituciones* de la autonomía cultural-nacional, así es la autonomía nacional.

Pero esta autonomía resulta aún más perjudicial

[118] La VIII Conferencia del Bund se celebró en septiembre de 1910 en Lvov.

[119] Véase: «Informe de la VIII Conferencia de Bund», 1911, pág, 62.

[120] Véase: «Informe de la VIII Conferencia de Bund», 1911, págs, 83-84.

cuando se le impone a una «nación» cuya existencia y cuyo porvenir están en tela de juicio. En tales casos, los partidarios de la autonomía nacional están obligados a proteger y conservar todas las particularidades de la «nación», no sólo las útiles, sino también las perniciosas, con tal de «salvar a la nación» de ser asimilada, con tal de «preservarla».

El Bund tenía que emprender indefectiblemente este peligroso camino. Y lo emprendió en efecto. Nos referimos a los conocidos acuerdos de las últimas Conferencias del Bund sobre el «sábado», sobre el «idish», etc.

La socialdemocracia postula el derecho de emplear la lengua materna para *todas las naciones*; pero el Bund no se da por satisfecho con esto y exige que se defiendan «con especial insistencia» «los derechos de la lengua *judía*»[121]. (Subrayado por nosotros. *J. St.*) Y el mismo Bund, en las elecciones a la IV Duma, da «preferencia a los (compromisarios) que se obliguen a defender los derechos de la lengua judía»[122].

¡No es el derecho *general* a emplear la lengua materna, sino el derecho *particular* a emplear la lengua judía, el «idish»! Que los obreros de cada nacionalidad luchen *ante todo* por su propia lengua: los judíos por el judío, los georgianos por el georgiano, etc. La lucha por los derechos generales de todas las naciones es una cosa secundaria. Podéis incluso no reconocer el derecho a emplear la lengua materna para todas las nacionalidades oprimidas, pero si reconocéis el derecho a emplear el «idish», ya sabéis que el Bund votará por vosotros, que el Bund os dará «preferencia».

¿En qué se distingue, entonces, el Bund de los nacionalistas burgueses?

La socialdemocracia postula el establecimiento de un día obligatorio de descanso a la semana, pero el Bund no se da por satisfecho con esto y exige que se «asegure al proletariado judío, legislativamente, el derecho a celebrar el sábado, relevándole de la obligación de celebrar también otro día»[123].

Es de esperar que el Bund dará «un paso adelante» y exigirá el derecho a celebrar todas las viejas fiestas judías. Y si, para desgracia del Bund, los obreros judíos se han curado de prejuicios y no desean celebrar esas fiestas, el Bund, con su campaña de agitación por el «derecho del sábado», les recordará el sábado, cultivará en ellos, por decirlo así, el «espíritu del sábado»…

Por eso se comprenden perfectamente los «fogosos discursos» pronunciados en la VIII Conferencia del Bund pidiendo «hospitales judíos», reivindicación ésta que se razonaba diciendo que «el enfermo se siente mejor entre los suyos», que «el obrero judío se sentirá mal entre obreros polacos y se sentirá bien entre tenderos judíos»[124].

Conservar todo lo judío, preservar *todas* las peculiaridades nacionales de los judíos, hasta las que se sabe de antemano que son perjudiciales para el proletariado, separar a los judíos de todo lo que no sea judío, llegando hasta a construir hospitales especiales: ¡fijaos cuán bajo ha ido a parar el Bund!

El camarada Plejánov tenía una y mil veces razón al decir que el Bund «adapta el socialismo al nacionalismo». Naturalmente, V. Kossovski y otros bundistas como él pueden motejar a Plejánov de «demagogo»[125], -el papel lo aguanta todo-, pero conociendo la actuación del Bund, no es difícil comprender que estas bravas gentes temen sencillamente decir la verdad acerca de sí mismas y se escudan en improperios a propósito de la «demagogia»…

Pero, al mantener tal posición en el problema nacional, el Bund, naturalmente, tenía que emprender también en materia de organización la senda del aislamiento de los obreros judíos, la senda de las curias nacionales dentro de la socialdemocracia. ¡Tal es la lógica de la autonomía nacional!

Y, en efecto, de la teoría del «único representante» el Bund pasa a la teoría del «deslindamiento nacional» de los obreros. El Bund exige de la socialdemocracia de Rusia que «introduzca en la estructura de su organización un deslindamiento por nacionalidades»[126]. Y del «deslindamiento» da «un paso adelante» hacia la teoría del «aislamiento». No en vano en la VIII Conferencia del Bund resonaron discursos sosteniendo que «en el aislamiento es donde reside la existencia nacional»[127].

El federalismo en la organización alberga en su seno elementos de descomposición y de separatismo. El Bund marcha hacia el separatismo.

Y en realidad, no le queda otro camino. Ya su misma existencia como organización extraterritorial le empuja a la senda del separatismo. El Bund no posee un territorio íntegro y definido; opera en territorios «ajenos», mientras que la socialdemocracia polaca, la letona y la rusa, entre las que se mueve, son colectividades territoriales

121 Véase: «Informe de la VIII Conferencia del Bund», pág. 85.

122 Véase: «Informe de la IX Conferencia del Bund», 1912, pág. 42.

123 Véase: «Informe de la VIII Conferencia del Bund», pág. 83.

124 Véase: «Informe de la VIII Conferencia de Bund», 1911, pág, 68.

125 Véase: «Nasha Zaría», 1912, núm. 9-10, pág. 120. G. V. Plejánov, en el artículo «Otra Conferencia escisionista», publicado en el periódico «Za Partiu» («Por el Partido») del 2 (15) de octubre de 1912, condenó la Conferencia «de Agosto» de los liquidadores y calificó la posición de los bundistas y de los socialdemócratas caucasianos como adaptación del socialismo al nacionalismo. En una carta a la redacción de la revista liquidadora «Nasha Zariá», el líder bundista Kossovski criticó a Plejánov.

126 Véase: «Comunicado sobre el VII Congreso del Bund», pág. 7. El VII Congreso del Bund Se celebró en Lvov a fines de agosto y comienzos de septiembre (nuevo cómputo) de 1906.

127 Véase: «Informe de la VIII Conferencia del Bund», pág. 72.

internacionales. Pero ello hace que cada ampliación de estas colectividades represente para el Bund una «pérdida», una reducción de su campo de acción. Una de dos: o toda la socialdemocracia de Rusia debe reorganizarse sobre los principios del federalismo nacional, en cuyo caso el Bund obtiene la posibilidad de «asegurarse» el proletariado judío; o se mantiene en vigor el principio territorial internacional de estas colectividades, en cuyo caso el Bund tiene que reorganizarse sobre los principios internacionalistas, como ocurre con la socialdemocracia polaca y la letona.

Esto explica por qué el Bund exige desde el primer momento «la reconstrucción de la socialdemocracia de Rusia sobre principios federativos»[128].

En 1906, el Bund, cediendo a la ola de unificación nacida en la base, eligió el camino intermedio, ingresando en la socialdemocracia de Rusia. Pero ¿cómo ingresó? Mientras que la socialdemocracia polaca y la letona ingresaron en ella para trabajar pacífica y conjuntamente, el Bund ingresó con el fin de guerrear por la federación. El líder de los bundistas, Medem, así lo dijo entonces:

«No vamos a un idilio, sino a la lucha. No hay idilio y sólo los Manílov pueden esperar que lo haya en un porvenir próximo. El Bund debe entrar en el Partido armado de pies a cabeza»[129].

Sería un error ver en esto mala voluntad por parte de Medem. No se trata de mala voluntad, sino de la posición especial del Bund, en virtud de la cual éste no puede por menos de luchar contra la socialdemocracia de Rusia, organizada sobre los principios del internacionalismo. Ahora bien, luchando contra ella, el Bund, naturalmente, infringía los intereses de la unidad. Por último, la cosa llegó hasta la ruptura formal del Bund con la socialdemocracia de Rusia: el Bund, violando los estatutos, se unió, en las elecciones a la IV Duma, con los nacionalistas de Polonia contra los socialdemócratas polacos.

El Bund encontró, por lo visto, que la ruptura era la mejor manera de asegurar su actuación independiente.

Así fue como el «principio» del «deslindamiento» en el terreno de la organización condujo al separatismo, a la completa ruptura.

Polemizando acerca del federalismo con la vieja «Iskra», el Bund escribía en cierta época:

«La «Iskra» quiere convencernos de que las relaciones federativas del Bund con la socialdemocracia de Rusia deben debilitar los vínculos entre ellos. No podemos refutar esta opinión remitiéndonos a la experiencia de Rusia, por la sencilla razón de que la socialdemocracia de Rusia no existe como una unión federativa. Pero podemos referirnos a la experiencia extraordinariamente instructiva de la socialdemocracia de Austria, que asumió carácter federativo sobre la base del acuerdo del Congreso del Partido celebrado en 1897»[130].

Esto fue escrito en 1902.

Pero ahora estamos en 1913. Ahora tenemos tanto la «experiencia» de Rusia como la «experiencia de la socialdemocracia de Austria».

¿Qué nos dicen estas experiencias?

Comencemos por «la experiencia extraordinariamente instructiva de la socialdemocracia de Austria». Hasta 1896, aún existía en Austria un partido socialdemócrata único. En ese año, los checos por primera vez reclaman y obtienen en el Congreso Internacional de Londres una representación aparte. En 1897, en el Congreso del Partido celebrado en Viena (en Wimberg), se liquida formalmente el partido único y se constituye en su lugar una unión federativa de seis «grupos socialdemócratas» nacionales. Más adelante, estos «grupos» se convierten en partidos independientes. Poco a poco, los partidos van rompiendo los vínculos entre sí. Tras los partidos se escinde la minoría parlamentaria y se forman «clubs» nacionales. Les siguen los sindicatos, que se fraccionan también por nacionalidades. La cosa llega hasta las cooperativas, para cuyo fraccionamiento exhortan a los obreros los separatistas checos[131]. Y no hablemos ya de cómo la agitación separatista entibia en los obreros el sentimiento de solidaridad, empujándolos no pocas veces a la senda de los rompehuelgas.

Vemos, pues, que «la experiencia extraordinariamente instructiva de la socialdemocracia de Austria» habla *en contra* del Bund y a favor de la vieja «Iskra». En el partido austriaco, el federalismo condujo al separatismo más vergonzoso y a la destrucción de la unidad del movimiento obrero.

Ya hemos visto más arriba que la «experiencia de Rusia» nos dice lo mismo. Los separatistas bundistas, al igual que los checos, rompieron con la socialdemocracia común, con la socialdemocracia de Rusia. En cuanto a los sindicatos, a los sindicatos bundistas, estuvieron organizados, desde el primer momento, sobre los principios de la nacionalidad, es decir, estaban desligados de los obreros de otras

[128] Véase: «En torno a la cuestión de la autonomía nacional y la reconstrucción de la socialdemocracia de Rusia sobre principios federativos», ed. del Bund, 1902.

[129] Véase: «Nashe Slovo», núm. 3, pág. 24, Vilna, 1906.

[130] Véase: «En torno a la cuestión de la autonomía nacional», etc., pág. 17, ed. del Bund, 1902.

[131] Véase en «Dokumente des Separatismos» las palabras tomadas del folleto de Vanek, pág. 29. Karl Vanek: socialdemócrata checo, que sustentaba una posición abiertamente chovinista y separatista.

nacionalidades.

Completo aislamiento, completa ruptura: he ahí lo que pone de manifiesto la «experiencia rusa» del federalismo.

No es extraño que este estado de cosas repercuta entre los obreros, entibiando el sentimiento de solidaridad y provocando la desmoralización, la cual penetra también en el Bund. Nos referimos, al decir esto, a los conflictos cada vez más frecuentes entre los obreros judíos y polacos a causa del paro forzoso. He aquí los discursos que resanaron, a este propósito, en la IX Conferencia del Bund.

«Consideramos como pogromistas, como amarillos, a los obreros polacos que nos desalojan del trabajo, y no apoyamos sus huelgas, las rompemos. En segundo lugar, contestamos al desalojamiento con el desalojamiento: como réplica a la no admisión de los obreros judíos en las fábricas, no dejamos que los obreros polacos se acerquen a los bancos de trabajo manual... *Si no tomamos este asunto en nuestras manos, los obreros se irán con otros*.»[132] (Subrayado por nosotros. *J. St.*)

Así es como se habla de la solidaridad en la Conferencia de los bundistas.

No se puede ir más lejos en la senda del «deslindamiento» y del «aislamiento». El Bund ha alcanzado sus objetivos: deslinda a los obreros de distintas nacionalidades hasta llegar a la pendencia, hasta hacer de ellos rompehuelgas. Y no puede ser de otro modo: «Si no tomamos este asunto en nuestras manos, *los obreros se irán con otros*.»

Desorganización del movimiento obrero, desmoralización en las filas de la socialdemocracia: he ahí a dónde conduce el federalismo bundista.

Así, pues, la idea de la autonomía cultural-nacional y la atmósfera que crea han resultado ser todavía más dañinas en Rusia que en Austria.

6. Los caucasianos, la conferencia de los liquidadores

Más arriba hemos hablado de las vacilaciones de una parte de los socialdemócratas caucasianos, que no pudieron resistir a la «epidemia» nacionalista. Estas vacilaciones se expresaron en el hecho de que los mencionados socialdemócratas siguieron -por extraño que ello parezca- las huellas del Bund, proclamando la autonomía cultural-nacional.

Autonomía regional para todo el Cáucaso y autonomía cultural-nacional para las naciones que viven en el Cáucaso: así es como formulan su reivindicación estos socialdemócratas, que, dicho sea de paso, se han adherido a los liquidadores rusos.

Oigamos a su reconocido líder, al célebre *N.*:

«De todos es sabido que el Cáucaso se distingue profundamente de las provincias centrales, tanto por la composición racial de su población, como por el territorio y la agricultura. La explotación y el desarrollo material de una región como ésta requieren hombres nacidos en ella, que conozcan las particularidades locales y estén acostumbrados al clima y a la cultura local. Es necesario que todas las leyes que persigan fines de explotación del territorio local sean promulgadas en el país mismo y puestas en práctica por elementos locales. Consiguientemente, será de la competencia del órgano central de la administración autónoma caucasiana la promulgación de leyes sobre problemas locales… De esta manera, las funciones del centro caucasiano consistirán en la promulgación de aquellas leyes que persigan fines de explotación económica del territorio local y la prosperidad material de la región»[133].

Tenemos, pues, la autonomía regional para el Cáucaso.

Si prescindimos de los argumentos de *N.*, un tanto confusos e incoherentes, hay que reconocer que la conclusión a que llega es exacta. La autonomía regional del Cáucaso, dentro del marco de la constitución general del Estado -cosa que *N.* no niega- es, en realidad, necesaria, en virtud de las particularidades de su composición y de sus condiciones de vida. Esto ha sido reconocido también por la socialdemocracia de Rusia, que en el II Congreso proclamó «la administración autónoma regional para todos los territorios periféricos que, por sus condiciones de vida y su población, se distinguen de los territorios propiamente rusos».

Al someter este punto a la discusión del II Congreso, Mártov lo razonó diciendo que «la enorme extensión de Rusia y la experiencia de nuestra administración centralizada nos dan motivos para considerar necesaria y conveniente la existencia de una administración autónoma regional para unidades tan grandes como Finlandia, Polonia, Lituania y el Cáucaso».

De ahí se desprende que por *administración autónoma* regional hay que entender la *autonomía* regional.

Pero *N.* va más lejos. A su juicio, la autonomía regional del Cáucaso abarca «solamente un aspecto de la cuestión».

«Hasta aquí hemos hablado solamente del desarrollo material de la vida local. Pero al desarrollo económico de la región contribuye no sólo la actividad económica, sino también la actividad

[132] Véase: «Informe de la IX Conferencia del Bund», pág. 19.

[133] Véase el periódico georgiano «Chveni Tsjovreba», 1912, núm. 12. «Chveni Tsjopreba» («Nuestra Vida»): diario de los mencheviques georgianos; se publicó en Kutaís del 1 al 22 de julio de 1912.

espiritual, cultural»… «Una nación culturalmente fuerte es también fuerte en el terreno económico»… «Pero el desarrollo cultural de las naciones sólo es posible sobre la base del idioma nacional»… «Por eso, todos los problemas relacionados con el idioma materno son problemas cultural-nacionales. Tales son los problemas de la enseñanza, del procedimiento judicial, de la iglesia, de la literatura, de las artes, de las ciencias, del teatro, etc. Si el desarrollo material de la región unifica las naciones, los asuntos nacional-culturales las desunen, colocando a cada una de ellas en un palenque distinto. Las actividades del primer género están vinculadas a un determinado territorio»… «No sucede así con los asuntos cultural-nacionales. Estos no están vinculados con un territorio determinado, sino con la existencia de una nación determinada. Los destinos del idioma georgiano interesan por igual a los georgianos, dondequiera que éstos vivan. Sería prueba de supina ignorancia decir que la cultura georgiana sólo atañe a los georgianos que viven en Georgia. Tomemos, por ejemplo, la iglesia armenia. En la administración de sus asuntos toman parte armenios de diferentes lugares y Estados. Aquí el territorio no desempeña papel alguno. O, por ejemplo, en la creación del museo georgiano están igualmente interesados los georgianos de Tiflis y los de Bakú, Kutaís, San Petersburgo, etc. Esto quiere decir que la administración y dirección de todos los asuntos cultural-nacionales deben entregarse a las mismas naciones interesadas. Nosotros proclamamos la autonomía cultural-nacional de las nacionalidades caucasianas.»[134].

Resumiendo: puesto que la cultura no es el territorio, ni el territorio es la cultura, es necesaria la autonomía cultural-nacional. Eso es todo lo que en apoyo de ésta nos puede decir *N.*

No vamos a examinar aquí una vez más la autonomía nacional-cultural en términos generales; ya hemos hablado más arriba de su carácter negativo. Quisiéramos solamente poner de relieve que, si en general resulta inservible, teniendo en cuenta las condiciones del Cáucaso es, además, disparatada y absurda.

He aquí por qué.

La autonomía cultural-nacional presupone unas nacionalidades más o menos desarrolladas, con una cultura y una literatura desarrolladas. Sin estas condiciones, dicha autonomía pierde todo sentido, se convierte en un absurdo. Pero en el Cáucaso viven numerosos pueblos con una cultura primitiva, con su propia lengua, pero sin una literatura propia, pueblos que, además, se hallan en un estado de transición, que en parte van siendo asimilados y en parte continúan desarrollándose. ¿Cómo aplicar a estos pueblos la autonomía cultural-nacional? ¿Qué hacer con ellos? ¿Cómo «organizarlos» en distintas uniones cultural-nacionales, como, indudablemente, presupone la autonomía cultural-nacional?

¿Qué hacer con los mingrelios, abjasianos, adzharianos, svanetos, lesgos, etc., que hablan lenguas diferentes, pero que no poseen su propia literatura? ¿Entre qué naciones deben ser comprendidos? ¿Es posible «organizarlos» en uniones nacionales? ¿En torno a qué «asuntos culturales» «organizarlos»?

¿Qué hacer con los osetinos, entre los cuales los de la Transcaucasia están siendo asimilados (pero distan mucho todavía de haber sido asimilados) por los georgianos, mientras los de la Ciscaucasia en parte van siendo asimilados por los rusos y en parte siguen desarrollándose, creando su propia literatura? ¿Cómo «organizarlos» en una unión nacional única?

¿En qué unión nacional deben ser comprendidos los adzharianos, que hablan el georgiano, pero que viven la cultura turca y profesan el islamismo? ¿No habrá que «organizarlos» aparte de los georgianos *en lo tocante a los asuntos religiosos*, y junto con los georgianos *en lo tocante a otros asuntos culturales*? ¿Y los kobuletes? ¿Y los ingushos? ¿Y los inguilos?

¿Qué autonomía es esa que excluye de la lista a tantos pueblos?

No, ésa no es la solución de la cuestión nacional; eso es el fruto de una fantasía ociosa.

Pero admitamos lo inadmisible y supongamos que la autonomía nacional-cultural de nuestro *N.* se haya puesto en práctica. ¿A dónde conduce?, ¿a qué resultados? Tomemos, por ejemplo, a los tártaros transcaucasianos, con su porcentaje mínimo de personas que saben leer y escribir, con sus escuelas regentadas por los omnipotentes mulhas, con su cultura impregnada de espíritu religioso… No es difícil comprender que el «organizarlos» en una unión cultural-nacional significaría colocar al frente de ellos asus mulhas, significaría dejarlos a merced de los reaccionarios mulhas, significaría crear una nueva fortaleza para la esclavización espiritual de las masas tártaras por su más enconado enemigo.

Pero ¿desde cuándo los socialdemócratas se dedican a llevar el agua al molino de los reaccionarios?

¿No han podido los liquidadores caucasianos «proclamar» otra cosa mejor que la delimitación de los tártaros transcaucasianos en una unión cultural-nacional, que conduciría a la esclavización de las masas por los más enconados reaccionarios?

No, ésa no es la solución de la cuestión nacional.

La cuestión nacional del Cáucaso sólo puede resolverse *en el sentido de llevar a las naciones y pueblos rezagados al cauce común de una cultura superior*. Sólo esta solución puede ser progresiva y aceptable para la socialdemocracia. La autonomía regional del Cáucaso es aceptable, precisamente,

134 Véase el periódico georgiano «Chveni Tsjovreba», 1912, núm. 12.

porque incorpora a las naciones rezagadas al desarrollo cultural común, les ayuda a romper el cascarón del aislamiento propio de las pequeñas nacionalidades, las impulsa a marchar hacia adelante y les facilita el acceso a los valores de una cultura superior. En cambio, la autonomía cultural-nacional actúa en un sentido diametralmente opuesto, pues recluye a las naciones en sus viejos cascarones, las mantiene en los grados inferiores del desarrollo de la cultura y les impide elevarse a los grados más altos de la misma.

De este modo, la autonomía nacional paraliza los lados positivos de la autonomía regional y la reduce a la nada.

Por eso, precisamente, no sirve tampoco ese tipo mixto de autonomía que propone *N.*, en el que se combinan la autonomía nacional-cultural y la autonomía regional. Esta combinación antinatural no mejora la cosa, sino que la empeora, pues, además de entorpecer el desarrollo de las naciones rezagadas, convierte la autonomía regional en arena de choques entre las naciones organizadas en uniones nacionales.

De este modo, la autonomía cultural-nacional, inservible en general, se convertiría, en el Cáucaso, en una empresa reaccionaria absurda.

Tal es la autonomía cultural-nacional de *N.* y de sus correligionarios caucasianos.

¿Darán los liquidadores caucasianos «un paso adelante» y seguirán también al Bund en el terreno de la organización? El futuro lo dirá. Hasta hoy, en la historia de la socialdemocracia, el federalismo en el terreno de la organización ha precedido siempre a la autonomía nacional en el programa. Los socialdemócratas austriacos aplicaron ya en 1897 el federalismo en el terreno de la organización, y sólo a la vuelta de dos años (en 1899) adoptaron la autonomía nacional. Los bundistas hablaron por primera vez de un modo inteligible de la autonomía nacional en 1901, mientras que el federalismo en el terreno de la organización lo practicaban ya desde 1897.

Los liquidadores caucasianos han empezado por el final, por la autonomía nacional. Si siguen marchando sobre las huellas del Bund, tendrán que demoler previamente todo el edificio de la organización actual, levantado ya a fines de la década del 90 sobre los principios del internacionalismo.

Pero todo lo que ha tenido de fácil aceptar la autonomía nacional, incomprensible todavía para los obreros, lo tendrá de difícil demoler un edificio que ha costado años enteros construir y que ha sido levantado y cuidado con tanto amor por los obreros de todas las nacionalidades del Cáucaso. Bastará que comience esta empresa de Eróstrato, para que los obreros abran los ojos y comprendan la esencia nacionalista de la autonomía cultural-nacional.

* * *

Mientras los caucasianos resuelven la cuestión nacional de una manera común y corriente, por medio de debates verbales y de una discusión literaria, la Conferencia de los liquidadores de toda Rusia ha discurrido un procedimiento completamente desusado. Un procedimiento fácil y sencillo. Escuchad:

«Habiendo oído la comunicación hecha por la delegación caucasiana acerca de que… es necesario plantear la reivindicación de la autonomía nacional-cultural, la Conferencia, sin pronunciarse acerca del fondo de esta reivindicación, hace constar que tal interpretación del punto del programa en que se reconoce a cada nacionalidad el derecho de autodeterminación, no va en contra del sentido preciso de dicho programa.»

Así, ante todo, «sin pronunciarse acerca del fondo de esta» cuestión, y luego «hacer constar». ¡Peregrino método!...

¿Qué es lo que «hace constar» esta original Conferencia?

Pues que la «reivindicación» de la autonomía nacional-cultural «no va en contra del sentido preciso» del programa en que se reconoce el derecho de las naciones a la autodeterminación.

Examinemos esta tesis.

El punto de la autodeterminación habla de los derechos de las naciones. Según este punto, las naciones no sólo tienen derecho a la autonomía, sino también a la separación. Se trata de la autodeterminación *política*. ¿A quién han querido engañar los liquidadores, intentando tergiversar totalmente este derecho de autodeterminación política de las naciones, establecido desde hace largo tiempo en toda la socialdemocracia internacional?

¿O tal vez los liquidadores quieran escurrir el bulto, escudándose tras el sofisma de que la autonomía cultural-nacional «no va en contra» de los derechos de las naciones? Es decir, que si todas las naciones de un Estado determinado se ponen de acuerdo para organizarse según los principios de la autonomía cultural-nacional, esta suma de naciones tiene perfecto derecho a hacerlo y nadie puede *imponerles por la fuerza* otra forma de vida política. Nuevo e ingenioso. ¿Por qué no añadir que, en general, las naciones tienen derecho a derogar su propia Constitución, a sustituirla por un sistema de arbitrariedad, a retrotraerse al viejo orden de cosas, pues las naciones y solamente ellas tienen derecho a determinar sus propios destinos? Repetimos: en este sentido, ni la autonomía cultural-nacional ni ninguna otra tendencia reaccionaria en la cuestión nacional «va en contra» de los *derechos de las naciones*.

¿No era eso lo que quería decir la respetable Conferencia?

No, no era eso. Dice concretamente que la autonomía cultural-nacional «no va en contra», no de

los derechos de las naciones sino *«del sentido preciso» del programa*. Aquí se trata del programa y no de los derechos de las naciones.

Y es comprensible. Si a la Conferencia de los liquidadores se hubiese dirigido una nación cualquiera, la Conferencia podría haber hecho constar sencillamente que una nación tiene derecho a la autonomía cultural-nacional. Pero a la Conferencia no se dirigió una nación, sino una «delegación» de socialdemócratas caucasianos, malos socialdemócratas, es cierto, pero, con todo, socialdemócratas. Y éstos no preguntaron acerca de los derechos de las naciones, sino si la autonomía cultural-nacional no contradice a los *principios de la socialdemocracia, si no va «en contra» «del sentido preciso» del programa de la socialdemocracia*.

Así, pues, *los derechos de las naciones y el «sentido preciso» del programa de la socialdemocracia* no son una y la misma cosa.

Evidentemente, hay reivindicaciones que, aún no yendo en contra de los derechos de las naciones, pueden ir en contra del «sentido preciso» del programa.

Un ejemplo. En el programa de los socialdemócratas figura un punto sobre la libertad de conciencia. Según este punto, cualquier grupo de personas *tiene derecho* a profesar cualquier religión: el catolicismo, la religión ortodoxa, etc. La socialdemocracia luchará contra toda persecución de las religiones, contra las persecuciones de que se haga objeto a los ortodoxos, católicos y protestantes. ¿Quiere decir esto que el catolicismo, el protestantismo, etc. «no van en contra del sentido preciso» del programa? No, no quiere decir esto. La socialdemocracia protestará siempre contra las persecuciones de que se haga objeto al catolicismo y al protestantismo, defenderá siempre el derecho de las naciones a practicar cualquier religión; pero, al mismo tiempo, partiendo de una comprensión acertada de los intereses del proletariado, hará propaganda en contra del catolicismo, en contra del protestantismo, en contra de la religión ortodoxa, con el fin de hacer triunfar la concepción socialista del mundo.

Y obrará así porque el protestantismo, el catolicismo, la religión ortodoxa, etc., sin ningún género de dudas, «van en contra del sentido preciso» del programa, es decir, en contra de los intereses bien comprendidos del proletariado.

Otro tanto hay que decir de la autodeterminación. Las naciones tienen derecho a organizarse con arreglo a sus deseos, tienen derecho a conservar las instituciones nacionales que les plazcan, las perniciosas y las útiles: nadie puede (¡nadie tiene derecho!) inmiscuirse *por la fuerza* en la vida de las naciones. Pero esto no quiere decir que la socialdemocracia no haya de luchar, no haya de hacer propaganda en contra de las instituciones nocivas de las naciones, en contra de las reivindicaciones inadecuadas de las naciones. Por el contrario, la socialdemocracia está obligada a realizar esta propaganda y a influir en la voluntad de las naciones de modo que éstas se organicen en la forma que mejor corresponda a los intereses del proletariado. Precisamente por esto, luchando en favor del derecho de las naciones a la autodeterminación, realizará, al mismo tiempo, una campaña de propaganda, por ejemplo, contra la separación de los tártaros y contra la autonomía cultural-nacional de las naciones caucásicas, pues tanto una como otra, si bien no van en contra de los *derechos* de estas naciones, van, sin embargo, en contra *«del sentido preciso» del programa*, es decir, de los intereses del proletariado caucásico.

Evidentemente, los «derechos de las naciones» y el «sentido preciso» del programa son dos planos completamente distintos. Mientras que el «sentido preciso» del programa expresa los intereses del proletariado, formulados científicamente en su programa, los derechos de las naciones pueden expresar los intereses de cualquier clase: de la burguesía, de la aristocracia, del clero, etc., con arreglo a la fuerza y a la influencia de estas clases. Allí son los *deberes* del marxista, aquí los *derechos* de las naciones, integradas por diversas clases. Los derechos de las naciones y los principios de la socialdemocracia pueden ir o no «ir en contra» los unos de los otros, de la misma manera, por ejemplo, que la pirámide de Keops… y la famosa Conferencia de los liquidadores. Son, sencillamente, magnitudes incomparables.

Pero de aquí se desprende que la respetable Conferencia ha confundido de la manera más imperdonable dos cosas totalmente distintas. El resultado no ha sido la solución de la cuestión nacional, sino un absurdo en virtud del cual los derechos de las naciones y los principios de la socialdemocracia «no van en contra» los unos de los otros; y, por consiguiente, toda reivindicación de las naciones puede ser compatible con los intereses del proletariado; y por consiguiente, ¡ni una sola reivindicación de las naciones que aspiran a la autodeterminación «irá en contra del sentido preciso» del programa!

Ni la menor compasión con la lógica…

Este absurdo ha servido de base al ya célebre acuerdo de la Conferencia de los liquidadores, según el cual la reivindicación de la autonomía nacional-cultural «no va en contra del sentido preciso» del programa.

Pero la Conferencia de los liquidadores no infringe solamente las leyes de la lógica.

Infringe, además, su propio deber para con la socialdemocracia de Rusia, al sancionar la autonomía cultural-nacional. Infringe del modo más definido el «sentido preciso» del programa, pues es sabido que

el II Congreso, en el que se aprobó el programa, *rechazó resueltamente* la autonomía cultural-nacional. He aquí lo que se dijo, a este propósito, en el Congreso:

«*Goldbtat* (bundista): Y Yo considero necesario crear instituciones especiales que aseguren la libertad del desarrollo cultural de las nacionalidades, razón por la cual propongo que se añada al 8 lo siguiente: *«y creación de las instituciones que les garanticen plena libertad de desarrollo cultural»* (que es, como se sabe, la formulación bundista de la autonomía cultural-nacional. *J. St.*).

Martínov señala que las instituciones generales deben organizarse de tal modo que garanticen también los intereses privados. No es posible crear ninguna institución *especial* que asegure la libertad de desarrollo cultural de la nacionalidad.

Egórov: En la cuestión de la nacionalidad sólo podemos adoptar proposiciones negativas, es decir, somos contrarios a toda restricción de la nacionalidad. Pero a nosotros, como socialdemócratas, nos tiene sin cuidado que esta o aquella nacionalidad se desarrolle como tal. Esto es materia de un proceso espontáneo.

Koltsov: Los delegados del Bund se ofenden siempre que se habla de su nacionalismo. Y sin embargo, la enmienda propuesta por el delegado del Bund tiene un carácter puramente nacionalista. Exigen de nosotros medidas puramente ofensivas para defender incluso a aquellas nacionalidades que se van extinguiendo».

…En consecuencia, *«la enmienda de Goldblat es rechazada por mayoría de votos contra tres»*.

Está, pues, claro que la Conferencia de los liquidadores ha ido «en contra del sentido preciso» del programa, ha infringido el programa.

Ahora, los liquidadores intentan justificarse, remitiéndose al Congreso de Estocolmo, que, según ellos, ha sancionado la autonomía cultural-nacional. Y así, V. Kossovski escribe:

«Como es sabido, según el acuerdo adoptado en el Congreso de Estocolmo, se dejó al Bund en libertad para conservar su programa nacional (hasta la solución de la cuestión nacional en el Congreso de todo el Partido). Este Congreso reconoció que la autonomía nacional-cultural no contradice, en todo caso, el programa general del Partido»[135].

Pero los esfuerzos de los liquidadores son vanos. El Congreso de Estocolmo no pensó siquiera en sancionar el programa del Bund; se avino sencillamente a dejar abierta, por el momento, la cuestión. Al valiente Kossovski le faltó valor para decir toda la verdad. Pero los hechos hablan por sí solos. Helos aquí:

«Galin presenta una enmienda: «La cuestión del programa nacional *queda abierta, en vista de que no ha sido examinada* por el Congreso». (*En pro* 50 votos, *en contra* 32.)

Una voz: ¿Qué quiere decir que queda abierta?

Presidente: Cuando decimos que la cuestión nacional queda abierta, eso significa que el Bund puede mantener su decisión acerca de esta cuestión hasta el Congreso siguiente»[136]. (Subrayado por nosotros. *J. St.*)

Como veis, el Congreso «no examinó» siquiera la cuestión del programa nacional del Bund: se limitó a dejarla «abierta», concediendo al mismo Bund libertad para decidir los destinos de su programa hasta el siguiente Congreso general. En otros términos: el Congreso de Estocolmo rehuyó la cuestión, no enjuició la autonomía cultural-nacional, ni en un sentido ni en otro.

En cambio, la Conferencia de los liquidadores enjuicia el asunto con toda concreción, reconoce como admisible la autonomía cultural-nacional y la sanciona en nombre del programa del Partido.

La diferencia salta a la vista.

De este modo, la Conferencia de los liquidadores, pese a todos los subterfugios, no ha hecho avanzar ni un solo paso la cuestión nacional.

Bailarle el agua al Bund y a los nacional-liquidadores caucasianos: eso es todo lo que ha sabido hacer.

7. La cuestión nacional en Rusia

Nos resta señalar la solución positiva de la cuestión nacional.

Partimos del hecho de que esta cuestión sólo puede ser resuelta en indisoluble conexión con el momento que actualmente se vive en Rusia.

Rusia vive en una época de transición, en que no se ha instaurado todavía una vida «normal», «constitucional», en que la crisis política no se ha resuelto todavía. Nos esperan días de tormenta y de «complicaciones». De aquí el movimiento, el presente y el venidero, que se propone como objetivo la plena democratización.

En relación con este movimiento es como debe ser examinada la cuestión nacional.

Tenemos, pues, la plena democratización del país como *base* y condición para solucionar la cuestión nacional.

Para resolver la cuestión es necesario tener en cuenta no sólo la situación interior, sino también la situación exterior. Rusia se encuentra enclavada entre Europa y Asia, entre Austria y China. El crecimiento

[135] Véase: «Nasha Zaría», 1912, núm. 9-10, pág. 120.

[136] Véase: «Nashe Slovo», 1906, núm. 8, pág. 53.

de la democracia en Asia es inevitable. El crecimiento del imperialismo en Europa no es un fenómeno casual. En Europa el capital se va sintiendo estrecho y pugna por penetrar en países ajenos, buscando nuevos mercados, mano de obra barata, nuevos lugares de inversión. Pero esto conduce a complicaciones exteriores y a guerras. Nadie puede decir que la guerra de los Balcanes[137] sea el fin y no el comienzo de las complicaciones. Por eso, cabe perfectamente dentro de lo posible que se dé una combinación de circunstancias interiores y exteriores en que una u otra nacionalidad de Rusia crea necesario plantear y resolver la cuestión de su independencia. Y, naturalmente, no es cosa de los marxistas poner obstáculos en tales casos.

Pero de aquí se deduce que los marxistas rusos no pueden prescindir del derecho de las naciones a la autodeterminación.

Tenemos, pues, *el derecho de autodeterminación como punto indispensable* para resolver la cuestión nacional.

Prosigamos. ¿Qué hacer con las naciones que por unas u otras causas prefieran permanecer dentro del marco de un Estado multinacional?

Hemos visto que la autonomía cultural-nacional es inservible. En primer lugar, es artificial y no viable, pues supone agrupar artificialmente en una sola nación a gentes a quienes la vida, la vida real, desune y dispersa por los diversos confines del Estado. En segundo lugar, impulsa hacia el nacionalismo, pues lleva al punto de vista del «deslindamiento» de los hombres por curias nacionales, al punto de vista de la «organización» de naciones, al punto de vista de la «conservación» y cultivo de las «particularidades nacionales», cosa que no cuadra en absoluto a la socialdemocracia. No es un hecho casual que los separatistas moravos en el Reichsrat, después de separarse de los diputados socialdemócratas alemanes, se uniesen a los diputados moravos burgueses, para formar, como si dijésemos, un «kolo» moravo. Ni es un hecho casual tampoco que los separatistas del Bund se empantanasen en el nacionalismo, exaltando la celebración del «sábado» y el «idish». En la Duma no figuran todavía diputados bundistas, pero en el radio de acción del Bund hay una comunidad judía clerical-reaccionaria, en cuyas «instituciones dirigentes» organiza el Bund, por el momento, una «unión» entre los obreros y los burgueses judíos[138]. Tal es, en efecto, la lógica de la autonomía cultural-nacional.

La autonomía *nacional* no resuelve, pues, la cuestión.

¿Dónde está la salida?

La única solución acertada es la autonomía *regional*, la autonomía de unidades tan definidas como Polonia, Lituania, Ucrania, el Cáucaso, etc.

La ventaja de la autonomía regional consiste, ante todo, en que aquí no tenemos que habérnoslas con una ficción sin territorio, sino con una población determinada, que vive en un territorio determinado. Además, no deslinda a los hombres por naciones, no refuerza las barreras nacionales, sino que, por el contrario, rompe estas barreras y agrupa a la población para abrir el camino a un deslindamiento de otro género, al deslindamiento por clases. Finalmente, permite utilizar del mejor modo las riquezas naturales de la región y desarrollar las fuerzas productivas, sin esperar a que la solución venga del centro, funciones éstas que la autonomía cultural-nacional no concede.

Tenemos, pues, la *autonomía regional como punto indispensable* para resolver la cuestión nacional.

No cabe duda de que en ninguna de las regiones se da una homogeneidad nacional completa, pues en todas ellas hay enclavadas minorías nacionales. Tal ocurre con los judíos en Polonia, con los letones en Lituania, con los rusos en el Cáucaso, con los polacos en Ucrania, etc. Se puede temer, por esta razón, que las minorías sean oprimidas por las mayorías nacionales. Pero este temor sólo tiene fundamento si el país sigue viviendo bajo el viejo orden de cosas. Dad al país plena democracia, y este temor perderá toda base.

Se propone articular a las minorías dispersas en una unión nacional. Pero lo que necesitan las minorías no es una unión artificial, sino derechos reales en el sitio en que viven. ¿Qué puede darles semejante unión *sin* plena democracia? o ¿para qué es necesaria esa unión nacional *bajo* una completa democracia?

¿Qué es lo que inquieta especialmente a una minoría nacional?

Lo que produce el descontento de esta minoría no es la falta de una unión nacional, sino la falta del derecho a usar su lengua materna. Permitidle servirse de su lengua materna, y el descontento desaparecerá por sí solo.

Lo que produce el descontento de esta minoría no es la falta de una unión artificial, sino la falta de escuelas en su lengua materna. Dadle estas escuelas, y el descontento perderá toda base.

Lo que produce el descontento de esta minoría no es la falta de una unión nacional, sino la falta de la libertad de conciencia (la libertad de cultos), de movimiento, etc. Dadle estas libertades, y dejará de estar descontenta.

Tenemos, pues, *la igualdad nacional de derechos en todas sus formas (idioma, escuelas, etc.) como punto indispensable* para resolver la cuestión

[137] La primera guerra de los Balcanes comenzó en octubre de 1912 entre Bulgaria, Servia, Grecia y Montenegro, de una parte, y Turquía, de la otra.

[138] Véase: «Informe de la VIII Conferencia del Bund», final de la resolución sobre la comunidad.

nacional. Se precisa, por tanto, una ley general del Estado basada en la plena democratización del país y que prohíba todos los privilegios nacionales sin excepción y todas las trabas o limitaciones puestas a los derechos de las minorías nacionales.

Esto, y solamente esto, puede ser la garantía real y no ficticia de los derechos de las minorías.

Se podría discutir o no la existencia de una relación lógica entre el federalismo en el terreno de la organización y la autonomía cultural-nacional. Lo que no se puede discutir es que ésta crea una atmósfera propicia para un federalismo ilimitado, que acaba transformándose en completa ruptura, en separatismo. Si los checos en Austria y los bundistas en Rusia, comenzando por la autonomía y pasando luego a la federación, terminaron en el separatismo, en ello desempeñó, sin duda, un gran papel la atmósfera nacionalista que emana naturalmente de la autonomía cultural-nacional. No es casual que la autonomía nacional y la federación en el terreno de la organización se den la mano. La cosa es lógica. Tanto una como otra exigen el deslindamiento por nacionalidades. Tanto una como otra presuponen la organización por nacionalidades. La analogía es indudable. La única diferencia es que allí se deslinda la población en general, y aquí a los obreros socialdemócratas.

Sabemos a qué conduce el deslindamiento de los obreros por nacionalidades. Desintegración del Partido obrero único, división de los sindicatos por nacionalidades, exacerbación de las fricciones nacionales, rompehuelgas nacionales, completa desmoralización dentro de las filas de la socialdemocracia: he ahí los frutos del federalismo en el terreno de la organización. La historia de la socialdemocracia en Austria y la actuación del Bund en Rusia lo atestiguan elocuentemente.

El único medio contra todo esto es la organización basada en los principios del internacionalismo.

La unión de los obreros de todas las nacionalidades de Rusia en colectividades *únicas e integras* en cada localidad y la unión de estas colectividades en un Partido *único*: he ahí la tarea.

De suyo se comprende que esta estructura del Partido no excluye, sino que presupone una amplia autonomía de las *regiones* dentro del Partido como un todo único.

La experiencia del Cáucaso pone de manifiesto toda la conveniencia de este tipo de organización. Si los caucasianos han logrado vencer los rozamientos nacionales entre los obreros armenios y tártaros, si han logrado poner a la población a salvo de matanzas y choques armados, si en Bakú, en este caleidoscopio de grupos nacionales, hoy son ya imposibles los choques de carácter nacional, si allí se ha conseguido incorporar a los obreros al cauce único de un potente movimiento, en todo ello ha desempeñado un papel considerable la estructura internacional de la socialdemocracia caucasiana.

El tipo de organización no influye solamente en el trabajo práctico. Imprime un sello indeleble a toda la vida espiritual del obrero. El obrero vive la vida de su organización; en ella se desarrolla espiritualmente y se educa. Por eso, al actuar dentro de su organización y encontrarse siempre allí con sus camaradas de otras nacionalidades, librando a su lado una lucha común bajo la dirección de la colectividad común, se va penetrando profundamente de la idea de que los obreros son, *ante todo*, miembros de una sola familia de clase, miembros del ejército único del socialismo. Y esto no puede por menos de tener una importancia educativa enorme para las grandes capas de la clase obrera.

Por eso, el tipo internacional de organización es una escuela de sentimientos de camaradería, una propaganda inmensa en favor del internacionalismo.

No ocurre así con la organización por nacionalidades. Organizados sobre la base de la nacionalidad, los obreros se encierran en sus cascarones nacionales, separándose unos de otros con barreras en el terreno de la organización. No se subraya lo que es *común* a los obreros, sino lo que diferencia a unos de otros. Aquí, el obrero es, *ante todo*, miembro de su nación: judío, polaco, etc. No es de extrañar que el federalismo *nacional* en la organización inculque a los obreros el espíritu del aislamiento nacional.

Por eso, el tipo nacional de organización es una escuela de estrechez nacional y de rutina.

Tenemos, pues, ante nosotros, dos tipos de organización distintos *por principio*: el tipo de la unión internacional y el del «deslindamiento» de los obreros por nacionalidades.

Hasta hoy, las tentativas que se han hecho para conciliar estos dos tipos de organización no han tenido éxito. Los estatutos conciliatorios de la socialdemocracia austriaca, elaborados en Wimberg en 1897, quedaron en el aire. El partido austriaco se fraccionó arrastrando tras de sí a los sindicatos. La «conciliación» no sólo resultó ser utópica, sino, además, nociva. Strasser tiene razón cuando afirma que «el separatismo obtuvo su primer triunfo en el Congreso de Wimberg del Partido»[139]. Otro tanto acontece en Rusia. La «conciliación» con el federalismo del Bund en el Congreso de Estocolmo acabó en una completa bancarrota. El Bund hizo fracasar el compromiso establecido en Estocolmo. Al día siguiente del Congreso de Estocolmo, el Bund se convirtió en un obstáculo para la unión de los obreros de cada localidad en una organización *única*, que englobase a los obreros de todas las nacionalidades. Y el Bund prosiguió aplicando tenazmente su táctica separatista, a pesar de que, tanto en 1907 como en 1908, la socialdemocracia de Rusia exigió repetidas

[139] Véase: J. Strasser, «Der Arbeiter und die Nation», 1912.

veces que fuese realizada por fin la unidad por la base entre los obreros de todas las nacionalidades[140]. Habiendo comenzado por la autonomía nacional en el terreno de la organización, el Bund pasó de hecho a la federación, para acabar en la completa ruptura, en el separatismo. Y, rompiendo con la socialdemocracia de Rusia, llevó a las filas de ésta la confusión y la desorganización. Basta recordar aunque no sea más que el caso de Jagiello[141].

Por eso, la senda de la «conciliación» debe ser descartada como utópica y nociva.

Una de dos: *o* el federalismo del Bund, y entonces la socialdemocracia de Rusia se reorganiza sobre los principios del «deslindamiento» de los obreros por nacionalidades; *o* el tipo internacional de organización, y entonces el Bund se reorganiza sobre los principios de la autonomía territorial, según el modelo de la socialdemocracia caucasiana, letona y polaca, abriendo el camino a la unificación directa de los obreros judíos con los obreros de las demás nacionalidades de Rusia.

No hay término medio: los principios vencen, los principios no se «concilian».

Tenemos, pues, *el principio de la unión internacional de los obreros como punto indispensable* para resolver la cuestión nacional.

Viena, enero de 1913.

Publicado por primera vez con la firma de K. Stalin en marzo-mayo de 1913, en los núms. 3-5 de la revista «Prosveschenie».

---

[140] Véanse los acuerdos de la IV Conferencia («III Conferencia de toda Rusia») del POSDR, que se celebró del 5 al 12 de noviembre de 1907, y los de la V Conferencia del POSDR («Conferencia de toda Rusia de 1908»), que tuvo lugar del 21 al 27 de diciembre de 1908 (3-9 de enero de 1909) (v. «El PC(b) de la URSS en las resoluciones y acuerdos de los Congresos y Conferencias y de los Plenos del CC»,parte 1, págs. 118 y 131, 6a ed. en ruso, 1940).

[141] E. I. Jagiello: miembro del Partido Socialista Polaco; fue elegido diputado en Varsovia a la IV Duma de Estado por el bloque del Bund y del Partido Socialista Polaco con los nacionalistas burgueses contra los socialdemócratas polacos. La minoría socialdemócrata de la Duma, por mayoría de votos de los mencheviques liquidadores (los siete diputados mencheviques) contra los 6 diputados bolcheviques, aprobó una resolución admitiendo a Jagiello en la minoría socialdemócrata.

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE LENIN

Discurso pronunciado en el II Congreso de los Soviets de la U.R.S.S.[142]

26 de enero de 1924

Camaradas: Nosotros, los comunistas, somos hombres de un temple especial. Estamos hechos de una trama especial. Nosotros formamos el ejército del gran estratega proletario, el ejército del camarada Lenin. No hay nada más alto que el honor de pertenecer a este ejército. No hay nada más alto que el título de miembro del Partido cuyo fundador y jefe es el camarada Lenin. No es dado a todos ser miembros de este Partido. No es dado a todos resistir los infortunios y las tempestades a que están expuestos los miembros de este Partido. Los hijos de la clase obrera, hijos de la miseria y de la lucha, hijos de privaciones inconcebibles y de esfuerzos heroicos; ellos son, ante todo, los que deben militar en este Partido. Por eso, el Partido de los leninistas, el Partido de los comunistas, se llama también el Partido de la clase obrera.

AL DEJARNOS, EL CAMARADA LENIN NOS LEGO QUE MANTUVIÉRAMOS EN ALTO Y CONSERVÁSEMOS INMACULADO EL GRAN TITULO DE MIEMBRO DEL PARTIDO. ¡TE JURAMOS, CAMARADA LENIN, QUE CUMPLIREMOS CON HONOR ESTE TU MANDAMIENTO!

Durante 25 años, el camarada Lenin forjó amorosamente nuestro Partido e hizo de él el Partido obrero más fuerte y mejor templado del mundo. Los golpes del zarismo y de sus esbirros, la rabia furiosa de la burguesía y de los terratenientes, los ataques armados de Kolchak y Denikin, la intervención armada de Inglaterra y de Francia, las mentiras y las calumnias del coro de la prensa burguesa; todos esos escorpiones se lanzaron constantemente contra nuestro Partido en el transcurso de cinco lustros. Pero nuestro Partido se mantenía como una roca, rechazando los innumerables golpes de sus enemigos y llevando a la clase obrera adelante, hacia la victoria. En duros combates forjó nuestro Partido la unidad y la cohesión de sus filas, y gracias a esta unidad y a esta cohesión, conquistó la victoria sobre los enemigos de la clase obrera.

AL DEJARNOS, EL CAMARADA LENIN NOS LEGO QUE CUIDÁRAMOS DE LA UNIDAD DE NUESTRO PARTIDO COMO DE LAS NIÑAS DE LOS OJOS. ¡TE JURAMOS, CAMARADA LENIN, QUE TAMBIÉN CUMPLIREMOS CON HONOR ESTE TU MANDAMIENTO!

Dura e insoportable es la vida de la clase obrera. Angustiosos y crueles son los sufrimientos de los trabajadores. Esclavos y esclavistas, siervos y señores, campesinos y terratenientes, obreros y capitalistas, oprimidos y opresores: así estuvo estructurado el mundo desde tiempos inmemoriales, y así lo está todavía en la inmensa mayoría de los países. Decenas y centenares de veces en el transcurso de los siglos intentaron los trabajadores librarse de sus opresores y hacerse dueños de su propio destino. Pero siempre, batidos y humillados, tuvieron que emprender la retirada, guardando en el fondo de su alma el dolor y la humillación, la desesperación y la ira, y levantando los ojos hacia el ignoto cielo, donde esperaban encontrar la salvación. Las cadenas de la esclavitud permanecían intactas o las viejas cadenas eran reemplazadas por otras nuevas, tan pesadas y ultrajantes. Sólo en nuestro país consiguieron las masas trabajadoras, oprimidas y aplastadas, sacudirse la dominación de los terratenientes y los capitalistas y establecer en su lugar la dominación de los obreros y los campesinos. Vosotros sabéis, camaradas, y hoy el mundo entero lo reconoce, que aquella lucha gigantesca fue dirigida por el camarada Lenin y por su Partido. Lenin es grande, ante todo, porque, al crear la República de los Soviets, mostró con hechos a las masas oprimidas

[142] El II Congreso de los Soviets de la U.R.S.S. se celebró en Moscú del 26 de enero al 2 de febrero de 1924. En la primera sesión del Congreso, consagrada a la memoria de V. I. Lenin, J. V. Stalin pronunció un discurso en el cual prestó, en nombre del Partido Bolchevique, el gran juramento de velar por el cumplimiento de los mandamientos de Lenin. Con motivo de la muerte de Lenin, el Congreso aprobó el mensaje «A la humanidad trabajadora». Para perpetuar la memoria de Lenin, el Congreso acordó editarlas Obras de Lenin, dar el nombre de Leningrado a Petrogrado, establecer un día de luto y levantar el Mausoleo de Lenin en la Plaza Roja de Moscú y monumentos en las capitales de las repúblicas federadas, así como en Leningrado y en Tashkent. El 31 de enero, el Congreso aprobó la primera Constitución (Ley Fundamental) de la U.R.S.S., redactada bajo la dirección de J. V. Stalin.

del mundo entero que la esperanza en la salvación no está perdida, que la dominación de los terratenientes y de los capitalistas no es eterna, que el reino del trabajo *puede* ser creado por los esfuerzos de los trabajadores mismos, que el reino del trabajo es preciso crearlo *en la tierra*, y no en el cielo. De esta manera, prendió en los corazones de los obreros y de los campesinos del mundo entero la esperanza de la liberación. Esto, precisamente, explica que el nombre de Lenin sea el nombre más querido por las masas trabajadoras y explotadas.

AL DEJARNOS, EL CAMARADA LENIN NOS LEGO QUE CONSERVÁRAMOS Y FORTALECIÉSEMOS LA DICTADURA DEL PROLETARIADO. ¡TE JURAMOS, CAMARADA LENIN, QUE NO ESCATIMAREMOS ESFUERZO PARA CUMPLIR TAMBIÉN CON HONOR ESTE TU MANDAMIENTO!

La dictadura del proletariado se creó en nuestro país sobre la base de la alianza de los obreros y los campesinos. Esta es la base primera y esencial de la República de los Soviets. Los obreros y los campesinos no habrían podido vencer a los capitalistas y a los terratenientes sin esa alianza. Los obreros no habrían podido derrotar a los capitalistas si no hubieran tenido el apoyo de los campesinos. Los campesinos no habrían podido derrotar a los terratenientes si no hubieran sido dirigidos por los obreros. Así lo evidencia toda la historia de la guerra civil en nuestro país. Pero la lucha por el fortalecimiento de la República de los Soviets está lejos de haber concluido: únicamente ha tomado una nueva forma. Antes, la alianza de los obreros y los campesinos revestía la forma de alianza militar, porque iba dirigida contra Kolchak y Denikin. Ahora, la alianza de los obreros y los campesinos debe tomar la forma de una colaboración económica entre la ciudad y el campo, entre los obreros y los campesinos, porque esta alianza va dirigida contra el comerciante y el kulak, porque su fin es que los campesinos y los obreros se abastezcan recíprocamente de todo lo necesario. Vosotros sabéis que nadie luchó con tanto tesón como el camarada Lenin por llevar a cabo esta tarea.

AL DEJARNOS, EL CAMARADA LENIN NOS LEGO QUE FORTALECIÉSEMOS CON TODAS NUESTRAS ENERGÍAS LA ALIANZA DE LOS OBREROS Y CAMPESINOS. ¡TE JURAMOS, CAMARADA LENIN, QUE TAMBIÉN CUMPLIREMOS CON HONOR ESTE TU MANDAMIENTO!

La segunda base de la República de los Soviets es la alianza de los trabajadores de las diferentes nacionalidades de nuestro país. Rusos y ucranianos, bashkires y bielorrusos, georgianos y azerbaídzhanos, armenios y daguestanos, tártaros y kirguires, uzbecos y turcomanos, todos están interesados por igual en el fortalecimiento de la dictadura del proletariado. No sólo la dictadura del proletariado libra a estos pueblos de las cadenas y de la opresión; estos pueblos, con su fidelidad sin reservas a la República de los Soviets y su disposición a sacrificarse por ella, preservan a nuestra República de los Soviets de las maquinaciones e intentonas de los enemigos de la clase obrera. Por eso, el camarada Lenin nos hablaba incesantemente de la necesidad de la alianza voluntaria entre los pueblos de nuestro país, de la necesidad de su colaboración fraternal dentro del marco de la Unión de Repúblicas.

AL DEJARNOS, EL CAMARADA LENIN NOS LEGO QUE FORTALECIÉRAMOS Y EXTENDIÉSEMOS LA UNIÓN DE REPÚBLICAS. ¡TE JURAMOS, CAMARADA LENIN, QUE TAMBIÉN CUMPLIREMOS CON HONOR ESTE TU MANDAMIENTO!

La tercera base de la dictadura del proletariado reside en nuestro Ejército Rojo y en nuestra Flota Roja. Más de una vez nos repitió Lenin que la tregua que hemos arrancado a los Estados capitalistas puede ser de corta duración. Lenin nos indicó reiteradas veces que el fortalecimiento del Ejército Rojo y su perfeccionamiento constituyen una de las tareas más importantes de nuestro Partido. Los acontecimientos relacionados con el ultimátum de Curzon y con la crisis en Alemania[143] han confirmado una vez más que Lenin tenía, como siempre, razón. Juremos, pues, camaradas, que no escatimaremos fuerzas para robustecer nuestro Ejército Rojo y nuestra Flota Roja.

Nuestro país se yergue como una roca formidable en medio del océano de los Estados burgueses. Las olas se abaten una tras otra sobre él, amenazando con hundirlo y barrerlo. Pero la roca se mantiene inconmovible. ¿En qué reside su fuerza? No sólo en que nuestro país descansa sobre la alianza de los obreros y los campesinos, en que encarna la alianza de nacionalidades libres y está defendido por el potente brazo del Ejército Rojo y de la Flota Roja. La fuerza de nuestro país, su potencia y su solidez residen en la profunda simpatía y en el apoyo inquebrantable que encuentra en los corazones de los obreros y campesinos del mundo entero. Los obreros

[143] Se alude a la crisis económica y política de 1923 en Alemania. En el país se desarrolló un movimiento revolucionario de masas, como resultado del cual fueron formados gobiernos obreros en Sajonia y en Turingia y tuvo lugar en Hamburgo una insurrección armada. Después de aplastado el movimiento revolucionario en Alemania; se acentuó la reacción burguesa en toda Europa, así como el peligro de una nueva intervención contra la República Soviética.

y campesinos del mundo entero quieren que perdure la República de los Soviets, flecha lanzada por la mano firme del camarada Lenin en el campo enemigo, apoyo de sus esperanzas de liberarse de la opresión y de la explotación, faro seguro que les indica el camino de la liberación. Quieren que perdure y no permitirán a los terratenientes y a los capitalistas que la destruyan. En ello reside nuestra fuerza, En ello reside la fuerza de los trabajadores de todos los países. En ello reside también la debilidad de la burguesía del mundo entero.

Lenin nunca consideró a la República de los Soviets un fin en sí. Siempre la consideró un eslabón indispensable para reforzar el movimiento revolucionario en los países del Occidente y del Oriente, un eslabón indispensable para facilitar la victoria de los trabajadores del mundo entero sobre el capital. Lenin sabía que tal concepción es la única acertada, no sólo desde el punto de vista internacional, sino también desde el punto de vista del mantenimiento de la República de los Soviets misma. Lenin sabia que sólo así se puede inflamar el corazón de los trabajadores del mundo entero para las batallas decisivas por su liberación. Por eso, Lenin, el más genial entre los jefes geniales del proletariado, sentó, al día siguiente de la instauración de la dictadura del proletariado, los cimientos de la Internacional de los obreros. Por eso no se cansaba de ensanchar y de fortalecer la unión de los trabajadores del mundo entero: la Internacional Comunista.

En estos últimos días habéis visto la peregrinación de decenas y centenares de miles de trabajadores, que han desfilado ante el féretro del camarada Lenin. Dentro de algún tiempo veréis la peregrinación a su tumba de representantes de millones de trabajadores. Podéis estar seguros de que, a los representantes de millones de trabajadores, seguirán después los representantes de decenas y centenares de millones de trabajadores de todos los confines del mundo, para atestiguar que Lenin fue el jefe, no sólo del proletariado ruso, no sólo de los obreros europeos, no sólo de los trabajadores de las colonias del Oriente, sino de todos los trabajadores del globo terrestre.

AL DEJARNOS, EL CAMARADA LENIN NOS LEGO QUE PERMANECIÉSEMOS FIELES A LOS PRINCIPIOS DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA. ¡TE JURAMOS, CAMARADA LENIN, QUE NO REGATEAREMOS NUESTRA VIDA PARA FORTALECER Y EXTENDER LA UNIÓN DE LOS TRABAJADORES DEL MUNDO ENTERO: LA INTERNACIONAL COMUNISTA!

Publicado el 30 enero de 1924 en el núm. 23 de «Pravda».

LENIN

Discurso pronunciado en una velada de los alumnos de la escuela militar del Kremlin

28 de enero de 1924

Camaradas: Me comunicaron que habíais organizado una velada en memoria de Lenin y que estaba invitado como uno de los informantes. Considero que no es preciso hacer una exposición sistematizada de las actividades de Lenin. Creo que sería mejor circunscribirse a relatar varios hechos que subrayan ciertas particularidades de Lenin como hombre y como político. Quizás no haya relación interna entre estos hechos, pero eso no puede ser óbice para que os hagáis una idea general de Lenin. Sea como fuere, en este momento no puedo daros más de lo que acabo de prometer.

El águila de las montañas

Conocí a Lenin en 1903. Por cierto, este conocimiento no fue personal. Nos conocimos por correspondencia. Pero ello me produjo una impresión indeleble, que no se ha desvanecido en todo el tiempo que llevo trabajando en el Partido. Me encontraba entonces en Siberia, deportado. Al conocer la actuación revolucionaria de Lenin en los últimos años del siglo XIX y, sobre todo, después de 1901, después de la publicación de «Iskra»[144], me convencí de que teníamos en él a un hombre extraordinario. No era entonces, a mis ojos un simple jefe del Partido; era su verdadero creador, porque sólo él comprendía la naturaleza interna y las necesidades imperiosas de nuestro Partido. Cuando lo comparaba con los demás dirigentes de nuestro Partido, me parecía siempre que los compañeros de lucha de Lenin -Plejánov, Mártov, Axelrod y otros- estaban a cien codos por debajo de él; que Lenin, en comparación con ellos, no era simplemente un dirigente, sino un dirigente de tipo superior, un águila de las montañas, al que era ajeno el miedo en la lucha y que llevaba audazmente el Partido hacia adelante, por los caminos inexplorados del movimiento revolucionario ruso. Esta impresión había calado tan hondo en mi alma, que sentí la necesidad de escribir de ello a un amigo íntimo, emigrado entonces en el extranjero, pidiéndole su opinión. Al cabo de algún tiempo, cuando ya me encontraba deportado en Siberia -era a fines de 1903-, recibí una contestación entusiasta de mi amigo y, acompañándola, una carta sencilla, pero de profundo contenido, escrita por Lenin, a quien mi amigo había dado a conocer mi carta. La esquela de Lenin era relativamente corta, pero contenía una crítica audaz, una crítica valiente de la labor práctica de nuestro Partido, así como una exposición magníficamente clara y concisa de todo el plan de trabajo del Partido para el período próximo. Sólo Lenin sabía escribir sobre las cuestiones más complejas con tanta sencillez y claridad, con tanta concisión y audacia; en él, cada palabra, más que palabra, es un disparo. Esta esquela sencilla y audaz me reafirmó en el convencimiento de que en Lenin tenía nuestro Partido un águila de las montañas. No puedo perdonarme el haber quemado aquella carta de Lenin, lo mismo que muchas otras, siguiendo mi costumbre de viejo revolucionario clandestino.

De entonces datan mis relaciones con Lenin.

La modestia

Vi por primera vez a Lenin en diciembre de 1905, en la Conferencia bolchevique de Tammerfors (Finlandia). Esperaba ver al águila de las montañas, al gran hombre de nuestro Partido, a un hombre no sólo grande desde el punto de vista político, sino también, si queréis, desde el punto de vista físico, porque me imaginaba a Lenin como a un gigante apuesto e imponente. Cuál no sería mi decepción, cuando vi a un hombre de lo más corriente, de talla inferior a la media y que no se diferenciaba en nada, absolutamente en nada, de los demás mortales...

Es costumbre que los «grandes hombres» lleguen tarde a las reuniones, para que los asistentes esperen su aparición con el corazón en suspenso; además, cuando va a aparecer el «gran hombre», los reunidos se advierten: -«¡Chist…, silencio..., ahí viene!». Este ceremonial no me parecía superfluo, pues impone, inspira respeto. Cuál no sería mi decepción, cuando supe que Lenin había llegado a la reunión antes que los delegados y que, metido en un rincón, platicaba del modo más sencillo y natural con los delegados más sencillos de la Conferencia. No oculto que esto me pareció entonces una infracción de ciertas normas imprescindibles.

[144] «Iskra» («La Chispa»): primer periódico marxista clandestino para toda Rusia; fue fundado por V. I. Lenin en diciembre de 1900 en el extranjero, de donde se introducía clandestinamente en Rusia.

Sólo más tarde comprendí que esta sencillez y esta modestia de Lenin, este deseo de pasar inadvertido o, en todo caso, de no llamar la atención, de no subrayar su alta posición, que este rasgo constituía una de las mayores virtudes de Lenin como jefe nuevo de las masas nuevas, de las sencillas y corrientes masas de las «capas bajas» más profundas de la humanidad.

La fuerza de la lógica

Admirables fueron los dos discursos que Lenin pronunció en esta Conferencia: sobre el momento y sobre la cuestión agraria. Por desgracia no se han conservado. Fueron unos discursos inspirados, que arrebataron de clamoroso entusiasmo a toda la Conferencia. La extraordinaria fuerza de convicción, la sencillez y la claridad de los argumentos, las frases breves e inteligibles para todos, la falta de afectación, de gestos aparatosos y de frases efectistas, dichas para producir impresión, todo ello distinguía favorablemente los discursos de Lenin de los discursos de los oradores «parlamentarios» habituales.

.Pero no fue este aspecto de los discursos de Lenin lo que me cautivó entonces. Me subyugó la fuerza invencible de su lógica, que, si bien era algo seca, dominaba al auditorio, lo electrizaba poco a poco y después, como suele decirse, hacía que se le rindiera incondicionalmente. Recuerdo que muchos de los delegados decían: «La lógica en los discursos de Lenin es como unos tentáculos irresistibles que le atenazan a uno por todos lados y de los que no hay modo de zafarse: hay que rendirse o disponerse a sufrir un fracaso rotundo».

Creo que esta particularidad de los discursos de Lenin es el lado más fuerte de su arte oratorio.

Sin lloriqueos

Vi a Lenin por segunda vez en 1906, en el Congreso de Estocolmo de nuestro Partido[145]. Es sabido que en este Congreso los bolcheviques quedaron en minoría y sufrieron una derrota. Por vez primera vi a Lenin en el papel de vencido. No se parecía ni en un ápice a esos jefes que, después de una derrota, lloriquean y se desaniman. Al contrario, la derrota convirtió a Lenin en la personificación de la energía, que impulsaba a sus partidarios a nuevos combates, a la victoria futura. He dicho la derrota de Lenin. Pero ¿qué derrota fue aquélla? Había que ver a los adversarios de Lenin, a los vencedores del Congreso de Estocolmo, a Plejánov, a Axelrod, a Mártov y a los demás: se parecían muy poco a verdaderos vencedores, porque Lenin, con su crítica implacable del menchevismo, no les dejó, como suele decirse, hueso sano. Me acuerdo de que nosotros, los delegados bolcheviques, agrupándonos en torno suyo, mirábamos a Lenin, pidiéndole consejo. Los discursos de algunos delegados dejaban traslucir el cansancio, el desaliento. Me acuerdo que Lenin, contestando a aquellos discursos, dijo mordaz, entre dientes: «No lloriqueéis, camaradas; venceremos sin duda alguna, porque tenemos razón». Del odio a los intelectuales llorones, de la fe en las fuerzas propias, de la fe en la victoria: de esto nos habló entonces Lenin. Se advertía que la derrota de los bolcheviques era pasajera, que los bolcheviques habían de vencer en un porvenir próximo.

«No lloriquear en caso de derrota»: éste es el rasgo peculiar de la actividad de Lenin que le ayudó a agrupar en torno suyo un ejército incondicionalmente fiel a la causa y con fe en sus propias fuerzas.

Sin presunción

En el Congreso siguiente, celebrado en Londres[146] en 1907, fueron los bolcheviques quienes salieron vencedores. Entonces vi por primera vez a Lenin en el papel de vencedor. Generalmente, la victoria embriaga a cierta clase de jefes, los llena de vanidad, los hace presuntuosos. En tales casos, se ponen las más de las veces a cantar victoria y se duermen en los laureles. Pero Lenin no se parecía ni en un ápice a esta clase de jefes. Al contrario, precisamente después de la victoria ponía de manifiesto una vigilancia y una prudencia particulares. Recuerdo que Lenin repetía entonces con insistencia a los delegados: «Lo primero es no dejarse deslumbrar por la victoria y no envanecerse de ella; lo segundo, consolidar el éxito obtenido; lo tercero, rematar al enemigo, porque sólo está batido y dista aún mucho de haber sido rematado». Se burlaba, mordaz, de los delegados que afirmaban, a la ligera: «Se ha acabado para siempre con los mencheviques», Al él le fue fácil demostrar que los mencheviques tenían todavía raíces en el movimiento obrero y que había que combatirlos con habilidad, evitando por todos los medios la sobreestimación de las fuerzas propias y, sobre todo, el menosprecio de las fuerzas del enemigo.

«No envanecerse de la victoria»: éste es el rasgo peculiar del carácter de Lenin que le permitía medir con ponderación las fuerzas del enemigo y poner al Partido a salvo de cualquier eventualidad.

La fidelidad a los principios

Los jefes de un partido no pueden menospreciar la opinión de la mayoría de su partido. La mayoría es una fuerza que un jefe no puede dejar de tener en cuenta. Lenin lo comprendía tan bien como cualquier otro dirigente del Partido. Pero Lenin nunca fue

[145] El Congreso de Estocolmo o IV Congreso del POSDR (llamado también «Congreso de Unificación») se celebró del 10 al 25 de abril (del 23 de abril al 8 de mayo) de 1906.

[146] El V Congreso (Congreso de Londres) del POSDR se celebró del 30 de abril al 19 de mayo (del 13 de mayo al 1 de junio) de 1907.

prisionero de la mayoría, sobre todo cuando la mayoría no se apoyaba en una base de principios. Hubo momentos en la historia de nuestro Partido en los que la opinión de la mayoría o los intereses momentáneos del Partido chocaban con los intereses fundamentales del proletariado. En tales casos, Lenin, sin vacilar, se ponía resueltamente al lado de los principios, en contra de la mayoría del Partido. Es más; en tales casos no temía luchar, literalmente, solo contra todos, estimando, como decía a menudo, que «una política de principios es la única política acertada».

A este respecto, son particularmente característicos los dos hechos siguientes:

Primer hecho. Período de 1909-1911, cuando el Partido, derrotado por la contrarrevolución, estaba en plena disgregación. Era un período de falta de fe en el Partido, un período en que no sólo los intelectuales, sino también parte de los obreros, desertaban en masa del Partido, un período en que se rechazaba toda actividad clandestina, un período de liquidacionismo y desmoronamiento. No sólo los mencheviques, sino también los bolcheviques, estaban divididos entonces en numerosas fracciones y tendencias, en su mayoría desvinculadas del movimiento obrero. Es sabido que fue precisamente en aquel período cuando nació la idea de liquidar por completo las actividades clandestinas del Partido y organizar a los obreros en un partido legal, liberal-stolipiniano. Lenin fue entonces el único que no se dejó ganar por el contagio general y que mantuvo en alto la bandera de la lucha en pro del Partido, reuniendo con una paciencia asombrosa, con un tesón sin precedentes, las fuerzas del Partido, dispersas y deshechas, combatiendo todas las tendencias hostiles al Partido en el seno del movimiento obrero, defendiendo el Partido con un valor extraordinario y una perseverancia inaudita.

Es sabido que, más tarde, Lenin salió vencedor de aquella lucha por el Partido.

Segundo hecho. Período de 1914-1917, en plena guerra imperialista, cuando todos los partidos socialdemócratas y socialistas, o casi todos, llevados por la embriaguez patriotera general, se habían puesto al servicio del imperialismo de sus respectivos países. Era el período en que la II Internacional inclinaba sus banderas ante el capital, en que incluso hombres como Plejánov, Kautsky, Guesde, etc. no resistieron a la oleada de chovinismo. Lenin fue entonces el único, o casi el único, que emprendió la lucha decidida contra el socialchovinismo y el socialpacifismo, puso al desnudo la traición de los Guesde y de los Kautsky y estigmatizó la actitud equívoca de los «revolucionarios» que nadaban entre dos aguas. Lenin comprendía que sólo le seguía una minoría insignificante, pero esto no tenía para él una importancia decisiva, porque sabía que la única política acertada, a la que pertenece el porvenir, es la del internacionalismo consecuente; porque sabía que una política de principios es la única política acertada.

Sabido es que también en aquella lucha por una nueva Internacional, Lenin resultó vencedor.

«Una política de principios es la única política acertada»: ésta es precisamente la fórmula que ayudaba a Lenin a tomar por asalto nuevas posiciones «inexpugnables», ganando para el marxismo revolucionario a los mejores elementos del proletariado.

La fe en las masas

Los teóricos y los jefes de partido que conocen la historia de los pueblos y que han estudiado detalladamente, desde el principio hasta el fin, la historia de las revoluciones, padecen a veces una enfermedad indecorosa. Esta enfermedad se llama temor a las masas, falta de fe en la capacidad creadora de las masas. A veces, esa enfermedad origina cierta actitud aristocrática de los jefes hacía las masas, poco iniciadas en la historia de las revoluciones, pero llamadas a destruir lo viejo y a construir lo nuevo. El temor a que los elementos puedan desencadenarse, a que las masas puedan «hacer demasiados estropicios», el deseo de representar el papel de ayas que se esfuerzan por instruir a las masas de un modo libresco, pero que no quieren aprender de las masas; tal es el fondo de semejante actitud aristocrática.

Lenin era la antítesis de semejantes jefes. No conozco a ningún revolucionario que haya tenido una fe tan profunda en las fuerzas creadoras del proletariado y en el acierto revolucionario de su instinto de clase como la que tenía Lenin. No conozco a ningún revolucionario que haya sabido flagelar tan implacablemente a los presuntuosos críticos del «caos de la revolución», y de la «bacanal de los actos arbitrarios de las masas» como los flagelaba Lenin. Recuerdo que, en una conversación, Lenin replicó sarcásticamente a un camarada, que había dicho que «después de la revolución debía establecerse un orden normal»: «Malo es que quienes desean ser revolucionarios olviden que el orden más normal en la historia es el orden de la revolución».

De aquí su desdén hacia todos los que miraban a las masas por encima del hombro e intentaban instruirlas de un modo libresco. Por eso, Lenin enseñaba incansablemente que había que aprender de las masas, comprender el sentido de sus acciones, estudiar atentamente la experiencia práctica de su lucha.

La fe en las fuerzas creadoras de las masas: tal era el rasgo peculiar de la actividad de Lenin que le permitía comprender el sentido del movimiento espontáneo de las masas y orientarlo por el cauce de la revolución proletaria.

El genio de la revolución

Lenin había nacido para la revolución. Fue realmente el genio de los estallidos revolucionarios y el gran maestro en el arte de la dirección revolucionaria. Nunca se sentía tan a gusto, tan contento, como en la época de las conmociones revolucionarias. Con esto no quiero decir, de ninguna manera, que Lenin aprobaba toda conmoción revolucionaria o que se pronunciara siempre y en cualquier circunstancia a favor de los estallidos revolucionarios. De ningún modo. Quiero decir solamente que nunca la clarividencia genial de Lenin se manifestaba con tanta plenitud, con tanta precisión, como durante los estallidos revolucionarios. En los días de virajes revolucionarios, parecía literalmente, un hombre nuevo, se convertía en un vidente, intuía el movimiento de las clases y los zigzags probables de la revolución, como si los leyese en la palma de la mano. Con razón se decía en el Partido: «Ilích sabe nadar entre las olas de la revolución como el pez en el agua».

De aquí la «asombrosa» *claridad* de las consignas tácticas de Lenin y la «vertiginosa» *audacia* de sus planes revolucionarios.

Me vienen a la memoria dos hechos que subrayan particularmente esta peculiaridad de Lenin.

Primer hecho. Período en vísperas de la Revolución de Octubre, cuando millones de obreros, campesinos y soldados, empujados por la crisis en la retaguardia y en el frente, exigían la paz y la libertad; cuando el generalato y la burguesía preparaban una dictadura militar para hacer la «guerra hasta el fin»; cuando toda la sedicente «opinión pública» y todos los sedicentes «partidos socialistas» estaban contra los bolcheviques y los calificaban de «espías alemanes»; cuando Kerenski intentaba hundir al Partido Bolchevique en la ilegalidad y ya lo había conseguido en parte; cuando los ejércitos, todavía poderosos y disciplinados, de la coalición austro-alemana se alzaban frente a nuestros ejércitos cansados y en estado de descomposición, y los «socialistas» de la Europa Occidental seguían, tranquilamente, en bloque con sus gobiernos, para hacer «la guerra hasta la victoria completa».

¿Qué significaba desencadenar una insurrección en aquel momento? Desencadenar una insurrección en tales condiciones, era jugárselo todo. Pero Lenin no temía el riesgo, porque sabía y veía con su mirada clarividente que la insurrección era inevitable, que la insurrección vencería, que la insurrección en Rusia prepararía el final de la guerra imperialista, que la insurrección en Rusia pondría en movimiento a las masas exhaustas del Occidente, que la insurrección en Rusia transformaría la guerra imperialista en guerra civil, que de esta insurrección nacería la República de los Soviets, que la República de los Soviets serviría de baluarte al movimiento revolucionario en el mundo entero.

Sabido es que aquella previsión revolucionaria de Lenin había de cumplirse con una exactitud sin igual.

Segundo hecho. Primeros días después de la Revolución de Octubre, cuando el Consejo de Comisarios del Pueblo intentaba obligar al faccioso general Dujonin, el Comandante en Jefe, a suspender las hostilidades y entablar negociaciones con los alemanes a fin de concertar un armisticio. Recuerdo como Lenin, Krilenko (el futuro Comandante en Jefe) y yo fuimos al Estado Mayor Central, en Petrogrado, para ponernos en comunicación con Dujonin por cable directo. Era un momento angustioso. Dujonin y el Cuartel General se habían negado categóricamente a cumplir la orden del Consejo de Comisarios del Pueblo. Los mandos del ejército se encontraban enteramente en manos del Cuartel General. En cuanto a los soldados, se ignoraba lo que diría aquel ejército de catorce millones de hombres, subordinado a las llamadas organizaciones del ejército, que eran hostiles al Poder de los Soviets. En el mismo Petrogrado, como es sabido, se gestaba entonces la insurrección de los cadetes. Además, Kerenski avanzaba en tren de guerra sobre Petrogrado. Recuerdo que, después de un momento de silencio junto al aparato, el rostro de Lenin se iluminó de una luz extraordinaria. Se veía que Lenin había tomado ya una decisión. «Vamos a la emisora de radio -dijo Lenin-; nos prestará un buen servicio: destituiremos, por orden especial, al general Dujonin, nombraremos Comandante en Jefe al camarada Krilenko y nos dirigiremos a los soldados por encima de los mandos, exhortándoles a aislar a los generales, a cesar las hostilidades, a entrar en contacto con los soldados austro-alemanes y a tomar la causa de la paz en sus propias manos».

Era un «salto a lo desconocido». Pero Lenin no tenía miedo a aquel «salto»; al contrario, iba derecho a él, porque sabía que el ejército quería la paz y que la conquistaría barriendo todos los obstáculos puestos en su camino, porque sabía que aquel modo de establecer la paz impresionaría, sin duda alguna, a los soldados austro-alemanes y daría rienda suelta al anhelo de paz en todos los frentes, sin excepción.

Es sabido que también esta previsión revolucionaria de Lenin había de cumplirse con toda exactitud.

Clarividencia genial, capacidad de aprehender y adivinar rápidamente el sentido interno de los acontecimientos que se avecinaban: éste era el rasgo peculiar de Lenin que le permitía elaborar una estrategia acertada y una línea de conducta clara en los virajes del movimiento revolucionario.

Publicado el 12 de febrero de 1924 en el núm. 34 de «Pravda».

LOS FUNDAMENTOS DEL LENINISMO

Conferencias pronunciadas en la Universidad Sverdlov[147]

A la promoción leninista

J. Stalin

Los fundamentos del leninismo: el tema es vasto. Para agotarlo, haría falta un libro entero. Más aún: haría falta toda una serie de libros. Por eso es natural que mis conferencias no puedan ser consideradas como una exposición completa del leninismo. Serán tan sólo, en el mejor de los casos, un resumen sucinto de los fundamentos del leninismo. No obstante, estimo útil hacer este resumen, a fin de ofrecer algunos puntos fundamentales de partida, necesarios para estudiar con fruto el leninismo.

Exponer los fundamentos del leninismo no es aún exponer los fundamentos de la concepción del mundo de Lenin. La concepción del mundo de Lenin y los fundamentos del leninismo no son, por su volumen, una y la misma cosa. Lenin es marxista, y la base de su concepción del mundo es, naturalmente, el marxismo. Pero de esto no se desprende, en modo alguno, que la exposición del leninismo deba comenzar por la de los fundamentos del marxismo. Exponer el leninismo es exponer lo que hay de peculiar y de nuevo en las obras de Lenin, lo aportado por Lenin al tesoro general del marxismo y lo que está asociado a su nombre de modo natural. Sólo en este sentido hablaré en mis Conferencias de los fundamentos del leninismo.

¿Qué es, pues, el leninismo?

Unos dicen que el leninismo es la aplicación del marxismo a las condiciones peculiares de la situación rusa. Esta definición contiene una parte de verdad, pero dista mucho de encerrarla toda. En efecto, Lenin aplicó el marxismo a la realidad de Rusia, y lo aplicó magistralmente. Pero si el leninismo no fuese más que la aplicación del marxismo a la situación peculiar de Rusia, el leninismo sería un fenómeno pura y exclusivamente nacional, pura y exclusivamente ruso. Sin embargo, sabernos que el leninismo es un fenómeno internacional, que tiene raíces en todo el desarrollo internacional, y no un fenómeno exclusivamente ruso. Por eso, yo entiendo que esa definición peca de unilateral.

Otros dicen que el leninismo es la resurrección de los elementos revolucionarios del marxismo de la década del 40 del siglo pasado, a diferencia del marxismo de años posteriores, que, según ellos, se hizo moderado y dejó de ser revolucionario. Si pasamos por alto esa división necia y vulgar de la doctrina de Marx en dos partes, una revolucionaria y otra moderada, hay que reconocer que incluso esa definición, íntegramente defectuosa e insatisfactoria, tiene un algo de verdad. Ese algo de verdad consiste en que Lenin resucitó, efectivamente, el contenido revolucionario del marxismo, enterrado por los oportunistas de la II Internacional. Pero esto no es más que un algo de verdad. La verdad entera del leninismo es que no sólo hizo renacer el marxismo, sino que dio un paso adelante, prosiguiendo el desarrollo del marxismo bajo las nuevas condiciones del capitalismo y de la lucha de clase del proletariado.

¿Qué es, pues, en fin de cuentas, el leninismo?

El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. O más exactamente: el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general, la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular. Marx y Engels actuaron en el período prerrevolucionario (nos referimos a la revolución proletaria), cuando aún no había un imperialismo desarrollado, en un período de preparación de los proletarios para la revolución, en el período en que la revolución proletaria no era aún directa y prácticamente inevitable. En cambio, Lenin, discípulo de Marx y de Engels, actuó en el período del imperialismo desarrollado, en el período en que se despliega la revolución proletaria, cuando la revolución proletaria ha triunfado ya en un país, ha destruído la democracia burguesa y ha inaugurado la era de la democracia proletaria, la era de los Soviets.

Por eso el leninismo es el desarrollo ulterior del marxismo.

Suele destacarse el carácter extraordinariamente combativo y extraordinariamente revolucionario del leninismo. Esto es muy cierto. Pero esta particularidad del leninismo se debe a dos causas: en

---

[147] Las conferencias de J. V. Stalin «Los fundamentos del leninismo» fueron publicadas en «Pravda»en abril y mayo de 1924. En mayo de 1924 apareció el folleto de J. V. Stalin «Acerca de Lenin y el leninismo», en el que figuraban su discurso titulado «Lenin» y las conferencias «Los fundamentos del leninismo».

primer lugar, a que el leninismo brotó de la entraña de la revolución proletaria, cuyo sello no puede por menos de ostentar; en segundo lugar, a que se desarrolló y se fortaleció en las batallas contra el oportunismo de la II Internacional, combatir al cual ha sido y sigue siendo una premisa necesaria para luchar con éxito contra el capitalismo. No hay que olvidar que entre Marx y Engels, de una parte, y Lenin, de otra, media todo un período de dominio indiviso del oportunismo de la II Internacional, la lucha implacable contra el cual no podía menos de ser una de las tareas más importantes del leninismo.

I. Las raíces históricas del leninismo

El leninismo se desarrolló y se formó bajo el imperialismo, cuando las contradicciones del capitalismo habían llegado ya a su grado extremo, cuando la revolución proletaria se había convertido ya en una cuestión de la actividad práctica inmediata, cuando el antiguo período de preparación de la clase obrera para la revolución había llegado a su tope, cediendo lugar a un nuevo período, al período de asalto directo del capitalismo.

Lenin llamó al imperialismo «capitalismo agonizante». ¿Por qué? Porque el imperialismo lleva las contradicciones del capitalismo a su último límite, a su grado extremo, más allá del cual empieza la revolución. Entre estas contradicciones, hay tres que deben ser consideradas como las más importantes.

La primera contradicción es la existente entre el trabajo y el capital. El imperialismo es la omnipotencia de los trusts y de los sindicatos monopolistas, de los bancos y de la oligarquía financiera de los países industriales. En la lucha contra esta fuerza omnipotente, los métodos habituales de la clase obrera -los sindicatos y las cooperativas, los partidos parlamentarios y la lucha parlamentaria- resultan absolutamente insuficientes. Una de dos: u os entregáis a merced del capital, vegetáis a la antigua y os hundís cada vez más, o empuñáis un arma nueva: así plantea la cuestión el imperialismo a las masas de millones de proletarios. El imperialismo lleva a la clase obrera al umbral de la revolución.

La segunda contradicción es la existente entre los distintos grupos financieros y las distintas potencias imperialistas en su lucha por las fuentes de materias primas, por territorios ajenos. El imperialismo es la exportación de capitales a las fuentes de materias primas, la lucha furiosa por la posesión monopolista de estas fuentes, la lucha por un nuevo reparto del mundo ya repartido, lucha mantenida con particular encarnizamiento por los nuevos grupos financieros y por las nuevas potencias, que buscan «un lugar bajo el sol», contra los viejos grupos y las viejas potencias, tenazmente aferrados a sus conquistas. La particularidad de esta lucha furiosa entre los distintos grupos de capitalistas es que entraña como elemento inevitable las guerras imperialistas, guerras por la conquista de territorios ajenos. Esta circunstancia tiene, a su vez, la particularidad de que lleva al mutuo debilitamiento de los imperialistas, quebranta las posiciones del capitalismo en general, aproxima el momento de la revolución proletaria y hace de esta revolución una necesidad práctica.

La tercera contradicción es la existente entre un puñado de naciones «civilizadas» dominantes y centenares de millones de hombres de las colonias y de los países dependientes. El imperialismo es la explotación más descarada y la opresión más inhumana de centenares de millones de habitantes de las inmensas colonias y países dependientes. Extraer superbeneficios: tal es el objetivo de esta explotación y de esta opresión. Pero, al explotar a esos países, el imperialismo se ve obligado a construir en ellos ferrocarriles, fábricas, centros industriales y comerciales. La aparición de la clase de los proletarios, la formación de una intelectualidad del país, el despertar de la conciencia nacional y el incremento del movimiento de liberación son resultados inevitables de esta «política». El incremento del movimiento revolucionario en todas las colonias y en todos los países dependientes, sin excepción, lo evidencia de modo palmario. Esta circunstancia es importante para el proletariado, porque mina de raíz las posiciones del capitalismo, convirtiendo a las colonias y a los países dependientes, de reservas del imperialismo, en reservas de la revolución proletaria.

Tales son, en términos generales, las contradicciones principales del imperialismo, que han convertido el antiguo capitalismo «floreciente» en capitalismo agonizante.

La importancia de la guerra imperialista desencadenada hace diez años estriba, entre otras cosas, en que juntó en un haz todas estas contradicciones y las arrojó sobre la balanza, acelerando y facilitando con ello las batallas revolucionarias del proletariado.

Dicho en otros términos: el imperialismo no sólo ha hecho que la revolución sea prácticamente inevitable, sino que se hayan creado las condiciones favorables para el asalto directo a la fortaleza del capitalismo.

Tal es la situación internacional que ha engendrado al leninismo.

Todo eso está bien, se nos dirá; pero ¿qué tiene que ver con esto Rusia, que no era ni podía ser el país Clásico del imperialismo? ¿Qué tiene que ver con esto Lenin, que actuó, ante todo, en Rusia y para Rusia? ¿Por qué fue precisamente Rusia el hogar del leninismo, la cuna de la teoría y de la táctica de la revolución proletaria?

Porque Rusia era el punto de convergencia de todas estas contradicciones del imperialismo.

Porque Rusia estaba preñada de revolución más

que ningún otro país del mundo, y eso hacía que sólo ella se hallase en estado de resolver estas contradicciones por vía revolucionaria.

Señalaremos en primer lugar que la Rusia zarista era un foco de todo género de opresión -capitalista, colonial y militar- en su forma más inhumana y más bárbara. ¿Quién ignora que, en Rusia, la omnipotencia del capital se fundía con el despotismo zarista; la agresividad del nacionalismo ruso, con las atrocidades del zarismo contra los pueblos no rusos; la explotación de zonas enteras -Turquía, Persia, China-, con la anexión de estas zonas por el zarismo, con las guerras anexionistas? Lenin tenía razón cuando decía que el zarismo era un «imperialismo militar-feudal». El zarismo era la condensación de los aspectos más negativos del imperialismo, elevados al cubo.

Además, la Rusia zarista no sólo era una importantísima reserva del imperialismo occidental porque habría sus puertas de par en par al capital extranjero, que tenía en sus manos ramas tan decisivas de la economía nacional de Rusia como los combustibles y la metalurgia, sino también porque podía poner al servicio de los imperialistas occidentales millones de soldados. Recordad el ejército ruso de catorce millones de hombres, que derramó su sangre en los frentes imperialistas para asegurar fabulosas ganancias a los capitalistas anglo-franceses.

Además, el zarismo no sólo era el perro de presa del imperialismo en el Oriente de Europa, sino también el agente del imperialismo occidental para exprimir de la población centenares de millones: los intereses de los empréstitos que el zarismo obtenía en París y en Londres, en Berlín y en Bruselas.

Finalmente, el zarismo era el aliado más fiel del imperialismo occidental en el reparto de Turquía, de Persia, de China, etc. ¿Quién ignora que el zarismo hacía la guerra imperialista aliado a los imperialistas de la Entente y que Rusia era un elemento esencial en esta guerra?

Por eso, los intereses del zarismo y del imperialismo occidental se entrelazaban y acababan fundiéndose en una sola madeja de intereses del imperialismo.

¿Acaso podía el imperialismo del Occidente resignarse a la pérdida de un puntal tan poderoso en el Oriente y de una fuente tan rica en fuerzas y en recursos, como era la vieja Rusia zarista y burguesa, sin poner a prueba todas sus fuerzas para sostener una lucha a muerte contra la revolución en Rusia, a fin de defender y conservar el zarismo? ¡Naturalmente que no!

Pero de aquí se desprende que quien quería golpear al zarismo, levantaba inevitablemente la mano contra el imperialismo; que quien se sublevaba contra el zarismo, tenía que sublevarse también contra el imperialismo, pues quien derrocara al zarismo, si en realidad no pensaba sólo en derribarlo, sino en acabar con él definitivamente, tenía que derrocar también al imperialismo. La revolución contra el zarismo se aproximaba de este modo a la revolución contra el imperialismo, a la revolución proletaria, y debía transformarse en ella.

Entretanto, en Rusia iba en ascenso la más grande de las revoluciones populares, a cuyo frente se hallaba el proletariado más revolucionario del mundo, un proletariado que disponía de un aliado tan importante como los campesinos revolucionarios de Rusia. ¿Hace falta, acaso, demostrar que una revolución así no podía quedarse a mitad de camino; que, en caso de triunfar, debía seguir adelante, enarbolando la bandera de la insurrección contra el imperialismo?

Por eso Rusia tenía que convertirse en el punto de convergencia de las contradicciones del imperialismo, no sólo porque en Rusia, precisamente, estas contradicciones se ponían de manifiesto con mayor facilidad a causa de su carácter tan escandaloso y tan intolerable, y no sólo porque Rusia era el puntal más importante del imperialismo occidental, el puntal que unía al capital financiero del Occidente con las colonias del Oriente, sino también porque solamente en Rusia existía una fuerza real capaz de resolver las contradicciones del imperialismo por vía revolucionaria.

Pero de esto se desprende que la revolución en Rusia no podía menos de ser proletaria, no podía menos de revestir, desde los primeros momentos de su desarrollo, un carácter internacional, y no podía, por tanto, menos de sacudir los cimientos mismos del imperialismo mundial.

¿Acaso los comunistas rusos podían, ante semejante estado de cosas, limitarse en su labor al marco estrechamente nacional de la revolución rusa? ¡Naturalmente que no! Por el contrario, toda La situación, tanto la interior (profunda crisis revolucionaria) como la exterior (la guerra), los empujaba a salirse en su labor de ese mareo, a llevar la lucha a la palestra internacional, a poner al desnudo las lacras del imperialismo, a demostrar el carácter inevitable de la bancarrota del capitalismo, a destrozar el socialchovinismo y el socialpacifismo y, por último, a derribar el capitalismo dentro de su país y a forjar para el proletariado un arma nueva de lucha -la teoría y la táctica de la revolución proletaria-, con el fin de facilitar a los proletarios de todos los países el derrocamiento del capitalismo. Los comunistas rusos no podían obrar de otro modo, pues sólo siguiendo este camino se podía contar con que se produjesen en la situación internacional ciertos cambios, capaces de garantizar a Rusia contra la restauración del régimen burgués.

Por eso, Rusia se convirtió en el hogar del leninismo, y el jefe de los comunistas rusos, Lenin, en su creador.

Con Rusia y con Lenin «ocurrió» aproximadamente lo mismo que había ocurrido con Alemania y con Marx y Engels en la década del 40 del siglo pasado. Entonces, Alemania estaba preñada, como la Rusia de comienzos del siglo XX, de una revolución burguesa. Marx escribió entonces en el «Manifiesto Comunista»:

«Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo las condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria».

Dicho en otros términos: el centro del movimiento revolucionario se desplazaba a Alemania.

No cabe duda de que precisamente esta circunstancia, apuntada por Marx en el pasaje citado, constituyó la causa probable de que fuese Alemania la cuna del socialismo científico, y los jefes del proletariado alemán, Marx y Engels, sus creadores.

Lo mismo hay que decir, pero en mayor grado todavía, de la Rusia de comienzos del siglo XX. En ese período, Rusia se hallaba en vísperas de la revolución burguesa y había de llevar a cabo esta revolución en un ambiente más progresivo en Europa y con un proletariado más desarrollado que el de Alemania en la década del 40 del siglo último (sin hablar ya de Inglaterra y de Francia); además, todo indicaba que esta revolución debía servir de fermento y de prólogo a la revolución proletaria.

No puede considerarse casual el hecho de que ya en 1902, cuando la revolución rusa estaba todavía en sus comienzos, Lenin dijese, en su folleto «¿Qué hacer?», estas palabras proféticas:

«La historia plantea hoy ante nosotros (es decir, ante los marxistas rusos. *J. St.*) una tarea inmediata, que es *la más revolucionaria* de todas las tareas *inmediatas* del proletariado de ningún otro país».

«...la realización de esta tarea, la demolición del más poderoso baluarte, no ya de la reacción europea, sino también (hoy podemos afirmarlo) de la reacción asiática, convertiría al proletariado ruso en la vanguardia del proletariado revolucionario internacional» (v. t. IV, pág. 382).

Dicho en otros términos: el centro del movimiento revolucionario debía desplazarse a Rusia.

Sabido es que el desarrollo de la revolución en Rusia ha justificado, y con creces, esta predicción de Lenin.

Y, siendo así, ¿tiene algo de asombroso que el país que ha llevado a cabo semejante revolución y que cuenta con semejante proletariado haya sido la patria de la teoría y la táctica de la revolución proletaria?

¿Tiene algo de asombroso que el jefe del proletariado de Rusia, Lenin, haya sido, a la par, el creador de esta teoría y de esta táctica y el jefe del proletariado internacional?

II. El método

He dicho más arriba que entre Marx y Engels, de una parte, y Lenin, de otra, media todo un período de dominio del oportunismo de la II Internacional. Para ser exacto, debo añadir que no se trata aquí de un predominio formal del oportunismo, sino de un dominio efectivo. En apariencia, al frente de la II Internacional se encontraban marxistas «fieles», «ortodoxos»: Kautsky y otros. Sin embargo, la labor fundamental de la II Internacional seguía, en la práctica, la línea del oportunismo. Los oportunistas, por su innato espíritu de adaptación y su naturaleza pequeñoburguesa, se amoldaban a la burguesía; los «ortodoxos», a su vez, se adaptaban a los oportunistas, para «mantener la unidad» con ellos, en aras de la «paz en el partido». Resultaba de todo esto el dominio del oportunismo, pues la política de la burguesía y la de los «ortodoxos» eran eslabones de una misma cadena.

Fue ése un período de desarrollo relativamente pacífico del capitalismo, el período de anteguerra, por decirlo así, en que las contradicciones catastróficas del imperialismo no habían llegado aún a revelarse en toda su evidencia; un período en que las huelgas económicas de los obreros y los sindicatos se desenvolvían más o menos «normalmente»; en que se obtenían triunfos «vertiginosos» en la lucha electoral y en la actuación de las fracciones parlamentarias; en que las formas legales de lucha se ponían por las nubes y se creía «matar» al capitalismo con la legalidad; en una palabra, un período en el que los partidos de la II Internacional iban echando grasa y no querían pensar seriamente en la revolución, en la dictadura del proletariado, en la educación revolucionaria de las masas.

En vez de una teoría revolucionaria coherente, tesis teóricas contradictorias y fragmentos de teorías divorciados de la lucha revolucionaria viva de las masas y convertidos en dogmas caducos. Naturalmente, para guardar las formas se invocaba la teoría de Marx, pero con el fin de despojarla de su espíritu revolucionario vivo.

En vez de una política revolucionaria un filisteísmo flácido y una politiquería de practicismo mezquino, diplomacia parlamentaria y combinaciones parlamentarias. Naturalmente, para guardar las formas se adoptaban resoluciones y consignas «revolucionarias», pero con el único fin de

meterlas bajo el tapete.

En vez de educar al partido y de enseñarle una táctica revolucionaria acertada, a base del análisis de sus propios errores, se eludían meticulosamente los problemas candentes, se los velaba y encubría. Naturalmente, para guardar las formas hablaban a veces de los problemas candentes, pero era con el fin de terminar el asunto con cualquier resolución «elástica».

He ahí cuáles eran la fisonomía, los métodos de trabajo y el arsenal de la II Internacional.

Entretanto, se acercaba un nuevo período de guerras imperialistas y de batallas revolucionarias del proletariado. Los antiguos métodos de lucha resultaban, a todas luces, insuficientes y precarios ante la omnipotencia del capital financiero.

Se imponía revisar toda la labor de la II Internacional, todo su método de trabajo, desarraigando el filisteísmo, la estrechez mental, la politiquería, la apostasía, el socialchovinismo y el socialpacifismo, Se imponía revisar todo el arsenal de la II Internacional, arrojar todo lo herrumbroso y todo lo caduco y forjar nuevas armas. Sin esta labor previa, no había que pensar en lanzarse a la guerra contra el capitalismo. Sin esto, el proletariado corría el riesgo de encontrarse, ante nuevas batallas revolucionarias, mal armado o, incluso, inerme.

El honor de llevar a cabo la revisión general y la limpieza general de los establos de Augias de la II Internacional correspondió al leninismo.

Tales fueron las circunstancias en que nació y se forjó el método del leninismo.

¿Cuáles son las exigencias de este método?

Primera: *comprobar* los dogmas teóricos de la II Internacional en el fuego de la lucha revolucionaria de las masas, en el fuego de la práctica viva; es decir, restablecer la unidad, rota, entre la teoría y la práctica, terminar con el divorcio entre ellas, porque sólo así se puede crear un partido verdaderamente proletario, pertrechado de una teoría revolucionaria.

Segunda: *comprobar* la política de los partidos de la II Internacional, no por sus consignas y sus resoluciones (a las que no se puede conceder ningún crédito), sino por sus hechos, por sus acciones, pues sólo así se puede conquistar y merecer la confianza de las masas proletarias.

Tercera: *reorganizar* toda la labor de partido, dándole una orientación nueva, revolucionaria, con el fin de educar y preparar a las masas para la lucha revolucionaria, pues sólo así se puede preparar a las masas para la revolución proletaria.

Cuarta: la *autocrítica* de los partidos proletarios, su instrucción y educación mediante el análisis de los propios errores, pues sólo así se pueden formar verdaderos cuadros y verdaderos dirigentes de partido.

Tales son los fundamentos y la esencia del método del leninismo.

¿Cómo se ha aplicado este método en la práctica?

Los oportunistas de la II Internacional tienen varios dogmas teóricos, de los cuales arrancan siempre. He aquí algunos de ellos.

Primer dogma: sobre las condiciones de la toma del Poder por el proletariado. Los oportunistas afirman que el proletariado no puede ni debe tomar el Poder si no constituye la mayoría dentro del país. No se aduce ninguna prueba, pues no hay forma de justificar, ni teórica ni prácticamente, esta absurda tesis. Admitamos que sea así, contesta Lenin a los señores de la II Internacional. Pero, si se produce una situación histórica (guerra, crisis agraria, etc.), en la cual el proletariado, siendo una minoría de la población, tiene la posibilidad de agrupar en torno suyo a la inmensa mayoría de las masas trabajadoras, ¿por qué no ha de tomar el Poder? ¿Por qué el proletariado no ha de aprovechar una situación internacional e interior favorable, para romper el frente del capital y acelerar el desenlace general? ¿Acaso no dijo ya Marx, en la década del 50 del siglo pasado, que la revolución proletaria en Alemania podría marchar «magníficamente» si fuera posible apoyarla, digámoslo así, con una «segunda edición de la guerra campesina»[148]? ¿No sabe, acaso, todo el mundo que en Alemania había en aquel entonces relativamente menos proletarios que, por ejemplo, en Rusia en 1917? ¿Acaso la experiencia de la revolución proletaria rusa no ha puesto de manifiesto que este dogma predilecto de los héroes de la II Internacional no tiene la menor significación vital para el proletariado? ¿Acaso no es evidente que la experiencia de la lucha revolucionaria de las masas rebate y deshace ese dogma caduco?

Segundo dogma: el proletariado no puede mantenerse en el Poder si no dispone de suficientes cuadros, de hombres ilustrados y de administradores ya hechos, capaces de organizar la gobernación del país. Primero hay que preparar estos cuadros bajo el capitalismo, y luego, tomar el Poder. Admitámoslo, contesta Lenin, Pero ¿por qué no se pueden hacer las cosas de modo que primero se tome el Poder, se creen las condiciones favorables para el desarrollo del proletariado, y luego se avance a pasos agigantados para elevar el nivel cultural de las masas trabajadoras, para preparar numerosos cuadros dirigentes y administrativos de procedencia obrera? ¿Acaso la experiencia de Rusia no ha demostrado que bajo el Poder proletario los dirigentes de procedencia obrera se forman de un modo cien veces más rápido y mejor que bajo el Poder del capital? ¿Acaso no es evidente que la experiencia de la lucha revolucionaria de las masas también deshace implacablemente este dogma teórico de los oportunistas?

Tercer dogma: el método de la huelga general

[148] Se alude a las palabras de C. Marx en su carta a F. Engels del 16 de abril de 1856.

política es inaceptable para el proletariado, ya que resulta teóricamente inconsistente (v. la crítica de Engels), prácticamente peligroso (puede desorganizar la marcha normal de la vida económica del país y puede dejar vacías las cajas de los sindicatos) y no puede sustituir a las formas parlamentarias de lucha, que constituyen la forma principal de la lucha de clase del proletariado. Bien, contestan los leninistas. Pero, en primer lugar, Engels no criticó toda huelga general, sino un determinado tipo de huelga general: la huelga general *económica* de los anarquistas[149], preconizada por éstos *en sustitución* de la lucha política del proletariado. ¿Qué tiene que ver con eso el método de la huelga general *política*? En segundo lugar, ¿quién ha demostrado, y dónde, que la forma parlamentaria de lucha sea la forma principal de lucha del proletariado? ¿Acaso la historia del movimiento revolucionario no demuestra que la lucha parlamentaria no es más que una escuela y una ayuda para la organización de la lucha extraparlamentaria del proletariado, y que, bajo el capitalismo, las cuestiones fundamentales del movimiento obrero se dirimen por la fuerza, por la lucha directa de las masas proletarias, por su huelga general, por su insurrección? En tercer lugar, ¿de dónde se ha tomado eso de la sustitución de la lucha parlamentaria por el método de la huelga general política? ¿Dónde y cuándo han intentado los partidarios de la huelga general política sustituir las formas parlamentarias de lucha por las formas extraparlamentarias? En cuarto lugar, ¿acaso la revolución rusa no ha demostrado que la huelga general política es una gran escuela de la revolución proletaria y un medio insustituible para movilizar y organizar a las más amplias masas del proletariado en vísperas del asalto a la fortaleza del capitalismo? ¿A qué vienen esas lamentaciones de filisteo sobre la desorganización de la marcha normal de la vida económica y sobre las cajas de los sindicatos? ¿Acaso no es evidente que la experiencia de la lucha revolucionaria destruye también este dogma de los oportunistas?

Y así sucesivamente.

Por eso Lenin decía que «la teoría revolucionaria no es un dogma» y que «sólo se forma definitivamente en estrecha relación con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario» («La enfermedad infantil»), porque la teoría debe servir a la práctica, porque «la teoría debe dar respuesta a las cuestiones planteadas por la práctica» («Los «amigos del pueblo»»), porque debe contrastarse con hechos de la práctica.

En cuanto a las consignas políticas y a los acuerdos políticos de los partidos de la II Internacional, basta recordar la historia de la consigna de «guerra a la guerra» para comprender toda la falsedad y toda la podredumbre de la práctica política de estos partidos, que encubren su obra antirrevolucionaria con pomposas consignas y resoluciones revolucionarias. Todo el mundo recuerda las aparatosas manifestaciones hechas por la II Internacional en el Congreso de Basilea[150], en las que se amenazaba a los imperialistas con todos los horrores de la insurrección, si se decidían a desencadenar la guerra, y en las que se lanzó la temible consigna de «guerra a la guerra». Pero ¿quién no recuerda que, poco tiempo después, ante el comienzo mismo de la guerra, la resolución de Basilea fue metida bajo el tapete, dándose a los obreros una nueva consigna: la de exterminarse mutuamente para mayor gloria de la patria capitalista? ¿Acaso no es evidente que las resoluciones y las consignas revolucionarias no valen nada si no son respaldadas por los hechos? No hay más que comparar la política leninista de transformación de la guerra imperialista en guerra civil con la política de traición de la II Internacional durante la guerra, para comprender toda la trivialidad de los politicastros del oportunismo y toda la grandeza del método del leninismo.

No puedo por menos de reproducir aquí un pasaje del libro de Lenin «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», en el que Lenin fustiga duramente la tentativa oportunista del líder de la II Internacional C. Kautsky de no juzgar a los partidos por sus hechos, sino por sus consignas estampadas sobre el papel y por sus documentos:

«Kautsky lleva a cabo una política típicamente pequeñoburguesa, filistea, imaginándose... que con *lanzar una consigna* cambian las cosas. Toda la historia de la democracia burguesa denuncia esta ilusión: para engañar al pueblo, los demócratas burgueses han lanzado y lanzan siempre todas las «consignas» imaginables. El problema consiste en *comprobar* su sinceridad, en contraponer las palabras con los *hechos*, en no contentarse con *frases* idealistas o charlatanescas, sino en indagar su *fondo de clase*» (v. t. XXIII, pág. 377).

No hablo ya del miedo de los partidos de la II Internacional a la autocrítica de su costumbre de ocultar los errores, de velar los problemas espinosos, de disimular los defectos con una ostentación de falsa prosperidad que embota el pensamiento vivo y frena la educación revolucionaria del partido sobre la base

[149] Se alude al artículo de F. Engels «Los bakuninístas en acción».

[150] El Congreso de Basilea de la II Internacional se celebró del 24 al 25 de noviembre de 1912. Fue convocado con motivo de la guerra de los Balcanes y el peligro inminente de guerra mundial. El Congreso discutió una sola cuestión; la situación internacional y las acciones conjuntas contra la guerra. El manifiesto aprobado por el Congreso llamaba a los obreros a utilizar la organización y la fuerza del proletariado para la lucha revolucionaria contra el peligro de guerra e invitaba a declarar la «guerra a la guerra».

del análisis de sus propios errores, costumbre que Lenin ridiculizó y puso en la picota. He aquí lo que en su folleto «La enfermedad infantil» escribía Lenin acerca de la autocrítica en los partidos proletarios:

«La actitud de un partido político ante sus errores es uno de los criterios más importantes y más seguros para juzgar de la seriedad de ese partido y del cumplimiento *efectivo* de sus deberes hacia su clase y hacia las *masas* trabajadoras. Reconocer abiertamente los errores, poner al descubierto sus causas, analizar la situación que los ha engendrado y discutir atentamente los medios de corregirlos: eso es lo que caracteriza a un partido serio; en eso consiste el cumplimiento de sus deberes; eso es educar e instruir a la *clase*, y después a las *masas*» (v. t. XXV, pág. 200).

Hay quien dice que el poner al descubierto los errores propios y practicar la autocrítica es peligroso para el Partido, pues eso puede aprovecharlo el enemigo contra el Partido del proletariado, Lenin consideraba fútiles y completamente erróneas tales objeciones. He aquí lo que decía al respecto en su folleto «Un paso adelante» ya en 1904, cuando nuestro Partido era aún débil y pequeño:

«Ellos (es decir, los adversarios de los marxistas. *J. St.*) observan con muecas de alegría maligna nuestras discusiones; procurarán, naturalmente, entresacar para sus fines algunos pasajes aislados de mi folleto, consagrado a los defectos y deficiencias de nuestro Partido. Los socialdemócratas rusos están ya lo bastante fogueados en el combate para no dejarse turbar por semejantes alfilerazos y para continuar, pese a ellos, su labor de autocrítica, poniendo despiadadamente al descubierto sus propias deficiencias, que de un modo necesario e inevitable serán enmendadas por el desarrollo del movimiento obrero» (v. t. VI, pág. 161).

Tales son, en general, los rasgos característicos del método del leninismo.

Lo que aporta el método de Lenin encerrábase ya, en lo fundamental, en la doctrina de Marx, que, según la expresión de su autor, es, «por su propia esencia, crítica y revolucionaria». Este espíritu crítico y revolucionario, precisamente, impregna desde el principio hasta el fin el método de Lenin. Pero sería erróneo suponer que el método de Lenin no es más que una simple restauración de lo aportado por Marx. En realidad, el método de Lenin no se limita a restaurar, sino que, además, concreta y desarrolla el método crítico y revolucionario de Marx, su dialéctica materialista.

III. La teoría

Analizaré tres cuestiones de este tema:

a) importancia de la teoría para el movimiento proletario,

b) crítica de la «teoría» de la espontaneidad,

c) teoría de la revolución proletaria.

1) *Importancia de la teoría*. Hay quien supone que el leninismo es la primacía de la práctica sobre la teoría, en el sentido de que para él lo fundamental es aplicar los principios marxistas, «dar cumplimiento» a estos principios, al tiempo que manifiesta bastante despreocupación por la teoría. Sabido es que Plejánov se burló más de una vez de la «despreocupación» de Lenin por la teoría, y en especial por la filosofía. También es sabido que muchos leninistas ocupados hoy en el trabajo práctico no son muy dados a la teoría, por efecto, sobre todo, de la enorme labor práctica que las circunstancias les obligan a desplegar. He de declarar que esta opinión, por demás extraña, que se tiene de Lenin y del leninismo es completamente falsa y no corresponde en modo alguno a la realidad; que la tendencia de los militantes ocupados en el trabajo práctico a desentenderse de la teoría contradice a todo el espíritu del leninismo y está preñada de grandes peligros para la causa.

La teoría es la experiencia del movimiento obrero de todos los países, tomada en su aspecto general. Naturalmente, la teoría deja de tener objeto cuando no se halla vinculada a la práctica revolucionaria, exactamente del mismo modo que la práctica es ciega si la teoría revolucionaria no alumbra su camino. Pero la teoría puede convertirse en una formidable fuerza del movimiento obrero si se elabora en indisoluble ligazón con la práctica revolucionaria, porque ella, y sólo ella, puede dar al movimiento seguridad, capacidad para orientarse y la comprensión de los vínculos internos entre los acontecimientos que se producen en torno nuestro; porque ella, y sólo ella, puede ayudar a la práctica a comprender, no sólo cómo se mueven y hacía dónde marchan las clases en el momento actual, sino también cómo deben moverse y hacía dónde deben marchar en un futuro próximo. ¿Quién sino Lenin dijo y repitió decenas de veces la conocida tesis de que:

«*Sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario*»[151] (v. t. IV, pág. 380).

Lenin comprendía mejor que nadie la gran importancia de la teoría, sobre todo para un partido como el nuestro, en virtud del papel de luchador de vanguardia del proletariado internacional, que le ha correspondido, y de la complicada situación interior e internacional que lo rodea. Previendo en 1902 este papel especial de nuestro Partido, Lenin consideraba ya entonces necesario recordar que:

---

[151] Subrayado por mí. J. St.

«*Sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia*» (v. t. IV, pág. 380).

No creo que haya necesidad de demostrar que ahora, cuando la predicción de Lenin sobre el papel de nuestro Partido se ha convertido ya en realidad, esta tesis de Lenin adquiere una fuerza y una importancia especiales.

Quizá la expresión más clara de la alta importancia que Lenin otorgaba a la teoría, sea el hecho de que fuera precisamente él quien asumió el cumplimiento de una tarea tan grande como la de sintetizar, desde el punto de vista de la filosofía materialista, los más importantes adelantos de la ciencia en el período comprendido desde Engels hasta Lenin y de someter a profunda crítica las tendencias antimaterialistas entre los partidarios del marxismo. «Cada descubrimiento trascendental -decía Engels- obliga al materialismo a cambiar de forma»[152]. Es sabido que fue precisamente Lenin quien, en su notable libro «Materialismo y empiriocriticismo», cumplió esta tarea en relación con su época. Es sabido que Plejánov, a quien gustaba burlarse de la «despreocupación» de Lenin por la filosofía, no se decidió siquiera a abordar seriamente la realización de semejante tarea.

2) *Crítica de la «teoría» de la espontaneidad, o sobre el papel de la vanguardia en el movimiento*. La «teoría» de la espontaneidad es la teoría del oportunismo, la teoría de la prosternación ante la espontaneidad en el movimiento obrero, la teoría de la negación práctica del papel dirigente de la vanguardia de la clase obrera, del Partido de la clase obrera.

La teoría de la prosternación ante la espontaneidad es una teoría decididamente contraria al carácter revolucionario del movimiento obrero, contraria a la orientación del movimiento hacia la lucha contra los fundamentos del capitalismo; aboga por que el movimiento marche exclusivamente por la senda de las reivindicaciones «posibles», «aceptables» para el capitalismo, aboga de manera absoluta por la «vía de la menor resistencia» La teoría de la espontaneidad es la ideología del tradeunionismo.

La teoría de la prosternación ante la espontaneidad es decididamente contraria a que se imprima al movimiento espontáneo un carácter consciente, regular, es contraria a que el Partido marche al frente de la clase obrera, a que el Partido haga conscientes a las masas, a que el Partido marche a la cabeza del movimiento; aboga por que los elementos conscientes del movimiento no impidan a éste seguir su camino, aboga por que el Partido no haga más que prestar oído al movimiento espontáneo y se arrastre a la zaga de él. La teoría de la espontaneidad es la teoría de la subestimación del papel del elemento consciente en el movimiento, es la ideología del «seguidismo», la base lógica de todo oportunismo.

Prácticamente, esta teoría, que salió a escena ya antes de la primera revolución rusa, llevó a que sus adeptos, los llamados «economistas», negaran la necesidad de un partido obrero independiente en Rusia, se manifestasen contra la lucha revolucionaria de la clase obrera por el derrocamiento del zarismo, predicaran una política tradeunionista en el movimiento, y en general, abandonasen a la burguesía liberal la hegemonía en el movimiento obrero.

La lucha de la vieja «Iskra» y la brillante crítica de la teoría del «seguidismo» hecha por Lenin en su folleto «¿Qué hacer?», no sólo derrotaron al llamado «economismo», sino que, además, sentaron las bases teóricas para un movimiento realmente revolucionario de la clase obrera rusa.

Sin esta lucha, ni siquiera hubiera podido pensarse en creer en Rusia un partido obrero independiente, ni en el papel dirigente de éste en la revolución.

Pero la teoría de la prosternación ante la espontaneidad no es un fenómeno exclusivamente ruso. Esta teoría se halla muy extendida, cierto es que bajo una forma algo distinta, en todos los partidos de la II Internacional, sin excepción. Me refiero a la llamada teoría de las «fuerzas productivas», vulgarizada por los líderes de la II Internacional, teoría que lo justifica todo y reconcilia a todos, que registra los hechos, los explica cuando ya todo el mundo está harto de ellos y, después de registrarlos, se da por satisfecha. Marx decía que la teoría materialista no puede limitarse a interpretar el mundo, sino que, además, debe transformarlo[153]. Pero a Kautsky y Cía. no les preocupa esto y prefieren no rebasar la primera parte de la fórmula de Marx.

He aquí uno de tantos ejemplos de aplicación de esta «teoría». Dícese que, antes de la guerra imperialista, los partidos de la II Internacional amenazaban con declarar la «guerra a la guerra», en el caso de que los imperialistas la comenzaran. Dícese que, en vísperas de la guerra, estos partidos metieron bajo el tapete la consigna de «guerra a la guerra» y aplicaron la consigna contraria, la consigna de «guerra por la patria imperialista». Dícese que este cambio de consignas causó millones de víctimas entre los obreros. Pero sería un error pensar que alguien tuvo la culpa de ello, que alguien fue infiel o traidor a la clase obrera. ¡Nada de eso! Ocurrió lo que tenía que ocurrir. En primer lugar, porque resulta que la Internacional es un «instrumento de paz», y no

[152] Véase: C. Marx y F. Engels, Obras escogidas en dos tomos, t. II, pág. 347, ed. en español, Moscú, 1952.

[153] C. Marx, «Tesis sobre Feuerbach» (véase: C. Marx y F. Engels, Obras escogidas en dos tomos, t. II, pág. 378, ed. en español, Moscú, 1952).

de guerra; y, en segundo lugar, porque, dado el «nivel de las fuerzas productivas» en aquel entonces, ninguna otra cosa podía hacerse. La «culpa» es de las «fuerzas productivas». Así, exactamente, «nos» lo explica la «teoría de las fuerzas productivas» del señor Kautsky. y quien no crea en esta «teoría», no es marxista. ¿El papel de los partidos? ¿Su importancia en el movimiento? Pero ¿qué puede hacer un partido ante un factor tan decisivo como el «nivel de las fuerzas productivas»?...

Podríamos citar todo un montón de ejemplos semejantes de falsificación del marxismo.

No creo que sea necesario demostrar que este «marxismo» contrahecho, destinado a cubrir las vergüenzas del oportunismo, no es más que una variante a la europea de esa misma teoría del «seguidismo» combatida por Lenin ya antes de la primera revolución rusa.

No creo que sea necesario demostrar que demoler esa falsificación teórica es una condición preliminar para la creación de partidos verdaderamente revolucionarios en el Occidente.

3) *Teoría de la revolución proletaria*. La teoría leninista de la revolución proletaria parte de tres tesis fundamentales.

Primera tesis. La dominación del capital financiero en los países capitalistas adelantados; la emisión de títulos de valor, como una operación importantísima del capital financiero; la exportación de capitales a las fuentes de materias primas, como una de las bases del imperialismo; la omnipotencia de la oligarquía financiera, como resultado de la dominación del capital financiero; todo esto pone al descubierto el burdo carácter parasitario del capitalismo monopolista, hace cien veces más doloroso el yugo de los trusts y de los sindicatos capitalistas, acrecienta la indignación de la clase obrera contra los fundamentos del capitalismo y lleva las masas a la revolución proletaria como única salvación. (v. «El imperialismo», de Lenin).

De aquí se desprende la primera conclusión: agudización de la crisis revolucionaria en los países capitalistas; acrecentamiento de los elementos de un estallido en el frente interior, en el frente proletario de las «metrópolis».

Segunda tesis. La exportación intensificada de capitales a las colonias y los países dependientes; la extensión de las «esferas de influencia» y de los dominios coloniales, que llegan a abarcar todo el planeta; la transformación del capitalismo en un *sistema mundial* de esclavización financiera y de opresión colonial de la gigantesca mayoría de la población del Globo por un puñado de países «adelantados»; todo esto, de una parte, ha convertido las distintas economías nacionales y los distintos territorios nacionales en eslabones de una misma cadena, llamada economía mundial; de otra parte, ha dividido a la población del planeta en dos campos: el de un puñado de países capitalistas «adelantados», que explotan y oprimen vastas colonias y vastos países dependientes, y el de la enorme mayoría de colonias y países dependientes, que se ven obligados a luchar por liberarse del yugo imperialista (v. «El imperialismo»).

De aquí se desprende la segunda conclusión: agudización de la crisis revolucionaria en las colonias; acrecentamiento de la indignación contra el imperialismo en el frente exterior, en el frente colonial.

Tercera tesis. La posesión monopolista de las «esferas de influencia» y de las colonias; el desarrollo desigual de los países capitalistas, que lleva a una lucha furiosa por un nuevo reparto del mundo entre los países que ya se han apoderado de los territorios y los que desean obtener su «parte»; las guerras imperialistas, como único medio de restablecer el «equilibrio» roto; todo esto conduce al fortalecimiento del tercer frente, del frente intercapitalista, que debilita al imperialismo y facilita la unión de los dos primeros frentes -el frente proletario revolucionario y el frente de la liberación colonial- contra el imperialismo (v, «El imperialismo»).

De aquí se desprende la tercera conclusión: ineluctabilidad de las guerras bajo el imperialismo e inevitabilidad de la coalición de la revolución proletaria de Europa con la revolución colonial del Oriente, formando un solo frente mundial de la revolución contra el frente mundial del imperialismo.

Lenin suma todas estas conclusiones en una conclusión general: «*El imperialismo es la antesala de la revolución socialista*»[154] (v. t. XIX, pág. 71).

En consonancia con esto, cambia el modo mismo de abordar el problema de la revolución proletaria, de su carácter, de su extensión y profundidad, cambia el esquema de la revolución en general,

Antes, el análisis de las premisas de la revolución proletaria solía abordarse desde el punto de vista del estado económico de tal o cual país. Ahora, este modo de abordar el problema ya no basta. Ahora hay que abordarlo desde el punto de vista del estado económico de todos o de la mayoría de los países, desde el punto de vista del estado de la economía mundial, porque los distintos países y las distintas economías nacionales han dejado ya de ser unidades autónomas y se han convertido en eslabones de una misma cadena, que se llama economía mundial; porque el viejo capitalismo «civilizado» se ha transformado en imperialismo, y el imperialismo es un sistema mundial de esclavización financiera y de opresión colonial de la inmensa mayoría de la población del Globo por un puñado de países «adelantados».

Antes solía hablarse de la existencia o de la ausencia de condiciones objetivas para la revolución

[154] Subrayado por mí. J. St.

proletaria en los distintos países o, más exactamente, en tal o cual país desarrollado. Ahora, este punto de vista ya no basta. Ahora hay que hablar de la existencia de condiciones objetivas para la revolución en todo el sistema de la economía imperialista mundial, considerado como una sola entidad; y la presencia, dentro de este sistema, de algunos países con un desarrollo industrial insuficiente no puede representar un obstáculo insuperable para la revolución, si el sistema en su conjunto o, mejor dicho, puesto que el sistema en su conjunto está ya maduro para la revolución.

Antes solía hablarse de la revolución proletaria en tal o cual país desarrollado como de una magnitud autónoma, que se contraponía, como a su antípoda, al respectivo frente nacional del capital. Ahora, este punto de vista ya no basta. Ahora hay que hablar de la revolución proletaria mundial, pues los distintos frentes nacionales del capital se han convertido en otros tantos eslabones de una misma cadena, que se llama frente mundial del imperialismo y a la cual hay que contraponer el frente general del movimiento revolucionario de todos los países.

Antes se concebía la revolución proletaria como resultado exclusivo del desarrollo interior del país en cuestión. Ahora, este punto de vista ya no basta. Ahora, la revolución proletaria debe concebirse, ante todo, como resultado del desarrollo de las contradicciones dentro del sistema mundial del imperialismo, como resultado de la ruptura de la cadena del frente mundial imperialista en tal o cual país.

¿Dónde empezará la revolución?, ¿dónde podrá romperse, en primer lugar, el frente del capital?, ¿en qué país?

Allí donde la industria esté más desarrollada, donde el proletariado forme la mayoría, donde haya más cultura, donde haya más democracia, solían contestar antes.

No, objeta la teoría leninista de la revolución, *no es obligatorio que sea allí donde la industria esté más desarrollada*, etc. El frente del capital se romperá allí donde la cadena del imperialismo sea más débil, pues la revolución proletaria es resultado de la ruptura de la cadena del frente mundial imperialista por su punto más débil; y bien puede ocurrir que el país que haya empezado la revolución, el país que haya roto el frente del capital, esté menos desarrollado en el sentido capitalista que otros países, los cuales, pese a su mayor desarrollo, todavía permanezcan dentro del marco del capitalismo.

En 1917, la cadena del frente imperialista mundial resultó ser más débil en Rusia que en los demás países. Fue aquí donde se rompió, dando paso a la revolución proletaria. ¿Por qué? Porque en Rusia se desarrollaba una gran revolución popular, a cuya cabeza marchaba el proletariado revolucionario, que contaba con un aliado tan importante como los millones y millones de campesinos oprimidos y explotados por los terratenientes. Porque frente a la revolución se alzaba aquí un representante tan repulsivo del imperialismo como el zarismo, falto de todo ascendiente moral y que se había ganado el odio general de la población. En Rusia, la cadena resultó ser más débil, aunque este país estaba menos desarrollado en el sentido capitalista que Francia o Alemania, Inglaterra o los Estados Unidos, pongamos por caso.

¿Dónde se romperá la cadena en el próximo futuro? Volverá a romperse allí donde sea más débil. No está excluido que la cadena pueda romperse, por ejemplo, en la India. ¿Por qué? Porque en la India hay un proletariado joven, combativo y revolucionario, que cuenta con un aliado como el movimiento de liberación nacional, aliado indudablemente fuerte, indudablemente importante. Porque frente a la revolución se alza allí un enemigo de todos conocido, el imperialismo extranjero, privado de crédito moral y que se ha ganado el odio general de las masas oprimidas y explotadas de la India.

También es perfectamente posible que la cadena se rompa en Alemania. ¿Por qué? Porque los factores que actúan, por ejemplo, en la India, empiezan a actuar también en Alemania; y se comprende que la inmensa diferencia entre el nivel de desarrollo de la India y el de Alemania no puede dejar de imprimir su sello a la marcha y al desenlace de la revolución en Alemania.

Por eso, Lenin dice:

«Los países capitalistas de la Europa Occidental llevarán a término su desarrollo hacia el socialismo... no por un proceso gradual de «maduración» del socialismo en ellos, sino mediante la explotación de unos Estados por otros, mediante la explotación del primer Estado entre los vencidos en la guerra imperialista, unida a la explotación de todo el Oriente. Por otra parte, el Oriente se ha incorporado de manera definitiva al movimiento revolucionario, gracias precisamente a esta primera guerra imperialista, viéndose arrastrado definitivamente a la órbita general del movimiento revolucionario mundial» (v. t. XXVII, págs. 415-416).

Resumiendo: como regla general, la cadena del frente imperialista debe romperse allí donde sus eslabones sean más débiles y, en todo caso, no necesariamente allí donde el capitalismo esté más desarrollado, o donde los proletarios constituyan un determinado tanto por ciento de la población, los campesinos otro tanto por ciento determinado, etc., etc.

Por eso, los cálculos estadísticos sobre el porcentaje de proletariado en la población de un país determinado pierden, cuando se trata de resolver el

problema de la revolución proletaria, la importancia excepcional que gustaban de atribuirles los exégetas de la II Internacional, que no han sabido comprender el imperialismo y temen a la revolución como a la peste.

Además, los héroes de la II Internacional afirmaban (y siguen afirmando) que entre la revolución democrático-burguesa, de una parte, y la revolución proletaria, de otra, media un abismo o, por lo menos, una muralla de China, que separa la una de la otra por un lapso de tiempo más o menos largo, durante el cual la burguesía, entronizada en el Poder, desarrolla el capitalismo, y el proletariado acumula fuerzas y se prepara para la «lucha decisiva» contra el capitalismo. Generalmente, este lapso se cuenta por decenios y decenios, si no más. No creo que sea necesario demostrar que, en el imperialismo, esta «teoría» de la muralla de China carece de toda base científica y no es ni puede ser más que un medio para encubrir, para disimular con bellos colores los apetitos contrarrevolucionarios de la burguesía. No creo que sea necesario demostrar que en el imperialismo, preñado de colisiones y guerras, que en la «antesala de la revolución socialista», cuando el capitalismo «floreciente» se convierte en capitalismo «agonizante» (*Lenin*) y el movimiento revolucionario crece en todos los países del mundo ; cuando el imperialismo se coliga con todas las fuerzas reaccionarias, sin excepción, hasta con el zarismo y el servidumbre, haciendo así necesaria la coalición de todas las fuerzas revolucionarias, desde el movimiento proletario del Occidente hasta el movimiento de liberación nacional del Oriente; cuando se hace imposible derrocar las supervivencias del régimen feudal y de la servidumbre sin una lucha revolucionaria contra el imperialismo; no creo que sea necesario demostrar que en un país más o menos desarrollado la revolución democrático-burguesa tiene que aproximarse, en estas condiciones, a la revolución proletaria, que la primera tiene que transformarse en la segunda. La historia de la revolución en Rusia ha evidenciado que esta tesis es cierta e indiscutible. Por algo Lenin, ya en 1905, en vísperas de la primera revolución rusa, presentaba la revolución democrático-burguesa y la revolución socialista, en su folleto «Dos tácticas», como dos eslabones de la misma cadena, como un lienzo único y completo de la magnitud de la revolución rusa.

«*El proletariado debe llevar a término la revolución democrática, atrayéndose a la masa de los campesinos, para aplastar por la fuerza la resistencia, de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose a la masa de los elementos semiproletarios de la población, para romper por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía.* Tales son las tareas del proletariado, que los partidarios de la nueva «Iskra» conciben de un modo tan estrecho en todos sus razonamientos y resoluciones sobre la magnitud de la revolución» (v. Lenin, t. VIII, pág. 96.).

Y no hablo ya de otros trabajos posteriores de Lenin, en los que la idea de la transformación de la revolución burguesa en revolución proletaria está expresada con mayor realce que en «Dos tácticas», como una de las piedras angulares de la teoría leninista de la revolución.

Según algunos camaradas, resulta que Lenin no concibió esta idea hasta 1916, y anteriormente consideraba que la revolución en Rusia se mantendría dentro de un marco burgués y que, por lo tanto, el Poder pasaría de manos del organismo de la dictadura del proletariado y del campesinado a manos de la burguesía, y no a manos del proletariado. Se dice que esa afirmación se ha deslizado incluso en nuestra prensa comunista. Debo señalar que esa afirmación es completamente falsa, que no corresponde, en lo más mínimo, a la realidad.

Podría remitirme al conocido discurso pronunciado por Lenin en el III Congreso del Partido (1905), en el que no calificó la dictadura del proletariado y del campesinado, es decir, el triunfo de la revolución democrática, de «organización del «orden»», sino de «organización de la guerra» (v. t. VII, pág. 264).

Podría remitirme, además, a los conocidos artículos de Lenin «Sobre el gobierno provisional» (1905)[155], en los que, describiendo la perspectiva del desarrollo de la revolución rusa, plantea al Partido la tarea de «conseguir que la revolución rusa no sea un movimiento de algunos meses, sino un movimiento de muchos años, que no conduzca tan sólo a obtener pequeñas concesiones de los detentadores del Poder, sino al derrumbamiento completo de éste», y en los que, desarrollando todavía más esta perspectiva y relacionándola con la revolución en Europa, prosigue:

«Y si esto se logra, entonces..., entonces las llamas del incendio revolucionario prenderán en Europa; el obrero europeo, cansado de la reacción burguesa, se levantará a su vez y nos enseñará «cómo se hacen las cosas»; entonces el impulso revolucionario de Europa repercutirá a su vez en Rusia y hará de una época de algunos años de revolución una época de varios decenios de revolución...» (v, lugar citado, pág. 191).

Podría remitirme, asimismo, a un conocido artículo de Lenin, publicado en noviembre de 1915,

[155] J. V. Stalin se refiere a los artículos de V. I. Lenin, escritos en 1905.

que dice:

«El proletariado lucha y seguirá luchando abnegadamente por la conquista del Poder, por la república, por la confiscación de las tierras…, por la participación de las «masas populares *no* proletarias» en la obra de liberar a la Rusia *burguesa* del «imperialismo» *militar-feudal* (es decir, el zarismo). Y el proletariado aprovechará *inmediatamente*[156] esta liberación de la Rusia burguesa del yugo zarista, del poder de los terratenientes sobre la tierra, no para ayudar a los campesinos acomodados en su lucha contra los obreros agrícolas, sino para llevar a cabo la revolución socialista en alianza con los proletarios de Europa» (v. t. XVIII, pág. 318).

Podría, finalmente, remitirme al conocido pasaje del folleto de Lenin «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», en que, refiriéndose al pasaje más arriba citado de «Dos tácticas» sobre la magnitud de la revolución llega a la siguiente conclusión:

«Ha ocurrido tal y como nosotros dijimos. La marcha de la revolución ha confirmado la certeza de nuestro razonamiento. *Al principio*, con «todos» los campesinos, contra la monarquía, contra los terratenientes, contra el medievalismo (y en este sentido, la revolución sigue siendo burguesa democrático-burguesa). *Después*, con los campesinos pobres, con el semiproletariado, con todos los explotados, *contra el capitalismo*, comprendidos los ricachos del campo, los kulaks, los especuladores, y, por ello, la revolución se transforma en revolución *socialista*. Querer levantar una artificial muralla de China entre ambas revoluciones, separar la una de la otra por algo *que no sea* el grado de preparación del proletariado y el grado de su unión con los campesinos pobres, es la mayor tergiversación del marxismo, es adocenarlo, reemplazarlo por el liberalismo» (v. t. XXIII, pág. 391).

Me parece que con eso basta.

Bien, se nos dirá, pero ¿por qué, en este caso, Lenin combatió la idea de la «revolución permanente (ininterrumpida)»?

Porque Lenin proponía «sacar todo el partido posible» de la capacidad revolucionaria del campesinado y utilizar hasta la última gota su energía revolucionada para la destrucción completa del zarismo, para pasar a la revolución proletaria, mientras que los partidarios de la «revolución permanente» no comprendían el importante papel del campesinado en la revolución rusa, menospreciaban la fuerza de la energía revolucionaria de los campesinos, menospreciaban la fuerza y la capacidad del proletariado ruso para llevar tras de sí a los campesinos y, de este modo, dificultaban la liberación de los campesinos de la influencia de la burguesía, la agrupación de los campesinos en torno al proletariado.

Porque Lenin proponía *coronar* la revolución con el paso del Poder al proletariado, mientras que los partidarios de la revolución «permanente» querían *empezar* directamente por el Poder del proletariado, sin comprender que, con ello cerraban los ojos a una «pequeñez» como las supervivencias del régimen de servidumbre y no tomaban en consideración una fuerza tan importante como el campesinado ruso, sin comprender que semejante política únicamente podía ser un freno para la conquista de los campesinos por el proletariado.

Así, pues, Lenin no combatía a los partidarios de la revolución «permanente» por la cuestión de la continuidad, pues el propio Lenin sostenía el punto de vista de la revolución ininterrumpida, sino porque menospreciaban el papel de los campesinos, que son la reserva más importante del proletariado, y no comprendían la idea de la hegemonía del proletariado.

No puede decirse que la idea de la revolución «permanente» sea una idea nueva. El primero que la formuló fue Marx, a fines de la década del 40, en su conocido «Mensaje» a la «Liga de los Comunistas» (1850). De este documento fue de donde sacaron nuestros «permanentistas» la idea de la revolución ininterrumpida. Debe señalarse que, al tomar esta idea de Marx, nuestros «permanentistas» la modificaron un tanto, y, al modificarla, la «estropearon», haciéndola inservible para el uso práctico. Fue necesario que la mano experta de Lenin corrigiese este error, tomase la idea de Marx sobre la revolución ininterrumpida en su forma pura e hiciese de ella una de las piedras angulares de la teoría leninista de la revolución.

He aquí lo que dice Marx, en su «Mensaje», sobre la revolución ininterrumpida (permanente), después de haber enumerado una serie de reivindicaciones revolucionario-democráticas, a cuya conquista llama a los comunistas:

«Mientras que los pequeños burgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda, después de haber obtenido, a lo sumo, las reivindicaciones arriba mencionadas nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el Poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desarrolle, y no sólo en un país, sino en todos los países predominantes del mundo, en proporciones tales, que cese la competencia entre los proletarios de estos países, y

[156] Subrayado por mí. J. St.

hasta que por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado».

En otras palabras:

a) Marx no proponía, en modo alguno, *comenzar* la revolución, en la Alemania de la década del 50, directamente por el Poder proletario, *contrariamente* a los planes de nuestros «permanentistas» rusos;

b) Marx sólo proponía que se *coronase* la revolución con el Poder estatal del proletariado, desalojando paso a paso de las alturas del Poder a una fracción de la burguesía, tras otra, para, una vez instaurado el Poder del proletariado encender la revolución en todos los países. *De completo acuerdo* con lo enunciado está todo lo que enseñó y llevó a la práctica Lenin en el transcurso de nuestra revolución, aplicando su teoría de la revolución proletaria en las condiciones del imperialismo.

Resulta, pues, que nuestros «permanentistas» rusos no sólo menospreciaban el papel del campesinado en la revolución rusa y la importancia de la idea de la hegemonía del proletariado, sino que modificaban (empeorándola) la idea de Marx sobre la revolución «permanente», haciéndola inservible para su aplicación práctica.

Por eso Lenin ridiculizaba la teoría de nuestros «permanentistas» calificándola de «original» y de «magnífica» y acusándolos de no querer «reflexionar acerca del por qué la vida llevaba diez años, ni más ni menos, pasando de largo por delante de esta magnífica teoría» (el articulo de *Lenin* fue escrito en 1915, a los diez años de aparecer en Rusia la teoría de los «permanentistas». Véase t. XVIII, pág. 317).

Por eso Lenin tildaba esta teoría de semimenchevique, diciendo que «toma de los bolcheviques el llamamiento a la lucha revolucionaria decidida del proletariado y a la conquista del Poder político por éste, y de los mencheviques, la «negación» del papel de los campesinos» (v. el artículo de Lenin «Sobre las dos líneas de la revolución», lugar citado).

Esa es lo que hay en cuanto a la idea de Lenin sobre la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución proletaria, sobre el aprovechamiento de la revolución burguesa para pasar «inmediatamente» a la revolución proletaria.

Además, antes se creía imposible la victoria de la revolución en un solo país, suponiendo que, para alcanzar la victoria sobre la burguesía, era necesaria la acción conjunta de los proletarios de todos los países adelantados o, por lo menos, de la mayoría de ellos. Ahora, este punto de vista ya no corresponde a la realidad. Ahora hay que partir de la posibilidad de este triunfo, pues el desarrollo desigual y a saltos de los distintos países capitalistas en el imperialismo, el desarrollo, en el seno del imperialismo, de contradicciones catastróficas que llevan a guerras inevitables, el incremento del movimiento revolucionario en todos los países del mundo; todo ello no sólo conduce a la posibilidad, sino también a la necesidad del triunfo del proletariado en uno u otro país. La historia de la revolución en Rusia es una prueba directa de ello. Únicamente debe tenerse en cuenta que el derrocamiento de la burguesía sólo puede lograrse si se dan algunas condiciones absolutamente indispensables, sin las cuales ni siquiera puede pensarse en la toma del Poder por el proletariado.

He aquí lo que dice Lenin acerca de estas condiciones en su folleto «La enfermedad infantil»:

«La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas las revoluciones, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como viven y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando como viven y gobiernan. Sólo cuando *los «de abajo» no quieren* y los *«de arriba» no pueden seguir viviendo a la antigua*, sólo entonces puede triunfar la revolución. En otras palabras, esta verdad se expresa del modo siguiente: *la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores)*[157]. Por consiguiente, para hacer la revolución, hay en primer lugar, que conseguir que la mayoría de los obreros (o en todo caso la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos, políticamente activos) comprenda profundamente la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella; en segundo lugar, es preciso que las clases gobernantes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas…, que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios» (v, t. XXV, pág. 222).

Pero derrocar el Poder de la burguesía e instaurar el Poder del proletariado en un solo país no significa todavía garantizar el triunfo completo del socialismo. Después de haber consolidado su Poder y arrastrado consigo a los campesinos, el proletariado del país victorioso puede y debe edificar la sociedad socialista. Pero ¿significa esto que, con ello, el proletariado logrará el triunfo completo, definitivo, del socialismo, es decir, significa esto que el proletariado puede, con las fuerzas de un solo país, consolidar definitivamente el socialismo y garantizar completamente al país contra una intervención y, por tanto, contra la restauración? No. Para ello es necesario que la revolución triunfe, por lo menos, en algunos países. Por eso, desarrollar y apoyar la

[157] Subrayado por mí. J. St.

revolución en otros países es una tarea esencial para la revolución que ha triunfado ya. Por eso, la revolución del país victorioso no debe considerarse como una magnitud autónoma, sino como un apoyo, como un medio para acelerar el triunfo del proletariado en los demás países.

Lenin expresó este pensamiento en dos palabras, cuando dijo que la misión de la revolución triunfante consiste en llevar a cabo «el máximo de lo realizable en un solo país *para* desarrollar, apoyar y despertar la revolución *en todos los países*» (v. t. XXIII, pág. 385).

Tales son, en términos generales, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria.

IV. La dictadura del proletariado

Analizaré tres cuestiones fundamentales de este tema:

a) la dictadura del proletariado como instrumento de la revolución proletaria;

b) la dictadura del proletariado como dominación del proletariado sobre la burguesía;

e) el Poder Soviético como forma estatal de la dictadura del proletariado.

1) *La dictadura del proletariado como instrumento de la revolución proletaria*. La cuestión de la dictadura del proletariado es, ante todo, la cuestión del contenido fundamental de la revolución proletaria. La revolución proletaria, su movimiento, su amplitud, sus conquistas, sólo toman cuerpo a través de la dictadura del proletariado. La dictadura del proletariado es el instrumento de la revolución proletaria, un organismo suyo, su punto de apoyo más importante, llamado a la vida, primero, para aplastar la resistencia de los explotadores derribados y consolidar las conquistas logradas y, segundo, para llevar a término la revolución proletaria, para llevarla hasta el triunfo completo del socialismo. Vencer a la burguesía y derrocar su Poder es cosa que la revolución podría hacer también sin la dictadura del proletariado. Pero aplastar la resistencia de la burguesía, sostener la victoria y seguir avanzando hasta el triunfo definitivo del socialismo, la revolución ya no puede si no crea, al llegar a una determinada fase de su desarrollo, un organismo especial, la dictadura del proletariado, que sea su principal apoyo.

«La cuestión del Poder es la fundamental en toda revolución» (*Lenin*). ¿Quiere esto decir que todo queda limitado a la toma del Poder, a la conquista del Poder? No. La toma del Poder no es más que el comienzo, La burguesía, derrocada en un país, sigue siendo todavía durante largo tiempo, por muchas razones, más fuerte que el proletariado que la ha derrocado. Por eso, todo consiste en mantenerse en el Poder, en consolidarlo, en hacerlo invencible. ¿Qué se precisa para alcanzar este fin? Se precisa cumplir, por lo menos, las tres tareas principales que se le planteaba a la dictadura del proletariado «al día siguiente» de la victoria:

a) vencer la resistencia de los terratenientes y capitalistas derrocados y expropiados por la revolución, aplastar todas y cada una de sus tentativas para restaurar el Poder del capital;

b) organizar la edificación de modo que todos los trabajadores se agrupen en tomo al proletariado y llevar a cabo esta labor con vistas a preparar la supresión, la destrucción de las clases;

c) armar a la revolución, organizar el ejército de la revolución para luchar contra los enemigos exteriores, para luchar contra el imperialismo.

Para llevar a cabo, para cumplir estas tareas, es necesaria la dictadura del proletariado.

«El paso del capitalismo al comunismo -dice Lenin- llena toda una época histórica. Mientras esta época histórica no finaliza, los explotadores siguen, inevitablemente abrigando *esperanzas* de restauración, *esperanzas* que se convierten en *tentativas* de restauración. Después de la primera derrota seria los explotadores derrocados, que no esperaban su derrocamiento, que no creían en él, que no aceptaban ni siquiera la idea de él, se lanzan con energía decuplicada, con pasión furiosa, con odio centuplicado, a la lucha por la restitución del «paraíso» que les ha sido arrebatado, por sus familias, que antes disfrutaban de una vida tan regalada y a quienes ahora la «canalla vil» condena a la ruina y la miseria (o a un trabajo «vil»...). Y tras de los capitalistas explotadores se arrastra una vasta masa de pequeña burguesía, de la que decenios de experiencia histórica en todos los países nos dicen que titubea y vacila, que hoy sigue al proletariado y mañana se asusta de las dificultades de la revolución, se deja llevar del pánico ante la primera derrota o semiderrota de los obreros, se pone nerviosa, se agita, lloriquea, pasa de un campo a otro» (v. t. XXIII, pág. 355).

La burguesía tiene sus razones para hacer tentativas de restauración, porque después de su derrocamiento sigue siendo, durante mucho tiempo todavía, más fuerte que el proletariado que la derrocó.

«Si los explotadores son derrotados solamente en un país -dice Lenin-, y éste es, naturalmente, el caso típico, porque la revolución simultánea en varios países constituye una excepción rara, seguirán siendo, *no obstante*, *más fuertes* que los explotados» (v. obra citada, pág. 354).

¿En qué consiste la fuerza de la burguesía derrocada?

En primer lugar, «en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de los vínculos internacionales de la burguesía» (v, t. XXV, pág. 173).

En segundo lugar, en que, «durante mucho tiempo después de la revolución, los explotadores siguen conservando, inevitablemente, muchas y enormes ventajas efectivas: les quedan el dinero (no es posible suprimir el dinero de golpe) y algunos que otros bienes muebles, con frecuencia valiosos; les quedan las relaciones, los hábitos de organización y administración, el conocimiento de todos los «secretos» (costumbres, procedimientos, medios, posibilidades) de la administración; les quedan una instrucción más elevada y su intimidad con el alto personal técnico (que vive y piensa en burgués); les queda (y esto es muy importante) una experiencia infinitamente superior en lo que respecta al arte militar, etc., etc.» (v. t. XXIII, pág. 354).

En tercer lugar, «*en la fuerza de la costumbre*, en la fuerza de la *pequeña producción*. Porque, desgraciadamente, queda todavía en el mundo mucha, muchísima pequeña producción, y la pequeña producción *engendra* capitalismo y burguesía constantemente, cada día, cada hora, espontáneamente y en masa»..., porque «suprimir las clases no sólo significa expulsar a los terratenientes y a los capitalistas -esto lo hemos hecho nosotros con relativa facilidad-, sino también *suprimir los pequeños productores de mercancías*; pero a éstos *no se les puede expulsar*, no se les puede aplastar; con ellos *hay que convivir*, y sólo se puede (y se debe) transformarlos, reeducarlos, mediante una labor de organización muy larga, lenta y prudente» (v. t. XXV, págs. 173 y 189).

Por eso, Lenin dice:

«La dictadura del proletariado es la guerra más abnegada y más implacable de la nueva clase contra un enemigo *más poderoso*, contra la burguesía, cuya resistencia se ve *decuplicada* por su derrocamiento»,

«la dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad» (v. obra citada, págs. 173 y 190).

No creo que sea necesario demostrar que es absolutamente imposible cumplir estas tareas en un plazo breve, llevar todo esto a la práctica en unos cuantos años. Por eso, en la dictadura del proletariado, en el paso del capitalismo al comunismo, no hay que ver un período efímero, que revista la forma de una serie de actos y decretos «revolucionarísimos», sino toda una época histórica, cuajada de guerras civiles y de choques exteriores, de una labor tenaz de organización y de edificación económica, de ofensivas y retiradas, de victorias y derrotas. Esta época histórica no sólo es necesaria para sentar las premisas económicas y culturales del triunfo completo del socialismo, sino también para dar al proletariado la posibilidad, primero, de educarse y templarse, constituyendo una fuerza capaz de gobernar el país, y, segundo, de reeducar y transformar a las capas pequeñoburguesas con vistas a asegurar la organización de la producción socialista.

«Tenéis que pasar -decía Marx a los obreros- por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y batallas internacionales, no sólo para cambiar las relaciones existentes, sino también para cambiar vosotros mismos y llegar a ser capaces de ejercer la dominación política» (véase: *C. Marx y F. Engels*, Obras, t. VIII, pág. 506).

Continuando y desarrollando la idea de Marx, Lenin escribe:

«Bajo la dictadura del proletariado, habrá que reeducar a millones de campesinos y de pequeños propietarios, a centenares de miles de empleados, de funcionarios, de intelectuales burgueses, subordinándolos a todos al Estado proletario y a la dirección proletaria; habrá que vencer en ellos los hábitos burgueses y las tradiciones burguesas»; habrá también que «…reeducar… en lucha prolongada, sobre la base de la dictadura del proletariado, a los proletarios mismos, que no se desembarazan de sus prejuicios pequeñoburgueses de golpe, por un milagro, por obra y gracia del espíritu santo o por el efecto mágico de una consigna, de una resolución o un decreto, sino únicamente en una lucha de masas prolongada y difícil contra la influencia de las ideas pequeñoburguesas entre las masas». (v. t. XXV, págs. 248 y 247).

2) *La dictadura del proletariado como dominación del proletariado sobre la burguesía*. De lo dicho se desprende ya que la dictadura del proletariado no es un simple cambio de personas en el gobierno, un cambio de «gabinete», etc., que deja intacto el viejo orden económico y político. Los mencheviques y oportunistas de todos los países, que le temen a la dictadura como al fuego y, llevados por el miedo, suplantan el concepto dictadura por el concepto «conquista del Poder», suelen reducir la «conquista del Poder» a un cambio de «gabinete», a la subida al Poder de un nuevo ministerio, formado por individuos como Scheidemann y Noske, MacDonald y Henderson. No creo que sea necesario explicar que estos cambios de gabinete y otros semejantes no tienen nada que ver con la dictadura del proletariado, con la conquista del verdadero Poder por el verdadero proletariado. Los MacDonald

y los Scheidemann en el Poder, dejando intacto el antiguo orden de cosas burgués, sus gobiernos -llamémoslos así- no pueden ser más que un aparato al servicio de la burguesía, un velo sobre las lacras del imperialismo, un instrumento de la burguesía contra el movimiento revolucionario de las masas oprimidas y explotadas. Esos gobiernos los necesita el capital como pantalla, cuando para él es inconveniente, desventajoso, difícil, oprimir y explotar a las masas sin una pantalla. Naturalmente, la aparición de esos gobiernos es síntoma de que «entre ellos» (es decir, entre los capitalistas), «en Chipka»[158], no reina la tranquilidad, pero, no obstante, los gobiernos de este tipo son, inevitablemente, gobiernos del capital enmascarados. De un gobierno MacDonald o Scheidemann a la conquista del Poder por el proletariado hay tanto trecho como de la tierra al cielo. La dictadura del proletariado nos es un cambio de gobierno, sino un Estado nuevo, con nuevos organismos de Poder centrales y locales; es el Estado del proletariado, que surge sobre las ruinas del Estado antiguo, del Estado de la burguesía.

La dictadura del proletariado no surge sobre la base del orden de cosas burgués, sino en el proceso de su destrucción, después del derrocamiento de la burguesía, en el curso de la expropiación de los terratenientes y los capitalistas, en el curso de la socialización de los instrumentos y los medios de producción fundamentales, en el curso de la revolución violenta del proletariado. La dictadura del proletariado es un Poder revolucionario que se basa en la violencia contra la burguesía.

El Estado es una máquina puesta en manos de la clase dominante para aplastar la resistencia de sus enemigos de clase. *En este sentido*, la dictadura del proletariado realmente no se distingue en nada de la dictadura de cualquier otra clase, pues el Estado proletario es una máquina para aplastar a la burguesía. Pero hay aquí una diferencia *esencial*. Consiste esta diferencia en que todos los Estados de clase que han existido hasta hoy han sido la dictadura de una minoría explotadora sobra una mayoría explotada, mientras que la dictadura del proletariado es la dictadura de la mayoría explotada sobre la minoría explotadora.

En pocas palabras: *la dictadura del proletariado es la dominación del proletariado sobre la burguesía, dominación no limitada por la ley y basada en la violencia y que goza de la simpatía y el apoyo de las masas trabajadoras y explotadas* (*Lenin*, «El Estado y la revolución»).

[158] Paráfrasis de la expresión «En Chipka reina la tranquilidad», que se refiere a la historia de la guerra ruso-turca de 1877-1878. Mientras en el desfiladero de Chipka se libraban encarnizados combates, el Estado Mayor de las tropas zaristas comunicaba en sus partes de guerra: «En Chipka reina la tranquilidad». (N. del T.)

De aquí se desprenden dos conclusiones fundamentales.

Primera conclusión. La dictadura del proletariado no puede ser «plena» democracia, democracia para todos, para los ricos y para los pobres; la dictadura del proletariado «debe ser un Estado democrático, de manera nueva (*para*[159] los proletarios y los desposeídos en general) y dictatorial de manera nueva (*contra*[160] la burguesía)» (v. t. XXI, pág. 393). Las frases de Kautsky y Cía. sobre la igualdad universal, sobre la democracia «pura», la democracia «perfecta», etc., no son más que la tapadera burguesa del hecho indudable de que la igualdad entre explotados y explotadores es imposible. La teoría de la democracia «pura» es una teoría de la aristocracia obrera, domesticada y cebada por los saqueadores imperialistas. Esta teoría fue sacada a luz para cubrir las lacras del capitalismo, para disfrazar el imperialismo y darle fuerza moral en la lucha contra las masas explotadas. Bajo el capitalismo no existen ni pueden existir verdaderas «libertades» para los explotados, aunque no sea más que por el hecho de que los locales, las imprentas, los depósitos de papel, etc., necesarios para ejercer estas «libertades», son privilegio de los explotadores. Bajo el capitalismo, no se da ni puede darse una verdadera participación de las masas explotadas en la gobernación del país, aunque no sea más que por el hecho de que, bajo el capitalismo, aún en el régimen más democrático, los gobiernos no los forma el pueblo, sino que los forman los Rothschild y los Stinnes, los Rockefeller y los Margan. Bajo el capitalismo, la democracia es una democracia *capitalista*, la demacrada de la minoría explotadora, basada en la restricción de los derechos de la mayoría explotada y dirigida contra esta mayoría. Sólo bajo la dictadura proletaria puede haber verdaderas libertades para los explotados y una verdadera participación de los proletarios y de los campesinos en la gobernación del país. Bajo la dictadura del proletariado, la democracia es una democracia *proletaria*, la democracia de la mayoría explotada, basada en la restricción de los derechos de la minoría explotadora y dirigida contra esta minoría.

Segunda conclusión. La dictadura del proletariado no puede surgir como resultado del desarrollo pacífico de la sociedad burguesa y de la democracia burguesa; sólo puede surgir como resultado de la demolición de la máquina del Estado burgués, del ejército burgués, del aparato burocrático burgués, de la policía burguesa.

«La clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines», dicen Marx y Engels en el prefacio al «Manifiesto del Partido Comunista». La revolución proletaria debe «…no hacer pasar de

[159] Subrayado por mí. J. St.
[160] Subrayado por mí. J. St.

unas manos a otras la máquina burocrática-militar, como venía sucediendo hasta ahora, sino *demolerla*... y ésta es la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente», dice Marx en una carta a Kugelmann, escrita en 1871.

La salvedad hecha por Marx respecto al continente ha servido de pretexto a los oportunistas y mencheviques de todos los países para gritar que Marx admitía la posibilidad de transformación pacífica de la democracia burguesa en democracia proletaria, por lo menos en algunos países que no forman parte del continente europeo (Inglaterra, Norteamérica). Marx admitía, en efecto, esta posibilidad, y tenía fundamento para ello en el caso de Inglaterra y Norteamérica en la década del 70 del siglo pasado, cuando aún no existía el capitalismo monopolista, cuando no existía el imperialismo y estos países no tenían aún, debido a las condiciones especiales en que se desenvolvieron, un militarismo y un burocratismo desarrollados. Así fue hasta la aparición del imperialismo desarrollado. Pero luego, treinta o cuarenta años más tarde, cuando la situación en estos países cambió radicalmente, cuando el imperialismo se desarrolló, abarcando a todos los países capitalistas, sin excepción, cuando el militarismo y el burocratismo hicieron su aparición en Inglaterra y en Norteamérica, cuando las condiciones especiales del desarrollo pacífico de Inglaterra y de Norteamérica desaparecieron, la salvedad hecha con respecto a estos países debía desaparecer por sí sola.

«Ahora, en 1917, en la época de la primera gran guerra imperialista -dice Lenin-, esta salvedad hecha por Marx pierde su razón de ser. Inglaterra y Norteamérica, los principales y los últimos representantes -en el mundo entero- de la «libertad» anglosajona en el sentido de ausencia de militarismo y de burocratismo, han rodado definitivamente al inmundo y sangriento pantano, común a toda Europa, de las instituciones burocrático-militares, que todo lo someten y todo lo aplastan. Ahora, en Inglaterra y en Norteamérica es «condición previa de toda verdadera revolución popular» *demoler*, *destruir* la «máquina estatal existente» (que ha sido llevada allí, en los años de 1914 a 1917, a la perfección «europea», a la perfección común a todos los países imperialistas)» (v. t. XXI, pág. 395).

En otras palabras: la ley de la revolución violenta del proletariado, la ley de la destrucción de la máquina del Estado burgués, como condición previa de esta revolución, es una ley inexcusable del movimiento revolucionario en los países imperialistas del mundo.

Claro está que, en un porvenir lejano, si el proletariado triunfa en los países capitalistas más importantes y el actual cerco capitalista es sustituido por un cerco socialista, será perfectamente posible la trayectoria «pacífica» de desarrollo para algunos países capitalistas, donde los capitalistas, debido a la «desfavorable» situación internacional, juzguen conveniente hacer «voluntariamente» al proletariado concesiones importantes. Pero esta hipótesis sólo se refiere a un porvenir lejano y probable. Para un porvenir cercano, esta hipótesis no tiene ningún fundamento, absolutamente ninguno.

Por eso, Lenin tiene razón cuando dice:

«La revolución proletaria es imposible sin la destrucción violenta de la máquina del Estado burgués y sin su sustitución por una máquina *nueva*.» (v, t. XXIII, pág. 342).

3) *El Poder Soviético como forma estatal de la dictadura del proletariado*. El triunfo de la dictadura del proletariado significa el aplastamiento de la burguesía, la destrucción de la máquina del Estado burgués, la sustitución de la democracia burguesa por la democracia proletaria. Eso está claro. Pero ¿por medio de qué organizaciones se puede llevar a cabo esta gigantesca labor? Difícilmente podrá dudarse de que las viejas formas de organización del proletariado, surgidas sobre la base del parlamentarismo burgués, son insuficientes para ello. ¿Cuáles son, pues, las nuevas formas de organización del proletariado aptas para desempeñar el papel de sepultureras de la máquina del Estado burgués, aptas, no sólo para destruir esta máquina y no sólo para sustituir la democracia burguesa por la democracia proletaria, sino para constituir la base del Poder estatal proletario?

Esta nueva forma de organización del proletariado son los Soviets.

¿En qué consiste la fuerza de los Soviets, en comparación con las viejas formas de organización?

En que los Soviets son las organizaciones de masas del proletariado *más vastas*, pues los soviets, y sólo ellos, encuadran a todos los obreros, sin excepción.

En que los Soviets son las *únicas* organizaciones de masas que engloban a todos los oprimidos y explotados, a los obreros y los campesinos, a los soldados y los marinos, y que, en consecuencia, permiten a la vanguardia de las masas, el proletariado, ejercer con la mayor sencillez y la mayor plenitud la dirección política de la lucha de las masas.

En que los Soviets son los *organismos más poderosos* de la lucha revolucionaria de las masas, de las acciones políticas de las masas, de la insurrección de las masas, organismos capaces de destruir la omnipotencia del capital financiero y de sus apéndices políticos.

En que los Soviets son organizaciones directas de

las mismas masas, es decir, las organizaciones *más democráticas* y, por tanto, las que gozan de mayor prestigio entre las masas. Los Soviets facilitan al máximo la participación de las masas en la organización del nuevo Estado y en su gobernación y abren el máximo campo de acción a la energía revolucionaria, a la iniciativa y a la capacidad creadora de las masas en la lucha por la destrucción del antiguo orden de cosas, en la lucha por un orden de cosas nuevo, por un orden de cosas proletario.

El Poder Soviético es la unificación y estructuración de los Soviets locales en una organización general de Estado, en la organización estatal del proletariado como vanguardia de las masas oprimidas y explotadas y como clase dominante, su unificación en la República de los Soviets.

La esencia del Poder Soviético consiste en que las organizaciones más de masas y más revolucionarias de las clases que, precisamente, eran oprimidas por los capitalistas y terratenientes, constituyen ahora «la base *permanente y única* de todo el Poder estatal, de todo el aparato del Estado», en que, «precisamente a estas masas, que hasta en las repúblicas burguesas más democráticas», aún siendo iguales en derechos según la ley, «se veían apartadas de hecho, por mil procedimientos y artimañas, de la participación en la vida política y privadas de los derechos y de las libertades democráticos, se les da ahora una participación *permanente*, ineludible, y además decisiva, en la dirección democrática del Estado»[161] (v. *Lenin*, t. XXIV, pág. 13).

Por eso, el Poder Soviético es una *nueva forma* de organización estatal, que se distingue por principio de la vieja forma democrático-burguesa y parlamentaria, un *nuevo tipo* de Estado, no adaptado para la explotación y la opresión de las masas trabajadoras, sino para la liberación completa de estas masas de toda opresión y de toda explotación, adaptado para las tareas de la dictadura del proletariado.

Lenin tiene razón cuando dice que, con la aparición del poder Soviético, «la época del parlamentarismo democrático-burgués ha terminado y se abre un nuevo capítulo de III histeria universal: la época de la dictadura proletaria».

¿En qué consisten los rasgos característicos del Poder Soviético?

En que el Poder Soviético es la organización del Estado más de masas y más democrática de todas las organizaciones del Estado posibles mientras existan las clases, pues, siendo el terreno en que se realiza la alianza y la colaboración de los obreros y de los campesinos explotados en la lucha contra los explotadores, y apoyándose para su labor en esta alianza y en esta colaboración, Constituye, por ello, el Poder de la mayoría de la población sobre la minoría, el Estado de esa mayoría, la expresión de su dictadura.

En que el Poder Soviético es la más internacionalista de todas las organizaciones estatales de la sociedad de clases, porque, destruyendo toda opresión nacional y apoyándose en la colaboración de las masas trabajadoras de distintas nacionalidades, facilita, por ello, la agrupación de estas masas en una sola entidad estatal.

En que el Poder Soviético facilita, por su misma estructura, la dirección de las masas oprimidas y explotadas por su vanguardia, por el proletariado, el núcleo más cohesionado y más consciente de los Soviets.

«La experiencia de todas las revoluciones y de todos los movimientos de las clases oprimidas, la experiencia del movimiento socialista mundial -dice Lenin-, nos enseña que sólo el proletariado es capaz de reunir y de llevar tras de sí a las capas dispersas y atrasadas de la población trabajadora y explotada» (v. t. XXIV, pág. 14). Y la realidad es que la estructura del Poder Soviético facilita la aplicación de las enseñanzas de esa experiencia.

En que el Poder Soviético, al fundir el Poder legislativo y el Poder, ejecutivo en una organización única de Estado y sustituir los distritos electorales de tipo territorial por las unidades de producción -las fábricas-, pone a las masas obreras, y a las masas trabajadoras en general, en relación directa con el aparato de dirección del Estado y las enseña a gobernar el país.

En que sólo el Poder Soviético es capaz de liberar al ejército de su subordinación al mando burgués y de convertirlo, de un instrumento para oprimir al pueblo, como es bajo el régimen burgués, en un instrumento que libera al pueblo de] yugo de la burguesía, tanto de la propia como de la ajena.

En que «sólo la organización soviética del Estado puede en realidad demoler de golpe y destruir definitivamente el viejo aparato, es decir el aparato burocrático y judicial burgués» (v. lugar citado).

En que sólo la forma soviética de Estado, que incorpora a la participación permanente e incondicional en la dirección del Estado a las organizaciones de masas de los trabajadores y explotados, es capaz de preparar la extinción del Estado, lo que constituye uno de los elementos fundamentales de la futura sociedad sin Estado, de la sociedad comunista.

La República de los Soviets es, por lo tanto, la forma política buscada, y al fin descubierta, dentro de cuyo marco debe alcanzarse la liberación económica del proletariado, el triunfo completo del socialismo.

La Comuna de París fue el germen de esta forma. El Poder Soviético es su desarrollo y su coronamiento.

Por eso, Lenin dice que:

---

[161] Subrayado en todas partes por mí, J. St.

«La República de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos no es sólo una forma de instituciones democráticas de tipo más elevado..., sino la *única*[162] forma capaz de asegurar el tránsito menos doloroso al socialismo» (v. t. XXII, pág. 131).

V. La cuestión campesina

Analizaré cuatro cuestiones de este tema:

a) planteamiento de la cuestión;

b) el campesinado durante la revolución democrático-burguesa;

c) el campesinado durante la revolución proletaria;

d) el campesinado después de la consolidación del Poder Soviético.

1) *Planteamiento de la cuestión*. Algunos piensan que lo fundamental en el leninismo es la cuestión campesina, que el punto de partida del leninismo es la cuestión del campesinado, de su papel, de su peso específico. Esto es completamente falso. La cuestión fundamental del leninismo, su punto de partida, no es la cuestión campesina, sino la cuestión de la dictadura del proletariado, de las condiciones en que ésta se conquista y de las condiciones en que se consolida. La cuestión campesina, como cuestión del aliado del proletariado en su lucha por el Poder, es una cuestión derivada.

Sin embargo, esta circunstancia no reduce en lo más mínimo la grande y candente importancia que tiene, sin duda, esta cuestión para la revolución proletaria. Es sabido que, entre los marxistas rusos, la cuestión campesina empezó a estudiarse a fondo en vísperas precisamente de la primera revolución (1905), cuando, el derrocamiento del zarismo y la realización de la hegemonía del proletariado se plantearon en toda su magnitud ante el Partido y la cuestión del aliado del proletariado en la revolución burguesa inminente adquirió un carácter palpitante. Es sabido también que la cuestión campesina cobró en Rusia mayor actualidad todavía durante la revolución proletaria, cuando la cuestión de la dictadura del proletariado, de su conquista y de su mantenimiento planteó el problema de los aliados del proletariado en la revolución proletaria inminente. Es comprensible: quien marcha hacia el Poder y se prepara para él, no puede dejar de interesarse por el problema de sus verdaderos aliados.

En este sentido, la cuestión campesina es una parte de la cuestión general de la dictadura del proletariado y, como tal, una de las cuestiones más palpitantes del leninismo.

La indiferencia, e incluso la actitud francamente negativa de los partidos de la II Internacional ante la cuestión campesina, no se debe sólo a las condiciones especificas del desarrollo en el occidente se debe, ante todo, a que esos partidos no creen en la dictadura del proletariado, temen la revolución y no piensan en llevar el proletariado al Poder. Y quien teme la revolución, quien no quiere llevar a los proletarios al Poder, no puede interesarse por la cuestión de los aliados del proletariado en la revolución; para esa gente, la cuestión de los aliados es una Cuestión sin importancia, sin ninguna actualidad. Los héroes de la II Internacional consideran su actitud irónica hacia la cuestión campesina como de buen tono, como marxismo «auténtico». En realidad, esta actitud no tiene ni un ápice de marxismo, pues la indiferencia ante una cuestión tan importante como la campesina, en vísperas de la revolución proletaria, es el reverso de la negación de la dictadura del proletariado, un síntoma indudable de franca traición al marxismo.

La cuestión se plantea así: *¿están ya agotadas* las posibilidades revolucionarias que, como resultado de determinadas condiciones de su existencia, encierra en su seno la masa campesina o no lo están? Y, si no lo están, *¿hay la esperanza* de aprovechar estas posibilidades *para* la revolución proletaria, de convertir al campesinado, a su mayoría explotada, de reserva de la burguesía, como lo fue durante las revoluciones burguesas del Occidente y lo sigue siendo en la actualidad, en reserva del proletariado, en aliado de éste", ¿hay *fundamento* para ello?

El leninismo da a esta pregunta una respuesta afirmativa, es decir, reconoce la existencia de una capacidad revolucionaria en la mayoría de los campesinos y la posibilidad de aprovechar esa capacidad en interés de la dictadura del proletariado.

La historia de tres revoluciones en Rusia confirma plenamente las conclusiones del leninismo a este respecto.

De aquí la conclusión práctica de apoyar a las masas trabajadoras del campo en su lucha contra el sojuzgamiento y la explotación, en su lucha por redimirse de la opresión y de la miseria. Esto no significa, naturalmente, que el proletariado deba apoyar *todo* movimiento campesino. Debe apoyar, concretamente, los movimientos y las luchas de los campesinos que contribuyan directa o indirectamente al movimiento de liberación del proletariado, que, de una u otra forma, lleven el agua al molino de la revolución proletaria, que contribuyan a convertir a los campesinos en reserva y aliado de la clase obrera.

2) *El campesinado durante la revolución democrático-burguesa*. Este período se extiende de la primera revolución rusa (1905) a la segunda (febrero de 1917) inclusive. El rasgo característico de este período consiste en que los campesinos se emancipan de la influencia de la burguesía liberal, en que los campesinos *se apartan* de los demócratas constitucionalistas, en que *viran* hacia el proletariado, hacia el Partido Bolchevique. La historia de este período es la historia de la lucha entre los demócratas constitucionalistas (burguesía liberal)

[162] Subrayado por mí, J. St.

y los bolcheviques (proletariado) por conquistar a los campesinos. La suerte de esta lucha la decidió el período de las Dumas, pues el período de las cuatro Dumas fue para los campesinos una lección palmaria, y esa lección les hizo ver con toda nitidez que de manos de los demócratas constitucionalistas no recibirían ni la tierra ni la libertad, que el zar se hallaba por entero al lado de los terratenientes y que los demócratas constitucionalistas apoyaban al zar; que la única fuerza con cuya ayuda podrían contar eran los obreros de la ciudad, el proletariado. La guerra imperialista no hizo más que confirmar la lección del período de las Dumas, apartando definitivamente a los campesinos de la burguesía, aislando definitivamente a la burguesía liberal, pues los años de guerra demostraron qué vano y qué ilusorio era esperar la paz de manos del zar y de sus aliados burgueses. Sin las palmarias enseñanzas del período de las Dumas hubiera sido imposible la hegemonía del proletariado.

Así fue como se llegó a la alianza de los obreros y los campesinos en la revolución democrático-burguesa. Así fue como se llegó a la hegemonía (dirección) del proletariado en la lucha conjunta por el derrocamiento del zarismo, hegemonía que llevó a la revolución de febrero de 1917.

Las revoluciones burguesas del Occidente (Inglaterra, Francia, Alemania, Austria) siguieron, como es sabido, otro camino. Allí la hegemonía no perteneció al proletariado, que por su debilidad no era ni podía ser una fuerza política independiente, sino a la burguesía liberal. Allí, los campesinos no obtuvieron su liberación del régimen de servidumbre de manos del proletariado, poco numeroso y mal organizado, sino de manos de la burguesía. Allí, los campesinos marchaban contra el antiguo orden de cosas al lado de la burguesía liberal. Allí, los campesinos eran una reserva de la burguesía. Allí, la revolución se tradujo, por las causas señaladas, en un enorme aumento del peso político de la burguesía.

En Rusia, por el contrario, la revolución burguesa tuvo resultados diametralmente opuestos. En Rusia, la revolución no se tradujo en el fortalecimiento, sino en el debilitamiento de la burguesía como fuerza política; no aumentó sus reservas políticas, sino que le hizo perder su reserva fundamental: el campesinado. En Rusia, la revolución burguesa no colocó en primer plano a la burguesía liberal, sino al proletariado revolucionario, agrupando en torno a éste a los millones y millones de campesinos.

A ésta, entre otras razones, se debe el que la revolución burguesa en Rusia se trasformase, en un plazo relativamente breve, en revolución proletaria. La hegemonía del proletariado fue el germen de su dictadura, el peldaño que llevó hasta ella.

¿A qué se debe este fenómeno peculiar de la revolución rusa, este fenómeno sin precedente en la historia de las revoluciones burguesas del Occidente? ¿Cuál es el origen de esta peculiaridad?

Se debe a que la revolución burguesa tuvo lugar en Rusia en condiciones de un mayor desarrollo de la lucha de clases que en el Occidente, a que el proletariado ruso constituía ya, a la sazón, una fuerza política independiente, mientras que la burguesía liberal, asustada por el espíritu revolucionario del proletariado, había perdido todo tinte revolucionario (particularmente después de las enseñanzas de 1905) y había virado hacia una alianza con el zar y con los terratenientes contra la revolución, contra los obreros y los campesinos.

Conviene fijar la atención en las siguientes circunstancias, que determinaron el carácter peculiar de la revolución burguesa rusa:

a) La extraordinaria concentración de la industria rusa en vísperas de la revolución. Es sabido, por ejemplo, que el 54% de todos los obreros de Rusia trabajaban en empresas de más de 500 obreros, mientras que en un país tan desarrollado como los Estados Unidos sólo trabajaban en empresas análogas el 33% de los obreros. No creo que sea necesario demostrar que ya esta sola circunstancia, unida a la existencia de un partido tan revolucionario como el Partido Bolchevique, hacía de la clase obrera de Rusia la fuerza más importante en la vida política del país.

b) Las escandalosas formas de explotación que imperaban en las empresas, unidas al intolerable régimen policíaco de los esbirros zaristas, hacían de toda huelga importante de los obreros un acto político formidable y templaban a la clase obrera como una fuerza consecuentemente revolucionaria.

c) La flaqueza política de la burguesía rusa, que después de la revolución de 1905 se transformó en servilismo ante la autocracia zarista y en contrarrevolución manifiesta, no sólo porque el espíritu revolucionario del proletariado ruso hizo a la burguesía rusa lanzarse en brazos del zarismo, sino también porque esta burguesía dependía directamente de los encargos del gobierno.

d) La existencia de los vestigios más escandalosos y más intolerables del feudalismo en el campo, complementados por la omnipotencia de los terratenientes, circunstancia que echó a los campesinos en brazos de la revolución.

e) El zarismo, que ahogaba todo lo vivo e intensificaba con sus arbitrariedades la opresión ejercida por los capitalistas y los terratenientes, circunstancia que fundió la lucha de los obreros y de los campesinos en un solo torrente revolucionario.

f) La guerra imperialista, que fundió todas estas contradicciones de la vida política de Rusia en una profunda crisis revolucionaria y dió al empuje de la revolución una fuerza increíble.

En estas condiciones, ¿hacia dónde podían orientarse los campesinos? ¿En quién iban a buscar apoyo contra la omnipotencia de los terratenientes,

contra las arbitrariedades del zar, contra la guerra desastrosa, que arruinaba sus haciendas? ¿En la burguesía liberal? La burguesía liberal era enemiga; así lo había demostrado la larga experiencia de las cuatro Dumas. ¿En los eseristas? Los eseristas eran, naturalmente, «mejores» que los demócratas constitucionalistas y tenían un programa «aceptable», casi campesino; pero ¿qué podían darles los eseristas, si pensaban apoyarse sólo en los campesinos y eran débiles en la ciudad, de donde, ante todo, sacaba sus fuerzas el enemigo? ¿Dónde estaba la nueva fuerza que no se detendría ante nada, ni en el campo ni en la ciudad, que se situaría valientemente en las primeras filas en la lucha contra el zar y los terratenientes, que ayudaría al campesinado a romper las cadenas de la esclavitud, de la falta de tierra, de la opresión, de la guerra? ¿Existía, en general, en Rusia semejante fuerza? Sí, sí que existía. Era el proletariado ruso, que había puesto ya de manifiesto en 1905 su fuerza, su capacidad para luchar hasta el fin, su valentía, su espíritu revolucionario.

En todo caso, no existía ninguna otra fuerza semejante, ni había de dónde sacarla.

Por eso, los campesinos, después de apartarse de los demócratas constitucionalistas y de acercarse a los eseristas, llegaron a comprender la necesidad de someterse a la dirección de un jefe de la revolución tan valiente como el proletariado ruso.

Tales fueron las circunstancias que determinaron el carácter peculiar de la revolución burguesa en Rusia.

3) *El campesinado durante la revolución proletaria*. Este período se extiende de la revolución de febrero (1917) a la Revolución de Octubre (1917). Es un período relativamente breve, en total ocho meses, pero, desde el punto de vista de la formación política y de la educación revolucionaria de las masas, esos ocho meses bien pueden ser equiparados a largos decenios de desarrollo constitucional ordinario, pues son ocho meses de *revolución*. El rasgo característico de este período es que los campesinos se hacen más revolucionarios, se desengañan de los eseristas, *se apartan* de ellos y dan un nuevo *viraje* para *agruparse de manera directa* en torno al proletariado, como única fuerza revolucionaria consecuente hasta el fin, capaz de llevar el país a la paz. La historia de este período es la historia de la lucha de los eseristas (democracia pequeñoburguesa) y de los bolcheviques (democracia proletaria) por conquistar a los campesinos, por ganarse a la mayoría de los campesinos. Decidieron la suerte de esta lucha el período de la coalición, el período de la kerenskiada, la negativa de los eseristas y los mencheviques a confiscar las tierras de los terratenientes, la lucha de los eseristas y los mencheviques por la continuación de la guerra, la ofensiva de junio en el frente, la pena de muerte para los soldados y la sublevación de Kornílov.

Si antes, en el período anterior, la cuestión fundamental de la revolución era derrocar al zar y el Poder de los terratenientes, ahora, en el período siguiente a la revolución de febrero, en el que ya no había zar, y la guerra, interminable, daba el golpe de gracia a la economía del país, arruinando enteramente a los campesinos, la cuestión fundamental de la revolución era acabar con la guerra. El centro de gravedad se había desplazado, sin dejar lugar a dudas, de las cuestiones de carácter puramente interior a la cuestión fundamental: a la cuestión de la guerra. «Poner fin a la guerra», «librarse de la guerra»: tal era el clamor general del país extenuado y, sobre todo, de los campesinos.

Ahora bien, para librarse de la guerra, había que derrocar al Gobierno Provisional, había que derrocar el Poder de la burguesía, había que derrocar el Poder de los eseristas y los mencheviques, porque eran ellos, y sólo ellos, quienes dilataban la guerra hasta «la victoria final». En realidad, no había más camino para salir de la guerra que el derrocamiento de la burguesía.

Fue aquélla una nueva revolución, una revolución proletaria, porque arrojaba del Poder a la última fracción, a la fracción de extrema izquierda de la burguesía imperialista, a los partidos eserista y menchevique, para crear un nuevo Poder, un Poder proletario, el Poder de los Soviets, para llevar al Poder al Partido del proletariado revolucionario, al Partido Bolchevique, al Partido de la lucha revolucionaria contra la guerra imperialista y por una paz democrática. La mayoría de los campesinos apoyó la lucha de 1015 obreros por la paz, por el Poder de los Soviets.

Para los campesinos no había otra salida. No podía haber otra salida.

El período de la kerenskiada fue, por tanto, la enseñanza más palmaria para las masas trabajadoras del campo, pues demostró evidentemente que, bajo el Poder de los eseristas y de los mencheviques, el país no se libraría de la guerra y los campesinos no obtendrían ni la tierra ni la libertad; que los mencheviques y los eseristas sólo se distinguían de los demócratas constitucionalistas por sus discursos melifluos y sus promesas engañosas, practicando, en realidad, la misma política imperialista que los demócratas constitucionalistas; que el único Poder capaz de sacar al país del atolladero era el Poder de los Soviets. La prolongación de la guerra no hizo más que confirmar lo acertado de esta lección, espoleando la revolución e impulsando a millones y millones de campesinos y soldados a *agruparse de manera directa* en torno a la revolución proletaria. El aislamiento de los eseristas y de los mencheviques llegó a ser un hecho indudable. Sin las enseñanzas palmarias del período de la coalición, no hubiera sido posible la dictadura del proletariado.

Tales fueron las circunstancias que facilitaron el

proceso de transformación de la revolución burguesa en revolución proletaria.

Así se llegó en Rusia a la dictadura del proletariado.

4) *El campesinado después de la consolidación del Poder Soviético*. Si antes, en el primer período de la revolución, la cuestión consistía principalmente en derrocar el zarismo, y más tarde, después de la revolución de febrero, consistía, ante todo, en salir de la guerra imperialista mediante el derrocamiento de la burguesía, ahora, después de terminada la guerra civil y consolidado el Poder Soviético, pasan a primer plano las cuestiones de la edificación económica. Reforzar y desarrollar la industria nacionalizada; ligar, a este efecto, la industria con la economía campesina a través del comercio regulado por el Estado; sustituir el sistema de contingentación por el impuesto en especie, para luego, disminuyendo gradualmente este impuesto, pasar al cambio de artículos industriales por productos de la economía campesina; reanimar el comercio y desarrollar la cooperación, atrayendo a ésta a millones de campesinos: así esbozaba Lenin las tareas inmediatas de la edificación económica, encaminada a sentar los cimientos de la economía socialista.

Dicen que esta tarea puede ser superior a las fuerzas de un país campesino como Rusia. Algunos escépticos llegan incluso a afirmar que esta tarea es puramente utópica, irrealizable, porque las campesinos son campesinos, es decir, pequeños productores, y no pueden, por tanto, ser utilizados para organizar los cimientos de la producción socialista.

Pero los escépticos se equivocan, porque no toman en consideración algunas circunstancias que tienen, en este caso, una importancia decisiva. Veamos las principales.

Primera. No hay que confundir al campesinado de la Unión Soviética con el campesinado del Occidente. Un campesinado que ha pasado por la escuela de tres revoluciones, que ha luchado del brazo del proletariado y bajo la dirección del proletariado contra el zar y el Poder burgués, un campesinado que ha recibido de manos de la revolución proletaria la tierra y la paz y que, por ello, se ha convertido en reserva del proletariado, este campesinado no puede por menos de diferenciarse del campesinado que ha luchado en la revolución burguesa bajo la dirección de la burguesía liberal, ha recibido la tierra de manos de esta burguesía y se ha convertido, por ello, en reserva de la burguesía. Huelga demostrar que el campesino soviético, acostumbrado a apreciar la amistad política y la colaboración política del proletariado y que debe su libertad a esta amistad y a esta colaboración, no puede por menos de estar extraordinariamente predispuesto a colaborar económicamente con el proletariado.

Engels decía que «la conquista del Poder político por el partido socialista se ha ido dibujando como una meta próxima», que, «para conquistar el Poder político, este partido tiene antes que ir de la ciudad al campo y convertirse aquí en una potencia» (v. *Engels*, «El problema campesino», ed. 1922). Engels escribió estas palabras en el último decenio del siglo pasado, refiriéndose a los campesinos del Occidente. ¿Es necesario demostrar que los comunistas rusos, que han llevado a cabo en este terreno una labor gigantesca en el transcurso de tres revoluciones, han conseguido crearse ya en el campo una influencia y un apoyo con los que nuestros compañeros del Occidente no pueden ni siquiera soñar? ¿Cómo es posible negar que esta circunstancia no puede por menos de facilitar de modo radical el establecimiento de la colaboración económica entre la clase obrera y los campesinos de Rusia?

Los escépticos repiten machaconamente que los pequeños campesinos son un factor incompatible con la edificación socialista. Pero escuchad lo que dice Engels a propósito de los pequeños campesinos del Occidente:

«Nosotros estamos resueltamente de parte del pequeño campesino; haremos todo cuanto es admisible para hacer más llevadera su suerte, para hacerle más fácil el paso al régimen cooperativo, caso de que se decida a él, e incluso para facilitarle un largo plazo de tiempo para que lo piense en su parcela, si no se decide a tomar todavía esta determinación. Y lo hacemos así, no sólo porque consideramos posible el paso él nuestro lado del pequeño campesino que trabaja su tierra, sino además por un interés directo de partido. Cuanto mayor sea el número de campesinos a quienes ahorremos su caída efectiva en el proletariado, a quienes podamos ganar ya para nosotros como campesinos, más rápida y fácilmente se llevará a cabo la transformación social. No está en nuestro interés el tener que esperar, para esta transformación, a que se desarrolle en todas partes, hasta sus últimas consecuencias, la producción capitalista, a que hayan caído en las garras de la gran producción capitalista hasta el último pequeño artesano y el último pequeño campesino. Los sacrificios materiales que haya que hacer en este sentido en interés de los campesinos, a costa de los fondos públicos, podrán ser considerados, desde el punto de vista de la economía capitalista, como dinero tirado, pero serán, a pesar de eso, una excelente inversión, pues ahorrarán, tal vez, una cantidad decuplicada en los gastos de la reorganización de la sociedad en general. Por tanto, en este sentido podremos proceder con los campesinos muy generosamente" (v. obra citada).

Así hablaba Engels, refiriéndose a los campesinos del Occidente. Pero ¿no está claro, acaso, que lo que

Engels dice no puede llevarse a cabo en ningún sitio con tanta facilidad ni plenitud como en el país de la dictadura del proletariado? ¿Acaso no está claro que sólo en la Rusia Soviética puede darse sin dilación e íntegramente «el paso a nuestro lado del pequeño campesino que trabaja por su cuenta» y que los «sacrificios materiales» y la «generosidad respecto a los campesinos», necesarios para ello, así como otras medidas análogas en beneficio de los campesinos, se aplican ya en Rusia? ¿Cómo puede negarse que esta circunstancia tiene, a su vez, que facilitar e impulsar la edificación económica del País Soviético?

Segunda. No hay que confundir la agricultura de Rusia con la del Occidente. En el Occidente, la agricultura se desarrolla siguiendo la ruta habitual del capitalismo, en medio de una profunda diferenciación de los campesinos, con grandes fincas y latifundios privados capitalistas en uno de los polos, y, en el otro, pauperismo, miseria y esclavitud asalariada. Allí son completamente naturales, a consecuencia de ello, la disgregación y la descomposición. No sucede así en Rusia. En nuestro país, la agricultura no puede desarrollarse siguiendo esa ruta, ya que la existencia del Poder Soviético y la nacionalización de los instrumentos v medios de producción fundamentales no permiten semejante desarrollo. En Rusia, el desarrollo de la agricultura debe seguir otro camino, el camino de la cooperación de millones de campesinos pequeños y medios, el camino del desarrollo de la cooperación en masa en el campo, fomentada por el Estado mediante créditos concedidos en condiciones ventajosas. Lenin indicaba acertadamente, en sus artículos sobre la cooperación, que el desarrollo de la agricultura de nuestro país debía seguir un camino nuevo, incorporando a la mayoría de los campesinos a la edificación socialista a través de la cooperación, introduciendo gradualmente en la economía rural el principio del colectivismo, primero en la venta de los productos agrícolas y después en su producción.

En este sentido, son sumamente interesantes algunos fenómenos nuevos que se presentan en el campo, en relación con la cooperación agrícola. Es sabido que en el seno de la Unión de Cooperativas Agrícolas han surgido, en diferentes ramas de la economía rural -en la producción de lino, de patata, de manteca, etc.-, nuevas y fuertes organizaciones con un gran porvenir. Entre ellas figura, por ejemplo, la Cooperativa Central del Lino, que agrupa a toda una red de cooperativas campesinas de producción de lino. La Cooperativa Central del Lino se ocupa de suministrar a los campesinos semillas e instrumentos de reproducción, compra después a los mismos campesinos toda su producción de lino, la vende en gran escala en el mercado, garantiza a los campesinos una participación en los beneficios y, de este modo, liga la economía campesina, a través de la Unión de Cooperativas Agrícolas, con la industria del Estado. ¿Qué nombre debe darse a semejante forma de organización de la producción? Se trata, a mi juicio, de un sistema doméstico de gran producción agrícola socialista de Estado. Hablo de un sistema doméstico de producción socialista de Estado por analogía con el sistema de trabajo a domicilio del capitalismo, por ejemplo, en la industria textil, donde los artesanos, que recibían del capitalismo la materia prima y los instrumentos de trabajo y le entregaban toda su producción, eran de hecho obreros semiasalariados a domicilio. Este es uno de los numerosos ejemplos indicadores del camino que debe seguir en nuestro país el desarrollo de la agricultura. Ya no hablo aquí de otros ejemplos de la misma índole en otras ramas de la agricultura.

No creo que sea necesario demostrar que la inmensa mayoría de los campesinos seguirán de buen grado esta nueva vía de desarrollo, rechazando la vía de los latifundios privados capitalistas y de la esclavitud asalariada, la vía de la miseria y de la ruina.

He aquí lo que dice Lenin de las vías del desarrollo de nuestra agricultura:

«Todos los grandes medios de producción en poder del Estado y el Poder del Estado en manos del proletariado; la alianza de este proletariado con millones y millones de pequeños y muy pequeños campesinos; asegurar la dirección de los campesinos por el proletariado, etc., ¿acaso no es esto todo lo que se necesita para edificar la sociedad socialista completa partiendo de la cooperación, y nada más que de la cooperación, a la que antes tratábamos de mercantilista y que ahora, bajo la Nep, merece también, en cierto modo, el mismo trato; acaso no es esto todo lo imprescindible para edificar la sociedad socialista completa? Eso no es todavía la edificación de la sociedad socialista, pero sí todo lo imprescindible y lo suficiente para esta edificación» (v, t. XXVII, pág. 392).

Hablando más adelante de la necesidad de prestar apoyo financiero y de toda otra índole a la cooperación, como a un «nuevo principio de organización de la población» y a un nuevo «régimen social» bajo la dictadura del proletariado, Lenin dice:

«Todo régimen social surge exclusivamente con el apoyo financiero de una clase determinada. Huelga recordar los centenares y centenares de millones de rublos que costó el nacimiento del «libre» capitalismo. Ahora debemos comprender, para obrar en consecuencia, que el régimen social al que en el presente debemos prestar un apoyo extraordinario es el régimen cooperativo. Pero hay que apoyarlo en el verdadero sentido de la palabra, es decir, no basta con entender por tal apoyo la ayuda prestada a cualquier cambio cooperativo, sino que por tal apoyo

hay que entender el prestado a un cambio cooperativo en el que *participen efectivamente verdaderas masas de la población*» (v, lugar citado, pág. 393).

¿Qué nos dicen todas estas circunstancias? Nos dicen que los escépticos no tienen razón.

Nos dicen que quien tiene razón es el leninismo, que ve en las masas trabajadoras del campo la reserva del proletariado.

Nos dicen que el proletariado en el Poder puede y debe utilizar esta reserva, para vincular la industria a la agricultura, para impulsar la construcción socialista y dar a la dictadura del proletariado la base que necesita y sin la cual es imposible el paso a la economía socialista.

VI. La cuestión nacional

Analizaré dos cuestiones fundamentales de este tema:

a) planteamiento de la cuestión,

b) el movimiento de liberación de los pueblos oprimidos y la revolución proletaria.

1) *Planteamiento de la cuestión*. Durante los dos últimos decenios, la cuestión nacional ha sufrido una serie de cambios muy importantes. La cuestión nacional del período de la II Internacional y la cuestión nacional del período del leninismo distan mucho de ser lo mismo. No sólo se diferencian profundamente por su extensión, sino por su carácter interno.

Antes, la cuestión nacional no se salía, por lo común, de un estrecho círculo de problemas, relacionados principalmente con las nacionalidades «cultas». Irlandeses, húngaros, polacos, finlandeses, serbios y algunas otras nacionalidades europeas: tal era el conjunto, de pueblos sin plenitud de derechos por cuya suerte se interesaban los personajes de la II Internacional. Los pueblos asiáticos y africanos - decenas y centenares de millones de personas-, que sufren la opresión nacional en su forma más brutal y más cruel, quedaban generalmente fuera de su horizonte visual. No se decidían a poner en un mismo plano a los blancos y a los negros, a los pueblos «cultos» y a los «incultos». De dos o tres resoluciones vacuas y agridulces, en las que se eludía cuidadosamente el problema de la liberación de las colonias, era todo de lo que podían vanagloriarse los personajes de la II Internacional. Hoy, esa doblez y esas medias tintas en la cuestión nacional deben considerarse suprimidas. El leninismo ha puesto al desnudo esta incongruencia escandalosa, ha demolido la muralla entre los blancos y los negros, entre los europeos y los asiáticos, entre los esclavos «cultos» e «incultos» del imperialismo, y con ello ha vinculado la cuestión nacional al problema de las colonias. Con ello, la cuestión nacional ha dejado de ser una cuestión particular e interna de los Estados para convertirse en una cuestión general e internacional, en la cuestión mundial de liberar del yugo del imperialismo a los pueblos oprimidos de los países dependientes y de las colonias.

Antes, el principio de la autodeterminación de las naciones salía interpretarse desacertadamente, reduciéndolo, con frecuencia, al derecho de las naciones a la autonomía. Algunos líderes de la II Internacional llegaron incluso a convertir el derecho a la autodeterminación en el derecho a la autonomía cultural, es decir, en el derecho de las naciones oprimidas a tener sus propias instituciones culturales, dejando todo el Poder político en manos de la nación dominante. Esta circunstancia hacía que la idea de la autodeterminación corriese el riesgo de transformarse, de un arma para luchar contra las anexiones, en un instrumento para justificarlas, Hoy, esta confusión debe considerarse suprimida. El leninismo ha ampliado el concepto de la autodeterminación, interpretándolo como el derecho de los pueblos oprimidos de los países dependientes y de las colonias a la completa separación, como el derecho de las naciones a existir como Estados independientes. Con ello, se eliminó la posibilidad de justificar las anexiones mediante la interpretación del derecho a la autodeterminación como el derecho a la autonomía. El principio mismo de autodeterminación, que en manos de los socialchovinistas sirvió, indudablemente, durante la guerra imperialista, de instrumento para engañar a las masas, convirtióse, de este modo, en instrumento para desenmascarar todos y cada uno de los apetitos imperialistas y maquinaciones chovinistas, en instrumento de educación política de las masas en el espíritu del internacionalismo.

Antes, la cuestión de las naciones oprimidas solía considerarse como una cuestión puramente jurídica. Los partidos de la II Internacional se contentaban con la proclamación solemne de la «igualdad de derechos de las naciones» y con innumerables declaraciones sobre la «igualdad de las naciones», encubriendo el hecho de que, en el imperialismo, en el que un grupo de naciones (la minoría) vive a expensas de la explotación de otro grupo de naciones, la «igualdad de las naciones» es un escarnio para los pueblos oprimidos. Ahora, esta concepción jurídica burguesa de la cuestión nacional debe considerarse desenmascarada. El leninismo ha hecho descender la cuestión nacional, desde las cumbres de las declaraciones altisonantes, a la tierra, afirmando que las declaraciones sobre la «igualdad de las naciones», si no son respaldadas por el apoyo directo de los partidos proletarios a la lucha de liberación de los pueblos oprimidos, no son más que declaraciones huecas e hipócritas. Con ello, la cuestión de las naciones oprimidas se ha convertido en la cuestión de apoyar, de ayudar, y de ayudar de un modo real y constante, a las naciones oprimidas en su lucha

contra el imperialismo, por la verdadera igualdad de las naciones, por su existencia como Estados independientes.

Antes, la cuestión nacional se enfocaba de un modo reformista, como una cuestión aislada, independiente, sin relación alguna con la cuestión general del Poder del capital, del derrocamiento del imperialismo, de la revolución proletaria. Dábase tácitamente por supuesto que la victoria del proletariado de Europa era posible sin una alianza directa con el movimiento de liberación de las colonias, que la cuestión nacional y colonial podía resolverse a la chita callando, «de por sí», al margen de la vía magna de la revolución proletaria, sin una lucha revolucionaria contra el imperialismo. Ahora, este punto de vista antirrevolucionario debe considerarse desenmascarado. El leninismo demostró, y la guerra imperialista y la Devolución en Rusia lo han corroborado, que el problema nacional sólo puede resolverse en relación con la revolución proletaria y sobre la base de ella; que el camino del triunfo de la revolución en el Occidente pasa a través de la alianza revolucionaria con el movimiento de liberación de las colonias y de los países dependientes contra el imperialismo. La cuestión nacional es una parte de la cuestión general de la revolución proletaria, una parte de la cuestión de la dictadura del proletariado.

La cuestión se plantea así: *¿se han agotado ya* las posibilidades revolucionarias que ofrece el movimiento revolucionario de liberación de los países oprimidos o no se han agotado? Y si no se han agotado, ¿hay la esperanza de aprovechar estas posibilidades para la revolución proletaria, de convertir a los países dependientes y a las colonias, de reserva de la burguesía imperialista, en reserva del proletariado revolucionario, en aliado suyo?, ¿hay fundamento para ello?

El leninismo da a esta pregunta una respuesta afirmativa, es decir, reconoce que en el seno del movimiento de liberación nacional de los países oprimidos hay fuerzas revolucionarias y que es posible utilizar esas fuerzas para el derrocamiento del enemigo común, para el derrocamiento del imperialismo. La mecánica del desarrollo del imperialismo, la guerra imperialista y la revolución en Rusia confirman plenamente las conclusiones del leninismo a este respecto.

De aquí la necesidad de que el proletariado de las naciones «imperiales» apoye decidida y enérgicamente el movimiento de liberación nacional de los pueblos oprimidos y dependientes.

Esto no significa, por supuesto, que el proletariado deba apoyar *todo* movimiento nacional, siempre y en todas partes, en todos y en cada uno de los casos concretos. De lo que se trata es de apoyar los movimientos nacionales encaminados a debilitar el imperialismo, a derrocarlo, y no a reforzarlo y mantenerlo. Hay casos en que los movimientos nacionales de determinados países oprimidos chochan con los intereses del desarrollo del movimiento proletario. Cae de su peso que en esos casos ni siquiera puede hablarse de apoyo. La cuestión de los derechos de las naciones no es una cuestión aislada, independiente, sino una parte de la cuestión general de la revolución proletaria, una parte supeditada al todo y que debe ser enfocada desde el punto de vista del todo. En los años del 40 del siglo pasado, Marx defendía el movimiento nacional de los polacos y de los húngaros contra el movimiento nacional de los checos y de los sudeslavos. ¿Por qué? Porque los checos y los sudeslavos eran por aquel entonces «pueblos reaccionarios», «puestos avanzados de Rusia» en Europa, puestos avanzados del absolutismo, mientras que los polacos y los húngaros eran «pueblos revolucionarios», que luchaban contra el absolutismo. Porque apoyar el movimiento nacional de los checos y de los sudeslavos significaba entonces apoyar indirectamente al zarismo, el enemigo más peligroso del movimiento revolucionario de Europa.

«Las distintas reivindicaciones de la democracia -dice Lenin-, incluyendo la de la autodeterminación, no son algo absoluto, sino una *partícula* de todo el movimiento democrático (hoy, socialista) *mundial*. Puede suceder que, en un caso dado, una partícula se halle en contradicción con el todo; entonces, hay que desecharla» (v. t. XIX, págs. 257~258).

Así se plantea la cuestión de los distintos movimientos nacionales, y del carácter, posiblemente reaccionario, de estos movimientos, siempre y cuando, naturalmente, que no se los enfoque desde un punto de vista formal, desde el punto de vista de los derechos abstractos, sino en un plano concreto, desde el punto de vista de los intereses del movimiento revolucionario.

Otro tanto hay que decir del carácter revolucionario de los movimientos nacionales en general. El carácter indudablemente revolucionario de la inmensa mayoría de los movimientos nacionales es algo tan relativo y peculiar, como lo es el carácter posiblemente reaccionario de algunos movimientos nacionales concretos. El carácter revolucionario del movimiento nacional, en las condiciones de la opresión imperialista, no presupone forzosamente, ni mucho menos, la existencia de elementos proletarios en el movimiento, la existencia de un programa revolucionario o republicano del movimiento, la existencia en éste de una base democrática. La lucha del emir de Afganistán por la independencia de su país es una lucha objetivamente *revolucionaria*, a pesar de las ideas monárquicas del emir y de sus partidarios, porque esa lucha debilita al imperialismo, lo descompone, lo socava. En cambio,

la lucha de demócratas y «socialistas», de «revolucionarios» y republicanos tan «radicales» como Kerenski y Tsereteli, Renaudel y Scheidemann, Cherna v y Dan, Henderson y Clynes durante la guerra imperialista era una lucha *reaccionaria*, porque el resultado que se obtuvo con ello fue pintar de color de rosa, fortalecer y dar la victoria al imperialismo. La lucha de los comerciantes y de los intelectuales burgueses egipcios por la independencia de Egipto es, por las mismas causas, una lucha objetivamente *revolucionaria*, a pesar del origen burgués y de la condición burguesa de los líderes del movimiento nacional egipcio, a pesar de que estén en contra del socialismo. En cambio, la lucha del gobierno «obrero» inglés por mantener a Egipto en una situación de dependencia es, por las mismas causas, una lucha *reaccionaria*, a pesar del origen proletario y del título proletario de los miembros de ese gobierno, a pesar de que son «partidarios» del socialismo. Y no hablo ya del movimiento nacional de otras colonias y países dependientes más grandes, como la India y China, cada uno de cuyos pasos por la senda de la liberación, aún cuando no se ajuste a los requisitos de la democracia formal, es un terrible mazazo asestado al imperialismo, es decir, un paso indiscutiblemente *revolucionario*.

Lenin tiene razón cuando dice que el movimiento nacional de los países oprimidos no debe valorarse desde el punto de vista de la democracia formal, sino desde el punto de vista de los resultados prácticos dentro del balance general de la lucha contra el imperialismo, es decir, que debe enfocarse «no aisladamente, sino en escala mundial» (v, t. XIX, pág. 257).

2) *El movimiento de liberación de los pueblos oprimidos y la revolución proletaria*. Al resolver la cuestión nacional, el leninismo parte de los principios siguientes:

a) el mundo está dividido en dos campos: el que integran un puñado de naciones civilizadas, que poseen el capital financiero y explotan a la inmensa mayoría de la población del planeta, y el campo de los pueblos oprimidos y explotados de las colonias y de los países dependientes, que forman esta mayoría;

b) las colonias y los países dependientes, oprimidos y explotados por el capital financiero, constituyen una formidable reserva y el más importante manantial de fuerzas para el imperialismo;

c) la lucha revolucionaria de los pueblos oprimidos de las colonias y de los países dependientes contra el imperialismo es el único camino por el que dichos pueblos pueden emanciparse de la opresión y de la explotación;

d) las colonias y los países dependientes más importantes han iniciado ya el movimiento de liberación nacional, que tiene que conducir por fuerza a la crisis del capitalismo mundial;

e) los intereses del movimiento proletario en los países desarrollados y del movimiento de liberación nacional en las colonias exigen la unión de estas dos formas del movimiento revolucionario en un frente común contra el enemigo común, contra el imperialismo;

f) la clase obrera en los países desarrollarlos no puede triunfar, ni los pueblos oprimidos liberarse del yugo del imperialismo, sin la formación y consolidación de un frente revolucionario común;

g) este frente revolucionario común no puede formarse si el proletariado de las naciones opresoras no presta un apoyo directo y resuelto al movimiento de liberación de los pueblos oprimidos contra el imperialismo «de su propia patria», pues «el pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre» (*Engels*);

h) este apoyo significa: sostener, defender y llevar a la práctica la consigna del derecho de las naciones a la separación y a la existencia como Estados independientes;

i) sin poner en práctica esta consigna es imposible lograr la unificación y la colaboración de las naciones en una sola economía mundial, que constituye la base material para el triunfo del socialismo en el mundo entero;

j) esta unificación sólo puede ser una unificación voluntaria, erigida sobre la base de la confianza mutua y de relaciones fraternales entre los pueblos.

De aquí se derivan dos aspectos, dos tendencias en la cuestión nacional: la tendencia a liberarse políticamente de las cadenas del imperialismo y a formar Estados nacionales independientes, que ha surgido sobre la base de la opresión imperialista y de la explotación colonial, y la tendencia al acercamiento económico de las naciones, que ha surgido a consecuencia de la formación de un mercado y una economía mundiales.

«El capitalismo en desarrollo -dice Lenin- conoce dos tendencias históricas en la cuestión nacional. Primera: el despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales, la lucha contra toda opresión nacional, la creación de Estados nacionales. Segunda; el desarrollo y la multiplicación de vínculos de todo género entre las naciones, la destrucción de las barreras nacionales, la creación de la unidad internacional del capital, de la vida económica en general, de la política, de la ciencia, etc.

Ambas tendencias son una ley mundial del capitalismo. La primera predomina en los comienzos de su desarrollo; la segunda caracteriza al capitalismo maduro, que marcha hacia su transformación en sociedad socialista» (v, t. XVII, págs. 139-140).

Para el imperialismo, estas dos tendencias son

contradicciones inconciliables, porque el imperialismo no puede vivir sin explotar a las colonias y sin mantenerlas por la fuerza en el marco de «un todo único»; porque el imperialismo no puede aproximar a las naciones más que mediante anexiones y conquistas coloniales, sin las que, hablando en términos generales, es inconcebible.

Para el comunismo, por el contrario, estas tendencias no son más que dos aspectos de un mismo problema, del problema de liberar del yugo del imperialismo a los pueblos oprimidos, porque el comunismo sabe que la unificación de los pueblos en una sola economía mundial sólo es posible sobre la base de la confianza mutua y del libre consentimiento y que para llegar a la unión voluntaria de los pueblos hay que pasar por la separación de las colonias del «todo único» imperialista y por su transformación en Estados independientes.

De aquí la necesidad de una lucha tenaz, incesante, resuelta, contra el chovinismo imperialista de los «socialistas» de las naciones dominantes (Inglaterra, Francia, Estados Unidos de América, Italia, Japón, etc.), que no quieren combatir a sus gobiernos imperialistas ni apoyar la lucha de los pueblos oprimidos de «sus» colonias por liberarse de la opresión, separarse y formar Estados independientes.

Sin esta lucha es inconcebible la educación de la clase obrera de las naciones dominantes en un espíritu de verdadero Internacionalismo, en un espíritu de acercamiento a las masas trabajadoras de los países dependientes y de las colonias, en un espíritu de verdadera preparación de la revolución proletaria. La revolución no habría vencido en Rusia, y Kolchak y Denikin no hubieran sido derrotados, si el proletariado ruso no hubiese tenido de su parte la simpatía y el apoyo de los pueblos oprimidos del antiguo Imperio Ruso. Ahora bien, para ganarse la simpatía y el apoyo de estos pueblos, el proletariado ruso tuvo, ante todo, que romper las cadenas del imperialismo ruso y librarlos de la opresión nacional.

De otra manera, hubiera sido imposible consolidar el Poder Soviético, implantar el verdadero internacionalismo y crear esa magnífica organización de colaboración de los pueblos que lleva el nombre de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y que es el prototipo viviente de la futura unificación de los pueblos en una sola economía mundial.

De aquí la necesidad de luchar contra el aislamiento nacional, contra la estrechez nacional, contra el particularismo de los socialistas de los países oprimidos, que no quieren subir más arriba de su campanario nacional y no comprenden la relación existente entre el movimiento de liberación de su país y el movimiento proletario de los países dominantes.

Sin esa lucha es inconcebible defender la política independiente del proletariado de las naciones oprimidas y su solidaridad de Clase con el proletariado de los países dominantes en la lucha por derrocar al enemigo común, en la lucha por derrocar al imperialismo.

Sin esa lucha, el internacionalismo sería imposible.

Tal es el camino para educar a las masas trabajadoras de las naciones dominantes y de las oprimidas en el espíritu del internacionalismo revolucionario.

He aquí lo que dice Lenin de esta doble labor del comunismo para educar a los obreros en el espíritu del internacionalismo:

«Esta educación... ¿puede ser *concretamente igual* en las grandes naciones, en las naciones opresoras, que en las pequeñas naciones oprimidas, en las naciones anexionistas que en las naciones anexionadas?

Evidentemente, no. El camino hacia el objetivo común -la completa igualdad de derechos, el más estrecho acercamiento y la ulterior *fusión de todas* las naciones- sigue aquí, evidentemente, distintas rutas concretas, lo mismo que, por ejemplo, el camino conducente a un punto situado en el centro de esta página parte hacia la izquierda de una de sus márgenes y hacia la derecha de la margen opuesta. Si el socialdemócrata de una gran nación opresora, anexionista, profesando, en general, la teoría de la fusión de las naciones, se olvida, aunque sólo sea por un instante, de que «su» Nicolás II, «su» Guillermo, «su» Jorge, «su» Poincaré, etc., etc. abogan *también por la fusión* con las naciones pequeñas (por medio de anexiones) -Nicolás II aboga por la «fusión» con Galitzia, Guillermo II por la «fusión» con Bélgica, etc.-, ese socialdemócrata resultará ser, en teoría, un doctrinario ridículo, y, en la práctica, un cómplice del imperialismo.

El centro de gravedad de la educación internacionalista de los obreros de los países opresores tiene que estar necesariamente en la prédica y en la defensa de la libertad de separación de los países oprimidos. De otra manera, *no hay* internacionalismo. Tenemos el derecho y el deber de tratar de imperialista y de canalla a todo social-demócrata de una nación opresora que *no* realice tal propaganda. Esta es una exigencia incondicional, aunque, *prácticamente*, la separación no sea posible ni «realizable» antes del socialismo más que en el uno por mil de los casos.

Y, a la inversa, el socialdemócrata de una nación pequeña debe tomar como centro de gravedad de sus campañas de agitación la *primera* palabra de nueva fórmula general: «*unión* voluntaria» de las naciones. Sin faltar a sus deberes de internacionalista, puede pronunciarse *tanto* a favor de la independencia política de su nación *como* a favor de su incorporación al Estado vecino X, Y, Z, etc. Pero deberá luchar en todos los casos *contra* la mezquina

estrechez nacional, contra el aislamiento nacional, contra el particularismo, por que se tenga en cuenta lo total y lo general, por la supeditación de los intereses de lo particular a los intereses de lo general.

A gentes que no han penetrado en el problema, les parece «contradictorio» que los socialdemócratas de las naciones opresoras exijan la «libertad de *separación*» y los socialdemócratas de las naciones oprimidas la «libertad de *unión*". Pero, a poco que se reflexione, se ve que, partiendo de la situación *dada*, no hay ni puede haber *otro* camino hacia el internacionalismo y la fusión de las naciones, no hay ni puede haber otro camino que conduzca a este fin» (v. t. XIX, págs. 261-262).

VII. Estrategia y táctica

Analizaré seis cuestiones de este tema:

a) la estrategia y la táctica como la ciencia de dirigir la lucha de clase del proletariado;

b) las etapas de la revolución y la estrategia;

c) los flujos y reflujos del movimiento y la táctica;

d) la dirección estratégica;

e) la dirección táctica;

f) la táctica reformista y la táctica revolucionaria.

1) *La estrategia y la táctica como la ciencia de dirigir la lucha de clase del proletariado*. El período en que dominó la II Internacional fue, principalmente, un período de formación y de instrucción de los ejércitos políticos proletarios en unas condiciones de desarrollo más o menos pacífico. Fue el período del parlamentarismo como forma preponderante de la lucha de clases. Las cuestiones de los grandes choques de clases, de la preparación del proletariado para las batallas revolucionarias, de las vías para llegar a la conquista de la dictadura del proletariado, no estaban entonces -así lo parecía- a la orden del día. La tarea reducíase a utilizar todas las vías de desarrollo legal para formar e instruir a los ejércitos proletarios, a utilizar el parlamentarismo adaptándose a las condiciones dadas, en las cuales el proletariado asumía y debía asumir -así lo parecía- el papel de oposición. No creo que sea necesario demostrar que, en ese período y con semejante concepción de las tareas del proletariado, no podía haber ni una estrategia coherente ni una táctica bien elaborada. Había pensamientos fragmentarios, ideas aisladas sobre táctica y estrategia, pero no había ni táctica ni estrategia.

El pecado mortal de la II Internacional no consiste en haber practicado en su tiempo la táctica de utilizar las formas parlamentarias de lucha, sino en haber sobreestimado la importancia de estas formas, considerándolas casi las únicas; y cuando llegó el período de las batallas revolucionarias abiertas y el problema de las formas extraparlamentarias de lucha pasó a primer plano, los partidos de la II Internacional volvieron la espalda a las nuevas tareas, renunciaron a ellas.

Una estrategia coherente y una táctica bien elaborada de la lucha del proletariado sólo pudieron trazarse en el período siguiente, en el período de las acciones abiertas del proletariado, en el período de la revolución proletaria, cuando la cuestión del derrocamiento de la burguesía pasó a ser una cuestión de la actividad práctica inmediata, cuando la cuestión de las reservas del proletariado (estrategia) pasó a ser una de las cuestiones más palpitantes, cuando todas las formas de lucha y de organización -tanto parlamentarias como extraparlamentarias (táctica)- se revelaron con tolda nitidez. Fue precisamente en este período cuando Lenin sacó a la luz las geniales ideas de Marx y Engels sobre táctica y estrategia, emparedadas por los oportunistas de la II Internacional. Pero Lenin no se limitó a restaurar las distintas tesis tácticas de Marx y Engels. Las desarrolló y las completó con nuevas ideas y principios, compendiándolas en un sistema de reglas y principios de orientación para dirigir la lucha de clase del proletariado. Obras de Lenin como «¿Qué hacer?», «Dos tácticas», «El imperialismo», «El Estado y la revolución», «La revolución proletaria y el renegado Kautsky» y «La enfermedad infantil» serán, indiscutiblemente, una valiosísima aportación al tesoro general del marxismo, a su arsenal revolucionario. La estrategia y la táctica del leninismo son la ciencia de la dirección de la lucha revolucionaria del proletariado.

2) *Las etapas de la revolución y la estrategia*. La estrategia consiste en determinar la dirección del golpe principal del proletariado, tomando por base la etapa dada de la revolución, en elaborar el correspondiente plan de disposición de las fuerzas revolucionarias (de las reservas principales y secundarias), en luchar por llevar a cabo este plan a todo lo largo de la etapa dada de la revolución.

Nuestra revolución ha pasado ya por dos etapas y ha entrado, después de la Revolución de Octubre, en la tercera. De acuerdo con esto, ha ido cambiando de estrategia.

Primera etapa. 1903 - febrero de 1917. Objetivo: derrocar el zarismo, suprimir por completo las supervivencias medievales. Fuerza fundamental de la revolución: el proletariado. Reserva inmediata: el campesinado. Dirección del golpe principal: aislar a la burguesía liberal monárquica, que se esforzaba en atraerse a los campesinos y en poner fin a la revolución mediante una componenda con el zarismo. Plan de disposición de las fuerzas: alianza de la clase obrera con los campesinos. «El proletariado debe llevar a término la revolución democrática, atrayéndose a la masa de los campesinos, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía» (v. Lenin, t. VIII, pág. 96).

Segunda etapa. Marzo de 1917 - octubre de 1917. Objetivo: derrocar el imperialismo en Rusia y salir de

la guerra imperialista. Fuerza fundamental de la revolución: el proletariado. Reserva inmediata: los campesinos pobres. Como reserva probable, el proletariado de los países vecinos. Como factor favorable, la guerra, que se prolongaba, y la crisis del imperialismo. Dirección del golpe principal: aislar a la democracia pequeñoburguesa (mencheviques y eseristas), que se esforzaba en atraerse a las masas trabajadoras del campo y en poner fin a la revolución mediante una *componenda* con el imperialismo. Plan de disposición de las fuerzas: alianza del proletariado con los campesinos pobres. «El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose a la masa de los elementos semiproletarios de la población, para romper por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía» (v. lugar citado).

Tercera etapa. Comienza después de la Revolución de Octubre. Objetivo: consolidar la dictadura del proletariado en un solo país, utilizándola como punto de apoyo para vencer al imperialismo en todos los países. La revolución rebasa el marco de un solo país; comienza la época de la revolución mundial. Fuerzas fundamentales de la revolución: la dictadura del proletariado en un país y el movimiento revolucionario del proletariado en todos los países. Reservas principales: las masas semiproletarias y las masas de pequeños campesinos en los países desarrollados, así como el movimiento de liberación en las colonias y en los países dependientes. Dirección del golpe principal: aislar a la democracia pequeñoburguesa, aislar a los partidos de la II Internacional, que son el puntal más importante de la política de *componendas* con el imperialismo. Plan de disposición de las fuerzas: alianza de la revolución proletaria con el movimiento de liberación de las colonias y de los países dependientes.

La estrategia se ocupa de las fuerzas fundamentales de la revolución y de sus reservas. Cambia al pasar la revolución de una etapa a otra, permaneciendo, en lo fundamental, invariable a lo largo de cada etapa en cuestión.

3) *Los flujos y reflujos del movimiento y la táctica*. La táctica consiste en determinar la línea de conducta del proletariado durante un período relativamente corto de flujo o de reflujo del movimiento, de ascenso o de descenso de la revolución; la táctica es la lucha por la aplicación de esta línea de conducta mediante la sustitución de las viejas formas de lucha y de organización por formas nuevas, de las viejas consignas por consignas nuevas, mediante la combinación de estas formas, etc., etc. Mientras el fin de la estrategia es ganar la guerra, supongamos, contra el zarismo o, contra la burguesía, llevar a término la lucha contra el zarismo o contra la burguesía, la táctica persigue objetivos menos esenciales, pues no se propone ganar la guerra tomada en su conjunto, sino tal o cual batalla, tal o cual combate, llevar a cabo con éxito esta o aquella campaña, esta o aquella acción, en correspondencia con la situación concreta del período dado de ascenso o descenso de 1ª revolución. La táctica es una parte de la estrategia, a la que está supeditada, a la que sirve.

La táctica cambia con arreglo a los flujos y reflujos. Mientras que durante la primera etapa de la revolución (1903 febrero de 1917) el plan estratégico permaneció invariable, la táctica se modificó varias veces. En 1903-1905, la táctica del Partido fue una táctica ofensiva, pues se trataba de un período de flujo de la revolución; el movimiento iba en ascenso, y la táctica debía partir de este hecho. En consonancia con ello, las formas de lucha eran también revolucionarias y correspondían a las exigencias del flujo de la revolución. Huelgas políticas locales, manifestaciones políticas, huelga política general, boicot de la Duma, insurrección, consignas revolucionarias combativas: tales fueron las formas de lucha que se sucedieron durante este período. En relación con las formas de lucha, cambiaron también, en este período, las formas de organización. Comités de fábrica, comités revolucionarios de campesinos, comités de huelga, Soviets de Diputados Obreros, el Partido obrero más o menos legal: tales fueron las formas de organización durante este período.

En el período de 1907-1912, el Partido vióse obligado a pasar a la táctica de repliegue, pues asistíamos a un descenso del movimiento revolucionario, a un reflujo de la revolución, y la táctica no podía por menos de tener en cuenta este hecho. En consonancia con ello, cambiaron tanto las formas de lucha como las de organización. En vez del boicot de la Duma, participación en ella; en vez de acciones revolucionarias abiertas fuera de la Duma, acciones dentro de la Duma y labor en ella; en vez de huelgas generales políticas, huelgas económicas parciales, o simplemente calma. Se comprende que el Partido hubo de pasar en este período a la Clandestinidad; las organizaciones revolucionarias de masas fueron sustituidas por organizaciones culturales y educativas, por cooperativas, mutualidades y otras organizaciones de tipo legal.

Otro tanto puede decirse de la segunda y la tercera etapas de la revolución, en el transcurso de las cuales la táctica cambió decenas de veces, mientras los planes estratégicos permanecían invariables.

La táctica se ocupa de las formas de lucha y de organización del proletariado, de los cambios y de la combinación de dichas formas. Partiendo de una etapa dada de la revolución, la táctica puede cambiar repetidas veces, con arreglo a los flujos y reflujos, al ascenso o al descenso de la revolución.

4) *La dirección estratégica*. Las reservas de la revolución pueden ser:

Directas: a) el campesinado y, en general, las capas intermedias del país; b) el proletariado de los países vecinos; c) el movimiento revolucionario de las colonias y de los países dependientes; d) las conquistas y las realizaciones de la dictadura del proletariado, a una parte de las cuales puede el proletariado renunciar temporalmente, reservándose la superioridad de fuerzas, con objeto de sobornar a un adversario fuerte y conseguir una tregua.

Indirectas: a) las contradicciones y conflictos entre las clases no proletarias del propio país, contradicciones y conflictos que el proletariado puede aprovechar para debilitar al adversario y para reforzar las propias reservas; b) las contradicciones, conflictos y guerras (por ejemplo, la guerra imperialista) entre los Estados burgueses hostiles al Estado proletario, contradicciones, conflictos y guerras que el proletariado puede aprovechar en su ofensiva o al maniobrar, caso de verse obligado a batirse en retirada.

No vale la pena detenerse en las reservas de la primera categoría, ya que su significación es clara para todo el mundo. En cuanto a las reservas de la segunda categoría, cuya significación no es siempre clara, hay que decir que tienen a veces una importancia primordial para la marcha de la revolución. Difícilmente podrá negarse, por ejemplo, la inmensa importancia del conflicto entre la democracia pequeñoburguesa (eseristas) y la burguesía liberal monárquica (demócratas constitucionalistas) durante la primera revolución y después de ella, conflicto que contribuyó, indudablemente, a liberar al campesinado de la influencia de la burguesía. y aún hay menos razones para negar la importancia gigantesca que tuvo la guerra a muerte librada entre los principales grupos imperialistas en el período de la Revolución de Octubre, cuando los imperialistas, ocupados en guerrear unos contra otros, no pudieron concentrar sus fuerzas contra el joven Poder Soviético, siendo precisamente esta circunstancia la que permitió al proletariado entregarse de lleno a organizar sus fuerzas, a consolidar su Poder y a preparar el aplastamiento de Kolchak y Denikin. Es de suponer que hoy, cuando las contradicciones entre los grupos imperialistas se acentúan cada vez más y se hace inevitable una nueva guerra entre ellos, esta clase de reservas tendrá para el proletariado una importancia cada vez mayor.

La misión de la dirección estratégica consiste en saber utilizar acertadamente todas estas reservas, para conseguir el objetivo fundamental de la revolución en cada etapa dada de su desarrollo.

¿En qué consiste el saber utilizar acertadamente las reservas?

En cumplir algunas condiciones necesarias, entre las que deben considerarse principales las siguientes:

Primera. Concentrar contra el punto más vulnerable del adversario las principales fuerzas de la revolución en el momento decisivo, cuando la revolución ha madurado ya, cuando la ofensiva marcha a todo vapor, cuando la insurrección llama a la puerta y cuando el acercar las reservas a la vanguardia es una condición decisiva del éxito. Como ejemplo demostrativo de lo que es saber utilizar de este modo las reservas puede considerarse la estrategia del Partido en el período de abril a octubre de 1917. Es indudable que el punto más vulnerable del adversario durante este período era la guerra. Es indudable que, tomando precisamente este problema como el problema básico, fue como el Partido agrupó en tomo a la vanguardia proletaria a las más amplias masas de la población. La estrategia del Partido en dicho período consistía en entrenar a la vanguardia en acciones de calle, por medio de manifestaciones y demostraciones, y, al mismo tiempo, en acercar las reservas a la vanguardia, a través de los Soviets en la retaguardia y de los comités de soldados en el frente. El resultado de la revolución demostró que se había sabido utilizar acertadamente las reservas.

He aquí lo que a propósito de esta condición del empleo estratégico de las fuerzas revolucionarias dice Lenin, parafraseando las conocidas tesis de Marx y Engels sobre la insurrección:

«1) *No jugar* nunca a la insurrección, y, una vez empezada ésta, saber firmemente que hay que *llevarla a término*.

2) Hay que concentrar en el lugar y en el momento decisivos *fuerzas muy superiores*, porque, de lo contrario, el enemigo, mejor preparado y organizado, aniquilará a los insurrectos.

3) Una vez empezada la insurrección, hay que proceder con la mayor *decisión* y pasar obligatoria e incondicionalmente a la *ofensiva*. «La defensiva es la muerte de la insurrección armada».

4) Hay que esforzarse en pillar al enemigo desprevenido, hay que aprovechar el momento en que sus tropas se hallen dispersas.

5) Hay que esforzarse en obtener éxitos *diarios*, aunque sean pequeños (incluso podría decirse que a cada hora, si se trata de una sola ciudad), manteniendo a toda costa la «*superioridad moral*» (v. t. XXI, págs. 319-320).

Segunda. Descargar el golpe decisivo, comenzar la insurrección, cuando la crisis ha llegado ya a su punto culminante, cuando la vanguardia está dispuesta a luchar hasta el fin, cuando la reserva está dispuesta a apoyar a la vanguardia y el desconcierto en las filas del enemigo ha alcanzado ya su grado máximo.

Se puede considerar completamente maduro el momento de la batalla decisiva -dice Lenin- si «(1) todas las fuerzas de clase que nos son adversas están suficientemente sumidas en la confusión, suficientemente enfrentadas entre sí, suficientemente debilitadas por una lucha superior a sus fuerzas»; si «(2) todos los elementos vacilantes, volubles, inconsistentes, intermedios, es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeño burguesa, que se diferencia de la burguesía, se han desenmascarado suficientemente ante el pueblo, se han cubierto suficientemente de oprobio por su bancarrota práctica»; si «(3) en las masas proletarias empieza a aparecer y a extenderse con poderoso impulso el afán de apoyar las acciones revolucionarias más resueltas, más valientes y abnegadas contra la burguesía. En ese momento es cuando está madura la revolución, en ese momento nuestra victoria está asegurada, si hemos sabido tener en cuenta... todas las condiciones indicadas más arriba y hemos elegido acertadamente el momento» (v. t. XXV, pág. 229).

La insurrección de Octubre puede considerarse un modelo de esa estrategia.

El incumplimiento de esta condición conduce a un error peligroso, a lo que se llama «perder el ritmo», que es lo que ocurre cuando el Partido queda a la zaga de la marcha del movimiento o se adelanta demasiado, exponiéndose al peligro de fracasar. Como ejemplo de lo que es «perder el ritmo», como ejemplo de desacierto al elegir el momento de la insurrección hay que considerar el intento de una parte de los camaradas de comenzar la insurrección deteniendo a los miembros de la Conferencia Democrática, en septiembre de 1917, cuando en los Soviets se notaban aún vacilaciones, el frente estaba aún en la encrucijada y las reservas no habían sido aún aproximadas a la vanguardia.

Tercera. Seguir firmemente el rumbo tomado, por encima de todas y cada una de las dificultades y complicaciones que se interpongan en el camino hacia el fin perseguido. Esto es necesario para que la vanguardia no pierda de vista el objetivo fundamental de la lucha y para que las masas, que marchan hacia ese objetivo y se esfuerzan por agruparse en torno a la vanguardia, no se desvíen del camino. El incumplimiento de esta Condición conduce a un enorme error, bien conocido por los marinos, que lo llaman «perder el rumbo». Como ejemplo de lo que es «perder el rumbo» hay que considerar la conducta equivocada de nuestro Partido inmediatamente después de la Conferencia Democrática, al acordar tomar parte en el anteparlamento. Era como si el Partido se hubiese olvidado, en aquel momento, de que el anteparlamento era una tentativa de la burguesía para desviar al país del camino de los Soviets al camino del parlamentarismo burgués y de que la participación del Partido en una institución de esta índole podía confundir todas las cartas y desviar de su camino a los obreros y campesinos, que libraban una lucha revolucionaria bajo la consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!». Este error fue corregido con la retirada de los bolcheviques del anteparlamento.

Cuarta. Saber maniobrar con las reservas con vistas a un repliegue ordenado cuando el enemigo es fuerte, cuando la retirada es inevitable, cuando se sabe de antemano que no conviene aceptar el combate que pretende imponernos el enemigo, cuando, con la correlación de fuerzas existente, la retirada es para la vanguardia el único medio de esquivar el golpe y de conservar a su lado las reservas.

«Los partidos revolucionarios -dice Lenin- deben completar su instrucción. Han aprendido a desplegar la ofensiva. Ahora deben comprender que esta ciencia hay que completarla con la de saber retirarse acertadamente. Hay que comprender -y la clase revolucionaria aprende a comprenderlo por su propia y amarga experiencia - que no se puede triunfar sin aprender a desplegar la ofensiva y a retirarse con acierto» (v. t. XXV, pág. 177).

El fin de esta estrategia consiste en ganar tiempo, desmoralizar al adversario y acumular fuerzas, para luego pasar a la ofensiva.

Puede considerarse modelo de esta estrategia la firma de la paz de Brest-Litovsk, que permitió al Partido ganar tiempo, aprovechar los choques en el campo del imperialismo, desmoralizar a las fuerzas del enemigo, conservar a su lado a los campesinos y acumular fuerzas para preparar la ofensiva contra Kolchak y contra Denikin.

«Concertando la paz por separado -dijo entonces Lenin-, nos libramos, en el mayor grado *posible en el momento actual*, de ambos grupos imperialistas contendientes aprovechándonos de su hostilidad y de su guerra -que les dificulta el cerrar un trato contra nosotros-; así conseguimos tener las manos libres durante cierto tiempo para proseguir y Consolidar la revolución socialista» (v, t. XXII, pág. 198).

«Ahora, hasta el más necio ve -decía Lenin tres años después de firmarse la paz de Brest-Litovsk- que «la paz de Brest-Litovsk» fue una concesión que nos fortaleció a nosotros y dividió las fuerzas del imperialismo internacional» (v. t. XXVII, pág. 7).

Tales son las principales condiciones que aseguran una dirección estratégica acertada.

5) *La dirección táctica*. La dirección táctica es una parte de la dirección estratégica, a cuyos objetivos y exigencias se supedita. La misión de la dirección táctica consiste en dominar todas las formas de lucha y de organización del proletariado y

en asegurar su empleo acertado para lograr, teniendo en cuenta la correlación de fuerzas existente, el máximo resultado necesario para la preparación del éxito estratégico.

¿En qué consiste la utilización acertada de las formas de lucha y de organización del proletariado?

En cumplir algunas condiciones necesarias, entre las cuales hay que considerar coma principales las siguientes:

Primera. Poner en primer plano precisamente las formas de lucha y de organización que mejor correspondan a las condiciones de flujo y de reflujo del movimiento en el momento dado y que faciliten y permitan conducir a las masas a posiciones revolucionarias, incorporar a millones de hombres al frente de la revolución y distribuirlos en dicho frente.

Lo que importa no es que la vanguardia se percate de la imposibilidad de mantener el antiguo orden de cosas y de la inevitabilidad de su derrocamiento. Lo que importa es que las masas, millones de hombres, comprendan esa inevitabilidad y se muestren dispuestas a apoyar a la vanguardia. Pero las masas sólo pueden comprenderlo por experiencia propia. Dar a las masas, a millones de hombres, la posibilidad de comprender por experiencia propia que el derrocamiento del viejo Poder es inevitable, poner en juego métodos de lucha y formas de organización que permitan a las masas comprender más fácilmente, por la experiencia, lo acertado de las consignas revolucionarias: ésa es la tarea.

La vanguardia habría quedado desligada de la clase obrera, y la clase obrera hubiera perdido el contacto con las masas, si el Partido no hubiese resuelto oportunamente participar en la Duma, si no hubiese resuelto concentrar sus fuerzas en el trabajo en la Duma y desenvolver la lucha a base de esta labor, para facilitar que las masas se convenciesen por experiencia propia de la inutilidad de aquella Duma, de la falsedad de las promesas de los demócratas constitucionalistas, de la imposibilidad de un acuerdo con el zarismo, de la necesidad inevitable de una alianza entre los campesinos y la clase obrera. Sin la experiencia de las masas durante el período de la Duma, habría sido imposible desenmascarar a los demócratas constitucionalistas y asegurar la hegemonía del proletariado.

El peligro de la táctica del otsovismo consistía en que amenazaba con desligar a la vanguardia de sus reservas de millones y millones de hombres.

El Partido se habría desligado de la clase obrera y la clase obrera hubiera perdido su influencia en las amplias masas de campesinos y soldados, si el proletariado hubiese seguido a los comunistas de «izquierda», que incitaban a la insurrección en abril de 1917, cuando los mencheviques y los eseristas no se habían desenmascarado aún como partidarios de la guerra y del imperialismo, cuando las masas no habían podido aún convencerse por experiencia propia de la falsedad de los discursos de los mencheviques y de los eseristas sobre la paz, la tierra y la libertad. Sin la experiencia adquirida por las masas durante el período de la kerenskiada, los mencheviques y los eseristas no se habrían visto aislados, y la dictadura del proletariado hubiera sido imposible. Por eso, la táctica de «explicar pacientemente» los errores de los partidos pequeñoburgueses y de luchar abiertamente dentro de los Soviets era entonces la única táctica acertada.

El peligro de la táctica de los comunistas de «izquierda» consistía en que amenazaba con transformar al Partido, de jefe de la revolución proletaria, en un puñado de conspiradores vacuos y sin base.

«Con la vanguardia sola -dice Lenin- es imposible triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella... sería no sólo una estupidez, sino, además un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar esa posición, la propaganda y la agitación, solas son insuficientes. Para ello se precisa la propia experiencia política de las masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy, con fuerza y realce sorprendentes, no sólo por Rusia, sino también por Alemania. No sólo las masas incultas, y en muchos casos analfabetas, de Rusia, sino también las masas de Alemania muy cultas, sin un solo analfabeto, necesitaron experimentar en su propia carne toda la impotencia, toda la veleidad, toda la flaqueza, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la II Internacional, toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios (Kornílov en Rusia, Kapp y Cía. en Alemania), única alternativa frente a la dictadura del proletariado, para orientarse decididamente hacia el comunismo» (v. t. XXV, pág. 228).

Segunda. Encontrar en cada momento dado, en la cadena de procesos, el eslabón particular que permita, aferrándose a él, sujetar toda la cadena y preparar las condiciones para obtener el éxito estratégico.

Se trata de destacar, entre las tareas que se le plantean al Partido, precisamente la tarea inmediata cuya solución constituye el punto central y cuyo cumplimiento garantiza la feliz solución de las demás tareas inmediatas.

Podría demostrarse la importancia de esta tesis con dos ejemplos, uno tomado del pasado lejano (del período de la formación del Partido) y otro, de un

pasado reciente (del período de la Nep).

En el período de la formación del Partido, cuando los innumerables círculos y organizaciones no estaban aún ligados entre sí, cuando los métodos artesanos de trabajo y el espíritu de círculo corroían al Partido de arriba abajo, cuando la dispersión ideológica era el rasgo característico de la vida interna del Partido, en este período, el eslabón fundamental de la cadena, la tarea fundamental entre todas las que tenia planteadas el Partido, era la fundación de un periódico clandestino para toda Rusia (de la «Iskra»). ¿Por qué? Porque sólo por medio de un periódico clandestino para toda Rusia podía crearse dentro del Partido, en las condiciones de aquel entonces, un núcleo sólido, capaz de unir en un todo único los innumerables círculos y organizaciones, preparar las condiciones para la unidad ideológica y táctica y sentar, de este modo, los cimientos para la formación de un verdadero partido.

En el período de transición de la guerra a la edificación económica, cuando la industria vegetaba entre las garras de la ruina y la agricultura sufría escasez de artículos de la ciudad, cuando la ligazón entre la industria del Estado y la economía campesina se convirtió en la condición fundamental del éxito de la edificación socialista; en este período, el eslabón fundamental en la cadena de los procesos, la tarea fundamental entre todas era el desarrollo del comercio. ¿Por qué? Porque, en las condiciones de la Nep, la ligazón entre la industria y la economía campesina sólo es posible a través del comercio; porque, en las condiciones de la Nep, una producción sin venta es la muerte para la industria; porque la industria sólo puede ampliarse aumentando la venta mediante el desarrollo del comercio; porque sólo después de consolidarse en la esfera del comercio, sólo dominando el comercio, sólo dominando este eslabón, puede ligarse la industria con el mercado campesino y resolver con éxito otras tareas inmediatas, a fin de crear las condiciones para echar los cimientos de la economía socialista:

«No basta con ser revolucionario y partidario del socialismo, o comunista en general... -dice Lenin-. Es necesario saber encontrar en cada momento el eslabón particular al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para sujetar toda la cadena y preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente»...

«En el momento actual... ese eslabón es la reanimación del *comercio* interior, regulado (orientado) con acierto por el Estado. El comercio, he ahí el «eslabón» de la cadena histórica de acontecimientos, de las formas de transición de nuestra edificación socialista en 1921-1922, «*al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas*»... » (v. t. XXVII, pág. 82).

Tales son las principales condiciones que garantizan el acierto en la dirección táctica.

6. *La táctica reformista y la táctica revolucionaria*. ¿En que se distingue la táctica revolucionaria de la táctica reformista?

Algunos creen que el leninismo está, en general, en contra de las reformas, de los compromisos y de los acuerdos. Eso es completamente falso. Los bolcheviques saben tan bien como cualquiera que, en cierto sentido, «del lobo, un pelo»; es decir, que en ciertas condiciones las reformas, en general, y los compromisos y acuerdos en particular, son necesarios y útiles.

«Hacer la guerra -dice Lenin- para derrocar a la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, prolongada y compleja que la más encarnizada de las guerras corrientes entre Estados, y renunciar de antemano a toda maniobra, a explotar los antagonismos de intereses (aunque sólo sean temporales) que dividen a nuestros enemigos, renunciar a acuerdos y compromisos con posibles aliados (aunque sean provisionales, inconsistentes, vacilantes, condicionales), ¿ no es, acaso, algo indeciblemente ridículo? ¿No viene a ser eso como si, en la difícil ascensión a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta todavía, se renunciase de antemano a hacer a veces zigzags, a desandar a veces lo andado, a abandonar la dirección elegida al principio para probar otras direcciones?» (v, t. XXV, pág. 210).

No se trata, evidentemente, de las reformas o de los compromisos y acuerdos en sí, sino del uso que se hace de ellos.

Para el reformista, las reformas son todo, y la labor revolucionaría cosa sin importancia, de la que se puede hablar para echar tierra a los ojos. Por eso, con la táctica reformista, bajo el Poder burgués, las reformas se convierten inevitablemente en instrumento de consolidación de este Poder, en instrumento de descomposición de la revolución.

Para el revolucionario, en cambio, lo principal es la labor revolucionaria, y no las reformas; para él, las reformas son un producto accesorio de la revolución. Por eso, con la táctica revolucionaria, bajo el Poder burgués, las reformas se convierten, naturalmente, en un instrumento para descomponer este Poder, en un instrumento para vigorizar la revolución, en un punto de apoyo para seguir desarrollando el movimiento revolucionario.

El revolucionario acepta las reformas para utilizarlas como una ayuda para combinar la labor legal con la clandestina, para aprovecharlas como una pantalla que permita intensificar la labor clandestina de preparación revolucionaria de las masas con vistas a derrocar a la burguesía.

En *eso* consiste la esencia de la utilización

revolucionaria de las reformas y los acuerdos en las condiciones del imperialismo.

El reformista, por el contrario, acepta las reformas para renunciar a toda labor clandestina, para minar la preparación de las masas con vistas a la revolución y echarse a dormir a la sombra de las reformas «otorgadas» desde arriba.

En *eso* consiste la esencia de la táctica reformista.

Así está planteada la cuestión de las reformas y los acuerdos bajo el imperialismo.

Sin embargo, una vez derrocado el imperialismo, bajo la dictadura del proletariado, la cosa cambia un tanto. En ciertas condiciones, en cierta situación, el Poder proletario puede verse obligado a apartarse temporalmente del camino de la reconstrucción revolucionaria del orden de cosas existente, para seguir el camino de su transformación gradual, «el camino reformista», como dice Lenin en su conocido artículo «Acerca de la significación del oro»[163], el camino de los rodeos, el camino de las reformas y las concesiones a las clases no proletarias, a fin de descomponer a estas clases, dar una tregua a la revolución, acumular fuerzas y preparar las condiciones para una nueva ofensiva. No se puede negar que, en cierto sentido, este camino es un camino «reformista». Ahora bien, hay que tener presente que aquí se da una particularidad fundamental, y es que, en este caso, la reforma parte del Poder proletario, lo consolida, le da la tregua necesaria y no está llamada a descomponer a la revolución, sino a las clases no proletarias.

En estas condiciones, las reformas se convierten, como vemos, en su antítesis.

Si el Poder proletario puede llevar acabo esta política, es, exclusivamente, porque en el período anterior la revolución ha sido lo suficientemente amplia y ha avanzado, por tanto, lo bastante para tener a dónde retirarse, sustituyendo la táctica de la ofensiva por la del repliegue temporal, por la táctica de los movimientos de flanco.

Así, pues, si antes, bajo el Poder burgués, las reformas eran un producto accesorio de la revolución, ahora bajo la dictadura del proletariado las reformas tienen por origen las conquistas revolucionarias del proletariado, las reservas acumuladas en manos del proletariado y compuestas por dichas conquistas.

«Sólo el marxismo -dice Lenin- ha definido con exactitud y acierto la relación entre las reformas y la revolución si bien Marx tan sólo pudo ver esta relación bajo un aspecto, a saber; en las condiciones anteriores al primer triunfo más o menos sólido, más o menos duradero del proletariado, aunque sea en un solo país. En tales condiciones, la base de una relación acertada era ésta: las reformas son un producto accesorio de la lucha revolucionaria de clase del proletariado... Después del triunfo del proletariado, aunque sólo sea en un país, aparece algo nuevo en la relación entre las reformas y la revolución. En principio, el problema sigue planteado del mismo modo, pero en la forma se produce un cambio, que Marx, personalmente, no pudo prever, pero que sólo puede ser comprendido colocándose en el terreno de la filosofía al de la política del marxismo... Después del triunfo, ellas (es decir, las reformas. *J. St.*) (aunque en escala internacional sigan siendo el mismo «producto accesorio») constituyen además, para el país en que se ha triunfado, una tregua necesaria y legítima en los casos en que es evidente que las fuerzas, después de una tensión extrema no bastan para llevar a cabo por vía revolucionaria tal o cual transición. El triunfo proporciona tal «reserva de fuerzas», que hay con qué mantenerse, tanto desde el punto de vista material como del moral, aún en el caso de una retirada forzosa» (v. t. XXVII, págs. 84-85).

VIII. El partido

En el período prerrevolucionario, en el período de desarrollo más o menos pacífico, cuando los partidos de la II Internacional eran la fuerza predominante en el movimiento obrero y las formas parlamentarias de lucha se consideraban las fundamentales, en esas condiciones, el Partido no tenía ni podía tener una importancia tan grande y tan decisiva como la que adquirió más tarde, en las condiciones de choques revolucionarios abiertos. Kautsky, defendiendo a la II Internacional contra los que la atacan, dice que los partidos de la II Internacional son instrumentos de paz, y no de guerra, y que precisamente por eso se mostraron impotentes para hacer nada serio durante la guerra, en el período de las acciones revolucionarias del proletariado. Y así, es, en efecto. Pero ¿qué significa esto? Significa que los partidos de la II Internacional son inservibles para la lucha revolucionaria del proletariado, que no son partidos combativos del proletariado y que conduzcan a los obreros al Poder, sino máquinas electorales, apropiadas para las elecciones al parlamento y para la lucha parlamentaria. Ello, precisamente, explica que, durante el período de predominio de los oportunistas de la II Internacional, la organización política fundamental del proletariado no fuese el Partido, sino la minoría parlamentaria. Es sabido que en ese período el Partido era, en realidad, un apéndice de la minoría parlamentaria y un elemento puesto a su servido. No creo que sea necesario demostrar que, en tales condiciones y con semejante partido al frente, no se podía ni hablar de preparar al proletariado para la revolución.

Pero las cosas cambiaron radicalmente al llegar el nuevo período. El nuevo período es el de los choques

[163] Véase el trabajo de V. I. Lenin «Acerca de la significación del oro en la actualidad y después de la victoria completa del socialismo»

abiertos entre las clases, el período de las acciones revolucionarias del proletariado, el período de la revolución proletaria, el período de la preparación directa de las fuerzas para el derrocamiento del imperialismo y la conquista del Poder por el proletariado. Este período plantea ante el proletariado nuevas tareas: la reorganización de toda la labor del Partido en un sentido nuevo, revolucionario la educación de los obreros en el espíritu de la lucha revolucionaria por el Poder, la preparación y la concentración de reservas, la alianza con los proletarios de los países vecinos, el establecimiento de sólidos vínculos con el movimiento de liberación de las colonias y de los países dependientes, etc., etc. Creer que estas tareas nuevas pueden resolverse con las fuerzas de los viejos partidos socialdemócratas, educados bajo las condiciones pacíficas del parlamentarismo, equivale a condenarse a una desesperación sin remedio, a una derrota inevitable. Hacer frente a estas tareas con los viejos partidos a la cabeza, significa verse completamente desarmado. Huelga demostrar que el proletariado no podía resignarse a semejante situación.

De aquí la necesidad de un nuevo partido, de un partido combativo, de un partido revolucionario, lo bastante intrépido para conducir a los proletarios a la lucha por el Poder, lo bastante experto para orientarse en las condiciones complejas de la situación revolucionaria y lo bastante flexible para sortear todos y cada uno de los escollos, que se interponen en el camino hacia sus fines.

Sin un partido así, no se puede ni pensar en el derrocamiento del imperialismo, en la conquista de la dictadura del proletariado.

Este nuevo partido es el Partido del leninismo. .

¿Cuáles son las particularidades de este nuevo partido?

1) *El Partido como destacamento de vanguardia de la clase obrera*. El Partido tiene que ser, ante todo, el destacamento de vanguardia de la clase obrera. El Partido tiene que incorporar a sus filas a todos los mejores elementos de la clase obrera, asimilar su experiencia, su espíritu revolucionario, su devoción infinita a la causa del proletariado. Ahora bien, para ser un verdadero destacamento de vanguardia, el Partido tiene que estar pertrechado con una teoría revolucionaria, con el conocimiento de las leyes del movimiento, con el conocimiento de las leyes de la revolución. De otra manera, no puede dirigir la lucha del proletariado, no puede llevar al proletariado tras de sí. El Partido no puede ser un verdadero partido si se limita simplemente a registrar lo que siente y piensa la masa de la clase obrera, si se arrastra a la zaga del movimiento espontáneo de ésta, si no sabe vencer la inercia y la indiferencia política del movimiento espontáneo, si no sabe situarse por encima de los intereses momentáneos del proletariado, si no sabe elevar a las masas hasta la comprensión de los intereses de clase del proletariado. El Partido tiene que marchar al frente de la clase obrera, tiene que ver más lejos que la clase obrera, tiene que conducir tras de sí al proletariado y no arrastrarse a la zaga del movimiento espontáneo. Los partidos de la II Internacional, que predican el «seguidismo», son vehículos de la política burguesa, que condena al proletariado al papel de instrumento de la burguesía. Sólo un partido que se sitúe en el punto de vista del destacamento de vanguardia del proletariado y sea capaz de elevar a las masas hasta la comprensión de los intereses de clase del proletariado, sólo un partido así es capaz de apartar a la clase obrera de la senda del tradeunionismo y hacer de ella una fuerza política independiente.

El Partido es el jefe político de la clase obrera.

He hablado más arriba de las dificultades de la lucha de la clase obrera, de la complejidad de las condiciones de la lucha, de la estrategia y de la táctica, de las reservas y de las maniobras, de la ofensiva y de la retirada. Estas condiciones son tan complejas, si no más, que las de la guerra. ¿Quién puede orientarse en estas condiciones?, ¿quién puede dar una orientación acertada a las masas de millones y millones de proletarios? Ningún ejército en guerra puede prescindir de un Estado Mayor experto, si no quiere verse condenado a la derrota. ¿Acaso no está claro que el proletariado tampoco puede, con mayor razón, prescindir de este Estado Mayor, si no quiere entregarse a merced de sus enemigos jurados? Pero ¿dónde encontrar ese Estado Mayor? Sólo el Partido revolucionario del proletariado puede ser ese Estado Mayor. Sin un partido revolucionario, la clase obrera es como un ejército sin Estado Mayor.

El Partido es el Estado Mayor de combate del proletariado.

Pero el Partido no puede ser tan sólo un destacamento de *vanguardia*, sino que tiene que ser, al mismo tiempo, un destacamento *de la clase*, una parte de la clase, íntimamente vinculada a ésta con todas las raíces de su existencia. La diferencia entre el destacamento de vanguardia y el resto de la masa de la clase obrera, entre los afiliados al Partido y los sin-partido, no puede desaparecer mientras no desaparezcan las clases, mientras el proletariado vea engrosar sus filas con elementos procedentes de otras clases, mientras la clase obrera, en su conjunto, no pueda elevarse hasta el nivel del destacamento de vanguardia. Pero el Partido dejaría de ser el Partido si esta diferencia se convirtiera en divorcio, si el Partido se encerrara en sí mismo y se apartase de las masas sin-partido. El Partido no puede dirigir a la clase si no está ligado a las masas sin-partido, si no hay vínculos entre el Partido y las masas sin-partido, si estas masas no aceptan su dirección, si el Partido no goza de crédito moral y político entre las masas.

Hace poco se dió ingreso en nuestro Partido a

doscientos mil obreros. Lo notable aquí es la circunstancia de que estos obreros, más bien que venir ellos mismos al Partido, han sido enviados a él por toda la masa de los sin-partido, que ha intervenido activamente en la admisión de los nuevos afiliados, que no eran admitidos sin su aprobación. Este hecho demuestra que las grandes masas de obreros sin-partido ven en nuestro Partido *su* partido, un partido *entrañable y querido*, en cuyo desarrollo y fortalecimiento se hallan profundamente interesados y a cuya dirección confían de buen grado su suerte. No creo que sea necesario demostrar que sin estos hilos morales imperceptibles que lo unen con las masas sin-partido, el Partido no habría podido llegar a ser la fuerza decisiva de su clase.

El Partido es parte inseparable de la clase obrera.

«Nosotros -dice Lenin- somos el Partido de la clase, y, por ello, *casi toda la clase* (y en tiempo de guerra, en época de guerra civil, la clase entera) debe actuar bajo la dirección de nuestro Partido, debe tener con nuestro Partido la ligazón más estrecha posible; pero sería manilovismo y «seguidismo» creer que casi toda la clase o la clase entera pueda algún día, bajo el capitalismo, elevarse hasta el punto de alcanzar el grado de conciencia y de actividad de su destacamento de vanguardia, de su partido socialdemócrata. Ningún socialdemócrata juicioso ha puesto nunca en duda que, bajo el capitalismo, ni aún la organización sindical (más rudimentaria, más asequible al grado de conciencia de las capas menos desarrolladas) esté en condiciones de englobarla toda o a casi toda la clase obrera. Olvidar la diferencia que existe entre el destacamento de vanguardia y toda la masa que gravita hacia él, olvidar el deber constante que tiene el destacamento de vanguardia de elevar a capas cada vez más amplias a su avanzado nivel, sería únicamente engañarse a sí mismo, cerrar los ojos ante la inmensidad de nuestras tareas, restringir nuestras tareas» (v. t. VI, págs. 205-206).

2) *El Partido como destacamento organizado de la clase obrera*. El Partido no es sólo el destacamento de *vanguardia* de la clase obrera. Si quiere dirigir realmente la lucha de su clase, tiene que ser, al mismo tiempo, un destacamento *organizado* de la misma. Las tareas del Partido en el capitalismo son extraordinariamente grandes y diversas. El Partido debe dirigir la lucha del proletariado en condiciones extraordinariamente difíciles de desarrollo interior y exterior; debe llevar al proletariado a la ofensiva cuando la situación exija la ofensiva; debe sustraer al proletariado de los golpes de un enemigo fuerte cuando la situación exija la retirada; debe inculcar en las masas de millones y millones de obreros sin-partido e inorganizados el espíritu de disciplina y el método en la lucha, el espíritu de organización y la firmeza. Pero el Partido no puede cumplir estas tareas si él mismo no es la personificación de la disciplina y de la organización, si él mismo no es un destacamento organizado del proletariado. Sin estas condiciones, ni hablar se puede de que el Partido dirija verdaderamente a masas de millones y millones de proletarios.

El Partido es el destacamento organizado de la clase obrera.

La idea del Partido como un todo organizado está expresada en la conocida fórmula, expuesta por Lenin en el artículo primero de los Estatutos de nuestro Partido, donde se considera al Partido *suma* de sus organizaciones, y a sus miembros, afiliados a una de las organizaciones del Partido. Los mencheviques, que ya en 1903 rechazaban esta fórmula, proponían, en su lugar, el «sistema», de auto adhesión al Partido, el «sistema» de extender el «título» de afiliado al Partido a cualquier «profesor» y a cualquier «estudiante», a cualquier «simpatizante» y a cualquier «huelguista» que apoyara al Partido de un modo u otro, aunque no formara ni desease formar parte de ninguna de sus organizaciones. No creo que sea necesario demostrar que este original «sistema», de haber arraigado en nuestro Partido, habría llevado inevitablemente a inundarlo de profesores y estudiantes y a su degeneración en una «entidad» vaga, amorfa, desorganizada, que se hubiera perdido en el mar de los «simpatizantes», habría borrado los límites entre el Partido y la clase y malogrado la tarea del Partido de elevar a las masas inorganizadas al nivel del destacamento de vanguardia. Huelga decir que, con un «sistema» oportunista como ése, nuestro Partido no habría podido desempeñar el papel de núcleo organizador de la clase obrera en el curso de nuestra revolución.

«Desde el punto de vista del camarada Mártov -dice Lenin-, las fronteras del Partido quedan absolutamente indeterminadas, porque «cualquier huelguista» puede «declararse miembro del Partido». ¿Cuál es el provecho de semejante vaguedad? La gran difusión del «título». Lo que tiene de nocivo consiste en que origina la idea *desorganizadora* de la confusión de la clase con el Partido» (v. t. VI, pág. 211).

Pero el Partido no es sólo la suma de sus organizaciones. El Partido es, al mismo tiempo, el *sistema* único de estas organizaciones, su fusión formal en un todo único, con organismos superiores e inferiores de dirección, con la subordinación de la minoría a la mayoría, con resoluciones prácticas, obligatorias para todos los miembros del Partido. Sin estas condiciones, el Partido no podría formar un todo único y organizado, capaz de ejercer la dirección sistemática y organizada de la lucha de la clase obrera.

«*Antes* -dice Lenin-, nuestro Partido no era un todo formalmente organizado, sino, simplemente, una suma de diversos grupos, razón por la cual no podía de ningún modo existir entre ellos más relación que la de la influencia ideológica. *Ahora somos* ya un partido organizado, y esto entraña la creación de una autoridad, la transformación del prestigio de las ideas en el prestigio de la autoridad, la sumisión de las instancias inferiores a las instancias superiores del Partido» (v. t. VI, pág. 291).

El principio de la subordinación de la minoría a la mayoría, el principio de la dirección de la labor del Partido por un organismo central suscita con frecuencia ataques de los elementos inestables, acusaciones de «burocratismo», de «formalismo», etc. No creo que sea necesario demostrar que la labor sistemática del Partido como un todo y la dirección de la lucha de la clase obrera no serían posibles sin la aplicación de estos principios. El leninismo en materia de organización es la aplicación indefectible de estos principios. Lenin califica la lucha contra estos principios de «nihilismo ruso» y de «anarquismo señorial», digno de ser puesto en ridículo y repudiado.

He aquí lo que dice Lenin, en su libro «Un paso adelante», a propósito de estos elementos inestables:

«Este anarquismo señorial es algo muy peculiar del nihilista ruso. La organización del Partido se le antoja una «fábrica» monstruosa; la sumisión de la parte al todo y de la minoría a la mayoría le parece un «avasallamiento»...; la división del trabajo bajo la dirección de un organismo central le hace proferir alaridos tragicómicos contra la transformación de los hombres en «ruedas y tornillos»...; la sola mención de los estatutos de organización del Partido suscita en él un gesto de desprecio y la desdeñosa... observación de que se podría vivir sin estatutos».

«Está claro, me parece, que los clamores contra el famoso burocratismo no son más que un medio de encubrir el descontento por la composición de los organismos centrales, no son más que una hoja de parra... ¡Eres un burócrata, porque has sido designado por el Congreso sin mi voluntad y contra ella! ¡Eres un formalista, porque te apoyas en los acuerdos formales del Congreso, y no en mi consentimiento! ¡Obras de un modo brutalmente mecánico, porque te remites a la mayoría «mecánica» del Congreso del Partido y no prestas atención a mi deseo de ser cooptado! ¡Eres un autócrata, porque no quieres poner el poder en manos de la vieja tertulia de buenos compadres!»[164] (v. t. VI, págs. 310 y 287).

3) *El Partido como forma superior de organización de clase del proletariado*. El Partido es el destacamento organizado de la clase obrera. Pero el Partido no es la única organización de la clase obrera. El proletariado cuenta con muchas otras organizaciones, sin las cuales no podría luchar con éxito contra el capital: sindicatos, cooperativas, organizaciones fabriles, minorías parlamentarias, organizaciones femeninas sin-partido, prensa, organizaciones culturales y educativas, uniones de la juventud, organizaciones revolucionarias de combate (durante las acciones revolucionarias abiertas), Soviets de Diputados como forma de organización del Estado (si el proletariado se halla en el Poder), etc. La inmensa mayoría de estas organizaciones son organizaciones sin-partido, y sólo unas cuantas están directamente vinculadas al Partido o son ramificaciones suyas. En determinadas circunstancias, todas estas organizaciones son absolutamente necesarias para la clase obrera, pues sin ellas no sería posible consolidar las posiciones de clase del proletariado en los diversos terrenos de la lucha, ni sería posible templar al proletariado como la fuerza llamada a sustituir el orden de cosas burgués por el orden de cosas socialista. Pero ¿cómo llevar a cabo la dirección única, con tal abundancia de organizaciones? ¿Qué garantía hay de que esta multiplicidad de organizaciones no lleve a incoherencias en la dirección? Cada una de estas organizaciones, pueden decirnos, actúa en su propia órbita y por ello no pueden entorpecerse las unas a las otras. Esto, naturalmente, es cierto. Pero también lo es que todas estas organizaciones tienen que desplegar su actividad en una misma dirección, pues sirven a *una sola* clase, a la clase de los proletarios. ¿Quién -cabe preguntarse- determina la línea, la orientación general que todas estas organizaciones deben seguir en su trabajo? ¿Dónde está la organización central que no sólo sea capaz, por tener la experiencia necesaria, de trazar dicha línea general, sino que, además, pueda, por tener el prestigio necesario para ello, mover a todas estas organizaciones a aplicar esa línea, con el fin de lograr la unidad en la dirección y excluir toda posibilidad de intermitencias?

Esta organización es el Partido del proletariado.

El Partido posee todas las condiciones necesarias para ello: primero, porque el Partido es el punto de concentración de los mejores elementos de la clase obrera, directamente vinculados a las organizaciones sin-partido del proletariado y que con frecuencia las dirigen; segundo, porque el Partido, como punto de concentración de los mejores elementos de la clase obrera, es la mejor escuela de formación de jefes de la clase obrera, capaces de dirigir todas las formas de organización de su clase; tercero, porque el Partido, como la mejor escuela para la formación de jefes de la clase obrera, es, por su experiencia y su prestigio,

---

[164] Se alude a la «tertulia» de Axelrod, Mártov, Potrésov y otros, que no se sometieron a los acuerdos del II Congreso y acusaban a Lenin de «burocratismo». J. St.

la única organización capaz de centralizar la dirección de la lucha del proletariado, haciendo así de todas y cada una de las organizaciones sin-partido de la clase obrera organismos auxiliares y correas de transmisión que unen al Partido con la clase.

El Partido es la forma superior de organización de clase del proletariado.

Esto no quiere decir, naturalmente, que las organizaciones sin-partido, los sindicatos, las cooperativas, etc., deban estar formalmente subordinadas a la dirección del Partido. Lo que hace falta es, simplemente, que los miembros del Partido que integran estas organizaciones, en las que gozan de indudable influencia, empleen todos los medios de persuasión para que las organizaciones sin-partido se acerquen en el curso de su trabajo al Partido del proletariado y acepten voluntariamente la dirección política de éste.

Por eso, Lenin dice que el Partido es «la forma *superior* de unión de clase de los proletarios», cuya dirección política debe extenderse a todas las demás formas de organización del proletariado (v. t. XXV, pág. 194).

Por eso, la teoría oportunista de la «independencia» y de la «neutralidad» de las organizaciones sin-partido, que produce parlamentarios *independientes* y publicistas *desligados* del Partido, funcionarios sindicales *de mentalidad estrecha* y cooperativistas *imbuidos de espíritu pequeñoburgués*, es completamente incompatible con la teoría y la práctica del leninismo.

4) *El Partido como instrumento de la dictadura del proletariado*. El Partido es la forma superior de organización del proletariado. El Partido es el factor esencial de dirección en el seno de la clase de los proletarios y entre las organizaciones de esta clase. Pero de aquí no se desprende, ni mucho menos, que el Partido pueda ser considerado como un fin en sí como una fuerza que se baste a sí misma. El Partido no sólo es la forma superior de unión de clase de los proletarios, sino que es, al mismo tiempo, un *instrumento* del proletariado *para* la conquista de su dictadura, cuando ésta no ha sido todavía conquistada, y *para* la consolidación y ampliación de la dictadura, cuando ya está conquistada. El Partido no podría elevar a tal altura su importancia, ni ser la fuerza rectora de todas las demás formas de organización del proletariado, si éste no tuviera planteado el problema del Poder, si las condiciones creadas por el imperialismo, la inevitabilidad de las guerras y la existencia de las crisis no exigieran la concentración de todas las fuerzas del proletariado en un solo lugar, la convergencia de todos los hilos del movimiento revolucionario en un solo punto, a fin de derrocar a la burguesía y conquistar la dictadura del proletariado. El proletariado necesita del Partido, ante todo, como Estado Mayor de combate, indispensable para la conquista victoriosa del Poder. No creo que sea necesario demostrar que, sin un partido capaz de reunir en torno suyo a las organizaciones de masas del proletariado y de centralizar, en el curso de la lucha, la dirección de todo el movimiento, el proletariado de Rusia no hubiera podido implantar su dictadura revolucionaria.

Pero el proletariado no necesita del Partido solamente para conquistar la dictadura; aún le es más necesario para mantenerla, consolidarla y extenderla, para asegurar la victoria completa del socialismo.

«Seguramente -dice Lenin-, hoy casi todo el mundo ve ya que los bolcheviques no se hubieran mantenido en el Poder, no digo dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la disciplina rigurosísima, verdaderamente férrea, de nuestro Partido, sin el apoyo, total e indefectible prestado a él por toda la masa de la clase obrera, es decir, por todo lo que ella tiene de consciente, honrado, abnegado, influyente y capaz de conducir tras de sí o de arrastrar a las capas atrasadas» (v. t. XXV, pág. 173).

Pero ¿qué significa «mantener» y «extender» la dictadura?

Significa inculcar a las masas de millones y millones de proletarios el espíritu de disciplina y de organización; significa dar a las masas proletarias cohesión y proporcionarles un baluarte contra la influencia corrosiva del elemento pequeñoburgués y de los hábitos pequeñoburgueses; reforzar la labor de organización de los proletarios para reeducar y transformar a las capas pequeñoburguesas; ayudar a las masas proletarias a forjarse como fuerza capaz de destruir las clases y de preparar las condiciones para organizar la producción socialista. Pero todo esto sería imposible hacerlo sin un partido fuerte por su cohesión y su disciplina.

«La dictadura del proletariado -dice Lenin- es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un partido que sepa pulsar el estado de espíritu de las masas e influir sobre él, es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha» (v. t. XXV, pág. 190).

El proletariado necesita del Partido para conquistar y mantener la dictadura. El Partido es un instrumento de la dictadura del proletariado.

Pero de esto se deduce que, con la desaparición de las clases, con la extinción de la dictadura del proletariado, deberá desaparecer también el Partido.

5) *El Partido como unidad de voluntad incompatible con la existencia de fracciones*. La conquista y el mantenimiento de la dictadura del proletariado son imposibles sin un partido fuerte por su cohesión y su disciplina férrea. Pero la disciplina férrea del Partido es inconcebible sin la unidad de voluntad, sin la unidad de acción, completa y absoluta, de todos los miembros del Partido. Esto no significa, naturalmente, que por ello quede excluida la posibilidad de una lucha de opiniones dentro del Partido. Al revés: la disciplina férrea no excluye, sino que presupone la crítica y la lucha de opiniones dentro del Partido. Tampoco significa esto, con mayor razón, que la disciplina debe ser «ciega». Al contrario, la disciplina férrea no excluye, sino que presupone la subordinación consciente y voluntaria, pues sólo una disciplina consciente puede ser una disciplina verdaderamente férrea. Pero, una vez terminada la lucha de opiniones, agotada la crítica y adoptado un acuerdo, la unidad de voluntad y la unidad de acción de todos los miembros del Partido es condición indispensable sin la cual no se concibe ni un Partido unido ni una disciplina férrea dentro del Partido.

«En la actual época de cruenta guerra civil -dice Lenin-, el Partido Comunista sólo podrá cumplir con su deber si se halla organizado del modo más centralizado, si reina dentro de él una disciplina férrea, rayana en la disciplina militar, y si su organismo central es un organismo que goza de gran prestigio y autoridad, está investido de amplios poderes y cuenta con la confianza general de los afiliados al Partido» (v. t. XXV, págs. 282-283).

Así está planteada la cuestión de la disciplina del Partido en las condiciones de la lucha precedente a la conquista de la dictadura.

Otro tanto hay que decir, pero en grado todavía mayor, respecto a la disciplina del Partido después de la conquista de la dictadura.

«El que debilita, por poco que sea -dice Lenin-, la disciplina férrea del Partido del proletariado (sobre todo en la época de su dictadura), ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado» (v. t. XXV, pág. 190).

Pero de aquí se desprende que la existencia de fracciones es incompatible con la unidad del Partido y con su férrea disciplina. No creo que sea necesario demostrar que la existencia de fracciones lleva a la existencia de diversos organismos centrales y que la existencia de diversos organismos centrales significa la ausencia de un organismo central común en el Partido, el quebrantamiento de la unidad de voluntad, el debilitamiento y la descomposición de la disciplina, el debilitamiento y la descomposición de la dictadura. Naturalmente, los partidos de la II Internacional, que combaten la dictadura del proletariado y no quieren llevar a los proletarios a la conquista del Poder, pueden permitirse un liberalismo como la libertad de fracciones, porque no necesitan, en absoluto, una disciplina de hierro. Pero los partidos de la Internacional Comunista, que organizan su labor partiendo de las tareas de conquistar y fortalecer la dictadura del proletariado, no pueden admitir ni el «liberalismo» ni la libertad de fracciones.

El Partido es la unidad de voluntad, que excluye todo fraccionalismo y toda división del poder dentro del Partido.

De aquí, que Lenin hablara del «peligro del fraccionalismo para la unidad del Partido y para la realización de la unidad de voluntad de la vanguardia del proletariado, condición fundamental del éxito de la dictadura del proletariado». Esta idea fue fijada en la resolución especial del X Congreso de nuestro Partido «Sobre la unidad del Partido»...

De aquí, que Lenin exigiera «la supresión completa de todo fraccionalismo» y «la disolución inmediata de todos los grupos, sin excepción, formados sobre tal o cual plataforma», so pena de «expulsión incondicional e inmediata del Partido" (v. la resolución «Sobre la unidad del Partido»).

6) *El Partido se fortalece depurándose de los elementos oportunistas*. El fraccionalismo dentro del Partido nace de sus elementos oportunistas. El proletariado no es una clase cerrada. A él afluyen continuamente elementos de origen campesino, pequeñoburgués e intelectual, proletarizados por el desarrollo del capitalismo. Al mismo tiempo, en la cúspide del proletariado, compuesta principalmente de funcionarios sindicales y parlamentarios cebados por la burguesía a expensas de los superbeneficios coloniales, se opera un proceso de descomposición. «Esa capa -dice Lenin- de obreros aburguesados o de «aristocracia obrera», enteramente pequeñoburgueses por su género de vida, por sus emolumentos y por toda su concepción del mundo, es el principal apoyo de la II Internacional, y, hoy día, el principal *apoyo social* (no militar) *de la burguesía*. Porque son verdaderos *agentes de la burguesía* en el seno del movimiento *obrero*, lugartenientes obreros de la clase de los capitalistas..., verdaderos vehículos del reformismo y del chovinismo» (v. t. XIX, pág. 77).

Todos estos grupos pequeñoburgueses penetran de un modo o de otro en el Partido llevando a éste el espíritu de vacilación y de oportunismo, el espíritu de desmoralización y de incertidumbre. Son ellos, principalmente, quienes constituyen la fuente del fraccionalismo y de la disgregación, la fuente de la desorganización y de la labor de destrucción del Partido desde dentro. Hacer la guerra al imperialismo teniendo en la retaguardia tales «aliados», es verse en la situación de gente que se halla entre dos fuegos,

tiroteada por el frente y por la retaguardia. Por eso, la lucha implacable contra estos elementos, su expulsión del Partido es la condición previa para luchar con éxito contra el imperialismo.

La teoría de «vencer» a los elementos oportunistas mediante la lucha ideológica dentro del Partido, la teoría de «acabar» con estos elementos dentro del marco de un partido único es una teoría podrida y peligrosa, que amenaza con condenar al Partido a la parálisis y a una dolencia crónica, que amenaza con entregar el Partido a merced del oportunismo, que amenaza con dejar al proletariado sin Partido revolucionario, que amenaza con despojar al proletariado de su arma principal en la lucha contra el imperialismo. Nuestro Partido no hubiera podido salir a su anchuroso camino, no hubiera podido tomar el Poder y organizar la dictadura del proletariado, no hubiera podido salir victorioso de la guerra civil, si hubiese tenido en sus filas a los Mártov y a los Dan, a los Potrésov y a los Axelrod. Si nuestro Partido ha conseguido forjar dentro de sus filas una unidad interior y una cohesión nunca vistas, se debe, ante todo, a que supo librarse a tiempo de la escoria del oportunismo y arrojar del Partido a los liquidadores y a los mencheviques. Para desarrollar y fortalecer los partidos proletarios, hay que depurar sus filas de oportunistas y reformistas, de social-imperialistas y social-chovinistas, de social-patriotas y social-pacifistas.

El Partido se fortalece depurándose de los elementos oportunistas.

«Teniendo en las propias filas a los reformistas, a los mencheviques -dice Lenin-, *no es posible* triunfar en la revolución proletaria, *no es posible* defenderla. Esto es evidente desde el punto de vista de los principios. Esto lo confirman con toda claridad la experiencia de Rusia y la de Hungría... En Rusia, hemos atravesado muchas veces por situaciones difíciles, en que el régimen soviético habría sido *irremisiblemente* derrotado si hubiesen quedado mencheviques, reformistas, demócratas pequeño burgueses dentro de nuestro Partido... en Italia, donde, según la opinión general, las cosas marchan hacia batallas decisivas entre el proletariado y la burguesía por la conquista del Poder del Estado. En tales momentos, no sólo es absolutamente necesario expulsar del Partido a los mencheviques, a los reformistas, a los turatistas, sino que puede incluso resultar útil apartar de todos los puestos de responsabilidad a quienes, siendo excelentes comunistas, sean susceptibles de vacilaciones y manifiesten inclinación hacia la «unidad» con los reformistas... En vísperas de la revolución y en los momentos de la lucha más encarnizada por su triunfo, la más leve vacilación dentro del Partido puede *echarlo todo a perder*, hacer fracasar la revolución, arrancar el Poder de manos del proletariado, porque este Poder no está todavía consolidado, porque las arremetidas contra él son todavía demasiado fuertes. Si, en tal momento, los dirigentes vacilantes se apartan, eso no debilita al Partido, sino que fortalece al Partido, al movimiento obrero, a la revolución» (v. t. XXV, págs. 462, 463 y 464).

IX. El estilo en el trabajo

No se trata del estilo literario. Me refiero al estilo en el trabajo, a lo específico y peculiar que hay en la labor práctica del leninismo y que crea el tipo especial del militante leninista. El leninismo es una escuela teórica y práctica, que moldea un tipo especial de dirigente del Partido y del Estado, que crea un estilo especial de trabajo, el estilo leninista.

¿Cuáles son los rasgos característicos de este estilo? ¿Cuáles son sus particularidades?

Estas particularidades son dos:

a) el ímpetu revolucionario ruso y

b) el sentido práctico norteamericano.

El estilo leninista es la combinación de estas dos particularidades en la labor del Partido y del Estado.

El ímpetu revolucionario ruso es el antídoto contra la inercia, contra la rutina, contra el conservadurismo, contra el estancamiento mental, contra la sumisión servil a las tradiciones seculares. El ímpetu revolucionario ruso es la fuerza vivificadora que despierta el pensamiento, que impulsa, que rompe el pasado, que brinda una perspectiva. Sin este ímpetu, no es posible ningún movimiento progresivo.

Pero el ímpetu revolucionario ruso puede muy bien degenerar en vacuo manilovismo «revolucionario», si no se une al sentido práctico norteamericano en el trabajo. Ejemplos de este tipo de degeneración los hay sobrados. ¿Quién no conoce la enfermedad del arbitrismo «revolucionario» y de la planomania «revolucionaria», cuyo origen es la fe puesta en la fuerza del decreto que puede arreglarlo y transformarlo todo? Un escritor ruso, I. Ehrenburg, dibuja en el cuento «El homcomper» («El hombre comunista perfeccionado») un tipo de «bolchevique» atacado de esta enfermedad, que se ha propuesto trazar el esquema del hombre idealmente perfecto y... se «ahoga» en esta «labor». El cuento exagera mucho la nota, pero es indudable que pita la enfermedad con acierto. Sin embargo, yo creo que nadie se ha burlado de esos enfermos con tanta saña y de un modo tan implacable como Lenin. «Presunción comunista»; así calificaba Lenin esa fe enfermiza en el arbitrismo y en la decretomania.

«La presunción comunista -dice Lenin- significa que una persona que está en el Partido Comunista y no ha sido todavía expulsada de él por la depuración, cree que puede resolver todos los problemas a fuerza de decretos comunistas...» (v, t. XXVII, págs. 50-51).

Lenin solía oponer a la verborrea «revolucionaria», el trabajo sencillo, cotidiano, subrayando con ello que el arbitrismo «revolucionario» es contrario al espíritu y a la letra del auténtico leninismo.

«Menos frases pomposas -dice Lenin- y más trabajo sencillo, *cotidiano*...»

«Menos estrépito político y mayor atención a los hechos más sencillos, pero vivos... de la edificación comunista...» (v. t. XXIV, págs. 343 y 335).

El sentido práctico norteamericano es, por el contrario, un antídoto contra el manilovismo «revolucionario» y contra las fantasías del arbitrismo. El sentido práctico norteamericano es una fuerza indomable, que no conoce ni admite barreras, que destruye con su tenacidad práctica toda clase de obstáculo y que siempre lleva a término lo empezado, por mínimo que sea; es una fuerza sin la cual no puede concebirse una labor constructiva seria.

Pero el sentido práctico norteamericano puede muy bien degenerar en un utilitarismo mezquino y sin principios, si no va asociado al ímpetu revolucionario ruso. ¿Quién no conoce la enfermedad del practicismo mezquino y del utilitarismo sin principios, que suele llevar a algunos «bolcheviques» a la degeneración y al abandono de la causa de la revolución? Esta enfermedad peculiar ha encontrado su reflejo en el relato de B. Pilniak «El año desnudo», en el que se pinta a tipos de «bolcheviques» rusos llenos de voluntad y de decisión práctica, que «funcionan» muy «enérgicamente», pero que carecen de perspectiva, que no saben «el porqué de las cosas» y, debido a ello, se desvían del camino del trabajo revolucionario. Nadie se ha burlado con tanta saña como Lenin de esta enfermedad del mezquino utilitarismo. «Practicismo cretino», «utilitarismo estúpido»: así calificaba Lenin esta enfermedad. Lenin solía oponer a esto la labor revolucionaria viva y la necesidad de una perspectiva revolucionaria en toda nuestra labor cotidiana, subrayando con ello que el utilitarismo mezquino y sin principios es tan contrario al auténtico leninismo como el arbitrismo «revolucionario».

La unión del ímpetu revolucionario ruso al sentido práctico norteamericano: tal es la esencia del leninismo en el trabajo del Partido y del aparato del Estado.

Sólo esta unión nos da el tipo acabado del militante leninista y el estilo del leninismo en el trabajo.

Publicado el 26 y 30 de abril y el 9, 11, 14, 15 y 18 de mayo de 1924 en los núms. 96, 97, 103, 105, 107, 108 y 111 de "Pravda".

¿TROTSKISMO O LENINISMO?

Discurso en el Pleno del grupo comunista del Consejo Central de los Sindicatos Soviéticos
19 de noviembre de 1924

Camaradas: Después del detallado informe que ha hecho Kámenev, me queda poco que decir. Me limitaré por ello a desenmascarar ciertas leyendas, propaladas por Trotski y sus correligionarios, acerca de la insurrección de Octubre, acerca del papel de Trotski en la insurrección, acerca del Partido y la preparación de Octubre, etc., etc. Además, hablaré del trotskismo como de una ideología peculiar, incompatible con el leninismo, y de las tareas del Partido en relación con los últimos escritos de Trotski.

I. Hechos acerca de la insurrección de Octubre

Ante todo, acerca de la insurrección de Octubre. Entre los miembros del Partido es difundido intensamente el rumor de que el CC, en su conjunto, estaba en contra de la insurrección en octubre de 1917. Suelen decir que el 10 de octubre, cuando el CC tomó el acuerdo de organizar la insurrección, la mayoría del CC se manifestó al principio contra la insurrección, pero que en aquel mismo instante irrumpió en el local donde se celebraba la reunión un obrero y dijo: «Vosotros os manifestáis en contra de la insurrección, pero yo os digo que, a pesar de todo, habrá insurrección». Y cuentan, además, que después de estas amenazas el CC se acobardó, volvió a plantear el asunto de la insurrección y acordó organizarla.

Esto, camaradas, no es simplemente un rumor. De ello habla en su libro «Diez días» el célebre John Reed, que estaba muy lejos de nuestro Partido y no podía, naturalmente, conocer la historia de nuestra reunión secreta del 10 de octubre, por lo que mordió el anzuelo de las calumnias propaladas por los Sujánov. Este cuento se reproduce y repite en muchos folletos salidos de plumas trotskistas, entre ellos uno reciente de Sirkin acerca de Octubre. Estos rumores los alimenta celosamente Trotski en sus últimos escritos.

No creo que sea necesario demostrar que todos estos cuentos árabes y otros semejantes no corresponden a la verdad, que en realidad nada parecido ocurrió -ni podía ocurrir- en la reunión del CC. Siendo así, bien podríamos desdeñar estos absurdos rumores: ¡qué rumores no se fabricarán en los despachos de los oposicionistas y de la gente lejana al Partido! Y así lo hemos venido haciendo hasta hoy, sin prestar atención a los errores de John Reed, por ejemplo, y sin preocuparnos de corregirlos. Pero, después de los últimos escritos de Trotski, ya no se pueden pasar por alto esas leyendas, pues con ellas tratan ahora de educar a la juventud y, desgraciadamente, han logrado ya en esa labor algunos resultados. Por ello debo oponer a esos absurdos rumores la verdad de los hechos.

Tomo las actas de la reunión del CC de nuestro Partido del 10 (23) de octubre de 1917. Asisten: Lenin, Zinóviev, Kámenev, Stalin, Trotski, Sverdlov, Uritski, Dzerzhinski, Kollontay, Búbnov, Sokólnikov y Lómov. Se discute en torno al momento y a la insurrección. Después de los debates, se vota la resolución del camarada Lenin acerca de la insurrección. La resolución es aprobada por una mayoría de 10 votos contra 2. Parece que está claro: el CC, por una mayoría de 10 votos contra 2, acuerda pasar a la organización práctica de la insurrección. En esta misma reunión, el CC elige un centro *político* para dirigir la insurrección, al que da el nombre de Buró Político. Lo forman: Lenin, Zinóviev, Stalin, Kámenev, Trotski, Sokólnikov y Búbnov.

Tales son los hechos.

Estas actas destruyen de golpe varias leyendas. Destruyen la leyenda de que la mayoría del CC era contraria a la insurrección. Destruyen también la leyenda de que en el problema de la insurrección el CC estuvo a punto de escindirse. Las actas evidencian que los enemigos de la insurrección inmediata -Kámenev y Zinóviev- pasaron a integrar el organismo de dirección política de la insurrección al lado de los partidarios de ella. No hubo, ni podía haber, nada parecido a una escisión.

Trotski asegura que Kámenev y Zinóviev eran en Octubre el ala derecha de nuestro Partido, casi socialdemócratas. No se comprende cómo, en tal caso, no se produjo una escisión en el Partido, cómo las divergencias con Kámenev y Zinóviev duraron tan sólo unos días ni cómo estos camaradas, a pesar de esas divergencias, fueron colocados por el Partido en puestos de la mayor importancia y elegidos para formar parte del centro político de la insurrección,

etc., etc. El Partido conoce bastante bien lo implacable que era Lenin con los socialdemócratas; el Partido sabe que Lenin no hubiera accedido ni por un instante a tener en el Partido, y menos aún en puestos de la mayor importancia, a camaradas de mentalidad socialdemócrata. ¿A qué se debió que en el Partido no se produjera una escisión? Se debió a que, a pesar de las divergencias, esos camaradas eran viejos bolcheviques y pisaban el terreno común del bolchevismo. ¿Qué terreno común era ése? La unidad de criterios respecto a las cuestiones fundamentales: el carácter de la revolución rusa, las fuerzas motrices de la revolución, el papel del campesinado, los principios de dirección del Partido, etc. Sin ese terreno común, la escisión hubiera sido inevitable. No hubo escisión, y las divergencias duraron en total unos días, por la única y exclusiva razón de que Kámenev y Zinóviev eran leninistas, bolcheviques.

Veamos ahora la leyenda sobre el papel particular de Trotski en la insurrección de Octubre. Los trotskistas propalan insistentemente rumores de que Trotski fue el inspirador y el único dirigente de la insurrección de Octubre. Esos rumores los propala con particular empeño Lentsner, el llamado redactor de las obras de Trotski. El propio Trotski, dando sistemáticamente de lado al Partido, al CC del Partido y al Comité de Petrogrado del Partido, silenciando el papel dirigente de estas organizaciones en la insurrección y presentándose machaconamente a sí mismo como la figura central de la insurrección de Octubre, contribuye, quiéralo o no, a propalar esos rumores acerca de su papel particular en la insurrección. Estoy lejos de negar el papel, indudablemente importante, desempeñado por Trotski en la insurrección. Pero debo decir que Trotski no desempeñó, ni podía desempeñar, ningún papel particular en la insurrección de Octubre, y que, siendo presidente del Soviet de Petrogrado, se limitaba a cumplir la voluntad de las correspondientes instancias del Partido, que dirigían cada uno de sus pasos. A los filisteos como Sujánov todo eso puede parecerles extraño, pero los hechos, los hechos reales, confirman por entero lo que digo.

Tomemos las actas de la reunión siguiente del CC, celebrada el 16 (29) de octubre de 1917. Participan en ella los miembros del CC más representantes del Comité de Petrogrado y representantes de la organización militar, de los comités de fábrica, de los sindicatos y de los ferroviarios. Entre los asistentes, además de los miembros del CC figuran: Krilenko, Shotman, Kalinin, Volodarski, Shliápnikov, Lacis y otros. En total, 25 personas. Se discute el problema de la insurrección desde un punto de vista puramente práctico y organizativo. Se aprueba la resolución de Lenin sobre la insurrección por una mayoría de 20 votos contra 2, y 3 abstenciones. Se elige un *centro práctico* para dirigir la organización de la insurrección. ¿Quiénes pasan a formar parte de dicho centro? Para él son elegidos cinco camaradas: Sverdlov, Stalin, Dzerzhinski, Búbnov y Uritski. Tareas del centro práctico: dirigir todos los organismos de preparación práctica de la insurrección, de acuerdo con las directivas del Comité Central. Como veis, en esta reunión del CC ocurrió algo «terrible», es decir, Trotski, el «inspirador», la «figura principal», el «único dirigente» de la insurrección, no fue elegido, de «modo extraño», para el centro práctico llamado a dirigir la insurrección. ¿Cómo compaginar este hecho con esa difundida opinión acerca del papel particular de Trotski? ¿No es verdad que todo ello es algo «extraño», como diría Sujánov, o como dirían los trotskistas? Sin embargo, no hay en ello, hablando en propiedad, nada de extraño, pues Trotski, por ser entonces relativamente nuevo en el Partido, no desempeñó ni podía desempeñar ningún papel *particular* en el Partido ni en la insurrección de Octubre. Lo mismo que todos los demás funcionarios en puestos de responsabilidad; era únicamente un ejecutor de la voluntad del CC y de sus organismos. Quien conozca el mecanismo de dirección del Partido Bolchevique, comprenderá sin gran trabajo que no podía ser de otro modo: en cuanto Trotski no hubiera acatado la voluntad del CC, habría perdido toda influencia sobre el curso de los acontecimientos. Las habladurías acerca del papel particular de Trotski son una leyenda propalada por complacientes comadres «del Partido».

Eso no quiere decir, naturalmente, que la insurrección de Octubre no tuviera su inspirador. La insurrección tuvo su inspirador y su dirigente. Pero fue Lenin, y nadie más que Lenin, cuyas resoluciones aprobó el CC al decidir el problema de la insurrección; Lenin, a quien la clandestinidad no impidió ser el verdadero inspirador de la insurrección, a despecho de las afirmaciones de Trotski. Es necio y ridículo querer ocultar ahora con habladurías acerca de la clandestinidad el hecho indudable de que el inspirador de la insurrección fue V. I. Lenin, el jefe del Partido.

Tales son los hechos.

Admitámoslo, nos dicen, pero no se puede negar que Trotski peleó bien en el período de Octubre. Sí, eso es cierto, Trotski peleó bien en el período de Octubre. Pero en el período de Octubre no sólo Trotski peleó bien; ni siquiera pelearon mal gentes como los eseristas de izquierda, que entonces marchaban hombro a hombro con los bolcheviques. Debo decir, en general, que en el período de la insurrección triunfante, cuando el enemigo está aislado y la insurrección se extiende, no es difícil pelear bien. En esos momentos, hasta los elementos atrasados se hacen héroes.

Pero la lucha del proletariado no es una ofensiva continua, una cadena de éxitos constantes. La lucha

del proletariado tiene que pasar también por sus pruebas y sufrir sus derrotas. Y verdadero revolucionario no es quien da muestras de valor en el período de la insurrección triunfante, sino quien, peleando bien cuando la revolución despliega una ofensiva victoriosa, sabe asimismo dar muestras de valor en el período de repliegue de la revolución, en período de derrota del proletariado; quien no pierde la cabeza y no se acobarda ante los reveses de la revolución, ante los éxitos del enemigo; quien no se deja llevar del pánico ni cae en la desesperación en el período de repliegue de la revolución. Los eseristas de izquierda no lucharon mal en el período de Octubre, apoyando a los bolcheviques. Pero ¿quién ignora que esos «denodados» combatientes se dejaron llevar del pánico en el período de Brest-Litovsk, cuando la ofensiva del imperialismo alemán les hizo caer en la desesperación y en el histerismo? Es muy de lamentar, pero es un hecho indudable que a Trotski, que peleó bien en el período de Octubre, le faltó valor en el período de Brest-Litovsk, en un período de reveses temporales de la revolución, para dar muestras de suficiente firmeza en tan difícil momento y no seguir las huellas de los eseristas de izquierda. Es indiscutible que el momento era difícil, que había que poner de manifiesto gran valentía y una serenidad extraordinaria para no desconcertarse, para replegarse a tiempo, para aceptar la paz en el momento oportuno, salvar al ejército proletario del golpe que quería asestarle el imperialismo alemán, conservar las reservas campesinas y, después de haber obtenido, de tal modo, una tregua, caer sobre el enemigo con nuevas fuerzas. Pero, desgraciadamente, Trotski no tuvo esa valentía ni esa firmeza revolucionaria en un momento tan difícil.

Según opina Trotski, la principal enseñanza de la revolución proletaria consiste en «no acobardarse» en Octubre. Eso es falso, porque la afirmación de Trotski no encierra más que una *partícula* de la verdad acerca de las enseñanzas de la revolución. *Toda* la verdad acerca de las enseñanzas de la revolución proletaria consiste en «no acobardarse» no sólo en los días de ofensiva de la revolución, sino tampoco en los días de repliegue, cuando el enemigo obtiene ventajas y la revolución sufre reveses. La revolución no queda circunscrita a Octubre. Octubre no es más que el comienzo de la revolución proletaria. Malo es acobardarse cuando la insurrección va en ascenso. Pero aún es peor acobardarse cuando llegan duras pruebas para la revolución, después de la toma del Poder. Mantenerse en el Poder al día siguiente de la revolución es tan importante como tomarlo. Si Trotski se acobardó en el período de Brest-Litovsk, en un período de duras pruebas para nuestra revolución, cuando la cosa llegó casi a la «entrega» del Poder, debe comprender que los errores de Kámenev y de Zinóviev en Octubre no tienen nada que ver con esto.

Esto es lo que hay en cuanto a las leyendas acerca de la insurrección de Octubre.

II. El partido y la preparación de Octubre

Pasemos ahora al problema de la preparación de Octubre. Escuchando a Trotski, podría suponerse que en todo el período de preparación, de marzo a octubre, el Partido Bolchevique no hacía sino agitarse sin ton ni son; que estaba corroído por contradicciones internas y ponía a Lenin toda clase de estorbos, y que, de no haber sido por Trotski, nadie sabe cómo habría terminado la Revolución de Octubre. Hasta cierto punto divierten estas peregrinas palabras acerca del Partido en boca de Trotski, quien en el mismo «prefacio» al tomo III declara que «el fundamental instrumento de la revolución proletaria es el Partido», que, «sin el Partido, haciendo caso omiso del Partido, dando de lado al Partido, con un sucedáneo del Partido, la revolución proletaria no puede vencer». En fin, ni el mismísimo Alá alcanzará a comprender cómo pudo triunfar nuestra revolución si «su fundamental instrumento» resultó inservible y si, «dando de lado al Partido», no hay ninguna posibilidad de vencer. Pero no es la primera vez que Trotski nos obsequia con tales extravagancias. Es de suponer que estos divertidos razonamientos acerca de nuestro Partido sean las habituales extravagancias de Trotski.

Examinemos, brevemente, la historia de la preparación de Octubre por períodos.

1) *El período de nueva orientación del Partido (marzo-abril)*. Hechos principales de este período:

a) el derrocamiento del zarismo;

b) la formación del Gobierno Provisional (dictadura de la burguesía);

c) la aparición de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados (dictadura del proletariado y del campesinado);

d) la dualidad de poderes;

e) la manifestación de abril;

f) la primera crisis de Poder.

El rasgo característico de este período es que existen, una al lado de otra, juntas, al mismo tiempo, la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado y del campesinado, con la particularidad de que la segunda tiene confianza en la primera, supone en ella anhelos de paz, entrega voluntariamente el Poder a la burguesía y se convierte, de este modo, en un apéndice suyo. Aun no hay conflictos graves entre las dos dictaduras. Pero, en cambio hay una «comisión de enlace»[165].

[165] La «comisión de enlace», fue nombrada por el Comité Ejecutivo Central menchevique-eserista del Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado el 7 de marzo de 1917 para establecer contacto con el Gobierno Provisional, «influir» en él y «controlar» su actuación. De hecho, la «comisión de enlace» ayudaba a aplicar la política burguesa del Gobierno Provisional e impedía a las masas obreras emprender una lucha revolucionaria

Fue éste un grandioso viraje en la historia de Rusia y un viraje inusitado en la historia de nuestro Partido. La vieja plataforma de derrocamiento directo del gobierno, formulada antes de la revolución, era clara y concreta, pero ya no servía para las nuevas condiciones de la lucha. Ahora ya no se podía marchar directamente al derrocamiento del gobierno, porque estaba ligado a los Soviets, que se hallaban bajo la influencia de los defensistas, y el Partido hubiera tenido que sostener una guerra superior a sus fuerzas contra el gobierno y contra los Soviets. Pero tampoco se podía aplicar una política de apoyo al Gobierno Provisional, porque era un gobierno del imperialismo. Se imponía una nueva orientación del Partido en las nuevas condiciones de la lucha. El Partido (su mayoría) marchaba a tientas hacía esa nueva orientación. Adoptó la política de presión de los Soviets sobre el Gobierno Provisional en el problema de la paz y no se decidió a pasar de golpe, de la vieja consigna de dictadura del proletariado y del campesinado, a la nueva consigna del Poder de los Soviets. Con esta política de medias tintas se quería que los Soviets pudieran ver en las cuestiones concretas de la paz la verdadera naturaleza imperialista del Gobierno Provisional y apartarlos así de él. Pero ésa era una posición profundamente errónea, pues engendraba ilusiones pacifistas, llevaba el agua al molino del defensismo y dificultaba la educación revolucionaria de las masas. Esa posición errónea la compartía yo entonces con otros camaradas del Partido y no la abandoné del todo hasta mediados de abril, cuando me solidaricé con las tesis de Lenin. Se imponía una nueva orientación. Esa nueva orientación la dió Lenin al Partido en sus famosas Tesis de Abril. No voy a extenderme acerca de las tesis, pues todos y cada uno de vosotros las conocéis. ¿Tuvo entonces el Partido divergencias con Lenin? Sí, las tuvo. ¿Cuánto duraron esas divergencias? Dos semanas, a lo sumo. La Conferencia local de Petrogrado[166] (segunda quincena de abril), que aprobó las tesis de Lenin, fue un punto crucial en el desarrollo de nuestro Partido. La Conferencia de toda Rusia celebrada a fines de abril no hizo más que llevar a término en escala nacional lo hecho por la Conferencia de Petrogrado, agrupando en torno a una posición única del Partido a las nueve décimas partes de éste.

Ahora, siete años después, Trotski manifiesta una alegría maligna por las pasadas divergencias entre los bolcheviques y las presenta casi como una lucha de dos partidos en el seno del bolchevismo. Pero, en primer lugar, Trotski exagera y abulta las cosas desmesuradamente, pues el Partido Bolchevique salió de estas divergencias sin haber sufrido la menor conmoción. En segundo lugar, nuestro Partido sería una casta, y no un partido revolucionario, si no admitiera en su seno matices del pensamiento. Además, es sabido que también en el pasado hubo entre nosotros divergencias, por ejemplo, en el período de la III Duma, lo que no fue óbice para que nuestro Partido se mantuviese unido. En tercer lugar, no estará de más que preguntemos cuál era *entonces* la posición del propio Trotski, que *ahora* manifiesta sin recato una alegría maligna con motivo de las pasadas divergencias de los bolcheviques. Lentsner, el llamado redactor de las obras de Trotski, asegura que las cartas americanas de Trotski (marzo) «se adelantaron en todo» a las «Cartas de lejos» de Lenin (marzo), que sirvieron de base a las Tesis de Abril de Lenin. Así lo dice: «Se adelantaron en todo». Trotski no pone peros a esa analogía, aceptándola, por lo visto, con agradecimiento. Pero, en primer lugar, las cartas de Trotski «no se parecen en nada» a las de Lenin ni por su espíritu ni por las conclusiones, pues reflejan enteramente la consigna antibolchevique de Trotski «sin zar, por un gobierno obrero», consigna que significa: revolución *sin* los campesinos. Basta con leer estas dos series de cartas para convencerse de ello. En segundo lugar, ¿cómo explicar, en tal caso, que Lenin estimara necesario desolidarizarse de Trotski al día siguiente de haber llegado del extranjero? ¿Quién no conoce las reiteradas declaraciones de Lenin de que la consigna de Trotski «*sin zar, por un gobierno obrero*» es un intento de «saltar por encima del movimiento campesino, cuyas posibilidades no han sido agotadas», que esa consigna es «jugar a la toma del Poder por un gobierno obrero»[167]?

¿Qué puede haber de común entre las tesis bolcheviques de Lenin y el esquema antibolchevique de Trotski con su «juego a la toma del Poder»? ¿De dónde saldrá esa propensión de la gente a comparar una casucha con el Monte Blanco? ¿Qué falta le hacía a Lentsner sumar tan irreflexivamente al montón de viejas leyendas sobre nuestra revolución esa otra leyenda de que las cartas americanas de Trotski «se adelantaron» a las conocidas «Cartas de lejos» de Lenin[168]?

---

activa por el paso de todo el Poder a los Soviets.

[166] La Conferencia local de Petrogrado del P.O.S.D.R.(b) se celebró del 27 de abril al 5 de mayo (del 14 al 22 de abril) de 1917. Asistieron a la Conferencia 57 delegados. En las labores de la Conferencia participaron V. I. Lenin y J. V. Stalin.

[167] V. las Obras de Lenin, t. XX, pág. 104. V. también los informes en la Conferencia local de Petrogrado y en la Conferencia de toda Rusia del POSDR (b) (mediados y fines de abril de 1917)

[168] Entre esas leyendas hay que incluir también la muy difundida versión de que Trotski es el «único» o el «principal organizador» de las victorias en los frentes de la guerra civil. Debo declarar, camaradas, en aras de la verdad, que esa versión no corresponde en absoluto a la realidad de los hechos. Estoy lejos de negar el importante papel desempeñado por Trotski en la guerra civil. Pero debo declarar categóricamente que el alto honor de haber organizado nuestras victorias no corresponde a esta o aquella persona sino a la gran colectividad de los obreros avanzados de nuestro país, al Partido Comunista de Rusia. Quizás no esté de más que cite algunos ejemplos. Vosotros sabéis que se

Por algo se dice que un oso servicial es más peligroso que un enemigo.

2) *El período de movilización revolucionaria de las masas (mayo-agosto)*. Hechos principales de este período:

a) la manifestación de abril en Petrogrado y la formación de un gobierno de coalición, en el que participan los «socialistas»;

b) la manifestación del Primero de Mayo en los principales centros de Rusia, con la consigna de «paz democrática»;

c) la manifestación de junio en Petrogrado con la consigna fundamental de «¡Abajo los ministros capitalistas!»;

d) la ofensiva de junio en el frente y los reveses del ejército ruso;

e) la manifestación armada de julio en Petrogrado y la salida de los ministros demócratas constitucionalistas del gobierno;

f) la llegada de tropas contrarrevolucionarias sacadas del frente, el asalto y la destrucción de la redacción de «Pravda», la lucha de la contrarrevolución contra los Soviets y la formación de un nuevo gobierno de coalición encabezado por Kerenski ;

g) el VI Congreso de nuestro Partido, que lanza la consigna de preparación de la insurrección armada;

h) la contrarrevolucionaria Conferencia de Estado y la huelga general de Moscú;

i) la fracasada ofensiva de Kornílov sobre Petrogrado, la vivificación de los Soviets, la dimisión de los demócratas constitucionalistas y la formación del «Directorio».

El rasgo característico de este período es la agudización de la crisis y la ruptura del inestable equilibrio entre los Soviets y el Gobierno Provisional, equilibrio que -bien o mal- existía en el período precedente. La dualidad de poderes se ha hecho insostenible para ambas partes. El frágil edificio de la «comisión de enlace» vive sus últimos días. «Crisis de Poder» y «carrousel ministerial» eran en aquellos momentos las palabras más en boga. La crisis en el frente y la ruina en la retaguardia hacen su obra, reforzando los flancos extremos y presionando por ambos lados a los conciliadores defensistas. La revolución se moviliza, haciendo con ello que se movilice la contrarrevolución. La contrarrevolución, a su vez, espolea a la revolución, suscitando nuevas oleadas de la marea revolucionaria. La cuestión del paso del Poder a una nueva clase se pone a la orden del día.

¿Había entonces divergencias en nuestro Partido? Sí, las había. Pero se referían exclusivamente a cuestiones de carácter práctico, contrariamente a lo que afirma Trotski, quien trata de descubrir un ala «derecha» y un ala «izquierda» en el Partido. Es decir, había esas divergencias sin las que, en general, no existe una vida activa de Partido y un verdadero trabajo de Partido.

No tiene razón Trotski cuando afirma que la manifestación de abril en Petrogrado suscitó divergencias en el seno del Comité Central. El Comité Central se mantuvo absolutamente unánime en esta cuestión, condenando el intento de un grupo de camaradas de detener al Gobierno Provisional en un momento en que los bolcheviques estaban en minoría en los Soviets y en el ejército. Si Trotski no escribiera la «historia» de Octubre a lo Sujánov, sino basándose en documentos fidedignos, se convencería sin gran trabajo de que su afirmación es errónea.

No tiene absolutamente ninguna razón Trotski cuando afirma que el intento, «a iniciativa de Lenin», de organizar una manifestación el 10 de junio fue tachado de «aventura» por los «derechistas» del Comité Central. Si Trotski no escribiera a lo Sujánov, sabría seguramente que la manifestación del 10 de junio fue aplazada de pleno acuerdo con Lenin y que precisamente Lenin defendió la necesidad de aplazarla en un gran discurso pronunciado en la conocida reunión del Comité de Petrogrado (v. las actas del Comité de Petrogrado).

No tiene ninguna razón Trotski cuando habla de divergencias «trágicas» en el seno del CC con motivo

---

consideraba a Kolchak y a Denikin los principales enemigos de la República Soviética. Sabéis que nuestro país no respiró a sus anchos hasta que no hubo derrotado a estos enemigos. Pues bien, la historia evidencia que a estos dos enemigos, es decir, a Denikin y a Kolchak, los remataron nuestras tropas a pesar de los planes de Trotski.

Juzgad vosotros mismos.

1) Sobre Kolchak. Verano de 1919. Nuestras tropas avanzan contra Kolchak y combaten en las cercanías de Ufá. Se reúne el Comité Central. Trotski propone que se detenga la ofensiva en la línea del río Biélaia (cerca de Ufá), dejando los Urales en manos de Kolchak, y que se retire parte de las tropas del Frente del Este para trasladarlas al Frente del Sur. Tienen lugar acalorados debates. El Comité Central no está de acuerdo con Trotski, estimando que no se puede dejar en manos de Kolchak los Urales con sus fábricas y su red de ferrocarriles, pues allí puede reponerse fácilmente, reunir fuerzas y aparecer de nuevo a orillas del Valga. Lo primero que hay que hacer es arrojar a Kolchak al otro lado de los Urales, a las estepas siberianas, y sólo después de ello ocuparse del traslado de tropas al Sur. El Comité Central rechaza el plan de Trotski. Este presenta la dimisión. El Comité Central no la acepta. El Comandante en Jefe, Vacietis, partidario del plan de Trotski, dimite. Su puesto lo ocupa un nuevo Comandante en Jefe, Kámenev. A partir de este momento, Trotski deja de participar directamente en los asuntos del Frente del Este.

2. Sobre Denikin. Otoño de 1919. La ofensiva contra Denikin no da el resultado apetecido. El «anillo de hierro» en torno a Mámontov (la incursión de Mámontov) fracasa, sin duda alguna. Denikin toma Kursk, Denikin se aproxima a Oriol. Trotski es llamado del Frente del Sur para que asista a una reunión del Comité Central. El Comité Central estima que la situación es alarmante y acuerda enviar al Frente del Sur a nuevos dirigentes militares y retirar de allí a Trotski. Los nuevos dirigentes militares exigen la «no ingerencia» de Trotski en los asuntos del Frente del Sur. Trotski deja de participar directamente en los asuntos del Frente del Sur. Las operaciones en el Frente del Sur, Incluida la toma de Rostov del Don y de Odesa, se desarrollan sin Trotski.

Que prueben a refutar estos hechos.

de la manifestación armada de julio. Trotski, sencillamente, inventa, suponiendo que algunos miembros del grupo dirigente del CC «debían ver en el episodio de julio una aventura nociva». Trotski, que entonces aún no formaba parte de nuestro CC y era tan sólo un parlamentario nuestro en los Soviets, podía, naturalmente, no saber que el CC consideraba la manifestación de julio como un mero medio para tantear al enemigo; que el CC (y Lenin) no querían ni pensaban convertir la manifestación en insurrección en un momento en que los Soviets de la capital seguían aún a los defensistas. Es muy posible que algunos de los bolcheviques lloriquearan, en efecto, con motivo de la derrota de julio. Yo sé, por ejemplo, que algunos de los bolcheviques detenidos entonces estaban incluso dispuestos a abandonar nuestras filas. Pero hacer de aquí deducciones contra algunos supuestos «derechistas», a los que se dice miembros del CC, es tergiversar desvergonzadamente la historia.

No tiene razón Trotski cuando declara que en los días de la kornílovíada se puso de manifiesto en parte de los dirigentes del Partido la tendencia a concertar un bloque con los defensistas, a apoyar al Gobierno Provisional. Se trata, naturalmente, de esos mismos supuestos «derechistas» que quitan el sueño a Trotski. Trotski no tiene razón, pues existen tales documentos como el Órgano Central del Partido, que echa por tierra la declaración de Trotski. Este invoca la carta de Lenin al CC previniendo contra el apoyo a Kerenski. Pero Trotski no comprende las cartas de Lenin, ni su significado, ni su misión. A veces, Lenin se adelanta deliberadamente en sus cartas a los acontecimientos, llevando a un primer plano errores *posibles*, y criticándolos por anticipado, a fin de prevenir al Partido y ponerlo a salvo de ellos, o, a veces, exagera las «pequeñeces» y hace «de una mosca un elefante», con el mismo fin pedagógico. El jefe del Partido, sobre todo si se encuentra en la clandestinidad, no puede obrar de otro modo, pues debe ver más allá que sus compañeros de lucha y está obligado a dar la señal de alarma con motivo de cualquier error posible, incluso con motivo de «pequeñeces». Pero sacar de estas cartas de Lenin (que no son pocas) la conclusión de que hubo divergencias «trágicas» y alborotar a cuenta de ello significa no comprender las cartas de Lenin, no conocer a Lenin. Quizá sea ésta la explicación de que Trotski no dé a veces en el clavo. Resumiendo: en el CC no hubo ninguna divergencia, absolutamente ninguna, en los días de la intentona de Kornílov.

Después de la derrota de julio, entre el CC y Lenin surgieron, efectivamente, divergencias respecto a la suerte de los Soviets. Es sabido que Lenin, deseando concentrar la atención del Partido en los preparativos de la insurrección fuera de los Soviets, prevenía contra el excesivo entusiasmo por los Soviets, considerando que éstos, envilecidos por los defensistas, ya no tenían ningún valor. El Comité Central y el VI Congreso del Partido adoptaron una línea más prudente, considerando que no había fundamento para estimar excluida una vivificación de los Soviets. La intentona de Kornílov demostró que esta decisión había sido acertada. Por lo demás, esas divergencias no fueron una cuestión de actualidad para el Partido. Lenin reconoció posteriormente que la línea del VI Congreso había sido acertada. Es interesante que Trotski no se haya aferrado a esta divergencia ni la haya abultado hasta darle proporciones «monstruosas».

Un partido unido y monolítico, centro de la movilización revolucionaria de las masas: tal es el cuadro de la situación de nuestro Partido en este período.

3) *El período de organización del asalto (septiembre-octubre)*. Hechos principales de este período:

a) la convocatoria de la Conferencia Democrática y el fracaso de la idea de formar un bloque con los demócratas constitucionalistas;

b) paso de los Soviets de Moscú y de Petrogrado al lado de los bolcheviques;

c) el Congreso de los Soviets de la Región del Norte[169] y la resolución del Soviet de Petrogrado contra la evacuación de las tropas;

d) la resolución del CC del Partido sobre la insurrección y la formación del Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado;

e) la resolución de la guarnición de Petrogrado sobre el apoyo armado al Soviet de Petrogrado y la organización del sistema de comisarios del Comité Militar Revolucionario;

f) las fuerzas armadas de los bolcheviques se lanzan a la calle; detención de los miembros del Gobierno Provisional;

g) la toma del Poder por el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado y la formación del Consejo de Comisarios del Pueblo por el II Congreso de los Soviets.

El rasgo característico de este período es la rápida agravación de la crisis, el completo desconcierto de los círculos gobernantes, el aislamiento de los eseristas y los mencheviques y el paso en masa de los elementos vacilantes al lado de los bolcheviques. Conviene señalar una particularidad original de la táctica de la revolución en este período. Consiste esta particularidad en que cada paso, o casi cada paso, de su ofensiva la revolución procura dado como si fuera

[169] El Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de la Región del Norte se celebró del 24 al 26 (del 11 al 13) de octubre de 1917 en Petrogrado, bajo la dirección de los bolcheviques. El Congreso aprobó una resolución sobre la necesidad del paso inmediato del Poder a los Soviets en el centro y en provincias, llamó a los campesinos a apoyar la lucha por el Poder de los Soviets y a los Soviets mismos a acciones enérgicas y a la creación de Comités Militares Revolucionarios para organizar la defensa armada de la revolución.

un paso defensivo. Es indudable que la negativa a evacuar las tropas de Petrogrado fue un serio paso de la ofensiva de la revolución, pero, no obstante, esa ofensiva se hizo bajo la consigna de defensa de Petrogrado contra una posible ofensiva del enemigo exterior. Es indudable que la formación del Comité Militar Revolucionario fue un paso todavía más importante de la ofensiva contra el Gobierno Provisional, pero, no obstante, se dió bajo la consigna de organizar el control de los Soviets sobre la actividad del Estado Mayor de la Zona. Es indudable que el paso franco de la guarnición al lado del Comité Militar Revolucionario y la organización del sistema de comisarios soviéticos señalaron el comienzo de la insurrección, pero, no obstante, estos pasos los dió la revolución bajo la consigna de defensa del Soviet de Petrogrado contra posibles acciones de la contrarrevolución. Parecía como si la revolución camuflara sus acciones de ofensiva con la envoltura de la defensa para que le fuese más fácil arrastrar a su órbita a los elementos indecisos, vacilantes. A ello se debe, quizá, el carácter aparentemente defensivo de los discursos, artículos y consignas de este período, que, no obstante, tienen un carácter profundamente ofensivo por su contenido interno.

¿Hubo en este período divergencias en el seno del Comité Central? Sí, y no pequeñas. Ya he hablado de las divergencias en el problema de la insurrección, reflejadas íntegramente en las actas del CC del 10 y del 16 de octubre. Por ello no voy a repetir lo dicho antes. Ahora es necesario detenerse en tres cuestiones: la participación en el anteparlamento, el papel de los Soviets en la insurrección y la fecha de la insurrección. Es tanto más necesario por cuanto Trotski, en su afán de situarse en lugar visible, ha falseado «involuntariamente» la posición de Lenin en las dos últimas cuestiones.

Es indudable que las divergencias respecto al anteparlamento fueron serias. ¿Cuál era el fin, por decirlo así, del anteparlamento? Ayudar a la burguesía a relegar los Soviets a segundo plano y echar los cimientos del parlamentarismo burgués. Si podía o no el anteparlamento alcanzar ese fin en la situación revolucionaria de entonces, es ya otra cuestión. Los acontecimientos demostraron que ese fin era inalcanzable y que el propio anteparlamento era un aborto de la korniloviada. Pero es indudable que con el anteparlamento los mencheviques y los eseristas perseguían precisamente ese fin. ¿A qué podía llevar en tales condiciones la participación de los bolcheviques en el anteparlamento? Únicamente a desorientar a las masas proletarias respecto a la verdadera faz del anteparlamento. A ello, principalmente, se debe la vehemencia con que fustiga Lenin en sus cartas a los defensores de la participación en el anteparlamento. La participación en el anteparlamento fue, sin duda, una grave equivocación.

Pero sería erróneo suponer, como lo hace Trotski, que los defensores de la participación fueron al anteparlamerrto con el fin de desarrollar allí una labor orgánica, con el fin de «llevar el movimiento obrero» «al cauce de la socialdemocracia». Eso es completamente falso. Eso es mentira. Si eso fuera cierto, el Partido no habría logrado corregir esta equivocación «en un dos por tres», retirándose ostensiblemente del anteparlamento. La vitalidad y la fuerza revolucionaria de nuestro Partido se expresaron, entre otras cosas, en que enmendó esta equivocación en un abrir y cerrar de ojos.

Ahora, permitidme que corrija una pequeña inexactitud que se ha deslizado en la relación que Lentsner, el «redactor» de las obras de Trotski, hace de la reunión del grupo bolchevique en que se resolvió la cuestión del anteparlamento. Lentsner dice que en la reunión hubo dos informantes: Kárnenev y Trotski. Eso no es cierto. En realidad, los informantes fueron cuatro: dos en favor del boicot del anteparlamento (Trotski y Stalin) y dos en favor de la participación (Kámenev y Noguín).

Aún procede peor Trotski cuando se refiere a la posición de Lenin en cuanto a la forma de la insurrección. Según Trotski, resulta que Lenin quería que el Partido tomase en octubre el Poder «independientemente del Soviet y a espaldas de éste». Criticando después esta necedad atribuida a Lenin, Trotski «galopa y caracolea», soltando, por último, esta condescendiente frase: «Eso hubiera sido un error». Aquí Trotski no dice la verdad acerca de Lenin, tergiversa la idea de Lenin acerca del papel de los Soviets en la insurrección. Podría citar un montón de documentos demostrativos de que Lenin proponía tomar el Poder *a través* de los Soviets, del de Petrogrado o del de Moscú, y no *a espaldas* de ellos. ¿Qué fin persigue Trotski con esa leyenda, más que extraña, acerca de Lenin?

Trotski no procede mejor cuando «analiza» la posición del CC y de Lenin en cuanto a la fecha de la insurrección. Al relatar la célebre reunión del CC del 10 de octubre, Trotski afirma que en esta reunión «se adoptó una resolución diciendo que la insurrección debería producirse, a más tardar, el 15 de octubre». Resulta que el CC señaló para el 15 de octubre la fecha de la insurrección y que luego, faltando él mismo a su acuerdo, la aplazó hasta el 25 de octubre. ¿Es cierto eso? No, no es cierto. El Comité Central sólo adoptó en este período dos resoluciones sobre la insurrección, la del 10 y la del 16 de octubre. Leamos estas resoluciones.

Resolución del 10 de octubre:

«El CC reconoce que tanto la situación internacional de la revolución rusa (insurrección en la flota alemana, manifestación extrema de la marcha ascendente, en toda Europa, de la revolución

socialista mundial, y, además, la amenaza de una paz[170] de los imperialistas, con el fin de estrangular la revolución en Rusia) como la situación militar (decisión indudable de la burguesía rusa y de Kerenski y Cia. de entregar Petrogrado a los alemanes) y la conquista de la mayoría dentro de los Soviets por el Partido proletario -todo ello, unido a la insurrección campesina y al viraje de la confianza del pueblo hacia nuestro Partido (elecciones de Moscú)-, así como, finalmente, la preparación manifiesta de una segunda korniloviada (evacuación de tropas de Petrogrado, envío de cosacos a esta capital, cerco de Minsk por los cosacos, etc.), ponen a la orden del día la insurrección armada.

Reconociendo, pues, que la insurrección armada es inevitable y que ha alcanzado plena madurez, el CC insta a todas las organizaciones del Partido a guiarse por ello y a examinar y resolver desde este punto de vista todos los problemas prácticos (Congreso de los Soviets de la Región del Norte, evacuación de tropas de Petrogrado, acciones en Moscú y en Minsk, etc.).

Resolución de la reunión del CC con camaradas en puestos de responsabilidad del 16 de octubre:

«La reunión aprueba y apoya por completo la resolución del CC, llama a todas las organizaciones y a todos los obreros y soldados a preparar en todos sus aspectos y con toda intensidad la insurrección armada y a apoyar el Centro creado para ello por el Comité Central, y expresa su plena seguridad en que el CC y el Soviet indicarán oportunamente el momento propicio y los procedimientos de ofensiva más convenientes».

Ya veis que la memoria le ha sido infiel a Trotski en cuanto a la fecha de la insurrección y a la resolución del CC sobre la insurrección.

Trotski no tiene ninguna razón cuando afirma que Lenin menospreciaba la legalidad de los Soviets, que Lenin no comprendía la gran importancia de la toma del Poder por el Congreso de los Soviets de toda Rusia el 25 de octubre y que, precisamente por ello, insistía en que se tomara el Poder antes del 25 de octubre. Eso no es cierto. Lenin proponía tomar el Poder antes del 25 de octubre por dos razones: En primer lugar, porque los contrarrevolucionarios podían entregar Petrogrado en cualquier momento, lo que hubiera enervado a insurrección en ascenso, por lo que cada día era precioso. En segundo lugar, porque el error del Soviet de Petrogrado, que señaló *abiertamente* e hizo pública la fecha de la insurrección (25 de octubre), no podía ser enmendado más que por la insurrección efectiva *antes* de esta fecha legal de la insurrección. Lo que ocurre es que Lenin consideraba la insurrección como un arte y no podía menos de saber que el enemigo, prevenido (por la imprudencia del Soviet de Petrogrado) de la fecha señalada para la insurrección, se prepararía sin falta para ese día, por lo que era imprescindible adelantársele, es decir, comenzar la insurrección, inexcusablemente, *antes* del plazo legal. A ello, principalmente, se debe la vehemencia con que Lenin fustigaba en sus cartas a los fetichistas del 25 de octubre. Los acontecimientos demostraron que Lenin tenía toda la razón. Sabido es que la insurrección empezó antes del Congreso de los Soviets de toda Rusia. Sabido es que el Poder fue tomado, de hecho, antes de la apertura del Congreso de los Soviets de toda Rusia, y que no lo tomó el Congreso de los Soviets, sino que lo tomaron el Soviet de Petrogrado y el Comité Militar Revolucionario. El Congreso de los Soviets se limitó a *recibir* el Poder de manos del Soviet de Petrogrado. Por eso, los largos razonamientos de Trotski acerca de la importancia de la legalidad de los Soviets son completamente superfluos.

Un partido lleno de vitalidad y fuerza, encabezando a las masas revolucionarias, que se lanzan al asalto del Poder burgués y derrocan ese Poder: tal es la situación de nuestro Partido en ese período.

Esto es lo que hay en cuanto a las leyendas sobre la preparación de Octubre.

III. ¿Trotskismo o Leninismo?

Hemos hablado anteriormente de las leyendas contra el Partido y acerca de Lenin propaladas por Trotski y sus partidarios en relación con Octubre y su preparación. Hemos desenmascarado y desmentido esas leyendas. Pero se pregunta: ¿para qué ha recurrido Trotski a todas esas leyendas acerca de Octubre y de la preparación de Octubre, acerca de Lenin y del Partido de Lenin? ¿Qué fin persiguen los nuevos escritos de Trotski contra el Partido? ¿Cuál es el sentido, el objetivo, el fin de esos escritos, ahora, cuando el Partido no quiere discutir, cuando el Partido tiene ante sí un cúmulo de tareas inaplazables, cuando el Partido necesita un trabajo acorde para restaurar la economía nacional, y no una nueva lucha sobre cuestiones viejas? ¿Para qué quiere Trotski arrastrar el Partido hacia atrás, a nuevas discusiones?

Trotski asegura que todo eso es necesario para «estudiar» Octubre. Pero ¿acaso no se puede estudiar Octubre sin dar una vez más coces al Partido y a Lenin, su jefe? ¿Qué «historia» de Octubre es esa que empieza y termina desacreditando al principal dirigente de la insurrección de Octubre, desacreditando al Partido, que fue quien organizó y llevó a cabo la insurrección? No, el quid de la cuestión no reside en el estudio de Octubre. Así no se estudia Octubre. Así no se escribe la historia de Octubre. Por lo visto, hay ahí otro designio. Y ese

[170] Por lo visto, debe decir: «una paz separada». J. St.

«designio» consiste, a juzgar por todo, en que Trotski hace en sus escritos otro intento (¡uno más!) de preparar las condiciones para suplantar el leninismo por el trotskismo. Trotski necesita, «a más no poder», desacreditar al Partido, a sus cuadros, que realizaron la insurrección, para pasar de esta labor de descrédito del Partido a la labor de descrédito del leninismo. Y el descrédito del leninismo es necesario para meter de contrabando el trotskismo, como la «única» ideología «proletaria» (¡no va en broma!). Todo ello, naturalmente (¡oh, naturalmente!), se hace bajo la bandera del leninismo, para que la operación de meter el trotskismo de contrabando sea «lo menos dolorosa posible».

Este es el fondo de los últimos escritos de Trotski.

Por ello, esos escritos de Trotski plantean de plano la cuestión del trotskismo.

Así, pues, ¿qué es el trotskismo?

El trotskismo tiene tres particularidades, que lo ponen en contradicción insoluble con el leninismo.

¿Qué particularidades son ésas?

Primera. El trotskismo es la teoría de la revolución «permanente» (ininterrumpida). Y ¿qué es la revolución permanente, tal como la entiende Trotski? Es la revolución haciendo caso omiso de los campesinos pobres como fuerza revolucionaria. La revolución «permanente» de Trotski es, como dice Lenin, «saltar» por encima del movimiento campesino, «jugar a la toma del Poder». ¿Por qué es peligrosa esa revolución? Porque, de intentar llevarla a cabo, desembocaría en un fracaso inevitable, porque apartaría del proletariado ruso a su aliado, es decir, a los campesinos pobres. A ello se debe la lucha que el leninismo sostiene contra el trotskismo desde 1905.

¿Cómo considera Trotski el leninismo desde el punto de vista de esa lucha? Lo considera como una teoría con «rasgos antirrevolucionarios». ¿En qué se basa tan airado juicio del leninismo? En que el leninismo defendía y logró imponer en su tiempo la idea de la dictadura del proletariado y del *campesinado*.

Pero Trotski no se limita a ese airado juicio. Va más allá, afirmando: «Todo el edificio del leninismo se basa hoy día en la mentira y en la falsificación y lleva en sí el principio venenoso de su propia descomposición» (v. la carta de Trotski a Chjeídze en 1913). Como veis, nos hallamos ante dos líneas opuestas.

Segunda. El trotskismo es la desconfianza hacia el principio bolchevique del Partido, hacia la cohesión monolítica del Partido, hacia su hostilidad a los elementos oportunistas. El trotskismo en materia de organización es la teoría de la convivencia de los revolucionarios y los oportunistas, de sus grupos y grupitos en el seno de un mismo partido. Seguramente, conocéis la historia del Bloque de Agosto de Trotski, donde colaboraban en buena armonía los martovistas y los otsovistas, los liquidadores y los trotskistas, haciéndose pasar por un «verdadero» partido. Sabido es que ese «partido» hecho de retazos perseguía el fin de destruir el Partido Bolchevique. ¿En qué consistían entonces «nuestras divergencias»? En que el leninismo veía la garantía del desarrollo del Partido proletario en la destrucción del Bloque de Agosto, mientras que el trotskismo veía en este bloque la base para la creación de un «verdadero» partido.

De nuevo, como veis, dos líneas opuestas.

Tercera. El trotskismo es la desconfianza en los jefes del bolchevismo, un intento de desacreditarlos, de difamarlos. No conozco ni una tendencia en el Partido que pueda compararse con el trotskismo en cuanto a la difamación de los líderes del leninismo o de las instituciones centrales del Partido. ¿Qué no vale, por ejemplo, el «amable» juicio de Trotski acerca de Lenin caracterizándolo como a un «explotador profesional de todo atraso en el movimiento obrero ruso» (v. lugar citado). Y éste no es, ni mucho menos, el más «amable» entre todos los «amables» juicios que ha emitido Trotski.

¿Cómo ha podido ocurrir que, llevando a cuestas tan desagradable fardo, Trotski figurara, a pesar de todo, en las filas de los bolcheviques durante el movimiento de Octubre? Ocurrió eso porque Trotski abandonó entonces (lo abandonó de hecho) su fardo, escondiéndolo en el armario. Sin esta «operación», hubiera sido imposible una verdadera colaboración con Trotski. La teoría del Bloque de Agosto, es decir, la teoría de la unidad con los mencheviques, ya había sido derrotada y barrida por la revolución, pues, ¿de que unidad podía hablarse cuando se libraba una lucha armada entre bolcheviques y mencheviques? A Trotski no le quedó más remedio que reconocer que esa teoría era inservible.

Con la teoría de la revolución permanente «ocurrió» la misma desagradable historia, pues ninguno de los bolcheviques pensaba en la toma inmediata del Poder al día siguiente de la revolución de febrero, y Trotski no podía ignorar que los bolcheviques no le permitirían, como decía Lenin, «jugar a la toma del Poder». A Trotski no le quedó más remedio que aceptar la política bolchevique de lucha por la influencia en los Soviets, de lucha por conquistar al campesinado. En cuanto a la tercera particularidad del trotskismo (la desconfianza en los líderes bolcheviques), debía, como es natural, pasar a segundo plano, en vista del evidente fracaso de las dos primeras particularidades.

¿Podía Trotski, en tal situación, no esconder su fardo en el armario y no seguir a los bolcheviques? ¿Podía obrar de otro modo Trotski, a quien no seguía ningún grupo político algo importante y que vino a los bolcheviques siendo un hombre sin ejército y en plena soledad política? ¡Naturalmente que no!

¿Qué enseñanza se desprende de esto? Una sola

enseñanza: una colaboración prolongada de los leninistas con Trotski sólo es posible si éste desecha por completo su viejo fardo, si se adhiere plenamente al leninismo. Trotski escribe de las enseñanzas de Octubre, pero se olvida de que, entre ellas, hay una enseñanza de Octubre, la enseñanza de que acabo de hablar, que tiene para el trotskismo una importancia primordial. Al trotskismo no le vendría mal tener también presente esta enseñanza de Octubre.

Pero, a lo que se ve, esta enseñanza no le ha aprovechado al trotskismo. Lo que ocurre es que el viejo fardo del trotskismo, escondido en el armario en las jornadas del movimiento de Octubre, lo sacan ahora nuevamente a la luz del día, con la esperanza de realizarlo, ya que, afortunadamente, nuestro mercado se amplía. Es indudable que los nuevos escritos de Trotski son un intento de volver al trotskismo, de «superar» el leninismo, de meter de contrabando e imponer todas las particularidades del trotskismo. El nuevo trotskismo no es una simple repetición del viejo trotskismo, pues está muy ajado y maltrecho, es incomparablemente más blando de carácter y más moderado en las formas que el viejo trotskismo, pero, indudablemente, conserva, en el fondo, todas las particularidades del viejo trotskismo. El nuevo trotskismo no se decide a manifestarse como una fuerza combativa contra el leninismo, prefiere hacer sus manejos bajo la común bandera del leninismo, bajo la consigna de la interpretación y el perfeccionamiento del leninismo. Obra así por su debilidad. No puede considerarse casual el hecho de que la salida a escena del nuevo trotskismo haya coincidido con la muerte de Lenin. Si Lenin viviera, el trotskismo no se habría atrevido a dar tan arriesgado paso.

¿Cuáles son los rasgos característicos del nuevo trotskismo?

1) *La cuestión de la revolución «permanente»*. El nuevo trotskismo no considera necesario defender de manera abierta la teoría de la revolución «permanente». Deja sentado, «simplemente», que la Revolución de Octubre ha confirmado con toda plenitud la idea de la revolución «permanente». De ello saca la siguiente conclusión: es importante y admisible en el leninismo lo que corresponde al período de después de la guerra, al período de la Revolución de Octubre; y, por el contrario, es desacertado e inadmisible en el leninismo lo anterior a la guerra, lo anterior a la Revolución de Octubre. De aquí la teoría de los trotskistas de la división del leninismo en dos partes: el leninismo de antes de la guerra, el «viejo» leninismo, el leninismo «inservible», con su idea de la dictadura del proletariado y el campesinado, y el leninismo nuevo, el leninismo de después de la guerra, el leninismo de Octubre, que ellos quieren adaptar a las exigencias del trotskismo. Esta teoría de la división del leninismo la necesita el trotskismo como el primer paso, más o menos «aceptable», para facilitar sus pasos siguientes en la lucha contra el leninismo.

Pero el leninismo no es una teoría ecléctica, pegada de diversos elementos y susceptible de ser dividida. El leninismo es una teoría coherente, nacida en 1903, que ha pasado por las pruebas de tres revoluciones y que ahora avanza triunfante, como bandera de combate del proletariado mundial.

«El bolchevismo -dice Lenin- existe como corriente del pensamiento político y como partido político desde 1903. Sólo la historia del bolchevismo en *todo* el período de su existencia puede explicar de un modo satisfactorio porqué el bolchevismo pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado» (v, t. XXV, pág. 174).

El bolchevismo y el leninismo son una y la misma cosa. Son dos denominaciones de una misma cosa. Por eso, la teoría de la división del leninismo en dos partes es la teoría de la destrucción del leninismo, la teoría de la suplantación del leninismo por el trotskismo.

Huelga decir que el Partido no puede admitir esa extraña teoría.

2) *La cuestión del principio del Partido*. El viejo trotskismo trataba de socavar el principio bolchevique del Partido valiéndose de la teoría (y la práctica) de la unidad con los mencheviques. Pero esa teoría se puso hasta tal punto en evidencia, que ahora ni siquiera desean recordarla. Para quebrantar el principio del Partido, el trotskismo contemporáneo ha ideado una teoría nueva, una teoría menos comprometedora y casi «democrática», la teoría de oponer a los viejos cuadros los jóvenes militantes del Partido. Para el trotskismo no existe una historia única y coherente de nuestro Partido. El trotskismo divide la historia de nuestro Partido en dos partes de desigual valor: la parte anterior a Octubre y la parte posterior a Octubre. La parte de la historia de nuestro Partido anterior a Octubre no es historia, propiamente hablando, sino «prehistoria», un período sin importancia o, en el mejor de los casos, poco importante, de preparación de nuestro Partido. La parte de la historia de nuestro Partido posterior a Octubre es verdadera historia, historia auténtica. Allí, los «viejos» cuadros de nuestro Partido, cuadros «prehistóricos» y de poco valor. Aquí, un partido nuevo, verdadero, «histórico». No creo que sea necesario demostrar que ese original esquema de la historia del Partido es un esquema destinado a quebrantar la unidad entre los viejos y los nuevos cuadros de nuestro Partido, un esquema para destruir el principio bolchevique del Partido.

Huelga decir que el Partido no puede admitir ese extraño esquema.

3) *La cuestión de los líderes del bolchevismo*. El

viejo trotskismo trataba de desacreditar a Lenin más o menos abiertamente, sin temer las consecuencias. El nuevo trotskismo procede con mayor cautela. Procura continuar la obra del viejo trotskismo encubriéndose con alabanzas a Lenin, con loas a Lenin. Creo que vale la pena citar algunos ejemplos.

El Partido conoce a Lenin como a un revolucionario implacable. Pero sabe también que Lenin era prudente, que no le gustaba la gente que perdía la cabeza y con frecuencia ponía freno, con mano firme, a los que se entregaban al terrorismo, entre ellos al mismo Trotski. Trotski trata este tema en su libro «Acerca de Lenin». Pero, según la apreciación que en él da, resulta que Lenin no hacía otra cosa sino «inculcar en cada momento propicio la idea de que el terrorismo es inevitable». Da la impresión de que Lenin era el más sanguinario entre todos los bolcheviques sanguinarios.

¿Qué fin persigue Trotski con esa exageración innecesaria y sin posible justificación?

El Partido conoce a Lenin como a un militante ejemplar, a quien no gustaba resolver las cuestiones por sí solo, al margen del grupo de camaradas dirigentes, ni de golpe, sin un meticuloso tanteo y una cuidadosa comprobación. Trotski trata también en su libro este aspecto. Pero en el libro de Trotski no vemos a Lenin, sino a un mandarían chino que resuelve las cuestiones más importantes en la quietud de su despacho, por intuición.

¿Queréis saber cómo resolvió nuestro Partido la disolución de la Asamblea Constituyente? Escuchad a Trotski:

«Está claro que hay que disolver la Asamblea Constituyente -decía Lenin-, pero, ¿y los eseristas de izquierda?

Sin embargo, nos dió una gran alegría el viejo Natansón. Pasó a vemos, para «aconsejarse», y de buenas a primeras dijo:

- Me parece que tendremos que disolver por la fuerza la Asamblea Constituyente.

- ¡Bravo! -exclamó Lenin-. ¡Muy bien! Pero, ¿darán "ese paso los suyos?

- Algunos vacilan, pero creo que, en fin de cuentas, estarán de acuerdo -respondió Natansón».

Así se escribe la historia.

¿Queréis saber cómo resolvió el Partido el problema del Consejo Militar Supremo? Escuchad a Trotski:

«Sin militares serios y expertos no saldremos de este caos -decía yo a Vladímir Ilich- cada vez que volvía del Estado Mayor.

- Quizá tenga usted razón. Pero, ¿no nos traicionarán?

- Le pondremos a cada uno un comisario.

- O mejor dos -exclamó Lenin-, dos que tengan buenas zarpas. No puede ser que no tengamos comunistas con buenas zarpas.

- Así surgió la estructura del Consejo Militar Supremo».

Así escribe Trotski la historia.

¿Qué fin perseguía Trotski con estos cuentos árabes que desacreditan a Lenin? ¿Ensalzar a V. I. Lenin, al jefe del Partido? No lo parece.

El Partido conoce a Lenin como al más gran marxista de nuestros tiempos, como a un profundo teórico y un revolucionario de la mayor experiencia, en quien no había ni sombra de blanquismo, Trotski trata también en su libro este aspecto. Pero en su apreciación no vemos al Lenin gigante, sino a un pigmeo blanquista, que en los días de Octubre aconseja al Partido «tomar el Poder con sus propias manos, independientemente del Soviet y a sus espaldas». Pero ya he dicho que esta apreciación no corresponde en lo más mínimo a la realidad.

¿Qué fin persigue Trotski con esa escandalosa... inexactitud? ¿No hay en ello una tentativa de desacreditar «un poquitin» a Lenin?

Tales son los rasgos característicos del nuevo trotskismo.

¿Cuál es el peligro del nuevo trotskismo? Que el trotskismo, por todo su contenido interno, tiene todas las probabilidades de convertirse en el centro y en el punto de concentración de todos los elementos no proletarios, que anhelan el debilitamiento y la descomposición de la dictadura del proletariado.

Y bien, diréis vosotros, ¿cuáles son las tareas inmediatas del Partido en relación con los nuevos escritos de Trotski?

El trotskismo ha emprendido todo eso ahora para desacreditar el bolchevismo, para minar sus cimientos. La tarea del Partido consiste en *enterrar el trotskismo como corriente ideológica*.

Hablan de represiones contra la oposición y de posibilidad de escisión. Eso son tonterías, camaradas. Nuestro Partido es fuerte y poderoso. No consentirá ninguna escisión. En cuanto a las represiones, estoy decididamente contra ellas. Lo que ahora necesitamos no son represiones, sino una amplia lucha ideológica contra el trotskismo, en trance de resurrección.

Nosotros no queríamos y no buscábamos esta discusión literaria. El trotskismo nos la impone con sus escritos antileninistas. Pues bien, estamos dispuestos, camaradas.

Publicado el 26 de noviembre de 1924 en el núm. 269 de «Pravda».

LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE Y LA TÁCTICA DE LOS COMUNISTAS RUSOS

Prefacio al libro «Camino de Octubre»[171]

I. Las condiciones exteriores e interiores de la revolución de Octubre

Tres circunstancias de orden exterior determinaron la relativa facilidad con que la revolución proletaria en Rusia logró romper las cadenas del imperialismo y derrocar, de este modo, el Poder de la burguesía.

En primer lugar, la circunstancia de que la Revolución de Octubre comenzó durante un período de pugna encarnizada entre los dos principales grupos imperialistas, el anglo-francés y el austro-alemán, cuando estos grupos, enzarzados en mortal combate, no tenían ni tiempo ni medios para dedicar una atención seria a la lucha contra la Revolución de Octubre. Esta circunstancia tuvo una importancia enorme para la Revolución de Octubre, pues le permitió aprovechar los cruentos choques en el seno del imperialismo para consolidar y organizar sus fuerzas.

En segundo lugar, la circunstancia de que la Revolución de Octubre empezó en el curso de la guerra imperialista, cuando las masas trabajadoras, extenuadas por la guerra y ansiosas de paz, se vieron nevadas, por la lógica misma de las cosas, a la revolución proletaria, como único medio de salir de la guerra. Esta circunstancia tuvo una importancia inmensa para la Revolución de Octubre, pues puso en sus manos el poderoso instrumento de la paz, ofreciéndole la posibilidad de conjugar la revolución soviética con la terminación de la odiosa guerra y, de este modo, granjearse la simpatía de las masas, tanto en el Occidente, entre los obreros, como en el Oriente, entre los pueblos oprimidos.

En tercer lugar, el poderoso movimiento obrero en Europa y la crisis revolucionaria que, engendrada por la prolongada guerra imperialista, maduraba en el Occidente y en el Oriente. Esta circunstancia tuvo para la revolución en Rusia una importancia inapreciable, pues le aseguró fuera de Rusia aliados fieles en su lucha contra el imperialismo mundial.

Pero, aparte de las circunstancias de orden exterior, la Revolución de Octubre tuvo a su favor muchas condiciones interiores que coadyuvaron a su triunfo.

Entre estas condiciones, las principales son las siguientes.

Primera: la Revolución de Octubre contaba con el apoyo más enérgico de la inmensa mayoría de la clase obrera de Rusia.

Segunda: contaba con el apoyo indudable de los campesinos pobres y de la mayoría de los soldados, ansiosos de paz y de tierra.

Tercera: tenía a la cabeza, como fuerza dirigente, un partido tan probado como el Partido Bolchevique, fuerte no sólo por su experiencia, no sólo por su disciplina, forjada durante años, sino también por su gran ligazón con las masas trabajadoras.

Cuarta: la Revolución de Octubre se enfrentaba con enemigos relativamente fáciles de vencer, como eran la burguesía rusa, más o menos débil, la clase de los terratenientes, totalmente desmoralizada por los «motines» campesinos, y los partidos conciliadores (menchevique y eserista), que en el transcurso de la guerra quedaron en plena bancarrota.

Quinta: disponía de los inmensos espacios del joven Estado, donde podía maniobrar libremente, retroceder cuando las circunstancias lo exigiesen, tomar aliento, reponer sus fuerzas, etc.

Sexta: la Revolución de Octubre podía contar, en su lucha contra la contrarrevolución, con suficientes reservas de víveres, combustible y materias primas en el interior del país.

Estas circunstancias exteriores e interiores, sumadas, crearon la peculiar situación que hizo relativamente fácil el triunfo de la Revolución de Octubre.

Eso no quiere decir, naturalmente, que a la Revolución de Octubre no se opusieran condiciones exteriores e interiores desfavorables. ¿No fue, por ejemplo, muy desfavorable la soledad de la Revolución de Octubre, el hecho de que no tuviera al lado, junto a sus fronteras, un país soviético en el que pudiera apoyarse? Es indudable que una futura revolución, en Alemania, por ejemplo, se encontraría, en este sentido, en situación más ventajosa, pues tendría al lado a un país soviético tan fuerte como

[171] El libro de J. V. Stalin «Camino de Octubre» apareció en dos ediciones en enero y mayo de 1925. La mayor parte del prefacio, bajo el título «La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos», vió la luz en diferentes colecciones de artículos y en folletos y, además, en todas las ediciones del libro de J. V. Stalin «Cuestiones del leninismo».

nuestra Unión Soviética. Y no hablo ya de la desventaja que para la Revolución de Octubre suponía el que los proletarios no fuesen mayoría en el país.

Pero estas circunstancias desfavorables no hacen más que subrayar la enorme importancia de la peculiaridad de las condiciones interiores y exteriores de la Revolución de Octubre de que hemos hablado anteriormente.

No se debe olvidar ni por un instante esa peculiaridad. Conviene sobretodo recordarla al analizar los acontecimientos de otoño de 1923 en Alemania. La debe recordar, en primer término, Trotski, que establece muy a la ligera una analogía entre la Revolución de Octubre y la revolución de Alemania y vapulea sin piedad al Partido Comunista de Alemania por sus errores reales e imaginarios.

«En la situación concreta de 1917, situación extraordinariamente original desde el punto de vista histórico -dice Lenin-, a Rusia le fue fácil *empezar* la revolución socialista, pero *continuarla* y llevarla a término le será más difícil que a los países europeos. A comienzos de 1918 hube ya de indicar esta circunstancia, y la experiencia de los dos años transcurridos desde entonces ha venido a confirmar enteramente la justeza de tal consideración. Condiciones específicas como fueron: 1) la posibilidad de conjugar la revolución soviética con la terminación, gracias a ella, de la guerra imperialista, que había extenuado hasta lo indecible a los obreros y a los campesinos; 2) la posibilidad de sacar provecho, durante cierto tiempo, de la lucha a muerte en que estaban enzarzados los dos grupos más poderosos de los tiburones imperialistas del mundo, grupos que no podían coligarse contra el enemigo soviético; 3) la posibilidad de soportar una guerra civil relativamente larga, en parte por la extensión gigantesca del país y por sus malas comunicaciones; 4) la existencia, entre los campesinos, de un movimiento revolucionario democrático-burgués tan profundo, que el partido del proletariado hizo suyas las reivindicaciones revolucionarias del partido de los campesinos (del partido eserista profundamente hostil, en su mayoría, al bolchevismo) y las realizó inmediatamente gracias a la conquista del Poder político por el proletariado; tales condiciones específicas no existen hoy en la Europa Occidental y la repetición de estas condiciones o de condiciones análogas no es nada fácil. Por ello, entre otras razones, a la Europa Occidental le es más difícil que a nosotros comenzar la revolución socialista» (v. t. XXV, pág. 205).

Estas palabras de Lenin no deben olvidarse.

II. Dos particularidades de la revolución de Octubre, u Octubre y la teoría de la revolución «permanente» de Trotski

Hay dos particularidades de la Revolución de Octubre que es indispensable esclarecer, sobre todo para comprender el sentido interno y la importancia histórica de esta revolución.

¿Qué particularidades son ésas?

En primer lugar, el que la dictadura del proletariado haya nacido en nuestro país como un Poder surgido sobre la base de la alianza entre el proletariado y las masas trabajadoras del campesinado, dirigidas por el proletariado. En segundo lugar, el que la dictadura del proletariado se haya afianzado en Rusia a consecuencia de la victoria del socialismo en un solo país, poco desarrollado en el sentido capitalista, mientras que el capitalismo subsiste en los otros países, con un mayor desarrollo capitalista. Esto no quiere decir, naturalmente, que la Revolución de Octubre no tenga otras particularidades. Pero las que nos importan en este momento son precisamente estas dos, y no sólo porque expresan con nitidez la esencia de la Revolución de Octubre, sino también porque revelan a las mil maravillas la naturaleza oportunista de la teoría de la «revolución permanente».

Examinemos con brevedad esas particularidades.

El problema de las masas trabajadoras de la pequeña burguesía urbana y rural, el problema de atraer a estas masas al lado del proletariado, es un problema importantísimo de la revolución proletaria. ¿A quién apoyará, en la lucha por el Poder, la gente trabajadora de la ciudad y del campo: a la burguesía o al proletariado? ¿De quién será reserva: de la burguesía o del proletariado? La suerte de la revolución y la solidez de la dictadura del proletariado dependen de ello. Las revoluciones de 1848 y 1871 en Francia fracasaron, principalmente, porque las reservas campesinas estuvieron al lado de la burguesía. La Revolución de Octubre triunfó porque supo arrancarle a la burguesía sus reservas campesinas, porque supo conquistar estas reservas para la causa del proletariado y el proletariado fue en esta revolución la única fuerza dirigente de las vastas masas de gente trabajadora de la ciudad y del campo.

Quien no haya comprendido esto no comprenderá jamás ni el carácter de la Revolución de Octubre, ni la naturaleza de la dictadura del proletariado, ni las peculiaridades de la política interior de nuestro Poder proletario.

La dictadura del proletariado no es una simple élite gubernamental, «inteligentemente» «seleccionada» por la mano solícita de un «estratega experimentado» y que «se apoya sabiamente» en tales o cuales capas de la población. La dictadura del proletariado es la alianza de clase del proletariado y de las masas trabajadoras del campo para derribar el capital, para el triunfo definitivo del socialismo, a condición de que la fuerza dirigente de esa alianza sea el proletariado.

No se trata, por tanto, de menospreciar «un poquito» o de sobreestimar «un poquito» las posibilidades revolucionarias del movimiento campesino, como gustan de expresarse ahora algunos diplomáticos defensores de la «revolución permanente». Se trata de la naturaleza del nuevo Estado proletario, nacido como resultado de la Revolución de Octubre. Se trata del carácter del Poder proletario, de las bases de la dictadura misma del proletariado.

«La dictadura del proletariado -dice Lenin- es una forma especial de alianza de clase entre el proletariado vanguardia de los trabajadores, y las numerosas capas trabajadoras no proletarias (pequeña burguesía, pequeños patronos, campesinos intelectuales, etc.) o la mayoría de ellas, alianza dirigida contra el capital, alianza cuyo objetivo es el derrocamiento completo del capital, el aplastamiento completo de la resistencia de la burguesía y de sus tentativas de restauración, alianza cuyo objetivo es la instauración y la consolidación definitiva del socialismo» (v. t. XXIV, pág. 311).

Y más adelante:

«La dictadura del proletariado, si traducimos esta expresión latina, científica histórico-filosófica, a un lenguaje más sencillo, quiere decir lo siguiente:

sólo una clase determinada -a saber: los obreros de la ciudad y, en general, los obreros de las fábricas, los obreros industriales- está en condiciones de dirigir a toda la masa de los trabajadores y los explotados en la lucha por derrocar el yugo del capital, en el proceso mismo de su derrocamiento, en la lucha por mantener y consolidar la victoria, en la creación de un nuevo orden social socialista, en toda la lucha por la supresión total de las clases» (v. t. XXIV, pág. 336).

Tal es la teoría de la dictadura del proletariado formulada por Lenin.

Una de las particularidades de la Revolución de Octubre consiste en que esta revolución es una aplicación clásica de la teoría leninista de la dictadura del proletariado.

Algunos camaradas opinan que esta teoría es puramente «rusa», que sólo guarda relación con la realidad rusa. Eso es falso, completamente falso. Cuando habla de las masas laboriosas de las clases no proletarias dirigidas por el proletariado, Lenin no se refiere solamente a los campesinos rusos, sino también a los elementos trabajadores de las regiones periféricas de la Unión Soviética, que hace bien poco aún eran colonias de Rusia. Lenin no se cansaba de repetir que, sin una alianza con estas masas de otras nacionalidades, el proletariado de Rusia no podría triunfar. En sus artículos sobre la cuestión nacional y en los discursos pronunciados en los Congresos de la Internacional Comunista, Lenin dijo reiteradas veces que la victoria de la revolución mundial es imposible sin una alianza revolucionaria, sin un bloque revolucionario del proletariado de los países avanzados con los pueblos oprimidos de las colonias esclavizadas. ¿Y qué son las colonias sino esas mismas masas laboriosas oprimidas y, ante todo, las masas trabajadoras del campesinado? ¿Quién ignora que el problema de liberar a las colonias es, *en el fondo*, el problema de liberar del yugo y de la explotación del capital financiero a las masas trabajadoras de las clases no proletarias?

Pues de esto se desprende que la teoría leninista de la dictadura del proletariado no es una teoría puramente «rusa», sino una teoría obligatoria para todos los países. El bolchevismo no es un fenómeno exclusivamente ruso. «El bolchevismo» -dice Lenin- es un «*modelo de táctica para todos*» (v. t. XXIII, pág. 386).

Tales son los rasgos que caracterizan la primera particularidad de la Revolución de Octubre.

¿Qué se puede decir de la teoría de la «revolución permanente» de Trotski, desde el punto de vista de esta particularidad de la Revolución de Octubre?

No vamos a extendernos sobre la posición de Trotski en 1905, cuando se olvidó, «simplemente», del campesinado como fuerza revolucionaria, lanzando la consigna de «sin zar, por un gobierno obrero», es decir, la consigna de una revolución sin los campesinos. Incluso Rádek, este diplomático defensor de la «revolución permanente», se ve obligado a reconocer ahora que en 1905 la «revolución permanente» significaba un «salto en el vacío», fuera de la realidad. Hoy todo el mundo, por lo visto, está conforme en que no merece la pena ocuparse de ese «salto en el vacío».

Tampoco vamos a extendernos sobre la posición de Trotski durante la guerra, en 1915, por ejemplo, cuando en su artículo «La lucha por el Poder», partiendo de que «vivimos en la época del imperialismo», de que el imperialismo «no contrapone la nación burguesa al viejo régimen, sino el proletariado a la nación burguesa», negaba a la conclusión de que el papel revolucionario de los campesinos debía decrecer, de que la consigna de la confiscación de la tierra no tenía ya la importancia de antes. Es sabido que Lenin, analizando este artículo de Trotski, le acusaba entonces de «negar» «el papel del campesinado» y decía que «Trotski ayuda de hecho a los políticos obreros liberales de Rusia, quienes por «negación- del papel de los campesinos entienden *el no querer* levantarlos a la revolución» (v. t. XVIII, pág. 318).

Pasemos mejor a trabajos posteriores de Trotski acerca de esta cuestión, a las obras escritas en el período en que la dictadura del proletariado estaba ya afianzada y cuando Trotski había podido comprobar

en la práctica su teoría de la «revolución permanente» y corregir sus errores. Tomemos el «Prefacio» de Trotski escrito en 1922 para su libro «1905». He aquí lo que Trotski dice en este «Prefacio» sobre la «revolución permanente»:

«Precisamente en el intervalo entre el 9 de enero y la huelga de octubre de 1905 fue cuando llegó el autor a las concepciones acerca del carácter del desarrollo revolucionario de Rusia que han recibido el nombre de teoría de la «revolución permanente». Esta denominación abstrusa expresaba la idea de que la revolución rusa, ante la cual se alzan de manera inmediata objetivos burgueses, no podrá, sin embargo, detenerse en ellos. La revolución no podrá resolver sus tareas burguesas más inmediatas sino colocando en el Poder al proletariado. Y este último, al tomar el Poder en sus manos, no podrá por menos de rebasar el marco burgués en la revolución. Al contrario: precisamente para asegurar su victoria, la vanguardia proletaria tendrá que hacer, desde los primeros pasos de su dominación, las más profundas incursiones no sólo, en la propiedad feudal, sino también en la propiedad burguesa. Este modo de proceder le llevará a *choques hostiles*, no sólo con todos los grupos burgueses que le apoyaron en los primeros momentos de su lucha revolucionaria, sino también *con las vastas masas campesinas*, con ayuda de las cuales ha llegado al Poder. Las contradicciones en la situación del gobierno obrero en un país atrasado, en el que la mayoría aplastante de la población está compuesta de campesinos, podrán ser solucionadas sólo en el plato internacional, en la palestra de la revolución mundial del proletariado».

Así habla Trotski de su «revolución permanente».

Basta comparar esta cita con los pasajes de las obras de Lenin acerca de la dictadura del proletariado reproducidos anteriormente, para comprender qué abismo media entre la teoría leninista de la dictadura del proletariado y la teoría de la «revolución permanente» de Trotski.

Lenin habla de la *alianza* entre el proletariado y las capas trabajadoras del campo como de la base de la dictadura del proletariado. En Trotski, por el contrario, nos encontramos con «*choques hostiles*» entre la «vanguardia proletaria» y las «vastas masas campesinas».

Lenin habla de la *dirección*, por el proletariado, de las masas trabajadoras y explotadas. En Trotski, por el contrario, nos encontramos con «*contradicciones* en la situación del gobierno obrero en un país atrasado, en el que la mayoría aplastante de la población está compuesta de campesinos».

Según Lenin, la revolución saca sus fuerzas, ante todo, de los obreros y los campesinos de Rusia misma. En Trotski, por lo contrario, resulta que las fuerzas indispensables pueden sacarse *únicamente* de «la palestra de la revolución mundial del proletariado».

¿Y qué hacer si la revolución internacional ha de demorarse? ¿Le queda a nuestra revolución algún rayo de esperanza? Trotski no nos deja ningún rayo de esperanza, pues «las contradicciones en la situación del gobierno obrero... podrán ser solucionadas *sólo*... en la palestra de la revolución mundial del proletariado». Con arreglo a este plan, a nuestra revolución no le queda más que una perspectiva: vegetar en sus propias contradicciones y pudrirse en vida, esperando la revolución mundial.

¿Qué es, según Lenin, la dictadura del proletariado?

La dictadura del proletariado es un Poder que descansa en la alianza del proletariado con las masas trabajadoras del campo para «el derrocamiento completo del capital», para «la instauración y la consolidación definitiva del socialismo».

¿Qué es, según Trotski, la dictadura del proletariado? La dictadura del proletariado es un Poder que llega «a choques hostiles» con «las vastas masas campesinas» y que busca la solución de las «contradicciones» *únicamente* «en la palestra de la revolución mundial del proletariado».

¿En qué se diferencia esta «teoría de la revolución permanente» de la conocida teoría del menchevismo que niega la idea de la dictadura del proletariado?

En el fondo, no se diferencia en nada.

No cabe duda: la «revolución permanente» no se limita a menospreciar las posibilidades revolucionarias del movimiento campesino. La «revolución permanente» menosprecia el movimiento campesino hasta tal extremo, que es la *negación* de la teoría leninista de la dictadura del proletariado.

La «revolución permanente» de Trotski es una variedad del menchevismo.

Esto es lo que puede decirse en cuanto a la primera particularidad de la Revolución de Octubre.

¿Cuáles son los rasgos característicos de la segunda particularidad de la Revolución de Octubre?

Estudiando el imperialismo, sobre todo en el período de la guerra, Lenin descubrió la ley del desarrollo económico y político desigual y a saltos de los países capitalistas. Según esta ley, el desarrollo de las empresas, de los trusts, de las ramas de la industria y de los diversos países no se produce en forma igual, con arreglo a un orden de sucesión establecido, de modo que un trust, una rama de la industria o un país marchen constantemente a la cabeza y otros trusts u otros países vayan a la zaga, sujetándose a ese orden de sucesión, sino que se desarrollan a saltos, con interrupciones en el desarrollo de unos países y saltos adelante en el desarrollo de otros. Además, la tendencia, «completamente legítima»., de los países que se quedan atrás a conservar sus antiguas posiciones y la

no menos «legítima» tendencia de los países que saltan adelante a apoderarse de nuevas posiciones, hacen que las colisiones bélicas entre los países imperialistas sean una necesidad ineluctable. Así ha ocurrido, por ejemplo, con Alemania, que hace medio siglo era, en comparación con Francia e Inglaterra, un país atrasado. Lo mismo puede decirse del Japón, en comparación con Rusia. Sin embargo, es notorio que, ya a principios del siglo XX, Alemania y el Japón habían dado un salto tan grande, que la primera había sobrepasado a Francia y comenzaba a desplazar a Inglaterra en el mercado mundial y el segundo a Rusia. De estas contradicciones, como es sabido, surgió la reciente guerra imperialista.

Esta ley parte de que:

1) «El capitalismo se ha transformado en un sistema universal de sojuzgamiento colonial y de estrangulación financiera de la inmensa mayoría de la población del planeta por un puñado de países «adelantados»» (v. el prólogo a la edición francesa de «El imperialismo», de Lenin, t. XIX, pág. 74).

2) «El reparto de este botín» se efectúa entre dos o tres potencias rapaces, y armadas hasta los dientes, que dominan en el mundo (Estados Unidos, Inglaterra, el Japón) y arrastran a su guerra, por el reparto de *su* botín, a todo el planeta» (v. lugar citado).

3) Al agravarse las contradicciones dentro del sistema mundial de opresión financiera, al hacerse inevitables los conflictos bélicos, el frente mundial del imperialismo se hace fácilmente vulnerable para la revolución, y es factible su ruptura por ciertos países.

4) Lo más probable es que esta ruptura se produzca en los lugares y países donde la cadena del frente imperialista sea más débil, es decir, donde el imperialismo esté menos fortificado y la revolución pueda desarrollarse con mayor facilidad.

5) Por ello, la victoria del socialismo en un solo país -aún en el caso de que ese país esté menos desarrollado en el sentido capitalista y el capitalismo subsista en otros países, aunque estos países estén más desarrollados en el sentido capitalista- es perfectamente posible y probable.

Tales son, en pocas palabras, los fundamentos de la teoría leninista de la revolución proletaria.

¿En qué consiste la segunda particularidad de la Revolución de Octubre?

La segunda particularidad de la Revolución de Octubre consiste en que esta revolución es un modelo de aplicación práctica de la teoría leninista de la revolución proletaria.

Quien no haya comprendido esta particularidad de la Revolución de Octubre, jamás comprenderá ni el carácter internacional de esta revolución, ni su formidable potencia internacional, ni su peculiar política exterior.

«La desigualdad del desarrollo económico y político -dice Lenin- es una ley absoluta del capitalismo. De aquí se deduce que es posible que la victoria del socialismo empiece por unos cuantos países capitalistas, o incluso por un solo país capitalista. El proletariado triunfante de este país, después de expropiar a los capitalistas y de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras, *se enfrentaría* con el resto del mundo, con el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases: oprimidas de los demás países, levantando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario, incluso la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados». Pues «la libre unión de las naciones en el socialismo es imposible sin una lucha tenaz, más o menos prolongada, de las repúblicas socialistas contra los Estados atrasados» (v. t. XVIII, págs. 232-233).

Los oportunistas de todos los países afirman que la revolución proletaria sólo puede comenzar -si es que ha de comenzar, en general, en alguna parte, según su teoría- en los países industrialmente desarrollados; que cuanto más desarrollados industrialmente estén esos países, tanto mayores serán las probabilidades de triunfo del socialismo. Ellos descartan, como algo totalmente inverosímil, la posibilidad de la victoria del socialismo en un solo país, y por añadidura, poco desarrollado en el sentido capitalista. Ya durante la guerra, Lenin, apoyándose en la ley del desarrollo desigual de los Estados imperialistas, opone a los oportunistas su teoría de la revolución proletaria, que afirma la posibilidad de la victoria del socialismo en un solo país, aún cuando este país esté menos desarrollado en el sentido capitalista.

Sabido es que la Revolución de Octubre confirmó plenamente la justeza de la teoría leninista de la revolución proletaria.

¿Qué podemos decir de la «revolución permanente» de Trotski, desde el punto de vista de la teoría leninista sobre la victoria de la revolución proletaria en un solo país?

Tomemos el folleto de Trotski «Nuestra revolución» (1906).

Trotski dice:

«Sin un apoyo estatal directo del proletariado europeo la clase obrera de Rusia no podrá mantenerse en el Poder y transformar su dominación temporal en una dictadura socialista duradera. De ello no cabe dudar ni un instante».

¿Qué dice esta cita? Que la victoria del socialismo en un solo país, en este caso en Rusia, es imposible «*sin* un apoyo estatal directo del proletariado europeo», es decir, mientras el proletariado europeo

no conquiste el Poder.

¿Qué hay de común entre esta «teoría- y la tesis de Lenin sobre la posibilidad de la victoria del socialismo «en un solo país capitalista»?

Evidentemente, nada.

Pero admitamos que este folleto de Trotski, publicado en 1906, cuando era difícil definir el carácter de nuestra revolución, contiene errores involuntarios y no responde por entero a las concepciones sustentadas por Trotski posteriormente. Examinemos otro folleto de Trotski, «El programa de la paz», publicado en Vísperas de la Revolución de Octubre, en 1917, y reeditado ahora (1924) en el libro «1917». En este folleto, Trotski critica lo que dice la teoría leninista de la revolución proletaria sobre la victoria del socialismo en un solo país, oponiéndole la consigna de los Estados Unidos de Europa. Trotski afirma que el socialismo no puede triunfar en un solo país, que la victoria del socialismo sólo es posible a condición de que triunfe en algunos de los principales países de Europa (Inglaterra, Rusia, Alemania), agrupados en los Estados Unidos de Europa, siendo en otro caso totalmente imposible. Dice con toda claridad que «una revolución victoriosa en Rusia o en Inglaterra es inconcebible sin la revolución en Alemania, y viceversa».

«La única consideración histórica más o menos concreta -dice Trotski- contra la consigna de los Estados Unidos ha sido formulada en el «Sotsial-Demokrat» de Suiza (entonces órgano central de los bolcheviques. *J. St.*), en la siguiente frase: «La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo». De aquí deducía «Sotsial-Demokrat» que la victoria del socialismo en un solo país es posible y, por tanto, no hay por qué supeditar la dictadura del proletariado en cada país a la formación de los Estados Unidos de Europa. Que el desarrollo capitalista de los distintos países es desigual, es una afirmación absolutamente indiscutible. Pero esta desigualdad es ella misma sumamente desigual. El nivel capitalista de Inglaterra, de Austria, de Alemania o de Francia no es el mismo. Pero, en comparación con África y Asia, todos estos países representan la «Europa» capitalista, madura ya para la revolución social. Que ningún país debe «aguardar» a los otros en su lucha, es una idea elemental que es útil y necesario repetir, para que la idea de una acción internacional paralela no sea sustituida por la idea de una inactividad internacional expectante. Sin aguardar a los demás, comenzamos y continuamos la lucha en el terreno nacional, con la plena seguridad de que nuestra iniciativa impulsará la lucha en otros países; y, si esto no sucediese, no hay ningún fundamento para suponer -así lo atestiguan la experiencia histórica y las consideraciones teóricas- que la Rusia revolucionaria, por ejemplo, podría sostenerse frente a la Europa conservadora o que la Alemania socialista podría subsistir aislada en un mundo capitalista».

Como veis, estamos ante la misma teoría del triunfo simultáneo del socialismo en los principales países de Europa, que desearla, como regla general, la teoría leninista de la revolución sobre la victoria del socialismo en un solo país.

Cierto es que, para la victoria *completa* del socialismo, para la garantía *completa* contra la restauración del antiguo orden de cosas, son indispensables los esfuerzos conjuntos de los proletarios de unos cuantos países. Cierto es que, sin el apoyo del proletariado de Europa a nuestra revolución, el proletariado de Rusia no habría podido resistir la presión general, del mismo modo que el movimiento revolucionario del Occidente, si no lo hubiera apoyado la revolución de Rusia, no habría podido desarrollarse con el ritmo que adquirió después de la instauración de la dictadura proletaria en Rusia. Cierto es que necesitamos apoyo. Pero ¿qué es el apoyo del proletariado de la Europa Occidental a nuestra revolución? La simpatía de los obreros europeos por nuestra revolución, su disposición a desbaratar los planes de intervención de los imperialistas, ¿constituye todo esto un apoyo, una ayuda seria? Indudablemente. Sin ese apoyo, sin esa ayuda, no sólo de los obreros europeos, sino también de las colonias y de los países dependientes, la dictadura proletaria de Rusia se vería en un trance muy difícil. ¿Ha bastado hasta ahora con esa simpatía y con esa ayuda, unidas al poderío de nuestro Ejército Rojo y a la disposición de los obreros y campesinos de Rusia a defender con su pecho la patria socialista? ¿Ha bastado todo eso para repeler los ataques de los imperialistas y conquistar las condiciones necesarias para una seria labor de edificación? Sí, ha bastado. Y esa simpatía, ¿crece o disminuye? Indudablemente, crece. ¿Tenemos, pues, condiciones favorables, no sólo para llevar adelante la organización de la economía socialista, sino también para prestar, a nuestra vez, apoyo a los obreros de la Europa Occidental y a los pueblos oprimidos del Oriente? Sí, tenemos esas condiciones. Los siete años de historia de la dictadura proletaria en Rusia lo atestiguan elocuentemente. ¿Puede, acaso, negarse que en nuestro país ha comenzado ya un poderoso auge del trabajo? No, no se puede negar.

¿Qué puede significar, después de todo eso, la declaración de Trotski de que la Rusia revolucionaria no podría resistir ante una Europa conservadora?

No puede significar más que una cosa: en primer lugar, que Trotski no percibe la potencia interior de nuestra revolución; en segundo lugar, que Trotski no comprende la importancia inapreciable del apoyo moral que los obreros del Occidente y los campesinos del Oriente prestan a nuestra revolución;

en tercer lugar, que Trotski no percibe el mal interior que corroe actualmente al imperialismo.

Llevado por el apasionamiento en su crítica de la teoría leninista de la revolución proletaria, Trotski, sin darse cuenta, se ha derrotado a sí mismo en su folleto «El programa de la paz», publicado en 1917 y reeditado en 1924.

Pero ¿quizás este folleto de Trotski haya también envejecido y no corresponda por una u otra razón a sus puntos de vista actuales? Tomemos trabajos más recientes de Trotski, escritos después del triunfo de la revolución proletaria en *un solo país*, en Rusia. Tomemos, por ejemplo, el «Epílogo» que escribió en 1922 para la nueva edición de su folleto «El programa de la paz». He aquí lo que dice en ese «Epílogo»:

«La afirmación, varias veces repetida en «El programa de la paz», de que la revolución proletaria no puede terminar victoriosamente dentro de un marco nacional, parecerá quizá a algunos lectores desmentida por la experiencia de casi cinco años de vida de nuestra República Soviética. Pero semejante conclusión sería infundada. El hecho de que el Estado obrero haya resistido contra el mundo entero en un solo país, y además en un país atrasado, atestigua la potencia colosal del proletariado, que en otros países más adelantados y más civilizados será capaz de hacer verdaderos milagros. Pero, habiendo logrado mantenemos como Estado en el sentido político y militar, no hemos llegado todavía, ni siquiera nos hemos acercado a la creación de la sociedad socialista... Mientras en los demás Estados europeos se mantenga en el Poder la burguesía, nos veremos obligados, en la lucha contra el aislamiento económico, a buscar acuerdos con el mundo capitalista; al mismo tiempo, puede afirmarse con toda certidumbre que estos acuerdos pueden, en el mejor de los casos, ayudarnos a cicatrizar una u otra herida económica, a dar uno u otro paso adelante, pero el verdadero auge de la economía socialista en Rusia no será posible *más que después de la victoria*[172] del proletariado en los países más importantes de Europa».

Esto es lo que dice Trotski, pecando manifiestamente contra la realidad y esforzándose a toda costa por salvar del naufragio definitivo la «revolución permanente».

Resulta que, por más vueltas que se le dé, no sólo «no hemos llegado», sino que «ni siquiera nos hemos acercado» a la creación de la sociedad socialista. Resulta que alguien abrigaba la esperanza de llegar a «acuerdos con el mundo capitalista», pero resulta también que de estos acuerdos tampoco sale nada, pues, por más vueltas que se le dé, «el verdadero auge de la economía socialista» no se alcanzará mientras el proletariado no haya vencido «en los países más importantes de Europa».

Y como aún no se ha obtenido la victoria en el Occidente, a la revolución de Rusia no le queda más que un «dilema»: o pudrirse en vida o degenerar en un Estado burgués.

Por algo hace ya dos años que Trotski viene hablando de la «degeneración» de nuestro Partido.

Por algo Trotski profetizaba el año pasado el «hundimiento» de nuestro país.

¿Cómo se puede conciliar esta extraña «teoría» con la teoría de Lenin sobre la «victoria del socialismo en un solo país»?

¿Cómo se puede conciliar esta extraña «perspectiva» con la perspectiva de Lenin, según la cual la nueva política económica nos permitirá «echar los cimientos de la economía socialista»?

¿Cómo se puede conciliar esta desesperanza «permanente» con las siguientes palabras de Lenin, por ejemplo?

«Hoy, el socialismo no es ya un problema de un futuro remoto, ni una visión abstracta o un icono. De los iconos seguimos teniendo la opinión de antes, una opinión muy mala. Hemos hecho penetrar el socialismo en la vida diaria, y de eso es de lo que debemos ocuparnos. Esa es la tarea de nuestros días, ésa es la tarea de nuestra época. Permitidme que termine expresando la seguridad de que, por más difícil que sea esa tarea, por más nueva que sea, en comparación con nuestra tarea anterior y por más dificultades que nos origine, todos nosotros, juntos, y no mañana, sino en el transcurso de unos cuantos años, todos nosotros, juntos, la resolveremos a toda costa, de modo que de la Rusia de la Nep salga la Rusia socialista» (v. t. XXVII, pág. 366).

Cómo se puede conciliar la falta «permanente» de perspectivas de Trotski con las siguientes palabras de Lenin, por ejemplo?

«En efecto, todos los grandes medios de producción en poder del Estado y el Poder del Estado en manos del proletariado; la alianza de este proletariado con millones y millones de pequeños y muy pequeños campesinos; asegurar la dirección de los campesinos por el proletariado, etc., ¿acaso no es esto todo lo que se necesita para edificar la sociedad socialista completa partiendo de la cooperación, y nada más que de la cooperación a la que antes tratábamos de mercantilista y que ahora, bajo la Nep, merece también, en cierto modo, el mismo trato; acaso no es esto todo lo imprescindible para edificar la sociedad socialista completa? Eso no es todavía la edificación de la sociedad socialista, pero sí todo lo imprescindible y lo suficiente para esta edificación» (v. t. XXVII, pág. 392).

[172] Subrayado por mí. *J. St.*

Es evidente que todo eso no se concilia ni puede conciliarse. La «revolución permanente» de Trotski es la negación de la teoría leninista de la revolución proletaria, y viceversa: la teoría leninista de la revolución proletaria es la negación de la teoría de la «revolución permanente».

La falta de fe en la fuerza y en la capacidad de nuestra revolución, la falta de fe en las fuerzas y en la capacidad del proletariado de Rusia: tal es el fondo de la teoría de la «revolución permanente».

Hasta ahora solía señalarse *un solo* lado de la teoría de la «revolución permanente»: la falta de fe en las posibilidades revolucionarias del movimiento campesino. Ahora, para ser justos, hay que completar ese lado con *otro*: la falta de fe en las fuerzas y en la capacidad del proletariado de Rusia.

¿En qué se diferencia la teoría de Trotski de la teoría corriente del menchevismo, según la cual la victoria del socialismo en un solo país, por añadidura atrasado, es imposible sin la victoria previa de la revolución proletaria «en los principales países de la Europa Occidental»?

En el fondo, no se diferencia en nada.

No cabe duda: la teoría de la «revolución permanente» de Trotski es una variedad del menchevismo.

Últimamente han aparecido en nuestra prensa diplomáticos podridos, que se esfuerzan por hacer pasar la teoría de la «revolución permanente» como algo compatible con el leninismo. Naturalmente -dicen-, esta teoría resultó inservible en 1905. Pero el error de Trotski consiste en haberse adelantado entonces, intentando aplicar a la situación de 1905 lo que en aquel tiempo no se podía aplicar. Pero más tarde -dicen-, por ejemplo, en octubre de 1917, cuando la revolución había alcanzado plena madurez, la teoría de Trotski estaba completamente en su lugar. No cuesta trabajo adivinar que el principal de estos diplomáticos es Rádek. Escuchad lo que dice:

«La guerra ha abierto un abismo entre los campesinos, que aspiran a conquistar la tierra y la paz, y los partidos pequeñoburgueses; la guerra ha puesto a los campesinos bajo la dirección de la clase obrera y de su vanguardia, el Partido Bolchevique. Lo que se ha hecho posible no es la dictadura de la clase obrera y de los campesinos, sino la dictadura de la clase obrera, apoyada en los campesinos. Lo que Rosa Luxemburgo y Trotski propugnaban en 1905 contra Lenin (es decir, la «revolución permanente». *J. St.*) ha resultado ser, de hecho, la segunda etapa del desarrollo histórico».

Cada una de estas palabras es una falsedad.

Es falso que durante la guerra «lo que se ha hecho posible no es la dictadura de la clase obrera y de los campesinos, sino la dictadura de la clase obrera, apoyada en los campesinos». En realidad, la revolución de febrero de 1917 fue la realización de la dictadura del proletariado y de los campesinos, entrelazada de modo peculiar con la dictadura de la burguesía.

Es falso que la teoría de la «revolución permanente», que Rádek silencia púdicamente, fuese formulada en 1905 por Rosa Luxemburgo y Trotski. En realidad, esa teoría la expusieron Parvus y Trotski. Ahora, a los diez meses, Rádek se rectifica y estima necesario reprochar a Parvus la «revolución permanente». Pero la justicia exige de Rádek que los reproches alcancen también a Trotski, el socio de Parvus.

No es cierto que la «revolución permanente», refutada por la revolución de 1905, haya resultado acertada en la «segunda etapa del desarrollo histórico», es decir, durante la Revolución de Octubre. Todo el curso de la Revolución de Octubre, todo su desarrollo han revelado y demostrado la inconsistencia absoluta de la teoría de la «revolución permanente», su absoluta incompatibilidad con los fundamentos del leninismo.

Con discursos melifluos y diplomacia podrida no se puede cubrir la profunda sima que separa la teoría de la «revolución permanente» y el leninismo.

III. Algunas particularidades de la táctica de los bolcheviques en el período de la preparación de Octubre

Para comprender la táctica de los bolcheviques en el período de la preparación de Octubre, hay que conocer, por lo menos, algunas particularidades sumamente importantes de esta táctica. Ello es tanto más necesario, por cuanto en los numerosos folletos acerca de la táctica de los bolcheviques se pasa por alto precisamente esas particularidades.

¿Qué particularidades son ésas?

Primera particularidad. Oyendo a Trotski, podría creerse que en la historia de la preparación de Octubre existen tan sólo dos períodos: el período de reconocimiento y el período de la insurrección, y que lo que es más de esto, de mal procede. ¿Qué fue la manifestación de abril de 1917? «La manifestación de abril, que tomó más a la «izquierda» de lo necesario, fue una operación de reconocimiento para pulsar el estado de ánimo de las masas y sus relaciones con la mayoría de los Soviets». ¿Y qué fue la manifestación de julio de 1917? Según Trotski, «también esta vez la cosa se redujo, en el fondo, a un nuevo reconocimiento, más profundo, en una etapa nueva y más elevada del movimiento». Ni que decir tiene que la manifestación de junio de 1917, organizada a instancias de nuestro Partido, con mayor razón debe ser calificada, según Trotski, de «reconocimiento».

Resulta pues que en marzo de 1917 los bolcheviques tenían ya preparado un ejército político de obreros y campesinos y que, si no lo emplearon

para la insurrección ni en abril, ni en junio, ni en julio y sólo se dedicaron a hacer «reconocimientos», ello fue, única y exclusivamente, porque «los datos de los reconocimientos» no proporcionaban entonces «indicios» favorables.

Ni que decir tiene que esta concepción simplista de la táctica política de nuestro Partido no es sino una confusión de la táctica militar corriente con la táctica revolucionaria de los bolcheviques.

En realidad, todas aquellas manifestaciones fueron, ante todo, resultado de la acometividad espontánea de las masas, resultado de su indignación contra la guerra, indignación que pugnaba por manifestarse en la calle.

En realidad, el papel del Partido consistía entonces en dar a las acciones espontáneas de las masas una forma y una dirección que respondiesen a las consignas revolucionarias de los bolcheviques.

En realidad, los bolcheviques no tenían ni podían tener en marzo de 1917 un ejército político preparado. Lo fueron formando (y lo formaron, por fin, hacia octubre de 1917) sólo en el transcurso de la lucha y de los choques de clases de abril a octubre de 1917; lo formaron pasando por la manifestación de abril, y por las manifestaciones de junio y julio, y por las elecciones a las Dumas de distrito y urbanas, y por la lucha contra la korniloviada, y por la conquista de los Soviets. Un ejército político no es lo mismo que un ejército militar. Mientras que el mando militar comienza la guerra disponiendo ya de un ejército formado, el Partido debe crear su ejército en el curso de la lucha misma, en el curso de los choques entre las clases, a medida que las masas mismas se van convenciendo, por propia experiencia, de que las consignas del Partido son acertadas, de que su política es justa.

Naturalmente, cada una de esas manifestaciones arrojaba, al mismo tiempo, cierta luz sobre correlaciones de fuerzas imperceptibles a simple vista; constituía, en cierto modo, un reconocimiento, pero éste no era el motivo de la manifestación, sino un resultado natural de ella.

Analizando los acontecimientos de vísperas de la insurrección de octubre y comparándolos con los acontecimientos de abril-julio, Lenin dice:

«La situación se presenta, precisamente, de modo distinto a como se presentaba en vísperas del 20 y el 21 de abril, del 9 de junio y del 3 de julio, pues entonces nos hallábamos ante una *efervescencia espontánea*, que nosotros, como partido, no percibíamos (20 de abril), o conteníamos, dándole la forma de una manifestación pacífica (9 de junio y 3 de julio). Porque entonces sabíamos bien que los Soviets no eran todavía nuestros, que los campesinos creían *todavía* en el camino liberdanísta-chernovísta, y no en el camino bolchevique (el de la insurrección); que, por consiguiente, no podíamos contar con la mayoría del pueblo y, por ello, la insurrección sería prematura» (v. t. XXI, pág. 345).

Es evidente que sólo con «reconocimientos» no se puede ir muy lejos.

Por lo visto, no se trata de «reconocimientos» sino de que:

1) durante todo el período de la preparación de Octubre, el Partido no dejó un momento de apoyarse, para su lucha, en el auge espontáneo del movimiento revolucionario de las masas;

2) al apoyarse en este auge espontáneo, el Partido conservaba en sus manos la dirección indivisa del movimiento;

3) tal dirección del movimiento le facilitaba la formación del ejército político de masas para la insurrección de Octubre;

4) tal política debía necesariamente llevar a que toda la preparación de Octubre se hiciese bajo la dirección de un solo partido, el Partido Bolchevique;

5) tal preparación de Octubre llevó a su vez, a que, como resultado de la insurrección de Octubre, el Poder quedase en manos de un solo partido, el Partido Bolchevique.

Por tanto, la dirección indivisa de *un solo* partido, del Partido Comunista, como factor esencial de la preparación de Octubre: tal es el rasgo característico de la Revolución de Octubre, tal es la primera particularidad de la táctica de los bolcheviques en el período de la preparación de Octubre.

No creo que sea necesario demostrar que, sin esta particularidad de la táctica de los bolcheviques, la victoria de la dictadura del proletariado, bajo el imperialismo, hubiera sido imposible.

Por esto, la Revolución de Octubre se distingue ventajosamente de la revolución de 1871 en Francia, donde compartían la dirección de la revolución dos partidos, de los cuales ninguno puede ser calificado de partido comunista.

Segunda particularidad. La preparación de Octubre se llevó a cabo, pues, bajo la dirección de un solo partido, del Partido Bolchevique. Pero ¿cómo ejercía el Partido esa dirección, hacia dónde la orientaba? Esa dirección se orientaba al aislamiento de los partidos *conciliadores*, por ser los grupos más peligrosos en el período de desencadenamiento de la revolución, al aislamiento de los eseristas y los mencheviques.

¿En qué consiste la regla estratégica fundamental del leninismo?

Consiste en reconocer que:

1) el más peligroso apoyo social de los enemigos de la revolución, en el período en que se avecina un desenlace revolucionario, lo constituyen los partidos *conciliadores*;

2) es imposible derrocar al enemigo (al zarismo o a la burguesía) sin haber aislado a estos partidos;

3) en el período preparatorio de la revolución, los

principales tiros deben, por ello, dirigirse a aislar a estos partidos, a desgajar de ellos a las amplias masas trabajadoras.

En el período de la lucha contra el zarismo, en el período preparatorio de la revolución democrático-burguesa (1905-1916), el apoyo social más peligroso del zarismo era el partido liberal-monárquico, el partido de los demócratas constitucionalistas, ¿Por qué? Por ser un partido conciliador, el partido de la *conciliación* entre el zarismo y la mayoría del pueblo, es decir, el campesinado en su conjunto. Es natural que el Partido dirigiese entonces sus principales golpes contra los demócratas constitucionalistas, pues sin aislarlos no podía contarse con la ruptura de los campesinos con el zarismo, y sin asegurar esta ruptura no podía contarse con la victoria de la revolución. Muchos no comprendían entonces esta particularidad de la estrategia bolchevique y acusaban a los bolcheviques de «inquina excesiva» a los demócratas constitucionalistas, afirmando que la lucha contra los demócratas constitucionalistas hacía que los bolcheviques «perdieran de vista» la lucha contra el enemigo principal: el zarismo. Pero estas acusaciones, infundadas, revelaban una incomprensión evidente de la estrategia bolchevique, que exigía el aislamiento del partido conciliador para facilitar y acercar la victoria sobre el enemigo principal.

No creo que sea necesario demostrar que, sin esta estrategia, la hegemonía del proletariado en la revolución democrático-burguesa hubiera sido imposible.

En el período de la preparación de Octubre, el centro de gravedad de las fuerzas en lucha se desplazó a un nuevo plano. Ya no había zar. El partido demócrata constitucionalista se había transformado; de fuerza conciliadora, en fuerza gobernante, en la fuerza dominante del imperialismo. La lucha ya no se libraba entre el zarismo y el pueblo, sino entre la burguesía y el proletariado. En este período, el apoyo social más peligroso del imperialismo lo constituían los partidos democráticos pequeñoburgueses, los partidos eserista y menchevique. ¿Por qué? Porque estos partidos eran entonces partidos conciliadores, partidos de la *conciliación* entre el imperialismo y las masas trabajadoras. Es natural que los principales golpes de los bolcheviques fueran dirigidos entonces contra estos partidos, pues sin el aislamiento de estos partidos no se podía contar con la *ruptura* de las masas trabajadoras y el imperialismo, sin conseguir esta ruptura no se podía contar con la victoria de la revolución soviética. Muchos no comprendían entonces esta particularidad de la táctica bolchevique, acusando a los bolcheviques de «excesivo odio» a los eseristas y a los mencheviques y de «olvido» del objetivo fundamental. Pero todo el período de la preparación de Octubre evidencia elocuentemente que sólo gracias a esta táctica pudieron los bolcheviques asegurar la victoria de la Revolución de Octubre.

El rasgo característico de este período consiste en una revolucionarización más profunda de las masas trabajadoras del campo, en su decepción respecto a los eseristas y los mencheviques, en su alejamiento de estos partidos, en su viraje para agruparse directamente en tomo al proletariado, única fuerza consecuentemente revolucionaria, capaz de llevar el país a la paz. La historia de este período es la historia de la lucha entre los eseristas y los mencheviques, de una parte, y los bolcheviques, de otra, por atraerse a las masas trabajadoras del campo, por conquistar a estas masas. Decidieron la suerte de esta lucha el período de la coalición, el período de la kerenskiada, la negativa de los eseristas y los mencheviques a confiscar las tierras de los terratenientes, la lucha de los eseristas y los mencheviques por la continuación de la guerra, la ofensiva de junio en el frente, la pena de muerte para los soldados y la sublevación de Kornílov. Y estos factores decidieron la suerte de esa lucha exclusivamente en favor de la estrategia bolchevique. Pues, sin aislar a los eseristas y a los mencheviques era imposible derrocar al gobierno de los imperialistas, y sin derrocar a este gobierno era imposible salir de la guerra. La política de aislamiento de los eseristas y los mencheviques resultó ser la única política acertada:

Así, pues, aislamiento de los partidos menchevique y eserista, como línea principal de la dirección de la preparación de Octubre: tal es la segunda particularidad de la táctica de los bolcheviques.

No creo que sea necesario demostrar que, sin esta particularidad de la táctica de los bolcheviques, la alianza entre la clase obrera y las masas trabajadoras del campo hubiera quedado suspendida en el vacío.

Es significativo que, en sus «Enseñanzas de Octubre», Trotski no diga nada, o casi nada, de esta particularidad de la táctica bolchevique.

Tercera particularidad. La dirección del Partido en la preparación de Octubre se orientaba, pues, a aislar a los partidos eserista y menchevique, a desgajar de estos partidos a las amplias masas obreras y campesinas. Pero ¿cómo conseguía, concretamente, el Partido llevar a cabo este aislamiento?, ¿en qué forma y bajo qué consigna? Lo llevaba a cabo en la forma de un movimiento revolucionario de las masas por el Poder de los Soviets, bajo la consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!», luchando por transformar a los Soviets, de organismos de movilización de las masas, en organismos de la insurrección, en organismos de Poder, en el aparato de un nuevo Estado, del Estado proletario.

¿Por qué se aferraron los bolcheviques

precisamente a los Soviets como a la palanca fundamental de organización, que podía contribuir al aislamiento de los mencheviques y de los eseristas, que podía impulsar la revolución proletaria y estaba llamada a llevar a las masas de millones y millones de trabajadores a la victoria de la dictadura del proletariado?

¿Qué son los Soviets?

«Los Soviets -decía Lenin ya en septiembre de 1917- son un nuevo aparato de Estado que, en primer lugar, proporciona la fuerza armada de los obreros y de los campesinos, fuerza que no está, como lo estaba la del viejo ejército permanente, apartada del pueblo, sino ligada a él del modo más estrecho; en el sentido militar, esta fuerza es incomparablemente más poderosa que las anteriores; en el sentido revolucionario, no puede ser reemplazada por ninguna otra. En segundo lugar, este aparato proporciona una ligazón tan estrecha e indisoluble con las masas, con la mayoría del pueblo, una ligazón tan fácil de controlar y renovar, que en vano buscaremos nada análogo en el viejo aparato de Estado. En tercer lugar, este aparato, por ser elegibles y revocables a voluntad del pueblo, sin formalidades burocráticas, los hombres que lo integran, es mucho más democrático que los aparatos anteriores. En cuarto lugar, este aparato proporciona una sólida ligazón con las profesiones más diversas, facilitando de este modo, sin burocracia, las más distintas y más profundas reformas. En quinto lugar, proporciona una forma de organización de la vanguardia, es decir, de la parte más consciente, más enérgica y más avanzada de las clases *oprimidas*, de los obreros y de los campesinos, constituyendo, de este modo, un aparato por medio del cual la vanguardia de las clases oprimidas puede elevar, educar, instruir y guiar *a toda la gigantesca masa* de estas clases, que hasta hoy permanecía completamente al margen de la vida política, al margen de la historia. En sexto lugar, proporciona la posibilidad de conjugar las ventajas del parlamentarismo con las ventajas de la democracia inmediata y directa, es decir, reúne en la persona de los representantes elegidos por el pueblo la función legislativa *y la ejecución de las leyes*. Comparado con el parlamentarismo burgués, es un avance de trascendencia histórica mundial en el desarrollo de la democracia...

Si la iniciativa creadora popular de las clases revolucionarias no hubiera organizado los Soviets, la revolución proletaria en Rusia se vería condenada al fracaso, pues, con el viejo aparato, el proletariado no habría podido, indudablemente, mantenerse en el Poder. En cuanto al nuevo aparato, es imposible crearlo de golpe» (v. t. XXI, págs. 258-259):

Por eso, los bolcheviques se aferraron a los Soviets como al eslabón fundamental, que podía facilitar la organización de la Revolución de Octubre y la creación del nuevo y poderoso aparato del Estado proletario.

Desde el punto de vista de su desarrollo interno, la consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!» pasó por dos etapas: la primera, hasta la derrota de los bolcheviques en julio, durante la dualidad de poderes, y la segunda, después de la derrota de la sublevación de Kornílov.

En la primera etapa, esta consigna significaba la ruptura del bloque de los mencheviques y los eseristas con los demócratas constitucionalistas, la formación de un gobierno soviético, integrado por mencheviques y eseristas (pues los Soviets estaban entonces en sus manos), la libertad de agitación para la oposición (es decir, para los bolcheviques) y libertad de lucha entre los partidos en el seno de los Soviets, con la esperanza de que esta lucha permitiría a los bolcheviques conquistar los Soviets y modificar la composición del gobierno soviético mediante un desarrollo pacífico de la revolución. Este plan no era, naturalmente, la dictadura del proletariado. Pero, sin duda alguna, facilitaba la preparación de las condiciones necesarias para asegurar la dictadura, pues al colocar en el Poder a los mencheviques y los eseristas y al obligarles a poner en práctica su plataforma antirrevolucionaria, aceleraba el desenmascaramiento de la verdadera naturaleza de esos partidos, aceleraba su aislamiento, su separación de las masas. Sin embargo, la derrota de los bolcheviques en el mes de julio interrumpió este proceso, dando ventaja a la contrarrevolución de los generales y los demócratas-constitucionalistas y arrojando a los eseristas ya los mencheviques en sus brazos. Esta circunstancia obligó al Partido a retirar por el momento la consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!», para volver a lanzarla cuando se produjera un nuevo auge de la revolución.

La derrota de la sublevación de Kornílov inauguró la segunda etapa. La consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!» se puso de nuevo a la orden del día. Pero ahora esta consigna no significaba ya lo mismo que en la primera etapa. Su contenido había cambiado radicalmente. Ahora, esta consigna significaba la ruptura completa con el imperialismo y el paso del Poder a los bolcheviques, pues los Soviets eran ya, en su mayoría, bolcheviques. Ahora, esta consigna significaba que la revolución abordaba el establecimiento de la dictadura del proletariado mediante la insurrección. Es más: esta consigna significada ahora la organización de la dictadura del proletariado y su constitución en Estado.

La táctica de transformación de los Soviets en organismos de Poder del Estado tenía una importancia inapreciable, porque apartaba del imperialismo a las masas de millones y millones de trabajadores, desenmascaraba a los partidos menchevique y eserista como instrumentos del

imperialismo y nevaba a las masas por vía directa, digámoslo así, a la dictadura del proletariado.

Por tanto, la política de transformación de los Soviets en organismos de Poder del Estado, como la condición primordial para el aislamiento de los partidos conciliadores y para la victoria de la dictadura del proletariado: tal es la tercera particularidad de la táctica de los bolcheviques en el período de la preparación de Octubre.

Cuarta particularidad. El cuadro quedaría incompleto si no examináramos cómo y por qué consiguieron los bolcheviques transformar las consignas de su Partido en consignas para las masas de millones y millones de trabajadores, en consignas que impulsaban la revolución; cómo y por qué lograron convencer de que su política era acertada, no sólo a la vanguardia y no sólo a la mayoría de la clase obrera, sino también a la mayoría del pueblo.

La realidad es que, para el triunfo de una revolución, si esta revolución es auténticamente popular y engloba a millones de hombres, no basta que las consignas del Partido sean acertadas. Para que la revolución triunfe, es necesario, además, otra condición indispensable, a saber: que las masas se convenzan ellas mismas, por propia experiencia, de que esas consignas son acertadas. Sólo en tal caso las consignas del Partido se convierten en consignas de las masas mismas. Sólo en tal caso la revolución se convierte en una auténtica revolución popular. Una de las particularidades de la táctica de los bolcheviques durante el período de la preparación de Octubre es que supo trazar certeramente las rutas y los virajes que llevan de un modo natural a las masas a identificarse con las consignas del Partido, al umbral mismo, por decirlo así, de la revolución, y de este modo hacen más fácil para ellas el percibir, comprobar y reconocer, por propia experiencia, que esas consignas son acertadas. En otros términos: una de las particularidades de la táctica de los bolcheviques es que no confunde la dirección del Partido con la dirección de las masas; que ve claramente la diferencia entre esa primera dirección y la segunda; que no sólo es, por tanto, la ciencia de dirigir al Partido, sino también la de dirigir a las masas de millones y millones de trabajadores.

La experiencia de la convocatoria y disolución de la Asamblea Constituyente es una manifestación patente de esa particularidad de la táctica bolchevique.

Sabido es que los bolcheviques habían lanzado la consigna de República de los Soviets ya en abril de 1917. Sabido es que la Asamblea Constituyente era un parlamento burgués, en contradicción flagrante con los principios de la República de los Soviets. ¿Cómo pudo ocurrir que los bolcheviques, marchando hacia la República de los Soviets, exigieran al mismo tiempo del Gobierno Provisional la convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente? ¿Cómo pudo ocurrir que los bolcheviques, no sólo participaran en las elecciones, sino que convocaran ellos mismos la Asamblea Constituyente? ¿Cómo pudo ocurrir que un mes antes de la insurrección, cuando se estaba pasando de lo viejo a lo nuevo, los bolcheviques admitieran la posibilidad de una combinación temporal de la República de los Soviets y de la Asamblea Constituyente?

«Ocurrió» esto porque:

1) la idea de la Asamblea Constituyente era una de las ideas más extendidas entre las amplias masas de la población;

2) la consigna de convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente permitía desenmascarar con más facilidad la naturaleza contrarrevolucionaria del Gobierno Provisional;

3) para desprestigiar ante las masas populares la idea de la Asamblea Constituyente, era indispensable llevar a estas masas, con sus reivindicaciones sobre la tierra, la paz y el Poder de los Soviets, hasta los muros de la Asamblea Constituyente, haciéndolas chocar, de esta manera, con la Asamblea Constituyente real y viva;

4) ésta era la única forma de hacer que las masas se convencieran fácilmente, por experiencia propia, del carácter contrarrevolucionario de la Asamblea Constituyente y de la necesidad de su disolución;

5) todo esto implicaba, naturalmente, la posibilidad de una combinación temporal de la República de los Soviets y de la Asamblea Constituyente, como uno de los medios de eliminar a esta última;

6) semejante combinación, llevada a cabo *siempre y cuando* que todo el Poder pasase a los Soviets, sólo podía significar la supeditación de la Asamblea Constituyente a los Soviets, su transformación en un apéndice de los Soviets, su extinción sin dolor.

No creo que sea necesario demostrar que, sin semejante política de los bolcheviques, la disolución de la Asamblea Constituyente no habría sido tan fácil, y que las acciones posteriores de los eseristas y los mencheviques bajo la consigna de «¡Todo el Poder a la Asamblea Constituyente!» no habrían fracasado con tal estrépito.

«Participamos -dice Lenin- en las elecciones al parlamento burgués de Rusia, a la Asamblea Constituyente, en septiembre-noviembre de 1917. ¿Era acertada nuestra táctica o no?... ¿Acaso nosotros, los bolcheviques rusos, no teníamos en septiembre-noviembre de 1917 más derecho que todos los comunistas del Occidente a considerar que el parlamentarismo había sido superado políticamente en Rusia? Lo teníamos, naturalmente, pues la cuestión no estriba en si los parlamentos burgueses existen desde hace mucho o poco tiempo, sino en si las granees masas trabajadoras están

preparadas (ideológica, política y prácticamente) para adoptar el régimen soviético y disolver (o permitir la disolución) del parlamento democrático burgués. Que la clase obrera de las ciudades, los soldados y los campesinos de Rusia estaban, en septiembre-noviembre de 1917, en virtud de una serie de condiciones particulares, excepcionalmente preparados para adoptar el régimen soviético y disolver el parlamento burgués más democrático, es un hecho histórico absolutamente indiscutible y plenamente establecido. Y, no obstante, los bolcheviques no boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones, tanto antes como *después* de la conquista del poder político por el proletariado» (v. t. XXV, págs. 201-202).

¿Y por qué no boicotearon 100 bolcheviques la Asamblea Constituyente? Porque, dice Lenin:

«Incluso unas semanas antes de la victoria de la República Soviética, incluso *después* de esta victoria, la participación en un parlamento democrático-burgués, lejos de perjudicar al proletariado revolucionario, le permite *demostrar* más fácilmente a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser disueltos, *facilita* el éxito de su disolución, *facilita* la «superación política» del parlamentarismo burgués» (v. lugar citado).

Es significativo que Trotski no comprenda esta particularidad de la táctica de los bolcheviques y gruña contra la «teoría» de la combinación de la Asamblea Constituyente y de los Soviets, tildándola de hilferdingada.

No comprende que, *una vez lanzada* la consigna de insurrección y cuando el triunfo de los Soviets es probable, admitir esa combinación, admitir la convocatoria de la Asamblea Constituyente constituye la única táctica revolucionaria, que no tiene nada de común con la táctica a lo Hilferding de transformar los Soviets en un apéndice de la Asamblea Constituyente; no comprende que el error de algunos camaradas en *este* problema no le autoriza a vituperar la posición absolutamente acertada de Lenin y del Partido en cuanto a la posibilidad de un «Poder estatal combinado», *en* ciertas condiciones (cfr. t. XXI, pág. 338).

No comprende que, sin su política peculiar en relación con la Asamblea Constituyente, los bolcheviques no habrían logrado ganarse a millones y millones de hombres del pueblo y que, sin ganarse a estas masas, no habrían podido transformar la insurrección de Octubre en una profunda revolución popular.

Es interesante ver cómo Trotski gruñe hasta contra las palabras «pueblo», «democracia revolucionaria», etc., etc., que suelen encontrarse en los artículos de los bolcheviques y que él considera indecorosas para un marxista.

Por lo visto, Trotski olvida que incluso en septiembre de 1917, un mes antes de la victoria de la dictadura del proletariado, Lenin, marxista indudable, escribía sobre la «necesidad del paso inmediato de todo el Poder la manos *de la democracia revolucionaria, con el proletariado revolucionario a la cabeza*» (v, t. XXI, pág. 198).

Por lo visto, Trotski olvida que Lenin, marxista indudable, citando la conocida carta de Marx a Kugelmann[173] (abril de 1871) donde se dice que la demolición del aparato burocrático-militar del Estado es condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente, escribe, con claridad meridiana, las siguientes líneas:

«Merece especial atención la observación extraordinariamente profunda de Marx de que la demolición de la máquina burocrático-militar del Estado es «condición previa de toda verdadera revolución popular». Este concepto de revolución «popular» parece extraño en boca de Marx, y los adeptos de Plejánov y los mencheviques rusos, esos discípulos de Struve que quieren hacerse pasar por marxistas, podrían tal vez calificar de «lapsus» esta expresión de Marx. Esa gente ha hecho, una tergiversación tan liberal e indigente del marxismo, que para ellos no existe nada sino la antítesis entre revolución burguesa y revolución proletaria, y hasta esta antítesis la conciben de un modo a más no poder escolástico...

En la Europa de 1871, el proletariado no formaba en ningún país del continente la mayoría del pueblo. La revolución no podía ser «popular» ni arrastrar verdaderamente a la mayoría al movimiento, si no englobaba tanto al proletariado como a los campesinos. Ambas clases formaban entonces el «pueblo». Une a estas clases el hecho de que la «máquina burocrático-militar del Estado» las oprime, las esclaviza, las explota. *Destruir*, *demoler* esta máquina, eso es lo que aconsejan los verdaderos intereses del «pueblo», de su mayoría, de los obreros y de la mayoría de los campesinos, y tal es la «condición previa» para una alianza libre de los campesinos pobres con los proletarios; y sin esa alianza, la democracia es precaria y la transformación socialista imposible» (v. t. XXI, págs. 395-396).

Estas palabras de Lenin no deben olvidarse.

Así, pues, lograr que las masas se convenzan por experiencia propia de que las consignas del Partido son acertadas, llevando a estas masas a posiciones revolucionarias, como la condición primordial para la conquista de millones de trabajadores en favor del Partido: tal es la cuarta particularidad de la táctica de

---

[173] Véase: C. Marx y F. Engels, Obras escogidas en dos tomos, t. II, págs. 434-435, ed. en español, Moscú 1952.

los bolcheviques durante el período de la preparación de Octubre.

Creo que lo dicho es suficiente para comprender bien los rasgos característicos de esta táctica.

IV. La revolución de Octubre, comienzo y premisa de la revolución mundial

Es indudable que la teoría universal del triunfo simultáneo de la revolución en los principales países de Europa, la teoría de la imposibilidad de la victoria del socialismo en un solo país, ha ¡resultado ser una teoría artificial, una teoría no viable. La historia de siete años de revolución proletaria en Rusia no habla en favor, sino en contra de esa teoría. Esa teoría no sólo es inaceptable como esquema del desarrollo de la revolución mundial, ya que está en contradicción con hechos evidentes. Es todavía más inaceptable como consigna, porque no libera, sino que encadena la iniciativa de los distintos países que, en virtud de ciertas condiciones históricas, adquieren la posibilidad de romper ellos solos el frente del capital; porque no estimula a los distintos países a emprender una arremetida enérgica contra el capital, sino a mantenerse pasivamente a la expectativa, en espera del «desenlace general»; porque no fomenta en los proletarios de los distintos países la decisión revolucionaría, sino las dudas a lo Hamlet: «¿y si los demás no nos apoyan?». Lenin tiene completa razón al decir que la victoria del proletariado en un solo país es un «caso típico», que «la revolución simultánea en varios países» sólo puede darse como una «excepción rara». (v. t. XXIII, pág. 354).

Pero la teoría leninista de la revolución no se circunscribe, como es sabido, a este solo aspecto del problema. Es, al mismo tiempo, la teoría del desarrollo de la revolución mundial[174]. La victoria del socialismo en un solo país no constituye un fin en sí. La revolución del país victorioso no debe considerarse como una magnitud autónoma, sino como un apoyo, como un medio *para* acelerar el triunfo del proletariado en todos los países. Porque la victoria de la revolución en un solo país, en este caso en Rusia, no es solamente un producto del desarrollo desigual y de la disgregación progresiva del imperialismo. Es, al mismo tiempo, el comienzo y la premisa de la revolución mundial.

Es indudable que las vías del desarrollo de la revolución mundial no son tan sencillas como podían parecer antes de la victoria de la revolución en un solo país, antes de la aparición del imperialismo desarrollado, «antesala de la revolución socialista». Porque ha surgido un factor nuevo tan importante como la ley del desarrollo desigual de los países capitalistas, que rige bajo las condiciones del imperialismo desarrollado y evidencia la inevitabilidad de los conflictos armados, el debilitamiento general del frente mundial del capital y la posibilidad de la victoria del socialismo en algunos países por separado. Porque ha surgido un factor nuevo tan importante como el inmenso País Soviético, situado entre el Occidente y el Oriente, entre el centro do la explotación financiera del mundo y el teatro de la opresión colonial, un país cuya sola existencia, revoluciona el mundo entero.

Todos estos factores (por no citar otros de menor importancia) no pueden ser pasados por alto al estudiar las vías de la revolución mundial.

Antes solía suponerse que la revolución iría desarrollándose por «maduración» gradual de los elementos de socialismo, ante todo en los países más desarrollados, en los países «adelantados». Ahora, esta idea debe ser modificada de modo substancial.

«El sistema de las relaciones internacionales -dice Lenin- es actualmente tal, que uno de los Estados de Europa, Alemania, se ve avasallado por los Estados vencedores. Por otra parte, diversos Estados, por cierto los más antiguos del Occidente, se hallan, gracias a la victoria, en condiciones de poder aprovechar esa misma victoria para hacer a sus clases oprimidas una serie de concesiones, que, si bien son insignificantes, retardan el movimiento revolucionario en estos países, creando una apariencia de «paz social».

«Al mismo tiempo, otros muchos países -el Oriente, la India, China, etc.- se han visto definitivamente sacados de su carril, precisamente por causa de la última guerra imperialista. Su desarrollo se ha orientado definitivamente por la vía general del capitalismo europeo. En esos países ha comenzado la misma efervescencia que se observa en toda Europa. Y para todo el mundo es ahora claro que ellos han entrado en un proceso de desarrollo que no puede por menos de conducir a la crisis de todo el capitalismo mundial».

En vista de esto y en relación con ello, «los países capitalistas de la Europa Occidental llevarán a término su desarrollo hacia el socialismo... de un modo distinto a como esperábamos anteriormente. No lo llevan a término por un proceso gradual de «maduración» del socialismo en ellos, sino mediante la explotación de unos Estados por otros, mediante la explotación del primer Estado entre los vencidos en la guerra imperialista, unida a la explotación de todo el Oriente. Por otra parte, el Oriente se ha incorporado de manera definitiva al movimiento revolucionario, gracias precisamente a esta primera guerra imperialista, viéndose arrastrado definitivamente a la órbita general del movimiento revolucionario mundial» (v, t. XXVII, págs. 415-416).

Si a esto se añade que no sólo los países vencidos y las colonias son explotados por los países

[174] Véase antes: «Los fundamentos del leninismo». J. St.

vencedores, sino que, además, una parte de los países vencedores cae en la órbita de la explotación financiera de los países vencedores más poderosos, de los Estados Unidos e Inglaterra; que las contradicciones entre todos estos países constituyen el factor más importante de la disgregación del imperialismo mundial; que, además de estas contradicciones, existen y se están desarrollando otras contradicciones, profundísimas, dentro de cada uno de estos países; que todas estas contradicciones se ahondan y se agudizan por el hecho de existir al lado de esos países la gran República de los Soviets; si tomamos todo eso en consideración, tendremos una idea, más o menos completa, de la peculiaridad de la presente situación internacional.

Lo más probable es que la revolución mundial se desarrolle del siguiente modo: nuevos países se desgajarán del sistema de los países imperialistas por vía revolucionaria, siendo apoyados sus proletarios por los proletarios de los países imperialistas. Vemos que el primer país que se ha desgajado, el primer país que ha vencido, es apoyado ya por los obreros y las masas trabajadoras de los otros países. Sin este apoyo no podría mantenerse. Es indudable que este apoyo irá cobrando mayor intensidad y fuerza. Pero también es indudable que el mismo desarrollo de la revolución mundial, el mismo proceso por el que se desgajen del imperialismo nuevos países se operará con tanta mayor rapidez y profundidad cuanto más firmemente se vaya consolidando el socialismo en el primer país victorioso, cuanto más rápidamente se transforme este país en una base para el desarrollo sucesivo de la revolución mundial, en una palanca de la disgregación sucesiva del imperialismo.

Si es cierta la tesis de que el triunfo *definitivo* del socialismo en el primer país liberado no es posible sin los esfuerzos comunes de los proletarios de varios países, no menos lo es que la revolución mundial se desarrollará con tanta mayor rapidez y profundidad, cuanto más eficaz sea la ayuda prestada por el primer país socialista a los obreros y a las masas trabajadoras de todos los otros países.

¿En qué debe consistir esta ayuda?

En primer lugar, en que el país que ha triunfado «lleve a cabo el máximo de lo realizable en un solo país *para* desarrollar, apoyar y despertar la revolución *en todos los países*» (v. Lenin, t. XXIII, pág. 385).

En segundo lugar, en que «el proletariado triunfante» de un país, «después de expropiar a los capitalistas y de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras, *se enfrente* con el resto del mundo, con el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las Clases oprimidas de los demás países, levantando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario, incluso la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados» (v, *Lenin*, t. XVIII, págs. 232-233).

La particularidad característica de esta ayuda del país victorioso no sólo consiste en que acelera la victoria del proletariado de los otros países, sino también en que, al facilitar esta victoria, asegura el *triunfo definitivo* del socialismo en el primer país victorioso.

Lo más probable es que, en el curso del desarrollo de la revolución mundial, se formen, al lado de los focos de imperialismo en distintos países capitalistas y al lado del sistema de estos países en todo el mundo, focos de socialismo en distintos países soviéticos y un sistema de estos focos en el mundo entero, y que la lucha entre estos dos sistemas llene la historia del desarrollo de la revolución mundial.

Pues, «la libre unión de las naciones en el socialismo -dice Lenin- es imposible sin una lucha tenaz, más o menos prolongada, de las repúblicas socialistas contra los Estados atrasados» (v. lugar citado).

La importancia mundial de la Revolución de Octubre no sólo reside en que es la gran iniciativa de un país que ha abierto una brecha en el sistema del imperialismo y constituye el primer foco de socialismo en medio del océano de los países imperialistas, sino también en que es la primera etapa de la revolución mundial y una base potente para su desenvolvimiento sucesivo.

Por eso no sólo yerran quienes, olvidando el carácter internacional de la Revolución de Octubre, afirman que la victoria de la revolución en un solo país es un fenómeno pura y exclusivamente nacional; yerran también quienes, sin olvidar el carácter internacional de la Revolución de Octubre, propenden a considerarla como algo pasivo, sujeto únicamente al apoyo que pueda recibir del exterior. La realidad es que no sólo la Revolución de Octubre necesita del apoyo de la revolución de los otros países, sino que también la revolución de estos países necesita del apoyo de la Revolución de Octubre para acelerar e impulsar el derrocamiento del imperialismo mundial.

17 de diciembre de 1924.

CUESTIONES DEL LENINISMO

A la organización de Leningrado del PC(b) de la URSS.
J. Stalin

I. Definición del Leninismo

En el folleto «Los fundamentos del leninismo» se da la conocida definición del leninismo, que ha obtenido ya, por lo visto, carta de ciudadanía. Dice así:

«El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. O más exactamente: el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general, la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular».

¿Es exacta esta definición?

Yo entiendo que sí lo es. Es exacta, en primer lugar, porque indica acertadamente las raíces históricas del leninismo, conceptuándolo como el marxismo de la *época del imperialismo*, por oposición a algunos críticos de Lenin, que entienden equivocadamente que el leninismo surgió después de la guerra imperialista. Es exacta, en segundo lugar, porque señala acertadamente el carácter internacional del leninismo, por oposición a la socialdemocracia, que entiende que el leninismo sólo es aplicable a las condiciones nacionales rusas. Es exacta, en tercer lugar, porque señala acertadamente la ligazón orgánica que existe entre el leninismo y la doctrina de Marx, conceptuándolo como el *marxismo* de la época del imperialismo, por oposición a algunos críticos del leninismo, que no ven en éste un nuevo desarrollo del marxismo sino simplemente la restauración del marxismo y su aplicación a la realidad rusa.

No creemos que sea necesario detenerse a comentar esto.

Sin embargo, en nuestro Partido hay, por lo visto, quienes consideran necesario definir el leninismo de un modo algo diferente. Así, por ejemplo, Zinóviev cree que:

«El leninismo es el marxismo de la época de las guerras imperialistas y de la revolución mundial, revolución *que se ha iniciado directamente en un país que predomina el campesinado*».

¿Qué pueden significar las palabras subrayadas por Zinóviev? ¿Qué significa introducir en la definición del leninismo el atraso de Rusia, su carácter campesino?

Significa convertir el leninismo, doctrina proletaria internacional, en un producto de las condiciones específicas rusas.

Significa hacer el juego a Bauer y Kautsky, que niegan la posibilidad de aplicar el leninismo a otros países más desarrollados en el sentido capitalista.

Es indudable que la cuestión campesina tiene para Rusia una importancia enorme, que nuestro país es un país campesino. Pero ¿qué importancia puede encerrar este hecho, a la hora de definir los fundamentos del leninismo? ¿Acaso el leninismo se formó, exclusivamente en las condiciones de Rusia y para Rusia, y no en las condiciones del imperialismo y para los países imperialistas en general? ¿Acaso obras de Lenin como «El imperialismo, fase superior del capitalismo», «El Estado y la revolución», «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», «La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo», etc., sólo tienen importancia para Rusia y no para los países imperialistas en general? ¿Acaso el leninismo no es la síntesis de la experiencia del movimiento revolucionario de todos los países? ¿Acaso los fundamentos de la teoría y de la táctica del leninismo no son válidos y obligatorios para los partidos proletarios de todos los países? ¿Acaso Lenin no tenía razón cuando decía que «el bolchevismo *puede servir de modelo de táctica para todos*?» (v, t. XXIII, pág. 386)[175]. ¿Acaso Lenin no tenía razón cuando hablaba de «*la significación internacional* del Poder Soviético y de los fundamentos de la teoría y de la táctica bolcheviques»? (v. t. XXV, págs. 171-172). ¿Acaso no son exactas, por ejemplo, las siguientes palabras de Lenin?

«En Rusia, la dictadura del proletariado tiene que distinguirse inevitablemente por ciertas particularidades en comparación con los países avanzados como consecuencia del inmenso atraso y

175 Aquí y en las siguientes referencias a los trabajos de V. I. Lenin, los números romanos corresponden a los tomos de la 3º edición en ruso de las Obras de V. I. Lenin.

del carácter pequeñoburgés de nuestro país. Pero las fuerzas fundamentales -y las formas fundamentales de la economía social- son, en Rusia, las mismas que en cualquier país capitalista, por lo que *estas particularidades pueden referirse tan sólo a lo que no es esencial*»* (v. t. XXIV, pág. 508).

Y si todo eso es cierto, ¿no se desprende, acaso, de ello que la definición del leninismo que da Zinóviev no puede considerarse exacta?

¿Cómo se puede compaginar esta definición del leninismo, que lo limita a un marco nacional, con el internacionalismo?

II. Lo fundamental en el Leninismo

En el folleto «Los fundamentos del leninismo» se dice:

«Algunos piensan que lo fundamental en el leninismo es la cuestión campesina, qua el punto de partida del leninismo es la cuestión del campesinado, de su papel, de su peso específico. Esto es completamente falso. La cuestión fundamental del leninismo, su punto de partida, no es la cuestión campesina, sino la cuestión de la dictadura del proletariado, de las condiciones en que ésta se conquista y de las condiciones en que se consolida. La cuestión campesina, como cuestión del aliado del proletariado en su lucha por el Poder, es una cuestión derivada»[176].

¿Es exacto este planteamiento?

Yo entiendo que sí lo es. Este planteamiento se desprende íntegramente de la definición del leninismo. En efecto, si el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria, y si lo que constituye el contenido fundamental de la revolución proletaria es la dictadura del proletariado, resulta evidente que lo principal en el leninismo es la cuestión de la dictadura del proletariado, es el estudio de esta cuestión, es su fundamentación y concreción.

Sin embargo, Zinóviev no está, por lo visto, de acuerdo con este planteamiento. En su artículo «En memoria de Lenin», dice:

«La cuestión del papel del campesinado es, como ya he dicho, *la cuestión fundamental*[177]del bolchevismo, del leninismo».

Como veis, este planteamiento de Zinóviev se desprende íntegramente de su falsa definición del leninismo. Por eso, es tan falso como su definición del leninismo.

¿Es exacta la tesis de Lenin de que la dictadura del proletariado forma «el contenido esencial de la revolución proletaria»? (v. t. XXIII, pág. 337). Indiscutiblemente, es exacta. ¿Es exacta la tesis de que el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria? Entiendo que es exacta. ¿Qué se deduce entonces de esto? De esto se deduce que la cuestión fundamental del leninismo, su punto de partida, su base, es la cuestión de la dictadura del proletariado.

¿Acaso no es cierto que la cuestión del imperialismo, la cuestión del desarrollo a saltos del imperialismo, la cuestión del triunfo del socialismo en un solo país, la cuestión del Estado del proletariado, la cuestión de la forma soviética de este Estado, la cuestión del papel del Partido dentro del sistema de la dictadura del proletariado, la cuestión de los caminos de la edificación del socialismo; acaso no es cierto que todas estas cuestiones fueron esclarecidas precisamente por Lenin? ¿Acaso no es cierto que son precisamente estas cuestiones las que forman la base, el fundamento de la idea de la dictadura del proletariado? ¿Acaso no es cierto que sin esclarecer estas cuestiones fundamentales seria inconcebible el esclarecimiento de la cuestión campesina desde el punto de vista de la dictadura del proletariado?

Es indudable que Lenin era un profundo conocedor de la cuestión campesina. Es indudable que la cuestión campesina, como la cuestión del aliado del proletariado, tiene enorme importancia para el proletariado y es parte integrante de la cuestión fundamental, la cuestión de la dictadura del proletariado. Pero ¿acaso no es evidente que si ante el leninismo no se hubiera planteado la Cuestión fundamental, la de la dictadura del proletariado, no habría existido tampoco la cuestión derivada de ésta, la cuestión del aliado del proletariado, la cuestión de los campesinos? ¿Acaso no es evidente que si ante el leninismo no se hubiera planteado la cuestión práctica de la conquista del Poder por el proletariado, no habría existido tampoco la cuestión de la alianza con el campesinado?

Lenin no sería el ideólogo más grande del proletariado, como indiscutiblemente lo es, sino que sería un simple «filósofo campesino», como con frecuencia lo pintan los filisteos literarios del extranjero, si en vez de esclarecer la cuestión campesina sobre la base de la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado, lo hubiese hecho independientemente y al margen de esta base.

Una de dos:

o bien la cuestión campesina es lo fundamental en el leninismo, y entonces el leninismo no es válido ni obligatorio para los países desarrollados en el sentido capitalista, para los países que no son campesinos;

o bien lo fundamental en el leninismo es la dictadura del proletariado; y entonces el leninismo es la teoría internacional de los proletarios de todos los países, válida y obligatoria para todos los países, sin excepción, incluyendo los países desarrollados en el

[176] Véase: J. V. Stalin, Obras, t. 6, págs. 126-127, ed. en español.

[177] Subrayado por mí. *J. St.*

sentido capitalista.

Hay que optar por una de las dos cosas.

III. La cuestión de la revolución «permanente»

En el folleto «Los fundamentos del leninismo», a la «teoría de la revolución Permanente» se la juzga como una «teoría» que menosprecia el papel del campesinado. Allí se dice lo siguiente:

«Así, pues, Lenin no combatía a los partidarios de la revolución «permanente» por la cuestión de la continuidad, pues el propio Lenin sostenía el punto de vista de la revolución ininterrumpida, sino porque menospreciaban el papel de los campesinos, que son la reserva más importante del proletariado».[178]

Hasta estos últimos tiempos, esta manera de conceptuar a los «permanentistas» rusos gozaba del asentimiento general. Sin embargo, aún siendo en general acertada, no puede considerarse todavía como completa. La discusión de 1924, de una parte, y, de otra, el estudio minucioso de las obras de Lenin han demostrado que el error de los «permanentistas» rusos no consistía solamente en menospreciar el papel del campesinado, sino también en menospreciar la fuerza y la capacidad del proletariado para conducir a los campesinos tras de sí, en la falta de fe en la idea de la hegemonía del proletariado.

Por eso, en mi folleto «La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos» (diciembre de 1924) amplié esta caracterización y la sustituí por otra más completa. He aquí lo que se dice en el citado folleto:

«Hasta ahora solía señalarse *un solo* lado de la teoría de la «revolución permanente»: la falta de fe en las posibilidades revolucionarias del movimiento campesino. Ahora, para ser justos, hay que completar ese lado con otro: la falta de fe en las fuerzas y en la capacidad del proletariado de Rusia»[179].

Esto no significa, naturalmente, que el leninismo haya estado o esté en contra de la idea de la revolución permanente, sin comillas, proclamada por Marx en la década del 40 del siglo pasado[180]. Al contrario, Lenin fue el único marxista que supo comprender y desarrollar de un modo acertado la idea de la revolución permanente. La diferencia entre Lenin y los «permanentistas», en esta cuestión, consiste en que los «permanentistas» tergiversaban la idea de la revolución permanente de Marx, convirtiéndola en sapiencia inerte y libresca, mientras que Lenin la tomó en su forma pura e hizo de ella uno de los fundamentos de su teoría de la revolución. Conviene recordar que la idea de la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista, expresada por Lenin ya en 1905, es una de las formas en que encarna la teoría de la revolución permanente de Marx. He aquí lo que Lenin escribía a este respecto ya en 1905:

«De la revolución democrática comenzaremos a pasar en seguida, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, a la revolución socialista. *Nosotros somos partidarios de la revolución ininterrumpida*.[181] No nos quedaremos a mitad de camino...

Sin caer en el aventurerismo, sin traicionar nuestra conciencia científica, sin buscar popularidad barata, podemos decir y decimos *solamente una cosa*: ayudaremos con todas nuestras fuerzas a todo el campesinado a hacer la revolución democrática *para que* a nosotros, al Partido del proletariado, nos sea *más fácil* pasar lo antes posible a una tarea nueva y superior: a la revolución socialista» (v. t. VIII, págs. 186-187).

Y he aquí lo que dice Lenin a este propósito dieciséis años más tarde, después de la conquista del Poder por el proletariado:

«Los Kautsky, los Hilferding, los Mártov, los Chernov , los Hillquit , los Longuet, los MacDonald, los Turati y otros héroes del marxismo «segundo y medio» no han sabido comprender... la correlación entre la revolución democrático-burguesa y la revolución proletaria socialista. *La primera se transforma en la segunda*.[182] La segunda resuelve de paso los problemas de la primera. La segunda consolida la obra de la primera. La lucha, y solamente la lucha, determina hasta qué punto la segunda logra rebasar a la primera» (v. t. XXVII, pág. 26).

Llamo especialmente la atención acerca de la primera cita, tomada del artículo de Lenin «La actitud de la socialdemocracia ante el movimiento campesino», publicado el 1 de septiembre de 1905. Subrayo esto para conocimiento de aquellos que aún siguen afirmando que Lenin no llegó a la idea de la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista, es decir, a la idea de la revolución permanente, hasta después de empezada la guerra imperialista. Esta cita no deja lugar a dudas de que esa gente se equivoca de medio a medio.

[178] Véase: J. V. Stalin, Obras, t. 6, pág. 107, ed. en español.
[179] Véase: J. V. Stalin, Obras, t. 6, pág. 397, ed. en español.
[180] Véase: C. Marx y F. Engels, «Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas» (Obras escogidas en dos tomos, t. I, págs. 92102, ed. en español, 1951).
[181] Subrayado por mí. *J. St.*
[182] Subrayado por mí. *J. St.*

IV. La revolución proletaria y la dictadura del proletariado

¿Cuáles son los rasgos característicos de la revolución proletaria, que la distinguen de la revolución burguesa?

La diferencia entre la revolución proletaria y la revolución burguesa podría resumirse en cinco puntos fundamentales:

1) La revolución burguesa comienza, generalmente, ante la presencia de formas más o menos plasmadas de economía capitalista, formas que han surgido y madurado en el seno de la sociedad feudal ya antes de la revolución manifiesta; mientras que la revolución proletaria comienza con la ausencia total o casi total deformas plasmadas de economía socialista.

2) La tarea fundamental de la revolución burguesa se reduce a conquistar el Poder y ponerlo en consonancia con la economía burguesa existente; mientras que la tarea fundamental de la revolución proletaria consiste en construir, una vez conquistado el Poder, una economía nueva, la economía socialista.

3) La revolución burguesa *termina*, generalmente, con la conquista del Poder; mientras que para la revolución proletaria la conquista del Poder no es más que el *comienzo*, con la particularidad de que en este caso el Poder se utiliza como palanca para transformar la vieja economía y organizar la nueva.

4) La revolución burguesa se limita a sustituir en el Poder a un grupo de explotadores por otro grupo de explotadores, razón por la cual no necesita destruir la vieja máquina del Estado; mientras que la revolución proletaria arroja del Poder a todos los grupos explotadores, sin excepción, y coloca en él al jefe de todos los trabajadores y explotados, a la clase de los proletarios, razón por la cual no puede dejar de destruir la vieja máquina del Estado y sustituirla por otra nueva.

5) La revolución burguesa no puede agrupar en torno a la burguesía, por un período más o menos largo, a los millones de hombres de las masas trabajadoras y explotadas, precisamente porque se trata de trabajadores y explotados; mientras que la revolución proletaria puede y debe unirlos al proletariado en una alianza duradera, precisamente por tratarse de trabajadores y explotados, si es que quiere cumplir su tarea fundamental de consolidar el Poder del proletariado y construir una nueva economía, la economía socialista.

He aquí algunas tesis fundamentales de Lenin a este respecto:

«Una de las diferencias fundamentales -dice Lenin- entre la revolución burguesa y la revolución socialista consiste en que para la revolución burguesa, que brota del feudalismo, se van creando gradualmente, en el seno del viejo régimen, nuevas organizaciones económicas, que modifican poco a poco todos los aspectos de la sociedad feudal. La revolución burguesa tenía una sola tarea: barrer, arrojar, romper todas las ataduras de la sociedad anterior. Al cumplir esta tarea, toda revolución burguesa cumple con todo lo que de ella se exige: intensifica el desarrollo del capitalismo.

Muy distinta es la situación en que se halla la revolución socialista. Cuanto más atrasado es el país que, en virtud de los zigzags de la historia, ha tenido que comenzar la revolución socialista, más difícil le resulta pasar de las viejas relaciones capitalistas a las relaciones socialistas. Aquí, a las tareas destructivas se añaden otras nuevas, de inaudita dificultad: las tareas de organización» (v. t. XXII, pág. 315).

«Si la obra creadora popular de la revolución rusa -prosigue Lenin-, que pasó por la gran experiencia de 1905, no hubiera creado los Soviets va en febrero de 1917, éstos no habrían podido, en modo alguno, tomar el Poder en octubre, pues el éxito sólo dependía de que el movimiento, que embarcaba a millones de hombres, contase con formas de organización ya plasmadas. Estas formas ya plasmadas fueron los Soviets, y por eso en el terreno político nos esperaban tan brillantes éxitos y una marcha triunfal ininterrumpida como la que hemos realizado, pues la nueva forma del Poder político estaba ya dispuesta y sólo nos restaba transformar mediante algunos decretos aquel Poder de los Soviets que en los primeros meses de la revolución se hallaba en estado embrionario, en la forma legalmente reconocida y afianzada en el Estado ruso: en la República Soviética de Rusia» (v, t. XXII, pág. 315).

«Quedaban todavía -dice Lenin- dos problemas de una dificultad inmensa, cuya solución no podía ser de ningún modo aquel camino triunfal por el que avanzó en los primeros meses nuestra revolución» (v, lugar citado, pág. 315).

«En primer lugar, las tareas de organización interna, que se le plantean a toda revolución socialista. La diferencia entre la revolución socialista y la revolución burguesa está precisamente en que en el segundo caso existen formas plasmadas de relaciones capitalistas, mientras que el Poder Soviético, Poder proletario, no se encuentra con relaciones plasmadas, si se prescinde de las formas más desarrolladas del capitalismo, que en el fondo sólo abarcan a unas pocas posiciones elevadas de la industria y aún muy escasamente a la agricultura. La organización de la contabilidad, el control sobre las empresas más fuertes, la transformación de todo el mecanismo económico del Estado en una sola gran máquina, en un organismo económico que funcione de modo que centenares de millones de personas se rijan por un solo plan: he ahí la formidable tarea de organización que cayó sobre nuestros hombros. Dadas las condiciones actuales del trabajo, este

problema no admitía en absoluto una solución audaz, como las que solíamos dar a los problemas de la guerra civil". (v. lugar citado, pág. 316).

«La segunda dificultad inmensa... era la cuestión internacional. Si hemos podido acabar tan fácilmente con las bandas de Kerenski, si hemos instaurado con tanta facilidad nuestro Poder, si hemos conseguido sin la menor dificultad los decretos de socialización de la tierra y del control obrero; si hemos logrado tan fácilmente todo esto, se debe exclusivamente a que las condiciones favorables creadas durante breve tiempo nos protegieron contra el imperialismo internacional. El imperialismo internacional, con todo el poderío de su capital, con su máquina bélica altamente organizada, que constituye la verdadera fuerza, la verdadera fortaleza del capital internacional, no podía, en modo alguno ni bajo ninguna condición, acostumbrarse a vivir al lado de la República Soviética, tanto por su situación objetiva como por los intereses económicos de la clase capitalista que en él encarna; no podía, en virtud de los vínculos comerciales, de las relaciones financieras internacionales. Aquí el conflicto es inevitable. En ello reside la más grande dificultad de la revolución rusa, su problema histórico más grande: la necesidad de resolver los problemas internacionales, la necesidad de provocar la revolución internacional» (v. t. XXII, pág. 317).

Tal es el carácter intrínseco y el sentido fundamental de la revolución proletaria.

¿Se puede llevar a cabo una reconstrucción tan radical del viejo régimen, del régimen burgués, sin una revolución violenta, sin la dictadura del proletariado?

Evidentemente que no. Quien crea que semejante revolución puede llevarse a cabo pacíficamente, sin salirse del marco de la democracia burguesa, adaptada a la dominación de la burguesía, ha perdido la cabeza y toda noción del sentido común, o reniega cínica y abiertamente de la revolución proletaria.

Hay que subrayar este planteamiento con tanta mayor fuerza y tanto más categóricamente, por cuanto se trata de una revolución proletaria que hasta ahora sólo ha triunfado en un país, cercado por países capitalistas hostiles y cuya burguesía no puede por menos de ser apoyada por el capital internacional.

Por eso dice Lenin que:

«La liberación de la clase oprimida no sólo es imposible sin una revolución violenta, *sino también sin la destrucción* del aparato del Poder estatal, creado por la clase dominante» (v. t. XXI, pág. 373).

«Que antes -manteniéndose en pie la propiedad privada, es decir, el Poder y el yugo del capital- la mayoría de la población se pronuncie a favor del partido del proletariado ; sólo entonces podrá y deberá éste tomar el Poder», *dicen los demócratas pequeñoburgueses, de hecho criados de la burguesía, que se llaman «socialistas»*. (v. t. XXIV, pág. 647).

«Que antes el proletariado revolucionario derribe a la burguesía, acabe con la opresión del capital, destruya el aparato del Estado burgués; entonces podrá el proletariado victorioso ganarse rápidamente las simpatías y el apoyo de la mayoría de las masas trabajadoras no proletarias, satisfaciendo las necesidades de estas masas a expensas de los explotadores», *decimos nosotros*» (v. lugar citado).

«Para atraer a su lado a la mayoría de la población, el proletariado -prosigue Lenin- tiene, en primer lugar, que derribar a la burguesía y adueñarse del Poder del Estado; tiene, en segundo lugar, que implantar el Poder Soviético, haciendo añicos el viejo aparato estatal, con lo cual quebranta inmediatamente la dominación, el prestigio y la influencia de la burguesía y de los conciliadores pequeñoburgueses entre las masas trabajadoras no proletarias. Tiene, en tercer lugar, que acabar con la influencia de la burguesía y de los conciliadores pequeñoburgueses entre la mayoría de las masas trabajadoras no proletarias, dando satisfacción revolucionaría a las necesidades económicas *de estas masas a expensas de los explotadores*» (v, lugar citado pág. 641).

Tales son los signos característicos de la revolución proletaria.

¿Cuáles son, en relación con esto, los rasgos fundamentales de la dictadura del proletariado, si se reconoce que la dictadura del proletariado forma el contenido fundamental de la revolución proletaria?

He aquí la definición más general de la dictadura del proletariado que da Lenin:

«La dictadura del proletariado no es la terminación de la lucha de clases, sino su continuación bajo nuevas formas. La dictadura del proletariado es la lucha de clase del proletariado que ha triunfado y ha tomado en sus manos el Poder político contra la burguesía que ha sido vencida, pero que no ha sido aniquilada, que no ha desaparecido, que no ha dejado de oponer resistencia; contra la burguesía cuya resistencia se ha intensificado»(v. t. XXIV, pág. 311).

Al oponerse a que se confunda la dictadura del proletariado con un Poder «de todo el pueblo», «elegido por todos», con un Poder «que no es de clase», Lenin dice:

«La clase que ha tomado en sus manos el Poder político, lo ha tomado consciente de que es *ella sola*[183] la que se hace cargo de él. Esto entra en el concepto de dictadura del proletariado. Y este

[183] Subrayado por mí. *J. St.*

concepto sólo tiene sentido cuando una clase sabe que es ella sola la que toma en sus manos el Poder Político y no se engaña a sí misma ni engaña a los demás hablando de un Poder «de todo el pueblo, elegido por todos y refrendado por todo el pueblo»» (v. t. XXVI, pág. 286).

Sin embargo, esto no significa que el Poder de una sola clase, la clase de los proletarios, Poder que ésta no comparte ni puede compartir con otras clases, no necesita, para alcanzar sus objetivos, la ayuda de las masas trabajadoras y explotadas de otras clases, la alianza con esas masas. Al contrario, este Poder, el Poder de una sola clase, sólo se puede afianzar y ejercer totalmente mediante una forma especial de alianza de la clase de los proletarios con las masas trabajadoras de las clases pequeñoburguesas, y ante todo, con las masas trabajadoras del campesinado.

¿Cuál es esta forma especial de alianza y en qué consiste? ¿No se encuentra esta alianza con las masas trabajadoras de otras clases no proletarias en contradicción con la idea de la dictadura de una sola clase?

Lo que distingue a esta forma especial de alianza es que el proletariado constituye en ella la fuerza dirigente. Lo que distingue a esta forma especial de alianza es que el dirigente del Estado, el dirigente en el sistema de la dictadura del proletariado, es *un solo* partido, el Partido del proletariado, el Partido Comunista, que *no comparte ni puede compartir* la dirección con otros partidos.

Como veis, no se trata más que de una contradicción aparente.

«La dictadura del proletariado -dice Lenin- es una *forma especial de alianza de clase*[184] entre el proletariado, vanguardia de los trabajadores, y las numerosas capas trabajadoras no proletarias (pequeña burguesía, pequeños patronos, campesinos, intelectuales, etc.) o la mayoría de ellas, alianza dirigida contra el capital, alianza cuyo objetivo es el derrocamiento completo del capital, el aplastamiento completo de la resistencia de la burguesía y de sus tentativas de restauración, alianza cuyo objetivo es la instauración y la consolidación definitiva del socialismo. Es una alianza de tipo especial, que se forma en condiciones especiales, precisamente en las condiciones de una furiosa guerra civil; es una alianza de los partidarios resueltos del socialismo con sus aliados vacilantes, y a veces con los «neutrales» (en cuyo caso, de pacto de lucha, la alianza se convierte en pacto de neutralidad); *es una alianza entre clases diferentes desde el punto de vista económico, político, social y espiritual*» (v. t. XXIV, pág. 311).

Tratando de rebatir esta interpretación de la dictadura del proletariado, Kámenev dice en uno de sus informes de orientación:

«La dictadura *no es*[185] la alianza de una clase con otra».

Creo que Kámenev se refiere aquí, ante todo, a un pasaje de mi folleto «La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos», donde se dice:

«La dictadura del proletariado no es una simple élite gubernamental, «inteligentemente» «seleccionada» por la mano solícita de un «estratega experimentado» y que «se apoya sabiamente» en tales o cuales capas de la población. La dictadura del proletariado es la alianza de clase del proletariado y de las masas trabajadoras del campo para derribar el capital, para el triunfo definitivo del socialismo, a condición de que la fuerza dirigente de esa alianza sea el proletariado»[186].

Sostengo enteramente esta definición de la dictadura del proletariado, pues entiendo que coincide íntegra y plenamente con la definición de Lenin que acabo de citar.

Afirmo que la declaración de Kámenev de que «la dictadura *no es* la alianza de una clase con otra», hecha de una forma tan categórica, no tiene nada que ver con la teoría leninista de la dictadura del proletariado.

Afirmo que de este modo sólo pueden hablar quienes no hayan comprendido el sentido que encierra la idea de la ligazón, de la alianza entre el proletariado y el campesinado, la idea de la *hegemonía* del proletariado dentro de esta alianza.

Únicamente puede hablar así quienes no hayan comprendido la tesis leninista de que:

«*Sólo el acuerdo con el campesinado*[187] puede salvar a la revolución socialista en Rusia, en tanto que no estalle la revolución en otros países» (v. t. XXVI, pág. 238)

Únicamente puede hablar así quienes no hayan comprendido la tesis de Lenin de que:

«*El principio supremo de la dictadura*[188] es mantener la alianza entre el proletariado y el campesinado, para que el proletariado pueda conservar el papel dirigente y el Poder estatal» (v. lugar citado, pág. 460).

Señalando uno de los objetivos más importantes de la dictadura, el de aplastar a los explotadores,

[184] Subrayado por mí. *J. St.*

[185] Subrayado por mí. *J. St.*

[186] Véase: J. V. Stalin, Obras, t. 6, pág. 381, ed. en español.

[187] Subrayado por mí. *J. St.*

[188] Subrayado por mí. *J. St.*

Lenin dice:

«Científicamente, dictadura no significa más que un Poder no limitado por nada, no restringido por ninguna ley, absolutamente por ninguna regla, un Poder que se apoya directamente en la violencia» (v. t. XXV, pág. 441).

«Dictadura significa -¡tenedlo en cuenta de una vez para siempre, señores demócratas constitucionalistas!- un Poder ilimitado que se apoya en la fuerza, y no en la ley. Durante la guerra civil, el Poder victorioso, sea el que fuere, sólo puede ser una dictadura» (v. t. XXV, pág. 436).

Pero, naturalmente, la dictadura del proletariado no se reduce solamente a la violencia, aunque sin violencia no puede haber dictadura.

«Dictadura -dice Lenin- no significa solamente violencia, aunque aquélla no es posible sin la violencia; significa también una organización del trabajo superior a la precedente» (v. t. XXIV, pág. 305).

«La dictadura del proletariado... no es sólo el ejercicio de la violencia sobre los explotadores, ni siquiera es principalmente violencia. La base económica de esta violencia revolucionaria, la garantía de su vitalidad y de su éxito, está en que el proletariado representa y pone en práctica un tipo más elevado de organización social del trabajo que el del capitalismo. Esto es lo esencial. En ello radica la fuerza y la garantía del triunfo inevitable y completo del comunismo» (v. t. XXIV, págs. 335-336).

«Su esencia fundamental (es decir, la de la dictadura. *J. St.*) reside en la organización y disciplina del destacamento avanzado de los trabajadores, de su vanguardia, de su único dirigente: el proletariado. Su objetivo es crear el socialismo, suprimir la división de la sociedad en clases, convertir a todos los miembros de la sociedad en trabajadores, destruir la base sobre la que descansa toda explotación del hombre por el hombre. Este objetivo no puede alcanzarse de un golpe; ello exige un período de transición bastante largo del capitalismo al socialismo, tanto porque reorganizar la producción es empresa difícil, como porque se necesita tiempo para introducir cambios radicales en todos los dominios de la vida, y porque la enorme fuerza de la costumbre de dirigir de un modo pequeño burgués y burgués la economía, sólo puede superarse en una lucha larga y tenaz. Precisamente por esto habla Marx de todo un período de dictadura del proletariado como período de transición del capitalismo al socialismo» (v. lugar citado, pág. 314).

Tales son los rasgos característicos de la dictadura del proletariado.

De aquí los tres -aspectos fundamentales de la dictadura del proletariado:

1) Utilización del Poder del proletariado para aplastar a los explotadores, para defender el país, para consolidar los lazos con los proletarios de los demás países, para desarrollar y hacer triunfar la revolución en todos los países.

2) Utilización del Poder del proletariado para apartar definitivamente de la burguesía a las masas trabajadoras y explotadas, para consolidar la alianza entre el proletariado y estas masas, para hacer participar estas masas en la edificación socialista, para asegurar al proletariado la dirección estatal de estas masas.

3) Utilización del Poder del proletariado para organizar el socialismo, para suprimir las clases, para pasar a una sociedad sin clases, a la sociedad socialista.

La dictadura proletaria es la suma de estos tres aspectos. Ni uno solo de estos aspectos puede considerarse como el *único* rasgo característico de la dictadura del proletariado; y la inversa, basta con que falte aunque sólo sea uno de ellos, para que, existiendo el cerco capitalista, la dictadura del proletariado deje de ser dictadura. Por eso, no se puede prescindir de ninguno de estos tres aspectos sin correr el riesgo de tergiversar la idea de la dictadura del proletariado. Solamente estos tres aspectos, juntos, nos dan una idea completa y acabada de la dictadura del proletariado.

La dictadura del proletariado tiene sus períodos, sus formas especiales, sus diversos métodos de trabajo. Durante el período de la guerra civil, salta sobre todo a la vista el lado de violencia de la dictadura. Pero de aquí no se desprende, ni mucho menos, que durante el período de la guerra civil no se efectúe ninguna labor constructiva. Sin una labor constructiva es imposible sostener la guerra civil. Por el contrario, durante el período de edificación del socialismo, salta sobre todo a la vista la labor pacífica, organizadora y cultural de la dictadura, la legalidad revolucionaria, etc. Pero de aquí no se desprende tampoco, ni mucho menos, que el lado de violencia de la dictadura haya desaparecido o pueda desaparecer durante el período de edificación. Los órganos de represión, el ejército y otros organismos, siguen siendo tan necesarios ahora, en el período de edificación, como lo fueron en el período de la guerra civil. Sin estos organismos no se puede asegurar, por poco que sea, la labor constructiva de la dictadura. No debe olvidarse que hasta ahora la revolución no ha triunfado más que en un solo país. No debe olvidarse que, mientras exista el cerco capitalista, subsistirá el peligro de intervención, con todas las consecuencias derivadas de este peligro.

V. El partido y la clase obrera dentro del sistema de la dictadura del proletariado

Más arriba he hablado de la dictadura del

proletariado desde el punto de vista de su inevitabilidad histórica, desde el punto de vista de su contenido de clase, desde el punto de vista de su carácter como Estado y, por último, desde el punto de vista de sus tareas destructoras y creadoras, que se realizan a lo largo de todo un período histórico, llamado período de transición del capitalismo al socialismo.

Ahora hemos de hablar de la dictadura del proletariado desde el punto de vista de su estructura, desde el punto de vista de su «mecanismo», desde el punto de vista del papel y del significado de las «correas de transmisión», «palancas» y «fuerza orientadora», que en conjunto forman el «sistema de la dictadura del proletariado» (*Lenin*) y por medio de las cuales ésta realiza su labor diaria.

¿Cuáles son esas «correas de transmisión» o «palancas» dentro del sistema de la dictadura del proletariado? ¿Cuál es esa «fuerza orientadora»? ¿Para qué son necesarias?

Las palancas o correas de transmisión son aquellas organizaciones de masas del proletariado, sin ayuda de las cuales es imposible ejercer la dictadura.

La fuerza orientadora es el destacamento de avanzada del proletariado, su vanguardia, que constituye la fuerza dirigente fundamental de la dictadura del proletariado.

El proletariado necesita esas correas de transmisión, esas palancas y esa fuerza orientadora porque sin ellas se encontraría, en su lucha por el triunfo, en la situación de un ejército inerme frente al capital organizado y armado. El proletariado necesita estas organizaciones porque sin ellas sería derrotado indefectiblemente en su lucha por el derrocamiento de la burguesía, en su lucha por la consolidación de su propio Poder, en su lucha por la edificación del socialismo. La ayuda sistemática de estas organizaciones y la fuerza orientadora de la vanguardia son necesarias porque sin estas condiciones es imposible una dictadura del proletariado más o menos duradera y estable.

¿Cuáles son estas organizaciones?

En primer lugar, los *sindicatos* obreros, con sus ramificaciones en el centro y en la periferia, bajo la forma de toda una serie de organizaciones de empresa, culturales, educativas, etc. Estas organizaciones agrupan a los obreros de todos los oficios. No son una organización de partido. Puede decirse que los sindicatos son la organización de toda la clase obrera, que en nuestro país es la clase dominante. Los sindicatos son una escuela de comunismo. Destacan de su seno a los mejores hombres para la labor dirigente en todas las ramas de la administración. Sirven de enlace entre los elementos avanzados y los elementos rezagados de la clase obrera. Unen a las masas obreras con la vanguardia de la clase obrera.

En segundo lugar, los *Soviets*, con sus numerosas ramificaciones en el centro y en la periferia, bajo la forma de organizaciones administrativas, económicas, militares, culturales y demás organizaciones del Estado, unidas a las innumerables asociaciones de masas de los trabajadores, creadas por iniciativa de éstos, que rodean a esas organizaciones y las unen con la población. Los Soviets son una organización de masas de todos los trabajadores de la ciudad y del campo. No son una organización de partido. Los Soviets son la expresión directa de la dictadura del proletariado. A través de los Soviets se realizan todas y cada una de las medidas de consolidación de la dictadura y de la edificación del socialismo. Por medio de los Soviets el proletariado ejerce la dirección estatal de los campesinos. Los Soviets unen a las masas de millones de trabajadores con la vanguardia del proletariado.

En tercer lugar, todos los tipos de *cooperación*, con todas sus ramificaciones. La cooperativa no es una organización de partido; es una organización de masas de los trabajadores que los agrupa, ante todo, como .consumidores y también, con el transcurso del tiempo, como productores (en las cooperativas agrícolas). Esta organización adquiere una importancia especial después de la consolidación de la dictadura del proletariado, durante el período en que se desarrolla ampliamente la labor de construcción. La cooperación facilita la ligazón entre la vanguardia del proletariado y las masas campesinas y permite atraer a éstas al cauce de la edificación socialista.

En cuarto lugar, la *Unión de la Juventud*. Es ésta una organización de masas de la juventud obrera y campesina. No es una organización de partido, pero es afín al Partido. Su misión es ayudar al Partido a educar a la joven generación en el espíritu del socialismo. Proporciona reservas jóvenes a todas las demás organizaciones de masas del proletariado, en todas las ramas de la administración. La Unión de la Juventud ha adquirido una importancia especial después de la consolidación de la dictadura del proletariado, durante el período en que se desarrolla ampliamente la labor cultural y educativa del proletariado.

Por último, el *Partido* del proletariado, su vanguardia. La fuerza del Partido consiste en que absorbe a los mejores hombres del proletariado, salidos de todas sus organizaciones de masas. Su misión consiste en *coordinar* la labor de todas las organizaciones de masas del proletariado, sin excepción, y en *encauzar* su actividad hacia un mismo objetivo, hacia la liberación del proletariado. Y esto, coordinar y encauzar a estas organizaciones hacia un mismo objetivo, es absolutamente necesario, pues de otro modo es imposible la unidad de la lucha del proletariado, de otro modo es imposible dirigir a

las masas proletarias en su lucha por el Poder, en su lucha por la edificación del socialismo. Pero sólo la vanguardia del proletariado, su Partido, es capaz de coordinar y encauzar la labor de las organizaciones de masas del proletariado. Sólo el Partido del proletariado, sólo el Partido de los comunistas es capaz de desempeñar este papel de dirigente principal dentro del sistema de la dictadura del proletariado.

¿Por qué?

«Primero, porque el Partido es el punto de concentración de los mejores elementos de la clase obrera, directamente vinculados a las organizaciones sin-partido del proletariado y que con frecuencia las dirigen; segundo, porque el Partido, como punto de concentración de los mejores elementos de la clase obrera, es la mejor escuela de formación de jefes de la clase obrera, capaces de dirigir todas las formas de organización de su clase; tercero, porque el Partido, como la mejor escuela para la formación de jefes de la clase obrera, es, por su experiencia y su prestigio, la única organización capaz de centralizar la dirección de la lucha del proletariado, haciendo así de todas y cada una de las organizaciones sin-partido de la clase obrera organismos auxiliares y correas de transmisión que unen al Partido con la clase» (v. «Los fundamentos del leninismo»[189]).

El Partido es la fuerza dirigente fundamental dentro del sistema de la dictadura del proletariado.

«El Partido es la forma superior de unión de clase del proletariado» (*Lenin*).

Así, pues, los *sindicatos*, como organización de masas del proletariado, que liga al Partido con la clase, sobre todo en el terreno de la producción; los *Soviets*, como organización de masa de los trabajadores, que liga al Partido con estos, sobre todo en el terreno de la labor estatal; la *cooperación*, como organización de masas, principalmente del campesinado, que liga al Partido con las masas campesinas, sobre todo en el terreno económico, en el terreno de la atracción de los campesinos a la edificación socialista; la *Unión de la Juventud*, como organización de masas de la juventud obrera y campesina, llamada a facilitar a la vanguardia del proletariado la educación socialista de la nueva generación y la formación de reservas juveniles; y, finalmente, el *Partido*, como fuerza orientadora fundamental dentro del sistema de la dictadura del proletariado, llamada a dirigir a todas estas organizaciones de masas. Tal es, a grandes trazos, el cuadro del «mecanismo» de la dictadura, el cuadro del «sistema de la dictadura del proletariado».

Sin el Partido, como fuerza dirigente fundamental, no puede haber una dictadura del proletariado más o menos duradera y estable.

De este modo, para decirlo con las palabras de Lenin, «se obtiene, en conjunto, un aparato proletario, formalmente no comunista, flexible y relativamente amplio, potentísimo, por medio del cual el Partido está estrechamente ligado a la *clase* y a las *masas* y a través del cual se ejerce, bajo la dirección del Partido, la *dictadura de la clase*» (v, t. XXV, pág. 192).

Esto no significa, naturalmente, que el Partido pueda o deba sustituir a los sindicatos, a los Soviets y a las demás organizaciones de masas. El Partido ejerce la dictadura del proletariado, pero no la ejerce directamente, sino con la ayuda de los sindicatos, a través de los Soviets y de sus ramificaciones. Sin estas «correas de transmisión», sería imposible una dictadura más o menos estable.

«No es posible -dice Lenin- ejercer la dictadura sin que haya algunas «correas de transmisión» entre la vanguardia y la masa de la clase avanzada, entre ésta y la masa de los trabajadores» (v. t. XXVI, pág. 65).

«El Partido absorbe, por decirlo así, a la vanguardia del proletariado, y esta vanguardia ejerce la dictadura del proletariado. Y sin una base como los sindicatos, no se puede ejercer la dictadura, no se pueden cumplir las funciones del Estado. Estas, a su vez, tienen que realizarse a través de una serie de instituciones especiales, también de nuevo tipo; concretamente: *a través*[190] del aparato soviético» (v, t. XXVI, pág. 64).

La expresión suprema del papel dirigente del Partido, por ejemplo, en nuestro país, en la Unión Soviética, en el país de la dictadura del proletariado, es el hecho de que no hay una sola cuestión política o de organización importante que los Soviets u otras organizaciones de masas de nuestro país resuelvan sin las directivas del Partido. *En este sentido*, podría decirse que la dictadura del proletariado es, *en el fondo*, la «dictadura» de su vanguardia, la «dictadura» de su Partido, como fundamental fuerza dirigente del proletariado. He aquí lo que Lenin decía a este respecto en el II Congreso de la Internacional Comunista[191]:

«Tanner dice que él es partidario de la dictadura del proletariado, pero que concibe la dictadura del proletariado en forma algo distinta a como la concebimos nosotros, Dice que, *en esencia*[192] nosotros entendemos por dictadura del proletariado la

[189] Véase: J. V. Stalin, Obras, t. 6, págs. 185-186, ed. en español.

[190] Subrayado por mí. *J. St.*

[191] El II Congreso de la Internacional Comunista se celebró del 19 de julio al 7 de agosto de 1920. J. V. Stalin cita un pasaje del discurso pronunciado por V. I. Lenin «Sobre el papel del Partido Comunista».

[192] Subrayado por mí. *J. St.*

dictadura de su minoría organizada y consciente.

En efecto, en la época del capitalismo, cuando las masas obreras se hallan sometidas a permanente explotación y no pueden desarrollar sus facultades humanas, lo que más caracteriza a los partidos políticos obreros es, precisamente, el hecho de que éstos sólo pueden abarcar a una minoría de su clase. Un partido político sólo puede agrupar a la minoría de la clase, del mismo modo que los obreros realmente conscientes de toda sociedad capitalista sólo forman una minoría dentro de la totalidad de los obreros. Esto nos obliga a reconocer que sólo esta minoría consciente puede dirigir a las grandes masas obreras y hacer que la sigan. Y si el camarada Tanner afirma que es enemigo del partido, pero que al mismo tiempo es partidario de que la minoría de los obreros mejor organizados y más revolucionarios señale el camino a todo el proletariado, entonces yo digo que, en realidad, no hay diferencia entre nosotros" (v. t. XXV, pág. 347).

Sin embargo, esto no debe interpretarse en el sentido de que entre la dictadura del proletariado y el papel dirigente del Partido («dictadura» del Partido) se puede poner un *signo de igualdad*, que se puede *identificar* la primera con el segundo, que se puede *sustituir* la primera por el segundo. Son, por ejemplo, dice que «*la dictadura del proletariado es la dictadura de nuestro Partido*». Como veis, esta tesis identifica la «dictadura del Partido» con la dictadura del proletariado. ¿Puede reputarse exacta esta identificación sin salirse del terreno del leninismo? No, no se puede. Y he aquí por qué.

Primero. En el pasaje arriba citado de su discurso ante el II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin no identifica en modo alguno el papel dirigente del Partido con la dictadura del proletariado. Dice únicamente que «sólo la minoría consciente (es decir, el Partido. *J. St.*) puede dirigir a las grandes masas obreras y hacer que la sigan» y que *en este sentido*, *precisamente*, «entendemos, *en esencia*[193], por dictadura del proletariado la dictadura de su minoría organizada y consciente».

Decir «en esencia» no equivale a decir «íntegramente». Con frecuencia decimos que la cuestión nacional es, en esencia, la cuestión campesina. Y esto es muy cierto. Pero esto no significa todavía que la cuestión nacional coincida en toda su extensión con la cuestión campesina, que la cuestión campesina sea, por sus proporciones, igual a la cuestión nacional, que la cuestión campesina equivalga a la cuestión nacional. Huelga demostrar que la cuestión nacional es, por sus proporciones, una cuestión más amplia y más rica que la cuestión campesina. Otro tanto cabe decir, por analogía, del papel dirigente del Partido y de la dictadura del proletariado. Si el Partido ejerce la dictadura del proletariado, y en este sentido la dictadura del proletariado es, *en esencia*, la «dictadura» de su Partido, esto no significa todavía que la «dictadura del Partido» (su papel dirigente) sea *idéntica* a la dictadura del proletariado, que la primera sea, por sus proporciones, *igual* a la segunda. Huelga demostrar que la dictadura del proletariado es, por sus proporciones, más amplia y más rica que el papel dirigente del Partido. El Partido ejerce la dictadura del proletariado, la del *proletariado*, y no otra cualquiera. Quien identifica el papel dirigente del Partido con la dictadura del proletariado, sustituye la dictadura del proletariado por la «dictadura» del Partido.

Segundo. Ni una sola decisión importante de las organizaciones de masas del proletariado se adopta sin las directivas del Partido. Esto es muy cierto. Pero ¿significa esto, acaso, que la dictadura del proletariado *se reduzca* a las directivas del Partido? ¿Significa esto, acaso, que, por tal razón, las directivas del Partido puedan identificarse con la dictadura del proletariado? ¡Naturalmente que no! La dictadura del proletariado consiste en las directivas del Partido, más el cumplimiento de estas directivas por las organizaciones de masas del proletariado, más su puesta en práctica por la población. Aquí tenemos, como puede verse, toda una serie de transiciones y grados intermedios, que constituyen un elemento nada despreciable de la dictadura del proletariado. Entre las directivas del Partido y su puesta en práctica, media, pues, la voluntad y la acción de los dirigidos, la voluntad y la acción de la clase, su disposición (o su falta de disposición) a apoyar estas directivas, su aptitud (o ineptitud) para cumplirlas, su aptitud (o ineptitud) para cumplirlas precisamente en la forma que exige la situación. No creo que sea preciso demostrar que el Partido, que se ha hecho cargo de la dirección, no puede dejar de tener en cuenta la voluntad, el estado y el grado de conciencia de los dirigidos, no puede descartar la voluntad, el estado y el grado de conciencia de su clase. Por eso, quien identifica el papel dirigente del Partido con la dictadura del proletariado, sustituye la voluntad y la acción de la clase por las directivas del Partido.

Tercero. «La dictadura del proletariado -dice Lenin- es la lucha de clase del proletariado que ha triunfado y ha tomado en sus manos el Poder político» (v, t. XXIV, pág. 311). ¿Cómo puede manifestarse esta lucha de clase? Puede manifestarse en una serie de acciones armadas del proletariado contra las intentonas de la burguesía derrocada o contra la intervención de la burguesía extranjera. Puede manifestarse en la guerra civil, si el Poder del proletariado no se ha consolidado aún. Puede manifestarse, ya después de la consolidación del Poder, en una amplia labor organizativa y constructiva del proletariado, atrayendo a esta obra a las grandes masas. En todos estos casos, el personaje

193 Subrayado por mí. *J. St.*

en acción es el proletariado como *clase*. No se ha dado el caso de que el Partido, de que el Partido solo, haya organizado todas estas acciones única y exclusivamente con sus fuerzas, sin el apoyo de la clase. Generalmente, el Partido no hace más que dirigir estas acciones, y las dirige en la medida en que cuenta con el apoyo de la clase. Pues el Partido no puede coincidir en extensión con la clase, no puede sustituirla. Pues el Partido, con toda la importancia de su papel dirigente, sigue siendo, no obstante, *una parte* de la clase. Por eso, quien identifica el papel dirigente del Partido con la dictadura del proletariado, sustituye la clase por el Partido.

Cuarto. El Partido ejerce la dictadura del proletariado. «El Partido es la vanguardia del proletariado, vanguardia que ejerce directamente el Poder; el Partido es él dirigente» (*Lenin*). En este sentido, el Partido *toma* el Poder, el Partido *gobierna el país*. Pero esto no significa que el Partido ejerza la dictadura del proletariado pasando por alto el Poder del Estado, sin el Poder del Estado; que el Partido gobierne el país prescindiendo de los Soviets, y no a través de los Soviets. Esto no quiere decir todavía que se pueda identificar al Partido con los Soviets, con el Poder del Estado. El Partido es el núcleo central del Poder. Pero no es el Poder del Estado ni se le puede identificar con él.

«Como partido gobernante -dice Lenin-, no podíamos dejar de fundir las «capas superiores» de los Soviets con las «capas superiores» del Partido: en nuestro país, están y seguirán estando fundidas» (v. t. XXVI, pág. 208). Esto es muy cierto. Pero con esto Lenin no quiere decir, ni mucho menos, que todas nuestras instituciones soviéticas -por ejemplo, nuestro ejército, nuestro transporte, nuestras instituciones económicas, etc.- sean instituciones de nuestro Partido, que el Partido pueda sustituir a los Soviets y a sus ramificaciones, que pueda identificarse al Partido con el Poder del Estado. Lenin ha dicho más de una vez que «el sistema de los Soviets es la dictadura del proletariado», que «el Poder Soviético es la dictadura del proletariado» (v, t. XXIV, págs. 15 y 14), pero no ha dicho nunca que el Partido sea el Poder del Estado, que los Soviets y el Partido sean una y la misma cosa. El Partido, que cuenta con centenares de miles de miembros, dirige los Soviets y sus ramificaciones en el centro y en la periferia, que abarcan decenas de millones de personas, comunistas y sin-partido. Pero el Partido no puede ni debe sustituirlos. Por eso, Lenin dice que «la dictadura la ejerce el proletariado organizado en los Soviets y dirigido por el Partido Comunista Bolchevique», que «toda la labor del Partido se realiza *a través*[194] de los Soviets, que agrupan a las masas trabajadoras, sin distinción de oficios» (v, t. XXV, págs. 192 y 193), que la dictadura «ha de ejercerse... *a través*[195] del aparato soviético» (v, t. XXVI, pág. 64). Por eso, quien identifica el papel dirigente del Partido con la dictadura del proletariado, sustituye los Soviets; es decir, el Poder del Estado, por el Partido.

Quinto. El concepto de dictadura del proletariado es un concepto estatal. La dictadura del proletariado encierra forzosamente la idea de violencia. Sin violencia no puede haber dictadura, siempre y cuando que la dictadura se entienda en el sentido exacto de la palabra. Lenin define la dictadura del proletariado como «Poder que se apoya directamente en la *violencia*» (v. t. XIX, pág. 315). Por eso, hablar de dictadura del Partido *con respecto a la clase de los proletarios* e identificarla con la dictadura del proletariado, significa decir que el Partido debe ser, en cuanto a su clase, no sólo el dirigente, no sólo el jefe y el maestro, sino una especie de dictador que emplea la violencia con respecto a ella, lo cual, naturalmente, es falso de raíz. Por eso, quien identifica la «dictadura del Partido» con la dictadura del proletariado, presupone tácitamente que el prestigio del Partido se puede basar en la violencia ejercida con respecto a la clase obrera, cosa absurda y absolutamente incompatible con el leninismo. El prestigio del Partido descansa en la confianza de la clase obrera, Pero la confianza de la clase obrera no se adquiere por la violencia -la violencia no hace más que destruir la confianza-, sino por la teoría acertada del Partido, por la política acertada del Partido, por la fidelidad del Partido a la clase obrera, por su ligazón con las masas de la clase obrera, por su disposición y por su capacidad para *convencer* a las masas de lo acertado de sus consignas.

¿Qué es lo que se desprende de todo esto? De esto se desprende:

1) que Lenin no habla de *dictadura* del Partido en el sentido literal de la palabra («Poder que se apoya en la violencia»), sino en un sentido figurado, indicando con ello que el Partido ejerce la dirección de un modo exclusivo:

2) que quien identifica la dirección del Partido con la *dictadura* del proletariado, tergiversa a Lenin, atribuyendo falsamente al Partido funciones de violencia con respecto a la clase obrera en su conjunto;

3) que quien atribuye al Partido funciones de violencia, que no le son propias, con respecto a la clase obrera en su conjunto, falta a las exigencias elementales a que deben responder; para ser acertadas, las relaciones entre la vanguardia y la clase, entre el Partido y el proletariado.

De este modo, entramos de lleno en la cuestión de las relaciones entre el Partido y la clase, entre los miembros del Partido y los sin-partido de la clase

---

194 Subrayado por mí. *J. St.*

195 Subrayado por mí. *J. St.*

obrera.

Lenin las define como relaciones de «*confianza mutua*[196] entre la vanguardia de la clase obrera y la masa obrera» (v. t. XXVI, pág. 235).

¿Qué significa esto?

Significa, en primer lugar, que el Partido debe estar muy atento a la voz de las masas; que debe tener muy en cuenta el instinto revolucionario de las masas; que debe estudiar la experiencia de la lucha de las masas, comprobando a través de ella si su política es acertada; que, por tanto, no sólo debe enseñar a las masas, sino también aprender de ellas.

Significa, en segundo lugar, que el Partido debe conquistar, día tras día, la confianza de las masas proletarias; que, mediante su política y su labor, debe ganarse el apoyo de las masas; que no debe ordenar, sino ante todo persuadir, ayudando a las masas a convencerse por propia experiencia de lo acertado de la política seguida por el Partido; que, por tanto, debe ser el dirigente, el jefe y el maestro de su clase.

Faltar a estas condiciones equivale a infringir las relaciones que deben existir entre la vanguardia y la clase, quebrantar la «confianza mutua» y destruir tanto la disciplina de clase como la de partido.

«Seguramente -dice Lenin-, hoy casi todo el mundo ve ya que los bolcheviques no se hubieran mantenido en el Poder, no digo dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la disciplina rigurosísima, verdaderamente férrea, de nuestro Partido, *sin el apoyo total e incondicional prestado a él por toda la masa de la clase obrera*[197], es decir, por todo lo que ella tiene de consciente, honrado, abnegado, influyente y capaz de conducir tras de sí o de arrastrar a las capas atrasadas» (v. t. XXV, pág. 173).

«La dictadura del proletariado -dice Lenin más adelante- es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido *que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase*[198], sin un partido que sepa pulsar el estado de espíritu de las masas e influir sobre él, es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha» (v, t. XXV, pág. 190).

Pero ¿cómo adquiere el Partido esta confianza y este apoyo de la clase? ¿Cómo se forja en la clase obrera la férrea disciplina, necesaria para la dictadura del proletariado? ¿Sobre qué terreno brota?

He aquí lo que dice Lenin a este respecto:

«¿Cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado? ¿Cómo se comprueba? ¿Cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de ligarse, de acercarse y, hasta cierto punto, si queréis, de *fundirse con las más amplias masas trabajadoras*[199], en primer término con las masas proletarias, pero también con las masas trabajadoras *no proletarias*. Tercero, por lo acertado de la dirección política que ejerce esta vanguardia, por lo acertado de su estrategia y de su táctica políticas, a condición de que las masas más extensas se convenzan de ello *por experiencia propia*. Sin estas condiciones, no es posible la disciplina en un partido revolucionario verdaderamente apto para ser el partido de la clase avanzada, llamada a derrocar a la burguesía y a transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten, inevitablemente, en una ficción, en una frase, en gestos grotescos. Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Van formándose solamente a través de una labor prolongada, a través de una dura experiencia; su formación sólo se facilita con una acertada teoría revolucionaria que, a su vez, no es un dogma, sino que sólo se forma definitivamente en estrecha relación con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario» (v. t. XXV, pág. 174).

Y en otro lugar:

«Para alcanzar la victoria sobre el capitalismo, hace falta una correlación acertada entre el partido dirigente -el Partido Comunista-, la clase revolucionaria -el proletariado- y las masas, es decir, la totalidad de los trabajadores y explotados. Sólo el Partido Comunista, si realmente forma la vanguardia de la clase revolucionaria, si encuadra a los mejores representantes de la misma, si está formado por comunistas conscientes y fieles a carta cabal, instruidos y templados en la experiencia de una tenaz lucha revolucionaria, si ha sabido ligarse inseparablemente a toda la vida de su clase y, a través de ella, a toda la masa de los explotados, e inspirar a esta clase y a *esta masa confianza plena*[200]; sólo un partido de esta naturaleza es capaz de dirigir al proletariado en la lucha más implacable, en la lucha decisiva, en la lucha final, contra todas las fuerzas del capitalismo. Por otra parte, sólo bajo la dirección de un partido de esta naturaleza puede el proletariado desplegar toda la potencia de su empuje revolucionario, reduciendo a la nada la inevitable

[196] Subrayado por mí. *J. St.*
[197] Subrayado por mí. *J. St.*
[198] Subrayado por mí. *J. St.*
[199] Subrayado por mí. *J. St.*
[200] Subrayado por mí. *J. St.*

apatía -en ocasiones resistencia- de esa pequeña minoría que integran la aristocracia obrera, corrompida por el capitalismo, los viejos líderes de las tradeuniones y de las cooperativas, etc.: sólo así puede el proletariado desplegar toda su fuerza, que, por la estructura económica misma de la sociedad capitalista, es inconmensurablemente mayor que la proporción que representa en la población» (v, t. XXV. pág. 315).

De estas citas se desprende lo siguiente:

1) que el prestigio del Partido y la disciplina férrea de la clase obrera, indispensables para la dictadura del proletariado, no se basan en el temor ni en los derechos "ilimitados» del Partido, sino en la confianza que la clase obrera deposita en el Partido, en el apoyo que la Clase obrera presta al Partido;

2) que la confianza de la clase obrera en el Partido no se adquiere de golpe ni por medio de la violencia sobre la clase obrera, sino mediante una larga labor del Partido entre las masas, mediante una acertada política del Partido, por la capacidad del Partido para lograr que las masas se persuadan por propia experiencia de lo acertado de la política del Partido, por la capacidad del Partido para asegurarse el apoyo de la clase obrera y hacer que le sigan las masas de la clase obrera;

3) que sin una acertada política del Partido, reforzada por la experiencia de la lucha de las masas, y sin la confianza de la clase obrera, no hay ni puede haber verdadera labor de dirección del Partido;

4) que el Partido y su labor de dirección, si aquél goza de la confianza de la clase y si esa dirección es una verdadera dirección, no pueden ser opuestos a la dictadura del proletariado, pues sin la labor de dirección del Partido («dictadura» del Partido), que goza de la confianza de la clase obrera, no puede haber una dictadura del proletariado más o menos estable.

Si no se dan estas condiciones, el prestigio del Partido y la disciplina férrea de la clase obrera serán frases hueras o baladronadas y afirmaciones aventuradas.

No se puede contraponer la dictadura del proletariado a la dirección («dictadura») del Partido. No se puede, puesto que la labor de dirección del Partido, es lo principal de la dictadura del proletariado, si se trata de una dictadura más o menos estable y completa, y no como, por ejemplo, la Comuna de París, que fue una dictadura incompleta e inestable. No se puede, puesto que la dictadura del proletariado y la labor de dirección del Partido siguen, por decirlo así, una misma línea de trabajo, actúan en la misma dirección.

«El solo hecho -dice Lenin- de plantear la cuestión de «¿dictadura del Partido *o* dictadura de la clase?, ¿dictadura (partido) de los jefes o dictadura (partido) de las masas?», atestigua la más increíble e irremediable confusión de ideas... De todos es sabido que las masas se dividen en clases..., que las clases están, habitualmente y en la mayoría de los casos, por lo menos en los países civilizados modernos, dirigidas por partidos políticos; que los partidos políticos están dirigidos, por regla general, por grupos más o menos estables, integrados por las personas más prestigiosas, influyentes y expertas, elegidas para los cargos de mayor responsabilidad y llamadas jefes... Llegar... a contraponer la dictadura de las masas a la dictadura de los jefes es un absurdo ridículo y una necedad» (v. t. XXV, pág. 187 y 188).

Esto es muy cierto. Pero esta tesis acertada parte de la premisa de que existan relaciones acertadas entre la vanguardia y las masas obreras, entre el Partido y la clase. Parte del supuesto de que las relaciones entre la vanguardia y la clase sigan siendo, por decirlo así, normales, se mantengan dentro de los límites de la «confianza mutua».

Ahora bien, ¿y si son infringidas las relaciones acertadas entre la vanguardia y la clase, las relaciones de «confianza mutua» entre el Partido y la clase?

¿Y si el propio Partido comienza a ponerse, de un modo o de otro, frente a la clase, violando los principios en que se basan las relaciones acertadas con la clase, violando los principios en que se basa la -confianza mutua»?

¿Pueden darse, en general, casos de éstos? Sí, pueden darse.

Y pueden darse:

1) *si* el Partido comienza a erigir su prestigio entre las masas, no sobre la base de su labor y de la confianza de estas masas, sino sobre la base de sus derechos «ilimitados»;

2) *si* la política del Partido es manifiestamente falsa, y el Partido no quiere revisarla ni corregir su error;

3) *si*, aún siendo su política, en general, acertada, las masas no están todavía preparadas para asimilarla, y el Partido no quiere o no sabe esperar a que las masas puedan convencerse por su propia experiencia de lo acertado de la política del Partido y trata de imponérsela.

La historia de nuestro Partido ofrece toda una serie de casos de éstos. Diversos grupos y fracciones de nuestro Partido han fracasado y se han disgregado por haber faltado a una de estas tres condiciones, y a veces a las tres juntas.

Pero de aquí se desprende que contraponer la dictadura del proletariado a la «dictadura» (dirección) del Partido, sólo puede reputarse falso en los casos siguientes:

1) *si* la dictadura del Partido respecto a la clase obrera no se entiende como una dictadura en el sentido directo de esta palabra («Poder que se apoya

en la violencia»), sino tal y precisamente como la entiende Lenin: como la dirección del Partido, que descarta toda violencia sobre la clase obrera en su conjunto, sobre su mayoría;

2) *si* el Partido cuenta con las condiciones necesarias para ser el verdadero dirigente de la clase; es decir, si la política del Partido es acertada, si esta política corresponde a los intereses de la clase;

3) *si* la clase, si la mayoría de la clase acepta esta política, la hace suya, se convence, gracias a la labor del Partido, de lo acertado de esta política, confía en el Partido y lo apoya.

Si se falta a estas condiciones, surge inevitablemente un conflicto entre el Partido y la clase, una escisión entre ellos, su contraposición.

¿Se puede, acaso, imponer por la fuerza a la clase la dirección del Partido? No, no se puede. En todo caso, *semejante* dirección no podría ser más o menos duradera. El Partido, si quiere mantenerse como Partido del proletariado, debe saber que, ante todo y sobre todo, *es el dirigente, el jefe y el maestro* de la clase obrera. No podemos olvidar las palabras escritas por Lenin a este propósito en el folleto «El Estado y la revolución»:

«Educando al Partido obrero, el marxismo educa a la vanguardia del proletariado, vanguardia capaz de tomar el Poder y de *conducir a todo el pueblo* al socialismo, de dirigir y organizar el nuevo régimen de ser *el maestro, el dirigente y el jefe*[201] de todos los trabajadores y explotados en la obra de organizar u propia vida social sin la burguesía y contra la burguesía» (v, t. XXI, pég. 386).

¿Puede, acaso, considerarse el Partido como el verdadero dirigente de la clase, si su política es desacertada, si su política choca con los intereses de la clase? ¡Naturalmente que no! En tales casos, el Partido, si quiere mantenerse como dirigente, debe revisar su política, debe corregir su política, debe reconocer su error y enmendarlo. En confirmación de esta tesis, podríamos remitirnos aunque sólo fuese a un hecho tomado de la historia de nuestro Partido: al período de la abolición del sistema de contingentación, cuando las masas obreras y campesinas estaban manifiestamente descontentas de nuestra política y cuando el Partido accedió, franca y honradamente, a revisar esa política. He aquí lo que dijo entonces Lenin, en el X Congreso, a propósito de la abolición del sistema de contingentación y de la implantación de la nueva política económica:

«No debemos tratar de ocultar nada, sino decir francamente que el campesinado está descontento de la forma de relaciones establecidas entre él y nosotros, que no quiere esa forma de relaciones y que no está dispuesto a seguir así. Esto es indiscutible. Esta voluntad se ha manifestado de un modo resuelto. Es la voluntad de masas enormes de la población trabajadora. Debemos tenerla en cuenta, y somos políticos lo suficientemente sensatos para decir abiertamente: ¡Vamos a revisar nuestra política con respecto al campesinado!» (v. t. XXVI, pág. 238).

¿Puede, acaso, considerarse que el Partido debe asumir la iniciativa y la dirección en la organización de las acciones decisivas de las masas basándose sólo en que su política es, en general, acertada, si esta política no goza aún de la confianza y del apoyo de la clase, a causa, pongamos por ejemplo, del atraso político de ésta, si el Partido no ha logrado convencer aún a la clase de lo acertado de su política, a causa, pongamos por ejemplo, de que los acontecimientos no están todavía lo suficientemente maduros? No, no se puede. En tales casos, el Partido, si quiere ser un verdadero dirigente, debe saber esperar, debe convencer a las masas de lo acertado de su política, debe ayudar a las masas a persuadirse por experiencia propia de lo acertado de esta política.

«Si el partido revolucionario -dice Lenin- no cuenta con la mayoría dentro de los destacamentos de vanguardia de las clases revolucionarias ni dentro del país, no se puede hablar de insurrección» (v. t. XXI, pág. 282).

«Si no se produce un cambio en las opiniones de la mayoría de la clase obrera, la revolución es imposible, y ese cambio se consigue a través de la experiencia política de las masas» (v. t. XXV, pág. 221).

«La vanguardia proletaria está conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia el triunfo. Pero de esto al triunfo hay todavía un buen trecho. Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella y no son completamente incapaces de apoyar al adversario, sería no sólo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar esa posición, la propaganda y la agitación, solas, son insuficientes. Para ello se precisa la propia experiencia política de las masas» (v. lugar citado, pág. 228).

Es sabido que así fue como procedió nuestro Partido durante el período que media entre las Tesis de Abril de Lenin y la insurrección de Octubre de 1917. Y precisamente por haber actuado conforme a estas indicaciones de Lenin, fue por lo que triunfó en

[201] Subrayado por mí. *J. St.*

la insurrección.

Tales son, en lo esencial, las condiciones para que las relaciones entre la vanguardia y la clase sean acertadas.

¿Qué significa *dirigir*, si la política del Partido es acertada y no se infringen las relaciones acertadas entre la vanguardia y la clase?

Dirigir, en estas condiciones, significa saber convencer a las masas del acierto de la política del Partido: significa lanzar y poner en práctica consignas que lleven a las masas a las posiciones del Partido y les ayuden a convencerse por su propia experiencia del acierto de la política del Partido; significa elevar a las masas al nivel de conciencia del Partido y asegurar así el apoyo de las masas, su disposición para la lucha decisiva.

Por eso, el método fundamental en la dirección de la clase obrera por el Partido es el método de la persuasión.

«Si hoy, en Rusia -dice Lenin-, después de dos años y medio de triunfos sin precedentes sobre la burguesía de Rusia y la de la Entente, estableciéramos como condición para el ingreso en los Sindicatos el «reconocimiento de la dictadura», cometeríamos una tontería, quebrantaríamos nuestra influencia sobre las masas y ayudaríamos a los mencheviques, pues la tarea de los comunistas consiste en saber *convencer* a los elementos atrasados, en saber trabajar *entre* ellos, y no en *aislarse* de ellos mediante consignas sacadas de la cabeza e infantilmente «izquierdistas» (v. t. XXV, pág. 197).

Esto no significa, naturalmente, que el Partido deba convencer a todos los obreros, del primero al último; que sólo después de haberlos convencido a todos se pueda pasar a los hechos, que sólo entonces se pueda empezar a actuar. ¡Nada de eso! Significa únicamente que, antes de lanzarse a acciones políticas decisivas, el Partido debe asegurarse, mediante una labor revolucionarla prolongada, el apoyo de la mayoría de las masas obreras, o, por lo menos, la neutralidad benévola de la mayoría de la clase. De lo contrario, carecería en absoluto de sentido la tesis leninista que plantea como condición indispensable para el triunfo de la revolución que el Partido conquiste a la mayoría de la clase obrera.

Ahora bien, ¿qué ha de hacerse con la minoría, si ésta no quiere, si no está de acuerdo en someterse de buen grado a la voluntad de la mayoría? ¿Puede el Partido, debe el Partido, gozando de la confianza de la mayoría, obligar a la minoría a someterse a la voluntad de la mayoría? Sí, puede y debe hacerlo. La dirección se asegura por el método de persuadir a las masas, como método fundamental del Partido para influir sobre éstas. Pero ello no excluye el empleo de la coerción, sino que, por el contrario, lo presupone, siempre y cuando que esta coerción se base en la confianza y en el apoyo que la mayoría de la clase obrera presta al Partido, siempre y cuando que esta coerción se emplee con respecto a la minoría después de haber sabido convencer a la mayoría.

Sería conveniente recordar las controversias suscitadas a este respecto en nuestro Partido en la época de la discusión sobre los sindicatos. ¿En qué consistió entonces el error de la oposición, el error del Tsektrán[202]? ¿Acaso en que la oposición considerara posible por aquel entonces emplear la coerción? No, no era en eso. El error de la oposición consistió entonces en que, sin estar en condiciones de persuadir a la mayoría de lo acertado de su posición y habiendo perdido la confianza de la mayoría, comenzó, no obstante, a emplear la coerción, a insistir en «sacudir» a los hombres que gozaban de la confianza de la mayoría.

He aquí lo que dijo entonces Lenin, en el X Congreso del Partido, en su discurso sobre los sindicatos:

«Para establecer relaciones mutuas, una confianza mutua entre la vanguardia de la clase obrera y la masa obrera, era necesario, si el Tsektrán había cometido un error..., era necesario que lo corrigiese. Pero si se empieza a defender el error, esto se convierte en fuente de un peligro político. Si no se hubiese hecho todo lo posible para ampliar la democracia, teniendo en cuenta el estado de ánimo que expresa aquí Kutúzov, hubiéramos llegado a la bancarrota política. *Ante todo debemos persuadir, y luego recurrir a la coerción. Cueste lo que cueste, primero debemos persuadir, y luego recurrir a la coerción*[203]. No hemos sabido convencer a las grandes masas y hemos infringido la correlación acertada entre la vanguardia y las masas» (v. t. XXVI, pág. 285).

Esto mismo dice Lenin en su folleto «Sobre los sindicatos»:

«Sólo hemos empleado acertada y eficazmente la coerción, cuando hemos sabido crearle antes la base de la persuasión» (v. lugar citado, pág. 74).

Y esto es muy cierto, pues sin ajustarse a esas

---

202 Tsektrán: Comité Central del Sindicato Único de Ferroviarios y de Trabajadores del Transporte Fluvial y Marítimo, constituido en septiembre de 1920. En este año y a principios de 1921, la dirección del Tsektrán se hallaba en manos de los trotskistas, que aplicaban en el trabajo sindical exclusivamente el método de la coerción y del ordeno y mando. El Primer Congreso Unificación de toda Rusia de los ferroviarios y de los trabajadores del transporte fluvial y marítimo, celebrado en marzo de 1921, expulsó de la dirección del Tsektrán a los trotskistas, eligió un nuevo Comité Central del sindicato y trazó nuevos métodos de trabajo sindical.

203 Subrayado por mí. *J. St.*

condiciones no hay dirección posible; pues sólo de ese modo se puede asegurar la unidad de acción en el Partido, si se trata del Partido, o la unidad de acción de la clase, si se trata de la clase en su totalidad. De otro modo, sobreviene la escisión, la confusión, la descomposición dentro de las filas de la clase obrera.

Tales son, en general, las bases en que ha de descansar la dirección acertada de la clase obrera por el Partido.

Toda otra interpretación de lo que significa la dirección, es sindicalismo, anarquismo, burocratismo, todo lo que se quiera menos bolchevismo, menos leninismo.

No se puede contraponer la dictadura del proletariado a la dirección («dictadura») del Partido, si existen relaciones acertadas entre el Partido y la clase obrera, entre la vanguardia y las masas obreras. Pero de aquí se desprende que con mucha menos razón se puede identificar el Partido con la clase obrera, la dirección («dictadura») del Partido con la dictadura de la clase obrera. *Basándose* en que la «dictadura» del Partido no se puede contraponer a la dictadura del proletariado, Sorin llega a la conclusión falsa de que «*la dictadura del proletariado es la dictadura de nuestro Partido*».

Pero Lenin no sólo dice que esa contraposición es inadmisible, sino que dice al mismo tiempo que es inadmisible contraponer la «dictadura de las masas a la dictadura de los jefes». ¿No se os ocurre identificar, *basándoos en esto*, la dictadura de los jefes con la dictadura del proletariado? De pensar así, deberíamos decir que «*la dictadura del proletariado es la dictadura de nuestros jefes*». A esta necedad precisamente es a lo que conduce, propiamente hablando, la política que identifica la «dictadura» del Partido con la dictadura del proletariado...

¿Cuál es la posición de Zínóviev a este respecto?

Zinóviev mantiene, en el fondo, el mismo punto de vista de identificar la «dictadura» del Partido con la dictadura del proletariado que mantiene Sorin, con una diferencia, sin embargo: la de que Sorin se expresa con más claridad y franqueza, mientras que Zinóviev «hace equilibrios». Para convencerse de ello, basta leer el siguiente pasaje del libro de Zinóviev «El leninismo»:

«¿Qué representa -dice Zinóviev- el régimen existente en la URSS, desde el punto de vista de su contenido de clase? Es la dictadura del proletariado. ¿Cuál es el resorte inmediato del Poder en la URSS? ¿Quién ejerce el Poder de la clase obrera? ¡El Partido Comunista! En este sentido, *en nuestro país*[204] rige la dictadura del Partido. ¿Cuál es la forma jurídica del Poder en la URSS? ¿Cuál es el nuevo tipo del régimen de Estado creado por la Revolución de Octubre? El sistema soviético. Lo uno no contradice en modo alguno a lo otro».

[204] Subrayado por mí. *J. St.*

Lo de que lo uno no contradice a lo otro es, naturalmente, cierto, *si* por dictadura del Partido respecto a la clase obrera en su conjunto se entiende la dirección del Partido. Pero ¿cómo se puede, *sobre esta base*, poner un signo de igualdad entre la dictadura del proletariado y la «dictadura» del Partido, entre el sistema soviético y la «dictadura» del Partido? Lenin identificaba el sistema de los Soviets con la dictadura del proletariado, y tenia razón, pues los Soviets, *nuestros* Soviets, son la organización cohesionadora de las masas trabajadoras en torno al proletariado, bajo la dirección del Partido. Pero ¿cuándo, dónde, en qué obra pone Lenin un signo de igualdad entre la «dictadura» del Partido y la dictadura del proletariado, entre la «dictadura» del Partido y el sistema de los Soviets, como lo hace ahora Zinóviev? No sólo no está en contradicción con la dictadura del proletariado la dirección («dictadura») del Partido, sino que tampoco lo está la dirección («dictadura») de los jefes. ¿No se os ocurre proclamar, *basándoos en esto*, que nuestro país es el país de la dictadura del proletariado, *es decir*, el país de la dictadura del Partido, es decir, el país de la dictadura de los jefes? A esta necedad precisamente es a lo que conduce el «principio» de la identificación de la «dictadura» del Partido con la dictadura del proletariado, que Zinóviev sustenta furtiva y tímidamente.

En las numerosas obras de Lenin, sólo he logrado anotar cinco casos en los que Lenin toca de pasada el problema de la dictadura del Partido.

El primer caso, en una polémica con los eseristas y los mencheviques, donde dice:

«Cuando se nos reprocha la dictadura de un solo partido y se nos propone, como habéis oído, un frente único socialista, decimos: «Sí, ¡dictadura de un solo partido! Sobre este terreno pisamos y no podemos salirnos de él, pues se trata de un partido que ha conquistado, a lo largo de varios decenios, el puesto de vanguardia de todo el proletariado fabril e industrial» (v. t. XXIV, pág. 423).

El segundo caso, en la «Carta a los obreros y campesinos con motivo de la victoria sobre Kolchak», donde dice:

«Tratan de intimidar a los campesinos (particularmente los mencheviques y los eseristas, todos ellos, hasta los de «izquierda») con el espantajo de la «dictadura de un solo partido», del partido de los bolcheviques-comunistas.

Con el ejemplo de Kolchak, los campesinos han aprendido a no temer a este espantajo.

O la dictadura (es decir, el poder férreo) de los terratenientes y de los capitalistas, o la dictadura de la clase obrera» (v. t. XXIV, pág. 436).

El tercer caso, en el discurso pronunciado por Lenin en el II Congreso de la Internacional Comunista, en la polémica con Tanner. Este discurso lo he citado ya más arriba.

El cuarto caso, en unas líneas del folleto «La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo». Las citas correspondientes han quedado ya transcritas más arriba.

Y el quinto caso, en el esbozo de esquema de la dictadura del proletariado, publicado en el tercer tomo de la Recopilación Leninista, en el que hay un punto que dice: «Dictadura de un solo partido» (v. el tomo III de la Recopilación Leninista, pág. 497).

Conviene indicar que en dos casos de los cinco, en el último y en el segundo, Lenin pone entre comillas las palabras «dictadura de un solo partido», queriendo hacer resaltar, manifiestamente, el sentido inexacto y figurado de esta fórmula.

Conviene indicar también que, en todos estos casos, Lenin entiende por «dictadura del Partido» la dictadura («el poder férreo») con respecto a «los terratenientes y los capitalistas», y no con respecto a la clase obrera, pese a las calumniosas supercherías de Kautsky y compañía.

Es significativo que ni en una sola de sus obras, ni en las fundamentales ni en las secundarias, en las que Lenin trata o simplemente menciona la dictadura del proletariado y el papel del Partido en el sistema de la dictadura del proletariado, se alude siquiera a que «la dictadura del proletariado es la dictadura de nuestro Partido». Por el contrario, cada página, cada línea de estas obras es un grito de protesta contra semejante fórmula (v. «El Estado y la revolución», «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», «La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo», etc.).

Y aún es más significativo que en las tesis del II Congreso de la Internacional Comunista[205] sobre el papel del partido político, redactadas bajo la dirección inmediata de Lenin y a las que Lenin alude reiteradamente en sus discursos cómo a un modelo de definición acertada del papel y de las tareas del Partido, no encontremos *ni una palabra*, literalmente *ni una sola*, sobre la dictadura del Partido.

¿Qué indica todo esto? Indica:

a) que Lenin no consideraba irreprochable ni exacta la fórmula «dictadura del Partido», razón por la cual muy rara vez la emplea en sus obras y la pone a veces entre comillas;

b) que en los pocos casos en que Lenin se veía obligado, en sus polémicas con los adversarios, a hablar de la dictadura del Partido, hablaba generalmente de «dictadura de un solo partido»; es decir, de que nuestro Partido está en el Poder *solo*, de que *no comparte* el Poder con *otros* partidos, y, además, siempre aclaraba que por dictadura del Partido *con respecto a la clase obrera* se debe entender la dirección del Partido, su papel dirigente;

c) que en todos los casos en que Lenin creía necesario definir científicamente el papel del Partido dentro del sistema de la dictadura del proletariado, hablaba *exclusivamente* (y estos casos son innumerables) del papel dirigente del Partido con respecto a la clase obrera;

d) que fue precisamente por esto por lo que a Lenin no «se le ocurrió» incluir en la resolución fundamental sobre el papel del Partido -me refiero a la resolución del II Congreso de la Internacional Comunista- la fórmula «dictadura del Partido»;

e) que no tienen razón desde el punto de vista del leninismo y padecen miopía política los camaradas que identifican o tratan de identificar la «dictadura del Partido» -y también, por consiguiente, la «dictadura de los jefes»- con la dictadura del proletariado, pues con ello infringen las condiciones para que las relaciones entre la vanguardia y la clase sean acertadas.

Y no hablemos de que la fórmula «dictadura del Partido», tomada sin las reservas indicadas más arriba, puede crear toda una serie de peligros y de desventajas políticas en nuestra labor práctica. Con esta fórmula, tomada sin reservas, es como si se dijese:

a) *a las masas sin-partido*: ¡no os atreváis a contradecir, no os atreváis a razonar, porque el Partido lo puede todo, ya que tenemos la dictadura del Partido!

b) *a los cuadros del Partido*: ¡actuad con mayor osadía, presionad con mayor rigor, se puede no prestar oído a la voz de las masas sin-partido, pues tenemos la dictadura del Partido!

c) *a los dirigentes del Partido*: ¡podéis permitiros el lujo de cierta suficiencia y, tal vez, hasta podéis caer en el engreimiento, puesto que tenemos la dictadura del Partido y, «por consiguiente», la dictadura de los jefes!

Es conveniente recordar estos peligros precisamente ahora, en el período de ascenso de la actividad política de las masas, cuando la disposición del Partido a prestar oído atento a la voz de las masas tiene para nosotros una importancia especial; cuando el prestar atención a las exigencias de las masas es el mandamiento fundamental de nuestro Partido; cuando se requiere del Partido una prudencia y una flexibilidad especiales en su política; cuando el peligro de caer en el engreimiento es uno de los peligros más serios que amenazan al Partido en la obra de dirigir acertadamente a las masas.

No se puede por menos de recordar las preciosas palabras pronunciadas por Lenin en el XI Congreso de nuestro Partido:

[205] Las tesis del II Congreso de la Internacional Comunista sobre «El papel del Partido Comunista en la revolución proletaria» fueron aprobadas romo resolución del Congreso.

«A pesar de todo, nosotros (los comunistas. *J. St.*) somos en la masa del pueblo como una gota en el mar, y sólo podemos gobernar cuando expresamos acertadamente lo que el pueblo piensa. De otra manera, el Partido Comunista no conduciría al proletariado, ni el proletariado conduciría a las masas, y toda la máquina se desencuadernaría» (v, t. XXVII, pág. 256).

«*Expresar con acierto lo que el pueblo piensa*»: ésta es, precisamente, la condición indispensable que garantiza al Partido el honroso papel de fuerza dirigente fundamental en el sistema de la dictadura del proletariado.

VI. La cuestión del triunfo del socialismo en un solo país

El folleto «Los fundamentos del leninismo» (primera edición, mayo de 1924) contiene dos formulaciones de la cuestión del triunfo del socialismo en un solo país. La primera dice así:

«Antes se creía imposible la victoria de la revolución en un solo país, suponiendo que, para alcanzar la victoria sobre la burguesía, era necesaria la acción conjunta de los proletarios de todos los países adelantados o, por lo menos, de la mayoría de ellos. Ahora, este punto de vista ya no corresponde a la realidad. Ahora hay que partir de la posibilidad de este triunfo, pues el desarrollo desigual y a saltos de los distintos países capitalistas en el imperialismo, el desarrollo, en el seno del imperialismo, de contradicciones catastróficas que llevan a guerras inevitables, el incremento del movimiento revolucionario en todos los países del mundo; todo ello no sólo conduce a la posibilidad, sino también a la necesidad del triunfo del proletariado en uno u otro país» (v. «Los fundamentos del leninismo»[206]).

Este planteamiento es completamente acertado y no necesita comentarios. Combate la teoría de los socialdemócratas, que consideran como una utopía la toma del Poder por el proletariado en un solo país, si no va acompañada al mismo tiempo de la revolución victoriosa en otros países.

Mas en el folleto «Los fundamentos del leninismo» hay también otra formulación, que dice:

«Pero derrocar el Poder de la burguesía e instaurar el Poder del proletariado en un solo país no significa todavía garantizar el triunfo completo del socialismo. Queda por cumplir la misión principal del socialismo: la organización de la producción socialista. ¿Se puede cumplir esta misión, se puede lograr el triunfo definitivo del socialismo en un solo país sin los esfuerzos conjuntos de los proletarios de unos cuantos países adelantados? No, no se puede. Para derribar a la burguesía, bastan los esfuerzos de un solo país, como lo indica la historia de nuestra revolución. Para el triunfo definitivo del socialismo, para la organización de la producción socialista, ya no bastan los esfuerzos de un solo país, sobre todo de un país tan campesino como Rusia; para esto hacen falta los esfuerzos de los proletarios de unos cuantos países adelantados» (v. «Los fundamentos del leninismo», primera edición[207]).

Esta segunda formulación combate la afirmación de los críticos del leninismo, de los trotskistas, de que la dictadura del proletariado en un solo país, sin el triunfo en otros países, no podría «sostenerse frente a la Europa conservadora».

En este sentido -pero sólo en este sentido-, esa formulación era entonces (mayo de 1924) suficiente, y fue, sin duda, de cierta utilidad.

Pero más tarde, cuando ya se había vencido dentro del Partido la crítica al leninismo en este aspecto y se puso a la orden del día una nueva cuestión, la cuestión de la posibilidad de edificar la sociedad socialista completa con las fuerzas de nuestro país y sin ayuda exterior, la segunda formulación resultó ser ya insuficiente a todas luces y, por tanto, inexacta.

¿En qué consiste el defecto de esta formulación?

Su defecto consiste en que funde en una sola dos cuestiones distintas: la cuestión de la *posibilidad* de llevar a cabo la edificación del socialismo con las fuerzas de un solo país, cuestión a la que hay que dar una respuesta afirmativa, y la cuestión de si un país con dictadura del proletariado, puede considerarse *completamente garantizado* contra la intervención y, por tanto, contra la restauración del viejo régimen, sin una revolución victoriosa en otros países, cuestión a la que hay que dar una respuesta negativa. Esto, sin hablar de que dicha formulación puede dar motivo para creer que es imposible organizar la sociedad socialista con las fuerzas de un solo país, cosa que, naturalmente, es falsa.

Basándome en esto, en mi folleto «La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos» (diciembre de 1924), he modificado y corregido esta formulación, dividiendo la cuestión en dos: en la cuestión de *la garantía completa contra la restauración del régimen burgués* y en la cuestión de *la posibilidad de edificar la sociedad socialista completa* en un solo país. He conseguido esto, primero, al presentar «la victoria completa del socialismo» como «garantía completa contra la restauración del antiguo orden de cosas», garantía que sólo se puede obtener mediante «los esfuerzos conjuntos de los proletarios de unos cuantos países», y, segundo, al proclamar, basándome en el folleto de Lenin «Sobre la cooperación», la verdad Indiscutible

[206] Véase: J. V. Stalin, Obras, t. 6, pág. 100, ed. en español.

[207] Véase: el folleto de J. V. Stalin «Acerca de Lenin y el leninismo».

de que contamos con todo lo necesario para edificar la sociedad socialista completa (v. «La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos»)[208].

Esta nueva formulación es la que sirvió de base a la conocida resolución de la XIV Conferencia del Partido «Sobre las tareas de la Internacional Comunista y del PC(b) de Rusia», que trata de la cuestión del triunfo del socialismo en un solo país, en relación con la estabilización del capitalismo (abril de 1925), y que considera posible y necesaria la edificación del socialismo con las fuerzas de nuestro país.

Esta formulación ha servido también de base a mi folleto «Balance de los trabajos de la XIV Conferencia del PC(b) de Rusia», publicado inmediatamente después de esta Conferencia, en mayo de 1925.

Respecto al planteamiento de la cuestión del triunfo del socialismo en un solo país, he aquí lo que se dice en este folleto:

«Nuestro país nos muestra dos grupos de contradicciones. Uno de ellos lo forman las contradicciones interiores, entre el proletariado y el campesinado (aquí se trata de la edificación del socialismo en un solo país. *J. St.*). El otro, las contradicciones exteriores, entre nuestro país, como país del socialismo, y todos los demás países como países del capitalismo (aquí se trata del triunfo definitivo del socialismo. *J. St.*)»… «Quien confunde el primer grupo de contradicciones, que es perfectamente posible vencer con los esfuerzos de un solo país, con el segundo grupo de contradicciones, para vencer las cuales hacen falta los esfuerzos de los proletarios de unos cuantos países, comete un gravísimo error contra el leninismo, y es un confusionista o un oportunista impenitente» (v, «Balance de los trabajos de la XIV Conferencia del PC(b) de Rusia»[209]).

Respecto a la cuestión del *triunfo* del socialismo en nuestro país, este folleto dice:

«Podemos llevar a cabo la edificación del socialismo, y lo iremos edificando juntamente con el campesinado y bajo la dirección de la clase obrera»..., pues «bajo la dictadura del proletariado se dan en nuestro país... todas las premisas necesarias para edificar la sociedad socialista completa, venciendo todas y cada una de las dificultades internas, pues podemos y debemos vencerlas con nuestras propias fuerzas» (v. lugar citado[210]).

Respecto a la cuestión del triunfo *definitivo* del socialismo, el folleto dice:

«El triunfo definitivo del socialismo es la garantía completa contra las tentativas de intervención y, por tanto, también de restauración, pues una tentativa de restauración de alguna importancia sólo puede producirse con un considerable apoyo del exterior, con el apoyo del capital internacional. Por eso, el apoyo de los obreros de todos los países a nuestra revolución, y con mayor razón el triunfo de estos obreros, aunque sólo sea en unos cuantos países, es condición indispensable para garantizar plenamente al primer país victorioso contra las tentativas de intervención y de restauración, es condición indispensable para el triunfo definitivo del socialismo». (v. lugar citado[211]).

Me parece que está claro.

Es sabido que en igual sentida se interpreta este problema en mi folleto «Preguntas y respuestas» (junio de 1925) y en el informe político del CC ante el XIV Congreso del PC(b) de la URSS[212] (diciembre de 1925).

Tales son los hechos.

Creo que estos hechos los conocen todos los camaradas, y Zinóviev entre ellos.

Si hoy, casi a los dos años de la lucha ideológica sostenida en el seno del Partido, y después de la resolución adoptada en la XIV Conferencia del Partido (abril de 1925), Zinóviev, en su discurso de resumen, pronunciado en el XIV Congreso del Partido (diciembre de 1925), cree posible sacar a relucir la vieja fórmula, completamente insuficiente, del folleto de Stalin, escrito en abril de 1924, como base para resolver el problema ya resuelto del triunfo del socialismo en un solo país, este modo de proceder peculiar de Zinóvíev sólo atestigua que se ha hecho un verdadero lío en esta cuestión. Tirar del Partido hacia atrás, cuando ya éste había ido adelante, eludir la resolución de la XIV Conferencia del Partido, después de haber sido confirmada por el Pleno del CC[213], significa atascarse irremisiblemente en contradicciones, no tener fe en la edificación del socialismo, desviarse del camino de Lenin y suscribir la propia derrota.

¿Qué significa la *posibilidad* del triunfo del socialismo en un solo país?

Significa la posibilidad de resolver las contradicciones entre el proletariado y el campesinado con las fuerzas internas de nuestro país, la posibilidad de que el proletariado tome el Poder y lo utilice para edificar la sociedad socialista completa

[208] Esta nueva formulación vino luego a reemplazar a la vieja en las ediciones posteriores del folleto «Los fundamentos del leninismo».
[209] Véase: J. V. Stalin, Obras, t. 7, págs. 112 y 122, ed. en español.
[210] Véase: J. V. Stalin, Obras, t. 7, págs. 113 y 118-119, ed. en español.
[211] Véase: J. V. Stalin, Obras, t. 7, pág. 121, ed. en español.
[212] Véase: J. V. Stalin, Obras, t. 7, págs. 269-408, ed. en español.
[213] Se alude al Pleno del Comité Central del PC(b) de Rusia, celebrado del 23 al 30 de abril de 1925.

en nuestro país, contando con la simpatía y el apoyo de los proletarios de los demás países, pero sin que previamente triunfe la revolución proletaria en otros países.

Sin esta posibilidad, la edificación del socialismo es una edificación sin perspectivas, una edificación que se realiza sin la seguridad de llevarla a cabo. No se puede edificar el socialismo sin tener la seguridad de que es posible dar cima a la obra, sin tener la seguridad de que el atraso técnico de nuestro país no es un obstáculo *insuperable* para la edificación de la sociedad socialista completa. Negar esta posibilidad es no tener fe en la edificación del socialismo, es apartarse del leninismo.

¿Qué significa la *imposibilidad* del triunfo completo y definitivo del socialismo en un solo país sin el triunfo de la revolución en otros países?

Significa imposibilidad de tener una garantía completa contra la intervención y, por consiguiente, contra la restauración del régimen burgués, si la revolución no triunfa, por lo menos, en varios países. Negar esta tesis indiscutible es apartarse del internacionalismo, es apartarse del leninismo.

«No vivimos solamente - dice Lenin - dentro de un Estado, sino *dentro de un sistema de Estados*, y no se concibe que la República Soviética pueda existir mucho tiempo al lado de los Estados imperialistas. En fin de cuentas acabará triunfando lo uno o lo otro. Pero antes de que se llegue a esto, es inevitable una serie de choques terribles entre la República Soviética y los Estados burgueses. Esto significa que si la clase dominante, el proletariado, quiere dominar y ha de dominar, tiene que demostrarlo también por medio de su organización militar» (v. t. XXIV, pág. 122).

«Estamos -dice Lenin en otro lugar- ante un equilibrio sumamente inestable, pero, con todo, ante cierto equilibrio indudable, indiscutible. ¿Durará mucho tiempo? Lo ignoro, y no creo que pueda saberse. Por eso, debemos mostrar la mayor prudencia. Y el primer mandamiento de nuestra política, la primera enseñanza que se deriva de nuestra labor de gobierno durante este año, enseñanza que todos los obreros y campesinos deben aprender, es la necesidad de estar en guardia, la de tener presente que nos hallamos rodeados de hombres, de clases y de gobiernos que manifiestan abiertamente el mayor odio hacia nosotros. Es preciso tener presente que estamos siempre a un paso de una intervención» (v. t. XXVII, pág. 117).

Me parece que está claro.

¿Cómo presenta Zinóviev la cuestión del triunfo del socialismo en un solo país?

Escuchad:

«Por triunfo definitivo del socialismo se debe entender, por lo menos: 1) la supresión de las clases y, por tanto, 2) la abolición de la dictadura de una sola clase, en este caso, de la dictadura del proletariado»... «Para percatarse con mayor exactitud -dice más adelante Zinóviev- de cómo se plantea este problema en nuestro país, en la URSS, en 1925, hay que distinguir dos cosas: 1) la posibilidad garantizada de edificar el socialismo, posibilidad que también puede concebirse plenamente, claro está, en el marco de un solo país, y 2) la edificación definitiva y la consolidación del socialismo, es decir, la creación del régimen socialista, de la sociedad socialista».

¿Qué puede significar todo esto?

Que Zinóviev no entiende por triunfo definitivo del socialismo en un solo país la garantía contra la intervención y la restauración, sino la posibilidad de llevar a cabo la edificación de la sociedad socialista. Y por triunfo del socialismo en un solo país Zinóviev entiende una edificación del socialismo que no puede ni debe conducir a la edificación completa del socialismo. Una edificación al azar, sin perspectivas, una edificación del socialismo emprendida con la imposibilidad de llevar a cabo la edificación de la sociedad socialista: tal es la posición de Zinóviev.

Edificar el socialismo *sin la posibilidad* de llevar a cabo su edificación, edificar *a sabiendas de que la edificación no se llevará a cabo*; he ahí a qué incongruencias llega Zinóviev.

¡Pero esto es burlarse del problema, y no resolverlo!

He aquí otro pasaje tomado del discurso de resumen de Zinóviev en el XIV Congreso del Partido:

«Ved, por ejemplo, a dónde ha ido a parar el camarada Yákovleven la última Conferencia del Partido de la provincia de Kursk. «Estando rodeados de enemigos capitalistas por todas partes, ¿acaso podemos en estas condiciones -pregunta-, llevar a cabo la edificación del socialismo en un solo país?». Y contesta: «Basándonos en todo lo expuesto, tenemos derecho a decir que no sólo estamos edificando el socialismo, sino que, a pesar de ser por el momento los únicos, a pesar de ser el único país soviético, el único Estado soviético del mundo, llevaremos a cabo la edificación del socialismo» («Kúrskaia Pravda», núm. 279, 8 de diciembre de 1925). *¿Acaso es ésta una manera leninista de plantear el problema*? -pregunta Zinóviev-, *¿acaso no huele esto a estrechez nacional*[214]?».

Por tanto, según Zinóviev, resulta que reconocer la posibilidad de llevar a cabo la edificación del socialismo en un solo país significa adoptar una posición de estrechez nacional, y negar esta posibilidad significa adoptar la posición del

[214] Subrayado por mí. *J. St.*

internacionalismo.

Pero, de ser esto cierto, ¿acaso valdría la pena de luchar por el triunfo sobre los elementos capitalistas de nuestra economía? ¿No se desprende de aquí la imposibilidad de este triunfo?

Capitulación ante los elementos capitalistas de nuestra economía: he aquí a lo que conduce la lógica interna de la argumentación de Zinóviev.

¡Y esta incongruencia, que no tiene nada que ver con el leninismo, Zinóviev nos la ofrece como «internacionalismo», como «leninismo cien por cien»!

Yo afirmo que, en el importantísimo problema de la edificación del socialismo, Zinóviev se aparta del leninismo, rodando hacia las concepciones del menchevique Sujánov.

Recurramos a Lenin. He aquí lo que ya antes de la Revolución de Octubre, en el mes de agosto de 1915, decía Lenin acerca del triunfo del socialismo en un solo país:

«La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De aquí se deduce que es posible que la victoria del socialismo empiece por unos cuantos países capitalistas, o incluso por un solo país capitalista. El proletariado triunfante de este país, después de expropiar a los capitalistas y de *organizar la producción socialista dentro de sus fronteras*[215], se enfrentaría con el resto del mundo, con el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, levantando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario, incluso la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados» (v. t. XVIII, págs. 232-233).

¿Qué significa la frase de Lenin que subrayamos: «después de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras»? Significa que el proletariado del país victorioso, después de la toma del Poder, puede y debe organizar en su país la producción socialista. ¿Y qué significa «organizar la producción socialista»? Significa llevar a cabo la edificación de la sociedad socialista. No creo que haga falta demostrar que este planteamiento de Lenin, claro y terminante, no necesita más comentarios. De otro modo, serían incomprensibles los llamamientos de Lenin para que el proletariado tomase el Poder en octubre de 1917.

Veis, pues, que este planteamiento tan claro de Lenin se distingue como el cielo de la tierra del «planteamiento» confuso y antileninista de Zinóviev, de que podemos emprender la edificación del socialismo «en el marco de un solo país» aún siendo *imposible* acabar de edificarlo.

[215] Subrayado por mí. *J. St.*

El planteamiento de Lenin corresponde a 1915, antes de que el proletariado tomara el poder. Pero ¿se modificaron, tal vez, sus concepciones después de la experiencia de la toma del Poder, después de 1917? Consultemos el folleto de Lenin «Sobre la cooperación», escrito en 1923:

«En efecto -dice Lenin -, todos los grandes medios de producción en poder del Estado y el Poder del Estado en manos del proletariado; la alianza de este proletariado con millones y millones de pequeños y muy pequeños campesinos; asegurar la dirección de los campesinos por el proletariado, etc., ¿acaso no es esto todo lo que se necesita para edificar la sociedad socialista completa partiendo de la cooperación, y nada más que de la cooperación, a la que antes tratábamos de mercantilista y que ahora, bajo la Nep, merece también, en cierto modo, el mismo trato; *acaso no es esto todo lo imprescindible para edificar la sociedad socialista completa*[216]?. Eso, no es todavía la edificación de la sociedad socialista, pero sí *todo lo imprescindible y lo suficiente para esta edificación*[217]» (v. t. XXVII, pág. 392).

En otras palabras: podemos y debemos edificar la sociedad socialista completa, pues disponemos de todo lo necesario y lo suficiente para esta edificación.

Parece que es difícil expresarse con mayor claridad. Comparad este planteamiento clásico de Lenin con el réspice antileninista de Zinóviev a Yákovlev, y comprenderéis que Yákovlev no hizo sino repetir las palabras de Lenin sobre la posibilidad de llevar a cabo la edificación del socialismo en un solo país, mientras que Zinóviev, al manifestarse en contra de este planteamiento, al fustigar a Yákovlev, se apartó de Lenin, adoptando el punto de vista del menchevique Sujánov, el punto de vista de la imposibilidad de llevar a cabo la edificación del socialismo en nuestro país, en razón de su atraso técnico.

No se comprende entonces para qué tomamos el Poder en octubre de 1917, si no nos proponíamos llevar a cabo la edificación del socialismo.

No se debió tomar el Poder en octubre de 1917; he aquí la conclusión a que conduce la lógica interna de la argumentación de Zinóviev.

Afirmo, además, que, en la importantísima cuestión del triunfo del socialismo, Zinóviev procede *en contra* de acuerdos precisos de nuestro Partido, estampados en la conocida resolución de la XIV Conferencia del Partido «Sobre las tareas de la Internacional Comunista y del PC(b) de Rusia, en relación con el Pleno ampliado del CE de la Internacional Comunista».

Veamos esta resolución. He aquí lo que dice

[216] Subrayado por mí. *J. St.*
[217] Subrayado por mí. *J. St.*

acerca del triunfo del socialismo en un solo país:

«La existencia de dos sistemas sociales diametralmente opuestos provoca la amenaza constante de un bloqueo capitalista, de otras formas de presión económica, de la intervención armada y de la restauración. La única garantía *para el triunfo definitivo del socialismo*, es decir, *la garantía contra la restauración*[218], es, por tanto, la revolución socialista victoriosa en varios países...». «El leninismo enseña que el triunfo *definitivo* del socialismo, *en el sentido de garantía completa contra la restauración*[219] de las relaciones sociales burguesas, sólo es posible en un plano internacional...». «De aquí *no se desprende*[220] en modo alguno que sea imposible la edificación *de la sociedad socialista completa*[221] en un país tan atrasado como Rusia sin la «ayuda estatal» (Trotski) de los países más desarrollados en el aspecto técnico y económico» (v. la resolución).

Veis, pues, que esta resolución presenta el triunfo definitivo del socialismo como una garantía contra la intervención y la restauración, *todo lo contrario* de como lo presenta Zinóviev en su libro «El leninismo».

Veis, pues, que esta resolución reconoce la posibilidad de edificar la sociedad socialista completa en un país tan atrasado como Rusia sin la «ayuda estatal» de los países más desarrollados en el aspecto técnico y económico, o sea, *todo lo contrario* de lo que afirma Zinóviev en el réspice que da a Yákovlev en su discurso de resumen pronunciado en el XIV Congreso del Partido.

¿Qué otro nombre merece esto más que el de lucha de Zinóviev *contra* la resolución de la XIV Conferencia del Partido?

Naturalmente, a veces las resoluciones del Partido no son intachables. Puede ocurrir que las resoluciones del Partido contengan errores. Hablando en términos generales, podemos suponer que la resolución de la XIV Conferencia del Partido contiene también ciertos errores. Es posible que Zinóviev considere que esta resolución es equivocada. Pero, en este caso, hay que decirlo clara y francamente, como corresponde a un bolchevique. Sin embargo, Zinóviev no lo hace, por algún motivo. Prefiere seguir otro camino, el camino de atacar por la espalda la resolución de la XIV Conferencia del Partido, silenciando esta resolución, sin criticarla abiertamente en lo más mínimo. Zinóviev cree, por lo visto, que este camino le conduce mejor a su objetivo. Y su objetivo no es más que uno: «mejorar» la resolución y enmendarle la plana «un poquito» a Lenin. No creo que sea preciso demostrar que Zinóviev se ha equivocado en sus cálculos.

¿De dónde proviene el error de Zinóviev? ¿Dónde reside la raíz de su error?

La raíz de este error reside, a mi juicio, en que Zinóviev está convencido de que el atraso técnico de nuestro país es un obstáculo *insuperable* para la edificación de la sociedad socialista completa, de que el proletariado no puede llevar a cabo la edificación del socialismo debido al atraso técnico de nuestro país. Zinóviev y Kámenev habían intentado una vez exponer este argumento en una de las sesiones de CC del Partido, en vísperas de la Conferencia celebrada por el Partido en abril[222]. Pero se les dió la réplica adecuada, y se vieron obligados a retroceder, sometiéndose *formalmente* al punto de vista opuesto, al punto de vista de la mayoría del CC. Pero, con ese sometimiento formal Zinóviev ha proseguido durante todo el tiempo su lucha contra este punto de vista de la mayoría del CC. He aquí lo que dice a propósito de este «incidente», producido en el CC del PC(b) de Rusia, el Comité de Moscú de nuestro Partido, en su «Respuesta» a la carta de la Conferencia del Partido de la provincia de Leningrado[223]:

«No hace mucho tiempo, Kámenev y Zinóviev mantuvieron en el Buró Político el punto de vista de que, a causa de nuestro atraso técnico y económico, no podremos vencer las dificultades interiores, a menos de que venga a salvarnos la revolución internacional. Pero nosotros, con la mayoría del CC, entendemos que podemos edificar el socialismo, que lo estamos edificando y que terminaremos de edificarlo, no obstante nuestro atraso técnico y a pesar de él. Entendemos que esta edificación irá, naturalmente, mucho más despacio de lo que iría bajo las condiciones de un triunfo mundial, pero, sin embargo, avanzamos y seguiremos avanzando. Entendemos asimismo que el punto de vista de Kámenev y Zinóviev expresa la falta de fe en las fuerzas internas de nuestra clase obrera y de las masas campesinas que la siguen. Creemos que sustentar ese punto de vista es desviarse de la posición mantenida por Lenin» (v. la «Respuesta»).

Este documento apareció en la prensa durante las primeras sesiones del XIV Congreso del Partido. Zinóviev pudo, naturalmente, manifestarse en contra de este documento ya en el mismo Congreso. Es significativo que Zinóviev y Kámenev no encontrasen argumentos que oponer a esta grave acusación lanzada contra ellos por el Comité de

218 Subrayado por mí. *J. St.*
219 Subrayado por mí. *J. St.*
220 Subrayado por mí. *J. St.*
221 Subrayado por mí. *J. St.*

222 Se alude a la XIV Conferencia del PC(b) de Rusia, celebrada del 27 al 29 de abril de 1925.
223 La respuesta del Comité de Moscú del PC(b) de Rusia a la carta de la XXII Conferencia de la organización del Partido de la provincia de Leningrado, carta que era una maniobra fraccional de los partidarios de Zinóviev y Kámenev.

Moscú de nuestro Partido. ¿Es esto casual? Yo creo que no es casual. Por lo visto, la acusación acertó en el blanco. Zinóviev y Kámenev dieron la callada por «respuesta» a esta acusación, porque no tenían con qué «matarla».

La «nueva oposición» se siente ofendida porque se acuse a Zinóviev de falta de fe en el triunfo de la edificación socialista en nuestro país. Pero si Zinóviev, después de un año entero de discutirse la cuestión del triunfo del socialismo en un solo país; después de haber sido rechazado por el Buró Político del CC (abril de 1925) el punto de vista de Zinóviev; después de haberse formado en el Partido una opinión definida a este respecto, expresada en la conocida resolución de la XIV Conferencia del Partido (abril de 1925); si, después de todo esto; Zinóviev se decide a manifestarse en su libro «El leninismo» (septiembre de 1925) en contra del punto de vista del Partido; si, más tarde, repite estas manifestaciones en el XIV Congreso, ¿cómo puede explicarse todo ello, esa obstinación, esa contumacia en defender su error, como no sea porque Zinóviev esté contaminado, incurablemente contaminado, de la falta de fe en el triunfo de la edificación socialista en nuestro país?

Zinóviev quiere presentar su falta de fe como internacionalismo. Pero ¿desde cuándo se acostumbra entre nosotros a considerar como internacionalismo el desviarse del leninismo en una cuestión cardinal del leninismo?

¿No sería más exacto decir que quien peca aquí contra el internacionalismo y la revolución internacional, no es el Partido, sino Zinóviev? ¿Pues qué es nuestro país, el país del «socialismo en construcción», sino la base de la revolución mundial? Pero ¿puede, acaso, nuestro país ser la verdadera base de la revolución mundial si no es capaz de llevar a cabo la edificación de la sociedad socialista? ¿Acaso puede nuestro país seguir siendo el poderoso centro de atracción para los obreros de todos los países, como lo es indudablemente en la actualidad, si no es capaz de conseguir dentro de sus fronteras el triunfo sobre los elementos capitalistas de nuestra economía, el triunfo de la edificación socialista? Yo entiendo que no. ¿Y acaso no se desprende de esto que la falta de fe en el triunfo de la edificación socialista, que el predicar esta falta de fe conduce a desprestigiar a nuestro país como base de la revolución mundial, y que este descrédito de nuestro país conduce, a su vez, a debilitar el movimiento revolucionario mundial? ¿Cuáles eran los medios de que se valían los señores socialdemócratas para ahuyentar de nuestro lado a los obreros? Ellos afirmaban que «los rusos no conseguirán nada». ¿Con qué batimos nosotros ahora a los socialdemócratas, atrayendo una serie interminable de delegaciones obreras y reforzando con ello las posiciones del comunismo en el mundo entero? Con nuestros éxitos en la edificación del socialismo. ¿Y acaso no está claro, después de esto, que quien predica la falta de fe en nuestros éxitos en la edificación del socialismo, ayuda indirectamente a los socialdemócratas, debilita la amplitud del movimiento revolucionario internacional, se aparta inevitablemente del internacionalismo?

Como veis, el «internacionalismo» de Zinóviev no sale mejor parado que su «leninismo cien por cien» en lo referente a la edificación del socialismo en un solo país.

Por eso, el XIV Congreso del Partido ha procedido acertadamente al definir las concepciones de la «nueva oposición» como «falta de fe en la edificación del socialismo» y como «tergiversación del leninismo».

VII. La lucha por el triunfo de la edificación socialista

Entiendo que la falta de fe en el triunfo de la edificación socialista es el error fundamental de la «nueva oposición». Este error es, a mi juicio, el fundamental, porque de él derivan todos los demás errores de la «nueva oposición». Sus errores en las cuestiones de la Nep, del capitalismo de Estado, del carácter de nuestra industria socialista, del papel de la cooperación bajo la dictadura del proletariado, de los métodos de lucha contra los kulaks, del papel y del peso del campesinado medio; todos estos errores derivan del error fundamental de la oposición, de su falta de fe en la posibilidad de llevar a cabo la edificación de la sociedad socialista con las fuerzas de nuestro país.

¿Qué significa la falta de fe en el triunfo de la edificación socialista en nuestro país?

Significa, ante todo, falta de seguridad en que las masas fundamentales del campesinado, debido a determinadas condiciones del desarrollo de nuestro país, *puedan incorporarse* a la edificación socialista.

Significa, en segundo lugar, falta de seguridad en que el proletariado de nuestro país, dueño de las posiciones dominantes de la economía nacional, *sea capaz* de atraer a las masas fundamentales del campesinado a la edificación socialista.

De estas tesis parte tácitamente la oposición en sus razonamientos sobre el camino de nuestro desarrollo, y lo mismo da que lo haga consciente o inconscientemente.

¿Se puede incorporar a la masa fundamental, del campesinado soviético a la edificación socialista?

En el folleto «Los fundamentos del leninismo» hay a este respecto dos tesis esenciales:

1) «No hay que confundir al campesinado de la Unión Soviética con el campesinado del Occidente. Un campesinado que ha pasado por la escuela de tres revoluciones, que ha luchado del brazo del proletariado y bajo la dirección del proletariado

contra el zar y el Poder burgués, un campesinado que ha recibido de manos de la revolución proletaria la tierra y la paz y que, por ello, se ha convertido en reserva del proletariado, este campesinado no puede por menos de diferenciarse del campesinado que ha luchado en la revolución burguesa bajo la dirección de la burguesía liberal, ha recibido la tierra de manos de esta burguesía y se ha convertido, por ello, en reserva de la burguesía. Huelga demostrar que el campesino soviético, acostumbrado a apreciar la amistad política y la colaboración *política* del proletariado y que debe su libertad a esta amistad y a esta colaboración, no puede por menos de estar extraordinariamente predispuesto a colaborar *económicamente* con el proletariado».

2) «No hay que confundir la agricultura de Rusia con la del Occidente. En el Occidente, la agricultura se desarrolla siguiendo la ruta habitual del capitalismo, en medio de una profunda diferenciación de los campesinos, con grandes fincas y latifundios privados capitalistas en uno de los polos, y, en el otro, pauperismo, miseria y esclavitud asalariada. Allí son completamente naturales, a consecuencia de ello, la disgregación y la descomposición. No sucede así en Rusia. En nuestro país, la agricultura no puede desarrollarse siguiendo esa ruta, ya que la existencia del Poder Soviético y la nacionalización de los instrumentos y medios de producción fundamentales no permiten semejante desarrollo. En Rusia, el desarrollo de la agricultura debe seguir otro camino, el camino de la cooperación de millones de campesinos pequeños y medios, el camino del desarrollo de la cooperación en masa en el campo, fomentada por el Estado mediante créditos concedidos en condiciones ventajosas. Lenin indicaba acertadamente, en sus artículos sobre la cooperación, que el desarrollo de la agricultura de nuestro país debía seguir un camino nuevo, incorporando a la mayoría de los campesinos a la edificación socialista a través de la cooperación, introduciendo gradualmente en la economía rural el principio del colectivismo, primero en la venta de los productos agrícolas y después en su producción...

No creo que sea necesario demostrar que la inmensa mayoría de los campesinos seguirá de buen grado esta nueva vía de desarrollo, rechazando la vía de los latifundios privados capitalistas y de la esclavitud asalariada, la vía de la miseria y de la ruina»[224].

¿Son exactas estas tesis?

Yo creo que estas dos tesis son exactas e irrefutables para todo nuestro período de edificación, bajo las condiciones de la Nep.

No son sino la expresión de las conocidas tesis de Lenin de la alianza del proletariado y el campesinado, de la incorporación de las haciendas campesinas al sistema del desarrollo socialista del país, de la necesidad de que el proletariado marche hacia el socialismo con las masas fundamentales del campesinado; de que la incorporación de las masas de millones y millones de campesinos a la cooperación es el principal camino de la edificación socialista en el campo; de que, con el crecimiento de nuestra industria socialista, «para nosotros, el simple desarrollo de la cooperación se identifica... con el desarrollo del socialismo» (v. t. XXVII, pág. 396).

En efecto, ¿cuál es el camino que puede y debe seguir en nuestro país el desarrollo de la economía campesina?

La economía campesina no es una economía capitalista. La economía campesina, si nos fijamos en la aplastante mayoría de las haciendas campesinas, es una economía de pequeña producción mercantil, ¿Y qué es la economía campesina de pequeña producción mercantil? Es una economía que se halla en una encrucijada entre el capitalismo y el socialismo. Puede evolucionar hacia el capitalismo, que es lo que ocurre actualmente en los países capitalistas, o hacia el socialismo, que es lo que debe ocurrir en nuestro país, bajo la dictadura del proletariado.

¿De dónde provienen esa inestabilidad y esa falta de independencia de la economía campesina? ¿Cómo se explican?

Se explican por la dispersión de las haciendas campesinas, por su falta de organización, por su dependencia de la ciudad, de la industria, del sistema de crédito, del carácter del Poder imperante en el país; finalmente, por el bien conocido hecho de que el campo marcha y tiene necesariamente que marchar, tanto en el aspecto material como en el cultural, tras la ciudad.

El camino capitalista de desarrollo de la economía campesina pasa a través de una profundísima diferenciación del campesinado, creando, en un polo, grandes latifundios y, en el otro polo, depauperación en masa. Este camino de desarrollo es inevitable en los países capitalistas, porque el campo, la economía campesina, depende de la ciudad, de la industria, del crédito concentrado en la ciudad, del carácter del Poder, y en la ciudad impera la burguesía, la industria capitalista, el sistema capitalista de crédito, el Poder capitalista del Estado.

¿Es acaso forzoso que las haciendas campesinas sigan este camino en nuestro país, donde la ciudad presenta una fisonomía completamente distinta, donde la industria está en manos del proletariado, donde los transportes, el sistema de crédito, el Poder del Estado, etc. están concentrados en manos del proletariado, donde la nacionalización de la tierra es ley que rige para todo el país? ¡Naturalmente que no es forzoso! Por el contrario, precisamente porque la ciudad dirige al campo, y quien impera en la ciudad

[224] Véase: J. V. Stalin, Obras, t. 6, págs. 137, 139-140 y 141, ed. en español.

en nuestro país es el proletariado, en cuyas manos están todas las posiciones dominantes de la economía nacional; precisamente por esto, las haciendas campesinas tienen que seguir en su desarrollo otro camino, el camino de la edificación socialista.

¿En qué consiste este camino?

Este camino consiste en incorporar en masa los millones de haciendas campesinas a todas las formas de la cooperación; en unir las haciendas campesinas dispersas en torno a la industria socialista; en implantar los principios del colectivismo entre el campesinado, primero en lo tocante a la venta de los productos agrícolas y al *abastecimiento* de las haciendas campesinas con artículos de la ciudad, y luego en lo que se refiere a la *producción* agrícola.

Y cuanto más lejos se vaya, más inevitable será este camino en las condiciones de la dictadura del proletariado, pues la incorporación al régimen cooperativo en el terreno de la venta, en el abastecimiento y, por último, en el terreno del crédito y de la producción (cooperativas agrícolas), es el único camino para elevar el bienestar en el campo, es el único medio para salvar a las grandes masas campesinas de la miseria y de la ruina.

Se dice, que, por su situación, el campesinado de nuestro país no es socialista y que, debido a esto, es incapaz de desarrollarse en un sentido socialista. Naturalmente, es cierto que el campesinado, por su situación no es socialista. Pero esto no es un argumento en contra del desarrollo de las haciendas campesinas por el camino del socialismo, una vez sentado que el campo sigue a la ciudad y que en la ciudad domina la industria socialista. Durante la Revolución de Octubre, el campesinado tampoco era socialista por su situación y no quería, ni mucho menos, implantar el socialismo en nuestro país. Luchaba entonces, principalmente, por acabar con el poder de los terratenientes, poner fin a la guerra y establecer la paz. Y, sin embargo, siguió entonces al proletariado socialista. ¿Por qué? Porque el derrocamiento de la burguesía y la toma del Poder por el proletariado socialista era entonces el único camino para salir de la guerra imperialista, el único camino para establecer la paz. Porque entonces no había ni podía haber otros caminos. Porque nuestro Partido logró entonces hallar, descubrir un grado de conjugación de los intereses específicos del campesinado (el derrocamiento de los terratenientes, la paz) con los intereses generales del país (dictadura del proletariado), un grado de subordinación de los primeros a los segundos que resultó aceptable y ventajoso para el campesinado. Y, pese a no ser socialista, el campesinado siguió entonces al proletariado socialista.

Lo mismo hay que decir acerca de la edificación socialista en nuestro país y de la incorporación del campesinado a los cauces de esta edificación. El campesinado no es socialista por su situación. Pero tiene que seguir, y seguirá forzosamente, el camino del desarrollo socialista, pues fuera de la alianza con el proletariado, fuera de la ligazón con la industria socialista, fuera de la incorporación de las haciendas campesinas al cauce general del desarrollo socialista mediante la incorporación en masa del campesinado al régimen cooperativo, no hay ni puede haber otros caminos para salvar al campesinado de la miseria y de la ruina.

¿Por qué ha de ser precisamente mediante la incorporación en masa del campesinado al régimen cooperativo?

Porque en la incorporación en masa al régimen cooperativo «hemos encontrado el grado de conjugación de los intereses privados, de los intereses comerciales privados, con los intereses generales, los métodos de comprobación y de control de los intereses privados por el Estado, el grado de su subordinación a los intereses generales» (*Lenin*), aceptable y ventajoso para el campesinado y que permite al proletariado incorporar a la masa fundamental del campesinado a la edificación socialista. El campesinado encuentra ventajas en organizar la venta de sus mercancías y en el abastecimiento de sus haciendas con máquinas mediante el sistema de la cooperación, y, precisamente por ello, el campesinado tiene que seguir y seguirá el camino de la incorporación en masa al régimen cooperativo.

¿Y qué significa la incorporación en masa de las haciendas campesinas al régimen cooperativo, contando con la supremacía de la industria socialista?

Significa que la economía campesina de pequeña producción mercantil *abandonará* el viejo camino capitalista -que entraña la ruina en masa del campesinado- y *tomará* un nuevo camino, el camino de la edificación socialista.

He aquí porqué la lucha por el nuevo camino de desarrollo de la economía campesina, la lucha por la incorporación de la masa fundamental del campesinado a la edificación del socialismo es una tarea inmediata de nuestro Partido.

El XIV Congreso del PC(b) de la URSS ha procedido, por tanto, acertadamente, al decir que:

«El camino fundamental de la edificación del socialismo en el campo, a condición de que sea cada vez mayor la dirección económica ejercida por la industria estatal socialista, por las instituciones estatales de crédito y por otras posiciones dominantes en manos del proletariado, es el de incorporar la masa fundamental del campesinado a la organización cooperativa y asegurar el desarrollo socialista de esta organización, utilizando, venciendo y eliminando a sus elementos capitalistas» (v, la resolución del Congreso sobre el informe del CC).

El profundísimo error de la «nueva oposición»

consiste en no tener fe en este nuevo camino de desarrollo del campesinado, en no ver o no comprender que bajo la dictadura del proletariado ese camino es inevitable. Y no lo comprende porque no tiene fe en el triunfo de la edificación socialista en nuestro país, porque no tiene fe en la capacidad de nuestro proletariado para conseguir que el campesinado le siga por el camino del socialismo.

De aquí la incomprensión del doble carácter de la Nep, la exageración de los lados negativos de la Nep y su interpretación como un retroceso, fundamentalmente.

De aquí que se exagere el papel de los elementos capitalistas de nuestra economía y se disminuye el papel de las palancas de nuestro desarrollo socialista (la industria socialista, el sistema de crédito, la cooperación, el Poder del proletariado, etc.).

De aquí la incomprensión del carácter socialista de nuestra industria estatal y las dudas en cuanto al acierto del plan cooperativo de Lenin.

De aquí que se exagere el proceso de diferenciación en el campo; de aquí el pánico ante el kulak y que se disminuye el papel de los campesinas medios; de aquí los intentos de malograr la política del Partido encaminada a asegurar una alianza sólida con el campesino medio, y, en general, los continuos saltos de un extremo a otro en la cuestión de la política del Partido en el campo.

De aquí la incomprensión de la enorme labor realizada por el Partido para incorporar a las masas de millones y millones de obreros y de campesinos a la construcción de la industria y de la agricultura, a la obra de vivificar las cooperativas y los Soviets, a la administración del país, a la lucha contra el burocratismo, a la lucha por el mejoramiento y la transformación de nuestro aparato estatal, lucha que marca una nueva fase de desarrollo y sin la que no es concebible ninguna edificación socialista.

De aquí la desesperación y la desorientación ante las dificultades de nuestra obra de edificación, las dudas respecto a la posibilidad de llevar a cabo la industrialización de nuestro país, la charlatanería pesimista sobre la degeneración del Partido, etc.

Allí, en el campo burgués, todo marcha más o menos bien; en cambio en nuestro campo, en el campo proletario, todo marcha más o menos mal; si la revolución de los países occidentales no llega a tiempo, nuestra causa está perdida: he ahí el tono general de la «nueva oposición», tono que es, a mi juicio, liquidacionista, pero que la oposición quiere hacer pasar, por alguna razón (probablemente, para despertar la hilaridad), por «internacionalismo».

La Nep es el capitalismo, dice la aposición. La Nep es, fundamentalmente, un retroceso, dice Zinóviev. Todo eso es, naturalmente, falso. En realidad, la Nep es una política del Partido que admite la lucha entre los elementos socialistas y capitalistas y que se propone el triunfo de los elementos socialistas sobre los elementos capitalistas. En realidad, sólo el comienzo de la Nep ha sido un repliegue; pero lo que se persigue es efectuar en el curso del repliegue un reagrupamiento de fuerzas e iniciar la ofensiva. En realidad, llevamos ya unos cuantos años luchando con éxito a la ofensiva, pues vamos desarrollando nuestra industria, vamos desarrollando el comercio soviético, vamos desalojando de sus posiciones al capital privado.

Pero ¿cuál es el sentido de la tesis de que la Nep es el capitalismo, de que la Nep es, fundamentalmente, un retroceso? ¿De qué parte esta tesis?

Parte del falso supuesto de que en nuestro país se está llevando a cabo actualmente una simple restauración del capitalismo, un simple «retorno» del capitalismo. Sólo este supuesto puede explicar las dudas de la oposición respecto al carácter socialista de nuestra industria. Sólo este supuesto puede explicar el pánico de la oposición ante el kulak. Sólo este supuesto puede explicar la prisa con que la oposición se ha agarrado a las cifras falsas sobre la diferenciación del campesinado. Sólo este supuesto puede explicar que la oposición olvide con tanta facilidad que el campesino medio es, en nuestro país, la figura central de la agricultura. Sólo este supuesto puede explicar el menosprecio del peso del campesino medio y las dudas respecto al plan cooperativo de Lenin. Sólo este supuesto puede «motivar» la falta de fe de la «nueva oposición» en el nuevo camino de desarrollo del campo, en el camino de la incorporación del campo a la edificación socialista.

En realidad, en nuestro país no se está produciendo actualmente un proceso unilateral de restauración del capitalismo, sino un proceso bilateral de desarrollo del capitalismo y de desarrollo del socialismo, un proceso contradictorio de lucha de los elementos socialistas contra los elementos capitalistas, un proceso en el que los elementos socialistas van venciendo a los elementos capitalistas. Esto es tan indiscutible respecto a la ciudad, donde la base del socialismo es la industria del Estado, como respecto al campo, donde el asidero fundamental para el desarrollo socialista es la cooperación en masa ligada con la industria socialista.

La simple restauración del capitalismo es imposible, por el mero hecho de que el Poder, en nuestro país, es un Poder proletario, de que la gran industria está en manos del proletariado, de que los transportes y el crédito se hallan a disposición del Estado proletario.

El proceso de diferenciación en el campo no puede revestir las proporciones anteriores, el campesino medio sigue constituyendo la masa fundamental del campesinado, y el kulak no puede recobrar su fuerza anterior, aunque sólo sea por el

hecho de que en nuestro país la tierra está nacionalizada, ha dejado de ser una mercancía y nuestra política comercial, crediticia, fiscal y cooperativa tiende a restringir las tendencias explotadoras de los kulaks, elevar el bienestar de las grandes masas del campesinado y nivelar los extremos en el campo. Prescindo del hecho de que la lucha contra los kulaks se desarrolla actualmente en nuestro país no sólo en la vieja dirección, en la de organizar a los campesinos pobres contra los kulaks, sino también en una nueva dirección, en la de consolidar la alianza del proletariado y de los campesinos pobres con las masas de campesinos medios contra los kulaks. El que la oposición no comprenda el sentido y el alcance de la lucha contra los kulaks en esta segunda dirección, confirma una vez más que la oposición se desvía hacia el viejo camino de desarrollo del campo, hacia el camino del desarrollo capitalista, en el que el kulak y los campesinos pobres constituían las fuerzas fundamentales del campo, mientras que los campesinos medios «mermaban».

La cooperación es una modalidad del capitalismo de Estado, dice la oposición, remitiéndose al folleto de Lenin «El impuesto en especie», razón por la cual la oposición no tiene fe en la posibilidad de utilizar la cooperación como asidero principal para el desarrollo socialista. La oposición comete también aquí un error gravísimo. Esta interpretación de la cooperación era suficiente y satisfactoria en 1921, cuando fue escrito el folleto «El impuesto en especie», cuando no teníamos una industria socialista desarrollada, cuando Lenin concebía el capitalismo de Estado como posible forma fundamental de nuestra actividad económica y veía la cooperación en conexión con el capitalismo de Estado. Pero hoy, este modo de tratar el asunto ya no basta y está superado por la historia, pues de entonces acá los tiempos han cambiado, la industria socialista se ha desarrollado, el capitalismo de Estado no ha echado raíces en la medida apetecida, y la cooperación, que hoy abarca más de una decena de millones de miembros, ha comenzado a ligarse ya con la industria socialista.

¿Cómo, si no, puede explicarse que, ya a los dos años de haber escrito «El impuesto en especie», es decir, en 1923, Lenin comenzase a considerar la cooperación de un modo distinto, entendiendo que «bajo nuestras condiciones, a cada paso la cooperación coincide plenamente con el socialismo»? (v. t. XXVII, pág. 396).

¿Cómo se explica esto si no es por el hecho de que durante estos dos años la industria socialista tuvo tiempo de desarrollarse, mientras que el capitalismo de Estado no arraigó lo bastante, razón por la cual Lenin comenzó a considerar la cooperación, ya no en conexión con el capitalismo de Estado, sino en conexión con la industria socialista?

Las condiciones de desarrollo de la cooperación habían cambiado. Y, con ellas, tenía que cambiar también el modo de abordar el problema de la cooperación,

He aquí, por ejemplo, un notable pasaje tomado del folleto de Lenin «Sobre la cooperación» (1923), que arroja luz en este problema:

«En el capitalismo de Estado, las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas de Estado, en primer lugar, en que son empresas privadas y, en segundo lugar, en que son empresas colectivas. Bajo nuestro régimen actual, las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas privadas por ser empresas colectivas, pero *no se diferencian*[225] de las empresas socialistas, siempre y cuando que se basen en la tierra y empleen medios de producción pertenecientes al Estado, es decir, a la clase obrera» (v. t. XXVIII, pág. 396).

En este breve pasaje se resuelven dos grandes problemas. Primero, el problema de que «nuestro régimen actual» no es el capitalismo de Estado. Segundo, el problema de que las empresas cooperativas, consideradas en conexión con «nuestro régimen», «no se diferencian» de las empresas socialistas.

Creo que es difícil expresarse con mayor claridad.

Y he aquí otro pasaje tomado del mismo folleto de Lenin:

«Para nosotros, el simple desarrollo de la cooperación se identifica (salvo la «pequeña» excepción indicada más arriba) con el desarrollo del socialismo, y al mismo tiempo nos vemos obligados a reconocer el cambio radical producido en todo nuestro punto de vista sobre el socialismo» (v. lugar citado).

Es evidente que el folleto «Sobre la cooperación» nos sitúa ante un nuevo modo de apreciar la cooperación, cosa que la «nueva oposición» no quiere reconocer, silenciándolo cuidadosamente, a despecho de la realidad, a despecho de la verdad evidente, a despecho del leninismo.

Una cosa es la cooperación considerada en conexión con el capitalismo de Estado y otra cosa es la cooperación considerada en conexión con la industria socialista.

Sin embargo, de esto no se puede sacar la conclusión de que entre el trabajo «El impuesto en especie» y el folleto «Sobre la cooperación» media un abismo. Esto es, naturalmente, falso. Basta con remitirse, por ejemplo, al siguiente pasaje tomado de «El impuesto en especie», para comprender en seguida el lazo indisoluble que hay entre este trabajo y el folleto «Sobre la cooperación», en lo que se

[225] Subrayado por mí. *J. St.*

refiere al modo de apreciar la cooperación. He aquí el pasaje en cuestión:

«El paso de la práctica concesionista al socialismo es el paso de una forma de gran producción a otra forma de gran producción. El paso de la cooperación de los pequeños productores al socialismo es el paso de la pequeña producción a la gran producción, es decir, una transición más compleja, pero capaz, en cambio, de abarcar, en caso de éxito, a masas más extensas de la población, capaz de extirpar raíces más profundas y más vivaces de las viejas relaciones *presocialistas*[226], e incluso precapitalistas, que son las que mas resistencia oponen a toda «innovación»» (v, t. XXVI, pág. 337).

Por esta cita se ve que ya en el período de «El impuesto en especie», cuando todavía no teníamos una industria socialista desarrollada, Lenin reputaba posible transformar la cooperación, *en caso de éxito*, en un poderoso medio de lucha contra las relaciones «presocialistas», y, por tanto, contra las *relaciones capitalistas* también. Creo que fue precisamente esta idea la que le sirvió más tarde de punto de partida para su folleto «Sobre la cooperación».

Pero ¿qué se desprende de todo esto?

De todo esto se desprende que la «nueva oposición» no aborda el problema de la cooperación de un modo marxista, sino de una manera metafísica. No ve en la cooperación un fenómeno histórico, enfocado en conexión con otros fenómenos, en conexión, por ejemplo, con el capitalismo de Estado (en 1921) o con la industria socialista (en 1923), sino como algo inmutable, plasmado de una vez para siempre, como una «cosa en sí».

De aquí provienen los errores de la oposición en el problema de la cooperación; de aquí su falta de fe en que el campo se desarrolle hacia el socialismo a través de la cooperación; de aquí su desviación hacia el viejo camino, hacia el camino de desarrollo capitalista del campo.

Tal es, en términos generales, la actitud de la «nueva oposición» ante los problemas prácticos de la edificación socialista.

Sólo cabe una conclusión: la línea de la oposición -en la medida en que tiene una línea-, las vacilaciones y titubeos de la oposición, su falta de fe en nuestra causa y su desorientación frente a las dificultades, llevan a la capitulación ante los elementos capitalistas de nuestra economía.

En efecto, si la Nep es, fundamentalmente, un retroceso, si se pone en duda el carácter socialista de la industria de Estado, si el kulak es casi omnipotente, si hay que cifrar pocas esperanzas en la cooperación, si el papel del campesino medio baja en proporción progresiva, si el nuevo camino de desarrollo del campo es dudoso, si el Partido degenera o poco menos, y si la revolución en los países occidentales no está todavía cerca, ¿qué queda, después de todo esto, en el arsenal de la oposición?, ¿con qué cuenta la oposición para la lucha contra los elementos capitalistas de nuestra economía? Pues no se puede emprender la lucha contando solamente con la «Filosofía de la época»[227].

Es evidente que el arsenal de la «nueva oposición», si es que a eso se le puede llamar arsenal, no tiene nada de envidiable. No es un arsenal de armas para la lucha. Y mucho menos para el triunfo.

Es evidente que el Partido se vería perdido en «un dos por tres» si se lanzara a la pelea con semejante arsenal. Tendría que capitular lisa y llanamente ante los elementos capitalistas de nuestra economía.

Por eso, el XIV Congreso del Partido ha procedido con todo acierto al dejar sentado que «la lucha por el triunfo de la edificación socialista en la URSS es la tarea fundamental de nuestro Partido»; que una de las condiciones para cumplir esta tarea es «la lucha contra la falta de fe en la edificación del socialismo en nuestro país y contra las tentativas de considerar a nuestras empresas, que son empresas de tipo consecuentemente socialista» (*Lenin*), como empresas capitalistas de Estado»; que «semejantes corrientes ideológicas, al hacer imposible una actitud consciente de las masas ante la edificación del socialismo en general y de la industria socialista en particular, sólo sirven para frenar el desarrollo de los elementos socialistas de la economía y para facilitar la lucha del capital privado contra ellos»; y que «el Congreso considera, por tanto, necesario desplegar una amplia labor educativa con el fin de eliminar estas tergiversaciones del leninismo» (v. la resolución sobre el informe del CC del PC(b) de la URSS).

La significación histórica del XIV Congreso del PC(b) de la URSS consiste en que ha sabido poner al desnudo hasta sus raíces los errores de la «nueva oposición», en que ha repudiado su falta de fe y sus lamentaciones, en que ha trazado clara y nítidamente el camino para seguir luchando por el socialismo, en que ha dado al Partido perspectivas de triunfo y, con ello, ha infundido al proletariado una fe inquebrantable en el triunfo de la edificación socialista.

25 de enero de 1926.

[226] Subrayado por mí. *J. St.*

[227] «Filosofía de la época»: título de un artículo antipartido escrito por Zinóviev en 1925.

UNA VEZ MÁS SOBRE LA DESVIACIÓN SOCIALDEMÓCRATA EN NUESTRO PARTIDO

Informe ante el VII Pleno ampliado del CE de IC del 7 de diciembre de 1926

I. Observaciones previas

Camaradas: Antes de pasar al fondo de la cuestión permitidme que haga algunas observaciones previas.

1. Contradicciones del desarrollo interno del partido

La primera cuestión se refiere a la lucha dentro de nuestro Partido, lucha que no empezó ayer y que no cesa.

Si se toma la historia de nuestro Partido desde 1903, en que nació como grupo de los bolcheviques, y se siguen sus etapas posteriores, hasta nuestros días, puede decirse sin exageración que la historia de nuestro Partido es la historia de la lucha de las contradicciones en su seno, la historia de la superación de esas contradicciones y del fortalecimiento gradual de nuestro Partido sobre la base de la superación de esas contradicciones. Podría creerse que los rusos son demasiado pendencieros, que les gusta discutir, que engendran discrepancias y que, por eso, su Partido se desarrolla superando las contradicciones internas. Eso no es cierto, camaradas. No se trata de que seamos pendencieros. Se trata de la existencia de discrepancias de principio que surgen en el curso del desarrollo del Partido, en el curso de la lucha de clase del proletariado. Se trata de que las contradicciones sólo pueden ser superadas mediante la lucha por unos y otros principios, por unos u otros objetivos de la lucha, por unos u otros métodos de la lucha que conduce a un determinado objetivo. Se puede y se debe llegar a toda clase de acuerdos con los que piensan de otro modo dentro del Partido, cuando se trata de cuestiones de la política diaria, de cuestiones de carácter puramente práctico. Pero si esas cuestiones van ligadas a discrepancias de principio, ningún acuerdo, ninguna línea «intermedia» puede salvar la situación. No hay ni puede haber línea «intermedia» en las cuestiones de principio.

El trabajo del Partido debe basarse en unos principios o en otros. La línea «intermedia» en cuestiones de principio es la «línea» de la confusión, la «línea» de velar las discrepancias, la «línea» de la degeneración ideológica del Partido, la «línea» de la muerte ideológica del Partido.

¿Cómo viven y se desarrollan hoy día los partidos socialdemócratas del Occidente? ¿Hay dentro de ellos contradicciones, discrepancias de principio? Claro que sí. ¿Sacan a la superficie esas contradicciones y tratan de superarlas honrada y abiertamente, a la vista de las masas del partido? No. ¡Claro que no! La labor práctica de la socialdemocracia consiste en esconder, en ocultar esas contradicciones y discrepancias. La labor práctica de la socialdemocracia consiste en hacer de sus conferencias y congresos una vacía mascarada de bonanza de relumbrón, encubriendo y velando celosamente las discrepancias internas. Pero eso no puede llevar más que a la confusión y al empobrecimiento ideológico del partido. Esa es una de las causas de la caída de la socialdemocracia europea occidental, en tiempos revolucionaria y ahora reformista.

Pero nosotros no podemos vivir ni desarrollarnos así, camaradas. La política de la línea «intermedia», cuando se trata de principios, no es nuestra política. La política de la línea «intermedia», cuando se trata de principios, es la política de los partidos en decadencia y degeneración. Esa política no puede por menos de convertir el partido en un huero aparato burocrático, que da vueltas como una rueda loca y se encuentra divorciado de las masas obreras. Ese camino no es el nuestro.

Todo el pasado de nuestro Partido refrenda la afirmación de que su historia es la historia de la superación de las contradicciones en su seno y del fortalecimiento constante de sus filas sobre la base de esa superación.

Tomemos el primer período, el período de la «Iskra», o el del II Congreso de nuestro Partido, cuando por primera vez aparecieron dentro de él discrepancias entre bolcheviques y mencheviques y cuando las altas esferas de nuestro Partido se dividieron, en fin de cuentas, en dos partes: la parte bolchevique (Lenin) y la parte menchevique (Plejánov, Axelrod, Mártov, Zasúlich y Potrésov). Lenin estaba entonces solo. ¡Si supieseis la de gritos y alaridos que entonces se levantaron en torno a los «insustituibles», que se habían alejado de Lenin! Pero la experiencia de la lucha y la historia del Partido mostraron que esa divergencia tenía una base

de principios, que esa divergencia era una etapa necesaria para el nacimiento y el desarrollo de un partido verdaderamente revolucionario y verdaderamente marxista. La experiencia de la lucha mostró entonces, en primer lugar, que lo importante no era la cantidad, sino la calidad, y, en segundo lugar, que lo que hacía falta no era una unidad formal, sino que la unidad tuviese una base de principios. La historia mostró que Lenin tenía razón y que los «insustituibles» no la tenían. La historia mostró que, si no se hubieran superado esas contradicciones entre Lenin y los «insustituibles», no tendríamos un verdadero partido revolucionario.

Tomemos el período siguiente, el período de vísperas de la revolución de 1905, cuando los bolcheviques y los mencheviques seguían enfrentados todavía en el seno de un mismo partido, formando dos campos con dos plataformas completamente distintas; cuando los bolcheviques pisaban el umbral de la escisión formal del Partido y cuando, para defender la línea de nuestra revolución, se vieron obligados a convocar un congreso aparte (el III Congreso). ¿Por qué venció entonces el sector bolchevique del Partido?, ¿por qué se ganó las simpatías de la mayoría del Partido? Porque no veló las discrepancias de principio y luchó para superarlas aislando a los mencheviques.

Podría referirme también a la tercera fase del desarrollo de nuestro Partido, al período que siguió a la derrota de la revolución de 1905, al período de 1907, cuando una parte de los bolcheviques, los llamados «otsovístas», encabezados por Bogdánov, se apartaron del bolchevismo. Fue ese un período crítico en la vida de nuestro Partido. Fue un período en que bastantes bolcheviques de la vieja guardia abandonaron a Lenin y su Partido. Los mencheviques voceaban entonces la muerte de los bolcheviques. Sin embargo, el bolchevismo no murió, y la experiencia de la lucha demostró, en cosa de año y medio, que Lenin y su Partido tenían razón al luchar por la superación de las contradicciones dentro de las filas del bolchevismo. Esas contradicciones no fueron superadas velándolas, sino poniéndolas de relieve y luchando para bien y provecho de nuestro Partido.

Podría referirme asimismo al cuarto período de la historia de nuestro Partido, al período de 1911-1912, cuando los bolcheviques reconstruyeron el Partido, casi destrozado por la reacción zarista, y expulsaron a los liquidadores. Y en ese período, como en los precedentes, los bolcheviques reconstruyeron y consolidaron el Partido, no velando las discrepancias de principio con los liquidadores, sino poniéndolas de relieve y superándolas.

Podría señalar, después, la quinta fase del desarrollo de nuestro Partido, el período anterior a la Revolución de Octubre de 1917, cuando una parte de los bolcheviques, encabezada por ciertos líderes del Partido, vaciló y no quiso ir a la insurrección de Octubre, considerándola una aventura. Es sabido que los bolcheviques superaron también esa contradicción, no velando las discrepancias, sino en lucha abierta por la Revolución de Octubre. La experiencia de la lucha mostró que de no haber superado esas discrepancias hubiéramos podido colocar la Revolución de Octubre en una situación crítica.

Podría citar, en fin, los períodos siguientes del desarrollo de nuestra lucha en el seno del Partido, el período de la paz de Brest-Litovsk, el período de 1921 (discusión sobre los sindicatos) y los otros períodos, que vosotros conocéis y acerca de los cuales no voy a extenderme aquí. Es sabido que en todos esos períodos, lo mismo que en el pasado, nuestro Partido creció y se robusteció superando las contradicciones internas.

¿Qué resulta de todo esto?

Resulta que el PC(b) de la URSS ha crecido y se ha vigorizado superando las contradicciones internas.

Resulta que la superación de las contradicciones internas mediante la lucha es ley del desarrollo de nuestro Partido.

Podrá objetarse que se trata de una ley válida para el PC(b) de la URSS, pero no para los demás Partidos proletarios. Eso no es cierto. Se trata de una ley del desarrollo de todos los partidos más o menos grandes, lo mismo si se trata del Partido proletario de la URSS que de los Partidos proletarios del Occidente. Si en un partido pequeño de un país pequeño se puede de una manera u otra velar las discrepancias, tapándolas con la autoridad de una o varias personas, en un partido grande de un país grande es inevitable que el partido se desarrolle, crezca y se vigorice superando las contradicciones. Así fue en el pasado. Así es en el presente.

Yo desearía remitirme a la autoridad de Engels, quien dirigió con Marx, durante varios decenios, los Partidos proletarios del Occidente. Me refiero a la década del ochenta del pasado siglo, cuando en Alemania imperaba la ley de excepción contra los socialistas[228], Marx y Engels se encontraban emigrados en Londres y «Der Sozialdemokrat»[229], órgano clandestino de la socialdemocracia alemana, editado en el extranjero, dirigía de hecho la labor de este partido. Bernstein era entonces marxista revolucionario (aún no se había pasado a los

[228] La ley de excepción contra los socialistas fue decretada en Alemania, en 1878, por el gobierno Bismarck. Dicha ley prohibía todas las organizaciones del Partido Socialdemócrata, las organizaciones obreras de masas y la prensa obrera. En virtud de la ley de excepción se confiscaba la literatura socialista, y los socialdemócratas eran objeto de represiones. El Partido Socialdemócrata Alemán se vió obligado a pasar a la clandestinidad. Bajo la presión del movimiento obrero de masas, la ley fue abolida en 1890.

[229] «Der Sozialdemokrat» («El Socialdemócrata»): periódico clandestino, órgano de la socialdemocracia alemana; se publicó desde septiembre de 1879 hasta septiembre de 1890, primero en Zurich (Suiza) y a partir de octubre de 1888 en Londres.

reformistas), y Engels mantenía con él animada correspondencia acerca de las cuestiones más candentes en la política de la socialdemocracia alemana. Por aquel entonces (en 1882), Engels escribió a Bernstein:

«Al parecer, todo partido obrero de un país grande sólo puede desarrollarse en lucha interna, en consonancia completa con las leyes del desarrollo dialéctico en general. El partido alemán ha llegado a ser lo que es a través de la lucha librada entre los eisenachianos y los lassalleanos, y la pelea misma desempeñó aquí un papel importante. La unificación sólo fue posible cuando ya se había desgastado la banda de desclasados que Lassalle formó especialmente para que le sirviese de instrumento; y aún entonces los nuestros aceptaron con demasiada presteza la unificación. En Francia, esas gentes que han sacrificado, bien es verdad, la teoría bakuninista, pero que continúan utilizando los medios de lucha bakuninistas y, al mismo tiempo, quieren sacrificar el carácter de clase del movimiento a sus fines particulares, deberán también desgastarse antes de que vuelva a ser posible la unificación. Predicar en estas circunstancias la unificación sería una solemne estupidez. Los sermones de moral no curarán las enfermedades infantiles, que en las circunstancias actuales son inevitables» (v. «Archivo de *C. Marx y F. Engels*», libro I, págs. 324-325[230]).

Y añade Engels (en 1885) en otro lugar:

«Las contradicciones nunca pueden ser veladas por mucho tiempo y se resuelven mediante la lucha» (v. lugar citado, pág. 371).

Así, ante todo, debe explicarse la existencia de contradicciones en el seno de nuestro Partido y el desarrollo de éste superando las contradicciones mediante la lucha.

2. Origen de las contradicciones dentro del partido

Pero ¿de dónde proceden esas contradicciones y discrepancias?, ¿cuál es su origen?

Creo que el origen de las contradicciones en el seno de los Partidos proletarios reside en dos circunstancias.

¿Qué circunstancias son ésas?

Me refiero, en primer lugar, a la presión de la burguesía y de la ideología burguesa sobre el proletariado y su Partido en el ambiente de la lucha de clases, presión a la que a menudo ceden las capas menos firmes del proletariado y, por tanto, las capas menos firmes del Partido proletario. No puede considerarse que el proletariado esté aislado por completo de la sociedad, que se encuentre al margen de la sociedad. El proletariado es una parte de la sociedad, está ligado por numerosos hilos a las diversas capas de la sociedad. Pero el Partido es una parte del proletariado. Por eso, tampoco puede verse libre del contacto y de la influencia de las diversas capas de la sociedad burguesa. La presión de la burguesía y de su ideología sobre el proletariado y su Partido se manifiesta en que las ideas, las costumbres, los hábitos y el estado de ánimo de los burgueses penetran a menudo en el proletariado y su Partido a través de ciertas capas del proletariado, ligadas de una u otra manera con la sociedad burguesa.

Me refiero, en segundo lugar, a la heterogeneidad de la clase obrera, a la existencia de diversas capas dentro de la clase obrera. A mi modo de ver, el proletariado, como clase, podría ser dividido en tres capas.

Una capa la compone la masa fundamental del proletariado, su núcleo, su parte permanente; es la masa de proletarios «puros», que rompió hace ya mucho los lazos con la clase de los capitalistas. Esta capa del proletariado es el apoyo más seguro del marxismo.

La segunda capa la componen gentes salidas hace poco de clases no proletarias, de los campesinos, de las filas pequeñoburguesas, de los intelectuales. Esas gentes proceden de otras clases, hace poco que han pasado a formar parte del proletariado y llevan a la clase obrera sus hábitos, sus costumbres, sus vacilaciones, sus titubeos. Esta capa ofrece el terreno más propicio para el surgimiento de grupos anarquistas, semianarquistas y «ultraizquierdistas» de toda índole.

Finalmente, la tercera capa la compone la aristocracia obrera, la élite de la clase obrera, la parte más acomodada del proletariado, con sus tendencias al compromiso con la burguesía, con su aspiración predominante a adaptarse a los poderosos del mundo, con su afán de «hacer carrera». Esta capa ofrece el terreno más propicio para los reformistas y oportunistas declarados.

A pesar de su diferencia exterior, estas dos últimas capas de la clase obrera constituyen un medio más o menos común, que nutre al oportunismo en general: al oportunismo declarado, cuando predominan las tendencias de la aristocracia obrera, y al oportunismo encubierto con frases de «izquierda», cuando predominan las tendencias de las capas semipequeñoburguesas de la clase obrera, que no han roto aún por completo con el medio pequeñoburgués. El hecho de que las tendencias «ultraizquierdistas» coincidan muy a menudo con las tendencias del oportunismo declarado no tiene nada de asombroso. Lenin dijo en repetidas ocasiones que la oposición «ultraizquierdista» es el reverso de la oposición derechista, menchevique, declaradamente

[230] Véase la carta de F. Engels a Eduarto Bernstein del 20 de octubre de 1882.

oportunista. Y eso es muy cierto. Si el «ultraizquierdista» defiende la revolución sólo porque espera *mañana mismo* su triunfo, está claro que deberá caer en la desesperación y desilusionarse de la revolución si ésta se retrasa, si no triunfa mañana mismo.

Es lógico que a cada viraje en el desarrollo de la lucha de clases, a cada agudización de la lucha y aumento de las dificultades, la diferencia de opiniones, de hábitos y de estado de ánimo de las distintas capas del proletariado se deje sentir forzosamente en forma de determinadas discrepancias en el Partido; y la presión de la burguesía y su ideología debe acentuar necesariamente esas discrepancias, dándoles salida en forma de lucha dentro del Partido proletario.

Tal es el origen de las contradicciones y las discrepancias en el seno del Partido.

¿Es posible evitar esas contradicciones y discrepancias? No, no lo es. Suponer que puedan ser evitadas significaría engañarse a sí mismo. Engels tenía razón al decir que es imposible velar durante mucho tiempo las contradicciones en el seno del Partido, que esas contradicciones se resuelven mediante la lucha.

Eso no significa que el Partido deba convertirse en un club de debates. Al contrario. El Partido proletario es y debe seguir siendo la organización combativa del proletariado. Únicamente quiero decir que es imposible desentenderse de las discrepancias dentro del Partido y cerrar los ojos a ellas si son discrepancias de principio. Únicamente quiero decir que sólo mediante la lucha por una línea basada en los principios marxistas se podrá salvaguardar al Partido proletario de la presión y la influencia de la burguesía. Únicamente quiero decir que sólo superando sus contradicciones internas es posible sanear y fortalecer el Partido.

II. Particularidades de la oposición en el PC(b) de la URSS

Permitidme ahora que pase de las observaciones previas al problema de la oposición en el PC(b) de la URSS

Querría, ante todo, señalar algunas particularidades de la oposición en el seno de nuestro Partido. Me refiero a las particularidades externas, a las que saltan a la vista, sin tocar por el momento las discrepancias de fondo. Creo que se podrían reducir a tres particularidades principales. Se trata, en primer lugar, de que la oposición en el PC(b) de la URSS es una oposición *unificada*, y no una «simple» oposición, una oposición cualquiera. Se trata, en segundo lugar, de que la oposición se esfuerza por encubrir su oportunismo con frases de «izquierda», haciendo alarde de consignas «revolucionarias». Se trata, en tercer lugar, de que la oposición, por ser amorfa desde el punto de vista de los principios, se queja a cada paso de que no la han comprendido, de que sus líderes constituyen, en realidad, una fracción de «incomprendidos».

Empecemos por la primera particularidad. ¿A qué se debe que la oposición actúe en nuestro Partido como oposición *unificada*, como un bloque de todas las Corrientes condenadas antes por el Partido, y que, además, no actúe tan «sencillamente» sino encabezada por el trotskismo?

Se debe a las circunstancias siguientes.

En primer lugar, a que todas las corrientes unificadas en el bloque -los trotskistas, la «nueva oposición», los restos del «centralismo democrático»[231] y los restos de la «oposición obrera»[232]- son, en uno u otro grado, corrientes oportunistas, que lucharon contra el leninismo desde que surgieron o que han empezado a combatirlo en los últimos tiempos. Ni que decir tiene que este rasgo *común* debía facilitar su unificación en un bloque para la lucha contra el Partido.

En segundo lugar, al carácter crítico del período que atravesamos, a la circunstancia de que el actual período crítico ha vuelto a plantear tajantemente los problemas fundamentales de nuestra revolución; y como todas esas corrientes divergieron y continúan divergiendo de nuestro Partido en unos u otros problemas de la revolución, es natural que el carácter del período presente, resumen y balance de todas nuestras discrepancias, haya empujado a todas esas Corrientes a formar un bloque único, un bloque contra la línea fundamental de nuestro Partido. Huelga decir que esa circunstancia no ha podido por menos de facilitar la unificación de las diversas corrientes oposicionistas en un campo común.

En tercer lugar, a la circunstancia de que la fuerza poderosa y la cohesión de nuestro Partido, de un lado, y la debilidad de todas las corrientes oposicionistas, sin excepción, y su divorcio de las masas, de otro lado, debían condenar obligatoria y

---

[231] Se alude al grupo antipartido en el PC(b) de Rusia, que se intitulaba grupo del «centralismo democrático». Este grupo se formó en el período del comunismo de guerra. Los «centralistas democráticos» negaban el papel dirigente del Partido en los Soviets, se pronunciaban contra el mando único y la responsabilidad personal de los directores en la industria, contra la orientación leninista en las cuestiones de organización y pedían la libertad de fracciones y grupos en el Partido. El IX y el X Congresos del Partido condenaron categóricamente a los «centralistas democráticos». En 1927, el grupo de los «centralistas democráticos», con los elementos más activos de la oposición trotskista, fue expulsado del Partido por el XV Congreso del PC(b) de la URSS.

[232] La «oposición obrera»: grupo antipartido anarco-sindicalista en el PC(b) de Rusia; lo encabezaban Shliápnikov, Medviédev y otros. El grupo se formó en la segunda mitad de 1920 y luchó contra la orientación leninista del Partido. El X Congreso del PC(b) de Rusia condenó a la «oposición obrera» y determinó que la propaganda de las ideas de la desviación anarco-sindicalista era incompatible con la pertenencia al Partido Comunista. Más tarde, los restos de la «oposición obrera» derrotada se unieron al contrarrevolucionario trotskismo y fueron aplastados, como enemigos del Partido y del Poder Soviético.

evidentemente al fracaso la lucha de esas corrientes por separado contra el Partido; de ahí que las corrientes oposicionistas debieran ir inevitablemente a la *unificación* de sus fuerzas, para compensar con la suma de los diversos grupos su debilidad y elevar, de este modo, aunque fuera en apariencia, las probabilidades de la oposición.

¿Y a qué se debe que sea precisamente el trotskismo el que marcha a la cabeza del bloque oposicionista?

En primer lugar, a que el trotskismo es la corriente más acabada del oportunismo en nuestro Partido entre todas las corrientes oposicionistas (el V Congreso de la Internacional Comunista estaba en lo cierto al calificar al trotsikismo de desviación pequeñoburguesa[233]).

En segundo lugar, a que ninguna otra corriente oposicionista en el seno de nuestro Partido sabe con tanta habilidad y arte como el trotskismo enmascarar su oportunismo con frases de «izquierda» y rrrrevolucionarias.

Este no es el primer caso en la historia de nuestro Partido en que el trotskismo se pone a la cabeza de las corrientes oposicionistas para atacar al Partido. Querría remitirme a un conocido precedente en la historia de nuestro Partido, de los años 1910-1914, cuando, encabezado por Trotski, se formó el bloque de corrientes oposicionistas antipartido que recibió el nombre de Bloque de Agosto. Querría remitirme a ese precedente porque es como un prototipo del actual bloque oposicionista. Entonces Trotski coligó contra el Partido a los liquidadores (Potrésov, Mártov y otros), a los otsovistas (grupo de «Vperiod») y a su propio grupo. Y ahora trata de unificar en un bloque oposicionista a la «oposición obrera», a la «nueva oposición» y a su propio grupo.

Es sabido que Lenin luchó entonces contra el Bloque de Agosto en el transcurso de tres años. He aquí lo que Lenin decía del Bloque de Agosto entonces, en los comienzos de su formación:

«Por eso declaramos, *en nombre del Partido en su conjunto*, que Trotski mantiene una política antipartido, que él *rompe con las leyes* del Partido y entra en la vía de la *aventura y la escisión*... Calla Trotski esta verdad indiscutible porque los fines *reales* de su política no soportan la verdad. Y los fines reales se ponen cada vez más en claro y se hacen evidentes incluso para los militantes menos perspicaces. Esos fines reales son *el bloque antipartido de los Potrésov con los de «Vperiod»*, bloque que Trotski apoya y organiza... Este bloque, naturalmente, apoyará el «fondo» de Trotski y la conferencia antipartido que él convoca, pues los Potrésov y los de «Vperiod» obtienen aquí lo que necesitan: libertad para sus fracciones, consagración de éstas, encubrimiento de su actividad y su defensa abogacil ante los obreros.

Y precisamente desde el punto de vista de las «bases de principio», no podemos por menos de estimar este bloque una aventura en el sentido más exacto de la palabra. Trotski *no se atreve* a decir que en Potrésov y en los otsovistas ve a marxistas auténticos, a verdaderos defensores de los principios socialdemócratas. La esencia de la posición del aventurero reside en que se ve obligado a escurrir el bulto permanentemente… El bloque de Trotski con Potrésov y los de «Vperíod» es una aventura precisamente desde el punto de vista de las «bases de principio». No es menos cierto esto desde el punto de vista de las tareas *políticas del Partido*... La experiencia del año transcurrido desde el Pleno ha mostrado en la práctica que precisamente los grupos de Potrésov, precisamente la fracción de «Vperiod» *encarnan* esta influencia burguesa en el proletariado.... Por último, en tercer lugar, la política de Trotski es una aventura en el sentido de *organización*, pues, según hemos señalado ya, rompe con las leyes del Partido y, al organizar la conferencia sólo en nombre de un grupo del extranjero (o en nombre del bloque de *dos* fracciones antipartido: la de «Golos Sotsial-Demokrata» y la de «Vperiod»), entra francamente en la vía de la escisión» (v. t. XV, págs. 6.5, 67-70).

Así se manifestaba Lenin acerca del primer bloque, encabezado por Trotski, de corrientes antipartido.

Lo mismo debe decirse, en lo fundamental, pero con mayor crudeza todavía, del bloque actual, también encabezado por Trotski, de corrientes antipartido.

A eso obedece que nuestra oposición actúe ahora como oposición unificada, y no «sencillamente», sino encabezada por el trotskismo.

Eso es lo que se puede decir de la primera particularidad de la oposición.

Pasemos a la segunda particularidad. Ya he dicho que la segunda particularidad de la oposición consiste en sus grandes esfuerzos para encubrir su labor oportunista con frases de «izquierda», «revolucionarias». No creo posible extenderme aquí acerca de los hechos demostrativos de las constantes divergencias entre las palabras «revolucionarias» y la labor oportunista de nuestra oposición. Bastará examinar las tesis sobre la oposición aprobadas en la XV Conferencia del PC(b) de la URSS[234], para

---

[233] El V Congreso Mundial de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú del 17 de junio al 8 de julio de 1924, después de discutir «La situación económica de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y la discusión en el PC(b) de Rusia», apoyó unánimemente al Partido Bolchevique en su lucha contra el trotskismo.

[234] La XV Conferencia del PC(b) de la URSS se celebró del 26 de octubre al 3 de e noviembre de 1926. J. V. Stalin, por encargo del Buró Político del C.C. del PC(b) de la URSS, escribió las

comprender el mecanismo de ese enmascaramiento. Yo desearía aducir únicamente algunos ejemplos de la historia de nuestro Partido, indicativos de que dentro de él todas las corrientes oposicionistas surgidas en el período posterior a la toma del Poder, han tratado de solapar sus actos no revolucionarios con frases «revolucionarias», criticando invariablemente «desde la izquierda» al Partido y su política.

Tomemos, por ejemplo, a los comunistas «de izquierda», que intervinieron contra el Partido en el período de la paz de Brest-Litovsk (1918). Es sabido que criticaban al Partido «desde la izquierda», manifestándose contra la paz de Brest-Litovsk y calificando la política del Partido de oportunista, de no proletaria, de conciliadora en relación con los imperialistas. Y en la práctica resultó que, al manifestarse contra la paz de Brest-Litovsk, los comunistas «de izquierda» impedían al Partido obtener una «tregua», necesaria para organizar y fortalecer el Poder Soviético, ayudaban a los eseristas y a los mencheviques, contrarios entonces a la paz de Brest-Litovsk, y facilitaban la labor del imperialismo, que quería estrangular en ciernes al Poder Soviético.

Tomemos la «oposición obrera» (1921). Es sabido que también ella criticaba al Partido «desde la izquierda», «machacando» por todos los medios la política de la Nep, «haciendo añicos» la tesis de Lenin de que la restauración de la industria debía empezar por el desarrollo de la agricultura, que proporciona a la industria las materias primas y los comestibles necesarios; «estigmatizando» esta tesis de Lenin como un olvido de los intereses del proletariado y como una desviación campesina. Y en la práctica resultó que, sin la política de la Nep, sin el desarrollo de la agricultura, que proporciona materias primas y comestibles a la industria, no tendríamos industria alguna, y el proletariado se habría visto en un estado de desclasamiento. Además, sabido es hacia dónde se desarrolló después de esto la «oposición obrera», si fue hacia la derecha o hacia la izquierda,

Tomemos, finalmente, el trotskismo, que lleva ya varios años criticando a nuestro Partido «desde la izquierda» y es, al mismo tiempo, como acertadamente lo calificó el V Congreso de la Internacional Comunista, una desviación pequeñoburguesa, ¿Qué puede haber de común entre una desviación pequeñoburguesa y el verdadero espíritu revolucionario? ¿No está claro que, en este caso, las frases «revolucionarias» no son sino la cobertura de la desviación pequeñoburguesa?

No hablo ya de la «nueva oposición», cuyos gritos «izquierdistas» tienen por objeto encubrir su entrega al trotskismo.

¿Qué nos dicen todos estos hechos?

Que el enmascaramiento «izquierdista» de la labor oportunista es uno de los rasgos más característicos de todas y cada una de las corrientes oposicionistas dentro de nuestro Partido en el período posterior a la toma del Poder.

¿A qué se debe este fenómeno?

Se debe al espíritu revolucionario del proletariado de la URSS, a las formidables tradiciones revolucionarias vivas en el seno de nuestro proletariado. Se debe al odio manifiesto de los obreros de la URSS a los elementos antirrevolucionarios, a los elementos oportunistas. Se debe a que nuestros obreros no harían el menor caso a un oportunista declarado; por eso, el enmascaramiento «revolucionario» es el cebo que, aunque sólo sea por sus apariencias, debe de llamar la atención de los obreros e infundirles confianza en la oposición. Nuestros obreros no pueden comprender, por ejemplo, cómo los obreros ingleses no han caído hasta ahora en la cuenta de ahogar a los traidores del tipo de Thomas, de echarlos a un pozo. Cualquiera que conozca a nuestros obreros, comprenderá fácilmente que individuos de la calaña de Thomas, que oportunistas como Thomas no podrían vivir tranquilamente entre los obreros soviéticos. Es sabido, sin embargo, que los obreros ingleses, lejos de manifestar el propósito de ahogar a los señores Thomas, todavía los reeligen para el Consejo General[235], y no los reeligen simplemente, sino incluso organizan una manifestación. Está claro que para esos obreros no hace falta poner al oportunismo una careta revolucionaria, pues no tienen ningún inconveniente en admitir en su seno a los oportunistas tal y como son.

¿A qué se debe esto? Se debe a que los obreros ingleses carecen de tradiciones revolucionarias. Esas tradiciones revolucionarias se están formando ahora. Nacen y se desarrollan, y no hay motivo para dudar de que los obreros ingleses se están templando en combates revolucionarios. Y mientras eso no exista, la diferencia entre los obreros ingleses y los obreros soviéticos seguirá en pie. Ello, precisamente, explica la circunstancia de que en nuestro Partido sea peligroso para los oportunistas acercarse a los obreros de la URSS sin cierto enmascaramiento «revolucionario».

Ahí radican las causas del enmascaramiento «revolucionario» del bloque oposicionista.

Finalmente, acerca de la tercera particularidad de la oposición. Ya he dicho que esa particularidad consiste en la amorfia del bloque oposicionista en cuanto a los principios, en su carencia de principios, en su carácter amiboideo y en las quejas de los líderes de la oposición -quejas derivadas de todo eso- cuando dicen a cada paso que «no los han

tesis «El bloque de oposición en el PC(b) de la URSS». El 3 de noviembre, las tesis fueron aprobadas unánimemente por la Conferencia como resolución de la misma.

[235] El Consejo General: órgano ejecutivo del Congreso de las Tradeuniones Británicas; fue elegido por primera vez en 1921.

comprendido», que los han «tergiversado», que les han atribuido lo que «no dijeron», etc. Se trata, en verdad, de la fracción de los «incomprendidos». La historia de los Partidos proletarios dice que esa particularidad («¡no nos han comprendido!») es la más frecuente y la más extendida entre el oportunismo en general. Debéis saber, camaradas, que exactamente lo mismo les «sucedió» a Bernstein, a Vollmar, a Auer y a otros notorios oportunistas en las filas de la socialdemocracia alemana a fines del último decenio del siglo XIX y comienzos del siglo XX, cuando la socialdemocracia alemana era revolucionaria y cuando esos oportunistas recalcitrantes estuvieron lamentándose muchos años de que «no los habían comprendido», de que los habían «tergiversado». Es sabido que la fracción de Bernstein era llamada entonces por los socialdemócratas revolucionarios alemanes la fracción de los «incomprendidos». No puede estimarse una casualidad el que, como vemos, haya que clasificar al bloque oposicionista en la categoría de las fracciones de «incomprendidos».

Tales son las particularidades principales del bloque oposicionista.

III. Las discrepancias en el PC(b) de la URSS

Basemos a las discrepancias de fondo.

Me parece que nuestras discrepancias podrían concretarse en unas cuantas cuestiones fundamentales. No voy a referirme a ellas detalladamente, pues hay poco tiempo y el informe ya se va alargando. Tanto más cuanto que disponéis de materiales acerca de las cuestiones en el PC(b) de la URSS, los cuales, aunque adolecen, ciertamente, de algunos errores de traducción, dan una idea clara de las discrepancias en nuestro Partido.

1. Cuestiones de la edificación socialista

Primera cuestión. La primera cuestión es la que se refiere a la posibilidad del triunfo del socialismo en un solo país, a la posibilidad de la edificación victoriosa del socialismo. No se trata, claro, de Montenegro, ni siquiera de Bulgaria, sino de nuestro país, de la URSS. Se trata de un país en el que existió y se desarrollaba el imperialismo, en el que hay cierto mínimo de gran industria, en el que hay cierto mínimo de proletariado, en el que hay un partido que dirige al proletariado. ¿Es posible, pues, la victoria del socialismo en la URSS, se puede llevar a cabo en ella la edificación del socialismo basándose en las fuerzas interiores de nuestro país, basándose en las posibilidades de que dispone el proletariado de la URSS?

Pero ¿qué significa llevar a cabo la edificación del socialismo, si expresamos esta fórmula en un lenguaje concreto de clase? Llevar a cabo la edificación del socialismo en la URSS significa vencer en el curso de la lucha, con nuestras propias fuerzas, a nuestra burguesía, a la burguesía Soviética. El problema se reduce, por tanto, a saber si el proletariado de la URSS, es capaz de vencer a la burguesía propia, a la burguesía soviética. Por eso, cuando se pregunta si es posible llevar a cabo la edificación del socialismo en la URSS, con ello se quiere decir: ¿es capaz el proletariado de la URSS de vencer con sus propias fuerzas a la burguesía de la URSS? Así y sólo así se plantea la cuestión cuando se trata de resolver el problema de la edificación del socialismo en nuestro país.

El Partido da una respuesta afirmativa, pues arranca de la idea de que el proletariado de la URSS, la dictadura proletaria en la URSS, puede vencer a la burguesía del país con sus propias fuerzas.

Si esto no fuese así, si el Partido no tuviese base para afirmar que el proletariado de la URSS es capaz de llevar a cabo la edificación de la sociedad socialista, a pesar del relativo atraso técnico de nuestro país, no tendría ningún fundamento para seguir en el Poder, debería abandonar el Poder, de una manera o de otra, y pasar a ser un partido de oposición.

Porque una de dos:

o podemos edificar el socialismo y dar cima a su edificación, venciendo a nuestra burguesía «nacional», en cuyo caso el Partido está obligado a seguir en el Poder y a dirigir la edificación socialista en el país, en aras de la victoria del socialismo en todo el mundo;

o no estamos en condiciones de vencer con nuestras propias fuerzas a nuestra burguesía, en cuyo caso, tomando en consideración la falta de apoyo inmediato del exterior, por parte de una revolución victoriosa en otros países, debemos abandonar honrada y francamente el Poder y orientarnos a la organización de otra revolución en la URSS en el futuro.

¿Puede un partido engañar a su clase, en este caso a la clase obrera? No, no puede. El partido que lo hiciese merecería ser destrozado. Pero precisamente porque nuestro Partido no tiene derecho a engañar a la clase obrera, debería decir sin rodeos que la falta de confianza en la posibilidad de llevar a cabo la edificación del socialismo en nuestro país conduce al abandono del Poder y al paso de nuestro Partido de la situación de partido gobernante a la de partido de oposición.

Nosotros hemos conquistado la dictadura del proletariado y creado con ello la base *política* para el avance hacia el socialismo. ¿Podemos crear con nuestras propias fuerzas la base *económica* del socialismo, los nuevos cimientos económicos, necesarios para llevar a cabo la edificación del socialismo? ¿Cuál es la esencia económica, la base económica del socialismo? ¿No será hacer de la tierra un «paraíso celestial» y conseguir que todo el mundo viva en la abundancia? No, no se trata de eso. Esa es

una idea adocenada y pequeñoburguesa de la esencia económica del socialismo. Crear la base económica del socialismo significa fundir la agricultura con la industria socialista en un todo económico único, subordinar la agricultura a la dirección de la industria socialista, organizar las relaciones entre la ciudad y el campo sobre la base del intercambio de productos de la agricultura y de la industria, cerrar y suprimir todos los canales que contribuyen a la gestación de las clases y, en primer término, del capital; crear, en fin de cuentas, unas condiciones de producción y de distribución que conduzcan de manera directa e inmediata a la supresión de las clases.

He aquí lo que decía a este particular el camarada Lenin en el período en que se implantaba la Nep y, el problema de la construcción de los cimientos socialistas de la economía nacional se planteó en toda su magnitud ante el Partido:

«Sustituir el sistema de contingentación por el impuesto; su significación de principio: del comunismo «de guerra» a unos cimientos socialistas *acertados*. Ni el sistema de contingentación ni el impuesto, sino el intercambio de productos de la gran industria («socializada») por productos campesinos: tal es la *esencia* económica del socialismo, su base» (v. t. XXVI, págs. 311-312)

Así entiende Lenin el problema de la creación de la base *económica* del socialismo.

Ahora, bien, para fundir la agricultura con la industria socializada se necesita disponer, ante todo, de una amplia red de organismos de distribución de productos, de una amplia red de cooperativas, lo mismo de consumo que agrícolas, o de producción. Lenin partía precisamente de esa tesis cuando dijo en su folleto «Sobre la cooperación»:

«Bajo nuestras condiciones, a cada paso la cooperación coincide plenamente con el socialismo» (v. t. XXVII, pág. 396).

Así, pues, ¿puede el proletariado de la URSS construir con sus propias fuerzas la base económica del socialismo en las condiciones de cerco capitalista en que se encuentra nuestro país?

El Partido da a esta pregunta una respuesta *afirmativa* (v, la resolución de la IV Conferencia del PC(b) de Rusia[236]). Lenin da a esta pregunta una respuesta afirmativa (v., aunque sólo sea, su folleto «Sobre la cooperación»). Toda nuestra labor práctica de edificación da a esta pregunta una respuesta afirmativa, pues la parte del sector socialista de nuestra economía crece, de año en año, a cuenta de la parte del capital privado, lo mismo en la producción que en la circulación, al tiempo que, de año en año, decae el papel del capital privado en relación con el papel de los elementos socialistas de nuestra economía.

¿Y cómo responde a esa pregunta la oposición?

La oposición da a esta pregunta una respuesta *negativa*.

Resulta que la victoria del socialismo en nuestro país es posible, que puede considerarse garantizada la posibilidad de construir la base económica del socialismo.

¿Significa esto que pueda calificarse tal victoria de victoria completa, de victoria definitiva del socialismo, que garantice al país constructor del socialismo contra todo peligro del exterior, contra el peligro de intervención imperialista y contra el consiguiente peligro de restauración? No, no significa eso. Mientras el problema de llevar a cabo la edificación del socialismo en la URSS es el de vencer a la burguesía propia, a la burguesía «*nacional*», el problema de la victoria definitiva del socialismo es el de vencer a la burguesía *mundial*. El Partido dice que el proletariado de un solo país no está en condiciones de vencer con sus propias fuerzas a la burguesía mundial. El Partido dice que, para la victoria definitiva del socialismo en un solo país, se necesita vencer, o por lo menos neutralizar, a la burguesía mundial. El Partido dice que esa tarea únicamente puede ser cumplida por el proletariado de varios países. Por eso, la victoria definitiva del socialismo en uno u otro país presupone el triunfo de la revolución proletaria en unos cuantos países, por lo menos.

Este problema no despierta en nuestro Partido discrepancias particulares y, por eso, no me extenderé en él; quien se interese, puede recurrir a los materiales del CC de nuestro Partido, distribuidos hace unos días entre los miembros del Pleno ampliado del CE de la Internacional Comunista.

2. Los factores de la «tregua»

Segunda cuestión. La segunda cuestión se refiere al problema de la presente situación internacional de la URSS, de las condiciones del período de «tregua» en cuyo curso empezó y se ha desarrollado en nuestro país la edificación del socialismo. Nosotros podemos y debemos edificar el socialismo en la URSS Mas, para edificar el socialismo, lo primero que hace falta es existir. Se necesita una «tregua», se necesita que no haya guerra, que no haya tentativas de intervención; se necesita conquistar cierto mínimo de condiciones internacionales, indispensables para existir y edificar el socialismo.

Cabe preguntar: ¿en qué descansa la actual situación internacional de la República de los Soviets?, ¿a qué se debe el actual período «pacífico» de desarrollo de nuestro país en sus relaciones con

[236] Se alude a la resolución de la XIV Conferencia del PC(b) de Rusia «Sobre las tareas de la Internacional Comunista y del PC(b) de Rusia, en relación con el Pleno ampliado del CE de la Internacional Comunista».

los países capitalistas?, ¿en qué se basa la «tregua» o el período de «tregua» conquistado, que no permite al mundo capitalista tentativas inmediatas de intervención seria y que crea las necesarias condiciones exteriores para la edificación del socialismo en nuestro país, habiéndose demostrado que el peligro de intervención existe y existirá todavía y que este peligro únicamente puede ser suprimido por la victoria de la revolución proletaria en varios países?

El actual período de «tregua» se basa, por lo menos, en cuatro hechos principales:

Primero, en las contradicciones en el campo de los imperialistas, que no se debilitan y dificultan una confabulación contra la República de los Soviets.

Segundo, en las contradicciones entre el imperialismo y las colonias, en el ascenso del movimiento de liberación en las colonias y países dependientes.

Tercero, en el ascenso del movimiento revolucionario en los países capitalistas y la creciente simpatía de los proletarios de todos los países hacia la República de los Soviets. Los proletarios de los países capitalistas no están *todavía* en condiciones de apoyar a los proletarios de la URSS con la revolución contra sus capitalistas. Pero los capitalistas de los Estados imperialistas no están *ya* en condiciones de lanzar a «sus» obreros contra el proletariado de la URSS, pues las simpatías de los proletarios de todos los países hacia la República de los Soviets aumentan y no pueden por menos de ser mayores cada día. Y ahora es imposible hacer la guerra sin los obreros.

Cuarto, en la fuerza y el poderío del proletariado de la URSS, en los éxitos de su edificación socialista, en la fuerza de la organización de su Ejército Rojo.

Estas condiciones y otras semejantes, conjugadas, originan el período de «tregua» que caracteriza la presente situación internacional de la República de los Soviets.

3. Unidad e indivisibilidad de las tareas «nacionales» e internacionales de la revolución

Tercera cuestión. La tercera cuestión se refiere al problema de las tareas «nacionales» e internacionales de la revolución proletaria en uno u otro país. El Partido arranca del criterio de que las tareas «nacionales» e internacionales del proletariado de la URSS se funden en una misma tarea, en la tarea general de liberar del capitalismo a los proletarios de todos los países; de que los intereses de la edificación del socialismo en nuestro país y los intereses del movimiento revolucionario de todos los países se funden íntegra y completamente en un mismo interés, en el interés general de la victoria de la revolución socialista en todos los países.

¿Qué ocurriría si los proletarios, de todos los países no simpatizasen con la República de los Soviets y no le prestasen su apoyo? Tendríamos la intervención y la derrota de la República de los Soviets.

¿Qué ocurriría si el capital consiguiera derrotar a la República de los Soviets? Advendría la época de la reacción más negra en todos los países capitalistas y en las colonias, empezarían a aplastar a la clase obrera y a los pueblos oprimidos, serían barridas las posiciones del comunismo internacional.

¿Qué ocurrirá si se incrementan y crecen la simpatía y el apoyo de los proletarios de todos los países a la República de los Soviets? Esto facilitará sobremanera la edificación del socialismo en la URSS.

¿Qué ocurrirá si aumentan en la URSS los éxitos de la edificación socialista? Esto mejorará sobremanera las posiciones revolucionarias de los proletarios de todos los países en su lucha contra el capital, quebrantará las posiciones del capital internacional en su lucha contra el proletariado y elevará a un escalón superior las probabilidades del proletariado mundial.

Pero de eso se deduce que los intereses y las tareas del proletariado de la URSS se entrelazan y se ligan indisolublemente con los intereses y las tareas del movimiento revolucionario de todos los países; y viceversa, las tareas de los proletarios revolucionarios de todos los países se ligan indisolublemente con las tareas y los éxitos de los proletarios de la URSS en el frente de la edificación socialista.

Por eso, contraponer las tareas «nacionales» de los proletarios de uno u otro país a las tareas internacionales, significa cometer un profundísimo error en política.

Por eso, presentar el afán y la pasión en la lucha de los proletarios de la URSS en el frente de la edificación socialista como indicio de «aislamiento nacional» y de «estrechez nacional», como a veces lo hacen nuestros oposicionistas, significa perder el juicio o volver a la infancia.

Por eso, la afirmación de la unidad y la indivisibilidad de los intereses y las tareas de los proletarios de un país con los intereses y las tareas de los proletarios de todos los países, es el camino más seguro para la victoria del movimiento revolucionario de los proletarios de todos los países.

Precisamente por eso, la victoria de la revolución proletaria en un solo país no es un fin en sí, sino un medio y una ayuda para el desarrollo y la victoria de la revolución en todos los países.

Por eso, edificar el socialismo en la URSS significa impulsar la causa común de los proletarios de todos los países, significa forjar la victoria sobre el capital, no sólo en la URSS, sino en todos los países capitalistas, pues la revolución de la URSS es parte de la revolución mundial, es el principio y la base de su desarrollo.

4. En torno a la historia del problema de la edificación del socialismo

Cuarta cuestión. La cuarta cuestión se refiere a la historia del problema que examinamos. La oposición afirma que el problema de la edificación del socialismo en un solo país fue planteado por primera vez en nuestro Partido en 1925. En todo caso, Trotski manifestó claramente en la XV Conferencia: «¿Por qué se pide el reconocimiento teórico de la posibilidad de llevar a cabo la edificación del socialismo en un solo país? ¿De dónde ha salido esa perspectiva? ¿Por qué no planteó nadie este problema hasta 1925?»

Resulta, pues, que hasta 1925 el problema no fue planteado en nuestro Partido. Resulta que sólo Stalin y Bujarin lo han planteado en el Partido, y que lo hicieron en 1925.

¿Es cierto eso? No, no lo es.

Yo afirmo que el problema de la edificación de la economía socialista en un solo país fue planteado por primera vez en el Partido por Lenin, ya en 1915. Yo afirmo que fue precisamente Trotski quien entonces se manifestó en contra de Lenin. Yo afirmo que, a partir de entonces, es decir, a partir de 1915, el problema de la edificación de la economía socialista en un solo país ha figurado repetidas veces en nuestra prensa y en nuestro Partido.

Acudamos a los hechos.

a) Año 1915. Artículo de Lenin en el Órgano Central de los bolcheviques («Sotsial-Demokrat»[237]): «La consigna de los Estados Unidos de Europa». He aquí lo que dice Lenin en este artículo:

«Como consigna independiente, la de los Estados Unidos del mundo dudosamente sería justa, en primer lugar, porque se funde con el socialismo y, en segundo lugar, porque podría conducir a la falsa idea de la imposibilidad de la victoria del socialismo en un solo país y a una interpretación errónea de las relaciones de este país con los demás.

La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De aquí se deduce que es posible que la victoria del socialismo empiece por unos cuantos países capitalistas, o incluso por un solo país capitalista. El proletariado triunfante de este país, *después de expropiar a los capitalistas y de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras*[238], *se enfrentaría* con el resto del mundo, con el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, levantando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario, incluso la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados»... Pues «la libre unión de las naciones en el socialismo, es imposible sin una lucha tenaz, más o menos prolongada, de las repúblicas socialistas contra los Estados atrasados» (v. t. XVIII, págs. 232-233).

Y he aquí lo que Trotski replica el mismo año de 1915, en «Nashe Slovo»[239], periódico que él dirigía:

««La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo». De aquí deducía «Sotsial-Demokrat» (en 1915 órgano central de los bolcheviques, que insertó el artículo de Lenin. *J. St.*) que la victoria del socialismo en un solo país es posible y, por tanto, no hay por qué supeditar la dictadura del proletariado en cada país a la formación de los Estados Unidos de Europa... Que ningún país debe «aguardar» a los otros en su lucha, es una idea elemental que es útil y necesario repetir, para que la idea de una acción internacional paralela no sea sustituida por la idea de una inactividad internacional expectante. Sin aguardar a los demás, comenzamos y continuamos la lucha en el terreno nacional, con la plena seguridad de que nuestra iniciativa impulsará la lucha en otros países; y, si esto no sucediese, *no hay ningún fundamento para suponer* -así lo atestiguan la experiencia histórica y las consideraciones teóricas- que *la Rusia revolucionaria*, por ejemplo, podría *sostenerse frente a la Europa conservadora o que la Alemania socialista podría subsistir aislada en un mundo capitalista*. Examinar las perspectivas de la revolución social dentro de un marco nacional significaría ser víctima de esa *estrechez nacional* que constituye la esencia del social-patriotismo»[240] (Trotski, «1917», t. III, parte I, págs. 89-90).

Veis, pues, que de la «organización de la producción socialista» habló Lenin ya en 1915, en vísperas de la revolución democrático-burguesa de Rusia, en el período de la guerra imperialista, cuando el problema de la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución Socialista estaba a la orden del día.

Veis, pues, que quien entonces se opuso al camarada Lenin fue precisamente Trotski; y éste sabía, evidentemente, que el artículo de Lenin trataba de la «victoria del socialismo» y de la posibilidad de «organizar la producción socialista en un solo país».

Veis, pues, que la imputación de «estrechez

---

[237] «Sotsial-Demokrat» («El Socialdemócrata»): periódico clandestino, órgano central del P.O.S.D.R. Se publicó desde febrero de 1908 hasta enero de 1917, salieron 58 números. El primer número apareció en Rusia; posteriormente, se editó en el extranjero, al principio en París y luego en Ginebra. A partir de diciembre de 1911, el «Sotsial-Demokat» era redactado por V. 1. Lenin. En el periódico aparecieron varios artículos de J. V. Stalin. El artículo de V. 1. Lenin «La consigna de los Estados Unidos de Europa» fue publicado el 23 de agosto de 1915 en el núm. 44 de «Sotsial-Demokrat».

[238] Subrayado por mí. *J. St.*

[239] «Nashe Slovo» («Nuestra Palabra»): periódico menchevique-trotskista; se publicó en París desde enero de 1915 hasta septiembre de 1916.

[240] Subrayado por mí. *J. St.*

nacional» la hizo por primera vez Trotski ya en 1915, no contra Stalin o Bujarin, sino contra Lenin.

Ahora Zinóviev lanza a menudo la ridícula Imputación de «estrechez nacional». No comprende, por lo visto, que repite y, de ese modo, restaura la tesis de Trotski, dirigida contra Lenin y su Partido.

b) Año 1919. Artículo de Lenin «La economía y la política en la época de la dictadura del proletariado». Dice Lenin en este artículo:

«Por más que mientan y calumnien los burgueses de todos los países y sus cómplices francos o encubiertos (los «socialistas» de la II Internacional), es indudable que, *desde el punto de vista del problema económico fundamental de la dictadura del proletariado, en nuestro país está asegurada la victoria del comunismo sobre el capitalismo*. Si la burguesía de todo el mundo está enrabiada y enfurecida contra el bolchevismo, si organiza invasiones armadas, complots, etc. contra los bolcheviques, es precisamente porque comprende muy bien *lo inevitable de nuestra victoria en la reestructuración de la economía social, a menos que nos aplaste por la fuerza militar. Pero no consigue aplastarnos por ese procedimiento*»[241] (v. t. XXIV, pág. 510).

Veis, pues, que en este artículo de Lenin se trata del «problema económico de la dictadura del proletariado», de la «reestructuración de la economía social» con vistas a la «victoria del comunismo». ¿Y qué son el «problema económico de la dictadura del proletariado» y la «reestructuración de la economía social» bajo la dictadura del proletariado? No son sino la edificación del socialismo en un solo país, en nuestro país.

c) Año 1921. Folleto de Lenin «Sobre el impuesto en especie». La conocida tesis de que podemos y debemos construir los «cimientos socialistas de nuestra economía» (v. «Sobre el impuesto en especie»).

d) Año 1922. Intervención del camarada Lenin en el Soviet de Moscú, donde dice que «hemos hecho penetrar el socialismo en la vida diaria», que «de la Rusia de la Nep saldrá la Rusia socialista» (v. t. XXVII, pág. 366). Objeciones de Trotski en su «Epílogo» a «El programa de la paz», en 1922, sin indicación directa de que polemiza con Lenin. He aquí lo que dice Trotski en ese «Epílogo»:

«La afirmación, varias veces repetida en «El programa de la paz», de que la revolución proletaria no puede terminar victoriosamente dentro de un marco nacional, parecerá quizá a algunos lectores desmentida por la experiencia de casi cinco años de vida de nuestra República Soviética. Pero semejante conclusión sería infundada. El hecho de que el Estado obrero haya resistido contra el mundo entero en un solo país, y además en un país atrasado, atestigua la potencia colosal del proletariado, que en otros países más adelantados y más civilizados será capaz de hacer verdaderos milagros. Pero habiendo logrado mantenernos como Estado en el sentido político y militar, no hemos llegado todavía, ni siquiera nos hemos acercado a la creación de la sociedad socialista. La lucha en defensa de la revolución y del Estado ha traído en este período un extraordinario descenso de las fuerzas productivas, siendo así que el socialismo sólo se concibe sobre la base de su desarrollo y florecimiento. Las negociaciones comerciales con los Estados burgueses, las concesiones, la Conferencia de Génova, etc., son un testimonio demasiado evidente de la *imposibilidad de la edificación socialista aislada dentro del marco nacional de un Estado… El verdadero auge de la economía socialista en Rusia no será posible más que después de la victoria del proletariado en los países más importantes de Europa*»[242] (Trotski, -«1917», t. III, parte I, págs, 92-93).

¿A quién objeta aquí Trotski cuando habla de la «imposibilidad de la edificación socialista aislada dentro del marco nacional de un Estado»? Naturalmente que no objeta a Stalin o a Bujarin. Trotski objeta aquí al camarada Lenin, y no acerca de un problema cualquiera, sino acerca del problema fundamental: la posibilidad «de la edificación socialista dentro del marco nacional de un Estado».

e) Año 1923. Folleto de Lenin «Sobre la cooperación», que constituye su testamento político. He aquí lo que dice Lenin en este folleto:

«En efecto, todos los grandes medios de producción en poder del Estado y el Poder del Estado en manos del proletariado; la alianza de este proletariado con millones y millones de pequeños y muy pequeños campesinos; asegurar la dirección de los campesinos por el proletariado, etc., ¿acaso no es esto todo lo que se necesita para edificar la sociedad socialista completa partiendo de la cooperación, y nada más el que de la cooperación, a la que antes tratábamos de mercantilista y que ahora, bajo la Nep, merece también, en cierto modo, el mismo trato; acaso *no es esto todo lo imprescindible* para edificar *la sociedad socialista completa*? Eso no es todavía la edificación de la sociedad socialista, pero sí todo lo imprescindible y *lo suficiente* para esta edificación»[243] (v. t. XXVII, pág. 392).

Parece que es difícil expresarse con mayor claridad.

[241] Subrayado por mí. *J. St.*

[242] Subrayado por mí. *J. St.*

[243] Subrayado por mí. *J. St.*

Según Trotski, resulta que «la edificación socialista dentro del marco nacional de un Estado» *es imposible*. Lenin afirma, en cambio, que nosotros, es decir, el proletariado de la URSS, ahora, en el período de la dictadura del proletariado, tenemos «*todo* lo imprescindible y lo *suficiente*» «para edificar la sociedad socialista *completa*». La oposición entre las dos opiniones es completa.

Tales son los hechos.

Veís, pues, que el problema de la edificación del socialismo en un solo país fue planteado en nuestro Partido ya en 1915, que lo planteó el propio Lenin, con quien polemizó a este propósito Trotski, precisamente, acusando a Lenin de «estrechez nacional».

Ya veis que, a partir de entonces, el problema no desapareció del amen del día del trabajo de nuestro Partido hasta la muerte misma del camarada Lenin.

Ya veis que, de un modo o de otro, Trotski planteó varias veces este problema en forma de polémica solapada, pero perfectamente definida, con el camarada Lenin, y cada una de estas veces Trotski no trató el problema de acuerdo con Lenin y el leninismo, sino contra Lenin y el leninismo.

Ya veis que Trotski *falta abiertamente a la verdad* al afirmar que el problema de la edificación del socialismo en un solo país no lo planteó nadie hasta 1925.

5. Particular importancia del problema de la edificación del socialismo en la URSS en el momento presente

Quinta cuestión. La quinta cuestión se refiere al problema relativo a la actualidad de la tarea de la edificación del socialismo en el momento presente. ¿Por qué el problema de la edificación del socialismo ha adquirido particular actualidad ahora precisamente, precisamente en los últimos tiempos? ¿Por qué, por ejemplo, en 1915, 1918, 1919, 1921, 1922 y 1923, el problema de la edificación del socialismo en la URSS se debatía de tarde en tarde, en artículos sueltos, mientras que en 1924, 1925 y 1926 ha pasado a ocupar un lugar destacadísimo en la labor práctica de nuestro Partido? ¿A qué se debe esto?

Se debe, a mi modo de ver, a tres causas principales.

En primer lugar, a que estos últimos años ha bajado el ritmo de la revolución en los otros países, se ha producido la llamada «estabilización parcial del capitalismo». De ahí la pregunta de sí la estabilización parcial del capitalismo no lleva a la disminución o incluso a la eliminación de las posibilidades de edificar el socialismo en nuestro país. De ahí que haya crecido el interés hacia el problema de la suerte del socialismo y de la edificación socialista en nuestro país.

En segundo lugar, a que hemos implantado la Nep, admitido el capital privado y procedido a cierto repliegue para reagrupar las fuerzas y pasar después a la ofensiva. De ahí la pregunta de si la implantación de la Nep no puede contribuir la amenguar las posibilidades de la edificación socialista en nuestro país. De ahí un nuevo motivo de creciente interés hacia el problema de la posibilidad de la edificación socialista en nuestro país.

En tercer lugar, a la circunstancia de que ganamos la guerra civil, expulsamos a los intervencionistas y conquistamos una «tregua», alejando la guerra, y garantizando la paz, garantizando un período de paz que ofrece condiciones favorables para acabar con la ruina económica, restablecer las fuerzas productivas del país y entregarse a la construcción de la nueva economía en nuestro país. De ahí la pregunta de en qué dirección debe efectuarse la edificación de la economía: en dirección al socialismo o en otra dirección cualquiera. De ahí la pregunta: caso de que orientemos la edificación hacia el socialismo, ¿hay razones para pensar que podemos edificar el socialismo dentro de las condiciones de la Nep y con la estabilización parcial del capitalismo? De ahí el enorme interés de todo el Partido y de toda la clase obrera por el problema de la suerte de la edificación socialista en nuestro país. De ahí los cálculos anuales de toda clase, que los organismos del Partido y del Poder Soviético efectúan desde el punto de vista del aumento del peso relativo de las formas socialistas de economía en la industria, en el comercio y en la agricultura.

Ahí tenéis las tres causas principales, indicativas de que el problema de la edificación del socialismo es hoy un problema de la máxima actualidad para nuestro Partido y para nuestro proletariado, lo mismo que para la Internacional Comunista.

La oposición se imagina que el problema de la edificación del socialismo en la URSS tiene únicamente interés teórico. Eso no es cierto. Eso es una equivocación profundísima. Esa manera de enfocar el problema puede deberse únicamente a que la oposición se encuentra desligada por completo de la labor práctica del Partido, de nuestra edificación económica, de nuestra edificación cooperativa. El problema de la edificación del socialismo tiene una enorme importancia práctica ahora, cuando hemos acabado con la ruina económica, restaurado la industria y entrado en la fase de reorganización de toda la economía nacional sobre la base de un nuevo equipamiento técnico. ¿Hacia dónde debemos conducir la edificación económica?, ¿en qué dirección debe construirse?, ¿qué hay que construir?, ¿cuáles deben ser las perspectivas de nuestra edificación? Los dirigentes honrados y serios de la economía, los dirigentes que quieran afrontar las cuestiones de la edificación con verdadera conciencia y meditando bien las cosas, no podrán dar un paso adelante sin solucionar todos estos problemas.

¿Construimos para abonar el terreno a la democracia burguesa o para edificar la sociedad socialista? Esa es hoy la esencia de nuestro trabajo de edificación. ¿Tenemos la posibilidad de edificar la economía socialista ahora, dentro de las condiciones de la Nep, con la estabilización parcial del capitalismo? Ese es hoy uno de los problemas más importantes de la labor del Partido y de los Soviets.

Lenin dió a esta pregunta una respuesta *afirmativa* (v., aunque sólo sea, el folleto «Sobre la cooperación»). El Partido ha dado a esta pregunta una respuesta *afirmativa* (v. la resolución de la XIV Conferencia del PC(b) de Rusia). ¿Y la oposición? Ya he dicho antes que la oposición responde *negativamente* a esta pregunta. Decía yo en mi informe ante la XV Conferencia del PC(b) de la URSS y ahora me veo obligado a repetir aquí que Trotski, líder del bloque de oposición, afirmó hace muy poco, en septiembre de 1926, en su conocido mensaje a los oposicionistas, que, para él, «la teoría del socialismo en un solo país» es «la justificación teórica de la estrechez nacional» (v. el informe de Stalin en la XV Conferencia del PC(b) de la URSS[244]).

Comparad esa cita de Trotski (1926) con su artículo de 1915, en el que, polemizando con Lenín acerca de la posibilidad de la victoria del socialismo en un solo país, inculpó por primera vez de «estrechez nacional» al camarada Lenin y a los leninistas; comparadla y comprenderéis que Trotski sigue manteniendo su vieja actitud de negación socialdemócrata en el problema de la edificación del socialismo en un solo país.

Precisamente por eso afirma nuestro Partido que el trotskismo es una desviación socialdemócrata dentro de sus filas.

6. Acerca de las perspectivas de la revolución

Sexta cuestión. La sexta cuestión se refiere al problema de las perspectivas de la revolución proletaria. Trotski dijo en su discurso ante la XV Conferencia del Partido: «Lenin consideraba que en 20 años no lograríamos, de ninguna manera, edificar el socialismo, atendido el atraso de nuestro país campesino, y que tampoco en 30 años lo edificaríamos. Supongamos que harán falta de 30 a 50 años, como mínimo»,

Tengo que decir aquí, camaradas, que esta perspectiva, imaginada por Trotski, no tiene nada que ver con la perspectiva del camarada Lenin acerca de la revolución en la URSS. A los pocos minutos, el propio Trotski empieza a rebatir en su discurso esta perspectiva, pero eso es ya cosa suya. Por mi parte, debo decir que ni Lenin ni el Partido pueden responder de esa perspectiva que Trotski ha imaginado ni de las conclusiones que de ella se derivan. El hecho de que Trotski, autor de esa perspectiva, empiece después en su discurso a combatir su propio engendro, no hace sino evidenciar que Trotski se ha hecho definitivamente un lío y se ha puesto en ridículo.

Lenin no decía, ni mucho menos, que «no lograríamos, de ninguna manera, edificar el socialismo» en 30 ó 50 años. Lo que en realidad dijo Lenin es lo siguiente:

«10 ó 20 años de relaciones acertadas con los campesinos, y estará asegurada la victoria en escala mundial (aunque se retrasen las revoluciones proletarias, que maduran); de otro modo, 20 ó 40 años de sufrimientos bajo el terror blanco» (v, t. XXVI, pág. 313).

¿Se puede concluir de esta tesis de Lenin que «no lograremos, de ninguna manera, edificar el socialismo en 20 ó 30, o en 50 años»? No, no se puede. De esa afirmación sólo es posible extraer las conclusiones siguientes:

a) manteniendo relaciones acertadas con los campesinos, tendremos asegurada la victoria (es decir, la victoria del socialismo) en 10 ó 20 años;

b) ésta no será sólo una victoria en la URSS, sino una victoria «en escala mundial»;

c) si no alcanzamos la victoria en ese plazo, ello será indicio de que nos han destrozado y de que el régimen de dictadura del proletariado ha sido sustituido por un régimen de terror blanco, que puede durar de 20 a 40 años.

Naturalmente, se puede aceptar o no aceptar esa tesis de Lenin y las conclusiones que de ella se derivan, pero lo que no se puede es adulterarla, como lo hace Trotski.

¿Y qué significa la victoria «en escala mundial»? ¿Significa que esa victoria equivale a la victoria del socialismo en un solo país? No, no significa eso. Lenin hace una marcada distinción en sus obras entre la victoria del socialismo en un solo país y la victoria «en escala mundial». Al referirse a la victoria «en escala mundial», Lenin quiere decir que los éxitos del socialismo en nuestro país, la victoria de la edificación socialista en nuestro país tiene una importancia internacional tan inmensa, que esa victoria no puede circunscribirse a nuestro país, sino que debe despertar un poderoso movimiento hacia el socialismo en todos los países capitalistas, con la particularidad de que, si no coincide en el tiempo con la victoria de la revolución proletaria en otros países, en todo caso debe iniciar un vigoroso movimiento de los proletarios de otros países hacia la victoria de la revolución mundial.

Tal es la perspectiva de la revolución según Lenin, si nos referimos a la perspectiva de la victoria de la revolución, que es, concretamente, de lo que se trata en nuestro Partido.

---

244 Véase: J. V. Stalin, «La desviación socialdemócrata en nuestro Partido» (Obras, t. 8, págs. 247-313, ed. en español).

Confundir esta perspectiva con la perspectiva de los 30 ó 50 años de que habla Trotski, significa calumniar a Lenin.

7. Como se plantea la cuestión en realidad

Séptima cuestión. Admitámoslo, nos dice la oposición, pero ¿con quién es preferible, en fin de cuentas, mantener la alianza: con el proletariado mundial o con el campesinado de nuestro país?, ¿a quién debemos otorgar la preferencia: al proletariado mundial o al campesinado de la URSS? Y el asunto se presenta como si el proletariado de la URSS tuviera que elegir entre dos aliados: el proletariado mundial, dispuesto a derribar inmediatamente a su burguesía, pero que para ello aguarda nuestro preferente acuerdo, y nuestro campesinado, dispuesto a ayudar al proletariado de la URSS, pero no del todo seguro de que éste vaya a aceptar la ayuda. Este, camaradas, es un planteamiento pueril de la cuestión, y no tiene nada que ver ni con la marcha de la revolución en nuestro país ni con la correlación de fuerzas en el frente de la lucha entre el capitalismo mundial y el socialismo. Perdonadme la expresión, pero sólo unas colegialas pueden plantear así la cuestión. Lamentablemente, las cosas no son tal como nos las pintan algunos oposicionistas; además, no hay motivos para dudar de que aceptaríamos con satisfacción la ayuda de una y otra parte si sólo dependiera de nosotros. No, en la vida, en la realidad, la cuestión no se plantea de este modo.

La cuestión se plantea así: *teniendo en cuenta* que el ritmo del movimiento revolucionario mundial ha disminuido, que el socialismo no ha triunfado aún en el Occidente y que el proletariado de la URSS está en el Poder, lo fortalece de año en año, agrupa en torno suyo a las masas fundamentales del campesinado, ha alcanzado ya progresos importantes en el frente de la edificación socialista y estrecha con éxito los lazos de amistad con los proletarios y los pueblos oprimidos de todos los países, ¿hay motivos para negar que el proletariado de la URSS pueda vencer a su burguesía y continuar la edificación victoriosa del socialismo en nuestro país, a pesar del cerco capitalista?

Así es como está planteado ahora el problema, en el caso, naturalmente, de que no se parta de fantasías, como lo hace el bloque oposicionista, sino de la correlación efectiva de fuerzas en el frente de la lucha entre el socialismo y el capitalismo.

El Partido responde a esa pregunta afirmando que el proletariado de la URSS puede, en esas condiciones, vencer a su burguesía «nacional» y edificar con éxito la economía socialista.

La oposición, en cambio, dice que:

«Sin un apoyo *estatal*[245] directo del proletariado europeo, la clase obrera de Rusia no podrá mantenerse en el Poder y transformar su dominación temporal en una dictadura socialista duradera» (v. Trotski, «Nuestra revolución», pág. 278).

¿Cuál es el sentido de esta cita de Trotski?, ¿qué significa eso del «apoyo *estatal* del proletariado europeo»? Significa que sin la victoria *previa* del proletariado en el Occidente, sin la toma *previa* del Poder por el proletariado del Occidente, el proletariado de la URSS no sólo será incapaz de vencer a su burguesía y de edificar el socialismo, sino que ni siquiera podrá mantenerse en el Poder.

Así es como se plantea la cuestión y ahí reside el quid de nuestras discrepancias.

¿En qué se diferencia esta posición de Trotski de la posición del menchevique Otto Bauer?

Lamentablemente en nada.

8. Las probabilidades de vencer

Octava cuestión. Admitámoslo, dice la oposición, pero ¿quién tiene más probabilidades de vencer: el proletariado de la URSS o el proletariado mundial?

«¿Es posible imaginarse -dice Trotski en su discurso ante la XV Conferencia del PC (b) de la URSS- que en el transcurso de 30 ó 50 años el capitalismo europeo se irá pudriendo y que el proletariado será incapaz de realizar la revolución? Yo pregunto: ¿por qué debo tomar esa premisa, que no se puede calificar más que dé premisa de un negro e infundado pesimismo con relación al proletariado europeo?... Yo afirmo que carezco de todo fundamento teórico o político para pensar que junto con el campesinado nos será más fácil edificar el socialismo que al proletariado europeo tomar el Poder» (v. el discurso de Trotski en la XV Conferencia del PC(b) de la URSS).

En primer lugar, debe excluirse en absoluto la perspectiva del estancamiento de Europa «en el transcurso de 30 ó 50 años». Nadie ha obligado a Trotski a partir de esa perspectiva de la revolución proletaria en los países capitalistas del Occidente, de esa perspectiva que no tiene nada que ver con la perspectiva de nuestro Partido. El propio Trotski se ha impuesto esa perspectiva ficticia y él es quien debe responder de las consecuencias de tal manipulación. Yo opino que este plazo debe ser reducido, por lo menos, a la mitad, si se toma en consideración la perspectiva real de la revolución proletaria en el Occidente.

En segundo lugar, Trotski decide sin reservas que los proletarios del Occidente tienen muchas mayores probabilidades, de vencer a la burguesía mundial, que ahora está en el Poder, que el proletariado de la URSS de vencer a su burguesía «nacional», la cual, en el sentido político, está ya aplastada, ha sido arrojada de las posiciones dominantes de la economía

[245] Subrayado por mí. *J. St.*

nacional, y en el terreno económico se ve obligada a retroceder bajo la presión de la dictadura del proletariado y de las formas socialistas de nuestra economía.

Yo considero erróneo ese planteamiento de la cuestión. Yo considero que, al plantear las cosas así, Trotski se delata por completo. ¿Acaso no nos decían lo mismo los mencheviques en octubre de 1917, cuando gritaban a los cuatro vientos que los proletarios del Occidente tenían muchas más probabilidades de derribar a la burguesía y de tomar el Poder que los proletarios de Rusia, país mal equipado técnicamente y donde el proletariado es poco numeroso? ¿Y acaso no es un hecho que, a pesar de las jeremiadas mencheviques, los proletarios de Rusia tuvieron en octubre de 1917 más probabilidades de tomar el Poder y derrocar a la burguesía que los proletarios de Inglaterra, Francia o Alemania? ¿Acaso la experiencia de la lucha revolucionaria en todo el mundo no ha mostrado y demostrado que no puede plantearse la cuestión como lo hace Trotski?

El problema de quién tiene más probabilidades de lograr una pronta victoria no se resuelve contraponiendo el proletariado de un país al proletariado de los otros países, o el campesinado de nuestro país al proletariado de los otros países. Esa contraposición es un juego infantil a las comparaciones. El problema de quién tiene más probabilidades de lograr una pronta victoria lo resuelve la situación internacional real, la verdadera correlación de fuerzas en el frente de la lucha entre el capitalismo y el socialismo. Puede ocurrir que los proletarios del Occidente venzan a su burguesía y tomen el Poder antes de que, nosotros hayamos logrado construir los cimientos socialistas de nuestra economía. Eso no está descartado, ni mucho menos. Pero también puede ocurrir que el proletariado de la URSS logre construir los cimientos socialistas de nuestra economía antes de que los proletarios del Occidente derriben a su burguesía. Eso tampoco está descartado.

La solución del problema de las probabilidades de lograr una pronta victoria depende, única y exclusivamente, de la situación real en el frente de la lucha entre el capitalismo y el socialismo.

9. Discrepancias de carácter político práctico

Tales son las bases de nuestras discrepancias.

De estas bases se desprenden discrepancias de carácter político práctico, lo mismo en política exterior e interior que en la esfera puramente del Partido. Esas discrepancias constituyen la materia de la *novena cuestión*.

a) El Partido, arrancando del hecho de la estabilización parcial del capitalismo, considera que atravesamos un período interrevolucionario, que en los países capitalistas vamos hacia la revolución y que la tarea principal de los Partidos Comunistas consiste en abrirse camino hacia las masas, en fortalecer la ligazón con las masas, en conquistar las organizaciones de masas del proletariado y en preparar a las amplias masas obreras para los futuros choques revolucionarios.

Pero la oposición, que no tiene fe en las fuerzas internas de nuestra revolución y teme la estabilización parcial del capitalismo, creyéndola un factor capaz de matar nuestra revolución, considera (o consideraba) posible negar el hecho de la estabilización parcial del capitalismo, considera (o consideraba) la huelga en Inglaterra[246] un síntoma del fin de la estabilización del capitalismo; y cuando, sin embargo, se ha visto que la estabilización es un hecho, la oposición afirma que tanto peor para los hechos y que, por consiguiente, podemos saltarnos los hechos, haciendo alarde, al mismo tiempo, de estridentes consignas que propugnan la revisión de la táctica de frente único, la ruptura con el movimiento sindical en el Occidente, etc.

Pero ¿qué significa no tener en cuenta los hechos, el curso objetivo de los acontecimientos? Significa abandonar el terreno de la ciencia y meterse a curandero.

De ahí el aventurerismo en la política del bloque de oposición.

b) El Partido, arrancando del criterio de que la industrialización es la vía fundamental de la edificación socialista, y de que el mercado fundamental para la industria socialista es el mercado interior de nuestro país, considera que la industrialización debe desarrollarse sobre la base del constante mejoramiento de la situación material de la masa fundamental del campesinado (sin hablar ya de los obreros), que la ligazón entre la industria y la economía campesina, entre el proletariado y el campesinado, y la dirección de esta ligazón por el proletariado son, como Lenin dice, «el alfa y el omega del Poder Soviético» y de la victoria de nuestra edificación, que, en relación con ello, nuestra política en general, la política fiscal y la política de precios en particular, deben ser estructuradas de tal manera que favorezcan a esa ligazón.

Pero la oposición, que no cree en la posibilidad de incorporar el campesinado a la edificación del socialismo y supone, por lo visto, que la industrialización se puede llevar adelante en perjuicio de la masa fundamental del campesinado, se desvía hacia los métodos capitalistas de industrialización, ve en el campesinado una «colonia», un objeto de «explotación» por parte del Estado proletario, y propone medidas de industrialización (aumento de la presión fiscal sobre el campesinado, elevación de los

246 Se alude a la huelga general de los obreros ingleses del 3 al 12 de mayo de 1926. Participaron en la huelga más de cinco millones de obreros sindicados de las más importantes ramas de la industria y el transporte.

precios de fábrica para los artículos manufacturados, etc.) que únicamente pueden deshacer la ligazón de la industria con la economía campesina, quebrantar la situación económica de los campesinos pobres y medios y destruir los fundamentos mismos de la industrialización.

De ahí la actitud adversa de la oposición a la idea del bloque entre el proletariado y el campesinado y de la hegemonía del proletariado en ese bloque, actitud propia de la socialdemocracia.

c) Nosotros arrancamos del criterio de que el Partido, el Partido Comunista, es el instrumento fundamental de la dictadura del proletariado; de que la dirección que ejerce *un solo* partido, que no comparte ni puede compartir esa dirección con otros partidos, es la condición básica sin la que resulta inconcebible una dictadura del proletariado más o menos sólida y desarrollada. Por ello consideramos intolerable la existencia de fracciones dentro de nuestro Partido, pues es de por si evidente que la existencia de fracciones organizadas dentro del Partido lleva a la disgregación de éste, como entidad única, en organizaciones paralelas, a la formación de gérmenes y células de un nuevo partido o de nuevos partidos en el país y, por tanto, a la descomposición de la dictadura del proletariado.

Pero la oposición, aún no objetando públicamente nada contra esas tesis, parte en su actividad práctica del criterio de que es necesario debilitar la unidad del Partido, de que es necesaria la libertad de fracciones dentro del Partido, es decir, de que es necesaria la formación de elementos para un nuevo partido.

De ahí la política escisionista en la labor práctica del bloque de oposición.

De ahí los alaridos de la oposición acerca del «régimen» en el Partido, que en el fondo reflejan las protestas de los elementos no proletarios del país contra el régimen de dictadura del proletariado.

De ahí el problema de los dos partidos.

Tales son en conjunto, camaradas, nuestras discrepancias con la oposición.

IV. Los oposicionistas en acción

Pasemos ahora a ver cómo se han manifestado estas discrepancias en el trabajo práctico.

Así, pues, ¿qué ha hecho, en realidad, nuestra oposición en su labor práctica, en su lucha contra el Partido?

Es sabido que la oposición no sólo ha desplegado su tejemaneje en nuestro Partido, sino también en otras secciones de la Internacional Comunista, por ejemplo, en Alemania, en Francia, etc. Por eso debemos preguntar: ¿cuál ha sido, en realidad, la labor práctica de la oposición y de sus secuaces, tanto en el PC(b) de la URSS como en otras secciones de la Internacional Comunista?

a) *Labor práctica de la oposición y de sus secuaces en el PC(b) de la URSS*. La oposición empezó su «trabajo» lanzando gravísimas acusaciones contra el Partido. La oposición declaró que el Partido «se desliza hacia el oportunismo». La oposición afirmó que la política del Partido «va contra la línea de clase de la revolución». La oposición afirmó que el Partido degeneraba e iba a un termidor. La oposición manifestó que nuestro Estado «dista mucho de ser un Estado proletario». Todo esto se ha dicho o en declaraciones públicas y en discursos de representantes de la oposición (Pleno del CC y de la CCC de julio de 1926), o en documentos clandestinos de la oposición, difundidos por sus partidarios.

Pero, al lanzar contra el Partido esas graves acusaciones, la oposición desbrozaba el terreno para la organización de células paralelas dentro del Partido, para la organización de un centro paralelo del Partido, para la creación de un nuevo partido. Uno de los prosélitos de la oposición, el señor Ossovski, ha afirmado sin ambages en sus artículos que el partido que tenemos, nuestro Partido, defiende los intereses de los capitalistas, por lo que es necesario formar otro partido, un «partido puramente proletario», que exista y actúe junto al partido que hoy tenemos.

La oposición puede objetar que no es responsable de la actitud de Ossovski. Pero eso no es cierto. La oposición responde plena e íntegramente de las «hazañas» del señor Ossovski. Es notorio que Ossovski se incluía abiertamente entre los adeptos de la oposición, cosa que ésta no trató de desmentir ni siquiera una vez. Es notorio asimismo que Trotski defendió a Ossovski en el Pleno de julio del CC contra el camarada Mólotov. Es notorio, en fin, que, a pesar de la opinión unánime del Partido, contraria a Ossovski, la oposición votó en el CC contra la expulsión de Ossovski del Partido. Todo eso demuestra que la oposición se hizo moralmente responsable de las «hazañas» de Ossovski.

Conclusión: la labor práctica de la oposición dentro del PC(b) de la URSS se ha expresado en la actitud de Ossovski, en su prédica de la necesidad de formar en nuestro país un nuevo partido, paralelo y contrario al PC(b) de la URSS.

Y no podía ser de otro modo, pues una de dos:

o la oposición no creía ella misma en la seriedad de sus graves acusaciones Contra el Partido y las hacía únicamente para alardear, y entonces desorientaba a la clase obrera, lo que es criminal;

o la oposición creía y sigue creyendo en la seriedad de sus acusaciones, y entonces debía orientarse, como, en efecto, lo ha hecho, al aplastamiento de los cuadros dirigentes del Partido, a la formación de un nuevo partido.

Tal ha sido la fisonomía de nuestra oposición en su labor práctica contra el PC(b) de la URSS en octubre de 1926.

b) *Labor práctica de los secuaces de la oposición*

en el Partido Comunista Alemán. Apoyándose en las acusaciones que contra el Partido ha lanzado nuestra oposición, los «ultraízquierdistas» de Alemania, encabezados por el señor Korsch, han hecho por su cuenta «nuevas» conclusiones, poniendo los puntos sobre las íes. Como es sabido, Korsch, ese ideólogo de los «ultraizquierdistas» de Alemania, afirma que nuestra industria socialista es «una industria puramente capitalista». Como es sabido, Korsch califica a nuestro Partido de «kulakizado» y a la Internacional Comunista de organización «oportunista». Se sabe también que, por esa causa, Korsch preconiza la necesidad de una «nueva revolución» contra el Poder existente en la URSS.

La oposición puede decir que no es responsable de la actitud de Korsch. Pero eso no es cierto. La oposición responde plena e íntegramente de las «hazañas» del señor Korsch. Lo que Korsch afirma es la conclusión lógica de las premisas que los líderes de nuestra oposición ofrecen a sus adeptos al lanzar las conocidas acusaciones contra el Partido. Pues, si el Partido se desliza hacia el oportunismo, si su política diverge de la línea de clase de la revolución, si degenera y va hacia un termidor, y nuestro Estado «dista mucho de ser un Estado proletario», sólo puede haber una conclusión: una nueva revolución dirigida contra el Poder «kulakizado». Aparte de eso, se sabe que los «ultraizquierdistas» de Alemania, comprendidos los de Wedding[247], votaron contra la expulsión de Korsch del Partido, haciéndose así moralmente responsables de la propaganda contrarrevolucionaria de Korsch. ¿Y quién ignora que los «ultraizquierdistas» se solidarizan con la oposición en el PC (b) de la URSS?

c) *Labor práctica de los secuaces de la oposición en Francia*. Lo mismo debe decirse de los secuaces de la oposición en Francia. Me refiero a Souvaríne y su grupo, que han anidado en cierta revista francesa. Apoyándose en las premisas que le ofrece nuestra oposición con sus acusaciones contra el Partido, Souvaríne concluye que el enemigo principal de la revolución es la burocracia del Partido, el grupo dirigente de nuestro Partido. Según afirma Souvaríne, la «salvación» sólo puede ser una nueva revolución orientada contra el grupo dirigente del Partido y del Poder, una nueva revolución dirigida, ante todo, contra el Secretariado del CC del PC(b) de la URSS. En Alemania, una «nueva revolución» dirigida contra el Poder existente en la URSS. En Francia, una «nueva revolución» dirigida contra el Secretariado del CC. Pero ¿cómo se puede organizar esa nueva revolución? ¿Es posible organizarla sin un partido especial, adaptado a los objetivos de esa nueva revolución? Claro que no. De ahí el problema de la formación de un nuevo partido.

La oposición puede decir que no es responsable de lo que Souvaríne escribe. Pero eso no es cierto. Es sabido, en primer lugar, que Souvaríne y su grupo son partidarios de la oposición, en especial de su parte trotskista. Es sabido, en segundo lugar, que hace muy poco la oposición albergaba el proyecto de colocar al señor Souvaríne en la redacción del órgano central del Partido Comunista Francés. Cierto, el proyecto no cuajó. Pero no por culpa de nuestra oposición, sino por desgracia para ella.

Resulta, pues, que en su trabajo práctico la oposición, si la tomamos no como ella misma se pinta, sino tal como se manifiesta en el curso de su actividad, lo mismo en nuestro país, en la URSS, que en Francia y Alemania, resulta digo, que en su trabajo práctico la oposición ha llegado a plantear el problema de destrozar a los cuadros actuales de nuestro Partido y de formar un nuevo partido.

V. Por que alaban a la oposición los enemigos de la dictadura proletariado

¿Por qué alaban a la oposición los socialdemócratas y los demócratas constitucionalistas?

O expresándonos de otra manera: ¿el sentir de quién refleja la oposición?

Os habrá llamado, seguramente, la atención que el titulado «problema ruso» se haya convertido en los últimos tiempos en un problema de actualidad para la prensa socialdemócrata y burguesa del Occidente. ¿Es eso casual? Naturalmente que no. El desarrollo del socialismo en la URSS y el ascenso del movimiento comunista en el Occidente no pueden por menos de provocar muy honda alarma en las filas de la burguesía y de sus agentes en la clase obrera: los líderes socialdemócratas. La divisoria entre la revolución y la contrarrevolución es hoy la línea del odio feroz de los unos y de la amistad fraterna de los otros respecto al Partido proletario de la URSS La enorme importancia internacional del "problema ruso» es hoy un hecho que los enemigos del comunismo deben forzosamente tener en cuenta.

En torno al «problema ruso» se han formado dos frentes: el de los enemigos de la República de los Soviets y el de sus abnegados amigos. ¿Qué quieren los enemigos de la República de los Soviets? Tratan de crear entre las amplias masas de la población las premisas ideológicas y morales para la lucha contra la dictadura del proletariado. ¿Qué quieren los amigos de la República de los Soviets? Tratan de Crear entre las amplias capas del proletariado las premisas ideológicas y morales para apoyar, para defender a la República de los Soviets.

[247] Los de Weddirig: uno de los grupos «ultraizquierdistas» del PC Alemán. Los dirigentes de la «oposición de Weddirig» se solidarizaron con el bloque de oposición trotskista-zinovievista en el PC(b) de la URSS. El VII Pleno ampliado del CE de la IC condenó resueltamente a la «oposición de Wedding», exigió de ella que cesara por completo en su actividad fraccional, rompiera todas sus relaciones con los expulsados del PC Alemán y con los elementos hostiles a éste y se sometiera incondicionalmente a las decisiones del PCA. y de la IC.

Veamos ahora por qué alaban a nuestra oposición los socialdemócratas y los demócratas constitucionalistas de la emigración burguesa rusa.

He aquí lo que dice, por ejemplo, Paul Levi, renombrado líder socialdemócrata alemán:

«Nosotros éramos de la opinión de que los intereses particulares de los obreros, en fin de cuentas los intereses del socialismo, están en contradicción con la existencia de la propiedad campesina; de que la identidad de intereses de los obreros y los campesinos no existe sino en apariencia y que el desarrollo de la revolución rusa agudizaría y haría más evidente esa contradicción. La idea de la comunidad de intereses es, para nosotros, una variedad de la idea de la coalición. Si el marxismo tiene siquiera sea un asomo de fundamento, si la historia se desarrolla dialécticamente, esa contradicción debía haber roto la idea de la coalición del mismo modo que ha ocurrido en Alemania... Para nosotros, que examinamos los acontecimientos de la URSS desde fuera, desde la Europa Occidental, está claro que *nuestras opiniones coinciden con las opiniones de la oposición*... Es un hecho evidente que en Rusia empieza de nuevo un movimiento independiente y anticapitalista bajo el signo de la lucha de clases» («Leipziger Volkszeitung», 30 de julio de 1926).

Es evidente que en esta cita hay una confusión en lo relativo a la «identidad» de los intereses de los obreros y de los campesinos. Pero también es indudable que Paul Levi alaba a nuestra oposición por su lucha contra la idea del bloque de los obreros y los campesinos, contra la idea de la alianza de los obreros y los campesinos.

He aquí lo que dice de nuestra oposición el famoso Dan, líder de la socialdemocracia «rusa», líder de los mencheviques «rusos», que preconizan la restauración del capitalismo en la URSS:

«Con su crítica del régimen existente, que repite casi al pie de la letra la crítica de la socialdemocracia, la oposición bolchevique *prepara los cerebros*... para la aceptación de la plataforma positiva de la socialdemocracia».

Y sigue:

«La oposición cultiva no sólo en las masas obreras, sino también en los medios de los obreros comunistas, brotes de ideas y estados de ánimo que, bien cuidados, pueden fácilmente *dar frutos socialdemócratas*» («Sotsialistícheski Véstnik», núm. 17-18).

Parece que está claro.

Y he aquí lo que dice de nuestra oposición «Posliédnie Nóvosti»[248], órgano central del contrarrevolucionario partido burgués de Milíukov:

«Hoy, la oposición socava la dictadura; cada publicación nueva de la oposición emplea palabras más «terribles»; la oposición misma evoluciona hacia ataques cada vez más violentos contra el sistema imperante; y eso basta por ahora para aceptarla agradecidamente como portavoz de las amplias capas de la población descontenta en el terreno político» («Posliédnie Nóvosti», núm. 1990).

Y dice además:

«El enemigo más terrible para el Poder Soviético es ahora el que se le acerca imperceptiblemente, lo rodea por todos los lados con sus tentáculos y lo suprime antes de que ese Poder pueda darse cuenta de que ha sido suprimido. Ese papel, precisamente, inevitable y necesario en el período preparatorio, del que todavía no hemos salido, es el que desempeña la oposición soviética» («Posliédnie Nóvostí», núm. 1983, 27 de agosto del año en curso).

Me parece que huelgan los comentarios.

Teniendo en cuenta la premura de tiempo, me limito a estas citas, aunque podría dar decenas y centenares de otras semejantes.

Ahí tenéis por qué alaban a nuestra oposición los socialdemócratas y los demócratas constitucionalistas.

¿Es esto casual? No, no lo es.

Se deduce, pues, que la oposición no refleja el estado de ánimo del proletariado de nuestro país, sino el de los elementos no proletarios, descontentos con la dictadura del proletariado, enfurecidos contra la dictadura del proletariado y que aguardan impacientes su descomposición y su caída.

De este modo, la lógica misma de la lucha fraccional de nuestra oposición ha conducido, de hecho, a que el frente de la oposición se haya fundido objetivamente con el frente de los adversarios y los enemigos de la dictadura del proletariado.

¿Lo quería así la oposición? Seguramente, no lo quería. Pero la cosa no depende de lo que la oposición quiera o no quiera, sino de a dónde conduce objetivamente su lucha fraccional. La lógica de la lucha fraccional es más fuerte que los deseos de unas u otras personas. Y, precisamente por ello, ha ocurrido que el frente de la oposición ha llegado a fundirse, de hecho, con el frente de los adversarios y los enemigos de la dictadura del proletariado.

Lenin nos enseña que el deber fundamental de los comunistas consiste en defender y robustecer la dictadura del proletariado. Y las cosas han tomado tal

[248] «Posliédnie Nóvosti» («Ultimas Noticias»): diario, órgano central del partido burgués contrarrevolucionario de Miliukov; se publicó desde abril de 1920 hasta julio de 1940 en París.

cariz, que la oposición, en virtud de su política fraccional, ha ido a parar al campo de los adversarios de la dictadura del proletariado.

Por eso decimos que la oposición ha roto con el leninismo, no sólo en la teoría, sino también en la práctica.

Y no podía ser de otra manera. La correlación de fuerzas en el frente de la lucha entre el capitalismo y el socialismo es tal, que en las filas de la clase obrera sólo es posible ahora una de dos políticas: o la del comunismo, o la de la socialdemocracia. El intento de los oposicionistas de ocupar una tercera oposición, agudizando la lucha contra el PC(b) de la URSS, debía terminar inevitablemente en que la oposición habría de verse lanzada por el curso de la lucha fraccional al campo de los adversarios del leninismo.

Y así ha ocurrido, según lo evidencian los hechos citados.

Ahí tenéis por qué alaban a nuestra oposición los socialdemócratas y los demócratas constitucionalistas.

VI. La derrota del bloque oposicionista

Decía yo antes que, en su lucha contra el Partido, la oposición operó lanzando contra él acusaciones gravísimas. Decía yo que, en su actividad práctica, la oposición llegó al umbral mismo del problema de la escisión y de la formación de un nuevo partido. De ahí se desprende la pregunta: ¿cuanto tiempo consiguió mantenerse la oposición en esa actitud escisionista? Los hechos dicen que sólo pudo mantenerse en esa actitud unos cuantos meses. Los hechos dicen que, a principios de octubre de este año, la oposición se vió obligada a reconocer su derrota y a dar marcha atrás.

¿A qué se debe el repliegue de la oposición?

Me parece que el repliegue de la oposición se debe a las causas siguientes.

Primero, a que la oposición se vió en la URSS sin ejército político. Es muy posible que la organización de un nuevo partido sea una tarea sugestiva. Pero si después de la discusión resulta que no hay gente para formar el nuevo partido, está claro que la única salida, es el repliegue.

Segundo, a que, en el curso de la lucha fraccional, a la oposición se adhirieron elementos inmundos de toda laya, lo mismo en nuestro país, en la URSS, que en el extranjero, y los socialdemócratas y los demócratas constitucionalistas empezaron a entonarle alabanzas sin cuento, cubriéndola, con sus ósculos, de oprobio y vergüenza ante los ojos de los obreros. La oposición se vió en el dilema de aceptar las alabanzas y los ósculos de los enemigos, como algo bien merecido, o dar bruscamente marcha atrás, para que se le desprendieran automáticamente todos los apéndices sucios adheridos a ella. Con su repliegue y con el reconocimiento que hizo de él, la oposición admitió que la única salida aceptable para ella era la segunda.

Tercero, a la circunstancia de que la situación en la URSS, era mejor de lo que la oposición suponía y de que las masas del Partido eran más conscientes y estaban más cohesionadas de lo que la oposición podía imaginarse al principio de la lucha. Naturalmente, si en el país hubiera crisis, si aumentase el descontento de los obreros y si el Partido hubiera manifestado menos cohesión, la oposición habría seguido otro camino y no se habría decidido a retroceder. Pero los hechos han demostrado que los cálculos de la oposición resultaron fallidos también en este terreno.

De ahí la derrota de la oposición.

De ahí su retroceso.

La derrota de la oposición ha pasado por tres etapas.

La primera etapa es su «declaración» del 16 de octubre de 1926. La oposición renunciaba en ese documento a la teoría y a la práctica de la libertad de fracciones y a los métodos fraccionales de lucha, reconociendo de manera pública e inequívoca sus errores en este terreno. Pero la oposición no renunció sólo a esto. Por cuanto en su «declaración» se apartaba de la «oposición obrera» y de los Korsch y los Souvaríne de toda laya, la oposición renunció a las posiciones ideológicas que la ligaban hasta hace poco con esas corrientes.

La segunda etapa es el abandono real de las acusaciones que hace poco presentaba la oposición al Partido. Debe reconocerse, y al reconocerlo debe subrayarse, que la oposición no se ha atrevido a repetir ante la XV Conferencia del PC(b) de la URSS sus acusaciones contra el Partido. Si comparamos las actas del Pleno de julio del CC y de la CCC con las actas de la XV Conferencia del PC(b) de la URSS, no podremos por menos de advertir que en éstas no ha quedado ni rastro de las viejas acusaciones de oportunismo, de termidorismo, de apartamiento de la línea de clase de la revolución, etc. Si se toma, además, en consideración la circunstancia de que muchos delegados han preguntado a la oposición por las viejas acusaciones y que la oposición ha seguido sin despegar los labios sobre el particular, no puede por menos de reconocerse que, en la práctica, ha abandonado sus viejas acusaciones contra el Partido.

¿Puede decirse que esa circunstancia representa, de hecho, la renuncia de la oposición a una serie de posiciones ideológicas suyas? Se puede y se debe. La oposición ha arriado conscientemente su bandera de combate al verse denotada. Y no podía ser de otra manera. Las acusaciones se hacían con vistas a la formación de un nuevo partido. Pero, habiendo fallado los planes, debían abandonarse, por lo menos temporalmente, las acusaciones.

La tercera etapa es el aislamiento completo de la oposición en la XV Conferencia del PC(b) de la URSS. Debe señalarse que la oposición no obtuvo en

la XV Conferencia *ni un solo voto*, es decir, que se vió completamente aislada. Recordad el alboroto y la algazara que la oposición levantó a fines de septiembre último al emprender la campaña, la campaña abierta contra el Partido, y comparad esa algarabía con su aislamiento en la XV Conferencia, donde se quedó sola, como suele decirse, y comprenderéis que no se le podía desear una derrota «mejor».

¿Se puede negar la circunstancia de que la oposición ha renunciado en la práctica a sus acusaciones contra el Partido y no se ha atrevido a repetirlas ante la XV Conferencia, pese a las demandas de los delegados?

No, no se puede negar, porque es un hecho.

¿Por qué ha entrado la oposición en esa vía?, ¿por qué ha arriado su bandera?

Porque levantar la bandera ideológica de la oposición significa, obligatoria e inevitablemente, la proclamación de la teoría de los dos partidos, la reanimación de los Katz, los Korsch, los Maslow, los Souvaríne y demás elementos inmundos, el desencadenamiento de las fuerzas antiproletarias en nuestro país, las alabanzas y los ósculos de los socialdemócratas y los burgueses liberales de la emigración rusa.

La bandera ideológica de la oposición mata a la oposición: ahí está el quid del asunto, camaradas.

Por eso, para no pudrirse definitivamente, la oposición se ha visto obligada a replegarse y a echar a un lado su bandera.

Esta es la base de la derrota del bloque de oposición.

VII. Sentido practico y significación de la XV Conferencia del PC(b) de la URSS

Termino, camaradas. Me resta decir unas palabras de conclusión en cuanto al sentido y la significación de las decisiones de la XV Conferencia de PC(b) de la URSS.

La primera conclusión es que la Conferencia ha hecho un balance de la lucha desarrollada dentro del Partido después del XIV Congreso, ha refrendado la victoria del Partido sobre la oposición y, aislando a ésta, ha puesto fin a la bacanal fraccionalista que la oposición impuso al Partido en el período precedente.

La segunda conclusión es que la Conferencia ha agrupado a nuestro Partido más estrechamente que nunca sobre la base de la perspectiva socialista de nuestra edificación, sobre la base de la idea de la lucha por la victoria de la edificación socialista, contra todas las corrientes oposicionistas de nuestro Partido, contra todas las desviaciones en nuestro Partido.

El problema más actual para nuestro Partido es hoy el de la edificación del socialismo en nuestro país. Lenin estaba en lo cierto al decir que todo el mundo tenía la vista puesta en nosotros, en nuestra edificación económica, en nuestros éxitos en el frente de la edificación. Mas, para lograr éxitos en este frente, es necesario que el instrumento fundamental de la dictadura del proletariado, nuestro Partido, esté preparado para ello, comprenda la importancia de esta tarea y pueda servir de palanca para 1a victoria de la edificación socialista en nuestro país. El sentido y la significación de la XV Conferencia, estriban en que ha pertrechado plenamente a nuestro Partido con la idea de la victoria de la edificación socialista en nuestro país.

La tercera conclusión es que la Conferencia se ha manifestado enérgicamente contra las vacilaciones ideológicas de todo género en nuestro Partido, facilitando así el triunfo completo del leninismo en sus filas.

Si el Pleno ampliado del Comité Ejecutivo de La Internacional Comunista aprueba las decisiones de la XV Conferencia del PC(b) de la URSS y estima acertada la política de nuestro Partido respecto a la oposición -no tengo motivos para dudar de que así será-, ello nos ha de llevar a La cuarta conclusión: la XV Conferencia ha preparado algunas condiciones importantes, necesarias para que el leninismo triunfe en toda la Internacional Comunista, en las filas del proletariado revolucionario de todos los países y pueblos.

Publicado el 9, 10, 19, 21 y 22 de diciembre de 1926 en el periódico «Pravda».

PROBLEMAS DE LA REVOLUCIÓN CHINA

Tesis para los propagandistas, aprobadas por el CC del PC(b) de la URSS.

I. Perspectivas de la revolución china

Hechos principales que determinan el carácter de la revolución china:

a) situación semicolonial de China y dominio económico y financiero del imperialismo;

b) yugo de las supervivencias feudales, acentuado por el yugo del militarismo y la burocracia;

c) creciente lucha revolucionaria de las masas de millones de obreros y de campesinos contra la opresión ejercida por los feudales y los funcionarios, contra el militarismo, contra el imperialismo;

d) debilidad política de la burguesía nacional, su dependencia del imperialismo, su temor ante las proporciones del movimiento revolucionario;

e) creciente actividad revolucionaria del proletariado, aumento de su prestigio entre las masas de millones de trabajadores;

f) existencia de la dictadura proletaria en un país vecino de China.

De ahí dos posibles caminos de desarrollo de los acontecimientos en China:

o bien la burguesía nacional destrozará al proletariado, cerrará un trato con el imperialismo y se pondrá a su lado en campaña contra la revolución, para terminar ésta con el establecimiento de la dominación del capitalismo;

o bien el proletariado apartará del camino a la burguesía nacional, consolidará su propia hegemonía y llevará tras de sí a las masas de millones de trabajadores de la ciudad y del campo, para vencer la resistencia de la burguesía nacional, conseguir el triunfo completo de la revolución democrático-burguesa y encauzarla después gradualmente hacia la revolución socialista, con todas las consecuencias que de esto se desprenden.

Una de dos.

La crisis del capitalismo mundial y la existencia de la dictadura proletaria en la URSS, cuya experiencia puede ser bien aprovechada por el proletariado chino, facilitan considerablemente la posibilidad de que la revolución china siga el segundo camino.

De otro lado, el imperialismo mantiene, en lo fundamental, un frente único en su ofensiva contra la revolución china; ahora no hay entre los imperialistas la escisión y la guerra que existían en el campo del imperialismo, por ejemplo, en vísperas de la Revolución de Octubre y que debilitaban al imperialismo; este hecho nos dice que la revolución china encontrará en su camino hacia la victoria muchas más dificultades que la revolución rusa y que, en el curso de la revolución china, habrá muchos más tránsfugas y traidores que en el período de la guerra civil en la URSS.

Por eso, la lucha entre estos dos caminos es un rasgo característico de la revolución china.

Precisamente por eso, la tarea principal de los comunistas es luchar por el triunfo del segundo camino de la revolución china.

II. Primera etapa de la revolución china

En el primer período de la revolución china, en el período de la primera marcha al Norte, cuando el ejército nacional se acercaba al Yang-tse-kiang, obteniendo una victoria tras otra, y el poderoso movimiento de los obreros y campesinos no había tenido aún tiempo de desplegarse, la burguesía nacional (no los compradores[249]) estaba al lado de la revolución. Fue ésta una revolución del frente único *nacional*.

Eso no significa que no hubiera contradicciones entre la revolución y la burguesía nacional. Significa únicamente que la burguesía nacional, al apoyar a la revolución, trataba de utilizarla para sus fines, de modo que, orientándola principalmente hacia las conquistas territoriales, perdiese amplitud. La lucha entre la derecha y la izquierda en el Kuomintang fue, en dicho período, reflejo de estas contradicciones. La tentativa de Chang Kai-shek de expulsar del Kuomintang a los comunistas en marzo de 1926, fue el primer intento serio de la burguesía nacional para poner freno a la revolución. Como se sabe, el CC del PC(b), de la URSS estimaba ya entonces «necesario atenerse a la línea de que el Partido Comunista permanezca dentro del Kuomintang», estimaba

[249] Compradores: intermediarios entre el capital extranjero y el mercado local, que constituyen parte de la gran burguesía comercial indígena en las colonias y los países dependientes. En China, los compradores fueron agentes del imperialismo extranjero y enemigos jurados de la revolución china de los años 1925-1927.

preciso «llevar las cosas de manera que los elementos de derecha salgan o sean expulsados del Kuomintang» (abril de 1926).

Esta línea iba encaminada al desarrollo de la revolución, a la colaboración estrecha de los izquierdistas y los comunistas dentro del Kuomintang y en el gobierno nacional, al robustecimiento de la unidad del Kuomintang y, al mismo tiempo, al desenmascaramiento y aislamiento de los kuomintanistas de derecha, a la subordinación de los derechistas a la disciplina del Kuomintang, a la utilización de la derecha, de sus relaciones y experiencia, si se sometían a la disciplina del kuomintang, o su expulsión del Kuomintang si vulneraban esta disciplina y traicionaban los intereses de la revolución.

Los acontecimientos subsiguientes confirmaron por entero lo acertado de esta línea. El poderoso desarrollo del movimiento campesino y la organización de uniones campesinas y comités campesinos, la pujante ola de huelgas en las ciudades y la creación de consejos sindicales, el avance victorioso de las tropas nacionales hacia Shanghai, asediado por la flota y las tropas de los imperialistas, y otros hechos semejantes dicen que la línea adoptada entonces era la única acertada.

Sólo esta circunstancia puede explicar que la intentona de los derechistas, de escindir en febrero de 1927 el Kuomintang y de crear en Nan-chang un centro nuevo, fracasara por la repulsa unánime del Kuomintang revolucionario en Wuhan.

Pero esa intentona era indicio de que en el país se operaba una reagrupación de las fuerzas de clase, de que los derechistas y la burguesía nacional no iban a conformarse e intensificarían su labor contra la revolución.

El CC del PC(b) de la URSS tenía, por eso, razón al decir en marzo de 1927 que:

a) «actualmente, a consecuencia de la reagrupación de las fuerzas de clase y de la concentración de los ejércitos imperialistas, la revolución china atraviesa un período crítico y sus victorias sólo serán posibles con una orientación enérgica hacia el desarrollo del movimiento de masas»;

b) «es necesario orientarse al armamento de los obreros y los campesinos, es necesario convertir los comités campesinos en organismos que de hecho ejerzan el Poder y dispongan de grupos armados de defensa local»;

c) «el Partido Comunista no debe ocultar la política traidora y reaccionaria de los kuomintanistas de derecha y debe movilizar a las masas en torno al Kuomintang y al Partido Comunista Chino desenmascarando a los derechistas» (3 de marzo de 1927).

Era fácil comprender, por ello, que el vigoroso auge de la revolución, por un lado, y la presión de los imperialistas en Shanghai, por otro, no podrían por menos de arrojar a la burguesía nacional china al campo de la contrarrevolución, del mismo modo que la toma de Shanghai por las tropas nacionales y las huelgas de los obreros de esta ciudad no podrían por menos de unir a los imperialistas para sofocar la revolución.

Así ha ocurrido. La masacre de Nankín fue, en este sentido, la señal para un nuevo deslindamiento de las fuerzas chinas en lucha. Al disparar sobre Nankín y presentar su ultimátum, los imperialistas querían decir que buscaban el apoyo de la burguesía nacional para la lucha conjunta contra la revolución china.

Al ametrallar los mítines obreros y organizar su golpe, Chang Kai-shek, como en respuesta a la invitación de los imperialistas, anunciaba que estaba dispuesto a ir con la burguesía nacional al contubernio con los imperialistas, contra los obreros y los campesinos de China.

III. Segunda etapa de la revolución china

El golpe de Chang Kai-shek indica que la burguesía nacional ha abandonado la revolución, que ha nacido un centro de la contrarrevolución nacional y se ha cerrado el trato de los kuomintanistas de derecha con el imperialismo, contra la revolución china.

El golpe de Chang Kai-shek significa que en el Sur de China habrá de ahora en adelante dos campos, dos gobiernos, dos ejércitos, dos centros: el centro de la revolución, en Wuhan, y el centro de la contrarrevolución, en Nankín.

El golpe de Chang Kai-shek significa que la revolución ha entrado en la segunda etapa de su desarrollo, que ha empezado un *viraje* de la revolución del frente único *nacional* a la revolución de las masas de millones y millones de *obreros* y *campesinos*, a la revolución *agraria*, la cual intensificará y ensanchará la lucha contra el imperialismo, contra la gentry y los terratenientes feudales, contra los militaristas y el grupo contrarrevolucionario de Chang Kai-shek.

Esto significa que la lucha entre los dos caminos de la revolución, entre los partidarios de llevarla adelante y los partidarios de ponerle término, se agudizará de día en día, ocupando todo el actual período de la revolución.

Esto significa que el Kuomintang revolucionario, en Wuhan, se irá convirtiendo de hecho, con una lucha enérgica contra el militarismo y el imperialismo, en el órgano de la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado, mientras que el grupo contrarrevolucionario de Chang Kai-shek, en Nankín, apartándose de los obreros y los campesinos y acercándose al imperialismo, compartirá, en fin de cuentas, la suerte de los militaristas.

Pero de esto se deduce que la política de conservación de la unidad del Kuomintang, la política de aislamiento de los derechistas dentro del Kuomintang y de su utilización con fines revolucionarios, no responde ya a las nuevas tareas de la revolución. Esta política debe ser sustituida por la política de expulsión enérgica de los derechistas del seno del Kuomintang, por la lucha decidida contra los derechistas hasta su completa eliminación política, por la política de concentración de todo el Poder del país en manos del Kuomintang *revolucionario*, del Kuomintang sin los elementos de derecha, del Kuomintang como bloque de los kuomintanistas de izquierda y los comunistas.

De esto se deduce, además, que la política de estrecha colaboración de los izquierdistas y los comunistas en el seno del Kuomintang adquiere, en la actual etapa, vigor e importancia particulares; que esta colaboración refleja la alianza de obreros y campesinos que se está formando fuera del Kuomintang; que sin esa colaboración la revolución no puede vencer.

De esto se deduce también que lo que dará principalmente fuerza al Kuomintang revolucionario es el desarrollo sucesivo del movimiento revolucionario dé los obreros y los campesinos y el fortalecimiento de sus organizaciones de masas -los comités campesinos revolucionarios, los sindicatos obreros y demás organizaciones revolucionarias de masas-, como elementos preparatorios de los futuros Soviets; que la garantía principal de la victoria de la revolución reside en una mayor actividad revolucionaria de las masas de millones de trabajadores y que el principal antídoto contra la contrarrevolución es armar a los obreros y a los campesinos.

De esto se deduce, por último, que, al luchar en las mismas filas con los kuornintanistas revolucionarios, el Partido Comunista debe conservar más que nunca su independencia, como condición necesaria para asegurar la hegemonía del proletariado en la revolución democrático-burguesa.

IV. Errores de la oposición

El error principal de la oposición (Rádek y compañía) es que no comprende el carácter de la revolución china, no comprende qué etapa atraviesa en el momento presente esta revolución, no comprende su actual situación internacional.

La oposición pide que la revolución china se desenvuelva al mismo ritmo, más o menos, que marchó la Revolución de Octubre. La oposición se muestra descontenta de que los obreros de Shanghaí no aceptaran el combate decisivo contra los imperialistas Y sus secuaces.

Pero no comprende que la revolución china no puede avanzar rápidamente, entre otras cosas porque la situación internacional es hoy menos favorable que en 1917 (no hay guerra entre los imperialistas).

No comprende que no se puede aceptar el combate decisivo en condiciones desfavorables, cuando las reservas no han sido concentradas todavía; los bolcheviques, por ejemplo, no aceptaron tampoco el combate decisivo ni en abril ni en julio de 1917.

La oposición no comprende que no eludir el combate decisivo en condiciones desfavorables (cuando se puede eludir) significa facilitar la obra de los enemigos de la revolución.

La oposición pide la formación inmediata de Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados en China. Pero ¿qué significa crear los Soviets *ahora*?

En primer lugar, no es posible crear los Soviets en cualquier momento: se crean sólo en el período de particular ascenso del oleaje revolucionario.

En segundo lugar, los Soviets no se crean para dedicarse a la charlatanería: se crean, ante todo, como órganos de lucha contra el Poder existente, como órganos de lucha por el Poder. Así fue en 1905. Así fue en 1917.

Pero ¿qué significa crear los Soviets *actualmente* en la zona del gobierno de Wu-han, por ejemplo? Significa dar la consigna de lucha contra el Poder vigente en esa zona. Significa dar la consigna de crear nuevos órganos de Poder, dar la consigna de lucha contra el Poder del Kuomintang revolucionario, que integran los comunistas en bloque con los kuomintanistas de izquierda, pues el único Poder que allí hay ahora es el del Kuomintang revolucionario.

Significa también confundir la tarea de formar y robustecer las organizaciones de masas de los obreros y los campesinos, como son los comités de huelga, las uniones y los comités campesinos. los consejos sindicales, los comités fabriles, etc., en los que ya ahora se apoya el Kuomintang revolucionario, con la tarea de crear el sistema soviético como tipo nuevo de Poder del Estado, para reemplazar el Poder del Kuomintang revolucionario.

Significa, en fin, no comprender qué etapa atraviesa actualmente la revolución china. Significa poner en manos de los enemigos del pueblo chino nuevas armas para la lucha contra la revolución, para fabricar nuevas leyendas acerca de que en China no se produce una revolución nacional, sino una trasplantación artificial de la «sovietización moscovita».

Así, pues, la oposición hace el juego a los enemigos de la revolución china al plantear la consigna de crear *actualmente* los Soviets.

La oposición no estima conveniente la participación de los comunistas en el Kuomintang. La oposición estima conveniente, por tanto, que el Partido Comunista se retire del Kuomintang. Pero ¿qué significa la retirada del Partido Comunista del

Kuomintang *ahora*, cuando toda la jauría imperialista y todos sus secuaces exigen que se expulse a los comunistas del Kuomintang? Significa abandonar el campo de batalla y desamparar a los aliados del Partido en el Kuomintang, con gran contento de los enemigos de la revolución. Significa debilitar el Partido Comunista, torpedear el Kuomintang revolucionario, facilitar la obra de los Cavaignac de Shanghaí y poner la bandera del Kuomintang, la más popular en China, en manos de los kuomintanistas de derecha.

Eso es, precisamente, lo que exigen ahora los imperialistas, los militaristas y los kuomintanistas de derecha.

Resulta, pues, que la oposición hace el juego a los enemigos de la revolución china al manifestarse partidaria de que el Partido Comunista se retire *actualmente* del Kuomintang.

El reciente Pleno del CC de nuestro Partido tenía, por eso, completa razón al rechazar de plano la plataforma oposicionista[250].

Publicado el 21 de abril de 1927 en el núm. 90 de «Pravda».

[250] Se alude al Pleno del CC del PC(b) de la URSS, que se celebró del 13 al 16 de abril de 1927. El Pleno aprobó la política del Buró Político del CC en la cuestión internacional y rechazó categóricamente la plataforma antipartido de la oposición trotskista-zinovievista.

ACERCA DE LOS PROBLEMAS DE LA REVOLUCIÓN CHINA

Respuesta al camarada Marchulin

Me han remitido, para que la conteste, su carta a la redacción de «Derevienski Komunist»[251] acerca de los Soviets en China. En el supuesto de que no tendrá nada en contra, le envío una breve respuesta.

Me parece, camarada Marchulin, que su carta obedece a un malentendido. Y verá por qué.

1) Las tesis de Stalin para los propagandistas hablan contra la formación *inmediata* de Soviets de diputados *obreros*, campesinos y soldados en la China *actual*. Usted, objetando a Stalin, invoca las tesis y el discurso de Lenin ante el II Congreso de la Internacional Comunista, donde se habla únicamente de Soviets *campesinos*, de Soviets de *trabajadores*, de Soviets *del pueblo trabajador*, pero no se dice ni una palabra de la formación de Soviets de diputados *obreros*.

¿Por qué no habla Lenin de la formación de Soviets de diputados *obreros* ni en sus tesis ni en su discurso? Porque Lenin se refiere en su discurso y en sus tesis a países donde «no puede ni hablarse de un movimiento puramente proletario», donde «casi no hay proletariado industrial» (v. t. XXV, pág. 353). Lenin dice bien claramente en su discurso que se refiere a países como los del Asia Central, como Persia, donde «casi no hay proletariado industrial» (v, lugar citado).

¿Puede incluirse entre esos países a China, con sus centros industriales como Shanghai, Han-kao, Nankín, Chang-sha, etc., donde hay ya unos tres millones de obreros sindicados? Claro que no.

Es evidente que, cuando se habla de la China de nuestros días, donde existe cierto mínimo de proletariado industrial, no debe tenerse en cuenta simplemente la creación de Soviets *campesinos* o de Soviets de los trabajadores, sino la formación de Soviets de diputados *obreros* y campesinos.

Otra cosa sería si se tratara de Persia, de Afganistán etc.

Pero las tesis de Stalin se refieren, como es sabido, a China, y no a Persia, Afganistán, etc.

Por eso son erróneas y carecen de fundamento su objeción a Stalin y su referencia al discurso y a las tesis de Lenin en el II Congreso de la Internacional Comunista.

2) Cita usted en su carta fragmento de las «Tesis complementarias» del II Congreso de la Internacional Comunista acerca de la cuestión nacional y colonial, en el que se dice que en el Oriente «los partidos proletarios deben mantener una intensa propaganda de las ideas comunistas e instituir Soviets *obreros* y campesinos a la primera oportunidad». Y presenta usted las cosas como si esas «Tesis complementarias» y el fragmento que usted cita pertenecieran a Lenin. Esto no es cierto, camarada Marchulin. En eso se equivoca usted, sencillamente. Las «Tesis complementarias» pertenecen a Roy, y así se aprobaron en el II Congreso, como tesis de Roy, adoptadas como «complemento» a las tesis de Lenin (v. II Congreso de la Internacional Comunista, actas taquigráficas, págs. 122-126).

¿Para qué hacían falta las «Tesis complementarias»? Para distinguir de las colonias atrasadas, sin proletariado industrial, a otros países, como son China y la India, de los cuales no se puede afirmar que en ellos «casi no hay proletariado industrial». Lea esas «Tesis complementarias» y comprenderá que en ellas se trata, principalmente, de China y la India (v, II Congreso de la Internacional Comunista, actas taquigráficas, pág. 122).

¿Cuál fue la causa de que hicieran falta unas tesis especiales de Roy como «complemento», a las tesis de Lenin? Las tesis de Lenin fueron escritas y publicadas mucho antes de la apertura del II Congreso, mucho antes de que llegaran los representantes de las colonias y se celebrara la discusión en la comisión especial del II Congreso. Y como la discusión en la comisión puso de relieve la necesidad de destacar a China y la India de entre las colonias atrasadas del Oriente, hubo necesidad de las «Tesis complementarias».

Por ello no se debe confundir el discurso y las tesis de Lenin con las «Tesis complementarias» de Roy, como no se puede olvidar que, cuando se trata de países como China y la India, hay que tener en cuenta la formación de Soviets *obreros* y campesinos, y no simplemente de Soviets campesinos.

3) ¿Habrá que formar en China Soviets *obreros* y

[251] «Derevienski Kommunist» («El Comunista Rural») : revista quincenal para el activo del Partido en el campo, órgano del CC del PC(b) de la URSS La revista salió desde diciembre de 1924 hasta agosto de 1930.

campesinos? Sí, habrá que formarlos necesariamente. De ello hablan sin rodeos las tesis de Stalin para los propagandistas, en las que se dice:

«Lo que dará principalmente fuerza al Kuomintang revolucionario es el desarrollo sucesivo del movimiento revolucionario de los obreros y los campesinos y el fortalecimiento de sus organizaciones de masas -los comités campesinos revolucionarios, los sindicatos obreros y demás organizaciones revolucionarias de masas-, *como elementos preparatorios de los futuros Soviets*»...[252]

Todo el problema se reduce a *cuándo* crearlos, en *qué* condiciones, en *qué* situación.

Los Soviets de diputados obreros son, una organización omnímoda y, por eso, la mejor organización revolucionaria de la clase obrera. Pero esto no significa que sea posible crearlos siempre y en todas las condiciones. Cuando Jrustaliov, primer presidente del Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo, planteó, en el verano de 1906, después del reflujo de la revolución, la necesidad de formar Soviets de diputados obreros, Lenin se opuso, diciendo que, en aquel momento, cuando la retaguardia (el campesinado) no se había unido aún a la vanguardia (al proletariado), no era conveniente la creación de Soviets de diputados obreros, y Lenin tenía completa razón, ¿Por qué? Porque los Soviets de diputados obreros no son una simple organización de los obreros. Los Soviets de diputados obreros son órganos de lucha de la clase obrera contra el Poder existente, órganos de la insurrección, órganos del nuevo Poder revolucionario, y sólo como tales pueden desarrollarse y robustecerse. Y si no hay condiciones para la lucha directa de las masas contra el Poder existente, para la insurrección de las masas contra ese Poder, para la organización del nuevo Poder revolucionario, la creación de Soviets obreros no es conveniente; pues, de no darse dichas condiciones, corren el riesgo de podrirse y de transformarse en arena de vacíos pugilatos verbales.

Decía Lenin de los Soviets de diputados obreros:

«Los Soviets de diputados obreros son *órganos de lucha directa de las masas*»... «No fue una teoría cualquiera, ni los llamamientos de nadie, ni una táctica inventada por alguien, ni una doctrina de partido, sino la fuerza de las cosas lo que condujo a estos órganos sin-partido, de masas, a la necesidad de la insurrección y los hizo órganos de la insurrección. Y actualmente instituir esos órganos significa crear los órganos de la *insurrección*; llamar a instituirlos significa llamar a la *insurrección*. Olvidar esto o velarlo ante las amplias masas del pueblo sería la miopía más imperdonable y la peor de las políticas»[253] (v. t. X, pág. 15).

Y añade en otro sitio:

«Toda la experiencia de ambas revoluciones, lo mismo la de 1905 que la de 1917, al igual que todas las decisiones del Partido Bolchevique, todas sus declaraciones políticas de muchos años coinciden en que el Soviet de Diputados Obreros y Soldados no es factible más que como *órgano de la insurrección*, más que como *órgano del Poder revolucionario*. Fuera de esta tarea, los Soviets son un simple juguete que conduce inevitablemente a la apatía, a la indiferencia, al desencanto de las masas, hastiadas ya, con toda razón, de la repetición interminable de resoluciones y protestas»[254] (v. t. XXI, pág. 288).

¿Qué significa, si tenemos esto en cuenta, llamar a la formación *inmediata* de Soviets de diputados *obreros*, campesinos y soldados en la actual China del Sur, en la zona del gobierno de Wu-han, pongamos por caso, donde tiene el Poder ahora el Kuomintang revolucionario, donde el movimiento se desarrolla ahora bajo la consigna de «todo el Poder al Kuomintang revolucionario»? Llamar ahora a la formación de Soviets de diputados *obreros* y campesinos en esta zona significa llamar a la insurrección contra el Poder del Kuomintang revolucionario. ¿Es esto conveniente? Claro que no lo es. Claro que quien llama ahora a la creación inmediata de Soviets de diputados *obreros* en esta zona, trata de *saltarse* la fase kuomintanista de la revolución china, corre el riesgo de poner la revolución de China en una situación dificilísima.

Así están las cosas, camarada Marchulin, por lo que se refiere a la formación inmediata de los Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados en China.

En el II Congreso de la Internacional Comunista se aprobó una resolución especial titulada «Cuándo y en qué condiciones se pueden crear Soviets de diputados obreros». Fue aprobada en vida de Lenin, le recomiendo su lectura. No carece de interés (v. II Congreso de la Internacional Comunista, actas taquigráficas, págs. 580-583).

4) ¿Cuándo será preciso formar en China los Soviets de diputados *obreros* y campesinos? Habrá necesidad imperiosa de crearlos en China en el momento en que la revolución agraria triunfante alcance su máximo desarrollo, cuando el Kuomintang, como *bloque de los populistas revolucionarios de China* (Kuomintang de izquierda) *y del Partido Comunista*, no responda ya a la nueva situación, cuando la revolución democrático-burguesa, que todavía no ha vencido y que tardará aún en vencer, empiece a poner de manifiesto sus

[252] Subrayado por mí. *J. St.*

[253] Subrayado por mí. *J. St.*

[254] Subrayado por mí. *J. St.*

rasgos negativos, cuando del actual tipo kuomintanista de organización del Estado haya que ir paulatinamente al tipo nuevo, *proletario*, de organización del Estado.

Así es como debe comprenderse el conocido párrafo relativo a los Soviets *obreros* y campesinos de las «Tesis complementarias» de Roy, aprobadas en el II Congreso de la Internacional Comunista.

¿Ha llegado ya ese momento?

No es preciso demostrar que ese momento no ha llegado todavía.

¿Y qué hacer ahora? Hay que ampliar y profundizar la revolución agraria de China. Hay que crear y fortalecer toda clase de organizaciones de masas de los obreros y campesinos, desde los consejos sindicales y los comités de huelga hasta las uniones campesinas y los comités revolucionarios campesinos, para transformarlos, a medida que crezca el movimiento revolucionario y aumenten sus éxitos, en bases organizativas y políticas de los futuros Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados.

Esta es ahora la tarea.

9 de mayo de 1927.

Publicado con la firma de J. Stalin el 15 de mayo de 1927 en el núm. 10 de la revista «Derevienski Komunist».

EL CARÁCTER INTERNACIONAL DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

En el X aniversario de Octubre

La Revolución de Octubre no se puede considerar sólo una revolución circunscrita «a un marco nacional». Es, ante todo, una revolución de carácter internacional, de carácter mundial, pues representa un viraje radical en la historia de la humanidad, un viraje del viejo mundo, del mundo capitalista, al mundo nuevo, al mundo socialista.

En el pasado, las revoluciones acababan, generalmente, con la sustitución de un grupo de explotadores por otro grupo de explotadores en el timón del gobierno. Cambiaban los explotadores, pero la explotación continuaba. Así ocurrió en la época de los movimientos libertadores de los esclavos. Así ocurrió en el período de las sublevaciones de los siervos. Así ocurrió en el período de las Conocidas «grandes» revoluciones de Inglaterra, de Francia y de Alemania. No me refiero a la Comuna de París, que fue el primer intento del proletariado -glorioso y heroico, pero, con todo, un intento fallido- de volver la historia contra el capitalismo.

La Revolución de Octubre se distingue *por principio* de estas revoluciones. Se propone como objetivo, no el que una forma de explotación sustituya a otra forma de explotación, que un grupo de explotadores reemplace a otro grupo de explotadores, sino la supresión de toda clase de explotación del hombre por el hombre, la supresión de todos y cada uno de los grupos de explotadores, la instauración de la dictadura del proletariado, la instauración del Poder de la clase más revolucionada entre todas las clases oprimidas que han existido hasta hoy, la organización de una nueva sociedad, de la sociedad socialista sin clases.

Precisamente por eso, el *triunfo* de la Revolución de Octubre marca un cambio radical en la historia de la humanidad, un cambio radical en los destinos históricos del capitalismo mundial, un cambio radical en el movimiento de liberación del proletariado mundial, un cambio radical en los métodos de lucha y en las formas de organización, en el modo de vida y en las tradiciones, en la cultura y en la ideología de las masas explotadas del mundo entero.

En esto reside la razón fundamental de que la Revolución de Octubre sea una revolución de carácter internacional, de carácter mundial.

Y a esto mismo obedece la profunda simpatía de las clases oprimidas de todos los países por la Revolución de Octubre, en la cual ven la garantía de su liberación.

Podrían señalarse varias cuestiones fundamentales en las que la Revolución de Octubre influye sobre el desarrollo del movimiento revolucionario del mundo entero.

1. La Revolución de Octubre se caracteriza, ante todo, por haber roto el frente del imperialismo mundial, por haber derribado la burguesía imperialista en uno de los mayores países capitalistas y haber colocado en el Poder al proletariado socialista.

La clase de los asalariados, la clase de los perseguidos, la clase de los oprimidos y de los explotados se elevó *por vez primera* en la historia de la humanidad a la posición de clase *dominante*, contagiando con su ejemplo a los proletarios de todos los países.

Esto significa que la Revolución de Octubre *inició* una nueva época, la época de las revoluciones *proletarias* en los países del *imperialismo*.

Esta revolución desposeyó a los terratenientes y capitalistas de los instrumentos y medios de producción, convirtiéndolos en propiedad social y contraponiendo, de este modo, la propiedad socialista a la propiedad burguesa. De esta manera, puso en evidencia la mentira de los capitalistas de que la propiedad burguesa es inviolable, sagrada, eterna.

Esta revolución arrancó el Poder a la burguesía, despojó de los derechos políticos a la burguesía, destruyó la máquina del Estado burgués y entregó el Poder a los Soviets, contraponiendo, de este modo, al parlamentarismo burgués, como democracia *capitalista*, el Poder socialista de los Soviets, como democracia *proletaria*. Tenía razón Lafargue al decir, ya en 1887, que, al día siguiente de la revolución, «todos los antiguos capitalistas serían privados de los derechos electorales».

De esta manera, la Revolución de Octubre puso en evidencia la mentira de los socialdemócratas de que hoy es posible el tránsito pacífico al socialismo por la senda del parlamentarismo burgués.

Pero la Revolución de Octubre no se detuvo ni podía detenerse aquí. Después de destruir lo viejo, lo

burgués, emprendió la edificación de lo nuevo, de lo socialista. Los diez años de Revolución de Octubre son diez años de edificación del Partido, de los sindicatos, de los Soviets, de las cooperativas, de las organizaciones culturales, del transporte, de la industria y del Ejército Rojo. Los éxitos indiscutibles, alcanzados por el socialismo en la URSS en el frente de la edificación, han demostrado claramente que el proletariado *puede* gobernar con éxito el país *sin* burguesía y *en contra* de la burguesía, *puede* levantar con éxito la industria *sin* burguesía y *en contra* de la burguesía, *puede* dirigir con éxito toda la economía nacional *sin* burguesía y *en contra* de la burguesía, *puede* edificar con éxito el socialismo, a pesar del cerco capitalista.

La vieja «teoría» de que los explotados no pueden arreglárselas sin los explotadores, al igual que la cabeza y las otras partes del cuerpo no pueden arreglárselas sin el estómago, no es patrimonio exclusivo de Menenio Agrípa, el célebre senador romano de que nos habla la historia antigua. Esta «teoría» es hoy la piedra angular de la «filosofía» política de la socialdemocracia, en general, y de la política socialdemócrata de *coalición* con la burguesía imperialista, en particular. Esta «teoría», que ha adquirido el carácter de prejuicio, es actualmente uno de los obstáculos más graves para la revolucionarización del proletariado de los países capitalistas. Uno de los resultados más importantes de la Revolución de Octubre consiste en que ha asestado un golpe mortal a esta falsa «teoría».

¿Acaso es necesario todavía demostrar que estos resultados, y otros semejantes, de la Revolución de Octubre no han podido ni pueden dejar de ejercer gran influencia sobre el movimiento revolucionario de la clase obrera de los países capitalistas?

Hechos tan notorios para todo el mundo como los progresos del comunismo en los países capitalistas, como la creciente simpatía de los proletarios de todos los países hacia la clase obrera de la URSS y, por último, la afluencia de delegaciones obreras al País de los Soviets, indican de un modo indiscutible que la semilla lanzada por la Revolución de Octubre empieza ya a dar sus frutos.

2. La Revolución de Octubre hizo cuartearse al imperialismo, no sólo en los centros de su dominación, no sólo en las «metrópolis». Fue también un golpe contra la retaguardia del imperialismo, contra su periferia, minando la dominación del imperialismo en las colonias y en los países dependientes.

Al derrocar a los terratenientes y a los capitalistas, la Revolución de Octubre rompió las cadenas de la opresión nacional y colonial y liberó de ellas a todos los pueblos oprimidos de un vasto Estado, sin excepción. El proletariado no puede liberarse sin liberar a los pueblos oprimidos. Rasgo característico de la Revolución de Octubre es el haber llevado a cabo, en la URSS, estas devoluciones nacionales y coloniales, no bajo la bandera de la hostilidad nacional y de los choques entre las naciones, sino bajo la bandera de la confianza mutua y de la amistad fraternal entre los obreros y los campesinos de los pueblos de la URSS, no en nombre del nacionalismo, sino en nombre del *internacionalismo*.

Precisamente por esto, porque en nuestro país las revoluciones nacionales y coloniales transcurrieron bajo la dirección del proletariado y bajo la bandera del internacionalismo, precisamente por esto, los pueblos parias, los pueblos esclavos, se han elevado por vez primera en la historia de la humanidad a la condición de pueblos *verdaderamente* libres y *verdaderamente* iguales, contagiando con su ejemplo a los pueblos oprimidos del mundo entero.

Esto significa que la Revolución de Octubre *inició* una nueva época, una época de revoluciones *coloniales*, que se llevan a efecto *en los países oprimidos* del mundo *en alianza* con el proletariado, *bajo la dirección* del proletariado.

Antes, «se admitía» que el mundo estaba dividido, desde tiempos inmemoriales, en razas inferiores y superiores, en negros y blancos, de los cuales los primeros no son aptos para la civilización y están condenados a ser objeto de explotación, mientras que los segundos son los únicos exponentes de la civilización, llamados a explotar a los primeros.

Hoy, esta leyenda: hay que considerarla destruida y desechada. Uno de los resultados más importantes de la Revolución de Octubre consiste en que ha asestado un golpe mortal a esta leyenda, demostrando en la práctica que los pueblos no europeos liberados, incorporados al cauce del desarrollo soviético, son tan capaces como los pueblos europeos de impulsar una cultura *realmente* avanzada y una civilización *realmente* avanzada.

Antes, «se admitía» que el único método para liberar a los pueblos oprimidos era el método del *nacionalismo* burgués, el método de separación de las naciones unas de otras, el método de desunirlas, el método de acentuar la hostilidad nacional entre las masas trabajadoras de distintas naciones.

Hoy, esta leyenda hay que considerarla refutada. Uno de los resultados más importantes de la Revolución de Octubre consiste en que ha asestado un golpe mental a esta leyenda, demostrando en la práctica la posibilidad y la conveniencia del método *proletario*, *internacionalista*, de liberación de los pueblos oprimidos, como el único método acertado, demostrando en la práctica la posibilidad y la conveniencia de una *alianza fraternal* entre los obreros y campesinos de los más diversos pueblos sobre los principios del *libre consentimiento* y del *internacionalismo*. La existencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, prototipo de la futura unificación de los trabajadores de todos los países en una sola economía mundial, no puede por

menos de servir de prueba inmediata de esto.

Huelga decir que estos resultados, y otros semejantes, de la Revolución de Octubre no podían ni pueden dejar de ejercer una gran influencia sobre el movimiento revolucionario de las colonias y los países dependientes. Hechos como el incremento del movimiento revolucionario de los pueblos oprimidos en China, en Indonesia, en la India, etc., y la creciente simpatía de estos pueblos hacia la URSS lo evidencian de modo indiscutible.

Ha pasado la era en que se podía explotar y oprimir con toda tranquilidad a las colonias y a los países dependientes.

Ha comenzado la era de las revoluciones libertadoras en las colonias y en los países dependientes, la era del despertar del *proletariado* de estos países, la era de su *hegemonía* en la revolución.

3. Al arrojar la semilla de la revolución tanto en los centros del imperialismo como en su retaguardia, al debilitar la potencia del imperialismo en las «metrópolis», y al hacer vacilar su dominación en las colonias, la Revolución de Octubre ha puesto en tela de juicio la pervivencia misma del capitalismo mundial *en su conjunto*.

Si, bajo las condiciones del imperialismo, el desarrollo espontáneo del capitalismo se ha transformado -en virtud de su desigualdad, en virtud del carácter inevitable de los conflictos y de los choques armados y, por último, en virtud de la carnicería imperialista sin precedentes- en un proceso de descomposición y agonía del capitalismo, la Revolución de Octubre y, como resultado de ella, el desprendimiento de un país enorme del sistema mundial del capitalismo, no podían por menos de acelerar este proceso, socavando, paso a paso, las bases mismas del imperialismo mundial.

Más aún. La Revolución de Octubre, al hacer cuartearse el imperialismo, creó, al mismo tiempo, con la primera dictadura proletaria, una base potente y abierta para el movimiento revolucionario mundial, base que este movimiento *no había tenido jamás*, antes y en la que ahora puede apoyarse. Creó un centro potente y abierto del movimiento revolucionario mundial, centro que *no había tenido jamás* antes y en torno al cual ese movimiento puede ahora adquirir cohesión, organizando el *frente único revolucionario de los proletarios y de los pueblos oprimidos de todos los países contra el imperialismo*.

Esto significa, en primer lugar, que la Revolución de Octubre infirió una herida de muerte al capitalismo mundial, de la que éste no se repondrá jamás. Y por eso precisamente, el capitalismo jamás recobrará el «equilibrio» y la «estabilidad» que tenía antes de Octubre.

El capitalismo podrá estabilizarse parcialmente, podrá racionalizar su producción, entregar el gobierno del país al fascismo, reprimir temporalmente a la clase obrera, pero no volverá jamás a disfrutar de la «tranquilidad» y la «seguridad», del «equilibrio» y la «estabilidad» de que hacía gala antes, pues la crisis del capitalismo mundial ha alcanzado un grado tal de desarrollo, que la hoguera de la revolución se encenderá inevitablemente, ya en los centros del imperialismo, ya en la periferia, haciendo trizas los remiendos capitalistas y aproximando, día tras día, la caída del capitalismo. Punto por punto como en la conocida fábula: -sí saca el rabo, se le hunde el hocico; si saca el hocico, se le hunde el rabo».

Esto significa, en segundo lugar, que la Revolución de Octubre elevó a cierta altura la fuerza y la importancia, la valentía y la voluntad combativa de las clases oprimidas del mundo entero, obligando a las clases dominantes a tenerlas en cuenta como un factor *nuevo* e importante. Hoy, ya no se puede ver en las masas trabajadoras del mundo una «multitud ciega» que vaga en las tinieblas y carece de horizontes, ya que la Revolución de Octubre encendió el faro que les alumbra el camino y les brinda perspectivas. Si antes no había una tribuna *universal* pública, desde la que se pudieran manifestar y plasmar los anhelos y las aspiraciones de las clases oprimidas, hoy esta tribuna existe y es la primera dictadura proletaria.

¿Acaso puede dudarse de que si esta tribuna fuese destruida, sobre la vida político-social de los «países adelantados» se abatirían para largo tiempo las tinieblas de una negra y desenfrenada reacción? No puede negarse que el simple hecho de la existencia del «Estado bolchevique» pone un freno a las negras fuerzas de la reacción y facilita a las clases oprimidas la lucha por su liberación. Y esto es precisamente lo que explica ese odio bestial que los explotadores de todos los países sienten hacia los bolcheviques.

La historia se repite, aunque sobre bases nuevas. Lo mismo que antiguamente, en la época de la caída del *feudalismo*, la palabra «jacobino» provocaba en los aristócratas de todos los países horror y repugnancia, también hoy, en la época de la caída del *capitalismo*, la palabra «bolchevique» provoca horror y repugnancia en la burguesía de todos los países. Y a la inversa: así como antes el asilo y la escuela de los elementos revolucionarios de la *burguesía* ascensional era París, hoy el refugio y la escuela de los elementos revolucionarios del *proletariado* ascensional es Moscú. El odio a los jacobinos no salvó al feudalismo del derrumbamiento. ¿Acaso puede dudarse de que el odio a los bolcheviques no salvará tampoco al capitalismo de su caída inevitable?

Ha pasado la era de la «estabilidad» del capitalismo, arrastrando consigo la leyenda de la inamovilidad del orden burgués.

Ha comenzado la era del hundimiento del capitalismo.

4. No se debe considerar que la Revolución de

Octubre afecte sólo a las relaciones económicas y político-sociales. Es, al mismo tiempo, una revolución en los cerebros, una revolución en la ideología de la clase obrera. La Revolución de octubre surgió y se consolidó bajo la bandera del marxismo, bajo la bandera de la idea de la dictadura del proletariado, bajo la bandera del leninismo, que es el marxismo de la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias. Representa, por tanto, el triunfo del marxismo sobre el reformismo, el triunfo del leninismo sobre el socialdemocratismo, el triunfo de la III Internacional sobre la II Internacional.

La Revolución de Octubre abrió un abismo infranqueable entre el marxismo y la ideología socialdemócrata, entre la política del leninismo y la política de la socialdemocracia.

Antes, *hasta el triunfo de la dictadura del proletariado*, la socialdemocracia podía alardear con la bandera del marxismo, sin negar abiertamente la idea de la dictadura del proletariado, pero sin hacer tampoco nada, absolutamente nada, por acercar la realización de esta idea; se comprende que esta actitud de la socialdemocracia no suponía amenaza alguna para el capitalismo. Entonces, en aquel período, la socialdemocracia se identificaba formalmente, o casi se identificaba, con el marxismo.

Hoy, *después del triunfo de la dictadura del proletariado*, cuando todo el mundo ha visto con claridad meridiana a *dónde* conduce el marxismo y *qué* puede significar su triunfo, la socialdemocracia ya no puede alardear con la bandera del marxismo, ya no puede coquetear con la idea de la dictadura del proletariado, sin crear cierto peligro para el capitalismo. Después de haber roto hace ya mucho con el espíritu del marxismo, se ha visto obligada a romper también con la bandera del marxismo, enfrentándose abierta y francamente contra la obra del marxismo, contra la Revolución de Octubre, contra la primera dictadura del proletariado habida en el mundo.

Ahora tenía que desentenderse y se desentendió, en efecto, del marxismo, ya que, en las condiciones actuales, no es posible llamarse marxista sin apoyar abierta y abnegadamente la primera dictadura proletaria del mundo, sin librar una lucha revolucionaria contra la propia burguesía, sin crear las condiciones para el triunfo de la dictadura del proletariado en el propio país.

Entre la socialdemocracia y el marxismo se ha abierto un abismo. Desde ahora, el *único* portador y baluarte del marxismo es el leninismo, el comunismo.

Pero las cosas no han parado aquí. Después de deslindar los campos entre la socialdemocracia y el marxismo, la Revolución de Octubre fue más allá, arrojando a la primera al campo de los defensores directos del capitalismo *contra* la primera dictadura proletaria habida en el mundo. Cuando señores como los Adler y Bauer, los Wels y Levi, los Longuet y Blum difaman al «régimen soviético», ensalzando la «democracia» parlamentaria, quieren decir con ello que luchan y seguirán luchando *en pro* de la restauración del orden capitalista en la URSS, *en pro* del mantenimiento de la esclavitud capitalista en los Estados «civilizados».

La actual ideología socialdemócrata es el *puntal ideológico* del capitalismo. Lenin tenía mil veces razón al decir que los actuales políticos socialdemócratas son «verdaderos *agentes de la burguesía* en el seno del movimiento *obrero*, lugartenientes obreros de la clase de los capitalistas» y que, en «la guerra civil entre el proletariado y la burguesía», se colocaran inevitablemente «al lado de los «versalleses» contra los «comuneros»[255].

No se puede acabar con el capitalismo sin acabar con la ideología socialdemócrata en el movimiento obrero. Por eso, la era de la agonía del capitalismo es, al mismo tiempo, la era de la agonía de la ideología socialdemócrata en el movimiento obrero.

La gran importancia de la Revolución de Octubre reside, entre otras cosas, en que anuncia el triunfo inevitable del leninismo sobre la ideología socialdemócrata en el movimiento obrero mundial.

Ha terminado la era de la dominación de la Ir Internacional y de la ideología socialdemócrata en el movimiento obrero.

Ha comenzado la era de la dominación del leninismo y de la III Internacional.

Publicado con la firma de J. Stalin el 6 y el 7 de noviembre de 1927 en el núm. 255 de «Pravda».

---

[255] Se alude a la resolución del VII Pleno ampliado del CE de la IC sobre la situación en China, aprobada el 116 de diciembre de 1926. V. la resolución del Pleno en el libro: «Tesis y resoluciones del VII Pleno ampliado del CE de la IC.», Moscú-Leningrado, 1927.

INFORME POLÍTICO ANTE EL XV CONGRESO DEL PC(b) DE LA URSS

(Extractos)

El aparato del Estado y la lucha contra el burocratismo. Del burocratismo se habla tanto, que huelga extenderse al respecto. Es indudable que en el aparato del Estado, en el de las cooperativas y en el del Partido existen elementos de burocratismo. También es un hecho que la lucha contra los elementos de burocratismo es necesaria y que esta tarea la tendremos planteada siempre, mientras exista en el país el Poder público, mientras exista el Estado.

Pero, con todo, hay que tener sentido de la medida. Llevar la lucha contra el burocratismo en el aparato del Estado hasta la destrucción de este aparato, hasta desacreditarlo, hasta las tentativas de destruirlo, es ir contra el leninismo, es olvidar que nuestro aparato es un aparato soviético, un aparato de Estado superior, por su tipo, a todos los demás aparatos de Estado existentes en el mundo.

¿En qué consiste la fuerza del aparato de nuestro Estado?

En que, a través de los Soviets, vincula el Poder a las masas de millones de obreros y campesinos. En que los Soviets son una escuela de gobernación para decenas y cientos de miles de obreros y campesinos. En que el aparato del Estado no se aísla de las masas, de los millones de hombres del pueblo, sino que se funde con ellos a través de innumerables organizaciones de masas, de todo género de comisiones, secciones, conferencias, reuniones de delegadas, etc., que rodean a los Soviets y que apoyan así a los órganos de Poder.

¿En qué consiste la debilidad del aparato de nuestro Estado? En la existencia de elementos burocráticos en el mismo, que estropean y deforman su trabajo. Para extirpar de él el burocratismo –y eso no se puede hacer en un año o en dos-, hay que mejorar sistemáticamente el aparato del Estado, acercarlo a las masas, renovarlo con hombres nuevos, fieles a la causa de la clase obrera, hay que transformarlo en el espíritu del comunismo, y no destruirlo, no desacreditarlo. Lenin tenía mil veces razón cuando afirmaba: *«Sin «aparato», nos hubiéramos hundido hace tiempo. Sin una lucha sistemática y tenaz por mejorar el aparato, nos hundiremos antes de haber logrado construir la base del socialismo»*[256].

No vaya detenerme en los defectos del aparato de nuestro Estado, que saltan por sí solos a la vista. Me refiero, ante todo, al «papeleo». Tengo a mano un montón de documentos que evidencian el papeleo y denuncian la negligencia criminal de varias organizaciones judiciales, administrativas, de seguros, cooperativas, etc.

Aquí se habla de un campesino que ha hecho veintiún viajes para acudir a una oficina de seguros, a fin de que le hiciesen justicia, y sin resultado.

Otro campesino, un viejo de 66 años, ha recorrido a pie 600 verstas para poner en claro un asunto en la oficina de previsión social del distrito, y no ha podido conseguir nada.

Una vieja aldeana de 56 años ha recorrido a pie 500 verstas y en carro más de 600, citada por el tribunal popular, y, con todo, no ha podido conseguir que se le hiciese justicia.

Podría citar un sinfín de casos análogos. No vale la pena enumerarlos. ¡Pero esto es una vergüenza para nosotros, camaradas! ¿Cómo se puede tolerar semejante escándalo?

Finalmente, los hechos relativos a los «relegados». Resulta que; además de la gente promovida entre los obreros, existe la gente «relegada», retirada a un segundo plano por sus propios camaradas, y no por incapacidad o porque no sepan trabajar sino a causa de su conciencia y honradez en el trabajo.

Aquí tenéis el caso de un obrero, mecánico herramentista, promovido para cierto puesto en la fábrica como hombre capaz e insobornable. Trabajó un año, otro trabajó honradamente, imponiendo el orden, luchando contra la mala administración y el despilfarro. Sin embargo, su labor afectó los intereses de un grupillo de compadres «comunistas», alteró la tranquilidad de éstos. ¿Y qué diréis que ha ocurrido? Pues que ese grupito de compadres «comunistas» empieza a ponerle la zancadilla y le obliga, así, a «relegarse». «¿Has querido ser más listo que nosotros? ¿No nos dejas vivir y lucrarnos tranquilamente? Retírate, amiguito».

Ved el caso de otro obrero, también mecánico, ajustador de tornos de roscar, promovido a cierto

256 V. I. Lenin-. «Plan del folleto «Sobre el impuesto en especie»».

cargo en la fábrica. Trabaja con celo y honestidad. Pero con su labor perturba la tranquilidad de ciertos individuos. ¿Y qué diréis que ha pasado? Se ha encontrado un pretexto para deshacerse de ese «inquieto» camarada. ¿Qué pensaba al abandonar su puesto ese camarada dirigente salido de entre los obreros?, ¿qué sentía? Pensaba y sentía así: «En todos los puestos, para los que se me nombró, hice lo posible por justificar la confianza depositada en mí. Pero jamás olvidaré la mala pasada que me han jugado con esta promoción. Me han cubierto de lodo. Mi deseo de poner todas las cosas en claro no se ha visto cumplido. Ni el comité sindical de la fábrica, ni la dirección, ni la célula del Partido han querido siquiera escucharme. Para la promoción yo he muerto: aunque me cubran de oro, no iré a ningún sitio» («Trud»[257], núm. 128, del 9 de junio de 1927).

¡Pero esto es una vergüenza para nosotros, camaradas! ¿Cómo se puede tolerar semejantes escándalos?

Es tarea del Partido cauterizar, en la lucha contra el burocratismo y por mejorar el aparato del Estado, abusos como los que acabo de citar, en nuestro trabajo diario.

La consigna leninista respecto a la revolución cultural. La mejor arma para combatir el burocratismo es la elevación del nivel cultural de los obreros y de los campesinos. Se puede censurar y criticar el burocratismo del aparato del Estado, se puede vituperar y poner en la picota el burocratismo en nuestro trabajo diario, pero si no existe cierto nivel cultural entre las amplias masas obreras, un nivel cultural que cree la posibilidad, el deseo y los conocimientos necesarios para controlar el aparato del Estado desde abajo, por las propias masas obreras, el burocratismo subsistirá, pase lo que pase. Por eso, el desarrollo cultural de la clase obrera y de las masas trabajadoras del campesinado -no sólo en el sentido de fomentar la instrucción, aunque la instrucción constituye la base de toda cultura, sino ante todo, en el sentido de adquirir hábitos y capacidad para incorporarse a la gobernación del país- es la palanca principal para mejorar el aparato del Estado y cualquier otro aparato. En eso reside el sentido y la importancia de la consigna leninista acerca de la revolución cultural.

He aquí lo que dijo al respecto Lenin en marzo de 1922, antes de la apertura del XI Congreso de nuestro Partido, en la carta que, para el Comité Central, envió al camarada Mólotov:

«*Nada necesitamos tanto como cultura, saber gobernar... Económica y políticamente, la NEP nos asegura por completo la posibilidad de sentar los fundamentos de la economía socialista*…[258] Lo «único» que hace falta es que el proletariado y su vanguardia cuenten con hombres cultos»[259].

No se debe olvidar estas palabras de Lenin, camaradas.

De aquí la tarea del Partido: reforzar la lucha por la elevación cultural de la clase obrera y de las capas trabajadoras del campesinado.

Publicado el 6 y el 9 de diciembre de 1927 en los núms. 279 y 282 de «Pravda».

[257] «Trud» («El trabajo»): diario, órgano del Consejo Central de los Sindicatos Soviéticos.
[258] Subrayado por mí. *J. St.*
[259] V. I. Lenin. Carta a V. M. Mólotov acerca del plan de informe político para el XI Congreso del Partido.

DISCURSO EN EL VIII CONGRESO DE LA UJCL DE LA URSS

16 de mayo de 1928[260]

Camaradas: En los Congresos es costumbre hablar de los éxitos. No cabe duda de que hemos logrado éxitos. Estos éxitos no son, naturalmente, pequeños, y no hay por qué silenciarlos. Pero, camaradas, en los últimos tiempos se habla entre nosotros tanto de los éxitos, y a veces tan empalagosamente, que no queda ninguna gana de repetir lo dicho. Por eso me permitiréis que altere el orden habitual y os diga unas palabras; no acerca de nuestros éxitos, sino acerca de nuestras debilidades y de las tareas que de ellas se desprenden.

Me refiero, camaradas, a las tareas relativas a las cuestiones de nuestra edificación interior.

Estas tareas atañen a tres cuestiones: a la cuestión de la línea de nuestro trabajo político; a la cuestión de elevar la actividad de las grandes masas populares en general, de la clase obrera en particular, y de luchar contra el burocratismo; y, finalmente, la cuestión de forjar nuevos cuadros para nuestra edificación económica.

I. Fortaleced la combatividad de la clase obrera

Empecemos por la primera cuestión. La peculiaridad característica del momento que estamos viviendo consiste en que llevamos ya doce años edificando en unas condiciones de desarrollo pacífico. Digo desarrollo pacífico, no sólo en el sentido de que no hay guerra con los enemigos exteriores, sino también en el sentido de que no hay elementos de guerra civil en el interior del país. Eso es lo que nosotros llamamos condiciones de desarrollo pacífico de nuestra edificación.

Sabéis que combatimos tres años contra los capitalistas del mundo entero para conquistar estas condiciones de desarrollo pacífico. Sabéis que conquistamos esas condiciones y que consideramos esta circunstancia como nuestra mayor realización. Pero, camaradas, toda conquista, incluida ésta, tiene también sus lados negativos. Las condiciones de desarrollo pacífico no han pasado en balde para nosotros. Han impreso su sello en nuestro trabajo, en nuestros funcionarios, en su psicología. En estos cinco años hemos avanzado sin tropiezos, como un tren por sus rieles. Debido a ello, en muchos de nuestros funcionarios se ha creado la mentalidad de que todo marchará como sobre ruedas, de que vamos montados en un tren expreso, por decirlo así, y que, sin necesidad de transbordos, avanzamos directamente hacia el socialismo.

Sobre esta base ha nacido la teoría de la «espontaneidad», la teoría de que «todo saldrá bien», la teoría de que «todo se arreglará» por sí solo, de que en el país no hay clases, nuestros enemigos se han apaciguado y todo marchará a las mil maravillas. De aquí cierta tendencia a la inercia, al letargo. Pues bien, esta psicología del letargo, esta psicología de la «espontaneidad» en el trabajo es, precisamente, lo que constituye el lado negativo del período de desarrollo pacífico.

¿En qué consiste el peligro de ese estado de ánimo? En que echa tierra a los ojos de la clase obrera, le impide distinguir a sus enemigos, la adormece con jactanciosos discursos acerca de la debilidad de nuestros enemigos y mina su combatividad.

No debemos consolarnos con el hecho de que en el Partido hay un millón de militantes, en el Komsomol dos millones y en los sindicatos diez y que, de esta manera, lo tenemos todo asegurado para la victoria definitiva sobre nuestros enemigos. Eso es erróneo, camaradas. La historia dice que los mayores ejércitos sucumbieron por haberse engreído, por creer demasiado en sus fuerzas, por menospreciar demasiado las fuerzas de sus enemigos, por haberse aletargado, haber perdido su combatividad y haberse dejado pillar por sorpresa en los momentos críticos.

El mayor de los partidos puede ser pillado por sorpresa, el mayor de los partidos puede sucumbir si no toma en consideración las enseñanzas de la historia, si no forja, día tras día, la combatividad de su clase. Ser pillado por sorpresa es muy peligroso, camaradas. Ser pillado por sorpresa significa ser víctima de «eventualidades», víctima del pánico ante el enemigo. Y el pánico lleva a la descomposición, a la derrota, a la muerte.

---

260 El VIII Congreso de la UJCL de la URSS se celebró en Moscú del 5 al 16 de mayo de 1928. En el Congreso se discutieron las siguientes cuestiones: balance y perspectivas de la edificación socialista y tareas de la educación comunista de la juventud, etc. J. V. Stalin pronunció un discurso el 16 de mayo, en la reunión de clausura del Congreso.

Podría citaros muchos ejemplos de la vida de nuestros ejércitos durante la guerra civil, cuando pequeños destacamentos aniquilaban a grandes unidades, que no tenían la necesaria combatividad. Podría contaros que en 1920 tres divisiones de caballería, que constaban por lo menos de cinco mil sables, fueron derrotadas y puestas en desordenada fuga por un batallón de infantería. Y eso ocurrió exclusivamente, porque las divisiones de caballería, pilladas por sorpresa, fueron víctimas del pánico ante un enemigo que no conocían, que era muy poco numeroso y al que hubiesen podido aplastar de un solo golpe si las divisiones no se hubieran encontrado primero en un estado de letargo y, luego, de pánico, de desconcierto.

Lo mismo hay que decir de nuestro Partido, de nuestro Komsomol, de nuestros sindicatos, de nuestras fuerzas en general. No es cierto que no tengamos ya enemigos de clase, que hayan sido batidos y eliminados. No, camaradas, nuestros enemigos de clase viven. Y no sólo viven, sino que crecen, tratando de actuar Contra el Poder Soviético,

Así lo evidencian las dificultades de este invierno en los acopios, cuando los elementos capitalistas del campo intentaron desbaratar la política del Poder Soviético.

Así lo evidencia el asunto de Shajti, expresión de acciones conjuntas del capital internacional y de la burguesía de nuestro país contra el Poder Soviético.

Así lo evidencian numerosos hechos de la política interior y exterior, hechos que conocéis y en los que no vale la pena extenderse aquí.

No se puede callar la existencia de esos enemigos de la clase obrera. Es criminal presentar más débiles de lo que son las fuerzas de los enemigos de clase de la clase obrera. No se puede silenciar todo eso particularmente ahora, en el período de nuestro desarrollo pacífico, cuando la teoría del letargo y de la «espontaneidad», que mina la combatividad de la clase obrera, encuentra cierto terreno abonado.

La inmensa importancia educativa de la crisis de acopios y del asunto de Shajti consiste en que han sacudido a todas nuestras organizaciones, han quebrantado la teoría de la «espontaneidad» y han subrayado una vez más la existencia de enemigos de clase, que viven, que no duermen, y contra los cuales hay que robustecer las fuerzas de la clase obrera, su vigilancia, su espíritu revolucionario y su combatividad.

De aquí la tarea inmediata del Partido, la línea política en su trabajo cotidiano: *elevar la combatividad de la clase obrera contra sus enemigos de clase*.

No se puede menos de señalar que el presente Congreso del Komsomol y, particularmente, «Komsomólskaia Pravda», han abordado más de cerca que nunca esta tarea. Sabéis que en los discursos de los oradores, lo mismo que en los artículos de «Komsomólskaía Pravda», se señala la importancia de esta tarea. Eso está muy bien, camaradas. Únicamente es necesario que esa tarea no se considere temporal y efímera, porque la tarea de reforzar la combatividad del proletariado es una tarea que debe inspirar todo nuestro trabajo mientras haya clases en el país y mientras exista el cerco capitalista.

II. Organizad la crítica de masas desde abajo

La segunda cuestión se refiere a las tareas de la lucha contra el burocratismo, a las tareas de la organización de la crítica de nuestros defectos por las masas, a la tarea del control de masas desde abajo.

El burocratismo es uno de los peores enemigos de nuestro avance. Alienta en todas nuestras organizaciones, tanto en las del Partido y del Komsomol, como en las sindicales y administrativas. Cuando se habla de los burócratas, suele señalarse con el dedo a los viejos funcionarios sin-partido, a los que se suele dibujar con gafas en las caricaturas. Eso no es del todo acertado, camaradas. Si se tratara sólo de los viejos burócratas, la lucha contra el burocratismo sería la cosa más fácil. La desgracia es que no se trata de los viejos burócratas. Se trata, camaradas, de los nuevos burócratas, se trata de los burócratas que simpatizan con el Poder Soviético, se trata, por último, de burócratas que militan en el Partido. El burócrata comunista es el tipo de burócrata más peligroso. ¿Por qué? Porque enmascara su burocratismo con el título de militante del Partido. Y por desgracia, esos burócratas comunistas no escasean entre nosotros.

Tomad nuestras organizaciones del Partido. Seguramente, habréis leído acerca del asunto de Smolensk, del asunto de Artiómovsk, etc. ¿Qué es eso, una casualidad? ¿A qué se deben esos hechos vergonzosos de descomposición y de corrupción moral en algunos eslabones de nuestras organizaciones del Partido? A que se ha llevado al absurdo el monopolio del Partido, a que se ha amordazado a los militantes de base, a que se ha aniquilado la democracia interna del Partido, a que se ha implantado el burocratismo. ¿Cómo se debe luchar contra ese mal? Opino que no hay ni puede haber más medio para luchar contra ese mal que la organización del control por las masas del Partido desde abajo, que implantar la democracia interna del Partido. ¿Qué se puede objetar a que se encienda la furia de las masas del Partido contra esos elementos degenerados y se les dé la posibilidad de arrojarlos a puntapiés? Difícilmente podrá objetarse nada contra ello.

O tomemos, por ejemplo, el Komsomol. No vais a negar, por supuesto, que en algunas organizaciones del Komsomol hay elementos completamente degenerados, contra los que es absolutamente indispensable luchar sin cuartel. Pero dejemos a un lado a los degenerados. Tomemos el último hecho de

la lucha de grupos, lucha sin principios, que se ha desarrollado en el Komsomol en torno a determinadas personas, de esa lucha que envenena la atmósfera en el Komsomo1. ¿A qué se debe que en el Komsomol haya cuantos «kosarievistas» y «sobolievistas» se quiera, mientras que a los marxistas hay que buscarlos con candil? ¿Qué evidencia este hecho sino que en algunos eslabones de las altas esferas del Komsomol se está desarrollando un proceso de anquilosamiento burocrático?

¿Y los sindicatos? ¿Quién va a negar que en los sindicatos hay cuanto burocratismo se quiera? Tenemos reuniones de producción en las empresas. Tenemos comisiones provisionales de control en los sindicatos. La tarea de estas organizaciones consiste en despertar a las masas, en poner al desnudo nuestros defectos y trazar las vías para mejorar nuestra edificación. ¿Por qué estas organizaciones no se desarrollan? ¿Por qué en ellas no bulle la vida? ¿No está claro que el burocratismo en los sindicatos, sumado al burocratismo en las organizaciones del Partido, no deja que se desarrollen estas importantísimas organizaciones de la clase obrera?

Finalmente, nuestras organizaciones económicas. ¿Quién va a negar que a nuestros organismos económicos los aqueja la dolencia del burocratismo? Tomad, por ejemplo, el asunto de Shajti. ¿Acaso el asunto de Shajti no evidencia que nuestros organismos económicos no avanzan, sino que se arrastran?

¿Cómo se puede poner fin al burocratismo en todas esas organizaciones?

Para ello no hay más que un camino: organizar el control desde abajo, organizar la crítica de las vastas masas de la clase obrera contra el burocratismo de nuestras instituciones, contra sus defectos, contra sus errores.

Yo sé que al encender la furia de las masas trabajadoras contra las deformaciones burocráticas de nuestras organizaciones hay que meterse a veces con algunos de nuestros camaradas que tienen méritos contraídos en el pasado, pero que ahora padecen la dolencia del burocratismo. ¿Mas acaso puede eso detener nuestra labor de organización del control desde abajo? Creo que ni puede ni debe. Por los viejos méritos hay que inclinarse ante ellos, pero por sus errores y su burocratismo actuales podría dárseles un buen estacazo. ¿Se puede, acaso, proceder de otro modo? ¿Por qué no hacerlo, si lo exigen los intereses de la causa?

Se habla de crítica desde arriba, de crítica por parte de la Inspección Obrera y Campesina, del CC de nuestro Partido, etc. Todo eso, naturalmente, está bien. Pero dista mucho de ser suficiente. Es más, hoy lo principal no consiste, ni mucho menos, en eso. Lo principal consiste hoy en levantar una vasta ola de crítica desde abajo contra el burocratismo en general y contra los defectos de nuestro trabajo en particular. Sólo organizando una doble presión, desde arriba y desde abajo, sólo desplazando el centro de gravedad a la crítica desde abajo se podrá contar con el éxito en la lucha por extirpar el burocratismo.

Sería erróneo pensar que sólo los dirigentes poseen experiencia de edificación. Eso es equivocado, camaradas. Las vastas masas obreras que levantan nuestra industria acumulan día tras día una enorme experiencia de edificación, tan valiosa para nosotros como la experiencia de los dirigentes. La crítica de masas desde abajo, el control desde abajo son necesarios, entre otras cosas, para que esa experiencia de las vastas masas no se pierda sin provecho, para tenerla en cuenta y darle aplicación práctica.

De aquí la tarea inmediata del Partido: *luchar implacablemente contra el burocratismo, organizar la crítica de masas desde abajo, tener en cuenta esta crítica en las decisiones prácticas relativas a la eliminación de nuestros defectos*.

No puede decirse que el Komsomol y, sobre todo, «Komsomólskaia Pravda», no tomen en consideración la importancia de esta tarea. Lo malo es que a menudo no se cumple esa tarea con toda consecuencia. Y para cumplirla con toda consecuencia no sólo hay que tomar en consideración la crítica, sino, también, los resultados de la crítica, las mejorías que se hacen como resultado de la crítica.

III. La juventud debe dominar la ciencia

La tercera tarea se refiere a la cuestión de organizar nuevos cuadros para la edificación socialista.

Ante nosotros, camaradas, se alzan las ingentes tareas de la reconstrucción de toda nuestra economía nacional. En el dominio de la agricultura, debemos sentar los cimientos de la gran hacienda colectiva unida. Por el mensaje del camarada Mólotov[261], publicado hoy, debéis de saber que el Poder Soviético plantea la dificilísima tarea de agrupar las pequeñas y dispersas haciendas campesinas en haciendas colectivas y de crear grandes haciendas cerealistas soviéticas. Si no se cumplen estas tareas es imposible un avance serio y rápido.

Si en la industria el Poder Soviético se apoya en la producción más grande y concentrada, en la agricultura se apoya en la más dispersa y pequeña economía campesina, de tipo semimercantil y que proporciona mucho menos grano mercantil que la economía de anteguerra, a pesar de que en las superficies de siembra se ha alcanzado el nivel de anteguerra. Ese es el origen de todas las posibles

[261] Se trata del llamamiento del CC del PC(b) de la URSS. «Por la transformación socialista del campo (Tareas fundamentales de las secciones de trabajo en el campo)». El llamamiento se publicó el 16 de mayo de 1928, en el núm. 112 de «Pravda».

dificultades futuras en la esfera de los acopios de cereales. Para salir de esta situación, hay que ponerse de lleno a organizar la gran producción colectiva en la agricultura. Mas, para organizar la gran producción, hay que conocer las ciencias agrícolas y para conocerlas, hay que estudiar. Entre nosotros son vergonzosamente pocos los que conocen las ciencias agrícolas. He aquí la tarea de crear cuadros nuevos, jóvenes, de constructores de la nueva agricultura, de la agricultura colectiva.

En el dominio de la industria, las cosas están mucho mejor. Pero también en esta esfera la escasez de cuadros nuevos de constructores frena nuestro avance. Basta recordar el asunto de Shajtí para comprender lo apremiante que es la cuestión de los nuevos cuadros de constructores de la industria socialista. Naturalmente, tenemos viejos especialistas de edificación de la industria. Pero, en primer lugar, son pocos; en segundo lugar, no todos ellos quieren edificar la nueva industria; en tercer lugar, muchos de ellos no comprenden las nuevas tareas de la edificación, y, en cuarto lugar, muchos de ellos son ya viejos y van quedando fuera de combate. Para que la cosa avance, hay que forjar a marchas forzadas nuevos especialistas salidos de la clase obrera, de los comunistas, de los komsomoles.

Hombres deseosos de edificar y de dirigir la edificación nos sobran, tanto en el dominio de la agricultura como en el de la industria. Pero hombres que sepan edificar y dirigir tenemos vergonzosamente pocos. En cambio, en este terreno, la ignorancia es infinita. Es más, hay entre nosotros gente dispuesta a ensalzar nuestra incultura. Si eres analfabeto o escribes con faltas y te jactas de tu atraso, eres un obrero «auténtico», y se te deben honores y respeto. Si has vencido tu incultura, si has estudiado, si has dominado la ciencia, eres un extraño, te has «apartado» de las masas, has dejado de ser obrero.

Creo que no adelantaremos ni un paso mientras no extirpemos esa barbarie y ese salvajismo, ese criterio bárbaro respecto a la ciencia y la gente culta. La clase obrera no puede ser verdadera dueña y señora del país si no logra salir de la incultura, si no consigue crear sus propios intelectuales, si no domina la ciencia y no sabe gobernar la economía basándose en la ciencia.

Hay que comprender, camaradas, que las condiciones de la lucha son hoy otras que en el período de la guerra civil. En el período de la guerra civil podían tomarse las posiciones del enemigo empujando, con valentía, con audacia, mediante cargas de caballería. Ahora, en las condiciones de la edificación económica pacífica, las cargas de caballería únicamente pueden estropear las cosas. La valentía y la audacia son hoy tan necesarias como antes, pero con valentía y audacia a secas no se puede ir muy lejos. Para derrotar ahora al enemigo hay que saber edificar la industria, la agricultura, el transporte, el comercio, hay que desechar la actitud señorial y despectiva hacia el comercio.

Para edificar, hay que saber, hay que dominar la ciencia. Y para saber, hay que estudiar. Hay que estudiar tenazmente, con paciencia. Hay que aprender de todos, de los enemigos y de los amigos, sobre todo de los enemigos. Hay que estudiar apretando los dientes, sin que nos importe que los enemigos se burlen de nosotros, de nuestra ignorancia, de nuestro atraso.

Ante nosotros se alza una fortaleza. Esa fortaleza es la ciencia, con todas sus numerosas ramas del saber. Esa fortaleza debemos tomarla cueste lo que cueste. Esa fortaleza debe tomarla la juventud, si quiere ser constructora de la nueva vida, si quiere llegar a ser un verdadero relevo de la vieja guardia.

Nosotros no podemos limitarnos ahora a formar cuadros comunistas *en general*, cuadros bolcheviques *en general*, que sepan charlar de todo un poco. El diletantismo y la omnisapiencia son ahora cadenas para nosotros. Ahora necesitamos bolcheviques *especialistas* en metales, en el textil, en combustibles, en química, en agricultura, en economía, en el transporte, en el comercio, en la contabilidad, etc., etc. Ahora necesitamos grupos enteros, centenares, millares de nuevos cuadros bolcheviques que puedan ser verdaderos entendidos en las más diversas ramas del saber. De otra manera, no se puede ni hablar de un ritmo rápido en la edificación socialista de nuestro país. De otra manera, no se puede ni hablar que sabremos alcanzar y sobrepasar a los países capitalistas adelantados.

Dominar la ciencia, forjar nuevos cuadros bolcheviques especialistas en las distintas ramas del saber, estudiar, estudiar y estudiar con la mayor tenacidad, ésa es ahora la tarea.

Una campaña masiva de la juventud revolucionaria para conquistar la ciencia, eso es lo que ahora necesitamos, camaradas.

Publicado el 17 de mayo de 1928 en el núm. 113 de «Pravda».

SOBRE EL PELIGRO DE DERECHA EN EL PC(b) DE LA URSS

Discurso en el Pleno del Comité de Moscú y de la Comisión de Control de Moscú del PC(b) de la URSS el 19 de octubre de 1928

Creo, camaradas, que es necesario, ante todo, dejar a un lado las pequeñeces, las cuestiones personales, etc., para resolver el problema que nos interesa, que es el de la desviación de derecha.

¿Existe en nuestro Partido un peligro de derecha, un peligro oportunista? ¿Existen condiciones objetivas favorables para este peligro? ¿Cómo se debe luchar contra él? Esas son las cuestiones que hoy se nos plantean.

Pero no resolveremos el problema de la desviación de derecha si no dejamos a un lado todas las pequeñeces y todos los elementos extraños que lo envuelven y nos impiden comprender su esencia.

No tiene razón Zapolski cuando cree que el problema de la desviación de derecha es un problema accidental. Zapolski afirma que el problema todo no es una desviación de derecha, sino chismes, intrigas personales, etc. Admitamos por un instante que aquí, como en toda lucha, desempeñen cierto papel los chismes y las intrigas personales. Pero explicarlo todo como efecto de chismes y no ver detrás de éstos el fondo del problema, es apartarse del camino acertado, del camino marxista.

No es posible que una organización tan grande, tan vieja, tan unida como lo es, sin duda, la organización de Moscú, pueda verse sacudida de arriba abajo y puesta en movimiento por unos cuantos chismosos o intrigantes. No, camaradas, tales milagros no suelen darse bajo la capa del cielo. Y no hablo ya de que no se puede apreciar tan a la ligera la fuerza y el poder de la organización de Moscú. Es evidente que aquí han actuado causas más profundas, que no tienen nada que ver ni con los chismes ni con las intrigas.

Tampoco tiene razón Fruntov, quien, aún reconociendo la existencia del peligro de derecha, no lo considera digno de que se ocupen a fondo de él gentes sensatas y serias. Según el, el problema de la desviación de derecha es un asunto propio de charlatanes y no de gente seria. Comprendo perfectamente a Fruntov, pues está tan absorbido por el trabajo práctico cotidiano, que no tiene tiempo de pararse a pensar en las perspectivas de nuestro desarrollo. Pero esto no quiere decir que debamos erigir en dogma de nuestro trabajo de edificación el practicismo estrecho de algunos militantes del Partido. El practicismo sano es buena cosa, pero si pierde de vista las perspectivas del trabajo y no supedita su labor a la línea fundamental del Partido, se convierte en un estorbo. Y sin embargo, no es difícil comprender que el problema de la desviación derechista es el problema de la línea fundamental de nuestro Partido, el problema de saber si es acertada o errónea la perspectiva de desarrollo trazada por nuestro Partido en su XV Congreso.

Tampoco tienen razón los camaradas que, al enjuiciar el problema de la desviación de derecha, lo centran todo en la cuestión de las personas que la encarnan. Señaladlos, dicen estos camaradas, a los derechistas o a los conciliadores, decidnos quiénes son, para que podamos ajustarles las cuentas. Este planteamiento del problema es equivocado. Naturalmente, las personas desempeñan cierto papel. Pero de lo que se trata aquí no es de las personas, sino de las condiciones, de la situación que engendra el peligro de derecha en el Partido. Se puede apartar a las personas, pero esto no quiere decir que, con ello, hayamos arrancado las raíces del peligro derechista en nuestro Partido. Por eso, la cuestión de las personas no resuelve el problema, aunque tiene un interés indudable.

No puede por menos de recordarse, a propósito de esto, mi episodio ocurrido en Odesa hacia fines de 1919 y comienzos de 1920, cuando nuestras tropas, después de arrojar a los denikinistas de Ucraina, estaban aniquilando a los últimos restos de las tropas de Denikin en la zona de Odesa. Algunos combatientes del Ejército Rojo se dedicaron a buscar en Odesa afanosamente a la Entente, convencidos de que, si daban con ella, se acabaría la guerra. Cabe suponer que los combatientes del Ejército Rojo podrían haber cazado en Odesa a algún representante de la Entente, pero con ello no se habría resuelto, claro está, el problema de la Entente, ya que las raíces de ésta no estaban en Odesa, aunque esa zona fuese el último territorio ocupado por las tropas de Denikin, sino en el capitalismo mundial.

Lo mismo puede decirse de algunos de nuestros camaradas, que centran el problema de la desviación de derecha en las personas que encarnan esta

desviación y olvidan las condiciones que la engendran.

Por eso, lo primero que tenemos que esclarecer aquí son las condiciones que han originado la desviación de derecha, así como la desviación de «izquierda» (trotskista) respecto de la línea leninista.

La desviación derechista en el comunismo, *bajo las condiciones del capitalismo*, es la tendencia, la propensión de una parte de los comunistas -sin forma definida aún, verdad es, y quizá inconsciente, pero propensión, a pesar de todo- a apartarse de la línea revolucionaria del marxismo, inclinándose hacia la socialdemocracia. Cuando ciertos círculos comunistas niegan la oportunidad de la consigna de «clase contra clase» en la lucha electoral (en Francia) o se manifiestan contrarios a que el Partido Comunista presente una candidatura independiente (en Inglaterra) o no quieren agudizar el problema de la lucha contra la socialdemocracia de «izquierda» (en Alemania), etc., etc., eso significa que dentro de los Partidos Comunistas hay gente que pugna por adaptar el comunismo a la socialdemocracia.

El triunfo de la desviación de derecha en los Partidos Comunistas de los países capitalistas supondría la derrota ideológica de los Partidos Comunistas y un fortalecimiento enorme de la socialdemocracia. ¿Y qué es un fortalecimiento enorme de la socialdemocracia? Es reforzar y robustecer el capitalismo, pues la socialdemocracia es el sostén fundamental del capitalismo dentro de la clase obrera.

Por tanto, el triunfo de la desviación de derecha en los Partidos Comunistas de los países capitalistas conduce al desarrollo de las condiciones necesarias para el *mantenimiento* del capitalismo.

La desviación de derecha en el comunismo, *bajo las condiciones de desarrollo soviético*, cuando el capitalismo ha sido ya derrocado, pero cuando todavía no han sido extirpadas sus raíces, significa la tendencia, la propensión de una parte de los comunistas -sin forma definida aún, verdad es, y quizá inconsciente, pero propensión, a pesar de todo- a apartarse de la línea general de nuestro Partido, inclinándose hacia la ideología burguesa. Cuando algunos círculos de nuestros comunistas intentan hacer que nuestro Partido se aparte, marchando hacia atrás, de los acuerdos del XV Congreso y niegan la necesidad de la ofensiva contra los elementos capitalistas del campo; o exigen que se reduzca nuestra industria, por entender que el rápido ritmo de su desarrollo actual es ruinoso para nuestro país; o niegan la conveniencia de las asignaciones para la organización de koljoses y sovjoses, por creer que esto es dinero tirado a la calle; o niegan la conveniencia de la lucha contra el burocratismo sobre la base de la autocrítica, por entender que la autocrítica quebranta nuestro aparato; o exigen que se suavice el monopolio del comercio exterior, etc., etc., eso quiere decir que en las filas de nuestro Partido hay gente que -quizá sin que ella misma se dé cuenta- intenta adaptar nuestra edificación socialista a los gustos y a las necesidades de la burguesía «soviética».

El triunfo de la desviación de derecha en nuestro Partido supondría un fortalecimiento enorme de los elementos capitalistas en nuestro país. ¿Y qué significa fortalecer los elementos capitalistas en nuestro país? Significa debilitar la dictadura del proletariado y acrecer las posibilidades de restauración del capitalismo.

Por tanto, el triunfo de la desviación de derecha en nuestro Partido significaría el desarrollo de las condiciones necesarias para la *restauración* del capitalismo en nuestro país.

¿Existen en nuestro país, en el País Soviético, condiciones que hagan *posible* la restauración del capitalismo? Si, existen. Tal vez eso parezca extraño, pero es un hecho, camaradas. Hemos derrocado el capitalismo, hemos implantado la dictadura del proletariado y desarrollamos a ritmo acelerado nuestra industria socialista, ligando a ella la economía campesina. Pero aún no hemos extirpado las raíces del capitalismo. ¿Dónde anidan esas raíces? Anidan en la producción mercantil, en la pequeña producción de la ciudad y, sobre todo, del campo.

La fuerza del capitalismo reside, como dice Lenin, «en la fuerza de la *pequeña producción*. Porque desgraciadamente, queda todavía en el mundo mucha, muchísima pequeña producción, y la pequeña producción *engendra* capitalismo y burguesía constantemente, cada día, cada hora, espontáneamente y en masa» (v. t. XXV, pág. 173).

Es evidente que como la pequeña producción tiene en nuestro país un carácter masivo y hasta predominante, y cómo *engendra* capitalismo y burguesía constantemente y en masa, sobre todo bajo las condiciones de la Nep; se dan en nuestro país condiciones que hacen posible la restauración del capitalismo.

¿Existen en nuestro país, en el País Soviético, los medios y las fuerzas necesarios para destruir, para eliminar la *posibilidad* de restauración del capitalismo? Sí, existen. Por eso, precisamente, es acertada la tesis de Lenin sobre la *posibilidad* de edificar en la URSS la sociedad socialista completa. Para ello es necesario consolidar la dictadura del proletariado, fortalecer la alianza de la clase obrera y los campesinos, desarrollar nuestras posiciones dominantes desde el punto de vista de la industrialización del país, imprimir un ritmo rápido al desarrollo de la industria, electrificar el país, dar a toda nuestra economía nacional una nueva base técnica, organizar la cooperación en masa de los campesinos y elevar el rendimiento de sus haciendas, agrupar gradualmente las haciendas campesinas individuales en haciendas colectivas, desarrollar los

sovjoses, limitar y vencer a los elementos capitalistas de la ciudad y del campo, etc., etc.

He aquí lo que dice Lenin a propósito de esto:

«Mientras vivamos en un país de pequeñas haciendas campesinas, el capitalismo tendrá en Rusia una base económica más sólida que el comunismo. Es necesario recordarlo. Todo el que observa atentamente la vida del campo, comparándola con la vida de la ciudad, sabe que no hemos extirpado las raíces del capitalismo, ni hemos eliminado el fundamento, la base del enemigo interior. Este se apoya en la pequeña hacienda, y para quebrantarlo no hay más que un medio: dar a la economía del país, comprendida la agricultura, una nueva base técnica, la base técnica de la gran producción moderna. Y esta base no puede ser más que una: la electricidad. El comunismo es el Poder Soviético más la electrificación de todo el país. De lo contrario, el país seguiría siendo un país de pequeños campesinos, y es necesario que nos demos cuenta de ello con toda claridad. Somos más débiles que el capitalismo no sólo en escala mundial, sino también dentro del país. Eso es bien notorio. Nosotros lo hemos comprendido y haremos de manera que la base económica, constituida hoy por la pequeña producción campesina, pase a ser la gran industria. Y sólo cuando el país esté electrificado, cuando hayamos dado a la industria, a la agricultura y al transporte la base técnica de la gran industria moderna, sólo entonces venceremos definitivamente» (t. XXVI, págs. 46-47).

Resulta, en primer lugar, que mientras vivamos en un país de pequeñas haciendas campesinas, mientras no hayamos extirpado las raíces del capitalismo, éste tendrá en nuestro país una base económica más sólida que el comunismo. A veces se derriba un árbol, pero no se extirpa sus raíces, por faltar las fuerzas para ello. De aquí, precisamente, dimana la *posibilidad* de la restauración del capitalismo en nuestro país.

Resulta, en segundo lugar, que, además de la posibilidad de la restauración del capitalismo, existe también, en nuestro país, la *posibilidad del triunfo del socialismo*, ya que *podemos* destruir la *posibilidad* de restauración del capitalismo, podemos extirpar las raíces del capitalismo y conseguir el triunfo definitivo sobre éste en nuestro país si desplegamos una intensa labor de electrificación del país, si damos a la industria, a la agricultura y al transporte la base técnica de la gran industria moderna. De aquí, precisamente, dimana la *posibilidad* del triunfo del socialismo en nuestro país.

Resulta, por último, que no es posible edificar el socialismo sólo en la industria, dejando la agricultura a merced del desarrollo espontáneo, con el criterio de que el campo «seguirá por sí mismo» a la ciudad. La existencia de una industria socialista en la ciudad es un factor fundamental para la transformación socialista del campo. Pero eso aún no quiere decir que este factor sea del todo suficiente. Para que la ciudad socialista pueda llevar tras de sí definitivamente al campesinado, es necesario, como dice Lenin, «dar a la economía del país, *comprendida la agricultura*,[262] una nueva base técnica, la base técnica de la gran producción moderna».

¿No se halla en contradicción con esta cita de Lenin otra cita tomada de sus obras, según la cual «la Nep nos asegura por completo la *posibilidad*[263] de construir los cimientos de la economía socialista»? No; no hay tal contradicción. Lejos de ello, ambas citas coinciden por entero. Lenin no dice, ni mucho menos, que la Nep nos depare el socialismo ya hecho. Lo único que nos dice es que la Nep nos asegura la *posibilidad* de construir los cimientos de la economía socialista. Entre la *posibilidad* de llevar a cabo la edificación del socialismo y *su construcción efectiva* hay una gran diferencia. No hay que confundir la posibilidad con la realidad. Precisamente para convertir esta posibilidad en realidad es para lo que Lenin propone la electrificación del país y que se dé la base técnica de la gran industria moderna a la industria, a la agricultura y al transporte, como condición del triunfo definitivo del socialismo en nuestro país.

Pero no es posible realizar en uno o dos años esta condición necesaria para llevar a cabo la edificación del socialismo. No es posible en uno o dos años industrializar el país, construir una potente industria, organizar en cooperativas a masas de millones de campesinos, dar una nueva base técnica a la agricultura, agrupar las haciendas campesinas individuales en grandes haciendas colectivas, desarrollar los sovjoses, limitar y vencer a los elementos capitalistas de la ciudad y del campo. Para esto hacen falta años y años de intensa labor constructiva de la dictadura del proletariado. Y mientras no se haga esto -y no se hará de repente-, seguiremos siendo un país de pequeñas haciendas campesinas, en el que la pequeña producción engendrará capitalismo y burguesía constantemente y en masa y donde seguirá existiendo el peligro de restauración del capitalismo.

Y como el proletariado de nuestro país no vive en el vacío, sino dentro de la vida más real y concreta, con toda su diversidad, los elementos burgueses, que surgen sobre la base de la pequeña producción, «cercan al proletariado por todas partes de elemento pequeñoburgués, lo impregnan de este elemento, lo corrompen con él, provocan constantemente en el seno del proletariado recaídas de pusilanimidad pequeñoburguesa, de atomización, de individualismo, de oscilaciones entre la exaltación y

[262] Subrayado por mí. *J. St.*
[263] Subrayado por mí. *J. St.*

el abatimiento» (*Lenin*, t. XXV, pág. 189) e infunden, de este modo, al proletariado y a su Partido ciertas vacilaciones, cierta indecisión.

Ahí reside la raíz y la base de todo género de vacilaciones y desviaciones contra la línea leninista en las filas de nuestro Partido.

Por eso no hay que considerar como un asunto baladí el problema de la desviación derechista o «izquierdista- dentro de nuestro Partido.

¿En qué consiste el peligro de la desviación de *derecha*, francamente oportunista, dentro de nuestro Partido? En que *menosprecia* la fuerza de nuestros enemigos, la fuerza del capitalismo, en que no ve el peligro de restauración del capitalismo, en que no comprende la mecánica de la lucha de clases en las condiciones de la dictadura del proletariado, por cuya razón hace con tanta facilidad concesiones al capitalismo, exigiendo que se amortigüe el ritmo del desarrollo de nuestra industria, exigiendo que se den facilidades a los elementos capitalistas del campo y de la ciudad, exigiendo que se relegue a segundo plano el problema de los koljoses y de los sovjoses, exigiendo que se suavice el monopolio del comercio exterior, etc., etc.

Es indudable que el triunfo de la desviación de derecha en nuestro Partido desencadenaría las fuerzas del capitalismo, minaría las posiciones revolucionarias del proletariado y aumentaría las probabilidades de restauración del capitalismo en nuestro país.

¿En qué consiste el peligro de la desviación «*izquierdista*» (trotskista) dentro de nuestro Partido? En que *sobrestima* la fuerza de nuestros enemigos, la fuerza del capitalismo, en que ve únicamente la posibilidad de restauración del capitalismo y no advierte la posibilidad de llevar a cabo la edificación del socialismo con las fuerzas de nuestro país, en que se deja llevar de la desesperación y se ve obligado a consolarse hablando de un supuesto termidorismo en nuestro Partido.

De las palabras de Lenin cuando dice que, «mientras vivamos en un país de pequeñas haciendas campesinas, el capitalismo tendrá en Rusia una base económica más sólida que el comunismo», de estas palabras de Lenin, la desviación de «izquierda» saca la falsa conclusión de que en la URSS es absolutamente imposible llevar a cabo la edificación del socialismo, de que no se conseguirá nada con los campesinos, de que la idea de la alianza de la clase obrera con los campesinos es una idea caduca, de que si no llega a tiempo en nuestra ayuda la revolución victoriosa en Occidente, la dictadura del proletariado en la URSS deberá hundirse o degenerar, de que si no se acepta un plan fantástico de superindustrialización, aunque para realizarlo haya que romper con los campesinos, se tendrá que dar por fracasada la causa del socialismo en la URSS.

De aquí el aventurerismo en la política de los desviacionistas de «izquierda». De aquí los saltos «sobrehumanos» en la política.

Es indudable que el triunfo de la desviación de «izquierda» en nuestro Partido llevaría a que la clase obrera se alejase de su base campesina, a que la vanguardia de la clase obrera se alejase del resto de la masa obrera, lo que, a su vez, conduciría a la derrota del proletariado y facilitaría la restauración del capitalismo.

Como veis, ambos peligros, el de «izquierda» y el de derecha, ambas desviaciones respecto de la línea leninista, es decir, la desviación de derecha y la de «izquierda», llevan, aunque partiendo de diferentes extremos, al mismo resultado.

¿Cuál de estos peligros es el peor? Yo creo que ambos son peores.

La diferencia entre esas dos desviaciones, desde el punto de vista de una lucha eficaz contra ellas, consiste en que el peligro de la desviación de «izquierda» es más claro para el Partido, en este momento, que el de la desviación de derecha. La circunstancia de que llevemos ya varios años luchando intensamente contra la desviación de «izquierda» no podía, naturalmente, pasar en vano para el Partido. Es evidente que, en los años de la lucha contra la desviación «izquierdista», contra la desviación trotskista, el Partido ha aprendido mucho, y ya no es fácil engañarlo con frases «izquierdistas».

Por lo que se refiere al peligro de derecha, que existía ya antes y que ahora se manifiesta más acusadamente a consecuencia de haberse fortalecido el elemento pequeñoburgués debido a la crisis del año pasado en los acopios, yo creo que es menos claro para ciertos sectores de nuestro Partido. Por eso, la tarea consiste en acentuar la lucha contra la desviación de derecha sin atenuar ni un ápice la lucha contra el peligro «izquierdista», contra el peligro trotskista, y en tomar todas las medidas necesarias para conseguir que el peligro de esa desviación sea tan claro para el Partido como lo es el peligro trotskista.

El problema de la desviación de derecha quizá no se plantearía ante nosotros con un carácter tan agudo como el que hoy presenta, si no estuviese relacionado con el problema de las *dificultades* de nuestro desarrollo. Pero el hecho es, precisamente, que la existencia de la desviación derechista complica las dificultades de nuestro desarrollo y frena su superación. Precisamente por eso, porque el peligro derechista entorpece la lucha para vencer estas dificultades, es por lo que el problema de eliminar ese peligro adquiere para nosotros particular importancia.

Dos palabras sobre el carácter de nuestras dificultades. Conviene tener presente que nuestras dificultades no pueden de ningún modo ser consideradas dificultades debidas a una situación de estancamiento o de decadencia. Hay dificultades

derivadas de la decadencia de la economía o de su estancamiento, en cuyo caso se hacen esfuerzos por conseguir que el estancamiento sea menos doloroso o la decadencia de la economía menos profunda. Nuestras dificultades no tienen nada de común con eso. El rasgo característico de nuestras dificultades consiste en que son dificultades de *ascenso*, dificultades de crecimiento. Cuando nosotros hablamos de dificultades, nos referimos, generalmente, al tanto por ciento en que debemos elevar nuestra industria, al tanto por ciento en que debemos *aumentar* la superficie de siembra, a la cantidad de puds en que hay que *elevar* la cosecha por hectárea, etc., etc. Y precisamente porque nuestras dificultades son dificultades ligadas al ascenso, y no dificultades originadas por la decadencia o el estancamiento, no representan para el Partido un gran peligro.

Pero las dificultades son, con todo y con eso, dificultades. Y como para vencerlas hace falta poner en tensión todas las fuerzas, hacen falta firmeza y tenacidad, y no todos poseen estas cualidades en grado suficiente, tal vez por cansancio o por agotamiento o porque se prefiera una vida más tranquila, sin luchas ni zozobras, comienzan precisamente las vacilaciones y la indecisión, los virajes hacia la línea de menor resistencia; empieza a hablarse de la necesidad de atenuar el ritmo de desarrollo de la industria, de dar facilidades a los elementos capitalistas; se niegan los koljoses y los sovjoses y, en general, todo lo que se salga de la situación habitual y apacible del trabajo cotidiano.

Pero no podremos avanzar si no vencemos las dificultades que se alzan ante nosotros. Y para vencer esas dificultades, lo primero que hace falta es acabar con el peligro de derecha, lo primero que hace falta es vencer a la desviación derechista, que frena la lucha contra las dificultades e intenta quebrantar la voluntad de nuestro Partido en la lucha por vencer esas dificultades.

Me refiero, naturalmente, a la lucha real, y no a la lucha verbal, a la lucha sobre el papel contra la desviación de derecha. Hay en nuestro Partido gente dispuesta, para tranquilizar su conciencia, a proclamar la lucha contra el peligro de derecha de manera parecida a la que emplean a veces los popes al cantar el «Aleluya, aleluya», pero que no toman ninguna medida práctica, absolutamente ninguna, para organizar sobre una base firme la lucha contra la desviación derechista y vencerla de hecho. Esa tendencia la llamamos nosotros transigencia con respecto a la desviación de derecha, francamente oportunista. No es difícil comprender que la lucha contra esta transigencia es inseparable de la lucha general contra la desviación derechista, contra el peligro de derecha, pues es imposible vencer la desviación derechista, la desviación oportunista, sin luchar sistemáticamente contra los transigentes, que dan amparo bajo sus alas a los oportunistas.

La cuestión de los portadores de la desviación derechista tiene, indudablemente, interés, aunque no es lo que resuelve el problema. Tuvimos ocasión de tropezar con portadores del peligro derechista en las organizaciones de base de nuestro Partido el año pasado, durante la crisis en los acopios de cereales, cuando muchos comunistas de los subdistritos y de las aldeas se manifestaron contra la política del Partido, actuando en pro de la alianza con los kulaks. Como sabéis, esos elementos han sido expulsados de nuestro Partido esta primavera, cosa que se menciona especialmente en el conocido documento del CC de nuestro Partido, publicado en febrero de este año.

Pero sería una equivocación decir que en el Partido no queda ya ninguno de esos elementos. Si subiéramos de la base a las organizaciones distritales y provinciales del Partido y escarbásemos a fondo en el aparato de los Soviets y de las cooperativas, podríamos descubrir también en ellos, sin gran esfuerzo, portadores del peligro derechista y de la transigencia con éste. Son conocidas las «cartas», «declaraciones» y otros documentos de varios funcionarios del aparato de nuestro Partido y de los Soviets en los que se refleja de un modo muy concreto la inclinación hacia la desviación derechista. Como sabéis, a estas cartas y documentos se aludía en el acta taquigráfica del Pleno de julio del CC.

Si nos remontamos todavía más y planteamos la cuestión respecto a los miembros del CC, habremos de reconocer que también en él hay elementos, aunque ciertamente muy insignificantes, de transigencia con el peligro de derecha. El acta taquigráfica del Pleno de julio del CC es una prueba palmaria de ello.

¿Y en el Buró Político? ¿Hay en el Buró Político alguna desviación? No; en nuestro Buró Político no hay derechistas, ni «izquierdistas», ni transigentes con unos ni con otros. Esto hay que decirlo aquí del modo más categórico. Ya es hora de acabar con los chismes de los enemigos, del Partido y de los oposicionistas de toda clase, que dicen que en el Buró Político de nuestro CC existe una desviación derechista o una actitud transigente respecto a ella.

¿Se han producido vacilaciones y titubeos en la organización de Moscú o en su órgano dirigente, el Comité de Moscú? Sí, se han producido. Sería necio querer afirmar ahora que no se han dado titubeos y vacilaciones. El sincero discurso de Penkov es una prueba palmaria de ello. Penkov no es un hombre de última fila en la organización y en el Comité de Moscú. Y ya habéis escuchado cómo ha reconocido, abierta y francamente, sus errores en muchos e importantísimos problemas de la política de nuestro Partido. Eso no quiere decir, naturalmente, que todo el Comité de Moscú se haya dejado llevar por esas vacilaciones. Nada de eso. Documentos como el

mensaje dirigido en octubre de este año por el Comité de Moscú a los afiliados de su organización demuestran de un modo indudable que el Comité de Moscú ha logrado sobreponerse a las vacilaciones de algunos de sus miembros. Y no dudo de que el núcleo dirigente del Comité de Moscú logrará corregir definitivamente la situación.

Algunos camaradas están disgustados porque las organizaciones distritales del Partido han tomado cartas en el asunto, planteando la necesidad de acabar con los errores Y las vacilaciones de tales o cuales dirigentes de la organización de Moscú. No acierto a comprender las razones de ese disgusto. ¿Qué puede haber de malo en que los activos distritales de la organización de Moscú hayan hecho oír su voz, exigiendo la eliminación de los errores y las vacilaciones? ¿Acaso nuestro trabajo no transcurre bajo el signo de la auto crítica desde abajo? ¿Acaso no es un hecho que la autocrítica estimula la actividad de la base del Partido y de la masa proletaria en general? ¿Qué tiene, pues, de malo o de peligroso el que los activos distritales hayan estado a la altura de las circunstancias?

¿Ha procedido acertadamente el CC al intervenir en este asunto? Yo creo que el CC ha procedido acertadamente. Berzin estima que el CC procede con excesiva dureza, al plantear que se destituya a un dirigente de una organización de distrito, contra el que se manifestó su organización. Pero esto es completamente erróneo. Podría recordarle a Berzin algunos episodios de 1919 ó 1920, cuando ciertos miembros del CC, que cometieron errores, no muy graves, a mi juicio, respecto a la línea del Partido, fueron ejemplarmente sancionados, a propuesta de Lenin; y, por cierto, uno de ellos fue destinado al Turkestán y otro estuvo a punto de ser expulsado del CC.

¿Tenía razón Lenin, al proceder así? Yo creo que tenía toda la razón. La situación en el CC no era entonces la de hoy. La mitad del CC seguía a Trotski, y no existía una situación firme en el seno del propio CC. Hoy, el CC procede de un modo incomparablemente más suave. ¿Por qué? ¿Acaso porque nosotros pretendamos ser más benignos que Lenin? No, no es por eso. Lo que ocurre es que hoy la situación del CC es más firme que entonces y esto le permite proceder con mayor suavidad.

Tampoco tiene razón Sárajov al afirmar que el CC no tomó cartas en el asunto con la rapidez debida. Y no tiene razón, pues él ignora, al parecer, que, en rigor, el CC empezó a ocuparse del asunto en febrero de este año. Sájarov, si lo desea, puede convencerse de ello. Es cierto que la intervención del CC no dió inmediatamente resultados positivos. Pero sería peregrino echarle la culpa al CC.

Conclusiones:

1) el peligro derechista es un peligro grave para nuestro Partido, pues tiene sus raíces en la situación económico-social de nuestro país;

2) el peligro de la desviación derechista lo agrava la existencia de dificultades que es imposible vencer si no se vence la desviación derechista y la transigencia con ella;

3) en la organización de Moscú ha habido vacilaciones y titubeos, ha habido elementos de inestabilidad;

4) el núcleo del Comité de Moscú, con la ayuda del CC y de los activos de las organizaciones de distrito, ha tomado todas las medidas necesarias para acabar con las vacilaciones;

5) no puede caber duda de que el Comité de Moscú logrará sobreponerse a los errores que se han perfilado;

6) la tarea consiste en acabar con la lucha interna, en fundir en un solo bloque la organización de Moscú y en llevar a cabo con éxito las nuevas elecciones de dirigentes de las células sobre la base de una amplia autocrítica.

Publicado el 23 de octubre de 1928 en el núm. 247 de «Pravda».

SOBRE LA INDUSTRIALIZACIÓN DEL PAÍS Y LA DESVIACIÓN DE DERECHA EN EL PC(b) DE LA URSS

Discurso en el Pleno del CC del PC(b) de la URSS del 19 de noviembre 1928[264]

(Extracto)

I. La cuestión del ritmo del desarrollo de la industria

Nuestras tesis arrancan de que el rápido ritmo del desarrollo de la industria en general, y de la producción de medios de producción en particular, es el principio fundamental y la clave de la industrialización del país, el principio fundamental y la clave de la transformación de toda nuestra economía nacional sobre la base del desarrollo socialista.

Pero ¿qué significa un ritmo rápido del desarrollo de la industria? Significa más inversiones capitales en ella. Y esto hace que todos nuestros planes, tanto el presupuestario como el extrapresupuestario, sean muy duros. Y, en efecto, el rasgo característico de nuestras cifras control en los últimos tres años, en el período de la reconstrucción, consiste en que se fijan y cumplen bajo el signo de una gran tensión de fuerzas. Lo mismo si tomáis nuestras cifras control y examináis nuestros cálculos presupuestarios que si conversáis con nuestros camaradas de Partido -tanto con los que trabajan en las organizaciones del Partido como con los que dirigen nuestra edificación soviética, económica y cooperativa- percibiréis siempre un rasgo característico: la dureza de nuestros planes.

Surge la cuestión de si necesitarnos en general que los planes sean tan duros. ¿No podríamos prescindir de esa dureza? ¿Acaso no se puede trabajar a un ritmo más lento, en un ambiente de mayor «tranquilidad»? ¿No se deberá el rápido ritmo de desarrollo de la industria a que los miembros del Buró Político y del Consejo de Comisarios del Pueblo son hombres demasiado inquietos?

¡Está claro que no! En el Buró Político y en el Consejo de Comisarios del Pueblo, la gente es serena y tranquila. Hablando en abstracto, haciendo abstracción de la situación exterior e interior, podríamos, naturalmente, aminorar el ritmo. Pero lo que ocurre es que, en primer término no podemos hacer abstracción de la situación exterior e interior y, en segundo término, si partimos de la situación circundante, no podemos por menos de reconocer que es precisamente esa situación la que nos impone un rápido ritmo de desarrollo de nuestra industria.

Permitidme que pase a analizar esa situación, esas condiciones de índole exterior e interior que nos imponen un rápido ritmo de desarrollo de la industria.

Condiciones exteriores. Nosotros hemos llegado al Poder en un país de técnica terriblemente atrasada. Al lado de escasas grandes empresas industriales dotadas, más o menos, de maquinaria moderna, tenemos miles de fábricas cuya maquinaria no resiste la menor crítica desde el punto de vista de los adelantos de nuestros días. Mientras tanto, nos rodean países capitalistas que poseen una técnica industrial mucho más desarrollada y más moderna que la de nuestro país. Fijaos en los países capitalistas y veréis que en ellos la técnica no sólo marcha, sino que corre adelante, sobrepasando a las viejas formas de la técnica industrial. Y resulta que en nuestro país tenemos, de una parte, el régimen más avanzado, el régimen soviético, y el Poder más avanzado del mundo, el Poder Soviético y, de otra parte, una técnica industrial extraordinariamente atrasada, como base del socialismo y del Poder Soviético. ¿Creéis que puede lograrse la victoria definitiva del socialismo en nuestro país mientras exista esa contradicción?

¿Qué hacer para eliminar esa contradicción? Para ello hay que alcanzar y sobrepasar la técnica avanzada de los países capitalistas desarrollados. Nosotros hemos alcanzado y sobrepasado a los países capitalistas adelantados en cuanto al establecimiento de un nuevo régimen político, del régimen soviético. Eso está bien. Pero no basta. Para lograr la victoria definitiva del socialismo en nuestro país es necesario, además, alcanzar y sobrepasar a esos países en el aspecto técnico-económico. O lo hacemos así o nos aplastarán.

Eso no sólo es cierto desde el punto de vista de la

---

[264] El Pleno del Comité Central del PC(b) de la URSS se celebró del 16 al 24 de noviembre de 1928. El Pleno examinó las cifras control de la economía nacional para 1928-1929 y también otras cuestiones. El 19 de noviembre, J. V. Stalin intervino en la sesión del Pleno sobre la primera cuestión del orden del día, pronunciando su discurso «La industrialización del país y la desviación de derecha en el PC(b) de la URSS».

edificación completa del socialismo. Lo es también desde el punto de vista de la garantía de la independencia de nuestro país en una situación de cerco capitalista. Es imposible garantizar la independencia de nuestro país si no se cuenta con una base industrial suficiente para la defensa. Es imposible crear esa base industrial si la industria no dispone de una técnica de primera clase.

Para eso necesitamos, y eso es lo que nos lo impone, un rápido ritmo de desarrollo de la industria.

El atraso técnico-económico de nuestro país no lo hemos inventado nosotros. Es un atraso secular, que hemos heredado de toda la historia de nuestro país. Ese atraso se dejaba sentir como un gran mal ya antes, en el período anterior a la revolución, y se deja sentir también después, en el período posterior a la revolución. Lo que hacía Pedro el Grande cuando, al tener que vérselas con países del Occidente más adelantados, construía febrilmente fábricas para abastecer al ejército y reforzar la defensa del país, era un intento sui generis de salir del atraso. Sin embargo, es bien comprensible que ninguna de las viejas clases, ni la aristocracia feudal, ni la burguesía, pudiera cumplir la tarea de sacar del atraso a nuestro país. Es más, esas clases no sólo no podían realizar esta tarea, sino que ni siquiera eran capaces de plantearla en forma más o menos satisfactoria. El atraso secular de nuestro país únicamente puede ser eliminado sobre la base de la edificación socialista victoriosa. Y eso sólo puede hacerlo el proletariado, que ha erigido su dictadura y tiene en sus manos la dirección del país.

Sería necio consolarse pensando que, si el atraso de nuestro país no ha sido inventado por nosotros, sino que nos ha sido legado por toda su historia, no podemos y no debemos responder de él. Eso sería equivocado, camaradas. Si hemos llegado al Poder y nos hemos impuesto la tarea de transformar el país sobre principios socialistas, respondemos y tenemos que responder de todo de lo malo y de lo bueno. Y precisamente porque respondemos de todo, debemos eliminar nuestro atraso técnico-económico. Debemos hacerlo obligatoriamente, si es que queremos de verdad alcanzar y sobrepasar a los países capitalistas adelantados. Y eso podemos hacerlo sólo nosotros, los bolcheviques. Precisamente para cumplir esta tarea, debemos imprimir sistemáticamente un ritmo rápido al desarrollo de nuestra industria. Y que ya hemos dado un ritmo rápido al desarrollo de nuestra industria lo ve ahora todo el mundo.

La cuestión de que es preciso alcanzar y sobrepasar a los países capitalistas adelantados en el aspecto técnico-económico no es para nosotros, los bolcheviques, nada nuevo ni inesperado. Esta cuestión surgió ya en 1917, en el período precedente a la Revolución de Octubre. La planteó Lenin ya en septiembre de 1917, en vísperas de la Revolución de Octubre, en el período de la guerra imperialista, en su folleto «La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla».

He aquí lo que decía Lenin al respecto:

«La revolución hizo que en algunos meses Rusia alcanzase por su régimen *político* a los país adelantados. Pero esto no basta. La guerra es implacable y presenta la cuestión con despiadada agudeza: perecer o alcanzar y sobrepasar *también económicamente* a los países adelantados... Perecer o avanzar a todo vapor. Así plantea la historia la cuestión» (t. XXI, pág. 191).

Ya veis con qué crudeza planteaba Lenin la cuestión de eliminar nuestro atraso técnico-económico.

Lenin escribió todo eso en vísperas de la Revolución de Octubre, antes de la toma del Poder por el proletariado, cuando los bolcheviques no tenían aún ni el Poder, ni una industria socializada, ni una amplia red de cooperativas que abarcan a millones de campesinos, ni los koljoses, ni los sovjoses. Ahora, cuando ya poseemos algo esencial para eliminar de raíz nuestro atraso técnico-económico, podríamos parafrasear a Lenin más o menos como sigue:

«Hemos alcanzado y *sobrepasado* a los países capitalistas adelantados en el sentido *político*, construyendo la dictadura del proletariado. Pero eso no basta. Debemos utilizar la dictadura del proletariado, nuestra industria socializada, el transporte, el sistema de crédito, etc., las cooperativas, los koljoses, los sovjoses, etc., para alcanzar y *sobrepasar* también *económicamente* a los países capitalistas adelantados».

La cuestión del rápido ritmo de desarrollo de la industria no se plantearía con tanto apremio como se plantea hoy si tuviéramos una industria y una técnica tan desarrolladas como, pongamos por caso, las de Alemania, si el peso relativo de la industria en toda la economía nacional fuese en nuestro país tan elevado como, pongamos por caso, en Alemania. *De darse esas condiciones*, podríamos desarrollar la industria a un ritmo menos rápido, sin el temor de quedar a la zaga de los países capitalistas y con la certidumbre de que podríamos aventajarles de un solo impulso. Pero entonces no padeceríamos el gran atraso técnico-económico que padecemos hoy. El quid de la cuestión reside, precisamente, en que en este sentido estamos más atrasados que Alemania y muy lejos de haberla alcanzado en el aspecto técnico-económico.

La cuestión del rápido desarrollo de la industria no se plantearía con tanto apremio si, en vez de ser el único país de dictadura del proletariado, fuésemos *uno entre otros países* de dictadura del proletariado, si hubiese dictadura proletaria no sólo en nuestro país, sino también en otros países más adelantados, como Alemania y Francia, pongamos por caso.

De darse esas condiciones, el cerco capitalista no representaría para nosotros el grave peligro que representa hoy, el problema de la independencia económica de nuestro país quedaría, naturalmente, relegado a segundo plano, podríamos incluirnos en el sistema de los Estados proletarios más desarrollados, podríamos recibir de ellos máquinas para fecundizar nuestra industria y nuestra agricultura, a cambio de materias primas y de víveres; podríamos, por tanto, desarrollar nuestra industria a un ritmo menos rápido. Pero vosotros sabéis bien que esas condiciones no se dan aún y que seguimos siendo, hoy por hoy, el único país de dictadura del proletariado, un país cercado de países capitalistas, muchos de los cuales nos llevan gran ventaja en el aspecto técnico-económico.

Por eso Lenin planteaba el problema de alcanzar y sobrepasar económicamente a los países adelantados como una cuestión de vida o muerte para nuestro desarrollo.

Tales son las condiciones *exteriores* que nos imponen un ritmo rápido de desarrollo industrial.

Condiciones interiores. Pero, además de las condiciones exteriores, hay condiciones interiores que nos imponen un rápido ritmo de desarrollo de nuestra industria, principio rector de toda nuestra economía nacional. Me refiero al extraordinario atraso de nuestra agricultura, de su técnica, de sus métodos de cultivo. Me refiero a que en nuestro país constituyen una mayoría aplastante los pequeños productores de mercancías, con su producción atomizada y de un atraso absoluto, en comparación con la cual nuestra gran industria socialista es como una isla en medio del mar, una isla cuya base se ensancha cada día, pero que no por ello deja de ser una isla en medio del mar.

Suele decirse que la industria es el principio rector de toda la economía nacional, comprendida la agricultura, que la industria es la clave para reconstruir sobre la base del colectivismo la agricultura, atrasada y atomizada. Eso es absolutamente cierto. Y no debemos olvidarlo ni un solo instante. Pero hay que recordar también que, si bien la industria es el principio rector, la base de su desarrollo es la agricultura, lo mismo como mercado que absorbe su producción que como proveedora de materias primas y víveres y como fuente de las reservas de exportación necesarias para importar las instalaciones precisas a la economía nacional. ¿Se puede impulsar la industria dejando a la agricultura en un completo atraso técnico, sin asegurar a la industria su base agrícola, sin transformar la agricultura y adaptarla a la industria? No, no se puede.

De aquí la tarea de proporcionar a la agricultura el máximo de instrumentos y medios de producción necesarios para acelerar e impulsar su reconstrucción sobre una nueva base técnica. Ahora bien, para ello es imprescindible que nuestra industria se desarrolle a un ritmo rápido. La reconstrucción de la agricultura, atomizada y dispersa, es, claro está, incomparablemente más difícil que la reconstrucción de la industria socialista, unida y centralizada. Pero esta tarea está aún por resolver y debemos cumplirla. Y la única forma de cumplirla es desarrollar la industria a un ritmo rápido.

No es posible que el Poder Soviético y la edificación socialista descansen indefinidamente, es decir, durante un período demasiado largo, sobre dos bases distintas: la base de la industria socialista, la más grande y unificada, y la base de la economía campesina más atomizada y atrasada, de escasa producción mercantil. Hay que dar gradual, pero sistemática y tenazmente a la agricultura una nueva base técnica, la base de la gran producción, acercándola a la industria socialista. O cumplimos esta tarea, en cuyo caso estará asegurada la victoria definitiva del socialismo en nuestro país, o la abandonamos, no la cumplimos, en cuyo caso la regresión al capitalismo puede llegar a hacerse inevitable.

He aquí lo que dice Lenin a este propósito:

«Mientras vivamos en un país de pequeñas haciendas campesinas, el capitalismo tendrá en Rusia una base económica más sólida que el comunismo. Es necesario recordarlo. Todo el que observa atentamente la vida del campo, comparándola con la vida de la ciudad, sabe que no hemos extirpado las raíces del capitalismo, ni hemos eliminado el fundamento, la base del enemigo interior. Este se apoya en la pequeña hacienda, y para quebrantarlo no hay más que un medio: dar a la economía del país, comprendida la agricultura, una nueva base técnica, la base técnica de la gran producción moderna. Y esta base no puede ser más que una: la electricidad. El comunismo es el Poder Soviético más la electrificación de todo el país" (t. XXVI, pág. 46).

Como veis, por electrificación del país no entiende Lenin la construcción de alguna que otra central eléctrica, sino el proceso gradual «de dar a la economía del país, *comprendida la agricultura*,[265] una nueva base técnica, la base técnica de la gran producción moderna», ligada, de uno u otro modo, directa o indirectamente, con la electrificación.

Este discurso lo pronunció Lenin en el VIII Congreso de los Soviets, en diciembre de 1920, en vísperas de la implantación de la Nep, cuando fundamentó el llamado plan de electrificación, conocido por plan Goelró. Algunos camaradas afirman, basándose en ello, que las tesis contenidas en esa cita no pueden aplicarse a la presente situación. ¿Por qué?, pregunto yo. Porque -dicen ellos- desde entonces ha llovido mucho. Naturalmente, es cierto que desde entonces ha

[265] Subrayado por mí. *J. St.*

llovido mucho. Ahora tenemos una industria socialista desarrollada, tenemos los koljoses, como fenómeno de masas, tenemos los viejos y los nuevos sovjoses, tenemos una amplia red de cooperativas desarrolladas, tenemos las estaciones de alquiler al servicio de las haciendas campesinas, practicamos el método de la contratación, como nueva forma de la ligazón, y podernos poner en juego todos estos y muchos otros resortes para dar gradualmente a la agricultura una nueva base técnica. Todo eso es cierto. Pero también lo es que, no obstante, seguimos siendo un país de pequeñas haciendas campesinas con predominio de la pequeña producción. Eso es lo fundamental. Y en tanto ello sea así, conservará también su vigor la tesis de Lenin de que, «mientras vivamos en un país de pequeñas haciendas campesinas, el capitalismo tendrá en Rusia una base económica más sólida que el comunismo», de que, por consiguiente, el peligro de restauración del capitalismo no es una frase vacía.

Lo mismo dice Lenin, pero en forma más tajante, en su plan del folleto «Sobre el impuesto en especie», escrito ya *después* de la implantación de la Nep (marzo-abril de 1921):

«*Si* llevamos a cabo la electrificación dentro de 10 ó 20 años, no pueden causarnos ni sombra de temor el individualismo del pequeño agricultor ni *su* comercio libre en escala local. *Si* no llevamos a cabo la electrificación, de todas maneras será inevitable la vuelta al capitalismo».

Más adelante dice:

«10 ó 20 años de relaciones acertadas con los campesinos, y estará asegurada la victoria en escala mundial (aunque se retrasen las revoluciones proletarias, que maduran); de otro modo, 20 ó 40 años de sufrimientos bajo el terror blanco» (t. XXVI, pág. 313).

Ahí tenéis lo terminantemente que plantea Lenin el problema: o electrificación, es decir, «dar a la economía del país, comprendida la agricultura, una nueva base técnica, la base técnica de la gran producción moderna», o la vuelta al capitalismo.

Ahí tenéis cómo entiende Lenin el problema de las «relaciones acertadas con el campesinado».

No se trata de hacer mimos al campesino como forma de crear relaciones acertadas con él, pues con los mimos no se puede ir muy lejos; de lo que se trata es de ayudar al campesino a dar a su hacienda «una nueva base técnica, la base técnica de la gran producción moderna», ya que ésa es la vía principal para liberar al campesinado de la miseria.

Pero es imposible dar a la economía del país una nueva base técnica sin desarrollar a un rápido ritmo nuestra industria y, ante todo, la producción de medios de producción.

Esto es lo que puede decirse de las condiciones interiores que nos imponen un ritmo rápido de desarrollo industrial.

He ahí las condiciones de orden exterior e interior determinantes de que las cifras control de nuestra economía nacional requieran una gran tensión para su cumplimiento.

Esa es la causa de que nuestros planes económicos, tanto el presupuestario como el extrapresupuestario, exijan para su cumplimiento una gran tensión de fuerzas y grandes inversiones en obras básicas a fin de mantener el rápido ritmo de desarrollo de nuestra industria.

Puede preguntarse dónde se habla de eso en las tesis, en qué lugar se dice. (Una voz: «Sí, ¿dónde se dice?»). De ello habla en las tesis la suma de las inversiones capitales en la industria para 1928-1929. Las tesis se denominan tesis sobre las cifras control. ¿No es así, camaradas? (Una voz: «Así es») Pues bien, en esas tesis se dice que en 1928-1929 invertimos en obras básicas para la industria 1.650 millones de rublos. Con otras palabras: invertimos este año en la industria 330 millones de rublos más que el año pasado.

Resulta, pues, que no sólo mantenernos el ritmo del desarrollo de la industria, sino que damos un paso más, invirtiendo en la industria más que el año pasado, es decir, aumentando absoluta y relativamente las obras básicas en la industria.

Ese es el quid de las tesis sobre las cifras control de la economía nacional. Pero algunos camaradas no han advertido el elefante. Han criticado por todos los lados las tesis sobre las cifras control, fijándose en pequeñeces, pero no han visto lo principal.

Publicado el 24 de noviembre de 1928 en el núm. 273 de «Pravda».

SOBRE LA DESVIACIÓN DERECHISTA EN EL PC(b) DE LA URSS

Discurso en el Pleno del CC y de la CCC del PC(b) de la URSS el abril de 1929
(Extractos)

II. Los cambios en las relaciones de clase y nuestras discrepancias

¿En qué consisten nuestras discrepancias?, ¿a qué cuestiones se refieren?

Se refieren, ante todo, a los cambios en las relaciones de clase que se vienen produciendo últimamente en nuestro país y en los países capitalistas. Ciertos camaradas piensan que las discrepancias existentes en nuestro Partido tienen un carácter casual. Esto es falso, camaradas, absolutamente falso. Las discrepancias existentes en el seno de nuestro Partido provienen de los cambios aperados en las relaciones de clase, se deben al recrudecimiento de la lucha de clase que se viene produciendo en estos últimos tiempos y que determina un viraje en la marcha de las cosas.

El error fundamental del grupo de Bujarin consiste en no ver estos cambios operados en las relaciones y este viraje, en no verlos y no querer advertirlos. Eso explica, en realidad, su incomprensión de las nuevas tareas del Partido y de la Internacional Comunista, incomprensión que constituye el rasgo característico de la oposición bujarinista.

¿Habéis observado, camaradas, cómo, en sus discursos ante el Pleno del CC y de la CCC, los dirigentes de la oposición bujarinista han eludido en absoluto el problema de los cambios en las relaciones de clase ocurridos en nuestro país, no han dicho ni una palabra acerca del recrudecimiento de la lucha de clases y no han aludido siquiera de pasada a la relación que guardan nuestras discrepancias precisamente con este recrudecimiento de la lucha de clases? Han hablado de todo; han hablado de filosofía y de teoría; pero no han dicho ni una palabra de los cambios en las relaciones de clase, que son los que determinan la orientación y la actuación práctica de nuestro Partido en el momento actual.

¿A qué obedece este hecho tan peregrino? ¿Se deberá al olvido? ¡Naturalmente que no! Los políticos no pueden olvidar lo principal. La cosa obedece a que no ven ni comprenden los nuevos procesos revolucionarios que se están produciendo en la actualidad, tanto en nuestro país como en los países capitalistas. La cosa obedece a que se les ha escapado lo fundamental, a que no advierten esos cambios en las relaciones de clase que no se le deben escapar al político. Ello explica, principalmente, la perplejidad y la indefensión de que la oposición bujarinista da pruebas ante las nuevas tareas de nuestro Partido.

Recordad los últimos acontecimientos producidos dentro de nuestro Partido. Recordad las consignas que nuestro Partido lanzó últimamente en razón de los nuevos cambios de las relaciones de clase operados en nuestro país. Me refiero a consignas como la de *autocrítica*, como la de intensificación de la *lucha contra el burocratismo y de depuración del aparato soviético*, la de *capacitación de nuevos cuadros dirigentes de la economía y de especialistas rojos*, la de fortalecimiento del movimiento *koljosiano y sovjosiano*, la de *ofensiva contra el kulak*, la de *reducción del precio de coste* y la de *mejoramiento radical* de la *labor práctica de los sindicatos*, la de *depuración del Partido*, etc. Para ciertos camaradas, estas consignas eran sorprendentes y desconcertantes, cuando se ve a las claras que son las consignas más necesarias y más oportunas del Partido en el momento presente.

La cosa comenzó cuando, en relación con el asunto de Shajti[266], planteamos de un modo nuevo el problema de los nuevos cuadros dirigentes de la economía, el problema de la formación de especialistas rojos, salidos de la clase obrera, para sustituir a los viejos técnicos.

¿Qué ha revelado el asunto de Shajti? Ha revelado que la burguesía no está, ni mucho menos, aplastada: que organiza y seguirá organizando el sabotaje contra nuestra edificación económica; que nuestras organizaciones económicas y sindicales y, en parte, las organizaciones de nuestro Partido no advertían la labor de zapa de nuestros enemigos de clase y que, por tanto, era necesario fortalecer y perfeccionar nuestras organizaciones, por todos los medios y poniendo a contribución todas las fuerzas, y desarrollar y fortalecer su vigilancia de clase.

Con este motivo se hacía hincapié en la consigna

[266] Se refiere a la labor subversiva de la organización contrarrevolucionaria de especialistas burgueses que de 1923 a 1928 actuó en Shajti y en otros distritos de la cuenca del Donetz.

de autocrítica. ¿Por qué? Porque no es posible mejorar nuestras organizaciones económicas, sindicales y del Partido, no es posible impulsar la edificación del socialismo y poner coto al sabotaje de la burguesía, sin desplegar al máximo la crítica y la autocrítica, sin poner bajo el control de las masas la labor de nuestras organizaciones. Es un hecho que el sabotaje no se manifestaba ni se sigue manifestando sólo en las zonas hulleras, sino también en la metalurgia, en la industria de guerra, en el Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación, en la industria del oro y del platino, etc., etc. De ahí la consigna de la autocrítica.

Además, teniendo en cuenta las dificultades del acopio de cereales y los ataques de los kulaks contra la política soviética de precios, planteamos con firmeza la necesidad de impulsar por todos los medios la formación de koljoses y sovjoses, la ofensiva contra el kulak y la organización del acopio de cereales, presionando, a este fin, sobre los kulaks y los elementos acomodados del campo.

¿Qué revelaron las dificultades del acopio de cereales? Revelaron que el kulak no se dormía, que crecía, que organizaba la labor de zapa contra la política del Poder Soviético y que las organizaciones de nuestro Partido, de los Soviets y de las cooperativas, cuando menos una parte de ellas, o no veían al enemigo, o se adaptaban a él, en vez de combatirlo.

De aquí que se hiciera nuevamente hincapié en la consigna de la autocrítica, en la consigna de fiscalización y perfeccionamiento de las organizaciones de nuestro Partido, de las cooperativas y de las de acopios en general.

Además, ligada a las nuevas tareas de reestructuración de la industria y de la agricultura sobre la base del socialismo, planteábase la consigna de reducir sistemáticamente el coste de producción, de fortalecer la disciplina de trabajo, de desarrollar la emulación socialista, etc. Y estas tareas exigían la revisión de toda la labor práctica de los sindicatos y del aparato de los Soviets, una reanimación a fondo de estas organizaciones y su depuración de elementos burocráticos.

De aquí que se hiciera hincapié en la consigna de lucha contra el burocratismo en los sindicatos y en el aparato de los Soviets.

Finalmente, el porqué de la consigna de depuración del Partido. Sería ridículo pensar en la posibilidad de fortalecer nuestras organizaciones soviéticas, económicas, sindicales y cooperativas, en la posibilidad de limpiarlas de la basura del burocratismo, sin aguzar el filo del Partido mismo. Es indudable que los elementos burocráticos no anidan sólo en las organizaciones económicas y cooperativas, sindicales y soviéticas, sino también en las organizaciones del propio Partido. Y si éste es la fuerza rectora de todas esas organizaciones, es evidente que la depuración del Partido constituye una premisa obligada, sin la cual no puede llevarse a término la vivificación y el mejoramiento de todas las demás organizaciones de la clase obrera. De ahí la consigna de depuración del Partido.

¿Son casuales estas consignas? No, no son casuales. Vosotros mismos veis que no lo son. *Estas consignas son eslabones necesarios de una cadena ininterrumpida, que se llama ofensiva del socialismo contra los elementos del capitalismo.*

Estas consignas responden, ante todo, al período de la reestructuración de nuestra industria y de nuestra agricultura sobre la base del socialismo. ¿Y qué es la reestructuración de la economía nacional sobre la base del socialismo? Es la ofensiva del socialismo, desplegada en todo el frente contra los elementos capitalistas de la economía nacional. Es un avance importantísimo de la clase obrera de nuestro país hacia la edificación del socialismo. Ahora bien, para poder llevar a cabo dicha reestructuración, lo primero es mejorar y fortalecer los cuadros de la edificación socialista, tanto los cuadros dirigentes de la economía, de los Soviets y de los sindicatos, como los del Partido y de las cooperativas; es necesario aguzar el filo de todas nuestras organizaciones, limpiarlas de basura, redoblar la actividad de las grandes masas de la clase obrera y del campesinado.

Además, estas consignas responden a la resistencia que los elementos capitalistas de la economía nacional ofrecen a la ofensiva del socialismo. El llamado asunto de Shajti no se puede considerar fortuito. Actualmente hay «shajtístas» en todas las ramas de nuestra industria. Muchos de ellos han sido capturados, pero no todos, ni mucho menos. El sabotaje de los intelectuales burgueses es una de las formas más peligrosas de la resistencia contra el avance del socialismo. Y este sabotaje es tanto más peligroso por cuanto está en contacto con el capital internacional. El sabotaje burgués es prueba indudable de que los elementos capitalistas no se han dado por vencidos, ni mucho menos, sino que acumulan fuerzas para lanzarse a nuevas ofensivas contra el Poder Soviético.

Por lo que se refiere a los elementos capitalistas del campo, todavía son menos las razones para calificar de casual los ataques que desde hace ya más de un año vienen manteniendo los kulaks contra la política soviética de precios. Muchos no pueden explicarse hasta ahora por qué los kulaks estuvieron entregando voluntariamente el trigo hasta 1927 y a partir de esta fecha dejaron de hacerlo. Pero esto no tiene nada de asombroso. Si antes el kulalk era relativamente débil y no estaba en condiciones de montar en serio su hacienda, no contaba con capital bastante para fortalecerla, lo cual le obligaba a lanzar al mercado todo o casi todo el excedente de su producción de cereales, ahora, después de varios años de buena cosecha, cuando ha conseguido

organizar su hacienda y reunir el capital necesario, se siente ya capaz de maniobrar en el mercado, puede almacenar trigo -la divisa de las divisas-, haciéndose una reserva personal, y prefiere llevar al mercado carne, avena, cebada y otros productos de cultivos secundarios. Hoy sería ridículo confiar en que el kulak va a entregarnos el trigo voluntariamente.

Ahí está el quid de la actual resistencia del kulak a la política del Poder Soviético.

¿Y qué significa la resistencia de los elementos capitalistas de la ciudad y del campo a la ofensiva del socialismo? Significa la reagrupación de las fuerzas de los enemigos de clase del proletariado con objeto de defender lo viejo contra lo nuevo. Fácil es comprender que esto tiene que recrudecer forzosamente la lucha de clases. Mas, para aplastar la resistencia de los enemigos de clase y despejar el camino para los avances del socialismo, hace falta, aparte de otras cosas, aguzar el filo de todas nuestras organizaciones, limpiarlas de burocratismo, mejorar sus cuadros y movilizar masas de millones de hombres de la clase obrera y de las capas trabajadoras rurales contra los elementos capitalistas de la ciudad y del campo.

A estos cambios en las relaciones de clase obedecen las actuales consignas de nuestro Partido.

Otro tanto hay que decir de los cambios en las relaciones de clase producidos en los países capitalistas. Sería ridículo pensar que la estabilización del capitalismo no ha sufrido modificaciones. Y aún más ridículo sería afirmar que la estabilización se afianza y va adquiriendo solidez. En realidad, la estabilización del capitalismo está siendo minada y se quebranta cada mes, cada día que pasa. La intensificación de la lucha por los mercados exteriores y las materias primas, el aumento de los armamentos, la agudización del antagonismo entre Norteamérica e Inglaterra, los progresos del socialismo en la URSS, la radicalización de la clase obrera de los países capitalistas, la ola de huelgas y de batallas de clase en los países europeos, el auge del movimiento revolucionario en las colonias, comprendida la India, el avance del comunismo en todos los países del mundo: todos estos hechos revelan de modo indudable que en los países del capitalismo están madurando los elementos de un nuevo auge revolucionario.

De ahí la tarea de agudizar la lucha contra la socialdemocracia y, ante todo, contra su ala «izquierda», como soporte social del capitalismo.

De ahí la tarea de agudizar, en el seno de los Partidos Comunistas, la lucha contra sus elementos de derecha, como vehículos de la influencia socialdemócrata.

De ahí la tarea de agudizar la lucha contra las tendencias conciliadoras para con la desviación derechista, tendencias que sirven de refugio al oportunismo en los Partidos Comunistas.

De ahí la consigna de depurar de tradiciones socialdemócratas los Partidos Comunistas.

De ahí la llamada nueva táctica del comunismo en los sindicatos.

Ciertos camaradas no comprenden el sentido y la importancia de estas consignas. Pero el marxista comprenderá siempre que, sin llevar a la práctica estas consignas, es imposible preparar a las masas proletarias para las nuevas batallas de clase, es imposible la victoria sobre la socialdemocracia, es imposible seleccionar líderes verdaderos del movimiento comunista, capaces de llevar a la clase obrera a la lucha contra el capitalismo.

He ahí, camaradas, los cambios en las relaciones de clase producidos en nuestro país y en los países del capitalismo y sobre la base de los cuales han ido surgiendo las presentes consignas de nuestro Partido, lo mismo por lo que se refiere a su política interior que a la Internacional Comunista.

Nuestro Partido ve estos cambios en las relaciones de clase, comprende la importancia de las nuevas tareas y moviliza las fuerzas para realizarlas. Por eso hace frente a los acontecimientos pertrechado con todas las armas. Por eso no teme las dificultades que se alzan ante él, ya que está preparado para vencerlas.

La desgracia del grupo de Bujarin consiste en que no ve estos cambios en las relaciones de clase y no comprende las nuevas tareas del Partido. Y precisamente por eso, porque no las comprende, le domina por completo el desconcierto, está dispuesto a rehuir las dificultades, a retroceder ante ellas y abandonar las posiciones.

¿Habéis visto alguna vez a los pescadores capear el temporal en un río caudaloso, como, por ejemplo, el Yeniséi? Yo los he visto en varias ocasiones. Unos pescadores, al ver que se avecina la tormenta, despliegan todas sus energías, animan a los compañeros y ponen audazmente proa al temporal: «¡Animo, muchachos! Sujetad bien el timón y hendid las olas. ¡Saldremos adelante!».

Pero hay otra clase de pescadores que, en cuanto barruntan la tempestad, se desaniman, comienzan a lamentarse y desmoralizan a su gente: «¡Qué desgracia, se acerca la borrasca! ¡Tumbaos en el fondo de la barca, muchachos, y cerrad los ojos; tal vez las olas nos lleven a la orilla!».

Creo que no hace falta demostrar que la actitud y la conducta del grupo de Bujarin se parecen como dos gotas de agua a la actitud y la conducta de los segundos pescadores, los que retroceden despavoridos ante las dificultades.

Nosotros decimos que en Europa están madurando las condiciones para un nuevo auge revolucionario y que esta circunstancia nos dicta nuevas tareas en cuanto al reforzamiento de la lucha contra la desviación de derecha dentro de los Partidos Comunistas y a la expulsión del Partido de los

desviacionistas de derecha, al reforzamiento de la lucha contra el espíritu de conciliación que encubre a los desviacionistas de derecha, al reforzamiento de la lucha contra las tradiciones socialdemócratas dentro de los Partidos Comunistas, etc., etc. Pero Bujarin nos contesta que todo esto son futesas, que no tenemos ninguna tarea nueva de ese tipo y que, en realidad, la cosa se reduce a que la mayoría del Comité Central desea «meterse» con él.

Decimos que los cambios en las relaciones de clase producidos en nuestro país nos dictan tareas nuevas, las cuales requieren reducción sistemática del coste de producción y el fortalecimiento de la disciplina de trabajo en las empresas, y que es imposible cumplir estas tareas sin un cambio radical en toda la labor práctica de los sindicatos. Pero Tamski nos contesta que todo esto son futesas, que no tenemos ninguna tarea nueva de ese tipo y que, en realidad, la cosa se reduce a que la mayoría del Comité Central quiere «meterse» con él.

Decimos que la reestructuración de la economía nacional nos dicta nuevas tareas en cuanto al reforzamiento de la lucha contra el burocratismo del aparato soviético y económico, en cuanto a la depuración de este aparato de elementos podridos y extraños, de saboteadores, etc., etc. Pero Rykov nos contesta que todo esto son futesas, que no tenemos ninguna tarea nueva de ese tipo y que, en realidad, la cosa se reduce a que la mayoría del Comité Central quiere «meterse» con él.

¿No es ridículo esto, camaradas? ¿No es evidente que Bujarim, Rykov y Tomski no ven más allá de sus narices?

La desgracia del grupo de Bujarin consiste en que no percibe los nuevos cambios en las relaciones de clase ni comprende las nuevas tareas del Partido. Precisamente por eso, porque no las comprende, se ve obligado a ir a remolque de los acontecimientos y a capitular ante las dificultades.

Ahí está el quid de nuestras discrepancias.

III. Discrepancias en cuanto a la Internacional Comunista

Ya he dicho que Bujarin no ve ni comprende las nuevas tareas que se imponen a la Internacional Comunista -expulsar a los elementos de derecha de los Partidos Comunistas, poner freno a las tendencias conciliadoras y depurar de tradiciones socialdemócratas los Partidos Comunistas-, tareas que dictan las condiciones del nuevo auge revolucionario que está madurando. Así lo confirman plenamente nuestras discrepancias sobre cuestiones referentes a la Internacional Comunista.

¿Cómo empezaron las discrepancias en este terreno?

Empezó la cosa con las tesis sobre la situación internacional que Bujarin presentó al VI Congreso[267]. De ordinario, las tesis eran examinadas previamente en el seno de la delegación del PC(b) de la URSS. Pero, en este caso, dicha condición no fue observada. Las tesis, con la firma de Bujarin, fueron enviadas a la delegación del PC(b) de la URSS al mismo tiempo que a las delegaciones extranjeras del VI Congreso. Pero estas tesis resultaron insatisfactorias en numerosos puntos, y la delegación del PC(b) de la URSS hubo de presentar unas 20 enmiendas.

Esta circunstancia colocó en una situación algo violenta a Bujarin. Pero ¿quién tenía la culpa? ¿Para qué necesitaba Bujarin enviar las tesis a las delegaciones extranjeras antes de ser examinadas por la delegación del PC(b) de la URSS? ¿Podía esta última abstenerse de presentar enmiendas, si las tesis no eran satisfactorias? Resultado: de la delegación del PC(b) de la URSS salieron unas tesis sobre la situación internacional que eran nuevas en el fondo y que las delegaciones extranjeras empezaron a contraponer a las viejas tesis suscritas por Bujarin. Es evidente que esta violenta situación no se habría producido si Bujarin no se hubiese precipitado en enviar sus tesis a las delegaciones extranjeras.

Yo desearía señalar cuatro enmiendas fundamentales, presentadas a las tesis de Bujarin por la delegación del PC(b) de la URSS. Desearía señalar estas enmiendas fundamentales para que se vea con mayor claridad el carácter de las divergencias relativas a problemas de la Internacional Comunista.

Primera cuestión: el carácter de la estabilización del capitalismo. Según las tesis de Bujarin resultaba que en los momentos actuales no hay nada nuevo que quebrante la estabilización capitalista; por el contrario, el capitalismo *se rehace* y se mantiene, en lo fundamental, con más o menos *solidez*. Es evidente que la delegación del PC(b) de la URSS no podía aceptar esta apreciación del llamado tercer período, es decir, del período que estamos atravesando. No podía aceptarla, porque el haber mantenido esta apreciación del tercer período habría podido dar pábulo a nuestros críticos para decir que adoptábamos el punto de vista del llamado «saneamiento» del capitalismo, es decir, el punto de vista de Hilferding, que los comunistas no podemos

[267] El VI Congreso de la Internacional Comunista se celebró en Moscú del 17 de julio al 1 de septiembre de 1928. El Congreso señaló en sus acuerdos el aumento de las contradicciones internas del capitalismo, las cuales llevaban inevitablemente al quebranto de la estabilización capitalista y a una gran agudización de la crisis general del capitalismo. El Congreso determinó las tareas de la Internacional Comunista dimanantes de las nuevas condiciones de la lucha de la clase obrera, movilizó los Partidos Comunistas para el reforzamiento de la lucha contra la desviación de derecha, como peligro principal, y contra las tendencias de conciliación con ella. J. V. Stalin tomó parte en la dirección de las labores del Congreso, fue elegido miembro de su presidencia y para la Comisión del programa y la Comisión política encargada de redactar las tesis sobre la situación internacional y las tareas de la Internacional Comunista.

aceptar. En vista de ello, la delegación del PC(b) de la URSS presentó una enmienda, haciendo resaltar que la estabilización capitalista no es ni puede ser sólida, sino que la quebranta y la seguirá quebrantando la marcha de los acontecimientos, debido a la agravación de la crisis del capitalismo mundial.

Esto tiene, camaradas, importancia decisiva para las secciones de la Internacional Comunista. De que la estabilización capitalista se quebrante o se afiance depende toda la orientación de los Partidos Comunistas en su labor política diaria. De que atravesemos un período de descenso del movimiento revolucionario, un período de simple acumulación de fuerzas, o de que vivamos un período de maduración de las condiciones para un nuevo auge revolucionario, un período de preparación de la clase obrera para las luchas de clases venideras, depende la orientación táctica de los Partidos Comunistas. La enmienda de la delegación del PC(b) de la URSS, aceptada luego por el Congreso, era buena, precisamente, porque ofrecía una orientación clara hacia la segunda perspectiva, hacia la perspectiva de maduración de las condiciones para un nuevo auge revolucionario.

Segunda cuestión: la lucha contra la socialdemocracia. En las tesis de Bujarin se decía que la lucha contra la socialdemocracia es una de las tareas fundamentales de las secciones de la Internacional Comunista, lo cual es exacto, naturalmente. Pero eso no basta. Para combatir con éxito a la socialdemocracia es necesario hacer hincapié en la lucha contra la llamada ala «izquierda» de la socialdemocracia, contra esa ala «izquierda» que, jugando con frases «izquierdistas» y engañando así hábilmente a los obreros, actúa de freno para que las masas obreras no abandonen la socialdemocracia. Es evidente que, sin derrotar a los socialdemócratas de «izquierda», es imposible vencer a la socialdemocracia en general. Pues bien, las tesis de Bujarin daban de lado en absoluto el problema de la socialdemocracia de «izquierda»; eso, claro está, constituía una gran deficiencia, en vista de lo cual la delegación del PC(b) de la URSS hubo de presentar a las tesis de Bujarin la correspondiente enmienda, aceptada luego por el Congreso.

Tercera cuestión: el espíritu conciliador dentro de las secciones de la Internacional Comunista. En las tesis de Bujarin se hablaba de la necesidad de combatir la desviación de derecha, pero no se decía una palabra de luchar contra las tendencias de conciliación con ella. Eso, naturalmente, era una gran deficiencia. El caso es que, cuando se declara la guerra a la desviación de derecha, sus adeptos se disfrazan generalmente de conciliadores y colocan al Partido en una situación difícil. Para salir al paso a esta maniobra de los desviacionistas de derecha, es necesario plantear la lucha resuelta contra el espíritu conciliador. Por eso, la delegación del PC(b) de la URSS consideró necesario presentar a las tesis de Bujarin la correspondiente enmienda, aceptada luego por el Congreso.

Cuarta cuestión: la disciplina de Partido. En las tesis de Bujarin no se hablaba para nada de la necesidad de mantener una disciplina férrea dentro de los Partidos Comunistas. Eso era también un defecto bastante apreciable. ¿Por qué? Porque en el período de reforzamiento de la lucha contra la desviación de derecha, en el período en que se aplica la consigna de depurar de elementos oportunistas a los Partidos Comunistas, los desviacionistas de derecha se organizan generalmente en fracciones y establecen su propia disciplina fraccional, quebrantando e infringiendo la disciplina de Partido. Para mantener el Partido a salvo de estos manejos fraccionales de los desviacionistas de derecha, es necesario exigir una disciplina férrea dentro del Partido, a la cual los miembros del Partido se deben someter incondicionalmente. De otro modo, no hay ni que pensar en una lucha seria contra la desviación derechista. Por eso, la delegación del PC(b) de la URSS presentó a las tesis de Bujarin la correspondiente enmienda, aceptada luego por el VI Congreso.

¿Podíamos nosotros dejar de presentar estas enmiendas a las tesis de Bujarin? Es evidente que no. Los antiguos decían refiriéndose a Platón: «Somos amigos de Platón, pero somos aún más amigos de la verdad». Lo mismo podemos decir nosotros de Bujarin: somos amigos de Bujarin, pero somos aún más amigos de la verdad, del Partido, de la Internacional Comunista. Por eso, la delegación del PC(b) de la URSS se vió obligada a presentar estas enmiendas a las tesis de Bujarin.

Tal fue, por decirlo así, la *primera etapa de nuestras discrepancias* en las cuestiones referentes a la Internacional Comunista.

La segunda etapa de nuestras discrepancias está relacionada con lo que se conoce con el nombre de caso Wittorf y Thälmann. Wittorf, entonces secretario de la organización de Hamburgo, fue acusado de malversación de fondos del Partido y expulsado por esta causa. Los conciliadores del Comité Central del Partido Comunista de Alemania, aprovechándose de las estrechas relaciones existentes entre Wittorf y el camarada Thälmann, aunque éste nada tenía que ver con el delito de Wittorf, convirtieron el asunto Wittorf en asunto Thälmann y emprendieron el asalto a la dirección del Partido Comunista Alemán. Leeríais en la prensa, claro está, que los conciliadores Ewert y Gerhart consiguieron ganarse por algún tiempo la mayoría del Comité Central del Partido Comunista de Alemania contra el camarada Thälmann. ¿Y qué pasó? Que apartaron a Thälmann de la dirección y le acusaron de concusión, procediendo a publicar la resolución

«correspondiente» sin que el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista la hubiese conocido ni sancionado.

De este modo, en vez de cumplir la indicación del VI Congreso de la IC acerca de la lucha contra el espíritu conciliador, en vez de luchar contra la desviación derechista y el espíritu conciliador, lo que, en realidad, se hacía era infringir de la manera más burda esa indicación y luchar contra la dirección revolucionaria del Partido Comunista Alemán, contra el camarada Thälmann, para *encubrir* la desviación derechista y *afianzar* las tendencias conciliadoras en las filas de los comunistas alemanes.

Pues bien, en vez de dar marcha atrás y corregir la situación, en vez de poner en vigor la indicación del VI Congreso, que había sido infringida, llamando al orden a los conciliadores, Bujarin propuso en su conocida carta que se sancionase el golpe de los conciliadores, que se les entregara el Partido Comunista de Alemania y que el camarada Thälmann fuera nuevamente difamado en la prensa, publicándose otra declaración de su culpabilidad. ¡Y un hombre así se llama «dirigente» de la Internacional Comunista! ¡Vaya un «dirigente»!

El CC examinó la propuesta de Bujarin y la rechazó. A Bujarin esto no le hizo gracia, claro es. Pero ¿quién tenía la culpa? Los acuerdos del VI Congreso no se tomaron para vulnerarlos, sino para cumplirlos. Y si el VI Congreso resolvió declarar la guerra a la desviación de derecha y a las tendencias de conciliación con ella, manteniendo en la dirección del Partido Comunista de Alemania su núcleo fundamental, con el camarada Thälmann a la cabeza, y a los conciliadores Ewert y Gerhart se les ocurrió echar por tierra este acuerdo, el deber de Bujarin era llamar al orden a los conciliadores y no dejar en sus manos la dirección del Partido Comunista de Alemania. La culpa la tenía Bujarin, que se «olvidó» de los acuerdos del VI Congreso.

La tercera etapa de nuestras discrepancias está relacionada con la lucha contra los derechistas dentro del Partido Comunista de Alemania, con el aplastamiento de la fracción Brandler y Thalheimer y la expulsión del Partido Comunista Alemán de los líderes de esta fracción. La «actitud» de Bujarin y sus amigos ante este problema cardinal consistía en permanecer constantemente al margen cuando se trataba de darle solución. Decidíase, en el fondo, la suerte del Partido Comunista de Alemania. Pero Bujarin y sus amigos, que lo sabían, pasaban el tiempo frenando el asunto y brillaban sistemáticamente por su ausencia en las reuniones de los organismos correspondientes. ¿Para qué? Tal vez para presentarse «limpios» tanto ante la Internacional Comunista como ante la derecha del Partido Comunista Alemán. Para poder decir más tarde: «No hemos sido nosotros, los bujarinistas, sino ellos, la mayoría del Comité Central, los que han impuesto la expulsión de Brandler y Thalheimer del Partido Comunista». ¡Y a esto se llama luchar contra el peligro de derecha!

Finalmente, la *cuarta etapa de nuestras discrepancias*. Está relacionada con la reclamación que Bujarin formuló en vísperas del Pleno de noviembre del CC[268], de retirar de Alemania a Neumann y de que se llamase al orden al camarada Thälmann, quien en un discurso había criticado, al parecer, el informe de Bujarin en el VI Congreso. No podíamos aceptar, naturalmente, la reclamación de Bujarin, al no tener en nuestro poder documento alguno que la justificase. Bujarin se comprometió a presentar documentos contra Neumann y Thälmann, pero no presentó ninguno. En vez de documentos, lo que hizo fue enviar a los miembros de la delegación del PC(b) de la URSS el conocido discurso de Humbert-Droz ante el Secretariado Político del CE de la IC, el mismo discurso que el Presídium del CC de la IC calificó más tarde de oportunista. Al enviar este discurso a los miembros de la delegación del PC(b) de la URSS y recomendarlo como material contra Thälmann, Bujarin pretendía demostrar que le asistía la razón cuando pedía que se retirase de Alemania a Neumann y se llamase al orden al camarada Thälmann. Pero lo que en realidad demostró de esa manera fue su solidaridad con Humbert-Droz, cuya posición había calificado de oportunista el CE de la IC.

He ahí, camaradas, los principales puntos de nuestras discrepancias en cuando a la Internacional Comunista.

Bujarin piensa que, al luchar contra la desviación derechista y las tendencias de conciliación con ella dentro de las secciones de la Internacional Comunista, al depurar de elementos y tradiciones socialdemócratas el Partido Comunista Alemán y el Partido Comunista Checoslovaco, al expulsar de los Partidos Comunistas a los Brandler y a los Thalheimer, lo que hacemos es «descomponer» y «hundir» la Internacional Comunista. Nosotros pensamos lo contrario: al practicar esta política y al insistir en la lucha contra la desviación de derecha y las tendencias de conciliación con ella, lo que hacemos es fortalecer la Internacional Comunista, depurada de oportunistas, bolchevizar sus secciones y ayudar a los Partidos Comunistas a preparar a la clase obrera para los combates revolucionarios que se avecinan, pues el Partido se fortalece cuando se limpia de la podredumbre.

Como veis, no son simples cuestiones de matiz en el seno del CC del PC(b) de la URSS, sino discrepancias bastante hondas, que afectan a cuestiones cardinales de la política de la

[268] Se trata del Pleno del Comité Central del PC(b) de la URSS, en el que participaron los miembros de la Comisión Central de Control y de la Comisión Revisora Central, celebrado del 16 al 24 de noviembre de 1928.

Internacional Comunista.

IV. Discrepancias en política interior

He hablado más arriba de los cambios aperados en las relaciones de clase y de la lucha de clases dentro de nuestro país. Decía que el grupo de Bujarin está contagiado de ceguera y no ve estos cambios, no comprende las nuevas tareas del Partido. Decía que eso origina en la oposición bujarinista un estado de desconcierto, temor a las dificultades, predisposición a capitular ante ellas.

No se puede afirmar que estos errores de los bujarinistas hayan caído del cielo. Lejos de ello, están relacionados con la fase de desarrollo superada ya, y que se llama período de *restauración* de la economía nacional, durante el cual el trabajo de edificación marchaba por una vía pacífica, pudiéramos decir que de por sí, durante el cual no se daban aún esos cambios en las relaciones de clase que se producen ahora, ni existía aún esa agudización de la lucha de clases que en los momentos actuales observamos.

Pero hoy estamos en una nueva fase de desarrollo, distinta del período anterior, del período de la restauración. Hoy nos encontramos en un nuevo período de edificación, en el período de la *reestructuración* de toda la economía nacional sobre la base del socialismo. Este nuevo período origina nuevos cambios en las relaciones de clase, agudiza la lucha de clases y requiere nuevos métodos de lucha, que reagrupemos nuestras fuerzas, mejoremos y fortalezcamos todas nuestras organizaciones.

La desgracia del grupo de Bujarin consiste, precisamente, en que vive en el pasado, en que no ve los rasgos característicos de este nuevo período y no comprende la necesidad de aplicar nuevos métodos de lucha. De ahí su ceguera, su desconcierto, su pánico ante las dificultades.

a) La lucha de clases

¿Cuál es la base teórica de esta ceguera y de este desconcierto del grupo de Bujarin?

Yo creo que la base teórica de esta ceguera y de este desconcierto es el modo falso, no marxista, que Bujarin tiene de abordar el problema de la lucha de clases en nuestro país. Me refiero a La teoría no marxista de Bujerin sobre la integración de los kulaks en el socialismo, a su incomprensión de la mecánica de la lucha de clases bajo la dictadura del proletariado.

Se ha citado aquí varias veces el conocido pasaje del folleto de Bujarin «El camino hacia el socialismo», que habla de la integración de los kulaks en el socialismo. Pero se ha citado con algunas mutilaciones. Permitidme que yo lo lea íntegro. Es necesario hacerlo así, camaradas, para poner de manifiesto hasta qué punto se aparta Bujarin de la teoría marxista de la lucha de clases.

Escuchad:

«La red fundamental de nuestras organizaciones cooperativas campesinas estará formada por células cooperativas no de tipo kulak, sino «de trabajadores», que se integrarán en el sistema de nuestros organismos del Estado y se convertirán, de este modo, en *eslabones de la cadena única de la economía socialista*. De otra parte, *los nidos cooperativos de los kulaks irán integrándose, exactamente del mismo modo*, a través de los Bancos, etc., en este sistema; pero serán, hasta cierto punto, *un cuerpo extraño, al estilo, por ejemplo, de las concesiones*».[269]

Al citar este pasaje del folleto de Bujarin, algunos camaradas prescindieron, no sé por qué, de la última parte, que habla de los concesionarios. Rozit, deseoso, por lo visto, de ayudar a Bujarin, lo aprovechó para gritar desde su asiento que se tergiversaba el texto de Bujarin. Y lo notable es que la sal de toda la cita reside, precisamente, en esta última parte, referente a los concesionarios. Pues, si se coloca en un mismo plano a los concesionarios y a los kulaks, y éstos se integran en el socialismo, ¿a qué conclusión se llega? Sólo se puede llegar a una conclusión, a saber: que también los concesionarios se integran en el socialismo, que en el socialismo no se integran solamente los kulaks, sino también los concesionarios.

Tal es la conclusión obligada.

Rozit: Bujarin dice «un cuerpo extraño».

Stalin: Bujarin no dice «un cuerpo extraño», sino «hasta cierto punto, un cuerpo extraño». Es decir, que los kulaks y los concesionarios son, «hasta cierto punto», un cuerpo extraño dentro del sistema del socialismo. Pero el error de Bujarin consiste, precisamente, en esto, en creer que los kulaks y los concesionarios se integran en el socialismo a pesar de ser, «hasta cierto punto», un cuerpo extraño.

He ahí a qué estupideces lleva la teoría de Bujarin.

Los capitalistas de la ciudad y del campo, los kulsks y los concesionarios, integrándose en el socialismo: hasta esa estupidez ha llegado Bujarin.

No, camaradas, no es ése el «socialismo» que nosotros necesitamos. Que se quede con él Bujarin.

Hasta ahora, los marxista-leninistas habíamos pensado que entre los capitalistas de la ciudad y del campo, de una parte, y, de otra parte, la clase obrera, existe un antagonismo *irreconciliable* de intereses. En ello, precisamente, descansa la teoría marxista de la lucha de clases. Pero ahora, según la teoría de Bujarin *acerca de la integración pacífica* de los capitalistas en el socialismo, todo esto se trastrueca, desaparece el antagonismo irreconciliable entre los intereses de clase de los explotadores y de los

[269] Subrayado por mí. *J. St.*

explotados, y los explotadores se integran en el socialismo.

Rozit: Eso no es cierto, pues se presupone la dictadura del proletariado.

Stalín: Pero la dictadura del proletariado es la forma más aguda de la lucha de clases.

Rozit: De eso se trata.

Stalin: Y por lo que dice Bujarin, se llega a la conclusión de que los capitalistas se van integrando en esta misma dictadura del proletariado. ¿Cómo no lo comprende, Rozit? ¿Contra quién se debe luchar?, ¿contra quién se debe dirigir esta forma de la lucha de clases, la más aguda de todas, si los capitalistas de la ciudad y del campo van integrándose en el sistema de la dictadura del proletariado?

La dictadura del proletariado es necesaria para mantener una lucha implacable contra los elementos capitalistas, para aplastar a la burguesía y extirpar las raíces del capitalismo. Pero si los capitalistas de la ciudad y del campo, si el kulak y el concesionario se van integrando en el socialismo, ¿qué falta hace la dictadura del proletariado?; y si hace falta, ¿para aplastar a qué clase?

Rozit: De eso se trata, de que, según Bujarin, la integración presupone lucha de clases.

Stalin: A lo que se ve, Rozit se ha juramentado para ayudar a Bujarin. Pero le presta un flaco servicio, como el oso de la fábula, pues, queriendo salvarle, lo que en realidad hace es empujarle para que se ahogue sin remedio. Bien se dice que «Un oso servicial es más peligroso que un enemigo».

Una de dos: o entre la clase capitalista y la clase obrera, que llegó al Poder y ha implantado su dictadura, media un antagonismo irreductible de intereses, o no media este antagonismo de intereses, en cuyo caso no quedará más camino que proclamar la armonía de los intereses de clase.

Una de dos:

o la teoría marxista de la lucha de clases, o la teoría de la integración de los capitalistas en el socialismo;

o el antagonismo irreductible de los intereses de clase, o la teoría de la armonía de los intereses de clase.

Todavía puede uno comprender a «socialistas» del tipo de Brentano o de Sidney Webb, que predican la integración del socialismo en el capitalismo y del capitalismo en el socialismo, pues estos «socialistas» son, en el fondo, antisocialistas, son unos liberales burgueses. A quien no se puede comprender es a un hombre que, deseando ser marxista, predique la teoría de la integración de la clase capitalista en el socialismo.

En su discurso, Bujarin ha intentado respaldar la teoría de la integración de los kulaks en el socialismo con una conocida cita de Lenin, afirmando que Lenin dice lo mismo que él.

Esto es falso, camaradas. Esto es una burda e intolerable calumnia contra Lenin.

He aquí esa cita de Lenin:

«Naturalmente, en nuestra República Soviética, el régimen social se basa en la colaboración de dos clases, los obreros y los campesinos, colaboración en la que ahora se admite también, bajo ciertas condiciones, a los «nepmanes», es decir, a la burguesía» (t. XXVII, pág. 405).

Como veis, aquí no se habla para nada de la integración de la clase capitalista en el socialismo. Lo único que se dice es que, «bajo ciertas condiciones», en la colaboración de las obreros y los campesinos «admitimos» también a los nepmanes, es decir, a la burguesía.

¿Qué significa esto? ¿Significa que así admitimos la posibilidad de que los nepmanes vayan integrándose en el socialismo? Naturalmente que no. Esta cita de Lenin sólo puede ser interpretada así por quien haya perdido la vergüenza. Esto quiere decir, simplemente, que, *por ahora*, no aniquilamos la burguesía, que, *por ahora* no le confiscamos sus bienes, sino que le permitimos que siga existiendo bajo ciertas condiciones, es decir, siempre y cuando se someta sin reservas a las leyes de la dictadura del proletariado, que conducen a la progresiva limitación de los capitalistas y a su desplazamiento gradual de la vida económica.

¿Se puede desplazar a los capitalistas y extirpar las raíces del capitalismo sin una encarnizada lucha de clases? No, no se puede.

¿Se puede suprimir las clases propugnando, en la teoría y en la práctica, la integración de los capitalistas en el socialismo? No, no se puede. Esa teoría y esa actuación práctica sólo sirven para fomentar y perpetuar las clases, pues la tal teoría es opuesta a la teoría marxista de la lucha de clases.

Pues bien, la cita de Lenin se basa absoluta e íntegramente en la teoría marxista de la lucha de clases bajo la dictadura del proletariado.

¿Qué puede haber de común entre la teoría de Bujarin sobre la integración de los kulaks en el socialismo y la teoría de Lenin sobre la dictadura como forma encarnizada de la lucha de clases? Es evidente que entre una y otra no hay ni puede haber la menor afinidad.

Bujarin entiende que, bajo la dictadura del proletariado, la lucha de clases debe *extinguirse* y *desaparecer* para que se llegue a la supresión de las clases. Lenin, por el contrario, enseña que las clases sólo pueden ser suprimidas mediante una lucha de clases tenaz, lucha que bajo la dictadura del proletariado es todavía *más encarnizada* que antes.

«La supresión de las clases -dice Lenin- es obra de una larga, difícil y tenaz *lucha de clases*, *que no desaparece* (como se lo imaginan los banales

personajes del viejo socialismo y de la vieja socialdemocracia) después del derrocamiento del poder del capital, *después* de la destrucción del Estado burgués, *después* de la implantación de la dictadura del proletariado, sino que se limita a cambiar de forma, haciéndose en muchos aspectos todavía más encarnizada» (t. XXIV, pág. 315).

Eso es lo que Lenin dice acerca de la supresión de las clases.

Supresión de las clases *mediante una encarnizada lucha de clase del proletariado*: tal es la fórmula de Lenin.

Supresión de las clases *mediante la extinción de la lucha de clases y la integración de los capitalistas en el socialismo*: tal les la fórmula de Bujarin.

¿Qué puede haber de común entre estas dos fórmulas? La teoría bujarinista de la integración de los kulaks en el socialismo es, por tanto, el abandono de la teoría marxista-leninista de la lucha de clases y una aproximación a la teoría del socialismo de cátedra[270].

Ahí está el origen de todos los errores de Bujarin y de sus amigos.

Podrá objetarse que no vale la pena extenderse demasiado en la teoría bujarinista de la integración de los kulaks en el socialismo, puesto que ella misma habla -y no sólo habla, sino que clama- en contra de Bujarin. ¡Eso es falso, camaradas! Mientras esta teoría permanecía en estado latente, podía no prestársele atención, ¡pues no son pocas las necedades que se encuentran en los escritos de diferentes camaradas! Así lo hicimos hasta ahora. Pero últimamente la situación ha cambiado. La fuerza ciega del elemento pequeñoburgués, desatada estos últimos años, empezó a dar vida a esta teoría antimarxista, por lo cual cobró actualidad. Hoy ya no es posible decir que esta teoría permanece en estado latente. Hoy, esta peregrina teoría de Bujarin pretende ser la bandera de la desviación derechista en nuestro Partido, la bandera del oportunismo. Por eso, no podemos ya pasar de largo ante ella, sino que tenemos el deber de deshacerla como teoría falsa y dañina, para facilitar a nuestros camaradas del Partido la lucha contra la desviación de derecha.

b) La agudización de la lucha de clases

El segundo error de Bujarin, derivado del primero, consiste en su modo falso, no marxista, de abordar el problema de la agudización de la lucha de clases, del incremento de la resistencia de los elementos capitalistas contra la política socialista del Poder Soviético.

¿De qué se trata? ¿No será que los elementos capitalistas se desarrollan más rápidamente que el sector socialista de nuestra economía, por lo que intensifican su resistencia, minando la edificación socialista? No, no se trata de eso. Además, es falso que los elementos capitalistas se desarrollen más rápidamente que el sector socialista. Si fuera así, la edificación socialista se hallaría ya al borde de la ruina.

De lo que se trata es de que el socialismo mantiene eficazmente la ofensiva contra los elementos capitalistas, de que el socialismo crece *más rápidamente* que los elementos capitalistas, de que, en consecuencia, *disminuye* el peso relativo de los elementos capitalistas y, precisamente porque *disminuye* el peso relativo de los elementos capitalistas, éstos se ven en peligro mortal y redoblan su resistencia.

Y por el momento pueden hacerlo, no sólo porque cuentan con el apoyo del capitalismo mundial, sino porque, a pesar de disminuir su peso relativo y a pesar de disminuir también su desarrollo relativo, comparado con el del socialismo, sigue el desarrollo absoluto de los elementos capitalistas, lo que, en cierto grado, les permite acumular fuerzas para oponerse al ascenso del socialismo.

Sobre esta base es como, *en la fase actual del desarrollo y bajo la presente* correlación de las fuerzas, se agudiza la lucha de clases y aumenta la resistencia de los elementos capitalistas de la ciudad y del campo.

El error de Bujarin y de sus amigos consiste en que no comprenden una verdad tan sencilla y tan evidente como ésta. Su error consiste en que no abordan la cuestión de un modo marxista, sino al modo filisteo, intentando explicar la agudización de la lucha de clases con todo género de razones fortuitas: la «ineptitud» del aparato soviético, la política «imprudente» de los dirigentes locales, la «falta» de flexibilidad, las «exageraciones», etc., etc.

He aquí, por ejemplo, una cita tomada del folleto de Bujarin «El camino hacia el socialismo», que muestra la carencia absoluta de un criterio marxista al abordar el prob1ema de la agudización de la lucha

[270] Socialismo de cátedra: corriente de la ideología burguesa, principalmente en la economía política burguesa. Los partidarios de esta corriente, profesores liberales burgueses, que actuaban desde las cátedras universitarias (de donde procede la denominación de «socialismo de cátedra»), combatían el marxismo y el movimiento obrero revolucionario en ascenso, procuraban ocultar las contradicciones del capitalismo y predicaban la conciliación de las clases. Los socialistas de cátedra negaban el carácter de clase, explotador, del Estado burgués y afirmaban que este es capaz, mediante reformas sociales, de perfeccionar el capitalismo. Engels escribió acerca de los socialistas de cátedra alemanes: «Los socialistas de cátedra no rebasaron nunca, en el sentido teórico, el nivel de los economistas vulgares inclinados a la filantropía, y en el presente han caído hasta el nivel de los simples apologistas del socialismo de Estado de Bismarck». Las ideas reformistas liberales burguesas de los socialistas de cátedra las propagaron en Rusia los marxistas legales. Los mencheviques rusos, los partidos oportunistas de la II Internacional y los socialistas de derecha contemporáneos, en su deseo de subordinar el movimiento obrero a los intereses de la burguesía y en su prédica de la integración pacífica y gradual del capitalismo en el socialismo, se deslizaron también hasta el socialismo de cátedra.

de clases:

«Aquí y allá, la lucha de clases en el campo estalla en sus antiguas manifestaciones; esta agudización la provocan, por lo común, los elementos kulaks. Cuando, por ejemplo, los kulaks o las gentes que se lucran a costa del prójimo, y que se infiltraron en los organismos del Poder Soviético, comienzan a disparar contra los corresponsales rurales, esto es una manifestación de la lucha de clases en su forma más aguda. (Lo cual es falso, pues la forma más aguda de la lucha de clases es la insurrección. *J. St.*) Pero estos casos suelen darse, generalmente, allí donde el aparato local soviético es todavía débil. A medida que se mejore este aparato, a medida que se fortalezcan todas las células de base del Poder Soviético, a medida que mejoren y se refuercen las organizaciones locales del Partido y del Komsomol en la aldea, *esta clase de fenómenos* se harán cada vez más raros, cosa que es de una evidencia meridiana, y acabarán por desaparecer *sin dejar huella*».[271]

Resulta, pues, que la agudización de la lucha de clases obedece a razones imputables al aparato de los Soviets, a la aptitud o la ineptitud, a la fuerza o la debilidad de nuestras organizaciones de base.

Resulta, por ejemplo, que el sabotaje de los intelectuales burgueses en Shajti, que es una forma de resistencia de los elementos burgueses al Poder Soviético y una forma de agudización de la lucha de clases, no lo explica la correlación de las fuerzas de clase, los progresos del socialismo, sino la ineptitud de nuestro aparato.

Resulta que, hasta que se dió el sabotaje en masa en el distrito de Shajti, nuestro aparato era bueno; pero después, en el momento de producirse ese sabotaje en masa, el aparato convirtióse de súbito en algo completamente inservible.

Resulta que, hasta el año pasado, cuando el acopio de cereales marchaba por inercia y la lucha de clases no se había agudizado todavía particularmente, nuestras organizaciones locales eran buenas y hasta ideales; pero el año pasado, cuando la resistencia de los kulaks adquirió formas especialmente agudas, nuestras organizaciones se convirtieron de súbito en algo malo e inservible en absoluto.

Esto no es explicación, sino una caricatura de explicación; esto no es ciencia, sino charlatanería.

¿Cómo se explica, en realidad, esta agudización de la lucha de clases?

La explican dos causas.

Primera: nuestros avances, nuestra ofensiva, el desarrollo de las formas socialistas de la economía, tanto en la industria como en la agricultura, desarrollo que lleva aparejado el desplazamiento correspondiente de ciertos grupos de capitalistas de la ciudad y del campo. Todo consiste en que estamos viviendo bajo la fórmula de Lenin de «quién vencerá a quién»: o nosotros les hacemos morder el polvo a los capitalistas, y les damos, como decía Lenin, la batalla final y decisiva; o ellos nos hacen morder el polvo a nosotros.

Segunda: la circunstancia de que los elementos capitalistas no están dispuestos a retirarse voluntariamente de la escena, sino que se resisten y seguirán resistiéndose al socialismo, pues ven que se les acerca su última hora. Y pueden todavía ofrecer resistencia, porque, a pesar de la disminución de su peso relativo, siguen creciendo en términos absolutos: la pequeña burguesía de la ciudad y del campo hace brotar de su seno, como decía Lenin, cada día y cada hora, capitalistas de mayor o menor cuantía, y estos elementos capitalistas toman todas las medidas para defender su existencia.

En la historia no se ha dado jamás el caso de que las clases moribundas se retirasen voluntariamente de la escena. No se ha dado jamás en la historia el caso de que la burguesía agonizante no apelase a sus últimas fuerzas para defender su existencia. Lo mismo si nuestro aparato soviético de base es bueno que si es malo, nuestros avances, nuestra ofensiva, reducirán y desplazarán a los elementos capitalistas, y éstos, las clases agonizantes, ofrecerán resistencia por encima de todo.

Tales son las razones de la agudización de la lucha de clases en nuestro país.

El error de Bujarin y de sus amigos consiste en que identifican el aumento de la resistencia de los capitalistas con el aumento de su peso relativo. Pero esta identificación carece de todo fundamento. Y carece de fundamento porque si los capitalistas se resisten, esto no quiere decir, ni mucho menos, que hayan negado a ser más fuertes que nosotros. Ocurre, precisamente, lo contrario. Las clases agonizantes no ofrecen resistencia porque sean más fuertes que nosotros, sino porque el socialismo crece más rápidamente que ellas, y ellas se hacen más débiles que nosotros. Y precisamente porque se hacen más débiles, presienten que se acerca su última hora y se ven obligadas a resistirse con todas sus fuerzas, por todos los medios.

Tal es la mecánica de la agudización de la lucha de clases y de la resistencia de los capitalistas en el momento histórico actual.

¿Cuál debe ser la política del Partido ante ese estado de cosas?

El Partido debe poner en guardia a la clase obrera y a las masas explotadas del campo, elevar su combatividad y desarrollar su capacidad de movilización para la lucha contra los elementos capitalistas de la ciudad y del campo, para la lucha contra los enemigos de clase que se resisten.

La teoría marxista-leninista de la lucha de clases

[271] Subrayado por mí. *J. St.*

es buena, entre otras cosas, porque facilita la movilización de la clase obrera contra los enemigos de la dictadura del proletariado. ¿Por qué son nocivas la teoría bujarinista de la integración de los capitalistas en el socialismo y la concepción bujarinista del problema de la agudización de la lucha de clases?

Porque adormecen a la clase obrera, quitan capacidad de movilización a las fuerzas revolucionarias de nuestro país, desmovilizan a la clase obrera y facilitan la ofensiva de los elementos capitalistas contra el Poder Soviético.

c) El campesinado

El tercer error de Bujarin se refiere al campesinado. Es sabido que la cuestión de los campesinos es una de las más importantes de nuestra política. En nuestras condiciones, el campesinado lo forman diversos grupos sociales: campesinos pobres, campesinos medios y kulaks. Es lógico que nuestra actitud ante esos grupos no pueda ser la misma. Los campesinos pobres son un pilar de la clase obrera, los campesinos medios son *aliados* y los kulaks son *enemigos de clase*: tal es nuestro criterio ante esos grupos sociales. Todo ello es lógico y sobradamente conocido.

Sin embargo, Bujarin ve las cosas de manera algo distinta. En su modo de enjuiciar a los campesinos, desaparece toda diferenciación de éstos, toda clasificación en grupos sociales, y sólo subsiste una mancha gris llamada aldea. Para él, el kulak no es kulak, el campesino medio no es campesino medio, y todo es miseria en la aldea. Así lo ha dicho aquí en su discurso: ¿acaso nuestro kulak puede ser llamado kulak? Si es un mendigo, ha dicho. Y nuestro campesino medio ¿se parece en algo a un campesino medio?, preguntaba aquí Bujarin. Es un pordiosero, un muerto de hambre. Se comprende que ese punto de vista acerca de los campesinos es falso de arriba abajo e incompatible con el leninismo.

Lenin decía que los campesinos individuales son la *última clase capitalista*. ¿Es exacta esta afirmación? Sí, absolutamente exacta. ¿Por qué se califica a los campesinos individuales de última clase capitalista? Porque, de las dos clases fundamentales que integran nuestra sociedad, el campesinado es una clase cuya economía se basa en la propiedad privada y en la pequeña producción mercantil. Porque, el campesinado, mientras lo compongan campesinos individuales dedicados a la pequeña producción mercantil, engendrará y no podrá por menos de engendrar capitalistas, constante e ininterrumpidamente.

Esta circunstancia tiene para nosotros una importancia decisiva, cuando se trata de nuestra actitud marxista ante el problema de la alianza de la clase obrera con los campesinos. Esto significa que lo que nosotros necesitamos no es una alianza *cualquiera* con los campesinos, sino únicamente *una alianza* basada en la lucha contra los elementos capitalistas del campesinado.

Como veis, la tesis de Lenin sobre el campesinado como última clase capitalista, lejos de contradecir la idea de la alianza de la clase obrera con el campesinado, da una base a esta alianza, como alianza de la clase obrera con la mayoría de los campesinos contra los elementos capitalistas en general, y contra los elementos capitalistas del campesinado, de la aldea, en particular.

Lenin planteó esta tesis para mostrar que la alianza de la clase obrera con los campesinos sólo puede ser sólida a condición de que se base en la lucha contra esos mismos elementos capitalistas que el campesinado engendra.

El error de Bujarin consiste en que no comprende ni admite esta cosa tan sencilla, en que se olvida de los grupos sociales existentes en la aldea, en que de su campo visual se esfuman los kulaks y los campesinos pobres, quedando solamente una masa única de campesinos medios.

Esto es una indudable desviación de Bujarin hacia la derecha, contraria a la desviación «izquierdista», trotskista, que no ve en la aldea más grupos sociales que los campesinos pobres y los kulaks, y de cuyo campo visual se esfuman los campesinos medios.

¿Cuál es la diferencia entre el trotskismo y el grupo de Bujarin en lo que se defiere a la alianza con los campesinos? Que el trotskismo se declara *contra* la política de una alianza *sólida* con las masas de campesinos medios, mientras que el grupo bujarmista es partidario de *cualquier* alianza con el campesinado en general. Huelga demostrar que ambas orientaciones son falsas y que tanto vale la una como la otra.

El leninismo ahoga sin reservas por una alianza sólida con las masas fundamentales campesinas, por la alianza con los campesinos medios, pero no por una alianza cualquiera, sino por una alianza con éstos que asegure el *papel dirigente* de la clase obrera que *fortalezca* la dictadura del proletariado y que *facilite la obra de la supresión de las clases*.

«Por acuerdo entre la clase obrera y el campesinado -dice Lenin- puede entenderse lo que se quiera. Si no se tiene presente que, desde el punto de vista de la clase obrera, el acuerdo sólo es tolerable, acertado y posible en principio cuando apoya a la dictadura de la clase obrera y constituye una de las medidas encaminadas a la supresión de las clases, la fórmula del acuerdo de la clase obrera con el campesinado no es, naturalmente, más que una fórmula que mantienen en sus concepciones todos los enemigos del Poder Soviético y todos los enemigos de la dictadura» (t. XXVI, pág. 387).

Y más adelante:

«Ahora -dice Lenin-, el proletariado tiene en sus manos el Poder y lo dirige. El proletariado dirige al campesinado. ¿Qué significa dirigir al campesinado? Significa, en primer lugar, orientarse hacia la supresión de las clases, y no hacia el pequeño productor. Si nos desviáramos de esta línea fundamental y cardinal, dejaríamos de ser socialistas y caeríamos en el campo de esos pequeñoburgueses, en el campo de los eseristas y mencheviques, que son hoy los más encarnizados enemigos del proletariado» (lugar citado, págs. 399-400).

Tal es el punto de vista de Lenin sobre la alianza con las masas fundamentales del campesinado, con los campesinos medios.

El error del grupo de Bujarin, en lo que se refiere a los campesinos medios, consiste en que no ve el doble carácter, la doble situación que ocupa el campesino medio entre la clase obrera y los capitalistas. «Los campesinos medios son una clase vacilante», decía Lenin. ¿Por qué? Porque el campesino medio de una parte, es un trabajador, cosa que lo acerca a la clase obrera, mientras que, de otra parte, es un propietario, cosa que lo acerca a los kulaks. De ahí las vacilaciones del campesino medio. Y esto no es cierto sólo desde el punto de vista teórico. Estas vacilaciones se manifiestan también en la práctica todos los días y a todas horas.

«El campesino -dice Lenin-, como trabajador, se inclina hacia el socialismo, prefiriendo la dictadura de los obreros a la dictadura de la burguesía. Pero, como vendedor de cereales, el campesino se inclina hacia la burguesía, hacia el comercio libre, es decir, vuelve la vista atrás, al capitalismo «habitual», al viejo capitalismo «tradicional» (t. XXIV, pág. 314).

Por eso, la alianza con el campesino medio sólo puede ser sólida si va dirigida contra los elementos capitalistas, contra el capitalismo en general, si asegura el papel dirigente de la clase obrera dentro de esta alianza y si facilita la obra de supresión de las clases.

El grupo de Bujarin olvida estas cosas tan sencillas y tan lógicas.

d) La NEP y las relaciones mercantiles

El cuarto error de Bujarin se refiere a la cuestión de la Nep (nueva política económica). Aquí el error de Bujarin consiste en no ver el doble carácter de la Nep, en no ver más que uno de sus aspectos. Cuando, en 1921, implantamos la Nep, dirigimos su filo contra el comunismo de guerra, contra el régimen y el orden de cosas que prohibían toda libertad para el comercio privado. Entendíamos y seguimos entendiendo que la Nep significa *cierta* libertad para el comercio privado. Bujarin se acuerda de este aspecto del asunto. Y eso está muy bien.

Pero Bujarin se equivoca al creer que la Nep no tiene más que ese aspecto. Olvida que también tiene otro. Se trata de que la Nep no significa en absoluto la libertad *completa* para el comercio privado, el *libre* juego de precios en el mercado. La Nep es libertad para el comercio privado dentro de *ciertos* límites, dentro de *cierto* marco, *a condición de que se asegure el papel regulador del Estado en el mercado*. Este es, precisamente, el segundo aspecto de la Nep, aspecto más importante para nosotros que el primero. En el mercado de nuestro país no existe el libre juego de precios, como ocurre ordinariamente en los países capitalistas. Nosotros fijamos el precio de los cereales en lo fundamental. Fijamos los precios de los artículos manufacturados. Nos esforzamos en aplicar una política de reducción del coste de producción y de rebaja de precios de los artículos manufacturados, tratando de mantener la estabilidad de los precios de los productos agrícolas. ¿No es evidente que este régimen peculiar y específico del mercado no existe en ningún país capitalista?

De aquí se desprende que, mientras haya Nep, tienen que subsistir sus dos aspectos: el primero, dirigido contra el régimen del comunismo de guerra, y cuya finalidad es proporcionar *cierta* libertad para el comercio privado, y el segundo, dirigido contra la *plena* libertad para el comercio privado, y cuya finalidad es asegurar el papel regulador del Estado en el mercado. Eliminad uno de los aspectos, y habrá desaparecido la nueva política económica.

Bujarin cree que a la Nep sólo puede amenazarle el peligro de «izquierda», de quienes pretenden acabar con *toda* libertad de comercio. Esto es falso. Esto es un craso error. Además, este peligro es ahora el menos real, pues no hay actualmente o casi no hay en nuestros organismos locales ni centrales quien no comprenda toda la necesidad y la conveniencia de mantener cierta libertad de comercio.

Mucho más real es el peligro de derecha, el peligro que representan quienes pretenden suprimir el papel regulador del Estado en el mercado, quienes pretenden «emancipar» el mercado y abrir así una era de plena libertad para el comercio privado. No cabe la menor duda de que este peligro de ruptura de la Nep desde la derecha es hoy día mucho más real.

Conviene no olvidar que la fuerza ciega del elemento pequeñoburgués actúa precisamente en este sentido, en el sentido de hacer fracasar la Nep desde la derecha. Conviene también recordar que las lamentaciones de los kulaks y de los elementos acomodados, que las lamentaciones de los especuladores y acaparadores, por las que se dejan influir a menudo muchos de nuestros camaradas, disparan contra la Nep precisamente desde este flanco. El hecho de que Bujarin no vea este segundo peligro, verdaderamente real, de ruptura de la Nep,

atestigua de modo indudable que ha cedido a la presión de la fuerza ciega del elemento pequeñoburgués.

Bujarin recomienda «normalizar» el mercado y «maniobrar» con los precios de acopio de los cereales por zonas, es decir, la subida de los precios de los cereales. ¿Qué significa esto? Significa que no le satisfacen las condiciones soviéticas del mercado, que desea acabar paulatinamente con el papel regulador del Estado sobre el mercado y que propone hacer concesiones a la fuerza ciega del elemento pequeño burgués que torpedea la Nep por la derecha.

Supongamos por un momento que seguimos los consejos de Bujarin. ¿Qué ocurriría? Elevaríamos los precios de los cereales, pongamos por caso, en el otoño, al comenzar el período de los acopios. Pero como en el comercio hay siempre gente, especuladores y acaparadores de toda laya, que pueden pagar los cereales tres veces más cara, y como nosotros no podemos competir con los especuladores, pues ellos compran, a lo sumo, unos diez millones de puds, mientras que nosotros tenemos que comprar cientos de millones, resultará que los poseedores de cereales seguirán reteniéndolos, esperando a que suban todavía más los precios. Es decir, que al llegar la primavera, que es cuando el Estado empieza a sentir más necesidad de cereales, tendríamos que volver a aumentar los precios. ¿Y qué significaría subir los precios de los cereales en la primavera? Significaría sacrificar a los pobres y a las gentes modestas del campo -que se ven obligados a comprar cereales, en la primavera, en parte para la siembra y en parte para el consumo-, pues comprarían los mismos cereales que vendieron en el otoño a precio más bajo. ¿Es que, con estas operaciones, íbamos a conseguir algún resultado serio, en el sentido de obtener la cantidad suficiente de cereales? Lo más probable es que no lográsemos nada, pues siempre habría especuladores y acaparadores que se las arreglarían para pagar de nuevo el doble y el trip1e por esos mismos cereales. Y tendríamos que estar dispuestos a elevar nuevamente los precios de los cereales, esforzándonos en vano en atajar a los especuladores y acaparadores.

De eso se deduce que, puestos en el camino de elevar los precios de los cereales, tendríamos que seguir levándolos constantemente, sin la menor garantía de poder conseguir cereales en cantidad suficiente.

Pero la cosa no para ahí:

En primer lugar, la elevación de los precios de acopio de los cereales nos obligaría luego a elevar también los precios de las materias primas que produce la agricultura, para mantener cierta proporción en los precios de los productos agrícolas.

En segundo lugar, la elevación de los precios de acopio de los cereales nos impediría mantener el bajo precio del pan en las ciudades; es decir, que tendríamos que subir también los precios de *venta* del pan. Y como no podemos ni debemos perjudicar a los obreros, nos veríamos obligados a elevar rápidamente los salarios. Y esto conduciría forzosamente a aumentar también los precios de los artículos manufacturados, pues, de lo contrario, se produciría un trasiego de recursos de la ciudad al campo, perjudicial para la industrialización.

Y como resultado de esto, tendríamos que nivelar los precios de los artículos manufacturados y los productos agrícolas, no sobre la base de precios *con tendencia a la baja* o, por lo menos, estabilizados, sino sobre la base de precios *con tendencia al alza*, tanto del pan como de los artículos manufacturados.

Dicho en otros términos: tendríamos que orientarnos al *encarecimiento* de los artículos manufacturados y de los productos agrícolas.

Fácil es comprender que estas «maniobras» con los precios acabarían forzosa y totalmente con la política soviética de precios, acabarían con el papel regulador del Estado en el mercado y dejarían en libertad completa la fuerza ciega del elemento pequeño burgués.

¿Quién saldría ganando con ello?

Sólo los sectores acomodados de la ciudad y del campo, pues el encarecimiento de los artículos manufacturados y de los productos agrícolas los haría forzosamente inasequibles tanto para la clase obrera como para los campesinos pobres y los sectores modestos del campo. Saldrían ganando los kulaks y los campesinos acomodados, los nepmanes y otras clases pudientes.

También esto sería una ligazón, pero una ligazón muy particular: la ligazón con los sectores pudientes del campo y de la ciudad. Y los obreros y los sectores modestos del campo tendrían perfecto derecho a preguntarnos: ¿qué Poder es éste, de los obreros y campesinos o de los kulaks y los nepmanes?

La ruptura con la clase obrera y con los sectores modestos del campo y la ligazón con los sectores pudientes del campo y de la ciudad: eso es lo que nos traería la «normalización» bujarinista del mercado y las «maniobras» con los precios de los cereales por zonas.

Es evidente que el Partido no puede seguir ese camino funesto.

Hasta qué punto embrolla Bujarin todas las ideas sobre la Nep y hasta qué punto es prisionero de la fuerza ciega del elemento pequeñoburgués se ve, entre otras cosas, por su actitud más que negativa hacia las nuevas formas de intercambio de mercancías entre la ciudad y el campo, entre el Estado y los campesinos. Bujarin se indigna y denosta porque el Estado sea un proveedor de mercancías para los campesinos, y éstos se vayan convirtiendo en proveedores de cereales para el Estado. Según él, esto es vulnerar todas las normas

de la Nep, poco menos que torpedearla. ¿Por qué? nos preguntamos, ¿a título de qué?

¿Qué puede haber de malo en que el Estado, la industria del Estado, sea la que provea de mercancías a los campesinos sin intermediarios, y en que los campesinos sean los que suministren cereales para la industria, para el Estado, sin intermediarios también?

¿Qué puede haber de malo, desde el punto de vista del marxismo y de la política marxista, en que los campesinos *se hayan convertido* ya en proveedores de algodón, de remolacha y de lino para las necesidades de la industria del Estado, y la industria del Estado en proveedora de mercancías urbanas, de simientes y de instrumentos de producción para estas ramas de la economía rural?

El método de la contratación es aquí el fundamental para fijar estas nuevas formas de intercambio de mercancías entre la ciudad y el campo. Pero ¡acaso el método de contratación es incomparable con los postulados de la Nep?

¿Qué puede haber de malo en que los campesinos *se hagan* proveedores del Estado también en cereales, y no sólo en algodón, remolacha y lino, utilizando el mismo método de la contratación?

¿Por qué al comercio en partidas pequeñas, al comercio al por menor se le puede llamar intercambio de mercancías, y el comercio en partidas grandes, sobre la base de contratos previamente establecidos (contratación) que determinen los precios y la calidad de los productos, no se puede considerar como intercambio de mercancías?

¿Acaso es difícil comprender que estas nuevas formas de intercambio en masa de mercancías con arreglo al método de la contratación entre la ciudad y el campo han surgido precisamente sobre la base de la Nep y constituyen un importantísimo paso adelante de nuestras organizaciones hacia el fortalecimiento de la dirección socialista, planificada, de la economía nacional?

Bujarin ha dejado de comprender estas cosas tan sencillas y tan lógicas.

e) El llamado «tributo»

El quinto error de Bujarin (me refiero a los errores principales) consiste en la deformación oportunista de la línea del Partido en el problema de las «tijeras» entre la ciudad y el campo, en el problema del llamado «tributo».

¿A qué se refiere la conocida resolución de la reunión conjunta del Buró Político y del Presídium de la CCC. (febrero de 1929) acerca de las «tijeras»? Se refiere a que, además de los impuestos ordinarios, directos e indirectos, que los campesinos satisfacen al Estado, abonan otro superimpuesto, al pagar de más los artículos manufacturados y al cobrar de menos los precios de los productos agrícolas.

¿Es cierto que existe en la realidad ese superimpuesto satisfecho por el campesinado? Sí, es cierto ¿Qué otros nombres tiene? Se le llama también «tijeras», «trasiego» de recursos de la agricultura a la industria con objeto de impulsar más rápidamente esta última.

¿Es necesario ese «trasiego»? Entre nosotros no hay discrepancias acerca de que el «trasiego», como medida provisional, es necesario, si es que de veras queremos mantener el rápido ritmo de desarrollo de la industria. Y el crecimiento rápido de la industria debemos mantenerlo a toda costa, pues no lo requiere sólo la propia industria, sino que en primer lugar lo exige la agricultura, lo exigen los campesinos, quienes necesitan ahora más que nada tractores, maquinaria agrícola y abonos.

¿Podemos suprimir ahora mismo ese superimpuesto? Por desgracia, no. Deberemos suprimirlo en la primera oportunidad, dentro de unos años, pero ahora no podemos hacerlo.

Y ese superimpuesto, obtenido como resultado de las «tijeras», constituye «algo semejante a un tributo». No es tributo, sino «algo semejante a un tributo». Es «algo semejante a un tributo» que satisfacemos por nuestro atraso. Ese superimpuesto es necesario para impulsar el desarrollo de la industria y terminar con nuestro atraso.

¿No significará esto que explotamos al campesinado al gravarlo con ese impuesto adicional? No, no significa eso. La naturaleza del Poder Soviético no permite que el Estado explote a los campesinos de ninguna manera. En los discursos de nuestros camaradas en el Pleno de julio[272] se dijo explícitamente que dentro del régimen soviético quedaba *excluida* la explotación de los campesinos por el Estado socialista, pues el ascenso constante del bienestar de los campesinos trabajadores es ley del desarrollo de la sociedad soviética, y esto descarta toda posibilidad de explotación del campesinado.

¿Puede soportar el campesinado ese impuesto adicional? Sí, puede soportarlo. ¿Por qué?

Porque, primero, el pago de ese impuesto adicional coincide con un ambiente de mejoramiento continuo de la situación material del campesinado.

Porque, segundo, el campesino tiene su hacienda personal, cuyos ingresos le permiten satisfacer el impuesto adicional, cosa que no puede decirse del obrero, el cual carece de hacienda personal y entrega, a pesar de ello, todas sus energías a la causa de la industrialización.

Porque, tercero, la cuantía del impuesto adicional disminuye de año en año.

¿Hacernos bien en calificar el impuesto adicional de «algo semejante a un tributo»? Sin duda alguna. Estas palabras suscitan en nuestros camaradas la idea de que el impuesto adicional es algo desagradable e indeseable y de que no se debe admitir su vigencia durante mucho tiempo. Al calificar así el impuesto

[272] Se tiene en cuenta el Pleno del Comité Central del PC(b) de la URSS, celebrado del 4 al 12 de julio de 1928.

adicional sobre el campesinado, queremos decir que lo descontamos, no porque ése sea nuestro deseo, sino por necesidad, que los bolcheviques debemos tomar todas las medidas para acabar con este impuesto adicional a la primera posibilidad, cuanto antes.

Tal es el fondo del problema de las «tijeras», del «trasiego», del «superimpuesto», de lo que en los documentos antes aludidos se califica de «algo semejante a un tributo».

Bujarin, Rykov y Tomski trataron de aferrarse a la palabra «tributo» y empezaron a acusar al Partido de seguir una política de explotación militar-feudal del campesinado. Pero ahora, hasta los ciegos ven que se trataba de un intento deshonesto de los bujarinistas de difamar de la manera más grosera a nuestro Partido. Hasta ellos mismos se ven ahora obligados a reconocer tácitamente el estrepitoso fracaso de sus habladurías acerca de la explotación militar-feudal.

Una de dos:

o bien los bujarinistas admiten que en el momento actual son inevitables las «tijeras» y el «trasiego» de recursos de la agricultura a la industria, y entonces deben reconocer el carácter calumnioso de sus acusaciones y la completa razón que asistía al Partido;

o bien niegan que en el momento actual sean inevitables las «tijeras» y el «trasiego»; pero, en este caso, que lo digan abiertamente, para que el Partido pueda incluirlos en la categoría de los adversarios de la industrialización de nuestro país.

Yo podría, en todo caso, mencionar varios discursos de Bujarin, Rykov y Tomski, en los que admiten sin reservas, como algo inevitable en el momento presente, las «tijeras», el «trasiego» de recursos de la agricultura a la industria. Y eso es reconocer la fórmula de «algo semejante a un tributo».

Y bien, ¿siguen manteniendo el punto de vista del «trasiego», el punto de vista de la conservación de las «tijeras» en el momento presente, sí o no? Que lo digan sin rodeos.

Bujarin: El trasiego es necesario, pero «tributo» es una palabra desgraciada.

Stalin: Quiere decir que *con relación al fondo del problema no tenemos discrepancias*; quiere decir que el «trasiego» de recursos de la agricultura a la industria, las llamadas «tijeras», el impuesto adicional, ese «algo semejante a un tributo», constituye un recurso necesario, pero temporal, de la industrialización del país en el momento presente.

Muy bien. ¿De qué se trata, pues?, ¿a qué viene ese alboroto? ¿No agrada la *palabra* «tributo» o «algo semejante a un tributo» por considerar que no debe emplearse en la literatura marxista?

Pues bien, hablaremos de la *palabra* «tributo».

Yo afirmo, camaradas, que esta palabra hace ya mucho que adquirió carta de naturaleza en nuestra literatura marxista, por ejemplo, en los artículos del camarada Lenin. Eso puede asombrar a gentes que no leen a Lenin, pero es así, camaradas. Bujarin se ha «desgañitado» aquí afirmando que la literatura marxista no puede admitir la palabra «tributo».

Le indigna y le asombra que el CC del Partido y los marxistas en general se permitan emplear la palabra «tributo». Pero ¿qué tiene eso de particular, si está probado que esta palabra adquirió hace mucho carta de naturaleza en los artículos de un marxista como el camarada Lenin? ¿O es que Lenin no reúne los requisitos necesarios para un marxista desde el punto de vista de Bujarin? Pues bien, decidlo abiertamente, queridos camaradas.

Tomad, por ejemplo, el artículo de un marxista como Lenin «Acerca del infantilismo de «izquierda» y del espíritu pequeñoburgués» (mayo de 1918) y leed el pasaje siguiente:

«El pequeñoburgués que esconde sus miles es un enemigo del capitalismo de Estado y aspira a invertir esos miles única y exclusivamente en provecho propio, en contra de los pobres, en contra de toda clase de control del Estado; y el conjunto de estos miles forma una base de muchos miles de millones para la especulación, que malogra nuestra edificación socialista. Supongamos que determinado número de obreros aporta en varios días valores por una suma igual a 1.000. Supongamos, además, que de esta suma tenemos una pérdida igual a 200, como consecuencia de la pequeña especulación, de las dilapidaciones de todo género y de las maniobras de los pequeños propietarios para «salvar» las normas y los decretos soviéticos. Todo obrero consciente dirá: si yo pudiera aportar 300 de esos 1.000, a condición de que se implantase un orden y una organización mejores, aportaría con gusto 300 en lugar de 200, ya que con el Poder Soviético reducir luego este «tributo», supongamos, hasta 100 ó 50 será una tarea muy fácil, una vez que se impongan el orden y la organización, una vez que sea vencido por completo el sabotaje de la pequeña propiedad privada contra todo monopolio de Estado» (t. XXII, pág. 515).

Me parece que está claro. ¿Diréis, basándoos en esto, que el camarada Lenin era partidario de la política de explotación militar-feudal de la clase obrera? ¡Probad a hacerlo, queridos camaradas!

Una voz: Sin embargo, nunca se ha empleado el concepto de «tributo» para el campesino medio.

Stalin: ¿No pensará usted que el campesino medio está más cerca del Partido que la clase obrera? Es usted un marxista de pacotilla. Si se puede hablar de «tributo» refiriéndose a la clase obrera, de la que nosotros somos el Partido, ¿por qué no se va a poder decir lo mismo del campesino medio, que no es, en fin de cuentas, más que un aliado nuestro?

Habrá gente reparona capaz de pensar que la

palabra «tributo» es en el artículo «Acerca del infantilismo de izquierda» un lapsus del camarada Lenin, un lapsus casual. La comprobación muestra, sin embargo, que las sospechas de la gente reparona carece de toda base. Tomad otro articulo, más bien un folleto del camarada Lenin, «Sobre el impuesto en especie» (abril de 1921) y leed la página 324 (t. XXVI, pág. 324). Veréis que el camarada Lenin repite literalmente el párrafo que acabo de citar acerca del «tributo». Tomad, en fin, el artículo del camarada Lenin «Las tareas inmediatas del Poder Soviético» (t. XXII, pág. 448, marzo-abril de 1918) y veréis que Lenin también habla allí del «tributo (ya sin comillas) que pagamos por nuestro atraso en la organización de la contabilidad y del control ejercidos desde abajo por todo el pueblo».

Resulta que la *palabra* «tributo» está muy lejos de ser un vocablo casual en los artículos de Lenin. El camarada Lenin emplea esta *palabra* para subrayar el carácter temporal del «tributo», para poner en tensión la energía de los bolcheviques y orientarla en el sentido de suprimir, a la primera posibilidad, ese «tributo» que la clase obrera paga por nuestro atraso, por nuestros «defectos».

Resulta que, al emplear la expresión «algo semejante a un tributo», me encuentro en compañía de marxistas bastante buenos, en compañía del camarada Lenin.

Bujarin decía aquí que los marxistas no deben tolerar en su literatura la palabra «tributo». ¿A qué marxistas se refería? Si se refería a marxistas, dicho sea con perdón, del estilo de Slepkov, Maretski, Petrovski, Rozit, etc., que tiran mucho más a liberales que a marxistas, se comprende muy bien la irritación de Bujarin. Pero si se refería a marxistas de veras, al camarada Lenin, por ejemplo, hay que decir que la palabra «tributo» adquirió hace ya mucho entre ellos carta de naturaleza, y Bujarin, que conoce poco las obras de Lenin, se ha equivocado de medio a medio.

Pero el problema del «tributo» no termina aquí. No es casual que Bujarin y sus amigos la tomaran con la palabra «tributo» y hablaran de política de explotación militar-feudal del campesinado. Es indudable que con el alboroto acerca de la explotación militar-feudal querían significar su extremo descontento por la política de nuestro Partido que, con relación a los kulaks, aplican nuestras organizaciones. El descontento por la política leninista del Partido en la dirección del campesinado, el descontento por nuestra política de acopio de cereales, el descontento por nuestra política de desarrollo máximo de los koljoses y los sovjoses, el deseo, en fin, de «emancipar» el mercado y de establecer la plena libertad para el comercio privado: eso es lo que reflejan los alaridos de Bujarin acerca de la política de explotación militar-feudal del campesinado.

No conozco en la historia de nuestro Partido otro ejemplo de que se le acusase de seguir una política de explotación militar-feudal. Tal arma contra el Partido no procede del arsenal marxista. ¿De dónde procede? Del arsenal de Miliukov, el líder de los demócratas constitucionalistas- Cuando los demócratas constitucionalistas quieren encizañar a la clase obrera y al campesinado, suelen decir: ustedes, señores bolcheviques, edifican el socialismo sobre los huesos del campesinado. Con sus vociferaciones acerca del «tributo», Bujarin hace coro a los señores Miliukov, marcha a remolque de los enemigos del pueblo.

f) El ritmo del desarrollo de la industria y las nuevas formas de ligazón entre la ciudad y el campo

Y, por último, el ritmo del desarrollo de la industria y las nuevas formas de la ligazón entre la ciudad y el campo. Es ésta una de las cuestiones más importantes en nuestras discrepancias. Su importancia reside en que en ella vienen a confluir todos los hilos de muestras discrepancias *prácticas* en orden a la política económica del Partido.

¿Qué formas nuevas de ligazón son éstas?, ¿qué significa eso desde el punto de vista de nuestra política económica?

Significa, ante todo, que, además de las viejas formas de ligazón entre la ciudad y el campo, en que la industria satisfacía principalmente las necesidades *personales* del campesino (en cuanto a percal, calzado, artículos textiles en general, etc.), necesitamos nuevas formas de ligazón, en que la industria satisfaga las necesidades de *producción* de la hacienda campesina (en cuanto a maquinaria agrícola, tractores, simientes escogidas, abonos, etc.).

Si antes satisfacíamos principalmente las necesidades personales del campesino, preocupándonos poco de las necesidades de producción de su hacienda, ahora, sin dejar de atender a sus necesidades personales, debemos preocuparnos intensamente del abastecimiento de maquinaria agrícola, tractores, abonos, etc., cosa que se relaciona directamente con la reestructuración de la producción agrícola sobre una nueva base técnica.

Mientras se trataba de levantar la agricultura y de que los campesinos pusieran en cultivo las tierras que pertenecieron a los terratenientes y kulaks, podíamos contentarnos con las viejas formas de ligazón. Pero ahora, que se trata de la *reestructuración* de la agricultura, esto ya no basta. Ahora hay que ir más allá, ayudando al campesinado a reestructurar la producción agrícola sobre la base de una nueva técnica y del trabajo colectivo.

Esto significa, en segundo lugar, que, a la par que reequipamos nuestra industria, debemos comenzar a reequipar también en serio nuestra agricultura. Estamos reequipando, y en parte hemos reequipado ya, nuestra industria, dándole una nueva base técnica,

dotándola de máquinas nuevas modernas y de cuadros nuevos y más capaces. Estamos construyendo fábricas nuevas y modernizando y ampliando las antiguas; impulsamos la metalurgia, la industria química y la construcción de maquinaria. Sobre esta base crecen las ciudades, se multiplican los nuevos centros industriales y se amplían los antiguos. Sobre esta base aumenta la demanda de productos alimenticios y de materias primas para la industria. Pero la agricultura sigue empleando los viejos aperos y los viejos y patriarcales métodos de cultivo de la tierra, los viejos y primitivos medios técnicos, ya hoy inservibles o casi inservibles, las viejas formas de gestión y de trabajo, propias de la pequeña hacienda campesina individual.

¿Qué nos dice, por ejemplo, el hecho de que, mientras antes de la revolución había en nuestro país unos 16 millones de haciendas campesinas, hoy haya 25 millones por lo menos? ¿Qué significa esto sino que la agricultura va tomando un carácter más atomizado y disperso? Y una particularidad de las pequeñas haciendas dispensas es que no pueden utilizar debidamente la técnica, la maquinaria, los tractores, los adelantos de la ciencia agronómica y producen poco para el mercado.

De ahí la escasez de producción agrícola de uso mercantil. De ahí el peligro de una ruptura entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura.

De ahí la necesidad de impulsar la agricultura, de imprimirle el ritmo de desarrollo de nuestra industria.

Pues bien, para eliminar este peligro de ruptura es necesario comenzar a reequipar a fondo la agricultura sobre la base de una nueva técnica. Y para ello es preciso ir agrupando paulatinamente en grandes haciendas, en koljoses, las haciendas campesinas individuales dispersas; es necesario organizar la agricultura sobre la base del trabajo colectivo, ampliar las colectividades; es necesario desarrollar los viejos sovjoses y organizar nuevos, aplicar sistemáticamente las formas de la contratación en masa en todas las ramas fundamentales de la agricultura; es necesario fomentar el sistema de las estaciones de máquinas y tractores, que ayudan a los campesinos a aprender el manejo de los nuevos elementos técnicos y a colectivizar el trabajo. En una palabra, es necesario ir pasando gradualmente las pequeñas haciendas campesinas individuales a la gran producción colectiva, pues sólo la gran producción de tipo colectivo es capaz de utilizar íntegramente las realizaciones de la ciencia y los nuevos elementos técnicos y de hacer avanzar con pasos de siete leguas nuestra agricultura.

Eso no quiere decir, naturalmente, que debamos abandonar las haciendas individuales de los campesinos pobres y medios. No, no quiere decir eso. La hacienda individual de los campesinos pobres y medios desempeña y seguirá desempeñando en el futuro inmediato un papel predominante en cuanto al suministro de víveres y materias primas para la industria. Precisamente por ello es necesario apoyar a las haciendas individuales de los campesinos pobres y medios no agrupados aún en koljoses.

Pero esto significa que la sola hacienda campesina individual *ya* no es suficiente. De ello dan fe nuestras dificultades en punto al acopio de cereales. Por eso hay que *complementar* el fomento de la hacienda individual del campesino pobre y medio impulsando por todos los medios las formas colectivas de la economía y los sovjoses.

Por eso es necesario tender un puente entre las haciendas individuales de los campesinos pobres y medios y las famas colectivas de la economía mediante la contratación en masa, las estaciones de máquinas y tractores, desarrollando por todos los medios el movimiento cooperativo, para facilitar a los campesinos el paso de su pequeña hacienda individual al cauce del trabajo colectivo.

Sin observar estas condiciones, será imposible dar un impulso serio a la agricultura. Sin estas condiciones, será imposible resolver el problema cerealista. Sin estas condiciones, será imposible sacar a los campesinos modestos de la ruina y de la miseria.

Esto significa, finalmente, que es necesario desarrollar en todos los sentidos nuestra industria como el medio principal que ayude a reestructurar la producción agrícola, que es necesario impulsar la metalurgia, la industria química y la construcción de maquinaria; que es necesario construir fábricas de tractores, fábricas de maquinaria agrícola, etc.

Huelga demostrar que es imposible el desarrollo de los koljoses, que es imposible el desarrollo de las estaciones de máquinas y tractores, sin incorporar a las masas fundamentales campesinas a las formas de gestión colectiva a través de la contratación en masa, sin dotar a la agricultura de una cantidad considerable de tractores, de máquinas agrícolas, etc.

Pero sin desarrollar nuestra industria a ritmo acelerado es imposible proporcionar al campo maquinaria agrícola y tractores. De ahí el ritmo rápido de desarrollo de nuestra industria, como clave para la reestructuración de la agricultura sobre la base del colectivismo.

Tales son el sentido y la importancia de las nuevas formas de la ligazón.

El grupo de Bujarin se ve obligado a reconocer de palabra la necesidad de las nuevas formas de la ligazón. Pero no es más que un reconocimiento *verbal*, hecho con el propósito de hacer pasar, bajo la tapadera del reconocimiento verbal de las nuevas formas de la ligazón, algo que es todo *lo contrario*. En realidad, Bujarin está en contra de las nuevas formas de la ligazón. Para Bujarin, el punto de partida no es el ritmo rápido de desarrollo de la industria, como palanca para la reestructuración de la producción agrícola, sino el desarrollo de la hacienda

campesina individual. Para él, en primer plano figura la «normalización» del mercado y la admisión del libre juego de los precios en el mercado de los productos agrícolas, la admisión de la libertad completa para el comercio privado. De ahí su recelo hacia los koljoses, lo que se advirtió en su discurso en el Pleno de julio del CC, y en las tesis que presentó en vísperas de este mismo Pleno. De ahí su enemiga a todas y cada una de las medidas extraordinarias contra los kulaks para el acopio de cereales.

Es sabido que Bujarin huye de las medidas extraordinarias como el diablo del agua bendita.

Es sabido que Bujarin sigue todavía sin poder comprender que, en las condiciones actuales, el kulak aportará de buen grado, espontáneamente, la suficiente cantidad de cereales.

Así lo demuestran dos años de experiencia de trabajo nuestro en el acopio de cereales.

¿Y qué hacer si, a pesar de todo, escasea el grano mercantil? Bujarin contesta: no molestéis a los kulaks con medidas extraordinarias y traed trigo del extranjero. No hace mucho que nos proponía importar unos 50 millones de puds de trigo, es decir, que invirtiésemos en ello unos 100 millones de rublos en moneda extranjera. ¿Y si necesitamos las divisas para importar maquinaria con destino a la industria? Bujarin replica: hay que dar preferencia a la importación de trigo, relegando a un segundo plano, por lo que se ve, la importación de maquinaria para la industria.

Se llega, pues, a la conclusión de que, para resolver el problema cerealista v reestructurar la agricultura, lo principal no es el rápido ritmo de desarrollo de la industria, sino el fomento de la hacienda campesina individual, incluyendo la hacienda del kulak, sobre la base del mercado libre con el libre juego de los precios.

Por donde nos encontramos con dos planes diferentes de política económica.

Plan del Partido:

1. Estamos reequipando la industria (reestructuración).

2. Comenzamos a reequipar en serio la agricultura (reestructuración).

3. Para esto es necesario ampliar la organización de koljoses y sovjoses y emplear la contratación en masa y las estaciones de máquinas y tractores como medios para establecer una *ligazón de producción* entre la industria y la agricultura.

4. Por lo que se refiere a las dificultades de acopio de cereales en estos momentos, es necesario reconocer como admisibles las medidas extraordinarias pasajeras, respaldadas por el apoyo social de las masas de campesinos pobres y medios, como uno de los recursos para vencer la resistencia de los kulaks y sacarles la mayor cantidad posible de excedentes de grano, indispensables para evitar las importaciones de trigo y destinar las divisas al desarrollo de la industria.

5. La hacienda individual de los campesinos pobres y medios ocupa y seguirá ocupando todavía una situación predominante en cuanto al abastecimiento del país de víveres y materias primas, pero ella sola de por sí no basta ya; por eso hay que *complementar* el desarrollo de las haciendas individuales de los campesinos pobres y medios con el desarrollo de los koljoses y sovjoses, con la contratación en masa y con el desarrollo intensivo de las estaciones de máquinas y tractores, para facilitar el desplazamiento de los elementos capitalistas de la agricultura y el paso gradual de las haciendas campesinas individuales al cauce de las grandes haciendas colectivas, al cauce del trabajo colectivo.

6. Mas, para conseguir todo esto, es necesario, ante todo, intensificar el desarrollo de la industria, de la metalurgia, de la industria química y de la construcción de maquinaria, la construcción de fábricas de tractores, de maquinaria agrícola, etc. De otro modo, será imposible resolver el problema de los cereales, lo mismo que será imposible reestructurar la agricultura.

Conclusión: *la clave para la reestructuración de la agricultura está en el rápido ritmo de desarrollo de nuestra industria*.

Plan de Bujarin:

1. «Normalización» del mercado, admisión del libre juego de los precios en el mercado y elevación de los precios de los cereales, sin reparar en que esto puede conducir al encarecimiento de los artículos manufacturados, de las materias primas y del pan.

2. Estimular por todos los medios las haciendas campesinas individuales amortiguando en cierta medida el ritmo de desarrollo de los koljoses y sovjoses (tesis de Bujarin en julio, discurso de Bujarin en el Pleno de julio).

3. Dejar que los acopios marchen por sí solos excluyendo siempre, y cualesquiera que sean las condiciones, incluso la aplicación parcial de medidas extraordinarias contra los kulaks, aunque estas medidas tengan el apoyo de la masa de los campesinos medios y pobres.

4. En caso de escasez de trigo, importado, invirtiendo en ello unos 100 millones de rublos.

5. Si no hay bastantes divisas para cubrir la importación de trigo y de maquinaria industrial, reducir la importación de esta última y, por tanto, amortiguar el ritmo de desarrollo de nuestra industria; de lo contrario, la agricultura «se estancará» o incluso «decaerá».

Conclusión: *la clave para la reestructuración de la agricultura está en desarrollar la hacienda campesina individual*.

¡Tal es el giro que toman las cosas, camaradas!

El plan de Bujarin es un plan de *amortiguamiento* del ritmo de desarrollo de la industria y de

quebrantamiento de las nuevas formas de la ligazón.

Tales son nuestras disensiones.

A veces preguntan: ¿no nos habremos retrasado en cuanto al desarrollo de las nuevas formas de la ligazón, en cuanto al desarrollo de los koljoses, de los sovjoses, etc.?

Hay quien afirma que el Partido se ha retrasado dos años, por lo menos, en este asunto. Eso es falso, camaradas. Es absolutamente falso. Eso sólo pueden decirlo los vocingleros «izquierdistas», que no tienen idea de lo que es la economía de la URSS.

¿Qué significa retrasarse en este asunto? Si se trata de haber previsto la necesidad de los koljoses y los sovjoses, diremos que lo hicimos ya durante la Revolución de Octubre. Que el Partido previó la necesidad de los koljoses y sovjoses ya entonces, en el período de la Revolución de Octubre, es cosa que nadie puede poner en duda. Finalmente, se puede consultar nuestro programa, aprobado en el VIII Congreso del Partido (en marzo de 1919). En él aparece formulada con toda claridad la necesidad de los koljoses y sovjoses.

Pero el simple hecho de que la dirección de nuestro Partido previese la necesidad de los koljoses y sovjoses no bastaba para despertar y organizar un *movimiento de masas* en pro de ellos. Por tanto, de lo que se trata no es de prever, sino de *realizar* el plan de la organización de koljoses y sovjoses. Mas, para realizar este plan, eran necesarias diversas condiciones, que no se daban antes en nuestro país y que no se han dado hasta estos últimos tiempos.

Ahí está la cuestión, camaradas.

Para poder llevar a la práctica el plan de un movimiento de masas en pro de los koljoses y sovjoses, era necesario, ante todo, que la dirección del Partido tuviese en este aspecto el apoyo del Partido *en su conjunto*. Y nuestro Partido, como se sabe, pasa de un millón de afiliados. Por tanto, era necesario convencer a la gran masa del Partido de que la política de su dirección era acertada. Esto en primer lugar.

Para ello era necesario también que entre los campesinos se produjese un movimiento de masas en pro de los koljoses, que los campesinos no desconfiasen de los koljoses, sino que afluyesen a ellos por su propio impulso, convenciéndose en la práctica de las ventajas de los koljoses sobre la hacienda individual. Y eso es un asunto serio, que requiere cierto tiempo. Esto en segundo lugar.

Para ello era necesario, además, que el Estado dispusiese de los medios materiales precisos para financiar la organización de los koljoses, para financiar los koljoses y sovjoses. Y eso suponía cientos y cientos de millones de rublos, queridos camaradas. Esto en tercer lugar.

Para ello era necesario, finalmente, un desarrollo de la industria en grado más o menos suficiente, a fin de proporcionar a la agricultura maquinaria agrícola, tractores, abonos, etc. Esto en cuarto lugar.

¿Se puede afirmar que todas estas condiciones concurrían ya en nuestro país hace dos o tres años? No, no se puede afirmar.

No se debe olvidar que somos un partido *gobernante*, y *no* un partido *de oposición*. Los partidos de oposición pueden lanzar consignas -me refiero a las consignas prácticas cardinales del movimiento- para cumplirlas después de la toma del Poder. Nadie puede reprochar a un partido de oposición que no cumpla sus consignas cardinales al momento, pues todo el mundo comprende que no es él quien gobierna, sino que son otros partidos.

Pero la cosa cambia por completo cuando se trata de un partido gobernante, como lo es nuestro Partido Bolchevique. Las consignas de un partido así no son simples consignas de agitación, sino mucho más, pues tienen la fuerza de *decisiones prácticas*, *fuerza de ley*, de algo que es necesario realizar inmediatamente. Nuestro Partido no puede lanzar una consigna práctica y luego dar largas a su realización. Esto sería engañar a las masas. Para lanzar una consigna práctica, sobre todo una consigna tan importante como la del paso de masas de millones de campesinos al cauce del colectivismo, es menester que se den ya las condiciones necesarias para poder cumplirla inmediatamente; es necesario, finalmente, crear, organizar estas condiciones. Por eso no bastaba con que la dirección del Partido hubiera previsto la necesidad de los koljoses y sovjoses. Por eso necesitábamos también las condiciones necesarias para realizar, para *llevar a la práctica* inmediatamente nuestras consignas.

¿Estaba la *masa* de nuestro Partido dispuesta a impulsar por todos los medios la organización de koljoses y sovjoses hace dos o tres años, pongamos por caso? No, entonces todavía no estaba dispuesta a hacerlo. El viraje serio de las masas del Partido hacia las nuevas formas de la ligazón no comenzó a producirse hasta que se presentaron las primeras dificultades importantes en el acopio de cereales. Hubieron de darse estas dificultades para que la masa del Partido advirtiese en todo su alcance la necesidad de apresurar la creación de las nuevas formas de la ligazón y, sobre todo, de los koljoses y sovjoses, y apoyase resueltamente en esta empresa a su Comité Central. Ahí tenéis una condición con la que no contábamos antes y que ahora existe.

¿Había, hace dos o tres años, un movimiento serio de las masas de millones de campesinos en favor de los koljoses y de los sovjoses? No, no lo había. Todo el mundo sabe que hace dos o tres años los campesinos miraban con malos ojos a los sovjoses y despreciaban a los koljoses, viendo en ellos una especie de inútiles «comunas». ¿Y ahora? Ahora, es otra cosa. Ahora tenemos ya capas enteras de campesinos que ven en los sovjoses y los koljoses una fuente de ayuda a sus haciendas en forma de

semillas, de ganado de raza, de maquinaria, de tractores, etc. Ahora no hay más que darles máquinas y tractores, y la organización de koljoses avanzará con ritmo acelerado.

¿A qué se debe este viraje producido en ciertas capas, bastante amplias, de los campesinos? ¿Qué favoreció este viraje?

Ante todo, el desarrollo de las cooperativas y del movimiento cooperativo. No cabe duda de que sin el potente desarrollo de la cooperación, sobre todo de las cooperativas agrícolas, que han abonado entre los campesinos el terreno psicológico en sentido propicio para los koljoses, no existiría esa inclinación hacia los koljoses, que se manifiesta ahora en capas enteras de la masa campesina.

También tuvo gran importancia la existencia de koljoses bien organizados, que daban a los campesinos buenos ejemplos de cómo se podía mejorar la agricultura, unificando las pequeñas haciendas campesinas en grandes haciendas colectivas.

Y cumplió también su papel la existencia de sovjoses bien organizados, que ayudaban a los campesinos a mejorar sus haciendas. No me refiero ya a otros factores que todos vosotros conocéis sobradamente. Ahí tenéis otra condición con la que no contábamos antes y que ahora existe.

¿Puede afirmarse, además, que hace dos o tres años estábamos en condiciones, de financiar en serio los koljoses y los sovjoses, invirtiendo en ello cientos de millones de rublos? No, no puede afirmarse. Sabéis perfectamente que entonces escaseaban los recursos incluso para impulsar ese mínimo de industria sin el cual es imposible toda industrialización; eso sin hablar ya de reestructurar la agricultura. ¿Podíamos retirar estos recursos de la industria, base de la industrialización del país, y transferirlos a los koljoses y los sovjoses? Es evidente que no podíamos hacerlo. ¿Y ahora? Ahora poseemos recursos para desarrollar los koljoses y los sovjoses.

¿Se puede, finalmente, afirmar que hace dos o tres años contaba ya nuestra industria con una base suficiente para proporcionar a la agricultura máquinas, tractores, etc. en grandes cantidades? No, no se puede afirmar. La tarea consistía entonces en crear una *base industrial mínima* para dotar a la agricultura de máquinas y tractores en el *futuro*. La creación de esta base absorbía por aquel entonces nuestros exiguos recursos financieros. ¿Y ahora? Ahora disponemos de esa base industrial para la agricultura. O, cuando menos, se está creando con ritmo acelerado.

Vemos, por tanto, que las condicionas necesarias para el desarrollo en masa de los koljoses y los sovjoses no han sido creadas en nuestro país hasta los últimos tiempos.

Así es como están las cosas, camaradas.

Por eso no se puede afirmar que hayamos emprendido con retraso el desarrollo de las nuevas formas de la ligazón.

g) Bujarin como teórico

Tales son, en lo fundamental, los principales errores de Bujarin, teórico de la oposición derechista, en los problemas capitales de nuestra política.

Se dice que Bujarin es un teórico de nuestro Partido. Eso es cierto, naturalmente. Pero le ocurre que, en cuanto a teoría, no lo tiene todo en su sitio. Basta fijarse en el cúmulo de sus errores relativos a los puntos de la teoría y la política del Partido que acabamos de examinar. No es posible que esos errores que se refieren a la Internacional Comunista, a la lucha de clases, a la agudización de la lucha de clases, al campesinado, a la Nep, a las nuevas formas de la ligazón, no es posible que todos esos errores sean fruto de la casualidad. No, esos errores no son casuales. Esos errores de Bujarin responden a su viciosa orientación teórica, a sus lagunas teóricas. Sí, Bujarin es un teórico, pero no es un teórico marxista a carta cabal, es un teórico que tiene todavía mucho que aprender para ser un teórico marxista.

Se habla de la conocida carta del camarada Lenin sobre Bujarin como teórico. Veamos lo que dice esa carta:

«En cuanto a los jóvenes miembros del CC -dice Lenin-, diré algunas palabras acerca de Bujarin y de Piatakov. Son, a mi juicio, los que más se destacan (entre los más jóvenes), y en ellos se debería tener en cuenta lo siguiente: Bujarin no sólo es un valiosísimo y notable teórico del Partido, sino que, además, se le considera legítimamente el favorito de todo el Partido; pero *sus concepciones teóricas muy difícilmente pueden calificarse de enteramente marxistas, pues hay en él algo escolástico (jamás ha estudiado y creo que jamás ha comprendido por completo la dialéctica)*»[273] (Acta taquigráfica del Pleno de julio de 1926, fase. IV, pág. 66).

Es, por tanto, un teórico sin dialéctica. Un teórico escolástico. Un teórico cuyas «concepciones teóricas muy difícilmente pueden calificarse de enteramente marxistas». Así define Lenin a Bujarin como teórico.

Comprenderéis, camaradas, que un teórico semejante tiene todavía que aprender. Y si Bujarin comprendiese que su formación como teórico no está aún terminada, que todavía necesita aprender, que es un teórico que aún no domina todavía la dialéctica, cuando la dialéctica es el alma del marxismo; si comprendiese esto, sería más modesto, con lo cual el Partido sólo saldría ganando. Pero lo malo es que Bujarin no peca de modesto. Lo malo es que, lejos de pesar de modesto, se atreve incluso a dar lecciones a

[273] Subrayado por mí. *J. St.*

nuestro maestro Lenin en buen número de problemas, sobre todo en la cuestión del Estado. Eso es lo malo de Bujarin.

Permitidme que me remita con este motivo a la conocida discusión teórica promovida en 1916 entre Lenin y Bujarin a propósito del Estado. Ello nos es importante para que se vea qué desmedidas pretensiones alimenta Bujarin, quien aspira a dar lecciones a Lenin, y dónde están las raíces de sus fallas teóricas en problemas tan importantes como la dictadura del proletariado, la lucha de clases, etc.

Como es sabido, la revista «La Internacional Juvenil»[274] publicó en 1916 un artículo de Bujarin, con la firma de «Nota Bene», que, en el fondo, atacaba al camarada Lenin. Bujarin escribía en ese artículo:

«...Es completamente erróneo querer buscar las diferencias entre los socialistas y los anarquistas en el hecho de que los primeros sean partidarios y los segundos adversarios del Estado. En realidad, la diferencia entre ellos consiste en que la socialdemocracia revolucionaria pretende organizar la nueva producción social como producción centralizada, es decir, la más progresiva técnicamente, mientras que la producción descentralizada de los anarquistas no significaría sino un paso atrás a la vieja técnica, a la vieja forma de empresa...»

«...Para la socialdemocracia, que es, o por lo menos debiera ser, la educadora de las masas, hoy más que nunca es necesario subrayar su hostilidad de principio frente al Estado... La actual guerra ha puesto de manifiesto lo profundas que son las raíces de la concepción estatal en el espíritu de los obreros».

Lenin criticó estas opiniones de Bujarin en un conocido artículo, que se publicó en 1916:

«Esto es falso. El autor plantea la cuestión de la diferente actitud de los socialistas y los anarquistas *respecto al Estado*, pero su respuesta *no* se refiere a esta cuestión, sino a *otra*, a la de su diferente actitud ante la base económica de la sociedad futura. Esto es, indudablemente, muy importante y necesario. Pero de aquí no se desprende que se pueda olvidar *lo fundamental* de la diferente actitud de los socialistas y los anarquistas ante el Estado. Los socialistas son partidarios de utilizar el Estado moderno y sus instituciones en la lucha por la emancipación de la clase obrera, y también defienden la necesidad de utilizar el Estado como forma peculiar de transición del capitalismo al socialismo. Esa forma de transición, que *también* es Estado, es la dictadura del proletariado. Los anarquistas pretenden «abolir» el Estado, «hacerlo saltar» («sprengen»), como dice en un pasaje el camarada «Nota Bene», atribuyendo por error esta idea a los socialistas. Los socialistas -el autor cita, por desgracia de un modo demasiado incompleto, unas palabras de Engels que guardan relación con el tema- reconocen la «muerte lenta», la «extinción» paulatina del Estado *después* de la expropiación de la burguesía»...

«Para «subrayar» la «hostilidad de principio» respecto al Estado, es necesario comprenderla con toda «claridad» y la claridad es, precisamente, lo que le falta al autor. Y la frase sobre «las raíces de la concepción estatal» no puede ser más confusa, no es ni marxista ni socialista. No es la «concepción estatal» la que choca con la negación del Estado, sino la política oportunista (es decir, la actitud oportunista, reformista, burguesa ante el Estado) la que choca con la política revolucionaria socialdemócrata (es decir, con la actitud revolucionaria socialdemócrata ante el Estado burgués y ante la utilización del Estado contra la burguesía, para derrocarla). Son cosas muy, muy distintas» (t. XIX, pág. 296).

¡Creo que está clara la cuestión, como también está claro en qué charca semianarquista había caído Bujarin!

Sten: Lenin no había expuesto todavía en aquel entonces en forma amplia la necesidad de «hacer saltar» el Estado. Bujarin, con sus errores anarquistas, se acercaba a la formulación de este problema.

Stalin: No, ahora no se trata de eso, sino de la actitud ante el Estado en general; se trata de que, según Bujarin, la clase obrera debe ser, *por principio*, enemiga de todo Estado, comprendido el Estado de la clase obrera.

Sten: Lenin sólo hablaba en aquel entonces de la utilización del Estado, pero sin referirse para nada en su crítica de Bujarin al concepto de «hacer saltar» el Estado.

Stalin: Se equivoca usted: «hacer saltar» el Estado no es una fórmula marxista, sino anarquista. Me atrevo a asegurarle que de lo que en este caso se trata es de que los obreros deben, según Bujarin (y los anarquistas), subrayar su hostilidad de principio contra todo Estado y, por tanto, también contra el Estado del período de transición, contra el Estado de la clase obrera.

Pruebe a explicar a nuestros obreros que la clase obrera debe mantener una hostilidad de principio contra la dictadura proletaria, que también es un Estado.

La posición de Bujarin, expuesta en su artículo de «La Internacional Juvenil», niega el Estado en el

[274] «La Internacional Juvenil» («Jugend Internationales»): revista, órgano de la Unión Internacional de Juventudes Socialistas; apareció en Zurich desde septiembre de 1915 hasta mayo de 1918. De 1919 a 1941 se publicó como órgano del Comité Ejecutivo de la Internacional Juvenil Comunista.

período de transición del capitalismo al socialismo.

Bujarin se deja escapar una «pequeñez»: todo el período de transición, durante el cual la clase obrera, si realmente quiere aplastar a la burguesía y edificar el socialismo, no puede prescindir de su propio Estado. Esto lo primero.

Segundo: es falso que el camarada Lenin no se refiriese, en su crítica de entonces, a la teoría de «hacer saltar», de «abolir» el Estado en general. Lenin no sólo se refería a esta teoría, según se ve por las citas que acabo de mencionar, sino que la criticó como teoría anarquista, contraponiéndole la teoría de la *creación y utilización* de un Estado nuevo después del derrocamiento de la burguesía, el Estado de la dictadura proletaria.

Finalmente, no se debe confundir la teoría anarquista de «hacer saltar» y «abolir» el Estado con la teoría marxista de la «extinción» del Estado *proletario* o de la «demolición», de la «destrucción» de la máquina estatal *burguesa*. Hay quien propende a confundir estas dos ideas distintas, creyendo que son expresiones de un mismo pensamiento. Pero esto es falso. Lenin criticaba la teoría anarquista de «hacer saltar», de «abolir» el Estado en general, partiendo precisamente de la teoría marxista de la «demolición» de la máquina estatal *burguesa* y de la «extinción» del Estado *proletario*.

Tal vez no estará de más citar aquí, para mayor claridad, unas cuartillas del camarada Lenin acerca del Estado, escritas muy probablemente a fines de 1916 o a comienzos de 1917 (antes de la revolución de febrero de 1917). Este manuscrito nos permite comprobar fácilmente:

a) que, al criticar los errores semianarquistas de Bujarin en la cuestión del Estado, Lenin arrancaba de la teoría marxista de la «extinción» del Estado proletario y de la «demolición» de la máquina estatal burguesa,

b) que, aunque Bujarin, según la expresión de Lenin, estuviese «más cerca de la verdad que Kautsky», sin embargo, «en vez de desenmascarar a los kautskianos, les ayuda con sus propios errores».

Dice así este manuscrito:

«La carta de *Engels* a *Bebel* del 18-28 de marzo de 1875 tiene una importancia excepcional para el problema del Estado.

Copio literalmente el pasaje más importante:

«...El Estado popular libre se ha convertido en el Estado libre. Gramaticalmente hablando, Estado libre es un Estado que es libre respecto a sus ciudadanos, es decir, un Estado con un gobierno despótico. *Habría que abandonar toda esa charlatanería acerca del Estado, sobre todo después de la Comuna, que no era ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra*. Los anarquistas nos han echado en cara más de la cuenta eso del «Estado popular», a pesar de que ya la obra de Marx contra Proudhon, y luego el «Manifiesto Comunista», dicen claramente que, *con la implantación del régimen social socialista, el Estado se disolverá por sí mismo (sich auflöst) y desaparecerá*. Siendo el Estado una institución meramente transitoria, que se utiliza en la lucha, en la revolución, para someter por la violencia a los adversarios, es un absurdo hablar de Estado popular libre: mientras el proletariado necesite (subrayado por Engels) todavía del Estado, *no* lo necesitará *en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios, y tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado como tal dejará de existir*. Por eso nosotros propondríamos decir siempre, en vez de la palabra *Estado* (subrayado por Engels), la palabra «*Comunidad*» (Gemeinwesen), una buena y antigua palabra alemana, que equivale a la palabra francesa «*Commune*».

Este es, quizás, el pasaje más destacado y, sin duda alguna, el más duro, por decirlo así, «*contra* el Estado», de Marx y Engels.

(1) «Hay que abandonar toda esa charlatanería acerca del Estado».

(2) «La Comuna *no* era ya un Estado, en el verdadero sentido de la palabra» (¿qué era, pues? ¡una forma de transición del Estado al no Estado, evidentemente!).

(3) Los anarquistas nos han «echado en cara» bastante (in die Zâhne geworfen; literalmente: restregado las narices), eso del «Estado popular» (o sea, que a Marx y Engels les avergonzaba este error manifiesto de sus amigos alemanes; sin embargo, pensaban –y en las circunstancias de entonces tenían, claro, razón- que ese error era incomparablemente menos grave que el de los anarquistas. ¡¡NB esto!!).

(4) El Estado «se descompone («se disuelve») por sí mismo (Nota Bene) y desaparece»... (comparad más adelante: «se extingue») «con la implantación del régimen social socialista»...

(5) El Estado es una «institución transitoria», necesaria «en la lucha, en la revolución»... (necesaria *para el proletariado*, se entiende)...

(6) El Estado se necesita *no para la libertad*, sino para someter (Niederhaltung no significa, hablando con exactitud, someter, sino impedir la restauración, mantener sumisos) *a los adversarios del proletariado*.

(7) Cuando haya libertad, no habrá Estado.

(8) «Nosotros» (o sea, Engels y *Marx*) propondríamos decir «*siempre*» (en el programa), en vez de «Estado», «Comunidad» (Gemeinwesen) ¡¡¡«Commune»!!!

De ahí se desprende hasta qué punto han vulgarizado y adulterado a Marx y Engels, no sólo los oportunistas, sino también Kautsky.

¡¡Los oportunistas no han comprendido ni una sola de estas 8 riquísimas ideas!!

Han tomado solamente las necesidades prácticas del presente: utilizar la lucha política, utilizar el

Estado actual para instruir y educar al proletariado, para «arrancar concesiones». Esto es exacto (contra los anarquistas), pero no es todavía más que 1/100 de marxismo, si cabe emplear un término aritmético.

En su obra de propagandista y en su labor toda de publicista, Kautsky ha ocultado totalmente (¿o ha olvidado? ¿o no ha comprendido?) los puntos 1, 2, 5, 6, 7, 8 y el «Zerbrechen» de que, habla Marx (en su polémica con Pannekoek en 1912 ó 1913 (v. más abajo, págs. 45-47), Kautsky ha caído ya por completo en el oportunismo al tratar esta cuestión).

De los anarquistas nos distingue (a) la utilización del Estado *ahora* y (b) durante la *revolución* proletaria («dictadura del proletariado»), puntos de la mayor importancia práctica, en este mismo momento. (¡Y es esto lo que *olvidó* Bujarin!)

De los oportunistas, verdades más profundas, «más eternas" sobre (aa) el carácter «temporal» del Estado, (bb) el daño de las «charlatanerías» acerca de ese carácter ahora, (cc) el carácter de la dictadura del proletariado, que no tiene enteramente el carácter de Estado, (dd) la contradicción entre el Estado y la libertad, (ee) la mayor exactitud de la idea (concepción, término programático) de «comunidad» en vez de Estado, (ff) la «destrucción» (Zerbrechen) de la máquina burocrático-militar.

No hay que olvidar tampoco que la *dictadura del proletariado* la impugnan directamente los oportunistas declarados de Alemania (Bernstein, Kolb, etc.), e *indirectamente* el programa oficial y Kautsky, al silenciarla en su propaganda diaria y al *tolerar* a renegados como Kolb y Cía.

A Bujarin se le escribió en agosto de 1916: «*deja que terminen de madurar* tus ideas sobre el Estado». Pero él, *sin dejarlas* madurar, se lanzó a la prensa como «Nota Bene» y lo hizo de tal modo que, en vez de desenmascarar a los kautskianos, ¡¡*les ayudó* con sus propios errores!! Aunque, en el fondo, Bujarin está más cerca de la verdad que Kautsky».

Tal es la breve historia de esta polémica teórica sobre el Estado.

Parece que la cosa está clara: Bujarin cometió errores semianarquistas: es tiempo de corregir estos errores y seguir en adelante las enseñanzas de Lenin. Pero así sólo pueden pensar los leninistas. Según resulta, Bujarin no es de este parecer. Afirma lo contrario: que quien incurrió en error no es él, sino Lenin; que no es él quien siguió o tiene que seguir las enseñanzas de Lenin, sino, al contrario, fue Lenin quien hubo de seguir las enseñanzas de Bujarin.

¿Os parece inverosímil, camaradas? Entonces, seguid escuchando. Después de esta polémica, sostenida en 1916, al cabo de nueve años, durante los cuales Bujarin guardó silencio, *al año de la muerte de Lenin*, precisamente en 1925, Bujarin publicó en la recopilación de trabajos titulada «La revolución del Derecho», un artículo «Aportación a la teoría del Estado imperialista», no aceptado en tiempos por la redacción de «Sbórnik Sotsial-Demokrata»[275] (es decir, por Lenin). En una nota de este artículo Bujarin declara abiertamente que en esta polémica quien tenía la razón era él, y no Lenin. Podrá parecer inverosímil, pero es un hecho, camaradas.

Escuchad lo que dice esa nota:

«A este artículo, publicado en «La Internacional Juvenil», V. I. (es decir, Lenin) replicó con un suelto. El lector advertirá fácilmente que yo no incurría en el error que se me achacaba, pues comprendía claramente la necesidad de la dictadura del proletariado; y, de otra parte, leyendo el suelto de Ilich, se ve que, por aquel entonces, él *mantenía una posición falsa ante la tesis de «hacer saltar» el Estado* (el Estado burgués, se entiende), *confundiendo este problema con el de la extinción de la dictadura del proletariado*[276]. Tal vez yo hubiera debido desarrollar más entonces el tema de la dictadura. Pero, para descargo mío, diré que por aquel entonces estaba tan extendida la epidemia socialdemocrática de ensalzamiento del Estado burgués, que era natural que yo concentrase toda la atención en el problema de *hacer saltar* esta máquina.

Cuando volví de Norteamérica a Rusia y vi a Nadiezhda Konstantínovna (en nuestro VI Congreso, celebrado en la clandestinidad, cuando V. r. estaba oculto), sus primeras palabras fueron éstas: «V. I. me encarga que le diga que ahora ya no discrepa de usted en cuanto al problema del Estado». Estudiando el problema, *Ilich había llegado a las mismas conclusiones*[277] respecto a la idea de «hacer saltar» el Estado; pero él desarrolló este tema y luego el de la dictadura de tal modo, que sentó toda una época en la evolución del pensamiento teórico en este sentido».

Así escribe Bujarin de Lenin al año de la muerte de éste.

¡Ahí tenéis un botón de muestra de la fatuidad verdaderamente hipertrofiada de un teórico que tiene todavía mucho que aprender!

Es muy posible que, efectivamente, Nadiezhda Konstantínovna dijese a Bujarin algo de lo que éste escribe. Pero ¿qué se deduce de ello? Se deduce simplemente que Lenin tenía ciertas razones para pensar que Bujarin había renunciado o estaba dispuesto a renunciar a sus errores. Nada más. Pero Bujarin lo interpretó de otro modo. Y decidió que en adelante el creador, o por lo menos el inspirador, de la teoría marxista del Estado no debía ser considerado Lenin, sino él, Bujarin.

---

275 «Sbórnik Sotsial-Demokrata» («Recopilación del Socialdemócrata»); lo editó el CC del POSDR en 1916 bajo la dirección inmediata de V. I. Lenin.

276 Subrayado por mí. *J. St.*

277 Subrayado por mí. *J. St.*

Hasta hoy nos habíamos considerado y seguimos considerándonos leninistas. Pero ahora resulta que tanto Lenin como nosotros, sus discípulos, somos bujarinistas. Resulta un poco ridículo, camaradas. Pero ¿qué queréis? Así ocurre cuando tenemos que habérnoslas con esa desmesurada fatuidad de Bujarin.

Podría, tal vez, pensarse que Bujarin cometió un lapsus en la nota al artículo a que hacíamos referencia, que dijo una necedad y luego se olvidó de ella. Pero ocurre que no es así. Resulta que Bujarin hablaba completamente en serio. A esa conclusión se llega, entre otras cosas, porque la afirmación hecha en esa nota acerca de los *errores* de Lenin y la *razón* de Bujarin fue repetida no hace mucho, en 1927, es decir, a los dos años de su primer ataque contra Lenin, en la semblanza biográfica que de Bujarin hizo Maretski, sin que a Bujarin se le ocurriese siquiera protestar de ese... atrevimiento de Maretski. Es evidente que el ataque de Bujarin contra Lenin no puede atribuirse al azar.

Resulta, pues, que quien tiene razón es Bujarin, y no Lenin, y de que el inspirador de la teoría marxista del Estado no es Lenin, sino Bujarin.

Tal es, camaradas, el panorama de las adulteraciones teóricas y las pretensiones teóricas de Bujarin.

¡Y después de todo eso, este hombre se atreve a decir aquí, en su discurso, que en la posición teórica de nuestro Partido hay «algo podrido», que en la posición teórica de nuestro Partido existe una desviación hacia el trotskismo!

¡Y eso lo dice el mismo Bujarin que incurre (y que ha incurrido en el pasado) en numerosos y crasos errores teóricos y prácticos, el mismo Bujarin que hasta hace poco tenía por maestro a Trotski y que todavía ayer buscaba el bloque con los trotskistas contra los leninistas y corría hacia ellos por la puerta falsa!

¿No es ridículo todo esto, camaradas?

V. Cuestiones de la dirección del partido

Hemos enumerado, pues, todas las cuestiones principales de nuestras discrepancias, tanto en la teoría como en la política aplicada por nuestro Partido en los problemas de la Internacional Comunista y en los de orden interior. De lo dicho se desprende que la afirmación de Rykov de que tenemos *una sola* línea no corresponde a los hechos. De lo dicho se desprende que, en realidad, tenemos *dos* líneas. Una es la línea general del Partido, la línea revolucionaria y leninista de nuestro Partido. La otra es la línea del grupo de Bujarin. Esta segunda línea no está aún completamente definida, en parte porque dentro del grupo de Bujarin reina una confusión inconcebible de ideas, y en parte porque, debido a lo débil que es, a su poco peso dentro del Partido, procura disfrazarse de distintos modos. Pero, a pesar de todo, esta línea existe, según veis, y existe como línea *diferente* de la línea del Partido, como línea que se *contrapone* a la línea general del Partido en casi todas las cuestiones de nuestra política. Esta segunda línea es una línea de desviación *derechista*.

Pasemos ahora a las cuestiones de la dirección del Partido.

a) El fraccionalismo del grupo de Bujarin

Bujarin decía que en nuestro Partido no hay oposición, que su grupo no es oposición. Eso no es cierto, camaradas. Los debates del Pleno han revelado palmariamente que el grupo de Bujarin es una nueva oposición. La labor oposicionista de ese grupo consiste en que trata de revisar la línea del Partido y abona el terreno para sustituirla por otra línea, por la línea de la oposición, que no puede ser sino una línea de desviación derechista.

Bujarin decía que ellos tres no constituyen un grupo fraccionalista. Eso no es cierto, camaradas. El grupo de Bujarin contiene todos los elementos del fraccionalismo. Hay plataforma, hay exclusivismo fraccionalista, hay política de dimisiones, hay lucha organizada contra el CC. ¿Qué más quieren aún? ¿Para qué ocultar la verdad del fraccionalismo del grupo de Bujarin, cuando es una cosa evidente? Para eso se ha reunido el Pleno del CC y de la CCC., para que se diga aquí toda la verdad acerca de nuestras discrepancias. Y la verdad es que el grupo de Bujarin constituye un grupo fraccionalista. Y no es simplemente un grupo fraccionalista; yo diría que es el grupo fraccionalista más enojoso y más mezquino de todos los que hubo en nuestro Partido.

Así nos lo dice aunque sólo sea el hecho de que ahora trata de aprovechar para sus móviles fraccionalistas una pequeñez tan minúscula como los desórdenes de Adzharia. En efecto, ¿qué es esa titulada «insurrección» de Adzharía si se la compara con la de Cronstadt, por ejemplo? Creo que, si las comparamos, la titulada «insurrección» de Adzharía no es siquiera una gota en el mar. ¿Hubo casos en que los trotskistas o los zinovievistas procuraran aprovechar el importante levantamiento de Cronstadt en contra del CC, en contra del Partido? Debemos reconocer, camaradas, que no hubo tales casos. Al contrario, los grupos oposicionistas existentes en nuestro Partido en el período de ese importante levantamiento, ayudaron al Partido a sofocarlo, sin atreverse a aprovecharlo contra el Partido.

¿Y qué hace ahora el grupo de Bujarin? Habéis tenido ocasión de convenceros de que trata de aprovechar en contra del Partido de la manera más mezquina y más indecente, esa microscópica «insurrección» de Adzharia. ¿Qué es eso sino ceguera fraccionalista y mezquindad fraccionalista llevadas al colmo?

Se nos pide, por lo visto, que no se produzcan alteraciones en las regiones periféricas, que limitan

con Estados capitalistas. Se nos pide, por lo visto, una política que satisfaga a todas las clases de nuestra sociedad, a ricos y pobres, a obreros y capitalistas. Se nos pide, por lo visto, que no haya en nuestro país elementos descontentos. ¿No habrán perdido el juicio estos camaradas del grupo de Bujarin?

¿Cómo es posible pedir de nosotros, los hombres de la dictadura del proletariado, que mantienen la lucha con el mundo capitalista lo mismo dentro que fuera de nuestro país, cómo es posible pedir que no haya en el país descontentos y que no se produzcan jamás desórdenes en algunas regiones periféricas limítrofes con Estados que nos son hostiles? ¿Para qué existe entonces el cerco capitalista, si no es para que el capital internacional concentre sus esfuerzos en la organización de actos contra el Poder Soviético en las zonas fronterizas, a cargo de los elementos descontentos que haya en nuestro país? ¿Quién puede, fuera de los vacuos liberales, exigir tal cosa de nosotros? ¿No se ve claro, acaso, que la mezquindad fraccional es capaz de llevar a veces a la gente hasta una ceguera y una cerrazón propias de liberales?

b) La lealtad y la dirección colectiva

Afirmaba Rykov aquí que Bujarin es uno de los militantes más «intachables» y «leales» en su actitud hacia el CC de nuestro Partido.

Permítaseme que lo ponga en duda. Nosotros no podemos creer a Rykov de palabra. Pedimos hechos, que es lo que Rykov no puede proporcionar.

Tomemos, por ejemplo, un hecho como las negociaciones entre telones de Bujarin con el grupo de Kámenev, ligado con los trotskistas, acerca de la organización de un bloque fraccionalista, de la modificación de la política del CC, de cambios en el Buró Político, del aprovechamiento de la crisis de los acopios de cereales para actuar contra el CC. ¿Dónde está, preguntamos, la «lealtad» de Bujarin, lo «intachable» de su actitud hacia su CC?

¿No es eso, por el contrario, la infracción por un miembro del Buró Político de toda lealtad hacia su CC, hacia su Partido? Si a eso se le llama lealtad para con el CC, ¿qué será entonces la traición a su CC?

A Bujarin le gusta hablar de lealtad, de honradez; pero ¿por qué no intenta examinar su conducta y preguntarse si no infringe del modo más deshonesto los requisitos elementales de lealtad a su CC al sostener negociaciones entre bastidores con los trotskistas contra el CC, traicionándole de tal modo?

Hablaba Bujarin aquí de falta de dirección colectiva en el CC del Partido, afirmándonos que la mayoría del Buró Político del CC no cumple los requisitos de la dirección colectiva.

Naturalmente, nuestro Pleno lo aguanta todo. Puede aguantar también esa desvergonzada e hipócrita manifestación de Bujarin. Pero hay que haber perdido de veras la vergüenza para atreverse a hablar así ante el Pleno contra la mayoría del CC.

En efecto, ¿ de qué dirección colectiva puede hablarse, si la mayoría del CC, que se ha unido al carro del Estado y lo conduce adelante poniendo en tensión todas sus fuerzas, pide al grupo de Bujarin que le ayude en esta difícil obra, y el grupo de Bujarin, lejos de ayudar a su CC, hace todo lo contrario, le interpone toda clase de obstáculos, le levanta barreras, amenaza con dimitir y se confabula con los enemigos del Partido, con los trotskistas, contra el CC de nuestro Partido?

¿Quién podrá negar, fuera de los hipócritas, que Bujarin, que entra en bloque con los trotskistas contra el Partido y traiciona a su CC, no desea y no practicará la dirección colectiva en el Comité Central de nuestro Partido?

¿Quién dejará de ver, fuera de los ciegos, que si Bujarin sigue charlando, pese a todo, de dirección colectiva en el CC, al mismo tiempo que dirige los tiros contra la mayoría del CC, lo hace para enmascarar su posición de traidor?

Debe señalarse que no es la primera vez que Bujarin falta a los postulados elementales de la lealtad y de la dirección colectiva en relación con el CC del Partido. La historia de nuestro Partido conoce varios ejemplos. Así, en el período de la paz de Brest-Litovsk, en vida de Lenin, Bujarin, que se había quedado en minoría en el problema de la paz, acudió a los eseristas de izquierda, a unos enemigos de nuestro Partido, y mantuvo con ellos conversaciones secretas, esforzándose por ensamblar juntos un bloque contra Lenin y el CC. Lamentablemente, no conocemos todavía[278] acerca de qué se confabuló con los eseristas de izquierda. Sabemos, sí, que los eseristas de izquierda tenían entonces el propósito de detener a Lenin y dar un golpe antisoviético... Pero lo más estupendo de todo es que Bujarin, al tiempo que acudía a los eseristas de izquierda y conspiraba con ellos contra el CC, seguía hablando a gritos, lo mismo que ahora, de la necesidad de la dirección colectiva.

La historia de nuestro Partido conoce también otros ejemplos. En vida de Lenin, contando con la mayoría del Buró de nuestro Partido de la región de Moscú y teniendo tras de sí al grupo de comunistas

[278] En el período de la paz de Brest-Litvosk (1918), Bujarin y el grupo que él dirigía de comunistas «de izquierda», de acuerdo con Trotski, mantuvieron dentro del Partido una lucha encarnizada contra Lenin, reclamando la continuación de la guerra, a fin de exponer la joven República Soviética, carente aún de ejército, a los golpes del imperialismo alemán. En 1938, en el proceso del antisoviético «bloque de trotskistas y derechistas», se comprobó que Bujarin y el grupo de comunistas «de izquierda» que él dirigía, con Trotski y los eseristas de izquierda, habían montado un complot contrarrevolucionario secreto contra el Gobierno Soviético, con el propósito de torpedear el tratado de paz de Brest-Litovsk, detener y asesinar a V. I. Lenin, J. V. Stalin e Y. M. Sverdlov y formar un gobierno compuesto de bujarinistas, trotskistas y eseristas de izquierda.

«de izquierda», Bujarin exhortó a todos los miembros del Partido a expresar su desconfianza al CC, a no subordinarse a él y a plantear el problema de la escisión en nuestro Partido. Era en el período de la paz de Brest-Litovsk, cuando el CC había convenido ya en la necesidad de aceptar las condiciones de la paz de Brest-Litovsk.

Tales son la lealtad y la dirección colectiva de Bujarin.

Rykov hablaba aquí de la necesidad del trabajo colectivo, señalando con el dedo a la mayoría del Buró Político y afirmando que él y sus amigos íntimos son partidarios del trabajo colectivo y que, por tanto, la mayoría del Buró Político es contraria al trabajo colectivo. Pero Rykov no ha expuesto ni un solo hecho que avalase sus manifestaciones.

Para disipar esta fábula de Rykov, se me permitirá que cite unos cuantos hechos, unos cuantos ejemplos demostrativos de cómo practica Rykov el trabajo colectivo.

Primer ejemplo. Ya conocéis la historia del envío de oro a Norteamérica. Muchos de vosotros pensaréis que el oro se envió a Norteamérica por acuerdo del Consejo de Comisarios del Pueblo, o del CC, o con el consentimiento del CC, o con el conocimiento del CC. Pero no es así, camaradas. El CC y el Consejo de Comisarios del Pueblo no tienen la menor relación con este asunto. Existe el acuerdo de que no se puede exportar oro sin la sanción del CC. Pero el acuerdo no fue cumplido. ¿Quién autorizó el envío? Resulta que el oro se envió con el permiso de un adjunto de Rykov, con el conocimiento y el acuerdo de Rykov.

¿Qué es esto?, ¿trabajo colectivo?

Segundo ejemplo. Se refiere a las negociaciones con uno de los mayores Bancos privados de Norteamérica, cuyos bienes fueron nacionalizados después de la Revolución de Octubre y que ahora pide una indemnización por los daños. El CC se enteró de que un representante de nuestro Banco del Estado mantenía negociaciones con ese Banco acerca de las condiciones de dicha indemnización.

La satisfacción de las reclamaciones de particulares es como sabéis, una de las cuestiones más importantes relacionadas directamente con nuestra política exterior. Podría parecer que las negociaciones se mantenían con el visto bueno del Consejo de Comisarios del Pueblo o del CC. Pero no era así, camaradas. El CC y el Consejo de Comisarios del Pueblo no tenían nada que ver con el asunto. Posteriormente, al enterarse de esas negociaciones, el CC dispuso que se cortasen. Pero queda una cuestión: ¿quién sancionó esas negociaciones? Resulta que las había sancionado un adjunto de Rykov con el conocimiento y el acuerdo de Rykov.

¿Qué es esto?, ¿trabajo colectivo?

Tercer ejemplo. Se refiere al abastecimiento de maquinaria agrícola a los kulaks y campesinos medios. El Consejo Económico de la RSFSR, que preside uno de los adjuntos de Rykov en la RSFSR, dispuso *disminuir* el número de máquinas agrícolas destinadas a los campesinos medios y *aumentar* el número destinado a las capas superiores del campo, es decir, a los kulaks. Dice así esa disposición antipartido y antísoviética del Consejo Económico de la RSFSR:

«Para las RSSA, de Kazajia y Bashkiría, los territorios de Siberia y del Bajo Volga y las regiones del Volga Medio y de los Urales, los porcentajes de venta de maquinaria y aperos agrícolas señalados en el presente punto se elevan al 20% para las capas superiores de la aldea y se rebajan al 30% para las capas medias».

¿Qué os parece? El Consejo Económico de la RSFSR, en un período de intensa ofensiva del Partido contra los kulaks y de organización de las masas de campesinos pobres y medios contra los kulaks, acuerda *rebajar* la norma de venta de maquinaria a los campesinos medios y *elevar* la norma de venta a las capas superiores de la aldea.

¡Y eso se llama política leninista, comunista! Posteriormente, cuando el CC se enteró del caso, anuló la decisión del Consejo Económico. Pero ¿quién sancionó esta disposición antisoviética? La sancionó uno de los adjuntos de Rykov, con el conocimiento y el acuerdo de Rykov.

¿Qué es esto?, ¿trabajo colectivo?

Me parece que bastan estos ejemplos para mostrar cómo practican el trabajo colectivo Rykov y sus adjuntos.

c) La lucha contra la desviación de derecha

Bujarin hablaba de la «ejecución civil» de tres miembros del Buró Político, con quienes, según sus palabras, «se metían» las organizaciones de nuestro Partido. Ha dicho que el Partido había decretado la «ejecución civil» de tres miembros del Buró Político, Bujarin, Rykov y Tomski, criticando sus errores en la prensa y en asambleas, mientras ellos, estos tres miembros del Buró Político, se veían «obligados» a callar.

Todo esto son estupideces, camaradas. Estas son falsedades de un comunista liberalizante, que intenta debilitar al Partido en su lucha contra la desviación derechista. Según Bujarin, si él y sus amigos se hunden en los errores de una desviación derechista, el Partido no es quién para desenmascarar estos errores y debe cesar la lucha contra la desviación derechista en espera de que a Bujarin y a sus amigos se les antoje rectificarlos.

¿No nos pedirá Bujarin demasiado? ¿Cree, acaso, que el Partido existe para él, y no él para el Partido? ¿Quién le obliga a callar, a cruzarse de brazos cuando el Partido entero está movilizado contra la desviación

derechista y desencadena ataques resueltos contra las dificultades? ¿Por qué Bujarin y sus amigos íntimos no intervienen ahora y no emprenden una lucha decidida contra la desviación derechista y contra la actitud conciliadora hacia ella? ¿Puede nadie dudar de que el Partido vería con agrado que Bujarin y sus amigos íntimos se decidiesen a dar este paso, que no es tan difícil? ¿Por qué no se deciden a dar este paso, que es, en fin de cuentas, una obligación para ellos? ¿No será porque los intereses de su grupo están, para ellos, por encima de los intereses del Partido y de su línea general? ¿Quién tiene la culpa de que Bujarin, Rykov y Tomski brillen por su ausencia en la lucha contra la desviación de derecha? ¿No es evidente que esa charlatanería acerca de la «ejecución civil» de tres miembros del Buró Político no es sino un intento mal disfrazado de estos tres miembros del Buró Político de obligar al Partido a callar y a suspender la lucha contra la desviación derechista?

La lucha contra la desviación derechista no se puede considerar una tarea secundaria de nuestro Partido; la lucha contra la desviación derechista es una de las tareas decisivas de nuestro Partido. Si en nuestro propio seno, dentro de nuestro propio Partido, en el Estado Mayor político del proletariado, que dirige el movimiento y lleva adelante al proletariado; si en el seno de ese Estado Mayor permitiésemos la libre existencia y la libre actuación de los desviacionistas de derecha, que intentan desmovilizar al Partido, descomponer la clase obrera, adaptar nuestra política al gusto de la burguesía «soviética» y capitular, de este modo, ante las dificultades de nuestra obra de edificación socialista; si permitiésemos todo esto, ¿qué significaría? ¿No significaría que acabábamos paulatinamente con la revolución, que descomponíamos nuestra obra de edificación socialista, rehuíamos las dificultades y abandonábamos las posiciones a los elementos capitalistas?

¿Comprende el grupo de Bujarin que renunciar a la lucha contra la desviación derechista equivale a traicionar a la clase obrera, a traicionar la revolución?

¿Comprende el grupo de Bujarin que, sin derrotar a la desviación derechista y la actitud conciliadora hacia ella, es imposible vencer las dificultades que se alzan ante nosotros, y que, sin vencer estas dificultades, jamás podremos lograr éxitos decisivos en la edificación del socialismo?

¿Qué vale, después de todo esto, esa lamentable frase de la «ejecución civil» de tres miembros del Buró Político?

No, camaradas, los bujarinistas no asustarán al Partido con esas charlatanerías liberales de «ejecuciones civiles». El Partido exige de ellos una lucha resuelta contra la desviación derechista y contra la actitud conciliadora hacia ella, hombro con hombro con todos los miembros del CC de nuestro Partido. Y exige esto del grupo de Bujarin para facilitar la movilización de la clase obrera, romper la resistencia de los enemigos de clase y organizar la lucha enérgica contra las dificultades con que tropieza nuestra edificación socialista.

O los bujarinistas cumplen esta condición del Partido, que, en tal caso, los recibirá con los brazos abiertos, o no la cumplen, y entonces habrán de atenerse a las consecuencias.

EN TORNO A LAS CUESTIONES DE LA POLÍTICA AGRARIA DE LA URSS

Discurso en la Conferencia de especialistas agrarios marxistas
27 de diciembre de 1929[279]

Camaradas: El hecho principal de nuestra vida económica y social en el momento presente, y que a todos llama la atención, es el gigantesco desarrollo del movimiento koljosiano.

El rasgo distintivo del actual movimiento koljosiano estriba en que a los koljoses no afluyen sólo grupos sueltos de campesinos pobres, como ocurría hasta ahora, sino también las masas de campesinos medios. Esto quiere decir que el movimiento koljosiano, que antes abarcaba únicamente algunos grupos y capas de trabajadores campesinos, se ha convertido en un movimiento de millones y millones de campesinos, de las masas fundamentales campesinas. Eso, entre otras cosas, es lo que explica el hecho extraordinariamente importante de que el movimiento koljosiano, transformado en creciente y poderoso alud *contra los kulaks*, barra a su paso la resistencia del kulak, acabe con el kulakismo y abra el camino para una amplia obra de edificación socialista en el campo.

Pero, si tenemos razones para enorgullecernos de los éxitos *prácticos* logrados en la edificación socialista, no podemos decir lo mismo en cuanto a los éxitos de nuestra labor *teórica* por lo que se refiere a la economía en general, y a la agricultura en particular. Lejos de ello, hay que reconocer que nuestra teoría va retrasada de nuestros éxitos prácticos, que existe cierta disparidad entro los éxitos prácticos y el desarrollo de la teoría. Y, sin embargo, es necesario que la labor teórica no sólo no se quede atrás de la práctica, sino que se adelante a ella, pertrechando a nuestros trabajadores prácticos en su lucha por el triunfo del socialismo.

No voy a detenerme a demostrar la importancia de la teoría. Vosotros la conocéis de sobra. Es sabido que la teoría, cuando lo es de veras, da a los trabajadores prácticos capacidad de orientación, claridad de perspectivas, seguridad en el trabajo, fe en el triunfo de nuestra causa. Y todo ello tiene -y no puede ser de otra manera- una importancia formidable para nuestra obra de edificación socialista. Lo malo es que empezamos a flaquear precisamente en este terreno, en el estudio teórico de las cuestiones de nuestra economía.

¿Cómo, si no, se explica que en nuestro país, en nuestra vida política y social, sigan circulando aún diversas teorías burguesas y pequeñoburguesas en torno a las cuestiones de nuestra economía? ¿Cómo se explica que estas teorías de mayor o menor vuelo no hayan encontrado hasta ahora la réplica adecuada? ¿Cómo se explica que comiencen a ser relegadas al olvido, que no se popularicen en nuestra prensa, que no se destaquen a primer plano, no se sabe por qué, algunas tesis fundamentales de la economía política marxista-leninista, que san el antídoto más eficaz contra esas teorías burguesas y pequeñoburguesas? ¿Acaso es difícil comprender que, sin una lucha implacable contra las teorías burguesas, sostenida sobre la base de la teoría marxista-leninista, es imposible el triunfo completo sobre los enemigos de clase?

La nueva experiencia práctica suscita un nuevo modo de abordar los problemas de la economía del período de transición. De un modo nuevo se plantean ahora las cuestiones de la Nep, de las clases, del ritmo de la edificación, de la ligazón de los obreros y los campesinos de la política del Partido. Y para no quedarse atrás de la experiencia práctica, hay que preocuparse ahora mismo de estudiar todos estos problemas desde el punto de vista de la nueva situación. De otra manera será imposible acabar con esas teorías burguesas, que ofuscan a nuestros trabajadores prácticos. De otra manera será imposible extirpar esas teorías, que adquieren la solidez de prejuicios, pues sólo luchando contra los prejuicios burgueses en el terreno de la teoría podremos fortalecer las posiciones del marxismo-leninismo.

Permitidme que pase a examinar los rasgos característicos siquiera sea de algunos de esos prejuicios burgueses que ostentan el nombre de teorías, y demostrar su inconsistencia al tiempo que esclarecemos algunos de los problemas cardinales de nuestra edificación.

---

[279] La Conferencia de especialistas agrarios marxistas, convocada por la Academia Comunista aneja al CEC de la URSS, transcurrió del 20 al 27 de diciembre de 1929. J. V. Stalin pronunció su discurso «En torno a las cuestiones de la política agraria de la URSS» el 27 de diciembre, en la reunión plenaria de clausura de la Conferencia.

I. La teoría del «equilibrio»

Sabréis, sin duda alguna, que a estas alturas todavía circula entre los comunistas la llamada teoría del "equilibrio» de los sectores de nuestra economía nacional. Esta teoría no tiene, naturalmente, nada de común con el marxismo. Sin embargo, la propagan algunos individuos del campo de los desviacionistas de derecha.

Según esa teoría, tenemos ante todo un sector socialista, que forma una especie de compartimento, y, además, un sector no socialista, capitalista si queréis, que forma otro compartimento diferente. Ambos compartimentos se deslizan por carriles distintos y avanzan tranquilamente, sin rozarse siquiera. La geometría nos dice que dos líneas paralelas no se encuentran nunca. Pero los autores de esta magnifica teoría entienden que esos sectores paralelos llegarán a reunirse un día, y que el día en que se reúnan advendrá en nuestro país el socialismo. Esa teoría no tiene en cuenta que detrás de tales «compartimentos» están las clases, y que los «compartimentos» en cuestión avanzan en medio de una furiosa lucha de clases, de una lucha a vida o muerte, de urna lucha bajo el signo de «quién vencerá a quién».

No es difícil comprender que esa teoría no tiene nada de común con el leninismo. No es difícil comprender que, objetivamente, esa teoría se marca la finalidad de defender las posiciones de la hacienda campesina individual, de proporcionar a los elementos kulaks una «nueva» arma teórica en su lucha contra los koljoses y de desacreditar las posiciones de los koljoses.

Y, sin embargo, esa teoría sigue hasta hoy circulando en nuestra prensa. Y no se puede decir que nuestros teóricos la hayan combatido en serio, ni mucho menos que le hayan asestado golpes demoledores. ¿Cómo se explica esta incongruencia, si no es por el atraso de nuestra teoría?

Bastaría, sin embargo, con sacar del arsenal del marxismo la teoría de la reproducción y contraponerla a esa teoría del equilibrio de los sectores, para que no quedase de esta última piedra sobre piedra. En efecto, la teoría marxista de la reproducción nos enseña que la sociedad moderna no puede desarrollarse sin acumular año tras año, y para poder acumular no hay más camino que la reproducción ampliada de año en año. Esto es claro y comprensible. Nuestra gran industria socialista centralizada se desarrolla según la teoría marxista de la reproducción ampliada, pues su volumen crece todos los años, tiene sus acumulaciones y avanza a pasos de siete leguas.

Pero nuestra gran industria no es toda la economía nacional. Al contrario: en nuestra economía nacional sigue predominando aún la pequeña hacienda campesina. ¿Se puede afirmar que nuestra pequeña hacienda campesina se rige, en su desarrollo, por el principio de la reproducción ampliada? No, no puede afirmarse. Nuestra pequeña hacienda campesina, lejos de ajustarse, en su conjunto, a la reproducción ampliada de año en año, experimenta lo contrario, pues es muy raro que pueda incluso llegar a la reproducción simple. ¿Se puede impulsar con ritmo acelerado nuestra industria socializada, teniendo una base agrícola como la pequeña hacienda campesina, incapaz de la reproducción ampliada y que, por si fuera poco, es la fuerza predominante de nuestra economía nacional? No, no es posible. ¿Se podría, durante un período más o menos largo, asentar el Poder Soviético y la edificación socialista sobre esas dos bases *distintas*: sobre la base de la industria socialista, la más grande y concentrada, y sobre la base de la pequeña economía mercantil campesina, la más dispersa y atrasada? No, esto no sería posible. Tarde o temprano conducirla necesariamente a un total derrumbamiento de toda la economía nacional.

¿Dónde está, pues, la solución? La solución está en ampliar las haciendas agrícolas, en hacer la agricultura apta para la acumulación, para la reproducción ampliada, transformando de este modo la base agrícola de la economía nacional.

Pero ¿cómo conseguirlo?

Para ello hay dos caminos. Existe el camino capitalista, que consiste en ampliar mediante su fusión las haciendas agrícolas implantando en ellas el capitalismo, lo cual implica el empobrecimiento del campesino y el desarrollo de empresas capitalistas en la agricultura. Nosotros rechazamos ese método como incompatible con la economía soviética.

Pero hay otro camino, el camino *socialista*, el cual consiste en organizar en la agricultura los koljoses y sovjoses y que conduce a la agrupación de las pequeñas haciendas campesinas en grandes haciendas colectivas, equipadas con los elementos de la técnica y la ciencia y capaces de seguir progresando, puesto que pueden ejercer la reproducción ampliada.

Por tanto, la cuestión está planteada así: o un camino, u otro; o marchamos hacia *atrás*, hacia el capitalismo, o hacia *adelante*, hacia el socialismo. No hay ni puede haber un tercer camino.

La teoría del «equilibrio» es el intento de trazar un tercer camino. Precisamente por eso, porque basa sus cálculos en ese (inexistente) tercer camino, es una teoría utópica y antimarxista.

Como veis, bastaba contraponer la teoría de Marx sobre la reproducción a la teoría del «equilibrio» de los sectores, para que no quedase de esta última piedra sobre piedra.

¿Por qué no lo hacen nuestros especialistas agrarios marxistas? ¿A quién puede beneficiar que esa ridícula teoría del «equilibrio» siga circulando en nuestra prensa y, en cambio, permanezca archivada la teoría marxista de la reproducción?

II. La teoría de la «espontaneidad» en la edificación socialista

Pasemos a examinar el segundo prejuicio arraigado en la economía política, la segunda teoría de tipo burgués. Me refiero a la teoría de la «espontaneidad» en la edificación socialista, teoría que nada tiene que ver con el marxismo y que, sin embargo, propagan celosamente nuestros camaradas del campo derechista.

Los autores de esta teoría afirman, sobre poco más o menos, lo siguiente: en nuestro país existía el capitalismo, la industria se desarrollaba sobre una base capitalista, y el campo marchaba detrás de la ciudad capitalista de un modo espontáneo, de por sí, transformándose a imagen y semejanza de la ciudad capitalista. Pues bien, si bajo el capitalismo ocurría *así*, ¿por qué no ha de ocurrir lo mismo con la economía soviética? ¿Por qué el campo, la pequeña hacienda campesina, no puede marchar espontáneamente tras de la ciudad socialista, transformándose también espontáneamente a imagen y semejanza de ella? Los autores de esta teoría afirman, apoyándose en este argumento, que el campo puede marchar tras de la ciudad socialista de un modo espontáneo. De ahí la pregunta: ¿merece la pena preocuparse tanto de la creación de sovjoses y koljoses?, ¿merece la pena que rompamos lanzas por ello, si el campo puede, sin necesidad de más, marchar tras de la ciudad socialista?

Ahí tenéis otra teoría que, objetivamente, se propone colocar en manos de los elementos capitalistas del campo una nueva arma para su lucha contra los koljoses.

El fondo antimarxista de esa teoría no deja lugar a dudas.

¿No es extraño que nuestros teóricos no hayan encontrado aún, a estas alturas, tiempo para demoler tan peregrina teoría, que ofusca a nuestros trabajadores prácticos del movimiento koljosiano?

El papel dirigente de la ciudad socialista respecto al campo individualista, en el que prevalece la pequeña hacienda campesina, es, sin duda, grande e inestimable. En ello, precisamente, se basa el papel transformador de la industria con relación a la agricultura. Pero ¿acaso basta eso para que el campo, con su pequeña hacienda campesina, marche por propio impulso tras de la ciudad por el cauce de la edificación socialista? No, no basta.

Bajo el capitalismo, el campo seguía espontáneamente a la ciudad, porque la economía capitalista de la ciudad y la pequeña economía mercantil del campesino individual son, en el fondo, *un solo tipo* de economía. Naturalmente, la pequeña economía mercantil del campesino no es aún una economía capitalista. Pero, en el fondo, es el mismo tipo de economía que el capitalismo, puesto que se apoya en la propiedad privada sobre los medios de producción. Lenin tiene mil veces razón cuando, en sus notas relativas al folleto «La economía del período de transición» de Bujarin, habla de la «tendencia mercantil-*capitalista* de los campesinos» en contraste con la «tendencia *socialista* del proletariado». Eso, precisamente, explica por qué «la pequeña producción *engendra* capitalismo y burguesía constantemente, cada día, cada hora, espontáneamente y en masa» (*Lenin*).

¿Puede afirmarse que la pequeña economía mercantil campesina sea también, en esencia, un mismo tipo de economía que la producción socialista de la ciudad? Es evidente que no puede afirmarse tal cosa sin romper con el marxismo. De otro modo, Lenin no diría que «mientras vivamos en un país de pequeñas haciendas campesinas, el capitalismo tendrá en Rusia una base económica más sólida que el comunismo».

Por tanto, la teoría de la «espontaneidad» en la edificación socialista es una teoría podrida, antileninista.

Por tanto, para que el campo, con sus pequeñas haciendas campesinas, siga a la ciudad socialista, hace falta, aparte de todo lo demás, una cosa: *implantar* en el campo grandes haciendas socialistas, bajo la forma de sovjoses y koljoses, como base del socialismo, capaces de *arrastrar* consigo, con la ciudad socialista a la cabeza, a las grandes masas campesinas.

Por tanto, la teoría de la «espontaneidad» en la edificación socialista es una teoría antimarxista. La ciudad socialista sólo puede *arrastrar* consigo al campo, con sus pequeñas haciendas campesinas, *implantando* koljoses y sovjoses en el campo y transformando la aldea de un modo nuevo, al modo socialista.

Es extraño que esta teoría antimarxista de la «espontaneidad» en la edificación socialista no haya encontrado hasta hoy la merecida réplica por parte de nuestros teóricos agrarios.

III. La teoría de la «estabilidad» de la pequeña hacienda campesina

Pasemos a examinar el tercer prejuicio arraigado en la economía política: la teoría de la «estabilidad» de la pequeña hacienda campesina. Nadie ignora las objeciones de la economía política burguesa a la conocida tesis del marxismo, que afirma las ventajas de las grandes explotaciones sobre las pequeñas, tesis que, según sus impugnadores, sólo rige para la industria, pero que es inaplicable a la agricultura. Los teóricos socialdemócratas del tipo de David y de Hertz, que propugnan esta teoría, intentan «apoyarse» en el hecho de que el pequeño campesino es paciente y sufrido, que está dispuesto a afrontar todas las privaciones con tal de defender su puñado de tierra, por cuya razón la pequeña hacienda campesina da muestras de estabilidad en la lucha contra la gran hacienda agrícola.

No es difícil comprender que semejante «estabilidad» es peor que cualquier inestabilidad. No es difícil comprender que el móvil de esta teoría antimarxista no es otro que ensalzar y afianzar el régimen capitalista, ruinoso para las masas de millones de pequeños campesinos. Precisamente por eso, porque persigue ese móvil, es por lo que a los marxistas les ha sido tan fácil destruir esta teoría.

Pero ahora no se trata de eso. De lo que se trata es de que nuestra experiencia práctica, la realidad de nuestro país aporta nuevos argumentos contra esa teoría, y nuestros teóricos, inexplicablemente, no quieren o no saben utilizar esta nueva arma contra los enemigos de la clase obrera. Me refiero a la experiencia práctica de la supresión de la propiedad privada sobre la tierra, a la experiencia práctica de la nacionalización de la tierra en nuestro país, que emancipa al pequeño campesino del apego servil a su puñado de tierra, facilitando con ello el paso de la *pequeña* hacienda campesina a la *gran* hacienda colectiva.

En efecto, ¿qué es lo que inspiraba, lo que inspira y lo que todavía seguirá inspirando al pequeño campesino de la Europa Occidental ese apego por su pequeña hacienda mercantil? Ante todo y sobre todo, el puñado de tierra de su propiedad, la propiedad privada sobre la tierra. Se pasaba años enteros ahorrando para comprar unos terrones y, cuando lograba adquirirlos, era natural que no quisiera perderlos, que prefiriera pasar por toda clase de privaciones, que prefiriera vivir en el salvajismo y en la miseria, antes que perder ese puñado de tierra, base de su hacienda individual.

¿Puede afirmarse que ese factor sigue existiendo en la misma forma en nuestro país, dentro de las condiciones del régimen soviético? No, no puede afirmarse. No puede afirmarse, porque en nuestro país no hay propiedad privada sobre la tierra. Y precisamente por ello, porque en nuestro país no hay propiedad privada sobre la tierra, nuestros campesinos no tienen ese apego servil por la tierra que sienten los campesinos del Occidente. Y esta circunstancia no puede por menos de facilitar el paso de la pequeña hacienda campesina al cauce de los koljoses.

Tal es una de las causas de que a las *grandes* haciendas agrícolas, a los koljoses, les sea tan fácil, en nuestro país, bajo las condiciones creadas por la nacionalización de la tierra, demostrar sus *ventajas* sobre la *pequeña* hacienda campesina.

Ahí reside la gran importancia revolucionaria de las leyes agrarias soviéticas, que suprimieron la renta absoluta del suelo, abolieron la propiedad privada sobre la tierra y decretaron su nacionalización.

Y esto nos brinda, por tanto, un nuevo argumento contra los economistas burgueses, que proclaman la estabilidad de la pequeña hacienda campesina en la lucha de ésta contra la hacienda grande.

¿Por qué nuestros teóricos agrarios no utilizan a fondo este nuevo argumento en su lucha contra toda suerte de teorías burguesas?

Al proceder a la nacionalización de la tierra, partimos, entre otras cosas, de las premisas teóricas que contienen el tercer tomo de «El Capital», la conocida obra de Marx «Teorías de la plusvalía» y los trabajos agrarios de Lenin, que son un riquísimo venero de pensamientos teóricos. Al decir esto, me refiero a la teoría de la renta del suelo en general, y a la teoría de la renta absoluta del suelo en particular. Hoy es evidente que las tesis teóricas contenidas en estas obras han sido brillantemente confirmadas por la experiencia práctica de nuestra edificación socialista en la ciudad y en el campo.

Lo único que no se comprende es por qué las teorías anticientíficas de los economistas «soviéticos» tipo Chaiánov pueden circular libremente en nuestra prensa y los geniales trabajos de Marx, Engels y Lenin sobre la teoría de la renta del suelo y de la renta absoluta del suelo, lejos de ser popularizados y destacados a un primer plano, deben permanecer arrumbados.

Recordaréis, sin duda, el conocido folleto de Engels «El problema campesino». Recordaréis, sin duda, con qué prudencia aborda Engels el problema del paso de los pequeños campesinos a la senda de la economía cooperativa, a la senda de la economía colectiva. Permitidme que cite el pasaje del folleto de Engels que trata de esto:

«Nosotros estamos resueltamente de parte del pequeño campesino; haremos todo cuanto sea admisible para hacer más llevadera su suerte, para hacerle más fácil el paso al régimen cooperativo, caso de que se decida a él, e incluso para facilitarle *un largo plazo de tiempo* para que lo piense *en su parcela*,[280] si no se decide a tomar todavía esta determinación».[281]

Veis con qué prudencia aborda Engels la cuestión del paso de la hacienda campesina individual a la vía del colectivismo. ¿Cómo se explica esa prudencia de Engels, que a primera vista podría parecer exagerada? ¿De qué premisa parte al razonar así? Indudablemente, parte de la existencia de la propiedad privada sobre la tierra, del hecho de que el campesino posee «su parcela», de la cual le costará trabajo desprenderse. Tal es el campesino del Occidente. Tal es el campesino de los países capitalistas, en los que existe la propiedad privada sobre la tierra. Se comprende que en este caso se requiera gran prudencia.

---

[280] Subrayado por mí. *J. St.*

[281] F. Engels, «El problema campesino en Francia y en Alemania», pág. 66, ed. en ruso, 1922 (véase: C. Marx y F. Engels, Obras escogidas en dos tomos, t. II, pág. 409, ed. en español, Moscú, 1952).

¿Puede afirmarse que en nuestro país, en la URSS, exista la misma situación? No, no puede afirmarse. Y no puede afirmarse, porque en la URSS no existe propiedad privada sobre la tierra, que es lo que infunde al campesino el apego a su hacienda individual. No puede afirmarse, porque en la URSS la tierra está nacionalizada, y ello facilita el paso del campesino individual al cauce del colectivismo.

He ahí una de las causas de la facilidad y la rapidez relativas con que en nuestro país se desarrolla últimamente el movimiento koljosiano.

Es lamentable que nuestros teóricos agrarios no hayan intentado aún poner de relieve con la debida claridad esta diferencia entre la situación del campesino en la URSS y en el Occidente. Esta labor tendría, sin embargo, una importancia formidable no sólo para nosotros, para los militantes soviéticos, sino también para los comunistas de todos los países; pues para la revolución proletaria en los países capitalistas no es lo mismo que, al día siguiente de la toma del Poder por el proletariado, haya que edificar el socialismo sobre la base de la nacionalización de la tierra o sin esta base.

En un artículo publicado hace poco en la prensa («El año del gran viraje»), exponía yo los conocidos argumentos en pro de la superioridad de la gran hacienda agrícola sobre la pequeña, refiriéndome a los grandes sovjoses. Huelga demostrar que todos esos argumentos son íntegra y completamente aplicables a los koljoses, que también son grandes unidades económicas. Y al decir esto, no me refiero solamente a los koljoses más desarrollados, que poseen una base de máquinas y tractores, sino también a los koljoses de tipo primario, que representan, por decirlo así, el período manufacturero del desarrollo de los koljoses y que se valen de los aperos de los campesinos. Me refiero a esos koljases de tipo primario que se crean actualmente en las zonas de colectivización total y que se basan en la simple reunión de los instrumentos de producción de los campesinos.

Tomemos, por ejemplo, los koljoses de la zona del Jopior, en la antigua región del Don. A primera vista, si tomamos en consideración los elementos técnicos, estos koljoses no parecen diferenciarse en nada de la pequeña hacienda campesina (pocas máquinas, pocos tractores). Sin embargo, la simple reunión de los instrumentos campesinos en los koljoses produce un efecto con el que ni siquiera habían soñado nuestros trabajadores prácticos. ¿Cómo se concreta este efecto? El paso de los campesinos a los koljoses se ha traducido en un aumento del 30, del 40 y del 50% del área de cultivo. ¿Cómo explicarse este efecto «vertiginoso»? Por el hecho de que los campesinos, impotentes bajo el régimen del trabajo individual, se han convertido en una fuerza poderosísima al reunir sus instrumentos de trabajo y agruparse en los koljoses. Por el hecho de que los campesinos se han puesto en condiciones de explotar las tierras baldías y vírgenes, que bajo el régimen de trabajo individual eran difícilmente cultivables. Por el hecho de que los campesinos se han colocado en condiciones de tomar las tierras vírgenes en sus manos, de poner en cultivo los yermos, los pegujales, los linderos, etc.

El cultivo de las tierras baldías y vírgenes es de importancia capital para nuestra agricultura. Como sabéis, la cuestión agraria fue en tiempos pasados el eje del movimiento revolucionario en Rusia. Sabéis que el movimiento agrario se proponía, entre otras cosas, acabar con la escasez de tierras. Había por aquel entonces muchos que pensaban que la escasez de tierras era absoluta; es decir, que en Rusia no había ya tierras libres aptas para el cultivo. ¿Y qué ha demostrado la realidad? Hoy es de una evidencia absoluta que en la URSS había y hay decenas de millones de hectáreas de tierras incultas; pero el campesino, con sus pobres instrumentos de trabajo, no tenía la menor posibilidad de cultivarlas. Precisamente por eso, porque se veía imposibilitado de cultivar las tierras vírgenes y baldías, se sentía atraído por las «tierras fáciles», por las tierras de propiedad de los terratenientes, por las tierras que el campesino podía cultivar con sus aperos y su trabajo individual. Este era el origen de la «escasez de tierras». No es, pues, extraño que nuestro «Trust de los cereales», dotado de tractores, esté hoy en condiciones de poner en explotación unos veinte millones de hectáreas de tierras incultas, no ocupadas por los campesinos y que habría sido imposible cultivar bajo el sistema del trabajo individual y con los aperos de la pequeña hacienda campesina.

La importancia del movimiento koljosiano en todas sus fases -tanto en su fase primaria como en su fase más avanzada, en que ya está dotado de tractores- estriba, entre otras cosas, en que los campesinos pueden poner ahora en cultivo las tierras baldías y vírgenes. Ese es el secreto del formidable aumento de la superficie de siembra, tan pronto como los campesinos pasan al sistema del trabajo colectivo. Ahí reside una de las causas de la superioridad de los koljoses respecto a la hacienda campesina individual.

Huelga decir que la superioridad de los koljoses respecto a la hacienda campesina individual será todavía más innegable cuando esos koljoses de tipo primario de las zonas de colectivización total cuenten con la ayuda de nuestras estaciones y columnas de máquinas y tractores, cuando los koljoses mismos puedan concentrar en sus manos los tractores y las segadoras-trilladoras.

IV. La ciudad y el campo

Hay un prejuicio, cultivado por los economistas burgueses, el de las llamadas «tijeras», al que se debe declarar una guerra implacable, como a todas las demás teorías burguesas extendidas, por desgracia,

en la prensa soviética. Me refiero a la teoría de que la Revolución de Octubre ha dado a los campesinos menos que la revolución de febrero, de que, hablando en propiedad, la Revolución de Octubre no ha dado nada a los campesinos.

Este prejuicio lo mantuvo algún tiempo en circulación en nuestra prensa un economista «soviético». Cierto que ese economista «soviético» se desdijo más tarde de su teoría. (Una voz: «¿Quién era?».) Era Groman. Pero la oposición trotskista-zinovievista la recogió y la utilizó contra el Partido. Y no hay razón alguna para afirmar que en la actualidad no siga circulando entre los medios «soviéticos».

Es un problema muy importante, camaradas. Es algo que afecta a las relaciones entre la ciudad y el campo, a la supresión de la oposición entre la ciudad y el campo; afecta al candente problema de las «tijeras». Por eso creo que merece la pena que nos ocupemos de esta peregrina teoría.

¿Es cierto que la Revolución de Octubre no ha dado nada a los campesinos? Acudamos a los hechos.

Tengo aquí el conocido resumen del conocido especialista en estadística camarada Nernchínov, publicado en mi artículo «En el frente de los cereales»[282]. De este resumen se desprende que, antes de la revolución, los terratenientes «producían» un mínimo de 600 millones de puds de cereales. Es decir, que los *terratenientes* disponían entonces de unos 600 millones de puds de cereales.

Según ese resumen, los *kulaks* «producían» en aquella época 1.900 millones de puds. Era una fuerza muy considerable la que los kulaks poseían entonces.

Los *campesinos pobres y medios* producían, a su vez, según el mismo resumen, 2.500 millones de puds.

Tal era la situación en la vieja aldea, en la aldea de antes de la Revolución de Octubre.

¿Qué cambios se han operado en el campo después de Octubre? Tomaré las cifras del citado resumen estadístico. Fijémonos, por ejemplo, en 1927. ¿Cuánto produjeron ese año los *terratenientes*? Es lógico que no produjeron ni podían producir nada, ya que los terratenientes fueron suprimidos por la Revolución de Octubre. Y es bien comprensible que esto debía ser un gran alivio para los campesinos, que de tal modo se libraron del yugo de los terratenientes. Esto ha sido, indudablemente, un gran beneficio para los campesinos, beneficio que deben a la Revolución de Octubre.

¿Cuánto produjeron los kulaks en 1927? 600 millones de puds de cereales, en vez de 1.900 millones. Es decir, que el período posterior a la Revolución de Octubre redujo la fuerza de los kulaks a menos de un tercio. Es bien comprensible que esto debía ser por fuerza un alivio en la situación de los campesinos pobres y medios.

¿Y cuánto produjeron en 1927 los *campesinos pobres y medios*? 4.000 millones de puds, en vez de 2.500 millones. Es decir, que, después de la Revolución de Octubre, los campesinos pobres y medios han llegado a producir 1.500 millones de puds de cereales más que antes de la revolución.

Tales son los hechos, demostrativos de que los campesinos pobres y medios han obtenido de la Revolución de Octubre ventajas colosales.

He ahí lo que la Revolución de Octubre ha dado a los campesinos pobres y medios.

¿Cómo, después de esto, se puede afirmar que la Revolución de Octubre no ha dado nada a los campesinos?

Pero esto no es todo, camaradas. La Revolución de Octubre suprimió la propiedad privada sobre la tierra, acabó con el régimen de compraventa de la tierra, implantó la nacionalización del suelo. ¿Qué significa eso? Significa que ahora, para producir cereales, el campesino no necesita ya comprar la tierra. Antes, se pasaba años y años ahorrando lo necesario para adquirir tierra, se hundía en un mar de deudas, se dejaba explotar, todo para adquirir tierra. Y el dinero invertido en comprar la tierra recargaba, naturalmente, el coste de la producción de los cereales.

Hoy, el campesino no necesita hacer eso. Hoy puede producir cereales sin necesidad de comprar la tierra. Por consiguiente, los cientos de millones de rublos que los campesinos gastaban antes en la compra de tierra se quedan ahora en sus bolsillos. ¿Representa esto o no un alivio para el campesino? Claro está que sí.

Prosigamos. Hasta hace poco, el campesino véiase obligado a arañar la tierra con sus viejos aperos y sus solas manos. Todo el mundo sabe que el trabajo individual, con los viejos instrumentos de producción ya hoy inadecuados, no da el rendimiento indispensable para una vida llevadera, para elevar de un modo sistemático el nivel material del campesino, para desarrollar su cultura y llevarlo al ancho camino de la edificación socialista. Hoy, después del desarrollo intensivo del movimiento koljosiano, el campesino puede asociar su trabajo al trabajo de sus vecinos, agruparse con ellos en el koljós, roturar las tierras vírgenes y aprovechar las tierras baldías, obtener máquinas y tractores, duplicando y hasta triplicando con ello la productividad de su trabajo. ¿Y qué significa esto? Significa que hoy los campesinos, gracias a su reunión en koljoses, pueden producir mucho más que antes con el mismo esfuerzo. Significa, por tanto, que la producción de cereales resulta ahora mucho más barata que hasta últimamente. Significa, finalmente, que, con el carácter estable de los precios, el campesino puede sacar de los cereales mucho más de lo que sacaba antes.

¿Cómo, después de todo esto, se puede afirmar

[282] Véase: J. V. Stalin, Obras, t. 11, págs. 84-100, ed. en español.

que la Revolución de Octubre no ha dado ventaja alguna a los campesinos?

¿No es evidente, acaso, que quienes propalan esas patrañas calumnian a las claras al Partido y al Poder Soviético?

Pero ¿qué se desprende de todo ello?

Se desprende que la cuestión de las «tijeras», la cuestión de acabar con este fenómeno, debe plantearse hoy de un modo nuevo. Se desprende que, si el movimiento koljosiano sigue avanzando con el ritmo actual, las «tijeras» serán suprimidas en un futuro próximo. Se desprende que el problema de las relaciones entre la ciudad y el campo se plantea sobre una base nueva, que la oposición entre la ciudad y el campo irá borrándose con ritmo acelerado.

Esta circunstancia, camaradas, es de una importancia formidable para toda nuestra obra de edificación. Esto hace cambiar la psicología del campesino y le orienta hacia la ciudad. Esto crea un terreno favorable para acabar con la oposición entre la ciudad y el campo. Esto da base para que la consigna del Partido, «de cara al campo», se complemente con la consigna de los campesinos koljosianos, «de cara a la ciudad».

Y ello no tiene nada de particular, pues el campesino recibe ahora de la ciudad máquinas, tractores, agrónomos, organizadores y, finalmente, ayuda directa para combatir y vencer a los kulaks. El campesino de tipo antiguo, con su desconfianza zoológica hacia la ciudad, en la que veía un expoliador, va pasando a segundo plano. Lo sustituye un campesino nuevo, el campesino koljosiano, que mira a la ciudad con la esperanza de obtener de ella una ayuda real *para la producción*. El campesino de tipo antiguo, temeroso de caer en campesino pobre y que sólo furtivamente escalaba el puesto de kulak (¡podían despojarle del derecho electoral!), se ve sustituído por un nuevo tipo de campesino, ante el cual se abre una nueva perspectiva: la de entrar en el koljós y salir de la miseria y la ignorancia para marchar por el ancho camino del progreso económico y cultural.

Tal es el giro que toman las cosas, camaradas.

Por eso resulta tanto más lamentable, camaradas, que nuestros teóricos agrarios no hayan tomado todas las medidas necesarias para demoler y extirpar las teorías burguesas de toda laya, que tratan de desacreditar las conquistas de la Revolución de Octubre y el creciente movimiento koljosiano.

V. La naturaleza de los koljoses

Los koljoses, como *tipo* de economía, son una de las formas de la economía socialista. Acerca da ello no puede caber ninguna duda.

Uno de los oradores ha hablado aquí para desacreditar los koljoses. Ha afirmado que los koljoses, como entidades económicas, no presentan ninguna afinidad con la forma socialista de economía. Debo manifestar, camaradas, que esta calificación de los koljoses es absolutamente falsa. Y no puede haber la menor duda de que no tiene nada que ver con la realidad.

¿Qué es lo que define un tipo de economía? Son, evidentemente, las relaciones que se establecen entre los hombres en el proceso de producción. ¿Qué otra cosa, si no, podría definir un tipo de economía? ¿Y acaso en el koljós hay una clase de personas que poseen los medios de producción y otra clase de personas carentes de estos medios? ¿Acaso en el koljós hay clase de explotadores y clase de explotados? ¿Acaso el koljós no representa la socialización de los instrumentos fundamentales de producción sobre la tierra perteneciente al Estado? ¿Qué motivos hay para afirmar que los koljoses, como tipo de economía, no son una de las formas de la economía socialista?

Es indudable que en el seno de los koljoses hay contradicciones. Es indudable que en el seno de los koljoses hay supervivencias individualistas y hasta kulakistas, que aún no han desaparecido, pero que desaparecerán forzosamente con el tiempo, a medida que los koljoses se fortalezcan, a medida que se les dote de maquinaria. Pero ¿acaso se puede negar que, tomados en conjunto, con todas sus contradicciones y sus defectos, los koljoses, como hecho *económico*, representan, en lo fundamental, una nueva trayectoria de desarrollo del campo, la trayectoria de desarrollo *socialista* del campo, en *oposición* a la trayectoria kulakista, *capitalista*, de desarrollo? ¿Acaso se puede negar que los koljoses (hablo de los koljoses, y no de los seudokoljoses) son, atendidas las condiciones de nuestro país, la base y el foco de la edificación socialista en el campo, que se han formado en rabiosa pugna con los elementos capitalistas?

¿No es evidente que carecen de toda base los intentos de algunos camaradas de desacreditar a los koljoses y presentarlos como una forma burguesa de economía?

En 1923 no había aún en nuestro país un movimiento koljosiano de masas. En su folleto «Sobre la cooperación», Lenin tuvo presentes todos los tipos de cooperación, tanto los inferiores (las cooperativas de consumo y de venta) como los superiores (la forma koljosiana), ¿Y qué decía entonces Lenin acerca de la cooperación y de las empresas cooperativas? Escuchad un pasaje de este folleto:

«Bajo nuestro régimen actual, las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas privadas por ser empresas colectivas, pero *no se diferencian*[283] de las empresas socialistas, siempre y cuando que se basen en la tierra y empleen medios de producción pertenecientes al Estado, es

[283] Subrayado por mí. *J. St.*

decir, a la clase obrera» (t. XXVII, pág. 396).

Como veis, Lenin no toma las cooperativas como empresas aisladas, sino en relación con nuestro régimen existente, ligándolas al hecho de que funcionan en tierra perteneciente al Estado, en un país en que los medios de producción pertenecen al Estado; y al examinarlas de este modo, Lenin afirma que las empresas cooperativas no se distinguen de las empresas socialistas.

Así se expresa Lenin, hablando de las empresas cooperativas en general.

¿No es evidente que lo mismo puede decirse, y con mayor razón aún, de los koljoses del período presente?

Eso explica también, entre otras razones, que Lenin considere que «el simple desarrollo de la cooperación», bajo las condiciones de nuestro país, «se identifica con el desarrollo del socialismo».

Veis, pues, que, al desacreditar a los koljoses, el orador a que antes me refería ha cometido un error gravísimo contra el leninismo.

Y de ahí se desprende otro error que ha cometido el mismo orador y que se refiere a la lucha de clases en los koljoses. Describía este orador tan a lo vivo la lucha de clases en los koljoses, que parece como si *no se distinguiese* de la lucha de clases fuera de ellos. Más aún: se podría creer que en los koljoses se hace todavía más encarnizada. Por cierto que no ha sido ese orador el único en incurrir en este defecto. Las habladurías acerca de la lucha de clases, los gritos, la chillería en torno a esa lucha de clases dentro de las koljoses son hoy algo típico de todos nuestros charlatanes «izquierdistas», y lo más cómico de los gritos es que esos alborotadores «ven» lucha de clases donde no la hay o casi no la hay y, en cambio, no la ven donde existe y se desborda.

¿Hay elementos de lucha de clases en los koljoses? Sí, los hay. No puede por menos de haber elementos de lucha de clases en los koljoses, existiendo en ellos, como todavía existen, vestigios de la psicología individualista, e incluso de la psicología del kulak; existiendo todavía en ellos, como existe, cierta desigualdad en la situación económica. Pero ¿puede afirmarse que la lucha de clases que se desarrolla dentro de las koljoses tiene el mismo carácter que la que se desarrolla fuera de ellos? No, no se puede. Ahí reside, precisamente, el error de nuestros charlatanes «izquierdistas», en que no ven esta diferencia.

¿Qué representa la lucha de clases *fuera* de los koljoses antes de crearse éstos? Representa la lucha contra los kulaks, que *poseen* los instrumentos y medios de producción, y mediante los cuales *sojuzgan* a los campesinos pobres. Representa una lucha a vida o muerte.

¿Y qué significa la lucha de clases *sobre la base* de los koljoses? Significa, ante todo, que el kulak ha sido derrotado y desposeído de los instrumentos y medios de producción. Significa, en segundo lugar, que los campesinos pobres y medios se han agrupado en koljoses, socializando en ellos los instrumentos y medios fundamentales de producción. Significa, en fin, que la lucha dentro de ellos se ventila entre los koljosianos que no se han emancipado aún de las supervivencias individualistas y kulakistas, y que intentan aprovecharse de esa desigualdad relativa que aún subsiste en los koljoses, y los koljosianos que anhelan desterrar de los koljoses esas supervivencias y esas desigualdades. ¿No es evidente que sólo a los ciegos se les puede escapar la diferencia entre la lucha de clases que se libra sobre la base de los koljoses y la que se desarrolla fuera de ellos?

Sería un error pensar que, si hay koljoses, tenemos ya todo lo necesario para edificar el socialismo. Y todavía sería un error de más bulto pensar que los koljosianos se han convertido ya en socialistas. No, costará aún muchos esfuerzos transformar al campesino koljosiano, corregir su psicología individualista y hacer de él un auténtico trabajador de la sociedad socialista. Y este proceso avanzará más de prisa, conforme proporcionemos máquinas y tractores a los koljoses. Pero esto no afecta en lo más mínimo a la trascendental importancia de los koljoses como palancas de la transformación socialista del campo. La gran importancia de los koljoses consiste, precisamente, en que son la base fundamental para el empleo de máquinas y tractores en la agricultura, en que son la base fundamental para la transformación del campesino, para cambiar su psicología en el espíritu del socialismo. Lenin tiene razón cuando dice:

«La labor de rehacer al pequeño agricultor, la labor de rehacer toda su psicología y todos sus hábitos es obra de varias generaciones. Resolver este problema en relación con el pequeño agricultor, sanear, por decirlo así, toda su psicología, únicamente puede hacerlo la base material, la maquinaria, el empleo en gran escala de tractores y otras máquinas en la agricultura, la electrificación en escala masiva» (t. XXVI, pág. 239).

¿Quién puede negar que los koljoses son, precisamente, la única forma de economía socialista mediante la cual pueden los millones y millones de pequeños campesinos individuales ser incorporados a la gran hacienda con sus máquinas y tractores como palancas del auge económico, como palancas del desarrollo socialista de la agricultura?

Nuestros charlatanes «izquierdistas» han olvidado todo esto.

Y también lo ha olvidado nuestro orador.

VI. Los cambios en las relaciones de clase y el viraje en la política del partido

Finalmente, el problema de los cambios en las relaciones de clase dentro del país y de la ofensiva del socialismo contra los elementos capitalistas del campo.

Lo característico en el trabajo de nuestro Partido durante el año último consiste en que nosotros, como Partido y como Poder Soviético,

a) hemos desplegado la ofensiva en todo el frente contra los elementos capitalistas del campo,

b) en que esta ofensiva ha dado y sigue dando, como es sabido, resultados *positivos* muy tangibles.

¿Qué significa esto? Significa que hemos pasado de la política de *restricción* de las tendencias explotadoras de los kulaks a la política de *liquidación* de los kulaks como clase. Significa que hemos dado y seguimos dando un viraje decisivo en toda nuestra política.

Hasta hace poco, el Partido propugnaba *restringir* las tendencias explotadoras de los kulaks. Como es sabido, esta política fue proclamada ya en el VIII Congreso del Partido. Esta misma política fue proclamada otra vez al implantarse la Nep y en el XI Congreso de nuestro Partido. Todos recordaréis la célebre carta de Lenin sobre las tesis de Preobrazhenski (de 1922), en la que de nuevo insistía en la necesidad de aplicar precisamente esta política. Finalmente, la ratificó el XV Congreso de nuestro Partido. Es la política que hemos venido aplicando hasta últimamente.

¿Era acertada esta política? Sí, entonces lo era indudablemente. ¿Podíamos hace cinco años o incluso hace tres emprender semejante ofensiva contra los kulaks? ¿Podíamos en aquel tiempo confiar en que la ofensiva tuviese éxito? No, no podíamos. Esto hubiera sido un aventurerismo muy arriesgado. Esto hubiera sido jugar de un modo peligrosísimo a la ofensiva, pues hubiéramos fracasado de seguro, afianzando con ello las posiciones de los kulaks. ¿Por qué? Porque no disponíamos aún de esos puntos de apoyo en el campo que constituyen hoy la extensa red de sovjoses y koljoses y en los cuales pudiéramos basar una ofensiva resuelta contra los kulaks. Porque por aquel entonces no estábamos aún en condiciones de *sustituir* la producción capitalista del kulak por la producción socialista de los koljoses y sovjoses.

En 1926-1927, la oposición zinovievista-trotskista se esforzó por imponer al Partido la política de ofensiva inmediata contra los kulaks. El Partido no se lanzó a esta peligrosa aventura, pues sabía que no es de gentes serias jugar a la ofensiva. La ofensiva contra los kulaks es una cosa seria, que no hay que confundir con las frases declamatorias contra los kulaks. Ni hay que confundirla tampoco con la política de escaramuzas con los kulaks, que la oposición zinovievista-trotskista se empeñaba en imponer al Partido. Lanzarse a la ofensiva contra los kulaks significa aplastarlos y liquidarlos como clase. Si no se persigue este objetivo, la ofensiva no es más que un tema discursivo, una escaramuza, vacua charlatanería, cualquier cosa menos una verdadera ofensiva bolchevique. Lanzarse a la ofensiva contra los kulaks significa prepararse para ello y asestarles un golpe serio, tan serio, que no puedan volver a levantar cabeza. Esto es lo que nosotros, los bolcheviques, llamamos una verdadera ofensiva. ¿Podíamos emprender esta ofensiva, con perspectivas de éxito, hace cinco o incluso hace tres años? No, no podíamos.

En efecto, el kulak producía, en 1927, más de 600 millones de puds de cereales, de los cuales vendía fuera del campo, por vía de intercambio, unos 130 millones de puds. Era una fuerza bastante seria, que forzosamente debía tomarse en consideración. ¿Cuánto producían por aquel entonces nuestros koljoses y sovjoses? Unos 80 millones de puds, de los que lanzaban al mercado (grano mercantil) unos 35 millones. Juzgad vosotros mismos si, en estas condiciones, podíamos entonces sustituir la producción y el grano mercantil de los kulaks por la producción y el grano mercantil de nuestros koljoses y sovjoses. Es evidente que no podíamos.

¿Qué hubiera significado, en estas condiciones, emprender una ofensiva resuelta contra los kulaks? Hubiera significado un fracaso seguro, afianzar las posiciones de los kulaks y quedarse sin pan. Por eso no podíamos ni debíamos acometen entonces una ofensiva decisiva contra los kulaks, a despecho de las aventureras tiradas declamatorias de la oposición zinovievista-trotskista.

¿Y ahora? ¿Cuál es ahora la situación? Ahora contamos ya con una base material suficientemente fuerte para asestar golpes a los kulaks, para vencer su resistencia, para liquidarlos como clase y *sustituir* su producción por la producción de los koljoses y sovjoses. Como es sabido, en 1929, la producción de cereales de los koljoses y sovjoses no ha bajado de 400 millones de puds (200 millones de puds menos que la producción global de los kulaks en 1927). Sabido es asimismo que, en 1929, los koljoses y sovjoses han lanzado al mercado más de 130 millones de puds (es decir, más que los kulaks en 1927). Y es sabido, finalmente, que, en 1930, la producción global de cereales de los koljoses y sovjoses no bajará de 900 millones de puds (es decir, que excederá a la producción global de los kulaks en 1927), de los cuales irán al mercado 400 millones de puds, por lo menos (o sea, una cantidad incomparablemente superior a la de los kulaks en 1927).

Así se plantea actualmente la situación, camaradas.

Ese es el desplazamiento producido en la economía de nuestro país.

Hoy contamos, pues, como veis, con la base material necesaria para *sustituir* la producción de los

kulaks por la producción de los koljoses y sovjoses. Por eso, precisamente, nuestra ofensiva decisiva contra los kulaks logra hoy éxitos indudables.

Así es como hay que lanzarse a la ofensiva contra los kulaks, si es que queremos una ofensiva verdadera y decisiva, y no nos limitamos a vacuas declamaciones contra ellos.

Por eso hemos pasado últimamente de la política de restricción de las tendencias explotadoras de los kulaks a la política de *liquidación de los kulaks como clase*.

¿Y la política de deskulakización? ¿Es posible admitir la deskulakización en las zonas de colectivización total?, preguntan de distintos sitios. ¡La pregunta es ridícula! La deskulakización era inadmisible mientras nos ateníamos al criterio de la restricción de las tendencias explotadoras de los kulaks, mientras no podíamos pasar a la ofensiva resuelta contra los kulaks, mientras no podíamos sustituir su producción por la producción de los koljoses y sovjoses. La política de no permitir la deskulakización era entonces necesaria y acertada. ¿Y ahora? Ahora, la cosa ha cambiado. Ahora podemos ya emprender una ofensiva resuelta contra los kulaks, vencer su resistencia, liquidarlos como clase y sustituir su producción por la producción de los koljoses y sovjoses. La deskulakización la efectúan ahora las propias masas de campesinos pobres y medios que realizan la colectivización total. La deskulakización en las zonas de colectivización total ya no es ahora una simple medida administrativa, sino que constituye parte integrante de la creación y desarrollo de los koljoses. Por eso es ridículo y poco serio extenderse ahora sobre la deskulakización. Cortada la cabeza, no se llora el pelo perdido.

No menos ridícula es la pregunta de si se puede admitir a los kulaks en los koljoses. Claro que no se les puede admitir. No se les puede admitir, porque son enemigos acérrimos del movimiento koljosiano.

VII. Conclusiones

He ahí, camaradas, seis problemas cardinales que no puede pasar por alto la investigación teórica de nuestros especialistas agrarios marxistas.

La importancia de estos problemas estriba, ante todo, en que su estudio marxista permite extirpar toda clase de teorías burguesas, difundidas a veces -para vergüenza nuestra- por nuestros camaradas comunistas y que ofuscan a nuestros trabajadores prácticos. Hace ya mucho tiempo que todas esas teorías deberían haber sido extirpadas y rechazadas, pues sólo combatiendo sin cuartel esas teorías y otras por el estilo puede desarrollarse y fortalecerse la base teórica de los especialistas agrarios marxistas.

La importancia de estos problemas estriba, finalmente, en que dan una nueva fisonomía a los viejos problemas de la economía del período de transición.

Hoy se plantea de un modo nuevo lo relativo a la Nep, a las clases, a los koljoses y a la economía del período de transición.

Hay que poner al descubierto el error de quienes conciben la Nep como un repliegue y solamente como un repliegue. Le realidad es que, ya al implantar la nueva política económica, Lenin decía de ella que no se reducía a un repliegue, sino que, al mismo tiempo, era la preparación para una nueva ofensiva decisiva contra los elementos capitalistas de la ciudad y del campo.

Hay que poner al descubierto el error de quienes piensan que la Nep sólo sirve para mantener los vínculos entre la ciudad y el campo. Los vínculos que nosotros necesitamos entre la ciudad y el campo no pueden ser de cualquier clase, sino vínculos que aseguren el triunfo del socialismo. Si mantenemos la Nep, es porque sirve a la Causa del socialismo. Y cuando deje de cumplir esta misión, la mandaremos al diablo. Lenin dijo que la Nep se había implantado en serio y para mucho tiempo. Pero jamás dijo que se implantase para siempre.

Hay que poner también sobre el tapete la necesidad de popularizar la teoría marxista de la reproducción. Es preciso estudiar el esquema del balance de nuestra economía nacional. Lo que la Dirección Central de Estadística publicó en 1926 como balance de la economía nacional, no es un balance, sino un juego de cifras. Tampoco sirve el modo como Bazárov y Groman tratan el problema del balance de la economía nacional. El esquema del balance de la economía nacional de la URSS deben elaborarlo los marxistas revolucionarios, si es que quieren investigar los problemas de la economía del período de transición.

Sería deseable que nuestros economistas marxistas dedicasen un grupo especial para estudiar los problemas de la economía del período de transición, tal como se plantean de un modo nuevo en la actual etapa de desarrollo.

Publicado el 29 de diciembre de 1929 en el núm. 309 de «Pravda».

INFORME ANTE EL XVII CONGRESO DEL PARTIDO ACERCA DE LA ACTIVIDAD DEL CC DEL PC(b) DE LA URSS

26 de enero de 1934[284]
(Extractos)

I. La persistente crisis del capitalismo mundial y la situación internacional de la Unión Soviética

Camaradas: Desde el XVI Congreso han pasado más de tres años. No es un período muy grande, pero por su contenido aventaja a cualquier otro. Creo que ninguno de los períodos del último decenio ha abundado tanto como éste en acontecimientos.

En el aspecto *económico*, han sido estos años de persistente crisis económica mundial. La crisis no sólo ha afectado a la industria, sino también a la agricultura en su conjunto. La crisis no sólo ha hecho estragos en la esfera de la producción y del comercio. Se ha extendido también a la esfera del crédito y de la circulación monetaria, desbaratando las relaciones de crédito y de cambio establecidas entre los países. Si antes aún se discutía en una u otra parte si la crisis económica mundial era un hecho o no lo era, hoy no se discute ya, pues la existencia de la crisis y su acción devastadora son demasiado evidentes. Ahora se discute ya otro problema: si se puede o no salir de ella; y, si se puede, qué se debe hacer.

En el aspecto *político*, han sido éstos años de empeoramiento sucesivo de las relaciones, tanto entre los países capitalistas como en el interior de cada uno de ellos. La guerra del Japón contra China y la ocupación de Manchuria, que han agravado las relaciones en el Extremo Oriente; la victoria del fascismo en Alemania y el triunfo de la idea del desquite, que han agravado las relaciones en Europa; la retirada del Japón y Alemania de la Sociedad de Naciones, que ha dado un nuevo impulso a la carrera de los armamentos y a los preparativos de una guerra imperialista; la derrota del fascismo en España[285] - nueva demostración de que la crisis revolucionaria está madurando y de que el fascismo dista mucho de ser eterno- tales son los hechos fundamentales ocurridos en el período de que tratamos. No es de extrañar que el pacifismo burgués esté dando las últimas boqueadas y que las tendencias de desarme sean directa y descaradamente reemplazadas por tendencias de rearme y de incremento de los armamentos.

Entre esta marejada de conmociones económicas y de catástrofes políticas y militares, la URSS se levanta sola, como una roca, prosiguiendo su edificación socialista y su lucha por el mantenimiento de la paz. Si allí, en los países capitalistas, sigue haciendo estragos la crisis económica, en la URSS continúa el ascenso, tanto en la industria como en la agricultura. Si allí, en los países capitalistas, se realizan febriles preparativos de una nueva guerra con vistas a un nuevo reparto del mundo y de las esferas de influencia, la URSS, en cambio, prosigue la lucha sistemática y tenaz contra el peligro de guerra, por la paz, sin que pueda decirse que sus esfuerzos en este terreno hayan sido completamente estériles.

Tal es, en líneas generales, el panorama de la presente situación internacional.

Pasemos a examinar los datos principales de la situación económica y política de los países capitalistas.

1. El curso de la crisis económica en los países

---

[284] El XVII Congreso del PC(b) de la URSS se celebró en Moscú del 26 de enero al 10 de febrero de 1934. Respecto al informe acerca de la actividad del CC del PC(b) de la URSS, presentado por J. V. Stalin, el Congreso adoptó una decisión que aprobaba por entero la línea política y la labor práctica del CC del PC(b) de la URSS y propuso a todas las organizaciones del Partido que se guiaran en su trabajo por los principios y las tareas expuestos en el informe de J. V. Stalin. El Congreso señaló los decisivos éxitos de la edificación del socialismo en la URSS e hizo constar que la línea general del Partido había triunfado. El XVII Congreso del PC(b) de la URSS ha pasado a la historia del Partido con el nombre de Congreso de los vencedores.

[285] En 1931, el proletariado y el campesinado de España derrocaron la dictadura fascista militar del general Primo de Rivera, implantada en 1923, y acabaron con la monarquía. El 14 de abril de 1931, en España se proclamó la república. Sin embargo, la debilidad política y la dispersión orgánica del proletariado, la traición del grupo dirigente del partido socialista y de los jefes anarquistas permitió a la burguesía y a los terratenientes adueñarse del Poder; se formó un gobierno de coalición, integrado por representantes de los partidos burgueses y del partido socialista. A pesar de los intentos del gobierno de coalición de detener el desarrollo de la revolución, los grandes combates revolucionarios de los obreros y campesinos, dirigidos contra los terratenientes y la burguesía, continuaron. El punto culminante del movimiento revolucionario de aquel período fue la huelga general y la lucha armada de los mineros de Asturias en octubre de 1934.

capitalistas

La actual crisis económica en los países capitalistas se diferencia de todas las crisis análogas, entre otras cosas, por ser más prolongada y persistente. Si en tiempos anteriores las crisis duraban uno o dos años, la crisis actual se prolonga ya más de cuatro, asolando año tras año la economía de los países capitalistas y absorbiéndole las grasas acumuladas en los años precedentes. N o es de extrañar que ésta sea la más grave de todas las crisis conocidas.

¿A qué se debe este carácter inusitadamente persistente de la crisis industrial de nuestros días?

Se debe, ante todo, a que la crisis industrial se ha extendido a todos los países capitalistas, sin excepción, dificultando que unos puedan maniobrar a expensas de otros.

Se debe, en segundo lugar, a que la crisis industrial se ha entrelazado con la crisis agraria, que ha afectado a todos los países agrarios y semiagrarios, sin excepción, lo que no podía dejar de complicar y de ahondar la crisis industrial.

Se debe, en tercer lugar, a que la crisis agraria se ha intensificado durante este período y se ha extendido a todas las ramas de la agricultura, incluida la ganadería, llevándola hasta la degradación, hasta tener que emplear el trabajo manual en vez de las máquinas, hasta sustituir el tractor por el caballo, hasta tener que reducir sensiblemente el empleo de los abonos artificiales y, a veces, dejar de utilizarlos por completo, lo que ha prolongado todavía más la crisis industrial.

Se debe, en cuarto lugar, a que los cárteles monopolistas, que dominan en la industria, procuran mantener altos los precios de las mercancías, circunstancia que hace la crisis singularmente dolorosa e impide la reabsorción de las reservas de mercancías.

Se debe, por último -y esto es lo fundamental-, a que la crisis en la industria se ha desencadenado en las condiciones de la crisis *general* del capitalismo, cuando el capitalismo no tiene ya ni puede tener en los Estados más importantes ni en las colonias y países dependientes la fuerza y la solidez que tuvo antes de la guerra y de la Revolución de Octubre; cuando la industria de los países capitalistas ha heredado de la guerra imperialista, como un fenómeno crónico, la utilización incompleta de las empresas y ejércitos de millones de parados, de los que no está ya en condiciones de desembarazarse.

Tales son las circunstancias que han determinado el carácter en extremo persistente de la crisis industrial de nuestros días.

A estas mismas circunstancias obedece también que la crisis no se haya circunscrito a la esfera de la producción y del comercio y se haya extendido, además, al sistema de créditos, al cambio, a la esfera de las deudas, etc., destrozando las relaciones tradicionales, tanto entre los diferentes países como entre los grupos sociales dentro de cada país.

La baja de los precios de las mercancías ha desempeñado en esto un gran papel. A pesar de la resistencia de los cárteles monopolistas, la baja de los precios se ha acelerado con fuerza incontenible, siendo de notar que, ante todo y sobre todo, han bajado los precios de las mercancías de los propietarios no organizados -campesinos, artesanos, pequeños capitalistas-, y sólo gradualmente y en escala menor los precios de las mercancías de los propietarios organizados, de los capitalistas unificados en cárteles. La baja de los precios ha hecho insoportable la situación de los deudores (industriales, artesanos, campesinos, etc.). Los acreedores, por el contrario, se han visto en una situación más privilegiada que nunca. Tal estado de cosas debía conducir y en efecto ha conducido, a la quiebra de gran número de casas y de capitalistas. Debido a ello, en los últimos tres años se han hundido decenas de miles de sociedades anónimas en los EE.UU., en Alemania, en Inglaterra y en Francia. A las quiebras de sociedades anónimas ha seguido la depreciación de la moneda, cosa que ha aliviado un tanto la situación de los deudores. Tras la depreciación de la moneda, la suspensión de pagos -legalizada oficialmente- de las deudas exteriores e interiores. La quiebra de Bancos como el Banco de Darmstadt y el Banco de Dresde en Alemania, el Kreditanstalt en Austria y de consorcios como el de Kreuger en Suecia, el Insul-Concern en los EE.UU., etc., es de todos conocida.

Se comprende que a estos fenómenos, que han resquebrajado los cimientos del sistema de créditos, debía seguir, y efectivamente ha seguido, la suspensión del pago de los créditos y de los empréstitos extranjeros, la suspensión del pago de las deudas interaliadas, la paralización de las exportaciones de capital, una nueva reducción del comercio exterior y de las exportaciones de mercancías, la intensificación de la lucha por los mercados exteriores, la guerra comercial entre los países y el dumping. Sí, camaradas, el dumping. No me refiero al supuesto dumping soviético, acerca del cual hace aún poco vociferaban hasta desgañitarse ciertos honorables diputados de honorables parlamentos de Europa y de América. Me refiero al dumping verdadero, practicado ahora por casi todos los países «civilizados», cosa que silencian prudentemente esos intrépidos y honorables diputados.

Se comprende también que estos fenómenos destructivos que acompañan a la crisis industrial, fenómenos que ocurren fuera de la esfera de la producción, no han podido, a su vez, dejar de influir en el curso de la crisis industrial, ahondándola y complicándola.

Tal es, en líneas generales, el panorama del curso

de la crisis industrial.

He aquí algunas cifras, procedentes de fuentes oficiales, que ilustran el curso de la crisis industrial durante el período a que nos referimos:

Volumen de la producción industrial en tantos por 100 con relación a 1929

	1929	1930	1931	1932	1933
URSS	100	129,7	161,9	184,7	201,6
EE.UU.	100	80,7	68,1	53,8	64,9
Inglaterra	100	92,4	83,8	83,8	86,1
Alemania	100	88,3	71,7	59,8	66,8
Francia	100.	100,7	89,2	69,1	77,4

El cuadro, como veis, es bien elocuente.

Al mismo tiempo que la producción industrial de los principales países capitalistas bajaba de año en año, respecto al nivel de 1929, comenzando a reponerse un tanto únicamente en 1933, aunque sin alcanzar, ni mucho menos, el nivel de 1929, la industria de la URSS se ha incrementado de año en año, siguiendo un proceso de ascenso ininterrumpido.

Al mismo tiempo que en la industria de los principales países capitalistas se observa hacia fines de 1933 una reducción del volumen de la producción en un promedio de un 25%, y más aún, contra el nivel de 1929, la industria de la URSS se ha *incrementado* en ese tiempo en más del doble, es decir, en más de un 100%.

A juzgar por el cuadro citado, podría parecer que, de los cuatro países capitalistas, es Inglaterra el que se encuentra en situación más favorable. Pero no es del todo cierto. Si tomamos la industria de dichos países y la comparamos con el nivel de anteguerra, el panorama resultará algo distinto.

He aquí el cuadro correspondiente:

Volumen de la producción industrial en tantos por 100 Con relación al nivel de anteguerra

	1913	1929	1930	1931	1932	1933
URSS	100	194,3	252,1	314,7	359,0	391,9
EE.UU.	100	170,2	137,3	115,9	91,4	110,2
Inglaterra	100	99,1	91,5	83,0	82,5	85,2
Alemania	100	113,0	99,8	81,0	67,6	75,4
Francia	100	139,0	140,0	124,0	96,1	107,6

Como veis, la industria de Inglaterra y de Alemania no ha alcanzado aún el nivel de anteguerra, mientras que los EE.UU. y Francia han superado dicho nivel en un reducido tanto por ciento, y la URSS ha elevado, ha aumentado su producción industrial en ese período, respecto al nivel de anteguerra, en más de un 290%.

Pero de los cuadros dimana aún otra conclusión.

La industria de los principales países capitalistas -que ha ido descendiendo sin cesar a partir de 1930 y especialmente desde 1931, llegando en 1932 a su punto más bajo- en 1933 ha comenzado a reponerse un tanto y ascender. Los datos mensuales de 1932 y 1933 confirman más aún esta conclusión, ya que en ellos se ve que la industria de estos países, a pesar de que su producción oscila en 1933, no ha revelado la tendencia a llevar dicha oscilación hasta el punto más bajo, al que se llegó en el verano de 1932.

¿Qué significa esto?

Significa que la industria de los principales países capitalistas ha pasado ya, por lo visto, el punto más bajo de descenso, al cual no ha vuelto ya en el transcurso de 1933.

Hay quien se siente inclinado a atribuir este fenómeno a la influencia de factores exclusivamente artificiales, como la coyuntura de inflación belicista. No cabe duda de que la coyuntura de inflación belicista desempeña un papel no desdeñable. Lo dicho es sobre todo cierto con respecto al Japón, donde este factor artificial es la fuerza básica y decisiva de cierta reanimación en determinadas ramas de la industria, principalmente en la industria de guerra. Pero sería un burdo error suponer que todo se debe a la coyuntura de inflación belicista. Eso sería erróneo, aunque sólo fuese por el simple hecho de que los progresos de la industria, que acabo de examinar, se observan no en unas u otras zonas al azar, sino en todos o en casi todos los países industriales, incluso en los de moneda firme. Por lo visto, al lado de la coyuntura de inflación belicista, en este caso se deja sentir también la acción de las fuerzas económicas internas del capitalismo.

El capitalismo ha logrado aliviar un tanto la situación de la industria *a expensas de los obreros*, explotándolos en mayor grado mediante la intensificación de su trabajo; *a expensas de los agricultores*, aplicando la política de baja máxima de los precios del producto de su trabajo, de los artículos alimenticios y, en parte, de las materias primas; *a expensas de los campesinos de las colonias y de los países económicamente débiles*, bajando aún más los precios del producto de su trabajo, principalmente de las materias primas y luego de los productos alimenticios.

¿Significa esto que nos hallamos ante el paso de la crisis a la depresión habitual, que lleva tras de sí un nuevo ascenso y un nuevo florecimiento de la industria? No, de ningún modo. En todo caso, no hay actualmente indicios, directos o indirectos, de que vaya a producirse un ascenso de la industria en los países capitalistas. Más aún: todo evidencia que no puede haber tales indicios, por lo menos en un futuro próximo. No puede haberlos, ya que continúan ejerciendo su acción las condiciones desfavorables que impiden a la industria de los países capitalistas lograr un nuevo ascenso de alguna consideración. Se trata de la crisis *general* del capitalismo, que continúa y dentro de la cual tiene lugar la crisis *económica*; de la utilización incompleta crónica de las empresas; del paro crónico en masa y del

entrelazamiento de la crisis industrial con la crisis agraria; se trata de que no existe la tendencia a una renovación más o menos seria del capital fijo, renovación que es la precursora habitual de un nuevo ascenso, etc., etc.

Es evidente que asistimos a la transición del punto de mayor descenso de la industria, del punto más profundo de la crisis industrial, a la depresión, pero no a una depresión corriente, sino de un género especial, que no lleva a un nuevo auge ni a la prosperidad de la industria, pero que tampoco le hace regresar al punto más bajo.

2. Agravación de la situación política en los países capitalistas

Resultado de la crisis económica persistente es el inusitado empeoramiento de la situación política de los países capitalistas, tanto en el interior de cada uno de ellos como entre unos y otros.

La intensificación de la lucha por los mercados exteriores, la eliminación de los últimos vestigios del comercio libre, los aranceles prohibitivos, la guerra comercial, la guerra de las divisas, el dumping y otras muchas medidas análogas, demostrativas de un *nacionalismo* extremo en la política económica, han exacerbado al máximo las relaciones entre los países, han preparado el terreno para colisiones militares y puesto al orden del día la guerra, como medio para proceder a un nuevo reparto del mundo y de las esferas de influencia en favor de los Estados más fuertes.

La guerra del Japón contra China, la ocupación de Manchuria, la retirada del Japón de la Sociedad de Naciones y la invasión del Norte de China han agravado todavía más la situación. El recrudecimiento de la lucha por el Pacífico y la carrera de armamentos navales en el Japón, EE.UU., Inglaterra y Francia son resultado de esta agravación.

La retirada de Alemania de la Sociedad de Naciones y el fantasma del desquite han dado un nuevo impulso al empeoramiento de la situación y a la carrera de los armamentos en Europa.

Nada tiene de extraño que el pacifismo burgués arrastre hoy una existencia lastimosa y que la faramalla sobre el desarme ceda el puesto a conversaciones «prácticas» sobre el rearme y el incremento de los armamentos.

Como en 1914, salen nuevamente al primer plano los partidos del imperialismo guerrerista, los partidos de la guerra y la revancha.

Las cosas marchan, evidentemente, hacia una nueva guerra.

La acción de estos mismos factores, agudiza aún más la situación interior de los países capitalistas. Los cuatro años de crisis industrial han extenuado a la clase obrera, llevándola a la desesperación. Los cuatro años de crisis agraria han arruinado por completo a los sectores pobres del campo, no sólo en los principales países capitalistas, sino también -y de una manera especial- en los países dependientes y en las colonias. Es un hecho que, a pesar de las numerosas artimañas estadísticas para ocultar las verdaderas proporciones del paro, el número de los desocupados llega, según datos oficiales de instituciones burguesas, a unos 3.000.000 en Inglaterra, a 5.000.000 en Alemania y a 10.000.000 en los EE.UU., sin hablar ya de otros países de Europa. Agregad a esto los obreros en paro parcial, que pasan de 10.000.000; añadid los millones de campesinos arruinados, y obtendréis un cuadro aproximado de la miseria y la desesperación de las masas trabajadoras. Las masas populares no han llegado aún al punto de lanzarse al asalto contra el capitalismo, pero difícilmente puede dudarse de que la idea del asalto madura en su candencia. Lo atestiguan elocuentemente hechos como la revolución española, que ha derrocado, el régimen del fascismo, y el aumento de las regiones soviéticas en China, que la contrarrevolución de la burguesía china, coligada con la extranjera, es incapaz de contener.

A esto precisamente se debe que las clases dominantes de los países capitalistas supriman o reduzcan a la nada con todo empeño los últimos vestigios del parlamentarismo y de la democracia burguesa, que pueden ser aprovechados por la clase obrera en su lucha contra los opresores; lancen a la ilegalidad a los Partidos Comunistas y recurran a métodos de terror abiertos para mantener su dictadura.

El chovinismo y la preparación de la guerra, como elementos principales de la política exterior; el amordazamiento de la clase obrera y el terror en la política interior, como medio indispensable para fortalecer la retaguardia de los futuros frentes militares: esto es a lo que ahora se entregan, sobre todo, los políticos imperialistas.

No es de extrañar que el fascismo sea hoy la mercancía más en boga entre los belicosos políticos burgueses. No me refiero solamente al fascismo en general, sino, ante todo, al fascismo de tipo alemán, que se titula falsamente nacionalsocialismo, cuando ni con el examen más prolijo es posible descubrir en él un átomo de socialismo.

A este respecto, la victoria del fascismo en Alemania no sólo debe ser considerada como un síntoma de la debilidad de la clase obrera y como una consecuencia de las traiciones cometidas contra la clase obrera por la socialdemocracia, que ha despejado el camino al fascismo. Debe ser considerada también como un indicio de la debilidad de la burguesía, como un síntoma de que la burguesía no está ya en condiciones de dominar por los viejos métodos del parlamentarismo y de la democracia burguesa, en vista de lo cual se ve obligada a recurrir, en la política interior, a los métodos terroristas de

gobierno; como un síntoma de que ya no está en condiciones de hallar una salida a la situación presente sobre la base de una política exterior de paz, en vista de la cual se ve forzada a recurrir a la política de guerra.

Tal es la situación.

Veis, pues, que las cosas marchan hacia una nueva guerra imperialista como salida de la situación actual.

Claro está que no hay razón para suponer que la guerra puede proporcionar una salida efectiva. Al contrario, la guerra ha de complicar aún más la situación. Es más: desencadenará con seguridad la revolución y pondrá en peligro la existencia misma del capitalismo en varios países, como ocurrió en la primera guerra imperialista. Y si, a pesar de la experiencia de la primera guerra imperialista, los políticos burgueses se aferran a la guerra, como quien se agarra a un clavo ardiendo, significa que han perdido definitivamente la cabeza, que se hallan metidos en un callejón sin salida y que están prontos a precipitarse en el abismo.

Por esta razón, no estará de más que examinemos brevemente los planes de organización de la guerra que se incuban actualmente en los medios políticos burgueses.

Unos creen que hay que organizar la guerra contra una de las grandes potencias. Piensan infligirle una derrota aniquiladora y enderezar sus negocios a expensas de ella. Admitamos que se logre organizar semejante guerra. ¿Qué puede resultar de ello?

Como sabéis, durante la primera guerra imperialista también querían aniquilar a una de las grandes potencias, Alemania, y lucrarse a costa suya. ¿Y qué ocurrió? Alemania no fue aniquilada, pero sembraron en ella tal odio contra los vencedores y crearon un terreno tan abonado para el desquite, que no han podido aún -ni es fácil que puedan pronto- comerse la repugnante bazofia que ellos mismos prepararon. En cambio, se encontraron con el aniquilamiento del capitalismo en Rusia, el triunfo de la revolución proletaria en Rusia y, naturalmente, la Unión Soviética. ¿Qué garantías hay de que la segunda guerra imperialista pueda darles «mejores» resultados que la primera? ¿No sería más acertado suponer lo contrario?

Otros creen que hay que organizar la guerra contra un país débil desde el punto de vista militar, pero vasto como mercado, por ejemplo, contra China, a la que, según resulta, no puede llamarse Estado en el sentido estricto de la palabra, pues constituye tan sólo un «territorio no organizado», que necesita ser ocupado por los países fuertes. Por lo visto, quieren repartirse definitivamente ese país y sanear los negocios a expensas de él. Admitamos que se logre organizar semejante guerra. ¿Qué puede resultar de ello?

Es sabido que, a principios del siglo XIX, Italia y Alemania eran consideradas exactamente como lo es en la actualidad China, es decir, como «territorios no organizados», y no como Estados, y se las sojuzgaba. ¿Y qué resultó de ello? Resultaron, como se sabe, las guerras de Alemania e Italia por su independencia y la unificación de estos países en Estados independientes. Resultó la intensificación del odio en el corazón de los pueblos de dichos países contra sus esclavizadores, odio cuyas consecuencias no han sido liquidadas aún y que difícilmente se liquidarán pronto. Y uno se pregunta: ¿qué garantía hay de que no vaya a ocurrir lo mismo en la guerra de los imperialistas contra China?

Hay un tercer grupo que cree que la guerra debe ser organizada por una «raza superior», por ejemplo, la «raza» alemana, contra una «raza inferior», ante todo contra la eslava; que sólo una guerra de esta índole puede proporcionar una salida a la situación, puesto que la «raza superior» está llamada a fecundar la «inferior» y dominarla. Admitamos que esta extraña teoría, tan distante de la ciencia como el cielo de la tierra, es puesta en práctica. ¿Qué resultaría de ello?

Es sabido que la antigua Roma consideraba a los antecesores de los actuales alemanes y franceses lo mismo que los representantes de la «raza superior» consideran hoy a los pueblos eslavos. Es sabido que la antigua Roma los tildaba de «raza inferior», de «bárbaros» predestinados a verse eternamente sometidos a la «raza superior», a la «gran Roma». Por cierto, la antigua Roma tenía, dicho sea entre nosotros, cierta razón para pensar así, cosa que no puede decirse de los representantes de la actual «raza superior». ¿Y qué resultó de ello? Resultó que los no romanos, es decir, todos los «bárbaros», se unieron contra el enemigo común y derrumbaron estruendosamente a Roma. Uno se pregunta: ¿qué garantía hay de que las pretensiones de los representantes de la «raza superior» actual no vayan a conducir a los mismos resultados deplorables para ellos? ¿Qué garantía hay de que los políticos literario-fascistas de Berlín vayan a correr mejor suerte que los viejos y probados conquistadores romanos? ¿No será más acertado suponer lo contrario?

Por último, un cuarto grupo estima que se debe organizar la guerra contra la URSS. Piensan derrotar a la URSS, repartirse sus territorios y enriquecerse a su costa. Sería erróneo suponer que esto sólo lo piensan algunas esferas militares del Japón. Sabemos que planes análogos se incuban en las esferas políticas dirigentes de algunos Estados de Europa. Supongamos que estos señores pasasen de las palabras a los hechos. ¿Qué podría resultar de ello?

Difícilmente puede dudarse de que esta sería la guerra más peligrosa para la burguesía. Sería la más peligrosa, no sólo porque los pueblos de la URSS lucharían a muerte por las conquistas de la

revolución. Sería también la más peligrosa para la burguesía, porque la guerra se haría no sólo en los frentes de batalla, sino también en la retaguardia del enemigo. La burguesía puede estar segura de que los numerosos amigos de la clase obrera de la URSS en Europa y en Asia procurarían asestar golpes en la retaguardia a sus opresores, si éstos se atreviesen a desencadenar una criminal guerra contra la patria de la clase obrera de todos los países. Y los señores burgueses no tendrían derecho a quejarse de nosotros si al día siguiente de haber empezado esta guerra se encontrasen con que ya no existían algunos de sus amados gobiernos, que hoy reinan tranquilamente «por la gracia de Dios».

Recordaréis que hace quince años hubo ya una guerra semejante contra la URSS. Sabéis que el honorable Churchill definió aquella guerra con una fórmula poética: «la expedición de los catorce Estados». Recordaréis, como es natural, que esta guerra agrupó a todos los trabajadores de nuestro país en un campo único de combatientes abnegados, que defendieron con su pecho la patria obrera y campesina contra los enemigos del exterior. Ya sabéis cómo terminó la guerra. Terminó en nuestro país con la expulsión de los intervencionistas y en Europa, con la creación de «Comités de Acción»[286] revolucionarios. Apenas si puede dudarse de que una segunda guerra contra la URSS conduciría a la completa derrota de los agresores, a la revolución en varios países de Europa y Asia y al derrocamiento de los gobiernos burgueses-terratenientes de dichos países.

Tales son los planes militares de los políticos burgueses, que se han metido en un callejón sin salida.

Como veis, no brillan por su inteligencia ni por su valor.

Ahora bien, si la burguesía opta por el camino de la guerra, la clase obrera de los países capitalistas, llevada a la desesperación por cuatro años de crisis y de paro, toma, en cambio, el camino de la revolución. Esto significa que madura y seguirá madurando la crisis revolucionaria. Y la crisis revolucionaria continuará agudizándose con tanta mayor rapidez, cuanto más se enrede la burguesía en sus combinaciones de guerra, cuanto más frecuentemente recurra a los métodos terroristas de lucha contra la clase obrera y contra los campesinos trabajadores.

Algunos camaradas piensan que, si existe una crisis revolucionaria, la burguesía ha de caer inevitablemente en una situación sin salida, y que, por lo tanto, su fin está ya predeterminado, con lo que el triunfo de la revolución es cosa segura y ellos sólo deben aguardar la caída de la burguesía y escribir resoluciones triunfales. Este es un profundo error. El triunfo de la revolución jamás llega por sí solo. Es necesario prepararlo y conquistarlo. Y eso sólo puede hacerlo un fuerte partido revolucionario del proletariado. Hay momentos en que la situación es revolucionaria, el Poder de la burguesía se tambalea hasta los cimientos, y no obstante, el triunfo de la revolución no llega, porque no existe un partido revolucionario del proletariado lo suficientemente fuerte y prestigioso para conducir tras de sí a las masas y tomar el Poder en sus manos. Sería insensato creer que semejantes «casos» no pueden darse.

No estará de más recordar, a este propósito, las palabras proféticas de Lenin sobre la crisis revolucionaria, pronunciadas en el II Congreso de la Internacional Comunista[287].

«Llegamos ahora a la cuestión de la crisis revolucionaria como base de nuestra acción revolucionaria. Aquí es necesario ante todo hacer notar dos errores muy extendidos. De una parte, los economistas burgueses presentan esta crisis como una simple «inquietud», según la elegante expresión de los ingleses. Por otra parte, los revolucionarios tratan a veces de demostrar que la crisis no tiene ninguna salida. Esto es un error. No existen situaciones absolutamente sin salida. La burguesía se comporta como una fiera envalentonada y que ha perdido la cabeza; comete una tontería tras otra, agravando la situación, acelerando su catástrofe. Todo esto es cierto. Pero no puede «probarse» que esté descartada en absoluto la posibilidad de que adormezca a una cierta minoría de explotados, mediante algunas concesiones de poca monta, de que reprima tal o cual movimiento o insurrección de tal o cual parte de los oprimidos y explotados. Intentar «probar» por adelantado la falta «absoluta» de salida, sería una pedantería huera o un juego de conceptos y de palabras. La verdadera «prueba», en ésta y en otras cuestiones semejantes, puede ser tan sólo la práctica. El régimen burgués atraviesa en el mundo entero la más grande crisis revolucionaria. Los

[286] Los «Comités de Acción» eran organizaciones revolucionarias de los obreros en la Gran Bretaña, Francia y otros países capitalistas que participaron en la intervención militar contra la República Soviética de 1918 a 1920. Los «Comités de Acción» se creaban bajo la consigna de «¡Fuera las manos de la Rusia Soviética!». Bajo la dirección de los «Comités de Acción», los obreros organizaban huelgas, manifestaciones, se negaban, para frustrar la intervención, a cargar pertrechos militares. Los «Comités de Acción» adquirieron la mayor divulgación en la Gran Bretaña en 1920.

[287] El II Congreso de la Internacional Comunista se celebró del 19 de julio al 7 de agosto de 1920. Asistieron al Congreso más de doscientos delegados en representación de organizaciones obreras de 37 países. Todo el trabajo preparatorio para la convocatoria del Congreso lo dirigió V. I. Lenin. En el Congreso, V. I. Lenin presentó, entre otros, un informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista y pronunció varios discursos. V. I. Lenin y J. V. Stalin fueron elegidos por la delegación del PC(b) de Rusia para formar parte del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. El II Congreso echó los cimientos del programa, de los principios de organización, de la estrategia y de la táctica de la Internacional Comunista.

partidos revolucionarios deben «probar» ahora con su trabajo práctico que poseen suficiente conciencia, organización, vínculos con las masas explotadas, decisión y capacidad para aprovechar esta crisis para una revolución triunfante, victoriosa» (Lenin, t. XXV, págs. 340-341).

III. El partido

Paso a la cuestión del Partido.

El presente Congreso se celebra bajo la bandera de la victoria total del leninismo, de la liquidación de los restos de los grupos antileninistas.

Ha sido batido y disperso el grupo antileninista de los trotskistas. Sus organizadores vegetan hoy en el extranjero, en las corralizas de los partidos burgueses.

Ha sido batido y disperso el grupo antileninista de los desviacionistas de derecha. Sus organizadores han abandonado hace ya mucho tiempo sus concepciones y se esfuerzan ahora en reparar a toda costa sus faltas ante el Partido.

Han sido batidos y dispersos los grupos de desviación nacionalista. Sus organizadores se han sumado definitivamente a la emigración intervencionista o han reconocido sus culpas.

La mayoría de los partidarios de estos grupos antirrevolucionarios se ha visto obligada a reconocer que la línea del Partido era acertada y ha capitulado ante el Partido.

Si en el XV Congreso[288] tuvimos todavía necesidad de demostrar que la línea del Partido era acertada y de luchar contra determinados grupos antileninistas, y en el XVI Congreso hubo que acabar con los últimos adeptos de estos grupos, en este Congreso no hay que demostrar nada y, a lo que parece, nadie a quien combatir. Todos ven que la línea del Partido ha triunfado.

Ha triunfado la política de industrialización del país. Sus resultados son ahora evidentes para todos. ¿Qué se puede oponer a este hecho?

Ha triunfado la política de liquidación de los kulaks y de colectivización total. Sus resultados son también evidentes para todos. ¿Qué se puede oponer a este hecho?

La experiencia de nuestro país ha demostrado que la victoria del socialismo en un solo país es plenamente posible. ¿Qué se puede oponer a este hecho?

Es evidente que todos estos éxitos y, ante todo el triunfo del plan quinquenal han desmoralizado y aniquilado por completo a todos los grupos antileninistas.

Hay que reconocer que el Partido está ahora más unido que nunca.

1. Las cuestiones de la dirección política e ideológica

¿Significa esto, no obstante, que la lucha ha terminado y que, en adelante, la ofensiva del socialismo está de más, como algo innecesario?

No, no significa eso.

¿Significa esto que en nuestro Partido todo marcha bien, que no habrá ya desviaciones y que, por consiguiente, podemos dormirnos en los laureles?

No, no significa eso.

Hemos destrozado a los enemigos del Partido, a los oportunistas de todos los matices y a los nacional-desviacionistas de todo género; pero los restos de su ideología subsisten en el cerebro de algunos miembros del Partido, y no pocas veces se dejan sentir. Al Partido no se le puede considerar como algo desligado de la gente que le rodea. Vive y actúa en el medio que le circunda. Así, no tiene nada de extraño que no pocas veces penetren en él tendencias malsanas. Y es indudable que el terreno para esas tendencias existe en nuestro país, aunque sólo sea porque hay todavía algunas capas intermedias de la población, tanto en la ciudad como en el campo, que constituyen el medio nutrido para su desarrollo.

La XVII Conferencia de nuestro Partido[289] ha

---

[288] El XV Congreso del PC(b) de la URSS se celebró en Moscú del 2 al 19 de diciembre de 1927. J. V. Stalin hizo, el 3 de diciembre, el informe político del CC del PC(b) de la URSS y, el 7 de diciembre, el resumen de la discusión del mismo. El Congreso aprobó la línea política y de organización del Comité Central del Partido y encomendó al CC que siguiera aplicando la política de paz y de fortalecimiento de la capacidad defensiva de la URSS; que continuara la industrialización socialista del país sin atenuar el ritmo y desarrollara al máximo la colectivización de la agricultura, y que prosiguiese rumbo hacia la liquidación de los elementos capitalistas en la economía nacional. En sus acuerdos sobre la oposición, el Congreso hizo constar que las divergencias entre el Partido y la oposición se habían transformado en divergencias programáticas, que la oposición trotskista había emprendido el camino de la lucha antisoviética, por lo que el Congreso declaró incompatible con la permanencia en las filas del Partido Bolchevique la adhesión a la oposición trotskista y la propaganda de las ideas de ésta. El Congreso aprobó la resolución del CC y de la CCC del 14 de noviembre de 1927, por la cual se expulsaba del Partido a Trotski y a Zinóviev, y expulsó del Partido a todos los elementos activos del bloque trotskista-zinovievista y a todo el grupo del "centralismo democrático».

[289] La XVII Conferencia del PC(b) de la URSS se celebró del 30 de enero al 4 de febrero de 1932 en Moscú. Dirigió la Conferencia J. V. Stalin. La Conferencia examinó el informe de G. K. Ordzhonikidze sobre el balance del desarrollo de la industria en 1931 y las tareas de 1932, y los informes de V. M. Mólotov y de V. Kúibishev sobre las directivas para confeccionar el segundo plan quinquenal de fomento de la economía nacional de la URSS para 1933-1937. La Conferencia señaló que habían sido cumplidas con inmenso éxito las decisiones de los Congresos del Partido relativas a la construcción definitiva de los cimientos de la economía socialista y al logro, para la URSS, de la independencia económica. La Conferencia aprobó el plan de fomento de la industria socialista para 1932, que aseguraba el cumplimiento del primer plan quinquenal en cuatro años. En las directivas para la confección del segundo plan quinquenal, la Conferencia determinó las tareas políticas y económicas fundamentales del segundo plan quinquenal, señalando que la tarea económica básica y decisiva del segundo plan quinquenal era terminar la reestructuración de toda la economía nacional

dicho que una de las tareas políticas fundamentales en el período de cumplimiento del segundo plan quinquenal consiste en «vencer las supervivencias del capitalismo en la economía y en la conciencia de los hombres». Esta es una idea completamente acertada. Pero ¿se puede decir que hayamos vencido ya todas las supervivencias del capitalismo en la economía? No, no se puede decir. Mucho menos puede decirse que hayamos vencido las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres. Eso no puede decirse, y no sólo porque el desarrollo de la conciencia de los hombres va en retraso de su situación económica, sino también porque existe aún el cerco capitalista, que se esfuerza por reavivar y mantener esas supervivencias del capitalismo en la economía y en la conciencia de los hombres de la URSS y contra el cual nosotros, los bolcheviques, debemos tener siempre la pólvora seca.

Se comprende que estas supervivencias no pueden dejar de ser un terreno abonado para la reanimación, en el cerebro de algunos miembros de muestro Partido, de la ideología de los derrotados grupos antileninistas. Añadid a esto el nivel teórico, no muy elevado, de la mayoría de nuestros militantes, el débil trabajo ideológico de los organismos del Partido, agregad aún que los dirigentes de las organizaciones del Partido, recargados de trabajo práctico, no pueden mejorar su preparación teórica, y comprenderéis por qué en la cabeza de algunos miembros del Partido reina confusión en determinadas cuestiones del leninismo, confusión que no pocas veces se desliza en nuestra prensa y facilita la reanimación de los restos de la ideología de los derrotados grupos antileninistas.

He ahí por qué no se puede decir que la lucha haya terminado y que no hay ya necesidad de una política de ofensiva del socialismo.

Podríamos tomar varias cuestiones del leninismo y demostrar con ellas lo vivos que están aún entre algunos miembros del Partido los restos de la ideología de los derrotados grupos antileninistas.

Tomemos, por ejemplo, el problema de la construcción de la *sociedad socialista sin clases*. La XVII Conferencia del Partido ha dicho que avanzamos hacia la creación de la sociedad socialista sin clases. Es evidente que la sociedad sin clases no puede advenir espontáneamente, por decirlo así. Hay que conquistarla y construirla con los esfuerzos de todos los trabajadores, fortaleciendo los órganos de la dictadura del proletariado, desarrollando la lucha de clases, suprimiendo las clases, liquidando los restos de las clases capitalistas, luchando contra los enemigos, tanto del interior como del exterior.

Me parece que la cosa es clara.

Sin embargo, ¿quién ignora que la proclamación de esta diáfana y elemental tesis del leninismo ha suscitado no poca confusión en las cabezas y tendencias malsanas en parte de los miembros del Partido? La tesis de nuestro avance hacia la sociedad sin clases, dada como una consigna, la han comprendido como un proceso espontáneo. Y se han dicho: puesto que se trata de la sociedad sin clases, quiere decir que se puede debilitar la lucha de clases, que se puede aflojar la dictadura del proletariado y terminar, en general, con el Estado, el cual, de todas maneras, tiene que desaparecer en un futuro próximo. Y se vuelven locos de alegría, con la esperanza de que pronto no existirán las clases y, por consiguiente, no habrá lucha de clases, desaparecerán las preocupaciones e inquietudes, se podrá deponer las armas y tumbarse a la bartola en espera del advenimiento de la sociedad sin clases.

No cabe duda de que esta confusión en las ideas y estas tendencias se parecen como dos gotas de agua a determinadas concepciones de los desviacionistas de derecha, según las cuales lo viejo deberá integrarse espontáneamente en lo nuevo y un buen día nos veremos, sin darnos cuenta, en la sociedad socialista.

Como veis, los restos de la ideología de los derrotados grupos antileninistas son bien susceptibles de reanimación y distan mucho de haber perdido su vitalidad.

Se comprende que si esta confusión de concepciones y estas tendencias no bolcheviques se hubieran apoderado de la mayoría de nuestro Partido, éste se habría visto desmovilizado y desarmado...

Tomemos ahora, por ejemplo, la *cuestión nacional*. También aquí, en la cuestión nacional, como en otras cuestiones, hay en el Partido gente con una confusión de ideas que origina cierto peligro. He hablado de la vitalidad de las supervivencias del capitalismo. Hay que señalar que las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres están mucho más arraigadas en el terreno de la cuestión nacional que en cualquier otro. Poseen más vitalidad, porque pueden enmascararse bien con el ropaje nacional. Muchos piensan que el pecado de Skripnilk es un caso aislado, una excepción de la regla. No es cierto. El pecado de Skripnik y de su grupo en Ucrania no es una excepción. Iguales aberraciones se observan en algunos camaradas de otras repúblicas nacionales.

¿Qué significa la desviación nacionalista tanto si se trata de una desviación hacia el nacionalismo gran ruso como hacia el nacionalismo local? La desviación nacionalista es la adaptación de la política internacionalista de la clase obrera a la política nacionalista de la burguesía. La desviación nacionalista refleja los intentos de la burguesía «propia», de la burguesía «nacional», por socavar el régimen soviético y restaurar el capitalismo. Como veis, el origen de ambas desviaciones es el mismo. Es el *abandono* del internacionalismo leninista. Si queréis hacer fuego contra ambas desviaciones, debéis dirigir los tiros, ante todo, contra los orígenes,

sobre la base de la técnica más moderna.

contra los que se separan del internacionalismo, trátese de la desviación nacionalista local o de la desviación nacionalista gran rusa.

Se discute qué desviación es más peligrosa, si la desviación nacionalista gran rusa o la desviación nacionalista local. En las condiciones actuales, tal discusión es puramente formal y, por tanto, huera. Sería estúpido dar una receta, buena para todos los momentos y condiciones, sobre el peligro principal y el secundario. Estas recetas no existen. El peligro principal consiste en la desviación contra la que se ha dejado de combatir y a la que se ha permitido, de este modo, crecer hasta convertirse en un peligro para el Estado.

Hace todavía muy poco, la desviación nacionalista local no era en Ucrania el peligro más grave; pero cuando se dejó de combatirla y se le permitió crecer hasta formar un bloque con los intervencionistas, se convirtió en el peligro principal. La cuestión del peligro principal en el problema nacional no se resuelve mediante discusiones hueras y formales, sino con el análisis marxista de la situación en el momento dado y con el examen de los errores cometidos en esta cuestión.

Lo mismo debe decirse *de las desviaciones de derecha y de «izquierda»* en la política general. También aquí, como en otras cuestiones, hay bastante confusión de ideas entre algunos miembros de nuestro Partido. A veces, al combatir la desviación de derecha, se aparta la mano de la desviación de «izquierda» y se debilita la lucha contra ella, suponiendo que no es peligrosa o poco peligrosa. Este es un grave y peligroso error. Es una concesión a la desviación de «izquierda», una concesión inadmisible, en un miembro del Partido. Y es tanto más inadmisible por cuanto en estos últimos tiempos los «izquierdistas» se han deslizado definitivamente hacia la posición de la derecha y, en realidad, esas desviaciones ya no se diferencian en nada.

Siempre hemos dicho que los de la «izquierda» son los de la derecha que disfrazan su posición derechista con frases izquierdistas. Actualmente, la propia «izquierda» lo confirma así. Tomad los números del «Boletín» trotskista correspondientes al año pasado. ¿Qué exigen y qué escriben los señores trotskistas?, ¿en qué se expresa su programa de «izquierda»? Exigen: la disolución de los sovjoses, por no ser rentables; *la disolución de la mayor parte de los koljoses*, por ser ficticios; *acabar con la política de liquidación de los kulaks, volver a la política de concesiones y entregar en concesión muchas de nuestras empresas industriales*, por no ser rentables.

¡Ahí tenéis el programa de esos cobardes y miserables capituladores, el programa contrarrevolucionario de la restauración del capitalismo en la URSS!

¿En qué difiere del programa de la extrema derecha? Está claro que en nada. Resulta que los «izquierdistas» se han adherido de manera pública al programa contrarrevolucionario de la derecha, para constituir con ella un bloque y luchar juntos contra el Partido.

¿Cómo se puede decir, después de esto, que los «izquierdistas» no son peligrosos o son poco peligrosos? ¿No está claro que decir cosa tan absurda es llevar el agua al molino de los enemigos acérrimos del leninismo?

Como veis, también aquí, en el terreno de las desviaciones respecto de la línea del Partido, ya se trate de desviaciones en la política general o en la cuestión nacional, las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres, incluso en la de algunos miembros de nuestro Partido, son bastante vivaces.

He aquí unas cuantas cuestiones, serias y actuales, de nuestro trabajo ideológico y político en las que algunos sectores del Partido no ven claro, se confunden y, a veces, se desvían francamente del leninismo. Pero éstas no son las únicas cuestiones ilustrativas de la confusión de ideas reinante entre algunos miembros del Partido.

¿Se puede decir, después de esto, que todo anda bien en el Partido?

Claro que no.

Nuestras tareas en el terreno del trabajo ideológico y político:

1) Elevar el nivel teórico del Partido a la debida altura.

2) Intensificar el trabajo ideológico en todos los eslabones del Partido.

3) Desplegar una incansable propaganda del leninismo en las filas del Partido.

4) Educar las organizaciones del Partido y a los simpatizantes activos sin-partido en él espíritu del internacionalismo leninista.

5) No velar, sino criticar valientemente las desviaciones de algunos camaradas respecto del marxismo-leninismo.

6) Desenmascarar sistemáticamente la ideología y los restos de la ideología de las corrientes hostiles al leninismo.

2. Las cuestiones de la dirección del trabajo de organización

He hablado de nuestros éxitos. He hablado de la victoria de la línea del Partido, tanto en el terreno de la economía nacional y de la cultura como en la lucha contra los grupos antileninistas en el Partido. He hablado de la significación de nuestra victoria para la historia mundial. Sin embargo, esto no significa que se haya triunfado en todas partes y en todo, ni que estén resueltos ya todos los problemas. Tales éxitos y tales victorias no se dan generalmente en la vida. Aún nos quedan bastantes problemas que resolver y deficiencias de todo género que subsanar. Nos espera

un cúmulo de problemas que aguardan solución. Ahora bien, esto significa, indudablemente, que la mayor parte de los problemas inmediatos e inaplazables ha sido resuelta con buen éxito. En este sentido, es indiscutible la grandiosa victoria de muestro Partido.

Ahora bien, ¿cómo se ha logrado la victoria?, ¿cómo ha sido conseguida en la práctica?, ¿cómo se ha luchado por ella?, ¿qué esfuerzos se han hecho para alcanzarla?

Algunos piensan que basta trazar una línea acertada del Partido, proclamarla públicamente, exponerla en forma de tesis y resoluciones generales y aprobarla en votación unánime, para que la victoria llegue por sí sola, digámoslo así, por el curso natural de las cosas. Esto, claro está, no es cierto. Es un gran error. Así no pueden pensar más que incorregibles burócratas y aficionados al papeleo. En realidad, estos éxitos y estas victorias no han sido alcanzados sin más ni más, sino en lucha encarnizada por la aplicación de la línea del Partido. La victoria no llega nunca por sí sola: habitualmente, hay que conquistarla. Las buenas resoluciones y declaraciones en favor de la línea general del Partido constituyen sólo el comienzo de la obra, pues no significan más que el deseo de triunfar, y no la victoria misma. Una vez trazada una línea certera, una vez se ha indicado la solución acertada de los problemas planteados, el éxito depende del trabajo de organización, depende de la organización de la lucha por la puesta en práctica de la línea del Partido, depende de una acertada selección de los hombres, del control del cumplimiento de las decisiones adoptadas por los organismos directivos. De otro modo, la acertada línea del Partido y las decisiones acertadas corren el riesgo de sufrir un serio daño. Más aún: después de trazada una línea política certera, es el trabajo de organización el que lo decide todo, incluso la suerte de la línea política misma, su cumplimiento o su fracaso.

En realidad, la victoria ha sido conseguida y conquistada gracias a una lucha sistemática y tenaz contra todas las dificultades en la aplicación de la línea del Partido, gracias a la superación de estas dificultades, mediante la movilización del Partido y de la clase obrera para vencerlas, mediante la organización de la lucha para vencerlas, mediante la destitución de los dirigentes inservibles y la selección de otros mejores, capaces de organizar la lucha contra las dificultades.

¿Cuáles son estas dificultades y dónde radican?

Son las dificultades de nuestro trabajo de organización, de la dirección de dicho trabajo. Radican en nosotros mismos, en nuestros cuadros dirigentes, en nuestras organizaciones, en el aparato de las organizaciones del Partido, de los Soviets, de la economía, de los sindicatos, del Komsomol y de todas las demás organizaciones.

Hay que comprender que la fuerza y el prestigio de nuestras organizaciones del Partido, de los Soviets, de la economía y demás, así como de sus dirigentes, se han desarrollado hasta alcanzar una altura inusitada. Y precisamente porque su fuerza y su prestigio han crecido de ese modo, todo o casi todo depende ahora de su trabajo. No hay razón para invocar las condiciones llamadas objetivas. Después de que el acierto de la línea política del Partido ha sido confirmado por la experiencia de muchos años, y la voluntad de los obreros y campesinos para apoyarla no ofrece ya dudas, el papel de las condiciones llamadas objetivas se ve reducido a un mínimo, mientras que el de nuestras organizaciones y sus dirigentes se ha hecho decisivo y excepcional. ¿Qué significa esto? Significa que la responsabilidad por nuestros reveses y deficiencias en el trabajo recae actualmente, en sus nueve décimas partes, no sobre las condiciones «objetivas», sino sobre nosotros y solamente sobre nosotros mismos.

Contamos en el Partido con más de dos millones de militantes y candidatos. Tenemos en el Komsomol más de cuatro millones de militantes y candidatos. Tenemos más de tres millones de corresponsales obreros y campesinos. El Osoaviajim agrupa él más de 12 millones de afiliados. En los sindicatos hay más de 17 millones de militantes. A estas organizaciones debemos nuestros éxitos. Y si, aún contando con estas organizaciones y estas posibilidades, que facilitan los éxitos, se observan todavía en el trabajo no pocos reveses y no pocas deficiencias, la culpa es sólo nuestra, de nuestro trabajo de organización, de nuestra mala dirección.

El burocratismo y el papeleo de los aparatos de administración; la charlatanería sobre «dirección en general», en lugar de dirección viva y concreta; la estructura funcional de las organizaciones y la falta de responsabilidad personal; la ausencia de responsabilidad personal en el trabajo y el igualitarismo en el sistema de los salarios; la falta de control sistemático del cumplimiento de las decisiones y el temor a la autocrítica: he aquí el origen de nuestras dificultades, he aquí donde anidan ahora nuestras dificultades.

Sería ingenuo pensar que pueden vencerse estas dificultades con resoluciones y disposiciones. Los burócratas y los aficionados al papeleo tienen ya desde hace mucho tiempo gran habilidad para manifestar, de palabra, fidelidad a las decisiones del Partido y del Gobierno y, en la práctica, sepultarlas en un cajón. Para vencer estas dificultades, ha sido preciso liquidar el atraso de nuestro trabajo de organización con respecto a las exigencias de la línea política del Partido; ha habido que elevar el nivel de la dirección del trabajo de organización en todas las esferas de la economía nacional hasta el nivel de la dirección política; ha sido necesario luchar para que nuestro trabajo de organización permitiera llevar a la

práctica las consignas políticas y las decisiones del Partido.

Para vencer estas dificultades y conseguir éxitos, ha habido que *organizar* la lucha por la victoria sobre estas dificultades, incorporar a las masas de obreros y campesinos a esta lucha, movilizar el Partido mismo, depurar de elementos dudosos, inestables y degenerados el Partido y los organismos dirigentes de la economía.

¿Qué se requería para ello? Se requería:

1) Desarrollar la autocrítica y poner al desnudo las deficiencias de nuestro trabajo.

2) Movilizar las organizaciones del Partido y de los Soviets, de la economía, de los sindicatos y del Komsomol para la lucha contra las dificultades.

3) Movilizar las masas obreras y campesinas para la lucha por la aplicación de las consignas y decisiones del Partido y del Gobierno.

4) Desarrollar la emulación y el trabajo de choque entre los trabajadores.

5) Organizar una amplia red de secciones políticas en las estaciones de máquinas y tractores y en los sovjoses, así como acercar al campo la dirección del Partido y de los Soviets.

6) Descentralizar los Comisariados del Pueblo, las direcciones generales y los trusts, establecer una relación más directa entre los organismos rectores de la economía y las empresas.

7) Acabar con la ausencia de responsabilidad personal en el trabajo y con el igualitarismo en el sistema de salarios.

8) Suprimir la estructura funcional, fortalecer la responsabilidad personal y orientarnos hacia la abolición del sistema de las juntas de administración.

9) Intensificar el control del cumplimiento de las decisiones y orientarnos hacia la reorganización, con este objeto, de la Comisión Central de Control y de la Inspección Obrera y Campesina.

10) Acercar a la producción a los especialistas que trabajan actualmente en las oficinas.

11) Desenmascarar y expulsar de los aparatos administrativos a los incorregibles burócratas y aficionados al papeleo.

12) Destituir a los infractores de las decisiones del Partido y del Gobierno, a los embusteros y charlatanes, y sustituirlos por gente nueva, práctica, por hombres capaces de asegurar una dirección concreta del trabajo encomendado y el fortalecimiento de la disciplina del Partido y de los organismos soviéticos.

13) Depurar las organizaciones de los Soviets y de la economía y reducir sus plantillas.

14) Por último, depurar el Partido, arrojando de él a los elementos dudosos y degenerados.

Estos son los medios esenciales que hubo de poner en juego el Partido para vencer las dificultades, elevar nuestro trabajo de organización hasta el nivel de la dirección política y asegurar, de este modo, la puesta en práctica de la línea del Partido.

Ya sabéis que el Comité Central de nuestro Partido ha realizado precisamente así su trabajo de organización en el período de que rendimos cuenta.

El CC se ha guiado en esto por la idea genial de Lenin de que lo principal en el trabajo de organización *es la selección de los hombres y el control del cumplimiento de las decisiones adoptadas*.

Quisiera decir algunas palabras sobre la selección de los hombres y la sustitución de los que no han estado a la altura debida.

Aparte de algunos incorregibles burócratas y aficionados al papeleo, respecto a cuya destitución todos estamos de acuerdo, hay dos tipos de funcionarios que entorpecen nuestro trabajo, lo obstaculizan y no nos permiten avanzar.

Al primer tipo corresponden los funcionarios que contrajeron ciertos méritos en el pasado, hombres que se han convertido en grandes señores y a quienes les parece que las leyes soviéticas y del Partido no han sido escritas para ellos, sino para los tontos. Son esos mismos funcionarios que tampoco estiman deber suyo cumplir las decisiones del Partido y del Gobierno y que destruyen así las bases de la disciplina del Partido y del Estado. ¿En qué confían al vulnerar las leyes soviéticas y del Partido? Confían en que, por sus méritos pasados, el Poder Soviético no se atreverá a meterse con ellos. Estos grandes señores ensoberbecidos piensan que son insustituibles y que pueden infringir impunemente las decisiones de los organismos directivos. ¿Qué se debe hacer con estos funcionarios? Hay que destituirlos de los puestos de dirección sin titubeos, sin reparar en sus méritos pasados. Hay que pasarles a puestos de menor importancia y publicar la noticia en la prensa. Esto es indispensable para bajarles los humos a estos ensoberbecidos grandes señores burócratas y colocarles en el lugar que les corresponde. Ello es indispensable para consolidar en todo nuestro trabajo la disciplina del Partido y de los organismos soviéticos.

Y ahora hablemos del segundo tipo de funcionarios. Es el tipo de charlatanes, yo diría de charlatanes honrados, hombres honestos, fieles al Poder Soviético, pero incapaces de dirigir, incapaces de organizar nada. Tuve el año pasado una conversación con uno de estos camaradas, un camarada muy estimable, pero un charlatán incorregible, capaz de ahogar con su verborrea cualquier obra viva. He aquí esta conversación:

Yo: ¿Qué tal va la siembra?

El: ¿La siembra, camarada Stalin? Nos hemos movilizado.

Yo: Bien, y ¿qué?

El: Hemos planteado la cuestión de plano.

Yo: Bien, ¿y qué más?

El: Hay un viraje, camarada Stalin, pronto se

producirá un viraje.

Yo: Bueno, pero ¿qué hay en realidad?

El: Se perfilan progresos.

Yo: Bien, pero ¿qué tal va la siembra?

El: Hasta ahora no hemos logrado hacer nada, camarada Stalin.

He aquí la fisonomía del charlatán. Se han movilizado, han planteado la cuestión de plano, hay un viraje y progresos, pero la cosa no avanza,

Exactamente así es como ha caracterizado hace poco un obrero ucraniano el estado de una organización. Cuando se le preguntó si dicha organización se atenía a la línea, respondió: «¡Ah! ¿La línea?... La línea existe, naturalmente, sólo que el trabajo no se ve». Por lo visto, esta organización tiene también sus charlatanes honrados.

Y cuando se destituye a estos charlatanes, separándoles del trabajo de dirección, se quedan atónitos, boquiabiertos: «¿Por qué nos destituyen? ¿Es que no hemos hecho todo lo necesario? ¿Es que no hemos reunido la conferencia de obreros de choque, no hemos proclamado en ella las consignas del Partido y del Gobierno, no hemos elegido todo el Buró Político del Comité Central para la presidencia de honor? ¿Es que no hemos mandado saludos al camarada Stalin? ¿Qué más queréis de nosotros?».

¿Qué hacer con estos charlatanes incorregibles? Si se les deja en un trabajo de dirección, son capaces de ahogar cualquier obra viva en un torrente de discursos interminables y hueros. Es evidente que hay que destituirlos de los puestos de dirección y darles un trabajo de otro tipo. En el trabajo de dirección no hay lugar para los charlatanes.

Ya he informado brevemente de cómo el CC ha dirigido la selección de los hombres en las organizaciones de los Soviets y de la economía y de cómo ha reforzado el control del cumplimiento de las decisiones. El camarada Kaganóvich os informará más detalladamente en el tercer punto del orden del día del Congreso.

Ahora quisiera decir unas palabras respecto al trabajo a realizar en adelante con vistas a la intensificación del control del cumplimiento de las decisiones.

La acertada organización del control del cumplimiento de las decisiones tiene una importancia cardinal en la lucha contra el burocratismo y el papeleo. ¿Se ponen en práctica las decisiones de las organizaciones directivas o son sepultadas por los burócratas y los aficionados al papeleo? ¿Se aplican en forma acertada o se tergiversan? ¿Trabaja el aparato honradamente y a lo bolchevique o da vueltas como una rueda loca? Todo esto sólo puede saberse a tiempo si existe un control bien organizado. Un control bien organizado es el reflector que permite iluminar el estado del trabajo de nuestros organismos en cualquier momento y exponer a la vergüenza pública a los burócratas y a los aficionados al papeleo. Se puede afirmar con toda seguridad que las nueve décimas partes de nuestras fallas y errores se deben a la falta de un control bien organizado. No cabe duda de que con un buen control del cumplimiento de las decisiones, las fallas y los errores serían prevenidos a ciencia cierta.

Mas, para que este control dé resultado, se precisan, por lo menos, dos condiciones : primera, que el control sea sistemático, y no esporádico; segunda; que al frente del control en todos los eslabones de las organizaciones del Partido, de los Soviets y de la economía no estén camaradas que ocupen puestos de segundo orden, sino camaradas con suficiente autoridad, los propios dirigentes de las organizaciones.

Una acertada organización del control del cumplimiento de las decisiones tiene la mayor importancia para las instituciones dirigentes centrales. La Inspección Obrera y Campesina, por su organización, no reúne las condiciones necesarias de un aparato de control bien montado. Hace unos años, cuando nuestro trabajo en el terreno económico era más sencillo y menos satisfactorio, cuando se tenía la posibilidad de *inspeccionar* el trabajo de todos los Comisariados del Pueblo y de todos los organismos de la economía, la Inspección Obrera y Campesina cumplía sus fines. Pero ahora que nuestro trabajo de dirección de la economía es mayor, se ha hecho más complicado y ya no hay necesidad ni posibilidad de ejercer la *inspección* desde un solo centro, la Inspección Obrera y Campesina debe ser reorganizada. Lo que nos hace falta ahora no es inspeccionar, sino comprobar el cumplimiento de las decisiones del centro; lo que nos hace falta ahora es *controlar* el cumplimiento de las decisiones del centro. Ahora necesitamos una organización que, sin proponerse el objetivo de hacer la inspección universal de todos y de todo, pueda concentrar su atención en el control, en la comprobación del cumplimiento de las decisiones de los organismos centrales del Poder Soviético. Tal organización puede ser únicamente la Comisión de Control Soviético, adjunta al Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, que trabaje por encargo de éste y cuente en todas partes con sus propios representantes, independientes de los órganos locales y para que la Comisión tenga la autoridad suficiente y pueda, en caso necesario, exigir responsabilidades a cualquier funcionario dirigente, es preciso que todos los candidatos a miembros de la Comisión de Control Soviético sean propuestos por el Congreso del Partido y confirmados por el Consejo de Comisarios del Pueblo y por el Comité Ejecutivo Central de la URSS. Creo que solamente una organización de este tipo podría reforzar el control y la disciplina soviéticos.

En lo que respecta a la Comisión Central de Control, ésta fue creada, sobre todo y principalmente,

como es notorio, para prevenir una escisión del Partido. Sabéis que el peligro de escisión existió realmente entre nosotros hace algún tiempo. Sabéis que la Comisión Central de Control y sus organizaciones lograron prevenir ese peligro. Pero ahora ya no hay peligro de escisión. En cambio, sentimos la necesidad imperiosa de una organización capaz de concentrar la máxima atención en el control del cumplimiento de las decisiones del Partido y de su Comité Central. Esta organización no puede ser más que una Comisión de Control del Partido, adjunta al CC del PC(b) de la URSS, que trabaje por encargo del Partido y de su CC y cuente en todas partes con sus propios representantes, independientes de las organizaciones locales. Claro que tal organización tan responsable debe tener una gran autoridad. Y para que la tenga y pueda exigir responsabilidades a cualquier funcionario dirigente que haya cometido una falta, incluidos los miembros del Comité Central, es indispensable que solamente el órgano superior del Partido, su Congreso, pueda elegir y destituir a los miembros de esta Comisión. No cabe duda de que tal organización será verdaderamente capaz de asegurar el control del cumplimiento de las decisiones de los organismos centrales del Partido y de fortalecer la disciplina del Partido.

Así están las cosas en cuanto a la dirección del trabajo de organización.

Nuestras tareas a este respecto son:

1) Seguir ajustando nuestro trabajo de organización a las exigencias de la línea política del Partido.

2) Elevar la dirección del trabajo de organización al nivel de la dirección política.

3) Conseguir que la direcdón del trabajo de organización asegure por completo el cumplimiento de las consignas políticas y las decisiones del Partido.

* * *

Camaradas: Termino el informe.

¿Qué conclusiones podemos sacar?

Todos reconocen ya que nuestros éxitos son grandes, extraordinarios. El país ha sido encauzado, en un plazo relativamente corto, por el camino de la industrialización y de la colectivización. El primer plan quinquenal se ha cumplido con buen éxito. Ello despierta un sentimiento de orgullo y consolida en nuestros militantes la fe en sus propias fuerzas.

Eso, naturalmente, está bien. Pero los éxitos tienen, en ocasiones, su lado negativo. Engendran a veces peligros, que, si se les permite desarrollarse, pueden echarlo todo a rodar. Por ejemplo, hay el peligro de que a algunos de nuestros camaradas los éxitos se les suban a la cabeza. Como es sabido, ya se han dado algunos casos. Hay el peligro de que algunos camaradas, embriagados por los éxitos, se envanezcan hasta más no poder y comiencen a arrullarse con canciones jactanciosas, como ésas de «para nosotros ahora todo es pan comido», «no hay quien pueda con nosotros», etc. Eso no está descartado en absoluto, camaradas. Nada más peligroso que esta disposición de ánimo, porque desarma al Partido y desmoviliza sus filas. Si esta disposición de ánimo llega a prevalecer en nuestro Partido, pondremos en peligro todos nuestros éxitos.

Naturalmente, hemos cumplido el primer plan quinquenal con buen éxito. Esto es cierto. Pero las cosas no terminan ni pueden terminar ahí, camaradas. Tenemos en perspectiva el segundo plan quinquenal, que también debe ser cumplido, y cumplido asimismo con buen éxito. Ya sabéis que los planes se cumplen en lucha contra las dificultades, a medida que se vencen las dificultades. Quiere decirse que habrá dificultades, que habrá también que luchar contra ellas. Los camaradas Mólotov y Kúibishev os informarán acerca del segundo plan quinquenal. Por sus informes veréis las grandes dificultades que habremos de vencer para llevar a cabo este grandioso plan. Por tanto, no hay que adormecer al Partido, sino desarrollar en él la vigilancia: no arrullarlo, sino mantenerlo siempre dispuesto al combate; no desarmarlo, sino armarlo; no desmovilizarlo, sino conservarlo en estado de movilización para llevar a cabo el segundo plan quinquenal.

De aquí, la primera conclusión: *no embriagarse con los éxitos alcanzados ni envanecerse*.

Hemos logrado esos éxitos porque hemos tenido una acertada línea directriz del Partido y hemos sabido organizar a las masas para poner en práctica esta línea. Huelga decir que sin estas condiciones no hubiéramos obtenido esos éxitos, de los que nos enorgullecemos legítimamente. Ahora bien, tener una línea acertada y saber ponerla en práctica es algo muy raro en la vida de los partidos gobernantes.

Fijaos en los países que nos rodean. ¿Encontraréis muchos partidos gobernantes que tengan una línea acertada y la apliquen? En realidad, hoy no existen tales partidos en el mundo, pues todos los partidos viven sin perspectivas, se enredan en el caos de la crisis y no ven el camino para salir del pantano. Únicamente nuestro Partido sabe hacia dónde hay que conducir las cosas y las conduce con buen éxito. ¿A qué debe nuestro Partido esta ventaja? A que es un partido marxista, un partido leninista, a que se guía en su trabajo por la doctrina de Marx, Enge1s y Lenin. No puede caber duda de que, mientras sigamos fieles a esta doctrina, mientras nos guiemos por esta brújula, obtendremos éxitos en nuestro trabajo.

Se dice que en el Occidente, en algunos países, ya se ha destruido el marxismo. Se dice que lo ha destruido la corriente burguesa nacionalista titulada fascismo. Eso es una tontería, naturalmente. Sólo quien desconoce la historia puede hablar así. El marxismo es la expresión científica de los intereses

vitales de la clase obrera. Para destruir el marxismo, hay que destruir a la clase obrera. Y esto es imposible. Más de ochenta años han transcurrido desde que el marxismo salió a la lid. En este tiempo, decenas, centenares de gobiernos burgueses han intentado destruirlo. Y ¿qué ha ocurrido? Los gobiernos burgueses vienen y se van, pero el marxismo queda. Más aún: el marxismo ha conseguido una victoria completa en una sexta parte del mundo, precisamente en el país donde el marxismo se consideraba definitivamente destruido. No puede estimarse un azar que el país donde el marxismo ha logrado una victoria completa sea hoy el único del mundo que no conoce las crisis y el paro, mientras que en los demás países, comprendidos los fascistas, reinan, desde hace cuatro años, la crisis y el paro. No, camaradas, esto no es una casualidad.

Sí, camaradas, hemos conseguido nuestros éxitos por haber trabajado y luchado bajo la bandera de Marx, Engels y Lenin.

De aquí la segunda conclusión: *ser fieles hasta el fin a la gloriosa bandera de Marx, Engels y Lenin*.

La clase obrera de la URSS no sólo es fuerte porque cuenta con un Partido leninista probado en las luchas. No sólo es fuerte porque cuenta con el apoyo de millones de campesinos laboriosos, sino también porque la respalda y la sostiene el proletariado mundial. La clase obrera de la URSS es parte del proletariado mundial, es su destacamento de vanguardia, y nuestra república es carne de la carne del proletariado mundial. No cabe duda de que, si no hubiese tenido el apoyo de la clase obrera de los países capitalistas, no se habría mantenido en el Poder, no habría asegurado las condiciones necesarias para la edificación socialista; por consiguiente, no habría tenido los éxitos que registra hoy. Los vínculos internacionales de la clase obrera de la URSS con los obreros de los países capitalistas, la unión fraternal de los obreros de la URSS con los obreros de todos los países, constituyen una de las piedras angulares de la fuerza y de la potencia de la República Soviética. Los obreros del Occidente dicen que la clase obrera de la URSS es la brigada de choque del proletariado mundial. Eso está muy bien. Significa que el proletariado mundial está dispuesto a seguir apoyando a la clase obrera de la URSS en la medida de sus fuerzas y posibilidades. Pero eso nos impone serias obligaciones. Eso significa que tenemos que justificar con nuestro trabajo el honroso título de brigada de choque de los proletarios de todos los países. Esto nos obliga a trabajar mejor, a luchar mejor por la victoria definitiva del socialismo en nuestro país, por la victoria del socialismo en todos los países.

De aquí la tercera conclusión: *ser fieles hasta el fin a la causa del internacionalismo proletario, a la causa de la unión fraternal de los proletarios de todos los países*.

Publicado el 28 de enero de 1934 en el núm. 27 de «Pravda».

SOBRE LOS DEFECTOS DEL TRABAJO DEL PARTIDO Y SOBRE LAS MEDIDAS PARA LIQUIDAR A LOS ELEMENTOS TROTSKISTAS Y DEMÁS ELEMENTOS DE DOBLE CARA

Informe y discurso de clausura en el pleno del Comité Central del PC(b) de la URSS[290]
3-5 de marzo de 1937

Camaradas:

De los informes que hemos escuchado en el Pleno y de los debates que tuvieron lugar a continuación, resulta que tenemos que vérnoslas con los tres principales hechos siguientes:

Primero, el trabajo de sabotaje, de espionaje y de diversión de los agentes de los Estados extranjeros, entre los cuales los trotskistas jugaban un papel bastante activo, que, en mayor o menor grado ha afectado a todas o a casi todas nuestras organizaciones, tanto a las económicas como a las administrativas y del Partido.

Segundo, agentes de los Estados extranjeros, y entre ellos los trotskistas, se han infiltrado no sólo en las organizaciones de base, sino también en algunos puestos de responsabilidad.

Tercero, algunos de nuestros dirigentes, tanto en el centro como en provincias, no sólo no han sabido discernir la verdadera cara de estos saboteadores, de estos agentes diversionistas, espías y asesinos, sino que se han mostrado indiferentes, bonachones e ingenuos hasta tal punto que han contribuido con frecuencia a hacer que los agentes de los Estados extranjeros hayan tenido acceso a éstos o aquellos puestos de responsabilidad.

Tales son los tres hechos incontestables que propiamente se desprenden de los informes y de los correspondientes debates que les sucedieron.

I. Despreocupación política

¿Cómo explicar que nuestros dirigentes, que tienen una rica experiencia de lucha contra las corrientes antipartido y antisoviéticas de todo género, se hayan mostrado en este caso tan ingenuos y tan ciegos que no hayan sabido discernir la verdadera catadura de los enemigos del pueblo, no hayan sabido reconocer a los lobos disfrazados de corderos, no hayan sabido arrancarles la máscara?

¿Podría afirmarse que la acción de sabotaje, de espionaje y de diversión de los agentes de los Estados extranjeros que actúan en el territorio de la URSS, pudiera ser para nosotros algo inesperado, algo nunca visto? No, no podríamos decirlo. Testimonio de ello son los actos de sabotaje realizados en las diversas ramas de la economía nacional en el curso de los diez últimos años, desde la época del proceso de Shajti, los cuales además están registrados en los documentos oficiales.

¿Podría afirmarse que en estos últimos tiempos no ha habido ninguna señal que nos pusiera en guardia y nos advirtiera de la actividad de sabotaje, de espionaje o de terrorismo de los agentes trotskista-zinovievistas del fascismo? No, no podríamos decirlo. Ha habido señales en este sentido y los bolcheviques no tienen derecho a olvidarlas.

El infame asesinato de Kirov[291] fue la primera

---

[290] Del 23 de febrero al 5 de marzo de 1937, bajo la dirección de J. V. Stalin, celebró sus trabajos el Pleno ordinario del CC del PC(b) de la URSS El Pleno examinó las tareas del Partido en materia de organización relativas a las elecciones para el Soviet Supremo de la URSS, que habrían de celebrarse de acuerdo con la nueva Constitución. Analizó, igualmente, los problemas concernientes a la construcción económica y al Partido y tomó una serie de medidas para resolverlos. El Pleno puso también sobre el tapete la cuestión de la actividad antipartido de Bujarin y de Rykov y decidió expulsarlos del Partido.
Las victorias logradas por el Partido enfurecían a los enemigos del pueblo: espías, saboteadores, asesinos trotskista-bujarinistas a sueldo de los servicios de espionaje extranjeros. Los procesos revelaron la actividad complotadora de estos elementos contra Lenin, a quien tenían la intención de detener, contra el Partido y el Estado soviético desde los primeros días posteriores a la Revolución de Octubre.
Cumpliendo las tareas, dictadas por sus amos capitalistas, se proponían destruir el Partido y el Estado Soviético, socavar la defensa del país, facilitar la intervención extranjera, preparar la derrota del Ejercito Rojo, desmembrar la Unión Soviética, convertirla en colonia del imperialismo y restablecer la esclavitud capitalista en la URSS El Partido y el Poder Soviético aniquilaron los centros de estos enemigos del pueblo.
En su Informe, J. V. Stalin trazó un claro programa para fortalecer los órganos del Partido y de los Soviets, para elevar la vigilancia revolucionaria, y lanzando la consigna: "¡dominemos el bolchevismo!» pertrechó al partido para la lucha contra los enemigos del pueblo, enseñándole a quitarles la máscara.

[291] Kirov S. M. (1886-1934) - destacado dirigente del Partido Comunista y del Estado Soviético, fiel discípulo de V. I. Lenin y el más íntimo compañero de lucha de J. V. Stalin, resuelto combatiente de la causa del comunismo, participante activo en las tres revoluciones rusas. S. M. Kirov fue implacable con los enemigos del Partido y del pueblo contra los que luchaba resueltamente. Es por esa razón por la que los enemigos de clase le odiaban y por la que el 1 de diciembre de 1934, en el Palacio Smolni de Leningrado fue asesinado por un renegado trotskista,

advertencia seria de que los enemigos del pueblo iban a practicar un doble juego y lo harían camuflándose de bolcheviques, de miembros del Partido, para ganarse la confianza y poder introducirse en nuestras organizaciones.

El proceso del «Centro de Leningrado»[292], al igual que el proceso «Zinóviev- Kámenev» confirmaron una vez más las lecciones que se derivan del infame asesinato de Kirov.

El proceso del «Bloque zinovievisto-trotskista» ha ampliado las enseñanzas de los procesos anteriores[293] y ha mostrado con toda claridad que los zinovievistas y los trotskistas agrupan a su alrededor a todos los elementos burgueses enemigos, demuestra que ellos se han convertido en una agencia de espionaje, de diversión y de terror de la Gestapo alemana, que el doble juego y el enmascaramiento son para los zinovievistas y los trotskistas el único medio para penetrar en nuestras organizaciones y que la vigilancia y la perspicacia política son el medio más seguro para impedir esta penetración y para liquidar a la banda zinovievista-trotskista.

En su carta confidencial del 18 de enero de 1935, relativa al infame asesinato de Kirov, el Comité Central del PC(b) de la URSS ponía resueltamente en guardia a las organizaciones del Partido contra la benevolencia política y el aturdimiento filisteo.

He aquí lo que dice esta carta confidencial:

«Hay que acabar con la benevolencia oportunista que parte de la suposición errónea de que a medida que nuestras fuerzas crecen, el enemigo se vuelve más manso e inofensivo. Esta suposición es totalmente errónea. Se trata de un resabio de la desviación de derecha, que pretendía hacer creer a todos y a cada uno de nosotros que los enemigos se irán integrando paulatinamente en el socialismo y que en definitiva llegarán a convertirse en verdaderos socialistas. No es propio de bolcheviques dormirse en los laureles y quedarse pensando en las musarañas. Lo que nos hace falta, no es la benevolencia, sino la vigilancia, la verdadera vigilancia revolucionaria bolchevique. No hay que olvidar que cuanto más desesperada sea la situación de los enemigos tanto más desearán agarrarse a las medidas extremas, como el único recurso de los que están condenados a fracasar en su lucha contra el poder soviético. Debemos recordar esto y estar vigilantes.»

En la carta confidencial del 29 de julio de 1936, sobre la actividad terrorista y de espionaje del Bloque trotskista-zinovievista, el Comité Central del PC(b) de la URSS llamaba de nuevo a las organizaciones del Partido a desplegar la máxima vigilancia, a saber reconocer a los enemigos del pueblo, por muy hábilmente enmascarados que estuvieran.

He aquí lo que dice la carta confidencial:

«Ahora que se ha probado que, en la lucha contra el poder de los Soviets, los monstruos trotskista-zinovievistas agrupan a todos los enemigos jurados, a los enemigos más odiados de los trabajadores de nuestro país, espías, provocadores, agentes de diversión, guardias blancos, ku1aks, etc., y que entre estos elementos por una parte, y los trotskistas y los zinovievistas por otra, se ha borrado toda línea de demarcación, -nuestras organizaciones del Partido, en su totalidad todos los miembros del Partido- deben comprender que la vigilancia de los comunistas es indispensable en todos los sectores y en todas las condiciones. La cualidad indispensable de todo bolchevique, en las condiciones del presente, debe ser la capacidad de reconocer al enemigo del Partido, por muy enmascarado que esté.»

Así pues, señales y advertencias, las ha habido.

---

agente del servicio de espionaje imperialista y miembro del clandestino contrarrevolucionario grupo zinovievista.

[292] El «Centro de Leningrado» - grupo clandestino terrorista contrarrevolucionario, organizado por los integrantes del grupo antisoviético-zinovievista en Leningrado. Su objetivo era asesinar a los dirigentes del Partido Comunista. Este grupo tenía lazos con los servicios de espionaje extranjeros y estaba sostenido por ellos.

[293] Se refiere a los procesos que se desarrollaron durante los años 1936-1938, contra los trotsko-zinovievistas y otros enemigos como Kámenev, Yakiri, Tujachevski, Razengolz, Bujarín etc. Estos procesos pusieron en evidencia que desde hacía tiempo estos elementos se habían unido en la banda de enemigos del pueblo formando un único «bloque de derechistas y troskistas».

Los procesos pusieron de relieve que estos elementos, junto con los enemigos del pueblo -Trotski, Zinóvíev, Kámenev- desde los primeros días de la Revolución Socialista de Octubre, habían montado un complot contra Lenin, contra el Partido y contra el Estado Soviético. Las provocaciones para hacer fracasar la paz de Brest-Litovsk, al principio del año 1918, el atentado contra Lenin y el acuerdo secreto con los eseristas e «izquierdistas» para llevar a cabo el arresto y el asesinato de Lenin, Stalin y Sverdlov en la primavera de 1918, el vil atentado contra Lenin en el verano de 1918 en el que resulto herido, el motín de los socialistas-revolucionarios «izquierdistas» en el verano de 1918, el crecimiento voluntario de las divergencias en 1921 con el fin de estremecer e invertir, del interior, la dirección de Lenin, los intentos para derrocar esta dirección durante el tiempo en que Lenin estaba enfermo y después de su muerte, la divulgación de los secretos estatales y el pasar informaciones a los servicios de espionaje extranjeros; el vil asesinato de Kirov, el trabajo de diversión, los atentados, el vil asesinato de Menjinski, Kuibichev así como lo de Gorki - todos estos crímenes y otros de la misma naturaleza, como se demostró posteriormente fueron cometidos, en el plazo de veinte años, con la participación o bajo la dirección de Trotski, Zinóviev, Kámenev, Bujarin, Rikov, y sus agentes, bajo las órdenes de los servicios de espionaje extranjeros burgueses.

Los procesos pusieron de manifiesto que los traidores trotskista-bujarinistas, bajo las órdenes de sus amos -los servicios de espionaje extranjeros burgueses- tenían como objetivo la destrucción del Partido y del Estado Soviético, el minar la defensa del país, facilitar la intervención extranjera, preparar la derrota del Ejército Rojo, desmembrar a la URSS, destruir las victorias logradas por los obreros y los koljosíanos y restaurar la esclavitud capitalista en la URSS.

El tribunal soviético condenó a muerte a los traidores trotsko-bujarinistas.

¿Qué nos exigían estas señales y advertencias?

Nos exigían liquidar la debilidad del trabajo de organización en el Partido y hacer del Partido una fortaleza inexpugnable donde ningún elemento de doble cara pudiera penetrar.

Nos exigían acabar con la subestimación del trabajo político del Partido y efectuar un viraje decisivo, destinado a reforzar este trabajo Por todos los medios, destinado a reforzar la vigilancia política...

Pero ¿qué ocurrió ?Los hechos han demostrado que, para captar estas advertencias y señales, nuestros camaradas han sido demasiado duros de oído.

Así lo confirman con toda claridad las hechos referentes a la campaña de verificación y cambio de carnets del Partido, que todos conocemos.

¿Cómo explicar que estas advertencias y señales no hayan tenido el efecto requerido?

¿Cómo explicar que nuestros camaradas del Partido, a pesar de su experiencia de lucha contra los elementos antisoviéticos, a pesar de toda una serie de señales y advertencias, hayan sido políticamente miopes ante la actividad de sabotaje, de espionaje y de diversión de los enemigos del pueblo?

¿Acaso nuestros camaradas del Partido han perdido las cualidades que poseían en otro tiempo, se han vuelto menos conscientes y menos disciplinados? No, por supuesto que no. ¿O están en vías de degeneración? ¡Tampoco! Tal suposición carece de todo fundamento.

¿Entonces qué? ¿De dónde viene toda esta pazguatería, esta despreocupación, esta benignidad, esta ceguera?

Lo cierto es que nuestros camaradas del Partido, llevados por las campañas económicas y los enormes éxitos conquistados en el frente de la edificación económica, han olvidado sencillamente algunos hechos muy importantes, que los bolcheviques no tienen derecho a olvidar. Han olvidado un hecho esencial respecto a la situación internacional de la URSS y no han captado dos hechos muy importantes que están directamente relacionados con los actuales saboteadores, espías, agentes de diversión y asesinos, los cuales se amparan detrás del carnet del Partido y se disfrazan de bolcheviques.

II. El cerco capitalista

¿Cuáles son pues los hechos que han olvidado o que simplemente no han captado nuestros camaradas del Partido?

Han olvidado que el poder de los Soviets sólo ha triunfado en una sexta parte del globo y que las cinco sextas partes restantes, están en posesión de los Estados capitalistas. Han olvidado que la Unión Soviética se encuentra dentro del cerco capitalista. Entre nosotros existe la costumbre de hablar mucho sobre el cerco capitalista; pero en lo que se refiere a reflexionar sobre su significado, esto es algo que no suele hacerse. El cerco capitalista no es una frase hueca, es un fenómeno muy real y muy desagradable. El cerco capitalista, significa en concreto que existe un país, la Unión Soviética, el cual ha instaurado el orden socialista, y que por otra parte, hay, un gran número de países, países burgueses, que continúan llevando un género de vida capitalista y están cercando a la Unión Soviética, aguardando la menor oportunidad para atacarla, para abatirla o, en todo caso, para socavar su potencia y debilitarla.

Este hecho esencial, nuestros camaradas lo han olvidado. Y es precisamente él que determina la base de las relaciones entre el cerco capitalista y la Unión Soviética.

Tomemos, por ejemplo, los Estados burgueses. Gentes ingenuas podrían creer que sólo existen entre ellos buenas relaciones, como si de Estados de un solo e idéntico tipo se tratara. Pero, únicamente los ingenuos pueden pensar así. En realidad, las relaciones entre estos Estados distan mucho de ser unas relaciones de buena vecindad. Está comprobado, como dos y dos son cuatro, que los Estados burgueses se envían mutuamente hacia sus retaguardias espías, saboteadores, agentes de diversión, y a veces también asesinos, fijándoles la tarea de introducirse en las empresas e instituciones de estos Estados, de crear en ellos su propia red y, «en caso de necesidad», hacer saltar las retaguardias de estos Estados, para debilitar y socavar su potencial. Así están hoy las cosas. Y así han estado también en el pasado. Tomemos, por ejemplo, los Estados europeos de la época de Napoleón I. Por entonces, Francia estaba plagada de espías y agentes de diversión, procedentes del campo de los rusos, alemanes, austríacos, ingleses. Y a su vez, Inglaterra, los Estados de Alemania, Austria, Rusia tenían también en sus retaguardias un número no inferior de espías y agentes de diversión procedentes del campo francés. En dos ocasiones los agentes de Inglaterra atentaron contra la vida de Napoleón y sublevaron varias veces a los campesinos vandeanos, de Francia, contra el gobierno de aquél. Y ¿qué era el gobierno de Napoleón? Un gobierno burgués que reprimió la Revolución Francesa y sólo conservó de ésta los logros que le eran ventajosos a la gran burguesía. Ni que decir tiene que el gobierno de Napoleón no sólo no quedaba a la zaga de sus vecinos, sino que, a su vez, tomaba medidas de diversión. Así ocurría en aquel tiempo, hace ya ciento treinta años. Así ocurre hoy, ciento treinta años después de Napoleón I. Actualmente Francia e Inglaterra bullen de espías y agentes de diversión alemanes; e, inversamente, espías y agentes de diversión anglo-franceses actúan, también, en Alemania. Los Estados Unidos de América bullen de espías y agentes de diversión japoneses, y el Japón de espías y agentes de diversión norteamericanos.

Tal es la ley de las relaciones entre Estados burgueses.

Nos preguntamos ¿por qué los Estados burgueses deberán observar hacia el Estado soviético socialista una actitud más delicada y de mejor vecindad que hacia los Estados burgueses de mismo tipo que ellos? ¿Por qué enviarán a la retaguardia de la Unión Soviética menos espías, saboteadores, agentes de diversión y asesinos de los que han enviado a las retaguardias de los Estados burgueses congéneres? ¿De dónde han salido tales suposiciones? ¿No sería más justo admitir, desde el punto de vista marxista, que los Estados burgueses deben enviar a la retaguardia de la Unión Soviética hasta dos y tres veces más saboteadores, espías, agentes de diversión y asesinos de los que envían a la retaguardia de cualquier Estado burgués?

¿No está claro que mientras exista el cerco capitalista, existirán en nuestro país los saboteadores, los espías, los agentes de diversión y los asesinos enviados a nuestra retaguardia por los agentes de los Estados extranjeros?

Nuestros camaradas del Partido habían olvidado todo esto y por eso han sido cogidos desprevenidos.

He aquí por qué la actividad de diversión y de espionaje de los agentes trotskistas de la policía secreta japonesa y alemana ha sido algo totalmente inesperado para algunos de nuestros camaradas.

III. El trotskismo de nuestros días

Prosigamos. En la lucha que llevan a cabo contra los agentes trotskistas, nuestros camaradas del Partido no han notado, se han dejado pasar el hecho de que el trotskismo actual ya no es más lo que ha sido, digamos, siete u ocho años antes; que el trotskismo y los trotskistas han pasado durante este tiempo por una seria evolución que ha modificado a fondo el semblante del trotskismo y en consecuencia que la lucha contra el trotskismo, los métodos para combatirlo, deben ser cambiados radicalmente. Nuestros camaradas del Partido no han notado que el trotskismo ha dejado de ser una corriente política en la clase obrera como era hace siete u ocho años, ni como se ha convertido en una banda enfurecida y sin principios compuesta por saboteadores, agentes de diversión y asesinos, que actúan bajo las órdenes de los servicios de espionaje de los Estados extranjeros.

¿Qué significa una corriente política en la clase obrera? Una corriente política en la clase obrera, es un grupo o un partido que tiene su propia fisonomía política, netamente determinada, cuenta con su forma Y su programa; es un grupo o un partido que no oculta ni puede ocultar sus concepciones a la clase obrera y las preconiza abierta y honestamente, ante ella; es un grupo o un partido que no teme mostrar su fisonomía política a la clase obrera, proclamar sus fines y objetivos reales ante la clase obrera, sino que por el contrario, se dirige a ésta, con el rostro descubierto, para convencerla de la justeza de sus puntos de vista. Tiempo atrás, hace ya siete u ocho años, el trotskismo era en el seno de la clase obrera una de las corrientes políticas de este género, antileninista, bien es cierto, y por consiguiente profundamente errónea, pero sin embargo era toda una corriente política.

¿Se puede decir que el trotskismo actual, por ejemplo el trotskismo de 1936, es una corriente política en la clase obrera? No, no se puede decir tal cosa. ¿Por qué? Porque los trotskistas de nuestros días temen mostrar su verdadero rostro a la clase obrera; temen exponerle sus fines y objetivos reales; le ocultan cuidadosamente su fisonomía política, temerosos de que si la clase obrera se entera de sus verdaderas intenciones, va a maldecirlos como elementos extraños y a arrojarlos lejos de su seno. Así se explica, realmente, que el principal método de acción trotskista no sea hoy la propaganda abierta y leal de sus puntos de vista en el seno de la clase obrera, sino su enmascaramiento, la alabanza aduladora y servil de los puntos de vista de sus adversarios, la manera farisaica e hipócrita de pisotear sus propios puntos de vista.

En el proceso de 1936, si ustedes recuerdan, Kámenev y Zinóviev negaron categóricamente que tuvieran alguna plataforma política. Tuvieron la plena posibilidad de desarrollar durante el proceso su plataforma política. Ahora bien, no lo hicieron y declararon no tener ninguna plataforma política. Es indudable que los dos mentían. Hoy, hasta los ciegos ven que ellos tenían su propia plataforma política. Pero, ¿por qué la negaron? La negaron porque temían poner al descubierto su verdadera catadura política, temían mostrar su plataforma real de restauración del capitalismo en la URSS, por miedo a que tal plataforma provocase la aversión de la clase obrera.

En el proceso de 1937, Píatakov, Radek y Sokolnikov tomaron otro camino. Ellos no dijeron que los trotskistas y los zinovievistas no tuvieran una plataforma política. Admitieron que tenían su plataforma política concreta; reconocieron y desarrollaron esta plataforma en sus declaraciones. Pero si la desarrollaron, no era en absoluto para llamar a la clase obrera, para llamar al pueblo a respaldar la plataforma trotskista, sino para maldecirla y tildarla de plataforma antipopular y antiproletaria. Restauración del capitalismo, liquidación de los koljós y de los sovjós, restablecimiento del sistema de explotación; alianza con las fuerzas fascistas de Alemania y del Japón para acelerar el desencadenamiento de una guerra contra la Unión Soviética; lucha por la guerra y contra la política de paz; desmembramiento territorial de la Unión Soviética, entregando Ucrania a los alemanes y la Provincia marítima a los japoneses; preparación de la derrota militar de la Unión Soviética en caso de una agresión por parte de los

Estados enemigos; y, como medio para alcanzar estos fines: sabotaje, diversión, terrorismo individual contra los dirigentes del poder de los Soviets y espionaje en provecho de las fuerzas fascistas japonesas y alemanas. He aquí la plataforma política del trotskismo actual, expuesta por Piatakov, Radek y Sokolnikov. Una plataforma de este tipo es comprensible que los trotskistas no pudiesen por menos que ocultar al pueblo, a la clase obrera. Y no la ocultaban solamente a la clase obrera, sino también a la masa trotskista; y no solamente a la masa trotskista, sino incluso al equipo dirigente trotskista, compuesto por un puñado de treinta a cuarenta hombres. Cuando Radek y Piatakov pidieron a Trotski la autorización para reunir una pequeña conferencia de treinta a cuarenta trotskistas a fin de informarles del carácter de esta plataforma, Trotski se les negó, declarando que no era racional exponer el verdadero carácter de la plataforma, incluso a un puñado de trotskistas, porque una «operación» de este género podía provocar la escisión.

«Hombres políticos» que ocultan sus convicciones, su plataforma, no solamente a la clase obrera, sino también a la masa trotskista, y no solamente a la masa trotskista, sino también al equipo dirigente de los trotskistas, tal es la fisonomía del trotskismo de nuestros días.

Por esto el actual trotskismo ya no se puede llamar corriente política en la clase obrera.

El trotskismo de nuestros días no es una corriente política en la clase obrera, sino una banda sin principios y sin ideología, de saboteadores, de agentes de diversión y de información, de espías, de asesinos, una banda de enemigos jurados de la clase obrera, una banda a sueldo de los servicios de espionaje de los Estados extranjeros.

Tal es el resultado indiscutible de la evolución del trotskismo en el curso de los siete u ocho últimos años.

Tal es la diferencia entre el trotskismo de antes y el trotskismo de hoy.

El error de nuestros camaradas del Partido es que ellos no han notado esta diferencia profunda entre el trotskismo del pasado y el actual trotskismo. No han reparado en que los trotskistas han cesado de ser, desde hace mucho tiempo, hombres de ideas; en que, desde hace mucho tiempo, se han convertido en auténticos salteadores de caminos capaces de todas las vilezas, de todas las infamias, llegando hasta el espionaje y la traición directa a su patria, con tal de causar daño al Estado soviético y al poder de los Soviets. Nuestros camaradas no se han percatado de esto y no han sabido, por lo tanto, cambiar a tiempo de orientación para trabar la lucha contra los trotskistas de otra manera, de forma más enérgica.

Vemos, pues, por qué las ignominias cometidas por los trotskistas, en estos últimos años, han sido algo totalmente inesperado para algunos de nuestros camaradas del Partido.

Prosigamos. Nuestros camaradas del Partido no advirtieron, por último, que existe una diferencia esencial por una parte, entre los actuales saboteadores y agentes de diversión, entre los cuales los agentes trotskistas del fascismo juegan un papel bastante activo, y los saboteadores y agentes de diversión del tiempo del proceso de Shajti[294], por otra parte.

Primero. Los saboteadores de Shajti y los miembros del «Partido industria»[295] eran atadas luces extraños a nosotros. Eran, en su mayoría, antiguos propietarios de empresas, antiguos administradores de los patronos de otro tiempo, antiguos asociados de viejas sociedades anónimas o simplemente viejos especialistas burgueses, que, desde el punto de vista político, nos eran francamente hostiles. Ninguno de nosotros dudaba de la verdadera fisonomía política de estos señores. Por otra parte, los saboteadores de Shajti no disimulaban su actitud hostil hacia el régimen soviético. No se podría decir lo mismo de los actuales saboteadores y agentes de diversión, de los trotskistas. Todos estos, son, en su mayoría, miembros del Partido, que tienen en su bolsillo el carnet del Partido; por consiguiente, hombres que, oficialmente, no nos son extraños. Si los viejos saboteadores actuaban contra nuestros hombres, los nuevos saboteadores, por el contrario, les hacen reverencias, hacen elogios de ellos y se les arrastran para ganarse su confianza. La diferencia, como veis, es esencial.

Segundo. Lo que les hacía fuertes a los saboteadores de Shajti y a los miembros del «Partido industrial» era su posesión, en mayor o menor grado, de los conocimientos técnicos necesarios, mientras que nuestros hombres, al no tenerlos, se veían obligados a aprender de ellos. Esta circunstancia daba una gran ventaja a los saboteadores de la época de Shajtí, les permitía sabotear con toda libertad y sin ningún obstáculo, les permitía engañar a nuestros

---

294 Se refiere a la labor subversiva de la organización contrarrevolucionaria de especialistas burgueses que de 1923 a 1928 actuó en Shajti y en otros distritos de la cuenca del Donetz.

295 El proceso contra la organización contrarrevolucionaria «el partido industrial», que llevaba a cabo acciones de sabotaje y de espionaje, tuvo lugar en Moscú del 25 de noviembre al 7 de diciembre de 1930. Los hechos fueron examinados por una sección especial del Tribunal Supremo de la URSS. Como se vió durante el proceso «el partido industrial», que agrupaba a los elementos contrarrevolucionarios de los altos círculos de la antigua burguesía técnico-intelectual era un agente del capital internacional en la URSS. Mantenían lazos con los elementos blancos que habían huido, con los grandes ex-capitalistas de la Rusia zarista y actuaban según las directas orientaciones del Estado Mayor del ejército francés para preparar la intervención militar de los imperialistas y el derrocamiento del Poder Soviético por las armas. Los saboteadores recibían de los imperialistas las directrices y los fondos para desarrollar acciones de espionaje y de diversión en las diferentes ramas de la economía nacional de la URSS

hombres *en el aspecto técnico*. Las cosas cambian con los saboteadores de nuestros días, con los trotskistas. Los saboteadores de hoy no tienen ninguna ventaja técnica sobre nuestros hombres. Al contrario, desde este punto de vista, nuestros hombres están mejor preparados que los saboteadores actuales, que los trotskistas. En el intervalo desde la época de Shajti hasta nuestros días, se han formado en nuestro país decenas de miles de verdaderos cuadros bolcheviques con una verdadera preparación técnica. Podríamos mencionar miles y decenas de miles de dirigentes bolcheviques técnicamente formados, frente a los cuales todos los Piatakov y Lívchitz, Chestov y Boguslavski, Muralov y Drobnis, no son más que vanos parlanchines y unos pipiolos desde el punto de vista de la preparación técnica. ¿En dónde permanece, pues, la fuerza de los saboteadores actuales, de los trotskistas? Su fuerza reside en el carnet del Partido, en su posesión de éste. Su fuerza consiste en que el carnet del Partido les da la confianza política y les abre las puertas de todas nuestras instituciones y organizaciones. Su ventaja consiste en que, al poseer este carnet y haciéndose pasar por los amigos del poder de los Soviets, han engañado a nuestros hombres *en el aspecto político*, han abusado de su confianza, han realizado bajo mano acciones de sabotaje y han revelado nuestros secretos de Estado a los enemigos de la Unión Soviética. Una «ventaja» dudosa en cuanto a su valor político y moral, pero, en cualquier caso, es toda una «ventaja» que, en suma, viene a explicar el que los saboteadores trotskistas, al estar en posesión del carnet del Partido y tener acceso a todos los puestos de nuestras instituciones y organizaciones, hayan sido un verdadero hallazgo para los servicios de espionaje de los Estados extranjeros.

El error de algunos de nuestros camaradas del Partido es que no han notado, no han comprendido toda esta diferencia entre los viejos y los nuevos saboteadores, entre los saboteadores de Shajti y los trotskistas, y, al no percatarse, no han sabido modificar su orientación en el momento oportuno para combatir en otros términos a los nuevos saboteadores.

IV. Los lados negativos de los éxitos económicos

Estos son los hechos principales en lo tocante a nuestra situación internacional e interior, que muchos de nuestros camaradas del Partido han olvidado o no han advertido.

He aquí por qué nuestras gentes han sido sorprendidas por los acontecimientos de los últimos años, en lo que concierne al sabotaje y a los actos de diversión.

Se puede saber: ¿por qué nuestros hombres no han reparado en esto?, ¿por qué han olvidado todas estas cosas?

¿De dónde viene esta amnesia, esta ceguera, esta despreocupación, esta tolerancia?

¿Es que se trata de una vida orgánica en el trabajo de nuestros hombres?

No, no se trata de un vicio orgánico. Estamos ante un fenómeno temporal, que puede ser rápidamente liquidado si nuestros hombres hacen algunos esfuerzos.

Pero entonces, ¿de qué se trata?

Lo cierto es que, estos últimos años, nuestros camaradas del Partido estaban totalmente absorbidos por el trabajo económico, los éxitos económicos les enardecían hasta el extremo y con este apasionamiento, han olvidado todo lo demás, ha descuidado el resto de las tareas.

Es cierto que estando exaltados sus ánimos por los éxitos económicos, han visto aquí el comienzo y el fin de todo en cuanto a los problemas concernientes a la situación internacional de la Unión Soviética, al cerco capitalista, al reforzamiento del trabajo político del Partido, a la lucha contra e sabotaje, etc., simplemente no les han prestado ninguna atención, considerándolos como cosas de segundo e incluso de tercer orden.

En realidad, los éxitos y las realizaciones son algo muy grande. Nuestros éxitos en el terreno de la edificación socialista, en efecto, son inmensos. Pero los éxitos, como todo lo que existe en el mundo, tienen también sus sombras. A menudo los grandes éxitos y las grandes realizaciones propician en los hombres poco duchos en la política, una tendencia a la despreocupación, a la tolerancia, a la autosatisfacción, a la excesiva confianza en sí, a la suficiencia, a la jactancia. Ustedes no pueden negar que, en estos últimos tiempos, los jactanciosos pululan enormemente entre nosotros. No es sorprendente que, en este ambiente de grandes y serios éxitos en el dominio de la edificación socialista, aparezcan tendencias a las fanfarronadas, a manifestar, con toda pompa nuestros éxitos, tendencias a subestimar las fuerzas de nuestros enemigos y a sobreestimar las propias y, en consecuencia, se manifieste la ceguera política.

A propósito de todo esto, debo decir algunas palabras sobre los peligros ligados a los éxitos, sobre los peligros ligados a las realizaciones.

Los peligros ligados a las dificultades, los conocemos por experiencia. Hace varios años que luchamos contra los peligros de este género y, bien hay que decirlo, no sin éxito. Los peligros ligados a las dificultades hacen surgir con frecuencia en las personas inestables tendencias al abatimiento, a la falta de confianza en sus fuerzas, tendencias al pesimismo. Y, al contrario, allí donde se trata de vencer los peligros que provienen de las dificultades, los hombres se templan en esta lucha y de ella salen verdaderos bolcheviques de acero. Tal es la naturaleza de los peligros ligados a las dificultades.

Tales son los resultados que aporta la lucha para triunfar sobre las dificultades.

Pero tenemos este otro género de peligros, los que están ligados a los éxitos, a las realizaciones. Sí, sí, camaradas, peligros ligados a los éxitos, a las realizaciones. Estos peligros consisten en que el ambiente de los éxitos, -un éxito tras otro, una realización tras otra, una superación tras otra del plan-, engendra en las personas poco duchas en la política y sin mucha experiencia tendencias a la despreocupación y a la autosatisfacción, les crea una atmósfera de solemnidades, de aparatosidad y de felicitaciones mutuas que mata el sentido de la mesura y debilita el olfato político, abate el ímpetu de las personas y les incita a dormirse en sus laureles.

No es sorprendente que en esta atmósfera embriagadora de suficiencia y de autosatisfacción, en esta atmósfera de demostraciones pomposas y de ruidosas alabanzas recíprocas, haya quienes olviden algunos hechos esenciales de una importancia primordial para los destinos de nuestro país; quienes comiencen a no reparar en cosas desagradables como el cerco capitalista, las nuevas formas de sabotaje, los peligros relacionados con nuestros éxitos, etc. ¿Cerco capitalista? ¡Bah, esto es una bagatela! ¿Qué importancia puede tener un cerco capitalista, si cumplimos y sobrepasamos nuestros planes económicos? ¿Nuevas formas de sabotaje, lucha contra el trotskismo? ¡Tamañas tonterías! ¿Qué importancia pueden tener todas estas minucias, si nosotros cumplimos y sobrepasamos nuestros planes económicos? ¿Estatutos del Partido, carácter electivo de los órganos del Partido, deber de los militantes del Partido de rendir cuentas de su mandato ante la masa de los militantes del Partido? Pero, ¿hay necesidad de esto? En general, ¿vale la pena perder el tiempo en todas estas pequeñeces, cuando nuestra economía crece y la situación material de los obreros y campesinos mejora de día en día? ¡Es inútil seguir con esto! Nosotros rebasamos nuestros planes, tenemos un Partido que marcha bien; lo mismo ocurre con el Comité Central. Entonces, ¿qué otra cosa es necesaria? Qué gente rara es esa de Moscú, la del Comité Central del Partido: inventan un montón de problemas, discuten de quién sabe que sabotaje, no duermen ellos mismos y no dejan dormir a los demás...

He aquí un ejemplo ilustrativo de la facilidad y de la «simplicidad» con que algunos de nuestros camaradas sin experiencia, contraen la ceguera política como resultado de los éxitos económicos.

Tales son los peligros ligados a los éxitos, a las realizaciones.

He aquí la causa de que nuestros camaradas del Partido, dejándose arrastrar por los éxitos económicos, han olvidado los hechos de orden internacional e interior cuya importancia es esencial para la Unión Soviética, y no han reparado en una serie de peligros que rodean a nuestro país.

Aquí están las raíces de nuestra despreocupación, de nuestra amnesia, de nuestra benignidad, de nuestra ceguera política.

Aquí están las raíces de los defectos de nuestro trabajo económico y del trabajo del Partido.

V. Nuestras tareas

¿Cómo liquidar estos defectos de nuestro trabajo? ¿Qué hay que hacer para eso?

Es necesario realizar las siguientes medidas:

1. Ante todo hace falta orientar la atención de nuestros camaradas del Partido, que se han atascado en las «cuestiones corrientes» de tal o cual servicio, hacia las grandes cuestiones políticas de carácter internacional e interior.

2. Es preciso elevar el trabajo político de nuestro Partido al nivel requerido, colocando en primer plano la instrucción política y el temple bolchevique de los cuadros del Partido, del Estado y de la economía nacional.

3. Hay que explicar a nuestros camaradas del Partido que los éxitos económicos, cuya importancia es indiscutiblemente muy grande, y por los cuales continuaremos trabajando de día en día, de año en año, no agotan sin embargo todos los problemas de nuestra edificación socialista.

Explicar que los lados negativos de los éxitos económicos, como son la autosatisfacción, la despreocupación, el embotamiento del olfato político, no pueden ser liquidados a no ser que a los éxitos económicos se unan los éxitos en la edificación del Partido y de un vasto trabajo político de nuestro Partido.

Explicar que los mismos éxitos económicos, su solidez y su duración dependen por entero y sin lugar a dudas de los éxitos del trabajo de organización y del trabajo político del Partido; que a falta de estas condiciones, los éxitos económicos pueden revelarse como algo constituido en la arena.

4. Hay que recordar y jamás olvidar que el cerco capitalista es el hecho esencial que determina la situación internacional de la Unión Soviética.

Hay que recordar y no olvidar jamás que mientras exista el cerco capitalista, existirán los saboteadores, los agentes de diversión, los espías, los terroristas enviados a la retaguardia de la Unión Soviética por los servicios de espionaje de los Estados extranjeros; hay que tener esto presente y luchar contra los camaradas que subestiman la importancia del cerco capitalista, que subestiman la fuerza y la importancia del sabotaje.

Explicar a nuestros camaradas del Partido que ningún tipo de éxitos económicos, por grandes que sean, puede anular el hecho del cerco capitalista y las consecuencias que de él se derivan.

Aplicar las medidas necesarias para que nuestros camaradas, los bolcheviques, miembros y no

miembros del Partido, tengan la posibilidad de comprender los fines y las tareas, de la práctica y la técnica de la actividad de sabotaje, de espionaje y de diversión de los servicios de espionaje extranjeros.

5. Hay que explicar a nuestros camaradas del Partido que los trotskistas, los cuales son elementos activos en la acción de sabotaje, de diversión y de espionaje de los servicios de espionaje extranjeros, han dejado de ser desde hace mucho tiempo una corriente política en la clase obrera; que desde hace mucho tiempo han dejado de servir a ideas que sean compatibles con los intereses de la clase obrera; que se han convertido en una banda, sin principios y sin ideas, de saboteadores, de agentes de diversión, de espías, de asesinos a sueldo de los servicios de espionaje extranjeros.

Explicar que, en la lucha contra el trotskismo de nuestros días, lo que se requiere, ya no son los viejos métodos, los métodos de discusión, sino los métodos nuevos, los métodos consistentes en extirpar, en derrotar.

6. Hay que explicar a nuestros camaradas del Partido la diferencia que existe entre los saboteadores actuales y los saboteadores de la época de Shajti; explicar que si los saboteadores de la época de Shajti engañaban a nuestros hombres en el terreno técnico, explotando su atraso técnico, los saboteadores actuales, en posesión del carnet del Partido, engañan a nuestros hombres aprovechándose de la confianza política de que gozan como miembros del Partido, aprovechándose de la despreocupación política de nuestros hombres.

Es necesario completar la antigua consigna de la asimilación de la técnica, consigna que correspondía a la época de Shajti, con la nueva consigna de la educación política de los cuadros, de la asimilación del bolchevismo y la liquidación de nuestra credulidad política, consigna que corresponde perfectamente a la época en que vivimos.

Puede preguntarse, ¿no era posible, diez años antes, durante la época de Shajti, formular de golpe las dos consignas, la primera de la asimilación de la técnica; y la segunda de la educación política de los cuadros? No, esto no era posible. No es así como se hacen las cosas en nuestro Partido bolchevique. En momentos en que el movimiento revolucionario opera un viraje, siempre es formulada una consigna esencial, una consigna crucial a la cual nos aferramos para poder, gracias a ella, tirar hacia nosotros de toda la cadena. He aquí lo que Lenin nos ha enseñado: encuentren el eslabón fundamental de la cadena de nuestro trabajo, aférrense a él y tiren, para poder de esta manera, tirar de toda la cadena y marchar hacia adelante.

La historia del movimiento revolucionario muestra que esta táctica es la única táctica justa. En la época de Shajti, la debilidad de nuestros hombres residía en su atraso técnico. No eran las cuestiones políticas, sino las cuestiones técnicas las que en aquel entonces eran para nosotros el punto débil. En cuanto a nuestra actitud política respecto a los saboteadores de aquel tiempo, estaba perfectamente clara: actitud de bolcheviques hacia elementos políticamente extraños. Esta debilidad técnica la hemos liquidado formulando la consigna de la asimilación de la técnica y educando, durante el período transcurrido, decenas y centenares de miles de bolcheviques técnicamente formados. Algo distinto es hoy que poseemos cuadros bolcheviques técnicamente formados, pero sin embargo el papel de saboteadores ya no es ejercido por elementos totalmente extraños, que, además no tienen ninguna ventaja técnica sobre nuestros hombres, sino por personas que poseen el carnet del Partido y gozan de todos los derechos reservados a los miembros del Partido. Ahora, el punto débil de nuestros hombres no es su atraso técnico, sino su despreocupación política, su ciega confianza hacia los que una casualidad ha puesto en posesión del carnet del Partido; la ausencia de un control sobre las personas, no en función de sus declaraciones políticas, sino en función a los resultados de su trabajo. Ahora, la cuestión crucial para nosotros no es liquidar el atraso técnico de nuestros cuadros, cosa que ha sido lograda en lo esencial, sino liquidar la despreocupación política y la credulidad política hacia saboteadores que una casualidad ha puesto en posesión del carnet del Partido.

Esta es la diferencia esencial entre la cuestión crucial de la lucha por los cuadros en la época de Shajti, y la cuestión crucial del período actual.

He aquí por qué, hace diez años, no podíamos, ni debíamos lanzar a la vez las dos consignas, la de la asimilación de la técnica y la de la educación política de los cuadros.

He aquí por qué es necesario ahora completar la antigua consigna de la asimilación de la técnica con la nueva consigna de la asimilación del bolchevismo, de la educación política de los cuadros y de la liquidación de nuestra despreocupación política.

7. Hay que demoler y arrojar lejos de nosotros la podrida teoría de que, a cada paso que damos adelante, la lucha de clases entre nosotros irá extinguiéndose paralelamente, que a medida que aumenten nuestros éxitos, el enemigo de clase se hará más manso.

No se trata solamente de una teoría podrida, sino de una teoría peligrosa, porque adormece a nuestros hombres, les hace caer en trampas y permite al enemigo de clase recobrarse para combatir al poder de los Soviets.

Por el contrario, cuanto más avancemos, cuanto más éxitos conquistemos, tanto mayor será el furor de los restos de las clases explotadoras aplastadas, tanto más de prisa recurrirán a las más agudas formas de lucha, tanto más intentarán perjudicar al Estado

soviético, tanto más se agarrarán a los más desesperados procedimientos de lucha, como el último recurso de aquellos que van a la ruina.

No hay que perder de vista que los restos de las clases derrotadas en la URSS no están solos. Cuentan con el apoyo directo de nuestros enemigos, más allá de las fronteras de la URSS. Sería un error creer que la esfera de la lucha de clases se limita a las fronteras de la URSS. Si un flanco de la lucha de clases actúa en el marco de la URSS, su otro flanco se extiende hasta el interior de las fronteras de los Estados burgueses que nos rodean. Los restos de las clases derrotadas no pueden ignorarlo. Y, justamente porque lo saben, continuarán también en el futuro sus ataques desesperados.

Esto es lo que nos enseña la historia. Esto es lo que nos enseña el leninismo. No olvidemos pues tal cosa y estemos siempre vigilantes.

8. Hay que demoler y arrojar lejos de nosotros otra teoría podrida, según la cual, todo el que no se entrega constantemente al sabotaje, aunque sólo de vez en cuando muestre éxitos en su trabajo, no podrá ser saboteador.

Esta extraña teoría revela la ingenuidad de sus autores. No hay saboteador que se atreva a sabotear continuamente, si no quiere ser desenmascarado a corto plazo. Por el contrario, un verdadero saboteador debe, de cuando en cuando, mostrar éxitos en su trabajo, porque esto para él es el único medio de preservarse como saboteador, de ganarse la confianza y de proseguir su trabajo de sabotaje.

Pienso que es una cuestión clara y no necesita explicaciones complementarias.

9. Hay que demoler y arrojar lejos de nosotros la tercera teoría podrida, según la cual la ejecución sistemática de los planes económicos reduciría a la nada el sabotaje y sus resultados.

Esta teoría puede perseguir sólo un objetivo: halagar un poco el amor propio burocrático de nuestros administradores, tranquilizarlos y debilitar su lucha contra el sabotaje.

¿Qué significa «ejecución sistemática de nuestros planes económicos»?

Primero, ha sido probado que todos nuestros planes económicos son reducidos, puesto que no tienen en cuenta inmensas reservas y posibilidades que encierra nuestra economía nacional.

Segundo, la ejecución global y en su conjunto de los planes económicos a nivel de comisariatos del pueblo, no significa todavía que los planes sean cumplidos también por algunas ramas muy importantes. Al contrario, los hechos testimonian que todo un conjunto de comisariatos del pueblo, que han cumplido e incluso sobrepasado los planes económicos anuales, sistemáticamente no realizan los planes de algunas ramas muy importantes de la economía nacional.

Tercero, no puede haber duda de que si los saboteadores no hubiesen sido desenmascarados y echados fuera, las cosas irían mucho peor en lo que concierne a la ejecución de los planes económicos; los autores miopes de la teoría analizada deberían acordarse de ello.

Cuarto, los saboteadores, escogen de ordinario para su principal actividad de sabotaje, no el tiempo de paz, sino la víspera de la guerra o el mismo tiempo de guerra. Admitamos que nos dejábamos entretener con la teoría podrida de la «ejecución sistemática de los planes económicos» y no tocábamos a los saboteadores. ¿Los autores de esta podrida teoría se imaginan el daño inmenso que los saboteadores ocasionarían a nuestro Estado en caso de guerra, si nosotros les dejábamos en el seno de nuestra economía nacional, a la sombra de la podrida teoría de la ejecución sistemática de los planes económicos»?

¿No está claro que la teoría de la «ejecución sistemática de los planes económicos» es una teoría ventajosa para los saboteadores?

10. Hay que demoler y rechazar la cuarta teoría podrida, según la cual el movimiento Stajanov sería el medio esencial de liquidación del sabotaje.

Esta teoría ha sido inventada para poder, gracias a las habladurías sobre los stajanovistas y el movimiento Stajanov, desviar los golpes destinados a los saboteadores.

En su informe, el camarada Molotov nos dió a conocer toda una serie de hechos que demuestran que los saboteadores trotskistas y no trotskistas en el Kuzbass y en el Donbass, abusando de la confianza de nuestros camaradas políticamente despreocupados, han tenido a los stajanovistas agarrados por las narices, de manera sistemática les han puesto bastones en las ruedas, les han creado de manera artificial toda una serie de obstáculos al éxito de su trabajo y, finalmente, han llegado, a desorganizar su trabajo. ¿Qué pueden hacer los stajanovistas por sí solos, si, en la cuenca del Donbass, por ejemplo, el sabotaje de las construcciones básicas causó una ruptura entre los trabajos preparatorios de la extracción del carbón, cuyos ritmos se han retrasado, y todos los demás trabajos? ¿No está claro que el propio movimiento stajanovista tiene necesidad de una ayuda real por nuestra parte, contra todas las maquinaciones de los saboteadores, para hacer avanzar las cosas y cumplir su gran misión? ¿No está claro que la lucha contra el sabotaje, la lucha por liquidar el sabotaje, por reprimir el sabotaje, es la condición indispensable para que el movimiento stajanovista pueda adquirir toda su amplitud?

Pienso que esta cuestión está igualmente clara. y no necesita explicaciones complementarias.

11. Hay que demoler y arrojar lejos de nosotros la quinta teoría podrida, según la cual los saboteadores trotskistas ya no tendrían reservas y estarían

reuniendo sus últimos cuadros.

Esto no es verdad, camaradas. Sólo los ingenuos han podido inventar semejante teoría. Los saboteadores trotskistas cuentan con reservas. Estas se componen, ante todo, de los restos de las clases explotadoras aplastadas en la URSS. Se componen además de toda una serie de grupos y organizaciones, más allá de las fronteras de la URSS y hostiles a la Unión Soviética.

Tomemos, por ejemplo, la IV Internacional contrarrevolucionaria trotskista[296], compuesta, en sus dos tercios, de espías y de agentes de diversión. ¿No estamos ante una reserva? ¿No está claro que esta Internacional de espías formará cuadros para la actividad de espionaje y sabotaje de los trotskistas?

O bien tomemos el ejemplo del grupo del estafador Schefflo, en Noruega, que albergó al archiespía Trotski y le ayudó en su actividad hostil contra la Unión Soviética. Este grupo ¿no es una reserva? ¿Quién puede negar que este grupo contrarrevolucionario vaya a continuar como en el pasado, sirviendo a los espías y saboteadores trotskistas?

O tomemos, por ejemplo, otro grupo, el de un estafador de la misma ralea que Schefflo, el grupo Souvaríne[297], en Francia. ¿No es también una reserva? ¿Se puede negar que este grupo de estafadores deje de ayudar también a los trotskistas en su actividad de espionaje y sabotaje contra la Unión Soviética?

Y todos esos señores de Alemania, todos esos Ruth Fischer, Maslov, Urbans, que se han vendido en cuerpo y alma a los fascistas, ¿no son una reserva para la acción de espionaje y sabotaje de los trotskistas?

O, por ejemplo, la cuadrilla de conocidos escritores de América, con el conocido canalla Eastman a la cabeza, todos esos bandidos de la pluma que sólo viven calumniando a la clase obrera de la URSS, ¿no constituyen una reserva para el trotskismo?

Sí, hay que rechazar la podrida teoría que pretende que los trotskistas están reuniendo sus últimos cuadros.

12. Por último, hay que demoler y rechazar otra podrida teoría, según la cual, nosotros, los bolcheviques, dado que somos numerosos y los saboteadores son un pequeño número; dado que tenemos el respaldo de decenas de millones de personas, mientras que los saboteadores trotskistas apenas cuentan con el apoyo de unos pocos individuos o de unas pocas decenas de individuos, bien podríamos hacer la vista gorda con ese desgraciado puñado de saboteadores.

Esto es falso, camaradas. Esta teoría más que extraña es un invento para consolar a aquellos de nuestros camaradas dirigentes cuya incapacidad de combatir el sabotaje les ha hecho fracasar en su trabajo, para relajar su vigilancia y dejarles dormir tranquilos.

Que los saboteadores trotskistas sean apoyados por unos pocos individuos aislados, mientras que los bo1cheviques lo son por decenas de millones de hombres, esto es un hecho real, evidentemente. Pero de aquí no se desprende en absoluto que los saboteadores no puedan causar el más serio perjuicio a nuestra obra. Para perjudicar y saborear no se necesita de una gran cantidad de hombres. Para construir el *Dnieprostroi* fueron necesarios decenas de miles de obreros. Mientras que para volarlo tal vez sólo harían falta algunas decenas de hombres, no más. Ganar una batalla durante la guerra, puede requerir varios cuerpos del Ejército Rojo. Mientras que para impedir esta victoria en el frente, bastan algunos espías infiltrados en algún estado mayor de ejército, incluso en algún estado mayor de división, capaces de robar el plan de operaciones y pasárselo al enemigo. Para construir un gran puente ferroviario, son necesarios miles de hombres. Pero para hacerlo volar por los aires sólo bastan unos pocos. Se podrían citar decenas y cientos de estos ejemplos.

Por consiguiente, nadie debe hacerse a la idea de que nosotros somos numerosos; mientras que ellos, los saboteadores trotskistas, están en pequeño número.

Debemos actuar de tal manera que en nuestras filas no quede ni rastro de saboteadores trotskistas.

Así está planteada la cuestión de saber cómo liquidar los defectos de nuestro trabajo, comunes a todas nuestras organizaciones tanto económicas y estatales, como administrativas y del Partido.

Tales son las medidas a tomar para liquidar estos defectos.

En cuanto a lo que se refiere a las organizaciones del Partido, en particular, y a los defectos de su trabajo, en el proyecto de resolución sometido al examen de ustedes se habla de manera suficientemente detallada de las medidas a tomar para liquidar estos defectos. Por eso, pienso que no es necesario insistir aquí sobre este lado de la cuestión.

Quisiera simplemente decir algunas palabras de la preparación política y del perfeccionamiento de nuestros cuadros del Partido.

Pienso que si pudiéramos, si supiéramos preparar ideológicamente y templar políticamente a nuestros

[296] Se refiere a la Internacional contrarrevolucionaria fundada por Trotski después de ser expulsado de la URSS (enero de 1929).

[297] El grupo de Suvarin era un grupo oportunista en el seno del Partido Comunista de Francia, ferviente partidario de Trotski. Este grupo apoyaba la oposición trotskista en el PC(b) de la URSS, calumniaba a la Internacional Comunista, etc., violando brutalmente la disciplina de Partido. Por esta razón Suvarin fue expulsado del Partido Comunista de Francia, posteriormente el VII Pleno Ampliado del CEIC, en 1926, lo expulsó de las filas de la Internacional Comunista a causa de la propaganda contrarrevolucionaria que él llevaba a cabo.

cuadros del Partido, desde abajo hasta arriba, a fin de que pudieran orientarse con soltura en la situación interior e internacional, si supiéramos hacer de ellos leninistas, marxistas de una madurez total, capaces de resolver sin graves errores los problemas de la dirección del país, habríamos resuelto las nueve décimas partes de todas nuestras tareas.

¿Cómo se presentan las cosas para los cuadros dirigentes de nuestro Partido?

Nuestro Partido tiene un efectivo, si tomamos en cuenta sus capas dirigentes, de alrededor de 3.000 a 4.000 dirigentes superiores. Diría que ellos son los generales de nuestro Partido.

Después vienen de 30.000 a 40.000 dirigentes medios. Estos son los oficiales del Partido.

A continuación viene un efectivo de alrededor de 100.000 a 150.000 dirigentes de mando subalterno del Partido. Ellos son, por así decirlo, los suboficiales de nuestro Partido.

Elevar el nivel ideológico y la preparación política de estos cuadros de mando, hacer ingresar en sus filas nuevas fuerzas que esperan su promoción y ampliar así el efectivo de los cuadros dirigentes, es nuestra tarea a realizar.

¿Qué hace falta para esto?

Ante todo, hay que invitar a nuestros dirigentes del Partido, desde los secretarios de célula hasta los secretarios de las organizaciones de las regiones y de las repúblicas, a que encuentren, en un plazo determinado, dos hombres, dos militantes del Partido, capaces de reemplazarles realmente. Se podrá objetar: pero dónde encontrar dos suplentes para cada uno de nosotros, no tenemos tales hombres, no tenemos militantes apropiados. Esto no es cierto, camaradas. Tenemos decenas de miles de hombres capaces, de hombres de talento. Sólo hay que descubrirlos y promoverlos en el momento oportuno, a fin de que no entren en descomposición vegetando en su viejo puesto. Busquen y encontrarán.

A continuación. Para la educación de Partido y el perfeccionamiento de los secretarios de células, es necesario crear, en cada centro regional, «*cursos del Partido*» de cuatro meses de duración. Hay que enviar a estos cursos a los secretarios de todas las organizaciones de base del Partido (células), y luego, una vez hayan terminado estos cursos y se hayan reintegrado a su puesto, se enviará a sus suplentes y a los miembros más capaces de las organizaciones primarias del Partido.

Después. Para el perfeccionamiento político de los primeros secretarios de las organizaciones de distrito, se debe crear en la URSS, es decir, en los diez principales centros, «cursos leninistas» de ocho meses. A estos cursos hay que enviar a los primeros secretarios de las organizaciones del Partido de distrito, y de zona, y luego, cuando hayan terminado estos cursos y vuelto a sus puestos, serán enviados sus suplentes y los miembros más capaces de las organizaciones de zona y de distrito.

Después. Para el perfeccionamiento ideológico y el perfeccionamiento político de los secretarios de las organizaciones de ciudad, es preciso crear, al lado del CC del PC(b) de la URSS «*cursos semestrales de historia y de política del Partido*». A estos cursos deben ser enviados los primeros secretarios o los subsecretarios de las organizaciones de ciudad, y luego, cuando hayan realizado estos cursos y se hayan reincorporado a su puesto, se enviará a los miembros más capaces de las organizaciones de ciudad.

En fin. Hay que crear, próximo al CC del PC(b) de la URSS, una «*conferencia de seis meses para las cuestiones de política interior e internacional*». Se enviará a ella a los primeros secretarios de las organizaciones de región y de provincia y de los comités centrales de los partidos comunistas nacionales. Estos camaradas deberán facilitar no uno, sino varios equipos capaces de reemplazar a los dirigentes del Comité Central de nuestro Partido. Esto es indispensable y debe hacerse necesariamente.

Ya termino, camaradas.

Hemos expuesto pues los defectos esenciales de nuestro trabajo, tanto los que son comunes a todas nuestras organizaciones económicas, administrativas y del Partido, como los que únicamente son propios de las organizaciones del Partido, defectos que explotan los enemigos de la clase obrera para su actividad de sabotaje y de diversión, de espionaje y de terrorismo.

Hemos establecido después las principales medidas que hay que tomar para eliminar estos defectos y cortar el paso a los actos de diversión y sabotaje, de espionaje y terrorismo de los agentes trotsko-fascistas de los servicios de espionaje extranjeros.

Surge la pregunta: ¿podemos nosotros aplicar todas estas medidas?, ¿tenemos todas las posibilidades necesarias para ello?

Indiscutiblemente que podemos. Y podemos porque disponemos de todos los medios necesarios para llevarlos a efecto. ¿Qué es pues lo que nos falta?

Nos falta sólo una cosa: estar prestos a liquidar nuestra despreocupación, nuestra benignidad, nuestra propia miopía política.

He aquí donde reside la dificultad.

¿Pero es posible que no sepamos desembarazarnos de esta enfermedad ridícula e idiota, nosotros que hemos subvertido el capitalismo, que hemos construido el socialismo en lo esencial, y hemos levantado la gran bandera del comunismo mundial?

No tenemos por qué dudar de que, con toda seguridad, vamos a desembarazarnos, si desde luego, no nos falta la voluntad de hacerlo. Nos desembarazaremos no para salir del paso, sino como bolcheviques, como es debido.

Y, cuando nos hayamos desembarazado de esta enfermedad idiota, podremos decir con toda seguridad que no tenemos por qué temer a enemigo alguno, ni a los enemigos del interior, ni a los enemigos del exterior, que sus manejos no nos infunden miedo, ya que los vamos a desbaratar también en el futuro como los estamos desbaratando hoy y como los hemos desbaratado en el pasado.

Discurso de clausura

Camaradas:

He expuesto en mi informe los principales puntos del problema que estamos examinando. Los debates han mostrado que, ahora, la cuestión está completamente clara, que hemos emprendido nuestras tareas y estamos dispuestos a liquidar los defectos de nuestro trabajo. Pero los debates han mostrado asimismo que hay algunas cuestiones concretas de nuestro trabajo práctico, político y organizativo que aún no comprendemos con toda claridad. He enumerado siete de estas cuestiones.

Permítanme decir algunas palabras acerca de ellas.

1. Creo que ahora todos han comprendido, tienen conciencia de que la pasión excesiva por las campañas económicas y los éxitos económicos, mientras sean subestimadas y olvidadas las cuestiones políticas del Partido, conduce a un callejón sin salida. Así pues, es necesario orientar la atención de los militantes hacia las cuestiones del Partido, de modo que los éxitos económicos estén combinados y marchen a la par con los éxitos del trabajo político del Partido.

¿Cómo realizar en la práctica, la tarea de reforzar el trabajo político del Partido, la tarea de liberar a las organizaciones del Partido de las minucias del trabajo económico? Los debates han mostrado que algunos camaradas son propensos a sacar una deducción errónea, que consiste en pensar que ahora, se deberá abandonar por completo el trabajo económico. Al menos, se han oído algunas voces de este tipo: al fin, gracias a dios, vamos a desembarazarnos de los problemas de la economía, ahora vamos a poder ocuparnos del trabajo político del Partido. ¿Es justa esta deducción? No, no es justa. Cuando nuestros camaradas del Partido, llevados por los éxitos económicos, abandonaban la política, esto ha sido un exceso que nos ha costado grandes sacrificios. Si, ahora, algunos camaradas, preocupados por reforzar el trabajo político del Partido, piensan abandonar el trabajo económico, esto será otro exceso que nos va a costar no menos sacrificios. No se puede pasar de un extremo a otro. No se puede separar la política de la economía. Nosotros no podemos abandonar la economía, del mismo modo que no podernos abandonar la política. Por la comodidad en los estudios, la gente separa de ordinario, desde el punto de vista metodológico, los problemas de la economía de los de la política. Pero esto sólo se hace desde el punto de vista metodológico, artificialmente, por la mera comodidad en los estudios. En la vida, por el contrario, la política y la economía son prácticamente inseparables. Existen juntas y actúan juntas. Y el que, en nuestro trabajo práctico, piense separar la economía de la política, reforzar el trabajo económico disminuyendo la importancia del trabajo político, o, a la inversa, reforzar este último disminuyendo la importancia del primero, se meterá sin duda alguna en un callejón sin salida.

El sentido del párrafo que se conoce en el proyecto de resolución referente a la liberación de las organizaciones del Partido de las pequeñas tareas de la economía, y el fortalecimiento del trabajo político del Partido, no consiste en abandonar el trabajo económico y la dirección de la economía, sino simplemente en no tolerar en adelante la práctica de que los organismos económicos, sobre todo los organismos agrarios, sean reemplazados o privados de su personalidad por parte de nuestras organizaciones del Partido. Así pues, es necesario asimilar el método de dirección bolchevique de los organismos de la economía, método que consiste en ayudar sistemáticamente a estos organismos, en reforzarlos sistemáticamente y en dirigir la economía no ya fuera de estos organismos, sino con su intervención. Hay que dar a los organismos económicos y, ante todo, a los organismos agrarios, los mejores hombres; hay que completar estos organismos con militantes nuevos y de calidad, capaces de cumplir las tareas que se les asigna. Sólo después que se haya realizado este trabajo se podrá considerar a las organizaciones del Partido plenamente liberadas de las pequeñas cuestiones de la economía. Se comprende que este es un trabajo serio y que exige tiempo. Pero en tanto no se haya realizado, las organizaciones del Partido deberán continuar, por un plazo determinado de breve duración, ocupándose de cerca de las cosas de la agricultura, en todos sus detalles: labores sementeras, recolecciones, etc.

2. Dos palabras a propósito de los saboteadores, agentes de diversión, espías, etc. Ahora está claro para todos, pienso yo, que los actuales saboteadores y agentes de diversión, bajo cualquier bandera que se disfracen, trotskista o bujarinista, han dejado de ser desde hace mucho tiempo una corriente política en el movimiento obrero; se han transformado en una banda, sin principios y sin ideas, de saboteadores, agentes de diversión, espías, asesinos profesionales. Es comprensible, pues, que estos señores deben ser aplastados y extirpados sin piedad, como enemigos de la clase obrera, como traidores a nuestra Patria. Esto está claro y no necesita de explicaciones complementarias.

Pero surge la pregunta: ¿cómo cumplir en la

práctica la tarea de aplastar y extirpar a los agentes germano-nipones del trotskismo? ¿Significa esto que hay que golpear y extirpar no sólo a los verdaderos trotskistas, sino, también a los que, en otro tiempo, oscilaban hacia el trotskismo, y que, luego, de esto hace ya tiempo, abandonaron el trotskismo; no sólo a los que son realmente los agentes trotskistas del sabotaje, sino también a los que por casualidad han pasado por el mismo camino que antaño pasó éste o aquél trotskista? Por lo menos, voces al respecto, se han dejado oír aquí, en esta asamblea plenaria. ¿Se puede considerar justa una interpretación tal de la resolución? No, no puede considerarse justa. En esta cuestión, como en todas las demás cuestiones, para juzgar a una persona hay que atenerse al principio individual, diferenciado. No se puede meter a todo el mundo en un mismo plano. Esta manera simplista de juzgar a la gente sólo puede perjudicar a la lucha contra los verdaderos saboteadores y espías trotskistas.

Entre nuestros camaradas responsables hay un cierto número de viejos trotskistas que hace ya tiempo abandonaron el trotskismo que hoy están luchando contra él, no peor, sino mejor que algunos de nuestros honorables camaradas, los cuales no han tenido la ocasión de oscilar hacia el trotskismo. Sería absurdo ahora desacreditar a estos camaradas.

Entre nuestros camaradas hay también de aquellos que, ideológicamente, se han pronunciado siempre contra el trotskismo, sin embargo mantenían relaciones personales con algunos trotskistas, relaciones que no tardaron en romper desde que se dieron cuenta de lo que era en la práctica la fisonomía del trotskismo. El que ellos no rompieran de inmediato, sino con retraso, sus relaciones personales de amistad con algunos trotskistas, es algo realmente lamentable. Sin embargo, sería absurdo meter a estos camaradas en el mismo saco con los trotskistas.

3. ¿Qué significa escoger juiciosamente a los cuadros y repartirles juiciosamente el trabajo?

Esto significa escoger a los cuadros, primero ateniéndose al criterio político, es decir, ver si merecen la confianza política, y, segundo, según el criterio práctico, es decir, si convienen para tal o cual trabajo concreto.

Esto significa: no transformar el método serio de juzgar en un practicismo estrecho, al que se llega cuando uno se ocupa de las capacidades de los cuadros, pero no muestra interés por su fisonomía política.

Esto significa: no transformar el criterio político de juzgar en un solo y único criterio, al cual se llega cuando uno se ocupa de la fisonomía política de los cuadros, pero no muestra interés por sus capacidades.

¿Se puede decir que esta regla bolchevique es aplicada por nuestros camaradas del Partido? Desgraciadamente, no puede decirse tal cosa. Ya se ha hablado de ello aquí, en la asamblea plenaria. Pero no se ha dicho todo. La verdad es que esta experimentada regla se viola constantemente en nuestra práctica, e incluso de la forma más grosera. La mayoría de las veces, los cuadros son escogidos, no según criterios objetivos, sino partiendo de criterios fortuitos, subjetivos, estrechos y mezquinos. Se escoge en la mayoría de los casos a los que se les suele considerar conocidos, amigos, compatriotas, a hombres personalmente devotos; convertidos en maestros en el arte de exaltar a sus jefes, sin tomar en consideración sus capacidades políticas y prácticas.

Se comprende que en vez de un grupo dirigente de cuadros responsables, se obtiene una pequeña familia de hombres próximos los unos a los otros, un artel cuyos miembros se esfuerzan en vivir en paz, en no contrariarse los unos a los otros, en lavar sus trapos sucios en familia, en alabarse mutuamente y en enviar, al centro, de vez en cuando, informes vacuos y repugnantes sobre los éxitos alcanzados.

No es difícil comprender que, en este ambiente de familia, no puede haber cabida ni para la crítica de los defectos del trabajo, ni para la autocrítica de los que dirigen el trabajo.

Se comprende que tal ambiente de familia crea las condiciones para la formación de aduladores, de hombres sin dignidad, que, por esta razón, no tienen nada en común con el bolchevismo.

Tomemos, por ejemplo, a Mirzoyan y a Vaínov. El primero es secretario de la organización del Partido del territorio de Kazakistan; el segundo, secretario de la organización del Partido de la región de Yaroslavl. Estas personas no son gente cualquiera en nuestras filas. Y bien, ¿de qué forma han escogido ellos a sus colaboradores? El primero llevó consigo al Kazakistan, desde al Azerbaidjan y el Ural donde trabajaba anteriormente, treinta a cuarenta de «sus hombres», confiándoles en el Kazakistan puestos de responsabilidad. El segundo hizo otro tanto, se llevó a Yaroslavl, desde la cuenca del Donbass donde había trabajado, más de una decena también de «sus hombres» y asimismo les confió puestos importantes. De esta forma, Mirzoyan posee su propio artel. Vainov a su vez tiene también el suyo. ¿Realmente no había posibilidad de escoger colaboradores entre los hombres del país, ateniéndose a la regla bolchevique, que todos conocemos, sobre la selección y la repartición de los hombres? Evidentemente, que la había. Entonces, ¿por qué no lo han hecho? No lo han hecho porque la regla bolchevique de la selección de los cuadros excluye la posibilidad de aplicar criterios estrechos y mezquinos, excluye la posibilidad de escoger a los cuadros entre las relaciones de familia, de artel. Además, escogiendo como colaboradores a hombres que les son personalmente devotos, estos camaradas querían, visiblemente, crearse una atmósfera de independencia tanto con respecto a la gente, como

con respecto al Comité Central del Partido. Admitamos que Mirzoyan y Vainov, sean por una u otra circunstancia, trasladados del lugar actual de trabajo. ¿Qué deben hacer en este caso de sus «apéndices»? ¿Van a llevarlos consigo una vez más al nuevo lugar de trabajo?

He aquí a que absurdidad conduce la violación de la regla bolchevique sobre la selección y la repartición juiciosa de los cuadros.

4. ¿Qué significa: controlar a los cuadros, controlar la ejecución de las tareas?

Controlar a los cuadros, significa controlarlos no según sus promesas y declaraciones, sino según los resultados de su trabajo.

Controlar la ejecución de las tareas, significa controlarlas no solamente en las oficinas, no solamente en base a los informes oficiales, sino ante todo, en los lugares de trabajo, en base a los resultados efectivos de la ejecución.

¿Tal control es necesario en general? Indiscutiblemente. Es necesario, primero, porque solo un control así permite conocer mejor al cuadro, determinar sus cualidades reales. Es necesario además, porque solo un control semejante permite determinar las cualidades y los defectos del aparato de la ejecución. Es necesario, por último, porque solo este control permite determinar las cualidades y los defectos de las mismas tareas.

Algunos camaradas piensan que no se puede controlar a la gente más que desde arriba, cuando los dirigentes controlan a los dirigidos en base a los resultados de su trabajo. Esta consideración es errónea. El control desde arriba es evidentemente necesario como una de las medidas efectivas que permiten controlar a los hombres y constatar la ejecución de las tareas. Pero el control desde arriba está lejos de agotar toda la labor de control. Existe otra forma de control, el control desde abajo, cuando las masas, cuando los dirigidos controlan a los dirigentes, señalan sus faltas e indican el medio de corregirlas. Esta forma de control es uno de los medios más eficaces para poder constatar la labor de las personas.

La masa de los miembros del Partido controla a sus dirigentes en las reuniones del activo, en las conferencias, en los congresos al escuchar los informes de su actividad, criticando sus defectos, finalmente eligiendo o no eligiendo a estos o aquellos camaradas dirigentes a los organismos de dirección. La aplicación estricta del centralismo democrático, tal como lo exigen los estatutos de nuestro Partido; la constitución de los organismos del Partido totalmente a través del sistema de elección; el derecho de presentar y de recusar las candidaturas; la votación secreta, la libertad de crítica y de auto crítica, todas estas medidas y otras análogas, se deben poner en práctica para poder, entre otras cosas, facilitar a la masa de los miembros del Partido el control de los dirigentes y su labor realizada.

Las masas sin-partido controlan a sus dirigentes de las organizaciones económicas, sindicales y a otros dirigentes, en las reuniones de los activos sin-partido, en las conferencias de masas de todo tipo, donde escuchan los informes de la actividad de sus dirigentes, critican sus defectos e indican los medios para corregirlos.

Por último, el pueblo controla a los dirigentes del país durante las elecciones a los organismos del poder de la Unión Soviética, con sufragio universal, igual, directo y secreto.

La tarea consiste en unir el control desde arriba al control desde abajo.

5. ¿Qué significa instruir a los cuadros a través de la experiencia de sus propios errores?

Lenin nos enseñaba que poner al descubierto concienzudamente los errores del Partido, estudiar las causas que han engendrado estos errores, y fijar las medidas necesarias para corregir estos errores, es uno de los medios más seguros para instruir y educar correctamente a los cuadros del Partido, para instruir y educar correctamente a la clase obrera y a las masas trabajadoras. Lenin dice:

«La actitud de un partido político ante sus errores es uno de los criterios más importantes y seguros para juzgar de la seriedad de ese partido y del cumplimiento *efectivo* de sus deberes hacia su *clase* y hacia las *masas* trabajadoras. Reconocer abiertamente los errores, poner al descubierto sus causas, analizar la situación que los ha engendrado y discutir con atención los medios de corregirlos; eso es lo que caracteriza a un partido serio; en eso consiste el cumplimiento de sus deberes; eso es educar e instruir *a la clase*, y después *a las masas*.»

Esto significa que el deber de los bolcheviques no es ocultar sus errores, eludir la discusión de sus errores, como a menudo ocurre entre nosotros, sino reconocer honesta y abiertamente sus errores, definir honesta y abiertamente las medidas necesarias para corregir estos errores y corregirlos honesta y abiertamente.

Yo no diría que muchos de nuestros camaradas se presten a esto de buen grado. Mas, si los bolcheviques, quieren ser realmente tales, deben armarse de valor para reconocer abiertamente sus errores, descubrir su origen, indicar el medio de corregirlos, y ayudar así al Partido a dar a los cuadros una verdadera instrucción y una verdadera educación política. Porque sólo de esta forma, sólo habiendo existido previamente una autocrítica franca y honesta, podrán formarse cuadros verdaderamente bolcheviques, verdaderos dirigentes bolcheviques.

Dos ejemplos que muestran la justeza de la tesis de Lenin. Véamos el primero, nuestros errores en la edificación de los koljós. Ustedes recuerdan sin duda

el año 1930, cuando nuestros camaradas del Partido pensaban resolver, en unos tres o cuatro meses, este problema tan complejo -hacer pasar al campesinado a la vía de la edificación de los koljós- y cuando el Comité Central del Partido se vió obligado a hacer volver en sí a los camaradas demasiado fogosos[298]. Este fue uno de los períodos más peligrosos en la vida de nuestro Partido. El error consistía en que nuestros camaradas del Partido habían olvidado el principio de la libre adhesión en la edificación de los koljós, habían olvidado que a los campesinos no se les podía hacer pasar por decreto hacia este terreno; habían olvidado que la edificación de los koljós necesitaba no ya algunos meses, sino varios años de un trabajo minucioso y bien reflexionado. Habían olvidado todo esto y no querían reconocer sus errores. Ustedes recuerdan, sin duda, que la indicación del Comité Central respecto al vértigo del éxito, que señalaba que nuestros camaradas de la base no debían ir demasiado rápido ni desconocer la situación real, levantó serias protestas. Pero esto no impidió que el Comité Central marchara contra la corriente y orientara a nuestros camaradas del Partido en la vía justa. ¿Y bien? Ahora está claro para todos que el Partido ha obtenido lo que quería, orientando a nuestros camaradas en la vía justa. Hoy nosotros contamos con decenas de miles de excelentes cuadros procedentes de las filas campesinas para la edificación y la dirección de los koljós. Estos cuadros han crecido y se han formado a través de la experiencia de los errores de 1930. Pero no tendríamos estos cuadros ahora, si, en aquel entonces, el Partido no hubiese comprendido sus errores y no se les hubiese corregido a tiempo.

Un otro ejemplo al respecto, esta vez del terreno de la edificación industrial. Quiero hablar de nuestros errores del período del sabotaje de Shajti. Nuestro error estaba en que no advertíamos totalmente el peligro que representaba el atraso técnico de nuestros cuadros de la industria; nos acomodábamos a este atraso y pensábamos poder desplegar una vasta edificación industrial socialista con la ayuda de especialistas con tendencias hostiles, condenando a nuestros cuadros de la economía a jugar el papel de malos comisarios al lado de los especialistas burgueses. Ustedes recuerdan, sin duda, con que dificultad, nuestros cuadros admitían sus errores en aquel tiempo, la dificultad con que admitían su atraso técnico y la dificultad con que asimilaban la consigna: «dominar la técnica». ¿Y bien? Los hechos están mostrando que la consigna «dominar la técnica» ha actuado y ha dado buenos resultados. Hoy contamos con decenas y cientos de miles de excelentes cuadros bolcheviques de la economía que han dominado la técnica y hacen avanzar nuestra industria. Pero no tendríamos ahora estos cuadros, si el Partido hubiese cedido ante la obstinación de los cuadros de la economía que se negaban a reconocer su atraso técnico, si, en aquel entonces, el Partido no hubiese comprendido sus errores y no se les hubiese corregido a tiempo.

Algunos camaradas dicen que no estaría bien que se hablara abiertamente de nuestros errores, dado que el reconocimiento de nuestros errores puede ser interpretado por el enemigo como un signo de debilidad nuestra, y utilizarlo en su favor. Estas, camaradas, son tonterías y nada más que tonterías. Al contrario, reconocer abiertamente nuestros errores y corregirlos honestamente, no puede sino fortalecer nuestro Partido, elevar la autoridad de nuestro Partido a los ojos de los obreros, campesinos, trabajadores intelectuales, aumentar la fuerza, la potencia de nuestro Estado. Y esto es lo fundamental. Basta que los obreros, los campesinos, los trabajadores intelectuales estén con nosotros y todo lo demás vendrá por añadidura.

Otros camaradas dicen que el reconocimiento abierto de nuestros errores, en lugar de conducir a la educación y fortalecimiento de nuestros cuadros, puede llevar a su debilitamiento y desorganización; que debemos cuidar y conservar a nuestros cuadros, que debemos preservar su amor propio y su tranquilidad. Por eso, proponen ocultar los errores de nuestros camaradas, atenuar la crítica y, lo que es peor, pasar por alto estos errores. Tal punto de vista no sólo es radicalmente falso, sino peligroso al extremo, peligroso ante todo para los cuadros que se quiere «cuidar» y «conservar». Cuidar y conservar a los cuadros ocultando sus errores, significa con toda seguridad destruir a estos mismos cuadros. Ciertamente habríamos destruido a nuestros cuadros bolcheviques koljosianos, si no hubiésemos denunciado los errores de 1930 y no hubiéramos instruido a los cuadros a través de la experiencia de estos errores. Ciertamente habríamos destruido a nuestros cuadros bolcheviques de la industria, si no hubiéramos denunciado los errores de nuestros camaradas en el período del sabotaje de Shajti, y si no hubiésemos instruido a nuestros cuadros industriales a través de la experiencia de estos errores. Quien cree que puede preservar el amor propio de nuestros cuadros ocultando sus errores, destruye a los cuadros y al amor propio de estos cuadros; ya que ocultando sus errores, facilita la repetición de nuevos errores, tal vez más graves y que, puede creerse, conducirán a un hundimiento completo de los cuadros en perjuicio de su «amor propio» y su «tranquilidad».

6. Lenin nos ha enseñado que no solo debemos instruir a las masas, sino instruirnos al lado de las masas.

¿Qué significa esto?

[298] Véase: el artículo de J. V. Stalin «El vértigo del éxito», en torno a algunos errores cometidos por algunas organizaciones en lo referente a la organización de los koljos. Obras, t. 12., ed. en ruso.

Esto significa en primer lugar que nosotros, los dirigentes, no debemos caer en la presunción, y debemos comprender que si somos miembros del Comité Central o comisarios del pueblo, esto no quiere decir que ya poseemos todos los conocimientos necesarios para dirigir de una manera justa. El puesto en sí no da los conocimientos y la experiencia. Y, con mayor razón, tampoco los da el título.

Esto significa, en segundo lugar, que solo nuestra experiencia, la experiencia de los dirigentes, no basta para dirigir de una manera justa; que es necesario, por consiguiente, completar nuestra experiencia, la experiencia de los dirigentes, con la experiencia de las masas, con la experiencia de la masa de los miembros del Partido; con la experiencia de la clase obrera, con la experiencia del pueblo.

Esto significa, en tercer lugar: no relajar ni un instante nuestros lazos con las masas y mucho menos todavía romper estos lazos.

Esto significa, en cuarto lugar: tener el oído atento a la voz de las masas, a la voz de los simples miembros del Partido, a la voz de lo que se suele llamar «gente sencilla», a la voz del pueblo.

¿Qué significa dirigir de una manera justa?

Esto no quiere decir en absoluto: quedarse en la oficina y expedir directivas.

Dirigir de una manera justa, esto quiere decir:

Primero, encontrar la justa solución del problema. Ahora bien, es imposible encontrar la justa solución sin tener en cuenta la experiencia de las masas que están comprobando, sobre sus espaldas, los resultados de nuestra dirección;

Segundo, organizar la aplicación de la justa solución; pero esto tampoco podría hacerse sin una ayuda directa de las masas;

Tercero, organizar el control de la ejecución de esta solución, cosa igualmente imposible sin la ayuda directa de las masas.

Nosotros, los dirigentes, no vemos las cosas, los acontecimientos, las personas, más que desde una posición, yo diría que desde arriba; nuestro campo visual es, por consiguiente, más o menos limitado. Las masas, al contrario, ven las cosas, los acontecimientos, las personas desde otra posición, digamos que desde abajo. Por consiguiente, su campo visual también es, en cierta medida, limitado. Para tener una justa solución del problema, hace falta unir estas dos experiencias. Es solamente así como la dirección será justa.

He aquí en lo que consiste lo de no sólo instruir a las masas, sino instruirnos al lado de las masas.

Dos ejemplos que muestran la justeza de esta tesis de Lenin.

De esto han pasado ya algunos años. Nosotros, los miembros del Comité Central, discutíamos el problema del mejoramiento de la situación en la cuenca del Donbass, El proyecto de las medidas presentado por el Comisariato del Pueblo para la Industria Pesada era a todas luces insuficiente. El proyecto le fue devuelto por tres veces al Comisariato del Pueblo para la Industria Pesada. Por tres veces, recibimos a su vez de aquél proyectos diferentes. Y sin embargo, ninguno de ellos podía calificarse de satisfactorio. Finalmente, decidimos hacer venir del Donbass algunos obreros y algunos dirigentes subalternos de la industria y de los sindicatos. Durante tres días hemos conversado con estos camaradas. Y todos nosotros, miembros del Comité Central, tuvimos que reconocer que solo estos militantes corrientes, esta «gente sencilla», habían sabido sugerirnos la solución justa. Ustedes recuerdan, sin duda, la decisión del Comité Central y del Consejo de los Comisarios del Pueblo sobre las medidas a tomar para intensificar la extracción de la hulla en la cuenca del Donbass. Pues bien, esta decisión del Comité Central y del Consejo de los Comisarios del Pueblo, que todos nuestros camaradas reconocieron como una solución justa e incluso famosa, nos ha sido sugerida por simples hombres de la base.

Un otro ejemplo. Quiero hablar del caso de la camarada Nikolaenko. ¿Quién es Nikolaenko? Nikolaenko es un simple miembro del Partido. Es de la «gente sencilla», corriente. Durante un año, había señalado la mala situación de la organización del Partido en Kiev; había denunciado el espíritu de familia, la manera estrecha y mezquina de tratar a los cuadros, la extinción de la autocrítica, la autoridad que tenían los saboteadores trotskistas. Se intentaba quitar de en medio a Nikolaenko como si de una mosca inoportuna se tratase. Por último, para librarse de ella, se la había excluido del Partido. Ni la organización de Kíev, ni el Comité Central del PC(b) Ucraniano la ayudaron a hallar justicia. Sólo la intervención del Comité Central del Partido permitió desenredar este lío. ¿Y qué resultó de este asunto? Resultó que Níkolaenko tenía razón, en tanto que la organización de Kiev no la tenía. Ni más ni menos. ¿Y quién es esta Nikolaenko? Ella no es evidentemente mi miembro del Comité Central, ni comisario del pueblo; no es ni secretario de la organización regional de Kiev, ni tampoco secretario de una célula cualquiera, no es más que un simple miembro del Partido.

Como ustedes ven, las gentes sencillas están a veces mucho más cerca de la verdad que algunas instituciones superiores.

Se podría citar todavía decenas y centenas de estos ejemplos.

Así pues, se desprende que para dirigir nuestra obra, sólo nuestra experiencia, la experiencia de los dirigentes, está lejos de ser suficiente. Para dirigir de una manera justa, es necesario completar la experiencia de los dirigentes con la experiencia de la masa de los miembros del Partido, con la experiencia

de la clase obrera, con la experiencia de los trabajadores, con la experiencia de lo que se suele llamar «gente sencilla».

Pero ¿cuándo es posible esto?

Esto sólo es posible cuando los dirigentes están lo más estrechamente ligados a las masas; cuando están ligados a la masa de los miembros del Partido, a la clase obrera, al campesinado, a los trabajadores intelectuales.

Los vínculos con las masas, el fortalecimiento de estos vínculos, la voluntad de estar atentos a la voz de las masas, es lo que vigoriza y hace invencible a la dirección bolchevique.

Se puede establecer como regla general que mientras los bolcheviques conserven sus lazos con las amplias masas del pueblo, serán invencibles. Y, a la inversa, basta que los bolcheviques separen de las masas y rompan sus vínculos con ellas, basta que se cubran del moho burocrático, para perder toda su fuerza y transformarse en algo insignificante.

La mitología de los griegos de la Antigüedad poseía un héroe famoso, Anteo, que era, según la mitología, el hijo de Poseidón, dios del mar, y de Gea, diosa de la tierra. El estaba particularmente apegado a su madre que lo había engendrado, que lo había alimentado y criado. No había héroe que Anteo no pudiera vencer. Pasaba por un héroe invencible. ¿En qué residía su fuerza? En que cada vez que, al combatir a un adversario, sentía flaquear sus fuerzas, tocaba la tierra, su madre, que lo había engendrado y lo había alimentado, y recobraba aquéllas al instante. Sin embargo, tenía un punto débil: era el peligro de verse por cualquier motivo separado de la tierra. Sus enemigos conocían esta debilidad y acechaban a Anteo. Y así negó a encontrarse a un enemigo que, aprovechándose de esta debilidad, venció a Anteo. Fue Hércules. Pero ¿cómo logró vencerlo? Le arrancó de la tierra, le levantó en el aire e, impidiéndole tomar contacto con el suelo, lo ahogó.

Los bolcheviques nos recuerdan, según mi opinión, al héroe de la mitología griega, Anteo. Al igual que Anteo, ellos son fuertes porque tienen vínculos con su madre, con las masas que les han dado la vida, les han nutrido y les han formado. Y mientras estén unidos a su madre, al pueblo, tienen todas las posibilidades de permanecer invencibles.

Allí está el secreto del carácter invencible de la dirección bolchevique.

7. En fin, todavía queda una cuestión. Quiero hablar de la actitud formalista y secamente burocrática de algunos de nuestros comunistas de cara a la suerte de tal o cual miembro del Partido, a las exclusiones del Partido, o a la reintegración de los excluidos en sus derechos de miembros del Partido. La verdad es que algunos de nuestros dirigentes del Partido pecan de falta de atención por las personas, por los miembros del Partido, por los cuadros. Además, no tratan de conocer a los miembros del Partido, no saben lo que es su vida, ni como progresan; de una manera general puede decirse que ellos no conocen a los cuadros. Es por eso que, en su forma de tratar a los miembros del Partido, a los cuadros del Partido, no tienen en cuenta el factor individual y justamente porque no tienen en cuenta el factor individual al juzgar a los miembros del Partido y a los cuadros del Partido, actúan con ellos al azar en todo momento: o bien les elogian en bloque y sin medida, o bien les golpean también en bloque y desmesuradamente, les excluyen del Partido por miles y decenas de miles. En general, estos dirigentes se esfuerzan por pensar a lo grande, por decenas de miles, sin preocuparse de las «unidades», de los miembros aislados del Partido, de su suerte. Excluir del Partido a miles y a decenas de miles de miembros es, según ellos, algo sencillo, y se consuelan pensando que nuestro Partido es fuerte, que consta de dos millones de miembros, por lo que unas decenas de miles de excluidos en nada pueden cambiar la situación del Partido. Pero en el fondo, solo personas profundamente hostiles al Partido pueden tratar de este modo a los miembros del Partido.

Esta actitud de seca indiferencia hacia las personas, hacia los miembros y los cuadros del Partido engendra artificialmente el descontento y la irritación de algunos contingentes del Partido; y los traidores trotskistas se aprovechan hábilmente de estos camaradas irritados, ingeniándose para arrastrarlos al lodazal del sabotaje trotskista.

Los trotskistas por sí mismos jamás han representado una gran fuerza en nuestro Partido. Recuerden la última discusión que tuvo lugar en nuestro Partido en 1927[299]. Este fue un verdadero

[299] Desde el año 1923 la oposición que al principio estaba encabezada por Trotski, y a partir de 1926 por Trotski y Zinóviev, se había aprovechado de las dificultades que encontraba el Partido en la edificación socialista del país, con el fin de atacar la unidad del Partido y a su dirección, violando constantemente la disciplina del Partido. En 1926 esta oposición fue más lejos; creó una organización fraccionalista y se dedicó a realizar acciones de sabotaje, tratando de imponer al partido una discusión en torno a problemas ya resueltos en el XIV Congreso del Partido (diciembre de 1925). A pesar de que la XV Conferencia del Partido (noviembre de 1926.) y el Pleno del CEIC (diciembre de 1920), condenaron firmemente la línea de esta oposición y a pesar de que la oposición no encontró el mínimo apoyo en las células del Partido, prosiguió obstinadamente su actividad fraccionalista y anti-partido, pisoteando cada vez más la unidad del Partido. En 1927 la oposición presentó su plataforma anti-leninista llamada «de los 83», la cual exigía al Comité Central una nueva y general discusión en el Partido. De todas las plataformas de la oposición esta fue la más falsa e hipócrita. El Comité Central rehusó abrir inmediatamente la discusión, declarando a los miembros de la oposición que en base a los Estatutos, sólo podría abrirse la discusión dos meses antes de que se celebrase el XV Congreso. Así en octubre de 1927, dos meses antes del Congreso, el Comité Central planteó la discusión. Las deliberaciones resultaron completamente contrarias al bloque trotskista-zinovievista, el cual no obtuvo ni el 1% de los votos. Después de sufrir esta derrota durante la discusión en el Partido en 1927, el bloque trotskista-zinovievista pasó a luchar de una forma más virulenta

referéndum del Partido. De los 854.000 miembros del Partido votaron entonces 730.000 miembros, de los cuales 724.000 lo hicieron por los bolcheviques, por el Comité Central, y contra los trotskistas. Por los trotskistas votaron 4.000 miembros del Partido, o sea alrededor del 0.5 por ciento, y 2.600 se abstuvieron. 123.000 miembros del Partido no participaron en la votación, sea porque se hallasen en viaje, sea porque estuviesen de servicio. Si a los 4.000 que votaron por los trotskistas se les añade todos aquellos que se abstuvieron, suponiendo que también simpatizaban con los trotskistas, y si se añade a esta cifra, no ya el 0.5 por ciento de los que no participaron en la votación, como debería hacerse conforme a la regla, sino el 5 por ciento de los que no participaron, o sea alrededor de 6.000 miembros del Partido, sumarían alrededor de 12.000 los miembros que simpatizan de una manera u otra con el trotskismo. He ahí toda la fuerza de los señores trotskistas. Añadan todavía que muchos de estos miembros quedaron decepcionados con el trotskismo y lo abandonaron, y ustedes tendrán una idea de la insignificancia de las fuerzas trotskistas. Y si, a pesar de todo, los saboteadores trotskistas siguen teniendo algunas reservas en torno al Partido, es debido a que la política errónea de algunos de nuestros camaradas en lo que concierne a las exclusiones del Partido y a la reintegración de los excluidos, la seca indiferencia de algunos de nuestros camaradas por la suerte de tal o cual miembro del Partido y de tal o cual cuadro, multiplican artificialmente el número de descontentos y de irritados creando así reservas para los trotskistas.

La mayoría de las veces se excluye del Partido por lo que se llama pasividad. ¿Qué es la pasividad? Se piensa que, si un miembro del Partido no *ha asimilado* el programa del Partido, es pasivo y debe ser excluido. Pero esto no es justo, camaradas. No se debe interpretar los estatutos de nuestro Partido de una manera tan pedante. Para asimilar el programa del Partido, hay que ser un verdadero marxista, un marxista experimentado y en posesión de una formación teórica. No sé si se encontrarán muchos miembros en nuestro Partido que hayan asimilado nuestro programa, que se hayan convertido en verdaderos marxistas y que posean una formación teórica. De continuarse por este camino, tendríamos que dejar en el Partido nada más que a los intelectuales y, en general, las personas cultas. ¿Quién necesita de tal Partido? Nosotros tenemos, para pertenecer al Partido, una fórmula leninista que ha sido verificada y que ha resistido a todas las pruebas.

Según esta fórmula, es considerado como miembro del Partido el que *reconoce* el programa del Partido, paga las cotizaciones y trabaja en una de sus organizaciones. Observen bien: la fórmula leninista no habla de *asimilación* del programa, sino de reconocimiento del programa. Estas son dos cosas absolutamente diferentes. Sería superfluo demostrar aquí que es Lenin quien tiene razón, y no nuestros camaradas del Partido, que hablan inútilmente de asimilación del programa. Y esto es comprensible. Si el Partido arrancara del punto de vista de que, solo los camaradas que han asimilado el programa y se han convertido en marxistas teóricamente formados pueden ser miembros del Partido, no crearía en su seno miles de círculos del Partido, centenares de escuelas del Partido, donde se enseña el marxismo a los miembros del Partido y donde se les ayuda a asimilar nuestro programa. Está perfectamente claro que si el Partido organiza escuelas y círculos para sus miembros, es porque sabe que los miembros del Partido todavía no han tenido el tiempo de asimilar el programa del Partido, todavía no han llegado a convertirse en marxistas con una formación teórica.

Así pues, para reparar nuestra política en la cuestión de la pertenencia al Partido y de las exclusiones, hay que acabar con esta manera estúpida de interpretar la cuestión de la pasividad.

Pero tenemos otro defecto más en este terreno. El hecho es que nuestros camaradas no admiten un término medio entre los dos extremos. Basta que un obrero, miembro del Partido, cometa una falta ligera, que llegue tarde una o dos veces a una reunión del Partido, que no pague por una u otra razón su cotización, para que sea de inmediato expulsado del Partido. No se busca establecer el grado de su culpabilidad, el motivo por el que no ha venido a la reunión, la razón por la cual no ha pagado su cotización. El burocratismo, en estas cuestiones, es verdaderamente inaudito. No es difícil comprender que, justamente a causa de esta política de seca indiferencia, se han echado fuera del Partido a viejos y magníficos obreros, excelentes stajanovistas. ¿No se podía, antes de excluir del Partido, dar una advertencia? ¿No se podía si esto no surtía efecto, amonestar o infligir una censura en la cartilla personal, y si esto no tenía eficacia, fijar un plazo para que el culpable pudiera corregirse, o en caso extremo, bajarle a la categoría de los candidatos, pero no excluirle del Partido a la primera tentativa? Seguramente, que podía hacerse. Pero para ello, hay que mostrarse atentos con las personas, con los miembros del Partido, hacia la suerte de los miembros del Partido. Y esto es precisamente lo que les falta a a1gunos de nuestros camaradas.

Ha llegado el momento, camaradas, verdaderamente ha llegado el momento de acabar con esta situación escandalosa.

contra el Partido y el Poder Soviético. A causa de sus acciones anti-soviéticas, los cabecillas del bloque trotskista-zinovievista fueron expulsados del Partido y el 14 de noviembre de 1927, la reunión conjunta del CC expulsó a Trotski y a Zinóviev del Partido. Esta decisión fue aprobada por el XV Congreso, que tuvo lugar en Moscú del 2 al 19 de diciembre de 1927.

Publicado el 29 de marzo y el 1 de abril de 1937
en los núms. 87 y 90 de «Pravda»

SOBRE EL MATERIALISMO DIALECTICO Y EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Septiembre de 1938[300]

El materialismo dialéctico es la concepción del Partido marxista-leninista. Llámase materialismo dialéctico porque su modo de abordar los fenómenos de la naturaleza, su método de estudiar estos fenómenos y de concebirlos, es *dialéctico* y su interpretación de los fenómenos de la naturaleza, su modo de enfocarlos, su teoría, *materialista*.

El materialismo histórico es la aplicación de los principios del materialismo dialéctico al estudio de la vida social, la aplicación de los principios del materialismo dialéctico a los fenómenos de la vida de la sociedad, al estudio de ésta y de su historia.

Caracterizando su método dialéctico, Marx y Engels se remiten generalmente a Hegel, como el filósofo que formuló los rasgos fundamentales de la dialéctica. Pero esto no quiere decir que la dialéctica de Marx y Engels sea idéntica a la dialéctica hegeliana. En realidad, Marx y Engels solo tomaron de la dialéctica de Hegel su «médula racional», desechando la escoria idealista hegeliana y desarrollando ulteriormente la dialéctica, para darle un carácter científico moderno.

«Mi método dialéctico -dice Marx- no sólo es en su base distinto del método de Hegel, sino que es directamente su reverso. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo (creador) de lo real que constituye su simple forma externa. Para mí, por el contrario, lo ideal no es más que lo material transpuesto y traducido en la cabeza del hombro.» (C. Marx. Palabras finales a la segunda edición alemana del t. I del «Capital»).

En la caracterización de su materialismo, Marx y Engels se remiten generalmente a Feuerbach, como el filósofo que restauró en sus derechos al materialismo. Pero esto no quiere decir que el materialismo de Marx y Engels sea idéntico al materialismo de Feuerbach. En realidad, Marx y Engels tomaron del materialismo de Feuerbach su «médula» desarrollándola hasta convertirla en la teoría científico-filosófica del materialismo y desechando su escoria idealista y ético-religiosa. Es sabido que Feuerbach, que era en lo fundamental un materialista, se rebelaba contra la palabra materialismo. Engels declaró más de una vez que, «pese al cimiento materialista, Feuerbach no llegó a desprenderse de las viejas ataduras idealistas» y que «donde el verdadero idealismo de Feuerbach se pone de manifiesto es en su filosofía de la religión y en su ética» (F. Engels, «Ludwig Feuerbach», ed. alemana, 1939, Moscú, págs. 24 y 26).

La palabra dialéctica viene del griego «dialego», que quiere decir diálogo o polémica. Los antiguos entendían por dialéctica el arte de descubrir la verdad poniendo de manifiesto las contradicciones implícitas en la argumentación del adversario y superando estas contradicciones. Algunos filósofos de la antigüedad entendían que el descubrimiento de las contradicciones en el proceso discursivo y el choque de las opiniones contrapuestas era el mejor medio para encontrar la verdad. Este modo dialéctico de pensar que más tarde se hizo extensivo a los fenómenos naturales, se convirtió en el método dialéctico de conocimiento de la naturaleza, consistente en considerar los fenómenos naturales en perpetuo movimiento y cambio, y el desarrollo de la naturaleza como el resultado del desarrollo de las contradicciones existentes en ésta, como el resultado de la acción reciproca de las fuerzas contradictorias en el seno de la naturaleza.

La dialéctica es, en su base, todo lo contrario de la metafísica.

1) *El método dialéctico marxista* se caracteriza por los siguientes rasgos fundamentales:

---

[300] J. V. Stalin escribió su obra «Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico» en 1938 como parte del «Breve curso de la historia del PC(b) de la URSS» En esta obra encontramos una especificación completa, armónica y sistemática de los fundamentos de la filosofía marxista. Considerando al materialismo dialéctico como concepción del Partido marxista-leninista y como base teórica del Partido marxista-leninista de nuevo tipo, J. V. Stalin, puso de relieve el inmenso papel de la filosofía científica en la lucha de la clase obrera y su Partido para la transformación del mundo. Figuran en esta obra, de una manera evidente y sencillo, las características fundamentales del método dialéctico marxista del materialismo filosófico marxista y del materialismo histórico.
La obra «Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico» de J. V. Stalin, junto con las demás obras de los clásicos del marxismo-leninismo, presenta una importancia particular para un estudio más profundo de la filosofía marxista-leninista para millones de personas en el mundo.

a) Por oposición a la metafísica, la dialéctica no considera a la naturaleza como un conglomerado casual de objetos y fenómenos, desligados y aislados unos de otros y sin ninguna relación de dependencia entre sí, sino como un todo articulado y único, en el que los objetos y los fenómenos se hallan orgánicamente vinculados unos a otros, dependen unos de otros y se condicionan los unos a los otros.

Por eso, el método dialéctico entiende que ningún fenómeno de la naturaleza puede ser comprendido, si se le toma aisladamente, sin conexión con los fenómenos que le rodean, pues todo fenómeno tomado de cualquier campo de la naturaleza puede convertirse en un absurdo si se le examina sin conexión con las condiciones que le rodean, desligado de ellas; por el contrario, todo fenómeno puede ser comprendido y explicado si se le examina en su conexión indisoluble con los fenómenos circundantes y condicionado por ellos.

b) Por oposición a la metafísica, la dialéctica no considera a la naturaleza como algo quieto e inmóvil, estancado e inmutable, sino como algo sujeto a perenne movimiento y a cambio constante, como algo que se renueva y se desarrolla incesantemente y donde siempre hay algo que nace y se desarrolla y algo que muere y caduca.

Por eso, el método dialéctico exige que los fenómenos se examinen no sólo desde el punto de vista de sus relaciones mutuas y de su mutuo condicionamiento, sino también desde el punto de vista de su movimiento, de sus cambios y de su desarrollo, desde el punto de vista de su nacimiento y de su muerte.

Lo que interesa, sobre todo al método dialéctico no es lo que en un momento dado parece estable pero comienza ya, a morir, sino lo que nace y se desarrolla aunque en un momento dado parezca inestable, pues lo único que hay insuperable, según él, es lo que se halla en estado de nacimiento y de desarrollo.

«Toda la naturaleza -dice Engels- desde sus partículas más minúsculas hasta sus cuerpos más gigantescos, desde el grano de arena hasta el sol, desde el protozoo (organismo vivo unicelular, *J. St.*) hasta el hombre, se halla en estado perenne de nacimiento y muerte, en flujo constante, en movimiento y cambio incesante» (Engels, en «Dialéctica de la naturaleza». Obras completas de Marx y Engels, ed. alemana del Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, tomo especial, 1935, pág. 491).

Por eso, la dialéctica -dice Engels- «enfoca las cosas y sus imágenes conceptuales, sustancialmente, en sus conexiones mutuas, en su entronque y concatenación, en su dinámica, en su proceso de génesis y caducidad». (F. Engels, «Anti-íDühring», ed. alemana, Moscú, 1939, pág. 8).

c) Por oposición a la metafísica, la dialéctica no examina el proceso de desarrollo de los fenómenos como un simple proceso de crecimiento, en que los cambios cuantitativos no se traducen en cambios cualitativos, sino como un proceso en que se pasa de los cambios cuantitativos insignificantes y ocultos a los cambios manifiestos, a los cambios radicales, a los cambios cualitativos; en que éstos se producen, no de moda gradual, sino repentina y súbitamente, en forma de saltos de un estado de cosas a otro, y no de un modo casual, sino con arreglo a leyes, como resultado de la acumulación de una serie de cambios cuantitativos inadvertidos y graduales.

Por eso, el método dialéctico entiende que el proceso de desarrollo debe concebirse no como movimiento circular, no como una simple repetición del camino ya recorrido, sino como un movimiento progresivo, como un movimiento en línea ascensional, como el tránsito del viejo estado cualitativo a un nuevo estado cualitativo, como el desarrollo de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior.

«La naturaleza -dice Engels- es la piedra de toque de la dialéctica y las modernas ciencias naturales nos brindan como prueba de esto un acervo de datos extraordinariamente copiosos y enriquecido cada día que pasa demostrando con ello que la naturaleza se mueve, en última instancia, por los cauces dialécticos y no por los carriles metafísicos, que no se mueve en la eterna monotonía de un ciclo constantemente repetido, sino que recorre una verdadera historia. Aquí, hay que citar en primer término a Darwin, quién con su prueba de que toda la naturaleza orgánica existente, plantas y animales y entre ellos, como es lógico, el hombre, es el producto de un proceso de desarrollo que dura millones de años, ha asestado a la concepción metafísica de la naturaleza el más rudo golpe» (F. Engels, lug, cít.).

Caracterizando el desarrollo dialéctico como el tránsito de los cambios cuantitativos a los cambios cualitativos, dice Engels:

«En física..., todo cambio es una transformación de cantidad en calidad, una consecuencia del cambio cuantitativo de la masa de movimiento de cualquier forma inherente al cuerpo o que se transmite a éste. Así, por ejemplo, el grado de temperatura del agua no influye para nada, al principio, en su estado líquido; pero, al aumentar o disminuir la temperatura del agua líquida, se llega a un punto en que su estado de cohesión se modifica y el agua se convierte en un caso, en vapor, y en otro caso, en hielo... Así también, para que el hilo de platino de la lámpara eléctrica se encienda, hace falta un mínimo de corriente: todo metal tiene su grado térmico de fusión, y todo líquido, dentro de una determinada

presión, su punto fijo de congelación y de ebullición, en la medida en que los medios de que disponemos nos permiten producir la temperatura necesaria; y, finalmente, todo gas tiene su punto crítico, en que bajo una presión y un enfriamiento adecuados se licua en forma de gotas... Las llamadas constantes de la física (los puntos de transición de un estado a otro, *J. St.*) no son, en la mayor parte de las veces, más que los nombres de los puntos modulares en que la suma o la sustracción cuantitativas (cambios cuantitativos) de movimiento provocan cambios cualitativos en el estado del cuerpo de que se trata, y en que, por tanto, la cantidad se trueca en calidad» (F. Engels, «Dialéctica de la naturaleza», ed. alemana, Moscú, págs. 502-503).

Y más adelante, pasando a la química, Engels prosigue:

«Podríamos decir que la química es la ciencia de los cambios cualitativos de los cuerpos por efecto de los cambios producidos en su composición cuantitativa. Y esto lo sabía ya el mismo Hegel… Basta fijarse en el oxígeno: si combinamos, para formar una molécula, tres atamos en vez de dos, que es lo corriente, produciremos ozono, cuerpo que se distingue de un modo muy definido del oxígeno normal, tanto por su olor como por sus efectos. Y no digamos de las diversas proporciones en que el oxígeno se combina con el nitrógeno o con el azufre, y cada una de las cuales produce un cuerpo cualitativamente distinto de todos los demás» (Obra cit., pág. 503).

Por último, criticando a Dühring que colma de injurias a Hegel sin perjuicio de tomar de él a la chita callando, la conocida tesis de que el tránsito del reino de lo insensible al reino de las sensaciones, del mundo inorgánico al mundo de la vida orgánica, representa un salto a un nuevo estado -Engels dice:

«Es, en absoluto, la línea modular hegeliana de las proporciones de medida, en que el simple aumento o la simple disminución cuantitativa producen al llegar a un determinado punto nodular, *un salto cualitativo*, como ocurre, por ejemplo, con el agua puesta a calentar o a enfriar, donde el punto de ebullición y el punto de congelación son los nódulos en que -bajo una presión normal- se produce el salto a un nuevo estado de cohesión, es decir, en que la cantidad se trueca en calidad» (F. Engels, «Antí-Dühríng», ed. alemana, pág. 31).

d) Por oposición a la metafísica, la dialéctica parte del criterio de que los objetos y los fenómenos de la naturaleza llevan siempre contradicciones internas, pues todos ellos tienen su lado positivo y su lado negativo, su pasado y su futuro, su lado de caducidad y su lado de desarrollo; del criterio de que la lucha entre estos lados contrapuestos, la lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre lo que agoniza y lo que nace, entre lo que caduca y lo que se desarrolla, forma el contenido interno del proceso de desarrollo, el contenido interno de la transformación de los cambios cuantitativos en cambios cualitativos.

Por eso, el método dialéctico entiende que el proceso de desarrollo de lo inferior a lo superior no discurre a modo de un proceso de desenvolvimiento armónico de los fenómenos, sino poniendo siempre de relieve las contradicciones inherentes a los objetos y a los fenómenos, en un proceso de «lucha» entre las tendencias contrapuestas que actúan sobre la base de aquellas contradicciones.

«Dialéctica, en sentido estricto, es -dice Lenin- el estudio de las contradicciones contenidas *en la esencia misma de los objetos*» (Lenin, «Cuadernos filosóficos», pág. 263).

Y más adelante:

«El desarrollo es la «lucha» de los contrarios» (Lenin, t. XIII, pág. 301, ed, rusa).

Tales son, brevemente expuestos, los rasgos fundamentales del método dialéctico marxista.

No es difícil comprender cuán enorme es la importancia que la difusión de los principios del método dialéctico tienen para el estudio de la vida social y de la historia de la sociedad y qué importancia tan enorme encierra la aplicación de estos principios a la historia de la sociedad y a la actuación práctica del Partido del proletariado.

Si en el mundo no existen fenómenos aislados, si todos los fenómenos están vinculados entre sí y se condicionan unos a otros es evidente que todo régimen social y todo movimiento social que aparece en la historia debe ser considerado, no desde el punto de vista de la «justicia eterna» o de cualquier otra idea preconcebida, que es lo que suelen hacer los historiadores, sino desde el punto de vista de las condiciones que han engendrado este régimen y este movimiento sociales, y a los cuales se hallan vinculados.

Dentro de las condiciones modernas, el régimen de la esclavitud es un absurdo y una necedad contraria a la lógica. En cambio, dentro de las condiciones de disgregación del régimen del comunismo primitivo, el régimen de esclavitud era fenómeno perfectamente lógico y natural, ya que representaba un progreso en comparación con el comunismo primitivo.

La reivindicación de la República democrático-burguesa dentro de las condiciones del zarismo y de la sociedad burguesa, por ejemplo en la Rusia de 1905, era una reivindicación perfectamente lógica,

acertada y revolucionaria, pues la República burguesa representaba, en aquel tiempo, un progreso. En cambio, dentro de nuestras condiciones actuales en la URSS, la reivindicación de la República democrático-burguesa sería absurda y contrarrevolucionaria, ya que, comparada con la Republica Soviética, la República burguesa significa un paso atrás.

Todo depende, pues, de las condiciones, del lugar y del tiempo.

Es evidente que, sin abordar desde este punto de vista *histórico* los fenómenos sociales, no podría existir ni desarrollarse la ciencia de la historia, puesto que este modo de abordar los fenómenos es el único que impide a la ciencia histórica convertirse en un caos de sucesos fortuitos y en un montón de los más absurdos errores.

Continuemos. Si el mundo se halla en incesante movimiento y desarrollo y si la ley de este desarrollo es la extinción de lo viejo y el fortalecimiento de lo nuevo, es evidente que ya no puede haber ningún régimen social «inconmovible», ni pueden existir los «principios eternos» de la propiedad privada y la explotación, ni las «ideas eternas» de sumisión de los campesinos a los terratenientes y de los obreros a los capitalistas.

Esto quiere decir que el régimen capitalista puede ser sustituido por el régimen socialista, del mismo modo que, en su día, el régimen capitalista sustituyó al régimen feudal.

Esto quiere decir que hay que orientarse, no hacia aquellas capas de la sociedad que han llegado ya al término de su desarrollo, aunque en el momento presente constituyan la fuerza predominante, sino hacía aquellas otras que se están desarrollando, que tienen porvenir, aunque no sean las fuerzas predominantes en el momento actual.

En la década del 80 del siglo pasado, en la época de lucha de los marxistas contra los populistas, el proletariado constituía, en Rusia, una minoría insignificante, en comparación con los campesinos individuales que formaban la inmensa mayoría de la población. Pero el proletariado se estaba desarrollando como clase, mientras que los campesinos, como clase, se disgregaban. Precisamente por esto, porque el proletariado se estaba desarrollando como clase, los marxistas se orientaron hacia él. Y no se equivocaron, puesto que, como es sabido, el proletariado se convirtió, andando el tiempo, de una fuerza de escasa importancia en una fuerza histórica y política de primer orden.

Esto quiere decir que en política, para no equivocarse, hay que mirar hacia adelante y no hacia atrás.

Continuemos. Si el tránsito de los lentos cambios cuantitativos a los rápidos y súbitos cambios cualitativos constituye una ley del desarrollo, es evidente que las transformaciones revolucionadas llevadas a cabo por las clases oprimidas representan un fenómeno absolutamente natural e inevitable.

Esto quiere decir que el paso del capitalismo al socialismo y la liberación de la clase obrera del yugo capitalista no puede realizarse por medio de cambios lentos, por medio de reformas, sino sólo mediante la transformación cualitativa del régimen capitalista, es decir, mediante la revolución.

Esto quiere decir que en política, para no equivocarse, hay que ser revolucionario y no reformista.

Continuemos. Si el proceso de desarrollo es un proceso de revelación de contradicciones internas, un proceso de choques entre fuerzas contrapuestas sobre la base de estas contradicciones y con el fin de superarlas, es evidente que la lucha de clases del proletariado constituye un fenómeno perfectamente natural e inevitable.

Esto quiere decir que lo que hay que hacer no es disimular las contradicciones del régimen capitalista, sino ponerlas al desnudo y desplegarlas en toda su extensión, no es amortiguar la lucha de clases, sino llevarla a cabo hasta el fin.

Esto quiere decir que en política para no equivocarse, hay que mantener una política proletaria, de clase, intransigente, y no una política reformista, de armonía de intereses entre el proletariado y la burguesía, una política oportunista de «integración» del capitalismo en el socialismo.

En esto consiste el método dialéctico marxista, aplicado a la vida social y a la historia de la sociedad.

Por lo que se refiere al materialismo filosófico marxista, es en su base lo opuesto al idealismo filosófico.

2) *El materialismo filosófico marxista* se caracteriza por los siguientes rasgos fundamentales:

a) En oposición al idealismo, que considera al mundo como la encarnación de la «idea absoluta», del «espíritu universal», de la «conciencia», el materialismo filosófico de Marx parte del criterio de que el mundo es, por su naturaleza, algo *material*; de que los múltiples y variados fenómenos del mundo constituyen diversas formas y modalidades de la materia en movimiento; de que los vínculos mutuos y las relaciones de interdependencia entre los fenómenos, que el método dialéctico pone de relieve, son las leyes determinadas con arreglo a las cuales se desarrolla la materia en movimiento; de que el mundo se desarrolla con arreglo a las leyes que rigen el movimiento de la materia, sin necesidad de ningún «espíritu universal».

«La concepción materialista del mundo -dice Engels- significa sencillamente concebir la naturaleza tal y como es, sin ninguna clase de aditamentos extraños» (F. Engels, «Ludwig Feuerbach». Apéndice, ed. alemana, pág. 60).

Refiriéndose a la concepción materialista de un filósofo de la antigüedad, Heráclito, según el cual «el mundo, que es la unidad de todo lo existente, no ha sido creado por ningún dios ni por ningún hombre sino que ha sido, es y será eternamente un fuego vivo que se enciende y se apaga con arreglo a las leyes determinadas», dice Lenin: «He aquí una excelente definición de los principios del materialismo dialéctico» (Lenin, «Cuadernos filosóficos», pág. 318).

b) En oposición al idealismo, el cual afirma que sólo nuestra conciencia tiene una existencia real y que el mundo material, el ser, la naturaleza, sólo existe en nuestra conciencia, en nuestras sensaciones, en nuestras percepciones, en nuestros conceptos, el materialismo filosófico marxista parte del criterio de que la materia, la naturaleza, el ser, son una realidad objetiva, existen fuera de nuestra conciencia e independientemente de ella, de que la materia es lo primario, ya que constituye la fuente de la que se derivan las sensaciones, las percepciones y la conciencia, y la conciencia lo secundario, lo derivado, ya que es la imagen refleja de la materia, la imagen refleja del ser; el materialismo filosófico marxista parte del criterio de que el pensamiento es un producto de la materia que ha llegado a un alto grado de perfección en su desarrollo, y más concretamente, un producto del cerebro, y éste el órgano del pensamiento, y de que, por tanto, no cabe, a menos decaer en un craso error, separar el pensamiento de la materia.

«El problema de la relación entre el pensar y el ser, entre el espíritu y la naturaleza es -dice Engels- el problema supremo de toda la filosofía... Los filósofos se dividían en dos grandes campos, según la contestación que diesen a esta pregunta. Los que afirmaban el carácter primario del espíritu frente a la naturaleza... formaban el campo del idealismo. Los otros, los que reputaban la naturaleza como lo primario, figuraban en las diversas escuelas del *materialismo*» (F. Engels, obra citada, págs. 16-17).

Y más adelante:

«El mundo material y perceptible por los sentidos, del que formamos parte también los hombres, es el único mundo real... Nuestra conciencia y nuestro pensamiento, por más suprasensibles que parezcan, son el producto de un órgano material, corporal: el cerebro. La materia no es un producto del espíritu, y el espíritu mismo no es más que el producto supremo de la materia» (F. Engels, obra citada, pág, 20).

Refiriéndose al problema de la materia y el pensamiento, manifiesta Marx:

«*No es posible separar el pensamiento de la materia pensante*. La materia es el sujeto de todos los cambios» (Marx-Engels, Obras Completas, t. III, ed. alemana, Moscú, pág. 305).

Caracterizando el materialismo filosófico marxista, dice Lenin:

«El materialismo en general reconoce la existencia real y objetiva del ser (la materia), independiente de la conciencia, de las sensaciones de la experiencia... La conciencia... no es más que un reflejo del ser, en el mejor de los casos su reflejo aproximadamente exacto (adecuado, ideal en cuanto a precisión)» (Lenin, t. XVIII, págs. 266-267).

Y en otros pasajes:

«Es materia lo que, actuando sobre nuestros órganos sensoriales, produce las sensaciones; la materia es la realidad objetiva, que las sensaciones nos transmiten... La materia, la naturaleza, el ser, lo físico, es lo primario; el espíritu, la conciencia, las sensaciones, lo psíquico, lo secundario» (Obra citada, págs. 119-120).

- «El cuadro del mundo es el cuadro de cómo se mueve y cómo «*piensa la materia*» (Obra citada, pág. 288).

- «El cerebro es el órgano del pensamiento» (Obra citada, pág. 125).

c) En oposición al idealismo, que discute la posibilidad de conocer el mundo y las leyes por que se rige, que no cree en la veracidad de nuestros conocimientos, que no reconoce la verdad objetiva y entiende que el mundo está lleno de «cosas en sí», que jamás podrán, ser conocidas por la ciencia, el materialismo filosófico marxista parte del principio de que el mundo y las leyes por que se rige son perfectamente cognoscibles, de que nuestros conocimientos acerca de las leyes de la naturaleza, comprobados por la experiencia, por la práctica, son conocimientos veraces, que tienen el valor de verdades objetivas, de que en el mundo no hay cosas incognoscibles, sino simplemente aún no conocidas, pero que la ciencia y la experiencia se encargarán de relevar y de dar a conocer.

Criticando la tesis de Kant y de otros idealistas acerca de la incognoscibilidad del mundo y de las «cosas en sí» incognoscibles y defendiendo la consabida tesis del materialismo acerca de la veracidad de nuestros conocimientos, escribe Engels:

«La refutación más contundente de estas manías, como de todas las demás manías filosóficas, es la práctica, o sea el experimento y la industria. Si podemos demostrar la exactitud de nuestro modo de concebir un proceso natural reproduciéndolo nosotros mismos, creándolo como resultado de sus

mismas condiciones, y si además, lo ponemos al servicio de nuestros propios fines, daremos al traste con la «cosa en sí» inasequible de Kant. Las sustancias químicas producidas en el mundo animal y vegetal siguieron siendo «cosas en sí» hasta que la química orgánica comenzó a producirlas unas tras otras; con ello, la «cosa en sí» se convirtió en una cosa para nosotros, como, por ejemplo, la materia colorante de la rubia, la alizarina, que hoy ya no se extrae de la raíz de aquella planta, sino que se obtiene de alquitrán de hulla, procedimiento mucho más barato y más sencillo. El sistema solar de Copérnico fue durante trescientos años una hipótesis, por la que se podía apostar cien, mil, diez mil contra uno, pero, a pesar de todo, una hipótesis, hasta que Leverier con los datos tomados de este sistema no sólo demostró que debía necesariamente existir un planeta desconocido hasta entonces, sino que, además, determinó mediante cálculos, el lugar en que este planeta tenía que encontrarse en el firmamento, y cuando después Galle descubrió efectivamente este planeta, el sistema de Copérnico quedó demostrado» (F. Engels, «Ludwig Feuerbach», ed. alem., Moscú, pág. 18).

Acusando a Bogdánov, Basárov, Yushkévich y otros partidarios de Mach[301] de fideísmo (teoría reaccionaria que prefiere la fe a la ciencia) y defendiendo la consabida tesis del materialismo de que nuestros conocimientos científicos acerca de las leyes por las que se rige la naturaleza son conocimientos veraces y de que las leyes de la ciencia constituyen verdades objetivas, dice Lenin:

«El fideísmo moderno no rechaza, ni mucho menos, la ciencia; lo único que rechaza son las «pretensiones desmesuradas» de la ciencia, y concretamente, sus pretensiones de verdad objetiva. Si existe una verdad objetiva (como entienden los materialistas) y si las ciencias naturales, reflejando el mundo exterior en la «experiencia» del hombre, son las únicas que pueden darnos esa verdad objetiva, todo fideísmo queda refutado incontrovertiblemente» (Lenin, t. XIII, pág. 102, ed. rusa).

[301] Mach Ernest (1838-1916) - físico y filósofo idealista austríaco, Mach consideraba las cosas como «conjuntos sensitivos», negando la existencia de un mundo externo, independiente de la conciencia humana. Tergiversaba los últimos datos de las ciencias naturales para asegurar la victoria del fideismo sobre el materialismo. En su libro «El materialismo y el empirtocríticismo» Lenin puso al desnudo la tendencia de clase, en la que se basaba la filosofía de Mach cuyo objetivo era el servir a los fideistas en su lucha contra la filosofía del materialismo en general y contra el materialismo histórico en particular. Algunos «marxistas» de Europa Occidental como F. Adler, O. Bauer, y en Rusia una parte de los intelectuales del Partido que se presentaban como marxistas, pero que nunca habían adoptado una posición firmemente marxista (Bogdánov, Bazárov, Jushkevich etc.) apoyaron la filosofía de Mach.

Tales son, brevemente expuestos, los rasgos característicos del materialismo filosófico marxista. .

Fácil es comprender la importancia tan enorme que tiene la aplicación de los principios del materialismo filosófico al estudio de la vida social, al estudio de la historia de la sociedad, la importancia tan enorme que tiene el aplicar estos principios a la historia de la sociedad y a la actuación práctica del Partido del proletariado.

Si la conexión entre los fenómenos de la naturaleza y su interdependencia representan las leyes por las que se rige el desarrollo de la naturaleza, de esto se deduce que la conexión e interdependencia de los fenómenos de la vida social representan también no algo fortuito, sino las leyes por las que se rige el desarrollo de la sociedad.

Esto quiere decir que la vida social y la historia de la sociedad ya no son un conglomerado de hechos «fortuitos», pues la historia de la sociedad se convierte en el desarrollo de la sociedad con arreglo a sus leyes determinadas y el estudio de la historia de la sociedad adquiere categoría de ciencia.

Esto quiere decir que la actuación práctica del Partido del proletariado debe basarse, no en los buenos deseos de las «ilustres personalidades», no en los postulados de la «razón», de la «moral universal» etc., sino en las leyes determinadas del desarrollo de la sociedad y en el estudio de éstas.

Prosigamos. Si el mundo es cognoscible y nuestros conocimientos acerca de las leyes que rigen el desarrollo de la naturaleza son conocimientos veraces, que tienen el valor de verdades objetivas, esto quiere decir que también la vida social, el desarrollo de la sociedad, son susceptibles de ser conocidos; y que los datos que nos brinda la ciencia sobre las leyes del desarrollo de la sociedad son datos veraces, que tienen el valor de verdades objetivas.

Esto quiere decir que la ciencia que estudia la historia de la sociedad puede adquirir, pese a toda la complejidad de los fenómenos de la vida social, la misma precisión que la biología, por ejemplo, ofreciéndonos la posibilidad de dar una aplicación práctica a las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad.

Esto quiere decir que, en su actuación práctica, el Partido del proletariado debe guiarse, no por estos o los otros motivos fortuitos, sino por las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad y por las conclusiones prácticas que de ellas se derivan.

Esto quiere decir que el socialismo deja de ser un sueño acerca de un futuro mejor de la humanidad para convertirse en una ciencia.

Esto quiere decir que el enlace entre la ciencia y la actuación práctica, entre la teoría y la práctica, su unidad, debe ser la estrella polar que guíe al Partido del proletariado.

Prosigamos. Si la naturaleza, el ser, el mundo material son lo primario, y la conciencia, el

pensamiento, lo secundario, lo derivado, si el mundo material constituye la realidad objetiva, que existe independientemente de la conciencia del hombre, y la conciencia es la imagen refleja de esta realidad objetiva, de aquí se deduce que la vida material de la sociedad, el ser social, es también lo primario y su vida espiritual, lo secundario, lo derivado; que la vida material de la sociedad es la realidad objetiva, que existe independientemente de la voluntad de los hombres, y la vida espiritual de la sociedad el reflejo de esta realidad objetiva, el reflejo del ser.

Esto quiere decir que la fuente donde se forma la vida espiritual de la sociedad, la fuente de la que emanan las ideas sociales, las teorías sociales, las concepciones y las instituciones políticas hay que buscarlas, no en estas mismas ideas, teorías, concepciones e instituciones políticas, sino en las condiciones de la vida material de la sociedad, en el ser social, del cual son reflejo estas ideas, teorías, concepciones, etc.

Esto quiere decir que, si en los diversos períodos de la historia de la sociedad nos encontramos con diversas ideas, teorías, concepciones sociales e instituciones políticas; si bajo el régimen de la esclavitud observamos unas ideas, teorías y concepciones sociales, unas instituciones políticas, bajo el feudalismo otras y otras distintas bajo el capitalismo, la explicación de esto no reside en la «naturaleza», en la «propiedad» de las ideas, teorías, concepciones e instituciones políticas mismas, sino en las distintas condiciones de la vida material de la sociedad dentro de los diversos períodos del desarrollo social.

Según sean las condiciones de existencia de la sociedad, las condiciones en que se desenvuelve su vida material, así son sus ideas, sus teorías, sus concepciones e instituciones políticas.

En relación con esto, dice Marx:

«No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es el que determina su conciencia». (Carlos Marx, Obras escogidas, t. I, pág. 359, ed. alemana, Moscú, 1934).

Esto quiere decir que, en política, para no equivocarse y no convertirse en una colección de vacuos soñadores, el Partido del proletariado debe tomar, como punto de partida para su actuación, no los «principios» abstractos de la «razón humana», sino las condiciones concretas de la vida material de la sociedad, que constituyen la fuerza decisiva del desarrollo social, no los buenos deseos de los «grandes hombres», sino las exigencias reales impuestas por el desarrollo de la vida material de la sociedad.

El fracaso de los utopistas, incluyendo entre ellos, los populistas, los anarquistas y los socialrevolucionarios, se explica, entre otras razones, porque no reconocían la importancia primordial de las condiciones de vida material de la sociedad en cuanto al desarrollo de ésta, y, cayendo en el idealismo, erigían su actuación práctica, no sobre las exigencias del desarrollo de la vida material de la sociedad, sino, independientemente de ellas y en contra de ellas, sobre «planes ideales» y «proyectos universales», desligados de la vida real de la sociedad.

La fuerza y la vitalidad del marxismo-leninismo estriban precisamente en que toma como base para su actuación práctica las exigencias del desarrollo de la vida material de la sociedad, sin desligarse jamás de la vida real de ésta.

Sin embargo, de las palabras de Marx no se desprende que las ideas y las teorías sociales, las concepciones y las instituciones políticas no tengan importancia alguna en la vida de la sociedad, que no ejerzan de rechazo una influencia sobre el ser social, sobre el desarrollo de las condiciones materiales de la vida de la sociedad. Hasta ahora, nos hemos venido refiriendo únicamente al *origen* de las ideas y teorías sociales y de las concepciones e instituciones políticas, a su *nacimiento*, al hecho de que la vida espiritual de la sociedad es el reflejo de las condiciones de su vida material. En lo tocante a la *importancia* de las ideas y teorías sociales y de las concepciones e instituciones políticas, en lo tocante al *papel* que desempeñan en la historia, el materialismo histórico no sólo no niega, sino que, por el contrario, subraya la importancia de papel y la significación que les corresponde en la vida y en la historia de la sociedad.

Pero hay diferentes ideas y teorías sociales. Hay ideas y teorías viejas, que han cumplido ya su misión y que sirven a los intereses de fuerzas sociales caducas. Su papel consiste en frenar el desarrollo de la sociedad, su marcha progresiva y hay ideas y teorías nuevas, avanzadas, que sirven a los intereses de las fuerzas de vanguardia de la sociedad. El papel de éstas consiste en facilitar el desarrollo de la sociedad, su marcha progresiva, siendo su importancia tanto más grande cuanto mayor es la exactitud con que responden a las exigencias del desarrollo de la vida material de la sociedad.

Las nuevas ideas y teorías sociales sólo surgen después que el desarrollo de la vida material de la sociedad plantea a ésta nuevas tareas. Pero después de surgir, se convierten en una fuerza de la mayor importancia, que facilita la ejecución de estas nuevas tareas planteadas por el desarrollo de la vida material de la sociedad, que facilita los progresos de ésta. Es aquí, precisamente, donde se acusa la formidable importancia organizadora, movilizadora y transformadora de las nuevas ideas, de las nuevas teorías y de las nuevas concepciones políticas, de las nuevas instituciones políticas.

Las nuevas ideas y teorías sociales surgen

precisamente porque son necesarias para la sociedad, porque sin su labor organizadora, movilizadora y transformadora es *imposible* llevar a cabo las tareas ya maduras que plantea el desarrollo de la vida material de la sociedad y que están ya en sazón de ser cumplidas. Y como surgen sobre la base de las nuevas tareas planteadas por el desarrollo de la vida material de la sociedad, las nuevas ideas y teorías sociales se abren paso, se convierten en patrimonio de las masas populares, movilizan y organizan a éstas contra las fuerzas sociales caducas, facilitando así el derrocamiento de estas fuerzas sociales caducas que frenan el desarrollo de la vida material de la sociedad.

He aquí cómo las ideas y las teorías sociales, las instituciones políticas, que brotan sobre la base de las tareas ya maduras para su solución planteadas por el desarrollo de la vida material de la sociedad, por el desarrollo del ser social, actúan luego, a su vez, sobre este ser social, sobre la vida material de la sociedad, creando las condiciones necesarias para llevar a término la ejecución de las tareas ya maduras de la vida material de la sociedad y hacer posible su desarrollo ulterior.

En relación con esto, dice Marx:

«La teoría se convierte en una fuerza material tan pronto como prende en las masas» (Carlos Marx y Federico Engels, Obras completas, t. 1, pág. 614, ed. alem.).

Esto quiere decir que para poder influir sobre las condiciones de la vida material de la sociedad y acelerar su desarrollo, acelerar su mejoramiento, el Partido del proletariado tiene que apoyarse en una teoría social, en una idea social que refleje certeramente las exigencias del desarrollo de la vida material de la sociedad y que, gracias a ello, sea capaz de poner en movimiento a las grandes masas del pueblo, de movilizarlas y organizar con ellas el gran ejército del Partido proletario, presto a aplastar las fuerzas reaccionarias y allanar el camino a las fuerzas avanzadas de la sociedad.

El fracaso de los «economistas» y de los mencheviques se explica, entre otras razones, por el hecho de que no reconocían la importancia movilizadora, organizadora y transformadora de la teoría de vanguardia, de la idea de vanguardia, y cayendo en un materialismo vulgar, reducían su papel casi a la nada, y consiguientemente condenaban al Partido a la pasividad, a vivir vegetando.

La fuerza y la vitalidad del marxismo-leninismo estriban en que éste se apoya en una teoría de vanguardia, que refleja certeramente las exigencias del desarrollo de la vida material de la sociedad, en que eleva la teoría a la altura que le corresponde y considera su deber utilizar íntegramente su fuerza de movilización, de organización y de transformación.

Así es como resuelve el materialismo histórico el problema de las relaciones entre el ser social y la conciencia social, entre las condiciones de desarrollo de la vida material y el desarrollo de la vida espiritual de la sociedad.

3) *El materialismo histórico*.

Resta sólo por contestar a esta pregunta:

¿Qué se entiende, desde el punto de vista del materialismo histórico, por «condiciones de vida material de la sociedad», que son las que determinan, en última instancia, la fisonomía de la sociedad, sus ideas, sus concepciones, instituciones políticas, etc.?

¿Cuáles son, en realidad, esas «condiciones de vida material de la sociedad», cuáles son sus rasgos característicos? Es indudable que en este concepto de «condiciones de vida material de la sociedad» entra, ante todo, la naturaleza que, rodea a la sociedad, el medio geográfico, que es una de las condiciones necesarias y constantes de la vida material de la sociedad y que, naturalmente, influye en el desarrollo de ésta. ¿Cuál es el papel del medio geográfico en el desarrollo de la sociedad? ¿No será, acaso, el medio geográfico el factor fundamental que determina la fisonomía de la sociedad, el carácter del régimen social de los hombres, la transición de un régimen a otro?

El materialismo histórico contesta negativamente a esta pregunta.

El medio geográfico es, indiscutiblemente, una de las condiciones constantes y necesarias del desarrollo de la sociedad e influye, naturalmente, en él, acelerándolo o amortiguándolo. Pero esta influencia no es *determinante*, ya que los cambios y el desarrollo de la sociedad se producen con una rapidez incomparablemente mayor que los que afectan al medio geográfico. En el transcurso de tres mil años, Europa vió transmontar uno tras otro tres regímenes sociales: el del comunismo primitivo, el de la esclavitud y el régimen feudal, y en la parte oriental de Europa, en la URSS, también trasmontaron cuatro. Pues bien, durante este tiempo las condiciones geográficas de Europa o no sufrieron cambio alguno, o, si sufrieron alguno, fue tan leve que la Geografía no cree que merece la pena registrarlo. Ya se comprende que sea así. Para que el medio geográfico experimente cambios de cierta importancia, hacen falta millones de años, mientras que en unos pocos cientos o un par de miles de años pueden producirse incluso cambios de la mayor importancia en el régimen social.

De aquí se desprende que el medio geográfico no puede ser la causa fundamental, la causa *determinante* del desarrollo social, pues lo que permanece casi invariable a través de decenas de miles de años no puede ser la causa fundamental a que obedezca el desarrollo de lo que en el espacio de unos cuantos cientos de años experimenta cambios

radicales.

Asimismo, es indudable que el crecimiento de la población, la mayor o menor densidad de población es un factor que forma también parte del concepto de las «condiciones materiales de vida de la sociedad», ya que entre estas condiciones materiales se cuenta como elemento necesario el hombre, y es imposible la vida material de la sociedad sin un determinado mínimo de seres humanos. ¿No será, acaso, el desarrollo de la población el factor cardinal que determina el carácter del régimen social en que viven los hombres?

El materialismo histórico contesta negativamente también a esta pregunta.

Es indudable que el crecimiento de la población influye en el desarrollo de la sociedad, facilitando o entorpeciendo este desarrollo, pero no puede ser el factor cardinal a que obedece, ni su influencia sobre el desarrollo de la sociedad puede tener un carácter determinante, ya que el crecimiento de la población de por sí no nos ofrece la clave para explicar por qué un régimen social dado es sustituido precisamente por un determinado régimen nuevo y no por otro, por qué el régimen del comunismo primitivo fue sustituido precisamente por el régimen de la esclavitud, el régimen esclavista por el régimen feudal y éste por el burgués, y no por otros cualesquiera.

Si el crecimiento de la población fuese el factor determinante del desarrollo social, a una mayor densidad de población tendría que corresponder forzosamente, en la práctica, un tipo proporcionalmente más elevado de régimen social. Pero, en realidad, no ocurre así. La densidad de la población de China es cuatro veces mayor que la de los Estados Unidos, a pesar de lo cual los Estados Unidos ocupan un lugar más elevado que China en lo que al desarrollo social se refiere, pues mientras que en China sigue imperando el régimen semifeudal, los Estados Unidos hace ya mucho tiempo que han llegado a la fase culminante del desarrollo del capitalismo. La densidad de población de Bélgica es 19 veces mayor que la de los Estados Unidos y 26 veces mayor que la de la URSS, y sin embargo, Norteamérica sobrepasa a Bélgica en lo tocante a su desarrollo social, y la URSS le lleva de ventaja toda una época histórica, pues mientras que en Bélgica impera el régimen capitalista, la URSS ha liquidado ya el capitalismo e instaurado el régimen socialista.

De aquí se desprende que el crecimiento de la población no es ni puede ser el factor cardinal en el desarrollo de la sociedad, el factor *determinante* del carácter del régimen social, de la fisonomía de la sociedad.

a) ¿Cuál es, pues, dentro del sistema de las condiciones de vida material de la sociedad, el factor cardinal que determina la fisonomía de aquélla, el carácter del régimen social, el paso de la sociedad de un régimen a otro?

Este factor es, según el materialismo histórico, *el modo de obtención de los medios de vida* necesarios para la existencia del hombre, *el modo de producción de los bienes materiales*: del alimento, del vestido, del calzado, de la vivienda, del combustible, de los instrumentos de producción, etc., necesarios para que la sociedad pueda vivir y desarrollarse.

Para vivir, el hombre necesita alimentos, vestido, calzado, vivienda, combustible, etc.; para tener estos bienes materiales, ha de producirlos, y para poder producirlos necesita disponer de instrumentos de producción, con ayuda de los cuales se consigue el alimento, se fabrica el vestido, el calzado, se construye la vivienda, se obtiene el combustible, etc.; necesita saber producir estos instrumentos y servirse de ellos.

Instrumentos de producción con ayuda de los cuales se producen los bienes materiales, y *hombres* que los manejan y efectúan la producción de los bienes materiales, por tener una cierta *experiencia productiva* y *hábitos de trabajo*: tales son los elementos que, en conjunto, forman *las fuerzas productivas* de la sociedad.

Pero las fuerzas productivas no son más que uno de los aspectos de la producción, uno de los aspectos del modo de producción, el aspecto que refleja la relación entre el hombre y los objetos y fuerzas de la naturaleza empleados para la producción de los bienes materiales. El otro aspecto de la producción, el otro aspecto del modo de producción, lo constituyen las relaciones de unos hombres con otros dentro del proceso de la producción, *las relaciones de producción* entre los hombres. Los hombres no luchan con la naturaleza y no la utilizan para la producción de bienes materiales aisladamente, desligados unos de otros, sino juntos, en grupos, en sociedades. Por eso, la producción es siempre y bajo condiciones cualesquiera una producción *social*. Al efectuar la producción de los bienes materiales, los hombres establecen entre sí, dentro de la producción, tales o cuales relaciones mutuas, tales o cuales relaciones de producción. Estas relaciones pueden ser relaciones de colaboración y ayuda mutua entre hombres libres de toda explotación, pueden ser relaciones de dominio y subordinación o pueden ser, por último, relaciones de transición entre una forma de relaciones de producción y otra, pero, cualquiera que sea su carácter, las relaciones de producción constituyen siempre y en todos los regímenes un elemento tan necesario de la producción como las mismas fuerzas productivas de la sociedad.

«En la producción -dice Marx- los hombres no actúan solamente sobre la naturaleza, sino que actúan también los unos sobre los otros. No pueden producir sin asociarse de un cierto modo, para actuar en común y establecer un intercambio de actividades.

Para producir, los hombres contraen determinados vínculos y relaciones, y a través de estos vínculos y relaciones sociales, y sólo a través de ellos, es como se relacionan con la naturaleza y como se efectúa la producción» (C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas, t. I, pág. 261, ed. alemana).

Consiguientemente, la producción, el modo de producción, no abarca solamente las fuerzas productivas de la sociedad, sino también las relaciones de producción entre los hombres, siendo, por tanto, la forma en que toma cuerpo la unidad de ambas dentro del proceso de la producción de bienes materiales.

b) *La primera característica* de la producción es que jamás se estanca en un punto durante un largo período, sino que cambia y se desarrolla constantemente, con la particularidad de que estos cambios ocurridos en el modo de producción provocan inevitablemente el cambio de todo el régimen social, de las ideas sociales, de las concepciones e instituciones políticas, provocan la reorganización de todo el sistema social y político. En las diversas fases de desarrollo, el hombre emplea diversos modos de producción o, para decirlo en términos más vulgares, mantiene distinto género de vida. Bajo el régimen del comunismo primitivo, el modo de producción empleado es distinto que bajo la esclavitud, bajo el régimen de la esclavitud es distinto que bajo el feudalismo, etc. Y, en consonancia con esto, varían también el régimen social de los hombres, su vida espiritual, sus concepciones, sus instituciones políticas.

Según sea el modo de producción existente en una sociedad, así es también, fundamentalmente, esta misma sociedad y así son sus ideas y sus teorías, sus concepciones e instituciones políticas.

O, para decirlo en términos más vulgares, según vive el hombre, así piensa.

Esto significa que la historia del desarrollo de la sociedad es, ante todo, la historia del desarrollo de la producción, la historia de los modos de producción que se suceden unos a otros a lo largo de los siglos, la historia del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción entre los hombres.

Esto quiere decir que la historia del desarrollo de la sociedad es, al mismo tiempo, la historia de los propios productores de bienes materiales, la historia de las masas trabajadoras, que son las fuerzas fundamentales del proceso de producción y las que llevan a cabo la producción de los bienes materiales necesarios para la existencia de la sociedad.

Esto quiere decir que la ciencia histórica, si pretende ser una verdadera ciencia, no debe seguir reduciendo la historia del desarrollo social a los actos de los reyes y de los caudillos militares, a los actos de los «conquistadores» y «avasalladores» de Estados, sino que debe ocuparse ante todo de la historia de los productores de los bienes materiales, de la historia de las masas trabajadoras, de la historia de los pueblos.

Esto quiere decir que la clave para el estudio de las leyes de la historia de la sociedad no hay que buscarla en las cabezas de los hombres, en las ideas y concepciones de la sociedad, sino en el modo de producción aplicado por la sociedad en cada uno de sus períodos históricos, es decir, en la economía de la sociedad.

Esto quiere decir que la tarea primordial de la ciencia histórica es el estudio y el descubrimiento de las leyes de la producción, de las leyes del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, de las leyes del desarrollo económico de la sociedad.

Esto quiere decir que el Partido del proletariado, para ser un verdadero partido, debe, ante todo, conocer las leyes del desarrollo de la producción, las leyes del desarrollo económico de la sociedad.

Esto quiere decir que en política, para no equivocarse, el Partido del proletariado debe, ante todo, tanto en lo que se refiere a la formación de su programa como en lo que atañe a su actuación práctica, arrancar de las leyes del desarrollo de la producción, de las leyes del desarrollo económico de la sociedad.

c) *La segunda característica* de la producción consiste en que sus cambios y su desarrollo arrancan siempre de los cambios y del desarrollo de las fuerzas productivas, y, ante todo, de los que afectan a los instrumentos de producción. Las fuerzas productivas son, por lo tanto, el elemento más dinámico y más revolucionario de la producción. Al principio, cambian y se desarrollan las fuerzas productivas de la sociedad y luego, *en dependencia* con estos cambios y *en consonancia con ellos*, cambian las relaciones de producción entre los hombres, sus relaciones económicas. Sin embargo, esto no quiere decir que las relaciones de producción no influyan sobre el desarrollo de las fuerzas productivas y que éstas no dependan de aquéllas. Las relaciones de producción, aunque su desarrollo dependa del desarrollo de las fuerzas productivas, actúan a su vez sobre el desarrollo de éstas, acelerándolo o amortiguándolo. A este propósito conviene advertir que las relaciones de producción no pueden quedarse por un tiempo demasiado largo rezagadas de las fuerzas productivas al crecer éstas, ni hallarse en contradicción con ellas, ya que las fuerzas productivas sólo pueden desarrollarse plenamente cuando las relaciones de producción están en armonía con el carácter y el estado de dichas fuerzas productivas y dan curso libre al desarrollo de éstas. Por eso, por muy rezagadas que las relaciones de producción se queden con respecto al desarrollo de las fuerzas productivas, tienen necesariamente que ponerse y se ponen realmente -más tarde o más

temprano- en armonía con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y con el carácter de éstas. En otro caso, nos encontraríamos ante una ruptura radical de la unidad entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dentro del sistema de ésta, ante un descoyuntamiento de la producción en bloque, ante una crisis de producción, ante la destrucción de las fuerzas productivas.

Un ejemplo de desarmonía entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas, un ejemplo de conflicto entre ambos factores, lo tenemos en las crisis económicas de los países capitalistas, donde la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción está en la violenta discordancia con el carácter social del proceso de producción, con el carácter de las fuerzas productivas. Resultado de esta discordancia son las crisis económicas, que conducen a la destrucción de las fuerzas productivas: y esta discordancia constituye, de por sí, la base económica de la revolución social, cuya misión consiste en destruir las relaciones de producción existentes y crear otras nuevas, que correspondan al carácter de las fuerzas productivas.

Por el contrario, el ejemplo de una armonía completa entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas nos lo ofrece la economía socialista de la URSS, donde la propiedad social sobre los medios de producción concuerda plenamente con el carácter social del proceso de la producción y donde, por tanto, no existen crisis económicas, ni se producen casos de destrucción de las fuerzas productivas.

Por consiguiente, las fuerzas productivas no son solamente el elemento más dinámico y más revolucionario de la producción, sino que son, además, el elemento determinante de su desarrollo.

Según sean las fuerzas productivas, así tienen que ser también las relaciones de producción.

Si el estado de las fuerzas productivas responde a la pregunta de con qué instrumentos de producción crean los hombres los bienes materiales que les son necesarios, el estado de las relaciones de producción responde ya a otra pregunta: ¿en poder de quién están los *medios de producción* (la tierra, los bosques, las aguas, el subsuelo, las materias primas, las herramientas y los edificios dedicados a la producción, las vías y los medios de comunicación, etc.), a disposición de quién se hallan los medios de producción: a disposición de toda la sociedad, o a disposición de *determinados* individuos, grupos o clases que los emplean para explotar a otros individuos, grupos o clases?

He aquí un cuadro esquemático del desarrollo de las fuerzas productivas desde los tiempos primitivos hasta nuestros días. Desde las herramientas de piedra sin pulimentar se pasa al arco y las flechas y, en relación con esto, de la caza como sistema de vida a la domesticación de animales y a la ganadería primitiva; de las herramientas de piedra se pasa a las herramientas de metal (el hacha de hierro, el arado con reja de hierro, etc.) y, en consonancia con esto, al cultivo de las plantas ya la agricultura; viene luego el mejoramiento progresivo de las herramientas metálicas para la elaboración de materiales, se pasa a la fragua de fuelle y a la alfarería y, en consonancia con esto, se desarrollan los oficios artesanos, se desglosan estos oficios de la agricultura, se desarrolla la producción independiente de los artesanos y, más tarde, la manufactura; de los instrumentos artesanos de producción se pasa a la máquina, y la producción artesana y manufacturera se transforma en la industria mecánica, y, por último, se pasa al sistema de máquinas y aparece la gran industria mecánica moderna: tal es, en líneas generales y no completas, ni mucho menos, el cuadro del desarrollo de las fuerzas productivas sociales a lo largo de la historia de la humanidad. Además, como es lógico, el desarrollo y perfeccionamiento de los instrumentos de producción corren a cargo de hombres relacionados con la producción y no se realizan con independencia de éstos: por tanto. a la par con los cambios y el desarrollo de los instrumentos de producción, cambian y se desarrollan también los hombres, como el elemento más importante que son de las fuerzas productivas, cambian y se desarrollan su experiencia en punto a la producción, sus hábitos de trabajo y su habilidad para el empleo de los instrumentos de producción.

En consonancia con los cambios y el desarrollo experimentado por las fuerzas productivas de la sociedad en el curso de la historia, cambian también y se desarrollan las relaciones de producción entre los hombres, sus relaciones económicas.

La historia conoce cinco tipos *fundamentales* de relaciones de producción: el comunismo primitivo, la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo.

Bajo el régimen del comunismo primitivo, la base de las relaciones de producción es la propiedad social sobre los medios de producción. Esto, en sustancia, corresponde al carácter de las fuerzas productivas durante este período. Las herramientas de piedra y el arco y las flechas, que aparecen más tarde, excluían la posibilidad de luchar aisladamente contra las fuerzas de la naturaleza y contra las bestias feroces. Si no querían morir de hambre, ser devorados por las fieras o sucumbir a manos de las tribus vecinas, los hombres de aquella época veíanse obligados a trabajar en común, y así era como recogían los frutos en el bosque, como organizaban la pesca, como construían sus viviendas, etc. El trabajo en común condujo a la propiedad en común sobre los instrumentos de producción, al igual que sobre los productos de la producción. Aún no había surgido la idea de la propiedad privada sobre los medios de

producción, exceptuando la propiedad personal de ciertas herramientas que al mismo tiempo que herramientas de trabajo eran armas de defensa contra las bestias feroces. No existía aún explotación, no existían clases.

Bajo el régimen de la esclavitud, la base de las relaciones de producción es la propiedad del esclavista sobre los medios de producción, así como también sobre los mismos productores, los esclavos, a quienes el esclavista podía vender, comprar y matar como ganado. Estas relaciones de producción se hallan, fundamentalmente, en consonancia con el estado de las fuerzas productivas durante este período. Ahora, en vez de las herramientas de piedra, el hombre dispone ya de herramientas de metal. En vez de aquella mísera economía primitiva basada en la caza y que no conocía ni la ganadería ni la agricultura, aparecen la ganadería, la agricultura, los oficios artesanos y la división del trabajo entre estas diversas ramas de producción; aparecen la posibilidad de efectuar un intercambio de productos entre los distintos individuos y las distintas sociedades y la posibilidad de acumular riquezas en manos de unas cuantas personas; se produce, en efecto, una acumulación de medios de producción en manos de una minoría y surge la posibilidad de que esta minoría sojuzgue a la mayoría y convierta a sus componentes en esclavos. Ya no existe el trabajo libre y en común de todos los miembros de la sociedad dentro del proceso de la producción, sino que impera el trabajo forzado de los esclavos, explotados por los esclavistas, que no trabajan. No existen, tampoco, por tanto, propiedad social sobre los medios de producción ni sobre los productos. La propiedad social es sustituida por la propiedad privada. El esclavista es el primero y fundamental propietario con plenitud de derechos.

Ricos y pobres, explotadores y explotados, hombres con plenitud de derechos y hombres privados totalmente de derechos; una furiosa lucha de clases entre unos y otros: tal es el cuadro que presenta el régimen de la esclavitud.

Bajo el régimen feudal, la base de las relaciones de producción es la propiedad del señor feudal sobre los medios de producción y su propiedad parcial sobre los productores, sobre los siervos, a quienes ya no puede matar, pero a quienes sí puede comprar y vender. A la par con la propiedad feudal existe la propiedad individual del campesino y el artesano sobre los instrumentos de producción y sobre su economía privada, basada en el trabajo personal. Estas relaciones de producción se hallan, fundamentalmente, en consonancia con el estado de las fuerzas productivas durante este período. El perfeccionamiento progresivo de la fundición y elaboración del hierro, la difusión del arado de hierro y el telar, los progresos de la agricultura, de la horticultura, de la viticultura y de la fabricación del aceite, la aparición de las primeras manufacturas junto a los talleres de artesanos: tales son los rasgos característicos del estado de las fuerzas productivas durante este período.

Las nuevas fuerzas productivas exigen que se deje al trabajador cierta iniciativa en la producción, que sienta cierta inclinación al trabajo y se halle interesado en él. Por eso, el señor feudal prescinde de los esclavos, que no sienten ningún interés por su trabajo ni ponen en él la menor iniciativa, y prefiere entendérselas con los siervos, que tienen su propia economía y sus herramientas propias y se hallan interesados por el trabajo en cierto grado, en la medida necesaria para trabajar la tierra y pagar al señor en especie, con una parte de la cosecha.

Durante este período, la propiedad privada hace nuevos progresos. La explotación sigue siendo casi tan rapaz como bajo la esclavitud, aunque un poco suavizada. La lucha de clases entre los explotadores y los explotados es el rasgo fundamental del feudalismo.

Bajo el régimen capitalista, la base de las relaciones de producción es la propiedad capitalista sobre los medios de producción y la inexistencia de propiedad sobre los productores, obreros asalariados, a quienes el capitalista no puede matar ni vender, pues se hallan exentos de los vínculos de sujeción personal, pero que carecen de medios de producción, por lo cual, para no morirse de hambre, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo al capitalista y a doblar la cerviz al yugo de la explotación. A la par con la propiedad capitalista sobre los medios de producción, existe y se halla en los primeros tiempos muy generalizada la propiedad privada del campesino y del artesano, libres de la servidumbre, sobre sus medios de producción, propiedad privada que está basada en el trabajo personal. En lugar de los talleres de los artesanos y las manufacturas, surgen las grandes fábricas y empresas dotadas de maquinaria. En lugar de las haciendas de los nobles, cultivadas con los primitivos instrumentos campesinos de producción, aparecen las grandes explotaciones agrícolas capitalistas, montadas a base de la técnica agraria y dotadas de maquinaria agrícola.

Las nuevas fuerzas productivas exigen trabajadores más cultos y más despiertos que los siervos, mantenidos en el embrutecimiento y la ignorancia: trabajadores capaces de entender y manejar las máquinas. Por eso, los capitalistas prefieren tratar con obreros asalariados, libres de las cadenas de la servidumbre y lo suficientemente cultos para saber manejar la maquinaria.

Pero, después de desarrollar las fuerzas productivas en proporciones gigantescas, el capitalismo se enreda en contradicciones insolubles para él. Al producir cada vez más mercancías y hacer bajar cada vez más sus precios, el capitalismo

agudiza la competencia, arruina a una masa de pequeños y medianos propietarios, los convierte en proletarios y rebaja su poder adquisitivo, con lo cual se hace imposible la venta de las mercancías producidas. Al dilatar la producción y concentrar en enormes fábricas y empresas industriales a millones de obreros, el capitalismo da al proceso de producción un carácter social y va minando con ello su propia base, ya que el carácter social del proceso de producción reclama la propiedad social sobre los medios de producción, mientras que la propiedad sobre los medios de producción sigue siendo una propiedad privada capitalista, incompatible con el carácter social que el proceso de producción presenta.

Estas contradicciones irreductibles entre el carácter de las fuerzas productivas y las relaciones de producción se manifiestan en las crisis periódicas de superproducción, en que los capitalistas, no encontrando compradores solventes, como consecuencia del empobrecimiento de la masa de la población, provocado por ellos mismos, se ven obligados a quemar los productos, a destruir las mercancías elaboradas, a paralizar la producción y a devastar las fuerzas productivas y en que millones de seres se ven condenados al paro forzoso y al hambre, no porque escaseen las mercancías, sino por todo lo contrario: por haberse producido en exceso.

Esto quiere decir que las relaciones capitalistas de producción ya no están en consonancia con el estado de las fuerzas productivas de la sociedad, sino que se hallan en irreductible contradicción con ellas.

Esto quiere decir que el capitalismo lleva en su entraña la revolución, una revolución que está llamada a suplantar la actual propiedad capitalista sobre los medios de producción por la propiedad socialista.

Esto quiere decir que el rasgo fundamental del régimen capitalista es la más encarnizada lucha de clases entre explotadores y explotados.

Bajo el régimen socialista, que hasta hoy sólo es una realidad en la URSS, la base de las relaciones de producción es la propiedad social sobre los medios de producción. Aquí, ya no hay explotadores ni explotados. Los productos creados se distribuyen con arreglo al trabajo, según el principio de «el que no trabaja, no come». Las relaciones mutuas entre los hombres dentro del proceso de producción tienen el carácter de relaciones de colaboración fraternal y de mutua ayuda socialista entre trabajadores libres de toda explotación. Las relaciones de producción se hallan en plena consonancia con el estado de las fuerzas productivas, pues el carácter social del proceso de producción es refrendado por la propiedad social sobre los medios de producción.

Por eso la producción socialista de la URSS no conoce las crisis periódicas de superproducción ni los absurdos que éstas acarrean.

Por eso, en la URSS, las fuerzas productivas se desarrollan con ritmo acelerado, ya que las relaciones de producción, al hallarse en consonancia con dichas fuerzas productivas, abren amplio cauce a este desarrollo.

Tal es el cuadro que presenta el desarrollo de las relaciones de producción entre los hombres, en el curso de la historia de la humanidad.

Tal es la relación de dependencia en que el desarrollo de las relaciones de producción se halla con respecto a desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, y en primer término con respecto al desarrollo de los instrumentos de producción, relación de dependencia por virtud de la cual los cambios y el desarrollo que experimentan las fuerzas productivas se traducen, más tarde o más temprano, en los cambios y el desarrollo congruentes de las relaciones de producción.

El uso y la creación de medios de trabajo[302] -dice Marx-, aunque en germen son ya inherentes a ciertas especies animales, caracterizan el proceso de trabajo específicamente humano, razón por la cual Franklin define al hombre como un animal que fabrica instrumentos. Y así como la estructura de los restos fósiles de huesos tiene una gran importancia para reconstruir la organización de especies animales desaparecidas, los vestigios de los antiguos medios de trabajo nos sirven para apreciar formaciones económicas de la sociedad ya desaparecidas. Lo que distingue a las épocas económicas unas de otras no es lo que se produce, sino cómo se produce… Los medios de trabajo no son solamente el barómetro del desarrollo de la fuerza de trabajo del hombre sino también el exponente de las relaciones sociales en que se trabaja» (C. Marx, «El Capital», t. I, pág. 189).

Y en otros pasajes:

«Las relaciones sociales están íntimamente vinculadas a las fuerzas productivas. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian de modo de producción y al cambiar el modo de producción, la manera de ganarse la vida, cambian todas las relaciones sociales. El molino movido a brazo nos da la sociedad de los señores (feudales, *J. St.*), el molino de vapor, la sociedad de los capitalistas industriales» (C. Marx, «Miseria de la Filosofía», ed. alem., Moscú, 1939, pág. 71).

«Existe un movimiento constante de incremento de las fuerzas productivas, de destrucción de las relaciones sociales y de formación de las ideas; lo único inmutable es la abstracción del movimiento» (Obra cit., pág. 72).

---

302 Por «medios de trabajo» entiende Marx, principalmente, los instrumentos de producción J. St.

Caracterizando el materialismo histórico, tal como se formula en el «Manifiesto del Partido Comunista», dice Engels:

«La producción económica y la estructura social que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica, constituyen la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época... Por tanto, toda la historia de la sociedad, desde la disolución del régimen primitivo de la propiedad comunal sobre el suelo, ha sido una historia de lucha de clases, de lucha entre clases explotadoras y explotadas dominantes y dominadas, en las diferentes fases del desarrollo social... Ahora, esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que le explota y le oprime (la burguesía), sin emancipar al mismo tiempo para siempre a la sociedad entera de la explotación, la opresión y la lucha de clases... » (Prólogo de Engels a la edición alemana de 1883, «Manifiesto del Partido Comunista»).

d) *La tercera característica* de la producción consiste en que las nuevas fuerzas productivas y las relaciones de producción congruentes con ella no surgen desligadas del viejo régimen, después de desaparecer éste, sino que se forman en el seno de él; se forman no como fruto de la acción premeditada y consciente del hombre, sino de un modo espontáneo, inconsciente, e independientemente de la voluntad de los hombres. Se forma de un modo espontáneo e independientemente de la voluntad de los hombres, por dos razones.

En primer lugar, porque los hombres no son libres para elegir tal o cual modo de producción, pues cada nueva generación, al entrar en la vida, se encuentra ya con un sistema establecido de fuerzas productivas y relaciones de producción, como fruto del trabajo de las pasadas generaciones, en vista de lo cual, si quiere tener la posibilidad de producir bienes materiales, no tiene, en los primeros tiempos, más remedio que aceptar el estado de cosas con que se encuentra dentro del campo de la producción y adaptarse a él.

En segundo lugar, porque, cuando perfecciona este o el otro instrumento de producción, este o el otro elemento de las fuerzas productivas, el hombre no sabe, no comprende, ni se le ocurre siquiera pensar en ello, qué consecuencias sociales puede acarrear su innovación, sino que piensa única y exclusivamente en su interés inmediato, en facilitar su trabajo y en obtener algún provecho inmediato y tangible para sí.

Cuando algunos de los miembros de la sociedad comunista primitiva empezaron a sustituir, paulatinamente y tanteando el terreno, las herramientas de piedra por las de hierro, ignoraban, naturalmente, y no paraban mientes en ello, que consecuencias *sociales* había de tener esta innovación, no sabían ni comprendían que el paso a las herramientas metálicas significaba un cambio radical en la producción, cambio que en fin de cuentas conduciría al régimen de la esclavitud: lo único que a ellos les interesaba era facilitar el trabajo y conseguir un provecho inmediato y sensible; su actuación consciente se limitaba al estrecho marco de esta ventaja tangible, de carácter personal.

Cuando dentro del período del régimen feudal, la joven burguesía europea comenzó a organizar, junto a los pequeños talleres gremiales de los artesanos, las grandes empresas manufactureras, imprimiendo con ello un avance a las fuerzas productivas de la sociedad, no sabía, naturalmente, ni paraba mientes en ello, qué consecuencias *sociales* había de acarrear esta innovación: no sabía ni comprendía que esta «pequeña» innovación conduciría a una reagrupación tal de las fuerzas sociales, que necesariamente desembocaría en la revolución, la cual iría dirigida contra el poder real, cuyas mercedes apreciaba tanto, y contra la nobleza, cuyo rango soñaban con escalar no pocos de sus mejores representantes; lo único que le preocupaba era abaratar la producción de mercancías, lanzar una cantidad mayor de artículos a los mercados de Asia y de la América recién descubierta, y obtener mayores ganancias; su actuación consciente se limitaba al estrecho marco de esta finalidad tangible.

Cuando los capitalistas rusos, juntamente con los capitalistas extranjeros, introdujeron en Rusia de un modo intensivo la moderna industria mecánica, dejando intacto el zarismo y entregando a los campesinos a la voracidad de los terratenientes, no sabían, naturalmente, ni paraban mientes en ello, qué consecuencias sociales había de acarrear este importante incremento de las fuerzas productivas: no sabían ni comprendían que este importante salto que se daba en el campo de las fuerzas productivas de la sociedad conduciría a una reagrupación tal de las fuerzas sociales, que daría al proletariado la posibilidad de unir con él a los campesinos y de llevar a cabo la revolución socialista victoriosa; lo único que ellos querían era incrementar hasta el máximo la producción industrial, dominar el gigantesco mercado interior del país, convertirse en monopolistas y sacar mayores ganancias de la economía nacional: la conciencia con que realizaban aquel acto no iba más allá del horizonte empírico y estrecho de sus intereses personales.

En relación con esto, dice Marx:

«En la producción social de su vida, (es decir en la producción de los bienes materiales necesarios para la vida de los hombres, *J. St.*), los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e

independientes[303] de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales» (Carlos Marx, Obras escogidas, t. I).

Esto significa, sin embargo, que los cambios ocurridos en las relaciones de producción y el paso de las viejas relaciones de producción a otras nuevas discurran lisa y llanamente, sin conflictos ni conmociones. Por el contrario, estos cambios revisten generalmente la forma de un derrocamiento revolucionario de las viejas relaciones de producción para dar paso a la instauración de otras nuevas. Hasta llegar a un cierto período, el desarrollo de las fuerzas productivas y los cambios que se operan en el campo de las relaciones de producción discurren de un modo espontáneo, independientemente de la voluntad de los hombres. Pero sólo hasta un determinado momento, hasta el momento en que las fuerzas productivas que surgen y se desarrollan logran madurar cumplidamente. Una vez que las nuevas fuerzas productivas están en sazón, las relaciones de producción existentes y sus representantes, las clases dominantes, se convierten en ese obstáculo «insuperable» que sólo puede eliminarse por medio de la actuación consciente de las nuevas clases, por medio de la acción violenta de estas clases, por medio de la revolución. Aquí se destaca con gran nitidez el *papel inmenso* de las nuevas ideas sociales, de las nuevas instituciones políticas, del nuevo Poder político, llamados a liquidar por la fuerza a las viejas relaciones de producción. Sobre la base del conflicto entre las nuevas fuerzas productivas y las viejas relaciones de producción, sobre la base de las nuevas exigencias económicas de la sociedad surgen nuevas ideas sociales; estas nuevas ideas organizan y movilizan a las masas, las masas se funden en un nuevo ejército político, crean un nuevo Poder revolucionario y utilizan este Poder para liquidar por la fuerza el viejo régimen establecido en el campo de las relaciones de producción y refrendar el régimen nuevo. El proceso espontáneo de desarrollo deja el puesto a la acción consciente del hombre, el desarrollo pacífico a la transformación violenta, la evolución a la revolución.

«En la lucha contra la burguesía -dice Marx-, el proletariado se constituye indefectiblemente en clase..., mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, destruye por la fuerza las viejas relaciones de producción» («Manifiesto del Partido Comunista»).

Y en otro lugar:

«El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía de todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible las fuerzas productivas» (Obra cit.).

«La violencia es la partera de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva» (Marx, «El Capital», t. II, pág. 788).

He aquí en qué términos formulaba Marx, con trazos geniales, la esencia del materialismo histórico, en el memorable «prólogo» escrito en 1859 para su famoso libro «Contribución a la crítica de la Economía Política»:

«En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona en general el proceso social, político y espiritual de la vida. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es el que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas transformaciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de transformación por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben

[303] Subrayado por mí. *J. St.*

dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando las condiciones materiales para su realización» (C. Marx, Obras escogidas, t, I, págs. 359-360, ed. alem.).

Tal es la concepción del materialismo marxista, en su aplicación a la vida social, en su aplicación a la historia de la sociedad.

Tales son los rasgos fundamentales del materialismo dialéctico y del materialismo histórico.

INFORME PRESENTADO AL XVIII CONGRESO DEL PARTIDO ACERCA DE LA ACTIVIDAD DEL CC DEL PC(b) DE LA URSS

10 de marzo de 1939[304]
(Extractos)

I. La situación internacional de la Unión Soviética

¡Camaradas! Han transcurrido cinco años desde el XVII Congreso del Partido. Período bastante largo, como ustedes pueden ver. Durante este tiempo se han producido importantes cambios en el mundo. Los Estados y los países, sus relaciones entre ellos, han cambiado totalmente en muchos aspectos.

Precisamente ¿qué cambios se han operado en la situación internacional? ¿Qué ha cambiado pues en la situación exterior e interior de nuestro país?

Para los países capitalistas, este período ha sido un período de graves perturbaciones, tanto en el terreno económico como en el político. En el terreno económico, estos años han sido años de depresión; luego, a partir de la segunda mitad de 1937, años de una nueva crisis económica, de una nueva caída de la industria en los Estados Unidos de América, en Inglaterra, en Francia, por consiguiente, años de nuevas complicaciones económicas. En el terreno político, estos años se han caracterizado por serios conflictos y perturbaciones políticas. Hace más de un año que se ha desencadenado la nueva guerra imperialista en un inmenso territorio, que va desde Shamghai a Gibraltar, englobando a más de 500 millones de hombres. El mapa de Europa, de África y de Asia está siendo cambiado por medios violentos. Todo el sistema llamado régimen de paz, establecido en la post-guerra, se ha visto remecido desde sus cimientos.

Para la Unión Soviética, por el contrario, han sido años de crecimiento y de prosperidad, años de un nuevo avance económico y cultural, años de un nuevo incremento de su potencial político y militar, años de lucha por el mantenimiento de la paz en todo el mundo.

Este es el cuadro general.

Examinemos los datos concretos relativos a los cambios acontecidos en la situación internacional.

1. Nueva crisis económica en los países capitalistas. Agravación de la lucha por los mercados, por las fuentes de materias primas, por un a nueva repartición del mundo.

La crisis económica, que había comenzado en los países capitalistas en la segunda mitad de 1929, duró hasta finales de 1933. Luego esta crisis se transformó en depresión, después comenzó una cierta animación, un cierto desarrollo en la industria. Pero esta animación industrial no se transformó en prosperidad como ocurre corrientemente en períodos de reactivación. Por el contrario, la segunda mitad de 1937 marcó el comienzo de una nueva crisis económica, que abarcó en primer lugar a los Estados Unidos de América, después a Inglaterra, Francia y a otra serie de países.

De esta manera, sin haberse recuperado de los golpes de la reciente crisis económica, los países capitalistas se encontraron ante una nueva crisis económica.

Esta circunstancia, naturalmente, ha conducido a un aumento del paro forzoso. El número de parados en los países capitalistas, que había disminuido de 30 millones en 1933 a 14 millones en 1937, ahora, con la nueva crisis, ha ascendido de nuevo a 18 millones.

La particularidad de la nueva crisis es que difiere mucho de la crisis precedente, y ello no para bien, sino para mal.

Primero, la nueva crisis no ha comenzado después de un período de prosperidad industrial, como fue el caso de 1929, sino después de una depresión seguida de una cierta reactivación que sin embargo no se transformó en prosperidad. Esto significa que la crisis actual será más grave, y que será más difícil de combatirla que la crisis precedente.

Además, la crisis actual no ha estallado en tiempos de paz, sino en un período en que la segunda guerra imperialista ya ha comenzado; cuando el Japón, que desde hace dos años está en guerra con China, desorganiza el inmenso mercado chino y lo

[304] El XVIII Congreso del PC(b) de la URSS se celebró en Moscú del 10 al 21 de marzo de 1939. En el informe acerca de la actividad del Comité Central del Partido, J. V. Stalin hizo un análisis de las etapas del desarrollo del estado socialista y advirtió la necesidad de fortalecer el Estado socialista soviético. El cumplimiento de las decisiones del XVIII Congreso del Partido desempeñó un gran papel en la preparación del país para la defensa activa, así como para derrotar a la Alemania hitleriana y el Japón imperialista.

hace casi inaccesible a las mercancías de los otros países; cuando Italia y Alemania han puesto sus respectivas economías nacionales sobre los rieles de la economía de guerra, volcando a este fin todas sus reservas de materias primas y de divisas oro; cuando todas las demás grandes potencias capitalistas comienzan a reorganizarse para la guerra. Esto significa que para salir normalmente de la crisis actual, el capitalismo dispondrá de muchas menos reservas que en la crisis precedente.

Por último, a diferencia de la crisis precedente, la crisis actual no es general; de momento, golpea sobre todo a los países fuertes desde el punto de vista económico, que todavía no se han metido en el camino de la economía de guerra. En lo que concierne a los países agresores tales como el Japón, Alemania e Italia, cuya economía ya está en pie de guerra, estos países, por el mismo hecho de que intensifican su industria de guerra, todavía no conocen la crisis de superproducción a la que sin embargo se aproximan. Esto significa que, cuando los países económicamente fuertes y no agresores comiencen a salir de la crisis, los países agresores, habiendo agotado en su fiebre guerrera sus reservas de oro y de materias primas, entrarán en un período de crisis atroz.

Esto es netamente ilustrado por los datos relativos al estado de las reservas de oro registradas en los países capitalistas.

Reservas de oro registradas en los países capitalistas (en millones de dólares oro viejos)

	Fines de 1936	Septiembre de 1938
Total de reservas	12.980	14.301
Estados Unidos	6.649	8.126
Inglaterra	2.029	2.396
Francia	1.769	1.435
Holanda	289	595
Bélgica	373	318
Suiza	387	407
Alemania	16	17
Italia	123	124
El Japón	273	97

Este cuadro demuestra que las reservas de oro de Alemania, de Italia y del Japón, tomadas en conjunto, son inferiores a las reservas de solo Suiza.

He aquí algunas cifras que ilustran el estado de la crisis de la industria en los países capitalistas durante los cinco últimos años, así como el desarrollo de la industria en la URSS

Volumen de la producción industrial en tantos por 100 respecto a 1929 (1929 = 100)

	1934	1935	1936	1937	1938
EE.UU.	66,4	75,6	88,1	92,2	72,0
Inglaterra	98,8	105,8	115,9	123,7	112,0
Francia	71,0	67,4	79,3	82,8	70,0
Italia	80,0	93,8	87,5	99,6	96,0
Alemania	79,8	94,0	106,3	117,2	125,0
El Japón.	128,7	141,8	151,1	170,8	165,0
URSS	238,3	293,4	382,3	424,0	477,0

Este cuadro demuestra que la Unión Soviética es el único país del mundo que ignora las crisis y en el que la industria progresa constantemente.

Este cuadro demuestra también que en los Estados Unidos, en Inglaterra y en Francia, ya ha comenzado y se desarrolla una grave crisis económica.

Este cuadro demuestra igualmente que en Italia y en el Japón, que habían colocado su economía nacional en los rieles de la economía de guerra antes que Alemania, ha comenzado desde 1938 un período de regresión industrial.

Este cuadro demuestra finalmente que en la industria de Alemania, país que ha reorganizado su economía para la guerra después de Italia y el Japón, hay todavía un cierto progreso, es cierto que poco sensible, pero de todos modos un progreso como se podía observar hasta estos últimos tiempos en el Japón e Italia.

Sin ninguna duda, a menos que ocurra algo imprevisto, la industria de Alemania tomará el camino de la regresión que siguen ya el Japón e Italia. En efecto, ¿qué significa encauzar la economía de un país por el camino de la economía de guerra? Significa orientar la industria en un sentido único, hacia la guerra; significa ampliar por todos los medios la producción de los objetos necesarios para la guerra, producción que no está ligada al consumo de la población; significa reducir al extremo la producción y sobre todo el abastecimiento del mercado con artículos de consumo; significa, por consiguiente, restringir el consumo de la población y poner el país frente a una crisis económica.

Tal es el cuadro concreto del movimiento de la nueva crisis económica en los países capitalistas.

Se sobreentiende que el giro desfavorable tomado por los asuntos económicos no podía dejar de acarrear una agravación de las relaciones entre las potencias. Ya la crisis precedente había revuelto, todas las cartas y llevado a una agravación de la lucha por los mercados, por las fuentes de materias primas. La conquista de Manchuria y del Norte de China por el Japón, la conquista de Abisinia por Italia, son otros tantos hechos que demuestran la agudeza de la lucha entre las potencias. La nueva crisis económica debía conducir y en efecto condujo a una nueva agravación de la lucha entre imperialistas. Esta vez ya no se trata ni de la competencia por los mercados, ni de la guerra comercial, ni del dumping. Desde hace tiempo, estos medios de lucha, han sido considerados insuficientes. Ahora se trata de repartir el mundo, las zonas de influencia, las colonias, recurriendo a la guerra.

Para justificar sus actos de agresión, el Japón

pretendía que, cuando se suscribió el acuerdo de las nueve potencias, no se le había dado lo que le correspondía, ni se le había permitido, extender su territorio a expensas de China, mientras que Inglaterra y Francia poseían inmensas colonias. Italia se acordó de que había salido perdiendo cuando se procedió el reparto del botín después de la primera guerra imperialista, y de que debía buscar una compensación a expensas de las zonas de influencia de Inglaterra y Francia. Alemania, gravemente dañada por la primera guerra imperialista y el tratado de Versalles, se juntó al Japón e Italia y exigió la extensión de su territorio en Europa, la restitución de colonias que le habían quitado los vencedores de la primera guerra imperialista.

Así se fue formando el bloque de los tres Estados agresores.

La cuestión de un nuevo reparto del mundo por medio de la guerra se inscribió en el orden del día.

2. Agravación de la situación política internacional, bancarrota del sistema de los tratados de paz de la post-guerra, inicio de una nueva guerra imperialista

He aquí los acontecimientos más importantes del período mencionado, que han marcado el comienzo de la nueva guerra imperialista. En 1935, Italia atacó Abisinia y la invadió. Durante el verano de 1936, Alemania e Italia emprendieron en España una intervención militar, en el curso de la cual Alemania se estableció en el norte de España y en el Marruecos español, e Italia en el Sur de España y en las islas Baleares. En 1937, después de ocupar Mamchuria, el Japón invadió el centro y el norte de China, ocupó Pekín, Tientsin, Shanghai; expulsó de la zona ocupada a sus competidores extranjeros. A comienzos de 1938, Alemania se anexó Austria, y en el otoño de 1938, la región de los Sudetes de Checoslovaquia. A fines de 1938, el Japón se apoderó de Cantón y, a inicios de 1939, de la isla de Hainán.

De este modo la guerra, que imperceptiblemente se había deslizado hacia los pueblos, englobó en su órbita a más de 500 millones de hombres y extendió la esfera de su acción sobre un inmenso territorio, desde Tientsín, Shanghai, y Cantón hasta Gibraltar, pasando por Abisinia.

Después de la primera guerra imperialista, los Estados vencedores, principalmente Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, crearon un nuevo régimen de relaciones entre los países, el régimen de paz de la post-guerra. Este régimen tenía por bases principales, en el Extremo Oriente, el acuerdo de las nueve potencias[305] y, en Europa, el tratado de Versalles[306] y toda otra serie de tratados. La Sociedad de las Naciones estaba llamada a arreglar las relaciones entre los países en el marco de este régimen, sobre la base de un frente único de Estados, sobre la base de la defensa colectiva de la seguridad de los Estados. Sin embargo, los tres Estados agresores y la nueva guerra imperialista desencadenada por ellos transtocaron de abajo arriba todo este sistema del régimen de paz de la post-guerra. El Japón hizo pedazos el acuerdo de las nueve potencias; Alemania e Italia, el tratado de Versalles. A fin de desatarse las manos, estos tres Estados se retiraron de la Sociedad de las Naciones.

La nueva guerra imperialista se convirtió en un hecho.

Pero no es tan fácil, en nuestra época, romper de un solo golpe los grillos y lanzarse directamente a la guerra, sin tener en cuenta toda suerte de tratados, sin contar con la opinión pública. Los hombres políticos burgueses lo saben bien. Los cabecillas fascistas también lo saben. Por eso, antes de lanzarse a la guerra, decidieron trabajar de un cierto modo a la opinión pública, es decir, inducirla al error, engañarla.

¿Un bloque militar de Alemania e Italia contra los intereses de Inglaterra y Francia en Europa? ¡Pero caramba, esto no es un bloque! «Nosotros» no tenemos ningún bloque militar. «Nosotros» no tenemos más que un inocente «eje Berlín-Roma», es decir una cierta fórmula geométrica del eje.

¿Un bloque militar de Alemania, Italia y el Japón contra los intereses de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia en el Extremo Oriente? ¡Jamás en la vida! «Nosotros» no tenemos ningún bloque militar.

---

[305] El tratado de las nueve potencias - tratado suscrito el 6 de febrero de 1922 por los gobiernos de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, el Japón, Italia, Bélgica, Holanda, Portugal y China en la Conferencia de Washington de 1921-1922. Este fue un tratado entre saqueadores imperialistas para la explotación de China y que en particular iba en beneficio de los imperialistas estadounidenses.

La Conferencia de Washington (1921-1922,) que se celebró después de la Primera Guerra Mundial, y en la que participaron una serie de países capitalistas, con el fin de repartirse las posesiones coloniales y las esferas de influencia en el Medio Oriente y en el Océano Pacífico estaba dirigida contra los intereses del Estado soviético, de China y contra el movimiento nacional de liberación de los pueblos de colonias y dependientes. La Conferencia fue convocada por iniciativa de los Estados Unidos y duró desde el 12 de noviembre de 1921 hasta el 6 de febrero de 1922.

[306] El Tratado de Paz de Versalles del año 1919 - Tratado con el cual se puso fin a la Primera Guerra Mundial de 1914-1918. El Tratado fue firmado el 28 de junio de 1919, por una parte, por los Estados Unidos, el Imperio Británico, Francia, Italia, el Japón y por otros 22 Estados que se unieron a ellos, y por la otra parte, por la Alemania derrotada.

El tratado de Paz de Versalles, este «tratado de rapaces y saqueadores» como lo ha denominado Lenin, era el reflejo de todas las contradicciones que sacudían al sistema capitalista y fomentó su posterior agudización. La solución de los problemas pendientes se hacía en base a transacciones a expensas de los intereses vitales de muchos pueblos.

La política de compromisos secretos con los agresores fascistas, de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, contribuyó a la bancarrota del Tratado de Paz de Versalles y al estallido de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

«Nosotros» lo más que tenemos es un inocente «triángulo Berlín-Roma-Tokio», es decir, un simple capricho para la geometría.

¿Una guerra contra los intereses de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos? ¡Patrañas! «Nosotros» hacemos la guerra al Komintern, y no a esos Estados. Si no nos creen, lean el «pacto antikomintern»[307] concluido entre Italia, Alemania y el Japón.

Es así como los señores agresores pensaban trabajar a la opinión pública, aunque no fue difícil ver que toda esta torpe comedia de camuflaje estaba cosida con hilo blanco. Puesto que sería ridículo buscar los «focos» del Komintern en los desiertos de Mongolia, en las montañas de Abisinia y en las matas del Marruecos español.

Pero la guerra es inexorable. No hay velos que puedan disimularla. Porque no hay «ejes», «triángulos» y «pactos antikomintern» capaces de enmascarar el hecho de que, durante este tiempo, el Japón ha conquistado un inmenso territorio en China; Italia - Abisinia; Alemania - Austria y la región de los Sudetes; Alemania Italia juntas - España. Todo ello contra los intereses de los Estados no agresores. La guerra es guerra; el bloque militar de los agresores, un bloque militar, y los agresores no dejan de ser agresores.

Lo característico de la nueva guerra imperialista es que aún no se ha convertido en una guerra universal, en una guerra mundial. Los Estados agresores hacen la guerra lesionando de todas las formas los intereses de los Estados no agresores y, en primer lugar, los de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos de América, que retroceden y se repliegan haciendo a los agresores concesión tras concesión.

Así, asistimos a una repartición declarada del mundo y de las zonas de influencia en detrimento de los intereses de los Estados no agresores, sin ninguna tentativa de resistencia, e incluso con una cierta complacencia por su parte.

Esto es increíble, pero es un hecho.

¿Cómo explicar este carácter unilateral y extraño de la nueva guerra imperialista?

¿Cómo ha podido suceder que los Estados no agresores que disponen de vastas posibilidades, hayan renunciado con esta facilidad y sin resistencia a sus posiciones y a sus compromisos para satisfacer a los agresores?

¿La razón estará en la debilidad de los Estados no agresores? ¡Evidentemente que no! Los Estados democráticos, no agresores, tomados en conjunto, son incontestablemente más fuertes que los Estados fascistas tanto desde el punto de vista económico como del militar.

¿Cómo explicar entonces las concesiones que estos Estados hacen sistemáticamente a los agresores?

Se podría explicar la cosa, por ejemplo, por el temor a la revolución, que puede estallar si los Estados no agresores entran en guerra, y si la guerra se convierte en mundial. Los políticos burgueses, naturalmente, saben que la primera guerra imperialista mundial condujo a la victoria de la revolución en uno de los países más grandes. Temen que la segunda guerra imperialista mundial conduzca también a la victoria de la revolución en uno o varios países.

Pero de momento, este no es el único motivo, ni tampoco el motivo principal. El principal motivo, es que la mayoría de los países no agresores y, en primer lugar, Inglaterra y Francia, han renunciado a la política de seguridad colectiva, a la política de resistencia colectiva a los agresores; es que estos países se han pasado a las posiciones de la no intervención, de la «neutralidad».

Formalmente se podría caracterizar la política de no intervención de la siguiente manera: «Que cada país se defienda contra los agresores, como quiera y como pueda, esto no nos interesa; nosotros comerciaremos tanto con los agresores como con sus víctimas». Pero, en realidad, la política de no intervención significa alentar la agresión, desencadenar la guerra, y, por consiguiente, transformarla en guerra mundial. La política de no intervención revela la voluntad, el deseo de no estorbar a los agresores en su sucio trabajo, de no impedir, por ejemplo, que el Japón se trabe en una guerra con China y mejor aún con la Unión Soviética; de no impedir, por ejemplo, que Alemania o se inmiscuya en los asuntos europeos, se meta en una guerra con la Unión Soviética; de dejar que los países beligerantes se suman profundamente en el lodazal de la guerra; de incitarles bajo mano; de dejarlos debilitarse y agotarse mutuamente. Y después, cuando estén suficientemente debilitados, de entrar en escena con las fuerzas frescas, de intervenir, naturalmente «en interés de la paz», y de dictar sus condiciones a los países beligerantes debilitados.

¡Esto es imposible!

Tomemos, por ejemplo, el Japón. Cosa característica: antes de que invadiese el norte de

[307] «El Pacto anti-komintern» - Pacto concluido el 25 de noviembre de 1936 en Berlín entre Alemania y el Japón. Con este Pacto tomó cuerpo el bloque de estos estados fascistas, que luchaban por establecer su hegemonía en el mundo, contra la libertad e independencia de los pueblos, contra las fuerzas progresistas y la democracia. El 6 de noviembre de 1937 Italia se unió al "Pacto anti-komintern»: así fue concluida la alianza política y militar entre Alemania, Italia y el Japón. Este bloque compuesto por los tres estados imperialistas agresivos de aquel tiempo, fue fundado con el apoyo activo y la ayuda directa de los círculos dominantes de Inglaterra, Francia y de los Estados Unidos que mantenían una política de incitación a la agresión contra la URSS
La victoria lograda por los pueblos amantes de la paz, sobre la Alemania fascista y el Japón imperialista, destruyó los planes de los saqueadores, de los instigadores imperialistas del «Pacto anti-komintern», de los inspiradores y los que les apoyaban de los círculos dominantes de las potencias occidentales.

China, todos los periódicos franceses e ingleses influyentes proclamaban ruidosamente que China era débil, incapaz de resistir; que el Japón podría, con su ejército, subyugar a China en dos o tres meses. Luego, los políticos de Europa y Norteamérica se pusieron a esperar, a observar. Cuando más tarde el Japón hubo desarrollado sus operaciones militares, se le cedió Shanghai, el corazón del capital extranjero en China. Se le cedió Cantón, centro de la influencia exclusiva de Inglaterra en China Meridional, se le cedió Hainán; se le dejó cercar Hong-Kong. ¿No es verdad que todo esto semeja a un estímulo del agresor? Dicho de otro modo, es como decirle: penetra más a fondo en la guerra, y después ya se verá.

O bien tomemos Alemania. Se le cedió Austria no obstante el compromiso de defender su independencia; se le cedió la región de los Sudetes; se abandonó a su suerte a Checoslovaquia violando todos los compromisos asumidos respecto a ella. Luego, se pusieron a mentir ruidosamente ,en la prensa acerca de la «debilidad del ejército ruso», de la «descomposición de la aviación rusa», de los «desórdenes» en la Unión Soviética, incitando a los alemanes a adentrarse más al Este, prometiéndoles una presa fácil y diciéndoles: Comiencen sólo la guerra con los bolcheviques, que en cuanto al resto todo irá bien. Debe reconocerse que esto también semeja mucho a una incitación, a un aliento al agresor.

Es característico el ruido que la prensa anglo-francesa y norteamericana ha hecho acerca de la Ucrania Soviética. Los representantes de esta prensa han gritado hasta enronquecer que los alemanes marchaban sobre la Ucrania Soviética, que tenían entre manos lo que ellos llaman la Ucrania Carpática con una población de casi 700.000 habitantes; que a más tardar en la primavera de este año, unirán la Ucrania Soviética, que cuenta con más de 30 millones de habitantes, con la que llaman Ucrania Carpática. Parece ser que este sospechoso ruido se ha hecho con el objetivo de exitar el furor de la Unión Soviética contra Alemania, envenenar la atmósfera y provocar un conflicto con Alemania, sin razón aparente.

Ciertamente, es muy posible que en Alemania haya locos que sueñen con juntar el elefante, es decir la Ucrania Soviética con el mosquito, es decir, con la que ellos llaman Ucrania Carpática. Y si realmente allí hay tales desequilibrados, se puede estar seguro de que en nuestro país se encontrarán camisas de fuerza en cantidad suficiente para estos alineados. Pero si se deja de lado a los alineados y se trata con la gente normal, ¿no está claro que sería ridículo y estúpido hablar seriamente de la unión de la Ucrania Soviética con lo que se llama Ucrania Carpática? Imagínense. El mosquito se coloca frente al elefante, y con los puños sobre las caderas, le dice: «¡Ah!, mi querido hermano, cuánto lo siento por ti... Tú te encuentras sin terratenientes, sin capitalistas, sin opresión nacional, sin jerarcas fascistas, esto no es vida... Te miro, y no puedo dejar de decirte: tu única salvación está en unirte a mí... Entonces, manos a la obra: Te permito unir tu pequeño territorio con mi inmenso territorio...»

Un hecho todavía más característico: ciertos políticos y representantes de la prensa de Europa y de los Estados Unidos, habiendo perdido la paciencia esperando la «campaña contra la Ucrania Soviética», comienzan a descubrir ellos mismos los entre bastidores de la política de no intervención. Hablan abiertamente y escriben en negro sobre blanco que los alemanes les han «engañado» cruelmente, porque, en vez de ir más lejos hacia el Este, contra la Unión Soviética, se han vuelto fíjense, hacia el Oeste y reclaman colonias. Se podría pensar que se ha entregado a los alemanes las regiones de Checoslovaquia como precio del compromiso de comenzar la guerra contra la Unión Soviética; que los alemanes rehúsan ahora pagar la letra de cambio, y mandan a paseo a los suscritores.

Estoy lejos de querer moralizar sobre la política de no intervención, de hablar de traición, de felonía, etc. Sería pueril hacer moral a gentes que no reconocen la moral humana. La política es la política, como dicen los viejos y expertos diplomáticos burgueses. Sin embargo, es necesario remarcar que el grande y peligroso juego político, comenzado por los partidarios de la política de no intervención, podría terminar para ellos en un grave fracaso.

Este es el verdadero panorama de la política de no intervención que impera hoy.

Esto es la situación política en los países capitalistas.

3. La Unión Soviética y los países capitalistas

La guerra ha creado una nueva situación en las relaciones entre países. Ha hecho reinar una atmósfera de alarma y de incertidumbre. Después de haber remecido los cimientos del régimen de paz de la post-guerra y echar abajo las nociones más elementales del derecho internacional, la guerra ha puesto en tela de juicio el valor de los tratados y de los compromisos internacionales. El pacifismo y los proyectos de desarme han sido enterrados, y substituidos por la fiebre de los armamentos. Todos han comenzado a armarse, tanto los pequeños Estados como los grandes, incluidos ante todo los que practican la política de no intervención. Ya nadie cree en los discursos untosos pretendiendo que los concesiones muniguesas a los agresores y el acuerdo de Munich[308] habrían inaugurado una nueva era de

[308] El Tratado de Munich - Tratado firmado en septiembre de 1938 por el primer ministro de Inglaterra N. Chamberlain, el Primer ministro de Francia, E. Daladie, el dictador fascista de Alemania, A. Hitler y por el dictador fascista de Italia B.

«apaciguamiento». Ni siquiera los participantes en el acuerdo de Munich, Inglaterra y Francia, les creen; y estos al igual que los demás están reforzando sus armamentos.

Se comprende que la URSS no podría cruzarse de brazos frente a estos acontecimientos preñados de amenazas. Es cierto que una guerra, incluso poco extendida, comenzada por los agresores en cualquier punto perdido del globo, representa un peligro para los países amantes de la paz. Tanto más serio es el peligro que representa la nueva guerra imperialista, que ya ha arrastrado a su órbita a más de quinientos millones de hombres de Asia, África y Europa. Por eso, nuestro país, practicando con perseverancia la política de mantener la paz, ha desarrollado una intensa actividad a fin de acrecentar la capacidad combativa de nuestro Ejército Rojo y de nuestra Marina Roja.

Al mismo tiempo, la Unión Soviética ha tomado algunas medidas para consolidar sus posiciones internacionales. Hacia finales de 1934, nuestro país ha entrado en la Sociedad de las Naciones, estimando que ella podría servir también, no obstante su debilidad, de tribuna para desenmascarar a los agresores; que ella podría servir, asimismo aunque débilmente, de instrumento de paz y para frenar el estallido de la guerra.

La Unión Soviética estima que en un tiempo tan agitado, incluso una organización internacional tan débil como la Sociedad de las Naciones no es de desdeñar. En mayo de 1935, entre Francia y la Unión Soviética se firmó un pacto de asistencia mutua contra una eventual agresión. Al mismo tiempo un pacto análogo fue concluido con Checoslovaquia. En marzo de 1936, la Unión Soviética firmó un pacto de asistencia mutua con la República Popular de Mongolia. En agosto de 1937, fue subscrito un pacto de no agresión entre la Unión Soviética y la República de China.

En estas difíciles condiciones internacionales la Unión Soviética ha practicado su política exterior, en defensa de la causa de la paz.

La política exterior de la Unión Soviética es clara, comprensible:

1. Estamos por la paz y la consolidación de nuestras relaciones comerciales con todos los países; nos atenemos y seguiremos ateniéndonos a esta posición durante todo el tiempo que esos países observen la misma actitud hacia la Unión Soviética, durante todo el tiempo que no busquen atentar contra los intereses de nuestro país.

2. Estamos por las relaciones pacíficas estrechas y de buena vecindad con todos los países vecinos, que tienen una frontera común con la URSS; nos atenemos y seguiremos ateniéndonos a esta posición durante todo el tiempo que esos países observen la misma actitud hacia la Unión Soviética, durante todo el tiempo que no busquen atentar, directa o indirectamente, contra la integridad y la inviolabilidad de las fronteras del Estado Soviético.

3. Estamos por el sostén de los pueblos víctimas de una agresión y que luchan por la independencia de su patria.

4. No tememos las amenazas de los agresores y estamos dispuestos a responder con un doble golpe al golpe de los desencadenadores de la guerra que intentan violar las fronteras soviéticas.

Tal es la política exterior de la Unión Soviética.

En su política exterior, la Unión Soviética se apoya:

1. En su creciente potencial económico, político y cultural;

2. en la unidad política y moral de nuestra sociedad soviética;

3. en la amistad que une a los pueblos de nuestro país;

4. en su Ejército Rojo y su Marina Roja;

5. en su política de paz;

6. en el apoyo moral de los trabajadores del mundo entero, que tienen un interés vital en el mantenimiento de la paz;

7. en la cordura de los países que no están interesados, por una u otra razón, en que se viole la paz.

* * *

Las tareas del Partido en materia de política exterior son:

1. Continuar siempre la política de paz y de consolidación de las relaciones comerciales con todos los países;

2. mostrarse prudente y no permitir a los provocadores de la guerra, acostumbrados a sacar las castañas del fuego con las manos de otros, arrastrar a nuestro país a este conflicto;

3. aumentar por todos los medios la potencia combativa de nuestro Ejército Rojo y de nuestra Marina Roja;

4. estrechar los lazos internacionales de amistad con los trabajadores de todos los países, interesados en la salvaguardia de la paz y de la amistad entre los pueblos.

Musolini. Este Tratado dio forma a la transacción preparada, ya hacía tiempo, para el desmembramiento de Checoslovaquia. Detrás de los círculos dominantes de Inglaterra Y de Francia estaban los círculos monopolistas de los Estados Unidos. El Tratado de Munich fue el punto crítico de la política de «no intervención» con sus planes para la creación de un único frente imperialista contra la URSS.

El Tratado de Munich apresuró el estallido de la Segunda Guerra Mundial en los años 1939-1945 entre los principales estados capitalistas. A pesar de los esfuerzos de las potencias occidentales para lanzar a la Alemania hitleriana contra la Unión Soviética; Alemania entró en la guerra con el fin de dominar el mundo y primero lanzó sus fuerzas contra el bloque anglo-franco-norteamericano. Cuando la Alemania fascista atacó a la Unión Soviética, el bloque anglo-franco-norteamericano se vió obligado a formar una coalición con la URSS en contra de la Alemania fascista.

III. El reforzamiento continuo del PC(b) de la URSS

Desde el punto de vista de la línea política y del trabajo práctico cotidiano, el período que tratamos marca la victoria completa de la línea general de nuestro Partido.

La afirmación del sistema socialista en toda la economía nacional, la conclusión de la reconstrucción de la industria y de la agricultura sobre la base de una técnica nueva, la realización antes del plazo del segundo plan quinquenal en la industria, el incremento de la producción anual de cereales hasta los 7 mil millones de libras, la supresión de la miseria y del paro forzoso, así como el mejoramiento de la situación material y cultural del pueblo: tales son las principales realizaciones que ilustran la justa política de nuestro Partido, su justa dirección.

Frente a estas grandiosas realizaciones, los adversarios de la línea general de nuestro Partido, todas esas corrientes de «izquierda» y de «derecha», todos esos degenerados trotskista-piataikovistas y bujarino-rikovistas, se han visto obligados a encogerse, a ocultar sus trilladas «plataformas» y a pasar a la acción clandestina. No teniendo el coraje de someterse a la voluntad del pueblo, han preferido fusionarse con los mencheviques, los social-revolucionarios, los fascistas, ponerse a sueldo de los servicios de espionaje extranjeros, hacerse contratar como espías y asumir la tarea de ayudar a los enemigos de la Unión Soviética a desmembrar nuestro país, y restablecer la esclavitud capitalista.

Tal es el fin sin gloria de los adversarios de la línea de nuestro Partido, que se han convertido después en enemigos del pueblo.

Habiendo aplastado a los enemigos del pueblo, habiendo expulsado de las organizaciones del Partido y de las instituciones soviéticas a los elementos degenerados, el Partido se ha unido todavía más en su trabajo político y de organización; ha cerrado más estrechamente sus filas en torno a su Comité Central.

Examinemos los datos concretos relativos al desarrollo de la vida interna del Partido, a su trabajo de organización y de propaganda durante el período que tratamos.

1. Medidas tomadas para mejorar la composición del partido. División de las organizaciones demasiado grandes. Aproximación de los organismos dirigentes al trabajo de la base.

El reforzamiento del Partido y de sus organismos dirigentes, en el curso del período que analizamos, ha seguido dos líneas principales: la línea tendente a arreglar la composición del Partido, a eliminar a los miembros pocos seguros y a escoger los mejores, y la línea consistente en dividir las organizaciones demasiado grandes, en reducir las proporciones y en aproximar los organismos dirigentes al trabajo de la base, al trabajo práctico, concreto.

En el XVII Congreso estuvieron representados 1.874.488 miembros del Partido. Si se compara esta cifra con la de los miembros del Partido representados en el XVI Congreso, resulta que, en el período comprendido entre el XVI y el XVII Congreso, ingresaron en el Partido 600.000 nuevos miembros. El Partido no podía dejar de advertir que una afluencia tan grande de adherentes en las condiciones de 1930 a 1933, era un crecimiento malsano e indeseable de sus efectivos. El Partido sabía que en sus filas entraban no sólo hombres honestos y abnegados, sino también elementos venidos por casualidad, y también carreristas que querían utilizar la bandera del Partido con un fin personal. El Partido no podía dejar de saber que es fuerte no sólo por el número, sino ante todo por la calidad de sus adherentes. Por lo tanto, la cuestión que se plantea es, arreglar la composición del Partido. Se decide continuar la depuración del Partido, -miembros y candidatos- iniciada en 1933, y fue prolongada efectivamente hasta el mes de mayo de 1935. Se decide después suspender la admisión de nuevos miembros, en el Partido, y de hecho fue suspendida hasta septiembre de 1936; la admisión de nuevos miembros fue reanudada sólo el 1º de noviembre de 1936. Después del cobarde asesinato del camarada Kirov, testimonio de que en el Partido había un buen número de elementos sospechosos, se decidió proceder a la verificación y al canje de documentos del Partido; estas dos tareas fueron concluidas sólo en septiembre de 1936. Es solamente entonces cuando se reanuda la adhesión de nuevos miembros y de candidatos. Estas medidas han permitido al Partido expulsar de sus filas a los elementos venidos por casualidad, a los elementos pasivos, carreristas y abiertamente hostiles, conservar a los miembros más seguros, más abnegados. No se puede decir que la depuración haya sido efectuada sin graves errores. Desgraciadamente, fueron más numerosos de lo que habría podido suponerse. No hay duda de que ya no tendremos la necesidad de emplear el método de la depuración masiva. Pero la depuración de 1933-1936 era inevitable; y en general, ha dado resultados positivos. En este XVIII Congreso están representados alrededor de 1.600.000 miembros del Partido, o sea 270.000 miembros menos que en el XVII Congreso. Pero en esto no hay nada de malo. Al contrario, esto es bueno, porque el Partido se refuerza depurándose de la basura. Nuestro Partido es ahora un poco menos numeroso, pero en cambio es mejor por la calidad de sus efectivos.

Se trata de un gran éxito.

En lo que concierne al mejoramiento de la dirección cotidiana asegurada por el Partido, en el sentido de una aproximación al trabajo de la base, en el sentido de una concretización ulterior, el Partido

ha llegado a esta conclusión de que dividir las organizaciones demasiado grandes, reducir sus proporciones, era el mejor medio de ayudar a los organismos del Partido a dirigir esas organizaciones y hacer la propia dirección concreta, dinámica, rápida. Se ha dividido también tanto los comisariados del pueblo como los organismos administrativos territoriales, es decir las Repúblicas federadas, los territorios, las regiones, las zonas, etc. Como consecuencia de las medidas tomadas, en lugar de 7 Repúblicas federadas actualmente contamos con 11; en vez de 14 Comisariados del Pueblo de la URSS, 34; en lugar de 70 territorios y regiones, 110; en vez de 2.559 zonas urbanas y rurales, 3.815. Así, en el sistema de los organismos dirigentes del Partido, tenemos ahora 11 Comités Centrales con el CC del PC(b) de la URSS a la cabeza, 6 comités de territorio, 104 comités de región, 30 comités de distrito, 212 comités de ciudad, 336 comités de zona urbana, 3.479 comités de zona rural y 113.060 organizaciones de base del Partido.

No se podría decir que la división de las organizaciones haya concluido. Es muy probable que sea continuada. Como quiera que sea, ya ha dado buenos resultados, tanto desde el punto de vista del mejoramiento de la dirección cotidiana del trabajo, como desde el punto de vista de la aproximación de la propia dirección al trabajo concreto de la base. Y no hablo del hecho de que la división de las organizaciones demasiado grandes ha permitido promover a centenares y miles de hombres nuevos a puestos de dirección.

Esto también es un gran éxito.

2. La selección de los cuadros, su promoción, su distribución

Arreglar la composición del Partido y aproximar los organismos dirigentes al trabajo concreto de la base, no era ni podía ser el único medio para proseguir el reforzamiento del Partido y de su dirección. Otro medio de afirmar el Partido, durante el período que analizamos, ha sido el mejoramiento radical del trabajo con los cuadros: selección de los cuadros, promoción, distribución y verificación en el curso del trabajo.

Los cuadros del Partido componen el cuerpo de mando del Partido. Y puesto que nuestro Partido está en el poder, estos cuadros forman también el cuerpo de mando de los organismos dirigentes del Estado. Después de que ha sido establecida, una línea política justa, comprobada en la práctica, los cuadros del Partido vienen a ser la fuerza decisiva de la dirección en el Partido y en el Estado. Tener una línea política justa es evidentemente lo primero, y lo más importante. Pero esto no basta. Una línea política justa no es hecha para ser simplemente proclamada, sino también para ser aplicada. Pero, para aplicar prácticamente una justa línea política, se precisan cuadros, se precisan hombres que comprendan la línea política del Partido; que la conciban como su propia línea y estén dispuestos a aplicarla; que sepan llevarla a la práctica y sean capaces de responder de ella, de defenderla, de luchar por ella. De otro modo la línea política justa corre el riesgo de quedarse en el papel.

Aquí se plantea la cuestión de la justa selección de los cuadros, de su formación, de la promoción de los hombres nuevos, de la correcta distribución de los cuadros y de su verificación después del trabajo realizado.

¿Qué significa hacer una justa selección de los cuadros?

Hacer una justa selección de los cuadros, no significa rodearse de adjuntos, de suplentes, montar una cancillería y lanzar, desde allí, toda suerte de directrices. Tampoco abusar de tu poder, desplazar sin motivo ni razón a decenas y centenas de personas, de un lugar a otro y viceversa, y proceder a las interminables «reorganizaciones».

Hacer una justa selección de los cuadros, significa:

Primero, considerar a los cuadros como la reserva de oro del Partido y del Estado, prestarles gran atención, tenerles estimación.

Segundo, conocer a los cuadros, estudiar minuciosamente las cualidades y los defectos de cada uno de los militantes, saber en qué puesto tal militante puede desarrollar mejor sus capacidades.

Tercero, formar con solicitud a los cuadros, ayudar a cada militante en vías de progreso a elevarse; no tener miedo de «perder el tiempo» con estos camaradas para acelerar su preparación.

Cuarto, promover, sin temor, y a su debido tiempo, a los nuevos, a los cuadros jóvenes, no dejarlos demasiado tiempo en el mismo puesto y no dejar que se enmohezcan.

Quinto, distribuir a los militantes en los diferentes puestos de manera que cada uno se sienta en su lugar; que cada uno pueda dar a nuestra causa común el máximo de lo que sus cualidades personales le permiten dar; de manera que la orientación general del trabajo de distribución de los cuadros responda enteramente a las necesidades de la línea política, cuya aplicación dicta esta distribución.

Lo que importa aquí, sobre todo, es promover sin temor y en el momento oportuno a los nuevos, a los cuadros jóvenes. Pienso que nuestros militantes todavía no tienen enteramente clara esta cuestión. Unos consideran que en la selección de los hombres hay que orientarse sobre todo por los cuadros viejos. Otros, por el contrario, piensan que debemos orientarnos principalmente por los cuadros jóvenes. Me parece que los unos y los otros se equivocan. Los cuadros viejos representan evidentemente una gran riqueza para el Partido y el Estado. Ellos poseen lo que los jóvenes no tienen: una experiencia

considerable en materia de dirección, una sólida formación marxista-leninista, el conocimiento de su trabajo, la fuerza de orientación. Pero, en primer lugar, cada vez hay menos cuadros viejos, menos de lo debido, y comienzan en parte a dejar las filas como consecuencia de las leyes de la naturaleza. En segundo lugar, una parte de los cuadros viejos se inclina algunas veces a mirar obstinadamente atrás, a permanecer en el pasado, a atenerse a las cosas viejas y no a fijarse en lo que hay de nuevo en la vida. Esto es la pérdida del sentimiento de lo nuevo. Defecto muy grave, peligroso. En lo que concierne a los cuadros jóvenes, no tienen evidentemente esta experiencia, esta sólida formación, este conocimiento del trabajo y esta fuerza de orientación que poseen los cuadros viejos. Pero, primero, los cuadros jóvenes forman la inmensa mayoría; segundo, son jóvenes y por el momento no hay peligro de que dejen las filas; tercero, el sentimiento de lo nuevo, valiosa cualidad de todo militante bolchevique, está fuertemente desarrollado en los jóvenes; cuarto, los jóvenes crecen y se instruyen tan rápido, se elevan con tanto ímpetu, que no está lejano el día en que alcanzarán a los viejos, se colocarán a su lado y serán un digno relevo de ellos. Por consiguiente, no se trata de que nos orientemos por los cuadros viejos o por los nuevos, sino que nos dediquemos a combinar, a fundir los viejos y los nuevos cuadros para formar una sola orquesta del trabajo dirigente del Partido y del Estado.

He aquí porque es necesario llevar sin temor y a su debido tiempo a los jóvenes cuadros a los puestos de dirección.

Durante el período transcurrido, una de las importantes realizaciones del Partido en lo que concierne al reforzamiento de su dirección, es que ha sabido, seleccionando los cuadros, fundir y combinar con éxito, desde la base al vértice, a los viejos y los jóvenes militantes.

El Comité Central del Partido dispone de datos que muestran que, durante el período transcurrido, el Partido ha sabido llevar a los puestos de dirección, a los organismos del Estado y del Partido a más de 500.000 jóvenes bolcheviques, miembros del Partido o próximos al Partido, dé los cuales más del 20% son mujeres.

¿Cuál es la tarea en el presente?

Es la de centralizar la selección de los cuadros, desde la base hasta el vértice, y de elevar este trabajo al nivel requerido, al nivel científico, bolchevique.

Por ello debe ponerse fin al sistema que consiste en confiar el estudio, la promoción y la selección de los cuadros a múltiples servicios y sectores, y concentrar este trabajo en un solo punto.

Este centro será la Dirección de Cuadros adjunta al CC del PC(b) de la URSS, un servicio de cuadros será creado en cada organización de Partido de República, de territorio y de región.

3. La propaganda del partido. La educación marxista-leninista de los miembros y de los cuadros del partido.

Existe otro terreno del trabajo, muy importante y de mucha responsabilidad, que, durante el período transcurrido, ha contribuido a la consolidación del Partido y de sus organismos dirigentes: es la propaganda y la agitación, oral y escrita, la educación de los miembros y de los cuadros del Partido en el espíritu del marxismo-leninismo, el trabajo destinado a elevar el nivel político y teórico del Partido y de sus militantes.

No es necesario extenderse sobre la importancia extrema de la propaganda del Partido, de la educación marxista-leninista de nuestros militantes. No me refiero solamente a los militantes del aparato del Partido. Hablo también de los militantes de las organizaciones de la Juventud Comunista, de las organizaciones sindicales, comerciales, cooperativas, económicas, públicas, educativas, militares y otras. Se puede, de una manera satisfactoria, arreglar el problema de la composición del Partido y aproximar los organismos dirigentes al trabajo de la base; se puede organizar de una manera satisfactoria la promoción de los cuadros, su selección, su distribución; pero si, con todo esto, nuestra propaganda del Partido comienza a cojear por una u otra razón, si el trabajo de educación marxista-leninista de nuestros cuadros comienza a debilitarse, si nuestro trabajo por elevar el nivel político y teórico de estos cuadros flaquea y si, por lo tanto, los mismos cuadros dejan de interesarse por las perspectivas de nuestra marcha hacia adelante, cesan de comprender lo bien fundado de nuestra causa y se transforman en vulgares practicistas sin perspectivas, que ejecutan ciega y mecánicamente las directrices de arriba, todo nuestro trabajo del Estado y del Partido necesariamente debe debilitarse. Hay que reconocer, como un axioma, que cuanto más elevados son el nivel político y la candencia marxista-leninista de los militantes ocupados en cualquier terreno que sea del trabajo del Estado y del Partido, tanto más elevado y fecundo es el mismo trabajo, tanto más tangibles son los resultados; al contrario, cuanto más bajo son el nivel político y la conciencia marxista-leninista de los militantes, tanto más probables son las lagunas y los fracasos en el trabajo, tanto más probables son la decadencia, la transformación de los propios militantes en practicistas que se ocupan de minucias, tanto más probable es su degeneración. Se puede decir con certeza que si consiguiéramos formar ideológicamente a nuestros cuadros en todos los terrenos del trabajo, y templarlos políticamente de modo que puedan orientarse fácilmente en la situación interna e internacional, si lográramos hacer de ellos marxista-leninistas perfectamente maduros,

capaces de resolver, sin cometer faltas graves, los problemas de dirección del país tendríamos todas las razones para considerar que las nueve décimas partes de todos nuestros problemas ya han sido resueltos. Podemos naturalmente resolver este problema, tenemos para ello todos los medios y todas las posibilidades.

Por lo general, la educación, la formación de los cuadros jóvenes en nuestro país se hace según las ramas científicas y técnicas, por especialidades. Esto es indispensable y útil. No hay necesidad de que un especialista en medicina sea al mismo tiempo especialista en física o en botánica, y viceversa. Pero, hay una rama que deben conocer absolutamente los bolcheviques que trabajan en todos los dominios de la ciencia: se trata de la ciencia marxista-leninista de la sociedad, de las leyes del desarrollo de la sociedad, de las leyes del desarrollo de la revolución proletaria, de las leyes del desarrollo de la edificación socialista, de la victoria del comunismo. En efecto, no podría considerarse como un verdadero leninista aquel que, diciéndose leninista, se limita a su especialidad, por ejemplo en las matemáticas, la botánica o la química, que no ve otra cosa que su especialidad. Un leninista no puede ser únicamente un especialista en la ciencia que ha escogido; debe ser al mismo tiempo un hombre político, un hombre público que se interesa vivamente por los destinos de su país, que conoce las leyes del desarrollo social, que sabe inspirarse en estas leyes y hace esfuerzos por tomar parte activa en la dirección política del país. Esto será, evidentemente, un trabajo suplementario para los especialistas bolcheviques. Pero más tarde, esta sobrecarga de trabajo compensará con creces los esfuerzos hechos.

La propaganda del Partido, la educación marxista-leninista de los cuadros, tiene por tarea de ayudar a nuestros cuadros en todas las ramas de la actividad a asimilar la ciencia marxista-leninista de las leyes del desarrollo de la sociedad.

Las medidas a tomar para mejorar la propaganda y la educación marxista-leninista de los cuadros han sido examinadas por el CC del PC(b) de la URSS, con la participación de los propagandistas de las diferentes organizaciones regionales del Partido. Se ha hecho constancia de la aparición del «Curso abreviado de la historia del PC(b) de la URSS» en septiembre de 1938. Se ha observado que la aparición del «Curso abreviado de la historia del PC(b) de la URSS», da una nueva amplitud a la propaganda marxista-leninista en nuestro país. Los resultados del trabajo del Comité Central han sido publicados en su decisión conocida como «Sobre la Organización de la propaganda del Partido relativa a la publicación del Curso Abreviado de la Historia del PC(b) de la URSS»

Partiendo de esta decisión y teniendo en cuenta las decisiones tomadas por el pleno del Comité Central del PC(b) de la URSS, en marzo de 1937, sobre «Los defectos del trabajo del Partido», el CC del PC(b) de la URSS a fin de remediar las insuficiencias en el terreno de la propaganda del Partido y para mejorar la educación marxista-leninista de los miembros y de los cuadros del Partido, ha resuelto tomar las siguientes medidas principales:

1. Concentrar en un solo punto el trabajo de propaganda y de agitación del Partido y fusionar las secciones de propaganda y de agitación con las secciones de prensa en un solo servicio de propaganda y de agitación adjunto al CC del PC(b) de la URSS; crear una sección de propaganda y de agitación en cada organización del Partido - de República, de territorio y de región.
2. Considerando un error nuestro interés excesivo por el sistema de propaganda en los círculos, y estimando más racional el método de estudio individual de los principios del marxismo-leninismo por los miembros del Partido, el Partido debe concentrar su atención en la propaganda mediante la prensa y en la organización del sistema de propaganda mediante conferencias.
3. Organizar en cada centro regional cursos anuales de perfeccionamiento para nuestros cuadros de base.
4. Organizar en una serie de centros de nuestro país escuelas leninistas de dos años para nuestros cuadros medios.
5. Organizar una escuela superior de marxismo-leninismo adjunta al CC del PC(b) de la URSS para la formación de cuadros teóricos altamente cualificados del Partido. Duración de los estudios, tres años.
6. Crear en una serie de centros de nuestro país, cursos anuales de perfeccionamiento para propagandistas y periodistas.
7. Crear adjuntos a la escuela superior de marxismo-leninismo cursos de seis meses para el perfeccionamiento de los profesores de marxismo-leninismo en las escuelas superiores.

No cabe duda de que la aplicación de estas medidas, que ya han sido puestas en práctica, pero todavía no en el grado suficiente, no tardará en dar sus buenos resultados.

EL MARXISMO Y LOS PROBLEMAS DE LA LINGÜÍSTICA

Acerca del marxismo en la lingüística

Un grupo de camaradas jóvenes me ha pedido que exponga en la prensa mi opinión sobre los problemas de la lingüística, especialmente en lo que concierne al marxismo en la lingüística. Yo no soy un lingüista y, por supuesto, no puedo dar plena satisfacción a los camaradas. En cuanto al marxismo en la lingüística, lo mismo que de las demás ciencias sociales, con eso tengo relación directa. Por ello he accedido a dar respuesta a algunas preguntas hechas por los camaradas.

PREGUNTA. *¿Es cierto que la lengua es una superestructura de la base*?

RESPUESTA. No, no es cierto.

La base es el sistema económico de la sociedad en una etapa dada de su desarrollo. La superestructura la constituyen las concepciones políticas, jurídicas, religiosas, artísticas y filosóficas de la sociedad y las instituciones políticas, jurídicas, etc., etc., que les corresponden.

Toda base tiene la superestructura correspondiente. La base del régimen feudal tiene su superestructura, sus concepciones políticas, jurídicas, etc., etc., y las instituciones que les corresponden; la base capitalista tiene su superestructura, y la socialista, la suya. Si se modifica o se destruye la base, se modifica o se destruye a continuación su superestructura; si nace una nueva base, nace a continuación la superestructura correspondiente.

En este sentido, la lengua se diferencia esencialmente de la superestructura. Tomemos, por ejemplo, la sociedad rusa y la lengua rusa. En el curso de los 30 años últimos, en Rusia ha sido destruida la vieja base, la base capitalista, y construida una base nueva, una base socialista. En consonancia, ha sido destruida la superestructura de la base capitalista y creada una nueva superestructura, que corresponde a la base socialista. Por consiguiente, las viejas instituciones políticas, jurídicas y otras han sido reemplazadas por instituciones nuevas, socialistas. Sin embargo, la lengua rusa ha continuado siendo, por su esencia, la misma que era antes de la Revolución de Octubre.

¿Qué ha cambiado desde entonces en la lengua rusa? Ha cambiado en cierta medida el vocabulario de la lengua rusa, ha cambiado en el sentido de que se ha visto enriquecido con un considerable número de nuevas palabras y expresiones, nacidas con la nueva producción socialista, con el nuevo Estado, con la nueva cultura socialista, con las nuevas relaciones sociales, con la nueva moral y, finalmente, con el desarrollo de la técnica y de la ciencia; muchas palabras y expresiones han cambiado de sentido y adquirido una significación nueva; cierto número de palabras ha caído en desuso, ha desaparecido del vocabulario. En lo que respecta al caudal de voces básico y a la estructura gramatical de la lengua rusa, que constituyen su fundamento, lejos de haber sido liquidados y sustituidos por un nuevo caudal básico y por una nueva estructura gramatical después de la destrucción de la base capitalista, se han conservado intactos y perviven sin ninguna modificación seria; se han conservado precisamente como fundamento de la lengua rusa contemporánea.

Prosigamos. La superestructura es engendrada por la base; pero eso no significa, en modo alguno, que la superestructura se circunscriba a reflejar la base, que sea pasiva, neutral, que se muestre indiferente a la suerte de su base, a la suerte de las clases, al carácter del régimen. Por el contrario, al nacer, la superestructura se convierte en una fuerza activa inmensa, coadyuva activamente a que su base tome cuerpo y se afiance y adopta todas las medidas para ayudar al nuevo régimen a rematar y destruir la vieja base y las viejas clases.

Y no puede ser de otra manera. La superestructura es creada por la base precisamente para que la sirva, para que la ayude activamente a tomar cuerpo y a afianzarse, para que luche activamente por la destrucción de la base vieja, caduca, y de su antigua superestructura. Basta que la superestructura renuncie a este su papel auxiliar, basta que pase de la posición de defensa activa de su base a la posición de indiferencia hacia ella, a una posición idéntica ante las distintas clases, para que pierda su calidad y deje de ser superestructura.

En este sentido, la lengua se diferencia esencialmente de la superestructura. La lengua no es engendrada por una u otra base, por la vieja o por la nueva base, en el seno de una sociedad dada, sino por todo el curso de la historia de la sociedad y de la historia de las bases a través de los siglos. La lengua no es obra de una clase cualquiera, sino de toda la sociedad, de todas las clases sociales, del esfuerzo de

centenares de generaciones. La lengua no ha sido creada para satisfacer las necesidades de una clase cualquiera, sino de toda la sociedad, de todas las clases sociales. Precisamente por eso, ha sido creada como lengua de todo el pueblo, única para la sociedad y común a todos sus miembros. En virtud de ello, el papel auxiliar de la lengua como medio de relación entre los hombres no consiste en servir a una clase en perjuicio de las demás, sino en servir por igual a toda la sociedad, a todas las clases sociales. A ello, precisamente, se debe el que la lengua pueda servir por igual al régimen viejo y moribundo y al régimen nuevo y en ascenso, a la vieja base y a la nueva, a los explotadores y a los explotados.

Todo el mundo sabe que la lengua rusa ha servido al capitalismo ruso y a la cultura burguesa rusa antes de la Revolución de Octubre tan bien como sirve hoy día al régimen socialista y a la cultura socialista de la sociedad rusa.

Lo mismo hay que decir de las lenguas ucraniana, bielorrusa, uzbeka, kazaja, georgiana, armenia, estoniana, letona, lituana, moldava, tártara, azerbaidzhana, bashkira, turkmena y de otras lenguas de las naciones soviéticas, que sirvieron al viejo régimen burgués de esas naciones tan bien como sirven al régimen nuevo, al régimen socialista.

Y no puede ser de otra manera. Si la lengua existe, si ha sido creada, es precisamente para que sirva a la sociedad, considerada como un todo, de medio de relación entre los hombres; para que sea común a los miembros de la sociedad y única para ésta; para que sirva por igual a sus miembros, sea cual fuere la clase a que pertenezcan. Basta que la lengua abandone esta posición de servicio a todo el pueblo, basta que adopte una posición de preferencia y de apoyo a un grupo social cualquiera en detrimento de los demás grupos sociales, para que pierda su calidad, para que deje de ser un medio de relación entre los hombres en la sociedad, para que se convierta en la jerga de un grupo social cualquiera, degenere y se condene a la desaparición.

En este sentido, la lengua, que se diferencia en principio de la superestructura, no se distingue de los instrumentos de producción, por ejemplo, de las máquinas, que son tan indiferentes a las clases como la lengua y que pueden servir por igual tanto al régimen capitalista como al socialista.

Prosigamos. La superestructura es producto de una época en el curso de la cual existe y funciona una base económica dada. Por eso, la superestructura no vive largo tiempo; es liquidada y desaparece con la destrucción y la desaparición de la base dada.

La lengua, por el contrario, es producto de toda una serie de épocas, en el curso de las cuales cristaliza, se enriquece, se desarrolla y se pule. Por eso, la lengua tiene una vida incomparablemente más larga que cualquier base y que cualquier superestructura. A ello, precisamente, se debe que el nacimiento y la destrucción no sólo de una base y de su superestructura, sino de varias bases y de sus correspondientes superestructuras, no conduzca en la historia a la destrucción de una lengua dada, a la liquidación de su estructura y al nacimiento de una nueva lengua con un nuevo vocabulario y una nueva estructura gramatical.

Desde la muerte de Pushkín han pasado más de 100 años. En ese tiempo fueron destruidos en Rusia los regímenes feudal y capitalista y surgió un tercer régimen, el régimen socialista. Por consiguiente, fueron destruidas dos bases con sus superestructuras y surgió una base nueva, la base socialista, con su superestructura. Sin embargo, si tomamos, por ejemplo, la lengua rusa, veremos que en este gran intervalo no ha experimentado ningún trastorno y que la lengua rusa contemporánea difiere bien poco, por su estructura, de la lengua de Pushkin.

¿Qué ha cambiado durante este tiempo en la lengua rusa? Durante este tiempo se ha enriquecido considerablemente el vocabulario de la lengua rusa; han desaparecido de él muchas palabras caídas en desuso; ha cambiado el significado de un considerable número de vocablos; se ha perfeccionado la estructura gramatical de la lengua. Por lo que se refiere a la estructura de la lengua de Pushikin, con su sistema gramatical y su caudal de voces básico, se ha conservado en todo lo substancial como el fundamento de la lengua rusa contemporánea.

Lo apuntado es bien comprensible. En efecto, ¿para qué es necesario que después de cada revolución la estructura existente de la lengua, su estructura gramatical y su caudal de voces básico sean destruidos y reemplazados por otros nuevos, como ocurre habitualmente con la superestructura? ¿Quién puede necesitar que «agua», «tierra», «montaña», «bosque», «pez», «hombre», «andar», «hacer», «producir», «comerciar» etc., no se denominen agua, tierra, montaña, etc., sino de otra manera? ¿Quién puede necesitar que la variación de los vocablos en la lengua y su combinación en las oraciones no se hagan con arreglo a la gramática existente, sino ateniéndose a una gramática completamente distinta? ¿Qué provecho obtiene la revolución con semejante cambio en la lengua? Por regla general, la historia no hace nada esencial si no existe una necesidad particular. ¿Qué necesidad hay - se pregunta uno- de semejante revolución en la lengua si está demostrado que la lengua existente, con su estructura, es por completo apta, en lo fundamental, para dar satisfacción a las necesidades del nuevo régimen? Se puede y se debe destruir en unos cuantos años la vieja superestructura y sustituirla por otra nueva para dar libre curso al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad; pero ¿cómo se puede destruir la lengua existente y crear en su lugar otra nueva en unos cuantos años sin

llevar la anarquía a la vida social, sin crear un peligro de disgregación de la sociedad? ¿Quién, de no ser un quijote, puede plantearse semejante tarea?

Por último, otra diferencia esencial entre la superestructura y la lengua. La superestructura no está ligada directamente a la producción, a la actividad productora del hombre. Está ligada a la producción sólo de modo indirecto, a través de la economía, a través de la base. Por eso, la superestructura no refleja los cambios en el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas inmediata y directamente, sino después de los cambios en la base, por refracción de los cambios de la producción en los cambios de la base. Eso quiere decir que la esfera de acción de la superestructura es estrecha y limitada.

La lengua, por el contrario, está ligada directamente a la actividad productora del hombre, y no sólo a la actividad productora, sino a cualquiera otra actividad del hombre en todas las esferas de su trabajo, desde la producción hasta la base, desde la base hasta la superestructura. Por eso, la lengua refleja los cambios en la producción inmediata y directamente, sin esperar los cambios en la base. Por eso, la esfera de acción de la lengua, que abarca todos los campos de la actividad del hombre, es mucho más amplia y variada que la esfera de acción de la superestructura. Más aún, es casi ilimitada.

A ello, ante todo, se debe que la lengua, mejor dicho, su vocabulario, se encuentre en un estado de cambio casi ininterrumpido. El desarrollo incesante de la industria y de la agricultura, del comercio y del transporte, de la técnica y de la ciencia exige que la lengua enriquezca su vocabulario con nuevas palabras y expresiones, necesarias para su trabajo. Y la lengua, al reflejar directamente estas necesidades, completa su vocabulario con nuevas palabras y perfecciona su estructura gramatical.

Así, pues:

a) un marxista no puede considerar la lengua como una superestructura de la base;

b) confundir la lengua con la superestructura significa incurrir en un error de bulto.

PREGUNTA. ¿*Es cierto que la lengua ha tenido siempre y sigue teniendo un carácter de clase y que no existe una lengua común y única para la sociedad, una lengua común a todo el pueblo y sin carácter de clase*?

RESPUESTA. No, no es cierto.

Es fácil comprender que no cabe siquiera hablar de una lengua de clase en una sociedad sin clases. El régimen gentilicio de la comunidad primitiva no conocía las clases; por consiguiente, en él no podía tampoco haber una lengua de clase: en él, la lengua era común y única para toda la colectividad. La objeción de que debe entenderse por clase toda colectividad humana, comprendida la comunidad primitiva, no es una objeción, sino un juego de palabras que ni siquiera merece ser refutado.

Por lo que se refiere al desarrollo posterior, desde las lenguas gentilicias hasta las lenguas tribales, desde las lenguas tribales hasta las lenguas de los pueblos y desde las lenguas de los pueblos hasta las lenguas nacionales, en todas partes, en todas las etapas del desarrollo, la lengua, como medio de relación de los hombres en la sociedad, ha sido común y única para la sociedad, ha servido por igual a los miembros de ésta, independientemente de su condición social.

No me refiero a los imperios de los períodos esclavista y medieval, al imperio de Ciro y de Alejandro Magno, pongamos por caso, o al imperio de César y de Carlomagno, que no poseían una base económica propia y eran agrupaciones militares y administrativas efímeras y precarias. Ninguno de estos imperios tenía ni podía tener una lengua única y comprensible para todos sus miembros. Eran un conglomerado de tribus y de pueblos que vivían su propia vida y tenían sus propias lenguas. Por consiguiente, no me refiero a esos imperios y otros semejantes, sino a las tribus y los pueblos que formaban parte del imperio, poseían una base económica propia y tenían sus lenguas, formadas desde hacía tiempo. La historia nos enseña que las lenguas de estas tribus y de estos pueblos no tenían un carácter de clase, sino que eran comunes a toda la población, comunes a las tribus y a los pueblos y comprensibles para ellos.

Naturalmente, existían a la par dialectos, hablas locales, pero la lengua única y común de la tribu o del pueblo prevalecía sobre ellos y se los subordinaba.

Más tarde, con la aparición del capitalismo, con la supresión del fraccionamiento feudal y la formación del mercado nacional, los pueblos se desarrollaron hasta constituirse en naciones, y las lenguas de los pueblos, hasta llegar a ser lenguas nacionales. La historia nos enseña que las lenguas nacionales no son lenguas de clase, sino lenguas comunes a todo el pueblo, comunes a los miembros de la nación y únicas para ella.

Ya hemos dicho que la lengua, como medio de relación de los hombres en la sociedad, sirve por igual a todas las clases de la misma y manifiesta en este sentido cierta indiferencia hacia las clases. Pero los hombres, los diversos grupos sociales y las clases distan mucho de ser indiferentes hacia la lengua. Se esfuerzan por utilizarla en interés propio, imponerle su léxico particular, sus términos particulares, sus expresiones particulares. En este sentido se distinguen especialmente las capas superiores de las clases poseedoras -la alta aristocracia y las capas superiores de la burguesía-, que están divorciadas del pueblo y lo odian. Se crean dialectos y jergas «de clase», «lenguajes» de salón. A menudo, en la literatura se califica erróneamente de lenguas a esos

dialectos y jergas: «lengua de la aristocracia», «lengua de la burguesía», en oposición a la «lengua proletaria», a la «lengua campesina». Esa es la razón de que algunos camaradas nuestros hayan llegado -por extraño que pueda parecer- a la conclusión de que la lengua nacional es una ficción y de que, en la realidad, sólo existen lenguas de clase.

Yo creo que no hay nada más equivocado que esa conclusión. ¿Puede considerarse lenguas a esos dialectos y jergas? Indiscutiblemente que no. No se puede, en primer lugar, porque estos dialectos y jergas no tienen una estructura gramatical propia y un caudal de voces básico propio: los toman de la lengua nacional. No se puede, en segundo lugar, porque los dialectos y las jergas tienen una esfera de circulación estrecha entre los miembros de la capa superior de tal y cual clase, y son absolutamente inservibles como medio de relación entre los hombres, para la sociedad en su conjunto. ¿Qué poseen, pues, los dialectos y las jergas? Poseen un fárrago de vocablos específicos, que reflejan los gustos específicos de la aristocracia o de las carpas superiores de la burguesía; poseen cierto número de expresiones y giros que se distinguen por su rebuscamiento y galantería y que están exentos de los «burdos» giros y expresiones de la lengua nacional; poseen, por último, cierto número de palabras extranjeras. Sin embargo, lo fundamental, es decir, la inmensa mayoría de las palabras y la estructura gramatical, está tomado de la lengua nacional, común a todo el pueblo. Por consiguiente, los dialectos y las jergas son ramificaciones de la lengua nacional, común a todo el pueblo, privadas de toda independencia lingüística y condenadas a vegetar. Suponer que los dialectos y las jergas pueden desarrollarse y llegar a ser lenguas independientes, capaces de desplazar y de sustituir a la lengua nacional, es perder la perspectiva histórica y abandonar las posiciones del marxismo.

Se remiten a Marx, citan un pasaje de su artículo. *El santo Max*, donde se dice que el burgués tiene «su propia lengua», que esta lengua «es un producto de la burguesía» y está penetrada del espíritu del mercantilismo y de la compra-venta. Algunos camaradas quieren demostrar con esta cita que Marx sustentaba, al parecer, el punto de vista de que la lengua tenía «carácter de clase y negaba la existencia de una lengua nacional única. Si estos camaradas fueran en este caso objetivos, habrían citado también otro pasaje del artículo. *El santo Max*, donde Marx, refiriéndose a las vías de formación de una lengua nacional única, habla de «la concentración de los dialectos en un idioma nacional único, condicionada por la concentración económica y política».

Por consiguiente, Marx reconocía la necesidad de una Lengua nacional *única*, como forma superior a la que, como formas inferiores, están subordinados los dialectos.

En ese caso, ¿qué puede ser la lengua del burgués, según Marx «producto de la burguesía»? ¿La consideraba Marx una lengua como la nacional, con su estructura lingüística particular? ¿Podía considerarla como tal lengua? ¡Desde luego que no! Marx quería simplemente decir que los burgueses habían ensuciado la lengua nacional única con su léxico de mercaderes y que, por tanto, los burgueses tenían su propia jerga de mercaderes.

Resulta que estos camaradas han deformado la posición de Marx. Y la han deformado porque no han citado a Marx como marxistas, sino como dogmáticos, sin calar en la esencia de las cosas.

Se remiten a Engels, citan de su folleto *La situación de la clase obrera* en Inglaterra los pasajes donde dice que «…la clase obrera inglesa, en el transcurso del tiempo, ha llegado a ser un pueblo completamente distinto de la burguesía inglesa»; que «los obreros hablan otro dialecto, tienen otras ideas y concepciones, otras costumbres y otros principios morales, otra religión y otra política que la burguesía». Partiendo de esta cita, algunos camaradas sacan la conclusión de que Engels negaba la necesidad de una lengua nacional, común a todo el pueblo, y que, por tanto, sustentaba el punto de vista de que la lengua tenía «carácter de clase». La verdad es que Engels no habla aquí de una lengua sino de un dialecto, comprendiendo perfectamente que el dialecto, como ramificación de la lengua nacional, no puede sustituir a ésta. Mas, a esos camaradas no les agrada mucho, por lo visto, la diferencia existente entre una lengua y un dialecto...

Es evidente que la cita aducida está fuera de lugar, pues Engels no habla en esos pasajes de «lenguas de clase», sino, principalmente, de las ideas, de las concepciones, de las costumbres, de los principios morales, de la religión y de la política de clase. Es absolutamente cierto que las ideas, las concepciones, las costumbres, los principios morales, la religión y la política de los burgueses y de los proletarios son diametralmente opuestos. Pero ¿qué tiene que ver esto con la lengua nacional, o con el «carácter de clase» de la lengua? ¿Acaso la existencia de contradicciones de clase en la sociedad puede servir de argumento en favor del «carácter de clase» de la lengua, o en contra de la necesidad de una lengua nacional única? El marxismo dice que la comunidad de lengua es uno de los rasgos más importantes de la nación, sabiendo perfectamente, al afirmar eso, que dentro de la nación hay contradicciones de clase. ¿Reconocen los mencionados camaradas esta tesis marxista?

Se remiten a Lafargue, señalando que, en su folleto *La lengua y la revolución*, reconoce el «carácter de clase» de la lengua y niega, al parecer, la necesidad de una lengua nacional, común a todo el pueblo. Eso es falso. Lafargue habla, efectivamente, de la «lengua de la nobleza» o «de la aristocracia» y

de las «jergas» de las distintas capas de la sociedad. Pero esos camaradas olvidan que Lafargue, sin interesarse por la diferencia entre lengua y jerga y llamando a los dialectos unas veces «lenguaje artificial» y otras «jerga», declara explícitamente en su folleto que «el lenguaje artificial que distingue a la aristocracia... salió de la lengua común a todo el pueblo que hablaban los burgueses y los artesanos, la ciudad y el campo».

Por consiguiente, Lafargue reconoce la existencia y la necesidad de una lengua común a todo el pueblo, comprendiendo perfectamente el carácter subordinado y la dependencia de la «lengua de la aristocracia» y los demás dialectos y jergas respecto de la lengua común a todo el pueblo.

Resulta que la referencia a Lafargue no da en el blanco.

Se remiten a que, en cierta época, los señores feudales de Inglaterra hablaron «durante siglos» en francés, mientras que el pueblo inglés hablaba la lengua inglesa, y aducen esta circunstancia como un argumento a favor del «carácter de clase» de la lengua y contra la necesidad de una lengua común a todo el pueblo. Pero eso no es un argumento, sino una anécdota. En primer lugar, a la sazón no hablaban en francés todos los feudales, sino un número insignificante de grandes feudales ingleses en la corte del rey y en los condados. En segundo lugar, no hablaban en una «lengua de clase», sino en la lengua francesa corriente, común a todo el pueblo francés. En tercer lugar, como se sabe, ese antojo de hablar en francés desapareció después sin dejar rastro, cediendo el puesto a la lengua inglesa común a todo el pueblo. ¿Creen esos camaradas que los feudales ingleses y el pueblo inglés se entendieron «durante siglos» por mediación de intérpretes, que los feudales ingleses no hacían uso de la lengua inglesa, que no existía por aquel entonces una lengua inglesa común a todo pueblo, que el francés era entonces en Inglaterra algo más que una lengua de salón, empleada únicamente en el estrecho círculo de la alta aristocracia inglesa? ¿Cómo se puede negar con tan anecdóticos «argumentos» la existencia y la necesidad de una lengua común a todo el pueblo?

En un tiempo, también a los aristócratas rusos les dio por hablar el francés en la corte del zar y en los salones. Se jactaban de que, al hablar en ruso, tartamudeaban en francés y que sólo sabían hablar el ruso con acento francés. ¿Quiere eso decir que no existía entonces en Rusia la lengua rusa, común a todo el pueblo, que la lengua común a todo el pueblo era entonces una ficción, y las «lenguas de clase» una realidad?

Nuestros camaradas incurren aquí, cuando menos, en dos errores.

El primer error consiste en que confunden la lengua con la superestructura. Creen que si la superestructura tiene un carácter de clase, la lengua no debe ser común a todo el pueblo, sino que debe tener un carácter de clase. Pero ya he dicho anteriormente que la lengua y la superestructura son dos conceptos diferentes y que un marxista no puede confundirlos.

El segundo error consiste en que esos camaradas conciben la oposición de intereses de la burguesía y del proletariado y su encarnizada lucha de clases como una desintegración de la sociedad, como una ruptura de todo vínculo entre las clases hostiles. Consideran que, como la sociedad se ha desintegrado y no existe ya una sociedad única, sino solamente las clases, no se necesita una lengua única para la sociedad, no se necesita una lengua nacional. ¿Qué queda, pues, si la sociedad se ha desintegrado y no existe ya una lengua nacional, común a todo el pueblo? Quedan las clases y las «lenguas de clase». De por sí se desprende que cada «lengua de clase» debe tener su propia gramática «de clase», que debe haber, por tanto, una gramática «proletaria» y una gramática «burguesa». Cierto es que no hay tales gramáticas bajo la capa del cielo; pero esta circunstancia no inmuta a esos camaradas: están persuadidos de que tales gramáticas han de aparecer.

En tiempos hubo entre nosotros «marxistas» que afirmaban que las líneas férreas que habían quedado en nuestro país después de la Revolución de Octubre eran burguesas y no procedía que nosotros, los marxistas, las utilizásemos; que era preciso desmontarlas y construir ferrocarriles nuevos, «proletarios». Debido a ello, esas gentes recibieron el sobrenombre de «trogloditas»...

De por sí se desprende que esa primitiva concepción anarquista de la sociedad, las clases y la lengua no tiene nada de común con el marxismo. Pero, indudablemente, existe y continúa alentando en las cabezas de algunos camaradas desorientados.

Naturalmente, no es cierto que, debido a una encarnizada lucha de clases, la sociedad se haya desintegrado en clases que ya no están ligadas económicamente las unas a las otras en el seno de una sociedad única. Al contrario: mientras subsista el capitalismo, burgueses y proletarios estarán ligados recíprocamente por todos los lazos de la economía, como partes constitutivas de una sociedad capitalista única. Los burgueses no pueden vivir ni enriquecerse si no disponen de obreros asalariados; los proletarios no pueden subsistir sin vender su fuerza de trabajo a los capitalistas. El cese de toda relación económica entre ellos implica el cese de toda producción, y el cese de toda producción conduce al perecimiento de la sociedad, al perecimiento de las clases mismas. De por sí se desprende que ninguna clase quiere condenarse a perecer. Por eso, la lucha de clases, por aguda que sea, no puede conducir a la desintegración de la sociedad. Sólo la ignorancia en punto al marxismo y la incomprensión absoluta de la naturaleza de la lengua han podido sugerir a algunos

de nuestros camaradas la fábula de la desintegración de la sociedad, la fábula de las lenguas «de clase», de las gramáticas «de clase».

Se remiten, además, a Lenin y aducen que reconocía la existencia de dos culturas, la burguesa y la proletaria, bajo el capitalismo y que la consigna de cultura nacional es, bajo el capitalismo, una consigna nacionalista. Todo ello es cierto, y Lenin tiene absoluta razón. Pero ¿a qué viene aquí eso del «carácter de clase» de la lengua? Al remitirse a las palabras de Lenin de que bajo el capitalismo existen dos culturas, esos camaradas quieren -a lo que se ve- inculcar al lector que si en la sociedad existen dos culturas, la burguesa y la proletaria, debe haber también dos lenguas, pues la lengua está ligada a la cultura, y que, por lo tanto, Lenin niega la necesidad de una lengua nacional única, manifestándose, por consiguiente, a favor de las lenguas «de clase». El error que esos camaradas cometen aquí consiste en que identifican y confunden la lengua con la cultura. Pero la cultura y la lengua son dos cosas distintas. La cultura puede ser burguesa o socialista, mientras que la lengua, como medio de relación, es siempre común a todo el pueblo y puede servir tanto a la cultura burguesa como a la socialista. ¿Acaso no es un hecho que las lenguas rusa, ucraniana y uzbeka sirven actualmente a la cultura socialista de estas naciones tan bien como sirvieron antes de la Revolución de Octubre a sus culturas burguesas? Por consiguiente, esos camaradas están muy equivocados al afirmar que la existencia de dos culturas diferentes lleva a la formación de dos lenguas distintas y a la negación de la necesidad de una lengua única.

Cuando hablaba de dos culturas, Lenin partía precisamente de la tesis de que la existencia de dos culturas no puede nevar a la negación de la lengua única y a la formación de dos lenguas, y de que la lengua debe ser única. Cuando los bundistas acusaron a Lenin de que negaba la necesidad de la lengua nacional y consideraba que la cultura «carece de nacionalidad», Lenin, como es sabido, protestó enérgicamente y declaró que luchaba contra la cultura burguesa, y no contra la lengua nacional, cuya necesidad estimaba indiscutible. Causa extrañeza que algunos camaradas nuestros hayan seguido las huellas de los bundistas.

Por lo que se refiere a una lengua única, cuya necesidad dicen que Lenin negaba, sería conveniente prestar oído a las siguientes palabras de Lenin:

«La lengua es un importantísimo medio de relación entre los hombres; la unidad de la lengua y su desarrollo sin trabas son una importantísima condición de una circulación mercantil verdaderamente libre y amplia, correspondiente al capitalismo moderno, y de una libre y vasta agrupación de la población en las diferentes clases».

Resulta que esos estimados camaradas han tergiversado las ideas de Lenin.

Se remiten, por último, a Stalin. Reproducen una cita de Stalin que dice que «la burguesía y sus partidos nacionalistas fueron, y continúan siendo en este período la principal fuerza dirigente de las naciones de ese tipo». Todo esto es cierto. La burguesía y su partido nacionalista dirigen, efectivamente, la cultura burguesa, del mismo modo que el proletariado y su partido internacionalista dirigen la cultura proletaria. Pero ¿qué tiene que ver esto con el «carácter de clase» de la lengua? ¿Acaso esos camaradas no saben que la lengua nacional es una forma de la cultura nacional y que puede servir tanto a la cultura burguesa como a la socialista? ¿Es que nuestros camaradas ignoran la conocida fórmula de los marxistas de que las actuales culturas rusa, ucraniana, bielorrusa y otras son socialistas por el contenido y nacionales por la forma, es decir, por la lengua? ¿Están de acuerdo con esta fórmula marxista?

El error que nuestros camaradas cometen aquí consiste en que no ven la diferencia entre la cultura y la lengua y no comprenden que la cultura cambia de contenido con cada nuevo período del desarrollo de la sociedad, mientras que la lengua continúa siendo en lo esencial la misma a lo largo de varios períodos, sirviendo por igual tanto a la nueva cultura como a la antigua.

Así, pues:

a) la lengua, como medio de relación, ha sido siempre y sigue siendo única para la sociedad y común para todos sus miembros;

b) la existencia de dialectos y jergas no niega, sino que confirma la existencia de una lengua común a todo el pueblo, de la que esos dialectos y jergas son ramificaciones y a la que están subordinados;

c) la fórmula relativa al «carácter de clase» de la lengua es una fórmula errónea, no marxista.

PREGUNTA. ¿*Cuáles son los rasgos característicos de la lengua*?

RESPUESTA. La lengua es uno de los fenómenos sociales que actúan mientras existe la sociedad. Nace y se desarrolla con el nacimiento y el desarrollo de la sociedad. Muere cuando muere la sociedad. No hay lengua fuera de la sociedad. Por eso, la lengua y las leyes de su desarrollo solamente pueden ser comprendidas si se estudian en ligazón inseparable con la historia de la sociedad, con la historia del pueblo al que pertenece la lengua estudiada y que es su creador y portador.

La lengua es el medio, el instrumento con el que los hombres se relacionan, intercambian ideas y logran entenderse unos a otros. Directamente ligada al pensamiento, la lengua registra y fija en palabras y en palabras combinadas en oraciones los resultados del trabajo del pensamiento, los progresos de la

actividad cognoscitiva del hombre, y, de esta forma, hace posible el intercambio de ideas en la sociedad humana.

El intercambio de ideas constituye una necesidad permanente y vital, ya que sin él sería imposible organizar las acciones conjuntas de los hombres en la lucha contra las fuerzas de la naturaleza, en la lucha por la producción de los bienes materiales indispensables; sería imposible conseguir éxitos en la actividad productora de la sociedad y, por tanto, lo sería también la existencia misma de la producción social. De ahí que sin una lengua comprensible para la sociedad y común a sus componentes, la sociedad tenga que cesar de producir, se desintegre y deje de existir como tal. En este sentido, la lengua, siendo medio de relación, es, al mismo tiempo, un instrumento de lucha y de desarrollo de la sociedad.

Es sabido que todas las palabras de una lengua constituyen, juntas, lo que se llama su vocabulario. Lo principal en el vocabulario de una lengua es su caudal de voces, del que forman parte, como núcleo suyo, todas las palabras raíces. El caudal de voces báskoes mucho menos amplio que el vocabulario de la lengua, pero vive mucho tiempo, durante siglos, y suministra a la lengua una base para la formación de nuevas palabras. El vocabulario refleja el estado de la lengua: cuanto más rico y variado es el vocabulario, más rica y desarrollada es la lengua.

Sin embargo, el vocabulario; por sí solo, no constituye todavía la lengua: es, más bien, el material de construcción para la lengua. Del mismo modo que los materiales de construcción no constituyen el edificio, aunque sin ellos no es posible levantarlo, así también el vocabulario no es la propia lengua, aunque sin él es inconcebible toda lengua. Pero el vocabulario adquiere una importancia enorme cuando se halla a disposición de una gramática, que establece las reglas que rigen las modificaciones de las palabras y la combinación de las palabras en oraciones y, de este modo, hace de la lengua algo armónico y coherente. La gramática (morfología, sintaxis) es el conjunto de reglas que rigen las modificaciones de las palabras y su combinación en oraciones. Por tanto, gracias precisamente a la gramática, la lengua obtiene la posibilidad de dar a los pensamientos humanos una envoltura lingüística material.

El rasgo distintivo de la gramática consiste en que da las reglas para la modificación de las palabras teniendo en cuenta no palabras concretas, sino las palabras en general, desprovistas de todo carácter concreto; da las reglas para formar oraciones teniendo en cuenta no oraciones concretas con un sujeto concreto, un predicado concreto, etc., sino todas las oraciones, sin relación con la forma concreta de una u otra oración. Por consiguiente, la gramática, haciendo abstracción de lo particular y de lo concreto, tanto en las palabras como en las oraciones, toma lo que hay de general y básico en la modificación de las palabras y en su combinación en oraciones, sacando de ello las reglas gramaticales, las leyes gramaticales. La gramática es el resultado de una prolongada labor de abstracción realizada por el pensamiento humano, un exponente de los enormes progresos del pensamiento.

En este sentido, la gramática se parece a la geometría, que da sus leyes haciendo abstracción de los objetos concretos, considerando los objetos como cuerpos carentes de concreción y estableciendo las relaciones entre ellos no como relaciones concretas de determinados objetos concretos, sino como las relaciones de los cuerpos en general, desprovistos de todo carácter concreto.

A diferencia de la superestructura, que no está ligada a la producción directamente, sino a través de la economía, la lengua está directamente ligada a la actividad productora del hombre, lo mismo que a todas sus demás actividades en todas las esferas de su trabajo, sin excepción. A ello se debe que el vocabulario, por ser lo más susceptible de cambiar, se encuentre en un estado de transformación casi incesante; al mismo tiempo, la lengua, a diferencia de la superestructura, no tiene que esperar a que la base sea liquidada e introduce modificaciones en su vocabulario antes de la liquidación de la base e independientemente del estado de la base.

Sin embargo, el vocabulario de una lengua no cambia como la superestructura, es decir, aboliendo lo viejo y construyendo lo nuevo, sino enriqueciendo el vocabulario existente con nuevas palabras, surgidas en relación con los cambios en el régimen social, con el desarrollo de la producción, el progreso de la cultura, de la ciencia, etc. Además, aunque cierto número de palabras anticuadas desaparece habitualmente del vocabulario, a él se suma un número mucho mayor de palabras nuevas. Por lo que respecta al caudal básico, se conserva en todo lo que tiene de esencial y es usado como base del vocabulario de la lengua.

Eso es comprensible. No hay ninguna necesidad de destruir el léxico básico cuando puede ser utilizado eficazmente en el transcurso de varios períodos históricos, sin hablar ya de que la destrucción del caudal básico, acumulado durante siglos, vista la imposibilidad de crear un nuevo vocabulario básico en plazo breve, conduciría a la parálisis de la lengua, a la desorganización total de las relaciones entre los hombres.

La estructura gramatical de una lengua cambia aún más lentamente que su caudal de voces básico. La estructura gramatical, elaborada a lo largo de varias épocas, y siendo como es carne de la carne y sangre de la sangre de la lengua, cambia más lentamente todavía que el caudal básico. Naturalmente, sufre cambios con el curso del tiempo, se perfecciona, mejora y precisa sus reglas, se

enriquece con nuevas reglas, pero las bases de la estructura gramatical subsisten durante un período muy largo, ya que, como lo demuestra la historia, pueden servir eficazmente a la sociedad en el transcurso de muchas épocas.

Por lo tanto, la estructura gramatical y el caudal básico constituyen la base de la lengua y la esencia de su carácter específico.

La historia demuestra que la lengua posee gran estabilidad y una colosal capacidad de resistencia a la asimilación forzosa. Algunos historiadores, en lugar de explicar este fenómeno, se limitan a manifestar su asombro. Pero aquí no hay ninguna razón para asombrarse. La lengua debe su estabilidad a la estabilidad de su estructura gramatical y de su caudal básico. Los asimiladores turcos se esforzaron durante siglos por mutilar, destruir y aniquilar las lenguas de los pueblos balcánicos. En este período, el vocabulario de las lenguas balcánicas sufrió cambios considerables, fueron adoptadas no pocas palabras y expresiones turcas, hubo «convergencias» y «divergencias», pero las lenguas balcánicas resistieron y han perdurado. ¿Por qué? Porque la estructura gramatical y el léxico básico de estas lenguas se han mantenido en lo fundamental.

De todo esto se desprende que la lengua y su estructura no pueden ser consideradas como el producto de una sola época. La estructura de la lengua, su estructura gramatical y caudal básico son el producto de varias épocas.

Es de suponer que los elementos de las lenguas contemporáneas se constituyeron en la antigüedad más remota, antes de la época de la esclavitud. Era aquélla una lengua poco compleja, con un caudal de voces muy exiguo, pero con su propia estructura gramatical, que, si bien era primitiva, no dejaba, por ello, de ser estructura gramatical.

El posterior desarrollo de la producción; la aparición de las clases; la aparición de la escritura; el nacimiento del Estado, que necesitaba para la dirección una correspondencia más o menos ordenada; el desarrollo del comercio, que precisaba de ella todavía en mayor medida; la aparición de la imprenta, los progresos de la literatura: todo eso ocasionó grandes cambios en el desarrollo de la lengua. Durante este tiempo, las tribus y los pueblos se fraccionaban y dispersaban, se mezclaban y se cruzaban, y posteriormente aparecieron las lenguas nacionales y los Estados nacionales, se produjeron revoluciones, a los viejos regímenes sociales sucedieron otros. Todo ello introdujo cambios mayores aún en la lengua y en su desarrollo.

Sin embargo, sería un error de bulto suponer que la lengua se ha desarrollado del mismo modo que la superestructura, es decir, destruyendo lo que existía y edificando lo nuevo. En realidad, las lenguas no se han desarrollado destruyendo las existentes y creando otras, sino desarrollando y perfeccionando los elementos fundamentales de las lenguas existentes. Además, el paso de un estado cualitativo de la lengua a otro estado cualitativo no se ha operado por explosión, destruyendo de un solo golpe lo viejo y edificando lo nuevo, sino por acumulación gradual y prolongada de los elementos del nuevo estado cualitativo, de la nueva estructura de la lengua, por la extinción gradual de los elementos del viejo estado cualitativo.

Hay quien dice que la teoría del desarrollo estadial de la lengua es una teoría marxista, porque reconoce la necesidad de explosiones súbitas como una condición para el paso de la lengua de su vieja calidad a una calidad nueva. Eso es falso, claro está, pues resulta difícil encontrar en esta teoría algo de marxista. Y si la teoría del desarrollo estadial reconoce efectivamente las explosiones súbitas en la historia del desarrollo de la lengua, tanto peor para ella. El marxismo no reconoce las explosiones súbitas en el desarrollo de la lengua, la muerte repentina de una lengua existente y la súbita creación de una nueva lengua. Lafargue no tenía razón cuando hablaba de la «súbita revolución lingüística que se produjo entre 1789 y 1794» en Francia (Véase el folleto de Lafargue *La lengua y la revolución*). En la Francia de entonces no se produjo ninguna revolución lingüística, y menos aún súbita. Claro está que en ese período el vocabulario de la lengua francesa se enriqueció con nuevas palabras y expresiones; desaparecieron algunas palabras caídas en desuso, cambió el sentido de ciertas palabras, y nada más. Sin embargo, tales cambios no deciden en modo alguno la suerte de una lengua. Lo principal de una lengua lo constituyen su estructura gramatical y su caudal básico. Pero la estructura gramatical y el vocabulario básico de la lengua francesa, lejos de desaparecer en el período de la revolución burguesa en Francia, se conservaron sin cambios esenciales, y no sólo se conservaron entonces, sino que continúan existiendo hoy día, en la lengua francesa contemporánea. No hablo ya de que para suprimir una lengua nacional y crear otra (¡«una súbita revolución lingüística»¡), cinco o seis años son un plazo ridículamente breve: para eso hacen falta siglos.

El marxismo considera que el paso de la lengua de una vieja cualidad a una cualidad nueva no se produce por explosión ni por destrucción de la lengua existente y creación de una nueva, sino por acumulación gradual de los elementos de la nueva cualidad y, por tanto, por extinción gradual de los elementos de la vieja cualidad.

Hay que decir en general, para conocimiento de los camaradas que sienten pasión por las explosiones, que la ley del paso de una vieja cualidad a una cualidad nueva por explosión no sólo es inaplicable a la historia del desarrollo de la lengua; tampoco puede aplicarse siempre a otros fenómenos sociales de la

base o de la superestructura. Esa ley es obligatoria para la sociedad dividida en clases hostiles. Pero no es obligatoria, en modo alguno, para una sociedad en la que no existan clases hostiles. En un período de ocho a diez años realizamos en la agricultura de nuestro país la transición del sistema burgués, basado en las haciendas campesinas individuales, al sistema socialista, al sistema koljosiano. Fue una revolución que liquidó el viejo sistema económico burgués en el campo y creó un nuevo sistema, el sistema socialista. Sin embargo, esta revolución no se efectuó por explosión, es decir, derrocando el Poder existente e instaurando un nuevo Poder, sino por transición gradual del viejo sistema burgués en el campo a un nuevo sistema. Y ello fue posible porque se trataba de una revolución desde arriba, porque la revolución se llevó a cabo por iniciativa del Poder existente con el apoyo de las masas fundamentales del campesinado.

Hay quienes dicen que los numerosos casos de cruce de lenguas que registra la historia dan fundamento para suponer que con el cruce se crea una nueva lengua por explosión, por transición súbita de una vieja cualidad a una cualidad nueva. Eso es absolutamente falso.

El cruce de lenguas no puede ser considerado como un solo golpe decisivo que surte efecto en unos pocos años. El cruce de lenguas es un proceso largo, que dura siglos. Por eso no puede hablarse aquí de ninguna explosión.

Prosigamos. Sería absolutamente erróneo suponer que el cruce de dos lenguas, pongamos por caso, produce una lengua nueva, una tercera lengua que no se parece a ninguna de las dos cruzadas y se distingue cualitativamente de ambas. En realidad una de las lenguas suele salir victoriosa del cruce, conserva su estructura gramatical y su léxico básico y continúa desarrollándose con arreglo a sus leyes internas, mientras que la otra lengua pierde gradualmente su cualidad y se extingue poco a poco.

Por consiguiente, el cruce no da una lengua nueva, una tercera lengua, sino que conserva una de las lenguas cruzadas, su estructura gramatical y su caudal básico, permitiéndole desarrollarse con arreglo a sus leyes internas.

Verdad es que con el cruce el vocabulario de la lengua victoriosa se enriquece en cierta medida a cuenta de la lengua vencida, pero eso, lejos de debilitarla, la fortalece.

Ese ha sido el caso, por ejemplo, de la lengua rusa, con la que se han cruzado en el curso del desarrollo histórico las lenguas de otros pueblos y que ha salido siempre victoriosa.

Naturalmente el vocabulario de la lengua rusa se ha completado a cuenta del vocabulario de esos otros idiomas, pero esto, lejos de debilitarla, la ha hecho más rica y fuerte.

En cuanto al carácter específico nacional de la lengua rusa, no sufrió el menor daño, pues, conservando su estructura gramatical y su vocabulario básico, la lengua rusa ha continuado progresando y perfeccionándose según las leyes internas de su desarrollo.

No cabe la menor duda de que la teoría del cruce no puede aportar nada serio a la lingüística soviética. Si es cierto que la tarea principal de la lingüística consiste en estudiar las leyes internas del desarrollo de la lengua, habrá que reconocer que la teoría del cruce ni siquiera la plantea, sin hablar ya de que no la resuelve; sencillamente no la ve o no la comprende.

PREGUNTA. *¿Ha procedido acertadamente Pravda al abrir una libre discusión sobre los problemas de la lingüística*?

RESPUESTA. Sí, ha procedido acertadamente.

En qué dirección serán resueltos los problemas de la lingüística se verá claro al final de la discusión. Pero ya ahora se puede decir que la discusión ha sido muy provechosa.

La discusión ha puesto en claro, ante todo, que en las instituciones lingüísticas, tanto en el centro como en las repúblicas, imperaba un régimen impropio de la ciencia, impropio en los hombres de ciencia. La menor crítica de la situación en la lingüística soviética, incluso los más tímidos asomos de crítica de la llamada «nueva doctrina» en la lingüística, eran perseguidos y sofocados por los círculos lingüísticos dirigentes. Valiosos trabajadores e investigadores eran destituidos de sus cargos o rebajados a puestos de menor importancia por abordar críticamente la herencia de N. Y. Marr o expresar la menor desaprobación de su teoría. Se elevaba a los altos cargos a lingüistas, no por el índice de trabajo sino por que aceptaban incondicionalmente la doctrina de N. Y. Marr.

Todo el mundo reconoce que no hay ciencia que pueda desarrollarse y prosperar sin lucha de opiniones, sin libertad de crítica. Pero esta regla, universalmente reconocida era ignorada y pisoteada sin contemplaciones. Se formó un grupo cerrado de dirigentes infalibles que, poniéndose a salvo de toda posible crítica, hacía ley de sus caprichos y arbitrariedades.

Un ejemplo: el llamado «Curso de Bakú» (las conferencias pronunciadas por N. Y. Marr en Bakú), que el autor mismo declaró defectuoso y prohibió reeditar, ha sido, no obstante, reeditado por disposición de la casta de dirigentes (el camarada Meschaninov los llama «discípulos» de N. y. Marr) e incluido, sin hacer ninguna salvedad, entre los libros de texto recomendados a los estudiantes. Eso quiere decir que se ha engañado a los estudiantes, haciendo pasar por un libro de texto de pleno valor un «Curso» reconocido como defectuoso. Si yo no estuviera convencido de la honradez del camarada Meschaninov y de otros lingüistas, diría que

semejante proceder equivale a un sabotaje.

¿Cómo ha podido ocurrir eso? Ha ocurrido porque el régimen a lo Arakchéev implantado en la lingüística fomenta la irresponsabilidad y estimula tales arbitrariedades.

La discusión ha resultado muy provechosa, ante todo, porque ha sacado a la luz ese régimen a lo Arakchéev y lo ha pulverizado.

Pero el provecho reportado por la discusión no acaba ahí.

La discusión no sólo ha demolido el viejo régimen imperante en la lingüística, sino que, además, ha puesto de manifiesto la increíble confusión de ideas que rema, en los problemas más importantes de la lingüística, entre los círculos dirigentes de esta rama de la ciencia. Antes de comenzar la discusión, los «discípulos» de N. Y. Marr callaban, silenciando que las cosas no marchaban bien en la lingüística. Pero, una vez comenzada la discusión, se hizo imposible callar y tuvieron que pronunciarse en la prensa. ¿Y qué ha resultado? Ha resultado que en la doctrina de N. Y. Marr hay muchas lagunas, errores, problemas sin precisar y tesis insuficientemente elaboradas. ¿Por qué -se pregunta uno- los «discípulos» de N. Y. Marr no han hablado de ello hasta después de abierta la discusión? ¿Por qué no se han preocupado de ello antes? ¿Por qué no lo dijeron a su debido tiempo, franca y honradamente, como corresponde a los hombres de ciencia?

Resulta que, después de haber reconocido «algunos» errores de N. Y. Marr, sus «discípulos» creen que únicamente se puede desarrollar la lingüística soviética basándose en una versión «precisada» de la teoría de N. Y. Marr, considerada por ellos una teoría marxista. Pero ¡libresenos del «marxismo» de N. Y. Marr! N. Y. Marr quería, efectivamente, ser marxista y se esforzó por serlo, pero no lo consiguió. No fue más que un simplificador y un vulgarizador del marxismo, como los de «proletcult»[309] y los de la RAPP.[310]

N. Y. Marr introdujo en la lingüística la fórmula errónea, no marxista, de que la lengua era superestructura, y se hizo un embrollo, embrolló a la lingüística. Es imposible desarrollar la lingüística soviética basándose en una fórmula errónea.

N. Y. Marr introdujo también en la lingüística otra fórmula errónea y no marxista, la del «carácter de clase» de la lengua, y se hizo un embrollo, embrolló a la lingüística. Es imposible desarrollar la lingüística soviética basándose en una fórmula errónea, que está en contradicción con todo el curso de la historia de los pueblos y de las lenguas.

N. Y. Marr introdujo en la lingüística un tono inmodesto, jactancioso y altanero, impropio del marxismo, un tono que conduce a negar gratuitamente y a la ligera todo lo que había en la lingüística antes de N. Y. Marr.

N. Y. Marr denigra chillonamente el método histórico-comparativo, tachándolo de «idealista». Sin embargo, hay que decir que el método histórico-comparativo, a pesar de sus graves defectos, vale más que el análisis según cuatro elementos -método verdaderamente idealista- inventado por N. Y. Marr, pues el primero impulsa al trabajo, al estudio de las lenguas, mientras que el segundo sólo induce a tumbarse a la bartola y a leer en tazas de café los decantados cuatro elementos.

N. Y. Marr denigra altaneramente todo intento de estudiar los grupos, (familias) de lenguas, viendo en él una manifestación de la teoría de «protolengua». Y, sin embargo, no puede negarse que el parentesco idiomático de naciones como, por ejemplo, las eslavas, no ofrece lugar a dudas ni que el estudio de ese parentesco idiomático podría ser de gran valor para el estudio de las leyes del desarrollo de la lengua. Y eso sin hablar de que la teoría de «protolengua» tiene nada que ver aquí.

Oyendo a N. Y. Marr y, sobre todo, a sus "discípulos», podría pensarse que antes de N. Y. Marr no existía la lingüística, que la lingüística apareció con la "nueva doctrina» de N. Y. Marr, Marx y Engels eran mucho más modestos: consideraban que su materialismo dialéctico era producto del desarrollo de las ciencias, incluida la filosofía, en el período precedente.

Por tanto, la discusión ha ayudado a la causa en el sentido de que también ha descubierto lagunas ideológicas en la lingüística soviética.

Creo que cuanto antes se desembarace nuestra

---

[309] «Proletkulti» - organización de la Cultura Proletaria. Desde el punto de vista organizativo se fundó en la primera conferencia del Proletkult que tuvo lugar en septiembre de 1918. Los teóricos de esta organización mantenían ideas ajenas al marxismo. Bajo la máscara de «la cultura proletaria» los partidarios de Bogdánov propugnaban ideas filosóficas reaccionarias (Machismo), negaban el papel dirigente del Partido y el Estado soviético en la edificación cultural, separaban el desarrollo de la cultura soviética de las tareas generales de la edificación socialista, negaban la necesidad de la explotación de las precedentes realizaciones culturales. Trataban que las organizaciones del Proletkult fueran independientes del Poder soviético y del Partido. Lenin intervino firmemente contra los intentos de introducir estas teorías anti-marxistas y burguesas en el Proletkult. A partir de 1922 las organizaciones de Proletkult comenzaron a dispersarse.

[310] RAPP - organización política literaria que existió desde 1925 hasta 1932. La RAPP tenía sus secciones y revistas en las grandes ciudades de RSFSR.

Al principio la RAPP desempeñó un positivo papel y agrupaba a la mayoría de los escritores proletarios, que por aquel entonces crearon muchas importantes obras. Sin embargo, en la actividad de la RAPP aparecieron importantes errores ideopolíticos, particularmente al final de la tercera década. La RAPP guardaba remanentes de Proletkult, sembraba el sectarismo y divulgaba el espíritu de grupos.

Ya que la RAPP se convirtió en un obstáculo para el posterior desarrollo de la literatura, el CC del PC(b) de Rusia con la resolución del 23 de abril de 1932 «Sobre la reconstrucción de las organizaciones literario-artísticas» decidió la liquidación de la RAPP y se fundó la Liga de los Escritores soviéticos de la URSS.

lingüística de los errores de N. Y. Marr, tanto más rápidamente se la podrá sacar de la crisis por que atraviesa ahora.

Liquidar el régimen a lo Arakehéev en la lingüística, renunciar a los errores de N. Y. Marr, introducir el marxismo en la lingüística: tal es, a mi juicio, el camino para sanear la lingüística soviética.

Publicado en «Pravda», el 20 de junio de 1950.

En torno a algunas cuestiones de la lingüística

Camarada Krashenínnikova:

Respondo a sus preguntas.

1. PREGUNTA. Su artículo demuestra convincentemente que la lengua no es ni base ni superestructura. ¿Sería acertado considerar que la lengua es un fenómeno propio tanto de la base como de la superestructura, o sería más justo considerar la lengua un fenómeno intermedio?

RESPUESTA. Naturalmente, a la lengua, como fenómeno social, le es propio lo común en todos los fenómenos sociales, comprendidas la base y la superestructura, a saber: está al servicio de la sociedad, como todos los demás fenómenos sociales, incluyendo la base y la superestructura. Pero aquí termina, propiamente hablando, lo común a todos los fenómenos sociales. A partir de aquí empiezan diferencias importantes entre los fenómenos sociales.

La cuestión estriba en que los fenómenos sociales, además de ese rasgo común, tienen sus particularidades específicas, que los diferencian a unos de otros y que tienen para la ciencia una importancia primordial. Las particularidades específicas de la base consisten en que ésta sirve a la sociedad desde el punto de vista económico. Las particularidades específicas de la superestructura consisten en que pone al servicio de la sociedad ideas políticas, jurídicas, estéticas y otras, crea para la sociedad las correspondientes instituciones políticas, jurídicas, etc., etc. ¿En qué consisten las particularidades específicas de la lengua, que la diferencian de los demás fenómenos sociales? Consisten en que la lengua sirve a la sociedad como medio de relación entre los hombres, como medio de intercambio de ideas en la sociedad, como medio que permite a los hombres entenderse mutuamente y organizar el trabajo conjunto en todas las esferas de la actividad humana, tanto en la esfera de la producción como en la esfera de las relaciones económicas, tanto en la esfera de la política como en la esfera de la cultura, tanto en la vida social como en la vida privada. Estas particularidades son exclusivas de la lengua, y precisamente porque son exclusivas de la lengua, ésta es objeto de estudio por una ciencia independiente: la lingüística. Si la lengua no tuviera esas particularidades, la lingüística perdería el derecho a una existencia independiente.

En pocas palabras: no puede incluirse a la lengua ni en la categoría de las bases ni en la categoría de las superestructuras.

Tampoco puede incluírsela en la categoría de los fenómenos «intermedios» entre la base y la superestructura, pues tales fenómenos «intermedios» no existen.

Pero ¿quizá puede incluirse la lengua en la categoría de las fuerzas productivas de la sociedad, por ejemplo, en la categoría de los instrumentos de producción? En efecto, entre la lengua y los instrumentos de producción hay cierta analogía: los instrumentos de producción, lo mismo que la lengua, manifiestan cierta indiferencia hacia las clases y pueden servir por igual a las diversas clases de la sociedad, tanto la las viejas como a las nuevas. ¿Ofrece esta circunstancia fundamento para incluir la lengua en la categoría de los instrumentos de producción? No, no lo ofrece.

Hubo un tiempo en que N. Y. Marr, viendo que su fórmula «la lengua es una superestructura de la base» encontraba objeciones, decidió «reorientarse» y declaró que «la lengua es un instrumento de producción». ¿Tenía razón N. Y. Marr al incluir la lengua en la categoría de los instrumentos de producción? No, no tenía ninguna razón.

La cuestión estriba en que la semejanza entre la lengua y los instrumentos de producción no va más allá de la analogía que acabo de mencionar. Pero, en cambio, entre la lengua y los instrumentos de producción hay una diferencia esencial. Esa diferencia consiste en que los instrumentos de producción producen bienes materiales, mientras que la lengua no produce nada o sólo «produce» palabras. Más exactamente dicho: si poseen instrumentos de producción, los hombres pueden producir bienes materiales, pero si carecen de ellos, no pueden producir bienes materiales aunque dispongan de una lengua. No es difícil comprender que si la lengua pudiera producir bienes materiales, los charlatanes serían los hombres más ricos de la tierra.

2. PREGUNTA. Marx y Engels definen la lengua como la «realidad inmediata del pensamiento», como «la conciencia práctica... real». «Las ideas -dice Marx- no existen separadamente de la lengua». ¿En qué medida, a su juicio, debe ocuparse la lingüística del aspecto semántico de la lengua, de la semántica, de la semasiología histórica y del estilo, o bien el objeto de la lingüística debe ser únicamente la forma?

RESPUESTA. La semántica (semasiología) es una de las partes importantes de la lingüística. El aspecto semántico tiene una seria importancia para el estudio de la lengua. Por eso debe asegurar a la semántica (semasiología) el lugar que le corresponde en la lingüística.

Sin embargo, al estudiar sus problemas y al utilizar sus datos, no debe exagerarse en modo

alguno la importancia de la semántica y menos aún abusar de ella. Me refiero a algunos lingüistas que, llevados de una pasión excesiva por la semántica, desprecian la lengua como «realidad inmediata del pensamiento», indisolublemente ligada con el pensamiento, separan el pensamiento de la lengua y afirman que la lengua está en vías de desaparición y que puede prescindirse de ella.

Preste atención a las siguientes palabras de N. Y. Marr:

«La lengua sólo existe en la medida en que se manifiesta en los sonidos; la acción de pensar se produce también sin ser expresada... La lengua (hablada) ha comenzado ya a transmitir sus funciones a novísimos inventos que vencen incondicionalmente al espacio, mientras que el pensamiento va en ascenso a cuenta de las riquezas que ha acumulado, sin utilizarlas, en el pasado y de sus nuevas adquisiciones, y está llamado a desplazar y a sustituir plenamente a la lengua. La lengua futura será el pensamiento, que crecerá en una técnica libre de la materia natural. Ninguna lengua, ni siquiera la hablada, vinculada, pese a todo, con las normas de la naturaleza, podrá hacerle frente» (Véase «Obras escogidas» de N. Y. Marr).

Si traducimos al simple lenguaje humano este galimatías «mágico-laboral», podremos llegar a la conclusión de que:

a) N. Y. Marr separa el pensamiento de la lengua;

b) N. Y. Marr considera que los hombres pueden relacionarse también sin una lengua, con ayuda del pensamiento mismo, libre de la «materia natural» de la lengua, libre de las «normas de la naturaleza»;

c) al separar el pensamiento de la lengua y «liberarlo» de la «materia natural», idiomática, N. Y. Marr cae en el pantano del idealismo.

Dicen que los pensamientos surgen en la cabeza del hombre antes de que sean enunciados en el habla, que surgen sin material idiomático, sin envoltura idiomática o, por decirlo así, desnudos. Pero eso es absolutamente falso. Cualesquiera que sean los pensamientos que surjan en la cabeza del hombre, y cualquiera que sea el momento en que surjan, únicamente pueden surgir y existir sobre la base del material idiomático, sobre la base de los términos y las frases de la lengua. No existen pensamientos desnudos, libres del material idiomático, libres de la «materia natural» idiomática. «La lengua es la realidad inmediata del pensamiento» (*Marx*). La realidad del pensamiento se manifiesta en la lengua. Sólo idealistas pueden hablar del pensamiento sin asociarlo a la «materia natural» de la lengua, hablar de un pensamiento sin lengua.

En pocas palabras: la exageración de la importancia de la semántica y el abuso de ella condujeron a N. Y. Marr al idealismo.

Por consiguiente, la semántica (semasiología), si se la preserva de exageraciones y abusos de la índole de los cometidos por N. Y. Marr y algunos de sus «discípulos», puede reportar gran beneficio a la lingüística.

3. PREGUNTA. Usted dice con toda razón que las ideas, las concepciones, las costumbres y los principios morales de los burgueses y de los proletarios son diametralmente opuestos. El carácter de clase de estos fenómenos se ha reflejado indudablemente en el aspecto semántico de la lengua (y a veces también en su forma -en el vocabulario-, como se señala acertadamente en su artículo). ¿Se puede, cuando se analiza un material idiomático concreto, y en primer término el aspecto semántico de una lengua, hablar de la esencia de clase de los conceptos por ella expresados, particularmente en los casos en que no sólo se trata de la expresión, en palabras, del pensamiento del hombre, sino también de su actitud ante la realidad, en la que se manifiesta con particular relieve la clase a que pertenece?

RESPUESTA. Brevemente hablando, usted quiere saber si las clases influyen en la lengua, si aportan a la lengua sus palabras y expresiones especificas, si existen casos en que los hombres den diferente significado a unas mismas palabras y expresiones en dependencia de la clase a que pertenezcan.

Sí, las clases influyen en la lengua, aportan a la lengua sus palabras y expresiones específicas y, a veces, comprenden de modo diferente unas mismas palabras y expresiones. Eso está fuera de dudas.

De aquí, sin embargo, no se desprende que las palabras y las expresiones específicas, igual que la diferencia en la semántica, puedan tener una importancia seria para el desarrollo de una lengua común a todo el pueblo, que sean capaces de aminorar su importancia o modificar su carácter.

En primer lugar, esas palabras y expresiones específicas, así como los casos de diferencia en la semántica, son tan escasos que apenas constituyen el uno por ciento de todo el material de la lengua. Por consiguiente, la enorme masa restante de palabras y expresiones, así como su semántica, son comunes a todas las clases de la sociedad.

En segundo lugar, las palabras y expresiones específicas, con matiz de clase, no son utilizadas en el lenguaje ateniéndose a las reglas de una gramática de «clase», que no existe bajo la capa del cielo, sino a las reglas de la gramática de la lengua existente, común a todo el pueblo.

Por lo tanto, la existencia de palabras y expresiones específicas, lo mismo que las diferencias en la semántica de una lengua no refutan, sino que, por el contrario, confirman la existencia y la necesidad de una lengua única, común a todo el pueblo.

4. PREGUNTA. En su artículo califica usted con toda razón a Marr de vulgarizador del marxismo. ¿Quiere decir esto que los lingüistas -entre ellos, nosotros, los jóvenes- debemos rechazar *toda* la herencia lingüística de Marr, en la cual hay, pese a todo, algunas investigaciones lingüísticas valiosas (los camaradas Chikobava, Sanzhéev y otros han hablado de ellas en la discusión)? ¿Podemos, abordando con sentido crítico a Marr, tomar lo útil y valioso que haya eh él?

RESPUESTA. Naturalmente, las obras de N. Y. Marr no contienen sólo errores. N. Y. Marr incurrió en burdísimos errores cuando introdujo en la lingüística elementos de marxismo adulterados, cuando intentó crear una teoría lingüística independiente. Pero N. Y. Marr tiene algunas obras buenas y escritas con talento, en las que, olvidándose de sus pretensiones teóricas, investiga: concienzudamente y -hay que decirlo- con habilidad, determinadas lenguas. En esos trabajos hay mucho material valioso e instructivo. Naturalmente que todo lo valioso e instructivo que hay en N. Y. Marr debe ser tomado y utilizado.

5. PREGUNTA. Muchos lingüistas estiman que el *formalismo* es una de las causas principales del estancamiento de la lingüística soviética. Siento grandes deseos de conocer su opinión acerca de en qué se manifiesta el formalismo en la lingüística y cómo debe procederse para superarlo.

RESPUESTA. N. Y. Marr y sus «discípulos» acusan de «formalismo» a todos los lingüistas que no comparten la «nueva doctrina» de N. Y. Marr. Eso, naturalmente, no es serio ni inteligente.

N. Y. Marr consideraba que la gramática era puro «formalismo» y formalistas a quienes veían en la estructura gramatical la base de la lengua. Eso es una solemne majadería.

Yo creo que el «formalismo» ha sido inventado por los autores de la «nueva doctrina» para combatir más fácilmente a sus adversarios en la lingüística.

La causa del estancamiento de la lingüística soviética no es el «formalismo» inventado por N. Y. Marr y sus «discípulos», sino el régimen a lo Arakchéev y las lagunas teóricas en la lingüística. El régimen a lo Arakchéev lo han instaurado los «discípulos» de N. Y. Marr. La confusión teórica ha sido llevada a la lingüística por N. Y. Marr y sus más cercanos adeptos. Para que no haya estancamiento debe terminarse con lo uno y lo otro. La eliminación de esas úlceras saneará la lingüística soviética, la conducirá a un anchuroso camino y le permitirá ocupar el primer lugar en la lingüística mundial.

29 de junio de 1950.

Publicado en «Pravda», el 4 de julio de 1950.

Respuestas a unos camaradas

Al camarada Sanzhéev

Estimado camarada *Sanzhéev*:

Respondo a su carta con gran retraso, ya que sólo ayer me fue transmitida por el aparato del Comité Central.

Usted interpreta mi posición en el problema de los dialectos con absoluta justeza.

Los dialectos «de clase», a los que sería más exacto llamar jergas, no sirven a las masas populares, sino a una reducida capa de las altas esferas sociales. Por lo demás, no tienen ni estructura gramatical ni léxico básico propios. A eso se debe que no puedan, de ninguna manera, convertirse en lenguas independientes.

Los dialectos locales («territoriales») sirven, por el contrario, a las masas populares y tienen su propia estructura gramatical y su propio caudal de voces básico. A ello se debe que algunos dialectos locales, en el proceso de formación de las naciones, puedan servir de base a las lenguas nacionales y desarrollarse hasta llegar a ser lenguas nacionales independientes. Ese fue el caso, por ejemplo, del dialecto de Kursk-Orel (el «habla» de Kursk-Orel) de la lengua rusa, que constituyó la base de la lengua nacional rusa. Lo mismo cabe decir del dialecto de Poltava-Kíev de la lengua ucraniana, que fue la base de la lengua nacional ucraniana. En cuanto a los demás dialectos de esas lenguas, pierden su originalidad, se funden con esas lenguas y se diluyen en ellas.

Suele darse también el proceso inverso, cuando la lengua única de un pueblo que no se ha convertido aún en nación por no existir las condiciones económicas necesarias para su desarrollo, se hunde a causa de la disgregación estatal de este pueblo, y los dialectos locales que aún no han tenido tiempo de fundirse en una lengua única, reviven y dan comienzo a la formación de distintas lenguas independientes. Es posible que ése fuera el caso por ejemplo, de la lengua mongola única.

11 de julio de 1950.

Publicado en «Pravda», el 2 de agosto de 1950.

A los camaradas D. Belkin y S. Furer

He recibido sus cartas.

El error de ustedes consiste en que han mezclado dos cosas diferentes y han suplantado por otro el tema examinado en mi respuesta a la camarada Krasheninnikova.

1. Yo critico en esa respuesta a N. Y. Marr, quien, al tratar de la lengua (hablada) y del pensamiento, separa la lengua del pensamiento y cae por ello en el idealismo. Por tanto, en mi respuesta me refiero a personas normales, con el don de la palabra. Yo afirmo que en esas personas los pensamientos sólo pueden surgir sobre la base del material idiomático, que en las personas con el don de la palabra no existen pensamientos desnudos, sin ligazón con el

material idiomático.

En vez de aceptar o de rechazar esta tesis, ustedes presentan a personas anormales, sin habla, a sordomudos, cuyos pensamientos, naturalmente, no pueden surgir sobre la base del material idiomático. Como ven, éste es otro tema totalmente distinto, al que no me he referido ni podía referirme, pues la lingüística se ocupa de personas normales, con el don de la palabra, y no de personas anormales, de sordomudos, que no hablan.

Ustedes han suplantado el tema discutido por otro que no ha sido puesto a discusión.

2. De la carta del camarada Belkin se desprende que coloca en un mismo plano la «lengua de palabras» (lengua hablada) con la «lengua mímica» (según N. Y. Marr, lengua «de las manos»). Por lo visto, cree que la lengua mímica y la lengua de palabras son equivalentes, que en un tiempo la sociedad humana no tenía lengua de palabras, que la lengua «de las manos» suplía entonces a la lengua de palabras, que apareció después.

Pero si el camarada Belkin piensa efectivamente así, incurre en un grave error. La lengua hablada o la lengua de palabras fue siempre el único lenguaje de la sociedad humana capaz de servir como eficiente medio de relación entre los hombres. La historia no conoce ninguna sociedad humana, por más atrasada que sea, sin su lengua hablada. La etnografía no conoce ningún pequeño pueblo atrasado, aunque sea tan primitivo o más aún que, pongamos por caso, los australianos o los habitantes de la Tierra del Fuego en el siglo pasado, que no tenga su lengua hablada. La lengua hablada es en la historia de la humanidad una de las fuerzas que han ayudado a los hombres a diferenciarse del resto de los animales, unirse en sociedades, desarrollar su pensamiento, organizar la producción social, luchar con éxito contra las fuerzas de la naturaleza y llegar al progreso que observamos en la actualidad.

En este sentido, el papel de la llamada lengua mímica es insignificante, debido a su extrema pobreza y limitación. Propiamente dicho, no es una lengua y ni siquiera un sucedáneo de lengua capaz de reemplazar de una u otra manera a la lengua hablada, sino un medio auxiliar, con recursos extremadamente limitados, que a veces utiliza el hombre para subrayar uno u otro pasaje en su discurso. La lengua mímica y la lengua hablada son tan incomparables como la primitiva azada de madera y el moderno tractor-oruga, con su arado de cinco rejas, o la sembradora a tractor.

3. A lo que se ve, ustedes se interesan sobre todo por los sordomudos, y sólo después por los problemas de la lingüística. Al parecer, es precisamente esta circunstancia la que les ha inducido a hacerme varias preguntas. Bien, ya que ustedes insisten, procuraré satisfacer su ruego. Así, pues, ¿qué puede decirse de los sordomudos? ¿Poseen la facultad de pensar?, ¿surgen en ellos pensamientos? Sí, poseen la facultad de pensar y en ellos surgen pensamientos. Es evidente que, como los sordomudos están privados del habla, sus pensamientos no pueden surgir sobre la base del material lingual. ¿Quiere decir eso que los pensamientos de los sordomudos son pensamientos desnudos, sin nexo con las «normas de la naturaleza» (expresión de N. Y. Marr)? No, no quiere decir eso. Los pensamientos de los sordomudos surgen y pueden existir únicamente sobre la base de las imágenes, las percepciones y las concepciones que se forman en su vida de los objetos del mundo exterior y de las relaciones entre ellos mismos gracias a la vista, el tacto, el gusto y el olfato. Fuera de estas imágenes, percepciones y concepciones, el pensamiento es huero, carece de todo contenido, es decir, no existe.

22 de julio de 1950.

Publicado en «Pravda», el 2 de agosto de 1950.

Al camarada A. Jolópov

He recibido su carta.

He tardado un poco en contestarle por estar recargado de trabajo.

Su carta parte tácitamente de dos hipótesis: de la hipótesis de que es admisible citar las obras de uno o de otro autor *haciendo abstracción* del período histórico a que se refiere la cita y, en segundo lugar, de la hipótesis de que tales o cuales conclusiones y fórmulas del marxismo, resultado del estudio de uno u otro período del desarrollo histórico, son justas para todos los períodos de desarrollo y por eso deben permanecer *inmutables*.

Debo decir que ambas hipótesis son profundamente erróneas.

Algunos ejemplos.

1. En el quinto decenio del siglo pasado, cuando aún no existía capitalismo monopolista, cuando el capitalismo se desarrollaba de manera más o menos uniforme, en línea ascendente, se extendía a nuevos territorios que no había ocupado aún, y la ley de la desigualdad del desarrollo no podía actuar todavía con plena fuerza, Marx y Engels llegaron a la conclusión de que la revolución socialista no podría triunfar en un solo país y únicamente podía vencer mediante un golpe conjunto en todos o en la mayoría de los países civilizados. Esta conclusión pasó a ser una tesis rectora para todos los marxistas.

Sin embargo, en los albores del siglo XX, especialmente en el período de la primera guerra mundial, cuando para todos se hizo evidente que el capitalismo premonopolista se había transformado de manera manifiesta en capitalismo monopolista, cuando el capitalismo ascendente se convirtió en capitalismo moribundo, y cuando la guerra puso de relieve las incurables debilidades del frente

imperialista mundial y la ley de la desigualdad del desarrollo predeterminó el que la revolución proletaria maduraría en épocas diferentes en los distintos países, Lenin, partiendo de la teoría marxista, llegó a la conclusión de que en las nuevas condiciones del desarrollo la revolución socialista podía perfectamente triunfar en un solo país; de que el triunfo simultáneo de la revolución socialista en todos los países o en la mayoría de los países civilizados era imposible debido a que la revolución no maduraba por igual en dichos países; de que la vieja fórmula de Marx y Engels no correspondía ya a las nuevas condiciones históricas.

Como se ve, tenemos aquí dos conclusiones distintas sobre el problema del triunfo del socialismo, que no sólo se contradicen, sino que se excluyen mutuamente.

Los dogmáticos y los talmudistas, que citan mecánicamente, sin penetrar en la esencia de las cosas, haciendo abstracción de las condiciones históricas, pueden decir que una de estas conclusiones, por ser absolutamente injusta, debe ser rechazada, y la otra conclusión, por ser absolutamente justa, debe hacerse extensiva a todos los períodos del desarrollo. Pero los marxistas no pueden ignorar que los dogmáticos y los talmudistas se equivocan, no pueden ignorar que ambas conclusiones son justas, pero no incondicionalmente, sino cada una para su época: la de Marx y Engels para el período del capitalismo premonopolista, y la de Lenin para el período del capitalismo monopolista.

2. Engels decía en su «Anti-Dühring» que, después del triunfo de la revolución socialista, el Estado había de extinguirse. Sobre esta base, después del triunfo de la Revolución Socialista en nuestro país, los dogmáticos y los talmudistas en nuestro Partido exigían que el Partido tomase medidas para acelerar la extinción de nuestro Estado, para disolver los organismos del Estado, para renunciar al ejército permanente.

Sin embargo, el estudio de la situación mundial en nuestra época llevó a los marxistas soviéticos a la conclusión de que en las condiciones de cerco capitalista, cuando la revolución socialista ha triunfado en un solo país y en todos los demás domina el capitalismo, el país de la revolución triunfante no debe debilitar, sino reforzar por todos los medios su estado, los organismos del Estado, el servicio de inteligencia y el ejército, si no quiere ser aplastado por el cerco capitalista. Los marxistas rusos llegaron a la conclusión de que la fórmula de Engels se refiere al triunfo del socialismo en todos los países o en la mayoría de los países y es inaplicable cuando el socialismo triunfa en un solo país, mientras en todos los demás países domina el capitalismo.

Como se ve, tenemos aquí dos diferentes fórmulas relativas a los destinos del Estado socialista, dos fórmulas que se excluyen mutuamente.

Los dogmáticos y los talmudistas pueden decir que esta circunstancia crea una situación insoportable, que hay que rechazar una fórmula, por ser absolutamente errónea, y extender la otra, por ser absolutamente justa, a todos los períodos del desarrollo del Estado socialista. Pero los marxistas no pueden ignorar que los dogmáticos y los talmudistas se equivocan, pues ambas fórmulas son justas, pero no de manera incondicional, sino cada una para su época: la de los marxistas soviéticos para el período del triunfo del socialismo en uno o en varios países, y la de Engels para el período en que el triunfo consecutivo del socialismo en distintos países conduzca al triunfo del socialismo en la mayoría de los países y se creen, por tanto, las condiciones necesarias para la aplicación de la fórmula de Engels.

Podrían multiplicarse estos ejemplos.

Lo mismo hay que decir de las dos fórmulas diferentes sobre el problema de la lengua, tomadas de distintas obras de Stalin y citadas por el camarada Jolópov en su carta.

El camarada Jolópov se remite a la obra de Stalin «Acerca del marxismo en la lingüística» donde se saca la conclusión de que, como resultado del cruce, por ejemplo, de dos lenguas, una de ellas sale habitualmente vencedora, mientras que la otra se extingue, y que, por consiguiente, el cruce no da una lengua nueva, una tercera lengua, sino que conserva una de las lenguas. Más adelante se remite a otra conclusión tomada del informe de Stalin al XVI Congreso del PC(b) de la URSS, donde se dice que en el período del triunfo del socialismo en escala mundial, cuando el socialismo se haya consolidado y sea un sistema de vida habitual, las lenguas nacionales deberán fundirse inevitablemente en una lengua común que, como es natural, no será ni el gran-ruso ni el alemán, sino una lengua nueva. Al comparar estas dos fórmulas y ver que no sólo no coinciden, sino que se excluyen, el camarada Jolópov se desespera. «Por su artículo -escribe- he comprendido que del cruce de lenguas *nunca* puede obtenerse una lengua nueva, mientras que antes de la aparición del artículo estaba firmemente convencido, de acuerdo con su discurso en el XVI Congreso del PC(b) de la URSS, de que en el *comunismo* las lenguas se fundirían en una lengua común».

Por lo visto, el camarada Jolópov ha descubierto una contradicción entre estas dos fórmulas y, firmemente convencido de que debe ser suprimida, considera necesario desembarazarse de una fórmula, como injusta, y asirse a la otra fórmula, como justa para todos los tiempos y todos los países; pero no sabe a qué fórmula precisamente asirse. Resulta algo así como una situación sin salida. El camarada Jolópov ni siquiera sospecha que ambas fórmulas pueden ser justas, cada una para su época.

Así les ocurre siempre a los dogmáticos y a los

talmudistas, que, sin penetrar en la esencia de las cosas y citando mecánicamente, sin relación con las condiciones históricas a que se refieren las citas, se ven siempre en una situación sin salida.

No obstante, si se examina el fondo de la cuestión no hay ningún fundamento para considerar que esa situación no tiene salida. La cuestión estriba en que el folleto de Stalin «Acerca del marxismo en la lingüística» y el discurso de Stalin en el XVI Congreso del Partido se refieren a dos épocas totalmente distintas, razón por la cual las fórmulas resultan también distintas.

La fórmula dada por Stalin en su folleto, en la parle que habla del cruce de las lenguas, se refiere a la época *anterior al triunfo del socialismo* en escala mundial; cuando las clases explotadoras son la fuerza dominante en el mundo; cuando el yugo nacional y colonial sigue en pie; cuando el aislamiento nacional y la desconfianza entre las naciones están afianzados por las diferencias estatales; cuando no existe aún la igualdad de derechos de las naciones; cuando el cruce de las lenguas se opera en la lucha por la dominación de una de las lenguas; cuando no existen aún las condiciones para la colaboración pacífica y amistosa de las naciones y de las lenguas; cuando no son la colaboración y el enriquecimiento mutuo de las lenguas, sino la asimilación de unas lenguas y el triunfo de otras, lo que está a la orden del día. Es lógico que en esas condiciones sólo pueda haber lenguas vencedoras y lenguas vencidas. Precisamente a esas condiciones se refiere la fórmula de Stalin cuando dice que el cruce, por ejemplo, de dos lenguas no da por resultado la formación de una lengua nueva, sino el triunfo de una de las lenguas y la derrota de la otra.

En cuanto a la otra fórmula de Stalin, tomada de su discurso en el XVI Congreso del Partido, en la parte relativa a la fusión de las lenguas en una lengua común, se refiere a otra época, a saber, la época *posterior al triunfo del socialismo* en escala mundial, en la que ya no existirá el imperialismo mundial, las clases explotadoras habrán sido derrocadas, el yugo nacional y colonial suprimido, el aislamiento nacional y la desconfianza entre las naciones sustituidos por la confianza recíproca y el acercamiento de las naciones; en la que la igualdad de derechos de las naciones será una realidad, la política de aplastamiento y asimilación de las lenguas habrá sido eliminada, la colaboración de las naciones será un hecho y las lenguas nacionales podrán enriquecerse libre y recíprocamente mediante la colaboración. Es lógico que en estas condiciones no pueda ni hablarse del aplastamiento y la derrota de unas lenguas ni del triunfo de otras. Aquí el problema no afectará a dos lenguas, de las cuales una sucumbe y la otra sale vencedora de la lucha, sino a centenares de lenguas nacionales, de las cuales, como resultado de una larga colaboración económica, política y cultural de las naciones, irán destacándose al principio lenguas únicas zonales más enriquecidas, y, después, las lenguas zonales se fundirán en una lengua internacional común que, naturalmente, no será ni el alemán, ni el rusa, ni el inglés, sino una nueva lengua, que habrá absorbido los mejores elementos de las lenguas nacionales y zonales.

Por consiguiente, esas dos fórmulas distintas corresponden a dos épocas distintas del desarrollo de la sociedad y, precisamente por eso, por corresponder a ellas, ambas fórmulas son justas, cada una para su época.

Exigir que estas fórmulas no estén en contradicción entre sí, que no se excluyan, es tan absurdo como exigir que la época de la dominación del capitalismo no esté en contradicción con la época de la dominación del socialismo, que el socialismo y el capitalismo no se excluyan entre sí.

Los dogmáticos y los talmudistas consideran que el marxismo, que las distintas conclusiones y fórmulas del marxismo son una colección de dogmas que «nunca» varían, aunque varíen las condiciones del desarrollo de la sociedad. Creen que si se aprenden de memoria estas conclusiones y fórmulas y se ponen a citarlas a diestro y siniestro, estarán en condiciones de resolver cualquier problema, pues suponen que las conclusiones y fórmulas aprendidas de memoria les servirán para todos los tiempos y para todos los países, para todos los casos de la vida. Pero así sólo pueden pensar quienes ven la letra del marxismo, pero no captan su esencia, quienes se aprenden de memoria los textos de las conclusiones y fórmulas del marxismo, pero no comprenden su contenido.

El marxismo es la ciencia de las leyes del desarrollo de la naturaleza y de la sociedad, la ciencia de la revolución de las masas oprimidas y explotadas, la ciencia de la victoria del socialismo en todos los países, la ciencia de la edificación de la sociedad comunista. El marxismo, como ciencia que es, no puede permanecer estancado: se desarrolla y se perfecciona. En su desarrollo, el marxismo no puede dejar de enriquecerse con nuevas experiencias, con nuevos conocimientos, y, por tanto, algunas de sus fórmulas y conclusiones tienen forzosamente que cambiar con el tiempo, tienen forzosamente que ser sustituidas por nuevas fórmulas y conclusiones, correspondientes a las nuevas tareas históricas. El marxismo no reconoce conclusiones y fórmulas inmutables, obligatorias para todas las épocas y períodos. El marxismo es enemigo de todo dogmatismo.

28 de julio de 1950.

Publicado en «Pravda», el 2 de agosto de 1950.

PROBLEMAS ECONÓMICOS DEL SOCIALISMO EN LA URSS

A los participantes en la discusión sobre problemas de Economía.

Observaciones sobre cuestiones de economía relacionadas con la discusión de noviembre de 1951

Dispongo de todos los documentos relacionados con la discusión económica celebrada para apreciar el proyecto de manual de Economía Política. He recibido, entre esos documentos, las «Propuestas para mejorar el proyecto de manual de Economía Política», las «Propuestas para eliminar los errores y las inexactitudes» en el proyecto, y la «Relación de las cuestiones discutibles».

Estimo necesario hacer respecto a todos estos materiales, y también respecto al proyecto de manual, las siguientes observaciones.

1. El carácter de las leyes económicas en el socialismo

Algunos camaradas niegan el carácter objetivo de las leyes de la ciencia, principalmente de las leyes de la Economía Política en el socialismo. Niegan que las leyes de la Economía Política reflejan el carácter regular de procesos que se operan independientemente de la voluntad de los hombres. Consideran que en virtud del papel especial que la historia ha asignado al Estado Soviético, éste y sus dirigentes pueden abolir las leyes de la economía política existentes, pueden «formar» nuevas leyes, «crear» nuevas leyes.

Esos camaradas se equivocan profundamente. Por lo visto, confunden las leyes de la ciencia, que reflejan procesos objetivos de la naturaleza o de la sociedad, procesos independientes de la voluntad de los hombres, con las leyes promulgadas por los gobiernos, creadas por la voluntad de los hombres y que tienen únicamente fuerza jurídica. Pero no se debe confundirlas de ningún modo.

El marxismo concibe las leyes de la ciencia -lo mismo si se trata de las leyes de las Ciencias Naturales que de las leyes de la Economía Política- como reflejo de procesos objetivos que se operan independientemente de la voluntad de los hombres. Los hombres pueden descubrir estas leyes, llegar a conocerlas, estudiarlas, tomarlas en consideración al actuar y aprovecharlas en interés de la sociedad; pero no pueden modificarlas ni abolirlas. Y aún menos pueden formar o crear nuevas leyes de la ciencia.

¿Quiere decir eso que, por ejemplo, los efectos de la acción de las leyes naturales, los efectos de la acción de las fuerzas de la naturaleza sean en absoluto ineluctables, que las acciones destructivas de las fuerzas naturales tengan siempre y en todas partes la fuerza inexorable de elementos que no se someten a la influencia del hombre? No, no quiere decir eso. Si excluimos los procesos astronómicos, geológicos y otros análogos en los que los hombres, incluso cuando han llegado a conocer las leyes de su desarrollo, son verdaderamente impotentes para influir en ellos, en muchos otros casos los hombres no son, en absoluto, impotentes para influir en los procesos naturales. En todos esos casos, los hombres, una vez han conocido las leyes de la naturaleza, pueden, tomándolas en consideración y apoyándose en ellas, utilizándolas y aprovechándolas debidamente, reducir la esfera de su acción, encauzar en otra dirección las fuerzas destructivas de la naturaleza y hacer que rindan provecho a la sociedad.

Tomemos un ejemplo entre muchos. En tiempos remotísimos, el desbordamiento de los grandes ríos, las inundaciones y la destrucción de viviendas y de sembrados, a las inundaciones aparejadas, considerábanse como una calamidad ineluctable, contra la que los hombres nada podían hacer. Sin embargo, con el transcurso del tiempo, al aumentar los conocimientos del hombre, cuando los hombres aprendieron a levantar diques y a construir centrales hidroeléctricas, se hizo posible preservar a la sociedad de calamidades como las inundaciones, que antes parecían ineluctables, Más aún, los hombres aprendieron a poner freno a las fuerzas destructivas de la naturaleza, a domarlas, por decirlo así, a hacer que la fuerza del agua prestase servicio a la sociedad y a utilizarla para regar los campos y obtener energía.

¿Quiere decir eso que los hombres abolieron de esta manera las leyes de la naturaleza, las leyes de la ciencia, que crearon nuevas leyes de la naturaleza, nuevas leyes de la ciencia? No, no quiere decir eso. La realidad es que todo lo que se hace para prevenir la acción de la fuerza destructiva del agua y para utilizar esa fuerza en interés de la sociedad, hácese sin violar en lo más mínimo, modificar o destruir las leyes de la ciencia, sin crear nuevas leyes de la

ciencia. Al contrario: todo eso se hace basándose estrictamente en las leyes de la naturaleza, en las leyes de la ciencia, pues cualquier infracción de las leyes de la naturaleza, aún la más mínima, conduciría únicamente a estropearlo todo, lo frustraría todo.

Lo mismo hay que decir de las leyes del desarrollo económico, de las leyes de la Economía Política, tanto si se trata del período del capitalismo, como del período del socialismo. Aquí, lo mismo que en las Ciencias Naturales, las leyes del desarrollo económico son leyes objetivas que reflejan los procesos del desarrollo económico, procesos que se operan independientemente de la voluntad de los hombres. Los hombres pueden descubrir esas leyes, llegar a conocerlas y, apoyándose en ellas, aprovecharlas en interés de la sociedad, encauzar en otra dirección la acción destructiva de algunas leyes, limitar la esfera de su acción, dar vía libre a otras leyes que van abriéndose camino; pero no pueden destruir unas leyes económicas y crear otras nuevas.

Una de las peculiaridades de la Economía Política consiste en que sus leyes no son duraderas, como las leyes de las Ciencias Naturales, pues las leyes de la Economía Política, por lo menos la mayoría de ellas, actúan en el transcurso de un período histórico determinado, y después ceden lugar a nuevas leyes. Pero las leyes económicas no son destruidas, sino que cesan de actuar debido a nuevas condiciones económicas y se retiran de la escena para dejar sitio a leyes nuevas, que no son creadas por la voluntad de los hombres, sino que nacen sobre la base de nuevas condiciones económicas.

Se invoca el «Anti-Dühring» de Engels, su fórmula de que, al ser liquidado el capitalismo y hechos propiedad común los medios de producción, los hombres dominan estos medios de producción y se liberan del yugo de las relaciones económicas sociales, convirtiéndose en «dueños» de su vida social. Engels llama a esa libertad «necesidad hecha conciencia». Pero, ¿qué puede significar «necesidad hecha conciencia»? Significa que los hombres, una vez han conocido las leyes objetivas («necesidad»), las utilizan, con plena conciencia de lo que hacen, en interés de la sociedad. Por eso Engels dice en esa misma obra que:

«Las leyes de sus propias acciones sociales, leyes que hasta ahora se oponían a los hombres como leyes extrañas, como leyes naturales que los tenían sometidos, serán aprovechadas por los hombres con pleno conocimiento de causa y, por tanto, serán dominadas por ellos».

Como puede verse, la fórmula de Engels no habla, ni mucho menos, en favor de quienes piensan que en el socialismo se puede destruir las leyes económicas existentes y crear otras nuevas. Al contrario: esa fórmula no exige que se destruyan las leyes económicas, sino que se las conozca y se las aproveche inteligentemente.

Se dice que las leyes económicas tienen un carácter espontáneo, que su acción es ineluctable, que la sociedad es impotente ante esas leyes. Eso no es cierto. Eso es hacer de las leyes un fetiche, entregarse a ellas como un esclavo. Está demostrado que la sociedad no es impotente ante las leyes económicas; que puede, apoyándose en ellas después de haber llegado a conocerlas, limitar la esfera de su acción, aprovecharlas en interés de la sociedad y «domarlas», como ocurre con las fuerzas de la naturaleza y con sus leyes, como sucede en el ejemplo arriba citado del desbordamiento de los grandes ríos.

Se invoca el papel especial que corresponde al Poder Soviético en la construcción del socialismo y se dice que ese papel le permite destruir las leyes del desarrollo económico existentes y «formar» otras nuevas. Eso tampoco es cierto.

El papel especial del Poder Soviético se debe a dos circunstancias: en primer lugar, a que el Poder Soviético no tuvo que sustituir una forma de explotación por otra, como ocurrió en las viejas revoluciones, sino suprimir toda explotación; en segundo lugar, a que como en el país no existía ningún germen de economía socialista, el Poder Soviético tuvo que crear «en terreno virgen», por decirlo así, nuevas formas de economía, las formas socialistas de economía.

Era ésta, indudablemente, una tarea difícil y compleja, que no tenía precedente. Sin embargo, el Poder Soviético la cumplió con honor. Pero no la cumplió porque hubiera destruido las leyes económicas existentes y «formando» otras nuevas, sino únicamente porque se apoyó en la ley económica de la *armonía obligatoria* entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas. Las fuerzas productivas de nuestro país, particularmente en la industria, tenían carácter social, pero la forma de la propiedad era privada, capitalista. Basándose en la ley económica de la armonía obligatoria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas, el Poder Soviético socializó los medios de producción, los hizo propiedad de todo el pueblo y de esta manera destruyó el sistema de la explotación y creó las formas socialistas de economía. De no haber existido esa ley y sin apoyarse en ella, el Poder Soviético no habría podido cumplir su tarea.

La ley económica de la armonía obligatoria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas pugna por abrirse camino en los países capitalistas desde hace tiempo. Y si aún no se ha abierto camino y no tiene vía libre, es porque tropieza con la empeñadísima resistencia de las fuerzas sociales llamadas a desaparecer. Aquí nos encontramos con otra peculiaridad de las leyes económicas. A diferencia de las leyes de las Ciencias Naturales, en las que el descubrimiento y la

aplicación de una nueva ley, casi no encuentra obstáculos en la esfera económica el descubrimiento y la aplicación de una nueva ley, como ella afecta a los intereses de las fuerzas sociales llamadas a desaparecer, choca con la resistencia tenacísima de esas fuerzas. Se necesita, por tanto, una fuerza, una fuerza social capaz de vencer esa resistencia. Esa fuerza fue en nuestro país la alianza de la clase obrera y de los campesinos, que representaban a la aplastante mayoría de la sociedad. Esa fuerza no existe aún en otros países, en los países capitalistas. Ese es el secreto de que el Poder Soviético consiguiese derrotar a las viejas fuerzas de la sociedad, de que la ley económica de la armonía obligatoria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas obtuviera en nuestro país el más amplio campo para su desarrollo.

Se dice que la necesidad de un desarrollo armónico (proporcional) de la economía de nuestro país permite al Poder Soviético destruir las leyes económicas existentes y crear otras nuevas. Eso es completamente erróneo. No se puede confundir nuestros planes anuales y quinquenales con la ley económica objetiva del desarrollo armónico, proporcional, de la economía del país. La ley del desarrollo armónico de la economía surgió como oposición a la ley de la concurrencia y de la anarquía de la producción bajo el capitalismo. Surgió sobre la base de la socialización de los medios de producción, una vez hubo perdido su fuerza la ley de la concurrencia y de la anarquía de la producción. Entró en acción porque la economía socialista únicamente puede desarrollarse basándose en la ley económica del desarrollo armónico de la economía. Eso quiere decir que la ley del desarrollo armónico de la economía da a nuestros organismos correspondientes la posibilidad de planificar con acierto la producción social. Pero no se puede confundir la *posibilidad* con la *realidad*. Son dos cosas diferentes. Para convertir la posibilidad en realidad, hay que estudiar esa ley económica, hay que dominarla, hay que aprender a aprovecharla con entero conocimiento de causa, hay que confeccionar planes que reflejen con toda plenitud las exigencias de esa ley. No puede decirse que nuestros planes anuales y quinquenales reflejen plenamente las exigencias de esa ley económica.

Se dice que algunas leyes económicas, y entre ellas la ley del valor, que actúan en nuestro país, en el socialismo, son leyes «transformadas», e incluso «radicalmente transformadas» basándose en la economía planificada. Eso tampoco es cierto. Es imposible «transformar» las leyes, y menos aún «radicalmente». Si fuera posible transformarlas, también lo sería destruirlas, substituyéndolas por otras leyes. La tesis de la «transformación» de las leyes es un resabio de esa desacertada fórmula que habla de la «destrucción» y la «formación» de las leyes. Aunque la fórmula de la transformación de las leyes económicas hace ya tiempo que está en uso entre nosotros, tendremos que renunciar a ella, a fuerza de exactos. Se puede limitar la esfera de acción de estas o aquellas leyes económicas, se puede prevenir sus acciones destructivas, en caso, naturalmente, de que las haya, pero no se puede «transformarlas» o «destruirlas».

Por consiguiente, cuando se habla de «sometimiento» de las fuerzas de la naturaleza o de las fuerzas económicas, de «dominio» sobre ellas, etc., etc., ello no quiere decir, ni mucho menos, que los hombres puedan «destruir» las leyes de la ciencia o «formarlas». Al contrario: ello sólo quiere decir que los hombres pueden descubrir las leyes, llegar a conocerlas, dominarlas, aprender a utilizarlas con pleno conocimiento de causa, aprovecharlas en interés de la sociedad y, de esa manera, someterlas, lograr dominarlas.

Así, pues, las leyes de la Economía Política en el socialismo son leyes objetivas que reflejan el carácter regular de los procesos de la vida económica, procesos que se operan independientemente de nuestra voluntad. Quien niega esta tesis, niega en el fondo la ciencia; y, al negar la ciencia niega toda posibilidad de previsión, es decir, niega la posibilidad de dirigir la vida económica.

Pueden decirnos que todo lo expuesto aquí es acertado y conocido- por todo el mundo, pero que en ello no hay nada de nuevo y, por consiguiente, no vale la pena de perder tiempo repitiendo verdades tan sabidas. Naturalmente, aquí no hay, en efecto, nada nuevo, pero sería erróneo suponer que no vale la pena de perder tiempo repitiendo algunas verdades ya sabidas. La realidad es, que a nosotros, como núcleo dirigente, se suman cada año miles de cuadros nuevos, de cuadros jóvenes, que arden en deseos de ayudarnos, que arden en deseos de mostrar lo que valen, pero que no tienen una preparación marxista suficiente, que no conocen muchas de las verdades para nosotros bien conocidas y se ven obligados a errar en la oscuridad. Les dejan atónitos las realizaciones colosales del Poder Soviético, les producen vértigo los extraordinarios éxitos del régimen soviético, y se imaginan que el Poder Soviético «lo puede todo», que «nada le es difícil», que puede destruir las leyes de la ciencia y formar nuevas leyes. ¿Cómo debemos proceder con esos camaradas? ¿Cómo debemos educarles en el espíritu del marxismo-leninismo? Pienso que repetir de una manera sistemática las llamadas verdades «bien sabidas», explicarlas pacientemente, es uno de los mejores medios para dar a esos camaradas una educación marxista.

2. La producción mercantil en el socialismo

Algunos camaradas afirman que el Partido procedió desacertadamente a mantener la producción mercantil después de haber tomado el Poder y

nacionalizado los medios de producción en nuestro país. Consideran que el Partido debió suprimir en aquel mismo momento la producción mercantil. Esos camaradas invocan a Engels, que dice: «Cuando la sociedad tome en sus manos los medios de producción, será suprimida la producción mercantil y con ello, el dominio de los productos sobre los productores» (véase: «Anti-Dühring»).

Esos camaradas se equivocan profundamente.

Analicemos la fórmula de Engels. No se puede considerar que la fórmula de Engels sea bien clara y exacta, pues en ella no se dice si la sociedad toma en sus manos *todos* los medios de producción o sólo parte de ellos, es decir, si *todos* los medios de producción pasan a ser patrimonio de todo el pueblo o si sólo pasa a serlo parte de ellos. Por tanto, *esta* fórmula de Engels puede ser entendida así y asá.

En otro lugar del «Anti-Dühring» Engels habla de la posesión de «*todos* los medios de producción», y de la posesión de «*todo* el conjunto de los medios de producción». Por tanto, Engels no se refiere en su fórmula a la nacionalización de parte de los medios de producción, sino de todos los medios de producción, es decir, a hacer patrimonio de todo el pueblo los medios de producción no sólo en la industria, sino también en la agricultura.

De aquí se desprende que Engels se refiere a países donde el capitalismo y la concentración de la producción están lo bastante desarrollados, no sólo en la industria, sino también en la agricultura, para que se pueda expropiar todos los medios de producción del país y hacer de ellos patrimonio del pueblo entero. Por consiguiente, Engels considera que en esos países se debería, paralelamente a la socialización de *todos* los medios de producción, suprimir la producción mercantil. Y eso, naturalmente, es acertado.

A fines del siglo pasado, cuando apareció el «Anti-Dühring», el único país así era Inglaterra donde el desarrollo del capitalismo y la concentración de la producción habían alcanzado, tanto en la industria como en la agricultura, un nivel que, en caso de tomar el Poder el proletariado, permitiría convertir en patrimonio del pueblo entero *todos* los medios de producción y suprimir la producción mercantil.

En este caso me abstraigo de la importancia que tiene para Inglaterra el comercio exterior, cuyo peso específico, en la economía nacional de ese país, es enorme. Pienso que sólo después de estudiar este problema se podría resolver definitivamente la cuestión de la suerte de la producción mercantil en Inglaterra una vez el proletariado hubiese tomado el Poder y nacionalizado *todos* los medios de producción.

Por cierto, no sólo a fines del siglo pasado, sino también en el presente ha alcanzado algún otro país el nivel de desarrollo del capitalismo y de concentración de la producción en la agricultura que observamos en Inglaterra. En lo que afecta a los demás países, en ellos, a pesar del desarrollo del capitalismo en el campo, hay aún en éste una clase bastante numerosa de propietarios productores pequeños y medios, cuya suerte tendría que decidirse en caso de que el proletariado tomase el Poder.

Pero surge la pregunta: ¿cómo deben proceder el proletariado y su Partido si en uno u otro país, incluido el nuestro, se dan condiciones favorables para que el proletariado tome el Poder y derroque el capitalismo, si en el país dado el capitalismo en la industria ha concentrado hasta tal punto los medios de producción que éstos pueden ser expropiados y puestos en manos de la sociedad, pero la agricultura, a pesar del desarrollo del capitalismo, está aún tan fraccionada entre numerosos propietarios productores pequeños y medios que no se puede plantear la cuestión de expropiar a esos productores?

La fórmula de Engels no responde a esta pregunta. Por cierto, no debe responder a ella, pues surgió sobre la base de otra cuestión, concretamente de la cuestión de cuál debe ser la suerte de la producción mercantil una vez socializados todos los medios de producción.

Así, pues, ¿cómo debemos proceder si no se han socializado *todos* los medios de producción, sino tan sólo una parte de ellos y existen condiciones favorables para que el proletariado tome el Poder?, ¿debe en tal caso el proletariado tomar el Poder?, ¿debe destruirse inmediatamente después de ello la producción mercantil?

Naturalmente, no se puede calificar de respuesta la opinión de algunos marxistas de pacotilla que estiman que en tales condiciones se debe renunciar a la toma del Poder y aguardar a que el capitalismo arruine a los millones de productores pequeños y medios, convirtiéndolos en jornaleros, y concentre los medios de producción en la agricultura; que únicamente después de esto se puede plantear la cuestión de la toma del Poder por el proletariado y de la socialización de todos los medios de producción. Claro está que los marxistas no pueden aceptar esa «salida» si no quieren cubrirse de vergüenza para siempre.

Tampoco se puede calificar de respuesta la opinión de otros marxistas de pacotilla que piensan que quizás se debería tomar el Poder y expropiar a los productores rurales pequeños y medios y socializar sus medios de producción. Los marxistas tampoco pueden seguir este camino descabellado y criminal, pues ello minaría toda posibilidad de victoria de la revolución proletaria y empujaría a los campesinos, por un largo período, al campo de los enemigos del proletariado.

La respuesta a esa cuestión la dió Lenin en sus trabajos acerca del «impuesto en especie» y en su famoso «plan de cooperación».

En pocas palabras, la respuesta de Lenin se reduce a lo siguiente:

a) no dejar escapar las condiciones favorables para la toma del Poder; el proletariado debe tomar el Poder sin esperar a que el capitalismo logre arruinar a los millones de productores individuales pequeños y medios;

b) expropiar los medios de producción en la industria y hacerlos patrimonio de todo el pueblo;

c) en cuanto a los productores individuales pequeños y medios, unirlos paulatinamente en cooperativas de producción, es decir, en grandes haciendas agrícolas, en koljoses;

d) desarrollar por todos los medios la industria y dar a los koljoses la base técnica moderna de la gran producción, con la particularidad de que no deben ser expropiados, sino, por el contrario, dotados intensamente de tractores y otras máquinas de primera calidad;

e) para la alianza económica de la ciudad y el campo, de la industria y la agricultura, se debe mantener por cierto tiempo la producción mercantil (el intercambio mediante la compraventa), como la *única forma aceptable* para los campesinos de vinculación económica a la dudad, y desarrollar con toda amplitud el comercio soviético de Estado y cooperativo-koljosiano, desalojando del tráfico mercantil a todos los capitalistas sin excepción.

La historia de la construcción socialista en nuestro país demuestra que ese camino de desarrollo, trazado por Lenin, se ha justificado plenamente.

No cabe duda de que para todos los países capitalistas, en los que hay una clase más o menos numerosa de productores pequeños y medios, ese camino de desarrollo es el único posible, el único que asegura la victoria del socialismo.

Se dice que la producción mercantil deberá en todas las condiciones conducir, y que conducirá inevitablemente, al capitalismo. Eso no es cierto. Eso no ocurre siempre ni en todas las condiciones. No se puede identificar la producción mercantil con la producción capitalista. Son dos cosas distintas. La producción capitalista es la forma superior de la producción mercantil. La producción mercantil únicamente conduce al capitalismo si existe la propiedad privada sobre los medios de producción, si la fuerza de trabajo aparece en el mercado como una mercancía que el capitalista puede comprar y explotar en el proceso de la producción, si, por consiguiente, rige en el país el sistema de la explotación de los obreros asalariados por los capitalistas. La producción capitalista comienza allí donde los medios de producción están concentrados en manos privadas, y los obreros que no poseen medios de producción, se ven constreñidos a vender su fuerza de trabajo como una mercancía. Sin eso no hay producción capitalista.

Pues bien, si no existen esas condiciones que convierten la producción mercantil en producción capitalista, si los medios de producción no son ya propiedad privada, sino propiedad socialista, si el sistema del trabajo asalariado ya no rige y la fuerza de trabajo ha dejado de ser una mercancía, si hace ya tiempo que ha sido liquidado el sistema de explotación, ¿a qué atenerse?, ¿se puede considerar que la producción mercantil conducirá, a pesar de todo, al capitalismo? No, no se puede. Y nuestra sociedad es precisamente una sociedad donde hace ya mucho que no existen la propiedad privada sobre los medios de producción, el sistema del trabajo asalariado, el sistema de la explotación.

No puede considerarse la producción mercantil como algo que se baste a sí mismo, como algo independiente de las condiciones económicas circundantes. La producción mercantil es más vieja que la producción capitalista. Existió en el régimen esclavista y sirvió a ese régimen, y, sin embargo, no condujo al capitalismo. Existió en el feudalismo y sirvió a ese régimen, y, a pesar de que preparó ciertas condiciones para la producción capitalista, no condujo al capitalismo. Yo pregunto: ¿por qué no puede también la producción mercantil servir por cierto período a nuestra sociedad socialista sin conducir al capitalismo, si se tiene en cuenta que la producción mercantil no está ilimitadamente difundida en el país y no lo albarca todo, como en el capitalismo, si se tiene en cuenta que en nuestro país ha sido rigurosamente circunscrita gracias a condiciones económicas tan decisivas como la propiedad social sobre los medios de producción, la liquidación del sistema del trabajo asalariado, la liquidación del sistema de la explotación?

Se dice que, una vez establecido en nuestro país el dominio de la propiedad social sobre los medios de producción, que, una vez liquidado el sistema del trabajo asalariado y de la explotación, la existencia de la producción mercantil ha perdido su sentido y que, por ello, dicha producción debería ser suprimida.

Eso tampoco es cierto. Actualmente tenemos en nuestro país dos formas fundamentales de la producción socialista: la estatal, de todo el pueblo, y la kóljosiana, a la que no se puede dar ese calificativo. En las empresas del Estado, los medios de producción y los productos son propiedad de todo el pueblo. En las empresas koljosianas, aunque los medios de producción (la tierra y las máquinas) pertenecen al Estado, los productos son propiedad de los distintos koljoses, pues allí la fuerza de trabajo, lo mismo, que las semillas, es de los koljoses, y éstos disponen de la tierra, que les ha sido cedida en usufructo perpetuo, como si fuera propiedad suya, a pesar de que no pueden venderla ni comprarla, ni arrendarla, ni hipotecarla.

Esta circunstancia hace que el Estado únicamente pueda disponer de los productos de sus empresas,

pues los koljoses disponen ellos mismos de su producción, como propiedad suya. Pero los koljoses no quieren enajenar sus productos como no sea bajo la forma de mercancías, a cambio de las cuales quieren recibir otras mercancías que necesitan. En el presente, los koljoses no aceptan más vínculos económicos con la ciudad que los vínculos mercantiles, que el intercambio mediante la compraventa. Por eso la producción mercantil y el tráfico de mercancías son hoy en nuestro país una necesidad, como lo era, por ejemplo, hace unos treinta años, cuando Lenin proclamó que era necesario desarrollar por todos los medios el tráfico de mercancías.

Naturalmente, cuando en lugar de los dos sectores principales de la producción, el estatal y el koljosiano, surja un solo sector que lo abarque todo y tenga derecho a disponer de toda la producción del país destinada al consumo, la circulación de mercancías, con su «economía monetaria», desaparecerá, como un elemento innecesario, de la economía nacional. Pero mientras no se haya llegado a eso, mientras existan los dos sectores principales de la producción, la producción mercantil y la circulación de mercancías deberán continuar en vigor, como un elemento necesario y muy útil de nuestro sistema de economía nacional. De qué modo se llegará a la creación de un sector único y unificado, si será mediante la simple absorción del sector koljosiano por el sector estatal, cosa poco probable (porque sería interpretado como la expropiación de los koljoses), o mediante la institución de un organismo económico *nacional* único (con representantes de la industria del Estado y de los koljoses), que tenga al principio el derecho de nevar la cuenta de toda la producción del país destinada al consumo y, posteriormente, también el de distribuir la producción, por ejemplo, mediante el intercambio de productos, es una cuestión especial que exige ser analizada aparte.

Por consiguiente, nuestra producción mercantil no es una producción mercantil habitual, sino una producción mercantil de tipo especial, una producción mercantil sin capitalistas, que en lo fundamental tiene que vérselas con las mercancías de productores socialistas unificados (el Estado, los koljoses y las cooperativas), una producción cuya esfera de acción está circunscrita a los objetos de consumo personal y que -es evidente- no puede de ningún modo transformarse en producción capitalista y está llamada a contribuir, con su «economía monetaria», al desarrollo y al fortalecimiento de la producción socialista.

Por ello no tienen ninguna razón los camaradas que afirman que, si la sociedad socialista no suprime las formas mercantiles de la producción, deben ser restablecidas en nuestro país todas las categorías económicas propias del capitalismo: la fuerza de trabajo como mercancía, la plusvalía, el capital, el beneficio del capital, la norma media de beneficio, etc., etc. Esos camaradas confunden la producción mercantil con la producción capitalista y suponen que, si existe la producción mercantil, debe existir también la producción capitalista. No comprenden que nuestra producción mercantil se distingue radicalmente de la producción mercantil en el capitalismo.

Más aún: yo pienso que es necesario rechazar algunos otros conceptos tomados de «El Capital» -obra en la que Marx analizaba el capitalismo- y que han sido traídos por los pelos para aplicarlos a nuestras relaciones Socialistas. Me refiero, entre otros, a los conceptos trabajo «indispensable» y «suplementario», producto «indispensable» y «suplementario», tiempo «indispensable» y «suplementario». Marx analizó el capitalismo para esclarecer la fuente de la explotación de la clase obrera, la plusvalía, y dar a la clase obrera, privada de medios de producción, un arma espiritual para derrocar el capitalismo. Se comprende que, al hacer ese análisis, Marx operara con conceptos (categorías) en plena correspondencia con las relaciones capitalistas. Pero resulta algo más que extraño operar con esos conceptos ahora que la clase obrera, lejos de estar privada del Poder y de los medios de producción, es, por el contrario, dueña del Poder y de los medios de producción. Hoy, en nuestro régimen, resultan bastante absurdas las palabras acerca de la fuerza de trabajo como mercancía y de la «contrata» de obreros. Parece como si la clase obrera, dueña de los medios de producción, se contratara a sí misma y se vendiera a sí misma su fuerza de trabajo. Igualmente extraño resulta hablar hoy de trabajo «indispensable» y «suplementario». Parece como si en nuestras condiciones el trabajo entregado por los obreros a la sociedad para ampliar la producción, para fomentar la instrucción pública y la sanidad, para organizar la defensa, etc., no fuese tan indispensable a la clase obrera, que está hoy en el Poder, como el trabajo gastado en cubrir las necesidades personales del obrero y de su familia.

Conviene señalar que Marx, en su obra «Crítica del programa de Gotha» -obra en la que ya no analiza el capitalismo, sino, entre otras cosas, la primera fase de la sociedad comunista-, reconoce el trabajo entregado a la sociedad para ampliar la producción, para la instrucción pública, para la sanidad, para los gastos de administración, para crear reservas, etc., tan indispensable como el trabajo gastado en cubrir las necesidades de consumo de la clase obrera.

Pienso que nuestros economistas deben poner fin a ese desacuerdo entre los viejos conceptos y el nuevo estado de cosas que existe en nuestro país socialista, sustituyendo los viejos conceptos por conceptos nuevos, de acuerdo con el nuevo estado de cosas.

Ese desacuerdo se ha podido tolerar hasta cierto momento, pero ha llegado la hora en que, por fin, debemos liquidarlo.

3. La ley del valor en el socialismo

A veces se pregunta si la ley del valor existe y actúa en nuestro país, en nuestro régimen socialista.

Sí, existe y actúa. Allí donde hay mercancías y producción mercantil no puede por menos de existir la ley del valor.

En nuestro país la ley del valor extiende su acción, ante todo, a la circulación de mercancías, al intercambio de mercancías mediante la compraventa, al intercambio, principalmente, de las mercancías de consumo personal. Aquí, en esta esfera, la ley del valor sigue desempeñando, naturalmente en ciertos límites, el papel de regulador.

Pero la acción de la ley del valor no queda limitada a la esfera de la circulación de mercancías. Se extiende también a la producción. Cierto es que en nuestra producción socialista la ley del valor no desempeña un papel regulador, pero, con todo y con eso, actúa sobre la producción, cosa que debe ser tenida en cuenta al dirigir ésta. La realidad es que los productos destinados al consumo, necesarios para cubrir los gastos de fuerza de trabajo en el proceso de la producción, se producen y se realizan en nuestro país como mercancías sometidas a la acción de la ley del valor. Aquí, precisamente, se pone de manifiesto la acción de la ley del valor sobre la producción. Por este motivo tienen hoy importancia para nuestras empresas cuestiones como el cálculo económico y la rentabilidad, el costo de producción, los precios, etc. Por eso nuestras empresas no pueden ni deben despreciar la ley del valor.

¿Es eso bueno? No es malo. En las condiciones actuales de nuestro país, no es malo, ni mucho menos, pues esa circunstancia enseña a los camaradas que trabajan en el dominio de la economía a dirigir de un modo racional la producción y la disciplina. No es malo porque enseña a los dirigentes de nuestra economía a calcular las magnitudes de la producción, a calcularlas exactamente y a tener en cuenta con la misma exactitud las cosas reales en la producción, en vez de hablar y hablar de «datos aproximados», puro producto de la imaginación. No es malo porque enseña a los dirigentes de nuestra economía a buscar, encontrar y aprovechar las reservas ocultas en las entrañas de la producción ya no pasar por encima de ellas sin advertirlas. No es malo porque enseña a los dirigentes de nuestra economía a mejorar sistemáticamente los métodos de producción, a reducir el costo de ésta, a aplicar el principio del cálculo económico y a esforzarse por conseguir que las empresas sean rentables. Esta es una buena escuela práctica, que acelera el desarrollo de los cuadros que trabajan en nuestra economía y su conversión en verdaderos dirigentes de la producción socialista en la actual etapa de desarrollo.

La desgracia no estriba en que la ley del valor actúa en nuestro país sobre la producción. La desgracia consiste en que los dirigentes de nuestra economía y los encargados de planificarla conocen mal, salvo raras excepciones, la acción de la ley del valor, no estudian esa acción y no saben tenerla en cuenta al hacer sus cálculos. A ello, precisamente, se debe la confusión que aún reina en cuanto a la política de precios. Daré un ejemplo entre muchos. Hace algún tiempo se resolvió regular, en interés del cultivo del algodón, la correlación de precios entre el algodón y los cereales, precisar los precios de los cereales que se venden a los cultivadores de algodón y elevar los precios del algodón que se entrega al Estado. En relación con ello, algunos dirigentes de nuestra economía y los camaradas que la planifican hicieron una propuesta que no pudo por menos de asombrar a los miembros del CC, ya que en la propuesta el precio de una tonelada de trigo casi equivalía al de una tonelada de algodón, con la particularidad de que el precio de la tonelada de cereal se igualaba al precio de una tonelada de pan. Cuando los miembros del CC observaron que el precio de una tonelada de pan debía ser más alto que el de una tonelada de cereal, debido a los gastos complementarios de molienda y cochura y que el algodón, en general, era mucho más caro que el trigo, como lo atestiguan también los precios del algodón y del trigo en el mercado mundial, los autores de la propuesta no pudieron decir nada inteligible. En vista de ello, el CC tuvo que tomar el asunto en sus manos, reducir el precio del trigo y elevar el del algodón. ¿Qué habría ocurrido si la propuesta de esos camaradas hubiese entrado en vigor? Habríamos arruinado a los cultivadores de algodón y nos hubiésemos quedado sin este producto.

Pero, ¿quiere decir todo esto que la acción de la ley del valor tiene en nuestro país vía libre, como bajo el capitalismo, que la ley del valor es en nuestro país un regulador de la producción? No, no quiere decir eso. En realidad, la esfera de acción de la ley del valor está en nuestro régimen económico rígidamente circunscrita y limitada. Ya he dicho que la esfera de acción de la producción mercantil está en nuestro régimen circunscrita y limitada. Lo mismo hay que decir de la esfera de acción de la ley del valor. Es indudable que la ausencia de la propiedad privada sobre los medios de producción y que la socialización de estos medios tanto en la ciudad como en el campo no pueden por menos de limitar la esfera de acción de la ley del valor y su influencia en la producción.

En el mismo sentido actúa la ley del desarrollo armónico (proporcional) de la economía del país, que ha sustituido a la ley de la concurrencia y de la anarquía de la producción.

En el mismo sentido actúan nuestros planes

anuales y quinquenales, y, en general, toda nuestra política económica, que se basan en las exigencias de la ley del desarrollo armónico de la economía del país.

Todo ello, sumado, hace que la esfera de acción de la ley del valor esté en nuestro país rigurosamente limitada y que en nuestro régimen la ley del valor no pueda desempeñar el papel de regulador de la producción.

Ello, precisamente, explica el hecho «asombroso» de que, a pesar del desarrollo ininterrumpido e impetuoso de nuestra producción socialista, la ley del valor no conduzca en nuestro país a crisis de superproducción, mientras esa misma ley del valor, que en el capitalismo tiene amplio campo de acción, conduce en los países capitalistas, a pesar del bajo ritmo del incremento de la producción en esos países, a crisis periódicas de superproducción.

Se dice que la ley del valor es una ley constante, obligatoria para todos los períodos del desarrollo histórico, y que, si pierde su fuerza como regulador de las relaciones de cambio en el período de la segunda fase de la sociedad comunista, conservará en esa fase de desarrollo su fuerza como regulador de las relaciones entre las distintas ramas de la producción, como regulador de la distribución del trabajo entre las ramas de la producción.

Eso es completamente equivocado. El valor, lo mismo que la ley del valor, es una categoría histórica vinculada a la existencia de la producción mercantil. Cuando la producción mercantil desaparezca, desaparecerán también el valor, en todas sus formas, y la ley del valor.

En la segunda fase de la sociedad comunista, la cantidad de trabajo invertido en la producción de productos no se medirá indirectamente, a través del valor y de sus formas, como ocurre en la producción mercantil, sino de manera directa e inmediata, por la cantidad de tiempo, por la cantidad de horas invertidas en la producción de los productos. En cuanto a la distribución del trabajo entre las ramas de la producción, no será regulada por la ley del valor, que entonces habrá perdido ya su fuerza, sino por el incremento de las necesidades de la sociedad en productos. Será esta una sociedad en la que las necesidades de la misma regularán la producción y el cálculo de esas necesidades adquirirá una importancia primordial para los organismos encargados de la planificación.

Es también completamente errónea la afirmación de que en nuestro sistema económico actual, en la primera fase de desarrollo de la sociedad comunista, la ley del valor regula las «proporciones» de la distribución del trabajo entre las distintas ramas de la producción.

Si ello fuera así, no se comprendería por qué en nuestro país no se desarrolla al máximo la industria ligera, la más rentable, dándole preferencia frente a la industria pesada, que con frecuencia es menos rentable y a veces no lo es en absoluto.

Si ello fuera así, no se comprendería por qué en nuestro país no se cierran las empresas de la industria pesada que por el momento no son rentables y en las que el trabajo de los obreros no da el «resultado debido» y no se abren nuevas empresas de la industria ligera, indiscutiblemente rentable, en las que el trabajo de los obreros podría dar «mayor resultado».

Si eso fuera así, no se comprendería por qué en nuestro país no se pasa a los obreros de las empresas poco rentables, aunque muy necesarias para la economía nacional, a empresas más rentables, como debería hacerse de acuerdo con la ley del valor, a la que se atribuye el papel de regulador de las «proporciones» de la distribución del trabajo entre las ramas de la producción.

Es evidente que, de hacer caso a esos camaradas, tendríamos que renunciar a la primacía de la producción de medios de producción en favor de la producción de medios de consumo. ¿Y qué significa renunciar a la primacía de la producción de medios de producción? Significa suprimir la posibilidad de desarrollar ininterrumpidamente nuestra economía nacional, pues es imposible desarrollarla ininterrumpidamente si no se da preferencia a la producción de medios de producción.

Esos camaradas olvidan que la ley del valor sólo puede regular la producción bajo el capitalismo, cuando existen la propiedad privada sobre los medios de producción, la concurrencia, la anarquía de la producción y las crisis de superproducción. Olvidan que la esfera de acción de la ley del valor está limitada en nuestro país por la existencia de la propiedad social sobre los medios de producción, por la acción de la ley del desarrollo armónico de la economía y, por consiguiente, también por nuestros planes anuales y quinquenales, que son un reflejo aproximado de las exigencias de esta última ley.

Algunos camaradas deducen de aquí que la ley del desarrollo armónico de la economía del país y la planificación de la misma destruyen el principio de la rentabilidad de la producción. Eso es completamente erróneo. En realidad, ocurre todo lo contrario. Si consideramos la rentabilidad, no desde el punto de vista de esta o aquella empresa o rama de la producción, y no en el transcurso de un año, sino desde el punto de vista de toda la economía nacional y en un período, por ejemplo, de diez a quince años -ésta sería la única forma acertada de enfocar el problema-, veríamos que la rentabilidad temporal e inconsistente de esta o aquella empresa o rama de la producción no puede en absoluto compararse con la forma superior de rentabilidad, sólida y constante, que nos dan la acción de la ley del desarrollo armónico de la economía nacional y la planificación de la misma, librándonos de las crisis económicas

periódicas, que destruyen la economía nacional y causan a la sociedad tremendos daños materiales, y asegurándonos el desarrollo ininterrumpido de la economía nacional y el elevado ritmo de este desarrollo.

En pocas palabras: no cabe duda de que en las condiciones socialistas de la producción que existen actualmente en nuestro país, la ley del valor no puede «regular las proporciones» de la distribución del trabajo entre las distintas ramas de la producción.

4. La supresión de la oposición entre la ciudad y el campo, entre el trabajo intelectual y el trabajo manual y la liquidación de las diferencias entre ellos

Este encabezamiento se refiere a varios problemas que se distinguen unos de otros esencialmente; sin embargo, yo los uno en un mismo capítulo, pero no para confundirlos, sino únicamente para ser más breve.

El problema de la supresión de la oposición entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura, es un problema conocido, planteado hace mucho por Marx y por Engels. La base económica de esta oposición es la explotación del campo por la ciudad, la expropiación de los campesinos y la ruina de la mayor parte de la población rural por todo el proceso de desarrollo de la industria, el comercio y el sistema de créditos en el capitalismo. Por eso la oposición entre la ciudad y el campo en el capitalismo debe ser considerada como una oposición de intereses. Sobre esta base nació la actitud hostil del campo hacia la ciudad y, en general, hacia «la gente de la ciudad».

Es indudable que con la destrucción del capitalismo y del sistema de explotación, con el fortalecimiento del régimen socialista, en nuestro país debía desaparecer también la oposición de intereses entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura. Así ha ocurrido, precisamente. La enorme ayuda prestada a nuestros campesinos por la ciudad socialista y por nuestra clase obrera para liquidar a los terratenientes y a los kulaks fortaleció la base de la alianza de la clase obrera y los campesinos, y el abastecimiento sistemático de los campesinos y de sus koljoses con tractores y otras máquinas de primera calidad ha convertido en amistad la alianza de la clase obrera y de los campesinos. Naturalmente, los obreros y los campesinos koljosianos constituyen dos clases que se distinguen por su situación. Pero esta diferencia no debilita en medida alguna su amistad. Por el contrario, están interesados en un mismo fin: el fortalecimiento del régimen socialista y la victoria del comunismo. Por ello no tiene nada de extraño que no quede ni rastro de la vieja desconfianza y, menos aún, del odio del campo hacia la ciudad.

Todo eso significa que la base de la oposición entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura, ha sido ya liquidada por nuestro actual régimen socialista.

Eso no significa, naturalmente, que la supresión de la oposición entre la ciudad y el campo deba conducir al «fenecimiento de las grandes ciudades» (véase el «Anti-Dühríng» de Engels). En vez de fenecer las grandes ciudades, aparecerán nuevas grandes ciudades, como centros del florecimiento superior de la cultura, como centros no sólo de la gran industria, sino de elaboración de los productos agrícolas y de poderoso desarrollo de todas las ramas de la industria de la alimentación. Esta circunstancia facilitará el florecimiento cultural del país y conducirá a que las condiciones de vida en la ciudad y en el campo sean las mismas.

Una situación análoga es la que existe en nuestro país con el problema de la supresión de la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. Este es también un problema conocido, planteado hace tiempo por Marx y por Engels. La base económica de la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual es la explotación de los hombres dedicados al trabajo manual por los representantes del trabajo intelectual. Todo el mundo conoce el divorcio existente bajo el capitalismo entre los hombres dedicados en las empresas al trabajo manual y el personal dirigente. Se sabe que sobre la base de este divorcio se desarrolló la actitud hostil del obrero hacia el director, hacia el maestro, hacia el ingeniero y hacia otros representantes del personal técnico, a los que consideraba enemigos suyos. Se comprende que, al ser destruidos el capitalismo y el sistema de explotación, debía desaparecer también la oposición de intereses entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Y en nuestro actual régimen socialista ha desaparecido, efectivamente. Ahora los hombres dedicados al trabajo manual y el personal dirigente no son enemigos, sino camaradas y amigos, miembros de una misma comunidad de producción, interesados vitalmente en la prosperidad y en el mejoramiento de la producción. De su vieja enemistad no queda ni rastro.

Tiene un carácter completamente distinto el problema de la desaparición de las diferencias entre la ciudad (la industria) y el campo (la agricultura), entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Este problema no lo plantearon los clásicos del marxismo. Es un problema nuevo, planteado por la práctica de la construcción socialista en nuestro país.

¿No será éste un problema artificial? ¿Tiene para nosotros alguna importancia práctica o teórica? No se puede considerar este problema como un problema artificial. Al contrario: es para nosotros un problema de la mayor importancia.

Si tomamos, por ejemplo, la diferencia entre la agricultura y la industria, veremos que en nuestro país no queda reducida a que las condiciones de

trabajo sean en ellas distintas, sino, ante todo, principalmente, a que en la industria tenemos la propiedad de todo el pueblo sobre los medios de producción y los productos, mientras que en la agricultura no tenemos la propiedad de todo el pueblo, sino la propiedad de determinados grupos, de los koljoses. Ya hemos dicho que esta circunstancia conduce al mantenimiento de la circulación mercantil, y que sólo al desaparecer esta diferencia entre la industria y la agricultura podrá desaparecer la producción mercantil, con todas las consecuencias que de ello se derivan. Por tanto, no se puede negar que la desaparición de esta diferencia esencial entre la agricultura y la industria debe tener para nosotros una importancia de primer orden.

Lo mismo hay que decir del problema de la liquidación de la diferencia esencial entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. Este problema también tiene para nosotros una importancia de primer orden. Antes de que la emulación socialista adquiriese un carácter masivo, la industria se desarrollaba a duras penas, y muchos camaradas incluso plantearon la necesidad de amenguar el ritmo de su desarrollo. Debíase todo ello, principalmente, a que el nivel cultural y técnico de los obreros era demasiado bajo y se encontraba muy a la zaga del nivel del personal técnico. Sin embargo, la casa cambió radicalmente cuando la emulación socialista adquirió un carácter de masas. Precisamente después de ello avanzó la industria a ritmo acelerado. ¿Por qué la emulación socialista adquirió un carácter masivo? Porque entre los obreros aparecieron grupos de camaradas que no sólo asimilaron el mínimo de conocimientos técnicos indispensables, sino que fueron más lejos y se pusieron al nivel del personal técnico, empezaron a hacer observaciones a los peritos y a los ingenieros, a echar por tierra las normas existentes, por considerarlas caducas y a introducir normas nuevas, más modernas, etc., etc. ¿Qué habría ocurrido si en vez de algunos grupos de obreros hubiese sido la mayoría de éstos la que hubiese elevado su nivel cultural y técnico a la altura del nivel del personal técnico? Nuestra industria habría alcanzado cumbres inaccesibles para la industria de otros países. Por tanto, no se puede negar que la liquidación de la diferencia esencial entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, mediante la elevación del nivel cultural y teórico de los obreros a la altura del nivel del personal técnico no puede por menos de tener para nosotros una importancia primordial.

Algunos camaradas afirman que, con el tiempo, no sólo desaparecerá la diferencia esencial entre la industria y la agricultura, entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, sino también *toda* diferencia entre ellos. Eso no es cierto. La liquidación de la diferencia esencial entre la industria y la agricultura no puede conducir a la liquidación de toda diferencia entre ellas. Indudablemente, seguirá existiendo alguna diferencia, aunque no esencial, debido a las diferencias en las condiciones de trabajo de la industria y de la agricultura. Incluso en la industria, si se consideran sus distintas ramas, las condiciones de trabajo no son en todas partes las mismas: las condiciones de trabajo en las minas de carbón, por ejemplo, se distinguen de las condiciones de trabajo de los obreros de una fábrica mecanizada de calzado; las condiciones de trabajo de los mineros se distinguen de las condiciones de trabajo de los obreros productores de máquinas. Si esto es cierto, con mayor razón debe conservarse cierta diferencia entre la industria y la agricultura.

Lo mismo hay que decir respecto a la diferencia entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. La diferencia esencial entre ellos, es decir, la diferencia en cuanto al nivel cultural y técnico, desaparecerá, sin duda alguna. Pero, con eso y con todo eso, seguirá existiendo alguna diferencia, si bien no esencial, aunque sólo sea porque las condiciones de trabajo del personal dirigente de las empresas no son las mismas que las condiciones de trabajo de los obreros.

Los camaradas que afirman lo contrario se basan, por lo visto, en una conocida fórmula dada por mí en algunos trabajos y que habla de la liquidación de la diferencia entre la industria y la agricultura, entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, sin puntualizar que se trata de la liquidación de la diferencia *esencial*, y no de toda diferencia. Precisamente así han comprendido esos camaradas mi fórmula, suponiendo que se trata de la liquidación de toda diferencia. Pero eso significa que la fórmula no era exacta, que no puede satisfacernos. Debemos desecharla y sustituirla por otra formulación, que diga que serán suprimidas las diferencias esenciales y subsistirán diferencias no esenciales entre la industria y la agricultura, entre el trabajo intelectual y el trabajo manual.

5. La disgregación del mercado mundial único y el ahondamiento de la crisis del sistema capitalista mundial

La disgregación del mercado mundial único y omnímodo debe ser considerada como el resultado económico más importante de la segunda guerra mundial y de sus consecuencias económicas. Esta circunstancia determinó una profundización aún mayor de la crisis general del sistema capitalista mundial.

La misma segunda guerra mundial fue engendrada por esta crisis. Cada una de las dos coaliciones capitalistas que se enzarzaron durante la guerra, pensaba derrotar a su enemigo y conquistar la dominación del mundo. En esto buscaban la salida de la crisis. Los Estados Unidos pensaban poner fuera de combate a sus competidores más peligrosos,

Alemania y el Japón, apoderarse de los mercados extranjeros y de los recursos mundiales de materias primas y conquistar la dominación del mundo.

Sin embargo, la guerra no justificó esas esperanzas. Cierto es que Alemania y el Japón quedaron fuera de combate como competidores de los tres países capitalistas más importantes: los Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Pero, al mismo tiempo, se desgajaron del sistema capitalista China y las democracias populares de Europa, formando, con la Unión Soviética, el unido y poderoso campo socialista, opuesto al campo del capitalismo. Una consecuencia económica de la existencia de los dos campos opuestos ha sido la disgregación del mercado mundial único y omnímodo; tenemos hoy la existencia paralela de dos mercados mundiales, opuestos también el uno al otro.

Debemos señalar que los Estados Unidos, Inglaterra y Francia han contribuido ellos mismos, aunque sin quererlo, claro está, a la formación y al fortalecimiento del nuevo mercado mundial paralelo. Sometieron a un bloqueo económico a la URSS, China y las democracias populares de Europa -que no entraron en el sistema del «plan Marshall»-, suponiendo que con su bloqueo lograrían estrangular a todos esos países. En realidad, en vez de ser estrangulado, el nuevo mercado mundial se ha fortalecido.

Ahora bien, la causa principal de lo dicho no es, claro está, el bloqueo económico, sino el hecho de que, en el período que ha seguido a la guerra, esos países se han agrupado estrechamente desde el punto de vista económico y han organizado la colaboración y la ayuda mutua en el dominio de la economía. La experiencia de esa colaboración demuestra que ningún país capitalista hubiera podido prestar a las democracias populares una ayuda tan eficaz y tan calificada desde el punto de vista técnico como la que les presta la Unión Soviética. No se trata sólo de que esa ayuda es barata en grado máximo y altamente calificada desde el punto de vista técnico. Se trata, ante todo, de que la base de esa colaboración es el sincero deseo de ayudarse mutuamente y de alcanzar un auge económico general. En consecuencia, la industria de esos países ha logrado un elevado ritmo de desarrollo. Puede afirmarse que, dado ese ritmo de desarrollo de la industria, esos países pronto se pondrán a tal altura, que no necesitarán importar mercancías de los países capitalistas, sino que ellos mismos sentirán la necesidad de exportar las mercancías excedentes por ellos producidas.

Pero de aquí se desprende que la esfera de explotación de los recursos mundiales por los principales países capitalistas (los Estados Unidos, Inglaterra y Francia) no va a ampliarse, sino a reducirse, que las condiciones del mercado mundial de venta empeorarán para esos países, extendiendo y profundizando en ellos el fenómeno de las empresas que no trabajan a pleno rendimiento. En esto, justamente, consiste la profundización de la crisis general del sistema capitalista mundial, profundización relacionada con la disgregación del mercado mundial.

Eso lo perciben los propios capitalistas, pues es difícil no sentir la pérdida de mercados como la URSS y China. Los capitalistas tratan de resarcirse de esas dificultades con el «plan Marshall», con la guerra en Corea, con la carrera armamentista y con la militarización de la industria. Pero lo que hace esa gente se parece mucho a lo de agarrarse a un clavo ardiendo.

Esa situación plantea ante los economistas dos problemas:

a) ¿Se puede afirmar que sigue todavía en pie la conocida tesis de Stalin respecto a la estabilidad relativa de los mercados en el período de la crisis general del capitalismo, tesis formulada antes de la segunda guerra mundial?

b) ¿Se puede afirmar que sigue todavía en pie la conocida tesis formulada por Lenin en la primavera de 1916 de que, a pesar de hallarse en proceso de descomposición, «el capitalismo se desarrolla en su conjunto con una rapidez inconmensurablemente mayor que antes»?

Pienso que eso no se puede afirmar. Debido a las nuevas condiciones, surgidas en relación con la segunda guerra mundial, hay que considerar que ambas tesis han envejecido.

6. La inevitabilidad de las guerras entre los países capitalistas

Algunos camaradas afirman que, debido al desarrollo de nuevas condiciones internacionales después de la segunda guerra mundial, las guerras entre los países capitalistas han dejado de ser inevitables. Consideran esos camaradas que las contradicciones entre el campo del socialismo y el campo del capitalismo son más fuertes que las contradicciones entre los países capitalistas; que los Estados Unidos dominan lo bastante a los demás países capitalistas para no dejarles combatir entre sí y debilitarse mutuamente; que los hombres más inteligentes del capitalismo han sido lo bastante aleccionados por la experiencia de las dos guerras mundiales -guerras que han causado serios perjuicios a todo el mundo capitalista- para no permitirse arrastrar de nuevo a los países capitalistas a una guerra entre sí; y que, en virtud de todo eso, las guerras entre los países capitalistas han dejado de ser inevitables.

Esos camaradas se equivocan. Ven los fenómenos exteriores, que aparecen en la superficie, pero no advierten las fuerzas de fondo que, si por el momento actúan imperceptiblemente, serán, en fin de cuentas, las que determinen el desarrollo de los

acontecimientos.

En apariencia, todo marcha «felizmente»: los Estados Unidos tienen a ración a la Europa Occidental, al Japón y a otros países capitalistas; Alemania (la del Oeste), Inglaterra, Francia, Italia y el Japón, que han caído en las garras de Estados Unidos, cumplen, sumisos, las órdenes de ese país. Pero sería un error suponer que ese «bienestar» puede subsistir «por los siglos de los siglos», que esos países soportarán siempre el dominio y el yugo de Estados Unidos y que no intentarán arrancarse de la esclavitud a que los tienen sometidos los norteamericanos y emprender un camino de desarrollo independiente.

Tomemos, ante todo, a Inglaterra y a Francia. Es indudable que son países imperialistas. Es indudable que las materias primas baratas y los mercados de venta asegurados tienen para ellos una importancia de primer orden. ¿Se puede suponer que esos países soportarán eternamente la situación actual, en la que los norteamericanos, al socaire de la «ayuda» según el «plan Marshall», penetran profundamente en la economía de Inglaterra y de Francia, con el afán de convertirla en un apéndice de la economía de los Estados Unidos? ¿Soportarán eternamente esos países que el capital norteamericano eche la zarpa a las materias primas y a los mercados de venta en las colonias anglo-francesas y prepare de este modo una catástrofe para los elevados beneficios de los capitalistas anglo-franceses? ¿No será más acertado decir que la Inglaterra capitalista y, tras ella, la Francia capitalista se verán, en fin de cuentas, obligadas a arrancarse del abrazo de los Estados Unidos y a tener un conflicto con ellos para asegurarse una situación independiente y, claro está, elevados beneficios?

Pasemos a los principales países vencidos, a Alemania (la del Oeste) y al Japón. Estos países arrastran hoy una existencia miserable bajo la bota del imperialismo norteamericano. Su industria y su agricultura, su comercio y su política exterior e interior, toda su vida se ve encadenada por el «régimen» norteamericano de ocupación. Y esos países todavía ayer eran grandes potencias imperialistas, que sacudieron los fundamentos del dominio de Inglaterra, los Estados Unidos y Francia en Europa y en Asia. Suponer que esos países no tratarán de ponerse en pie otra vez, de dar al traste con el «régimen» de los Estados Unidos y de abrirse paso hacia un camino de desarrollo independiente, significa creer en milagros.

Se dice que las contradicciones entre el capitalismo y el socialismo son más fuertes que las contradicciones entre los países capitalistas. Teóricamente, eso es acertado, claro está. Y no sólo lo es ahora, hoy día, sino que lo era también antes de la segunda guerra mundial. Y, más o menos, eso lo comprendían los dirigentes de los países capitalistas. Sin embargo, la segunda guerra mundial no empezó por una guerra contra la URSS, sino por una guerra entre países capitalistas. ¿Por qué? En primer término, porque la guerra contra la URSS, como el país del socialismo, es más peligrosa para el capitalismo que la guerra entre países capitalistas, pues si la guerra entre países capitalistas sólo plantea la cuestión del predominio de unos países capitalistas sobre otros países capitalistas, la guerra contra la URSS debe plantear inevitablemente la cuestión de la existencia del propio capitalismo. En segundo término, porque los capitalistas, aunque con fines de «propaganda» alborotan acerca de la agresividad de la Unión Soviética, no creen ellos mismos lo que dicen, pues tienen en cuenta la política pacífica de la Unión Soviética y saben que este país no agredirá a los países capitalistas.

Después de la primera guerra mundial considerábase también que Alemania había sido puesto fuera de combate para siempre, como algunos camaradas piensan hoy del Japón y de Alemania. Entonces también se hablaba y se alborotaba en la prensa diciendo que los Estados Unidos tenían a Europa a ración, que Alemania no podría ponerse de nuevo en pie y que no habría ya más guerras entre los países capitalistas. Sin embargo, a pesar de todas esas consideraciones, Alemania levantó cabeza y se puso en pie como una gran potencia al cabo de unos quince o veinte años después de su derrota, arrancándose a la esclavitud y emprendiendo el camino, de un desarrollo independiente. Es muy sintomático que fueran precisamente Inglaterra y los Estados Unidos quienes ayudaron a Alemania a resurgir económicamente y a elevar su potencial económico militar. Claro está que, al ayudar a Alemania a ponerse en pie económicamente, los Estados Unidos e Inglaterra pensaban orientar a Alemania, una vez repuesta, contra la Unión Soviética, utilizarla contra el país del socialismo. Sin embargo, Alemania dirigió sus fuerzas, en primer término, contra el bloque anglo-franco-norteamericano. Y cuando la Alemania hitleriana declaró la guerra a la Unión Soviética, el bloque anglo-franco-norteamericano, no sólo no se unió a la Alemania hitleriana, sino que, por el contrario, se vió constreñido a formar una coalición con la URSS, contra la Alemania hitleriana.

Por tanto, la lucha de los países capitalistas por los mercados y el deseo de hundir a sus competidores resultaron prácticamente más fuertes que las contradicciones entre el campo del capitalismo y el campo del socialismo.

Se pregunta: ¿qué garantía puede haber de que Alemania y el Japón no vuelvan a ponerse en pie, de que no traten de escapar de la esclavitud norteamericana y de vivir una vida independiente? Pienso que no hay tales garantías.

Pero de aquí se desprende que la inevitabilidad de

las guerras entre los países capitalistas sigue existiendo.

Se dice que la tesis de Lenin relativa a que el imperialismo engendra inevitablemente las guerras debe considerarse caducada, por cuanto en el presente han surgido poderosas fuerzas populares que actúan en defensa de la paz, contra una nueva guerra mundial. Eso no es cierto.

El presente movimiento pro paz persigue el fin de levantar a las masas populares a la lucha por mantener la paz, por conjurar una nueva guerra mundial. Consiguientemente, ese movimiento no persigue el fin de derrocar el capitalismo y establecer el socialismo, y se limita a los fines democráticos de la lucha por mantener la paz. En este sentido, el actual movimiento por mantener la paz se distingue del movimiento desarrollado en el período de la primera guerra mundial por la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, pues este último movimiento iba más lejos y perseguía fines socialistas.

Es posible que, de concurrir determinadas circunstancias, la lucha por la paz se desarrolle hasta transformarse, en algunos lugares, en lucha por el socialismo, pero eso no sería ya el actual movimiento pro paz, sino un movimiento por derrocar el capitalismo.

Lo más probable es que el actual movimiento pro paz, como movimiento para mantener la paz, conduzca, en caso de éxito, a conjurar una guerra *concreta*, a aplazarla temporalmente, a mantener temporalmente una paz *concreta*, a que dimitan los gobiernos belicistas y sean sustituidos por otros gobiernos, dispuestos a mantener temporalmente la paz. Eso, claro es, está bien. Eso incluso está muy bien. Pero todo ello no basta para suprimir la inevitabilidad de las guerras en general entre los países capitalistas. No basta, porque, aún con todos los éxitos del movimiento en defensa de la paz, el imperialismo se mantiene, continúa existiendo, y, por consiguiente, continúa existiendo también la inevitabilidad de las guerras.

Para eliminar la inevitabilidad de las guerras hay que destruir el imperialismo.

7. Las leyes económicas fundamentales del capitalismo moderno y del socialismo

Sabido es que la cuestión relativa a las leyes económicas fundamentales del capitalismo y del socialismo ha sido planteada reiteradas veces en el transcurso de la discusión. A este respecto se han manifestado opiniones diversas, incluso las más fantásticas. Por cierto, la mayoría de los camaradas que han participado en la discusión ha reaccionado débilmente ante este problema, y no se ha perfilado ninguna solución. No obstante, ninguno de los camaradas ha negado la existencia de esas leyes.

¿Existe una ley económica fundamental del capitalismo? Sí, existe. ¿Qué ley es ésa?, ¿cuáles son sus rasgos característicos? La ley económica fundamental del capitalismo es una ley que no determina un aspecto aislado o unos procesos aislados del desarrollo de la producción capitalista, sino todos los aspectos y todos los procesos más importantes de ese desarrollo; por tanto, determina el fondo de la producción capitalista, su esencia.

¿No será la ley del valor la ley económica fundamental del capitalismo? No. La ley del valor es, ante todo, una ley de la producción mercantil. Existió antes del capitalismo y sigue existiendo, lo mismo que la producción mercantil, después del derrocamiento del capitalismo, como ocurre, por ejemplo, en nuestro país, si bien es cierto que con una esfera de acción limitada. Naturalmente, la ley del valor, que tiene una amplia esfera de acción en el capitalismo, desempeña un gran papel en el desarrollo de la producción capitalista pero no sólo no determina la esencia de la producción capitalista ni los fundamentos del beneficio capitalista, sino que ni siquiera plantea esos problemas. Por eso, no puede ser la ley económica fundamental del capitalismo moderno.

Con las mismas razones no pueden ser tampoco la ley económica fundamental del capitalismo la ley de la concurrencia y de la anarquía de la producción ni la ley del desarrollo desigual del capitalismo en los diferentes países.

Se dice que la ley de la norma media de beneficio es la ley económica fundamental del capitalismo moderno. Eso no es cierto. El capitalismo moderno, el capitalismo monopolista, no puede darse por satisfecho con el beneficio medio, que, además, tiene la tendencia a bajar debido a la elevación de la composición orgánica del capital. El capitalismo monopolista moderno no exige el beneficio medio sino el beneficio máximo, necesario para llevar a cabo más o menos regularmente la reproducción ampliada.

Lo que más cerca está del concepto ley económica fundamental del capitalismo es la ley de la plusvalía, ley del nacimiento y del incremento del beneficio capitalista. Esa ley predetermina, efectivamente, los rasgos principales de la producción capitalista. Pero la ley de la plusvalía es demasiado general, y no toca los problemas de la norma superior de beneficio cuyo aseguramiento es condición del desarrollo del capitalismo monopolista. Para llenar esta laguna hay que concretar la ley de la plusvalía y desarrollarla de acuerdo con las condiciones del capitalismo monopolista, teniendo en cuenta que el capitalismo monopolista no exige cualquier beneficio, sino el beneficio máximo. Esa, precisamente, será la ley económica fundamental del capitalismo moderno.

Los rasgos principales y las exigencias de la ley económica fundamental del capitalismo moderno podrían formularse, aproximadamente, como sigue:

asegurar el máximo beneficio capitalista, mediante la explotación, la ruina y la depauperación de la mayoría de los habitantes del país dado, mediante el avasallamiento y el saqueo sistemático de los pueblos de otros países, principalmente de los países atrasados, y, por último, mediante las guerras y la militarización de la economía nacional, a las que se recurre para asegurar el máximo de beneficio.

Se dice que el beneficio medio podría considerarse, sin embargo, por completo suficiente para el desarrollo capitalista en las condiciones actuales. Eso no es cierto. El beneficio medio es el nivel inferior de la rentabilidad, por debajo del cual la producción capitalista es imposible. Pero, sería ridículo suponer que los jerifaltes del capitalismo monopolista moderno tratan únicamente, al ocupar las colonias, esclavizar a los pueblos y gestar guerras, de asegurarse meramente el beneficio medio. No, no es el beneficio medio ni son los superbeneficios, que únicamente representan, como regla, cierta superación del beneficio medio, sino el beneficio máximo, concretamente, el motor del capitalismo monopolista. Precisamente la necesidad de obtener beneficios máximos empuja al capitalismo monopolista a dar pasos tan arriesgados como el sojuzgamiento y el saqueo sistemático de las colonias y de otros países atrasados, la conversión de países independientes en países dependientes, la organización de nuevas guerras -que son para los jerifaltes del capitalismo moderno él mejor «business» para obtener beneficios máximos- y, por último, los intentos de conquistar la dominación económica del mundo.

La importancia de la ley económica fundamental del capitalismo consiste, entre otras cosas, en que, al determinar todos los fenómenos más importantes del desarrollo del modo de producción capitalista -sus ascensos y sus crisis, sus victorias y sus reveses, sus virtudes y sus defectos: todo su contradictorio desarrollo-, permite comprenderlos y explicarlos.

He aquí uno de los numerosos y «sorprendentes» ejemplos.

Todo el mundo conoce hechos de la historia y de la práctica del capitalismo que demuestran el impetuoso desarrollo de la técnica en el capitalismo, hechos en los que los capitalistas aparecen como abanderados de la técnica avanzada, como revolucionarios en el dominio del desarrollo de la técnica de la producción. Pero también se conocen hechos de otro género, que evidencian altos en el desarrollo de la técnica en el capitalismo, hechos en que los capitalistas aparecen como reaccionarios en el dominio del desarrollo de la nueva técnica y pasan con frecuencia al trabajo a mano.

¿A qué se deben estas flagrantes contradicciones? Únicamente pueden deberse a la ley económica fundamental del capitalismo moderno, es decir, a la necesidad de obtener beneficios máximos. El capitalismo es partidario de la nueva técnica cuando ésta le promete los mayores beneficios. El capitalismo es contrario a la nueva técnica y partidario del paso al trabajo a mano cuando la nueva técnica deja de prometerle los mayores beneficios.

Así están las cosas en cuanto a la ley económica fundamental del capitalismo moderno.

¿Existe una ley económica fundamental del socialismo? Sí, existe. ¿En qué consisten los rasgos esenciales y las exigencias de esta ley? Los rasgos esenciales y las exigencias de la ley económica fundamental del socialismo podrían formularse, aproximadamente, como sigue: asegurar la máxima satisfacción de las necesidades materiales y culturales, en constante ascenso, de toda la sociedad, mediante el desarrollo y el perfeccionamiento ininterrumpidos de la producción socialista sobre la base de la técnica más elevada.

Por consiguiente, en vez de asegurar los beneficios máximos, asegurar la máxima satisfacción de las necesidades materiales y culturales de la sociedad; en vez de desarrollar la producción con intermitencias del ascenso a la crisis y de la crisis al ascenso, desarrollar ininterrumpidamente la producción; en vez de intermitencias periódicas en el desarrollo de la técnica, acompañadas de la destrucción de las fuerzas productivas de la sociedad, el perfeccionamiento ininterrumpido de la producción sobre la base de la técnica más elevada.

Se dice que la ley económica fundamental del socialismo es la ley del desarrollo armónico, proporcional, de la economía nacional. Eso no es cierto. El desarrollo armónico de la economía nacional y, por tanto, la planificación de la misma, que es un reflejo más o menos fiel de esta ley, de por sí no dan nada, si no se sabe en nombre de qué tarea se desarrolla planificadamente la economía nacional, o si esa tarea no se tiene clara. La ley del desarrollo armónico de la economía sólo puede dar el resultado debido cuando existe una tarea en nombre de la cual se desarrolla planificadamente la economía nacional. Esa tarea no puede ofrecerla la propia ley del desarrollo armónico de la economía nacional. Y menos aún puede hacerlo la planificación de la economía nacional. Esa tarea se encierra en la ley económica fundamental del socialismo, bajo la forma de sus exigencias arriba expuestas. Por eso la acción de la ley del desarrollo armónico de la economía nacional únicamente puede tener vía libre en el caso de que se apoye en la ley económica fundamental del socialismo,

En cuanto a la planificación de la economía nacional, ésta sólo puede obtener buenos resultados si observa dos condiciones: a) si refleja acertadamente las exigencias de la ley del desarrollo armónico de la economía nacional; b) si está de acuerdo en todo con las exigencias de la ley económica fundamental del socialismo.

8. Otras cuestiones

1) La coacción no económica bajo el feudalismo. Naturalmente, la coacción no económica desempeñó cierto papel en el fortalecimiento del poder económico de los terratenientes feudales; sin embargo, la base del feudalismo no fue esa coacción, sino la propiedad feudal sobre la tierra.

2) La propiedad personal del hogar koljosiano.

No sería justo decir en el proyecto de libro de texto que «cada hogar koljosiano posee en usufructo personal una vaca, ganado menor y aves de corral». Como es sabido, la vaca, el ganado menor, las aves, etc., no se poseen en realidad, en usufructo personal sino que son *propiedad* personal del hogar koljosiano. La expresión «en usufructo personal» ha sido tomada, por lo visto, del Estatuto Modelo del artel agrícola. Pero en el Estatuto Modelo del artel agrícola se incurrió en un error. La Constitución de la URSS, que fue elaborada con más minuciosidad, dice otra cosa, a saber:

«Cada hogar koljosiano... posee en propiedad personal una economía auxiliar, casa-vivienda, ganado productivo, aves de corral y aperos de labranza menudos».

Esto, naturalmente, es acertado.

Debería además decirse, y con detalle, que cada koljosiano posee en propiedad personal de una a tantas vacas, según las regiones; tantas y tantas ovejas, tantas y tantas cabras, tantos y tantos cerdos (indicando las cifras mínimas y máximas, según las regiones) y un número ilimitado de aves de corral (patos, gansos, gallinas, pavos).

Estos detalles tienen gran importancia para nuestros camaradas de otros países que quieren saber con exactitud qué le ha quedado concretamente al hogar koljosiano en propiedad personal, después de haber sido colectivizada en nuestro país la agricultura.

3) El valor del arriendo pagado por los campesinos a los terratenientes y el valor de los gastos de compra de la tierra.

En el proyecto de manual se dice que, como resultado de la nacionalización de la tierra, «los campesinos se vieron eximidos del pago de arriendos a los terratenientes por una suma total de unos 500.000.000 de rublos anuales» (es necesario indicar «rublos oro»). Haría falta precisar esta cifra, pues, según me parece, no comprende la suma total de arrendamiento en toda Rusia, sino solamente en la mayor parte de sus provincias. A la vez, hay que tener en cuenta que en algunas regiones periféricas de Rusia el pago del arriendo se hacía en especie, cosa que, según parece, no ha sido tomada en consideración por los autores del proyecto de manual. Además, es necesario no olvidar que los campesinos no sólo se vieron eximidos del pago del arriendo, sino también de los gastos anuales de compra de la tierra. ¿Se ha tenido en cuenta esto en el proyecto de manual? Me parece que no se ha tenido en cuenta, aunque hubiera sido necesario tenerlo.

4) La ensambladura de los monopolios con el aparato de Estado.

La expresión «ensambladura» no es exacta. Es una expresión que registra de modo superficial y descriptivo el acercamiento de los monopolios y del Estado, pero no revela el sentido económico de ese acercamiento. Se trata de que en el proceso de ese acercamiento no se produce una simple ensambladura, sino la subordinación del aparato de Estado a los monopolios. Por esa razón, procedería desechar la palabra «ensambladura» y sustituirla por las palabras «subordinación del aparato de Estado a los monopolios».

5) El empleo de la maquinaria en la URSS

En el proyecto de manual se dice que «las máquinas se emplean en la URSS en todos los casos en que economizan el trabajo a la sociedad». No es eso, ni mucho menos, lo que procedería decir. En primer lugar, las máquinas, en la URSS, siempre economizan trabajo a la sociedad, y por ello no conocemos ningún caso en que no economicen en nuestro país ese trabajo. En segundo lugar, las máquinas no sólo economizan trabajo, sino que, a la vez, facilitan la labor de los trabajadores, y por ello en nuestro país, a diferencia de los países capitalistas, los obreros utilizan muy gustosamente las máquinas en su trabajo.

Hubiera procedido decir, por tanto, que en ninguna parte se emplea la maquinaria de tan buena gana como en la URSS, pues las máquinas economizan trabajo a la sociedad y facilitan la labor de los obreros, y, como en la URSS no hay paro, los obreros emplean gustosamente las máquinas en la economía nacional.

6) La situación material de la clase obrera en los países capitalistas.

Cuando se habla de la situación material de la clase obrera se tiene habitualmente en cuenta a los obreros ocupados, dejando a un lado la situación material del llamado ejército de reserva de los sin trabajo. ¿Es acertada esa forma de tratar el problema de la situación material de la clase obrera? Yo creo que no es acertada. Si existe un ejército de reserva de desocupados, cuyos componentes carecen de otro medio de vida que no sea la venta de su fuerza de trabajo, los desocupados no pueden por menos de formar parte de la clase obrera, y, si forman parte de ella, su situación de miseria no puede dejar de influir en la situación material de los obreros ocupados. Yo creo, por ello, que, al caracterizar la situación material de la clase obrera en los países capitalistas, se hubiera debido tener también en cuenta la situación del ejército de reserva de los obreros parados.

7) La renta nacional.

Pienso que es *indispensable* incluir en el proyecto de manual un capítulo nuevo sobre la renta nacional.

8) Sobre la inclusión en el manual de un capítulo especial acerca de Lenin y Stalin como fundadores de la Economía Política del socialismo.

Yo pienso que se debe excluir del manual el capítulo «La doctrina marxista del socialismo. V. I. Lenin y J. V. Stalin, fundadores de la Economía Política del socialismo». Es por completo innecesario en el manual, ya que no aporta nada nuevo y es sólo una pobre repetición de lo que los capítulos anteriores explican con mayor detalle.

En cuanto a las demás cuestiones, no tengo ninguna observación que hacer a las «propuestas» de los camaradas Ostrovitiánov, Leóntiev, Shepílov, Gatovski y otros.

9. Importancia internacional de un manual marxista de economía política

Pienso que los camaradas no tienen en cuenta toda la importancia de un manual marxista de Economía Política. Ese manual no sólo es necesario para nuestra juventud soviética. Es especialmente necesario para los comunistas de todos los países y para las personas que simpatizan con los comunistas. Nuestros camaradas de otros países desean saber cómo nos hemos librado de la esclavitud capitalista; cómo hemos transformado la economía del país siguiendo los principios del socialismo; cómo hemos logrado forjar la amistad con los campesinos; cómo hemos conseguido que nuestro país, hace aún poco débil y mísero, se haya convertido en un país rico, en un país poderoso; desean saber qué son los koljoses, por qué nosotros, aunque hemos socializado los medios de producción, no liquidamos la producción mercantil, el dinero, el comercio, etc. Desean saber todo eso y muchas otras cosas no por simple curiosidad, sino para aprender de nosotros y aprovechar nuestra experiencia en su propio país. Por eso, la aparición de un buen manual marxista de Economía Política no sólo tiene una gran importancia política interior, sino también una gran importancia internacional.

Necesitamos, por consiguiente, un manual que sea un libro de cabecera para la juventud revolucionaria no sólo en nuestro país, sino también en el extranjero. No debe ser excesivamente voluminoso, ya que un manual excesivamente voluminoso no puede ser un libro de cabecera y, además, resulta difícil de asimilar, de digerir. No obstante, debe contener todo lo fundamental, tanto de la economía de nuestro país como de la economía del capitalismo y del sistema colonial.

Algunos camaradas han propuesto durante la discusión incluir en el manual varios capítulos nuevos: los historiadores, sobre historia; los políticos, sobre política; los filósofos, sobre filosofía, y los economistas, sobre economía. Pero eso hincharía el manual terriblemente, cosa que, claro está, no se puede permitir. El manual recurre al método histórico para ilustrar los problemas de la Economía Política, pero eso no quiere decir que debamos convertir el manual de Economía Política en una historia de las relaciones económicas.

Necesitamos un manual de 500 a 600 páginas como máximo. Ese manual de Economía Política marxista será un libro de cabecera, un buen regalo para los comunistas jóvenes de todos los países.

Además, debido al insuficiente nivel de desarrollo marxista de la mayoría de los Partidos Comunistas de los demás países, un manual así sería también de gran utilidad a los cuadros comunistas no jóvenes de esos países.

10. Como se puede mejorar el proyecto de manual de economía política

Algunos camaradas han «arremetido» con excesivo celo durante la discusión contra el proyecto de manual, han increpado a sus autores por los errores y las omisiones, afirmando que el proyecto no vale. Eso es injusto. Naturalmente, el manual tiene errores y omisiones, cosa que ocurre casi siempre en todo trabajo importante. Pero, no obstante, la gran mayoría de los camaradas que han participado en la discusión ha reconocido que el proyecto puede servir de base para el futuro manual si se introducen en él algunas enmiendas y adiciones. En realidad, basta sólo comparar el proyecto con los manuales de Economía Política de que disponemos hoy, para llegar a la conclusión de que está a cien codos por encima de ellos. Eso es un gran mérito de los autores del proyecto de manual.

Yo pienso que para mejorar el proyecto de manual sería conveniente designar una comisión no muy numerosa, en la que deberían figurar no sólo los autores del manual y no sólo partidarios de la mayoría de los participantes en la discusión, sino también adversarios de la mayoría, furibundos críticos del proyecto del manual.

Sería bueno incluir también en la comisión a un estadista experto, para comprobar las cifras del proyecto e introducir en él nuevos datos estadísticos, así como a un jurista experto, para comprobar la exactitud de las formulaciones.

Sería conveniente descargar provisionalmente de cualquier otro trabajo a los miembros de la comisión, dándoles todas las posibilidades materiales para que puedan dedicarse por entero a confeccionar el manual.

Haría falta, además, designar una comisión de tres personas, por ejemplo, para redactar definitivamente el manual. Eso es indispensable también para conseguir unidad de estilo, cosa que, lamentablemente, falta en el proyecto de manual.

El libro debe ser presentado al CC dentro de un año.

J. STALIN
1 de febrero de 1952.

Respuesta al camarada Aleksandr Ilich Notkin

Camarada Notkin:

No me he apresurado a contestarle, porque no considero urgentes las cuestiones planteadas por Ud. y con mayor motivo cuando hay otras cuestiones, de carácter urgente, que, como es lógico, me han tenido apartado de su carta.

Contesto por puntos.

Primer punto

En las «Observaciones» figura la conocida tesis de que la sociedad no es impotente frente a las leyes de la ciencia y que el hombre, una vez ha llegado a conocer las leyes económicas, puede utilizarlas en interés de la sociedad. Ud. afirma que esta tesis no puede hacerse extensiva a otras formaciones sociales, que sólo puede regir en el socialismo y en el comunismo, y que el carácter espontáneo de los procesos económicos bajo el capitalismo, por ejemplo, no permite a la sociedad utilizar las leyes económicas en interés de la sociedad.

Eso no es cierto. En la época de la revolución burguesa, en Francia, por ejemplo, la burguesía empleó contra el feudalismo la conocida ley de la armonía obligatoria de las relaciones de producción con el carácter de las fuerzas productivas, dió al traste con las relaciones de producción feudales y creó unas relaciones de producción nuevas, las relaciones de producción burguesas, poniendo esas relaciones de producción en correspondencia con el carácter de las fuerzas productivas, que se habían desarrollado en las entrañas del régimen feudal. La burguesía no hizo eso porque tuviera dotes especiales, sino porque estaba vitalmente interesada en ello. Los feudales ofrecieron resistencia no porque fueran torpes, sino porque estaban vitalmente interesados en impedir la realización de esa ley.

Lo mismo debe decirse de la revolución socialista en nuestro país. La clase obrera utilizó la ley de la armonía obligatoria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas, derrocó las relaciones de producción burguesas, creó unas relaciones de producción nuevas, las relaciones de producción socialista, y las puso en correspondencia con el carácter de las fuerzas productivas. La clase obrera pudo hacer eso no porque tuviese dotes especiales, sino porque estaba vitalmente interesada en ello. La burguesía, que había dejado de ser la fuerza progresiva que fuera en los albores de la revolución burguesa y se había convertido ya en una fuerza contrarrevolucionaria, se resistió por todos los medios a que esta ley fuese realizada, y no se resistió porque le faltase organización ni porque el carácter espontáneo de los procesos económicos la empujase a ello, sino, sobre todo, porque estaba vitalmente interesada en impedir la aplicación de esa ley.

Por consiguiente:

1. La utilización de los procesos económicos y de las leyes económicas en interés de la sociedad no sólo tiene lugar, en una u otra medida, en el socialismo y en el comunismo, sino también en las otras formaciones.

2. La utilización de las leyes económicas en la sociedad de clases tiene siempre y en todas partes un fondo de clase, con la particularidad de que el abanderado de la utilización de las leyes económicas en interés de la sociedad es siempre y en todas partes la clase avanzada, mientras que las clases llamadas a desaparecer se resisten a ello.

Aquí la diferencia entre el proletariado, de una parte, y de otra, las demás clases que en el transcurso de la historia han realizado revoluciones en las relaciones de producción, consiste en que los intereses de clase del proletariado se funden con los intereses de la aplastante mayoría de la sociedad, pues la revolución del proletariado no significa la liquidación de esta o aquella forma de explotación, sino la liquidación de toda explotación, mientras que las revoluciones de las otras clases, al liquidar solamente esta o aquella forma de explotación, no iban más allá del estrecho marco de sus intereses de clase, que se hallaban en contradicción con los intereses de la mayoría de la sociedad.

En las «Observaciones» se habla del fondo de clase de la utilización de las leyes económicas en interés de la sociedad. Allí se dice, que «a diferencia de las leyes de las Ciencias Naturales, en las que el descubrimiento y la aplicación de una nueva ley casi no encuentra obstáculos, en la esfera económica el descubrimiento y la aplicación de una nueva ley, como ella afecta a los intereses de las fuerzas sociales llamadas a desaparecer, choca con la resistencia tenacísima de esas fuerzas». No obstante, Ud. no ha prestado atención a ello.

Segundo punto

Ud. afirma que la completa armonía entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas puede conseguirse únicamente en el socialismo y en el comunismo, y que en las demás formaciones sólo puede darse una armonía incompleta.

Eso no es cierto. En la época que siguió a la revolución burguesa, cuando la burguesía destruyó las relaciones de producción feudales y estableció las relaciones de producción burguesas, hubo innegablemente períodos en que las relaciones de producción burguesas armonizaban plenamente con el carácter de las fuerzas productivas. El capitalismo no hubiera podido, en caso contrario, desarrollarse con la rapidez con que se desarrolló después de la revolución burguesa.

Prosigamos. Las palabras «completa armonía» no deben ser comprendidas en sentido absoluto. No deben ser comprendidas en el sentido de que en el socialismo no existe ningún retraso de las relaciones de producción con respecto al desarrollo de las fuerzas productivas. Las fuerzas productivas son las fuerzas más dinámicas y más revolucionarias de la producción. Y marchan, en el socialismo también, indiscutiblemente, delante de las relaciones de producción. Sólo después de algún tiempo las relaciones de producción se transforman, adaptándose al carácter de las fuerzas productivas.

¿Cómo deben ser comprendidas en tal caso las palabras «completa armonía»? Deben ser comprendidas en el sentido de que en el socialismo, como regla, no se producen conflictos entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, en el sentido de que la sociedad puede hacer, a su debido tiempo, que las relaciones de producción, que vana la zaga, se pongan en correspondencia con el carácter de las fuerzas productivas. La sociedad socialista puede hacer eso porque en ella no existen clases llamadas a desaparecer, clases que puedan organizar una resistencia. Naturalmente, en el socialismo habrá también fuerzas atrasadas, inertes, que no comprendan la necesidad de los cambios en las relaciones de producción; pero no será difícil, claro está, vencerlas sin llegar a conflictos.

Tercer punto

De sus razonamientos dimana que los medios de producción, y sobre todo los instrumentos de producción fabricados por nuestras empresas nacionalizadas, son considerados por Ud. como mercancías.

¿Se puede considerar que los medios de producción sean en nuestro régimen socialista mercancías? Yo pienso que no, de ninguna manera.

La mercancía es un producto de la producción que se vende a cualquier comprador, con la particularidad de que, al efectuarse la venta, el propietario de la mercancía pierde el derecho de propiedad sobre ella, y el comprador se convierte en propietario de la misma y puede revenderla, empeñarla, dejar que se pudra. ¿Se puede definir así los medios de producción? Claro que no. En primer lugar, los medios de producción no se «venden» a cualquier comprador, no se «venden» ni siquiera a los koljoses; son distribuidos por el Estado entre sus empresas solamente. En segundo lugar, el Estado, dueño de los medios de producción, al entregárselos a una u otra empresa, no pierde, ni mucho menos, el derecho de propiedad sobre esos medios de producción; por el contrario, lo conserva plenamente. En tercer lugar, los directores de las empresas, al recibir del Estado medios de producción, no sólo no se convierten en propietarios de esos medios, sino que, por el contrario, son confirmados como mandatarios del Estado Soviético para dirigir el empleo de los medios de producción, de acuerdo con los planes establecidos por el Estado.

Como vemos, en nuestro régimen los medios de producción no pueden ser, en modo alguno, considerados como mercancías.

¿Por qué se habla, pues, del valor de los medios de producción, de su coste, de su precio, etc.?

Por dos causas.

Primera. Porque es indispensable para el cálculo, para la contabilidad, para determinar si las empresas son rentables o si no lo son, para la inspección y el control de las empresas. Pero éste es sólo el aspecto formal de la cuestión.

Segunda. Porque es indispensable para efectuar, en interés del comercio exterior, la venta de medios de producción a los Estados extranjeros. Aquí, en la esfera del comercio exterior, pero *sólo en esta esfera*, nuestros medios de producción son en realidad mercancías y en realidad se venden (sin comillas).

Por consiguiente, resulta que en la esfera del comercio exterior los medios de producción fabricados por nuestras empresas conservan, formalmente y en esencia, las propiedades de las mercancías, mientras que en la esfera de la circulación económica en el interior del país pierden las propiedades de las mercancías, dejan de ser mercancías y se salen de la esfera de acción de la ley del valor, conservando únicamente la forma de mercancías (la contabilidad, y demás).

¿Cómo explicar esta peculiaridad?

El caso es que en nuestras condiciones socialistas el desarrollo económico no se opera mediante revoluciones, sino mediante cambios graduales, en los que lo viejo no queda suprimido por entero, sino que cambia su naturaleza, adaptándola a lo nuevo, conservando sólo su forma; y lo nuevo no destruye simplemente lo viejo, sino que penetra en ello y cambia su naturaleza y sus funciones, sin romper su forma, que utiliza para el desarrollo de lo nuevo. Eso no sólo sucede con las mercancías, sino también con el dinero en nuestras operaciones económicas, así como con los Bancos, que, al perder sus viejas funciones y adquirir funciones nuevas, conservan su vieja forma, que es utilizada por el régimen socialista.

Si se examina el problema desde un punto de vista formal, desde el punto de vista de los procesos que se operan en la superficie de los fenómenos, se puede llegar a la conclusión desacertada de que las categorías del capitalismo siguen rigiendo en nuestra economía. Si se analiza el problema de un modo marxista, estableciendo una rigurosa diferenciación entre el contenido del proceso económico y su forma, entre los procesos profundos del desarrollo y los fenómenos superficiales, se puede llegar a la única conclusión atinada, a la conclusión de que de las viejas categorías del capitalismo en nuestro país se ha

conservado, principalmente, la forma, el exterior, pero que en esencia es categorías han cambiado de un modo radical, adaptándose a las exigencias del desarrollo de la economía socialista.

Cuarto punto

Ud. afirma que la ley del valor obra como un regulador de los precios de los «medios de producción»- producidos por la agricultura y entregados al Estado a precios de tasa. Se refiere Ud., además, a «medíos de producción» tales como las materias primas; por ejemplo, el algodón. Hubiera podido Ud. agregar a ello también el lino, la lana y demás materias primas agrícolas.

Hay que hacer notar, ante todo, que en este caso la agricultura no produce «medios de producción», sino uno de los medios de producción: materias primas. No se puede jugar con las palabras «medios de producción». Cuando los marxistas hablan de la producción de medios de producción, tienen en cuenta, ante todo, la producción de instrumentos de producción, es decir, lo que Marx llama «los medios mecánicos de trabajo, cuyo conjunto puede denominarse sistema óseo y muscular de la producción», sistema que constituye «los rasgos distintivos característicos de una determinada época de la producción social». Poner en un mismo plano una parte de los medios de producción (las materias primas) y los medios de producción, incluidos los instrumentos de producción, significa pecar contra el marxismo, pues el marxismo parte del papel determinante de los instrumentos de producción, en comparación con todos los otros medios de producción. Todo el mundo sabe que las materias primas no pueden producir por sí mismas instrumentos de producción -aunque ciertas materias primas sean indispensables como material para la producción de instrumentos de producción-, en tanto que no hay materia prima que pueda ser producida sin instrumentos de producción.

Sigamos. ¿Se puede decir que la acción de la ley del valor sobre el precio de las materias primas producidas en la agricultura sea una acción *reguladora* como lo afirma Ud., camarada Notkin? Esa acción sería reguladora si existiera en nuestro país un «libre» sube y baja de los precios de las materias primas agrícolas, si rigiera la ley de la concurrencia y de la anarquía de la producción, si no tuviéramos una economía planificada, si la producción de materias primas no estuviera regulada por un plan. Pero como en el sistema de nuestra economía nacional no se dan todos esos «si», la acción de la ley del valor sobre el precio de las materias primas agrícolas no puede en modo alguno ser reguladora. En primer lugar, los precios de las materias primas agrícolas son en nuestro país precios fijos, establecidos por un plan, y no precios «libres». En segundo lugar, el volumen de la producción de materias primas agrícolas no lo determinan fuerzas ciegas ni estos o aquellos elementos fortuitos, sino un plan. En tercer lugar, los instrumentos de producción necesarios para la producción de materias primas agrícolas no se hallan concentrados en manos de algunas personas o grupos de personas, sino en manos del Estado. Después de esto, ¿qué es lo que queda del papel regulador de la ley del valor? Resulta que la misma ley del valor es regulada por los hechos, propios de la producción socialista, arriba indicados.

Por consiguiente, no se puede negar que la ley del valor actúa en la formación de los precios de las materias primas agrícolas ni que es uno de los factores de esa formación. Pero menos aún se puede negar que esa acción no es ni puede ser reguladora.

Quinto punto

Al hablar de la rentabilidad de la economía socialista, he objetado en mis «Observaciones» a los asertos de algunos camaradas respecto a que nuestra economía planificada -al no dar gran preferencia a las empresas rentables y admitir la existencia, junto a ellas, de empresas no rentables- mata el principio mismo de la rentabilidad de la economía. En las «Observaciones» se dice que la rentabilidad desde el punto de vista de una empresa o rama de la producción no puede compararse en modo alguno con la rentabilidad de tipo superior que nos da la producción socialista al librarnos de las crisis de superproducción y asegurarnos el continuo incremento de la producción.

No obstante, sería un error deducir de aquí que la rentabilidad de las diferentes empresas y ramas de la producción no tiene especial valor y no merece seria atención. Esto, naturalmente, no es cierto. La rentabilidad de las diferentes empresas y ramas de la producción tiene enorme importancia para el desarrollo de nuestra producción. Y hay que tenerla en cuenta, tanto al planificar la construcción como al planificar la producción. Eso es el abecé de nuestra actividad económica en la etapa actual de desarrollo.

Sexto punto

No está claro cómo hay que comprender sus palabras referentes al capitalismo: «producción ampliada muy deformada». Hay que decir que producción de ese tipo, y además ampliada, no existe bajo la capa del cielo.

Es evidente que, después de haberse escindido el mercado mundial y de haber comenzado a reducirse la esfera de explotación de los recursos mundiales por los principales países capitalistas (los Estados Unidos, Inglaterra y Francia), el carácter cíclico del desarrollo del capitalismo -ascenso y descenso de la producción- deberá, a pesar de ello, subsistir: Pero el ascenso de la producción en estos países tendrá lugar sobre una base restringida, pues el volumen de la

producción de esos países descenderá.

Séptimo punto

La crisis general del sistema capitalista mundial comenzó en el período de la primera guerra mundial; debido, sobre todo, al hecho de que la Unión Soviética se desgajó del sistema capitalista. Esa fue la primera etapa de la crisis general. La segunda etapa de la crisis general empezó en el período de la segunda guerra mundial, sobre todo después de haberse desgajado del sistema capitalista las democracias populares de Europa y de Asia. La primera crisis, en el período de la primera guerra mundial, y la segunda crisis, en el período de la segunda guerra mundial, no deben ser consideradas como crisis independientes una de otra, como crisis separadas sin relación alguna entre sí, sino como etapas del desarrollo de la crisis general del sistema capitalista mundial.

¿Es la crisis general del capitalismo mundial una crisis meramente política o una crisis meramente económica? No es ni una cosa ni la otra. Es una crisis general, es decir, una crisis del sistema capitalista mundial en todos los dominios, una crisis que abarca tanto la economía como la política. Además, se comprende que tiene por base la descomposición cada vez mayor del sistema económico capitalista mundial, por una parte, y, por otra, la creciente potencia económica de los países que se han desgajado del capitalismo: la URSS, China y demás países de democracia popular.

J. STALIN

21 de abril de 1952.

Los errores del camarada L. D. Yaroshenko

Hace poco se ha dado a conocer a los miembros del Buró Político del Comité Central del PC(b) de la Unión Soviética una carta del camarada Yaroshenko, fechada el 20 de marzo del año en curso, haciendo referencia a algunas cuestiones económicas que fueron examinadas en la conocida discusión del mes de noviembre. El autor de la carta se queja de que en los principales documentos en que ha sido sintetizada la discusión, lo mismo que en las «Observaciones» del camarada Stalin, «no ha tenido reflejo alguno el punto de vista» del camarada Yaroshenko. Además, el camarada Yaroshenko propone en su carta que se le permita escribir la «Economía Política del socialismo» en el curso de un año o año y medio, facilitándole para ello dos colaboradores.

Yo creo que tendremos que examinar a fondo tanto la queja del camarada Yaroshenko como su propuesta.

Comencemos por la queja.

Y bien, ¿en qué consiste el «punto de vista» del camarada Yaroshenko, ese punto de vista que no ha tenido ningún reflejo en los documentos arriba citados?

I. El principal error del camarada Yaroshenko

Si caracterizamos el punto de vista del camarada Yaroshenko en dos palabras, tendremos que decir que no es marxista; por tanto, es profundamente erróneo.

El principal error del camarada Yaroshenko consiste en que se aparta del marxismo en la cuestión relativa al papel de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción en el desarrollo de la sociedad: exagera desmesuradamente el papel de las fuerzas productivas, subestima, también desmesuradamente, el papel de las relaciones de producción y acaba declarando que en el socialismo las relaciones de producción son parte integrante de las fuerzas productivas.

El camarada Yaroshenko admite que las relaciones de producción desempeñan cierto papel cuando existen «contradicciones antagónicas de clase», ya que las relaciones de producción en ese caso «contradicen al desarrollo de las fuerzas productivas». Mas para el camarada Yaroshenko, ese papel es sólo un papel negativo, el papel de factor que frena el desarrollo de las fuerzas productivas y que traba su desarrollo. Y el camarada Yaroshenko no ve en las relaciones de producción otras funciones, no ve ninguna función positiva.

En cuanto al régimen socialista, donde ya no existen «contradicciones antagónicas de clase» y donde las relaciones de producción «no contradicen ya al desarrollo de las fuerzas productivas», el camarada Yaroshenko considera que aquí las relaciones de producción pierden todo papel independiente; las relaciones de producción dejan de ser un factor importante del desarrollo y son absorbidas por las fuerzas productivas, como la parte es absorbida por el todo. El camarada Yaroshenko dice que en el socialismo «las relaciones de producción entre los hombres entran en la organización de las fuerzas productivas como un medio, como un elemento de esa organización» (véase la carta del camarada Yaroshenko al Buró Político del CC).

En tal caso, ¿cuál es la tarea principal de la Economía Política del socialismo? El camarada Yaroshenko contesta: «La tarea principal de la Economía Política del socialismo no consiste, por esa razón, en estudiar las relaciones de producción entre los hombres de la sociedad socialista, *sino que consiste* en elaborar y desarrollar la teoría científica de la organización de las fuerzas productivas en la producción social, la teoría de la planificación del desarrollo de la economía nacional» (véase el discurso del camarada Yaroshenko en el Pleno de los participantes en la discusión).

Esa es la causa precisa de que el camarada Yaroshenko no se interese por cuestiones económicas del régimen socialista como la existencia de diversas

formas de propiedad en nuestra economía, la circulación mercantil, la ley del valor y otras, considerándolas cuestiones secundarias que no hacen más que provocar discusiones escolásticas. El declara sin circunloquios que en su Economía Política del socialismo «las discusiones en cuanto al papel de una u otra categoría de la Economía Política del socialismo -valor, mercancía, dinero, crédito, etc.-, que con frecuencia toman entre nosotros un carácter escolástico, *son reemplazadas* por sensatos razonamientos sobre la organización racional de las fuerzas productivas en la producción social y la fundamentación científica de esa organización» (véase el discurso del camarada Yaroshenko en el Pleno).

En consecuencia, Economía Política sin problemas económicos.

El camarada Yaroshenko piensa que basta con alcanzar una «organización racional de las fuerzas productivas» para que el paso del socialismo al comunismo transcurra sin grandes dificultades. Considera que eso basta y sobra para la transición al comunismo. Declara sin más ni más que «la lucha fundamental por la construcción de la sociedad comunista se reduce, en el socialismo, a la lucha por organizar con acierto las fuerzas productivas y por utilizarlas racionalmente en la producción social» (véase el discurso en el Pleno). El camarada Yaroshenko proclama solemnemente que: «El comunismo es la organización científica superior de las fuerzas productivas en la producción social».

Resulta, a lo que se ve, que toda la esencia del régimen comunista está comprendida en la «organización racional de las fuerzas productivas».

Partiendo de todo eso, el camarada Yaroshenko deduce que no puede haber una Economía Política para todas las formaciones sociales, que debe haber dos economías políticas: una para las formaciones sociales presocialistas, cuyo objeto es el estudio de las relaciones de producción entre los hombres, y otra para el régimen socialista, cuyo objeto deberá ser, no el estudio de las relaciones de producción, es decir, de las relaciones económicas, sino el de las cuestiones vinculadas a la organización racional de las fuerzas productivas.

Tal es el punto de vista del camarada Yaroshenko.

¿Qué puede decirse de ese punto de vista?

No es cierto, primeramente, que el papel de las relaciones de producción en la historia de la sociedad se limite al papel de freno que traba el desarrollo de las fuerzas productivas. Cuando los marxistas hablan del papel de freno de las relaciones de producción, no se refieren a todas las relaciones de producción, sino tan sólo a las viejas relaciones de producción, que no corresponden ya al desarrollo de las fuerzas productivas y, en consecuencia, frenan su desarrollo. Pero, además de las viejas relaciones de producción, existen, como se sabe, las nuevas relaciones de producción que sustituyen a las viejas. ¿Se puede, acaso, decir que el papel de las nuevas relaciones de producción se reduce al papel de freno de las fuerzas productivas? No, no se puede. Al contrario: las nuevas relaciones de producción son la fuerza principal y decisiva que determina precisamente el desarrollo continuo, y poderoso, de las fuerzas productivas, y sin ellas las fuerzas productivas estarían en nuestro país condenadas a vegetar como vegetan hoy en los países capitalistas.

Nadie puede negar el desarrollo colosal de las fuerzas productivas de nuestra industria soviética en los años de cumplimiento de los planes quinquenales. Pero ese desarrollo no se habría producido si en octubre de 1917 no hubiésemos reemplazado las viejas relaciones de producción, las relaciones de producción capitalistas, por unas relaciones de producción nuevas, por las relaciones de producción socialistas. Sin esa revolución en las relaciones de producción, en las relaciones económicas, las fuerzas productivas vegetarían en nuestro país como vegetan hoy en los países capitalistas.

Nadie puede negar el desarrollo colosal de las fuerzas productivas de nuestra agricultura en el curso de los últimos 20-25 años. Pero ese desarrollo no hubiera tenido lugar si no hubiéramos sustituido, en los años del 30, las viejas relaciones de producción capitalistas en el campo por nuevas relaciones de producción, por unas relaciones de producción colectivistas. Sin esa revolución en la producción, las fuerzas productivas de la agricultura vegetarían en nuestro país como vegetan hoy en los países capitalistas.

Claro que las nuevas relaciones de producción no pueden ser ni son eternamente nuevas, comienzan a envejecer y a entrar en contradicción con el continuo desarrollo de las fuerzas productivas, comienzan a perder el papel de motor principal de las fuerzas productivas y se transforman en su freno. Entonces, en lugar de esas relaciones de producción, ya viejas, aparecen nuevas relaciones de producción, cuyo papel consiste en ser el motor principal del continuo desarrollo de las fuerzas productivas.

Esta peculiaridad del desarrollo de las relaciones de producción, que pasan del papel de freno de las fuerzas productivas al papel de motor principal de su avance, y del papel de motor principal al papel de freno de las fuerzas productivas, constituye uno de los elementos principales de la dialéctica materialista marxista. Esto lo saben hoy todos los que han visto un libro de marxismo. Esto no lo sabe, según resulta, el camarada Yaroshenko.

No es cierto, en segundo lugar, que el papel independiente de las relaciones de producción, es decir, de las relaciones económicas, desaparece en el socialismo; que las relaciones de producción sean absorbidas por las fuerzas productivas; que la producción social en el socialismo se reduzca a la

organización de las fuerzas productivas. El marxismo considera la producción social como un todo que consta de dos aspectos vinculados indisolublemente: las fuerzas productivas de la sociedad (relaciones de la sociedad con las fuerzas naturales, en la lucha con las cuales obtiene la sociedad los bienes materiales necesarios) y las relaciones de producción (relaciones mutuas entre los hombres en el proceso de la producción). Estos dos aspectos de la producción social, aunque están ligados entre sí de un modo indisoluble, son diferentes. Y precisamente por ser aspectos diferentes de la producción social, pueden actuar uno sobre el otro. Afirmar que uno de esos aspectos puede ser absorbido por el otro y transformado en su parte integrante, significa pecar gravemente contera el marxismo.

Marx dice:

«En la producción los hombres no actúan solamente sobre la naturaleza, sino que actúan también los unos sobre los otros. No pueden producir sin asociarse de un cierto modo, para actuar en común y establecer un intercambio de actividades. Para producir, los hombres contraen determinados vínculos y relaciones, y a través de estos vínculos Y relaciones sociales, y sólo a través de ellos, es como se relacionan con la naturaleza y como se efectúa la producción» (véase: «C. Marx y F. Engels», tomo V, pág. 429).

Por consiguiente, la producción social consta de dos aspectos que, aunque están indisolublemente ligados el uno con el otro, reflejan, no obstante, dos categorías diferentes de relaciones: las relaciones del hombre con la naturaleza (fuerzas productivas) y las relaciones de unos hombres con otros en el proceso de la producción (relaciones de producción). Sólo la existencia de ambos aspectos de la producción nos da la producción social, ya se trate del régimen socialista o de otras formaciones sociales.

Por lo visto, el camarada Yaroshenko no está muy de acuerdo con Marx. Considera que esta tesis de Marx no es aplicable al régimen socialista. Por eso, precisamente, reduce el problema de la Economía Política del socialismo a la tarea de la organización racional de las fuerzas productivas, dejando de un lado las relaciones de producción, las relaciones económicas, y separando de ellas las fuerzas productivas.

Por tanto, en lugar de la Economía Política marxista, encontramos en el camarada Yaroshenko algo así como la «Ciencia universal de la organización» de Bogdánov.

Así, pues, partiendo de la idea acertada de que las fuerzas productivas son las más dinámicas y las más revolucionarias de la producción, el camarada Yaroshenko lleva esa idea al absurdo, negando el papel de las relaciones de producción, de las relaciones económicas, en el socialismo; y en lugar de una producción social llena de vida, obtiene una técnica de la producción unilateral y enclenque, algo así como la «técnica de organización de la sociedad» de Bujarin.

Marx dice:

«En la producción social de su vida (es decir, en la producción de los bienes materiales necesarios para la vida del hombre - *J. St.*), los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social» (véase el prólogo de la "Contribución a la crítica de la Economía Política»).

Eso significa que toda formación social, incluida la sociedad socialista, tiene su base económica, formada por el conjunto de las relaciones de producción entre los hombres. Surge la pregunta: ¿qué piensa el camarada Yaroshenko en cuanto a la base económica del régimen socialista? Como sabemos, el camarada Yaroshenko ha liquidado ya las relaciones de producción en el socialismo como una esfera más o menos independiente, incluyendo lo poco que ha quedado de ellas en la organización de las fuerzas productivas. Se pregunta uno, ¿posee el régimen socialista su propia base económica? Es evidente que, si en el socialismo las relaciones de producción han desaparecido como fuerza más o menos independiente, el régimen socialista subsiste sin su base económica.

En consecuencia, un régimen socialista sin su base económica. Resulta una historieta bastante divertida...

¿Es posible, en general, un régimen social sin su base económica? El camarada Yaroshenko, evidentemente, considera que es posible. Está bien, pero el marxismo considera que regímenes sociales de esa naturaleza no existen bajo la capa del cielo.

No es cierto, por último, que el comunismo sea la organización racional de las fuerzas productivas; que la organización racional de las fuerzas productivas encierre en sí toda la esencia del régimen comunista; que baste organizar racionalmente las fuerzas productivas para pasar al comunismo sin grandes dificultades. En nuestra literatura hay otra definición, otra fórmula del comunismo, que es la fórmula leninista: «El comunismo es el Poder soviético más la electrificación de todo el país». Por lo visto, al camarada Yaroshenko no le gusta la fórmula leninista, y la reemplaza por su propia fórmula, de producción casera: «El comunismo es la organización científica superior de las fuerzas productivas en la producción social».

En primer término, nadie sabe qué es esa

organización «científica superior» o «racional» de las fuerzas productivas que proclama a los cuatro vientos el camarada Yarosnenko ni cuál es su contenido concreto. El camarada Yaroshenko repite decenas de veces esta fórmula mítica en sus discursos ante el Pleno, en las comisiones de éste, en su carta a los miembros del Buró Político; pero no dice en ningún sitio ni una sola palabra para aclarar cómo hay que comprender, concretamente, esa «organización racional» de las fuerzas productivas, que según él, encierra en si toda la esencia del régimen comunista.

En segundo término, puesto que se trata de elegir entre dos fórmulas, no procede rechazar la fórmula leninista, que es la única acertada, sino la fórmula del camarada Yaroshenko, manifiestamente artificial y no marxista, extraída del arsenal de Bogdánov «Ciencia universal de la organización».

El camarada Yaroshenko supone que basta alcanzar una organización racional de las fuerzas productivas para obtener la abundancia de productos y pasar al comunismo, para pasar de la fórmula «a cada cual, según su trabajo» a la fórmula «a cada cual, según sus necesidades». Ese es un gran error, que revela la incomprensión más absoluta de las leyes del desarrollo económico del socialismo. El camarada Yaroshenko concibe las condiciones del paso del socialismo al comunismo de un modo demasiado simple, con una simplicidad infantil. El camarada Yaroshenko no comprende que no se puede obtener una abundancia de productos que permita cubrir todas las necesidades de la sociedad ni pasar a la fórmula "a cada cual, según sus necesidades», mientras subsistan fenómenos económicos como la propiedad de determinados grupos, de los koljoses, la circulación mercantil y otros. El camarada Yaroshenko no comprende que, antes de pasar a la fórmula «a cada cual, según sus necesidades», hay que recorrer varias etapas de reeducación económica y cultural de la sociedad, en el curso de las cuales el trabajo dejará de ser a los ojos de la sociedad sólo un medio de ganarse la vida, para convertirse en la primera necesidad de ésta, y la propiedad social, en la base firme e inviolable de la existencia de la sociedad.

Para preparar el paso real, y no declarativo, al comunismo, es necesario cumplir, por lo menos, tres condiciones fundamentales.

1. Es indispensable, en primer término, asegurar de verdad, no una mítica «organización racional» de las fuerzas productivas, sino el incremento constante de toda la producción social, y preferentemente el de la producción de medios de producción. El que se dé preferencia al incremento de la producción de medios de producción, no sólo es necesario porque esta producción debe asegurar las máquinas necesarias, tanto a sus propias empresas como a las empresas de todas las demás ramas de la economía nacional, sino porque sin ella no es posible, en absoluto, llevar a cabo la reproducción ampliada.

2. Es indispensable, en segundo término, elevar la propiedad koljosiana al nivel de propiedad de todo el pueblo, mediante transiciones graduales realizadas con ventaja para los koljoses y, por consiguiente, para toda la sociedad, y, también, mediante transiciones graduales, sustituir la circulación mercantil por un sistema de intercambio de productos, para que el Poder central o cualquier otro centro económico-social pueda disponer de todo el producto de la producción social en interés de la sociedad.

El camarada Yaroshenko se equivoca cuando afirma que en el socialismo no existe contradicción alguna entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas de la sociedad. Claro está que nuestras actuales relaciones de producción atraviesan por un período en que, correspondiendo plenamente al incremento de las fuerzas productivas, las impulsan adelante a pasos agigantados. Pero sería una equivocación contentarse con eso y suponer que no existe contradicción alguna entre nuestras fuerzas productivas y nuestras relaciones de producción. Sin duda alguna, hay y habrá contradicciones, por cuanto el desarrollo de las relaciones de producción va e irá a la zaga del desarrollo de las fuerzas productivas. Con una política acertada de los organismos dirigentes, estas contradicciones no pueden convertirse en contradicciones antagónicas, y no puede producirse un conflicto entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas de la sociedad. Otra cosa sucedería si aplicáramos una política desacertada, como la que propone el camarada Yaroshenko. En ese caso, el conflicto sería inevitable y nuestras relaciones de producción podrían convertirse en un freno muy serio para el desarrollo de las fuerzas productivas.

Por ello, la misión de los organismos dirigentes consiste en advertir oportunamente las contradicciones cuando están gestándose y tomar a tiempo las medidas necesarias para eliminarlas mediante la adaptación de las relaciones de producción al incremento de las fuerzas productivas. Esto se refiere, ante todo, a fenómenos económicos como la propiedad de determinados grupos, de los koljoses, y la circulación mercantil. Claro que actualmente estos fenómenos son aprovechados con buen éxito para desarrollar la economía socialista, y reportan un beneficio indudable a nuestra sociedad. No cabe duda de que también en el próximo futuro reportarán su beneficio. Pero sería una ceguera imperdonable no ver que, al mismo tiempo, esos fenómenos comienzan ahora ya a frenar el poderoso desarrollo de nuestras fuerzas productivas, por cuanto son un obstáculo para que la planificación por parte del Estado abarque plenamente toda la economía nacional, en particular la agricultura. No cabe duda de que, con el tiempo, esos fenómenos

frenarán más y más el desarrollo de las fuerzas productivas de nuestro país. Por consiguiente, la tarea consiste en liquidar esas contradicciones mediante la transformación gradual de la propiedad koljosiana en propiedad de todo el pueblo y la aplicación -también gradual- del intercambio de productos en lugar de la circulación mercantil.

3. Es necesario, en tercer término, alcanzar un ascenso cultural de la sociedad, que asegure a todos sus miembros el desarrollo universal de sus capacidades físicas e intelectuales, para que puedan recibir una instrucción que les permita ser agentes activos del desarrollo de la sociedad, para que puedan elegir la profesión que más les guste y no tengan que verse atados de por vida, debido a la división del trabajo existente, a una sola profesión.

¿Qué hace falta para esto?

Sería erróneo suponer que se puede alcanzar un desarrollo cultural tan elevado de los miembros de la sociedad sin serios cambios en el estado actual del trabajo. Para eso es necesario, ante todo, reducir la jornada de trabajo, por lo menos, a seis, y más adelante a cinco horas. Eso es necesario para que los miembros de la sociedad dispongan del tiempo libre suficiente para adquirir una instrucción universal. Para ello es necesario, además, implantar la enseñanza politécnica general y obligatoria, indispensable para que los miembros de la sociedad puedan elegir la profesión que más les guste y no se vean atados de por vida a una sola profesión. Para ello es necesario, además, mejorar radicalmente las condiciones de vivienda y elevar al doble, por lo menos, el salario real de los obreros y de los empleados, tanto mediante ,el aumento directo del salario metálico, como, sobre todo, mediante la rebaja sistemática de los precios de los artículos de amplio consumo.

Tales son las condiciones fundamentales de la preparación del paso al comunismo.

Sólo después de cumplir *todas* esas condiciones, se podrá esperar que el trabajo deje de ser para los miembros de la sociedad una carga y se convierta «en la primera necesidad de la vida» (Marx); que «el trabajo se convierta, de una penosa carga, en un placer» (Engels); que la propiedad social sea apreciada por todos los miembros de la sociedad como la base firme e inviolable de la existencia de la sociedad.

Sólo después de cumplir *todas* esas condiciones, se podrá pasar de la fórmula socialista «de cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según su trabajo» a la fórmula comunista «de cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades».

Eso representará el paso radical de una economía, de la economía del socialismo, a otra economía superior, a la economía del comunismo.

Como puede verse, la cuestión del paso del socialismo al comunismo no es tan sencilla como se la imagina el camarada Yaroshenko.

Tratar de reducir cosa tan compleja y polifacética, que exige cambios económicos muy importantes, a la «organización racional de las fuerzas productivas», como lo hace el camarada Yaroshenko, supone suplantar el marxismo por el bogdanovismo.

II. Otros errores del camarada Yaroshenko

1. Basándose en su erróneo punto de vista, el camarada Yaroshenko llega a deducciones erróneas acerca del carácter y del objeto de la Economía Política.

El camarada Yaroshenko, partiendo de que cada formación social tiene sus leyes económicas específicas, niega la necesidad de una Economía Política única para todas las formaciones sociales. Pero carece de toda razón, y difiere a este respecto de marxistas como Engels y Lenin.

Engels dice que la Economía Política es «la ciencia de las condiciones y de las formas en que *las diversas sociedades humanas* producen e intercambian, y en que, de acuerdo con ello, efectúan cada vez la distribución de los productos» («Anti-Dühring»). Por lo tanto, la Economía Política estudia las leyes del desarrollo económico, no de una formación social determinada, sino de las diversas formaciones sociales.

Como se sabe, Lenin está de completo acuerdo con ese enunciado. En sus observaciones críticas al libro de Bujarin «La economía del período de transición», Lenin dijo que Bujarin erraba al restringir la esfera de acción de la Economía Política a la producción mercantil y, ante todo, a la capitalista y señaló que Bujarin daba «un paso atrás respecto a Engels».

Con ese enunciado está completamente de acuerdo la definición de la Economía Política dada en el proyecto de manual, donde se dice que la Economía Política es la ciencia que estudia «las leyes de la producción social y de la distribución de los bienes materiales *en las diversas fases* de desarrollo de la sociedad humana».

La cosa es comprensible. En su desarrollo económico, las diversas formaciones sociales no sólo se subordinan a sus leyes económicas específicas, sino también a las leyes económicas comunes a todas las formaciones, por ejemplo, a leyes como la ley de la unidad de las fuerzas productivas y las relaciones de producción en una producción social única, como la ley de las relaciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en el proceso de desarrollo de todas las formaciones sociales. Por consiguiente, las formaciones sociales no sólo están separadas entre sí por sus leyes específicas, sino ligadas entre sí por las leyes económicas comunes a todas ellas.

Engels tenía toda la razón al decir:

«Para hacer con toda plenitud esa crítica de la

Economía Política burguesa, no bastaba con estudiar la forma capitalista de producción, de intercambio y de distribución. Era necesario también investigar y confrontar, siquiera en rasgos generales, las formas que la habían precedido o que existían paralelamente a ella en los países menos desarrollados» («Anti-Dühríng»).

Es evidente que en esta cuestión el camarada Yaroshenko hace eco a Bujarin.

Prosigamos. El camarada Yarosheniko afirma que en su «Economía Política del socialismo» «las categorías de la Economía Política -valor, mercancía, dinero, crédito, etc.- *son reemplazadas* por sensatos razonamientos sobre la organización racional de las fuerzas productivas en la producción social»; que, en consecuencia, el objeto de *esta* Economía Política *no* son las relaciones de producción del socialismo, *sino* «la elaboración y el desarrollo de la teoría científica de la organización de las fuerzas productivas, de la teoría de la planificación de la economía nacional, etc.»; que en el socialismo las relaciones de producción pierden su significado independiente y son absorbidas por las fuerzas productivas como parte integrante de ellas.

Debe decirse que hasta ahora ningún «marxista» chiflado había escrito tan absurdo galimatías. Recapacítese, ¿qué significa la Economía Política del socialismo sin los problemas económicos, sin los problemas de la producción? ¿Acaso existe bajo la capa del cielo semejante Economía Política? ¿Qué significa sustituir en la Economía Política del socialismo los problemas económicos por los problemas de la organización de las fuerzas productivas? Significa acabar con la Economía Política del socialismo. El camarada Yaroshenko procede así precisamente: acaba con la Economía Política del socialismo. En este aspecto entronca por completo con Bujarin. Bujarin decía que al ser destruido el capitalismo debía serlo también la Economía Política. El camarada Yaroshenko no lo dice, pero lo *hace*, acabando con la Economía política del socialismo. Verdad es que el camarada Yaroshenko aparenta al mismo tiempo no estar totalmente de acuerdo con Bujarin, pero eso es marrullería y, por cierto, marrullería barata. En realidad, hace lo que predicaba Bujarin y censurara Lenin. El camarada Yaroshenko sigue las huellas de Bujarin.

Prosigamos. El camarada Yaroshenko reduce los problemas de la Economía Política del socialismo a los problemas de una organización racional de las fuerzas productivas, a los problemas de la planificación de la economía nacional, etc. Pero se equivoca profundamente. Los problemas de una organización racional de las fuerzas productivas, de la planificación de la economía nacional, etc., no son objeto de la Economía Política, sino de la política económica de los organismos dirigentes. Son dos esferas distintas, que no deben ser confundidas. El camarada Yaroshenko ha confundido estas dos cosas distintas y se ha puesto en situación embarazosa. La Economía Política estudia las leyes de desarrollo de las relaciones de producción entre los hombres. La política económica deduce de ello las conclusiones prácticas, las concreta y erige sobre esta base su trabajo cotidiano. Recargar la Economía Política con las cuestiones de la política económica significa hundirla como ciencia.

El objeto de la Economía política son las relaciones de producción, las relaciones económicas entre los hombres. A esta esfera corresponden: a) las formas de la propiedad sobre los medios de producción; b) la situación, dimanante de esto, de los diversos grupos sociales en la producción y sus relaciones mutuas, o, como dice Marx, el «intercambio de actividades»; c) las formas de distribución de los productos que dependen por completo de dichas formas de propiedad. Todo esto constituye, en su conjunto, el objeto de la Economía política.

En esta definición no se emplea la palabra «intercambio», que figura en la definición de Engels. No se emplea porque habitualmente muchos entienden por «intercambio» el intercambio de mercancías, que no es propio de todas las formaciones sociales, sino únicamente de algunas, lo que a veces origina confusiones, aunque Engels no sólo comprendía por «intercambio» el intercambio de mercancías. Sin embargo, como se ve, lo que Engels entendía por «intercambio» ha encontrado su lugar en la citada definición, como parte integrante de ella. En consecuencia, por su contenido, esta definición del objeto de la Economía Política coincide plenamente con la definición de Engels.

2. Cuando se habla de la ley económica fundamental de una u otra formación social, se parte, por lo común, de que esta última no puede tener varias leyes económicas fundamentales, de que sólo puede tener una ley económica fundamental, precisamente como ley *fundamental*. En caso contrario tendríamos varias leyes económicas fundamentales para cada formación social, lo que está en pugna con el concepto mismo de ley fundamental. Sin embargo, el camarada Yaroshenko no está de acuerdo. Considera que se puede tener, no una ley económica fundamental del socialismo, sino varias leyes económicas fundamentales. ¡Inverosímil, pero es un hecho! En su discurso en el Pleno de los participantes en la discusión dice:

«Las magnitudes y las correlaciones de los fondos materiales de la producción social y de la reproducción están determinadas por la existencia y el incremento en perspectiva de la fuerza de trabajo incluida en la producción social. Tal es la ley económica fundamental de la sociedad socialista, la ley que condiciona la estructura de la producción

social y la reproducción socialistas».

Esta es la primera ley económica fundamental del socialismo.

En el mismo discurso el camarada Yaroshenko declara:

«Las correlaciones entre las secciones I y II están condicionadas, en la sociedad socialista, por la necesidad de producir medios de producción en las proporciones necesarias para incluir en la producción social a toda la población apta para el trabajo. Esta es la ley económica fundamental del socialismo y, al mismo tiempo, una demanda de nuestra Constitución, derivada del derecho de los ciudadanos soviéticos al trabajo».

Esta es, por decirlo así, la segunda ley económica fundamental del socialismo.

Por último, en su carta a los miembros del Buró Político el camarada Yaroshenko declara:

«Partiendo de esto, los rasgos esenciales y las exigencias de la ley económica fundamental del socialismo pueden formularse aproximadamente, a mi entender, en los siguientes términos: la producción, en ascenso y perfeccionamiento incesantes, de condiciones de vida materiales y culturales de la sociedad».

Es ya la tercera ley económica fundamental del socialismo.

¿Todas estas leyes son leyes económicas fundamentales del socialismo o lo es sólo una de ellas? Y en tal caso, ¿cuál de ellas precisamente? El camarada Yaroshenko no responde a estas preguntas en su última carta a los miembros del Buró Político. Al formular la ley económica fundamental del socialismo en su carta a los miembros del Buró Político, «olvida», por lo visto, que hace tres meses, en su discurso en el Pleno de la discusión, formuló ya las otras dos leyes económicas fundamentales del socialismo, suponiendo, al parecer, que no se repararía en esta combinación más que dudosa. Pero, como se ve, sus cálculos han resultado fallidos.

Admitamos que las dos primeras leyes económicas fundamentales del socialismo formuladas por el camarada Yaroshenko ya no existen, que desde ahora el camarada Yaroshenko considera como ley económica fundamental del socialismo su tercera fórmula, expuesta en la carta a los miembros del Buró Político. Veamos la carta del camarada Yaroshenko.

El camarada Yaroshenko dice en la carta que no está de acuerdo con la definición de la ley económica fundamental del socialismo expuesta en las «Observaciones» del camarada Stalin. Dice así:

«Lo principal en esta definición es «asegurar la máxima satisfacción de las necesidades... de toda la sociedad». La producción aparece aquí como medio para el logro de este fin principal: satisfacer las necesidades. Tal definición da motivo para suponer que la ley económica fundamental del socialismo formulada por Ud. no parte de la primacía de la producción, sino de la primacía del consumo».

Evidentemente, el camarada Yaroshenko no ha comprendido ni palabra de la esencia del problema y no ve que las disquisiciones respecto a la primada del consumo o de la producción no tienen nada que ver con el asunto que nos ocupa. Cuando se habla de la primacía de unos u otros procesos sociales respecto a otros procesos, se parte, por lo común, de que unos y otros procesos son más o menos homogéneos. Se puede y se debe hablar de la primacía de la producción de medios de producción respecto a la producción de medios de consumo, ya que en uno y otro caso se trata de la producción y, en consecuencia, son más o menos homogéneas. Pero no se puede hablar, sería equivocado hablar de la primacía del consumo respecto a la producción o de la producción respecto al consumo, ya que la producción y el consumo son, aunque están vinculados entre si, dos esferas completamente distintas. Evidentemente, el camarada Yaroshenko no comprende que aquí no se trata de la primacía del consumo o de la producción, sino del *fin* que plantea la sociedad ante la producción social, de la *tarea* a que supedita la producción social, pongamos por caso, en el socialismo. Por eso tampoco tienen nada que ver con el asunto que nos ocupa las disquisiciones del camarada Yaroshenko acerca de que «la base de la vida de la sociedad socialista, como de cualquier otra sociedad, es la producción». El camarada Yaroshenko olvida que los hombres no producen por producir, sino para satisfacer sus necesidades; olvida que una producción, divorciada de la satisfacción de las necesidades de la sociedad, enferma y perece.

¿Se puede, en general, hablar de los objetivos de la producción capitalista o socialista, de las tareas a que se subordina la producción capitalista o socialista? Yo creo que se puede y se debe.

Marx dice:

«El fin inmediato de la producción capitalista no es la producción de mercancías, sino de plusvalía o de beneficio en su forma desarrollada; no del producto, sino del producto suplementario. Desde este punto de vista, el mismo trabajo sólo es productivo mientras crea beneficio o producto suplementario para el capital. Si el obrero no lo crea, su trabajo es improductivo. En consecuencia, la masa del trabajo productivo aplicado sólo tiene interés para el capital en la medida en que, gracias a ella -o en correlación con ella-, aumenta la cantidad de trabajo suplementario; sólo en tanto es necesario lo que hemos llamado tiempo de trabajo indispensable. Si el trabajo no da ese resultado, es superfluo y debe ser suspendido.

El fin de la producción capitalista consiste siempre en crear el máximo de plusvalía o el máximo de producto suplementario con el mínimo de capital

avanzado. Por cuanto este resultado no se alcanza con un trabajo excesivo de los obreros, surge la tendencia del capital de producir el producto dado con el menor costo posible, de economizar fuerza de trabajo y gastos...

Con tal comprensión, los mismos obreros aparecen como lo que son realmente en la producción capitalista; sólo medios de producción, y no un fin por sí mismo ni el fin de la producción» (véase: «Teorías de la plusvalía», tomo II, parte 2).

Estas palabras de Marx son notables no sólo en el sentido de que definen concisa y exactamente el fin de la producción capitalista, sino también en el sentido de que esbozan el fin básico, la tarea fundamental que se debe plantear ante la producción socialista.

En consecuencia, el fin de la producción capitalista es la obtención de beneficios. Por lo que se refiere al consumo el capitalismo sólo lo necesita en tanto en cuanto asegura la obtención de beneficios. Si se excluye esto, la cuestión del consumo carece de sentido para el capitalismo. Del campo visual desaparece el hombre con sus necesidades.

¿Cuál es el fin de la producción socialista?, ¿cuál es la tarea principal a cuyo cumplimiento debe subordinarse la producción social en el socialismo?

El fin de la producción socialista no es el beneficio, sino el hombre con sus necesidades, es decir, la satisfacción de las necesidades materiales y culturales del hombre. El fin de la producción socialista es, como se dice en las «Observaciones» del camarada Stalin, «asegurar la máxima satisfacción de las necesidades materiales y culturales, en constante ascenso, de toda la sociedad».

El camarada Yaroshenko cree que se encuentra ante la «primacía» del consumo respecto a la producción. Eso, claro está, es fruto de la incomprensión. En realidad, aquí no nos encontramos ante la primacía del consumo, sino ante la supeditación de la producción socialista a su fin principal: asegurar la máxima satisfacción de las necesidades materiales y culturales, en constante ascenso, de toda la sociedad.

En consecuencia, el fin de la producción socialista es asegurar la máxima satisfacción de las necesidades materiales y culturales, en constante ascenso, de toda la sociedad; el medio para el logro de este fin es el desarrollo y el perfeccionamiento ininterrumpido de la producción socialista sobre la base de la técnica más elevada.

Tal es la ley económica fundamental del socialismo.

En su afán de mantener la llamada «primacía» de la producción respecto al consumo, el camarada Yaroshenko afirma que «la ley económica fundamental del socialismo» consiste «en el ascenso y el perfeccionamiento incesantes de la producción de condiciones materiales y culturales de la sociedad». Eso es falso de cabo a rabo. El camarada Yaroshenko desvirtúa Y adultera burdamente la fórmula expuesta en las «Observaciones» del camarada Stalin. Según el camarada Yaroshenko, la producción se convierte de medio en fin, y queda excluida la tarea de asegurar la máxima satisfacción de las necesidades materiales y culturales, en constante ascenso, de la sociedad. Resulta el incremento de la producción por el incremento de la producción, una producción sin más objetivo que la producción, mientras que del campo visual del camarada Yarosheniko desaparecen él hombre y sus necesidades.

Por ello no es sorprendente que, al desaparecer el hombre como fin de la producción socialista, desaparezcan los últimos restos de marxismo en las «concepciones» del camarada Yaroshenko.

De esta suerte, en el camarada Yaroshenko resulta no la «primacía» de la producción respecto al consumo, sino algo semejante a la «primacía» de la ideología burguesa respecto a la ideología marxista.

3. La cuestión de la teoría de la reproducción enunciada por Marx merece capítulo aparte. El camarada Yaroshenko afirma que esa teoría es únicamente la teoría de la reproducción capitalista, que no contiene nada que pueda ser válido para las demás formaciones sociales, incluida la formación social socialista. Dice así:

«La aplicación del esquema de la reproducción, elaborado por Marx para la economía capitalista, a la producción social socialista es producto de una comprensión dogmática de la doctrina de Marx y está en pugna con su esencia» (véase el discurso del camarada Yaroshenko en el Pleno).

El camarada Yarosheniko afirma también que: «El esquema de la reproducción trazado por Marx no corresponde a las leyes económicas de la sociedad socialista y no puede servir de base para el estudio de la reproducción socialista» (véase el discurso citado).

Refiriéndose a la teoría de la reproducción simple formulada por Marx, teoría que establece determinada correlación entre la producción de medios de producción (I sección), y la producción de medios de consumo (Ir sección), el camarada Yaroshenko dice:

«La correlación entre la primera y segunda secciones no está condicionada en la sociedad socialista por la fórmula de Marx V + M de la primera sección y e de la segunda. En el socialismo no debe producirse la citada correlación en el desarrollo de la primera sección y la segunda» (véase el discurso citado).

El camarada Yaroshenko afirma que: «La teoría de las correlaciones entre las secciones I y II, enunciada por Marx, no es aplicable en nuestras condiciones socialistas, ya que esa teoría tiene por

base la economía capitalista con sus leyes» (véase la carta del camarada Yaroshenko a los miembros del Buró Político).

Así está demoliendo el camarada Yaroshenko la teoría de la reproducción elaborada por Marx.

Por supuesto, esa teoría de la reproducción, elaborada por Marx, como fruto del estudio de las leyes de la producción capitalista, refleja el carácter específico de dicha producción y, lógicamente, reviste la forma de las relaciones de valor capitalistas mercantiles. Y no podía ser de otro modo. Pero ver sólo esta forma en la teoría de la reproducción enunciada por Marx y no advertir su base, no advertir su contenido fundamental, válido no sólo para la formación social capitalista, significa no entender nada de esta teoría. Si el camarada Yaroshenko entendiera algo en este asunto, habría comprendido la verdad evidente de que los esquemas de la reproducción trazados por Marx no se limitan, en modo alguno, a reflejar el carácter específico de la producción capitalista; habría comprendido que encierran, al mismo tiempo, muchos postulados fundamentales de la reproducción válidos para todas las formaciones sociales, entre ellas, y particularmente, para la formación social socialista. Postulados fundamentales de la teoría de Marx acerca de la reproducción como el postulado sobre la división de la producción social en producción de medios de producción y producción de medios de consumo; el postulado sobre la primacía del incremento de la producción de medios de producción en la reproducción ampliada; el postulado sobre la correlación entre las secciones I y II; el postulado sobre el producto suplementario como única fuente de acumulación; el postulado sobre la formación y el destino de los fondos sociales; el postulado sobre la acumulación como única fuente de la reproducción ampliada; todos estos postulados fundamentales de la teoría marxista de la reproducción son esos mismos postulados válidos no sólo para la formación capitalista y de cuya aplicación no puede prescindir ninguna sociedad socialista al planificar su economía nacional. Es significativo que el mismo camarada Yaroshenko, que con tanta altanería suelta bufidos contra los «esquemas de la reproducción» trazados por Marx, haya de recurrir una y otra vez a estos «esquemas» al examinar las cuestiones de la reproducción socialista.

¿Y qué opinaban de esto Lenin y Marx?

Todos conocen las observaciones críticas de Lenin al libro de Bujarin «La economía del período de transición». En estas observaciones Lenin dijo, como se sabe, que la fórmula de Marx relativa a la correlación entre la I y II secciones, contra la que arremete el camarada Yaroshenko, permanece en vigor tanto para el socialismo como para el «comunismo puro», es decir, para la segunda fase del comunismo.

Por lo que se refiere a Marx, como se sabe, no le gustaba abstraerse del estudio de las leyes de la producción capitalista y no se ocupó en su «El Capital» del problema de la aplicación de sus esquemas de la reproducción al socialismo. Sin embargo, en el capítulo 20 del II tomo de «El Capital», en el apartado «El Capital constante de la I sección», donde trata del intercambio de productos de la I sección en el seno de ella misma, Marx advierte como de pasada que el intercambio de productos en esta sección transcurriría en el socialismo con la misma constancia que en la producción capitalista. Marx dice:

«Si la producción fuera social en vez de ser capitalista, aparecería claro que los productos de la sección 1 podrían repartirse no menos constantemente como medios de producción entre las ramas de la producción de esta sección, con objeto de la reproducción; una parte de los mismos permanecería directamente en la esfera de la producción, de la cual salió como producto; otra parte, por el contrario, se alejaría a otros lugares de producción, y así se daría un constante ir y venir entre los distintos lugares de la producción de esta sección» (véase: Marx, «El Capital», tomo II, 8a ed., pág. 307).

En consecuencia, Marx no consideraba en modo alguno que su teoría de la reproducción era válida sólo para la producción capitalista, aunque él se ocupaba de investigar las leyes de la producción capitalista. Por el contrario, partía, como se ve, de que su teoría de la reproducción podía ser válida también para la producción socialista.

Debe señalarse que Marx, en la «Crítica del programa de Gotha», al analizar la economía del socialismo y del período de transición al comunismo, parte de los postulados fundamentales de su teoría de la reproducción, considerándolos, evidentemente, obligatorios para el régimen comunista.

También debe señalarse que Engels, en su «Anti-Dühring», al criticar el «sistema socialitario» de Dühring y al definir la economía del régimen socialista, parte asimismo de los postulados fundamentales de la teoría de la reproducción elaborada por Marx, considerándolos obligatorios para el régimen comunista.

Tales son los hechos.

Resulta que también en el problema de la reproducción el camarada Yaroshenko, a pesar de su desenfadado tono cuando habla de los «esquemas, de Marx, se encuentra de nuevo en una situación embarazosa.

4. El camarada Yaroshenko termina su carta a los miembros del Buró Político proponiendo que se le confíe la redacción de la «Economía Política del socialismo». Escribe así:

«Partiendo de la definición del objeto de la Economía Política del socialismo expuesta por mí en

la sesión plenaria, en la comisión y en esta carta, y utilizando el método dialéctico marxista, yo podría elaborar en un año, o a lo sumo en año y medio, asistido por dos personas, las soluciones teóricas de los problemas fundamentales de la Economía Política del socialismo, así como exponer la teoría marxista, leninista-stalinista de la Economía Política del socialismo, teoría que convertirá esta ciencia en un arma eficaz de lucha del pueblo por el comunismo».

Forzoso es reconocer que el camarada Yaroshenko no peca de modesto. Todavía más; podría decirse, utilizando el estilo de ciertos literatos, que «hasta del todo al revés».

Ya hemos dicho antes que el camarada Yaroshenko confunde la Economía Política del socialismo con la política económica de los organismos dirigentes. Lo que él considera objeto de la Economía Política del socialismo una organización racional de las fuerzas productivas, la planificación de la economía nacional, la formación de los fondos sociales, etc., no es objeto de la Economía Política del socialismo, sino de la política económica de los organismos dirigentes.

No hablo ya de que los serios errores cometidos por el camarada Yaroshenko y su «punto de vista» no marxista no predispone a confiarle tal encargo.

* * *

Conclusiones:

1) La queja del camarada Yaroshenko respecto a los dirigentes de la discusión carece de sentido, ya que los dirigentes de la discusión, siendo marxistas, no podían reflejar en los documentos que sintetizan los resultados de la discusión el «punto de vista» no marxista del camarada Yaroshenko.

2) La petición del camarada Yaroshenko de que se le encargue la redacción de la Economía Política del socialismo no puede ser considerada en serio, aunque sólo sea porque apesta a fanfarronería jlestakoviana.

J. STALIN

22 de mayo de 1952.

Respuesta a los camaradas A. V. Sanina Y V. G. Venzher

He recibido sus cartas. Se ve que los firmantes estudian con profundidad y seriamente los problemas de la economía de nuestro país. Las cartas contienen no pocas formulaciones acertadas y consideraciones interesantes. Sin embargo, al lado de ello, contienen también algunos graves errores teóricos. En la presente contestación pienso detenerme precisamente en estos errores.

1. El carácter de las leyes económicas del socialismo

Los camaradas Sánina y Vénzher afirman que «las leyes económicas del socialismo surgen sólo gradas a la acción consciente de los ciudadanos soviéticos, ocupados en la producción material». Esta tesis es completamente falsa.

¿Existen las leyes del desarrollo económico objetivamente, fuera de nosotros, independientemente de la voluntad y de la conciencia de los hombres? El marxismo responde a esta pregunta de modo afirmativo. El marxismo considera que las leyes de la Economía Política del socialismo son un reflejo, en el cerebro del hombre, de leyes objetivas que existen fuera de nosotros. Pero la fórmula de los camaradas Sánina y Vénzher responde a esta pregunta de modo negativo. Eso quiere decir que estos camaradas se sitúan en el punto de vista de una teoría errónea, según la cual en el socialismo las leyes del desarrollo económico «son creadas», «son transformadas» por los organismos dirigentes de la sociedad. Dicho de otro modo, estos camaradas rompen con el marxismo y pisan el camino del idealismo subjetivo.

Naturalmente, los hombres pueden descubrir estas leyes objetivas, llegar a conocerlas y, basándose en ellas, utilizarlas en interés de la sociedad. Pero no pueden ni «crearlas» ni «transformarlas».

Admitamos que por un instante compartimos la errónea teoría que niega la existencia de leyes objetivas en la vida económica del socialismo y que proclama la posibilidad de «crear» leyes económicas, de «transformar» las leyes económicas. ¿A dónde iríamos a parar? Iríamos a parar a un reino de caos y de casualidades, dependeríamos como esclavos de estas casualidades, nos privaríamos de la posibilidad, no ya de comprender, sino sencillamente de discernir en este caos de casualidades.

Esto nos conduciría a acabar con la Economía Política como ciencia, ya que la ciencia no puede ni vivir ni desarrollarse sin el reconocimiento de las leyes objetivas, sin el estudio de esas leyes. Y, al acabar con la ciencia, nos privaríamos de la posibilidad de prever el curso de los acontecimientos en la vida económica del país, es decir, nos privaríamos de a posibilidad de organizar incluso la dirección económica más elemental.

En última instancia, nos hallaríamos a merced de los caprichos de los aventureros «economistas» dispuestos a «demoler» las leyes del desarrollo económico y a «crear» nuevas leyes sin comprender y sin tomar en consideración las leyes objetivas.

Todos conocen el postulado clásico de la posición marxista respecto a este problema, expuesta por Engels en su. «Anti-Dühring»:

«Las fuerzas sociales, al igual que las fuerzas de la naturaleza, actúan ciegamente, violentamente, de modo destructor, hasta que las llegamos a conocer y las tomamos en consideración. Pero una vez que las hemos conocido, que hemos estudiado su acción, su dirección y su influencia, dependerá exclusivamente de nosotros mismos supeditarlas más y más a nuestra voluntad y conseguir con su ayuda nuestros objetivos. Esto se refiere, en particular, a las potentes

fuerzas productivas contemporáneas. Mientras nos neguemos obcecadamente a comprender su naturaleza y su carácter -y a esta comprensión se oponen el modo capitalista de producción y sus defensores-, las fuerzas productivas actuarán a despecho de nosotros, contra nosotros, dominarán sobre nosotros, como hemos demostrado con todo detalle antes. Pero una vez comprendida su naturaleza, pueden convertirse, en manos de los productores asociados, de tiranos demoníacos en obedientes servidores. Aquí existe la misma diferencia que media entre la fuerza destructora de la electricidad en los rayos de una tormenta y la electricidad domeñada en el aparato telegráfico y en la lámpara voltaica; la misma diferencia que media entre el incendio y el fuego que actúa al servicio del hombre. Cuando se comience a tratar a las fuerzas productivas contemporáneas de conformidad con su naturaleza por fin conocida, la anarquía social en la producción será reemplazada por la regulación social y planificada de la producción destinada a satisfacer las necesidades tanto de la sociedad en su conjunto como de cada uno de sus miembros. Entonces el modo capitalista de apropiación, bajo el cual el producto esclaviza primero al productor y después también al que se apropia de él, será reemplazado por un nuevo modo de apropiación de los productos basado en la naturaleza misma de los medios de producción modernos: de un lado, por la apropiación social directa de los productos en calidad de medios para mantener y ampliar la producción, y, de otro lado, por la apropiación individual directa en calidad de medios de vida y de deleite».

2. Las medidas para elevar la propiedad koljosiana al nivel de propiedad de todo el pueblo

¿Qué medidas son necesarias para elevar la propiedad koljosiana, que no es, naturalmente, propiedad de todo el pueblo, al nivel de propiedad de todo el pueblo («nacional»)?

Algunos camaradas piensan que basta sencillamente con nacionalizar la propiedad koljosiana, declarándola propiedad de todo el pueblo, como se hiciera, en otro tiempo, con la propiedad capitalista. Esta propuesta es errónea por los cuatro costados y completamente inaceptable. La propiedad koljosiana es propiedad socialista, y no podemos tratarla en modo alguno como propiedad capitalista. Del hecho de que la propiedad koljosiana no sea propiedad de todo el pueblo no se desprende en ningún caso que la propiedad koljosiana no sea propiedad socialista.

Estos camaradas suponen que la transferencia de la propiedad de individuos o de grupos a propiedad del Estado es la única forma de nacionalización o, en todo caso, la mejor. Tal suposición es falsa. En realidad, la transferencia a propiedad del Estado no es la única forma de nacionalización y ni siquiera la mejor, sino la forma inicial de nacionalización, como acertadamente dice Engels en el «Anti-Düihring». Es indudable que, mientras exista el Estado, la transferencia a propiedad de éste será la forma inicial de nacionalización más comprensible. Ahora bien, el Estado no existirá por los siglos de los siglos. Con la ampliación de la esfera de acción del socialismo en la mayoría de los países del mundo, el Estado irá extinguiéndose, y, lógicamente, desaparecerá, debido a ello, el problema de la transferencia de los bienes de individuos o de grupos a propiedad del Estado. El Estado se extinguirá, pero la sociedad seguirá subsistiendo. En consecuencia, como heredero de la propiedad de todo el pueblo aparecerá no ya el Estado, que se extinguirá, sino la sociedad misma, en la persona de su organismo económico central, dirigente.

¿Qué es, pues, necesario emprender en tal caso para elevar la propiedad koljosiana al nivel de propiedad de todo el pueblo?

Los camaradas Sánina y Vénzher proponen como medida fundamental para tal elevación de la propiedad koljosiana, vender en propiedad a los koljoses los instrumentos fundamentales de producción concentrados en las estaciones de máquinas y tractores, descargar de tal modo al Estado de las inversiones básicas en la agricultura y conseguir que los mismos koljoses asuman la responsabilidad del mantenimiento y del desarrollo de las estaciones de máquinas y tractores. Dicen así:

«Sería erróneo suponer que las inversiones koljosianas deberán encausarse principalmente a cubrir las necesidades culturales del agro koljosiano y que para las necesidades de la producción agrícola debe el Estado, como antes, correr con la masa fundamental de las inversiones. ¿No sería más acertado liberar al Estado de esta carga, en vista de la plena capacidad de los koljoses de asumirla por entero? El Estado encontrará no pocas esferas para invertir sus recursos a fin de crear en el país la abundancia de objetos de consumo».

Para fundamentar esta propuesta, sus autores presentan varios argumentos.

Primero. Invocando las palabras de Stalin acerca de que los medios de producción no se venden ni siquiera a los koljoses, los autores de la propuesta ponen en tela de juicio esta tesis de Stalin y dicen que, pese a todo, el Estado vende medios de producción a los koljoses, tales como pequeños aperos, por ejemplo: guadañas y hoces, pequeños motores, etc. Consideran que, si el Estado vende estos medios de producción a los koljoses, podría venderles también todos los demás medios de producción, por ejemplo: las máquinas de las estaciones de máquinas y tractores.

Este argumento es inconsistente. El Estado, como es natural, vende pequeños aperos a los koljoses, como estipulan los Estatutos del artel agrícola y la

Constitución. Ahora bien, ¿se puede equiparar los pequeños aperos con medios de producción tan fundamentales en la agricultura como las máquinas y tractores, o, pongamos por caso, la tierra, que también es uno de los medios de producción fundamentales en la agricultura? Está claro que no se puede. No se puede, porque los pequeños aperos no deciden en absoluto la suerte de la producción koljosiana, mientras que medios de producción como las máquinas de las estaciones de máquinas y tractores y la tierra deciden por entero la suerte de la agricultura en nuestras condiciones actuales.

No cuesta trabajo comprender que cuando Stalin decía que los medios de producción no se venden a los koljoses, no se refería a los pequeños aperos, sino a los medios de producción agrícola fundamentales: las máquinas de las estaciones de máquinas y tractores y la tierra. Los autores de la propuesta juegan con las palabras «medios de producción» y confunden dos cosas distintas, sin advertir que se ponen en evidencia.

Segundo. Los camaradas Sánina y Vénzher invocan también que en el período en que comenzaba el movimiento koljosíano en masa -a últimos de 1929 y principios de 1930- el mismo Comité Central del Partido Comunista (b) de la URSS era partidario de entregar en propiedad a los koljoses las estaciones de máquinas y tractores, estipulando que amortizaran su coste en el transcurso de tres años. Los autores de la propuesta consideran que, si bien entonces la medida en cuestión fracasó «en vista de la pobreza» de los koljoses, ahora, cuando los koljoses son ricos, podría volverse a esta política, a la venta de las estaciones de máquinas y tractores a los koljoses.

Este argumento es también inconsistente. En efecto, a principios de 1930, en el Comité Central del Partido Comunista (b) de la URSS se tomó el acuerdo de vender las estaciones de máquinas y tractores a los koljoses. El acuerdo se adoptó a propuesta de un grupo de koljosianos de choque a título de experimento, de prueba, a fin de volver en un futuro inmediato a esta cuestión y examinarla de nuevo. Sin embargo, la primera comprobación demostró que ese acuerdo no era conveniente y al cabo de unos meses -precisamente a últimos de 1930- se anuló esa decisión.

El ascenso posterior del movimiento koljosiano y el desarrollo de la construcción koljosiana persuadieron definitivamente, tanto a los koljosianos como a los trabajadores dirigentes, de que la concentración de los medios de producción agrícola fundamentales en manos del Estado, en las estaciones de máquinas y tractores, era el único medio de asegurar un ritmo rápido de incremento de la producción koljosiana.

Todos nos congratulamos del gigantesco incremento de la producción agrícola en nuestro país, de la producción cerealista, de algodón, de lino, de remolacha, etc. ¿Dónde reside el manantial de este incremento? Su manantial reside en la técnica moderna, en la profusión de máquinas modernas que sirven a todas estas ramas de la producción. No se trata sólo de la técnica en general, sino de que la técnica no puede mantenerse en un punto muerto, de que debe perfeccionarse sin cesar, de que la técnica vieja debe ser desplazada y sustituida por la técnica nueva y ésta por la novísima. Sin ello es inconcebible la marcha ascendente de nuestra agricultura socialista, son inconcebibles las grandes cosechas, la abundancia de productos agrícolas. Pero, ¿qué significa desplazar a centenares de miles de tractores de ruedas y sustituirlos por tractores de oruga, sustituir decenas de miles de cosechadoras combinadas envejecidas por otras nuevas, crear nuevas máquinas, pongamos por caso, para los cultivos industriales? Significa gastar miles de millones de rublos de los que no se podrá resarcirse hasta pasados seis u ocho años. ¿Pueden efectuar estos gastos nuestros koljoses, aunque sean millonarios? No, no pueden, ya que no están en condiciones de asumir gastos de miles de millones de rublos que no se pueden resarcir hasta la vuelta de seis u ocho años. Sólo el Estado está en condiciones de correr con esos gastos, pues él y únicamente él, puede soportar las pérdidas causadas por el desplazamiento de las máquinas viejas y su sustitución por otras nuevas; pues él, y únicamente él, está en condiciones de soportar esas pérdidas en el transcurso de seis u ocho años para la extinción de este plazo, resarcirse de los gastos efectuados.

¿Qué significa, después de todo eso, pedir la venta de las estaciones de máquinas y tractores en propiedad a los koljoses? Significa condenar a grandes pérdidas a los koljoses y arruinarlos, socavar la mecanización de la agricultura, aminorar el ritmo de la producción koljosiana.

De aquí la siguiente deducción: al proponer la venta de las estaciones de máquinas y tractores en propiedad a los koljoses, los camaradas Sánina y Vénzher dan un paso atrás, hacia el atraso, e intentan retrotraer la rueda de la historia.

Admitimos por un instante que hemos aceptado la propuesta de los camaradas Sánina y Vénzher y nos hemos puesto a vender en propiedad a los koljoses los instrumentos de producción fundamentales, las estaciones de máquinas y tractores, ¿Qué resultado obtendríamos?

De ello resultaría que, en primer lugar, los koljoses serían los propietarios de los instrumentos de producción fundamentales, es decir, se hallarían en una situación excepcional, en una situación que no tiene en nuestro país ninguna empresa, ya que, como se sabe, ni siquiera las empresas nacionalizadas son en nuestro país propietarias de los instrumentos de producción. ¿Cómo se puede fundamentar esta situación excepcional de los koljoses?, ¿en virtud de

qué consideraciones de progreso, de avance? ¿Puede decirse que tal situación contribuiría a la elevación de la propiedad koljosiana al nivel de propiedad de todo el pueblo, que aceleraría el paso de nuestra sociedad del socialismo al comunismo? ¿No será más acertado decir que tal situación sólo podría alejar la propiedad koljosiana de la propiedad de todo el pueblo y que no conduciría a aproximarnos al comunismo, sino, al revés, a alejarnos de él?

De ello resultaría, en segundo lugar, una ampliación de la esfera de acción de la circulación mercantil, ya que en la órbita de ésta entraría una enorme cantidad de instrumentos de producción agrícola. Qué piensan los camaradas Sánina y Vénzher, ¿podría contribuir una ampliación de la esfera de la circulación mercantil a nuestro avance hacia el comunismo? ¿No sería más exacto decir que no haría sino frenar nuestro avance hacia el comunismo?

El error fundamental de los camaradas Sánina y Vénzher consiste en que no comprenden el papel y el significado de la circulación mercantil en el socialismo, no comprenden que es incompatible con la perspectiva del paso del socialismo al comunismo. Piensan, por lo visto, que la circulación mercantil no es óbice para pasar del socialismo al comunismo, que la circulación mercantil no puede impedir esa transición. Es éste un profundo error nacido de la incomprensión del marxismo.

Al criticar la «comuna económica» de Dühring que actúa en las condiciones de la circulación mercantil, Engels, en su «Anti-Dühring», demostró persuasivamente que la existencia de la circulación mercantil debe conducir ineluctablemente la llamada «comuna económica» de Dühring al resurgimiento del capitalismo. Los camaradas Sánina y Vénzher, por lo visto, no están de acuerdo con esto. Tanto peor para ellos. Por nuestra parte, los marxistas partimos del conocido postulado marxista de que el paso del socialismo al comunismo y el principio comunista de la distribución de los productos con arreglo a las necesidades excluyen todo intercambio de mercancías, en consecuencia excluyen también la transformación de los productos en mercancías y, al mismo tiempo, su transformación en valor.

Eso es lo que quería decir respecto a la propuesta y a los argumentos de los camaradas Sánina y Vénzher.

¿Qué se debe hacer, en resumidas cuentas, para elevar la propiedad koljosiana al nivel de propiedad de todo el pueblo?

El koljós es una empresa de tipo no corriente. El koljós actúa sobre una tierra y trabaja una tierra que ya hace mucho tiempo no es koljosiana, sino propiedad de todo el pueblo. Por lo tanto, el koljós no es propietario de la tierra que trabaja.

Prosigamos. El koljós trabaja con ayuda de instrumentos de producción fundamentales que no son propiedad koljosiana, sino de todo el pueblo. Por lo tanto, el koljós no es propietario de los instrumentos de producción fundamentales.

Prosigamos. El koljós es una empresa cooperativa; se vale del trabajo de sus miembros y distribuye los ingresos entre ellos con arreglo a los días de trabajo que han cumplido; además, el koljós tiene sus semillas, que se renuevan anualmente y se destinan a la producción.

Cabe preguntar: ¿qué posee concretamente el koljós?, ¿dónde está la propiedad koljosiana, de la que puede disponer con plena libertad, a su antojo? Tal propiedad es la producción del koljós, el fruto de la producción koljosiana: los cereales, la carne, la manteca, las legumbres, el algodón, la remolacha, el lino, etc., sin contar la casa, las dependencias y la hacienda personal de los hogares koljosianos. Ahora bien, una parte considerable de esta producción, los excedentes de la producción koljosiana, va a parar al mercado y se suma de tal modo al sistema de circulación mercantil. Precisamente esta circunstancia impide ahora elevar la propiedad koljosiana al nivel de propiedad de todo el pueblo. Por eso precisamente hay que tomar este hecho como punto de arranque del trabajo para elevar la propiedad koljosiana al nivel de propiedad de todo el pueblo.

Para elevar la propiedad koljosiana al nivel de propiedad de todo el pueblo, es necesario sustraer los excedentes de la producción koljosiana del sistema de circulación mercantil y sumarlos al sistema de intercambio de productos entre la industria del Estado y los koljoses. En ello reside el quid de la cuestión.

No disponemos todavía de un sistema de intercambio de productos desarrollado, pero existen los gérmenes del intercambio de productos en la forma de «pago en mercancías» por los productos agrícolas. Como se sabe, la producción de los koljoses que cultivan algodón, lino, remolacha y otros, hace ya mucho que se «paga en mercancías», si bien es verdad que no por entero, sino parcialmente, pero, pese a todo, se «paga en mercancías». Observemos de paso que el término «pago en mercancías» es desafortunado, que debería ser sustituido por el término «intercambio de productos». La tarea consiste en organizar en todas las ramas de la agricultura estos gérmenes del intercambio de productos y desarrollarlos en un amplio sistema de intercambio de productos, a fin de que los koljoses obtengan por su producción, no sólo dinero, sino principalmente los artículos necesarios. Tal sistema exige un aumento inmenso de la producción que envía la ciudad al campo; por ello habrá que introducirlo sin grandes apresuramientos, en la medida en que se acumulen los artículos de la ciudad. Pero hay que introducirlo con firmeza, sin vacilaciones, reduciendo paso a paso la esfera de

acción de la circulación mercantil y ampliando la esfera de acción del intercambio de productos.

Tal sistema, al reducir la esfera de acción de la circulación mercantil, facilitará el paso del socialismo al comunismo. Además, permitirá incluir la propiedad fundamental de los koljoses -el fruto de la producción koljosiana- en el sistema general de la planificación de toda la economía del país.

Este será, precisamente, el medio real y decisivo para elevar la propiedad koljosiana al nivel de propiedad de todo el pueblo en nuestras condiciones de hoy día.

¿Es ventajoso tal sistema para los campesinos koljosianos?

Indudablemente, es ventajoso. Es ventajoso, puesto que los campesinos koljosianos obtendrán del Estado mucha más producción y a precios más baratos que con el sistema de circulación mercantil. Todos saben que los koljoses que tienen un contrato de intercambio de productos con el Gobierno («pago en mercancías») obtienen ventajas incomparablemente mayores que los koljoses que no tienen tales contratos. Si el sistema de intercambio de productos se extiende a todos los koljoses del país, estas ventajas serán patrimonio de todos los campesinos koljosianos.

J. STALIN

28 de septiembre de 1952.